SAL

A. ALONSO
ENCUADERNADOR
POSTIGO 14

D-2
2559

S. G. - 15
7 - 7

B.P. de Soria
61109767
D-1 921

D-2
2559

HISTORIA UNIVERSAL

9767

D-1
921

HISTORIA UNIVERSAL

DE

N.823

CÉSAR CANTÚ

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS

VERTIDA AL ESPAÑOL

EN VISTA DE LAS REFORMAS Y CORRECCIONES HECHAS POR EL AUTOR EN LA

ÚLTIMA EDICION ITALIANA

POR DISTINGUIDOS LITERATOS

Y CONTINUADA HASTA **1888**, BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO NACENTE Y SOLER

AUTOR DE VARIAS OBRAS CIENTÍFICAS É HISTÓRICAS

ILUSTRADA CON UN ATLAS DE MÁS DE 500 LÁMINAS
QUE FORMAN LA HISTORIA MÁS COMPLETA DE **trajes, armas, muebles, monumentos**, ETC.,
DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTRA ÉPOCA,

POR

HERMANN WEISS

AUMENTADA
CON CENTENARES DE FIGURAS CORRESPONDIENTES Á LA **Indumentaria Española**
Y Á LA **Arqueologia** DE TODAS LAS ÉPOCAS.

TOMO SEXTO

BARCELONA
F. NACENTE, EDITOR, PASEO DE GRACIA, 149.
1887.

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.

Imprenta y Litografia de F. Nacente.—Paseo de Gracia, 149.

CONTINUACION DEL LIBRO DUODÉCIMO

CAPÍTULO IX

GRANDE INTERREGNO.—FIN DE LOS SUEVOS Y DE LA GUERRA DE LAS INVESTIDURAS.

Conrado IV.—Guillermo, conde de Holanda, que habia aceptado la corona de Germania, se encontró por competidor á Conrado, hijo de Federico II, que solicitado en vano para rebelarse contra su padre, habia defendido siempre su causa, sobre todo desde que era rey de romanos. No faltaban partidarios á uno y otro, pero parecia á Inocencio IV que su mision no se concluiria completamente mientras existiese un vástago de la rama de los Hohenstaufen. Escribió, pues, á los señores de las Dos-Sicilias que no reconocieran ningun rey más que al papa; á las ciudades y príncipes de Alemania, que cesaran en su obediencia á Conrado IV, y que no admitieran á la comunion, ni como testigos, más que á los que se separasen de los Hohenstaufen. Declaró por último desposeido á Conrado hasta del ducado de Suabia.

Abandonando después la ciudad de Lion, donde habia hallado un asilo (1), para volver á Génova su patria, atravesó la Lombardia reanimando por todas partes el valor de los Güelfos. Pero entre tanto los Gibelinos dominaban en Roma, donde el pueblo se eligió un senador en la persona del boloñés Brancaleon de Andalo, unido con Ezelino, con Pelavicino y otros señores de aquella opinion. Brancaleon sostuvo la tranquilidad en la ciudad con medidas sanguinarias. Inocencio IV fué á instalarse en la ciudad de Asis, pero el senador le intimó de parte del pueblo la órden de volver á su silla.

Buscó Conrado el apoyo de los Gibelinos, cuando fué á Italia con escasísimos recursos (1261), y convocó en Goito, en el territorio de Mántua, á los jefes de este partido, entre los cuales á Ezelino, temible tirano, que no estuvo entonces lejos de fundar un Estado independiente, si la sangre no fuera una base demasiado inestable. En vano habia ensayado con él el papa las promesas y las amenazas: se obstinaba en el camino de la violencia, y la ponia por obra para sostener las pretensiones del emperador. Las ciudades güelfas renovaron en consecuencia la liga, en la que habian reconocido residia su salvacion; y el papa les prometió trescientas lanzas mantenidas á sus espensas.

Manfredo.—Trasladóse Conrado por mar al reino de las Dos-Sicilias, donde todo estaba trastornado, en atencion á que unos pretendian gobernarlo á nombre del pontífice y otros al de Federico. Este habia dejado un hijo de Isabel de Inglaterra, llamado Enrique, que de edad apenas de trece años, era demasiado jóven para tan tempestuosos tiempos. Quedaban de su otro hijo, Enrique, rey de romanos, dos hijos, habiendo destinado Federico al mayor el ducado de Austria, que habia vuelto al imperio por la muerte de Federico el Belicoso. Pero habia tenido de una marquesa Lancia, de Lombardia, á Manfredo, príncipe de Tarento. De edad de diez y ocho años, lleno de ardor caballeresco y ambicion, á la muerte de su padre puso mano en el gobierno, sujetando la Sicilia, así como las ciudades que aspirando á darse un gobierno municipal, habian elegido concejos para reemplazar á los bailíos reales. Cuando Conrado llegó, le ayudó poderosamente á someterlas. Pero Conrado empleó en esta tarea un vigor escesivo. Vencedor de Nápoles después de una larga resistencia, saqueó la ciudad, obligó á sus ciudadanos á desmantelarla, y entregó al verdugo á los jefes de la rebelion. Estas y otras severidades hacian que los pue-

(1) Durante su estancia en esta ciudad, puso la primera piedra del puente sobre el Ródano, y escitó á los lioneses á formar una liga para defender sus franquicias contra la casa de Austria. Debieron, pues, á este pontífice la ventaja de no ser austriacos. Véase, *Revista Lionesa*, diciembre, 1837.

blos dijeran: «Este es un aleman,» mientras que repetian de Manfredo: «Es un italiano.»

Su carácter benévolo y la actividad de que habia dado pruebas Manfredo le hicieron sospechoso á Conrado, quien para humillarle, revocó las donaciones que habia hecho á aquel príncipe después de la muerte de Federico, y depuso al justicia mayor de Tarento, y á otras hechuras de él. Pero, así como en la época de su amistad se habia atribuido á Conrado y Manfredo la muerte de su hermano Enrique y su sobrino Federico, después de su rompimiento, imputaron á Manfredo el prematuro fin de Conrado, que murió á la edad de veinte y seis años (1254).

De esta manera se encontró Guillermo de Holanda solo rey de Alemania; pero aunque valiente, este jóven príncipe no pudo nunca inspirar amor ni respeto: un vecino de Utrecht le persiguió en las calles á pedradas; su mujer fué robada en un camino por un hidalgo, y se vió obligado á pelear sin cesar, sostener sitios hasta el momento en que murió en una guerra contra los frisones (1256) antes de haber sido coronado en Italia.

Encontrábase el Imperio en tal decadencia, que no fué ambicionado por ningun príncipe: todos se hacian la guerra unos á otros; la anarquia era completa hasta el punto que para poner coto á los desórdenes de la Westfalia y de las orillas del Rhin, se formó una confederacion renana. Se vió la hermosa diadema siciliana, que Enrique VI habia deseado tanto perpetuar en su familia, ofrecerse á quien quisiera tomarla. Inocencio se la propuso á Cárlos de Anjú, hermano de san Luis; pero Blanca de Castilla, regente entonces, no admitió la proposicion. No fué aceptada por Ricardo de Cornualles, que comparó la oferta á la de la luna; en fin, el rey de Inglaterra Enrique III la aceptó para su hijo Edmundo, sólo como un patrimonio para este príncipe contrahecho, y le envió algun dinero para sostener la guerra. La corona de Germania fué tambien ofrecida á Ricardo de Cornualles, que no tenia otro mérito que sus inmensas riquezas con poco poder (1257); la aceptó con promesa de pagar ocho mil marcos de plata al arzobispo de Maguncia, doce mil al de Colonia, y diez y ocho mil al conde Palatino. Pero los otros electores á quienes sólo dió ocho mil, creyéndose agraviados por esta diferencia, proclamaron á Alfonso X de Castilla, que mostró merecer muy poco el sobrenombre de Sabio, aceptando este puesto mediante 20,000 monedas que prometió á cada elector (2), y hé aquí al imperio de Carlomagno, vuelto al tiempo de Didio Juliano y vendido al mejor postor.

Desembarcó Ricardo en el continente con la fuerza de 700,000 libras esterlinas; se hizo coronar en Aquisgram, y consiguió someter casi todos los Estados; pero en nada más puede decirse que ejerció su disputada autoridad sino en conceder privilegios, entre los cuales es digno de mencion por su gran utilidad el de la abolicion de tantos derechos impuestos por los señores sobre la navegacion del Rhin, que la entorpecian sobremanera. Posteriormente las turbulencias de Inglaterra le llamaron á esta isla, en donde le detuvieron largo tiempo, muriendo finalmente en ella en 1272.

Tambien fué detenido Alfonso en España por sus asuntos domésticos, y no ciñó nunca la corona imperial; llamóse en consecuencia á esta época el *grande interregno*, no porque faltasen emperadores al imperio, sino porque no poseian ninguna autoridad real. Fué una época desgraciada para la Alemania, que vió el derecho del puño, es decir, de guerra privada (*faustrecht*), resucitar más deplorablemente que nunca: á los antiguos odios añadieron nuevas ocasiones de batallas las investiduras dadas por los diferentes emperadores, y los pueblos no sabian á quién recurrir contra las usurpaciones de los señores, cuyo capricho era la única ley.

Entre tanto en Italia, la cuestion entre el imperio y el sacerdocio se habia envenenado por los odios nacionales. Aquella raza suabia engertada en el tronco normando, y que no se apoyaba sino en guerreros y magistrados árabes ó alemanes, era mal mirada por los italianos, celosos de la independencia de su patria; desagradaba tambien á las repúblicas como enemiga hereditaria de sus franquicias; y los papas que la habian encontrado siempre en oposicion con la Santa Sede, distaban mucho de estar favorablemente dispuestos con respecto á ella.

Conradino.—Conrado habia dejado un niño de tres años, nacido de Isabel de Baviera, y conocido con el nombre de Conradino. Como desconfiase de Manfredo, le habia confiado á la tutela de Bertoldo de Hohemburgo, señor bávaro. Este, conformándose con la voluntad del difunto, le recomendó á la benevolencia del papa, que respondió que el reino de Sicilia pertenecia á la Iglesia; que su intencion era dejar á Conradino el ducado de Suabia y el título de rey de Jerusalen; y que cuando el jóven príncipe hubiera llegado á la edad de hombre, haria examinar sus derechos sobre la Sicilia. En medio de estas rivales pretensiones, todo el que encontraba el poder á su alcance, le usurpaba sin escrúpulo, éste en nombre del papa, aquél en nombre del rey, otro en nombre del concejo, otros en el de nadie; y la Sicilia se habia declarado república estendiendo sus instituciones municipales: viendo Bertoldo á los italianos mal dispuestos con respecto á él por su cualidad de extranjero, entregó la regencia á Manfredo.

Manfredo.—Habia designado Federico á este príncipe para sucederle, en el caso de que Conrado muriese sin heredero, y su conducta parece indicar que aunque hacia que trabajaba por su sobri-

(2) Es la primera vez que se ve restringida la eleccion entre los grandes dignatarios, con esclusion de los demás grandes vasallos.

no, Manfredo trataba de apoderarse del reino para sí mismo. Energia, valor, prudencia, en fin, le adornaban todas las prendas que eran para su intento necesarias. Persuadido desde un principio que no podria resistir al papa, y de que éste no tardaria en enajenarse los ánimos, se humilló reconociéndole no tan sólo como señor, sino como verdadero soberano del reino (1254). Con esta condicion le concedió Inocencio el principado de Tarento y las demás tierras como feudo de la Iglesia, con cargo de proporcionar en toda requisicion cincuenta ginetes por cuarenta dias; además le delegó como su vicario aquende del Faro con la asignacion de ocho mil onzas de oro, mientras que la Sicilia quedaba bajo el gobierno de Pedro Rufo, nombrado por Conrado IV. Inocencio hizo después su entrada en el pais, acompañado de los desterrados á los cuales devolvia su patria, y acogido con alegria tanto por la poblacion como por los señores.

Esta buena concordia no era más que aparente. Desde el principio se urdieron traiciones y se dieron combates abiertamente entre ambas facciones: después, habiendo dado muerte la escolta de Manfredo á Borello de Anglona, hechura del papa, Inocencio intimó á Manfredo ir á justificarse. Pero en lugar de obedecer pensó en resistir; y viendo que no podia contar con los regnícolas, acudió á Lucera, entre los sarracenos que su padre habia establecido allí (noviembre). Esta ciudad le acogió con entusiasmo, pusiéronse tesoros á su disposicion, y tomó á sueldo tropas de todas las naciones, aun de las enemigas (3). Habiendo protestado los barones que no estaban obligados á militar fuera del reino, Manfredo no vaciló en consentir en su protesta, y para reemplazarlos tomó á sueldo por seis meses y con doble paga á dos mil alemanes (4), y confió la custodia y el gobierno de las ciudades güelfas que sometió, y de las gibelinas que se le unieron, á los capitanes de estos mercenarios y á los condes rurales, gente tambien extranjera

Orgulloso con la próspera fortuna de sus armas, rehusó prestar homenaje al sucesor de Inocencio, Alejandro IV (7 diciembre). Extendiose la guerra, y el legado Octaviano de los Ubaldini reunió todos los enemigos que contaba Manfredo. Pero por todas partes triunfaba aquel príncipe, y se mostraba digno del trono por su actividad. Habiéndose esparcido ó esparciendo él la noticia de la muerte de Conradino, se hizo coronar en Palermo (11 de agosto de 1258), y el papa le escomulgó con sus amigos. Pero se constituyó centro de todos los gibelinos de Italia; ocupa á Nápoles, y se la concilia con el perdon y el olvido y encontrándose como señor en las marcas de Ancona y de Espoleto, cogió en medio los Estados Pontificios, contrajo matrimonio con una hija de Pedro de Aragon, se rodeó de sabios, juglares, concubinas, y tuvo una corte á la oriental.

Alejandro tuvo por sucesor á Urbano IV (Santiago Pantaleon), papa que hizo pintar en los vidrios de la iglesia de Troyes á su padre trabajando en su oficio de zapatero (1261). El nuevo pontífice trató de hacer la más cruel guerra á Manfredo, oponiéndole un competidor.

Cárlos de Anjú.—Después de haber casado Raimundo de Berenguer, conde de Provenza, á sus tres hijas mayores con tres príncipes coronados, habia dejado, al morir, á Beatriz (1248), la cuarta, de edad núbil, bajo la tutela de sus parientes, que ofrecieron su mano á Cárlos de Anjú, hermano del rey de Francia. Disgusto y temor sintieron los provenzales por la pérdida de su independencia, y lamentándose decian: «En vez de un valeroso señor, los provenzales no tendrán más que un amo: ya no podrán edificar torres ni castillos, y no se atreverán á llevar lanza y escudo contra los franceses. ¡Oh! antes morir que consentir en tan baja humillacion.» (5)

En efecto, pronto se vió la Provenza inundada de oficiales franceses; arrebatóse la libertad á aquel gran concejo, y se vió multiplicarse los impuestos, confiscaciones, prisiones y suplicios arbitrarios. Las riquezas que Cárlos adquirió de esta manera, le inspiraron la ambicion de elevarse al nivel de su hermano: ardia tambien en deseos su mujer de tener una corona como sus tres hermanas, sobre todo, desde que habiéndose encontrado con ellas en una mesa franca, se habia visto obligada á colocarse en un puesto inferior. No titubearon, pues, ambos esposos, cuando el papa les ofreció el reino de las Dos-Sicilias; pero como era preciso conquistarlo, y la Provenza, regida por el sistema feudal, no daba guerreros sino por cuarenta dias y para cortas distancias, fué necesario recurrir á los aventureros, cuyas soldadas se pagaron en parte con los diezmos impuestos sobre los bienes de las iglesias de Francia, y en parte con las preciosas joyas que se empeñaron de la princesa. Uniéronse tambien algunos para ganar las indulgencias, otros por amor caballeresco á Beatriz y *para hacerla reina,* y los más por la codicia del botin, y así pudo hacer alarde de treinta mil combatientes, con cuyo sosten y el de las indulgencias pasó Cárlos á Italia (1264).

Imponíale el papa por únicas condiciones pagar anualmente á título de tributo, mil onzas de oro y un caballo blanco, proporcionarle cuando lo exigiese trescientos hombres de armas, no aceptar jamás la dignidad imperial, y abdicar la de senador de Roma, tan pronto como fuese rey, debiendo además respetar los derechos del clero y la constitucion que el papa daria á la Sicilia. Cárlos lo prometió todo, resuelto á no cumplir nada.

Esta espedicion podia considerarse como una cruzada formada con objeto de cerrar á los árabes

(3) Nicolás de Jasmilla, p. 500, 536. *R. I. S.*
(4) Saba Malaspina, *Hist.* II, 22. Rer. It. Script. VIII.

(5) Poesias de los trovadores.

la entrada de Italia, donde ya los habian instalado los Hohenstaufen. A otros poderosos habian recurrido ya los pontífices hasta en tiempo de los Pepinos; otros recurrieron posteriormente, y aun en nuestros dias al mismo medio para sostener buenas y malas causas; pero los resultados fueron tan varios, que no es posible alabar ó vituperar estas medidas juzgándolas por los efectos que produjeron.

El papa Urbano IV no vió los desastres causados en Italia por el llamamiento hecho á un príncipe de la sangre real de Francia; y oprimido cada vez más por los Gibelinos, hasta en la misma Roma, murió allí (1265). Tuvo por sucesor á Clemente IV (Guido Fulques), que nacido en Provenza, y por tanto súbdito de Cárlos, le fué tanto más favorable cuando vió la Italia destrozada entre Gibelinos y Güelfos en una guerra á la vez política y religiosa, y en donde aseguraba Manfredo el predominio á los enemigos del papa. Desembarcó, pues, Cárlos en Roma, á pesar de las flotas combinadas de Sicilia y Pisa: convino con el papa obtener el reino de las Dos-Sicilias para él y sus descendientes varones, ó nacidos de sus hijas, segun el órden de primogenitura; no dividir ni estender estos dominios, y no mezclarse en los asuntos de la Lombardia y la Toscana. Prometió dejar al derecho canónico el cuidado de regular lo concerniente á los eclesiásticos, pagar cierta suma al contado, y después ocho mil onzas de oro cada año, bajo pena de deposicion en el caso de una dilacion de más de seis meses.

Pero tanto los republicanos de Roma como el papa, cuando conocieron á Cárlos, le encontraron inferior á lo que esperaban de él y á sus fastuosas apariencias; y tanta miseria y egoismo se revelaron en él, que el papa reanudó las negociaciones con Manfredo. Sin embargo, un ejército llegó de Francia para sostener á Cárlos y á los Güelfos, de modo que éstos llevaron la mejor parte en Lombardia y Toscana. Recibió Cárlos la corona de Sicilia y el gonfalon de la Iglesia (1266); y para purgar á Roma de detestadas ó indisciplinadas tropas, se le invitó á apresurar su espedicion para la conquista del reino.

Batalla de Benevento, 29 febrero.—Habia reunido Manfredo hombres, dinero y valor; pero la venganza de un esposo ultrajado, abrió, segun se dice, á Cárlos los desfiladeros que hubieran sido inaccesibles sin la traicion ó cobardia de los encargados de defenderlos. Habiendo propuesto Manfredo un acomodo, respondió Cárlos: «Decid al soldan de Nocera, que no quiero con él ni paz ni tregua; hoy le enviaré al infierno ó él me enviará al paraiso.» Ambos se encontraron en Grandella cerca de Benevento. Por una parte los adivinos árabes observaron el punto favorable de los astros para empeñar la accion: por otra, el obispo de Auxerre, revestido de una armadura completa, dió la absolucion á los franceses, diciéndoles: «Os impongo por penitencia herir fuerte y con repetidos golpes.» Llegados á las manos, los Güelfos, y sobre todo los de Toscana, hicieron prodigios de valor, pero mayores los hizo Manfredo y con más arte. Viendo Cárlos á la caballeria alemana vencer, olvidó toda lealtad caballeresca y mandó herir los caballos; resultó de esto, que desmontados los alemanes, sucumbieron bajo el peso de sus fuertes armaduras. Precipitándose Manfredo con la rabia de la desesperacion en lo más fuerte del combate, cayó atravesado de golpes, negóse la sepultura sagrada á su cadáver, que el llanto de sus fieles hizo reconocer, y fué cubierto con un monton de piedras en la orilla del rio Verde.

De esta manera pereció el jefe de los Gibelinos del mediodia de Italia; poco antes habia perecido el de los septentrionales. Después de la muerte de Federico, considerándose Ezelino como señor independiente en los territorios de Padua, Treviso y Bassano ahogaba en sangre toda queja contra su feroz dominacion. Dejaba á sus enemigos morir y podrirse en los horribles calabozos de Padua; ó si los sacaba de ellos era para enviarlos por tandas al suplicio con objeto de enseñar la obediencia á los demás. A sus ojos, no tan sólo la antigüedad de la raza, sino la opulencia, el valor, la clericatura, eran crímenes dignos de muerte, sí que tambien lo eran la piedad, la belleza, y todo lo que distinguiendo á un hombre de la multitud le proporcionaba consideracion, y por esta razon se hacia temer del tiranó.

Fin de Ezelino.—Por tanto el pontífice Alejandro IV intimó á los cristianos á cruzarse en nombre de Dios contra aquel enemigo de la humanidad (1256). A su voz acudieron muchos y las ciudades güelfas, apoyadas por Venecia, reunieron un ejército poderoso, quitaron á Ezelino la ciudad de Padua, y rebelaron á otras ciudades. Pero el tirano descargó sobre ellas una venganza terrible y con tropas sarracenas y alemanas recuperó á Padua; lo cual fué una doble ruina para aquella ciudad importante. Aliado con su hermano Alberico, con Buoso de Dovara y con el marqués Oberto Pelavicino, se encontraba teniendo á su disposicion todas las fuerzas de los Gibelinos de Lombardia, que combinadas tomaron y destruyeron á Brescia, centro de la faccion güelfa. Duplicando Ezelino su habilidad y valor, escluyó al marqués y al de Dovara para quedar único soberano de la ciudad: luego corrió á recuperar uno á uno todos los castillos que le habian quitado los cruzados, y los entró á sangre y fuego.

Las malditas facciones estuvieron á punto de darle la victoria. Cuando los milaneses se retiraban después de la derrota de Cortenova (tomo V, pág. 566), Pagano de la Torre, señor de Valsasina, les habia acogido suministrándoles víveres, lo cual le valió el afecto de los campesinos. Ahora bien, estos para ponerse á cubierto de las vejaciones de los nobles, le eligieron capitan del pueblo (1242). De aquí resultó que los nobles, guiados por Guillermo de Soresina, le declararon la guerra; pero salieron vencidos, y viéndose espulsados de su pa-

tria, abrazaron el partido desesperado de entregársela á Ezelino, con quien celebraron un tratado secreto (1257). Efectivamente, se adelantó á la deshilada con ánimo de sorprender á Milan: ya habia pasado el Adda, y marchaba sobre la metrópoli de la Lombardia, cuando Martin de la Torre, que habia sucedido á Pagano en aquel grado, se presentó á su espalda. Para no encontrarse cortado en su retirada, retrocedió Ezelino; pero obligado á aceptar la batalla en el puente de Casano, cayó herido, y murió poco después lleno de desesperacion (1259).

Un grito general de alborozo resonó en toda la Lombardia y la Marca; las ciudades y fortalezas que le habian pertenecido se rindieron ó fueron tomadas; su hermano Alberico, sitiado en el castillo de San Zenon, fué obligado á entregarse á discrecion y entregado con su inocente familia á los horribles tratamientos con que se manifiestan las venganzas populares (1260).

El partido güelfo se mostraba vencedor en todas partes: muchas ciudades, hasta en la Lombardia, pedian podestás á Cárlos, quien llegó hasta proponerles que le eligieran por su soberano; pero la mayoria de ellas le dió por respuesta: *Te queremos por amigo, no por señor*. Declarado por el papa vicario del imperio vacante, estendió su jurisdiccion sobre el Piamonte, territorio próximo á su condado de Provenza. Redujo al rey de Berberia á pagarle un tributo de veinte mil doblas; Balduino II, emperador de Constantinopla, se vió obligado á cederle la Acaya, la Morea, parte del reino de Tesalónica y de Jerusalen. Maria, hija de Bohemundo IV de Antioquia y de Melisenda de Chipre, le abandonó vanos títulos, á los cuales esperaba dar una realidad. Ya no encontraba Cárlos ninguna resistencia en el reino, por lo cual no tardó en instalar allí barones, magistrados, justicias de entre sus compatriotas; lo que produjo todos los males de una nueva conquista, aunque se adornase con el nombre de emancipacion. Los antiguos amigos de la casa de Suabia gemian; los que siempre en gran número se dejaban engañar por las bellas promesas de los pretendidos libertadores, se quejaban de haber sido engañados. Así era que por todas partes habia descontento, y se dejaba conocer tan pronto en las quejas del pueblo, como en las reprensiones del pontífice. Este por causa de las guerras asoladoras que habia sostenido, se veia precisado á buscar apoyo en el extranjero, á lanzar excomuniones hasta contra las ciudades fieles á la bandera de la Iglesia, y á excitar las pasiones populares, tan difíciles de calmar luego que llegan á exasperarse por el egoismo de los bandos; donde habia creido tener un adicto encontraba un déspota, y si buscaba las franquicias de los sicilianos, encontraba un tirano en medio de ellos.

Conradino.—Entonces renació la compasion y el deseo de aquella raza que se maldecia antes, y las miradas se dirigieron al otro lado de los Alpes, donde quedaba un último vástago. Despojado Conradino de los bienes y dignidades de sus antepasados, proscrito antes de nacer con toda la descendencia de Federico, vivia con su madre, en la corte de Luis, duque de Baviera. Las solicitaciones de los italianos y las exageraciones de los vecinos alimentaban en él los sueños de restauracion habituales á los descendientes de familias destronadas. Podia procurarse con dinero soldados mercenarios, de que se empezaban entonces á componer los ejércitos; caballeros de fortuna acudirian á tomar parte en la espedicion, amen de los numerosos amigos que tenia ó esperaba en pro de su causa, y en fin, los pueblos estaban descontentos, y él esperaba, jóven como era, que todos los que su abuelo habia colmado de beneficios, habrian permanecido fieles en el infortunio.

Acudió, pues, á Verona, al frente de diez mil combatientes: pero conoció allí la amargura de las primeras decepciones, porque habiéndole llegado á faltar dinero, se vió abandonado por todo el mundo, y solo con los mayores esfuerzos y empeñando su patrimonio, consiguió retener tres mil. Las ciudades gibelinas de Lombardia le hicieron una acogida benévola; pero las de la faccion güelfa, implacables en su odio, renovaron su liga. Escomulgó el papa al jóven príncipe con todos los que se uniesen á él para dar de nuevo principio en Italia á tan funesta lucha.

Acordándose entretanto los sarracenos de Lucera de que eran deudores á Federico de aquella nueva patria, se levantaron en su favor. Conrado Capecio, nombrado vicario de Conradino en Sicilia, condujo allí tropas de Africa, á las cuales se unieron los insulares descontentos: Enrique de Castilla, senador de Roma, que meditaba el proyecto de fundarse un reino en Cerdeña, y se hallaba estorbado por Cárlos, favoreció á Conradino. Acogido este jóven príncipe triunfalmente en la ciudad de los papas con Federico de Austria, su jóven primo (1268), debió creer por las demostraciones de júbilo que se le prodigaban, que le aguardaba Italia como un libertador; pero viéndoles pasar el papa desde lo alto de los baluartes de Viterbo, esclamó: «¡Pobres víctimas que se dejan conducir al sacrificio!»

Batalla de Tagliacozzo, 23 agosto.— Conradino, prosiguió su marcha hácia los Abruzos, lisonjeado por el próspero éxito de sus parciales en Sicilia; pero Cárlos de Anjú le salió al encuentro en Tagliacozzo, y negándose á todo acomodo, quiso trabar la pelea. El valor y la habilidad ayudadas por la fortuna, que tiene tan gran parte en las victorias, dieron la ventaja á los franceses. Reducido Conradino á emprender la fuga, fué entregado á su rival con Federico y Enrique de Castilla.

A pesar de la compasion que debia inspirar la juvenil edad del príncipe vencido; á pesar de los consejos de clemencia que dió el pontífice á Cárlos (6),

(5) Cuéntase que habiendo consultado Cárlos á Cle-

trató á Conradino como criminal de felonia y y para añadir el insulto de las apariencias legales, convocó en Nápoles á dos síndicos de cada una de las ciudades del Principado y de la Tierra de Labor, parciales de él (7). Muchos y particularmente Guido de Suzaria, sostenian que Conradino habia venido á recobrar por fuerza de armas un Estado al que tenia justos derechos, y que no era más que un prisionero de guerra; pero otros, y en especial Roberto de Bari, profirieron contra él sentencia de muerte que confirmó Cárlos. Conradino y Federico fueron decapitados á presencia de éste en la plaza del Mercado (29 octubre), teatro de tantos desmanes así del pueblo como de los reyes. La horca y la cuchilla castigaron á todo el que manifestó algun asomo de interés por Conradino, y no fueron menos ardientes en el encono los que tenian que hacerse perdonar su fluctuacion ó su connivencia. Las ciudades rebeladas fueron sometidas otra vez al yugo por la fuerza, y entonces se decidió Cárlos á uno de aquellos actos que pasan por generosidad, y que sólo son resultado de la lasitud ó del cálculo, otorgó una amnistia general.

Fin de los suevos.—Al subir al cadalso Conradino habia esclamado: *¡Oh madre mia, cuánto será tu dolor al sáber la muerte de tu hijo!* La infeliz Isabel acudió desde Baviera á recoger los restos de su hijo y de su sobrino decapitados. Una estátua de él y una inscripcion piadosa (8) colocadas en el cláustro del Cármen, recuerdan su dolor y las ricas dotaciones que hizo á aquellos religiosos para que rogasen por aquellos dos objetos de su cariño.

De la raza de los Hohenstaufen no sobrevivia más que una jóven casada con el duque de Sajonia, quien se puso á ultrajarla cuando vió el desastre de todos los suyos, hasta el punto de pegarle y de mantener á su lado á una concubina. Resolvió huir la infortunada duquesa, y un fiel criado le preparó un batel en el Elba. En el momento de descolgarse del castillo con ayuda de una cuerda, quiso volver á ver á su hijo en la cuna, y en la angustia del amor y de la separacion, lo mordió. Federico el Mordido, segun se le llamó por sobrenombre, fué luego inexorable enemigo de su padre.

Rodolfo de Habsburgo.—Con los príncipes suabios acabó la série de los emperadores que ejercieron una influencia directa sobre la Italia todavia libre. En Alemania continuaban las guerras y las rivalidades entre los príncipes, más encarnizadas que nunca. Por último, resolvieron poner término al gran interregno, eligiendo un emperador en una familia nueva, que no parecia deber causar recelos ni impedia el ejercicio del dominio. Recayó la eleccion en Rodolfo de Habsburgo (1273) (9). Como el reino de Alemania vino á ser con este príncipe patrimonio, por decirlo así, de una familia, espondremos en el libro siguiente la nueva forma que le fué dada. Nos limitaremos aquí á seguir hasta el fin la guerra entre la Santa Sede y el Imperio.

Gregorio X.—El esterminio de los suevos dejaba triunfante al papado: pero Clemente IV no vió restablecida la paz con el imperio, pues en el momento en que se disponia á pronunciarse entre los competidores al trono de Germania, murió en Viterbo (1268). Reuniéronse los cardenales en esta ciudad para la eleccion de un papa, en la que no se pudieron poner de acuerdo durante tres años. Remitiéronse últimamente por compromiso á la decision de seis de ellos, y habiendo sido proclamado Tibaldo Visconti de Placencia (1271), entonces legado en Palestina, tomó el nombre de Gregorio X. A fin de evitar en lo sucesivo el triste espectáculo de las últimas elecciones y las vacantes prolongadas, metodizó la forma del cónclave: luego reunió en Lion el décimocuarto concilio ecuménico (7 mayo á 17 junio de 1274) para promover una nueva cruzada y poner remedio al cisma de la iglesia griega.

Fin de la guerra de las investiduras.—Oton, vice-canciller de Rodolfo de Habsburgo, se presentó en él para terminar la disputa que duraba hacia setenta años. En su consecuencia, juró que el emperador cumpliria las promesas de Oton IV y de Federico II; que renunciaria absolutamente á las tierras disputadas entre el Imperio y la Iglesia; que no admitiria ninguna enfiteusis eclesiástica aunque se le ofreciera, ni ningun empleo en el Estado romano sin el asentimiento del papa; que no perturbaria al rey de Sicilia ni á los demás vasallos de la Iglesia, y que procuraria vengar la muerte de

---

mente IV sobre lo que debia hacer de los prisioneros, recibió de él esta respuesta: *Vita Conradini, mors Caroli*; lo cual equivalia á una sentencia de muerte. Esta barbaridad, tomada de Giannone, y que parecia poco creible al mismo Sismondi, tan crédulo en todo lo que denigra á los papas, está refutada por cartas auténticas en que el pontífice insiste vivamente por el perdon.

(7) SABA MALASPINA, *Hist.* IV, 16.

(8) *Margaritæ augustæ* (los historiadores la llaman Isabel), *quæ Conradino filio et Friderico nepoti captivis opitulatum, opibus onusta Neapolim festinarat, cum capite plexos reperisset, virili quidem pectore non lacrymas pro illis, sed profusissima munera ad hoc templum exornandum profundens, ad aram hic maximam humandos curavit; familia carmelitana, ingentibus ab ea divitiis donata, tam piæ benemeritæ semper ærumnam ploratura, ac cælestem pro tantis principibus imperatricem oratura p. anno Domini* MCCLXIX.

(9) Por la historia de Bolonia de Salvioli, *ad. ann.* 1266 y *doc.* 747, sabemos que Rodolfo de Habsburgo era jefe de una tropa de mercenarios en Italia, la cual en aquel año se hallaba en Bolonia, y que para salir de esta ciudad y volverse á su patria, tuvo que tomar dinero prestado, siendo fiadores suyos doce nobles alemanes que estudiaban en aquella universidad.

Conradino. Por su parte Gregorio X prometió hacer de modo que Alfonso de Castilla renunciara al Imperio y al ducado de Suabia: habiendo tenido después una entrevista en Losanna con Rodolfo, obtuvo de él la promesa de que tomaria la cruz con su esposa, é iria al otro año á coronarse á Roma; pero jamás ejecutó ninguna de las dos cosas.

De consiguiente quedaba reconocida la dominacion real del papa en una buena parte de Italia: sin embargo de nuestra relacion, se ha visto cuán escaso poder tenia en Roma, donde se veia unas veces espulsado, tan pronto llamado con tono amenazante, como reducido á presenciar la acogida hecha á sus adversarios. Hasta el mismo Gregorio tuvo que salir de la ciudad (1276) y fué á establecerse en Arezzo, donde murió con olor de santidad. Entonces fué elevado al pontificado el sabio teólogo Pedro de Tarantasia, que apenas reinó cinco meses con el nombre de Inocencio V; luego Otobon Fieschi, con el nombre de Adriano V, que derogó la constitucion de Gregorio X sobre el cónclave, y murió aun antes de habérsele ordenado sacerdote. Por último, después de él, Pedro Julian de Lisboa, médico y astrólogo hábil, que tomó el nombre de Juan XXI, y no tardó en morir aplastado bajo la techumbre de su aposento.

Nicolás III.—Nicolás III (Juan Cayetano Orsini), elegido después de ocho meses de debates (1277), se opuso á Rodolfo de Habsburgo, quien, durante la vacante de la Santa Sede, habia enviado á sus delegados á recibir el homenaje de la Romaña. Instruido por el ejemplo de sus antecesores á no entrar en lucha por un reino lejano y por una autoridad casi nominal, Rodolfo reconoció la soberania del pontífice por un acta firmada hasta de los electores, y en la cual se declaraba que Bolonia, Imola, Faenza, Forli, Forlimpoli, Cesena, Rávena, Rímini, Urbino, además de la Sicilia, Córcega y Cerdeña, pertenecian á la Iglesia. Así desaparecia el gérmen de las disensiones entre el Imperio y la Iglesia, que al mismo tiempo que conquistaba su libertad emancipaba á la Italia de los emperadores, de quienes hacia cesar toda pretension á la soberania en la península, y realizaba el pensamiento constante del partido güelfo.

Nicolás habia concebido además un vasto proyecto, y era repartir el Imperio en cuatro reinos hereditarios: el trono de Alemania para la descendencia masculina de Rodolfo; el de Arlés para Clemencia, su hija, casada con Cárlos Martel; la Lombardia y la Toscana para dos sobrinos del pontífice. ¿Cuáles hubieran sido las consecuencias de este proyecto? ¿Con qué derecho se repartian de este modo pueblos y se les convertia en un patrimonio? Y ante todo, ¿era éste plan posible? Nicolás se lo propuso á Rodolfo; pero su muerte puso fin á toda negociacion sobre este punto.

Mientras que de la primera guerra del Imperio con la Iglesia, esta, vencida en la apariencia, habia salido realmente poderosísima, desde esta paz, aunque al parecer vencedora, principió su decadencia, y podia ciertamente decirse, con respecto al poder, lo que santo Tomás de Aquino respondia á Inocencio IV cuando enseñándole este pontífice mucho dinero, le decia: «Ya veis que no estamos en aquellos tiempos en que San Pedro exclamaba: *No tengo oro ni plata.*—Si, replicó el santo; pero tampoco estamos en aquellos tiempos en que San Pedro decia al paralítico: *Levántate y anda.*

Riqueza del clero.—La Iglesia habia podido acumular grandes riquezas, tanto en territorios por los señorios y comarcas enteras que le habian sido donadas, ó que habia comprado á los barones que pasaban allende el mar, cuanto en dinero procedente de los diezmos, que se estendian hasta sobre el comercio, sobre el botin hecho en la guerra, y lo que es más, sobre la mísera ganancia de los mendigos, y sobre el vergonzoso salario de las prostitutas.

La exencion de los impuestos de que gozaban bajo el feudalismo los bienes de los eclesiásticos, así como los de los feudatarios, llegó á cesar, atendido que, obligados los concejos á imponerse tributos, llamaron al clero á soportar las cargas de un gobierno de que le resultaban tantas ventajas. En un principio no se halló inconveniente en ello; mas después, ora porque hubiera injusticia en el reparto, ora porque se hiciera esta obligacion escesivamente onerosa, los eclesiásticos se quejaron de ella muy á menudo. Los concilios III y IV de Letran, viniendo en su ayuda, prohibieron imponer cantidad alguna al clero, el cual no debia contribuir á las cargas públicas sino en tanto que lo juzgara útil al interés general. Los concilios posteriores de Narbona y de Tolosa prohibieron imponer á las personas de los eclesiásticos lo mismo que á sus bienes, aun aquellos que provenian de herencia, como tambien exigir ningun derecho de peaje, ni para ellos ni para sus bagajes, salvo los objetos de comercio.

Pero algunos Estados pusieron restricciones á una inmunidad tan estensa, y como se habia establecido que los obispos consultaran al papa sobre la oportunidad de subvenir á las necesidades del Estado, se dirigieron los reyes al pontífice para reclamar los diezmos, y el papa se los otorgaba con menos dificultad que los obispos, sobre quienes recaia el peso. Ya la Santa Sede habia acostumbrado al clero á estos sacrificios durante las cruzadas, y después con motivo de sus propias necesidades: hasta habia acontecido que, habiéndose negado las iglesias de Inglaterra á pagar una enorme contribucion impuesta por Alejandro IV, este pontífice hizo que le adelantaran el contingente banqueros italianos, por medio de una hipoteca proporcional sobre los bienes de cada iglesia y de cada monasterio. Por último, habiendo obtenido los reyes la facultad de levantar diezmos para gastos de guerra, no tardaron en prescindir de la autorizacion pontificia, y así resultó para la Iglesia

un perjuicio perpétuo de sus triunfos momentáneos.

Algunos paises señalaron igualmente límites á la adquisicion de bienes inmuebles por el clero. Esto es lo que hizo Inglaterra respecto de la mano muerta. En todas partes desapareció tambien el uso que habia prevalecido en la Iglesia, de recompensar ciertos servicios con la investidura de bienes ó de empleos, puesto que terminaban por ser hereditarios, y así se hallaban perdidos para ella. Hasta los abogados y los vidamos, protectores seglares de las iglesias, habian llegado á convertirse en sus tiranos; atraian á sí los diezmos infeudados y levantaban castillos en medio de los dominios eclesiásticos, desde donde ejercian su prepotencia.

Tambien fué restringida la exencion del fuero secular; porque los gobiernos aspiraban á intervenir en las decisiones de las curias, que no pronunciando casi nunca penas corporales, reprimian debilmente los delitos. Hasta los tribunales de la Inquisicion pusieron á la Iglesia en cierta dependencia de los seglares, cuyo brazo era necesario reclamar para la ejecucion de sus sentencias.

Tanto más justificada pareció la intervencion seglar cuanto menos ejemplar era la conducta del clero. Los altos dignatarios de la Iglesia conservaban las costumbres de la educacion secular y un lujo desenfrenado que hemos visto servir de testo á las diatribas de los albigenses y de los trovadores. El tercer concilio de Letran hace presente á los prelados cuán inoportuno es viajar con tan numerosa comitiva, y consumir en un banquete el producto anual de la iglesia que visitan (10); por otra parte les recomienda la discrecion para no agravar desmesuradamente las parroquias recorriendo las diócesis: quiere que los cardenales se contenten con cuarenta ó cincuenta carruajes, los arzobispos con treinta ó cuarenta, los obispos con veinte y cinco, los archidiáconos con cinco ó siete, los decanos con dos caballos, y por otra parte deben abstenerse de conducir con ellos perros y aves de caza. El cuarto concilio de Letran (11) les prohibe las vestiduras demasiado cortas, que dejan los miembros descubiertos, ó las vestiduras demasiado largas que arrastran; les veda el oro, los anillos ú otras joyas, á menos que sea en señal de dignidad, y tambien las hebillas y cadenas doradas; quiere que los prelados que no pertenecen á una órden monástica lleven siempre sobre su vestidura de lana una sobrevesta blanca.

Varias constituciones posteriores limitaron, á lo menos sobre el papel, el lujo del clero; y un concilio celebrado en Nantes en 1264, queria que los obispos se contentaran en sus visitas con dos platos solamente en la comida, y que si habia preparados más, se distribuyeran á los pobres (12).

Entre tanto el clero inferior perdia todo respeto; los frailes hacian toda clase de esfuerzos para sustraerse á la jurisdiccion de los ordinarios, y el pontífice otorgaba esta dispensa, no sólo á los monasterios, sino tambien á congregaciones y cabildos, y hasta á los individuos, sin hablar de los sacerdotes *acéfalos*, es decir, que no estaban agregados á ningun título, sino capellanes ó limosneros de señores y por esto más libres y menos decorosos (1179). Alejandro III habia establecido que todo obispo que ordenara á un sacerdote sin título, estaria obligado á mantenerle á su costa; pero los obispos eludieron el decreto, contentándose con que un clérigo tuviera para vivir, aun cuando fuera con sus bienes patrimoniales. La introduccion en el clero de una turba nueva, la de los simples tonsurados, perjudicó tambien á su reputacion, porque como no tenian de eclesiásticos más que el hábito y el título, llevaban una existencia mundana.

Roberto Cabeza-Grande, obispo de Lincoln, uno de los prelados más adictos á la Santa Sede, defendió, no obstante, contra sus pretensiones, los derechos de sus diócesis; y en el concilio de Lion presentó un memorial sobre los males de la Iglesia (1245), males que imputaba á los malos pastores, acusando al pontífice de poco acierto en elegirlos: se alzaba además contra el abuso de las exenciones, contra las apelaciones, contra la venalidad de ciertos oficiales pontificios. El papa ordenó que se leyera este memorial en el consistorio (13).

El uso reiterado de las escomuniones y de los entredichos disminuyó su temible eficacia; y si Gregorio VII habia tenido que dulcificar las penitencias impuestas á los réprobos, se reconoció más tarde la necesidad de estimular al bien con recompensas espirituales. De consiguiente, se concedieron indulgencias á actos que no eran siempre meritorios, ni siempre justos.

Impedmientos matrimoniales.— Hemos visto y veremos todavia cuántos desórdenes habian causado los matrimonios contraidos en grados prohibidos. En un principio eran prohibidos hasta el sétimo grado, segun el derecho civil; es decir, con-

---

(10) Can. IV.

(11) Can. XVI. San Bernardo escribió á Eugenio III que su legado habia devastado las iglesias de Francia, desde los Alpes á los Pirineos, como hubiera podido hacerlo una horda de húngaros. *Epist.* 290.

(12) LABBE, XI, 826. Cuatrocientos años más tarde, Lázaro Carafino, obispo de Como, ordenaba que no se recibiese al obispo en las visitas entre el estruendo de los arcabuces y morteros, «ni tampoco con aquella emulacion de barcas que por los lagos bogaban, de los cofrades ú otros que salian al encuentro;» y que el servicio se redujera á un primer plato de frutas ú otra cosa, una menestra y uno ó dos platos fuertes á lo más, concluyendo con un postre de frutas, y no siendo lícitos los manjares exquisitos, ni el azúcar, ni las especias, excepto la pimienta.

(13) LINGARD, lib. III, 3.

tando las personas entre el tronco comun y los contrayentes, lo cual abarcaba á los primos terceros. Alejandro II introdujo el método canónico de contar las generaciones en vez de las personas, lo cual estendia la prohibicion hasta el décimocuarto grado civil. De aquí resultaba que en algunas aldeas todos eran parientes; y como no se llevaban registros, ni era fácil conservar exacta memoria de parentescos tan complicados, se contraian uniones vedadas: luego cuando el amor habia cedido el puesto á la saciedad, los esposos hacian conocer el impedimento disimulado al principio, y las leyes eclesiásticas desataban nudos que la Iglesia veló siempre por conservar indisolubles. Estos abusos obligaron al cuarto concilio de Letran á volver á adoptar el antiguo método, que prohibia el matrimonio sólo hasta el cuarto grado del derecho canónico.

CAPÍTULO IX

LA ITALIA DESPUES DE LA CAIDA DE LOS STAUFEN. —REPÚBLICAS.—TIRANOS.

En medio de las agitaciones generales, cada comarca de Italia continuaba desenvolviendo su constitucion particular nacida de la fusion de los elementos del pais con los de la conquista, sustrayendo su libertad de la jurisdiccion de los obispos y condes, y defendiéndola después contra las armas alemanas y las ambiciones indígenas, para defender su libertad. Obligados á triunfar de un poder guerrero, á poner freno á una autoridad ilimitada, á restringir las inmunidades del clero y los privilegios de la nobleza, á arrancar á antiguas familias sus posesiones ó su poderio, á emancipar á los esclavos, á construir el edificio nuevo con ruinas amasadas con sangre; los concejos debian necesariamente pasar por aquellas tempestades que aterran á los espíritus débiles, pero que son uno de los espéctáculos más nobles para el que juzga que es una de las más bellas tareas de la historia el pintar á los hombres en los momentos de mayor agitacion en sus ánimos, de mayor exaltacion en sus pasiones.

Dada la índole de nuestro trabajo, sólo indicaremos los puntos capitales que señalan la transicion de las repúblicas á los principados. Las repúblicas, como hemos dicho, no destruyeron los feudos, sino que les quitaron allí gran parte de su importancia política, reduciéndolos á una forma privilegiada de posesion. En algunas, como en Cremona, Pavia y Milan, se podia vender libremente sin el consentimiento del señor soberano, y éste era, por el contrario, necesario en Mantua, Verona y otras. En el Piamonte y en el Reino los feudatarios conservaron hasta el mero y misto imperio, y lo acreditaban las horcas puestas delante de sus castillos, en cuya elevacion llegó á existir tal rivalidad, que tuvo que moderarse por las leyes. El patriarca de Aquilea, que era señor del Friul y de Istria, impidió que se formaran allí los concejos. Los marqueses del Final tuvieron avasallada aquella parte de la *ribera* de Génova, prestando homenaje al imperio.

Los Estenses.—El título de marqués no tuvo entre los italianos tan alta significacion como en Alemania, pues no era más que un nombre dado á los nobles que adquirian derechos de condè sobre sus dominios, para distinguirlos de los condes que eran funcionarios del rey ó de los obispos. Azzo II de Este, en 1097, se titulaba marqués y conde de Milan, y Federico I renovó este último título á su sobrino Obizzo (1184), añadiendo á sus Estados el distrito de Génova (1), lo cual, por ser entonces libres aquellas ciudades, significaba que le nombraba su vicario, para que defendiera los derechos imperiales. Este mismo Obizzo era vasallo del obispo de Génova, como lo era de la ciudad su hijo Moruello, siendo tambien aliados de los señores de Lunigiana, de los condes de Lavagna y otros. Además del castillo y del lugar de que tomaban nombre, poseian los marqueses de Este el señorio de Gavello, dominios considerables en el de Padua, Vicenza, Ferrara, Verona, Brescia, Cremona, Parma, y en particular en la Lunigiana y en los montes de la Toscana, y además en los distritos de Módena y Placencia; estendiéndose hácia Tortona, hasta confinar con las tierras del marqués de Monferrato. Algunos de estos dominios eran francos alodios; otros no eran más que feudos ó bienes eclesiásticos; pero el poder á que la familia de Este se habia elevado, le permitia considerarlos como propiedad suya.

La caida de los Ezelinos contribuyó á la grandeza de esta casa. Azzo VI quitó Ferrara á Salinguerra (1188-90): después Módena y Reggio se le

(1) MURATORI, *Antiq. Est.*, par. I, cap. 1.

sometieron voluntariamente y más tarde Comacchio. Pero los señores de Este se vieron quitar en seguida Ferrara por el papa (1319), y reducidos á sus primitivas posesiones de Adria y de la Polesina.

Casa de Saboya.—La casa de Saboya tuvo por tronco á Humberto Biancamano (1003-56?) á quien en un tiempo se quiso hacer hijo de Beroldo, y que fué virey de Arlés, habiendo después obtenido de Conrado Sálico el Chablais, el bajo Valais y San Mauricio (2). Sus sucesores aumentaron sus primitivos dominios con otros nuevos, y principalmente con Susa y Turin, la última de cuyas ciudades habia tenido por señores á sus obispos, á quienes Federico I habia concedido inmunidad en el espacio de una milla de circuito, y así llegó á hacerse italiana aquella familia que tanta parte tuvo y podrá tener más todavia en la suerte de la Península. La posicion hacia muy importante el marquesado de Susa: Adelaida unió á él el condado de Moriana (1076), y su hijo Amadeo II hizo después anejos ambos títulos á la casa de Saboya.

Federico II nombró á Tomás de Saboya, su vicario general en el Piamonte y en Lombardia, desde el Lambro arriba (1226). Confirió á su sucesor, Amadeo IV, el título de duque de Chablais y conde de Aosta (1234), y dió en matrimonio á Manfredo, su bastardo, que fué rey de Sicilia, una hija de este señor. Amadeo IV cayó de esta alta posicion á la llegada de Cárlos de Anjú, quien se apoderó de Turin; Pedro II, hecho baron de Vaud y protector de Ginebra, después de haber sido ministro de Enrique III de Inglaterra (1263-68), tomó el título de conde de Saboya y volvió á su antigua sujecion los paises de aquende los Alpes hasta Turin, y fué sobrenombrado el pequeño Carlomagno. Conociendo la necesidad de ser fuerte, fortificó el pais, tomó tropas á sueldo, arregló la hacienda y la justicia. Fiel al principio monárquico, la casa de Saboya comprimió constantemente los gérmenes de libertad municipal que el ejemplo de las ciudades lombardas vecinas desarrollaba en las subalpinas: sin ser güelfa ni gibelina sacaba provecho de las disputas de los demás para consolidar su gobierno, sus Estados y sus fuerzas.

En una historia general no es posible seguir á esta familia en las divisiones y nuevos enlaces. La rama del Piamonte tuvo que luchar contra la floreciente república de Asti (1285-1323), la cual, por último, fué concedida por el emperador Enrique VII á Amadeo V de Saboya, su cuñado, si bien esta concesion fué solo de palabra. Tambien la ilustre y antigua república de Chieri se defendió por mucho tiempo contra los señores del Monferrato, dirigida por la familia Balbo, aunque en 1347 se sometió á los condes de Saboya, reservando, sin embargo, muy importantes derechos para aquella familia.

Marqueses de Monferrato.—Los marqueses de Monferrato han sido estirpe muy cantada por los poetas, y por tanto, de recuerdos muy romancescos (3). Les hemos visto mezclarse en los asuntos de la Italia superior y en las cruzadas, de modo que fueron los más ilustres de aquellas comarcas, y fué buscada su alianza y temida su enemistad. Guillermo VI, llamado *gran marqués*, hijo de Margarita de Saboya, casado con Isabel de Glocester (1254), luego con Beatriz de Castilla, dió la mano de su hija Yolanda al emperador griego Andrónico II Paleólogo; y segun el partido á quien favorecia, hacia que se inclinara la balanza en favor de los güelfos ó de los gibelinos. Para obligarle á renunciar á sus derechos sobre Turin, se apoderó de él por traicion Tomás III de Saboya. Luego que hubo recuperado su libertad, vió á muchas ciudades rebelarse contra su poder, y hasta fue preso por los habitantes de Alejandria, quienes le guardaron toda su vida en una jaula de hierro (1291). Entonces las ciudades de su dependencia consolidaron sus franquicias: apoderóse de gran parte del pais Mateo Visconti, de modo que su hijo Juan II no le sucedió más que en sus dominios primitivos. Muerto sin prole, Teodoro Paleólogo (1305-38), segundogénito del emperador Andrónico, tuvo que conquistar la

---

(2) Los genealogistas, por adular á la casa reinante en Piamonte, quisieron hacer descender á Humberto de Vitikindo, émulo de Carlomagno: otros de Beroldo de Sajonia, nieto de Oton III. Hace tres siglos Luis de la Iglesia quiso atribuirle orígen italiano, opinion adoptada después por Napione, y por Cibrario *(Del orígen italiano y regio de la Casa de Saboya)* suponiendo que Beroldo ó Geroldo, designado como padre de Humberto, sea Oton Guillermo, duque de Borgoña, hijo de Adalberto, y nieto de Berenguer II que fueron reyes de Italia, biznieto segundo de Gisla, hija del emperador Berenguer I, y tataranieto de Anscario, marqués de Ivrea, hijo de Guido de Espoleto, hermano de Guido, rey de Italia. Se ve que á todo esto no le falta más que el eslabon que lo una; y Cibrario concluye diciendo que «se esperan documentos que prueben claramente lo dicho.» Casa tan ilustre no necesita en verdad buscar inciertos antepasados; pero nos place este deseo de querer encontrarle un orígen, que recuerde siempre que es italiana. Segun las investigaciones recientes más autorizadas, se puede admitir que la Casa de Saboya trae su orígen de una estirpe de condes romana ó romanizada de la Borgoña. Véase CARUTTI. *El conde Humberto I Biancamano y el rey Alduino*, Roma, 1884.

(3) Dos nobles esposos alemanes peregrinaban á Roma, cuando al llegar al Monferrato, la mujer dió á luz un niño que dejó allí para que le criaran. Murieron ambos en el viaje, y el niño Aleramo adquirió una gran reputacion, y habiendo ido á socorrer á Oton Magno contra Brescia, enamoróse de él Adelaida, hija del emperador, y huyó con él entre los carboneros de los montes de Liguria, hasta que Oton les perdonó y les asignó un marquesado entre el Orba, el Po y el mar. En verdad que ninguna hija de Oton tuvo esposo de tal nombre. Aleramo, en otro cerco de Brescia, mató á su mismo hijo Oton sin conocerle. De los otros hermanos Bonifacio y Teodorico, descienden las familias de Bosco, Ponzone, Occimiano, Carreto, Saluzzo, Lancia, Chiavesana, Ceva é Incisa; y de Guillermo los marqueses de Monferrato.

herencia venciendo á los competidores de las demás ramas, y para consolidarse contra los Visconti, exigió de los vasallos hombres y dinero más de lo convenido.

La Casa de Saboya, que hasta entonces no se habia estendido más que al otro lado de los Alpes, fijó su vista en Italia, y pronto se encontró en lucha con los marqueses de Monferrato; y la posesion de Ivrea fué una causa continua de guerra hasta el momento en que Amadeo VI, llamado el Conde Verde, y Juan Paleólogo celebraron la paz repartiéndose aquella posesion (1349). La adquisicion de la poderosa república de Asti dió gran fuerza á los señores de Monferrato; pero estrechados entre las ambiciones rivales de Saboya y de los Visconti, no pudieron estenderse; al mismo tiempo que una nobleza poderosa, que se vanagloriaba de tener el mismo orígen que la familia reinante, les contrariaba en lo interior, impidiendo así que el pais se organizara, ora bajo la forma monárquica, ora bajo la forma popular.

Esta familia y otras pocas se levantaron con el apoyo del antiguo feudalismo: otras en mayor número debieron su elevacion al pueblo, y en medio de gentes que se habian gobernado en república (4).

Cuando los nobles estaban en armas al rededor de las ciudades y dentro de sus muros; cuando las familias, los gremios, las asociaciones se sostenian mútuamente, ¿cómo hubiera sido posible administrar justicia con calma y por medio de tribunales y magistrados? Convenia, pues, domar la violencia con la violencia, invistiendo al magistrado supremo con una autoridad muy lata, para que á la cabeza del pueblo y de las milicias pudiera hacer la guerra á los prepotentes, y recurrir hasta á la arbitrariedad cuando no bastaba el derecho. Por consiguiente, á este magistrado le odiaban y temian los grandes: el pueblo se acostumbraba á considerarle como á su señor, y se amoldaba á fórmulas serviles, al par que aquel se inclinaba á los abusos; lo cual impedia implantar aquella libertad ordenada y aquella sumision razonada, que hacen prosperar los Estados.

Victorioso el pueblo en sus lides con los nobles, se sentia luego incapaz de gobernar y se confiaba al poder de algun personaje, noble frecuentemente, y sin embargo encargado de reprimir á los nobles. Estos con el recuerdo del pasado y la envidia contra los advenedizos, no sabian fraternizar con los concejos, ni asociarse entre sí con aquella armonia que en otros paises hizo su oposicion tan formidable á la naciente monarquia.

Los tiranos.—Hemos dicho que cada uno se habia dado á una faccion: ahora bien, las facciones luego se dan fácilmente á un hombre, y éste se encuentra dueño de los que se han consagrado á ella. Y no le piden sino hacerles triunfar. Cada partido tenia, pues, un jefe así como los ambiciosos tenian necesidad de uno de ellos para elevarse. El partido que conseguia la victoria aseguraba su triunfo, confiriendo todos los poderes á un solo individuo, el cual se titulaba defensor del pueblo; y estos poderes se prorogaban por tres, cinco ó diez años; acostumbrándose él á ser como un príncipe, y los ciudadanos á obedecer (5).

---

(4) *Tiranos.*

Los Ezelinos, en la Marca de Treviso.
— de Este, en el Paduano y la Polesina de Rovigo, luego en Ferrara, Módena, Reggio.
— Pelavicini, en Cremona.
— San Bonifacio en Mántua.
— Scotti, en Placencia.
— Langoschi, en Pavia.
— Vignati, en Lodi.
— Rusca, en Como.
— Baglioni, en Perusa.
— Correggio, en Parma.
— Manfredo, en Faenza.
— Vitelli, en Civita di Castello.
— Camino, en Feltre y Belluno.
— Scala, en Verona.
— Pico, en la Mirándola.
— Malaspina, en Massa.
— Grimaldi, en Mónaco.
— Polenta, en Rávena.
— Malatesti, en Rimini.
— Pepoli, en Bolonia.
— Montefeltro, en Urbino.
— Varano, en Camerino.
— Colonna, en Preneste.
— Savelli, en el Lacio.
— Frangipani, en las Lagunas Pontinas.
— Farnesios, cerca del lago de Bolsena.
— Aldobrandini, al sudeste de la Toscana.
— del Pecora, en Montepulciano, etc., etc.

(5) Maquiavelo discute magistralmente á su modo las diferentes maneras con que se constituian las señorias, y la conducta subsecuente de los que las conseguian.

«Se eleva uno á la categoria de príncipe ó por el favor del pueblo, ó por el de los grandes. En cada ciudad se encuentran estas dos diferentes inclinaciones: el pueblo desea no ser mandado ni oprimido por los grandes, y los grandes desean mandar y oprimir al pueblo. Esta divergencia de voluntad hace nacer en la ciudad uno de estos tres efectos: ó el principado, ó la libertad, ó la licencia. El principado es introducido por el pueblo ó por los grandes, segun tenga la ocasion una ú otra de ambas partes, pues cuando los grandes ven que no pueden resistir al pueblo, comienzan á ensalzar á uno de ellos, y le hacen príncipe, con objeto de poder, á su sombra, satisfacer su ambicion. El pueblo, tambien, cuando ve que no puede resistir á los grandes, trata de acreditar á uno de los suyos, y le hace príncipe, con objeto de ser defendido por su autoridad. El que sube al principado con ayuda de los grandes, se sostiene más difícilmente que aquel que consigue su objeto con ausilio del pueblo, porque se encuentra príncipe teniendo á su rededor á muchos que se consideran como sus iguales; y por eso no puede mandarlos ni dirigirlos á su antojo. Pero el que llega al principado por el favor popular, se encuentra solo, y á su rededor no hay nadie ó muy pocos que no estén prontos á obedecerle. Además, no se puede con honradez satisfacer á los grandes sin injuriar á

Una vez pasado el peligro de la dominacion extranjera, los ciudadanos, cuyas riquezas y bienestar se habian aumentado, depusieron las armas y se aplicaron á la industria. Aumentóse la importancia de los nobles; porque, criados desde la infancia en los ejercicios guerreros; y acostumbrados á llevar una armadura completa de hierro, con la cual eran invulnerables á las picas de la milicia ciudadana, triunfaban casi sin peligro: la seguridad de vencer los animaba á audaces tentativas, ya que podian dominar fácilmente á gentes incapaces de resistir. Y más aun fué así desde que se introdujeron los capitanes aventureros, que ponian su valor al servicio de una ciudad ó de una faccion, y trataban con los pequeños tiranos para sostenerlos con sus temibles mas no ennoblecidas armas, ó aspiraban ellos mismos á la primera categoria.

La tempestuosa agitacion de las guerras civiles habia engendrado el cansancio; y siempre llega bien el que al fin de una revolucion reorganiza las cosas, aun cuando sustituya al tumulto la abyecion y el letargo. La plebe se encontraba mejor dominada por un solo dueño, cuyo interés estaria en hacerla prosperar, que dominada por una oligarquia más ó menos numerosa, de inmoderados apetitos; y esperaba aquella seguridad y justicia, que si no compensan la privacion de la libertad, la indemnizan hasta cierto punto. Los letrados y legistas, que aumentaban en número é importancia, aprendian en el código romano las reglas de la servidumbre, y tenian siempre alguna arenga con que demostrar á las asambleas populares la ventaja de la tirania (6). Los nobles en cuyo perjuicio se operaba esta revolucion, hacian la corte al nuevo señor, para obtener alguna partícula de autoridad, de goces, de arrogancia, ó se metian en conjuras que proporcionaban al gobernante justos motivos para esterminarlos ó comprimirlos.

Los tiranos (este era el nombre que los italianos daban á ejemplo de los griegos (7) á los que, buenos ó malos, usurpaban dominio en tierra libre) tenian cuidado de hacerse decretar solemnemente por los ancianos, ó por la asamblea del pueblo, el título y poderes de señores generales por tiempo determinado, y recibir la investidura con la entrega del estandarte y del carroccio. Podria esto parecer un respeto á la soberania del pueblo, con objeto de poner obstáculos al despotismo con formas constitucionales, ó magistraturas populares, destinadas á moderar la accion de los señores, protegidos á su vez por las leyes y la seguridad nacional; pero así

---

otro; y sí al pueblo, porque el objeto del pueblo es más honrado que el de los grandes, queriendo éstos oprimir, y aquél no ser oprimido. Añádase á más que un príncipe no puede estar nunca seguro cuando tiene al pueblo por enemigo, ya que es muy numeroso; al paso que puede ponerse en seguridad contra los grandes por ser en corto número. Lo peor que puede acontecer á un príncipe que tiene al pueblo por enemigo, es ser abandonado de él; mas si tiene á los grandes por enemigos, no sólo debe temer ser abandonado por ellos, sino verlos marchar contra él, porque teniendo éstos mas penetracion y astucia, adelantan siempre el momento de salvarse, y procuran obtener grados de aquel que esperan que sea vencedor. Es necesario además que el príncipe viva siempre en medio del mismo pueblo, pero le es fácil pasarse sin los grandes, puesto que puede hacerlos ó deshacerlos diariamente, dándoles ó quitándoles á su antojo la consideracion. Para hablar más claro, digo que los grandes deben ser considerados principalmente bajo dos aspectos, ó se conducen de modo que por sus actos se obliguen enteramente á seguir la fortuna del príncipe, ó no. Los que se obligan y no son rapaces, deben ser queridos y honrados. Los que no se obligan, deben considerarse bajo dos aspectos: si obran así por pusilanimidad y falta natural de ánimo, conviene servirse de ellos, sobre todo de aquellos que aconsejan bien para honrarte en la prosperidad, sin darte que temer en la adversidad; si se obligan por cálculo y motivos ambiciosos, es señal de que piensan más en ellos que en tí. El príncipe debe guardarse y temer á éstos, como si fueran sus enemigos declarados, porque siempre en las circunstancias difíciles ayudarán á su ruina. El que llega á ser príncipe por el favor del pueblo, debe conservárselo como amigo, lo que le será fácil, no pidiendo el pueblo otra cosa que no ser oprimido. Pero el que llega á ser príncipe contra la voluntad del pueblo, con el favor de los grandes, debe ante todo tratar de conciliarse al pueblo, lo que le será fácil tomándolo bajo su proteccion. Y como los hombres cuando reciben bien de quien esperan mal, se obligan más á su bienhechor, el pueblo se hace más benévolo para él, que si hubiera sido elevado al principado por su favor, y el príncipe puede ganársele de muchas maneras. Concluiré diciendo que á un príncipe le es necesario tener al pueblo por amigo; sino, queda sin recursos en la adversidad » *El Príncipe, IX.*

---

(6) El jurisconsulto Nicolás Duc representaba á los ciudadanos de Asti, cuán provechoso les seria ponerse bajo la dependencia de Felipe de Saboya. Mesire Hugolino de Celle, doctor en leyes, persuadia á los de Luca elegir á Castruccio por señor: *Cum magnificus vir Castruccius, sua industria, sapienlia, virtute, sollicitudine et vigore, et non sine magno risico suæ personæ, multas vicarias, castra, terras, jura et jurisdictiones Lucani communis, diu in damnum et præjudicium Lucani communis per quosdam nobiles et magnates detenta, occupata recuperaverit, et subjecerit fortiæ Lucani communis, et alia maxima ordinaverit et fecerit, et ordinare, facere et executioni mandare in honorem et servitium Lucani communis continuo sit paratus in actu, et prosecuturus; et ipsam civitatem Lucanam multimode dissolutam reduxerit, et conservet continuo in plena justitia, pacifico et tranquillo statu: et dignum sit quod ex tantis beneficiis et honoribus, quæ Lucano communi acquisivit, et quibus ipsam civitatem sua virtute promovit, meritum consequatur; si placet ordinare, consulere et reformare quod ipse Castruccius sit et eligatur, et electus intelligatur, et sic vigore præsentis consilii dominus et generalis capitaneus civitatis Lucanæ, et ejus comitatus, districtus et fortiæ, cum omni et tota baylia et auctoritate Lucani communis; quæ baylia et auctoritas vigore præsentis consilii eidem attributa sit, et intelligatur super omnibus et singulis negotiis ejusdem communis pro tempore vitæ ipsius Castruccii,* etcétera. Memorias de Luca, I, 249.

(7) Cornelio Nepote dice en Milciades: *Omnes et haberi et dici tyrannos, qui potestate sunt perpetua in ea civitate, quæ libertate usa est.* Y Juan Villani, IX, 154: «Mateo Visconti fué un señor sabio y tirano.»

como en Roma los emperadores fueron absolutos porque representaban al pueblo soberano, asi estos tiranuelos ejercian sin límites el poder que les confiaba el pueblo. Y el pueblo los amaba así, satisfecho con la tranquilidad interior, los espectáculos, las pompas de la corte, y ver las oligarquias enfrenadas. Esa es la razon por la que rara vez tendremos que señalar sublevaciones populares, aun contra los que se nos pintan como más feroces, y si más bien conjuraciones de unos pocos que, fracasando, consolidaban el poder que intentaban anonadar.

Así es que las revoluciones no daban la libertad, sino un cambio de señor, y el gobierno permanecia siempre militar ó despótico, en atencion á que ciudadanos divididos necesitaban jefes absolutos. Se aplaudia á los jueces que, aun cuando se excediesen, castigaban á los caidos dominadores; los partidarios de los nuevos gobernantes pretendian franquicias é independencias; y fugitivos los vencidos maquinaban contra el tirano que, conociéndose poco seguro, daba libre curso á las pasiones, y trataba de sostenerse con política pérfida y justicia cruel.

El dominio adquirido antes por una ciudad sobre las demás, se convirtió entonces en una soberania que los ambiciosos trataron de estender; y de esta manera Italia septentrional que en la paz de Constanza, se hallaba fraccionada en tantas repúblicas como ciudades, poco á poco se aglomeró en derredor de algunos centros, que fueron después los nuevos Estados, cuya historia, muy variada desde entonces, se ofrece rebelde al procedimiento sistemático que se nota allí donde un solo soberano determina ó á lo menos dirige la marcha de los acontecimientos; unidad escolástica ciertamente, cuya falta daña á la contestura literaria del trabajo, si bien se encuentra largamente compensada cuando se pretende estudiar, no los eyes, sino el pueblo.

Predominio de Milan.—En primera fila, en la alta Italia, figuraba Milan, cuyo dominio se estendia sobre varias ciudades vecinas, y su influencia sobre todas. Guardando el recuerdo de Federico Barbaroja, quedaba á la cabeza de los Güelfos, al paso que los nobles, propietarios de las cercanias, se inclinaban á los Gibelinos; lo cual envenenaba los ódios entre ambos órdenes, que agriaban además la herejia de los patarinos. Resultaban de esto guerras intestinas, espulsiones alternadas, desastres para la ciudad y las campiñas, y el descuido de los públicos intereses.

Tantas tempestades habian dejado el erario en muy mal estado cuando Beno Gozzadini, llamado de Bolonia para ejercer las funciones de podestá, emprendió restaurarlo; instituyó nuevos impuestos, con los que pudo terminar el hermoso trabajo del gran canal navegable llamado Naviglio. Pero la plebe, que mide la felicidad por las cargas, se sublevó enfurecida y le asesinó (1256). Se podia ya decir que el concejo estaba disuelto, porque se habia formado, de tantas órdenes como habia en el Estado, cada una su gobierno propio con dos ó tres podestás que se encontraban uno frente á otro, cónsules opuestos á cónsules, asambleas á asambleas. Semejante estado de cosas no podia ser sino un obstáculo á toda buena administracion.

Los canónigos de la metrópoli milanesa se elegian unicamente de entre las familias inscritas en su libro de oro. Resultaba de esto que el arzobispo elegido por ellos pertenecia siempre á la primera nobleza. Apoyados por él, por sus vasallos y dependientes, y contando con la fuerza de sus armas los nobles maltrataban al pueblo, que se veia precisado á buscar entre ellos algun jefe que gozara más del favor popular.

Los Torriani.—Tal fué aquel Martin de la Torre de Valsassina de que hemos hablado, que emprendió proteger la plebe con objeto de conseguir una posicion elevada. Elegido capitan del pueblo (1257) humilló y rechazó á los nobles; y cuando los hubo vencido, así como á Ezelino su aliado, el poder que ejerció sobre la opinion pública fué tal, que pudo obrar cual verdadero señor de la ciudad: reformó las instituciones, y pudo sustraer los gremios de la dependencia del arzobispo; repartiéronse igualmente los empleos entre los nobles y plebeyos, desde el puesto de embajador hasta el de trompeta; y los nobles tuvieron que renunciar al derecho de rescatarse á precio de dinero de las penas corporales. Sintieron esto mucho, y se retiraron, con el arzobispo Leon de Perego á su cabeza, á sus castillos comarcanos, de donde podian poner trabas al comercio de la ciudad y cortarle los víveres. Martin hizo salir el *carroccio* (4 de abril de 1258) é iba á principiar de nuevo la guerra civil, cuando se evitó por la llamada paz de San Ambrosio, que instituyó la igualdad política entre nobles y plebeyos (8).

---

(8) **Paz de San Ambrosio.**—El año 1258, primera indiccion, un jueves 4 de abril, en el templo de San Ambrosio, estando presentes los hombres buenos y otros adherentes suyos y coligados por una parte, y por la otra la Compañia *(motta)*, la Cofradia y consejo de Milan con sus adherentes, en nombre y utilidad de su parte, y todo litis singular, causas, discordias y controversias que existiesen entre las referidas partes, con sujecion á los infrascritos capítulos, estatutos, convenciones, promesas y obligaciones anotadas, como si hubiesen de mantener esta paz, perpetuamente, con la ayuda del Hijo de Dios.

Se determinó, pues, en primer lugar, que de los electores del consejo perpetuamente la mitad correspondiese al concejo de Milan, y la otra mitad á los capitanes y valvasores, bajo condicion de que si los consejeros, capitanes y valvasores, cuales eran en tiempo del gobierno de los cónsules de la sociedad de la compañia de los capitanes y valvasores, reunian menor número, ó bien alguno de ello se pasaba á la otra parte, tendrian tantos votos y facultades como los de la parte del pueblo en los casos acerca de la reforma del concejo. Y esto siempre que fuese aconsejado por los ancianos.

Que la mitad de los electores del régimen, los cónsules,

No supieron los primeros resignarse á ella, ni los segundos usarla con dignidad; así fué que los hidalgos no tardaron en huir de nuevo para ir á reclamar la asistencia de Como, donde prevalecia su partido. Diéronse varias acciones con diferente éxito, hasta que habiéndose fortificado novecientos en el castillo de Tabiaco, en Brianza, fueron hechos prisioneros y conducidos á Milan (1261). Martin, siempre opuesto á la efusion de sangre, impidió que fueran asesinados: *Ya que no he podido dar la vida á nadie*, dijo, *no sufriré que se la quiten á cualquiera que sea*. Y probó cuán moderada era

---

tanto del concejo como de justicia, y todos los demás oficiales así ordinarios como extraordinarios y correctores del estatuto, embajadores y cualquiera otro que tuviese que intervenir por el concejo de Milan, debieran ser y fuesen valvasores, capitanes, y de su gobierno por tres partes, cuya mitad seria de los elegidos consejeros y oficiales de la compañia.

Que la cuarta parte de la otra mitad fuese y debiera ser de los capitanes y valvasores de Martesana y Seprio, con la condicion de que esta division no perjudicase á la referida paz, y que el pretor y el concejo entendieran que no estaban sujetos á tal parte y division, y cuidaran de que no causara perjuicio al pueblo ni á los de su parte, estableciendo que la mitad de los empleos y honores, como queda dicho, debiesen ser del pueblo, y dividirse entre los de la Compañia y Cofradia, con las mismas condiciones respecto de los capitanes y valvasores que éstos tenian respecto de ellos, y que todas estas cosas se observasen y no pudieran alterarse por ninguna congregacion, ni por el pontífice ó príncipe, ni de otro modo alguno.

Que Alberto de Mandello, Enrique de Muzzano y Pedro Busca Colderario fuesen sacados y borrados de todo decreto de proscripcion en que estuviesen inscritos. Que la paz celebrada antiguamente entre milaneses y comascos, y la que se habia celebrado de nuevo, fuese mantenida y confirmada nuevamente con las mismas condiciones, sin que obstara cualquier estatuto hecho en contra por el concejo ó los de Compañia ó Cofradia. Y sobre esto precisamente se hiciese un estatuto, que se observase inviolablemente, no pudiéndose quebrantar de ningun modo, y que por su parte los de Como hiciesen lo mismo respecto de esta república.

Que todas las concesiones y licencias dadas por el concejo de Milan, el pueblo, Compañia, Cofradia, ó la compañia de los capitanes, valvasores, podestás, cónsules, oficiales, contra el concejo ó universidad, personas singulares, ciudadanos y distrito, se anulasen, y para lo futuro se estimasen de ningun valor los que eran dados á Bresciano dalla Porta, ó algun otro por el hecho de Vertemate, y tambien á Danesio Crivello y á Manfredo Colombo, y á cualquiera otro ciudadano, ó habitante del distrito de Milan, tanto por el pueblo como por otros. Y que nadie pudiese hacer uso de las concesiones de arrebatar á los comascos, ya de la ciudad, ya del distrito, determinando lo mismo los de Como y su comunidad. Y que todas las rapiñas, capturas, redenciones y prisiones hechas en tiempo de la tregua celebrada cerca de Parabiago, en virtud de las referidas concesiones contra los comascos, se debiesen restituir, obrando de la propia manera la parte de Como. Se tomó igual determinacion respecto de los novareses, con reserva de las deudas escrituradas en cada uno, que de ningun modo se trataba de anular, y los demás derechos quedaron sometidos á los árbitros que debian elegirse.

Que todos los malesardos *(proscritos por razon de Estado)*, ciudadanos y del distrito de Milan, sin prestacion alguna, fuesen borrados del decreto de proscripcion, restituyéndoseles todos los bienes que se les hubiesen quitado, ó á sus herederos, y si el concejo hubiese enajenado alguna cosa de su pertenencia, devolviese el precio al comprador, de modo que las cosas tornasen á manos de los perjudicados, excepto si éstos por medio de documentos, pactasen lo contrario con el concejo, lo cual se entenderia, así de los bienes inmuebles como de los muebles.

Además, que todas las condenas hechas por causa de las medidas de las tierras y cosas mal estimadas, se anulasen inmediatamente, y que se pudieran librar documentos de crédito contra el concejo de Milan, segun lo dispuesto por el legado, como va referido, esto es, del pago de los cuatro sueldos y doce dineros por libra, cuyo pago podrian realizar hasta la celebracion de San Pedro del año siguiente de 1259. Y que todos los estatutos hechos desde 1251 en adelante, se revocasen, excepto los dados en favor de la Iglesia, y tambien aquel en que se mandaba que los beneficios de la paz no se extenderian á los homicidas, el relativo á la mejora de las monedas, el que absolvia á Martin Lambertengo, natural de Como, de sus obligaciones para con el concejo de Milan, y últimamente aquel en que estaba contenido el juramento pretorio.

Y que se aboliesen todos los decretos de proscripcion dados por Beno de Gozadini, por los capitanes y valvasores en Milan y su distrito, contra el concejo y hombres de Angleria, Varesio, Castel Seprio y otros fautores de los capitanes y valvasores, y además toda concesion hecha contra aquellas, en particular los decretos contra los de Angleria, por haberse marchado de Milan sin causa alguna.

Que los presentes podestás pagasen, hasta la fiesta de San Miguel, á los capitanes de Arsago, todo cuanto se les debiese del crédito que tenian por razon del puente de Vaprio, y no ejecutándolo así, les serian entregadas doscientas libras de sueldos terzuoli de su feudo, y los podestás satisfarian además á los dichos capitanes cada año trescientas libras para la custodia de dicho puente en el rio Adda, no dejándole murar bajo ningun pretexto. Que todas las ciudades que habian sido convertidas en aldeas, y todos los daños ocasionados en las aldeas por el pueblo de Milan se redujesen á su primitivo estado, volviendo á ser lo que eran antes de la marcha de los capitanes y valvasores.

Que el concejo de Cantú quedase para siempre libre de toda prestacion de contribuciones impuestas por el concejo de Milan, con la remision de doscientas libras, y lo mismo sucediese respecto de aquellas aldeas adictas á la parte de los capitanes y valvasores. Y que los podestás presentes y futuros ayudasen á los capitanes y valvasores de la ciudad, Martesana y Seprio, Motta, Credenza y Ancianos de aquellos lugares, para exigir las contribuciones de alojamientos y víveres impuestos por ellos á la sociedad.

Determinaron además que subsistiese el estatuto por el cual el podestá tenia obligacion de gastar en granos seis mil libras del Concejo de Milan, observándolo en todas sus partes; pero se deberia dar cuenta á la comunidad de lo numerado y recibido, y las dichas seis mil libras se gastarian siempre en beneficio de la república. Y que los concejos, aldeas, lugares y granjas con los molinos, entregasen el grano á Milan, segun la costumbre.

Decidieron además que cada ciudadano milanés estuviese obligado á llevar á Milan dos modios de mezcla por cada cien libras de su capital, y que todo el que no fuese contribuyente pudiera conducir y extraer grano de Milan, es decir, del entregado para él. Que en épocas de carestia,

su ambicion, cuando al ver la insuficiencia de la milicia urbana para resistir á las fuerzas de la nobleza, no titubeó en hacer nombrar capitan general á Oberto Pelavicino de Cremona, jefe de los gibelinos y fautor de los herejes, investido ya con la capitania de Brescia, Novara y Placencia. Este socorro levantó la faccion popular, que trató de fortificarse, aun haciendo elegir por arzobispo á Raimundo, pariente de Martin. Opusiéronse los nobles á ello con todo su poder, proclamando á Huberto de Settala; mas para evetar el cisma Urbano IV nombró para aquella sede al canónigo Oton Visconti, quien sostuvo la campaña con apoyo de los nobles, sus pares, y se apoderó de varios castillos.

Martin murió prematuramente (1263), y habiendo obtenido su hermano Felipe la autoridad, la defendia con las armas. Se le entregó Como por influencia de los Vitani; Lodi, Novara, Verceli, Bérgamo, siguieron este ejemplo, la Valtelina se vió precisada á ello. Pero trataba de disimular los progresos de su poder, hasta el punto de hacer investir á Cárlos de Anjú con el señorio de Milan (1265). Sucedióle Napoleon bajo la denominacion de Anciano perpétuo; y así fué como los Torriani obtuvieron la autoridad suprema sin buscar el título.

Al revés de otros tiranos, permanecieron fieles al partido güelfo; y de esta manera las victorias de los angevinos se volvieron en ventaja suya. Después, cuando á la aparicion de Conradino, los partidarios del Imperio levantaron de nuevo la cabeza, y cuando Oberto Pelavicino y Buoso de Dovara amenazaron renovar los tiempos de Federico y Ezelino, Milan hizo á las otras ciudades un caluroso llamamiento (1267), y volvió á anudar la liga lombarda. Entonces Verceli, Novara, Como, Ferrara, Mántua, Parma, Vicenza, Pádua, Bérgamo, Lodi, Brescia, Cremona, Placencia, se unieron con ella y con el marqués de Este y el de Monferrato, que fué nombrado jefe de la confederacion.

Murió Pelavicino dejando opulenta á su familia, pero no soberana; Dovara acabó sus dias sin haber adquirido riquezas ni poder, al paso que Napoleon seguia siendo señor de Milan. Apoyado por Raimundo, su primo, patriarca de Aquilea, asalarió tropas (1274), con las cuales contuvo á los nobles, á quienes venció varias veces, y güelfo como era, se hizo nombrar vicario por el emperador Rodolfo de Habsburgo: resistió al papa y al arzobispo Oton Visconti sin dejarse seducir por los favores ni intimidar por las escomuniones.

Menos constante que él, el marqués de Monferrato se hizo capitan del partido gibelino, y ganó á su causa á Pavia, Asti, Como y á los fugitivos de Milan. Estos últimos habian tomado por centro de operaciones á Como, y por jefe á Oton Visconti, que escluido del arzobispado, intrigaba y daba batallas en las llanuras y lagos que hacen de la alta Lombardia un delicioso pais. Al fin dió tan acertado golpe, que sorprendió á los Torriani en Desio; encerró á Napoleon con sus parientes en jaulas de hierro en el castillo Baradello de Como (1277), y se hizo proclamar señor perpétuo de Milan. Desde entonces la más considerable de las repúblicas lombardas se convirtió en un principado, que los Visconti, ayudados por la fortuna, tuvieron el arte de hacer hereditario y estender por toda la Lombardia, desposeyendo á los pequeños señores que habian surgido en cada ciudad, ó heredando su patrimonio.

La Romaña.—La eleccion de Rodolfo de Habsburgo al imperio, habia, como hemos visto, consolidado el poder temporal de los pontífices. Elevado

---

esto es, cuando el modio de mezcla valiese mas de treinta y dos sueldos, se pudiera ir á buscarlo á los graneros y despensas de los eclesiásticos, y llevar á Milan lo que les sobrase después de satisfechas sus necesidades.

Los podestás presentes y futuros harian reparar los caminos, é impedirian que se recaudasen contribuciones ni otras gabelas en mayor cantidad de la acostumbrada. Los pretores estarian obligados á hacer que el ofendido por razon de los robos verificados en el radio de cuatro millas de Milan quedase cumplidamente satisfecho. Los capitanes y valvasores consentirian en la concesion hecha por la venerable memoria del arzobispo de Leon al pueblo de Milan de la dignidad de la iglesia mayor, siendo los ordinarios indemnizados del daño que habian sufrido por causa del pueblo, daño que se apreciaria por sacerdotes de buena fama, comisionados al efecto. Se determinó establecer síndicos á fin de pedir al pontífice la concesion antedicha, los cuales en una mitad fuesen capitanes y valvasores, y en la otra hombres del pueblo, Compañia y Cofradia; que en su compañia, como neutral, fuese Guiscardo de Pietrasanta, y que ningun ordinario pudiera oponerse á las cosas mencionadas.

Martin de la Torre y sus agnados, Landulfo Crivello y Danese su hijo, Gaspar de Birago, y todos los capitanes y valvasores que estaban coligados con el pueblo, podrian volver, si tal era su gusto, á la parte de los capitanes y valvasores, y esta compañia tendria obligacion de recibirlos, no pudiéndolos imponer ninguna carga porque hubiesen estado con la plebe, aunque sí debian pagar los tributos atrasados y los actuales. Que los castillos de particulares no fuesen molestados por el concejo de Milan, sino conforme á la voluntad del consejo general; que las aldeas y ciudades tuviesen facultad de elegir el regidor en los puntos dependientes de Milan ó su distrito, entendiéndose de los que no se hallasen sometidos ordinariamente al podestá de Milan, con tal que ninguno menor de veinte años interviniese en tal eleccion, la cual debia durar sólo un año, sino en el lugar que le estuviese directamente sometido.

Que en la ciudad hubiese seis trompetas, tres por el pueblo, Parte de Rivolta, el Rojo de Rivolta y Pedro Rizzolo, pudiendo éstos nombrar los otros tres por la parte de los capitanes y valvasores. Que la restitucion de los daños de una y otra parte se sometiese á la deliberacion del consejo, á fin de que fuesen satisfechos con la debida igualdad, tanto respecto de la suerte, como del daño. Que ambas partes se perdonasen recíprocamente toda injuria, á no ser que alguno poseyese una cosa sin derecho; que todo diezmo ó deuda se pagase segun el uso del pais, perpétuamente, y se mantuviere en favor de la Corte Romana, etc. CORIO, *Historia de Milan*, II, 114.

al trono sin esperarlo, sin tener posesiones ni intereses en Italia, cuya geografía ignoraba y donde no tenia ningun derecho que ejercer, no estando aun coronado, y deseoso más bien de asegurar la grandeza de su familia, concedió al papa todas sus peticiones fuesen ó no justas. De esta manera fué como le confirmó la posesion de todo el pais desde Radicofani hasta Ceprano, y además la Emilia, la Marca de Ancona, el Pentápolis, los antiguos dominios de la condesa Matilde, Espoleto, el condado de Bertinoro, Massa, y todo lo que habia sido concedido por diploma á San Pedro y sus sucesores (9). Así adquirió el Estado Pontificio la estension que tuvo hasta ahora; y los derechos de soberania dejaron de dividirse entre los papas y los emperadores, ó sus vicarios y condes. Pero la soberania pontificia no consistia más que en una supremacia de dignidad, que no daba al papa casi ninguna autoridad sobre las ciudades gobernadas por concejos, ni sobre los señorios comprendidos en el territorio, y que procedian ya de la nobleza indígena de Roma y Rávena, ya de las capitanias estranjeras, ya de las alianzas y parentescos con los papas. Las ciudades y señorios continuaron como independientes, poniéndose algunas veces en hostilidad hasta con la Santa Sede, sin ningun lazo entre ellas, y no distinguiéndose de los demás paises de la Italia sino porque se resentian de las vicisitudes de la Iglesia.

En la misma Roma, aunque Inocencio III reservó al pontífice el derecho de confirmar la eleccion del senador; y aunque Nicolás III estableció que este dignatario no podia ser extranjero, ni permanecer funcionando más de un año, sin embargo, el gobierno y su presidencia eran presa de las facciones y de las familias dominantes de los Cólonnas, Orsini, Savelli. El poder de los papas se aumentaba ó disminuia, segun fuera el mejor éxito para los Güelfos ó Gibelinos en el resto de Italia. El advenimiento de Cárlos de Anjú valió á la Santa Sede la restitucion de Benevento. En varias ocasiones se vieron forzados los pontífices á residir fuera de Roma, principalmente en Viterbo y en Orbieto; y con objeto de proporcionarse un apoyo, elegian por senadores á los reyes que iban á Italia, ó concedian este honor á otros personajes poderosos; pero éstos eran peligrosos amigos.

El papa nombraba tambien al conde de la Romaña, que dependia del legado pontificio; pero esto no impedia que los concejos se engrandeciesen en este pais, ni que se arraigaran las tiranias. Rica y gloriosa Bolonia por su universidad, se gobernaba libremente desde el principio, y los cónsules de mercaderes habian tenido entrada en el grande y el pequeño consejo: en cambio las artes y los oficios no alcanzaron á ser representados hasta 1228. Entonces no sólo pretendieron ser partícipes del gobierno, sino independientes, y que de sus intereses decidieran jefes propios sin la intervencion de otros miembros del consejo. Los carniceros hicieron pasar esta medida á viva fuerza (1245), y así se halló la república dividida en dos Estados, el concejo y las artes, cada cual con su sello particular y sus asambleas distintas. De aquí resultó que el podestá del concejo y el capitan de las artes se hallaban en perpétuo conflicto; pero al fin prevalecieron las artes, é instituyeron (1321) un gonfalonero de justicia, cuyas funciones duraban un mes: debia ser elegido por riguroso turno en cada una de las artes, con dos adjuntos de los oficios y uno del concejo, es decir, de la nobleza.

La Toscana.—El territorio florentino estaba dominado por señores extranjeros; y para hablar sólo de los principales, bastará recordar que eran lombardos los marqueses de Lunigiana, los condes de Guido y los de la Gherardesca; y francos los marqueses de Uberto, y los del monte de Santa Maria, y los condes de Alberti del Vernio, los Aldobrandeschi, los Scialenga, los Pannochieschi, los condes de la Bevardenga, los de la Ardenghesca, y así de los restantes (10).

Bajo la fuerte dominacion de los marqueses Bonifacio no habia podido hacerse libre la Toscana, como las ciudades de Lombardia; pero cuando cesó este obstáculo á la muerte de la condesa Matilde (1115), se suscitaron los debates con motivo de su herencia entre los pontífices y los emperadores, lo cual ofreció á los concejos la ocasion de emanciparse: apoyándose tan pronto en unos como en otros, adquirieron privilegios, ó los usurparon durante la lucha (11). Federico II, heredero del último duque Felipe de Suabia, hermano de Barbaroja, colocó allí vicarios; pero su autoridad declinó de dia en dia hasta tal punto, que se vieron obligados á encerrarse dentro de alguna plaza fuerte (12).

Supremacia de Florencia.—Florencia, aunque engrandecida, parece que quedó inferior á Pisa por la facilidad del comercio, y á Fiésole por su situacion. Aquella ciudad, resto de las que los etruscos fundaran coronando las alturas itálicas, es mencionada por Ciceron por el gran lujo y sus excesivos gastos en las mesas, y por haber en sus alrededores deliciosas granjas, numerosa poblacion y suntuosas fábricas. Habia convertido en baptisterio un magnífico resto de antigüedad pagana, y construido una catedral, adonde el obispo Jacobo de Baviera habia trasladado en 1208 las reliquias de san Rómulo, patrono de la ciudad; y desde aquella posicion elevada, las familias patricias amenazaban á los habitantes de la llanura. Pero habia llegado la hora en que éstos prevalecieran sobre

(9) *Rodulphi, Epist.*, ap. Rainald, 1278, pág. 294.

(10) RIPETTI, App. al *Diccionario geogr.*

(11) Se hallan cónsules en Luca en 1124, en Volterra en 1144, en Siena en 1145, etc. Pisa los tenia ya en el 1094.

(12) Como Sanminiato al Tedesco.

aquélla; y Florencia se preparaba á la libertad, que debia conservar después por largo tiempo y amar sobremanera. Allí se celebró la primera asamblea general del pueblo en 1105, por obra del obispo Ranieri; y la primera espedicion de los florentinos de que se haya conservado memoria es la que hicieron contra Roberto, vicario imperial (1113), quien apostado en Montecascioli, castilleja de los condes Cadolingi, no cesaba de molestarlos, hasta que éstos le desalojaron de su guarida y le quitaron la vida.

Arrastrada por Pisa á una guerra contra Luca, aprendió Florencia á conocer sus fuerzas, y las empleó en avasallar á los nobles de sus cercanias, derribando sus castillos, que ponian embarazos al comercio ó daban abrigo á los prepotentes (13), obligó á las antiguas familias nobles á bajar de la amenazadora Fiésole (14) y construyó nuevas aldeas para los ya libres campesinos, atrayéndoselos al mismo tiempo con franquicias que les concedió. Algunas familias sostuvieron en sus castillos una especie de soberania local, como los Pazzi en el Valdarno, y los Ricasoli en el Chianti: las menos poderosas y más próximas se apresuraron á habitar en la ciudad, como los Cherchi y los Buondelmonti, y tambien los Guidos que habian estado unidos en una coalicion, causa de continuas guerras intestinas; y hubo tambien otras que se hicieron poderosas en la ciudad con el tráfico, como los Mozzi, los Bardi y los Frescobaldi, que alguna vez se vieron tambien acometidos en sus casas, como otros lo fueron en sus castillos.

En todos los concejos de Toscana encontraria igual diversidad quien la buscase. La situacion y el carácter de los habitantes contribuyeron á mantener en Florencia las costumbres simples y sencillas descritas por Dante y Villani, que han exagerado sin duda, aunque sobre un fondo verdadero. Cuando los pisanos dirigieron todas sus fuerzas contra las islas Baleares, ofrecieron velar los florentinos por la seguridad de su ciudad durante su ausencia: luego á su vuelta reclamaron de ellos por todo galardon dos columnas de pórfido: y el salario y el servicio hablan con elocuencia suma respecto de esta época á la vez *sóbria y púdica*. Florencia acrecentaba su prosperidad de este modo, y sus ciudadanos vivian pacíficamente cuando la enemistad privada de dos familias (1215), los Buondelmonti y los Amidei, desarrolló allí el gérmen fatal de las facciones güelfa y gibelina, cada una de las cuales espulsaba á su vez á sus adversarios, y celebraba alianza, ora con las otras ciudades, ora con los castellanos que profesaban sus mismas opiniones.

Gobierno güelfo.—Durante el imperio de Federico II (1248) los Uberti, familia gibelina, prevalecieron, é impidiendo el comercio de Florencia, que se arruinaba visiblemente, espulsaron á los güelfos de la ciudad y de los castillos, y establecieron un gobierno aristocrático, oneroso al pueblo y á los ciudadanos libres. Estos, por tanto, resistieron, y habiéndose reunido en la plaza de Santa Cruz (28 octubre 1250), formaron una confederacion bajo el nombre del *pueblo*, aboliendo el podestá de los nobles y sustituyéndole con un capitan, asistido por una señoria bimensual de doce ancianos, dos por *sextario*. La ciudadania fué dividida en doce gonfalones, que formaban otras tantas compañias de milicia. y el campo se dividió en curatos ó parroquias, que sumaban noventa y seis. A una señal del capitan y al son de la martinela, toda la milicia debia reunirse en torno del carroccio, sobre el cual iba el gonfalon blanco y rojo. No quitaron los campesinos á los grandes más que el poder de hacer daño, abatiendo sus torres al nivel de cincuenta brazas, y sirviéndose de las piedras procedentes de esta demolicion para levantar un muro al rededor del sextario del Arno. Entonces fué tambien cuando levantaron el palacio del podestá á modo de fortaleza.

Tan luego como Florencia, constituida así en república, supo la muerte de Federico, obligó á Pistoya, á Arezzo y á Siena á cambiar la bandera imperial por la suya; venció á Poggibonzi y á Volterra, cuyas murallas etruscas habian venido á ser refugio de los gibelinos, derrotó á los pisanos cerca de Pontedera; y en memoria de éste que tituló *año de las victorias*, acuñó la nueva moneda de oro de veinte y cuatro quilates, á que dió el nombre de *florin* (15).

Batalla de Montaperti, 4 setiembre de 1260.—No fueron menos venturosos para ella los años siguientes, pero los gibelinos, vivamente deseosos por recuperar su supremacia, pidieron socorro de tropas alemanas á Manfredo, ya proclamado señor de Siena. Este socorro permitió á Farinata de los Uberti poner á los güelfos en plena derrota en las gargantas de Montaperti, junto al Arbia. Aquella batalla fué uno de los acontecimientos más célebres en la edad heróica de las repúblicas italianas. Los sieneses se dispusieron para el combate ejecutando actos piadosos: «la gente empleó casi toda la noche en confesarse y reconciliarse. El que habia recibido más grave injuria, buscaba

(13) En 1197 compró el castillo de Monte Grossoli en Chianti; en 1199 destruyó el de Frondillano, y después de largo asedio á Semifonti, el castillo de Combiata que se resistió al Concejo, y tambien á Malborgheto, en cuyo sitio edificó á Monte Lupo para tener en sujecion á los condes de Capraja; en 1220 destruyó á Mortennana, castillo de los Squarcialupi; y después los de Montaya, Tizzano, Fighine, Poggibonzi, Vernia y Mangona. De este modo ocasionó la ruina de las familias de los Ubaldini de Mugello, de los Ubertini de Gaville y de los Alberti de Mangona, Certaldo y Pogna.

(14) No rechazamos completamente la narracion de los cronistas, acerca del sitio de Fiésole.

(15) Se componia de la octava parte de una onza de oro.

con más vivo anhelo á su enemigo para besarle en los labios perdonarle. Así se pasó la mayor parte de la noche.» (16) Las tropas se pusieron después en marcha; y «aquellas insignes mujeres que se habian quedado en Siena con el obispo y los clérigos, empezaron el viernes por la mañana temprano una solemne procesion, llevando todas las reliquias que habia en la catedral y en las demás iglesias de Siena. De este modo iban visitando sin dejar nunca los clérigos de cantar salmos divinos, letanias y oraciones: las mujeres descalzas y vestidas miserablemente, dirigian continuas súplicas á Dios rogándole las unas que preservase de la muerte á sus padres, las otras á sus hijos, éstas á sus hermanos, aquéllas á sus maridos; y todas iban en la procesion vertiendo abundantes lágrimas é implorando siempre á la Virgen Maria. Así pasaron todo el viernes, no habiendo comido nada durante el dia. Al anochecer, volvió la procesion á la catedral, y allí se arrodillaron todas, permaneciendo en esta posicion mientras que se dijeron las letanias, acompañadas de muchas oraciones.» (17) Bajando las tropas de la colonia, enderezaron el paso á la llanura, donde presentándose ante todos el caballero franco maese Arrigo de Astimberg, saludó al capitan y á los demás, y dijo: «Todos los de nuestra casa tenemos el privilegio concedido por el sacro Imperio, de ser los primeros servidores en cualquier batalla en que tomemos parte. A mí por tanto me pertenece hoy el honor de nuestra casa; y os ruego que consintais gustosos en ello.» Su peticion le fué otorgada, como era de justicia (18).

Los sieneses y los emigrados vencieron, habiéndose apoderado del carroccio de Florencia, que arrastraron hácia atrás con grandes muestras de alegria; pero como los gibelinos encarnizados propusieron destruir á Florencia, el magnánimo Farinata les declaró que habia entrado en su confederacion, no para derrocar la ciudad, sino para conservarla victoriosa. Esta proposicion puede dar idea del furor del partido gibelino que castigó, sujetó á rescate y reformó la constitucion en sentido imperial.

La masa güelfa.—Pero á la llegada de Cárlos de Anjú volvieron á anudar los güelfos sus inteligencias con el papa, quien les dió la bandera del águila roja en campo blanco con la serpiente verde debajo; bandera que quedó siempre como insignia de la *masa güelfa*, como se llamó á un magistrado que, después de la victoria de esta faccion, estuvo encargado de administrar los bienes confiscados á los gibelinos contumaces (19).

Estas alternativas multiplicaban las animosidades, las confiscaciones, los padecimientos; pero al propio tiempo ellas mantenian la vida y la audacia que hacia emprender grandes cosas. En un pais como la Toscana, cuya riqueza consistia en el comercio, á menudo eran los mercaderes los únicos sobre quienes pesaban las cargas públicas: ellos eran quienes suministraban dinero á los nobles para encumbrarse, y al ínfimo pueblo para comprar á los propietarios los frutos de sus tierras. Se animaron pues no sólo á querer tomar parte en el gobierno, sino tambien á escluir de él á los propietarios, y fué establecida la señoria de seis priores, presidida por un gonfalonero (1282-92). Debian pertenecer á un arte, y por esto se hacian matricular allí los nobles y las familias de los señores que aspirasen al gobierno. Pero acostumbrados los nobles á sostener sus pretensiones con las armas en la mano, no sabian resignarse á estar bajo el yugo de la ley: hacian toda clase de injurias á los ciudadanos, y cuando alguno de ellos habia cometido un delito, todos sus parientes se presentaban bien armados para sustraerlo á la justicia. De aquí provino que á cada ocasion se viese obligado el gonfalonero á llamar á la juventud á las armas para castigar á viva fuerza al delincuente (20).

Giano de la Bella.—A tal dignidad fué elevado Giano de la Bella, noble que se habia puesto á la

---

(16) NICOLO VENTURA, *La derrota de Montaperti*.

(17) *Ibid.* Ventura refiere otros actos de piedad: «Hallándose así ocupados los sieneses, la mayor parte de la gente (florentina) vió un manto blanquísimo, que cubria todo el campamento de los primeros y la ciudad de Siena... Algunos dijeron que en su sentir era el manto de la Vírgen Maria, que guarda y defiende al pueblo de Siena... En esto, habiendo visto el manto los del campamento de los sieneses y los de la ciudad de Siena, como iluminados por Dios se arrodillaron, exclamando con las lágrimas en los ojos: Vírgen gloriosa, etc., etc. Y todos decian: Este es un gran milagro debido á las súplicas de nuestro obispo y de los santos religiosos.»

(18) *Cronicas* de VENTURA.

(19) Este magistrado era independiente de la señoria y elegia por sí sus empleados y consejeros, redactaba los decretos y las leyes, recibia cartas y las enviaba á los otros Estados con su sello, é impedia que se admitiese ningun gibelino á participar de los honores ó de los beneficios del concejo. Por eso aquella *masa de los güelfos* ejercitó tan grande influjo en los sucesos de Toscana; sobrevivió á la libertad como administracion económica, y no fué abolida hasta el 22 de junio de 1769.

(20) «Muchos fueron castigados, segun la ley, y los primeros á quienes alcanzó fueron los Caligay. Dos de ellos cometieron un desman en Francia, respecto de dos hijos de un mercader estimado, que se llamaba Hugolino Benivieni; habiendo llegado hasta las injurias, uno de los Benivieni fué herido por uno de los Galigay y de resultas murió. Ahora bien, yo, Dino Compagni, siendo gonfalonero de justicia, en 1293, fuí á sus casas y á las de sus cómplices, y las hice demoler segun las leyes. Este ejemplo trajo consigo para los demás gonfaloneros un inconveniente grave, atendido á que si demolian segun los términos de las leyes, el pueblo decia que eran crueles, y que eran cobardes si no demolian por completo. Así muchos, por miedo del pueblo alteraron la justicia. Tambien aconteció que un hijo del señor Buondelmonte cometió un crímen capital, y se le demolieron sus casas de tal modo, que fué luego indemnizado por ello.» DINO COMPAGNI.

cabeza de los vecinos, «hombre viril y de gran valor, que defendia las cosas abandonadas por los demás, y que decia en alta voz lo que los demás callaban.» Hizo pesar principalmente su autoridad sobre la aristocracia; escluyó á perpetuidad de todo derecho cívico á treinta y siete familias patricias, y autorizó á la señoría para proceder lo mismo respecto de toda familia noble que incurriera en demérito.

La ordenanza.—Todo el que era notado de esta suerte, debia dar fianza de dos mil libras respecto de su conducta, y abstenerse de mostrarse en público en caso de tumulto. Le era prohibido poseer una casa vecina á un puente ó á una puerta de la ciudad; entablar apelacion de los juicios criminales; acusar á un plebeyo, á no ser por un delito cometido contra su persona ó contra un miembro de su familia; declarar como testigo contra un ciudadano sin el consentimiento de los priores, y por último, sus deudos hasta el cuarto grado, eran solidarios de las multas en que incurria. Indignados los nobles contra Giano, tanto más por considerarle como á un desertor, hallaron medio de hacerle sospechoso ante las corporaciones de las artes; y á su negativa «de destruir la libertad por una cobarde tolerancia,» le objetaron «las culpables acciones de los carniceros, hombres feroces y siempre mal dispuestos,» y la conducta de los jueces que hacian durar los procesos tres y cuatro años. Al querer reprimir estas quejas, fué espulsado de Florencia y murió en el destierro.

Prosperidad de Florencia.—Los nobles, obligados á someterse á la ley, se alejaban de la ciudad, y obraban como tiranuelos en los castillos situados en las alturas del Apenino, entre Luca, Módena y Bolonia. Entretanto la ciudad prosperaba. Contábanse allí treinta mil hombres en estado de llevar las armas, y ochenta mil en su territorio: se pagaba muy poco, y cuando habia necesidad de dinero, se vendian solares á los que querian construir casas: el recinto de los muros se habia ensanchado hasta el punto de abarcar dentro el arrabal Borgognisanti y el Prato. Desde 1284 á 1300 construyó el portico (*loggia*) de los Lanzi de Santa Maria del Fiore y Santa Croce, destinado á ser el panteon de los grandes hombres italianos. En 1300 las rentas públicas de Florencia ascendian á trescientos mil florines, y los gastos á treinta y nueve mil ciento diez y nueve: de sus 150,000 habitantes, 10,000 iban á las escuelas, donde se enseñaba á leer y escribir, 1,200 á las de aritmética, 600 á las de gramática y lógica: en la ciudad habia 110 iglesias, cincuenta y seis de ellas parroquiales, cinco abadias, dos prioratos con ochenta clérigos regulares, veinte y cuatro monasterios de mujeres con quinientas monjas, setecientos monjes pertenecientes á distintas órdenes, más de doscientos cincuenta capellanes, y treinta hospitales con mil camas. De ochenta á cien personas componian el consejo de los jueces, y seiscientas el de los notarios: habia sesenta entre médicos y cirujanos, cien droguistas, ciento cuarenta y seis maestros albañiles y carpinteros, quinientos zapateros, un sinnúmero de buhoneros con tiendas ambulantes y mil quinientos extranjeros. Doscientas fábricas de lana daban sesenta ú ochenta mil piezas de paño, cuyo valor era de un millon y medio de florines, y con una tercera parte de éstos se pagaban treinta mil operarios: la compañia de Calimala se componia de veinte mercaderes de paños extranjeros, que vendian diez mil piezas en trescientos mil florines: veinte y cuatro casas se dedicaban al comercio de bancos de giro: treinta años antes se ocupaban cien fábricas más en la elaboracion de lanas, dando hasta cien mil piezas de paño, aunque más bastas y que salian á la mitad, no empleándose en ellas lanas de Inglaterra Los alrededores de la ciudad estaban todos hermoseados, y «su aspecto era tan magnífico, que los extranjeros que venian de fuera, creian que las lujosas habitaciones y los suntuosos palacios que se elevaban en el radio de tres millas de Florencia, formaban parte de la misma ciudad, sin hablar de las casas, torres, patios y jardines murados que se estendian á mayor distancia, de suerte que, segun se calculaba, habia en el circuito de seis millas tantas ricas habitaciones como no hubieran podido contener dos Florencias juntas.» (21)

Batalla de Campaldino, 11 junio de 1289.—De vez en cuando los florentinos tomaban las armas para hacer prevalecer á la faccion güelfa, ó mezclarse en las disensiones de las ciudades vecinas. A Arezzo se habian reducido los gibelinos de toda la Toscana, de suerte que la parte noble se habia organizado bajo el obispo Guillermo de los Ubertini. Los güelfos de Florencia quisieron reprimirles, y habiendo toda la Toscana tomado partido por unos ó por otros, vinieron á las manos en Campaldino cerca de Bibiena. Era costumbre en las repúblicas italianas elegir en el momento del combate doce paladines que se lanzaban como avanzada perdida contra los enemigos al frente de la caballeria, á la cual estimulaba su ejemplo. En esta ocasion el florentino Vieri de los Cierchi, aunque se hallaba enfermo, se designó á sí propio con su hijo, y no quiso nombrar á los demás: no se necesitó otra cosa para que todos á porfia tuvieran á honor contarse en este número; y en vez de doce campeones, se presentaron á trabar la batalla ciento cincuenta. Los florentinos triunfaron, aunque sin obtener por eso la paz (22).

---

(21) G. VILLANI, XI, 93.

(22) El obispo (de Arezzo) que era corto de vista, preguntó: *¿Qué muros son aquellos que se ven allí abajo?* A lo que se le respondió: *son los paveses de los enemigos...* «El señor baron del Mangiadori, de Saminiato, valiente caballero y de suma pericia en las armas, reunió á los soldados y les dijo: *Señores, en las guerras de Toscana se vencia comunmente cuando se atacaba con decision: duraban poco*

En Pistoya los Blancos y los Negros, ramas de la misma familia güelfa de los Cancellieri, unos más nobles, otros más ricos, se habian empeñado en disputas y sangrientos combates. Un Negro asaltado por un Blanco, le cortó la mano; habiéndole enviado el padre del ofensor á los ofendidos para que le castigaran, éstos tuvieron la vileza de cortarle á su vez el puño sobre el pesebre de los caballos (1300). La sangre pidió sangre, y temerosos los florentinos de que en lo recio del tumulto se agregara una de las dos facciones á los gibelinos, intervinieron ordenando á los jefes de ambas que se presentaran en Florencia.

Los Blancos y los Negros.—Allí llevaron consigo el gérmen de las discordias civiles. Los Blancos fueron acogidos por los Cerchi, familia plebeya y tosca, que debia su prosperidad al negocio; al par que los Donoti, sus rivales, de costumbres belicosas y caballerescas, se declararon por los Negros y adoptando unos y otros los nombres de sus huéspedes, comenzó la lucha entre ellos con las vicisitudes de costumbre. En las casas vecinas, en los campos confinantes, en bailes, matrimonios, funerales, ocurrian frecuentes conflictos.

Cárlos de Valois.—Se representó el caso á Bonifacio VIII, «y las palabras falsamente dichas tocante á Florencia, fueron más peligrosas que las puntas de los hierros (Dino).» Con efecto, después de haber intentado vanamente el papa reconciliar á los adversarios, envió á Florencia á Cárlos de Valois, que se dirigia entonces á Sicilia, para ingerirse como pacificador en tales negocios; pero este príncipe quiso quitar á los ciudadanos derechos más preciosos que la paz (23); y como los Blancos se habian inclinado al partido gibelino, se unió á los Negros, de quienes era la ventaja, y les permitió saquear durante cinco dias las casas y las posesiones de sus enemigos, casarse con las herederas, incendiar los edificios, matar y desterrar á los principales ciudadanos del partido contrario. Entre ellos se contaban el historiador Dino Compagni, el filósofo y poeta Guido Cavalcanti, su amigo Dante Alighieri, quien en union de Petrarco de la Ancisa, padre de Petrarca, fué herido con una sentencia de destierro por el terrible podestá Cante de los Gabrielli.

Corso Donati.—Cárlos, «señor de grandes y desordenados gastos,» queria dinero; y después de hacer muchas exacciones, se dirigió á pedírselo al papa, quien le respondió: *¿No te he enviado á la fuente del oro?* Y sin obtener otro resultado de su intervencion, más que el oro que estrajo, se marchó llevándose consigo las riquezas y las maldiciones de los toscanos (abril de 1302), y Corso Donati, jefe de los Negros, rodeado siempre de numerosa escolta, y sostenido por los grandes que esperaban ascender con él al poder, entró en la ciudad á los gritos de *¡viva el baron!* Libertó á los presos de Estado, espulsó á la señoria, y se alió con Uguccione de la Fagiuola, temible jefe de los gibelinos de la Romaña. Concibió el pueblo sospechas contra él; y reuniéndose al son de las campanas (1307), pronto le citó á juicio y condenó en el término de dos horas, por contumacia, «como rebelde y traidor á su concejo, é inmediatamente salieron de la casa de los priores, el gonfalon de la justicia con el podestá, el capitan, el ejecutor y sus secuaces, seguidos de los gonfalones de las compañias, del pueblo armado, de partidas á caballo, dando grandes gritos para ir á las casas donde habitaba el señor Corso» (Villani). Este se parapetó, con la esperanza de que Uguccione, á quien habia avisado, llegara á su socorro, pero padeciendo de la gota le era difícil defenderse; y detenido en su fuga se arrojó del caballo y murió. «Fué un caballero de gran valor y renombre; noble de raza y maneras; hermoso hasta en la ancianidad; amable, instruido, buen decidor, y concibiendo siempre grandes proyectos: frecuentando con familiaridad á los grandes señores y á la nobleza, era célebre en toda la Italia. Enemigo del pueblo y de los campesinos, amado de los mesnaderos, lleno de pensamientos maliciosos, perverso y astuto (Dino Campagni).»

Siena, Luca y Pistoya esperimentaban las mismas agitaciones que seria demasiado largo contar. Cortona componia su concejo de cónsules, de la nobleza *(majores milites)*, de los jefes de artes y oficios, de un camarlengo y un canciller; el consejo de la Cofradia estaba formado de veinte nobles, y el

---

y perecian pocos hombres, en atencion á que no habia costumbre de matarlos. Al presente se ha cambiado de táctica, y uno es vencedor cuando se mantiene firme: por eso os aconsejo que no os movais y que les dejeis comenzar el ataque. Esto es lo que resolvieron poner por obra. Los aretinos atacaron el campo tan vigorosamente y con tal fuerza, que el cuerpo de los florentinos retrocedió considerablemente. Ruda y encarnizada fué la batalla. Por un lado y otro se habian hecho nuevos caballeros. El señor Corso Donati cargó á los enemigos de flanco á la cabeza del escuadron de Pistoya. Llovian las flechas: tenian pocas los aretinos, y se veian acribillados por el lado en que estaban al descubierto. La atmósfera estaba cargada de nubes, el polvo estaba sumamente espeso. Los infantes aretinos se deslizaban por debajo del vientre de los caballos con el cuchillo en la mano y los despanzurraban. Sus campeones de ataque avanzaron de tal modo, que hubo muchos muertos por ambas partes en medio del campo de batalla. Aquel dia muchos que eran reputados como de gran proeza se mostraron cobardes, y muchos de quienes no se hablaba ganaron renombre. El bailio del capitan adquirió grande honor, y quedó allí muerto.» Dino Compagni.

(23) «¡Oh, buen rey Luis, que tanto temes á Dios! ¿dónde está la fe de la real casa de Francia, caida por mal consejo hasta el punto de no temer la ignominia? ¡Oh, malos consejeros, que habeis hecho de un príncipe de la sangre de tan alta corona, no un soldado, sino un asesino, encarcelando malamente á los ciudadanos, faltando á la fe y falseando el nombre de la real casa de Francia! Habiendo ido á su convento maese Ruggieri, adicto á dicha casa, le dijo: *Bajo de tí perece una noble ciudad:* á lo cual respondió, que *nada sabia.*» Dino Campagni.

consejo general, de cien ciudadanos y artesanos. Sometió las familias nobles de la comarca, como los marqueses de Pierle y de Petrella, los condes de Cigliolo, los señores de Poggioni y los camaldulenses del priorato de San Egidio, que hizo entrar en el recinto de la ciudad; lo que le obligó á estender sus murallas en 1219, de manera que encerraran tambien en su recinto el arrabal de San Vicente. Unas veces aliada y otras enemiga de los aretinos, fué sorprendida por éstos en 1259, saqueada, desmantelada y forzada á tomar siempre por podestá un ciudadano de Arezzo. Al fin se apoderaron los Casali de la autoridad, y fueron vicarios del Imperio hasta que la república de Florencia sometió á Cortona á su dominacion.

Pisa.—Así como Florencia se encontraba á la cabeza de los güelfos, Pisa capitaneaba á los gibelinos de Toscana. «Era grande y noble Estado de ricos y poderosos ciudadanos los más afamados de Italia; habia entre ellos union y unidad, formaban un gran Estado, porque entre los ciudadanos se encontraban el juez de Gallura, el conde Ugolino, el conde Fazio, el conde Nieri, el conde Anselmo y el juez Arborea; cada uno de ellos tenia numerosa corte, y de vez en cuando cada cual cabalgaba por la ciudad con muchos ciudadanos y caballeros. Además, eran por su grandeza y nobleza, señores de Cerdeña, de Córcega y de la isla de Elba, donde tenian muchas rentas propias y de cuenta del concejo; y casi dominaban en el mar por sus bajeles y mercancia» (VILLANI). Pisa tenia posesiones en la Toscana, así como Génova en las riberas, y Venecia en las costas de Iliria. Cedióle Enrique VI todos los derechos reales dentro de sus muros (1192), y en un territorio donde se contaban sesenta y cuatro aldeas y castillos. En lucha con Génova y Luca por la posesion de la Lunigiana, ocupó los feudos de los obispos y condes de Luni, y abrió de nuevo las canteras de mármol ya antiguamente conocidas para la construccion de su catedral y la de Carrara (24).»

Al mismo tiempo los pisanos surcaban los mares, y adquirian riquezas y poder en Levante. No sólo les habia concedido el emperador de Oriente privilegios en sus puertos, sino que se habia obligado con la ciudad á pagar quinientos besantes anualmente con dos alfombras de seda, y además cuarenta besantes y una alfombra para el obispo. Opuso Pisa sesenta y cuatro galeras, á las setenta armadas por Génova su rival; y durante la guerra observaron algun tiempo la costumbre de sostener cada una, cerca de su enemiga, á un notario asistido de cuatro esploradores, con objeto de informar á la patria de los designios y preparativos dirigidos contra ella; queriendo cada una de estas repúblicas conseguirlo, no por la astucia, sinó á viva fuerza (25).

Batalla de Meloria, 6 agosto de 1284.—Pero una nueva batalla naval dada entre ambas repúblicas en la Meloria (26) dió un golpe funesto á Pisa: once mil de sus ciudadanos fueron llevados prisioneros á Génova, donde permanecieron al menos diez y seis años, sin que el vencedor les diese la muerte, á fin de que sus mujeres no pudiesen volverse á casar, y dar nuevos hijos á la patria. Decíase por tanto que el que quisiera ver á Pisa fuese á Génova. Los cautivos dictaban desde allí á sus conciudadanos la conducta que habian de tener: nuevos Régulos, les quitaban la voluntad de abandonar por su rescate á Castro, en Cerdeña, plaza fuerte construida por sus abuelos, y defendida con tantos esfuerzos; jurando que si recobraban la libertad á este precio, se declararian enemigos de los seres pusilánimes que hubieran sacrificado el honor nacional al interés particular.

El conde Hugolino.—La humillacion de Pisa dejó la ventaja á los güelfos de Toscana, y la república hubiera sucumbido, si la habilidad de Hugolino, conde de la Gherardesca (pais montañoso situado en la costa entre Liorna y Piombino), no hubiese conseguido disolver su liga. Habiéndose sostenido por espacio de diez años á la cabeza de los negocios públicos, obtuvo la paz de los luquenses y florentinos, pero entregándoles las plazas fuertes del territorio; después con objeto de sofocar las quejas provocadas por estos sacrificios, llevó al esceso la tiranía, y se hizo odioso de tal manera, que fué hecho prisionero y encerrado con su familia en una torre (1288), donde se los dejó perecer de hambre.

Más tarde conquistó tambien Génova con 22,000 combatientes, de los cuales 5,000 tenian corazas blancas como la nieve (CAFARO), la isla de Elba (1296), y destruyó á Porto Pisano, donde entró rompiendo las cadenas que se colgaron en aquella ciudad; deplorable señal de guerras fratricidas que han sobrevivido á los trofeos y á los frutos de la libertad. En fin, en la paz, Pisa renunció sus derecha sobre la Córcega y Sassari en Cerdeña.

Génova.—Génova se habia regido desde el principio como una sociedad mercantil. Formábanse *Compañías* para armar una flota ó para emprender algun gran negocio que duraba dos, seis y hasta veinte años; sus cónsules eran muchas veces los de la ciudad: gobierno de aprendices, pero que sin embargo ejecutó todas las empresas que hemos visto; adquirió las Riberas, posesiones en Levante, y la preponderancia en Italia. La administracion de la

(24) Desde 1188, el pueblo de Carrara habia obtenido del obispo de Luni, su antiguo señor, el terreno necesario para construir la aldea de Avenza, en el valle de la Magra, para comodidad de los carreteros y marineros que trasportaban los mármoles. Existe un compromiso de 1202 entre el obispo de Luni y los marqueses de Malespina, en el cual intervinieron como garantes los cónsules y soldados del concejo de Carrara.

(25) FOLIETTA. lib. V. *Ann. Genuens.*, lib. X.

(26) Véase antes, t. V, pág, 567.

ciudad no pudo entonces quedar confundida con la de los intereses particulares; se confió, pues, á jefes anuales, diferentes de los cónsules mercantiles, aunque elegidos tambien por las compañías, que subsistieron siempre, y fueron casi el medio con cuya ayuda ejercieron los ciudadanos los derechos en el Estado. Cuando se habia formado una compañía, todo el que se presentaba para formar parte de ella en el término de once dias, era hábil para los empleos públicos; los que no lo hacian no podian comparecer en justicia sino cuando eran citados, y ningun miembro de la compañía debia servirlos en las galeras, ni patrocinarlos ante los tribunales. Los cuatro cónsules elegidos por el pueblo, en quien residia la soberanía, juraban no hacer la paz ni la guerra sin su consentimiento, no permitir la entrada de las mercancias extranjeras, escepto las maderas de construccion y las municiones navales, y administrar exactamente la justicia (27). Estos cónsules se hicieron anuales en 1121, y la administracion del Estado quedó en 1130 separada de la jurisdiccion confiada entonces á muchos cónsules.

Las guerras estranjeras y la perpetuacion de las magistraturas en las familias, dieron orígen á una nobleza ciudadana, que sacaba su lustre de los empleos desempeñados en las ocho compañías, entre las cuales estaban repartidos la ciudad y el arrabal, partícipes del gobierno por iguales porciones. Cuando se formó de esta manera una nobleza, hizo nacer facciones é intrigas; rodeada de numerosos clientes, construyó torres y dió combates en el interior de sus muros, mal reprimidos por la religion y sus cónsules. Por tanto se recurrió tambien á un podestá extranjero (1194), y se elegia un noble en cada compañía para formar el consejo de los llaveros, guardianes y administradores del tesoro, que pronto adquirieron una gran importancia. No parece que la totalidad del pueblo asistiera al consejo general, que se reunia en San Lorenzo, sino sólo los más considerados de los miembros de cada compañía, no para deliberar, sino para persuadir. El consejo de *credenza* (*silentiarii*) debia ser menos numeroso y más regular: cada barrio tenia un tribunal donde se administraba justicia.

Las facciones de los güelfos y de los gibelinos ó enmascarados introducian tambien el desórden en Génova; hallándose sostenidos los primeros por los Fieschi y los Grimaldi, y los segundos por los Doria y los Espínola, familias todas que aventajaban mucho á las demás, y que tenian castillos en los Apeninos y en la ribera. Estas parcialidades agitaban la república, desobedecian á los magistrados, y alternativamente elevaban sus hechuras á los empleos de podestá, de abades y de capitanes de la libertad. Pasaremos en silencio las pequeñas guerras y las expediciones aconsejadas por el espíritu de partido, como asimismo la elevacion y la caida de las facciones segun se sucedian los acontecimientos generales de Italia, y que hasta cambiaban el gobierno interior de la república.

Bocanegra.—Algunas veces surgia uno de esos hombres que saben lisonjear las pasiones del pueblo, y se apoderaba en su nombre de la autoridad suprema. Tal fué Guillermo Bocanegra, que nombrado capitan del pueblo por los nobles de la ciudad, hizo fracasar las tentativas dirigidas contra él por los feudatarios, y adquirió un gran poder, elevando siempre hombres nuevos y acariciando á la multitud (1257). Pero una trama que habia urdido para aprisionar á los principales ciudadanos, escitó contra él una sublevacion que le derribó. Con gran trabajo debió la vida á las instancias del arzobispo. Volvióse entonces á la administracion de un podestá estranjero, y el cargo de capitan del pueblo y del concejo genovés fué el objeto á que se dirigió la ambicion de los nobles, ó causa de disputas incesantes.

Creyeron los genoveses evitar estas rivalidades corrigiendo la manera arbitraria de formar el gran consejo; de suerte que cada compañía tuvo que elegir cincuenta miembros que á su vez nombraban cuatro consejeros, y éstos treinta y dos ciudadanos designaban los consejeros urbanos y los Ocho. Pero las ambiciosas pretensiones de las familias no dejaban un momento de tranquilidad á la ciudad. Pareció por un instante que Roberto Espínola habia adquirido la autoridad suprema (1262); pero las mil ambiciones que la lucha producia, ponian obstáculos á la tirania de uno sólo. Mas tarde, en 1339, fué derrocada la dominacion de los nobles, y se sustituyeron las familias populares de los Adorno y Fregoso; pero los nobles tuvieron gran parte en las magistraturas, en la administracion, en las escuadras; y afiliándose tan pronto á una de las facciones predominantes como á la otra, producian una instabilidad que no podia resolverse en tirania.

Génova poseia establecimientos de gran importancia en Cafa y Azof *(Tana)*. Habia obtenido del emperador griego Esmirna, Tenedos, Metelino y el arrabal de Pera. Chio, una de las Esporadas, fué conquistada con galeras suministradas por nueve familias, y reunidas después en la *posada* de Giustiniani, cuando la república les dejó la posesion de la isla que conservaron hasta 1556 (28).

---

(27) El juramento referido por Serra (1, 277) como siendo del año 950, parece deber ser colocado entre los años 1121 y 1130. Véase VINCENS, *Hisl. de la rep. de Génova*. Paris, 1842.

(28) Chio redituaba unos ciento veinte mil escudos de oro al año, que se distribuian entre las familias copropietarias, segun el dinero que cada una de ellas habia invertido. Tambien los votos para el gobierno estaban en proporcion de los quilates, forma singular, ó mejor dicho, única. Las familias reunidas elegian un príncipe absoluto; la isla se hallaba dividida entre trece gobernadores, cuyo dictámen era necesario en los asuntos importantes.

Trípoli de Siria fué arrebatada á los genoveses por los egipcios, pero la recobraron por un ventajoso tratado con el rey de Armenia. Tenian en Tunez el más importante mercado del Africa, así como Nimes, Aiguemortes y Mallorca para la Europa occidental. Partian cada año de las costas ligurianas de cincuenta á setenta grandes naves, cargadas de drogas y otros géneros para Grecia, Cerdeña, Sicilia y Provenza; muchos otros iban cargados de lanas y pieles; y el continuo aumento de las riquezas hacia á la patria hermosa, cómoda y temible. Desde 1276 á 1283 construyeron las dos dársenas y la gran muralla del muelle; y en 1295 el magnífico acueducto á través de ásperas montañas.

Venecia.—Venecia, segun las circunstancias, desarrollaba los gérmenes que poseia desde su orígen. El dux no era ya elegido por el pueblo, sino con ayuda de aquel mecanismo complicado que hemos espuesto (t. V, pág. 480). La única parte que quedó á la plebe, era la de presentarle á sus aplausos y de que los maestros de obras del arsenal, llevasen en una silla sobre sus hombros al nuevo jefe del Estado, en la procesion que tres veces al año circuia la plaza de San Marcos (1172). A la muerte de Vital Michiel II, se estableció que cada barrio nombraria todos los años doce electores, que se reunirian para elegir cuatrocientas ochenta personas, llamadas á formar un gran consejo que haria las veces de las asambleas generales. A mediados del siglo XIII, se decidió que la renovacion anual de este consejo no se haria por doce electores, sino que un colegio de cuatro miembros nombraria todos los años cien nuevos consejeros, y otro de tres miembros eligiria los sucesores de los que muriesen ó dejasen de cualquiera manera que fuese un puesto en la asamblea.

El dux no debia adoptar ninguna resolucion sin la asistencia de seis consejeros anuales, elegidos por el gran consejo, uno por barrio, llamados después la *señoria*. Siempre que creia conveniente oir el parecer ó tener el consentimiento de los ciudadanos más notables, para adquirir un apoyo en la opinion, principalmente en casos nuevos y sin precedentes, ó bien en materias de crédito público y de comercio, les *rogaba* que fuesen á verle; forma accidental que después siendo dux Jacobo Tiepolo llegó á ser estable en la constitucion con los sesenta *pregadi* ó senadores, elegidos no por el dux, sino por el gran consejo; y así fué como los nobles tomaron parte en el gobierno y comenzó el famoso senado.

Quarentia.—Quizá de la reunion de los muchos tribunales que al principio administraban justicia en las diferentes islas, se formó el supremo tribunal de la *Quarentia* (garantia) criminal, que por hallarse destinado á fallar en los asuntos de Estado, adquirió atribuciones políticas, como colegio intermedio entre la señoria y el gran consejo; y discutia las proposiciones de aquella, antes de someterlas á éste. Los tres jefes de la quarentia fueron después los miembros perpetuos de la señoria.

Cuando se tomaba una deliberacion, el gran consejo confiaba la ejecucion á la señoria, esto es, al dux, asistido de su consejo de los seis, ó bien á los cuarenta. En los casos en que todos debian concurrir para sobrellevar algunas cargas, se convocaba al pueblo, que votaba por aclamacion *(arengo)* único resto de la primitiva soberania. Los venecianos trasladaban por todas partes esta constitucion, como hacen los ingleses, y hasta sobre sus naves, les acontecia regirse por concejeros y votos en masa.

El sello del Estado permanecia en poder del gran canciller, supremo notario de las actas legislativas, que gozaba insignes honores y grandes emolumentos (29). Era inamovible, lo que le hacia independiente del dux, al cual cedia apenas en dignidad; debia asistir al gran consejo y á todas las ceremonias solemnes; y se eligia, no entre las familias nobles, sino en las de la clase media, privilegio ilusorio que reconocia y consolidaba los privilegios efectivos de la nobleza. Tres abogados ejercian las funciones del ministerio público, en los asuntos que concernian al Estado como en los de interés privado; velaban por la legalidad, por la recaudacion de las contribuciones, por el nombramiento de los magistrados y el buen órden: tenian además los registros del nacimiento de los nobles. Su voto suspendia por un mes y un dia los actos de todas las magistraturas, escepto los del gran consejo, y podian renovarlo tres veces; después de lo cual debian esponer los motivos de su oposicion.

Imperio del mar.—Se pretende que los primeros zequíes hayan sido acuñados en 1285, en tiempo del dux Juan Dándolo, y que habiendo acudido el papa Alejandro III á Venecia para conferenciar con Federico Barbaroja, diese entonces al dux un anillo, diciéndole: «Que la mar os esté sometida como la esposa al esposo; puesto que por vuestras victorias habeis adquirido la soberania.» De aquí procede la fiesta anual que se celebraba el dia de la Ascension, en que el dux iba á bordo del espléndido Bucentauro á casarse con la mar arrojando un anillo en las olas y diciendo: *Desponsamus te, mare, in signum veri perpetuique dominii.* Considerándose los venecianos como señores del Adriático, pretendieron someter á un derecho á todos los barcos que pasaban una línea tirada desde Rávena al golfo de Fiume. Era una cosa hasta entonces sin ejemplo cerrar un mar comun á los ribereños; y así fué que resultaron guerras, sobre todo con los boloñeses, que no obstante se vieron reducidos á resignarse. Julio II, que quiso después poner fin á esta usurpacion, habiendo pedido al embajador de la república, Gerónimo Donato, que le presentara el título que atribuia esclusivamente el golfo á los venecianos, recibió

(29) Las propinas le redituaban al año hasta ocho mil ducados.

esta respuesta: «Está escrito en el reverso de la donacion hecha á san Silvestre por Constantino.»

Esta respuesta indica el atrevimiento que Venecia mostró constantemente enfrente de la córte de Roma. Aunque animada en efecto de sentimientos religiosos, no se dejó nunca dominar por las exigencias clericales. Fué aceptada allí la inquisicion religiosa, porque era conforme á la época; pero con restricciones: asistiendo á los procesos magistrados civiles, las multas fueron percibídas por el tesoro, y los inquisidores no pudieron confiscar los bienes, ni instruir una causa contra los judios ó los griegos. Habiendo sido denunciado un libro favorable á las opiniones de Juan de Huss, lo quemaron, y el autor fué paseado por la ciudad con la coroza en la cabeza, y en seguida se le condenó á seis meses de prision, al paso que en otra parte se le hubiera condenado á la hoguera.

En el orígen cada una de las diferentes islas tenia sus tribunos que estaban divididos, al uso griego, en escuelas de oficios, independientes una de otra. Cuando el dux fué investido con la autoridad suprema, no tuvo el derecho de alterar la organizacion interior, y convertidos en tesoreros ó ecónomos los tribunos, decidieron acerca de las medidas relativas á la guerra, á la administracion interior, al comercio. Rara vez era admitido un extranjero en las escuelas, de suerte que se distinguian los ciudadanos nuevos de los antiguos, únicos que tenian voto en la eleccion del dux y parte en el gobierno. Los antiguos nobles se robustecian á causa de su ingerencia en estos concejos, con los cuales se les consideraba como identificados, porque á su sombra se habian engrandecido; y de este modo oponian al dux una fuerte barrera. De consiguiente, este magistrado veia restringida su autoridad por el clero, por muy dócil que se mostrara, por los nobles poderosos, merced á lós seis consejeros tomados de su seno, y finalmente, por los diversos colegios y por las constituciones de los paises que le estaban sometidos. Como en lo interior se le prohibia toda mudanza, dirigia con preferencia su atencion á los negocios esteriores.

Enrique Dándolo.—Enrique Dándolo, dotado de una alma enérgica, de una firmeza incontrastable en la ejecucion de sus designios, ensanchó considerablemente el poder de Venecia, aspirando á que prevaleciera en Levante sobre el de los pisanos, y como el emperador de Constantinopla no le inspirase suficiente confianza, se unió á sus enemigos para conquistar aquella capital; su república obtuvo en recompensa tres de los ocho cuarteles de Constantinopla, y un cuarto y medio del imperio (30). Sin embargo, estas conquistas no estaban reunidas, sino diseminadas en las costas de la Propóntide y del Ponto Euxino, además de las islas. Bonifacio de Monferrato cedió después á los venecianos, mediante mil marcos de plata, la isla de Candia, y sus créditos contra el emperador Alejo, con un territorio bastante en la Macedonia occidental para producir anualmente de renta 1,000 florines de oro.

La posesion de Constantinopla aseguró á los venecianos la entrada del mar Negro, á donde el Tanais, el Borístenes, el Dniester, el Danubio, llevan el tributo de comarcas vastísimas y ricas de las mas variadas producciones. De este modo poseian las especias del Mediodia y las pieles del Norte; suministraban á Constantinopla subsistencias y objetos de lujo: los mongoles les vendian esclavos y botin: traficaban con Egipto en armas, esclavos, madera, pieles, aceites, nueces, almendras, seda, algodon, dátiles, azúcar; obtuvieron privilegios y franquicias en las costas de África (31) y de Siria; el Danubio les ponia en comunicacion con la Bulgaria, la Servia, la Hungria, la Valaquia: hasta poseyeron en Trebisonda un barrio con una jurisdiccion propia, lo cual facilitaba su comercio con la Persia, la Armenia, la Mesopotamia, donde tuvieron paso libre y establecieron bancos, haciendo descuentos y cambios y comercio de vinos.

Los venecianos que residian en Constantinopla, recibian de la metrópoli un podestá, que dependia del dux y del gran consejo: tambien habia allí un grande y pequeño consejo; seis jueces para los asuntos civiles y criminales, dos camarlengos para la administracion de las rentas, dos abogados para las controversias del fisco, y un capitan de la escuadra, todos enviados por Venecia. Del mismo modo estaban constituidas las demás colonias, ó era insignificante la diferencia. Candia, todavia de más importancia para el comercio que Constantinopla, tuvo que ser arreglada con mayor esmero. Allí se encontraban muchos sarracenos en estado

(30) *Johannes, Dei gratia, Venetiarum, Dalmatiæ atque Croatiæ dux, dominus quartæ partis et dimidii totius Imperii romani, de consensu et voluntate minoris et majoris consilii sui, et communis Venetiarum, ad sonum campanæ et vocem præconis more solito congregati, et ipso consilio,* etcétera, etc.

(31) Cuatro tratados celebró con la república y con los reyes de Túnez, de la raza de los Afidas, ignorados por los historiadores de Venecia, y dados por el baron de Hammer, t. IV, pág. 691.

Los documentos sobre las relaciones de Venecia con el Oriente fueron recogidos por TAFEL y THOMÁS en los tomos XII, XIII y XIV de la 2.ª seccion de los *Fontes rerum austriacarum*, Viena, 1856, 1857. Debíanse comprender en esta eleccion los documentos del siglo IX hasta fines del XV; pero ésta no llega más que á fines del XIII. Fué continuada por Thomás en el *Diplomatarium venetolevantinum*, publicado en 1881 por la solicitud de la Diputacion veneciana de historia patria. Para la historia del comercio de los venecianos y de los demás italianos en Levante es de capital importancia la obra de HEYD, *Geschichte des Levantehandels im Mittelalter*. Stuttgart, 1879, 2 tomos, refundida y aumentada en la traduccion francesa (Leipzig, 1885).

de servidumbre, y los naturales eran de un carácter pérfido é inconstante, es decir, que aguantaban impacientemente la dominacion extranjera. A fin de establecer allí una colonia, método que Venecia, como Inglaterra en América mas tarde, creia el más adecuado para mantener en sumision á los vencidos, se escogieron en todos los barrios de la ciudad hombres, que se asignaron en la isla ciento treinta y dos feudos de caballeros y ciento ocho de escuderos. Presidia un duque cuyas funciones duraban dos años, además de otras magistraturas instituidas segun el modelo de la metrópoli; pero se necesitaron grandes esfuerzos para conservarla contra los levantamientos de los indígenas, las incursiones de los griegos y la rivalidad de Génova.

En atencion á que los magistrados de las colonias dependian de la señoria, el dux podia ejercer en aquellas posesiones la actividad que en Venecia le estaba vedada; poseia muchas rentas independientes de los ciudadanos y se hacia halagar por los nobles que anhelaban obtener aquellos lucrativos empleos, y á quienes servian de estímulo las ricas adquisiciones de algunas familias. En efecto, muchas casas venecianas se establecieron en las islas y en las costas.

Esta era para la aristocracia una causa de engrandecimiento. Los nobles, jactándose de descender de los primeros que emigraron de la tierra firme á las islas, no dejaban á los recien llegados ninguna parte en la soberania de un Estado creado por los primeros que lo habian ocupado. De consiguiente, allí no se derivaba la nobleza de la conquista como en otros puntos; y puesto que no tenia territorio, se ignoraba el sistema feudal y los diferentes derechos de los feudos, no confiriendo ninguno las propiedades de tierra firme, como tampoco los de las colonias. Algunos que se habian señalado en la magistratura, habian trasmitido á sus familias su lustre personal; otros se habian enriquecido con el comercio y con las tierras. De aquí resultó una nobleza que no estaba ociosa ni era peligrosa, sino que poco á poco ganaba privilegios; nobleza enlazada además á los plebeyos por una especie de patronato, que contraian los nobles haciéndose padrinos de sus hijos, y por la proteccion que dispensaban á los campesinos deseosos de establecerse. Su frecuente trato con los caballeros francos durante la cruzada, enseñó á los nobles venecianos que podian hacerse superiores á la plebe y despojarla de sus derechos, adquiriendo en los gobiernos extranjeros la costumbre de dominar, que por contagio se estendió á las demás familias patricias, y acabaron por menospreciar á los plebeyos, considerándoles como inferiores.

Los Dándolos principalmente, habiéndose hecho famosos en las conquistas, ofendieron con su altivez á los demás nobles y ciudadanos, quienes determinaron oponérseles, colocando á su cabeza á los Tiépolos; esto dió orígen á la formacion de partidos rivales, siguiéndose combates en campo abierto y tentativas de asesinato. A la muerte de Juan Dándolo (1289) empezaron á clamar contra las usurpaciones de los nobles, que habian hecho del dux, magistrado del pueblo, su hechura; y elevaron al poder á Jacobo Tiépolo. Era un hombre virtuoso, dotado de un carácter suave, y que no era apropósito para jefe de partido: apeló á la fuga, y los nobles le sustituyeron en su lugar á Pedro Gradenigo, hombre de carácter enérgico, inclinado á la aristocracia, y dispuesto á vengarse del pueblo humillándole.

Formacion del gran Consejo.—Habiendo estallado á este tiempo la guerra con Génova, se vió á la aristocracia recobrar su predominio, como única capaz de subvenir á los gastos enormes que habian de originarse, como única acostumbrada al mando, y única que se hallaba rodeada con el prestigio de la gloria. Aprovechóse de esta circunstancia para hacer adoptar una ley en su favor completamente. El dux Pedro Gradenigo decretó (1298) bajo su inspiracion, que los jueces de la quarentia procederian á un escrutinio por bolas para cada uno de los que en los últimos cuatro años habian entrado en el gran consejo; que los que obtuvieran doce votos de los cuarenta, serian de derecho miembros de esta asamblea; que tres individuos de ella formarian después una lista suplementaria de nombres para someterlos igualmente al escrutinio por bolas; y en fin, que los que obtuvieran igualmente doce votos serian admitidos en su seno.

Así se hallo trasferida del pueblo al tribunal criminal la eleccion del gran consejo. Después en 1369 se prohibió admitir en él á otros; y se halló constituida una nobleza hereditaria, privilegiada, con esclusion hasta de familias antiquisimas, tales como la de Badoero, por ejemplo, haciendo la casualidad que este año no tomara asiento ninguno de ellos en el gran consejo. No componiéndose ya esta asamblea más que de nobles, y pudiendo hacer libremente los estatutos para su mayor ventaja, el poder patricio quedó sin contrapeso, y el mérito tuvo que renunciar á toda esperanza de encumbramiento. Los abogadores del concejo, especie de tribunos que hubieran debido oponerse á las escesivas pretensiones de la aristocracia, no estaban organizados como hubiera convenido para la resistencia, y en breve fueron comprimidos. Poco después se hizo la aristocracia completamente hereditaria (1315), cuando en tiempo del dux Juan Sorànzo, se decretó que el consejo de la quarentia tendria un *libro de oro* abierto, en que se inscribiria á los ciudadanos mayores de diez y ocho años que reunieran las cualidades requeridas para obtener los empleos del gobierno: luego se suprimió definitivamente (1319) la renovacion periódica del gran consejo, así como los electores, determinando que todo el que justificara las condiciones requeridas, seria inscrito á los veinte y cinco años en el libro de oro, y así tendria entrada en el gran consejo.

Se estableció, pues, una rigurosa gerarquia entre los nobles, y no pudiendo los más pobres de éstos, llamados *barnabotti*, sostener el costoso honor anexo á los empleos, tenian que vender sus votos en los consejos, mezclarse en intrigas y solicitar. Al principio el pueblo se hallaba dividido en convecinos y clientes, ó sea en nobles y plebeyos: cerrada la entrada en el gran consejo, los excluidos formaron un tercer órden, llamado de los ciudadanos originarios, á diferencia de los ciudadanos advenedizos, es decir, que contaban aun 25 años de residencia en Venecia. Los derechos de ciudadania en toda su plenitud, sólo correspondian á los originarios, como tambien el derecho precioso de ejercer el comercio marítimo bajo la bandera de San Marcos, y el de aspirar á los empleos civiles; entre los que ocupaba el primer lugar el de gran canciller, de que ya hemos hablado; seguian luego los empleos de la cancilleria del dux, los de las maestranzas y cofradias numerosas, algunas legaciones y los consulados en las naciones extranjeras. El comercio estaba reservado á los ciudadanos, excluyendo á los nobles, por temor de que predominasen. Entre los verdaderos plebeyos estaban comprendidos los artesanos, los mercaderes, los médicos y los que trabajaban en los arsenales, corporacion robusta: el oficio de revendedor no se permitia más que á los viejos.

Bayamonte.—La exclusion de tantas personas como quedaron fuera del libro de oro produjo descontento; y no existiendo ya ningun medio legítimo de oponerse, se recurrió á las conspiraciones, que durante los años consecutivos sembraron disturbios en la república: especialmente la de Bayamonte Tiépolo con la familia Querini costó mucha sangre (32). A fin de estirparlos se instituyó la terrible magistratura de los diez, compuesta de diez individuos del dux ó del vice dux presidente, y de los seis consejeros ducales, y autorizada (junio de 1310) con el poder de disponer arbitrariamente del tesoro público, como de las vidas y haciendas de los ciudadanos. Protegiendo la obra del dux Gradenigo, castigaban los diez la felonia, y servian más bien de instrumentos de represion contra la nobleza, que de tirania contra el pueblo. Era una comision estraordinaria; pero supieron prolongar los procesos y encadenar sus incidentes de una manera propia para perpetuarse hasta que su tribunal fué declarado permanente y necesario, como *el más sólido vínculo de la concordia pública* (1325).

Inquisidores.—La *Iuquisicion de Estado*, primero temporal y luego permanente en 1454, se componia de dos negros, es decir, elegidos entre los Diez, y un rojo, esto es, elegido entre los consejeros ducales. Ejercian una alta policia sobre cualquier persona, incoaban los procesos, pero no sentenciaban sin los Diez (33). Además, éstos no tenian leyes fijas á que arreglar sus decisiones ni penas señaladas de antemano; su manera de proceder era extremadamente compendiosa, y su autoridad no reconocia límites en los asuntos del Estado y de policia. Pertenecian á su especial competencia todo negocio no civil que fuese del clero, las seis grandes cofradias de la ciudad, las fiestas, los bosques, las máscaras, las góndolas. A las propias leyes obligaban al Senado y hasta al gran consejo; disponian del erario; daban instrucciones á los embajadores, á los generales, á los gobernadores; modificaban la promision ducal; depusieron y hasta condenaron á muerte al jefe de la república. Pero cuando se trató de juzgar á Marino Faliero, llamaron á su seno una *junta* de veinte nobles, que continuó luego hasta 1582, y sirvió de grande apoyo á su poder.

Esto impidió que se elevaran en Venecia familias ó personas poderosas para usurpar la soberania; pero su procedimiento secreto en que los testigos no eran careados con el acusado, ni aun siquiera nombrados, y en que bastaba la denuncia bajo la fe del juramento, no ofrecia garantia alguna á la sociedad ni al individuo; sustituia al testimonio jurídico la delacion pérfida y el espionaje asalariado; establecia el despotismo para consolidar el gobierno; libraba del miedo de enemigos peligrosos, haciéndose para todos igualmente temible. Tampoco en este caso nos asustemos por las declamaciones, pues los Diez, al cabo del año, quedaban de nuevo sometidos á las leyes comunes, por lo cual no se atrevian á delinquir ni podian resolverse á proteger los intereses privados. Además de los secretarios, que pertenecian al órden de los ciudadanos, asistian al consejo de cincuenta á sesenta personas, tomadas de las principales asambleas del Estado, y el abogador se hallaba autorizado para suspender sus actos. Los juicios eran secretos, pero escritos; el reo tenia un defen-

---

(32) Sobre la destruida casa de Tiepolo fué colocada una columna infame con la inscripcion:

De Bajamonte fo questo terreno,
E mo per lo so iniquo tradimento
S'è posto in comun per altrui spavento,
E per mostrar a tutti sempre *seno* (senno).

«Este terreno perteneció á Bayamonte, y de comun acuerdo se perpetúa la memoria de su traicion inícua para escarmiento ajeno, y para enseñar á todos á tener siempre juicio.»

Cuando fué derrocada la república veneciana, se propuso por alguno rehabilitar á Bayamonte como mártir, por haber intentado aniquilar aquella oligarquia, de la que se decian entonces las mayores atrocidades. Escribióse mucho en favor y en contra, hasta que llegó tiempo en que ya no se pensó en glorias ni en ignominias pasadas.

(33) El nombre de inquisidores de Estado empezó á usarse en 1600; antes se les llamaba *inquisidores del Consejo de los Diez*. Segun las notas de sus archivos, los procesos instruidos por ellos fueron:

De 1473 á 1600— 73.
1600 á 1700—554.
1700 á 1773—646, es decir, 6 cada año.

sor; el gran consejo podia modificar el fallo del consejo de los Diez, y hasta abolirlo con solo no renovar los nombramientos; por otra parte, el pueblo lo amaba, reputándole una salvaguardia contra las pretensiones de los patricios; y á éstos les consolaba la idea de llegar á formar parte de él.

Reducido el dux á no ser más que delegado de un escaso número, después de haber sido jefe de la república, se vió atar cada vez más las manos con la institucion de los cinco *corregidores de la promision ducal*, que cada á interregno debian revisar aquellos altos funcionarios las condiciones que se debian imponer al nuevo elegido, introduciendo en ellas las modificaciones oportunas, y proponian las reformas de que era capaz el gobierno; luego tres *inquisidores del dux difunto* le sindicaban los actos, comparando su conducta con el juramento que habia prestado, juramento que acabó por constituir para el dux una renuncia á todas sus prerogativas antiguas, y casi á su libertad personal. Estos corregidores reformaron el consejo del dux (*consejo de sora*), que elegia primeramente él mismo, y fué después nombrado por el senado, necesitando, por último, la confirmacion del parlamento. Los seis miembros del consejo ducal cada cuatro meses se renovaban por mitad, y nunca debian hallarse dos con el mismo nombre de familia, ni del mismo barrio. Abrian las cartas dirigidas al dux, y las entregaban á los diversos empleados para el despacho de los negocios: además hacian las proposiciones relativas á estos negocios en el senado, así como en el gran consejo, y el dux no tenia más que un voto como cualquiera de ellos. Además, á fin de que la soberania fuera vigilada por la administracion, se estableció que tres miembros de la quarentia tomaran asiento con los seis consejeros del dux y ejercieran parte de sus funciones.

En breve no pudo ya recibir el dux embajadores ni cartas de fuera más que en presencia de su consejo; no responder sí ó no sin haber oido el parecer de sus consejeros, ni permitir que ningun ciudadano doblara la rodilla en su presencia ó le besara la mano; no consentir otro título que el de *señor dux;* no poseer fuera del ducado, censo, terratenencia ó bienes inmuebles; no casarse con estranjera ni casar sus hijas con estranjeros, sin que para ello se le autorizara especialmente. Nadie podia ocupar empleos mientras recibiese de él un salario ni hasta que pasara un año. El estatuto descendió hasta minuciosidades de pupilo, prohibiendo, por ejemplo, al dux gastar más de mil libras para recibir á estranjeros, intimándole que se comprara en los seis meses primeros un vestido de brocado de oro, y prohibiéndole, así como á su esposa y á sus hijos, admitir ningun regalo.

Esta rivalidad de serrallo se estendió tambien á la nobleza, á la cual fué prohibido casarse con estranjeras, desempeñar fuera de Venecia funciones públicas, ejercer mandos en los ejércitos de la república, sopena de tener la invisible espada de los Diez siempre suspendida sobre su cabeza. Los capitanes estranjeros, á quienes Venecia estaba obligada á confiar la direccion de sus guerras, eran vigilados por *proveditores* elegidos entre los nobles; el clero estaba bajo su dependencia; y no quedaba á la plebe, escluida hasta de los ejércitos, que se componian únicamente de mercenarios ó de súbditos, otra carrera para ejercer su actividad, que la de la navegacion.

El poder permanente salvaba á Venecia de las populares estravagancias y de los disturbios que afligieron á las demás ciudades de Italia; pero un gobierno que no provee más que al bienestar de un corto número de individuos, que busca su seguridad propia y no el progreso de todos, ¿ha llenado su deber? ¿Está sano el cuerpo cuando, para fortificar la cabeza, hay necesidad de debilitar los demás miembros? (34). Para tiempos todavia nuevos bajo el aspecto de la esperiencia, era admirable la organizacion de aquel gobierno. Si la aristocracia ejerció allí á veces el despotismo, era no obstante amada por el pueblo, que aun hoy la echa de menos. Imponiéndose cargas onerosas, evitó en cuanto le fué posible ofender el amor propio de los ciudadanos, sabiendo que nada hay perjudicial en el poder más que el modo de ejercerlo. Inspiraban los diez espanto á los nobles que alimentaban proyectos ambiciosos, pero este espanto no se estendia al pueblo. Por lo demás, Venecia ofrecia un asilo á los desterrados, á los príncipes caidos, y las costumbres, como la imprenta, eran allí enteramente libres; y el espionaje, que fué oprobio de su vejez, era al principio más bien una vejacion que una tirania.

El dux Ranieri Zeno mandó redactar en 1255 á Nicolás Quirini, Pedro Badoero y Mario Dándolo, un código de comercio y de navegacion (*Capitolare nauticum*), en que se enlazan escelentes prescripciones á una sdncillez, exactitud y brevedad que pueden servir de modelo. Regula el modo de los armamentos, el juramento de los marineros, los deberes de los cónsules y de los patronos, el cargamento que debe embarcarse, las provisiones que se han de tomar á bordo, el precio de la travesia, las armas, los pabellones.

Entretanto continuaban las conquistas de la república, y Corfú, Modon, Coron recibieron conservadores de Venecia, que se creaba nuevas colonias asignando los feudos. Fué necesario sostener multiplicadas guerras para consolidarlas y conservarlas; la de Candia especialmente, de la cual habremos de ocuparnos. Hemos visto al mismo tiempo á los venecianos tomar parte en las vicisitudes de Italia, donde empezaron á poner los piés con gran detrimento suyo, después de la caida de Ezelino. En sus relaciones con las repúblicas italianas

---

(34) No se juzgue al gobierno de Venecia por la exposicion de Darú, el cual no tuvo claro concepto de él, y odió demasiado la libertad.

propendian á apoderarse del comercio sobre el Pó, para sacar provisiones de trigo, cuando no pudiera proporcionárselas por el mar Negro ó las obtuviera en condiciones más ventajosas. Y como las subsistencias son un objeto de estremada importancia en un Estado que carece de territorio, se nombraron intendentes encargados de este ramo; y á imitacion de los sarracenos, prohibieron la esportacion de grano hasta que hubiera bajado á cierto precio.

El engrandecimiento de Venecia escitaba la rivalidad de Génova y Pisa; y le movieron abiertamente guerra los genoveses en Tolemaida, si bien con grave daño suyo; pues á fin de contrariar á sus rivales favorecieron á los griegos con detrimento de los emperadores francos de Constantinopla. Cuando ésta fué reconquistada obtuvieron grandes ventajas, siguiendo de ahí una larga enemistad á que puso término la mediacion del papa. Habiendo estallado nuevos conflictos, el emperador Andrónico II Paleólogo tomó pié de ellos para mandar prender á todos los venecianos; y los genoveses se echaron sobre los prisioneros y les quitaron la vida.

Batalla de Cúrzola, 8 setiembre 1293.—Roger Morosini salió de Venecia con sesenta galeras para tomar venganza saqueando los establecimientos de Génova. Tomó y demolió á Pera, barrio ocupado por sus negociantes, y atacó el palacio imperial: al mismo tiempo otra escuadrilla destruyó á Caffa, y los bajeles de los genoveses eran capturados en todos los mares y amenazadas sus colonias. Encontráronse las dos escuadras delante de Cúrzola, isla de la Dalmacia: mandados los genoveses por Lambo Doria, se hallaban tan desalentados, que propusieron á los venecianos abandonarles los buques, á condicion de que podrian retirarse sanas y salvas las tripulaciones. Rechazada la proposicion, combatieron con valor desesperado y quedaron vencedores. El mismo almirante veneciano Andrés Dándolo cayó prisionero; y no pudiendo resignarse á la pérdida de una batalla empeñada contra su voluntad, se dió muerte.

Este triunfo produjo alborozo á Génova y luto á Venecia; pero el desastre duplicó su valor, y en breve tuvo en el mar otras cien galeras; hizo venir de Cataluña máquinas y pilotos; acogió á los güelfos desterrados de Génova; y Dominico Schiavo, que ya se habia ilustrado en las guerras de la Romelia, sembró el terror en medio de las escuadras genovesas; penetró en el puerto de la ciudad enemiga, y levantó en el muelle un monumento de vergüenza (1294). La mediacion de Mateo Visconti indujo á las dos repúblicas á celebrar una paz perpétua, que debia jurar todo capitan de barco antes de hacerse á la vela.

CAPÍTULO X

COSTUMBRES.

¿Era de esperar que las costumbres se dulcificasen cuando la rivalidad de intereses exacerbaba los odios, y los actos de violencia quedaban impunes para todo el que podia eludir la ley, huyendo al territorio vecino, ó arrostrarla con el apoyo de una faccion? Pero nada contribuye tanto á infundir el sentimiento elevado de la dignidad personal, como salir del círculo estrecho de los asuntos domésticos para ocuparse en los negocios públicos, y sostener en la plaza y en el consejo discusiones de que depende la salvacion de la patria. La agitacion de las facciones, los padecimientos de los individuos, el afan de vencer á los émulos, la ambicion de llegar á los empleos, como testimonio de la confianza pública, no permiten que se introduzca en las almas esa especie de adormecimiento que engendra las pasiones ruines. El hombre sentia que era ciudadano, media sus fuerzas físicas y morales en la lucha empeñada en lo interior con sus rivales, y en lo exterior con los enemigos, y al educar á sus hijos le consolaba la certeza de dejarles un puesto en la sociedad y una esperanza.

No nos alucinemos hasta creer que eran puras las costumbres de aquella época. Si los castillos continuaban siendo el abrigo de la prepotencia y de la lascivia; si el clero, fastuoso y disoluto, se entregaba á los excesos que más repugnan á su carácter, tambien los concejos distaban mucho de ofrecer ejemplos de moralidad severa. Se contaban á millares las meretrices, ya fuese en los ejércitos, hasta en los de los cruzados, ya en las ciudades, donde á veces figuraban en las carreras, en la época de las solemnidades públicas. En el archivo de Massa Marítima existe un contrato celebrado en 3 de Enero de 1384, por el cual el concejo vende una casa de prostitucion á Ana Tedesca, mujer pública, mediante el cánon de ocho pesetas anuales, con la obligacion de tenerla bien provista de rameras. En otro contrato, cuya fecha es de 19 de Noviembre de 1370, y que se halla en el archivo diplomático de Florencia, él concejo de Montepulciano alquila por un año á Franceschina de Martino, natural de Milan, una casa de prostitucion al precio de cuarenta libras de Cortona, sin contar la contribucion que se pagaba ordinariamente por las mujeres de mala vida. Habiendo encontrado Francisco de Carrara, muchas de estas desgraciadas en el campamento de los veroneses, que habian sido derrotados, las colocó en el Puente de los molinos, imponiéndoles una contribucion en beneficio de la Universidad.

Juegos.—Dos columnas que habian sido trasladadas desde una isla del Archipiélago, yacian por tierra en Venecia, por no hallarse quien supiera levantarlas, hasta que un chalan lombardo trató de conseguirlo. Habiéndolas atado, humedeció las cuerdas, y á medida que éstas, encogiéndose, levantaban las columnas, el iba apuntalándolas, operacion que repitió hasta lograr ponerlas derechas. No sabemos qué pensar de tan grosero medio, tratándose de personas que tenian delante de sí á San Marcos; pero lo que nos importa hacer notar, es la recompensa que pidió el chalan, á saber: que los juegos de azar se permitiesen en aquel intercolumnio, concesion que duró cuatrocientos años, hasta que se convirtió el sitio en un lugar infame destinándole á las ejecuciones. En Génova y Florencia, los juegos de azar eran públicos, mientras que en otros puntos se prohibian con repeticion, es decir, inútilmente.

Los estatutos municipales revelan las costumbres del pueblo, del cual los historiadores narran tan sólo los hechos. Los reglamentos suntuarios, tan frecuentes en aquella época, prueban el lujo que existia, acompañado de todas sus corrupcio-

nes; vemos por otros decretos que eran ya conocidas las especulaciones en el cambio y en los fondos públicos. En Luca, la mujer de condicion libre que se portaba mal, era entregada á sus parientes, quienes podian castigarla á su antojo, con tal de no darle muerte; en otras partes era quemada viva, severidad que impediria muchas acusaciones. El estatuto de Génova sólo amenaza con destierro al que mata á su mujer. El de Mantua imponia la multa de cien sueldos al blasfemo, y si no los pagaba dentro de quince dias, se le metia en una cesta y se le ahogaba en el lago. En Susa se llevaba desnudos por la ciudad á los bribones y prostitutas.

Comidas.—En cuanto al alimento, el tocino era muy usado por el vulgo, y á menudo encontramos legados instituidos con objeto de repartirlo á los pobres (1). En 1159, los canónigos de San Ambrosio de Milan pretendian del abad, no sé qué dia, una comida de cinco servicios: el primero de pollos fiambres, gigote en vino, y carne de cerdo tambien fiambre; el segundo de pollos rellenos, el tercero de carne de vaca con salsa de pimienta y tortas; y el último de pollos asados, solomillo con *panizio* y lechoncillos rellenos (2). El mucho uso que se hacia de las carnes requeria la pimienta, cuyo consumo era comparable al que tiene hoy el café ó el azúcar. El pan blanco no se usaba sino en caso de algun convite, y todavia en 1355 no habia en Milan más que un horno para cocerlo; el que se comia ordinariamente era de mezcla ó de centeno. Cada cual lo cocia en su casa, y aun rara vez, más por lo regular al aproximarse las grandes solemnidades, de donde ha provenido el uso del *panatone* (panecillo), de las *foccacie* (hogazas), de las *pizze* (molletes), del *panforte* (hornazo), de las *crostate* (roscas) y otras variedades que se comen aun por Navidad ó por Pascuas.

Casas.—Buonvicino de Riva, que formó en 1288 la estadística de Milan, dice, que se contaban allí trece mil casas, seis mil pozos, cuatrocientos hornos, mil tabernas, más de cincuenta hosterias y posadas para los forasteros, y sesenta cobertizos ó pórticos delante de las casas: los átrios, los claustros de los conventos, el palacio público, la sala de juntas, el Mercado, servian para reunirse y hablar. En 1272 el podestá de Milan prohibió que se estorbase el paso en los pórticos que habia debajo del Mercado nuevo, á fin de que los nobles y los mercaderes se pudieran pasear allí libremente; hasta mandó colocar bancos para sentarse, y pértigas donde se posasen los balcones y gavilanes que se llevaban á todas partes, como se hizo despues con los perros.

Las casas solian ser muros macizos, flanqueados de fuertes torres con enormes puertas, gruesas barras de hierro en las ventanas, y á veces hasta barbacanas y troneras. El pueblo, cuando prevaleció, hizo mutilar las torres más amenazadoras, que habian servido de guarida en otro tiempo á la tirania feudal, é iba á menudo á extraer de allí al señor que se habia refugiado en ellas para evitar el castigo legal. Muchas veces el partido triunfante abusando de una ventaja momentánea, demolia las casas de los vencidos, lo cual solia tambien verificarse por decreto de la autoridad, que abandonaba al furor popular las murallas. El terreno quedaba infamado, y no se podia volver á levantar en él ningun edificio; lo cual perjudicaba á la buena construccion, teniéndose que fabricar las nuevas casas sin alineacion ni simetria. El palacio viejo de Florencia fué construido fuera de escuadra, para no ocupar el execrado terreno donde habian estado situadas las casas de los Uberti, que quisieron entregar la patria á los extranjeros: los venecianos destinaron para matadero público el sitio donde antes se veian las habitaciones de los Quirini, cómplices de Tiépolo.

El lujo, al propagarse, penetró tambien en los edificios privados, y ninguna ciudad puede mostrarlos tan sólidos y majestuosos como la afortunada Florencia. Todos los consejos se reunieron para erigir á costa del tesoro público la casa de Ayuntamiento; el inmenso salon de Pádua es un monumento incomparable de aquella época, y Galvagno Fiamma nos ha dejado una larga descripcion del palacio ducal construido en Milan por Azzon Visconti, con las salas pintadas por Giotto, y quizá tambien por Andriano de Edesia, natural de Pavia, que fué uno de los restauradores de la pintura: en el salon se destacaban de un fondo azul figuras y adornos de oro, representando el templo de la Gloria, donde se encontraban reunidos Hector y Attila, Carlomagno y Eneas, Hércules y Azzon.

Los estraños sobrenombres de *vainnanzi* (casquivano), *mazzalovo* (matalobo), *menaboi* (guardabuey), *cagadinari* (cagadinero), *bentefaza deus* (Dios te bendiga), *streggio porco* (rasca puercos), *valdatano* se trasmitian ó se convertian en apellidos.

Se pensaba menos en las comodidades que en la solidez y en la belleza; pues sin hablar de una antigua ley lombarda que prohibia durmiesen más de catorce personas en cada aposento, recordamos que los seis individuos de que se componia la señoria de Florencia, no contaban más que con un cuarto para todos, hasta que Michelozzo, hácia el año 1430, les construyó á cada uno el suyo. Tratábase no obstante de aquella gloriosa república, cuyos ciudadanos, sencillos en sus trajes y costumbres privadas, gastaban con profusion en cuadros, esculturas, bibliotecas y templos, y cuyas naves, enviadas á Alejandria y á Constantinopla con los preciosos tejidos de seda, traian de retorno manuscritos de Homero, de Tucídides y de Pla-

(1) En el testamento de Andrés, arzobispo de Milan, se dice *Pascere debeat pauperes centum, et det per unumquemque pauperem dimidium panem, et companaticum lardum, et de caseum inter quatuor libra una e vino stario uno.*

(2) GIULINI, tom. V, pág. 473.

ton (3). En 1270, publicó Venecia una pragmática acerca de los posaderos, prohibiéndoles alojar á meretrices, tener más de una puerta abierta, vender otra clase de vino que el que les suministrasen los tres Justicias, y además no contar menos de cuarenta camas, provistas de cobertores y sábanas (4); disposicion notable en una época en que en Inglaterra apenas se ponia paja sobre los bancos donde dormia el rey.

Costumbres de Ferrara.—Quisiéramos ver descritos aquellos tiempos por algunos contemporáneos. El ferrarés Ricobaldo se expresa de esta manera hácia el año 1238: «En tiempo del Emperador Federico II era grande en Italia la rudeza de los usos y de las costumbres. Los hombres llevaban mitras de escamas de hierro; para cenar, el marido y la mujer comian en un mismo plato; no se servian de cuchillos, y sólo habia uno ó dos vasos en cada casa. Por la noche se alumbraba la mesa con una antorcha que tenia en la mano un criado, pues no usaban velas de sebo ni de cera. Los adornos de las mujeres y de los hombres eran de muy poco valor; en los vestidos no lucian el oro ni la plata, ó apenas eran perceptibles: el alimento no podia ser más parco. Los plebeyos comian carne fresca tres dias á la semana; á medio dia legumbres cocidas con carne; á la noche, carnes fiambres conservadas. No todos acostumbraban á beber vino en verano. Cualquiera se consideraba rico con poseer una pequeña suma: las bodegas eran reducidas y extensos los graneros. Casábase á las doncellas con un pequeño dote, porque su

---

(3) Conviene leer los *Estatutos de los Ancianos de Luca*, como un documento de las costumbres de aquella época:

Die quinto junii 1346.

Nos collegium Antianorum Lucani communis, num. octo, stantes simul ad collegium in aula minoris palatii ecclesiæ Sancti Michaelis in foro.

Decet præsides singulos primum sibi morales leges imponere, quibus obnoxii per observantiam exempla virtutum subditis præbeant, et reipubliquæ consulte provideant, et ipsius semper utilitas augeatur. Igitur volentes in servandis moribus per nos et successores nostros, prout expedire cognovimus, providere, facto et misso inter nos partitos et secreto scrutinio ad pissides et palloctas ut moris est, comuni concordia, infrascripta capitula super eis auctoritate præsenti componimus et firmamus in hunc modum, videlicet:

Primeramente, todos los ancianos irán á misa por la mañana; el que no esté allí al evangelio, pagará seis dineros; el que no esté al sacrificio, doce; el que no haya llegado á la bendicion, diez y ocho.

Ningun anciano saldrá de palacio sin permiso del presidente, bajo la pena de dos sueldos.

Ninguno responderá, sin permiso del presidente, á la persona que hable al colegio, bajo la pena de dos sueldos.

Ninguno se separará del colegio cuando éste se halle reunido, sin antes pedir permiso al presidente, y si lo hiciese, pagará dos sueldos.

Todos los ancianos acudirán al colegio cuando suene la campanilla mayor, so pena de pagar un *grosso*, á no contar el que falta con el permiso del presidente.

El anciano que hable de los negocios del concejo fuera del colegio, pagará cinco sueldos.

El que reciba alguna peticion de un particular, que no hubiere pasado antes por las manos del presidente, pagará dos sueldos.

Todo anciano, al depositar en la urna su voto, lo verificará con las dos manos cerradas: sino, pagará diez sueldos.

Ningun asunto se pondrá á votacion, sin que convenga en ello el presidente, so pena de cinco sueldos que pagará el que lo haya mandado, y semejante votacion quedará sin efecto.

Lo que se haga en concejo, debe decirse que se hace por todo el colegio y no por alguno de sus indivíduos, pagando el contraventor la pena que agrade al colegio imponerle, considerada la cualidad del delito y del hecho.

No podrán salir de casa más de tres ancianos á un mismo tiempo, á fin de que siempre, de dia y de noche, permanezca en palacio el colegio. En caso de contravencion, el presidente fijará la pena.

Está prohibido á los ancianos introducir ó hacer introducir mujeres en el palacio, bajo la pena de cien sueldos.

El que se sentare á la mesa ó se lavare las manos antes que el presidente, pagará un *grosso*.

El presidente, en el colegio, en la iglesia, en la mesa, ocupará siempre el primer puesto, y cuando vaya por la ciudad, precederá á todos los ancianos; los que contravengan á este artículo pagarán por cada vez diez sueldos.

No se pronunciará en la mesa ninguna palabra deshonesta, bajo la pena de doce dineros.

Al tiempo de oir misa y mientras se esté á la mesa, habrá de guardarse silencio, el cual no se interrumpirá en uno ni en otro caso, á no permitirlo el presidente.

Ningun anciano podrá invitar á un extranjero á almorzar, comer, merendar ni cenar sin consentimiento del colegio.

Y si alguno tuviere dicho consentimiento, pagará al proveedor dos *grossi* cada vez.

Ningun anciano podrá ir acompañando á un cadáver á no ser para su familia ó pariente de padre de algun anciano, y su hermano carnal ó cuñado carnal, bajo la pena de cuarenta sueldos.

Ninguno tocará la campana para reunir el colegio, sino el presidente; el contraventor pagará veinte sueldos.

Ninguno podrá enviar fuera del palacio manjares ni bebidas, sin permiso del presidente ó bien del colegio, bajo la pena de cinco sueldos.

No se podrá pedir más vino del colegio, sino dos veces al dia, por la mañana y por la tarde, y sólo medio cuartillo cada vez; siempre por el conducto del presidente.

El que exija más y á otras horas, deberá pagarlo al precio que lo compra el colegio.

Ningun dulce se comerá á costa del colegio, no siendo anises confitados ó grajea, después de comer ó de cenar; el que los mandare traer fuera de estos dos casos, los pagará de su peculio.

Todas las multas se depositarán en manos de uno que elija el colegio, y se gastarán á voluntad de éste. El presidente hará llegar el dinero ó las prendas á manos del camarlengo.

Que quidem omnia capitula suprascripta el quodlibet eorum jubemus per cuoslibet antianos Luc. Com. præsentes et futurus sub pœnis prædictis inviolabiliter observari.

Mem. de Luca, I, 355.

(4) MUTINELLI, *Com. de los venecianos*, 117.

ajuar era extremadamente modesto. Las jóvenes se contentaban con una sotana de tela grosera y una camisa de lino; ni cuando estaban en edad de casarse, ni después de casadas llevaban en la cabeza adornos de algun precio; las esposas se ligaban las sienes y las mejillas con anchas cintas atadas debajo de la barba. Los hombres hacian consistir toda su gloria en las armas y en los caballos; los nobles en las torres.»

Tanta rudeza es una exageracion de Ricobaldo, que queria criticar el fausto de su época, á la manera que oimos todos los dias á los ancianos ensalzar las sóbrias y sencillas costumbres de que fueron testigos en su mocedad, y que, no obstante, han proporcionado á los poetas, autores cómicos y predicadores que vivian entonces, abundante materia para sus burlas y censuras. Tambien nosotros, si alcanzamos una dilatada existencia, en nuestros tardos años echaremos menos la dichosa sencillez y la fe ingénua que reinaba en los tiempos de nuestra juventud.

Costumbres de Florencia.—Dante, el poeta de más rica imaginacion, y á la par el cronista más fiel de la Edad Media, nos ha dejado una admirable descripcion de las costumbres de Florencia por los años de 1200, cuando hace referir á su abuelo Cacciaguida el modo como en su tiempo aquella ciudad, cuyo recinto era aun estrecho, se fué extendiendo en medio de una paz sóbria y púdica. Entonces no atraian las miradas los excesivos adornos femeniles con preferencia á la persona, ni la hija, desde su nacimiento asustaba á su padre, obligándole á pensar en su precocidad y en el crecido dote de los matrimouios. Los ciudadanos más ilustres usaban un cinturon de cuero, contentándose con vestidos de piel sin forro; sus mujeres se apartaban del espejo no llevando en sus mejillas colorete; sin soltar la rueca ni el huso, velaban al lado de la cuna, consolando á los pequeñuelos con este lenguaje cortado que forma el encanto de los padres, y mientras hilaban, departian con su familia, constituyendo el asunto de sus conversaciones, no vanidades ni locuras, sino los troyanos Fiésole, Roma.

A estos versos pueden servir de comentario las palabras de Juan Villani: «En aquel tiempo (es decir, en 1250), los ciudadanos de Florencia vivian sóbriamente, con groseros manjares y pequeños gastos, las costumbres eran sencillas y rudas, vestian á sus mujeres de telas bastas, muchos hombres llevaban pieles sin forro, con un gorro en la cabeza, y todos con botines. Las damas florentinas no usaban adornos; las de más alta gerarquia se contentaban con una basquiña muy estrecha de tela gruesa de color de escarlata, ceñida por un cinturon de cuero á la antigua, y encima un manto forrado de piel de ardilla, con adornos, que les cubria la cabeza: las mujeres del pueblo vestian una gruesa tela verde por el mismo estilo, y se les daba de dote comunmente cien libras: á las damas principales doscientas, reputándose espléndido el dote de trescientas libras; la mayor parte de las doncellas que se casaban, tenian veinte años ó más. Tal era entonces el modo de vestirse, y las rudas costumbres de los florentinos, con su alma leal y su recíproca buena fe.»

Costumbres de Padua.—Un anónimo del siglo XIII habla estensamente sobre las costumbres de los paduanos: «Antes de Ezelino, iban hasta la edad de veinte años con la cabeza descubierta; pero después dieron en llevar mitras y yelmos ó capuchas de pico (5), y todos adoptaron la sobrevesta *(epitogia)* de telas de á más de veinte sueldos la braza. Hermosa familia, buenos caballos, y siempre armas. En los dias festivos, los jóvenes de la nobleza daban convites á las damas, á quienes ellos mismos servian, y enseguida bailaban y celebraban torneos. En el campo tenian córtes espléndidas. Las mujeres dejando las telas ordinarias, se vestian de finísimo lino, á razon de cincuenta ó sesenta brazas cada una segun sus facultades. Si en tiempo de Ezelino un simple vecino se hubiese presentado á tomar parte en la danza, los nobles le habrian abofeteado, y un noble que galantease á alguna mujer del pueblo, no podia introducirla entre los suyos sin prévio permiso.» Adviértese en estas últimas palabras el resto de aquellas tiranias aristocráticas de que los tumultos de la plebe iban emancipando á las futuras generaciones.

Si consideramos á Dante como historiador, encontraremos en él un recuerdo continuo de los tiempos pasados, cuando el valor y la cortesia reinaban en las ciudades de Italia, cuando las córtes lucian con todo el brillo de la nobleza, y los advenedizos y las fortunas repentinas no habian turbado aun aquella clase de vida tan hermosa y tranquila. Además, basta recorrer las *Cien Novelas antiguas*, algunas de las cuales han sido escritas sin duda en tiempo de Ezelino, y las de Boccaccio y de Sacchetti, para formarse idea de las francas y alegres costumbres de aquella época, en que abundaban las reuniones divertidas, las ingeniosas burlas, las alegrias, la comunicacion festiva entre los señores y las personas de condicion humilde. Veíase á los astrólogos y bufones rodear á todos los príncipes, á los señores dar convites espléndidos, á los caballeros hacer alarde de cortesania, y no pudiendo sufragar con sus cortas rentas semejante boato, se ingeniaban para encontrar recursos: á cada paso ocurrian palabras picantes, respuestas prontas, existiendo cierta franqueza entre el plebeyo y el rico, desconocida en las demás naciones. En tiempo de Federico II de

(5) Los sombreros no se introdujeron hasta el tiempo de Cárlos VI en Francia. Antiguamente el rey, los príncipes y caballeros, llevaban en la cabeza el *mortier*, birrete de terciopelo galoneado; el clero y el pueblo gorro de lana, con la capucha encima. Los sombreros fueron originarios, segun dicen, de España, y Tristan Salazar de Vizcaya, arzobispo de Sens, hizo el primero uso de ellos en Francia.

Sicilia, «un droguero de Palermo, llamado señor Mazzeo, tenia la costumbre todos los años en la estacion de los limones, de ir con una peluca peinada en forma de cofia, y una toalla al cuello, á llevar al rey en una mano un plato de limones, y en la otra manzanas, y el rey recibia graciosamente este regalo.» (6) El mismo Federico y sus nobles hijos Enzo y Manfredo, iban de noche por las calles de Palermo, á la luz de las estrellas, tocando y cantando coplas y estrambotes que ellos habian compuesto.

Entre los demás pueblos de Italia los florentinos figuran en sus actos y escritos como los antiguos atenienses, sutiles en hallar espedientes, agudos en aplicar apodos y coger con gracia y delicadeza el ridículo, divertidos, llenos de alegres ideas, y en conjunto de carácter firme y digna conducta; amen de que en las letras se distinguian por su mucho raciocinio y prontitud, gracejo y reflexion, filosofia y jovialidad.

Florencia «pobre de territorio, abundante en buenos frutos, con ciudadanos valientes, soberbios, quimeristas, rica en ganancias ilícitas, más temida que amada de las comarcas vecinas por su grandeza,» (7) pensaba en vivir alegremente y dar bailes en sus alrededores. El dia de Todos los Santos era la fiesta del vino nuevo: el dia de San Juan se corria el polio, y en el de 1283, un tal Rossi formó una compañía de más de mil hombres del pueblo, vestidos de blanco, con estatutos y un *señor del amor*, para andar á caballo, bailar y celebrar triunfos, habiendo acudido mucha gente, juglares, improvisadores, y dándose alegres banquetes. «Habia en los mencionados tiempos unos trescientos caballeros, y muchas cuadrillas de ginetes y de donceles que por la mañana y por la tarde tenian espléndidos banquetes con muchos cortesanos, regalando en las Pascuas multitud de vestidos de piel de ardilla, por cuya razon atraian allí de Lombardia y de toda Italia, bufones y cortesanos, y se les veia con gusto, y no pasaba por Florencia ningun extranjero, ninguna persona distinguida y de honor, que no fuese invitada ó detenida á porfia por las mencionadas cuadrillas, acompañándole á pié y á caballo por la ciudad y por el territorio, como se debia.» (8) Era tal la emulacion que reinaba entre los nobles por llevar á sus casas el extranjero que llegaba á la ciudad, que á los de Brettinoro se les ocurrió, á fin de evitar las disputas que se originaban, el extraño recurso de colocar en medio del castillo una columna rodeada de campanillas; el extranjero ataba su caballo á una de éstas, y aquel á quien pertenecia era el elegido. Tambien en otras partes se instituyeron compañías para acoger honrosamente á los huéspedes, y se veian á sus individuos correr á porfia á recibir á los extranjeros á fin de tener la gloria de hacerles abandonar la posada antes que ninguno.

Sobre todo agradaba aquella publicidad de las fiestas, tan diferentes de las del dia, en que así la alegria como el dolor se encierran en las paredes de las casas, ó á lo más se comunican á los que llamamos nuestros iguales. Entonces la alegria de uno solo parecia la alegria de todos; las nupcias se celebraban con una mesa franca; los funerales con la concurrencia de toda la ciudad; se bailaba en las plazas, y con el primero que llegaba; el que edificaba, construia cerca de su casa una galeria para recibir allí á sus amigos en presencia de todos (9); el que no se hallaba en estado de hacer semejante gasto, ponia fuera de la puerta un banco para hablar con todos los que pasaban, y en el cual á veces el panadero Cisti excitaba la envidia de los magnates con el pan tierno y el buen vino que tenia á dicha ofrecer á los ciudadanos ilustres y á los embajadores de las principales potencias (10).

Las costumbres nacen en momento dado por un accidente, por una necesidad, por una inspiracion, aunque fugaz de la conciencia pública. La generacion siguiente ha perdido la memoria del hecho, no comprende el sentido de esta ó aquella costumbre, y quiere cambiarla.

A la idea de aquellos siglos poéticos y pintorescos asociamos la de vestidos de gran precio que estaban cargados de oro y pedrerias, con profusion de pieles; pero uno solo bastaba para toda la vida, y hasta se trasmitia de los padres á los hijos y aun á los nietos. Cada clase ó condicion tenia su traje particular, pues uno de los distintivos de la Edad Media es la separacion que las opiniones, las leyes y las costumbres establecian entre el vulgo y los nobles, entre el rico y el artesano, entre el obrero y el letrado; separacion que actualmente va desapareciendo cada vez más, con escándalo de los que creen que la diferencia de las clases está fundada en la naturaleza, y que es necesaria para el bien de la causa pública: ¡grandes filósofos! ¡grandes políticos! ¡grandes economistas! Vastos palacios que presentaban un aspecto de fuerza más bien que de belleza exterior, con pocos muebles que parecian hechos para durar eternamente, grandes salones capaces de contener á los muchos allegados de la familia, pórticos y bancos donde se iba á tomar el sol, discutir y murmurar en compañia de los amigos; bufones que con sus chistes y gestos formaban la diversion de las reuniones y de los banquetes; regalos espléndidos de una im-

(6) SACCHETTI, *Nov.*, 11.
(7) DINO COMPAGNI.
(8) Y VILLANI, VII, 88.

(9) «Pusieron en medio del castillo una columna con pórtico, bajo el cual se reuniesen los padres á fin de evitar el calor y hablar de sus asuntos. Añádase que la juventud era menos disoluta en sus juegos, hallándose en presencia de los patricios.» ALBERTI, *Architet.*, VIII, 6.
(10) Véase á Boccaccio.

portancia sólida, como vestidos, dinero, víveres, traillas de perros, buitres, halcones y caballos, inmensos parques cerrados para las cacerias; un numeroso séquito de criados, pompa de armas, asociaciones de toda la juventud, tropas de gente armada, comparsas frecuentes distinguian aquel lujo del actual, consistente todo en trajes y baratijas de apariencia más que de valor, y que de hoy á mañana cambia segun el capricho de la gran ciudad que da la moda de vestirse y de pensar en Europa.

Caractéres.—Seria repetir lo dicho, el delinear aquí las costumbres caballerescas, que por sí mismas constituyen una poesia. En ellas, como en todo, dominaba la conviccion; por eso eran aquellos hombres absolutos en las prescripciones, en las creencias, en los odios, en los amores, en las persecuciones, en las empresas buenas y malas, en la ciencia y en la voluntad. Pero al mismo tiempo aparece en los relatos de aquel tiempo la agudeza de muchas costumbres; una extremada licencia en las relaciones con el bello sexo, una tosca complacencia en las bufonadas, abusos de fuerza, el latrocinio ejercido en los caminos, un clero desarreglado, avaro, entregado á la simonia, excesos de gula hasta en las personas principales, la falta del pudor público, esa flor de los sentimientos delicados, de donde procedia el libertinaje sin freno de los poderosos, y el descaro con que los particulares y hasta los eclesiásticos tenian junto á sí á sus hijos ilegítimos. Dante imputa á personas respetadas bajo otros conceptos, repugnantes vicios. No vacila en colocar en el infierno á personajes de nota; por ejemplo, al padre de su querido amigo Cavalcanti y al gran Farinata de los Uberti, los clasifica entre los herejes epicúreos, es decir, en el número de los que pensaban en gozar de la vida presente, sin acordarse de lo porvenir; y entre los pecadores contra la naturaleza «la querida y bella imágen paterna» de aquel Brunetto Latini, que le habia enseñado «cómo se eterniza el hombre.»

Pero en los actores todos que el Dante introduce en el gran drama de tantas catástrofes, existe un deseo de fama, que les hace olvidar por un instante sus tormentos y la vergüenza de que se divulgue su condenacion, con tal que la memoria de sus hechos se conserve en el mundo: deseo apenas sofocado en aquellos que se entregaron á vicios de una perversidad baja y egoista, en los traidores, espias y otros seres viles. Dante trasladó este deseo al otro mundo, copiándolo del que tenia á la vista, y en el cual, en medio de la barbarie, que aun no estaba extinguida completamente, y de la civilizacion, que todavia no habia renacido del todo, las pasiones conservaban su entero vigor, y obedecian al instinto más bien que al cálculo. Añádase á esto una devocion excesiva; que veia un milagro en cada acontecimiento, premios y castigos inmediatos en toda consecuencia; que asignaba un santo á cada pasion, á cada delito, á cada esperanza; que hacia intervenir á los santos y las apariciones en todo, y multiplicaba los votos como pacto con el cielo para evitar los peligros y hasta para salir airosos de una mala accion. Grandes virtudes, grandes delitos, grandes calamidades son propias de semejantes tiempos, del seno de los cuales surgen aquellos cararteres resueltos de que Dante Alighieri supo apoderarse para trasladarlos de la vida real á su escena sobrehumana, casi sin necesidad de añadirles ni quitarles nada. Sólo en épocas de civilizacion refinada las fisonomias morales se amoldan á un tipo comun, así como en las ciudades los alineamientos exteriores se hermosean y reducen á mayor uniformidad, mientras que en el campo conservan un carácter distinto y determinado.

CAPÍTULO XI

FRANCIA

SAN LUIS.

Esfuerzos en pro de la centralizacion.— Francia distaba aun de haber adquirido la unidad: los provenzales, los normandos, los aquitanos, los habitantes de la Isla formaban otras tantas naciones distintas: además el Loira separaba dos naciones extranjeras, propiamente hablando, conservándose en la parte del Sud leyes y tradiciones romanas, y hácia el Norte el elemento germánico y el derecho sálico. La Armórica, siempre indomable, protestaba contra toda dominacion nacional: las invasiones normandas habian colocado á las puertas de la metrópoli extranjeros emprendedores; los feudos más ricos del reino dependian de la corona de Inglaterra. Sin embargo, ya aquellos varios pueblos empezaban á asociarse bajo el nombre de franceses. En un puesto superior al que ocupaba aquella multitud de feudatarios, de municipios, de porciones de territorio independientes, habia un rey, que tambien era poco mas que un nombre; pero estos dos nombres iban adquiriendo consistencia.

La posicion central del ducado de Francia, y la ley sálica, que aseguraba su trasmision en la misma familia soberana, al paso que la sucesion femenil exponia los grandes feudos á todas las eventualidades de una herencia extranjera, fueron provechosas para la estirpe de los Capetos: sirvióle asimismo de mucho el apoyo que la potestad religiosa prestó á fin de reconstituir un gran poder político, indispensable para los progresos del cristianismo. A últimos del siglo XI aparecen ya señales de esta concentracion; después, la confederacion de los concejos, aliados necesarios del trono, y las cruzadas que movilizaron un poder hasta entonces adherido al suelo, inspiraron á la monarquia pretensiones más osadas; y en el espacio de dos siglos logró reconquistar más de lo que habia perdido desde Carlomagno en adelante.

Siendo aun jóven Felipe Augusto, explicaba su actitud meditabunda, diciendo: «Pienso en la manera de devolver á la Francia el esplendor y la fuerza que tenia en tiempo de Carlomagno (1). Le hemos visto ensanchar los cortos dominios del rey de la Isla de Francia, hasta el punto de sustituir al feudalismo feudal una monarquia igualmente feudal. Los barones asustados trataron de abatirle, y sostenidos los del Norte por el Imperio, y los del Oeste por la Inglaterra, marcharon contra él; pero la victoria de Bovines aseguró la supremacia del trono. La guerra de los albigenses fomentada por Felipe, redundó completamente en su provecho, pues, Monforte puso á su disposicion el Languedoc, de suerte que se vió dueño de todo el Mediodia, donde no habia encontrado un solo puerto amigo para embarcarse al partir á la cruzada. Habiendo humillado á la Inglaterra, su enemigo más terrible, y teniendo por amigo al papa, sin estarle avasallado, creó la capital del reino, fundó la jurisdiccion real, se atrajo el afecto de la mayor parte de la nobleza, emancipando á los hijos segundos de la dependencia de los primogénitos, prodigó inmunidades á los concejos con el objeto de oponerlos á los barones, y hasta sacó ventaja de las felonias de los grandes vasallos para obligarlos á someterse.

Mas no podia decirse que hubiese cosa alguna consolidada; no todas las agregaciones á la corona estaban consagradas por el asentimiento popular; al otro lado del Loira se conservaba cierto

(1) SYLVII GIRARD CAMBRENSIS, en la *Colecc. de historia*, XVIII.

AQUILFS LUCHAIRE, *Hist. de las instituciones monárquicas de Francia en tiempo de los primeros Capetos*, Paris, 1883.

amor á la casa de Anjú y á la dominacion inglesa, el feudalismo impedia se aplicasen á la administracion del Estado y al sistema judicial máximas contrarias á las suyas; los concejos no habian adquirido suficiente vigor para ejercer influencia en el gobierno; las teorias del derecho romano no habian penetrado en la conciencia pública. Aun era mayor la ignorancia en cuanto á distinguir los límites de las diversas potestades, ó las condiciones necesarias al ejercicio de cada una. Se acababa de ver al papa conferir á un príncipe francés el trono de Inglaterra, y poco después esforzarse en recuperarlo para sí; todos los dias se veia á los obispos, prendidos en la red feudal, seguir á la guerra al señor y teñir en sangre enemiga manos destinadas únicamente á la bendicion: en una palabra, todo estaba confuso, como una mistura química donde se prepara el cristal. El carácter de Felipe Augusto, más diestro que leal, más político que piadoso, no le daba tampoco sobre la sociedad bastante poder para obligarla á seguirle por la senda nueva que se habia trazado.

Luis VIII, 1223.—Le sucedió Luis VIII. en el vigor de la edad, pues tenia treinta y seis años. Habia sido su maestro Gil de Paris, célebre profesor de la Universidad, el cual compuso para la educacion de su discípulo, como posteriormente Fenelon para el delfin, un poema en cinco libros (*Carolinus*), inferior sin duda al *Telémaco* en cuanto al arte, pero superior por lo que respecta á la conveniencia del asunto, pues no describió las virtudes de un héroe de los tiempos mitológicos, sino la prudencia, la justicia, el valor y la templanza de Carlomagno. Era, pues, de esperar que el heredero continuaria con buen éxito la obra de su padre, y en efecto, habiendo pretendido Enrique III recuperar aquella parte del territorio francés que habia pertenecido á la Inglaterra, Luis, por toda respuesta, invadió y ocupó las tierras que quedaban todavia en Francia á los ingleses, enmendando así la derrota que habia sufrido en Inglaterra. Tan solo permanecieron en poder de ésta Burdeos y la Gascuña, y Luis no se las hubiera dejado, á no distraerle de su intento la guerra de los albigenses, y á no haber interrumpido su carrera la muerte á los tres años de reinado.

San Luis, 1226.—Su hijo Luis IX tenia apenas diez cuando le sucedió, desempeñando la regencia Blanca de Castilla, su madre, que «teniendo valor de hombre en un corazon de mujer,» llevó á la consagracion de Luis la espada desnuda de Francia con que debia quebrar la de muchos varones. Blanca tuvo en su apoyo á la Iglesia y al conde Tibaldo de Champaña, poeta, guerrero, y segun se decia, amante suyo. Las guerras habian durado ya bastante: el comercio invocaba la paz, el órden, la justicia, la seguridad en los caminos, y esto no podia esperarse sino del afianzamiento de la monarquia derribando los turbulentos feudatarios, autores de los robos y de los trastornos. Los más poderosos entre ellos tuvieron que ceder, ora á las maneras afables, ora á las enérgicas providencias de Blanca, tan intrépida contra la maledicencia insultante de los poetas y de los estudiantes, como contra las ligas de los vasallos, que durante la menor edad del rey pensaban recobrar su independencia. A su cabeza se hallaba Pedro Mauclerc, empeñado en querer gobernar despóticamente su ducado de Bretaña, y en debilitar la monarquia; pero marchó á la cruzada, y el conde de Champaña que se habia hecho poderoso con erigir municipios (2), habiendo llegado á ser rey de Navarra, vendió á la regente las ciudades de Chartres, Blois, Sancerre y Chateaudun (1234).

Blanca, robustecida con estas y otras adquisiciones, hizo conocer á los barones que el rey no era ya su igual; de suerte que cuando Luis empuñó las riendas del Estado (1236), recibió un cetro fortalecido y los consejos de su madre, dictados por una experiencia de diez años. Después de nutrirle con su leche, se consagró á educarle, usando de una religiosa severidad (3), sin admitir más asistencia que la de fray Pacífico, el amigo de san Francisco. Todas las mañanas decia á Luis: *Hijo mio, te amo con estremo, y sin embargo, quisiera verte muerto antes que manchado con un pecado mortal.* A fin de conservarle aquel delicadísimo pudor que le habia inspirado, le casó á los diez y nueve años con Margarita de Provenza, manteniéndole no obstante bajo tal disciplina, que jamás veia á su mujer sin el permiso de su madre.

No figura Luis IX en la historia adornado de ninguna de las cualidades que deslumbran en los héroes. Disfrutando de poca salud, con un exterior modesto, dotado de mas sano juicio que genio, de más perseverancia que osadia, parecia el menos á propósito para dominar una sociedad guerrera y semibárbara, pues su calma era tan constante, que se le hubiera creido desprovisto de pasiones, y se manifestaba siempre afable y franco con los demás sin cuidarse de sí mismo. Todas las noches se levantaba de su lecho de tablas para orar; oia por completo los oficios de la Iglesia y los sermones cuando se lo permitian los negocios; se confesaba una vez á la semana, después leia la Biblia y la explicaba á sus cortesanos, así como las obras de los Santos Padres, discutiendo acerca de las verdades eternas. A los que le reconvenian, diciéndole que desperdiciaba el tiempo, contestaba: *Es seguro que no me reprenderiais si lo perdiese en jugar á los dados.* En la mesa no probaba ninguno de

---

(2) *Communias burgensium et rusticorum facit, in quibus magis confidebat quam in militibus suis.* ALBERIC, página 541.

(3) DE VILLENEUVE, *Historia de S. Luis rey de Francia.* Paris, 1839, 3 tom.

MIGNET, *Instituciones de S. Luis* en las *Mem. de la Academia.*

BEUGNOT, *Ensayo sobre las instituciones de S. Luis.*

WALLON, *San Luis y su tiempo.*

los manjares de su predileccion, ocultando la abstinencia bajo pretexto de salud; se sometia á penitencias que su confesor tuvo que moderar frecuentemente y hacia que le disciplinasen con cadenillas de hierro que llevaba siempre á la cintura en una bolsa, y que regalaba á veces á sus hijos ó á sus amigos. Compró á los venecianos la lanza, la esponja y la corona de espinas de Cristo, que les habian dado los emperadores de Constantinopla, y habiendo salido á recibir las reliquias hasta la distancia de cinco leguas, con la ropa desceñida y descalzo, las depositó solemnemente en su ciudad. Al acercarse el tiempo en que la Iglesia celebra la consumacion del gran misterio del amor y del dolor, recorria en ayunas las calles de la capital con los piés descalzos, por entre el lodo y los guijarros; visitaba los templos, y después, de repartir muchas limosnas á los pobres, que formaban su único acompañamiento, volvia cansado al palacio. Las miradas de los cronistas penetraron hasta el tálamo nupcial, para descubrir allí unidas la ternura del amante y la continencia del cenobita.

Era, en suma, el san Francisco de Asis de los reyes (4); todo amor para los pobres y los enfermos, los servia y cuidaba en persona; extremadamente afecto á los religiosos, consultaba á santo Tomás sobre los negocios del Estado; encerraba todas las virtudes en la idea del deber, todos los deberes en los de cristiano, y no le importaban los sacrificios á trueque de satisfacer su conciencia timorata. Afable en sus modales, trataba á todos de *vos*; le gustaba la conversacion alegre, pero no los discursos libres, la malidecencia, las mentiras, ni aun respecto de sus enemigos, la música, los cantos, ni las farsas. Castigaba á los blasfemos, mandándoles horadar los labios, y decia á su senescal (5) é historiador Joinville: *Si te acontece entrar en disputas teológicas con algun incrédulo no te detengas á discutir, sino sepúltale la espada en el vientre tan adentro y tan fuerte como puedas* (6). Estos excesos prueban que obedecia á los errores y á las pasiones de su época, al mismo tiempo que se apartaba de ellos para someterse á su conciencia y sacrificar el interés al deber. Sincero investigador de la verdad, y (alianza rarísima) grande hombre y moderado, cambió luego aquella pena impuesta á los blasfemos en una multa; recomendaba no matar á los sarracenos prisioneros, y mucho menos á las mujeres y á los niños, esforzándose en convertirlos, logrado lo cual, les hacia muchos regalos y los casaba con cristianos; si alguno de estos le robaba platos ú otras piezas de plata de vajilla, por todo castigo le enviaba á Ultramar. A los judíos no los condenaba sino por usuras, y en este caso los obligaba á la restitucion. Escribia á su hija: *La medida con que debemos amar á Dios, es la de amarle sin medida*; y á su hijo: *Hazte querer del pueblo, porque preferiria que un escocés viniese de Escocia para gobernar bien y lealmente este reino, á que tú lo gobernases mal.*

A esa equidad sacrificaba el engrandecimiento del reino. Proponiéndose como primera cuestion la del bien ó del mal moral más bien que la utilidad y sus consecuencias; no podia poner en duda la justicia con que el Estado habia adquirido las tierras ganadas en la guerra contra los albigenses, ni del derecho del pontífice para ordenar la cruzada, por lo cual, no consiguió disuadirle de ésta ni su misma madre Blanca, á quien era permitido hasta interrumpir sus ósculos conyugales (1248). Pasó, pues, á Egipto, como dentro de un instante narraremos extensamente; pero mientras que en Francia se celebraba el feliz comienzo de aquella

---

(4) Estas dos almas tan semejantes en su índole y en sus inclinaciones, formadas para comprenderse y amarse, jamás se encontraron en la tierra; pero una piadosa tradicion supone que san Luis fué en peregrinacion al sepulcro de su glorioso contemporáneo, y encontró allí al digno sucesor de san Francisco. Habiéndose dirigido san Luis desde Asis al convento de Perusa, donde estaba el bienaventurado Egidio, hízole avisar que un pobre peregrino deseaba hablarle. Una vision interior reveló pronto al fraile que aquel peregrino era nada menos que el santo rey de Francia. Corrió á la puerta, y al verse ambos, aunque era por la vez primera, *se arrodillaron al mismo tiempo con devocion suma, y se abrazaron y besaron tan familiarmente, como si su amistad contase una larga fecha. Sin embargo, no hablaba ni uno ni otro, y se mantenian abrazados en silencio con aquellos signos de caritativo amor. Y después de permanecer así mucho rato sin decir palabra, se separaron uno de otro: san Luis siguió su viaje, y fray Egidio se volvió á su celda.* Pero los demás frailes del convento, habiendo descubierto que aquel era el rey, fueron á quejarse á Egidio: «*¡Oh hermano Egidio! ¿Por qué has sido tan descortés que no le has hablado ni una palabra?—Carísimos hermanos*, respondió, *no os sorprendais de esto, porque no podia decirle una palabra ni él á mí, en atencion á que en el momento mismo en que estábamos abrazados, la luz de la sabiduria divina me reveló y manifestó su corazon como á él el mio, y contemplándonos así en nuestros corazones por obra divina, conocíamos mejor lo que yo le queria decir y él á mí, que si hubiéramos hablado con los labios: y esperimentábamos mayor satisfaccion que si hubiéramos querido explicar con la voz lo que en el corazon sentíamos, por el defecto de la lengua humana que no puede expresar claramente los misteriosos arcanos de Dios.*» Fioretti di San Francesco, c. 34.

(5) El empleo de gran senescal fué luego hereditario en los condes de Anjú. El gran senescal, antes de servir á la mesa al rey de Francia, se sentaba enfrente de él en un sillon, y cuando concluia el servicio, era conducido á su casa en un palafren, que regalaba al cocinero real; en seguida le llevaban monedas de oro, que distribuia á los leprosos. Cuando se dirigia al ejército, el rey debia hacerle preparar una lujosa tienda, capaz de contener á cien personas; á él pertenecia el mando de la vanguardia en las marchas, y el de la retaguardia en las retiradas, y el rey no podia reprenderle por errores ni reveses.

(6) «Cuando el seglar oye hablar mal de la fe cristiana, debe defenderla no solamente con palabras, sino tambien con una buena espada cortante, y dar con ella á los blasfemos é incrédulos estocadas tan hondas como pueda.»

expedicion, se supo de repente que habia sido derrotado y hecho prisionero (1250). Causó esto una desolacion general, como si los enemigos hubiesen invadido el reino; se suspendieron los espectáculos, las reuniones estrepitosas quedaron prohibidas, y entre tanto Luis sobrellevaba su desgracia de modo que parecia elevarse más y obtener por su medio el predominio moral que á otros daba la victoria (1254). Volvió de su cautiverio todavia mejor de lo que era antes, pues habia vtsto nuevas costumbres, meditando los consejos del infortunio sobre lo que podia contribuir al bien de los pueblós y conocido los Asises de Jerusalen. Continuó imponiéndose penitencias, cual si Dios hubiese enviado aquella derrota para castigarle de sus culpas, y trató de remediar éstas con las buenas obras é introduciendo útiles reformas en la administracion de justicia.

Su larga permanencia en Palestina y los martirios que habia sufrido heróicamente, le presentaban como tipo de las virtudes propias de todo cristiano y de buen rey, y hacian ver en él, no al soberano feudal, jefe de hombres ligios, sino al príncipe segun el corazon de Dios, al ungido del Señor que el ángel protegia gritando: *Ninguno le toque.* De consiguiente, hubiera parecido impiedad resistirle, por lo cual se encontró bastante fuerte para empezar las grandes reformas que sustituyesen la jurisprudencia romana á la feudal, el poder político de los legistas al de los barones, la equidad al derecho.

Su ternura por los pobres y el profundo respeto con que miraba la desgracia y la vida de los hombres, no impedian que fuese sumamente activo en todo lo concerniente á la inteligencia, á la guerra, á la política, ni amortiguaban su inclinacion al progreso, ni la necesidad que sentia de reformar los abusos, y dar impulso al bien. Habiendo arribado á Hières, cuando volvia de Tierra Santa, salió á recibirle un fraile (10 de julio), el cual le predicó acerca de los deberes de los reyes para con los súbditos, añadiendo, que jamás habia leido en los libros de los cristianos ni de los infieles, que un reino se trastornase sino por falta de justicia. Así pues, con objeto de que ésta no faltase nunca en Francia, Luis reunió un parlamento, donde la regularizó; recorrió en persona el reino para oir las quejas de cada cual; quiso que los predicadores anunciasen á todo el pueblo sus intenciones, y envió por todas partes sacerdotes y monges que averiguasen en secreto si los jueces que habia nombrado eran dignos de su confianza. En Hières mismo, el abad de Cluni le regaló dos magníficos potros, y obtuvo de él una larga audiencia. «Cuando hubo partido el abad (refiere Joinville) dije al rey: *¿No es verdad, señor, que el regalo del buen padre ha contribuido más ó menos á que lo oyéseis con benevolencia?* Después de haber recapacitado un poco, contestó el rey. *En verdad que sí.* Entonces repuse: *¿Sabeis, señor, por qué os he hecho esta pregunta?* Y él dijo: *¿Por qué?—Porque os aconsejo que prohibais á vuestros consejeros ó jurados aceptar nada de cualquiera que tenga que comparecer ante ellos, pues estad seguro de que, si reciben, oirán con más voluntad y diligencia á los que les hayan hecho regalos, como os ha acontecido á vos con el abad de Cluni.*» Luis, aprovechándose de la advertencia, prohibió á su consejo admitir regalos; únicamente los bailios y otros jueces podian recibir alguno para su mesa, con tal que no excediesen de siete sueldos parisies por semana.

«Cuando el rey estaba de buen humor, (continúa Joinville) me decia: *Senescal, ¿por qué vale más ser hombre de bien que santurron?* Aquí empezaba la discusion entre maese Roberto (de Sorbona) y yo, y cuando habíamos disputado largo rato, el rey pronunciaba su sentencia diciendo: *Maese Roberto, yo quisiera tener el nombre de hombre de bien, y serlo efectivamente, y os dejaria todo lo demás, porque hombre de bien es una cosa tan grande y excelente, que se llena la boca con solo nombrarla.*» Vése, pues, que la piedad no debilitaba á Luis; antes bien le purificaba, y contribuyó no poco á extender la jurisdiccion real, pues cuando pronunciaba en interés de la justicia lo que sus consejeros le sugerian como conveniente para el acrecentamiento de la autoridad soberana, parecia que Dios hablaba por boca de del buen rey.

Centralizacion de la justicia.—De los paises de Francia, unos se hallaban sometidos inmediatamente al dominio del rey, que ejercia en ellos una accion directa, y otros no eran más que sus vasallos, con una dependencia mal determinada. Las cancillerias de aquella época ignoraban tanto como los eruditos actuales, qué diferencia habia entre el homenaje ligio y el simple, cuáles eran los deberes del señor y del valvasor que de él dependia, en qué proporcion participaban los grandes barones del poder legislativo y judicial ejercido por el soberano sentado en su solio, y de dónde provenia la distincion entre los pares y los demás vasallos inmediatos á la corona. Esta incertidumbre ofreció á los reyes ocasion para aumentar su autoridad. No podian modificar la organizacion feudal de los grandes feudos no reunidos á la corona, sino con el ejemplo de las mejoras aplicadas en sus dominios; éstos se habian ensanchado extraordinariamente. Blanca, durante la regencia, habia hecho muchas é importantes adquisiciones; tambien las hizo Luis, sea heredando al Mediodia de los vencidos enemigos de la Iglesia, sea comprando sus propiedades á los barones que habian muerto ó que se habian arruinado en la cruzada.

En tales provincias ejercian la autoridad real bailíos, prebostes y otros funcionarios subalternos, que hacian las veces de magistrados fiscales, recaudando los impuestos, el censo que debian los valvasores á proporcion de sus rentas, y los subsidios exigidos por el derecho consuetudinario feudal. Al mismo tiempo eran procuradores del rey en los concejos, que disfrutaban de cartas ó privilegios garantidos por la corona, de suerte que

concentraban en su mano la poca autoridad administrativa que dejaban libres los señores ó las ciudades. Además los bailíos presidian la administracion de justicia en nombre del rey, y Luis los llamó al parlamento con objeto de que ilustrasen la multitud de negocios que eran llevados allí en apelacion.

Los bailíos, fundados en precedentes dudosos, declararon reservados á la justicia directa del rey cierto número de casos privilegiados, y los barones, ó por no comprender las consecuencias de esta declaracion, ó porque se alegrasen de verse libres de las dificultades, no se opusieron á ella. Los casos reales abrazaron al fin todos los negocios personales y aquellos en que el señor podia tener interés inmediato, de modo que no quedaron á los barones más que las causas puramente territoriales. Al poco tiempo la corona las atrajo á sí todas, tanto que las cédulas expedidas por Luis X el 1.° de setiembre de 1315, definen los casos reales diciendo que son «todas las causas, que por derecho ó por uso pertenecen únicamente al soberano.» Vése aqui la excepcion convertida en regla.

San Luis hizo aun más, pues quitó toda autoridad á las decisiones señoriales con introducir la apelacion ante su tribunal, y excitar á los vasallos inferiores á impugnar el juicio de su señor, y apelar de él al rey. La codicia de las grandes multas, establecidas á favor de los barones en caso de repulsa, impidió quizá que éstos se opusiesen, y así la jurisdiccion quedó constituida regularmente.

Segun las ideas feudales, los tribunales eran más bien un arbitraje que una magistratura, y siempre que se encontraban frente á frente dos alegatos considerados de igual peso, ó emanados de personas iguales en jerarquia, aquellos tribunales no podian decidir: acudir al *juicio de Dios* se hacia necesario por la mezquina idea que se tenia entonces del derecho y del poder de la ley. Sin provocar una lucha con los barones, no hubiera sido posible arrancar de raiz una institucion legal como el desafio judicial; en su consecuencia Luis empezó por prohibirlo en sus dominios, notificando al querellante, que podria emplear todas las pruebas que estaban en uso en los tribunales seglares, á excepcion de ésta; y al adversario, que podria desmentir á los testigos, pero no desafiarlos. Aceptadas las precedentes condiciones, el proceso continuaba como de costumbre, hasta el punto en que antes era intimada la batalla; entonces se introducian los testigos. De este modo se sustituyó la jurisdiccion real á la fuerza individual, y los jueces decidieron las cuestiones que anteriormente zanjaba la espada. El ejemplo y el crédito extendieron á otros puntos esta nueva forma, y muchos abolieron la prueba del duelo; pues Luis debilitaba el feudalismo, no con la intencion de destruirlo, sino con la de eliminar de él lo que contenia no cristiano.

Aumentaron con esto las ocupaciones de los tribunales, y era preciso tener un abogado que representase y defendiese. Antes sólo el litigante podia desmentir y pedir el combate; despues de verificada la reforma, ignorando los particulares el procedimiento que debia seguirse en muchos negocios, los procuradores, de temporeros que eran, se convirtieron en permanentes, y la abogacia llegó á ser un oficio.

Superior á los bailíos reales, que habian juzgado hasta entonces sin apelacion, instituyó Luis un tribunal supremo de prelados y barones, presidido por el rey, al cual se pudiese acudir en queja de las sentencias de aquellos. La competencia de este tribunal no se extendia más que á los dominios de la corona; pero los barones, sin calcular las consecuencias, permitieron que se llevase tambien á él la apelacion de los fallos pronunciados por sus jueces, considerando especialmente la suma equidad del rey. Remitidas de este modo al monarca todas las decisiones, se fundieron en él las pequeñas soberanias; además, las apelaciones no se dirigian contra los litigantes, sino contra los jueces, pues debiendo éstos ser protectores de las partes, si habian faltado á su obligacion, sufrian la pena pagando las costas del proceso en un tribunal superior.

Al sujetar las afirmaciones individuales á la revision de un poder de mayor categoria, Luis habia modificado hondamente el carácter de la justicia, y preparado el camino á un ministerio público. Los bailíos, en clase de procuradores de la corona, ejercian una verdadera mision pública, persiguiendo de oficio algunos delitos, sin más interés que el comun de la sociedad, como cuando impedian que el homicidio voluntario se arreglase con dinero. Así, pues, frente á frente de la justicia feudal surgia otra que fué extendiéndose de dia en dia, por no hallarse bien determinados los casos que se reservaban al rey y aumentarse éstos con la introduccion del derecho romano. Los magistrados, tanto en virtud de su oficio, cuanto por la admiracion que profesaban á las leyes romanas y canónicas, destruyeron en todas partes las instituciones del feudalismo, hasta el punto de tener Luis que recomendarles la moderacion, á fin de que el demasiado ímpetu no perjudicase al buen éxito.

El derecho de vengar cada cual sus injurias produjo el de las guerras particulares, tan comunes que se llamaron consuetudinarias. La apelacion al tribunal del rey no era posible sino después de abolido el duelo judicial. Por eso lo atacó Luis para introducir en cambio el juicio contradictorio. Sustituir reglas inflexibles al derecho de contener el propio honor á mano armada, equivalia á poner la supremacia de la sociedad y de la ley, en vez de la costumbre que miraba la justicia como reparacion tan sólo de daños privados.

Luis por medio de la *cuarentena del rey* prohibió, bajo pena de la vida, á los deudos de las partes, acudir en su auxilio á mano armada, sin que hubiesen trascurrido cuarenta dias desde la injuria.

En este intérvalo el furor se evapora, y podia invocarse la proteccion y el juicio del jefe supremo: estaban, pues, prevenidas casi todas las contiendas de señor á señor y de familia á familia.

Aseguró á estos magistrados la opinion de integridad haciéndoles jurar en *plena asisa* que administrarian justicia recta á todos, que no admitirian regalos ni los harian á los individuos del consejo del rey, prohibiéndoles adquirir propiedades en la jurisdiccion que presidian, como igualmente contraer deudas ó relaciones de parentesco, y obligándoles á permanecer allí cuarenta dias después de exonerados, para responder á toda queja que se suscitase contra ellos. A fin de impedir la venalidad dominante, recorrian las provincias comisarios encargados de averiguar si se habia faltado á la justicia. Aumentaba el crédito de los funcionarios el ver á menudo al mismo rey sentarse en medio de ellos, y después de la misa, entrar en el bosque de Vincennes, donde oia, apoyado en una encina y rodeado de los cortesanos, á todo el que tenia que exponerle algo, ó que pedirle justicia. «Los que no eran vasallos suyos (dice Joinville) le amaban tanto, á causa del gran trabajo que se tomaba para ponerles de acuerdo, que acudian ante él á esponer sus desavenencias.»

A menudo iba á sentarse en el banco en que el preboste de Paris hacia justicia y no se levantaba sin oir la sentencia. Comparecia tambien de improviso á presenciar los procesos para conocer su rectitud ó acelerar su fallo.

Para que la justicia se administrase con uniformidad, publicó Luis los *Establecimientos de Francia*, ordenados y confirmados en pleno parlamento por los barones y doctores en jurisprudencia (7). No es solo un código penal, sino un cuerpo de derecho vivil, distribuido en doscientos dos capítulos, que siguen al hombre en todas las circunstancias de la vida. El bautismo, la bendicion nupcial, las exequias atestiguaban el estado civil, haciendo veces de registro los testimonios; ante la Iglesia se constituian los dotes y se abrian los testamentos. El noble permanecia hasta los veinte y un años bajo la tutela del *señor*, este intervenia tambien en el matrimonio de las doncellas y viudas nobles, debiendo ser de su agrado el esposo, que se convertia en vasallo suyo. Los plebeyos no estaban obligados á prestar homenaje ni servicios al rey, ni tampoco quedaban bajo su tutela, sino bajo la del pariente más próximo, hasta hallarse en edad de elegir por sí al tutor, emancipándose de ésta á los quince años, con tal de no tener ningun feudo que servir. El noble debia dejar dos terceras partes del patrimonio á su primogénito, pero de los bienes que hubiese adquirido podia disponer á su antojo. Al casar á un hijo ó al armarle caballero, estaba obligado á cederle la tercera parte de su tierra. Al vasallo no le era permitido instituir legados en favor de la Iglesia, ni á ésta aceptarlos, sin el consentimiento de los señores: disposicion que dejaba al arbitrio del rey limitar las posesiones eclesiásticas.

Las penas, ora aflictivas, ora pecuniarias, se resentian de la rudeza de los tiempos. El hurto se castigaba la primera vez con la pérdida de una oreja, la segunda con la de un pié, la tercera con la horca, como el robo y el asesinato, y lo mismo el hurto doméstico, reputado por una traicion, el robo de un caballo ó de una acémila, la complicidad en estos delitos, el quebrantamiento de la cárcel, la acusacion calumniosa de un crimen capital y la posesion de un animal que matase á alguien á consecuencia de un vicio conocido de su amo. Se sacaban los ojos al que robaba en una iglesia ó fabricaba moneda falsa; perdia la mano el que pegaba á su señor sin haber recibido ningun golpe. En los casos de rapiñas, invasiones, asesinatos en los caminos públicos, el reo era ahorcado y arrrastrado, y sus bienes muebles pertenecian al baron, que podia quemar su casa, secar sus prados y arrancar sus árboles y viñas. La infanticida era entregada á la Iglesia para que le impusiese penas canónicas, y si reincidia, se le condenaba al fuego. El noble que abusaba de una doncella confiada á su honor, perdia el escudo, y si la habia violentado, se le ahorcaba. La hija núbil que se deshonrase no podia heredar á sus padres; el vasallo que corrompia á la mujer ó á la hija de su señor era privado del feudo, y el señor que obraba de la misma manera con su vasallo, perdia la soberania. El hereje era entregado á las llamas.

Se castigaban con multas las injurias, los insultos, la queja injusta ó la apelacion mal fundada; á los usureros se les imponia la confiscacion de bienes. Se reprimió la vagancia, á fin de prevenir los delitos, y todo el que no tenia vivienda fija ni oficio, era expulsado, si no justificaba algun medio de existencia. Castigando á los jugadores, se impidió la ociosidad y la ruina de muchas familias.

Cometido un delito, se arrestaba al acusado; si la culpa era leve, se le ponia en libertad bajo fianza, y si grave, se le encerraba en la carcel. La acusacion correspondia al ofendido, no formándose causa por el delito que no era denunciado. El acusador no servia para testigo; comunicábanse los cargos al acusado, que podia hacer consultas y defenderse sin restriccion; cuando las pruebas favorables se equilibraban, era absuelto. El crímen se prescribia á los diez años, la injuria al año, y la contravencion en el término de un mes.

Para reducir el derecho á hecho, era preciso reformar tambien á los jueces, y Luis los convirtió en verdaderos magistrados, haciéndoles incorruptibles con el ejemplo y la severidad.

Se mostró firme en reprimir las violencias de

(7) *Par grand conseil de sages hommes et de bons clercs.* Algunos niegan que Luis promulgase realmente este código. Véase á KLIMRATH, *Mem. sobre los monumentos inéditos de la historia del derecho de los franceses en la Edad Media.*

los vasallos contra los súbditos. El conde de Anjú, su hermano, pronunció una sentencia injusta, y como el ofendido reclamase, le puso preso; pero en cuanto llegó el hecho á noticia del rey, reprendió á su hermano, é hizo devolver al noble la libertad y el castillo, objeto de la disputa. Habiendo dado muerte Enguerrando de Coucy á tres flamencos que habian matado liebres en sus tierras, Luis le citó ante los juuces ordinarios: sus parientes, personajes todos de consideracion, pidieron en vano la prueba del duelo ó á lo menos que se les permitiera sentarse entre sus jueces, y no viendo entonces otro medio de salvacion para él, se arrojaron á los piés del monarca, que concedió la vida al acusado, con tal que fundase tres capillas con misas perpétuas para sus víctimas, que perdiese el derecho de vida y muerte y el de caza, que sirviese tres años en Tierra Santa y pagase doce mil quinientas libras (247,000 pesetas) de multa, destinadas por el rey á obras pias.

En aquella legislacion se nota la falta de ideas generales y de grandes miras, al mismo tiempo que los errores y las pasiones de la época, necesitándose fuerzas más que humanas para resistir á su influjo; pero revelan al hombre sensato y libre, que ve el bien y lo desea, que lleva el remedio donde estima necesario, que respeta el derecho; pero que si detrás de éste divisa el mal, no deja de combatirlo. Oponia á las fanfarronadas de la espada la autoridad de la justicia escrita, citando á cada paso la legislacion de Justiniano, autoridad á que las personas instruidas en el derecho no hubieran osado oponerse, al mismo tiempo que los barones y el pueblo respetaban todo lo que procedia de un rey santo.

Así organizaba sus Estados; en los de los demás trataba tambien de introducir algun órden. El baron tenia plena justicia en sus tierras, y respecto de sus hombres; pero no tocante á los hombres del rey, á no cogerlos infraganti. No le era permitido conducir sus tropas á un sitio desde el cual no se pudiese volver por la tarde; pero así él como todos los vasallos del rey, estaban obligados á acudir al llamamiento de éste y á servirle durante sesenta dias y sesenta noches, á su costa y a la del monarca, si excedia de este número. Tampoco olvidó los concejos; antes bien facilitó las emancipaciones, y otorgó muchas cartas; quiso que todos los cónsules, jurados y escabinos de Francia fuesen nombrados por los ciudadanos, y que el dia de San Martin se dirigiesen á Paris á dar cuenta al rey de los ingresos y de los gastos. La autoridad real contaba con el apoyo de los concejos, á los cuales convenia reconocer su inviolabilidad para resistir el feudalismo. Con tal de adquirir la libertad civil se pensaba poco en los futuros peligros de la libertad política, y el único objeto de los juristas populares era conceder por entero al monarca la autoridad que el pueblo romano habia depositado en manos de los césares.

La moneda sirvió tambien de fundamento al poder real. Mientras que antes la acuñahan ochenta casas de moneda, dándole forma y valor muy diferentes, ahora Luis determinó las que deberian tener curso, y su valor con relacion á la libra tornesa; hizo acuñar además parisies de plata y grandes tornesas, cuyo sello eran las cadenas que él habia llevado en Egipto.

Y siempre se dedicó á sustituir la exactitud de la ley escrita al vago derecho consuetudinario, y á reducir á un centro comun los intereses y las esperanzas; aplicando estas ideas tanto al feudalismo, cuya caida se apresuraba, como al estado llano, cuya aurora comenzaba á brillar. Refrenó la omnipotencia de ciertas corporaciones; determinó las condiciones necesarias para trasmitir los empleos; no siéndole posible abolir su venalidad, fijó los privilegios de las sociedades comerciales y de las cofradias de artes y oficios, mandó á Estéban de Boileau reunir los estatutos de todas las maestranzas en el *Libro de los oficios*, uno de los monumentos más preciosos del derecho administrativo de Francia; regularizó, mediante dos decretos, las formas de las administraciones locales, y la participacion del monarca en el nombramiento de los agentes municipales, que él escogia de un número cuatro veces mayor de candidatos elegidos por los vecinos más notables.

Parlamento.—Los efectos de tan importantes innovaciones debian sentirse en las costumbres. Cuando en vez de combatir, se oia aducir razones en los juicios, ventilar el hecho y citar á los jurisconsultos, la violencia empezó á caer en descrédito. Creció el crédito de los legistas como únicos intérpretes del derecho escrito y de los procuradores obligatorios ó abogados en los tribunales. Luis eligió para consultar y para los cargos de síndicos y bailíos, á personas estudiosas, que bajo tal concepto tuvieron entrada en su tribunal.

Ese tribunal desde la conquista se componia de los muchos vasallos del soberano que decidian en union suya de todo lo concerniente á su confederacion militar. A la conclusion de la segunda dinastia y principio de la tercera, el número de sus individuos se disminuyó por motivos no muy claros. Cuando bajo Hugo Capeto, el duque de Francia y el rey llegaron á formar una sola cosa, los grandes vasallos de la corona y los vasallos inmediatos del ducado de Francia se sentaron juntos y como iguales en el tribunal real, de suerte que se vió á simples caballeros de las orillas del Sena ó del Marne participar de las prerogativas soberanas con el duque de Aquitania ó con el conde de Flandes. Estos grandes barones, á veces más poderosos que el monarca, y á menudo en guerra con él, descuidaron el ejercicio de una prerogativa incompatible con el estado de hostilidad, por cuya razon el tribunal se halló compuesto únicamente de señores de segundo órden y de obispos dependientes del rey, á los cuales se acos-

tumbró después unir los grandes empleados de la corte (8).

En tiempo de Luis IX el parlamento sufrió nueva modificacion, pues, segun acabamos de ver, el monarca admitió en su seno bailíos ancianos, síndicos reales jubilados, hombres probos, juristas y canonistas. Habiendo sido introducidos como relatores de los negocios sometidos á la deliberacion de los barones de concierto con la corona, obtuvieron allí puesto. Su erudicion superior alejaba de ellos á los señores, que oyendo en boca de los doctos y los clérigos un lenguaje tan desusado en los tribunales soberanos, se disgustaron de estos y no volvieron á presentarse en sus sesiones; en tal virtud el parlamento tomó un carácter judicial más bien que político, y la multitud de apelaciones llevadas ante él lo redujeron á un verdadero tribunal que bien pronto llegó á ser permanente, deponiendo toda índole diplomática y legislativa.

Como toda resistencia sucumbia ante el prestigio de las virtudes de san Luis, los jurisconsultos, inspirados por las tradiciones romanas, proclamaron la omnipotencia del rey, y de este modo la magistratura consolidó el trono destruyendo el régimen feudal; los campos de Marte cedieron el puesto á los parlamentos; á un lado quedó la facultad legislativa, al otro la judicial, y no hubo más poder soberano que el del rey. Así empezó Luis la obra de la unidad monárquica, continuada con más fuerza y menos virtud por Felipe el Hermoso, y luego por sus sucesores.

Si aquel ingerto de la jurisprudencia imperial esparció semillas de despotismo en las leyes y en las costumbres francesas, entonces produjo la igualdad civil y la snmision á un derecho comun.

Pragmática-sancion.—Parece extraño oir que el rey, no solo más santo, sino más devoto de la Edad Media, se pusiese en contradiccion con la Sanía Sede, que habia sido instrumento ó eje de toda su política; pero el que examine á fondo este punto, verá que Luis no se puso en contradiccion consigo mismo, y si quiso consolidar el poder real sobre el clero, fué por interés de toda la cristiandad y no por rivalidades nacionales.

La direccion suprema de la Iglesia correspondia en la Edad Media á la autoridad pontificia, y de consiguiente la mision de llamar á los pueblos cristianos á defender la fe amenazada, y mantener la union con tal objeto. Además, se le habia concedido el derecho (justo ó no justo, pero que nadie le disputaba) de disponer de las coronas. Siempre que los papas relevaban á los súbditos del juramento de fidelidad, alegaban para ello intereses religiosos; sin embargo, estos dos derechos permanecieron muy distintos entre sí, y cuando los papas sostenian la integridad del matrimonio ó excitaban los ánimos contra los musulmanes ó contra los herejes, ejercian sin duda diferente oficio que cuando pretendian reducir la Inglaterra á feudo de la sede romana.

Aunque causen asombro las teorias altaneras de Gregorio VII y la aplicacion que hizo de ellas Inocencio III, la verdad es que en el derecho, en las convicciones y en las conciencias, los pontifices tenian una superioridad intelectual y moral indisputable respecto de la mayor parte de los príncipes de aquella época.

Europa debia, pues, ser una confederacion de repúblicas feudales, pequeñas, gerárquicamente dispuestas, entregadas á insignificantes guerras, sin el poder de conquista y civilizacion que emana de la unidad, dependiente de un jefe electivo, de un sacerdote, que desde Italia, como Roma en otro tiempo, enviase no sólo los dogmas de la fe, sino tambien las leyes civiles y políticas, al Ebro y al Tanais, al Twed y al Narenta. Si aquella grande idea, digna de las sociedades antiguas, se hubiese realizado, ¿qué peligros no hubieran resultado para el sacerdocio? Pero el carro triunfal de Inocencio III se rompió ante un rey cruzado, un santo. Dios concedió á sus manos puras lo que habia negado á la violencia, esto es, el cuidado de separar perfectamente la potestad temporal de la religion, conservando á entrambos su independencia, y preservando de este modo á la religion del peligro que causaba á la disciplina y al dogma la alianza demasiado estrecha de los intereses del mundo con la fe, y la identificacion de los dos poderes, uno de los cuales regula los intereses de la tierra y el otro abre las puertas del cielo.

San Luis, cuya vista alcanzaba más, hace seis siglos que la de algunos en el progreso actual de la historia y del derecho, no se prestó á secundar los proyectos políticos de la sede pontificia, si le parecian inspirados por el interés ó la pasion; rehusó la corona imperial ofrecida á su hermano Roberto por Gregorio IX; trató de conciliar á Inocencio IV con Federico II, y de impedir la excomunion de éste, y ni aun después de pronunciada, quiso empuñar las armas contra un príncipe, del cual decia, sin embargo, *que habia usado de los dones de Dios para hacer la guerra á Dios;* rechazó la oferta del trono de Sicilia que Urbano hizo á su hermano Cárlos de Anjú, tanto, que los güelfos de Italia se declararon en contra suya, y con la exageracion propia de los partidos mostraron alegria al saber que habia caido prisionero.

En la misma proporcion que aborrecia estas guerras de la tiara con la espada, en que la pasion perjudicaba al derecho, y en que por una parte habia poca fe, y por otra poca caridad, mostróse inclinado Luis á extender los derechos de los papas respecto de la disciplina eclesiástica, y á

(8) Los doce pares eran: el arzobispo de Reims y los obispos de Laon y de Langres, como duques; los obispos de Beauvais y de Noyon, como condes palatinos; el obispo de Chalons, como conde; los duques de Normandia, Guyena y Borgoña; los condes de Flandes, de Champaña y de Tolosa.

seguir sus impulsos en todo lo que concernia á los intereses generales de la comunion católica.

Ya en 1235 el rey, conviniéndose con los barones á fin de oponerse al abuso que se hacia de las armas espirituales por intereses temporales, habia publicado artículos que daban á la potestad civil los medios de resistir á los entredichos lanzados por los obispos, inducidos de causas no canónicas. Gregorio IX los aprobó: después Inocencio IV dispensó de la jurisdiccion ordinaria, y reservó á la especial del pontífice las personas del rey de Francia, de la reina y del heredero presuntivo; a instancia del monarca reformó muchos abusos que se habian introducido en la Iglesia francesa, sobre todo la exuberancia en el derecho de asilo y en las inmunidades de fuero. Urbano IV le hizo otras concesiones, y mayores aun Clemente IV, hasta el punto de colocar á la corona de Francia en completa independencia del clero nacional (9).

El que fije su atencion en estas concesiones y en la continua intimidad de san Luis con los papas, difícilmente creerá que haya podido emanar de él la famosa pragmática. Esta consta de los seis artículos siguientes:

1.° Las iglesias de nuestro reino, los prelados, patronos y coladores ordinarios de los beneficios gozarán plenamente de su derecho, y á cada una se le mantendrá en su jurisdiccion.

2.° Las iglesias catedrales y las demás de nuestro reino tendrán la libertad de eleccion y gozarán de ella por completo.

3.° Queremos y ordenamos que la simonia, peste pecaminosa que contamina la Iglesia, sea desterrada enteramente de nuestro reino.

4.° Tambien queremos y ordenamos que las promociones, colaciones, provisiones y disposiciones de prelaturas, dignidades y otros beneficios cualesquiera ú oficios eclesiásticos de nuestro reino, se hagan conforme á la disposicion, ordenacion y determinacion del derecho comun de los santos concilios y de los antiguos Padres.

5.° De ningun modo permitiremos que se extraigan ó recojan las contribuciones pecuniarias ni las cargas en extremo gravosas que la Iglesia romana ha impuesto y pueda imponer á la iglesia de Francia, y en virtud de las cuales se ha empobrecido nuestro reino de una manera lastimosa; salvo alguna causa justa, piadosa y urgentísima, ó una necesidad inevitable, y que se verifique con libre y expreso asentimiento de nos y de la Iglesia.

6.° Finalmente, renovamos y aprobamos las libertades, franquicias, inmunidades, derechos y privilegios concedidos sucesivamente por los reyes, nuestros predecesores, y por nos, á las iglesias, monasterios y demás lugares piadosos, como tambien á las personas eclesiásticas.

---

(9) Bulas del 13 de Marzo y 1 y 4 de Mayo de 1263, 20 y 29 de Abril de 1265.

Muchos niegan que la Santa Pragmática (título híbrido) pertenezca á san Luis.

Esta pragmática se consigna al año 1268; pero ningun escritor de aquel tiempo habla de ella; razon por la cual muchos la han impugnado posteriormente, máxime los modernos.

Habiendo oido Luis que un emir de Siria reunia libros, quiso imitarle, y mandando copiar cuantos manuscritos se encontraban en los monasterios, los depositó cerca de la sacra Capilla, bajo la custodia de Vicente de Beauvais. Se complacia tambien en hacer acopio de relaciones, y los caballeros de su ejército visitaban los alrededores para instruirse en las costumbres, fuerzas y gobierno de los pueblos extranjeros, é ir luego á contarle lo que habian visto; buscaba las rarezas nacionales, y sobre todo las diferentes clases de caza, y al paso que adornó los jardines con el ranúnculo, trajo de su cautiverio una casta preciosa de perros de caza. Pero cuando un embajador le pidió que le permitiera ver sus lebreles, le condujo á un refectorio lleno de pobres, diciéndole: *Estos son los perros que yo crio, y con los cuales espero ganar la vida eterna.*

Dícese que fundó el hospital de los *Quinzeveintes* (1251) para trescientos cruzados que volvieron ciegos de la expedicion. Trajo de Palestina los primeros carmelitas, y estableció otras varias órdenes en su ciudad; en el monasterio de las Hijas de Dios colocó doncellas y mujeres cuya honestidad corria riesgo. Tambien se introdujeron entonces otros institutos insignes ó piadosos, y Roberto de Sorbon, capellan del rey, contribuyó activamente á la fundacion del colegio que conserva su nombre, y que es el más antiguo de teologia (1252): los doctores que enseñaban en él se llamaban al principio los *pobres maestros*.

Luis lavaba los piés á menudo á los mendigos, prefiriendo á los ciegos, á fin de que no le conociesen. Preguntó un dia á Joinville: «¿No lavais nunca los piés á los pobres el Jueves Santo? ¡Qué señor! respondió aquel, ¡Dios me libre! Jamás lavaré los piés de esos miserables.—¿De veras? repuso Luis; pues no está bien que digais eso. ¿Por qué manifestar repugnancia de hacer lo que Dios ejecutó para darnos ejemplo? Por amor de Dios y mio, acostumbraos á ello, os lo suplico. ¿Hareis con disgusto lo que hace mi primo el rey de Inglaterra, que lava los piés á los leprosos y se los besa?»

Otras veces, tratando de comunicar el alma del senescal la conviccion de que él se hallaba poseido, le decia: «Es preciso creer los artículos de fé tan firmemente, que se esté pronto á sostenerlos con palabras y con hechos, á costa de desgracias y de muertes; debe creerse tambien lo que no se sabe más que de oidas. ¿Cómo se llamaba vuestro padre?—Simon.—¿Y cómo lo sabeis?—Creo estar seguro de ello, y mi madre me lo ha atestiguado siempre.—Con la misma firmeza deberíais creer los actos de los apóstoles y lo que se contiene en el *Credo*. Así hacia el noble conde Simon de Monforte. Los del Languedoc, durante la

guerra de los albigenses, fueron á llamarle para ver el cuerpo de nuestro Señor convertido en carne y sangre en manos del sacerdote, y el guerrero respondió: *Id vosotros, ya que dudais; en cuanto á mí, creo firmemente en ese misterio, pues creyendo así, espero merecer una corona en el paraiso, más que los ángeles, que ven á Dios cara á cara, y por lo mismo es fuerza que crean.*»

Otra vez, después de haber comido (continúa el senescal), estaba el rey con Joinville y dos capellanes, y tenia en la mano un manuscrito: «Senescal, dijo, no me atrevo á hablaros de las cosas de Dios por lo sutil que sois; en tal virtud he hecho llamar á estos dos religiosos; pues quiero preguntaros en su presencia quién es Dios.—Señor, es una cosa tan buena, que mejor no puede existir. —En verdad, senescal, que habeis contestado perfectamente: porque esa respuesta está escrita en el libro que tengo en la mano. Contestadme ahora á esta pregunta: ¿Qué quisiérais más, ser leproso, ó haber cometido un pecado mortal?—¿Yo leproso? prefiero treinta pecados mortales.» El rey no contestó nada en aquel momento; pero al dia siguiente, habiendo llamado al senescal, y héchole repetir lo que habia respondido el dia anterior, dijo: «Hablásteis como un tonto, porque no existe lepra comparable á estar en pecado mortal. ¿No se cura la lepra del cuerpo con la muerte? Y cuando el pecador deja esta vida, ¿está seguro de que su arrepentimiento haya sido tal, que merezca que Dios le perdone?» Despues, mirándole afectuosamente, continuó: «Os ruego encarecidamente que cambieis de modo de pensar, y prefirais cualquier daño del cuerpo á un pecado mortal que manche vuestra alma. ¿Quereis ser honrado en este siglo y obtener luego el paraiso? —Sí, lo quisiera.—Guardaos, pues, de decir ni hacer cosas villanas que no podais confesar, y que si el mundo las supiese, os avergonzariais de decir: *he obrado y hablado de esta manera.* Además, es necesario rogar á menudo á los santos, que son con respecto á Dios lo que los oficiales de la corona con respecto al monarca. Tambien es menester interesarse siempre por las víctimas de los poderosos. En cuanto á mí, aseguro que me excitan mucha compasion los pobres heridos, porque nadie hace caso de los muertos y todos adulan á los vivos.»

¿Necesitaré excusarme con el lector por haberle hecho escuchar tanto tiempo los coloquios de dos excelentes personajes antiguos? (10)

Joinville se muestra desde el principio hasta el fin lleno de una admiracion, que ningun mortal ha sentido jamás hácia las virtudes de los hombres. Buen caballero, aunque sensual y altivo, creyente; pero al mismo tiempo propenso á dudar, amante

---

(10) Quiero, no obstante, entresacar algunas otras circunstancias del relato que nos ha dejado este agradable pintor de un rey querido.

Encontrábase Luis con un centenar casi de caballeros en Corbeil el dia de Pentecostés, en que era costumbre calzar las espuelas á varios nobles escuderos. Después del banquete de costumbre, el rey, habiendo bajado al patio que está debajo de la capilla, se puso á hablar á la entrada del pabellon con el conde-duque Juan de Bretaña. En este momento maese Roberto de Sorbona, divisando al senescal de Champaña, se acercó á él, y habiéndole cogido por el manto le condujo á donde estaba el rey, siguiéndole muchos barones por curiosidad. *¿Qué quereis de mi, maese Roberto?* preguntó el señor de Joinville, admirado de aquella familiaridad. *Queria preguntaros si en caso de ocurrírsele al rey la idea de sentarse en este patio, mereceríais crítica por sentaros en un sitio más elevado que el suyo.—¿Quién lo duda?—Entonces*, replicó el doctor, *debeis ser criticado, estando como estais vestido de armiño y hermosa tela verde, más lujosamente que el rey.—Con vuestro perdon*, repuso vivamente Joinville, *no soy digno de censura. Estos vestidos de armiño de color verde, me fueron legados por mis padres. ¿Se podrá decir otro tanto de vos, hijo de villano y de villana, que habeis abandonado los vestidos de vuestros padres para adornaros con telas más finas que el señor nuestro rey?* Tomando, al decir estas palabras, la orla del vestido del doctor, añadió acercándola á la del rey: *Ved si digo verdad.* Los caballeros presentes no se atrevian á mirarse á la cara, por no reirse; maese Roberto se mordia los labios de despecho, no encontrando una buena contestacion. El rey que notó cuán cortado estaba, emprendió su defensa, aparentando creer que el senescal vestia con demasiado lujo. La chanza no pasó adelante; pero poco después, habiendo vuelto el monarca á su palacio, llamó á su hijo Felipe, como tambien al rey de Navarra, su yerno, se sentó á la puerta del oratorio con la mano en el suelo, y les dijo: *Sentaos aquí, bien cerca, de modo que nadie nos oiga.—Oh señor*, respondieron permaneciendo en pie: *¿nos hemos de colocar tan cerca?—Senescal*, prosiguió Luis volviéndose hácia Joinville, *colocaos vos tambien aqui.* Y el senescal se sentó tan cerca de él que sus vestidos se tocaban. Entonces Luis, obligando á los dos príncipes á hacer lo mismo, dijo: *No está bien el que no lo hayais hecho al momento; que no suceda otra vez.* Enseguida continuó:—*Os he llamado para confesar á Joinville, que sin razon he defendido á maese Roberto; pero le ví tan cortado, que me pareció necesitaba de mi auxilio. Así, señor de Joinville, olvidad lo que dije en aquella ocasion: por el contrario, debeis ir mejor vestido y más ricamente, porque vuestra mujer os querrá más, y vuestros servidores os respetarán tambien más.*

Viendo otra vez Joinville á su hermano con vestidos bordados, que costaban ochocientos parisies (13,600 pesetas), le reprendió diciéndole: *El difunto Simon de Joinville, nuestro noble padre, se contentaba con una tela fina de buen tafetan, en que estaban impresas sus armas.* Y el rey añadió: *Cada uno debe estar vestido segun su clase y edad.*

Olvidóse de esto una dama de la córte, que á pesar de su edad avanzada se presentó en la audiencia de san Luis con la elegancia propia de una jóven. Admitida en el gabinete, donde el rey estaba solo con su confesor, la oyó, y después le respondió: *Señora; cuidaré de vuestro asunto, pero con una condicion, y es que vos misma tengais más cuidado de la salud de vuestra alma. La belleza del cuerpo no dura sino un dia, y pasa como la flor de los campos, por más que se haga, no es posible conseguir que vuelva. Pensemos, pues, en la belleza del alma, flor inmortal que nunca se marchita.* Conmovida la dama se entregó á la sincera devocion.

de la buena, mejor que de la santa vida, mira á su rey como un espejo de santidad, recoge cada una de sus palabras como un testamento sagrado, describe como reliquias hasta los humildes vestidos con que Luis se empeñaba en moderar el esplendor del grado supremo, y es digno de ver cómo le domina y trasforma el personaje extraordinario que puede contemplar de cerca.

Habia habido tregua con Inglaterra, pero no paz. Cuando Enrique III invadió el territorio francés (1242), fué estrechado en Tailleburg de tal manera, que hubiera sido hecho prisionero á no haber obtenido su hermano Ricardo un armisticio; despues sufrió una nueva derrota cerca de Saintes. Por último salió á recibir á Luis, que volvia de Palestina, y habiendo pasado ocho dias con él, celebraron ambos un tratado de paz. Luis, no creyendo buen derecho el de conquista, alimentaba escrúpulo, respecto de los paises quitados por Felipe Augusto á la Inglaterra, y por lo mismo, además de la Guyena, que aquella habia poseido siempre, le cedió el Lemosin, el Perigord, el Quercy, y la sucesion al Saintonge y al Agenois, si el conde de Poitou moria sin dejar hijos, ó si los dejaba, el valor del Agenois en dinero; se comprometió además á pagar durante dos años la manutencion de 500 ginetes, que un príncipe de Inglaterra conduciria al combate contra los infieles. Enrique, por su parte, renunció todo derecho á la Normandia y á los condados de Anjú, del Maine, de Turena, del Poitou, y prestó homenaje por los que recibia y por el ducado de Aquitania. Luis contestaba á los que le censuraban en vista de tales concesiones: *He querido poner los medios para que haya amistad entre mis hijos y los de Enrique, el cual de esta suerte se ha convertido en hombre mio.* Sin embargo, no cabe duda de que obrando así retardó la unidad de la Francia, siendo igualmente cierto que no se cuidó del daño que pudiera resultar á los pueblos, objeto de la cesion. ¿Será verdad que en ningun caso ha de poder conciliarse la política beneficiosa con la exacta justicia?

Tambien arregló en Corbeil las antiguas diferencias con el rey de Aragon sobre las posesiones del Mediodia. Y como muchos barones poseian bienes en Inglaterra y en Normandia, y de esto resultaba el hallarse obligados en caso de guerra á acudir al llamamiento de dos señores, Luis, apoyándose en la autoridad del Evangelio que dice: *No se puede servir á dos amos á la vez*, les hizo escoger uno solo de dos partidos.

En suma, el engrandecimiento de la monarquia, comenzado y proseguido por sus abuelos por medio de la fuerza y de la astucia, llegó á su colmo en tiempo de san Luis por medio del órden y de la bondad. Los bienes de la corona recibieron un grande aumento con los caballeros que se veian precisados á venderlos para cruzarse ó para redimirse de la prision; pero si bien se aprovechaba de estas ocasiones, no las provocaba fomentando entre los pequeños feudatarios guerras que los debilitasen. Habiéndose extendido á la familia real la ley impuesta á los vasallos en que se mandaba que la tercera parte de los feudos pasase á los hijos menores, produjo las pensiones de los príncipes, los cuales estaban unidos por interés á la corona y dispuestos como ella á engrandecerse; por lo cual á las dinastias antiguas se sustituian otras nuevas, dóciles y afectas al rey (11); los eclesiásticos, los feudatarios y la clase media que antes se hallaban aislados, se les ve entonces unidos, al rededor del trono, donde se hacia justicia y se declaraba la guerra, Felipe Augusto habia dispuesto ya que las murallas de los castillos no fuesen defendidas por la justicia real, y entonces se hicieron amovibles los cargos judiciales que antes eran hereditarios, y magistratura lo que era patrimonio: así que, en realidad san Luis fundó la monarquia en el órden político, como en el territorial lo habia hecho Felipe Augusto; pero donde unos y otros procedieron con la fuerza y la astucia. Luis usó la bondad y el invariable propósito de hacer justicia.

(11) A la muerte de san Luis, la familia real poseia directamente los ducados de Francia, Vermandois, Valois, Normandia, Turena, Maine y Berry; los condados del Macon y el Languedoc occidental, é indirectamente Borgoña, Bretaña, Bolonia, el Artois, el Poitou, la Auvernia, Tolosa, el Anjú, la Provenza, el Nivernés y el Borbonés por ocho lineas de su estirpe.

CAPÍTULO XII

TÁRTAROS Y MONGOLES.—GENGIS-KAN.

Los sabios del siglo pasado, impulsados por una parte por la necesidad de hacer derivar de un orígen único los conocimientos humanos, y por otra tomando el partido de invalidar la verdad de la Biblia, colocaron la cuna de la civilizacion en la mesa central del Asia. Todo, segun ellos, se derivó de los tártaros, nombre bajo el cual se designan las hordas errantes en la vasta llannra circunscrita por la triple cadena de los Altai, de los Himalaya y de las montes de la China (1). Esta opinion fué muy admitida, porque era parodójica; y se adoptó de muy buena voluntad en una época en que la falta de documentos impedia desmentirla. Pero desde entonces, desgraciadamente para los combinadores de sistemas, se ha aprendido á registrar los libros chinos y á leer allí la historia de los tártaros, opuesta en un todo á temerarios asertos; y nada induce á suponer que la semicivilizacion de estos pueblos sea anterior al siglo II antes de Jesucristo. Sólo entonces misioneros indios llegados á la Tartaria meridional, propagaron allí los rudimentos de las ciencias y de las artes y la escritura indiana con la religion de Budda que se divulgó mucho más tarde entre los tibetanos y los nómadas del Norte, pero sin convertir á todos los habitantes, pues muchos de ellos conservaron sus groseros ritos antiguos: luego se introdujeron allí sucesivamente el buddismo primitivo, la filosofia de Confucio, el magismo, las doctrinas de los maniqueos y de los nestorianos, luego el islamismo, y por último el lamaismo.

De consiguiente, lejos de que los tártaros se civilizaran antes que la China y que la India, recibieron la civilización de unas cuantas familias diseminadas en su inmenso pais, del cual pretendian hacer Buffon y Bally la academia de la sabiduria humana. Nosotros seguiremos á los más modernos, que han podido sacar provecho de los libros chinos (2).

---

(1) A algunos les costará trabajo perdonarnos decir todavia *tártaros* en lugar de *tátaros;* sin embargo, nos asisten razones para esto. *Tátaros* es el nombre de una tribu: se llamaron *tártaros* en general á aquella masa de pueblos errantes en el Asia Central durante la Edad Media, reudidos por Gengis-kan, é impulsados ora sobre el Oriente, ora sobre el Occidente. Se puede llamar *tártaros* á los manchues, á los tibetanos, á los turcos, que á pesar de todo no son *tátaros*: este nombre sólo conviene á los mongoles, sucesores suyos. Segun Abel de Remusat, «Se entiende por tártaros los pueblos que habitan las vastas comarcas del Alta Asia, entre la India, la China, la Persia, al Mediodia; el mar del Japon al Oriente; al Occidente los rios que desembocan en el mar Caspio y en el Euxino; al Norte el mar Glacial.»

(2) VISDELOU, *Hist. de la Tartaria* en la *Biblioteca oriental.*

GAUBIL, *Hist. de Gentschicsan y de toda la dinastia de los mongoles sus sucesores.* Paris, 1739.

DE GUIGNES, *Hist. de los hunos*, etc. L. XV-XVIII.

SAINT-MARTIN, *Memoria sobre la Armenia.*

SCHMIDT, *Gesch. der Olt Mongolen.*

Y especialmente el baron C. DE OSSON. *Hist. de los mongoles desde Tchinguizkan hasta Timourbey ó Tamerlan.* Amsterdam, 1835.

Tratan tambien de ellos DANDOLO en la crónica veneciana (R. I, S. XII); DUBRAWSKI, *Historia bohémica;* DLUGOSZ, *Hist. Poloniæ;* LEON FEER, *Cuadro de la gramática mongola; Poderio y civilizacion mongolas en el siglo* XIII.

Para sus usos y costumbres consúltense á PALLAS, *Samlungen historischer Nachrichten Mongolischen Volkerschaften.* Petersburgo, 1776.

BERGMANN.—*Nomadischen streifereyen unter den Kalmuken.* Riga, 1804.

DE HAMMER. *Gesch. der goldnen Horde von Kiptschak.* Pesth, 1840.

A menudo mencionan éstos bajo el nombre de bárbaros del Norte tres razas distintas; la tungusa ó *chiuche*, la turca y la tártara. Hemos referido en otro lugar (3) como el poder de los turcos se estendió sobre la China, y acabó por ser humillado por los chinos de concierto con los uiguros. Los chiu-che de la Tartaria oriental conquistaron una tercera parte de la China, y fundaron allí en 1115 el imperio de Kin ó de *Oro*, que tuvo por tributarias á las hordas turcas de la Tartaria, donde hacian vida nómada.

Al mediodia del Baikal, dividida en muchas tribus, se mantenia la nacion mongola en medio de las altas cumbres donde no vegeta más que el musgo ó algun árbol entre las grietas de las rocas; por lo demás, sus montañas están cubiertas de eternas nieves, de arena sus valles, y no ofrece praderas, ni selvas de pinos y abedules más que en las orillas de los rios. La elevacion del territorio hace más rigoroso el clima que lo es comunmente bajo la misma latitud en nuestros paises. Así el lago de Baikal está helado cuatro ó cinco meses del año.

Esta nacion tiene semejanza con los chinos: castaños sus ojos, rasgados oblícuamente y entornados con las cejas muy salientes; protuberantes las mejillas, la nariz roma, rasa la barba, mediana estatura, delgado talle y anchas espaldas; se cortan los cabellos en la coronilla de la cabeza en forma de herradura y tambien en la nuca; lo restante lo llevan trenzado detrás de las orejas. Usaban gorros bajos con ribetes bordados, detrás de los cuales colgaba una cinta larga de un palmo de ancho, y los ataban á la barba por medio de dos cordones, cuyas puntas quedaban sueltas. Se cruzaban la túnica por el pecho sujetándola con cintas, y en invierno se ponian dos vestidos, uno con el pelo de la piel hácia el cuerpo, y otro hácia fuera. Las jóvenes se vestian lo mismo que los hombres, y las mujeres se distinguian sólo en que llevaban el gorro algo más alto. Sus habitaciones se componian de enrejados circulares de la altura de un hombre, sostenidos por maderos que se reunian en un punto y estaban sujetos por un anillo de hierro. Las cubrian de fieltro, y encendian fuego en medio de ellas y el humo se exhalaba por el techo.

Rebaños de bueyes, camellos, carneros y cabras, les suministraban alimento: la carne de caballo era para ellos un regalo, aunque comian la de todos los demás animales, ora fresca, ora salada, y hasta la de los animales muertos de enfermedades: se embriagaban con leche de yegua fermentada *(cumiz)*. Las pieles de sus rebaños les servian de vestido, la lana y las crines para hacer fieltro y cuerdas, los tendones para guarnecer sus arcos y para hilo de coser, los huesos para armar las flechas: quemaban el estiércol, hacian odres con el cuero, copas para beber con los cuernos del *artac*. Vagaban de comarca en comarca para proporcionar pastos á sus ganados; y cuando en un lugar estaban agotados los forrajes, desmontaban sus chozas, las cargaban sobre sus animales, con todos los utensilios y sus hijos; luego iban á buscar otro donde nadie habia tocado. El ganado de cada tribu se distinguia por una marca, y durante el invierno no podia mantenerse sino con lo poco que encontraba escarbando la nieve con las patas. Si la estacion se hacia demasiado rigorosa, perecian muchos animales. Tenian mayor precio los caballos como más capaces de resistir la intemperie y como más vigorosos de patas.

Cada mongol se casa con tantas mujeres como puede mantener, comprando la doncella que le place mediante un número mayor ó menor de cabezas de ganado. Pero cada mujer tiene su habitacion separada. Después de la muerte del padre, el hijo toma por lo comun sus mujeres, á escepcion de la que es su madre. La mujer se sujeta á todas las fatigas reservadas en otras partes al hombre, cuidando de los rebaños, haciendo los vestidos y los fieltros, tirando de los carros, montando á caballo, cargando los camellos. Entregados los hombres á la ociosidad cuando no están de caza, son astutos, rapaces, desaseados y aficionados á embriagarse. Si caen enfermos, una lanza plantada delante de la choza, indica que nadie puede penetrar en su recinto, á escepcion de los que tienen que asistirle. Si el enfermo muere, sus deudos y sus amigos prorumpen en gemidos y se apresuran á sepultarle, creyéndole ya presa de los espíritus malignos; se les sirve carne y leche; su caballo favorito es inmolado sobre su tumba, en la cual se tiene cuidado de poner su arco, flechas, utensilios de caza para su uso en el otro mundo. El que habia hecho las exéquias, debia purificarse pasando por entre dos hogueras; la choza del muerto y todo lo que le pertenecia, debia ser purificado, y la ceremonia fúnebre se terminaba con un banquete. El príncipe era sentado después de su muerte en medio de habitacion, con una mesa delante de él, cubierta de manjares y leche; todo lo que se encontraba en su cuarto era enterrado con él, al mismo tiempo que una yegua y su potrillo, un caballo ensillado, y otros objetos de precio. Su habitacion era destruida, y su nombre no debia ser pronunciado hasta la tercera generacion.

Los mongoles veneraban á Tangri (*el cielo*) como Dios supremo; pero tributaban tambien un culto á los astros principales y á las fuerzas de la naturaleza. Hacian al mediodia genuflexiones al sol, y ofrecian una parte de sus bebidas en libaciones á

QUATREMERE.—*Hist. de los mongoles de la Persia, escrita en persa por* Raschild-Eldin, *traducida en francés, acompañada de notas, y de una memoria sobre la vida y las obras del autor*. Paris, 1836. Allí está antepuesta la vida del autor, luego el testo persa con la version en frente: es del 700 de la Egira, en tiempo de Olgaitú.

Historia de los mongoles y de los tártaros por ELBOREL-GHAZI BEAHDOUR-KHAN, *publicada y traducida y anotada por el baron* DEMAISON. Petersburgo, 1871-74.

(3) Libro X, cap. XXI.

los cuerpos celestes y á los elementos. Colgaban de las paredes de sus chozas los *ongon*, figuras de madera ó fieltro que representaban las divinidades, cuya boca frotaban con carne y leche antes de comerlas ellos. Trataban de evitar la cólera de los genios maléficos con ofrendas y recurriendo á oraciones de los *cami*, ministros del culto y á la vez magos, intérpretes de los sueños, médicos, astrólogos, que conocian todos los secretos con ayuda de los espíritus familiares que evocaban al sonido del tambor, y en fin, decian oráculos entre contorsiones y piruetas.

La nacion estaba organizada por divisiones de diez mil individuos, por cuerpos de mil, por compañías de ciento, por manípulos de diez; y si sobrevenia una guerra, se escogia uno ó muchos por manipulo. La obediencia era absoluta. Si el jefe de cien mil individuos recibia á la estremidad del territorio, y de algun mensajero; por vulgar que fuese, un mensaje del monarca, debia obedecer y prosternarse boca abajo, para recibir los palos ó alargar su cabeza al filo del acero. Los *noyan* ó *taisci*, gobernadores de las tribus, eran hereditarios y dependian del rey que recibia de ellos anualmente cierto número de cabezas de ganado; y eran por lo demás dueños de disponer á su antojo de la vida y bienes de sus súbditos.

Dotados admirablemente por lo que respecta á la finura del oido, del olfato y de la vista, acostumbrados desde la infancia á montar á caballo, á tirar el arco, á vivir en los campos, y á sufrir las más crueles privaciones bajo un cielo estremadamante riguroso, los mongoles eran particularmente idóneos para la guerra. Haciendo uso de caballos de corta estatura, pero tan pacientes como dóciles, sin siquiera servirse la mayor parte de estribos de hierro, que para algunos eran un objeto de lujo, combatian generalmente á flechazos. Sus espediciones daban principio en otoño, es decir, cuando son más vigorosos los caballos, y cubiertos de una armadura y un casco de cobre, provistos de un arco, un escudo, un sable, una lanza, y teniendo cada uno varios caballos. Llevaban consigo una tienda, un odre de leche y un puchero; muchas veces tambien llevaban en su comitiva una porcion de sus rebaños para mantenerse. Si habia algun rio que atravesar, se apoyaban en un saco donde metian sus arneses, atado á la cola del caballo que nadaba delante.

Tales eran los pueblos, y tales son aun sus restos, que con el nombre de mongoles, fundaron en muy poco tiempo el imperio más vasto que ha visto el sol, mientras que la aproximacion de dos naciones que habitaban en las estremidades opuestas del mundo, ejerció una gran influencia sobre sus usos, política, comercio y ciencias. Pero antes que sus acciones hayan sido escritas entre los pueblos azotados por ellos, su historia es muy oscura, su orígen es controvertible y su nombre incierto. No tienen pues razon cuantos han querido aplicar este nombre, como si fuera primitivo, á designar una de las variedades de la especie humana, la que se distingue por los párpados hinchados y elevados hácia las sienes, la cara aplastada, las mejillas salientes, los cabellos negros, lisos y escasos. No se encuentra mencionado este nombre sino en el siglo X por los chinos, que lo escriben *moung-ou* ó *mong-ko-szu;* y segun las tradiciones indígenas, no lo tuvieron sino en tiempo de Gengis-kan en 1189, mientras al principio se llamaban bidas. Sirve en el dia para designar á los que hablan un mismo grupo de lenguas al este y al oeste del Altay, es decir, los mongoles propiamente dichos, ó kalsa, los eleutes ó calmucos, los turganes, los zúngaros, los burriatas de Siberia.

Pero, ¿son éstos los mismos que los tártaros, cuyo nombre se les da comunmente? Algunos lo niegan del todo, fundándose en la naturaleza de las tribus que aun subsisten, y que difieren completamente bajo el aspecto fisiológico, aunque se acerquen á él por su lenguaje. Otros los creen una tribu de tártaros confundidos primero con los yung-nu en los anales chinos, distinguidos después en el siglo IX con el nombre de mo-ho, y suponen que de los mo-ho septentrionales salieron los tártaros modernos y los mongoles; de los mo-ho meridionales los tungusos, tales como los yu-chin y los manchues que dominan hoy la China (4). En la época en que los kitanes se engrandecieron, los mo-ho fueron dispersados y se dividieron en tres hordas (5): una se sometió á los vencedores, otra huyó al norte de la Corea, entre los fu-e; la tercera se refugió en la vertiente meridional de los montes Inscham, al norte de la China, y en el Tangut al oeste de Hoang-ho superior, bajo el nombre de tátaros.

La víspera del primer dia del año, los descendientes de Gengis-kan hacian golpear en su presencia un hierro candente, dando gracias á Dios de que, segun las tradiciones, habiendo sido vencidos los mongoles, dos mil años antes, y esterminados todos, dos parejas se habian escapado y podido refugiarse en el valle de Erguene-cun. Multiplicáronse hasta tal punto, que no pudiendo ser contenidos en tan estrechos límites, sus descendientes reunieron en una mina tanta madera y carbon, que todo el hierro se fundió, y dejó abierto un ancho paso, de donde salieron varias tribus para ir á establecerse en las orillas del Onan, del Kerulan y del Tula. Dundun-Bayan, uno de sus

(4) Véanse para esta cuestion á RITTER, *Geolog. en relacion con la naturaleza y la hist. de los hombres*, part. II, libro II, *Asia*.—PRICHARD, *Indagaciones*, etc., tomo II, página 283.—KLAPROTH, *Asia políglota*, pág. 255.—Virey cree á los tártaros de familia mongola. Blumenbach pone á los primeros entre los caucasianos.

(5) *Ordu* de que hemos formado horda, significa propiamente la reunion de chozas y tiendas en que habita el príncipe con su familia. Llaman *yurte* al territorio particular, ora de un príncipe, ora de un jefe de tribu ó de familia.

jefes, dejó una viuda jóven llamada Alung-Goa, que estando embarazada algunos años después, aseguró que penetrando un rayo de luz por el techo de su cuarto durante su sueño, se habia trasformado en un hermoso jóven, que la habia hecho madre de tres hijos. Estos fueron orígen de una série de reyes y de héroes, entre los cuales sus cantores celebraron particularmente á Cubilay, terror de los chinos. Su voz resonaba como el trueno en las montañas, sus manos, como las de un oso, dividian á un hombre en dos cual si fuese una flecha: durante el invierno se acostaba desnudo cerca de una hoguera, sin sentir las chispas, ni los tizones que saltaban sobre su cuerpo, y por la mañana creia que le habia picado algun insecto. A su vuelta de la China fué asaltado por los mongoles de la tribu de Durban; los pocos hombres que le seguian fueron dispersados, y él mismo quedó reducido á huir hácia un estanque, donde se metió su caballo hasta el cuello. Cubilay saltó de la silla y salió del pantano: entonces los durbanes, desdeñando perseguirle, se alejaron diciendo: *¿Qué puede hacer un mongol desarzonado?* El rumor de su muerte se divulgó por todas partes; pero apenas se habian retirado los enemigos, asió su caballo por la crin, le sacó del fango, y volvió á donde estaban los suyos, llevándose por delante una multitud de caballos que pertenecian á la tribu enemiga.

Gengis-kan. —De un nieto de Cubilay nació Temuchin (1164), que no teniendo más que trece años, sucedió á su padre en el mando de las hordas. Sin embargo, á algunas les pareció indigno obedecer á un mancebo, lo cual, á pesar del valor de su madre, le redujo á penosos apuros. Hasta fué preso por sus enemigos y se salvó con trabajo, metiéndose en un estanque y sacando solo la nariz fuera del agua. Otra vez cayó con la garganta y la boca atravesadas; pero un amigo, haciendo derretir nieve en piedras enrojecidas, le quitó la sangre cuajada en sus heridas y le volvió la respiracion; mientras otro tenia toda la noche su manto estendido con sus brazos encima del herido para mantenerle á cubierto de la nieve que caia en espesos copos. Estos dos amigos obtuvieron el privilegio de *terkan*, en virtud del cual estaban exentos de toda carga, podian acercarse al príncipe libremente, y cometer impunemente ocho delitos.

El valor personal de Temuchin tardó muy poco en proporcionarle súbditos y aliados (1203); habiéndose confederado con Ong-han, jefe de los keraitas y cristiano (*Preste Juan*), alcanzó muchas victorias sobre las hordas tártaras, que se ligaron en vano para oponerse á sus progresos. Temuchin sometió después á los keraitas, y el cráneo de su kan, convertido en copa, espantó á sus enemigos. Entonces tocó el turno á los tártaros, la más rica de las naciones al norte de la China, que fueron esterminados sin distincion, habiendo prohibido Temuchin otorgar perdon á nadie. Su nombre sobrevivió, no obstante, y hasta fué aplicado á sus vencedores, á imitacion de los chinos que llamaban tátaros á todos los nómadas del Norte. Este nombre se propagó en Occidente, aunque los mongoles lo repudiaran todavia como perteneciente á los vencidos.

Empleando recompensas para sus amigos y castigos para sus enemigos, Temuchin prometió á los unos una parte del botin, al par que aguardaban las calderas de agua hirviendo á los que se atrevian á resistirle. Entonces pudo dirigir su ávida mirada á la China, comarca tan rica por la naturaleza como por la industria. Pero antes de emprender nuevas conquistas resolvió tomar un nombre digno del jefe de todos los tártaros nómadas. Habiendo, pues, convocado á los jefes de las tribus cerca de las fuentes del Onan (1206), hizo enarbolar un estandarte formado de nueve colas de bueyes blancos; y Ghukju, adivino que gozaba de gran nombradia, anunció en nombre del cielo que el título de *gur-kan*, es decir, de gran kan, no era ya bastante para Temuchin, y que debia tomar el de *gengis-kan*, ó kan de los poderosos. Cumplia cuarenta y dos años cuando fué saludado con este nombre.

Si este adivino se lisonjeaba de aumentar así su crédito y su autoridad, no conocia cuán poco dura la gratitud de los grandes, luego que la necesidad ha pasado. Enojado Gengis-kan de sus predicciones le espulsó y le quitó la vida: luego continuó sus espediciones al Tangut (1209), es decir, al norte del Chen-si, sometiendo á los kirguisos, á los kem-kem-yutos, á los uiratos y álos uiguros (1213). Envalentonado con sus triunfos, invadió la China septentrional: noventa ciudades fueron tomadas por asalto ó por hambre; y como conocia todo el respeto de los chinos hácia los autores de sus dias, colocó al frente de sus columnas á los ancianos prisioneros. Muy en breve confió la continuacion de esta empresa á un general, que como veremos, pronto avasalló á todo el imperio, y se encaminó hácia Occidente.

Carism.— Sus conquistas habian ensanchado su territorio hasta los confines del imperio carismiano, que se habia levantado sobre las ruinas de los seljúcidas. Se llama Coaresm ó Carism á la comarca poco espaciosa que se prolonga serpenteando entre el Oxo y el mar Caspio, desde el Corasan hasta el pais de los turcomanos; unas veces libre, otras dependiente de los Seljúcidas, hasta el momento en que el esclavo Nustekin se elevó á las primeras dignidades, y luego al gobierno del pais, y se hizo príncipe independiente. Aladino Tekese, su nieto, fué el primero que enarboló en la bandera la media luna, adoptada después por los otomanos, con los cuales no se debe confundir á la nacion intrépida que se atrevió á resistir á Gengis-kan. Bajo los monarcas seljúcidas era costumbre que la música militar tocara cinco veces á la hora de las cinco oraciones: veinte y siete príncipes, que formaban parte de ella, tocaban en tambores dorados con palillos incrustados de perlas. Aladino

mandó que este uso continuara en su descendencia, si bien sólo dos veces al dia, á la salida y á la puesta del sol. Conquistó la Persia en 1187, pero la breve prosperidad de que este pais disfrutaba bajo los califas, habia ya perecido por la invasion de los oguzios, raza de turcos.

Aladino Mohamed.—Aladino Mohamed se halló soberano de todo el Carism, y negó el tributo que pagaba al imperio de Cara-Kitay; avasalló á algunos idólatras del Turkestan, y enseguida á la Transoxiana: de modo que trasladó en 1197 su residencia á Samarcanda, y ocupó el principado de los gúridas de la India, penetrando hasta el Ganges.

Naser, califa de Bagdad (1180-1225), habia empleado todos sus esfuerzos en oponer un dique á los carismitas, no con sus propios ejércitos, porque ya no le quedaban al sucesor del Profeta, sino con los de los príncipes musulmanes. Para vengarse Aladino Mohamed, pensó en separar á los Abasidas del pontificado. No faltaron razones á los ulemas para justificar esta empresa. El nombre de Naser fué suprimido en las oraciones, y los descendientes de Alí creyeron al fin que habia sonado la hora de un triunfo esperado por largo tiempo. El sultan respondió á los embajadores del califa, que le repetian las palabras con que el profeta ordena respetar la familia de Abbas, que los mayores males padecidos por esta familia eran obra de sus propios miembros, la mayor parte de los cuales nacian encarcelados y pasaban así su vida; que no descubria en Naser ninguna de las virtudes propias para hacerle digno de tan sublime puesto, y que el que le sustituyera las poseeria realmente. Pero desistió del designio de asediar á Bagdad á consecuencia de las nuevas y ya espantosas hazañas de los mongoles: hasta tuvo que dividir entre sus cuatro hijos para conjurar el peligro, las provincias de la Persia, conquista reciente, y por consecuencia todavia mal afianzada.

Un grave descontento originaba allí la arrogancia de los turcomanos, este nombre, que significa semejante á los turcos, fué dado en persa á los soldados de Mohamed, que eran turcos, en efecto, pero cuyo lenguaje y cuyas costumbres se habian modificado. Enlazábase la misma repulsion á los cancales, quienes desde los arenales situados cerca del mar Caspio, se habian trasladado al imperio del Carism, donde habian adquirido importancia por su denuedo, y cuya soberbia todo se lo creia permitido. De esta nacion era vástago Turcan-Katuna, madre de Mohamed, mujer de voluntad enérgica, que se titulaba soberana del mundo, reina de todas las mujeres, y cuyas órdenes no eran menos obedecidas que las de su hijo.

Gengis-kan envió de regalo á Mohamed plata en barras, vasos de almizcle, pedazos de jaspe, vestidos de una finísima lana blanca, pidiéndole la libertad del comercio y el vasallaje. En efecto, empezaron á entablar relaciones amistosas; pero habiendo mandado Mohamed dar muerte á cuatrocientos cincuenta individuos llegados en calidad de mercaderes, y á quienes consideró como espias de Gengis-kan, el jefe de los mongoles lloró de rabia. Habiendo trepado á la cumbre de una montaña, se prosternó con el rostro en tierra, flotantes sus vestidos y la cabeza desnuda, implorando la venganza del cielo; y pasó así tres dias y tres noches en plegarias y mortificaciones. Mohamed le exasperó con nuevos actos de hostilidad y de perfidia, vanagloriándose de ser elegido de Dios para esterminar á los idólatras; y á fin de que los hechos siguiesen á las amenazas, reunió tropas superiores en número y en disciplina á las del mongol; pero aunque pudo vanagloriarse de una victoria al primer encuentro, comprendió á cuán terribles enemigos haba provocado.

Habiendo reunido Gengis-kan á los miembros de su familia y á sus principales oficiales, resolvió emprender una nueva y decisiva guerra contra Mohamed. Vanamente le opuso éste cuatrocientos mil persas: los anonadó al frente de setecientos mil mongoles disciplinados y acostumbrados á una obediencia ciega. Gengis-kan ocupó como vencedor la Transoxiana, y tomó á Bokara (1218). Al pasar á su entrada en la ciudad por delante de la mezquita, preguntó si era aquel el palacio del sultan, y como se le respondiera que era la casa de Dios, entró allí, subió al púlpito y dijo: *El campo está desprovisto*; *dad de comer á vuestros caballos*. Llevóseles enseguida pienso: sirvieron los libros santos de cama y los cajones donde estaban colocados de pesebres; se trajo vino: los bárbaros llamaron á aquel recinto bailarinas, cantatrices, y se entregaron á la alegria y al libertinaje, mientras escandalizados los doctores estaban obligados á cuidar de los caballos.

Después de haber hecho reunir los habitantes de la ciudad en el campo, Gengis-kan, subido en un púlpito, preguntó cuáles eran los más ricos de ellos; cuando le hubieron indicado doscientos ochenta, y les hizo un cargo de las perfidias del sultan, añadiendo: «Soy el azote de Dios; si no estuvieseis tan cargados de pecados, Dios no me hubiese lanzado sobre vuestras cabezas. No os pido las riquezas que existen en la tierra, porque éstas nosotros mismos las sabremos encontrar, sino que os pido las que han desaparecido.» La ciudad fué saqueada (1219), los habitantes después de haber visto el deshonor de sus mujeres y los tormentos de los ricos, fueron repartidos entre los mongoles; en fin, el fuego devoró los edificios.

Toma de Samarcanda.—Después, esta feroz horda, siguiendo el delicioso valle de Sogd, lleno de jardines y casas de campo voluptuosas, fué á sitiar á Samarcanda, llevando delante de sí sus prisioneros (1220). Aladino Mohamed cuya arrogancia se habia convertido en desaliento, no sabia cómo huir; y como veia á los ciudadanos abrir un foso en derredor de Samarcanda, movió la cabeza esclamando: *Que arrojen en ellos tan sólo sus látigos, y esto bastará para cegarlo.* Si algun valor quedara aun á los habitantes, lo perdieron con estas pala-

bras, y se decidieron á capitular; pero fué enseguida desmantelada la ciudad, saqueada y entregada á fuego y sangre; treinta mil guerreros cancales perecieron degollados á sangre fria, multitud de ciudadanos sufrieron igual suerte; los demás fueron distribuidos entre los vencedores ó condenados á rescatarse con enormes sumas, y esta rica provincia quedó devastada. Abulfarag al-Sanjari, poeta persa, que huyó del poder de los tártaros, llora porque el *sol no se levanta ya sino por Occidente. Toda alegria está desterrada del universo, y los hombres no parecen nacidos sino para sufrir. En tantos paises como he recorrido, no he encontrado alma viviente; y si por casualidad he encontrado alguna, no he visto en ella más que dos manantiales de lágrimas.*

El terror que esparcian estos destructores salvajes era tal, que la poblacion abatida, no se atrevia á resistir. «He oido referir, dice Ibn-al-Ethir, muchos hechos que apenas son creibles: tanto espanto habia hecho concebir Dios á los corazones. Cuéntase que un caballero tártaro entró solo en una aldea muy poblada de la Mesopotania, y empezó á asesinar á los habitantes uno después de otro, sin que ninguno de ellos se defendiese. Otro no teniendo arma para matar á un prisionero, le mandó postrarse en el suelo, mientras que iba á buscar una espada, y degolló al desgraciado que le habia aguardado sin moverse. Véase lo que otro me ha referido. Estando viajando con diez y siete personas, vimos llegar un caballero tártaro, que nos mandó atarnos las manos los unos á los otros en la espalda. Mis compañeros hicieron lo que pedia, yo les dije: *Está solo, matémosle y huyamos;* pero ellos respondieron: *Tenemos miedo.* Y yo. *Os degollará, matémosle, y tal vez Dios nos ayudará á salvarnos.* A fe mia que nadie se atrevió á hacerlo; pero yo le herí con una puñalada, y huimos todos.»

Turcan Katuna, no creyendo en las promesas de Gengis-kan, huyó después de haber hecho degollar á todos los príncipes desposeidos por su hijo, pero fué cogida con el serrallo, degollados los hijos de Mohamed, repartidas sus mujeres y ella enviada á morir á Tartaria; y Mohamed, huyendo siempre delante de la tempestad que habia provocado, no consiguió sino con grandes esfuerzos escapar de los que le perseguian. Reducido á faltarle lo necesario después de haber sido uno de los más poderosos monarcas de Oriente, murió en una isla inhabitada del mar Caspio, donde no se encontró un lienzo para envolver al que habia desposeido á tantos príncipes.

Carism fué tomada y tratada con la ferocidad acostumbrada (1221). En Balk, ciudad enriquecida por el comercio, hicieron salir los mongoles á los habitantes, con el pretesto de contarlos y los degollaron todos; después prendieron fuego á la ciudad. Nichapur, que habia sido la metrópoli del Carism en tiempo de la estirpe de los Cosroes, destruida ya en 1153 por los turcos oguzios, después en 1208 por un terremoto, habia levantado sus fortificaciones y se habia vuelto á poblar; tres mil balistas y quinientas catapultas lanzaban la muerte desde sus barbacanas. Pero los mongoles la sitiaron con igual número de balistas, trescientas catapultas, setecientas máquinas de proyectiles incendiarios, cuatro mil escalas, y dos mil quinientas cargas de piedras. Pronto la tomaron, y durante cuatro dias pasaron á cuchillo todo, hasta los perros y gatos. Instruido el vencedor de que algunos desgraciados habian escapado á esta carniceria acostándose entre los cadáveres, mandó decapitar todos los cuerpos que existian, y levantar pirámides, la una con cabezas de hombres, otra de mujeres, otra de niños: horrible monumento de la última matanza de la corte de Sapor. En otras partes se dió órden de esterminarlo todo, hombres y haciendas. En Herat perecieron, segun se dice, seiscientas mil personas; y como el hijo de Gengis-kan se escusara en su presencia de haber perdonado por compasion á algunas, le respondió: «Te prohibo tener compasion; es una señal de flaqueza.» Y como se enorgullecian con la matanza, á fin de contar con prontitud los muertos, á cada mil cadáveres colocaban uno cabeza abajo y piés arriba.

Antes de invadir un pais enviaba Gengis-kan á decir á su príncipe: *Si no te sometes, sabe Dios lo que será de tí.* Si el príncipe se hacia vasallo debia entregar rehenes, recibir gobernadores mongoles, pagar un enorme tributo, que frecuentemente era un diezmo de todas las producciones, sin escluir los hombres. Así se consumaba lentamente la ruina del pais, ruina que se cumplia de pronto en los paises invadidos á viva fuerza. No entraban allí los mongoles en un solo cuerpo, sino en varios destacamentos, que sin hacer caso del ejército enemigo ni de las fortalezas, se desbandaban pasándolo todo á cuchillo: el único medio de salvacion era esconderse. Cuando más tarde invadieron la Hungria, rodeaban aldeas enteras y las quemaban con todo lo que contenian dentro. En las ciudades reunian á todos los habitantes dentro de la plaza, y desnudándolos completamente los degollaban uno á uno. Para divertir á sus hijos les daban las cabezas de los niños enemigos, para que las despedazaran á martillazos. Los más robustos eran conservados para ser esclavos, después de cortarles la nariz y las orejas. Las mujeres daban suelta á su cólera contra las mujeres, matando á las más hermosas y dándoselas de comer á sus maridos, dejando la vida á las feas para servirse de ellas como esclavas. En suma, parecia que aquellos bárbaros querian reducir el mundo á un inmenso desierto, para llevar allí á pastar libremente sus rebaños.

Armas de fuego.—Formidables catapultas, trabajadas por los prisioneros, demolian las murallas de las fortalezas que se cerraban delante de los mongoles; empleaban tambien el fuego griego, el agua de los rios, las minas, las estratagemas más sutiles y más perfidas. Sin embargo, los chinos su-

pieron hacer uso contra ellos de un arma terrible, que los europeos no conocieron hasta más tarde. Cuéntase, en efecto, que cuando Gengis-kan asaltó á Kai-fung-fu (1222), se sirvieron los sitiados contra los mongoles de *pao de fuego*, que disparaban trozos de hierro en forma de ventosas, llenas de pólvora; cuando se les comunicaba fuego estallaban como el trueno, hasta tal punto que el estruendo se oia á cien *li*. El punto donde caian aquellos proyectiles se quemaba, cundiendo el fuego á más de dos miel piés á la redonda, y las corazas en que daban, eran atravesadas de parte á parte.» Para libertarse los mongoles de sus efectos abrian minas; pero para hacerlos salir los sitiados, ataban aquellas ventosas con cadenas de hierro y las bajaban de lo alto de las murallas; cuando habian llegado á las habitaciones subterráneas, las prendian fuego por medio de una mecha y aniquilaban á los trabajadores.

Desprovistos de sentimientos caballerescos, huian los mongoles sin sonrojo y hacian traicion sin remordimiento. Concluida la campaña volvian á sus cuarteles por algunos meses, especialmente á fin de reponerse de sus caballos, empezando por talar el pais á muchas millas á la redonda, y abandonándose luego á groseros placeres. Los esclavos que hacian á millares, eran más dignos de lástima que aquellos á quienes daban muerte: desnudos, sin alimento, se veian obligados á las más rudas fatigas y á pelear contra sus hermanos; arrancadas las mujeres á los cláustros de los cristianos, ó á las voluptuosas clausuras de los mahometanos, eran espuestas al descarado libertinaje de una soldadesca tan brutal en los hechos como en las apariencias. Gengis-kan preguntó un dia á sus oficiales, cuál era el mayor placer que podia saborear un hombre, y se le respondió: *Ir á la caza en primavera sobre un hermoso caballo, con un magnífico azor en la mano, y verle coger la presa*. El meneó la cabeza y repuso: *No, el mayor deleite es vencer á sus enemigos, llevarlos por delante, quitarles lo que poseen, ver llenas de lágrimas á las personas que les son queridas, montar sus caballos, abrazar á sus hijas y á sus mujeres*.

Gelaleddin Munk-bezni, el más resuelto de los hijos de Mohamed y el único que habia sobrevivido, se habia retirado del Carism hácia el Korassan, y llegado después á Gazna donde se le habian unido muchos turcomanos, se vió en breve obedecido por sesenta ó setenta mil ginetes; á su cabeza sorprendió y batió muchas veces á destacamentos mongoles. Pero encontrándose frente á frente de Gengis-kan, fué vencido á pesar de sus prodigios de valor; habiendo conseguido, no obstante, abrirse paso por medio de cadáveres enemigos, tiró su coraza, corrió hácia el Sind y se precipitó desde una altura de veinte piés, con el escudo á la espalda y la bandera en la mano; cruzó á nado, mientras que maravillado Gengis-kan, se lo presentaba como modelo á sus hijos. Incorporándosele en la opuesta orilla un escaso número de los suyos, faltos de todo, se dirigió á Dehli, donde dominaba un turco que en union del rey de Lahor, era el más poderoso entre los pequeños príncipes que se habian hecho independientes después de la caida del imperio de los Guridas.

No tardaron los mongoles en llevar la desolacion al corazon de la India, interin Gengis-kan acababa de someter y de talar el Corassan. Luego, ora por capricho, ora por saciedad, después de derramar tanta sangre, resolvió volver á la Mongolia por la India y el Tíbet (1225). Ordenó á los prisioneros, cuyo número se elevaba á veinte ó treinta por tienda, limpiar una enorme cantidad de arroz; y luego hizo que fueran degollados todos en una noche. Viendo después que seria en estremo difícil continuar el camino por el Tíbet, volvió á tomar el que habia seguido para entrar en Persia, matando á los pocos infelices que habian vuelto á las ruinas de las ciudades, y destruyendo á su paso las mieses; lo cual redujo á perecer de hambre á los habitantes refugiados en los bosques, mientras que los rebaños que seguian al ejército, le servian para su subsistencia.

Habia tenido por compañeros en sus espediciones á sus hijos y á sus sobrinos, aguerridos en la matanza con su ejemplo: al mismo tiempo sus generales habian ido á sembrar el espanto en Europa. Ju-chi sometió el Capchak, es decir, los inmensos valles meridionales del Volga y del Ural (1223), llamados por los antiguos Escitia, más acá del Imavo, y Sarmacia asiática. Esta comarca tenia por habitantes los restos del imperio turco, los pechinecos, los uzos, llamados después polovzos por los rusos, es decir, habitantes de las llanuras, cumanos por los húngaros y los griegos; y de aquí el nombre de Cuban que quedó á este pais, de donde emigraron entonces diez mil familias, que fueron acogidas por el emperador Juan Ducas Vataces, y otras que se refugiaron en Rusia. Después de haber dado la vuelta al mar Caspio, cruzado el Cáucaso y atravesado los desfiladeros de Derbend, derrotó Ju-chi á un resto de alanos, y se puso á perseguir á los uzos, que á menudo infestaban el territorio de las poblaciones eslavas é inquietaban á Kiof (1224), y que reuniéndose entonces á los rusos, intentaron contener á los mongoles, aunque fueron vencidos en Kalka.

Cuando asaltados los polovzos junto al Don por los mongoles, reclamaron el auxilio de los rusos, congregados los príncipes en Kiof, y comprendiendo perfectamente que una vez aniquilados sus vecinos, les amenazaba la misma suerte, resolvieron hacer causa comun con ellos contra los mongoles; y aunque éstos protestaran no tener intenciones hóstiles respecto de ellos, mataron á sus embajadores. Se dió una batalla en Kaleza; y allí fueron derrotados los rusos y perseguidos sus restos hasta el Dnieper (1222). Pero una órden de Gengis-kan llamó á los mongoles á nuevas empresas.

Subutay, otro general á quien habia encargado perseguir á los carismitas, se apoderó de sus

inmensos tesoros y recibió la sumision del príncipe cristiano de la Georgia, residente en Tauris, que en vano habia intentado resistirle aliándose con los príncipes del Aderbiyan y de la Mesopotamia. Luego instaló su campamento en la llanura de Mugan, que vino á ser después residencia habitual de los generales mongoles y de los descendientes de Ulagu (1221).

Caracorum capital.—Después de haber destruido en seis años el imperio que abarcaba á Balk, Bokara, Samarcanda, el Turkestan, el Corassan, el Carism, el Mawarannahar y gran parte de la Persia hasta la India, Gengis-kan escogió á Caracorum por capital de sus Estados. Esta ciudad, llamada Holin por los chinos, está situada casi en el mismo grado de latitud que Paris entre los rios Tula y Ongon. El terrible mongol habia vuelto á entrar en China para derrocar allí la dinastia de los Kin, cuando le sorprendió la muerte en medio de las matanzas y de las victorias (18 agosto de 1227). Dijo á sus hijos antes de espirar. «Con la ayuda de Dios os he adquirido un imperio tan vasto, que en un año no se puede llegar desde el centro á sus estremidades. ¿Quereis conservarlo? permaneced unidos; obrad de concierto para aniquilar á vuestros enemigos y elevar á vuestros amigos. Uno solo de vosotros debe ocupar el trono, y designo para que lo ocupe al tercero, Oktay.» Después de haber indicado lo que convenia hacer para alcanzar la victoria y mandado matar al rey de los tungusos tan luego como hubiera capitulado, murió á la edad de 63 años, después de haber reinado 22. Como habia dispuesto ocultar su muerte, fué trasladado en secreto á la Mongolia, y se dió muerte á cuantos encontrara el convoy en tan larga travesia. Cuando llegó á la Gran Horda se proclamó su muerte: corrieron á llorarle los grandes de su inmenso imperio: luego se le sepultó en las montañas del Burkan-Caldun, y la selva que creció en rededor de su sepulcro, fué la residencia real de sus sucesores.

Gengis-kan fué considerado como un dios por su nacion, que habia sacado de la miseria y de la oscuridad para elevarla á ser terrible dominadora. Queria, segun dicen, sujetar con sus armas al mundo, del que Dios le habia concedido el imperio; y no pudiendo terminar la mision que habia comenzado, la trasmitió á sus hijos. Debió sus triunfos al valor más audaz, unido á la astucia más profunda; y al oir la relacion de sus hazañas, se diria que no es un hombre sino la peste, un incendio, un terremoto ú otras fuerzas de la naturaleza que, sordas á los gemidos de las víctimas, consuman irresistiblemente su obra de destruccion. Fué poderosamente secundado por la absoluta obediencia de los suyos. Queria que sus oficiales tuviesen siempre á sus hombres prontos á montar á caballo á la primera señal. *El que manda bien una decena,* decia, *merece que le confie el millar. Pero si un jefe de diez conduce mal á los suyos, lo castigo con la muerte, á él, á su mujer é hijos, y elijo otro en la decena. Otro tanto hago con los jefes de centenas, mil y diez mil.* Y añadia: *He confiado el mando á los que reunian el talento y el valor; los bagajes á los que eran diestros y diligentes; á los pesados les pongo un látigo en la mano y les hago guardar los rebaños, ocupando de esta manera á cada uno segun su capacidad, y sosteniendo el órden y la disciplina, he visto aumentarse mi poder de dia en dia, como la luna nueva.*

Leyes de Gengis-kan.—Este conquistador dotado del genio de la destruccion, fué no obstante el legislador de su pueblo. El *Ulugyassa*, coleccion de sus leyes, escrita en lengua mongola con caractéres uiguros, era consultado con veneracion en las circunstancias importantes (6). Instituyó postas como en China, limpió los caminos de la Tartaria de las mesnadas de tribus independientes, y se vanagloriaba de haber establecido el órden y la justicia entre los suyos, entre quienes reinaba antes la insubordinacion y la desconfianza. La pena capital castigaba el homicidio, el robo, el adulterio, la sodomia, al que perdia por tercera vez los capitales que se le confiaban, al que ocultaba á esclavos fugitivos, ó los objetos hallados, ó el arma que otro habia dejado caer combatiendo; al que usaba sortilegios para hacer daño, ó al que en los duelos favorecia á uno de sus adversarios contra el otro. Con respecto á los vencidos, su muerte estaba consignada en una tarifa; la vida de un musulman costaba cuarenta baliscos de oro, y la de un chino el valor de un asno.

En la opinion de los mongoles nadie debia en la primavera y en verano bañarse en agua corriente; meter las manos ó sacarlas con un vaso de oro ó plata, lo que segun ellos, atraia el rayo, muy frecuentes en aquellas regiones. Si alguno de ellos era herido del rayo, debia purificarse todo lo que poseia pasando entre dos hogueras, se destruia su casa y se desterraba á la familia, sin que ninguno de sus individuos pudiese entrar hasta pasados tres años en la horda de un príncipe. Conforme con estas ideas Gengis-kan prohibió severamente derramar orines en el agua ó en las cenizas, echar en la corriente los tizones del fuego, los restos de una mesa ó de un plato, lavarse allí las manos ó los vestidos. Todo el que degollaba animales á la usanza de los musulmanes debia ser degollado; debia abrírsele el pecho, introducir en él la mano y arrancarle el corazon. Se debia un lugar en los banquetes á cualquiera que se presentaba, y una parte de los manjares servidos en la mesa; y los mongoles hacian manjares aun con las cosas más repugnantes (7).

Gengis-kan recomendaba no favorecer una religion más que otra, sino tratarlas á todas con

---

(6) Puede verse su traduccion en el *Journal Asiatique*, Enero, 1842, pág. 93-103.

(7) *Cibi eorum sunt omnia quæ mandi possunt; vidimus eos etiam pediculos manducare.* JUAN DE PIANO CARPIGNI.

igualdad, importándole poco á la divinidad la manera con que se la honrase. Esceptuó en consecuencia de contribuciones y cargos á los ministros de todos los cultos, como tambien á los pobres, médicos y sabios. Tenia quinientas mujeres y concubinas, lo selecto de las hermosuras mongolas y prisioneras: cada capitan debia pasar revista á las cautivas hechas por su compañia para regalar al rey y á los príncipes las que reunian más atractivos.

CAPÍTULO XIII

LOS GENGISKÁNIDAS.

Oktay.—Gengis-kan habia repartido sus Estados y su ejército entre sus hijos; pero tardaron poco en estallar rivalidades entre ellos, y convinieron en elegir, en conformidad de su intencion, un emperador, que fué Oktay (1227). Entonces todos con la cabeza descubierta y el cinturon echado al hombro, hicieron delante de él nueve genuflexiones y celebraron el solemne banquete, pronunciando el juramento: «Mientras quede de tu posteridad *un pedacito de carne*, que echada en la yerba impida al buey comerla, que puesta en una torta impida al perro probarla, no colocaremos en el trono á ningun príncipe de otra raza.» El nuevo emperador distribuyó generosamente ricos presentes; honró los manes de su padre con un festin suntuoso, y escogiendo cuarenta doncellas entre las más hermosas, *las envió á que le sirvieran en el otro mundo.*

Empezó por introducir algun órden en la hacienda, y limitó el poder de los gobernadores, segun los consejos de Ye-liu-cutsay, quien le dijo: *El imperio ha sido conquistado á caballo, pero no se puede gobernar del mismo modo.* Entonces hizo partir á tres ejércitos para terminar las conquistas paternales. Uno de ellos se dirigió á Persia para destruir á Gelaleddin, que de vuelta de la India, habia reconquistado muchas provincias: otro contra los capchacos y los búlgaros; con el tercero marchó personalmente contra la China, donde muy pronto esterminó á la dinastia de los Kin (1234). Habiéndole hecho presente sus cortesanos que no le convenia esponerse á las fatigas y á los peligros de la guerra, cedió á sus razones, y dejó triunfar á sus generales. Entonces se dedicó á construir edificios, para lo cual le daba medios abundantes Ye-liu-cutsay que administraba acertadamente la hacienda, emitió billetes de banco, y trataba de introducir entre los mongoles la civilizacion china con sus colegios y sus certámenes.

El ejército destinado á conquistar los paises situados al occidente del Volga (1236-42), y mandado por Batú, subyugó á los búlgaros, los capchacos, la Rusia, la Circasia, la Galitzia y Polonia. Gengis-kan habia obligado á sus cuatro hijos á que diesen un regimiento cada uno para guarecer la India, con los cuales fué invadido el norte de ésta y tomada y saqueada Lahore. Dehli se sublevó entonces (1211) contra el sultan Moez-eddin Baram-shah, por causa del desleal ministro Nisam al-Mulk que habiéndole muerto, puso en su lugar á Alaedin Massud-shah, mientras los mongoles invadian el pais del Sind por el Candaar.

Entre tanto murió Oktay á quien acortó la vida su extremada aficion á la caza y al vino. Muy diferente de su padre, era de un carácter dulce y liberal hasta el esceso. Si sus oficiales querian hacer alguna reduccion en las enormes sumas con que retribuia los mínimos servicios, les decia: *Sois mis mayores enemigos, impidiéndome adquirir la única cosa durable en el mundo, una buena fama.* Habiendo encontrado un dia lleno el tesoro, dijo que era un verdadero fastidio tener que guardar tanto dinero, é invitó á todos los que lo necesitaran á coger allí libremente. Después de comer se sentaba fuera de su tienda, y distribuia regalos á todo el que se presentaba: si compraba algo á un mercader, le hacia pagar la décima parte más del precio convenido. Hallaba escusas en favor de los musulmanes que se bañaban en el agua corriente, ó que mataban animales á su modo; y habiendo llegado á decirle un fanático que Gengis-kan se le habia aparecido en sueños para intimarle que ordenara de su parte á su sucesor esterminar á los musulmanes, raza perversa, le preguntó Oktay si sabia el mongol, y al contestarle negativamente, repuso *Pues bien, eres un embustero, porque Gengis-kan jamás habló otro idioma.* Y le hizo dar muerte.

Zagatay.—Zagatay, hermano mayor de Oktay, á quien habian tocado en herencia la Transoxiana y el Turkestan, y que habia sido nombrado su sucesor, murió poco después de él, y su descendencia conservó la dominacion de aquellos paises hasta el tiempo de Tamerlan. La emperatriz Turakina, viuda de Oktay, tomó la regencia como tutora de su hijo Cayuk, y confió la hacienda al mahometano Abd el-Raman, que la aumentó mucho vejando y disgustando á los pueblos: por lo cual Ye liu-cutsay murió de pesadumbre, y, ejemplo raro en su posicion, no se hallaron en su casa más que libros, cartas geográficas, instrumentos de música, medallas é inscripciones antiguas. Cuéntase entre los ministros más notables no sólo del Asia, sino tambien de otras comarcas. Nacido tártaro, adoptó las ideas y la cultura de la China, no cesó de mediar entre los opresores y los oprimidos, y abogó toda su vida por los vencidos tan fervorosamente, que Oktay le dijo un dia: *Nos falta verte llorar tambien por el pueblo.* Trató de hacer penetrar la justicia y algun sentimiento de humanidad en una nacion feroz, que no conocia más que el derecho de la espada, y sustituir al pillaje las exacciones regulares, y á las devastaciones los impuestos. Habia evaluado las rentas de la China en quinientas mil onzas de plata anuales (1), cuando tan solo comprendia los paises situados al norte del rio Amarillo: elevároнse á un millon cien mil onzas después de la conquista del Ho-nan. El musulman Abd el Rahman ofreció el doble por tener la recaudacion en arrendamiento, y Ye-liu le contestó: «Vos podriais sacar hasta cinco millones, pero seria apurando á los contribuyentes y escitando el descontento.» Como se propusiese hacer pasar las tropas chinas á Occidente y las fuerzas mahometanas á China, opúsose á ello Ye-liu, manifestando que la diferencia de clima mataria más soldados que la misma guerra. Es cosa de la que no se preocupan siempre naciones que llamamos civilizadas, y que es para él un mérito, aun cuando no se tuvo en cuenta. Así es que su memoria ha quedado venerada entre los chinos; y un siglo después, un emperador le decretó el título póstumo de rey.

Otros poderosos personajes del tiempo de Oktay sucumbieron tambien con su sucesor. Habiendo sido convocada la dieta, vióse acudir de todas partes, escepto á Batú, poco benévolo para con la regente, á los príncipes de la sangre y á los generales, cuya magnificencia hacia resaltar más la sencillez de los dos frailes europeos que habian llegado entre guerreros feroces á llevarles el Evangelio. La asamblea fué en un pabellon rodeado de una empalizada de madera pintada (agosto de 1246), y podia contener dos mil personas: la mitad del dia se pasó en hablar de asuntos, y el resto en embriagarse con un licor de leche fermentada, y todos los dias los miembros de este bárbaro congreso se presentaban con nuevos trajes. Cayuk fué saludado por kan. Distribuyó á su antojo diferentes reinos; pero despidió con amenazas á los embajadores del califa, y con desprecio á los del Viejo de la Montaña. Pero poco después murió (1248) gastado por las bebidas espirituosas y los escesos del amor. Tenia por ministros á dos cristianos, Cadac y Cingay, por cuyo favor varios religiosos penetraron en el palacio, como tambien médicos cristianos. Hasta se abrió una capilla en la residencia real para la celebracion de nuestros ritos. Su viuda fué la que recibió como regente la embajada enviada por san Luis, embajada de que ya hablaremos.

Mangú.—El trono fué entonces concedido á Mangú, que ya se habia señalado en las filas de los ejércitos enviados á China y Occidente (1251). «Entre otras pruebas de su fortuna, aconteció la de que en el momento de su inauguracion, las nubes estaban agrupadas hacia varios dias, y la lluvia caia á torrentes. Espesas sombras ocultaban el sol á las miradas de los astrólogos, que debian tomar la altura para indicar el punto favorable. De repente el resplandeciente disco del astro del dia se deja ver, como una novia que se muestra al esposo impaciente después de una larga espera. Descúbrese del cielo tanto espacio, cuanto era necesario para dejar aparecer el globo luminoso, pudiendo los astrólogos verificar su observacion.» (2)

Introdujo el nuevo príncipe mejor órden en la recaudacion de los impuestos, perdonando á los deudores atrasados, aboliendo las exacciones, y quitando á los príncipes de la sangre el poder absoluto que se abrogaban arbitrariamente sobre los paises conquistados. Comenzó por enviar al suplicio gran número de personas por haber atentado á su vida con sortilegios, después destruyó la dominacion de los Abasidas y de los asesinos (1257-58), y sujetó además el Tíbet y la India. Dirigia Mangú en persona la guerra contra los chinos, cuando murió á la edad de cincuenta y dos años (1259) y habiendo reinado ocho. Era aficionado á los adivinos, sencillo en su trato y severo con los grandes; prohibió el pillaje á sus tropas con tal rigor, que fué muerto un soldado por haber robado una cebolla. Tres años antes que él (1256), terminó tambien su carrera Batú, que habia llevado la guerra al Volga, negándose á ser kan, satisfecho con mandar los ejércitos.

Cubilay.—Cubilay, que combatia entonces contra el celeste imperio, fué elegido kan de los mongoles; pero Aric-Buga, su hermano, gobernador de Caracorum, fué proclamado al mismo tiem-

(1) La moneda corriente de los mongoles, en oro y plata, era llamada *balisco*; su valor era del peso de quinientos *miscales* de estos metales. Fray Oderico de Pordenone comparaba, en 1320, el balisco de papel á zequí y medio de Venecia. Su valor ha variado mucho.

(2) Djouveni ap. D'Ohsson.

po (1267), y resultó de aquí una guerra civil que duró muchos años; por último, Aric-Buga quedó reducido á ponerse á merced de su hermano, quien tuvo á bien perdonarle la vida. Cubilay llevó á feliz remate la conquista de la China, y adoptó sus leyes y sus usos: allí fijó su córte (1279), y la raza mongola fué designada en aquel punto con el nombre de Yuen ó Yen.

Los lamas habian salido vencedores de los camos entre los Gengiskánidas; y Cubilay elevó á la dignidad de pakba-lama, ó de jefe de la religion buddista en su imperio, al jóven Mati Dvasia, natural de Tíbet, sometiendo á su autoridad á los gobernadores de los diferentes distritos de que el pais se compone. No olvidando, á pesar de todo, la indiferencia de sus predecesores en materia de religion, favorecia tambien á los demás cultos. Así hacia que se le presentaran los cristianos en sus dias de fiesta, besaba el Evangelio después de haberle incensado, y decia que habia entre las naciones cuatro profetas, cuya asistencia invocaba: Cristo, Mahoma, Moisés y Sakia-Muni. No manifestó enemistad más que contra los tao-sse, mandando que fueran quemados todos sus libros. Poco éxito lograron los misioneros que el papa envió cerca de Cubilay. Persiguió algun tiempo á los musulmanes, porque rehusaban comer carnes matadas al estilo de los mongoles, y porque el Coran les manda destruir á los que adoran á muchos dioses.

«Cubilay-kan, dice un italiano que estuvo en su corte (3), es de gallarda apostura, ni alto ni bajo, sino de estatura mediana. Tiene blanco el cabello, y todos sus miembros son muy bien proporcionados. Tiene el rostro blanco y bermejo como una rosa, ojos negros y hermosos, la nariz bien hecha y acabada. Posee cuatro mujeres á quienes considera como legítimas esposas. Cuenta asimismo gran número de queridas. Sabreis como hay entre los tártaros una raza llamada de ungratos, gentes muy hermosas y apuestas. Entre ellos se han elegido cien doncellas de las más seductoras que se han encontrado para presentárselas al gran kan. Guárdanlas por su órden damas de palacio, y hacen que se acuesten á su lado en una cama para saber si tienen buen aliento, si son vírgenes y bien sanas en todo. Las que son hermosas y buenas bajo todos aspectos, son admitidas á servir al señor de este modo: cada tres dias y tres noches, seis de estas doncellas sirven al señor en su aposento y en la cama, para todo lo que necesita, y el señor hace de ellas lo que quiere: luego al cabo de tres dias y de tres noches le asisten otras seis doncellas; y así continúan de seis en seis todo el año.»

Avergonzado de ver á sus mongoles hábiles en disparar el arco y en cuidar de sus caballos, aparecer ignorantes al lado de los chinos y de los occidentales, Cubilay aspiró á introducir las ciencias en medio de ellos. En su consecuencia, ordenó al pakba-lama inventar un alfabeto que formó más de mil grupos silábicos: era de forma cuadrada (4). Mandó traducir los libros clásicos de la China, al mismo tiempo que favorecia á los literatos de todas las naciones, y principalmente á los astrónomos y á los traductores (5). Estableció una administracion regular, determinando sus atribuciones así como sus emolumentos: creó colegios, tribunales y empleos militares. Durante todo su reinado tuvo que sostenerse contra los competidores, y murió á la edad de ochenta años (1294), después de haber reinado treinta y cuatro. Ya no era un nómada que se ocupase sólo en esterminar á los pueblos vencidos; sino que educado en las ideas chinas, conocia las ventajas de la civilizacion. Su imperio, el más vasto de que hace mencion la historia, abarcaba la China, la Corea, el Tíbet, el Tonkin, la Cochinchina, gran parte de la India transgangética, muchas islas del mar del Sur y del Norte desde el mar Oriental hasta el Dnieper. Los reyes de Persia, cuyos Estados se estendian hasta el Mediterráneo y hasta los confines del imperio griego, eran considerados por los emperadores mongoles como oficiales destinados á mandar en su nombre á los bárbaros de Occidente.

«Cubilay-kan mandó construir en Jandú un palacio de mármol y otras ricas piedras, cuyas salas y cámaras están todas doradas, y es admirablemente hermoso. Al rededor de este palacio hay un muro de quince millas de circunferencia: hay arroyos, fuentes y muchos prados: el gran kan tiene allí muchos animales de diversas especies, como ciervos, gamos, cabritos, para servir de alimento á los halcones y gerifaltes que tiene de muda. Bien contará allí doscientos gerifaltes y va á verlos una vez á la semana. Frecuentemente cuando se dirige el gran kan á este parque murado, lleva un leopardo á la grupa de su caballo, y cuando quiere hacer coger uno de aquellos animales, suelta el leopardo; y cuando el leopardo lo ha cogido, hace que reparta la presa á los gerifaltes que tiene de muda, divirtiéndose en esto. Sabed que el gran kan ha mandado hacer en medio de este parque

(3) MARCO POLO, 67.

(4) KLAPROTH.—*Abhandl. über die sprache und Schrift der Uiguren*, en la segunda parte de *Reisein den Kaukasus*, 1814, pág. 538.

(5) La Academia imperial de ciencias de San Petersburgo se encargó, en 1840, de hacer imprimir la version alemana hecha por Schmidt de un poema mongol titulado *Empresas de Gesser-Kan*. Todo cuanto se refiere á este poema es incierto: la época, el autor, y si es histórico el héroe, al cual se presenta no obstante como oriundo del Tíbet, y hace sus espediciones al Tangut, comarca lindante con este territorio. Tampoco se sabe si el original fué compuesto en mongol ó en tibetano, pero la version de Schmidt ha sido hecha del texto mongol, que no está en la lengua literaria, sino en la lengua vulgar que hablan todas las clases.

un palacio de caña; pero por lo interior está todo dorado y trabajado delicadamente con figuras de animales y aves tambien doradas: el cobertizo es de cañas barnizadas y tan bien unidas, que no puede penetrar por medio de ellas el agua. Sabed, además, que estas cañas tienen de tres á cuatro palmos de espesor y aun más, y de longitud de diez á quince pasos: se las corta por nudos, luego á lo largo, y esto hace que sirvan como tejas, y así bien se puede cubrir una casa. Ha mandado construir esta especie de tejado tan artísticamente, que puede hacerlo desmontar cuando le agrade, sosteniéndole más de doscientas cuerdas de seda... Tiene una raza de yeguas y de caballos blancos como la nieve, sin ningun otro color, y las yeguas ascienden á diez mil por lo menos; y nadie puede beber leche de estas yeguas si no pertenece á la familia imperial.»

Ocupado Cubilay en gobernar la China y viendo la imposibilidad de dirigir desde un solo centro una máquina tan grande, dividió sus Estados en cuatro partes, reservándose la China, el Caracorum, la Mongolia, la Corea, el Kamil, el Tíbet, los reinos transgangéticos, llamados actualmente Siam, el Tonkin y la Cochinchina, es decir, toda el Asia oriental, con la soberanía sobre lo restante. Señaló á Zagatay, su tio, el Mawarannhar, que comprendia el Turkestan y se estendia en el Asia central y tenia por capital á Bisbalig. Berki, hijo de Batú, obtuvo el Capchak, es decir, todo el territorio que se encuentra entre el lago de Aral, el mar Caspio, el mar Negro y las fronteras orientales de la Rusia. Cupo en suerte á Ulagú el Carism, el Corasan, la Persia, la Armenia, la Georgia y todo cuanto conquistase del Asia menor y de la Siria con Taurís ó Tebriz por capital (6). Semejantes divisiones del imperio de Gengis-kan, eran señal de que cesaba el azote, y volverian á prevalecer las nacionalidades.

Las comunicaciones entre aquellas partes tan distantes de un cuerpo, eran facilitadas por estaciones de postas destinadas al servicio público. Hallábanse situadas á veinticinco ó treinta millas de distancia, con cargo para los que las tenian de mantener cada uno cuatrocientos caballos, de los cuales la mitad descansaba cada mes. Al aproximarse á la posta, el correo tocaba un cuerno á fin de que se prepararan los caballos, lo cual permitia á algunos andar hasta doscientas cincuenta millas en veinticuatro horas. Cada tres millas habia otras estaciones para los correos de á pié, quienes se trasmitian los despachos de uno á otro, mientras que los comisarios tomaban nota exacta de la llegada de cada uno de ellos (7).

Estaban obligados los soldados á permanecer seis años en el servicio, y se tenia la precaucion de enviar á los chinos á la Tartaria, á los mongoles á la China, y así respecto de las demás provincias. A los oficiales y á los extranjeros de distincion, se les daban placas de plata ó de oro, ordenando á los que las viesen que respetaran á los que las llevaban. Doce mil hombres formaban la guardia particular de Cubilay. El ejército era pagado con billetes fabricados con la corteza de la morera, de un tamaño proporcionado á su valor, sellados y firmados; era un crímen capital tanto no admitirlos como falsificarlos. Por muy usados que estuvieran podian ser renovados pagando un 3 por ciento. Al llegar á la frontera debian hacer entrega los estranjeros de la plata y del oro que llevaban consigo, para recibir papel en cambio: los doradores y los plateros podian ir á la casa de moneda por el metal que necesitasen para sus trabajos. Las dinastias chinas de los Sung y de los Tang habian ya recurrido al papel-moneda: por consecuencia se conocia en la China este espediente que tanto facilita las relaciones comerciales (8).

Cubilay designó por sucesor á Temur (Chintsung), quien reconocido por la asamblea, tomó el nombre de Olgaitú, es decir, afortunado (1294).

---

(6) Tebriz, es probablemente el Gabris de que habla Tolomeo, y fué edificada, por Zobeida, mujer de Harun al-Raschid. Sesenta y nueve años después fué destruida por un terremoto, luego reedificada por el califa Motawakel, poniéndola bajo la salvaguardia del talisman del escorpion, que tenia la virtud de defender de los terremotos, pero no de las inundaciones. Fué hermoseada por Casan-k an, emperador mogol, que la rodeó de una muralla de seis mil brazas de circunferencia, y construyó para sí mismo, á distancia de media legua, una magnífica bóveda sepulcral. Sus dos célebres gran visires Reschidin y Tageddin Alichá edificaron, el primero el arrabal Wellion, y el segundo la gran mezquita del castillo, que tenia de magnitud interior doscientas cincuenta brazas. El *bazar* y el *meidan*, es decir, la plaza del Mercado y del Coso, se cuentan entre los más bellos de las ciudades persas. La llanura de Tebriz se extiende desde el monte Seend hasta el lago de Urmia. El agua de este lago, filtrándose como la de San Felipe, cerca de Siena, produce la hermosa piedra transparente llamada mármol de Tebriz. Se compara su llanura por su amenidad, no sólo con los cuatro paraisos de Oriente, que son los llanos de Sogh, Schaa-bewan, Damasco y Obola, sino tambien con las ocho llanuras celestes, llamándose por esto *sekit genel*, ocho paraisos. Produce la naturaleza en aquel terreno exquisitas manzanas, peras, albaricoques y uvas, y el arte tejidos de algodon y de seda. Otras ciudades de la Persia son célebres por los sepulcros de los descendientes de los imanes y otros santos, pero Tebriz lo es como cuna ó sepulcro de los mas grandes poetas panegiristas de Persia, como Enveri, Kakani, Faryabi, de Koya Hemani, contemporáneo de Saadi, de Mohamed Assar, autor del poema romántico *Sol y Júpiter*, y de tres ilustres místicos, que eran Chemzeddin Tehrizi, maestro espiritual del gran Mewlana Gelaleddin, el poeta lírico místico Kasim *Alenwar* ó distribuidor de las luces, y Mahmud Chebesteri, autor del *Gülscheniraz* ó Era de rosas del secreto, poema didascálico de poesia mística, apenas conocido de nombre en Europa.» De Hammer.

(7) Marco Polo, II, 20.

(8) Klaproth, *Sobre el orígen del papel moneda* en el *Diario asiático*, tomo I, pág. 257.

Teniendo más aficion á la paz que á la guerra, supo renunciar de buen grado á los excesos del vino, vicio de que Cubilay habia procurado en vano corregirle. Murió sin hijos, y las intrigas de su viuda en favor de Ananda, no tuvieron otro resultado que costar la vida á sus parciales, en atencion á que Kaischan (Vu-tsung) fué proclamado emperador (1306). Poco tenemos que decir de este príncipe, sino que hizo divulgar una obra de Confucio, traducida al mongol, sobre la obediencia fiscal, y que mandó á un lama traducir al mismo idioma la mayor parte de los libros budistas. Ordenó que todo el que golpease á un lama perderia una mano y que se cortaria la lengua al que hablase mal de ellos (1311-20), lo cual aumentó excesivamente su arrogancia. Murió jóven y tuvo por sucesor á su hermano Ayur-Balibatra, que fué amigo de las letras (1323), y á quien sucedieron Suda-Bala é Yssun Temur.

Pero habiéndose hecho ya chino el imperio mongol, debemos fijar ahora nuestra atencion sobre la China.

CAPÍTULO XIV

CHINA

DINASTIAS XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX.—MARCO POLO.

Se llama *pequeñas dinastias* á las cinco de los Liang, de los Tang, de los Tsin, de los Han y de los Cheu *posteriores*, que reinaron en China desde 907 á 960: época funesta de guerras civiles por las cuales se sucedian unos á otros los reinantes, cuya dominacion duraba bastante para ejercer persecuciones y la tirania, pero no para hacer el bien del pueblo. El aventurero turco que habia fundado la dinastia de los Liang posteriores (1), esterminó los restos de la familia destronada (914); pero los torrentes de sangre que derramó, no le impidieron caer asesinado bajo el puñal de su hijo. Aquí sigue una série de usurpadores, que combatidos en lo interior por los eunucos y en lo esterior por los tártaros que recorrian el pais, no tuvieron seguridad hasta Tait-su III (960). Comenzó éste la décimanona dinastia, cuyos emperadores residieron en las provincias septentrionales, sin duda para estar más dispuestos á oponerse á los tártaros, y el afirmarse esta dinastia, proporcionó algun descanso al imperio y sustituyó el reinado de la ley á la anarquia.

Tai-tsu, hábil en la guerra y en la administracion (976), ordenó que las cuatro puertas de su palacio estuvieran siempre abiertas, «como su corazon lo estaba á todos sus súbditos.» Durante un invierno riguroso, pensando cuánto sufririan aquellos de sus súbditos que hacian la guerra en el Norte, envió su propia pelliza al general, espresando el sentimiento de no poder enviar una á cada soldado. Asediando á Nan-king, preocupado con el deseo de evitar las matanzas que acompañan comunmente á la toma de las ciudades, fingió estar enfermo; y habiendo acudido sus oficiales á visitarle, les dijo: *El remedio más seguro depende de vosotros: juradme que no derramareis la sangre de los ciudadanos.* Luego que prestaron el juramento, volvió á aparecer con cabal salud. A pesar de estas precauciones no pudo impedir que hubiera algunas víctimas, por lo cual hizo estas esclamaciones: *¡Cuán triste necesidad es la guerra, en que siempre hay que derramar sangre inocente!* Y añadió: *La vida del hombre es el mayor tesoro que existe bajo el cielo, y nunca se consagra bastante cuidado para impedir que se le arrebate á quien quiera que sea, cuando no lo exigen absolutamente la necesidad y las leyes.* En su consecuencia, prohibió á los gobernadores de las provincias y á los magistrados particulares enviar á nadie al suplicio antes de que la sentencia fuera revisada por el tribunal supremo y sometida al emperador.

Quiso que los ascensos en la carrera militar no se alcanzaran, como en la carrera civil, más que á consecuencia de un certámen, y que todo oficial tuviera que dar pruebas de conocimientos teóricos y prácticos en el arte de la guerra. Rehabilitó el crédito de Confucio y protegió á los letrados, á quienes acogia con benevolencia cuando tenian que pedirle algo, y á quienes interrogaba sobre los *Kings*: y consultado uno de ellos por él acerca del mejor modo de guiar y de dirigir á los demás, le respondió: *Para mejorar un imperio, nada hay tan provechoso como amar al pueblo: para mejorarse á sí mismo, nada hay tan útil como reprimir sus pasiones.* Estas máximas agradaron tanto á Tait-su, que quiso tenerlas de continuo á la vista. Creó empleos lucrativos y honoríficos para los letrados, reunió una biblioteca de ochenta mil volúmenes, reorganizó los antiguos colegios, instituyó otros nuevos, cada uno con un salon lleno de retratos de personajes ilustres, y él mismo asistia algunas veces á las lecciones. Así hizo que tornaran á florecer las letras, las cuales vinieron á trazar el

(1) Véase t. IV, pág. 471.

camino de las riquezas y de los honores. Aunque no siempre fué afortunado en sus guerras, pudo á lo menos repeler á los tártaros. La aparicion de un cometa le indujo á disminuir los impuestos; y por medio de una proclama invitó á cada uno de sus súbditos á advertirle de las faltas por las cuales habia podido merecer las plagas con que aquel astro amenazaba al imperio.

Chin-tsung mandó reimprimir los antiguos libros y buscar obras desconocidas ó preciosas (998). El encabezamiento de la poblacion agrícola hecho en 1013 produjo veinte y un millones nuevecientos setenta y seis mil doscientos sesenta y cinco individuos que pagaban el tributo en especie, sin contar las mujeres y los menores de veinte años. Prefirió á la guerra los tratados, y se obligó á pagar anualmente á los tártaros kitanos 100,000 onzas de plata y 200,000 piezas de tela.

Yin-sung, su sexto hijo y sucesor, fué gobernado en un principio por su madre y después por su esposa (1023): y cuidando sólo de conservar la paz aumentaba el tributo pagado á los kitanos, que tomaban ocasion de ésto para hacerle la guerra. Por lo demás, lleno de compasion hácia sus súbditos, abrumados de padecimientos, favoreció las letras y aumentó el número de los colegios, y arregló sus exámenes y disciplina. Queriendo conocer entre sus súbditos los que eran más capaces de administrar bien el pueblo, reunió en su palacio á los letrados de mayor nombradia, y les mandó escribir en su presencia los nombres de los que juzgaran más dignos de los empleos públicos, con el pensamiento de libertarse así de los peligros de la corrupcion y del favoritismo. La bondad del emperador dió osadia á los letrados, quienes formando entre sí una compacta liga, no tenian reparo en burlarse de los grandes y dirigirles sátiras. Cuando se les acusó delante del emperador por esto como de un delito, dijo á sus ministros: «A menudo he oido hablar de facciones formadas por gentes de baja estofa, que carecen de virtud y de mérito; pero las personas ilustres que ocupan empleos y poseen mérito y virtud, no se ocupan en semejantes manejos.»

Uno de aquellos letrados, más particularmente acusado, se disculpó de este modo: «Príncipe, se ha querido confundir en todo tiempo las asociaciones honradas y útiles con los conciliábulos indignos y peligrosos; propenden las primeras á la virtud y al bien público; fúndanse sólo en el interés los otros y cuando el interés ya no existe, los asociados se abandonan y hasta se hacen traicion mútuamente. No sucede así con aquellas que teniendo un fin elevado, se proponen guardar inviolablemente las reglas de la más recta razon y de la equidad más rigurosa. Su práctica es la rectitud y la fidelidad; no tienen más miedo que el de perder su reputacion: propenden á mejorar y perfeccionar al individuo, identificándose para esto con la recta razon y sosteniéndose unos á otros. Cuando se trata de servir al Estado, unen sus corazones y se dirigen de comun acuerdo á donde pueden ser útiles. Tal es la asociacion de los hombres honorables, tales son las funciones que forman... El *Chu-king* dice: El tirano Cheu-sin tenia bajo su autoridad millones de personas; pero tantos hombres, tantos corazones. Wu-uang, cuando iba á la pelea, apenas llevaba consigo treinta mil hombres; pero no tenian todos más que una alma. Bajo el tirano Cheu-sin no habia union ni inteligencia: así pereció y perdió el imperio. Wu-uang fué deudor de sus venturosos triunfos á los pretendidos conciliábulos. En el tiempo de los últimos Han, bajo pretesto de partidos y de conspiraciones, fueron buscados, presos y encarcelados los letrados de más nota. Sobrevino la revolucion de los gorros amarillos; y aquellos cuyo celo y prudencia hubieran podido prevenir el mal ó remediarlo, estaban en las cárceles, lo cual fué causa de que decayese el imperio. Reconoció su falta la corte, y arrepentida puso en libertad á los pretendidos conspiradores; pero era ya demasiado tarde, y no se pudo reparar el daño. Acusaciones semejantes fueron dirigidas á fines de la dinastía de los T'ang; y Chao-tsung envió al suplicio por estas á célebres doctores: personas de mérito fueron arrojadas al rio Amarillo, diciendo que era preciso dar de beber de su agua fangosa á los que se vanagloriaban de estar puros y sin mancha: la consecuencia fué la ruina de aquella dinastía...»

Sse-ma-kuang, 1018-86.—En tiempo de este emperador floreció el gran político Sse-ma-kuang, gobernador de la capital del Honan, luego censor público é historiógrafo de palacio. Su franqueza en decir la verdad y las esposiciones aun famosas que redactó como censor, le dañaron para con los sucesores de Yin-tsung; retiróse, pues, de la corte para consagrarse de lleno á su gran tarea, que debia abarcar las acciones de los príncipes y de los súbditos, y cuanto podia aprovechar á un gobierno equitativo. A este fin recogió todos los materiales que pudo proporcionarse, comparando las opiniones, rectificando los errores, esclareciendo las dudas, y compuso el *Espejo universal para los que gobiernan*, historia de las diferentes dinastías, á contar desde los primeros Cheu hasta la que reinaba entonces (2).

Mencio y Confucio eran los autores más estimados de los letrados, al par que Lao-seu era el ídolo de los tao-see. Ahora bien, entonces surgió una nueva filosofía que se podria llamar filosofía de la naturaleza, atendido que propendia á esplicar las leyes y á interpretar el lenguaje de ella: hasta pareció á algunos manchada de ateismo. Chen-lien-ki fué el que la promovió (1064); sus prosélitos alcanzaron del emperador Yin-tsung honores y empleos. Wang-an-schi, ministro de Estado, les protegia y colmaba de favores, con el pensamiento de una reforma, lo cual les suscitó una

(2) Véase t. II, pág. 273.

oposicion enérgica por parte del historiador Ssema-kuang. El primero queria trasformarlo y regenerarlo todo; el otro suscitaba de continuo la memoria de las tradiciones antiguas y de los ejemplos de lo pasado, de que se servia para apoyar no menos las instituciones útiles que las rancias preocupaciones. Epidemias, terremotos, sequias, desolaban al pais, y los censores invitaron al emperador, segun costumbre, á examinar su conducta y á reformar su método de vida (1069); lo cual hizo abandonando el placer de la música, del paseo y de las diversiones. Desaprobólo Wang-an-schi, quien le dijo: «Las calamidades presentes provienen de cosas fijas, inmutables, y que no tienen conexion alguna con las obras de los hombres. ¿Esperais cambiar el curso ordinario de las cosas, ó pretendeis que la naturaleza se imponga otras leyes?» Al oir estas palabras, esclamó Sse-ma-kuang: «¡Desgraciados príncipes aquellos á cuyos oidos se murmuran máximas semejantes! Si se les quita el miedo al cielo, ¿qué freno queda para impedir sus escesos? Soberanos de todo, pudiendo hacer impunemente lo que sea de su agrado, se abandonarán sin remordimiento á todos sus caprichos, y ya no tendrán medio de hacer que vuelvan á la senda del deber sus más afectos servidores.»

Wang-an-schi se aprovechó de la confianza que el emperador tenia en él para introducir nuevas leyes y costumbres. Segun su sistema, el primer deber de un soberano, el más esencial, es amar á su pueblo de manera que se le proporcione abundancia y contentamiento, ventajas reales de la existencia. A este fin bastaria inculcar las inviolables máximas de la rectitud á todos; pero como no de todos se puede esperar su rígida observancia, el príncipe debe atender á ello con cordura. En su consecuencia restableció los tribunales de policia instituidos por los Cheu, que inspeccionando la compra y venta de los objetos usuales, determinaban su precio dia por dia, imponian tributos sólo á las personas ricas, y reunian su producto á los ahorros hechos por el príncipe, para alimentar á los ancianos, á los pobres y á los jornaleros sin trabajo. Otros oficiales estaban encargados de repartir los terrenos baldios entre los agricultores, facilitándoles granos para la siembra, bajo la condicion de restituir en especie los adelantos que se les hacian. Estos magistrados designaban el género de cultivo que era más propio de cada terreno, medida que seria desastrosa y homicida bajo otro gobierno menos pueril que el de la China, en que todo estaba reservado á la razon pública, y nada al buen sentido privado.

En cada ciudad establecieron bancos para la recaudacion de los impuestos reales, cuyas cuotas estaban en proporcion con la abundancia ó escasez de la cosecha. Todos podian acuñar moneda, y hasta cambiar su legítimo peso, lo cual hacia variar hasta lo infinito la especie y el valor, hasta que Wang-an-schi fijó su valor y su figura, instituyendo en cada distrito un tribunal, á quien pertenecia el derecho de hacerla acuñar en proporcion que se necesitara. Suscitó muchas más quejas y odios con las innovaciones que quiso introducir en la clase de los letrados, cambiando la forma ordinaria de los exámenes para los diferentes grados, imponiendo la obligacion de esplicar los *King*, segun los comentarios de que era autor, y de interpretar los caractéres conforme á su *Diccionario universal*. Aunque los doctores hicieron muchas reclamaciones, Ching-sung conservó toda su vida su apoyo al ministro.

En tiempo de sus débiles y supersticiosos sucesores, los tártaros Chu-ché (pág. 52), después de haber vencido á los kitanos, fundaron al nordeste de la China el imperio de King (1115). No tardó Tai-tsung, tronco de esta dinastia, en enemistarse con el imperio inmediato y ocupó las provincias septentrionales de Pe-chi-li y de Chen-si. Habiéndose aumentado posteriormente, extendieron sus conquistas y tomaron alguna vez hasta la capital (1126); incendiaron á Nan-king (1161), y en tiempo de Ning-tsung amenazaron más que nunca al Imperio. Entonces el hijo del cielo recurrió á los mongoles, que acababan de aparecer apenas (1194), aunque ya tan formidables, que á la noticia de su marcha el jefe de los Kin, envió inmediatamente á Ning-tsung un comisionado que le ofreciera la paz. Habiéndola éste rehusado, esclamó: *Los tártaros occidentales me arrebatan hoy mi imperio; mañana os arrebatarán el vuestro.*

Con efecto, Gengis-kan, esperando el apoyo de los kitanos, poco resignados á la sumision, después de haber invocado á la divinidad sobre una alta montaña con la túnica flotante, se puso en marcha acompañado de sus cuatro hijos, á la cabeza de un ejército bien disciplinado y lleno de confianza en su valor. Cruzó el desierto de Cobi, y en breve avasalló el imperio de los Kin (1213), de donde cogió un inmenso botin en tejidos de oro y de seda, en rebaños, en caballos y en hombres. Pero deteniéndose en medio de sus triunfos, otorgó la paz á aquel emperador, recibiendo entre el número de sus mujeres una princesa de real estirpe, con ricos presentes, entre otros, quinientos mancebos, otras tantas doncellas y tres mil caballos. Luego que cruzó las fronteras mandó degollar á sus numerosos prisioneros; después retrocedió camino, y antes de que los diferentes príncipes tuvieran tiempo de ponerse de acuerdo, los venció uno á uno. Asaltó en persona el Tangut, entrándole todo á sangre y fuego (1226). Sus generales le sugerian matar hasta el último de los habitantes de que no podia sacar ningun servicio, para reducir el pais á pastos. Pero Ye-liu-cu-tsai les demostró como sin trabajo se podia sacar de un pais fértil y de habitantes industriosos un tributo de quinientas mil onzas de plata, de ochenta mil piezas de tela de seda, y de cuatrocientos mil sacos de grano. Habiendo enviado el rey de los Kin un gran vaso lleno de perlas, Gengis-kan se las dis-

tribuyó á todos los que llevaban zarcillos en las orejas, y derramó las demás por el suelo, abandonándolas al primero que llegara.

Sintiéndose próximo á la muerte este feroz conquistador antes de haber terminado la conquista (1227), indicaba los medios de someter á los tungusos, y ordenaba quitar la vida al rey y á la poblacion tan luego como hubieran capitulado; lo cual fué ejecutado. Así ni aun la muerte reducia al descanso á este azote de la humanidad. Entonces Pe-yen, general del gengiskánida Oktay, tomó á Ho-nan, capital de los tártaros occidentales, cuyo rey se ahorcó de desesperacion. Con éste acabó el imperio de los Kin (1234); pero los vestigios de este imperio sobrevivieron hasta el instante en que salió de ellos más tarde la dinastia (Manchú) que gobierna en la actualidad el imperio del Centro. El tributo de quinientas onzas de plata que pagaba la China al norte del rio Amarillo, se elevó á un millon cien mil entonces.

No tardaron los chinos en reconocer cuán peligrosos eran semejantes aliados; pero cuando el peligro reclamaba un guerrero belicoso (1225), el pais tenia por soberano á Li-tsung, quien completamente inhábil para las armas, fluctuaba entre los tao tsee, cuyos ritos observaba, y Confucio, á cuya familia confirió el título ducal y la exencion de todo tributo. Los últimos emperadores Sung residian en Lin-gan, ciudad construida sobre las lagunas, que traia á la memoria de Marco Polo, Venecia, su patria (3), y donde se contaban mil doscientos puentes (4), custodiados de noche por centinelas, y bastante elevados para que pudieran pasar por debajo los buques sin inclinar los mástiles. Construida de madera, poblada de seiscientos mil habitantes, encerrando un gran número de plazas empedradas y tres mil baños, tenia cien millas de circuito, comprendiendo un lago de treinta millas de circunferencia, y una montaña en cuya cumbre estaba un vigia, que al primer resplandor de un incendio, tocaba con mallos en postes de madera, dando así la señal de alerta en toda la ciudad.

Los mongoles.—No quedaban á Li-tsung más que las provincias meridionales; y Tu-tsung, su sucesor, no pensó en defenderlas, sino en engolfarse en los deleites (1265). Así, previendo muchos hombres sensatos la ruina inevitable de aquella dinastía, se refugiaban al Norte en las conquistas de los mongoles (1260). Su kan Mangú habia enviado á Cubilay para consolidarlas y estenderlas: este general se aficionó á la civilizacion china, y habiendo tomado en breve el título de kan (1267), fundó un imperio septentrional dejando á los vencidos la satisfaccion de haber educado á los vencedores. Cubilay se ganó el favor de los letrados mostrando respeto á la ciencia y á su fundador, aunque se inclinase al budismo; y el filósofo Yao-chu, que desde su infancia le habia instruido en las letras, redactó para él un tratado de moral y política, en el que señaló cuatro abusos que habia que destruir prontamente. Dió á cultivar á los soldados el mediodia del Ho-nan, donde estaban prontos á tomar las armas tan luego como se presentasen los ejércitos de los Sung (1275). Habiendo después declarado la guerra á éstos, marchó contra ellos sin tener en cuenta las proposiciones de la reina viuda; apoderóse del jóven emperador Kong-tsung, y le envió á morir al desierto de Cobi. Sus hermanos, que tomaron uno después de otro el título de hijos del cielo, no pudieron impedir que la dinastia de los Sung pereciese en las llamas (1279). Con ella acabó la dominacion china, que habia continuado cuatro mil años en diez y nueve dinastias; y cayó el imperio del Centro por primera vez bajo la autoridad de los extranjeros. Después de haber resistido los chinos muchos años á las armas de Cubilay, guiadas por el héroe Péyen, se doblaron bajo la coyunda de la fuerza; muchos gobernadores y empleados se suicidaron, y muchos comandantes de plazas se sepultaron en las ruinas con sus familias.

Cuando Cubilay se encontró dueño de toda la China, con el sobrenombre chino Chi-tsu, pensó en avasallar el Japon, que se habia negado á rendirle homenaje; pero una horrible tempestad destruyó su escuadra, y las guerras que tuvo que sostener con los pretendientes le impidieron armar otra. Promulgó un código menos riguroso que el de la dinastia de los Sung, y mandó hacer el encabezamiento del pais, donde se encontraron trece millones de familias sujetas al impuesto, compuestas de cincuenta y nueve millones de personas, sin contar la Corea, cuyo rey era su vasallo y le enviaba sus congratulaciones al principio de cada año. Fiándose poco en los vencidos, confirió las magistraturas á mongoles ó cristianos, con gran disgusto de los chinos.

Pe-king.—Cubilay tenia su residencia en la nueva ciudad de Ta-tu, llamada en el dia Pe-king y Cambalú (5) por Marco Polo, que hace la descripcion siguiente: «La residencia real es un cuadrado cuyos lados tienen una milla de largo y en cada ángulo hay un hermoso palacio. Allí existen todos los arneses del gran kan, á saber: arcos, carcajes, sillas, bridas, cuerdas, tiendas y todo lo que es necesario al ejército y á la guerra... Este palacio es el mayor que se ha visto nunca; no tiene átrio, pero su esplanada está más elevada que el terreno

(3) Marco Polo, de quien tomamos esta descripcion, la llama Quin-say, que interpreta *ciudad del cielo*. Seria en chino *Tien-tsay*, y es probable que la confunda con *King-sse*, residencia real, título que se daba efectivamente á Lin-gan, que hoy es Ang-cheu-fu.

(4) Aventuramos este guarismo ménos exorbitante que el de doce mil que se halla en el texto de Marco Polo.

(5) Es decir, *Kan-balik*, residencia del rey. Véase t. II, página 223.

lo menos en diez palmos, la techumbre es muy alta. Las paredes de las salas y habitaciones están cubiertas de oro y plata. Vénse en ellas esculpidas hermosas historias de mujeres, de caballeros, de aves, de animales y otras muchas cosas bellas. La techumbre está hecha de tal manera que no se vé en ella más que oro y plata. La sala es tan larga y ancha, que pueden comer en ella seis mil personas con comodidad; y hay tantos aposentos, que causa maravilla. El revestimiento esterior es de color rojo, violeta, verde y de otros muchos matices, y tan bien barnizado, que brilla como el oro y el cristal; lo que hace que se vea el palacio resplandecer desde muy lejos. Entre una pared y otra hay hermosas praderas y árboles... Un gran rio entra en él y sale, tan bien dirigido, que ni un pez puede escaparse..... Y además, sabed que cuando se habla al gran kan de un hermoso árbol, le hace arrancar con todas sus raices y mucha tierra y plantarlo en esta montaña, cualquiera que sea su altura, en atencion á que es llevado por elefantes.

«La ciudad de Cambalú, donde están estos palacios... tiene veinticuatro millas de circuito, es decir, seis millas por cada lado, en atencion á que es enteramente cuadrada... Las murallas son de tierra... y tiene diez puertas, y en cada una de ellas un gran palacio... Hay tambien en cada cuadrado de esta muralla un gran palacio, donde están los hombres que guardan la plaza. Ahora bien, sabed que las calles de la ciudad son rectas, que desde una puerta se ve la otra, y que lo mismo sucede con todas las que se encuentran. La ciudad contiene muchos palacios, y en medio existe uno, encima del cual hay una gran campana que toca tres veces por la tarde; nadie puede entonces andar por las calles, á menos de una urgente necesidad, como para una mujer de parto, ó para algun enfermo. Sabed que cada puerta está guardada por mil hombres, y no creais que es por temor á otra nacion; sino que se hace por respeto al soberano que reside allí, y para que los ladrones no cometan desafueros por la ciudad.

»Cuando el gran kan quiere dar un gran banquete... su mesa está más elevada que las demás, y está sentado por la parte del Norte... de tal manera, que puede ver á todo el mundo. Fuera de esta sala, comen cuarenta mil personas, atendido á que llegan allí muchos hombres de paises extranjeros con singulares regalos... En la sala hay un vaso grande de oro fino del contenido de un gran tonel, lleno de buen vino, y á cada lado de este vaso, hay otros dos pequeños; se saca vino del grande, y otras bebidas de los pequeños. Tienen copas barnizadas de oro, y cabe en ellas tanto vino que apenas podrian ocho hombres beber lo que contiene cada una; para cada dos convidados se pone una de estas copas; tiene tambien cada uno una copa de oro con asa, que sirve para beber, siendo toda esta vajilla de gran valor... Sabed que los que sirven á la mesa al gran kan, son grandes señores, y tienen su boca y su nariz envueltas en ricos paños de seda, con objeto de que su aliento no vaya á dar en los manjares de su amo. Cuando el gran kan va á beber, todos los instrumentos empiezan á tocar, y hay gran cantidad de ellos; se toca mientras él tiene la copa en la mano, y entonces cada uno se arrodilla, los señores y toda la asistencia, y hacen señal de gran humildad.

«El dia de su cumpleaños, el gran kan se viste con su traje de paño de oro; doce mil barones y caballeros se visten todos con él del mismo color y de la misma manera; pero sus trajes no son tan caros. Tienen grandes cinturones de oro, que son un regalo del kan. Ahora bien, yo os digo que hay trajes de estos que valen, con las piedras preciosas y perlas que tienen, más de diez mil besantes de oro; y hay muchos de éstos. Sabed tambien, que el gran kan da trece veces al año ricos vestidos á aquellos doce mil barones, y que viste á todos del mismo color que él» (6).

Marco Polo.—Marco Polo habia nacido en Venecia hácia el 1250, mientras que su padre Nicolás y su tio Maffio, venecianos instruidos y hábiles, viajaban por los más remotos paises. De Constantinopla pasaron con sus mercancias á Soldadia, de allí á la córte del Capchak, y en fin, fueron con un embajador persa, á la horda de Cubilay-kan á Chemenfú (7). Este acogió cortesmente á ambos italianos, y se informó de las costumbres y religion de su pais, «y sobre el modo con que sostenia el emperador su dominacion contra sus enemigos, y la justicia en el imperio; sobre lo concerniente á las guerras, los ejércitos y las batallas; sobre el papa y la condicion de la Iglesia romana; sobre los reyes y los príncipes del pais. Y cuando el gran kan hubo oido las circunstancias de los latinos, manifestó que le agradaban mucho;» y les encargó rogasen al papa, cuando volvieran á su pais, enviarle personas instruidas en las siete artes liberales, para instruir á sus pueblos.

Dióles en consecuencia cartas y una hoja de oro, ó dorada, en la cual estaba escrita la órden á todos sus súbditos de respetarlos, y proporcionarles gratuitamente, sobre su territorio, medios de trasporte y escoltas. Llegaron atravesando el Asia hasta San Juan de Acre, y pasaron de allí á Venecia, donde Nicolás encontró á su hijo Marco, que habia dejado en el seno de su madre, y que ya tenia quince años. Estando entonces vacante la Santa Sede, no quisieron retardarse más y volvieron á marchar para la Palestina, donde presentaron su mensaje al cardenal legado Tibaldo Visconti. Como la noticia de su elevacion llegó precisamente entonces (1271), les entregó las cartas, y les dió para acompañarlos dos religiosos carme-

(6) *Milione*, par. II, 69, 70, 71.
(7) *Kan-fu*, es decir, en la córte.

litas, Nicolás de Vicenza, y Guillermo de Trípoli, ambos literatos y teólogos.

Los cinco cristianos pasaron á través de los peligros que acompañaban la invasion de Bibars en la Armenia, y llegaron á Chemenfú, donde dieron cuenta al kan de su embajada. Marco, jóven despierto, quedó admirado en presencia de un mundo tan diferente del nuestro, y empezó á tomar notas de todo lo que parecia digno de recuerdo, «lo cual supo hacer mejor que nadie.» Asistió á la ruina de los Sung, y los Polo secundaron á Cubilay en esta empresa, construyendo máquinas para disparar piedras que pesaban trescientas libras.

Marco, á quien Cubilay estimaba hasta el punto de nombrarle miembro del consejo privado, fué enviado para recoger noticias estadísticas en el imperio, y encargado de importantes legaciones y gobiernos. Habiendo sabido padre é hijo, cuando estaban en embajada en la corte de Persia, la muerte de Cubilay, resolvieron volver á Europa. Vieron otra vez su patria, pero peleando por ella en la Curzola, Marco fué cogido por un buque genovés. Detenido prisionero (1293), consoló su cautiverio contando diferentes cosas, «muchas de las que viese con sus ojos, y otras muchas que no vió, pero que oyó de boca de hombres instruidos y dignos de fe; pero da lo que ha visto por visto, y lo oido como oido, con objeto de que su libro sea exacto, leal y sin defecto. Creed ciertamente, dice, que desde el dia en que nuestro Señor Jesucristo crió á Adan, nuestro primer padre, no hubo hombre en el mundo que hubiera visto tanto ó se haya informado más, que el tal señor Marco-Polo.» Devuelto á la libertad y á su patria, murió cargado de años (1323); y habiendo su *Relacion* (8) cundido por toda la Europa, estimuló á nuevos descubrimientos, los cuales confirmaron la veracidad de un libro que se habia acusado al principio de exageracion, hasta el punto de haber dado á su autor el sobrenombre de *Millon* (9).

Los escritos de Marco Polo son, pues, una fuente preciosa de datos, concernientes á la China y á la política de Cubilay. Este conquistador estableció las reglas de un nuevo ceremonial particular á la dinastia de los Yuen por todo lo que era relativo á los ritos, á la música, la danza, las recepciones de los embajadores, á los trajes y á otras muchas cosas. Instituyó concursos y grados para llegar sucesivamente á los diferentes empleos, con esclusion de toda intriga; y varios letrados chinos, principalmente Hiu-heng, le ayudaron en la tarea que habia emprendido de introducir la civilizacion china entre los mongoles. Marco Polo notó en estos paises, que para marcar los caminos, plantaban árboles con grandes ramas; que quemaban una especie de piedras negras «que se sacaban por vetas de las montañas, que arden como carbon, y mantienen el fuego más tiempo que la leña...; y en todo el pais de Catay no se quema otra cosa.» Hé aquí el carbon de piedra (10) en estas regiones, como ya hemos encontrado las bombas y el papel-moneda. No habria tampoco nada de inverosimilitud en creer que la Europa debió á estos viajes el conocimiento del papel, de la pólvora y de la imprenta.

Ching-tsung (Temur), sucesor de Cubilay (1294), hizo poco, si no fué el suprimir el derecho que los grandes se habian atribuido arbitrariamente de imponer la pena capital, mandando que toda sentencia de muerte fuera confirmada por el emperador. Los letrados, á quien honró reverenciando á Confucio, le dieron el título de ilustre. Wu-tsung (1306), por el contrario, manifestó predileccion por los lamas, que en su reinado se entregaron á todos los abusos del poder. Su hermano Yin-tsung (Ayur-Balibatra) (1311) trató de remediar el mal enviando á morir ó al destierro á los ministros infieles que reemplazó con hombres íntegros y desinteresados.

---

(8) Se cree que fué escrito el original de esta obra en veneciano, dialecto del escritor. Spotorno sostiene que con su larga ausencia debia aquel haber olvidado la lengua nativa y que el genovés Andaló del Negro la escribió en latin segun la relacion del mismo Marco Polo. Los principales escritores aseguran que Rusticiano de Pisa la escribió en francés conforme la iba oyendo de boca de Marco, su compañero de prision. El texto más auténtico parece ser el que publicó la Sociedad geográfica de Paris en 1824. Pronto fué traducido al toscano y á otras lenguas, pero intercalando nuevos pasajes, siendo Ramusio en su Coleccion de viajes quien se tomó más libertad en hacer estas agregaciones. Algunos de los pasajes que hemos citado son de los intercalados, pero nos hemos servido de ellos, porque Ramusio debe haberlos sacado de alguna otra relacion contemporánea. La edicion italiana de Baldelli está muy bien escrita. En 1844 los viajes de Polo fueron impresos en Edimburgo por Murray, con numerosas notas aclaratorias. A. Bürck *(die Reisen des venezianers M. Polo.* Leipzig, 1845) dió la traduccion alemana con arreglo á las mejores ediciones, y con ayuda de F. Neumann, que viajó por los mismos lugares que Marco, y que encuentra exactísimo cuanto éste dice. En Venecia fué hecha en 1847 una edicion italiana bajo la direccion de Vicente Lazzari, traduciendo la de 1824, descartando los pasajes que añadió Ramusio y adornándola con notas.

Enrique Yule, coronel del cuerpo de ingenieros de Bengala, imprimió en Lóndres en 1871 *the book of sir Marco Polo the venetian, nuty translated and edited with notes*, 2 tomos. con mapas, figuras y disertaciones sobre la vida, la familia y el carácter de Marco Polo y abundantes noticias geográficas, etnográficas y filológicas.

(9) Wod, teniente de la marina británica en la India, que descubrió en 1829 los verdaderos manantiales del Oxo, sobre la elevada meseta de Pamer, reconoció que la descripcion hecha de estas comarcas por Marco Polo era muy exacta.

(10) Los primeros misioneros jesuitas de la China nos hablan tambien de cierta piedra bituminosa que se enciende perfectamente, y produce un calor más fuerte y duradero que el del carbon.

Honró á la historia y á los antiguos sabios, y quiso además que en tiempo de eclipses y desastres, considerados por los chinos como advertencias del cielo por las culpas de los reyes, cada uno tuviese que esponer sus agravios; espulsó á los eunucos de los empleos, é hizo mejor reparticion de los impuestos.

Los mongoles se aproximaron más á los chinos bajo Yng-tsung (Sioda-Bala) (1320), que conoció y practicó todas las ceremonias de los antiguos emperadores, y proclamó una amnistia general. Pero asesinado pronto, tuvo por sucesor á Tai-ting (Ysun-Temur) (1323), quien le vengó. Este soberano instaló en el palacio doctores encargados de esplicar cada dia los libros más propios para acostumbrar al gobierno los príncipes y los grandes, que debieron, así como sus hijos, asistir á estas lecciones, donde servia de testo la historia de Sse-ma-kuang. Así penetraron en la opinion pública diferentes máximas que las que los mongoles habian seguido hasta entonces, y la verdad pudo hacerse oir hasta en las gradas del trono. No consiguieron sin embargo los letrados disminuir el poder de los lamas; y como se aumentaba, por el contrario, cada dia, atribuyeron á esta causa la sequia, las epidemias y la muerte prematura de Tai-ting.

Después de algunas dificultades, Uen-tsung (Tot-Temur) obtuvo el reino. Empezó á tributar en persona homenajes al cielo (1329); lo que segun los reglamentos de Cubilay, no se habia hecho hasta entonces más que por representante; y quiso que una sola de las mujeres del soberano llevase el título de emperatriz. Llamó á la corte al gran lama, al cual tributó honores sobrehumanos (11); y los grandes le tributaron homenaje presentándole de rodillas la copa de vino. Como éste encerrándose en su divina impasibilidad, no daba señales de agradecer aquellas atenciones que para los chinos son deberes imprescindibles, le dijo un letrado lleno de despecho: «Hombre de bien, sé que sois discípulo de Fo y jefe de los bonzos; pero vos ignorais tal vez que soy discípulo de Confucio, y uno de los primeros entre los letrados del imperio. Así, pues, dejémonos de ceremonias.» Y le presentó la copa quedándose en pie. El gran lama se levantó de su sitio, la tomó sonriéndose y bebió.

Chun-ti (Togan-Temur) fué el último mongol que gobernó la China (1333), que ascendió al trono á la edad de 13 años, siendo débil de cuerpo y dado á los placeres. Muchos señores mongoles se aprovecharon de esto para saquear las provincias, y el descontento que resultó de ello favoreció á los patriotas chinos, que nunca habian renunciado á la esperanza de sacudir el abominable yugo del estranjero. Exagerando, pues, las faltas del rey y sus ministros, atribuian á los metéoros y acontecimientos fortuitos la significacion más siniestra, y aunque el gobierno prohibió á los naturales tener armas, como tambien saber el mongol, indicios de próxima insurreccion se manifestaban por todas partes. Empeoró el estado de los ánimos la empresa de mudar el curso del rio Amarillo, para que desaguase en el mar de Tien-sin-hoey; obra enormemente dispendiosa, que privó á varias provincias de las ventajas de un gran rio, al mismo tiempo que en otras, los propietarios eran violentamente despojados de sus terrenos. En las provincias de Chan-tung y de Ho-nan, las más maltratadas de todas, se reunieron hasta cien mil rebeldes, al mismo tiempo que un pirata que surcaba el mar á lo largo de las costas, impedia trasportar el arroz á la corte. Mientras que la tempestad se aumentaba, Chun-ti se recreaba con diez y seis hermosas jóvenes, y las músicas, los cantos, los ritos de Fo y el lujo formaban un temible contraste con el hambre que mató hasta novecientos mil individuos.

Habiéndose puesto á la cabeza de los insurrectos el bonzo Chu, unió sus esfuerzos, como le era necesario, para vencer la resistencia que oponian los gobernadores de las ciudades y fortalezas, mongoles de orígen, de afecto ó interes (1367). Proclamado rey, se dedicó á ganarse la voluntad del pueblo con un gobierno modelado segun las antiguas tradiciones, rodeándose de hombres capaces, favoreciendo el saber y la virtud, ofreciendo en sí mismo el ejemplo de un buen soberano, y en todo opuesto á Chun-ti. Viósele prohibir todo fausto, aproximarse al pueblo de donde habia salido, trazar el plan de las operaciones militares, y dirigir la guerra en persona. Conquistó muchas provincias á viva fuerza; otras se le entregaron espontáneamente determinadas á ello por las proclamas que enviaba á todas partes, para demostrar que la China civilizada no debia permanecer avasallada por toscos septentrionales, que el cielo, después de haberlos enviado como castigo, los castigaba ahora á su vez rechazándolos. Vencidos por todas partes, refugióse el emperador en la Tartaria; y esta raza, cuyos principios habian sido tan formidables, cesó de reinar en la China (1368).

Algunos emperadores mongoles habian confiado demasiado de la fuerza. Es verdad que otros se dedicaron á ingertar esta civilizacion envejecida en el jóven tronco de las selvas; pero los musulmanes y los budistas que rodeaban al emperador trataban siempre de hacerle instituir colegios, naturalmente en oposicion á las máximas de la educacion china. Fiel ésta á sus antiguas tradiciones rechazaba tenazmente de su círculo las personas é ideas extranjeras, al paso que bajo los mongoles acudian al imperio del centro los indios y los occidentales, que ocupaban hasta los cargos literarios, que enseñaban y que traducian. Y si bien Cubilay, principal promovedor de este movimiento, conoció y apreció los filósofos chinos, de los que mandó hacer versiones mongolas, tal vez encontró que su religion sin altar y sin el atractivo para los sentidos

(11) Véase sobre las vicisitudes del lamaismo en China una nota en la pág. 186 y siguiente del *Libro de los Reyes*, traducido por MOHL. Paris, 1837.

que acompaña al lamaismo, convenia poco á los suyos.

Con ardor los letrados chinos se opusieron á esta invasion de ideas. Puede en efecto decirse que su literatura y filosofia se resintieron poco de la vecindad extranjera, al paso que los mongoles se aprovecharon de la de los chinos. La invasion extranjera no cambia las costumbres porque están identificadas con las opiniones, y éstas con el gobierno. A la clase de letrados es á la que pertenece conocer los libros depositarios de los ritos y usos antiguos. Ahora bien, en el largo aprendizaje, necesario tan sólo para saber leer, se acostumbran á un respeto maquinal á las costumbres de sus antepasados, y el gobierno vela con el mayor cuidado para que todo camine arreglado á aquellas formas. El culto de los antepasados manda honrar á los que viven, y el poder concedido á los padres sobre la familia consolida la tirania, acostumbrando los ánimos á una obediencia ciega, y á venerar en los magistrados y en los ancianos la imagen de los padres. Aquellos ritos oficiosos son una cosa material, pero fáciles de observar, y los chinos deben repetirlos si quieren evitar la infamia ó el castigo; con cuya repeticion concluyen por aficionarse á ellos. Por esto los actos exteriores llegan á ser costumbre, y las costumbres leyes. El pueblo extranjero que vaya á conquistar aquel pais, no podrá mudar las leyes, porqee están basadas en las creencias y hábitos domésticos. Si el conquistador trata de establecer una constitucion tan robusta como la suya, lucharán una con otra hasta sucumbir; sino se verá precisada á ceder y á conformarse á dejar intacta la máquina del gobierno, mudando solamente la mano que le da impulso.

Así aconteció en la conquista de los mongoles; y creeríase, al ver los nombres de los príncipes y las formas de su administracion, que ellos eran los vencidos, porque recibieron hasta el código de la dinastia de los Tang con un pequeño número de modificaciones. Satisfechos los letrados indios y chinos con poder traficar con su talento, traducian á porfia á la lengua mongola los libros. Peyun (Chagan), de Balk, tradujo el código y una historia de los emperadores; Pi-lan-na-chi-li tradujo todos los escritos indios concernientes á la religion y á la moral; los libros sagrados de los budistas fueron vueltos á copiar en oro, y se empleó en ello tres mil doscientas onzas (400,000 pesetas). Ma-tuan-li escribió por órden del emperador las *Investigaciones profundas de los monumentos dejados por los doctos;* y en el prefacio examina con buen juicio y discernimiento las obras anteriores, cuyos defectos señala, proponiéndose evitarlos, y esponiendo los elementos de la civilizacion, así como las causas que hicieron prosperar ó caer las dinastias. A este fin reunió disertaciones y estractos sacados de las obras más notables sobre cada materia, conservando, en cuanto le fué posible, las mismas espresiones de los originales, y abarcando de este modo cuanto saber se habia adquirido en los treinta y seis siglos trascurridos desde Yao hasta entonces. Su obra comprende veinte y cuatro clases y trescientos cuarenta y ocho libros, que forman cien tomos (12). Las materias están allí tratadas, no sólo sistemática, sino cronológicamente; verdadera biblioteca cuyas vastas proporciones bastarian á instruirnos del estado de la China, aunque no se conociera otra cosa, y de la cual han recogido abundante copia de datos los que han investigado la historia de los chinos y de los pueblos limítrofes.

Cuando la grandeza de los mongoles se hubo desvanecido, Ayur-Schiridara, que hubiera debido heredar el trono, se retiró á Caracorum (1370), que vino á ser la residencia de los kacanes mongoles. Así, aun habiendo perdido la China los mongoles, quedaron poderosos en la Tartaria, y siguieron haciendo la guerra, y hasta setenta y cuatro años después de su espulsion fué hecho prisionero un rey chino combatiendo contra ellos. Durante dos siglos todo fué una continua alternativa de sumisiones y de rebeldias; pero por fortuna para la China fueron presa nuevamente los mongoles de las discordias intestinas.

De estos salieron dos pueblos, los calkas y los eleutos ó calmucos. Los primeros en número de seiscientas mil familias, apacentaron sus rebaños entre el Altay y el desierto de Cobi, divididos en tres principados del gran lama, hasta que por las disensiones de la corte se sometieron á la soberania de los manchues, soberanos actuales de la China. Los calmucos eran gobernados por un *kutaisc*, confirmado por el dalay-lama, y á menudo estaban en guerra con China; después fueron

---

(12) Hé aquí los títulos:—I clase.—*De la division de las tierras y de sus productos bajo las diferentes dinastias.* —II. *De las monedas efectivas ó en papel.*—III. *De la poblacion.*—IV. *De la administracion.*—V. *De los peajes, aduanas, derechos de pesca en los lagos y estanques, sobre el cultivo del té, sobre las salinas, las minas de hierro y otros metales, sobre los mercados, etc.*—VI. *Del comercio y de los cambios.*—VII. *De las imposiciones sobre las tierras.*—VIII. *De los gastos del Estado.*—IX. *De la promocion á los empleos y de la categoria de los magistrados.*—X. *De los estudios y de los exámenes de los letrados.*—XI. *De las funciones de los magistrados.*—XII. *De los sacrificios.*—XIII. *De las capillas de los antepasados.*—XIV. *Del ceremonial de la corte.*—XV. *De la música.*—XVI. *De la guerra.*—XVII. *De los castigos y suplicios.*—XVIII. *De los libros clásicos que puede considerarse como una historia literaria particularizada.*—XIX. *De la cronologia de los emperadores y de la genealogia de las familias que reinaron.*—XX. *De los principados hereditarios y de los feudos erigidos sobre las diferentes dinastias.*—XXI. *De los cuerpos celestes y de sus accidentes, tales como eclipses, conjunciones, etc.*—XXII. *De los prodigios y de las calamidades, como las inundaciones, los terremotos, los incendios, los aerolitos, etc.*—XXIII. *De la geografia de la China y de sus divisiones, en las diferentes épocas de la monarquia.*—XXIV. *De la geografia extranjera y de todos los pueblos conocidos por los chinos.*

vasallos de la Rusia, que en nuestros dias los envió á sembrar el espanto en Italia y hasta en Paris.

Obedecen á kanes, y están divididos por hordas *(uluss)*, cada una de las cuales está sometida á un *noyon*: estas hordas se subdividen en *animak*, y éstas en compañias de diez ó doce tiendas cada una, llamadas calderas *(chatun)*, porque se come en comun en ellas. El jefe de un chatun puede imponer á los delincuentes penas escepto la de muerte. Una asamblea del kan, de los noyones y de otros jefes falla sobre los asuntos de más importancia. El que hace la guerra á los demás, ó no obedece cuando es llamado á empuñar las armas, ó se hace culpable, ora de cobardia, ora de insubordinacion, pierde lo que posee. El que mata á otro en una riña, está obligado á llevarse consigo á la viuda y á los hijos de la víctima. Las multas por causa de heridas están en proporcion con la categoria de la persona ó con su gravedad, como en los códigos bárbaros, á los que tambien recuerda el minucioso cuidado con que están reprimidas las injurias hácia la mujer. El robo es el delito más grave, y el culpable, además de la indemnizacion á cuyo pago está obligado, debe perder un dedo ó redimir esta pena con cinco bestias mayores aunque no haya robado más que una aguja ó un hilo. Repártense las multas entre el noyon, el lama y el denunciador. Si un príncipe comete contra otro un acto de hostilidad, le corresponde pagar de multa cien corazas, cien camellos, mil caballos: todos los demás príncipes aprontan su contingente de fuerzas para obligarle al pago, y participan en cambio de la multa. Se purifican con llevar una hacha enrojecida al fuego: juran besando un fusil ó una flecha; y rinden homenaje poniéndose el puño en la frente, mientras con la mano izquierda tocan el costado de la persona saludada. Ninguna doncella puede casarse antes de los 14 años, ni después de 20: y por cada cuarenta tiendas deben tomar mujer al año por lo menos cuatro hombres, recibiendo del fondo comun para proporcionársela diez cabezas de ganado. Supersticiones particulares se mezclan entre ellos al lamaismo.

Durante dos siglos permaneció la China separada de la Europa, en atencion á que el poder marítimo de los árabes ya no existia, y á que la travesia por tierra en medio de tantos ejércitos estaba sembrada de peligros. Cuando los portugueses doblaron el Cabo de Buena Esperanza, hallaron sobre el trono chino á la dinastia de los Ming, que habia sucedido á los mongoles y que duró hasta el año 1644.

CAPÍTULO XV

MONGOLES EN PERSIA Y EN SIRIA.

Volveremos atrás para seguir las huellas de los mongoles en otros paises, y ante todo en Persia.

Gelaleddin.—Habiendo ganado Gelaleddin-Munkbezni, hijo del carismita Mahomed (pág. 57), en su fuga, los alrededores de Deli, mandó pedir un asilo al sultan Chams-Eddin-Illetmisc, turco de nacimiento, que habia sido esclavo del último sultan de Gur. Pero al mismo tiempo que este príncipe le agasajó con regalos, le envió á decir que el clima no le seria favorable. En su consecuencia Gelaleddin retrocedió camino con sus carismitas, amenazando y combatiendo hasta el momento en que volvió á entrar en Persia con la esperanza de recuperar los Estados paternales. Pero cuando llegó al Kerman, apenas le quedaban cuatro mil hombres de los que en su compañia habian arrostrado las fatigas del desierto. Allí se le incorporaron muchos de sus parciales, y Gelaleddin fué generalmente obsequiado por los pequeños príncipes que durante las turbulencias se habian sublevado en el Corasan, en el Mazanderan y en el Irak. Atacó al califa Nasser (1225), enemigo implacable de su padre, á quien acusaba de haber llamado á los mongoles á Persia, y devastó la Georgia, porque los cristianos de este pais habian causado mucho daño á los musulmanes durante la última guerra, así como los asesinos que eran siempre el terror de los poderosos.

El califa Mostanser, viendo la prosperidad de las armas de Gelaleddin, procuró concertar la paz con él, y éste puso de nuevo su nombre en las oraciones públicas (1226). Los mongoles le acometieron y vencieron en el Irak; pero no se atrevieron á atacar á Ispahan. Encargado Curmagon, general de Oktay, de proseguir la conquista de la Persia, atacó á Gelaleddin, quien después de perderlo todo, á escepcion de su denuedo, y de haberse libertado cien veces de manos de los invasores, para tornar á aparecer al frente de nuevas bandas, cayó al fin prisionero de los curdos y fué muerto (1231). Con él acabó la dinastia de los Carism-shah.

Entonces pudieron continuar los mongoles con más seguridad sus victorias, ó más bien devastaciones en el Diarbekir, en la Mesopotamia, el pais de Erbil y de Kelat; y durante veinte años no cesaron de talar, saquear é incendiar estas comarcas. Espantado el califa Mostanser, fortificó á Bagdad, pero su hora iba á sonar muy en breve.

Todavia dominaban en el Rum ó Romelia los poderosos Seljúcidas (1092). David y Kilije-Arslan, hijos de Soliman, habian llegado á convertir á Iconio en capital de un Estado despótico (1107), que estendieron con detrimento de los cruzados, y que sus sucesores acrecentaron arrebatando á los Danisménidas la Capadocia. Pero habiéndose repartido estas provincias los diez hijos de Kilije-Arslan II, Federico Barbaroja pudo quitarles á Iconio. Estos hermanos se hicieron después la guerra unos á otros. Retenido cinco años prisionero por su hermano y desterrado luego á Constantinopla (1219-37) Alaeddin Kaikobad, el más digno de ellos, perfeccionó en el infortunio las insignes prendas con que estaba dotado, y llegó á ser el más ilustre de los sucesores; venció al gran carismita Gelaleddin, construyó edificios, protegió la literatura, que huyendo de los mongoles, se alejaba del Oxo para buscar un asilo hácia la Jonia. El mismo se consagraba al estudio y dividia el dia en tres partes: una para despachar los negocios, otra para platicar con los sabios y los chaiques, y la última para leer obras históricas. Pasaba además las dos terceras partes de la noche en devociones y en meditaciones sobre las obras de moral.

Cinco años después de haberle sucedido Gayateddin Kaikosrú II (1242), como octavo sultan después de Soliman, cayeron los mongoles sobre

aquel reino, y Erzerum fué tomada por asalto. Entonces se unieron á Kaikosrú dos mil guerreros francos, mandados por Juan Liminata, chipriota, y por Bonifacio de Castro, genovés; pero no pudieron impedir una nueva derrota: de consiguiente el sultan se vió obligado á admitir la paz y á someterse á la onerosa ignominia de un tributo. Entonces los mongoles sembraron el espanto en la Siria, y después de la muerte de Kaikosrú repartieron la Romelia entre su hijo Rokneddin y su hermano Azzeddin (1245), cuyas disputas les llamaron más de una vez á aquel territorio. Bajo esta dependencia languideció la Romelia, hasta que habiéndose sublevado los emires en 1294 contra Gayateddin Masud, fué dividida en diez principados independientes, y la dinastia seljúcida no volvió á levantar más la cabeza en el Asia Menor, ni quedaron de la familia turca más que los otomanos.

Cuando Mangú fué proclamado emperador (1251) resolvió avasallar el Tíbet y terminar la conquista de la Persia. En su consecuencia dió á su hermano Ulagú, á quien encargó de esta espedicion, y como propiedad particular, un fuerte ejército con mil ingenieros chinos. La órden que le comunicó intimaba á los gobernadores reservar intactas para el uso de aquellas tropas las praderas situadas á su paso al oeste de los montes Tungat, y á los intendentes de la Persia que tuvieran á punto para cada soldado cien medidas de harina y cincuenta de vino. Mangú recomendó especialmente á su hermano esterminar á los asesinos ismaelitas y someter al califa. Ulagú se puso en marcha (1252), recibiendo en el camino el homenaje de todos los príncipes, é intimando á los vasallos que se le incorporaran con sus contingentes de hombres. De esta suerte se aumentaba su ejército á medida que adelantaba camino.

Entonces poseian los asesinos muchos castillos fuertes en el Kuistan y en el Rudbar, así como en la Siria, desde donde sembraban el espanto entre sus vecinos. Realmente eran temidos, pues se cerraban las puertas de Cazvin á la caida de la tarde; se escondia allí cuanto valia algo; en desconfianza contínua los habitantes permanecian siempre sobre las armas; y aun los que estaban á mayor distancia temblaban de ser alcanzados por sus puñales. De consiguiente, todos los emires del contorno se incorporaron á Ulagú espontáneamente. El mismo califa á quien no dejaban de asustar los cien castillos con que los asesinos habian rodeado su territorio, le alentaba tambien á acabar con ellos (1256). Entonces eran gobernados por el parricida Rokneddin, hombre débil é inesperto, á quien dirigia á su antojo Nassireddin, astrónomo de Bagdad. Este sábio musulman el más ilustre del siglo XII, y que los suyos comparaban á Tolomeo, ofendido en su vanidad literaria por el califa, se habia refugiado cerca del chaique de la montaña á quien hizo traicion. Rokneddin pidió á Ulagú entrar en negociaciones. Cuarenta de sus fortalezas fueron destruidas, y todos los libros de la secta quemados en el fuerte de Alamut; el mismo Rokneddin no tardó en ser asesinado con sus ismaelitas que habian sido repartidos en los diferentes cuerpos mongoles (1257), y el mundo debió á éstos conquistadores bárbaros ser libertados de un largo oprobio. De esta manera es como el huracan arroja la peste.

Toma de Bagdad.—Bagdad, siempre muy despoblada, era entonces muellemente gobernada por Mostasem, que tímido y benigno, abandonaba para entregarse á los placeres, el cuidado de los negocios á sus ministros (1243). Creyendo imponer el respeto con ayuda del misterio, nunca se dejaba ver ni aun de los príncipes que iban á rendirle homenaje. Les era preciso contentarse con llevarse á sus labios una tela figurando la orla del vestido del califa, y colgada á la puerta, cuyo átrio tambien besaban, así como los peregrinos besaban la piedra negra y el velo de la Caaba. Aun en las solemnidades el califa no salia más que á caballo, cubierta la cara con un velo. Como vestigio de su antigua autoridad, le quedaba el derecho de dar la investidura á los príncipes ortodoxos. Cuando recibia la notificacion de su advenimiento como soldanes, meliks ó atabeks, les espedia á la vuelta de su embajador, un cadí ó un chaique portador del diploma que les conferia la soberania y les indicaba sus deberes. Les enviaba al mismo tiempo un vestido real, un turbante, un sable, un anillo, y además una mula con herraduras de oro y con sus aparejos adornados de pedreria. Los grandes del pais y el nuevo príncipe iban al encuentro del enviado á besarle la mano; y algunos dias después vestia éste al que habia de reinar el traje y turbante llevados de Bagdad, diciendo: *Se justo, ten cuidado de no traspasar la ley*. Entonces podia el príncipe sentarse en el trono; besaba el pié de la mula, y atravesaba después la ciudad á caballo, acompañado del enviado del califa, precedido del estandarte real, de una música militar, y cubierto con un quitasol.

El Rum, el Fars, el Kerman, habian quedado tributarios de los mongoles; la autoridad del califa no se estendia más que sobre los soldanes de Egipto, sobre los príncipes de Erbil, de Mosul, y sobre algunos otros menos poderosos. En el interior, sus Estados, poco estensos, eran agitados por las facciones; y las esperanzas de los Alidas crecian á medida que declinaba la dinastia de los Abbas. Ulagú (refiere el historiador Raschid-Eldin), mandó á Mostasem un mensajero con un despacho concebido en estos términos: «No me has ayudado con tropas contra los ismaelitas. Aunque tu casa sea antigua é ilustre, y tu raza favorecida por la fortuna, la luna no brilla sino cuando el sol está oculto. No ignoras como los mongoles han tratado el mundo desde Gengis-kan.» Después de este preámbulo, le recordaba las dinastias y naciones destruidas, le invitaba á cegar los fosos y derribar las murallas de sus ciudades, á reconocerse su

vasallo. *¿Quieres salvar tu cabeza,* añadia, *y tu antigua familia? escucha mi consejo; si lo rechazas, verás cual es la voluntad de Dios.* Criado el califa en el orgullo de las glorias pasadas, respondió orgullosamente á esta intimacion, como jefe de raza real y sacerdotal, olvidando que sin la fuerza, las palabras altaneras son ridículas. Asi fué que Ulagú esclamó: «El califa se muestra con respecto á nosotros, tortuoso como su arco; pero si el Eterno me protege, enderezaré á ese audaz, como una flecha.» (1)

Aconsejaba el visir á Mostasem el humillarse y que calmase el enemigo; pero sus cortesanos le embriagaban con adulaciones, y á los aplausos de estos insensatos fué á los que respondió: «¿Hay alguna cosa que temer para la familia de Abbas? ¿Los monarcas que reinan en la faz del mundo no marchan á la par con mis soldados? Valor, pues, visir, y cesa de temer las amenazas de los mongoles.» Estas palabras, dice el historiador musulman, turbaron al visir, que vió claramente que el reinado de los Abasidas tocaba á su fin, y como esta ruina debia acontecer bajo su visirato, se replegó sobre sí mismo como una serpiente, y resolvió en su mente recursos de todas clases. Mostasem aspiró á despertar el entusiasmo religioso, y sometió á los ulemas la cuestion de averiguar si era más meritoria la peregrinacion á la Meca ó la guerra contra los infieles. «La guerra» respondieron unánimemente. De consiguiente, en todas partes se predicó la guerra, aunque sin fruto. El astrónomo Nassireddin, ascendido á consejero de Ulagú, le escitaba contra el califa.

Alkami, el visir de Mostasem, pareció olvidar su enemistad contra Nassireddin para hacer tambien traicion á su soberano (1258), quien alternativamente se dejaba arrastrar á viles sumisiones y á locas bravatas. Adelantóse, pues, Ulagú en contra suya, y se dió una batalla junto al brazo occidental del Tigris. Habiendo quedado indecisa la victoria disputada con encarnizamiento, los soldados del califa pasaron la noche en el campo de batalla con la intencion de atribuirse el honor de la jornada; pero los mongoles rompieron los diques del rio y los sumergieron. Habia cincuenta dias que estaba sitiada Bagdad cuando Mostasem se encaminó hácia el campamento mongol para rendirse á discrecion. Fué llevada la ciudad á sangre y fuego por espacio de siete dias, y luego que hubieron perecido ochenta mil personas, se dignó Ulagú en su *clemencia* perdonar á los habitantes que hubiesen quedado. Salvóse la vida á los cristianos, merced al patriarca de los nestorianos. Los tesoros acumulados durante cinco siglos por los califas, fueron amontonados en rededor del feroz gengiskánida. Se hallaron en el harem setecientas mujeres y mil eunucos. Habiendo suplicado el pontífice de los creyentes al vencedor que le permitiera llevarse á aquellas hermosuras que nunca habian estado espuestas á los rayos del sol ni de la luna, Ulagú le concedió ciento de ellas. Pero poco tiempo después Mostasem y sus hijos fueron metidos en sacos y arrojados á los pies de los caballos para que los pisoteasen, porque los mongoles tenian escrúpulo de derramar la sangre de los príncipes. Todas las personas de su comitiva fueron asesinadas, como tambien los Abasidas á quienes encontró. Después de haber sido Bagdad durante cinco siglos la metrópoli del islamismo, fué arruinada, y el iman, que en el primer viernes de marzo recitó el kutabet en la mezquita desierta, dijo en vez de la oracion habitual por el califa: «¡Alabado sea Dios que ha segado ilustres vidas y condenado á la nada á los habitantes de esta capital!» y terminó con estas palabras: «¡Oh, Señor, asístenos en nuestras calamidades! Son tales, que nunca el islamismo esperimentó otras semejantes. Procedemos del Señor y tornamos al Señor.» Ulagú sometió esta cuestion á los ulemas. ¿Vale más un soberano incrédulo, aunque justo, ó un musulman pero inícuo? Y los dóciles doctores se pronunciaron en favor del primero.

Así acabó el imperio de Mahoma después de haber pasado por las manos de cincuenta y seis califas, de los cuales se cuentan treinta y siete desde que la familia de Abbas habia establecido su residencia en Bagdad. Luego ningun príncipe reunió más que el título de jefe de los creyentes y el de gran pontífice del islamismo, lo que constituia el califato. Pero Ahmed, tio del que murió en Egipto, fué elevado á la dignidad de pontífice supremo y de iman-al-mumenin (1261). Catorce Abasidas se la trasmitieron en su reino, pero bajo la dependencia de los sultanes y sin autoridad secular, hasta el momento en que el último de ellos se la cedió á Selim I (1517), sultan otomano, reconociéndole por iman de todos los sunnitas.

Igualmente estuvieron muy distantes los Alidas de ver colmados sus deseos, si alimentaban la esperanza de recuperar entonces la soberania. Ulagú guardó para sí el pleno dominio de la Persia, el Irak-Arabi, el Curdistan, el Algesir, el Diarbekir y la Romelia, donde fundó la dinastia de los mongoles del Irak. Este imperio duró hasta 1336, época en que fué repartido entre muchos emires.

Apasionado Nassireddin por la astrologia, persuadió á Ulagú que le mandara construir un gran observatorio: sin embargo, cuando le dió á conocer la suma á que ascenderia el gasto, le pareció tan enorme, que quiso indagar de qué utilidad podria ser semejante género de estudios. Nassireddin le respondió: «Echad á rodar desde esa altura una gran vasija de cobre.» No bien llegó al suelo acudieron los soldados en tropel al ruido, mientras que el príncipe y el astrónomo, que conocian la causa permanecieron inmobles. *Hé ahí,* repuso entonces Nassir, *la utilidad de la astrologia: anuncia lo que debe acontecer, á fin de que se sepa proveer*

(1) *Coleccion oriental. Hist. de los mongoles de la Persia.* Paris, 1840.

á ello, y de no tomar parte en la consternacion de los que son sorprendidos por los sucesos.

Precedido Ulagú por el terror, que aumentaba siempre la epidemia, marchó sobre Siria, donde Malek el-Nasser-Yusuf habia quedado soberano de Alepo (1260) por herencia, y de Damasco por el asesinato (1250). Alepo fué tomada por asalto, y cuatro dias duró allí la matanza: cien mil mujeres y niños fueron reducidos á servidumbre. Capituló Damasco: se tomaron todas las demás plazas hasta Gaza, y Nasser Yusuf cayó en poder del enemigo.

Mongoles en Egipto.—El Egipto, donde reinaban los mamelucos, era refugio de aquellos á quienes el espanto espulsaba de las comarcas invadidas. Una de las revoluciones tan frecuentes en un gobierno militar, habia derrocado al soldan del trono y le habia sustituido su hermano Seifeddin Kutuz (1259). Habiéndole intimado Ulagú que se reconociera su vasallo ó esperara la guerra, fueron encarcelados los embajadores mongoles: luego, acelerando el soldan sus preparativos de guerra, hizo uso para proporcionarse dinero, de las contribuciones arbitrarias, de las confiscaciones, y hasta llegó á quitar sus joyas á las mujeres de los emires. Cuando llegó el momento de venir á las manos con el enemigo, quedaron vencedores los mamelucos, merced sobre todo al valor acreditado de Kutuz, el primero entre los príncipes musulmanes que, desde Gelaleddin, hubiese alcanzado una victoria señalada sobre los tártaros (2). Tan estraordinario pareció el hecho, que recuperando valor las ciudades ya sometidas, se sublevaron y dieron muerte á los gobernadores mongoles. Entre otras recuperó su libertad Damasco, y allí tomaron los musulmanes venganza de los cristianos, de los judios y de cuantos se habian mostrado menos hostiles á los mongoles.

Pero apenas volvió Kutuz á Egipto, después de su triunfo, fué asesinado por los mamelucos (1260), á quienes queria poner freno. El atabek ante quien se presentó Bibars anunciando que Kutuz habia cesado de vivir, dijo: *¿Quién le ha matado.—Yo*, respondió Bibars.—*Pues bien*, repuso el atabek, *reina tú en su puesto.* Este feroz guerrero regeneró á Egipto por la fuerza. Sujetó á la disciplina á los mamelucos, que antes no habian tenido ninguna; enriqueció el Egipto con construcciones, y especialmente con el acueducto del Cairo; quitó á los cristianos Cesarea, Tiberiade, Jafa, Antioquia; y su dominacion se estendió desde la estremidad meridional de la Nubia hasta el Éufrates. Tambien invadió la Rumelia, y vencedor de los Seljúcidas en Abulistin, se apoderó de Cesarea, quitándosela á Moineddin (Saib-Pervané), que se habia hecho soberano de toda la Rumelia.

Volvia Ulagú con la intencion de borrar la afrenta de su derrota, cuando tuvo que mudar de intencion por la sublevacion de Berkay, su primo, que mandaba en los paises situados al norte del mar Negro y del mar Caspio y por los otros enemigos que no cesaba de suscitarle el infatigable Bibars, el cual sostuvo tambien un nuevo califa al mismo tiempo que acogia á todos los desertores y descontentos. Antes de haber tenido ocasion ó tiempo de castigarle (1265) murió Ulagú á la edad de cuarenta y ocho años.

Fué reemplazado por su hijo Abaka, que continuó las hostilidades contra Bibars. Este buscó la alianza de Berki, kan del Capchak, que se habia hecho musulman, y que invadió la Palestina para arrojar á los cristianos. Recurrieron entonces los cruzados á Abaka, invitándole á marchar contra su enemigo para alejarle de ellos; concluyóse en consecuencia un tratado de alianza entre el príncipe mongol, San Luis, Cárlos de Sicilia y Jaime de Aragon; pero las incursiones que se sucedieron no hicieron más que trastonar la Palestina, así como los demás paises vecinos, y los kanes del Capchak dirigieron con preferencia sus espediciones contra la Rusia, donde los veremos poderosos.

De las ruinas de los Seljúcidas, salió una nueva dinastia fundada por Mohamed, bey de los caramanes, que dieron nombre al centro del Asia Menor, y del que fué Iconio por espacio de dos siglos la capital. Murió Bibars (1277) envenenado en Damasco, y sus Estados fuéron divididos. Kelaun, sultan de Egipto, se formó una guardia particular de circasianos (1279), llamados mamelucos borjitas, que en menos de un siglo elevaron su jefe á la categoria de sultan. Fueron después sometidos por los otomanos, y permanecieron vasallos de Constantinopla hasta que fueron esterminados en nuestro siglo por Mehemet-Alí.

Las delicias del Iran enervaban á los gengiskánidas, de modo que los señores del pais se hacian independientes. Habiendo muerto Abaka envenenado (1282), tuvo por sucesor á su hermano Tagudar, que tomando el nombre de Ahmed y el título de sultan, abrazó el islamismo, convirtió en mezquitas los templos de los ídolos, y dió seguridad en la peregrinacion de la Meca. Fuéle disputado el poder por Argun, su sobrino, que habiendo caido en su poder, obtuvo su perdon. Volvió á tomar Argun las armas, y vencedor esta vez, dió muerte á su tio, y reinó en su lugar (1287). Habiendo ofendido á un grande su sucesor Ganjatú, fué cogido y estrangulado por una conjuracion. Baidú, el que acababa de vengar de esta manera su ofensa, le sucedió, combatido sin embargo, por el príncipe Casan, hijo de Argun, que derribó las iglesias de los cristianos, los templos de los ídolos y los hogares de los magos (1292) rindiendo culto únicamente al islamismo. Viendo á la Siria y al Egipto agitadas por las revoluciones de los mamelucos, hizo declarar por los ulemas que era del deber de un soberano reprimir las violencias ejercidas contra los fieles por perversas bandas; atacólos, pues, á la cabeza de noventa mil caballos, y

(2) NOVAIRI.

consiguió contra ellos una victoria sangrienta: ocupó á Alepo, Emesa, Damasco, donde perdonó generosamente las personas y bienes. Pero no tardó en formarse un nuevo ejército en Egipto, que recobró la Siria, destruyó á Damasco y acumuló nuevas riquezas á las muchas que ya poseia el reino del Nilo.

Trató dos veces Casan de volver á conquistar la Siria, pero sin poder conseguirlo; y Nasser Yusuf volvió triunfante al Cairo. Casan sin embargo permaneció poderoso y amado en el Iran, donde multiplicó los actos de devocion, los edificios religiosos, las fundaciones piadosas, llevando la liberalidad hasta el punto de arruinar la hacienda. A ejemplo suyo, los mongoles empezaron á edificar, ellos que en otro tiempo no sabian más que destruir. Murió sentido, instituyendo por heredero á su hermano (17 marzo de 1304), al cual recomendó mantener las leyes que él habia dado, no establecer nuevos impuestos, y continuar las pensiones que habia concedido. Musulman celoso, dió Casan pruebas de favor á los descendientes de Alí, y propagó en su ejército aquella creencia. Habiendo reunido los principales miembros del clero, les habló de esta manera: «Llevais el hábito religioso, y tratais de parecer perfectos á los ojos de Dios, más que á los de los hombres; estos pueden engañarse con las apariencias. Dios vé los corazones, é indignándose con la falsedad, la castiga en este mundo y en el otro; desenmascara á los hipócritas, los despoja de sus trajes y de su usurpada reputacion, entregándoles á la risa y al desprecio del mundo. Aunque iguales á todos los hombres, habeis adquirido por vuestro traje una reputacion de raras virtudes, las habeis consolidado con vuestros discursos y vuestra rigidez. Consultad con vosotros mismos si podeis llenar exactamente los deberes que os impone vuestro hábito: si lo haceis, tendreis un insigne mérito ante Dios y los hombres; sino, la vergüenza será vuestra suerte. Dios me ha elevado por vuestras culpas al imperio, á fin de que gobierne con equidad; me ha impuesto hacer justicia y castigar los culpables segun sus faltas, y con más severidad á los que ocupan más elevado puesto. Es, pues, mi deber el tener fija la vista en vuestras faltas, y no creais que quiero tener consideracion al vestido. Que vuestras acciones estén conformes con la ley y preceptos del Profeta; que cada uno cumpla con sus deberes, y dirija á los demás por la senda de salvacion. No os sostengais uno á otro por espíritu de cuerpo, y no exijais de los demás lo que Dios no manda, porque seria injusto que atormentaseis al prójimo para adquirir reputacion, y que quisieseis mostrar por la salvacion de otro, más celo que el que muestran Dios y el Profeta. ¿Falto yo á la ley y á la religion? advertidme, y vuestros discursos me persuadirán, de que estando vuestro corazon de acuerdo con la vocacion que manifestais, vuestras palabras sean inspiradas por la sinceridad, el celo y el valor; de otra manera no harán más que provocar mi cólera.» (3)

Sabia muchas lenguas y la historia de los diferentes pueblos, pero sobre todo la de los mongoles, citando de memoria los nombres de sus predecesores y de los diferentes generales, con su genealogia. Sabia trabajar en todos los oficios, hasta el punto de poder dirigir á los artesanos en sus tareas. Instruido tambien en medicina y botánica, descubrió en Persia muchas yerbas que se llevaban á gran precio de la China y la India. Aplicábase además á la química sobre todo, para buscar la piedra filosofal. Conocia encantamientos para curar toda clase de males y predecir lo futuro; en fin, habia inventado para observar los astros, un instrumento como no se habia visto hasta él. Ni estas diferentes ocupaciones ni el placer de la caza le impedian distribuir exacta y pronta justicia y velar sobre la conducta de los magistrados. Trató de alijerar á los vencidos el peso de la conquista, regularizando los impuestos, alentando la agricultura, asegurando la defensa de las fronteras, estableciendo correos para los cuales hizo disponer alojamientos, así como para los soldados, sin gravar á los particulares, y dió en feudo á los veteranos las tierras incultas.

Habiéndole sucedido su hermano Karbendé con el nombre de sultan Alyatú, dió muerte á los que podian disputarle la suprema categoria, y obtuvo la mano de Maria, hermana del emperador Andrónico II Paleólogo, que esperaba de esta manera contener á los turcomanos. Abrazó la secta de Alí, de donde resultó que el nombre de los tres primeros califas fué suprimido en el Kutabé para no hacer mencion sino de Alí, de Hassan y de Hussein. Murió como sus predecesores gastado por las bebidas espirituosas y las mujeres.

Abu-Said, su hijo y sucesor, consiguió varias victorias contra el Egipto y la India y otros paises contiguos á sus Estados (1317), prohibió los licores espirituosos é hizo cerrar las tabernas, así como los lugares de prostitucion. Tuvo por sucesor á Arpakan, cuyo valor fué muy necesario para reprimir la anarquia que amenazaba destruir el reino fundado por Ulagú. Pero no tardó en sucumbir, y entonces todo se destruyó en medio de las divisiones que estallaron entre los diferentes emires. Después este imperio concluyó del todo en 1355 y se fundó una nueva dinastia mongola por Tamerlan.

---

(3) RASCHID-ELDIN, ob. cit.

CAPÍTULO XVI

RELACIONES DE LOS MONGOLES CON LOS CRISTIANOS.

Bien se ha podido ver si el mundo tenia razon para espantarse de estos nuevos enemigos, igualmente formidables para los siitas y los sunnitas, para los Alidas y para los Abasidas, para los califas de Bagdad y para los del Cairo, para los asesinos y para las órdenes caballerescas, para los indios y para los escandinavos (1), para los sectarios de Confucio, de Moisés, de Mahoma, de Budda y de Cristo.

Georgia.—En 1221 dos generales mongoles Sabada-baadur y Schupenuyan, fueron enviados para conquistar la Media, y atravesando el Cáucaso, asaltaron la Georgia; entonces fué cuando los cristianos conocieron por la vez primera á estos terribles invasores (2). La Georgia era el más poderoso de los Estados que habian quedado bajo la dominacion de los príncipes cristianos, y tranquilo entre sus montañas, los generales de los califas no habian penetrado allí sino de paso. Es verdad que los Seljúcidas extendieron su autoridad sobre aquel territorio (1060); pero entre fines del siglo XI y principios del XII, David III, el Reparador, se aprovechó de las divisiones que habian estallado entre los príncipes turcos, y se apoderó de Teflis, su antigua capital, arrollándolos hasta el Araxes. Sus sucesores consolidaron el reino y tuvieron por vasallos á los príncipes armenios al norte de este rio, emancipados merced á ellos del yugo musumlan. La familia de Iwan, condestable de la Georgia, que poseia casi todo el pais entre el Cur y el Araxes, los príncipes de Chamkor, de Kachen y otros muchos, veneraban como á señores y soberanos á los reyes de Georgia, cuya dominacion se estendia el siglo XII desde el mar Negro, entre Trebisonda y la Crimea, hasta las gargantas de Derbend y la confluencia del Araxes y del Cur: así comprendia además de la Georgia, propiamente dicha, la Cólquide, la Mingrelia, el pais de Abkas y la Armenia septentrional.

En tiempo de las cruzadas, la comunidad de religion y de intereses puso á estos príncipes en relaciones de amistad con los francos, aunque la distancia no les permitió ayudarles en su empresa. Cuando supieron la toma de Damieta escribieron á los vencedores para felicitarles, y les escitaron á apoderarse tambien de Damasco y de otras importantes plazas. Habian invitado los papas á su rey Jorge Lasca á cruzarse, y se disponia á hacerlo cuando lanzándose los tártaros sobre su territorio le obligaron á atender á su propia defensa. La cristiandad observaba las vicisitudes de la Georgia con aquel interés que se consagra á mirar como se estrellan las olas contra un dique que nos pone á cubierto de la irrupcion de un rio. Russudana, que habia sucedido á su hermano Jorge, viendo acercarse el huracan, envió urgentes avisos al papa Honorio III, pero entre tanto llegaron los mongoles, y ora fuese que fingieran por astucia una cruz en sus estandartes, ora que una de sus insignias particulares tuviese semejanza con ella, se dejaron sorprender los de Georgia, tomándolos por cristianos. Pero recobrados de su primer susto, repelieron vigorosamente el ataque, que por entonces no tuvo más resultado, atendido que Gengis-kan fijó entonces sus ojos hácia otro lado.

Cuando Oktay, su sucesor, hubo determinado

---

(1) En 1238 los daneses y los frisones no se atrevian á ir á la pesca de la sardina, dejando á sus mujeres asustadas por los mongoles.

(2) ABEL BEMUSAT, *Relaciones de los primeros cristianos con el grande imperio de los mongoles desde su fundacion por Tsching-giskan hasta su division bajo Cubilay;* en las *Memorias de la Academia de Inscripciones y bellas letras*, tomo VI de la nueva série.

avasallar á los Kin, levantó ciento cincuenta mil hombres, destinados á operar en dos opuestos lugares: en la Corea y al otro lado del mar Caspio. Batú, hijo de Tuchi, y nieto de Gengis, fué puesto á la cabeza de la segunda espedicion (1227). Después de haber subyugado á los cumanos y á los búlgaros, entró en Rusia, por el pais de los basquiros donde se apoderó de Moscou y de las principales ciudades de los gobiernos actuales de Vladimir y de Yaroslaf: entonces los príncipes de Rusia vinieron á ser tributarios del gran kan, así como lo hemos narrado detalladamente más arriba.

Llevándose consigo otros mongoles á sus mujeres y á sus hijos, se dirigieron hácia la Georgia y la Armenia, bajo el mando de Scharmagan y de otros diez y siete generales, Baschú-nuyan entre ellos, célebre después en Europa, con el nombre de Bayotnoy. En esta primera irrupcion, cuya furia no dejaba más alternativa que la sumision ó la muerte, cuando pirámides de esqueletos humanos, levantadas donde antes tenian asiento las ciudades derruidas, advertian los resultados que traia consigo la resistencia, algunos príncipes compraron su seguridad rindiéndose y asociándose á los mongoles para la ruina de sus hermanos; pero muchas ciudades de la Albania, de la Georgia y de la Gran Armenia, fueron saqueadas y quemadas. Refugiáronse sus moradores en las montañas, y la reina Russudana se encerró en Usanet, fortaleza inespugnable, y seguia solicitando desde allí socorros del Occidente, y prometiendo completamente sumision al papa Gregorio IX. Pero era poco escuchada y menos atendida.

Mucho más apremiante pareció el peligro á los europeos cuando el ejército de Batú se enseñoreó de Kiof y de Caminiek (1240), prendió luego á Cracovia, puso en derrota cerca de Lignitz á las tropas de la Polonia, de la Moravia y de la Silesia, al propio tiempo que él en persona, á la cabeza de medio millon de hombres, batia al conde Palatino de Sajonia, y se adelantaba en desórden hácia la Germania llevándolo todo á sangre y fuego. Entonces Venceslao III de Bohemia pidió socorros á los príncipes vecinos: el Palatino de Sajonia escribió al Duque de Brabante, bosquejándole las devastaciones de aquellas feroces hordas. Matias Paris, refiere que poseida de miedo la reina Blanca, platicaba con San Luis de estas cosas y le decia «¿Qué haremos ahora? Siniestrísimos rumores se han divulgado junto á nuestras fronteras. Esa terrible irrupcion de tártaros parece que nos amenaza con una completa ruina, así como á nuestra santa Iglesia.» Y Luis con una voz llena de ternura le respondió: «Tengamos confianza en la ayuda del cielo: si esos tártaros se atrevieren á adelantarse, sabremos repelerlos hasta el Tártaro de donde han salido (3) ó en el caso contrario nos harán subir al cielo para gozar allí de la felicidad prometida á los elegidos.»

Efectivamente se les consideraba como á una raza infernal, especialmente á causa de grupos de llamas y de torbellinos de humo que se levantaban desde su campamento; espresiones que podrian muy bien designar las piezas de artilleria, de que segun hemos visto anteriormente, hacian uso los chinos. En su consecuencia se ordenó que se hiciesen fervorosas plegarias en toda la cristiandad, invitándola á que se reuniera en masa bajo el estandarte de la cruz. Un inglés que se habia refugiado entre los mongoles y les servia de intérprete, fué repetidas veces á intimar la sumision á Bela IV, rey de Hungria (1235); pero más generoso que prudente, quiso aquel príncipe permanecer fiel en su puesto como vanguardia de la Europa. Habiendo, pues, dispersado los tártaros á sus tropas poco numerosas, le quitaron el reino, y perseguido de cerca por las lanzas enemigas, tuvo que retirarse á Dalmacia, y desde allí á una isla del Adriático.

Hallándose de consiguiente los mongoles á la vista de Italia, Gregorio IX todo lo ponia en juego, promesas, indulgencias, amenazas, absoluciones, para reunir á la cristiandad y determinar á Federico II emperador á tomar la cruz. Pero este príncipe se contentaba con escribir bellas frases de retórica (4), convidando á la santa empresa á la Germania, ardorosa en los combates; á la Francia, madre de valerosos soldados; á la audaz y belicosa España; á la Inglaterra, fuerte en armas y provista de flotas; á la Alemania, llena de impetuosos guerreros; á la Dacia naval; á la indomable Italia; á la Borgoña, impaciente de la paz; á la inquieta Apulia con las islas piráticas del mar Griego, del Adriático y del Tirreno; á las invencibles islas de Creta, de Chipre, de Sicilia; á las islas y costas del Océano; á la sanguinaria Hibernia; á la ágil Gales; á la pantanosa Escocia; y á la glacial Noruega (5). Sin embargo, ocupado cada cual en su propio peligro, no parecia mostrar inquietud por el peligro ageno. Ya las cabezas de los más valerosos alemanes, clavadas en las puntas de las lanzas mongolas, sembraban el espanto entre los que hubieran intentado imitarles. Temeroso Venceslao de desguarnecer sus propios Estados, no queria unir sus esfuerzos á los de la Moravia. Respecto de Federico procedia con tanta lentitud, que sus enemigos llegaron á sospechar que él mismo habia llamado á los tártaros á Europa. Estos le enviaron la invitacion de costumbre, intimándole á ceder y á prestar homenaje por sus Estados y luego á escojer en recompensa el cargo que más le acomodara en la corte del kacan. Se-

(3) Este juego de palabras sobre los *tártaros*, pueblos, y el *tártaro*, infierno, es muy comun en los escritos de aquel tiempo.

(4) *Jactatis inanibus verborum lenociniis, oratorem, quam rapto contra Tartaros exercitu christianum imperatorem agere malebat.* Greg. XI, ap. MATI. PARIS.

(5) MATIAS PARIS.

gun las ideas chinas, que predominaban á la sazon entre los tártaros, no podia ser más honorífica la propuesta. Federico respondió chanceándose: *Como soy bastante inteligente en aves de rapiñas, juzgo que no desempeñaré mal el oficio de halconero.*

Luego que los mongoles hubieron convertido á la Hungria en un desierto, les obligó el hambre á emprender la retirada. Habíase libertado de su furia el Oriente con una sumision pronta. Pero habiendo muerto el gran general Scharmagan (1240) el ejército quedó sumido en la mayor confusion, y cada comandante pretendió maniobrar por su propia cuenta. Habiendo ido á visitar un oficial inferior, llamado Siodsbuga, al príncipe georgiano Avag, y figurándosele que este habia tardado mucho en salirle al encuentro, le hirió con las espuelas. Indignados los criados de Avag maltrataron al mongol, á pesar de los esfuerzos de su amo para impedirlo; y no tardó en volver con bastantes compañeros para tomar venganza de tal afrenta. Demasiado débil Avag para resistir, huyó al lado de Russudana; y aunque Siodsbuga fué castigado por los príncipes mongoles, á pesar de sus instancias para que volviera á sus dominios el príncipe georgiano, éste creyó necesario á su seguridad enviar un mensaje al gran kan, informándole de lo que habia acontecido. Efectivamente, un yarlik ú órden suprema, fué dirigida á los generales mongoles para que trataran bien á Avag y á todos los príncipes armenios y georgianos, no exigieran nada por la fuerza y recaudaran solo los tributos impuestos.

Tambien por mediacion de Avag habia concluido la paz con los tártaros la reina de Georgia (1244), sin salir de su refugio, á pesar de las seguridades y de los regalos que recibia de Baschú. Pero cuando Batú le dirigió latas proposiciones, le entregó en rehenes su propio hijo, el príncipe David. Concibiendo Baschú despecho de esta conducta, pensó en sustituir un rey á Russudana, y fijó los ojos en David, sobrino de esta, hijo natural de Jorge Lasca y heredero legítimo del trono. Habíale sido confiado por aquella al soldan de Iconio, quien le retenia en Cesarea prisionero. Baschú hizo que se le entregaran, y le envió al kacan haciendo valer sus derechos. Pero informado de ello Batú, hizo partir de su lado al otro David, provisto de recomendaciones todavia más eficaces (1248). Cayuk dió la preferencia al primero que habia llegado, que fué David Lasca: luego que oyó al segundo, le confirió tambien el título de rey de Georgia bajo la condicion de depender del primero. Russudana, perseguida siempre por los tártaros, acabó por envenenarse, y la Georgia quedó medio siglo bajo el dominio de ambos reyes ocupados á porfia en vejar al pueblo.

No cesaban los persas musulmanes de irritar á los tártaros contra los cristianos, hasta el punto de que los sirios, los albaneses y los armenios no podian ejercer su culto sino con mucho trabajo. Entonces vivia en la corte del gran kan un sirio, llamado Simeon, cuyo celo igualaba á la ciencia. Habia ido á predicar el Evangelio á las estremidades del Asia; y Oktay lo llamaba *ata*, es decir, padre; los demás *rabbum*, esto es, maestro. Expuso el kacan las persecuciones ejercidas contra fieles súbditos; y este le envió á Armenia para administrar todo lo concerniente á los cristianos, que de esta manera recobraron la libertad de su culto (1241). El pueblo que ve milagros en todo acontecimiento, comenzó entonces á decir que los tártaros se habian convertido en cristianos.

Baschú, elegido por los generales para reemplazar á Scharmagan, marchó con un gran ejército contra el soldan de Iconio, le derrotó y se apoderó de Erzerum, Sebaste, Cesarea y otras ciudades. La madre, la mujer y la hija del sultan se refugiaron cerca de Aytú, rey de la pequeña Armenia; pero intimidado este príncipe y arrastrado por el ejemplo de los Estados vecinos, se sometió á Baschú, aceptando bajamente por primera condicion, la de entregar los fugitivos. Entonces pensó Baschú que habia llegado el momento de escuchar el voto de los cristianos de Siria, que le invitaban á emanciparlos de la opresion de los musulmanes, é intimó al príncipe de Antioquia á desmantelar sus ciudades y castillos, cederle todas las rentas de su principado en oro y plata, y en fin, mandar a su campo tres mil doncellas. ¡*Vive Dios y sus santos!* esclamó desde luego Bohemundo V: «de los tres mandatos, no ejecutaré ninguno. Que la cosa se decida más bien con la sangre, y que del Señor proceda el juicio de esta gente.» Pero cuando supo la marcha triunfal de los mongoles á través de la Mesopotamia (1245), y el terror que esparcian á su paso, de tal manera, que las mujeres abortaban con solo pronunciar su nombre (6), resignóse á pagar el tributo con muchos otros príncipes musulmanes y cristianos (7), Kelat, Amida, Nisibe, Edesa y otras muchas plazas de la Mesopotamia, fueron tomadas por los tártaros; pero el verano hizo aparecer en sus filas tantas enfermedades, que tuvieron que retirarse sembrando en su camino el espanto y la muerte.

Estando en guerra los mongoles con los Seljúcidas de Iconio y los demás príncipes musulmanes, contra quienes combatian por su parte los francos, estos hallaron tener un interés comun con los mongoles y descuidaron esta inesperada alianza. Contando el papa Inocencio IV como suyos los adversarios de sus enemigos, trató de convertirlos al cristianismo; magnífica concepcion, y menos ilusoria que lo que parece á primera vista. Corria la

---

(6) *Todas las personas de Oriente tuvieron gran miedo y odio, al solo nombre de tártaros, y el odio al oirlos nombrar en las ciudades y castillos, hacia que las damas en cinta abortasen de miedo y odio. Peregrinacion* del fraile BIEULT, manuscrito de la Biblioteca Real.

(7) MATIAS PARIS, págs. 875, 937.

noticia que los mongoles no reconocian á Mahoma y perseguian á los musulmanes, que protegian á los cristianos, y siempre los dejaban libres en el ejercicio de su culto. Se sabia que admitian un solo Dios (*Tangri*, el cielo), y que practicaban pocas supersticiones (8). A esto se unia la milagrosa historia de un Preste Juan, su soberano, convertido á la fe (9), con una gran parte de sus súbditos, de los cuales muchos estaban bautizados. ¿Era preciso más en siglos crédulos para suponerlos muy adelantados en la fe? En siglos razonadores, se hubiera podido reflexionar que Gengis-kan no habia determinado por su ley, preferencia hácia alguna creencia positiva; que estaban dispuestos los suyos á adoptar la primera que se presentase; y en efecto, en todas partes donde se establecieron, adoptaron la de los vencidos; budistas en la China, musulmanes en Persia, tal vez hubieran sido cristianos en Italia, y el prodigio de la conversion de los septentrionales se hubiera renovado con los orientales.

Misiones cristianas.—Mientras que todo el mundo no veia en los mongoles más que una raza que esterminar, sino se queria ser esterminado por ellos, lisongeábanse los pontífices de convertirlos á la civilizacion. En el concilio de Lion (1245), decretó Inocencio IV el mandar misioneros á los tártaros, y escribió para ello al prior de los dominicos de París. Cuando la carta se leyó en el capítulo, disputáronse los religiosos quien se presentaria para esta aventurera tarea, y los elegidos fueron mirados con envidia (10). Tres hermanos menores, Lorenzo de Portugal, Juan de Piano Carpino, y Benito de Polonia, fueron mandados á Batú, acampado en aquella sazon á orillas del Volga, con órden de adaptarse á las costumbres y modo de vivir de los tártaros. Tres dominicos marcharon para ir á encontrar á Baschúnuyan en Persia y Armenia, á saber: Simon de San Quintin, francés; Alejandro y Alberto Ascelino, italianos, á los cuales se unieron en el camino, Guiscardo de Cremona y Andrés de Longiumello. Las cartas del papa de que eran portadores estos religiosos, exhortaban á los tártaros á abrazar el cristianismo, exponiéndoles los principales artículos de la fé y la supremacia concedida al papa sobre la tierra. Mezclando por otra parte á los ruegos las amenazas y cargos, les preguntaba en ellas qué motivo les impulsaba á destruir todas las demás naciones.

Cuando llegaron los dominicos al campo de Baschú á traves de indecibles peligros (agosto de 1246), puede concebirse la admiracion de los tártaros, oyéndoles anunciar que iban como embajadores del más grande de los hombres. *¿No sabeis*, decian, *que el kacan es hijo del cielo?* Y se maravillaron aun más al saber que el papa ignoraba la existencia del kacan. En fin, su sorpresa no tuvo límites cuando vieron que no llevaban ningun regalo (11) y se negaban á prosternarse delante de Baschú, á menos que consintiese en convertirse al cristianismo. Enfurecidos algunos de ellos, proponian desollarlos vivos y enviar al papa su pellejo lleno de paja; otros temieron las represalias por parte de los cristianos y la desaprobacion del kacan (12), como tambien el valor de los francos, muy afamado en Oriente, donde no existia empresa importante en la que no hubiesen tenido parte. Despacharon, pues, los mongoles á los buenos frailes, con una desdeñosa carta para el papa, en la que el kacan era llamado hijo del cielo, y en la que cualquiera que quisiese permanecer independiente de su poder, era tratado como rebelde (13).

---

(8) *Tartari unum deum colunt, factorem omnium bonorum, et pœnarum in hoc mundo datorem.* MARIN SANUTO III, § XIII, cap. 9.—Lo mismo dicen Pedro, arzobispo de Rusia, en MATIAS PARIS. Rubruquis, Juan Carpino, Marco Polo, etc. La citada peregrinacion dice: *En el modo de vivir y en la creencia, difieren de todas las demás naciones del mundo; porque no se alaban de seguir la ley de Dios, como otras varias naciones dicen, sino que creen en Dios, con bastante fe y sencillez, por un movimiento de la naturaleza, que ella misma les muestra que sobre todas las cosas del mundo, hay una cosa soberana que es Dios.*

(9) Los nestorianos, que propagaron el cristianismo en el este del Asia, contaron grandes maravillas de un príncipe cristiano, rey y sacerdote antes, que llamaban el Preste Juan. La idea de tener en él un aliado hizo que los cruzados le buscaran por todas partes pero sin ningun resultado. Cuando entraron en relaciones con los tártaros, se aumentó su esperanza de encontrarle, y Rubruquis dice: «Era afamado en todas partes, aunque es verdad que nadie supiese nada cuando pasé por su pais, escepto algunos nestorianos que contaban *maravillas* de él, y muy superiores á la verdad, como es costumbre suya (cap. XIX).» Los keraitas tenian en efecto conocimiento del cristianismo; y el nombre de su rey Ong-kan, fué interpretado Johan por los europeos que no dudaron haber encontrado al Preste Juan (pág. 54).

Perpetuose la opinion en Europa de la existencia de dos prestes Juan, uno en Abisinia, y otro en la Tartaria.

(10) Véase ODOR RAYNALDI, *Ann. eccle.*—L. WADING, *Ann. Minorum.*—FONTANA, *Mon. Dominicana.*—VINC. BELLOVAC, *Spec-hist.*

(11) *Un francés llegó hasta el gran kan de los tártaros, y el emperador le preguntó qué cosa le llevaba. El francés respondió y dijo:—Señor, no os he traido nada porque no sabia vuestro gran poder.—¿Cómo*, dijo el emperador, *las aves que hienden los aires, no te dijeron nada de nuestro poder, cuando entraste en este pais?*—El francés respondió: *Señor, tal vez me dirian, pero no entendí su idioma.—Y de esta manera se apaciguó el emperador. Peregrinacion* citada.

(12) *Et cil qui avoit la cure des messagers dist a Bayonoy: «Te souvient il comment Cham fut jadis courechiez à moi pour un message que tu me fesis ochire, que je li esrachai le cuer dou ventre, et puis le pendi a mon poitral et portai par l'ost? Saiches, se tu me commendes ces messages a ochire, je ne le ferai pas, ains m'en irai plustost que je porrai a Cham, et l'ancuserai comme faus et deslojal des œuvres ke tu veuls faire.»* Id.

(13) *Papa ita scias: tui nuncii venerunt et tuas litteras ad nos detulerunt. Tui nuncii magna verba dixerunt. Nescimus utrum injunxeris eis ita loqui, aut á semetipsis dixe-*

Con ellos fueron dos embajadores de Basch.ú al papa, que los acogió con distinciones y les regaló vestidos de grana y ricas pieles; pero no pudo saberse el objeto de su mision.

Los frailes franciscanos encontraron á Batú en las orillas del Volga (noviembre), y le entregaron sus cartas, que fueron mandadas al emperador mongol, después de haber sido traducidas al esclavon, al tártaro y al árabe. El hijo del cielo llamó á su corte á los enviados, que al cabo de cuatro meses, llegaron á la *tienda amarilla*, y asistieron á la inauguracion de Cayuk con cuatro mil embajadores, el rey de Georgia, Yaroslav, gran duque de Suzdal, y un sinnúmero de emires de la Persia, de la Transoxiana y del Irak. Los señores y barones allí reunidos tomaron en medio de la asamblea, una silla dorada sobre la cual hicieron sentar al nuevo monarca, diciendo: «Queremos, os rogamos y mandamos, tener poder y dominio sobre nosotros todos.» Y él respondio: «Puesto que me quereis por vuestro rey, ¿estais cada uno dispuesto á hacer lo que yo mande, á acudir á donde os llame, á ir donde os envie, á dar muerte al que os diga?» Habiendo respondido todos afirmativamente, añadió: «Así pues, ¿desde este momento, mi palabra suplirá por mi espada?» Y todos aplaudieron. Entonces estendieron por el suelo una alfombra, sobre la cual le hicieron sentar, diciéndole: «Mira hácia arriba y reconoce á Dios, mira hácia abajo y considera donde estás sentado. Si gobiernas bien, si te muestras liberal y benéfico, si haces reinar la justicia, si honras á los príncipes y señores que dependen de tí, á cada uno segun su clase y dignidad, dominarás en toda magnificencia y esplendor, la tierra será sometida á tu poder, y Dios te dará todo lo que tu corazon pueda desear; pero si haces lo contrario, serás despreciable y vil, y tan pobre, que no te quedará más que la alfombra donde descansas.» Después colocaron á su mujer sobre la misma alfombra, y los levantaron á ambos, proclamándolos en alta voz emperador y emperatriz. Le llevaron oro, plata, innumerables piedras, y otras riquezas dejadas por Scharmagan, y las regaló al momento á los príncipes y señores que le rodeaban. Llevaron después en carros una gran cantidad de carne cocida sin sal, de la que se distribuyó un pedazo á cada uno; y en la tienda sirvieron otra carne con sal y sopa, lo cual duró toda la fiesta.

Cuando terminaron las ceremonias de la coronacion, los religiosos admitidos á la audiencia del gran mongol, le preguntaron porqué destruia el mundo: *Dios*, respondió, *me ha mandado, y á todos mis abuelos, castigar á las naciones culpables*. Como añadieran que el papa deseaba saber si era cristiano, replicó: *Dios lo sabe; si el papa desea asegurarse de ello, que venga y vea*. Fueron despedidos después sin otro resultado (14), con

---

runt, et in litteris taliter scripserat: Homines multos occiditis, interemitis et perditis. *Preceptum Dei stabile et statutum ejus qui totius faciem orbis continet, ad nos sic est: Quicumque statutum audierint, super propiam terram, aquam et patrimonium sedeant, et ei qui faciem totius orbis continet virtutem* (servitutem) *tradant. Quicumque aut præceptum et statutum non audierint, sed aliter facerint, ille deleantur et perdantur. Nunc superbum istud statutum et præceptum ad vos transmittimus. Si vultis super terram vestram, aquam et patrimonium sedere, oportet ut, tu papa, in propria persona ad nos venias, et ad eum qui faciem totius terræ continet accedas. Et si tu præceptum Dei stabile et illius, qui faciem totius terræ continet non audieris illud nos nescimus, Deus scit. Oportet ut antequam venias, nuncios præmittas, et nobis significes si venis aut non; si velis nobiscum componere aut inimicus esse; et responsionem præcepti cito ad nos transmittas.*

Istud præceptum per manus Aybeg et Sergis missimus mense julii, vigesimo die lunationis, in territorio Sitiensi castris scripsimus.

VINC. BELLOVAC. lib. 31, cap. 51. *Viaje de Ascelino*, página 80.

(14) Juan de Piano Carpigno habia sido discípulo de San Francisco; primero, guardian en Sajonia, después, provincial de Alemania, propagó su órden en la Bohemia, la Hungria, la Noruega, la Dacia, la Lorena; en 1225 fué de misionero á España. A su vuelta de la Tartaria, recibió de Inocencio IV el título de arzobispo de Antivari.

Es el primero que ha proporcionado á la Europa noticias particulares sobre los mongoles y sus costumbres, y aunque tiene algo de crédulo y de inexacto, hemos tomado de él algunas noticias de las que damos en el texto. Refiere que Miguel, duque de Rusia, habiendo ido á rendir homenaje á Batú, fué llevado entre dos fuegos; que intimado á prosternarse ante la imágen de Gengis-kan, respondió que lo haria de buen grado delante de Batú, pero que su religion le prohibia hacer aquel homenaje á la imágen de un muerto. Como persistiese en su negativa, fué amenazado de muerte; y Batú, viendo que no queria ceder, le hizo dar tantos puntapiés en el vientre y en el estómago, que murió poco después.

«Mientras que estábamos en las tierras de Batú, dice en otra parte, aconteció que un tal Andrés, duque de Sarvoglo en Rusia, acusado delante de este príncipe de haber sacado caballos de la Tartaria para venderlos en otras partes, fué muerto, aunque no se probó el hecho. El hermano menor y la viuda del difunto, informados del acontecimiento, fueron á la córte de Batú para rogarle no les privase del principado; y Batú mandó que segun el uso de los tártaros, el príncipe se casara con la viuda de su hermano. Este respondió que se daria la muerte más bien que cometer un acto tan contrario á su religion. No obstante, aquel hizo que se le entregara al jóven, y como ella se negase tambien, los tártaros los condujeron al lecho, y los casaron, aunque la dama lloraba y daba gritos.» En otra parte dice tambien: «Los tártaros son los hombres más orgullosos, y desprecian á los jefes de otras naciones. Hemos visto en la corte del emperador al gran duque de Rusia, al hijo del rey de Georgia, á muchos sultanes y á otros príncipes, á quienes no tributaban ninguna clase de honores. Los mismos tártaros que tenian de centinelas, por ínfimos que fuesen, les tomaban la delantera, y ocupaban el mejor puesto.»

Es singular oir á fray Juan quejarse con frecuencia de la exigüidad de su alimento. «Marchamos con las lágrimas en los ojos creyendo íbamos á la muerte, porque estábamos

cartas que debian estar concebidas poco más ó menos en el mismo estilo que las de Baschú. Por lo demás, la acogida hecha por Cayuk á los cristianos, no diferia de la que recibian los musulmanes y lamaistas. Hoy mismo los emperadores manchues que reinan en la China, honran en las ceremonias civiles, el cielo y la tierra, así como á Confucio, cual patriarca de la secta de los letrados; ruegan á los espíritus adorados por los tao-tsee, y veneran á Budda, encarnado en la persona del gran lama, sin encontrar nada de estravagante en estos cultos contradictorios.

Aunque las instancias del papa hubiesen permanecido vanas, bastaron para hacer temer á los musulmanes que el Oriente y el Occidente se uniesen para su ruina. El año 1249, fué sobre todo temido por ellos como fatal: y cuando Damieta hubo sido ganada por los francos, la Persia invadida por los Gengiskánidas, una union entre estos dos enemigos temibles hubiera sido una calamidad. Las circunstancias eran las más favorables para los francos en su obstinada guerra contra los sultanes de Iconio; y los mismos tártaros estaban en tal estado de aniquilamiento, que no hubieran podido subsistir, si Luis IX hubiera dirigido sus armas contra ellos, en lugar de volverlas contra Egipto. Pero entonces una guerra general se hubiera empeñado entre los mongoles y los francos, y nadie hubiera podido decir cual hubiera sido el desenlace.

En el momento en que san Luis habia convocado á los grandes del reino para deliberar sobre la espedicion de Egipto (1247), le llegó una intimacion del rey mongol para que se declarara su súbdito, en atencion á que los tártaros eran aquellos de quienes se habia escrito que Dios habia dado la tierra á los hijos de los hombres (15). Luis no hizo caso. Cuando después durante su permanencia en Chipre, se presentaron ante él embajadores mongoles enviados por Ilchikatay, comandante de la Persia y de la Armenia, el santo rey los acogió honoríficamente, hizo marchar con ellos á fray Andrés y á otros frailes, que llevaron para regalarles una capilla con todos los ornamentos necesarios al culto divino, y un pedazo de la verdadera cruz. Eran, además, portadores de cartas que invitaban al kacan á seguir la verdadera fé como lo habian hecho sus padres (decia el rey), y otras cartas del mismo legado, en las cuales felicitaba al kacan, á su suegra, á los obispos del pais, por haberse hecho cristianos, y los exhortaba á proseguir en la fé. Impostores habian contado estas historias y habian encontrado crédito, por consecuencia del deseo que se experimentaba de creerlas verdaderas; pero fácil es figurarse el efecto que debieron producir en la corte del mongol.

Llegaron los religiosos después de haber atravesado la Persia. Habiendo muerto Cayuk, fueron recibidos por la regente Ogulgaymisc, que les dió otros regalos en cambio de los suyos, entre otros un pedazo de tela de seda, siguiendo el uso chino; pero esta embajada no produjo el efecto principal que esperaban, y fué considerada como un homenage de sumision.

Rubruquis.—Envió, pues, san Luis otra, á cuya cabeza iba fray Guillermo Rubruquis (Ruysbrœck), acompañado del hermano Bartolomé de Cremona y otros religiosos (1253); le encargó nuevos dones para los príncipes tártaros, con recomendacion de no decir que procedian del rey. Rubruquis nos ha dejado la relacion de su mision en un estado claro y conciso, cualidad rara entre los antiguos narradores; describió todo, los trages, el modo de alimentarse, las ceremonias, segun lo que él mismo habia observado ó recogido de testigos oculares, prestando no obstante fe á hechicerias y cuentos de diablos (16). Habiéndose embarcado en Constantinopla, encontraron en Soldaye, en Crimea, los primeros cuarteles de los tártaros. *Cuando yo los ví*, dice el fraile, *me pareció entrar en un nuevo mundo.* Se encaminaron á través de las áridas llanuras que separaban el Dnieper del Tanais, «sin dormir nunca en los dos meses que duró, bajó un techo ó una tienda, sino á cielo raso, y bajo nuestras carretas, sin encontrar ni aldea, ni vestigio de construccion, ni otra cosa que las sepulturas de los cumanos.»

Encontraron el campo de Batú á las orillas del Volga, tan estenso como una ciudad, y lleno de gentes de guerra en un circuito de diez á doce millas; en medio del campo estaba la tienda del general, vuelta hácia el Mediodia; y tanto á la derecha como á la izquierda, chozas dispuestas de Este á Oeste; á la izquierda se encontraban las de las diez y seis mujeres del jefe, distantes un tiro de piedra una de otra, y rodeadas de las habitaciones de las mujeres de su servicio; todas las chozas cubiertas de fieltros engrasados, eran llevadas en trineos tirados por bueyes ó camellos, que las conducian á través de estas inmensas llanuras. «Nos advertian contínuamente, dice el fraile, no tocar las cuerdas que sostenian esta tienda, y que veneran lo mismo que su umbral.»

Presentóse Rubruquis delante de Batú, revesti-

---

de tal manera estenuados, que apenas podíamos tenernos á caballo. Durante toda la Cuaresma, no habíamos tenido más alimento que maiz cocido en agua con sal, y por bebida nieve derretida.» Durante su permanencia de un mes en la corte, estuvieron próximos á morir de hambre, porque los víveres que recibian para cuatro dias, apenas bastaban para uno.

A la pregunta que les hizo Cayuk, respondieron que no habia nadie en la corte del papa que entendiese el mongol, el árabe ó el ruso.

(15) MATIAS PARIS.

(16) *Relaciones de los viajes de Guillermo de Rubruk Bernardo el Sabio y Sævulf, publicadas por* FR. MICHEL y TH. WRIGHT. Paris, 1839. Bernardo, era un monje del siglo X, que viajó por Egipto y la Tierra Santa; Sævulf un monje inglés, que fué de Bari á Palestina por los años 1102,

do con ricos ornamentos sacerdotales, teniendo en la mano una hermosa Biblia, regalo del rey, y un salterio iluminado, regalo de la reina. Su compañero llevaba el misal y la cruz y un clérigo el incensario. «Cuando se nos hubo introducido, no se exigieron de nosotros las reverencias y genuflexiones comunes á los embajadores. Permanecimos de esta manera un *miserere* sin que nadie dijese nada. Batú estaba sentado en un trono elevado, grande como un lecho, al cual se subia por tres escalones; tenia á su lado una de sus mujeres, y los hombres á su derecha é izquierda; no habiendo más mujeres que las de Batú, no bastaban éstas para llenar uno de los lados. A la entrada sobre un velador, habia cumiz, y grandes copas de oro y plata adornadas de pedreria. Batú nos miraba fijamente y nosotros á él. Tenia el rostro encendido. En fin, me intimó que hablase, y nuestro conductor me advirtió que me arrodillara y hablara de esta manera. Doblé una rodilla como se hace para un hombre; pero me hizo seña de doblarlas ambas, y no me atreví á desobedecer. Imaginándome, pues, que oraba á Dios, dí principio á mi arenga en estos términos: Señor, rogamos al Señor de quien procede todo bien, y que os ha favorecido con tantas prosperidades terrestres, que os conceda tambien los bienes celestiales, sin los cuales los demás son fútiles y vanos. Sabed, señor, que nunca obtendreis éstos sino sois cristiano, en atencion á que Dios mismo ha dicho: *El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea será condenado.* A estas palabras se sonrió Batú moderadamente; pero los mongoles comenzaron á palmotear y reirse de nosotros. Cuando se restableció el silencio... se informó del nombre de vuestra majestad (San Luis, á quien Rubruquis dirige la relacion), del mio y del de mis compañeros; nuestro intérprete se los dió por escrito... Nos hizo después sentar, y beber leche, lo que se tiene por un gran favor; y como tuviese yo los ojos bajos, me mandó levantar la vista. Después de esto salimos.»

No se creyó Batú con suficiente autoridad para permitir predicar la fé en Tartaria. Prosiguió Rubruquis su camino, y llegó á Caracorum. Su viaje fué escesivamente penoso, aunque es verdad que todo el camino se les proporcionaron carretas y caballos por los habitantes del pais, siendo servidos como personas enviadas por príncipes de la sangre. Mangú los recibió con estremado orgullo. Levantado el fieltro que cubria la puerta del palacio entramos, y como aun estábamos en los dias de Navidad, entonamos el *A solis ortus cardine.* Cuando acabamos, nos registraron con cuidado, para asegurarse de que no llevábamos cuchillos, é hicieron quitar á nuestro intérprete su cinturon y su cuchilla. En la entrada habia una mesa con cumiz cerca de la cual dejamos nuestro intérprete, y fuimos colocados en frente de las mujeres. El cuarto estaba todo tapizado de tela de oro; en medio se encontraba un brasero lleno de fuego, alimentado con raices de agenjos, espinos y estiércol. Mangú-kan estaba sentado en un pequeño lecho, con un rico traje guarnecido de pieles y brillante como la piel de una vaca marina. Podia tener cuarenta y cinco años; era de mediana estatura, y tenia la nariz aplastada y torcida. Su mujer jóven y bonita, estaba sentada á su lado con su hija llamada Cirina, de edad núbil, y que tenia muy mal corazon: varios niños dormian allí cerca acostados en un colchon. El kan nos hizo preguntar lo que preferiríamos beber, vino *terasina,* que se saca del arroz, *cara cumiz,* preparado con leche de vaca, ó *ball,* hecho de miel, bebidas todas que usan en el invierno. Respondí que no teniamos gana de beber; pero que de todos modos nos contentaríamos con lo que su grandeza nos ofreciese, cualquiera cosa que fuera. Nos hizo dar tarasina, clara y agradable como vino blanco, la probé por obediencia; pero habiéndose acercado nuestro intérprete al aparador de las botellas, bebió tanta, que no sabia lo que hacia ni decia. El kan hizo traer después aves de rapiña de diferentes clases, que ponia en su muñeca y contemplaba mucho tiempo; después nos mandó hablar. Tenia por intérprete un nestoriano y nosotros el nuestro medio borracho. Habiéndonos arrodillado, le dije: Damos gracias á Dios por haberse dignado traernos desde tan léjos para ver y saludar á este gran Mangú-kan, á quien ha concedido tanto poder en la tierra; y suplicamos á la bondad de Nuestro Señor Jesucristo, por quien todos viven y mueren, conceda á vuestra majestad vida larga y próspera (este es su principal voto, y se ora para que sea escuchado). Habiendo sabido en nuestros paises que Sartac era cristiano, toda la cristiandad se ha regocijado y más que todo el rey de Francia, que por este motivo nos ha enviado con cartas de paz y amistad, para atestiguar qué gentes somos, con el objeto de tener permiso para permanecer en este pais, estando obligados por instituto á enseñar á los hombres como deben vivir segun la ley de Dios. Sartac nos ha dirigido á Batú su padre, y éste á vuestra majestad imperial, á quien suplicamos consienta nuestra permanencia en sus Estados, para cumplir los mandatos de Dios, y rogar por ella y los suyos. No ofrecemos ni oro ni piedras preciosas sino sólo nuestro servicio, y las oraciones que sin cesar elevaremos á Dios por vuestra majestad. Le rogué al terminar nos dejase al menos permanecer hasta que el frio hubiese pasado, tanto más, cuanto que mi compañero apenas tenia fuerzas. A esto respondió el gran kan que así como el sol esparce sus rayos por todas partes, tambien su poder y el de Batú se estendian por todos los lugares: respecto de nuestro oro y plata, no sabia que hacer de él. Hasta aquí comprendí poco más ó menos á nuestro intérprete; pero no pude entender lo demás; noté solamente que estaba ébrio, y que Mangú tampoco habia bebido agua.»

La conclusion fué que el kan les permitió permanecer dos meses para reponerse de sus fatigas. En este espacio de tiempo notó Rubruquis que

Mangú y los de su séquito, asistian indiferentemente á las ceremonias de los cristianos, de los mahometanos y de los budistas, y mantenian á sacerdotes de todos los cultos, quienes bendecian la copa real en los festines (17), y todos aspiraban á ganar sectarios á su culto, y en especialidad al emperador, quien, sin embargo, fiel al sistema de Gengis-kan, á todos les trataba de una misma manera. Después de residir allí cinco meses se despidieron los religiosos. «Partí, dice ingénuamente

(17) La *Relacion del viaje á Tartaria de fray* GUILLERMO DE RUBRUQUIS, fué publicada en Paris en 1829 por el padre Bergeron, y después, en 1839, por Michel y Wright.

Es digna de verse en él la tolerancia, ó más bien la indiferencia religiosa de los Gengiskánidas. Mangú tenia á su inmediacion muchos sacerdotes nestorianos, ignorantes, superticiosos y bebedores. Cuando habia banquete en la córte, eran los primeros que se presentaban con hábitos sacerdotales á orar por el emperador y bendecir su copa. Después se introducian los ministros del culto mahometano, en seguida los sacerdotes paganos, cada uno segun los ritos de su religion.

«El dia de la octava de la Epifania (dice Rubruquis), Cutuctay, primera mujer de Mangú, fué á la capilla de los nestorianos con muchas mujeres, el primogénito Baltú y sus hijos más pequeños; todos se prosternaron, tocaron con la mano derecha las imágenes, las llevaron á sus labios, y dieron la mano á cuantos se hallaban presentes, segun el uso de los nestorianos. Mangú visitó tambien la capilla, se sentó con su esposa en un pequeño lecho dorado, colocado delante del altar, é hizo cantar á Rubruquis y á sus compañeros el *Veni, Sancte Spiritus*. El emperador se retiró; pero no así su mujer, la cual hizo regalos á todos los cristianos. Se bebió tarassun, vino y cumiz, y la emperatriz, cogiendo una copa, se puso de rodillas, pidió la bendicion, y mientras bebia, cantaban los sacerdotes. Estos bebieron tambien hasta embriagarse; y así pasaron el dia. Por la tarde la emperatriz, alegre como los demás, volvió al palacio en su carro, acompañada de los sacerdotes, que continuaban cantando ó más bien ahullando.

«El sábado, víspera de la Septuagésima, que es la época de la pascua de los armenios, fuimos con los sacerdotes nestorianos y con un monje armenio, en procesion al palacio de Mangú. Al tiempo de salir nosotros, entraba un esclavo, el cual llevaba omóplatos de carnero tostados al fuego y negros como carbon. Habiendo preguntado qué significaba aquello, me contestaron que en aquel pais no se emprendia nada sin antes consultar aquellos huesos. ¿Quiere el kan dar principio á alguna cosa? Manda que le lleven tres lomos, no puestos aun al fuego, y teniéndolos entre las manos, piensa si el asunto que medita podrá ó no efectuarse. Después entrega estos huesos para que los tuesten cuidadosamente en dos pequeñas habitaciones inmediatas al palacio donde duerme el kan, y cuando están ya ennegrecidos, los vuelven á llevar ante él, que entonces observa si han permanecido enteros, y si el fuego no los ha roto ó hendido. En tal caso, se deduce que el asunto se conseguirá; si al contrario, se encuentran abiertos al través y caen algunos pedazos, significa que no debe emprenderse.»

Encontramos hecha mencion de este modo de adivinar en otros autores, y Pallas (*Sammlungen, hist. Nachr. über die Mongoslischen Völkerschafften*, parte II) dice que los pueblos de Asia entregados al chamanismo lo usan todavia. Los calmucos llaman *dallatullike* á esta manera de predecir, *dallascios* á los que la practican, y *dalla* al libro que enseña las reglas. Esta adivinacion se usa tambien desde tiempo inmemorial en China; pero en lugar de omóplatos, se sirven de carapachos de tortuga, en los cuales queman ciertas yerbas, hasta que se abren (MAILLA, *Hist. de la China*, tomo I, pág. 104, nota).

Rubruquis continúa en estos términos: «Al llegar á la presencia de Mangú, los sacerdotes nestorianos le presentaron incienso, que él mismo puso en el incensario, y le incensaron; bendijeron tambien su copa, y todos nos vimos obligados á hacer lo propio. Enseguida se dió de beber á todos los sacerdotes.

»Fuimos después á casa de Baltú, el cual luego que nos vió, saltó de su asiento y se arrojó en el suelo, tocándolo con la frente por respeto á la cruz, que colocó sobre un tejido de seda nueva, en un lugar elevado ante él. David, sacerdote nestoriano, su preceptor, persona dada á la bebida, le habia enseñado aquello. Nos hizo luego sentar, y habiendo bebido en una copa bendecida por los sacerdotes, obligó á beber tambien á éstos.

»Desde allí pasamos sucesivamente á la córte de la segunda, de la tercera y de la cuarta mujer del emperador, y todas se prosternaron en cuanto vieron la cruz, adorándola; después mandaron colocarla en un sitio elevado sobre un tapete de seda; única cosa que los sacerdotes le habian enseñado del cristianismo: en todo lo demás seguian las prácticas de los adivinos y de los idólatras.

»La víspera de Pascua (19 de abril de 1254) más de sesenta personas fueron bautizadas en buen órden en Caracorum, con grande alegria de los cristianos.»

Una mujer de Metz, llamada Pasquetta, que habia sido cogida prisionera en Hungria, y destinada durante algun tiempo al servicio de una esposa de Mangú, cristiana, contó á Rubruquis muchos rasgos de la malicia de los adivinos mongoles. Habiendo recibido la reina un regalo de hermosísimas pieles, los adivinos las purificaron por medio del fuego, como era costumbre hacer con todos los objetos destinados á los príncipes, y retuvieron una parte; pero la guardaropa advirtió á la reina que la parte con que se habian quedado era muy grande, y ésta les reprendió por ello. A los pocos dias cayó la reina enferma, y como se interrogase á los adivinos, declararon que estaba hechizada por la guardaropa; ésta, en consecuencia, fué presa y puesta á la cuerda durante siete dias, para obligarle á confesar su pretendido crímen. Entre tanto murió la emperatriz, y la acusada suplicó que le quitasen la vida, queriendo seguir á su ama, á quien protestaba no haber ofendido jamás; pero el emperador no lo consintió. Entonces los adivinos eligieron otra víctima, acusando de la muerte de la reina á la nodriza de su hija, mujer de uno de los principales sacerdotes nestorianos. Puesta en el tormento, confesó haber empleado algunos filtros para atraerse el cariño de su señora; pero aseguró que no habia hecho nada con objeto de dañarla; sin embargo, se la condenó á muerte. Poco después, otra esposa de Mangú dió á luz un hijo, al cual los adivinos prometieron larga vida y un próspero é ilustre reinado; pero como muriese dentro de pocos dias, la madre llamó á los astrólogos, y les dirigió reprensiones, excusándose ellos con echar la culpa á la nodriza que acababa de ser llevada al suplicio. La reina quiso á lo menos descargar su furor sobre los hijos de aquélla, y mandó matar al varon por mano de un hombre, y á la hembra por mano de nna mujer. Irritado Mangú al saber esto, la hizo encerrar en una prision por espacio de ocho dias, y alejar luego

Rubruquis, pensando que si Dios me hubiera concedido la gracia de hacer milagros semejantes á los que hizo Moisés en otro tiempo, hubiera podido convertirlos.» En setenta dias de camino sólo encontraron una aldea, donde ni siquiera hallaron pan. Habiendo seguido algun tiempo la córte de Batú al Cáucaso, á la Armenia y á la Siria, Rubruquis llegó á su convento de San Juan de Acre, donde dió cuenta del espanto y de la sorpresa que le habian causado todas las cosas que habia visto; de las preguntas que los príncipes le dirigian de vez en cuando para averiguar si habia en su pais muchos bueyes, carneros, caballos, como si hubieran podido presentarse al dia siguiente, y llevarse lo mejor y más bello.

Cuando Rubruquis partió de la corte de los mongoles se anunciaba allí la próxima llegada de Aytú, rey de Armenia, quien llegó en efecto á Caracorum para implorar algun auxilio en favor de sus súbditos, y Mangú le concedió los títulos de príncipe, cartas patentes para la libertad de las iglesias, y descargo de tributos. Desde este momento y durante medio siglo quedan los armenios adictos á los mongoles, aliados celosos de los francos é implacables enemigos de los musulmanes; solicitando sin tregua de los occidentales que se unieran á los tártaros y que emprendieran cruzadas en las cuales se pudieran asociar á sus armas.

Continuábase profesando un horror invencible á los tártaros en Europa, y hácia los que sometidos en el Norte por sus armas, se veian obligados á combatir, no contra los turcos, como los armenios, sino contra los cristianos. Nada habia descuidado el papa realmente de lo que le era posible hacer para defender la Livonia, la Prusia y la Estonia, de la invasion de los tártaros reunidos á los rusos. Los embajadores de Bereke, sucesor de Batú, fueron á encontrar á Bela IV, rey de Hungria ofreciéndole alianza y matrimonio (1254), y en caso de negativa, declararle una guerra de esterminio. Escribió Bela al papa para pedirle consejo y socorro, recordándole que en otro tiempo Gregorio IX le habia abandonado al furor de los mongoles. Escusando Alejandro IV á su predecesor, por sus guerras con Federico II, le contestó para disuadirle de aliarse con los mongoles: *¡Qué infamia separarse del cuerpo de los fieles para asociarse con los paganos! Y esto no para obtener la salvacion, sino para retardar su ruina.* Con respecto á socorros, no estaba en estado de enviarlos: lo que salvó á Bela, fué la alianza de la Bohemia, y aun más, el capricho de Bereke que se adhirió á los persas para combatir á otros príncipes mongoles, que habian permanecido fieles á la antigua creencia de los tártaros.

Cuando fué enviado Ulagú por Mangú á la Media y á la Siria, propuso á los templarios y hospitalarios someterse (1255); y éstos indignados, se negaron á ello. Ya hemos visto á este general entrar en la Mesopotamia después de haber destruido á los asesinos y derribar al califa, y después ocupar un momento la Tierra Santa. La muerte de Mangú le forzó á alejarse, dejando á Kui-buga el conquistar á Jerusalen.

Aseguraban los cristianos que Ulagú se encontraba muy dispuesto en su favor, acariciándole en esta persuacion, tanto más, cuanto que ya no quedaba ninguna barrera entre los tártaros y cristianos. Pero cuando Kui-buga hubo tomado y desmantelado á Sidon, vieron que no debian conceder ninguna confianza á estos advenedizos, y se pusieron á la defensiva (1260). Permaneció la Europa aterrada; reunió san Luis en Paris un concilio de prelados, para tratar en él los medios de conjurar el peligro: decidióse á redoblar las oraciones, á hacer procesiones, ó castigar á los blasfemos, renunciar á toda superfluidad en las comidas, prohibir los torneos por dos años y cualquier otro juego que no fuese tirar al blanco. Ocupándose el pontífice en encontrar remedios más eficaces, escitaba á los príncipes á hacer la guerra á los tártaros, no tan solo á los de la Persia y la Siria, sino tambien á los que amenazaban la Hungria.

Por este tiempo derrotó el soldan de Egipto á Kui-buga; y esta derrota de los tártaros, la primera de que se oyó hablar en Europa, reanimó el valor. Y en efecto, el de estos conquistadores declinaba; tanto habian agotado á sus hombres la guerra, y se encontraba dividido su imperio en varios Estados sometidos á las eventualidades de la guerra y de la política. Los kanes del Capchak, que siempre se mostraron enemigos de los de la Persia, se estendian hasta la Crimea, saboreando las dulzuras de la civilizacion; proporcionaban á los genoveses lo necesario para edificar á Cafa, é introducian en la Crimea y en la Ukrania la destilacion que habian aprendido de los árabes. Conservaban bajo su dominio á la Rusia, donde la política de

---

de la córte durante un mes. Dispuso, además, que el que habia dado muerte al hijo fuese decapitado, y su cabeza colgada del cuello de la mujer que habia degollado á la hija, y que tambien condenó á morir golpeada por tizones encendidos.

El palacio de Caracorum estaba rodeado de una pared de ladrillos, en direccion de Norte á Sur, con tres puertas en la fachada meridional. Veíase en él una gran sala, cuya construccion se asemejaba á la de una iglesia, es decir, una nave con dos hileras de columnas. En los dias solemnes, el emperador se colocaba al fin de aquella sala, en un trono elevado; cerca de él, un poco más abajo, se sentaba su primera esposa; sus hijos y los príncipes de la sangre se situaban á la derecha, y la princesa á la izquierda. Enfrente del trono se alzaba un grande árbol de plata, á cuyo pié habia cuatro leones del mismo metal, que arrojaban por sus fauces, dentro de cuatro receptáculos, tambien de plata, vino, cumiz, hidromiel y tarassun. En la cima del árbol se veia un ángel de plata que tocaba una trompeta cuando los botilleros debian llenar de nuevo los depósitos exteriores que alimentaban las fuentes. Este artificio era obra de Guillermo Boucher, platero parisiense, que habia sido hecho prisionero en Belgrado por un hermano de Mangú, y empleó en él tres mil marcos de plata.

los príncipes consistia en sostener la amistad de la Horda de oro. Usbak, sobrino de Nogay, fué nombrado kan del Capchak con ayuda de Ivan, gran príncipe de Moscou, al que se alió por un matrimonio (1239). Esta ciudad, edificada en 1147 por Jorge de Suzdal, tuvo de esta manera el predominio sobre las demás; y como ningun príncipe habia ejercido allí la autoridad soberana, los mongoles la fortificaron sin desconfianza, haciéndola metrópoli, lo cual preparó la independencia nacional, consumada luego después por Ivan.

Los mongoles de Persia solicitaron tambien de vez en cuando la alianza de los cruzados y de la Europa, que poco antes habian rechazado con orgulloso desden; pero escitaban á los cristianos contra los musulmanes, cuando precisamente el ardor de las cruzadas se habia entibiado entre los occidentales. Conocian los mongoles que aquella multitud de príncipes musulmanes les estaba sometida por miedo y no por conviccion, y que tenian en ellos ocultos enemigos prontos á cambiarse en temibles á la primera ocasion: además, Damasco, Alepo, Ama, Emesa, obedecian aun á los príncipes de la estirpe de Saladino, y Egipto poseia fuerzas suficientes para hacerles frente. Solos los cruzados, con las fuerzas de que disponian y con las que se encontraban en disposicion de llamar en su auxilio, podian asegurar la victoria á los tártaros.

Habiendo sabido Ulagú que el sultan de Egipto habia vencido á Kui-buga en Ain-Jalut *(fuente de Goliat)* solicitó con más ardor la alianza de los cristianos, hizo abastecimientos militares, reunió á sus vasallos y escitó á los demás cristianos de Oriente á marchar contra el soldan. Pero la muerte le detuvo en sus proyectos (1265), y con ella se desvaneció la esperanza de los fieles, que se lisongeaban de que los tártaros les hubieran abandonado la Palestina, cuyo clima era demasiado cálido para ellos, con las franquicias concedidas á los armenios y georgianos. Abaka, su sucesor, aunque adorase á los ídolos, siguió las huellas de Ulagú en lo que concernia á los cristianos, y se casó con Maria, hija natural de Miguel Paleólogo, que habia ido á dar su mano á Ulagú. Entonces atacó el soldan de Egipto á la Armenia, el más poderoso de los principados fundados por los cruzados y vasallos de los mongoles. La division habia debilitado el poder de los conquistadores, y la política del soldan supo separar de su causa y hasta volver contra ellos á varios príncipes gengiskánidas. Dirigió Abaka al papa una carta que nadie pudo descifrar, en atencion á que estaba escrita en lengua tártara, pero supo por el portador, que se trataba en ella de saber qué camino seguirian los occidentales para caer sobre los musulmanes, contra quienes se proponia secundarlos en union de su cuñado. Es probable que Clemente IV informó de estas buenas disposiciones á San Luis y á Tibaldo de Navarra. Otros enviados de Abaka y de Miguel Paleólogo fueron al encuentro de Jaime de Aragon (1270), que en efecto se embarcó, pero arrojado por la tempestad á la costa de Aigues-Mortes, se vió forzado á volverse á sus Estados. En lugar de aprovecharse los cruzados de estas proposiciones de Abaka se comprometieron en la espedicion de Túnez, donde no podia esperar ninguna asistencia de los mongoles.

Mientras que Abaka hacia la guerra en el Chakatay, el rey de Armenia se vió precisado á tratar con el soldan de Egipto para salvar sus Estados; pero apenas habia dado fin á esta espedicion Abaka, cuando retrocedió camino, marchó contra el soldan, que habia entrado en la Turquia favorecido por los musulmanes rebeldes; y habiéndole arrojado, ofreció á Leon, rey de Armenia, en reconocimiento de sus servicios, la corona de este pais. Tuvo Leon el talento de rehusarla; y solo aconsejó al kan no confiar el gobierno á ningun musulman, y cooperar á la libertad de la Tierra Santa.

A este efecto se pusieron en camino diez y seis enviados que llegaron al concilio de Leon (1274), donde Gregorio X los acogió con benevolencia: fué su respuesta que antes del paso del ejército cristiano él mismo enviaria á dar aviso á Abaka. Pero las disensiones de los príncipes cristianos no permitieron intentar nada con respecto á la Tierra Santa. Dos años después envió de nuevo el príncipe tártaro como embajadores á dos cristianos de Georgia, Juan y Santiago Vasali; pero por más que hicieron para presentarse en las diferentes cortes, apenas fueron escuchados y pasaron como impostores.

De seguro habia impostura de su parte en afirmar la conversion de Cubilay, que por el contrario, dueño de la China, habia hecho adoptar el lamaismo á sus mongoles. No obstante estar ya modelado á las ideas chinas, podia haber recibido muy bien el bautismo, como una ceremonia que añadir á las demás. Sea como quiera, con objeto de asegurarse de un hecho de esta importancia, delegó el papa á cinco hermanos menores: Girardo de Prato, Antonio de Parma, Juan de Santa Agata, Andrés de Florencia y Mateo de Arezzo. Pero la barbarie de los mongoles, la indiferencia de los chinos, la prevencion de los idólatras, la rivalidad de los nestorianos, que se habian insinuado entre los mongoles, impidieron los progresos de los misioneros: y así fué, que cuando diez años después llegó á aquellos paises Juan de Montecorvino, los encontró poco adelantados en su mision.

Viendo Abaka que los socorros de Occidente no llegaban, se decidó á hacer la guerra á los musulmanes, en union del rey de Armenia. Pero su hermano Mangú Temur hizo perder por ligereza el fruto de muchas victorias. Aumentóse con esto la fuerza del soldan de Egipto, la Armenia fué asolada, y Abaka, que queria tomar el desquite, murió envenenado (1282), tal vez por aquellos á quienes hacia sombra su afecto á los cristianos. Fué, por más que se diga, causa de muerte para varios príncipes mongoles. Los cristianos fueron por el

contrario, perseguidos por Ahmed, su hermano, celoso musulman, que derribó las iglesias, rompió todo tratado con los francos, y procuró la alianza del soldan de Egipto. Pero éste vió llegar su embajada con desconfianza, al mismo tiempo que los vasallos cristianos de Ahmed, y los mongoles lamaistas, se aunaban en el ódio que les inspiraba; y resultó de ello que no tardó en ser destronado y muerto.

Habiendo sido confirmado Argun, su sucesor, por Cubilay, atacó á los musulmanes, reedificó las iglesias destruidas y declaró la guerra al soldan de Egipto (1284): entonces se presentaron otra vez los cristianos de Oriente en su corte, solicitando libertar la Tierra Santa. Escribió á Honorio IV, á quien se dirigieron otras embajadas en 1286; acogiólos el pontífice con grandes honores, sobre todo, después de las seguridades que le eran dadas, de que los príncipes mongoles tenian intencion de hacerse cristianos; pero respecto al objeto político no se conseguia nada. Mandó Nicolás IV á Tartaria (1289) á Juan de Montecorvino para convertir á estos príncipes. Después de haber recorrido la Persia y la India, llegó este religioso predicando, á la capital del imperio mongol, fundó allí dos iglesias, y bautizó en pocos años cerca de seis mil personas. A demanda suya el papa Clemente V mandó como sufragáneos á siete misioneros franciscanos, al mismo tiempo que le nombraba arzobispo de Cambalik y primado de Oriente. Solo tres de ellos llegaron, fueron enviados otros; pero sus relaciones pintaban el estado del cristianismo más floreciente que lo que en efecto era. Aconteció tambien varias veces que se presentaran al papa aventureros (18) como enviados de los emperadores de la China ó del Preste Juan, para tratar de la conversion de este pais.

Hácia esta época, el genovés Biscarelo de Gisulfo, enviado por Argun para ofrecer ayuda en el recobro de la Tierra Santa, pasó de la corte pontificia á las de Inglaterra y Francia. La carta de Argun al rey de Francia, que se ha conservado, es el monumento más antiguo de la lengua mongola, tanto en Oriente como en Occidente, como tambien las cartas chinas marcadas con el sello son las primeras que haya visto la Europa. Las exhortaciones no produjeron más efecto que la nueva embajada enviada por Argun en 1287, en atencion á que los franceses no tenian otro interés en conservar relaciones con los tártaros; y el papa se cansaba en vano de manifestar la inmensa ventaja que consiguiria la cristiandad, pues era poco escuchado en medio del choque de los intereses particulares. Se dedicó, pues, más bien á convertir á los mongoles que á conquistar la Palestina. Si este proyecto se hubiera verificado, no se habria podido esperar de los cruzados ningun señalado éxito, sino el ver á la civilizacion estenderse rápidamente en Oriente, y penetrar en las estepas tártaras, así como en las llanuras chinas. Las ventajas de semejante union no se escapaban á los príncipes mongoles; pero el pueblo era indiferente ú hostil.

Ahora bien, esta indiferencia causó la repentina decadencia de los mongoles. Mientras que los turcos, introducidos en Oriente como esclavos, llegaron por el fervor con que abrazaron el islamismo, á ocupar todos los tronos musulmanes, los mongoles por no saber adherirse ni los sectarios de Mahoma ni los de Cristo, permanecieron solos y enervados. Los Ilkanios no tardaron en perder su poder en Persia (1390), y sesenta años después no quedaba allí ni una tribu de su raza.

De los dos nuevos reyes de Persia Canjatú y Baidú, el primero favoreció á los musulmanes y persiguió á los cristianos, el otro siguió el sistema opuesto y fué derrocado (1284). Casan, que sustituyó á Baidú en el trono (1292), se manifestó hostil á los cristianos hasta el instante en que se casó con la hija del rey de Armenia; habiéndose unido á su suegro asaltó al sultan de Egipto Naser, Mohamed, se apoderó de Damasco y taló la Siria. Esperimentaron gran satisfaccion de resultas los cristianos, y acudieron desde Chipre para prestarle socorro. Por su parte Casan envió embajadores á Occidente para solicitar una cruzada; pero á este tiempo una gran victoria de los musulmanes arrolló á los mongoles hasta más allá del Éufrates, y Casan tardó en morir muy poco.

Aljatú, su sucesor (1304), que habia sido bautizado, abrazó después el islamismo. Pero apenas hubo ascendido al trono pensó en reanudar las negociaciones con los cristianos. El príncipe mongol ofrecia doscientos mil caballos, doscientas mil cargas de cereales, cien mil ginetes que se comprometia á guiar en persona (19); pero Clemente V no pudo lograr que se reanimara el entusiasmo de las cruzadas. Sin embargo, Aljatú emprendió la guerra contra los musulmanes, y dirigió al rey de Francia una carta conservada en los archivos, con una version italiana contemporánea al dorso (20). Pero

(18) Esta clase de impostura, no cesó tan pronto: porque cuando Cárlos Quinto se hizo coronar en Bolonia, llegó una carta del Preste Juan, que se encuentra insertada entre las de los *príncipes á príncipes*, coleccionadas por Gerónimo Ruselli.

(19) Puede verse cuán inoportunamente pone Voltaire en ridículo las pretendidas ofertas de servicios hechos á San Luis por un rey mongol.

(20) «La palabra de Aljatú, soldan, al rey de Francia. »En los tiempos pasados, vosotros, señores francos, en la época de mis abuelos y de mi buen padre y de mi buen hermano, teníais con nosotros amistad y benevolencia; y si nos hallábamos distantes, la buena voluntad estaba cerca, y todas nuestras noticias, así como las de nuestra salud y nuestros regalos, jamás faltaban en Francia. Ahora bien, el Señor Dios me ha dado tal fuerza, que me he sentado sobre el gran trono; y segun aconteció en el tiempo pasado de mi abuelo y de mi padre, así como de mi hermano, he-

otras enemistades y la muerte de este príncipe hicieron desvanecer toda idea de alianza entre los mongoles y los occidentales. Las diversas iglesias que en estos últimos tiempos se habian establecido entre los tártaros, fueron dispersadas; y los francos, que consideraban la alianza mongola como el único medio de recuperar la Palestina, tuvieron que renunciar á este pensamiento.

No obstante, si todos estos pasos quedaron sin fruto, salió de ellos un resultado durable, por la aproximacion de las dos civilizaciones oriental y occidental. Después de haberse engrandecido en el aislamiento, vinieron á mezclarse por medio de los viajes, de las expediciones, de las embajadas, de las misiones. Sempad Orbeliano Aytú, rey de Armenia, los dos príncipes georgianos llamados David, fueron llevados por la política al extremo del Asia. Jaroslaf, gran duque de Suzdal, murió en Caracorum; muchos frailes franceses, flamencos, italianos, fueron encargados de misiones diplomáticas cerca del gran kan; así mismo envió embajadores á Roma, Barcelona, Valencia, Lóndres, Lion, Paris, Northampton. Un franciscano, natural de Nápoles, fué arzobispo de Peking, y tuvo por sucesor á un profesor de teologia de la facultad de Paris. Estos viajeros fueron acompañados por gran número de gentes, unos como esclavos y criados, otros por deseo de hacer fortuna, por curiosidad ó por celo religioso. Un inglés desterrado de su pais tomó servicio entre los mongoles. Un franciscano flamenco halló en el corazon de la Tartaria á una mujer de Metz, llamada Pasqueta, que habia sido robada en Hungria, á un platero de Paris, á un mancebo de Ruan, y á rusos, húngaros, flamencos. El cantor Roberto, recorrió el Asia oriental y murió en la catedral de Chartres. Un tártaro suministraba cascos al ejército de Felipe el Hermoso. Juan de Carpin halló cerca de Cayuk á un hidalgo ruso que desempeñaba las funciones de intérprete: muchos mercaderes de Breslau, de Polonia, de Austria, le acompañaron en su viaje de Tartaria; otros genoveses, pisanos, venecianos, volvieron con él por la Rusia. Es inútil recordar á Marco Polo y á sus deudos.

B. Oderico de Pordenone.—El mismo viaje fué hecho en el siglo siguiente por el médico inglés Juan de Mandeville, por Pegolotti, Guillermo de Bouldeselle, y por otros más, entre los cuales no debemos omitir al bienaventurado Oderico de Pordenone (21), ¿cuántos más habrá cuya memo-

---

mos mantenido sus mandamientos tales cuáles eran, y segun los pactos que habian deliberado y prometido con los señores y barones, hemos cumplido sus palabras del mismo modo que su juramento. Nuestra idea es aumentar la amistad mucho más que hasta ahora. Así, de hoy en adelante no falten nuestros recíprocos mensajes. A consecuencia de las palabras proferidas por personas malas, nosotros, sangre de los Gengiskánidas, hace catorce años que estamos en guerra y enemistad entre nosotros. Dios nos ha dividido de esta suerte: Damur, emperador de los tártaros, Japar, emperador, y Yoquetay, emperador, y Dua, emperador, se han puesto de acuerdo, y han hecho la paz juntos, desde el punto en que el sol sale hasta vuestros confines. Hemos dispuesto nuestros caballos para los mensajes que van y vienen. Y caeríamos juntos sobre cualquiera persona que pensara mal de nosotros. ¿Pero, cómo podríamos abandonar ni olvidar la amistad que con vosotros tuvimos? Y por esto os envio á Tomás, mi yutduque, con este despacho, y Mamalac que os dirán de palabra lo demás de nuestra parte.

»Se nos ha hecho saber que vosotros, señores francos, estais completamente de acuerdo y habeis hecho la paz; de lo cual nos alegramos sobremanera, porque nada hay tan bueno como la paz en el mundo. Desde ahora vosotros y nosotros seremos con la ayuda de Dios una misma cosa, y si alguien no cumple nuestros mandatos, caeremos sobre él y será lo que Dios quisiere.

»Escrito en Mujan, año de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo, MCCCVI, quinto dia de abril en Mogan.»

(21) Fray Oderico atravesó el Asia, desde las costas del mar Negro hasta el extremo de la China, principiando su viaje, segun parece, en 1318, y terminándolo en 1330, época en que de vuelta á Italia, escribió una relacion de él á Guillermo de Solana, en Pádua, sin observar ningun órden ni distribucion, sino como los sucesos le iban viniendo á la memoria. Su relacion oscura y confusa añadió poco á los conocimientos que sus predecesores habian traido de Oriente. De Constantinopla paso á Trebisonda; luego se dirigió á Azaron ó Erzerum, lugar naturalmente frio, que dicen se encuentra situado á mayor elevacion que cualquiera otra ciudad del mundo. Fué por el monte Ararat á Tauris ó Tebriz, que le pareció una ciudad comercial de primer órden. En las cercanias habia una colina de sal, donde se permitia á cada uno tomar la cantidad que le acomodase, sin impuesto ni gabela. Se decia que el rey de Persia sacaba de aquella sola ciudad tanto como el rey de Francia de todos sus dominios. El camino recto para la India pasaba por Cassan ó Casbin, ciudad de los tres sabios. La ciudad de Yezed abundaba en todo, encontrándose alli más uvas é higos que en ningun otro pais del mundo, pero los sarracenos afirmaban que no habia cristiano capaz de vivir en ella más de un año.

El fraile pasó *cerca de la Torre de Babel;* aunque no nos da la menor noticia sobre este extraordinario edificio. Los hombres de la Caldea usaban el cabello bien trenzado y arreglado, como las mujeres de Italia; turbantes adornados ricamente con oro y perlas; era hermosa gente; pero las mujeres feas y deformes vestidas con camisas de tela basta que solo les bajaban á la rodilla, con largas mangas pendientes hasta el suelo, y lo mismo los calzones; llevaban los piés descalzos; no se rizaban el cabello, que caia suelto y esparcido entorno de las orejas. Cuando Oderico llegó á aquel pais, que llama India Menor, esto es, á las provincias meridionales de la Persia, el territorio acababa de ser invadido y asolado por los tártaros. Sin embargo, los productos de la naturaleza abundaban en él; los habitantes tenian por principal alimento dátiles, de los que se podian comprar veinte y dos libras por menos de un *grosso* veneciano. Desde Ormuz se embarcó con direccion á Thana, quizá Tatta, á la embocadura del Indo, donde experimentó graves calamidades.

Merece poca atencion como viajero antes de su llegada á la costa de Malabar, que llama Minibar. No se mencionan en ningun otro escritor dos ciudades, denominadas por él

ria haya perecido? Todos estos viajeros llevaban á lo lejos los conocimientos y las artes de su patria, donde traian nociones nuevas, con gran ventaja de la industria y de la actividad comercial; é iniciándose el limitado espíritu europeo en los usos del extranjero, veia abrírsele delante un vastísimo campo.

La misma invasion de los mongoles no dejó de tener consecuencias favorables: destruyó el califato, extinguió el poder de los asesinos, exterminó á

Flandina y Cycilin. La pimienta crece con abundancia en el Malabar, en una selva cuya circunferencia es de diez y ocho dias de camino. La planta que produce la pimienta nace al lado de grandes árboles, como se plantan las vides en Italia: tiene muchas hojas de un color vivo y se enlaza á dichos árboles, dejando colgar bayas, llenas de pimienta, en gruesos racimos, como los de la vid. Enormes serpientes y cocodrilos infestan aquella selva, y en la estacion en que se recoge la pimienta, la gente tiene necesidad de encender grandes fogatas de paja y ramas secas, para ahuyentar los animales nocivos. A un extremo de aquella selva estaba la ciudad de Polumbrun.

Oderico da una relacion completa de las singulares supersticiones de los indios, y en esta parte excede á todos los viajeros que le habian precedido. Observó la veneracion de que es objeto el buey, destinado durante seis años al trabajo, declarado santo en el séptimo, y adorado como un Dios; la costumbre de quemarse las viudas en la pira de sus maridos, y la abstinencia del vino en los hombres. Describe con la evidencia de un testigo ocular el fanatismo que induce á éstos á sacrificarse voluntariamente, y las ceremonias de Jagrenat. «En el reino de Moabar (el Carnático) hay un ídolo maravilloso en figura de hombre, todo de oro pulimentado; le cuelga de la garganta un collar de las piedras más ricas y preciosas, algunas de ellas de más valor que todas las riquezas de un reino. La casa donde está conservado es de oro batido, de oro el pavimento, como tambien el exterior de las paredes por dentro y por fuera. Los indios acuden allí en peregrinacion, unos con cuerdas al cuello, otros con las manos atadas á la espalda, y algunos llevan cuchillos clavados en diferentes partes de las piernas y de los brazos; si acontece que la carne de los miembros se ulcera á causa de estas heridas, creen que su Dios los mira con ojos favorables, y desde aquel momento consideran el miembro enfermo como sagrado. Cerca del templo de este ídolo hay un lago artificial en un sitio abierto, donde los peregrinos y devotos arrojan oro, plata, piedras preciosas en honor del ídolo, como un fondo destinado á la reparacion del templo. Cuando se necesita hacer un nuevo adorno ó alguna composicion, los sacerdotes toman lo necesario para ello de las ofrendas arrojadas en el lago.

»En cada fiesta anual de este ídolo, el rey y la reina de la comarca, con todos los peregrinos y la mucheduumbre del pueblo se reunen en el templo, y después de colocar al ídolo en un rico y espléndido carro, lo llevan al templo, entonando himnos y tañendo toda clase de instrumentos músicos; multitud de mujeres jóvenes van de dos en dos cantando delante del ídolo. Muchos peregrinos se arrojan bajo las ruedas del carro para morir aplastados en honor de su dios, y los cadáveres de estos devotos son quemados, y sus cenizas recogidas como las de los mártires. Más de quinientas personas cada año se sacrifican de este modo. A veces un hombre deliberadamente hace voto de morir en honor de aquel abominable ídolo, y entonces acompañado de sus parientes, de sus amigos y de multitud de músicos, da un solemne banquete, después del cual se suspende del cuello cinco cortantes cuchillos, y va en solemne procesion á la presencia del ídolo. Allí toma sucesivamente cuatro de los cuchillos, y con cada uno de ellos se corta un pedazo de su carne, que arroja al ídolo, diciendo que se hace aquel destrozo para adorar á su dios. Enseguida, empuñando el quinto cuchillo, declara en alta voz que se suicida en honor del dios, y dicho esto, se hiere mortalmente. Su cadáver es después quemado con gran solemnidad, y él goza siempre de la reputacion de un santo.»

Siguiendo el fraile por espacio de cincuenta dias, desde Moabar hácia el Mediodia, á orillas del Océano, llegó á un pais llamado Lamuri, donde todos iban desnudos, alegando como escusa el ejemplo de Adan y Eva. Quizá este pais es la parte meridional de la península, cerca del cabo Comorin; pero hay fundados motivos de sospechar que Oderico confundió el Mediodia de la India con Lamuri en Sumatra. «Allí (dice) se hace comunmente uso de carne humana, como entre nosotros de la vaca, y aunque las maneras y costumbres de aquel pueblo son abominables, el pais es excelente y abunda en carnes, granos, oro, plata, madera de áloe, alcanfor y otros muchos productos preciosos. Los mercaderes que trafican con él, tienen costumbre de llevar allí, al mismo tiempo que las demás mercancias, hombres gordos que venden á los naturales, como nosotros vendemos los cerdos, y que son muertos y devorados.»

Al mediodia de Lamuri coloca Oderico la isla ó el reino de Symalora, tal vez Simotra ó Sumatra, donde la gente acostumbraba señalarse el rostro con hierros candentes. Después visitó la isla de Java, considerada como una de las mayores del mundo; abundante en clavo, nuez moscada y otros aromas. «El rey de Java (añade) tenia el palacio más suntuoso y alto del mundo, con anchas escaleras que conducian á los aposentos superiores, cuyas gradas eran alternativamente de oro y plata. Toda la parte interior estaba cubierta de láminas de oro batido, con figuras de guerreros grabadas, cuyas cabezas ostentaban una corona de oro macizo. El techo del palacio era igualmente de oro puro, y los aposentos del piso bajo estaban enlosados con ladrillos alternados de oro y plata. El Gran kan ó emperador de la China (continua diciendo) habia hecho á menudo la guerra al rey de Java, pero siempre habia sido vencido y rechazado.» Es probable que Oderico mezclase á su relacion de Java, lo que habia oido decir de las guerras y prodigiosas riquezas del Japon.

El fraile nos habla de árboles que producen harina ó sea de las palmeras de sagú, y de otra particularidad del reino vegetal, falsa en la apariencia. «En los mares de la India (dice) crecen cañas de un tamaño increible, algunas de las cuales tienen sesenta pasos de elevacion. Hay tambien cañas pequeñas, llamadas cassan, que serpentean en la tierra como yerba, en una extension de más de una milla, y echan nuevas ramas por cada nudo. Encuéntranse en estas cañas ciertas piedras que poseen la admirable virtud, segun la creencia del pais, de impedir que sea herido por arma blanca todo el que lleve una consigo. Los habitantes hacen incisiones en los brazos de sus hijos cuando son jóvenes é introducen una de estas piedras en la herida, cicatrizándola con los polvos de no se qué pescado.» Está probado que se encuentran á menudo ocultas dentro y cerca de los nudos de las cañas, piedras de sílice puro ó pedernal, y como los ignorantes se hallan dispuestos siempre á considerar con veneracion todo lo que es anómalo en la

los búlgaros, á los cumanos y á otros bárbaros septentrionales; enervó á la poblacion del Alta Asia, lo cual permitió á los rusos volver á levantar cabeza contra sus opresores. Una religion regular y pacífica fué establecida en el Tíbet y la Tartaria con la gerarquia lamáica, á imitacion de la Iglesia católica. En esta mezcla de pueblos, los guarismos de la India se hallaron introducidos en la China, y se conocieron los métodos astronómicos de los musulmanes; el Evangelio y los salmos

---

naturaleza, se cree generalmente que estas piedras tienen virtudes extraordinarias.

Los mares de aquellos climas son tan abundantes en pesca, que á cierta distancia de la costa no se ve más que lomos de peces que van espontáneamente á la playa y durante tres dias se dejan cojer por los habitantes, en tan gran número como quieren. Al fin de los tres dias el banco de peces se vuelve á alta mar, y otra especie acude al mismo lugar, del mismo modo y por el mismo tiempo. «Esto acontece (dice Oderico) una vez al año, y los habitantes creen que los peces aprenden de la naturaleza á prestar esta señal de homenaje al emperador.» El hecho es completamente cierto; los mares del Archipiélago Indio abundan en peces más que ninguna otra parte del mundo, y se dice que los habitantes de Java saben el arte de domesticarlos, hasta lograr que vengan á la playa, obedientes á la voz ó al grito.

Oderico se dirigió enseguida á la China, que segun oia decir, debia contener más de dos mil grandes ciudades. Quedó maravillado al ver que todos los habitantes eran allí artesanos ó mercaderes, y que jamás se decidian á mendigar por mucha que fuese su pobreza, mientras podian ganarse el sustento con el trabajo de sus manos. Los hombres eran rubios y de buena presencia, aunque algo pálidos; pero las mujeres le parecieron las más hermosas que habia bajo el sol. Es notable que todos los antiguos viajeros convengan en alabar la belleza de los chinos, y que rara vez indiquen la particularidad de las facciones mongolas. Oderico fué el primero que señaló dos caractéres distintivos de la hermosura china. «Se considera (dice) como un elegante adorno en los hombres de este pais, tener uñas largas, que doblan dentro de las manos; pero la gracia y belleza de sus mujeres consiste en tener los piés pequeños; por eso las madres, cuando sus hijas son jóvenes, se los ligan con fajas, para impedir que crezcan.»

Describe tambien una moda de pescar usada en China, y poco cononocida en otras partes. En una ciudad, donde permaneció algun tiempo, su huésped, para divertirse le condujo á la orilla del rio, llevando consigo tres grandes cestas y algunos cuervos marinos atados á pértiças. Empezó los preparativos estrechando con un hilo el cuello de las aves, á fin de que no pudiesen tragarse los peces que cogieran; los desató después de las pértiças y en menos de una hora cazaron tanto como se necesitaba para llenar las tres cestas.

Los Menores observantes tenian dos conventos en la ciudad de Zaitun, que pareció á Oderico dos veces tan grande como Bolonia. Habia allí muchas casas religiosas de los adoradores de los ídolos, que ofrecian diariamente suntuosos y humeantes banquetes á sus dioses. Por lo demás estos no se aprovechaban sino del olor de los sabrosos manjares, que pasaban enseguida á la mesa de los sacerdotes.

Fray Oderico residió tres años en Pekin, donde los franciscanos tenian un convento dependiente de la corte. El relato que hace de la magnificencia de la corte de Cambalú, no cede en nada á la narracion más auténtica de Marco Polo. Dejando luego la China, visitó el Tíbet, y es el primer escritor que ha hablado del gran lama «papa del Oriente y jefe espiritual de todos los idólatras.» A este gran príncipe de los budistas da el nombre de Abassi. Como los demás viajeros antiguos hace mencion del uso de comer carne humana entre los tibetanos, lo cual considera una costumbre supersticiosa.—DESBOROUGH-COOLEY, *Historia general de los viajes.*

Merecen citarse algunos casos de intrépida fe que se encuentran en la vida del bienaventurado Oderico.

«Yo, Fray Marquisino de Bajadon, de la órden de frailes Menores, oí decir á fray Oderico que una vez, mientras el Gran kan de los tártaros viajaba de Cambalech á Sadon, fray Oderico estaba con cuatro hermanos menores debajo de un árbol, á la orilla del camino. Viéndolo acercarse, uno de ellos, que era obispo, vestido con traje solemne, tomó la cruz, y habiéndola clavado en la punta de un palo, la levantó en alto, al mismo tiempo que los otros empezaron á cantar el *Veni Creator Spiritus*. Oido esto por el kan, preguntó á los que le rodeaban qué novedad era aquélla, y le contestaron que eran cuatro *rabanth francos*, es decir, religiosos cristianos. Llamólos, pues, y habiendo visto la cruz, se puso de pié en su carro, se destocó y la besó humildemente. Como es de ley que nadie ose acercarse á su carro con las manos vacias, fray Oderico le ofreció en una pequeña cesta hermosas manzanas. Tomó dos, de las cuales comió una y se fué con la otra en la mano. El sombrero que se quitó, segun he oido decir al mismo fray Oderico, era de piedras preciosas y perlas y valia más que toda la marca de Treviso.»

En la ingénua relacion del fraile, todo se refiere á cosas italianas. En Tartaria no se comen más que dátiles, costando cuarenta y dos libras menos de un *grosso* veneciano; el reino de Mangy tiene dos mil ciudades tan grandes, que Treviso y Vicenza cabrian en cada una de ellas. Soustalay es como tres veces Venecia, Seiton como dos Bolonias, y allí habia un ídolo tan grande como un San Cristóbal. Chamsana está situada cerca de un rio, como Ferrara á las orillas del Po.

«Ví tambien otra cosa admirable y terrible, pues yendo por un valle junto al rio de las Delicias, descubrí muchos cadáveres, y oí varios cantos, música principalmente de cítaras, todo á las mil maravillas. El tumulto, el clamor y el canto me causaron gran miedo. El valle tiene ocho millas de largo, y dicen que el que entra en él no vuelve á salir; pero aunque me aseguraron que era cierto, quise entrar no obstante, confiando en Dios para ver lo que habia de verdad, y habiéndolo ejecutado, ví por todas partes cadáveres, que me parecieron innumerables. A un lado, en una roca, ví una cara de hombre de tan terrible aspecto, que creí morir de miedo. Así iba repitiendo contínuamente: *Verbum caro factum est;* pero no me atreví á acercarme á aquella cara y permanecí trémulo á distancia de siete ú ocho pasos. Enseguida, me dirigí al otro estremo del valle y subí á un monte arenoso, desde donde, mirando á lo léjos, ya no percibí más que el sonido de una cítara. Estando en aquella ruina encontré un buen monton de plata, como escamas de peces reunidas, del cual tomé lo que pude y lo metí en el seno; pero después; no necesitando de aquella plata, la arrojé, y de este modo, con la proteccion de Dios, logré tornar, sano y salvo, á la morada de los hombres.»

Más alegres fantasias sonreian otras veces al bienaven-

fueron traducidos en la lengua mongola, si bien es verdad que los orientales cometieron siempre el yerro de no quererse aprovechar de las lecciones de la Europa, que tenian en menosprecio.

Con respecto al Occidente, se observa que los inventos capitales de la Edad Media eran ya conocidos en gran parte entre los asiáticos: la pólvora entre los indios y chinos; entre estos últimos, la imprenta y el papel moneda, que los mongoles adoptaron; los naipes fueron inventados por los chinos en 1120. Es probable que facilitando los mongoles las comunicaciones, contribuyeron á estender estas novedades en Europa. Se encuentra uno tanto más inclinado á creerlo al ver los naipes *tarots*, los primeros de todos, ofrecer grande analogia en la forma, el dibujo y número, con los naipes chinos. Los cañones fueron la primera arma de fuego usada en Europa y la única de los chinos. El papel moneda fué impreso por medio de láminas de madera estereotipadas, absolutamente como en China (22). El *suan pan*, aparato aritmético de los chinos, fué ciertamente importado á Europa por el ejército de Batú, y está muy estendido en Polonia y Rusia, donde el pueblo, que no sabe leer, no se sirve de otra cosa hasta para los cálculos. Sin detenernos en discutir la más ó menos certidumbre de todos estos inventos, podemos decir que todas indudablemente eran conocidos en el Asia Oriental y completamente ignorados en el Occidente; ahora bien, después de un siglo de comunicaciones con esta comarca, fueron reveladas á la Europa, no por el ingenio de los pensadores, sino por obras de gentes medianas y completamente oscuras.

---

turado Oderico y á su historiador, que vió en Trebisonda una cosa que «le agradó mucho. Ví un hombre que llevaba consigo más de cuatro mil perdices; él á pié y ellas en el aire: las conducia á Tegana, que distaba de allí tres jornadas. Cuando queria descansar, todas se echaban en su derredor, como polluelos que se agrupan entorno de la gallina. Así las llevó al palacio del emperador, que escogió las que fueron de su gusto, y el hombre volvió á conducir las restantes al punto donde las habia tomado.» BOLLAND, *Acta Sanctorum*, 14 de enero. El capitan Jule concluye diciendo, que segun los últimos estudios hechos, era exagerado más bien que falso, que veia cosas extrañas y que naturalmente creia aun en las más estravagantes.

(22) El veneciano Josafat Bárbaro, supo de un tártaro que encontró en Azof en 1450, y que habia sido embajador en China, que este papel era impreso cada año con una *nueva lámina*.

CAPÍTULO XVII

SÉPTIMA Y OCTAVA CRUZADA, 1248-70.

Habia sido presa la Palestina de nuevas calamidades. En la época de la conquista del Carism por los mongoles, libertados de sus flechas los feroces habitantes de esta comarca, se arrojaron sobre el Asia y Siria bajo las órdenes de Barba-kan, y se entregaron á las atrocidades con que habian visto desolar su patria. Cubiertos de vestiduras y armas de estravagantes formas, recogidas en el camino, se llevaban por delante miles de esclavos, y arrastraban en pos de sí largas hileras de carros cargados de botin, no dando cuartel á sus enemigos, ya fuesen cristianos ó musulmanes, y sucumbiendo sin proferir la más leve queja. Vencer ó morir, tal era el grito de guerra de sus jefes.

Aliáronse los príncipes de Siria contra esta plaga y rechazaron más allá del Éufrates á aquellas hordas (1244); pero el soldan del Cairo, á fin de tomar venganza del de Damasco, les volvió á llamar, prometiéndoles la Palestina si le ayudaban á someterla. Inmediatamente cae sobre el pais una banda de veinte mil batidores; y una porcion de infortunados, trabajosamente fugitivos de sus destrozados hogares, anuncian á Jerusalen el huracan que se aproxima. Siendo allí imposible la defensa derribadas las fortificaciones, todos los habitantes resolvieron apelar á la fuga, escoltados por los templarios y los hospitalarios, sin dejar en la ciudad más que á los enfermos. No tardan en llegar los carismios y al punto dan muerte á los pocos infelices á quienes encuentran; pero como la matanza habia sido muy escasa en comparacion de su deseo, les ocurre enarbolar la cruz en lo alto de las torres y tocar las campanas (17 de setiembre). Persuadidos los fugitivos de que la ciudad santa se ha salvado por un milagro, vuelven en tropel y son degollados con tal refinamiento de crueldad como nunca Jerusalen lo habia visto. Fueron reducidos á escombros el sepulcro de Cristo y el de los reyes. Cuantos se hallaban en estado de combatir en Siria, empuñaron las armas, y los fieles se unieron á los infieles para conjurar el comun peligro. En la batalla dada á los carismios, cerca de Gaza, acreditaron el valor más obstinado los obispos, caballeros, condes y emires, si bien tuvieron que sucumbir al cabo: fueron muertos trescientos doce templarios, trescientos veinte y cinco hospitalarios, otros diez y seis mil combatientes, y quedó infinito número de prisioneros. De las tres órdenes militares no respondieron á la llamada más que treinta y un templarios, veinte y seis hospitalarios y tres caballeros teutónicos.

Esta victoria, que ostentó por trofeos las sangrientas cabezas de los guerreros que habian sucumbido, y las largas cadenas de los prisioneros, fué celebrada con públicas fiestas en Egipto. Toda la Palestina cayó en poder de los carismios, á escepcion de Jafa. Habiendo sido llevado bajo las murallas de esta ciudad Gualtero de Brienne que era su conde, con la esperanza de que determinaria á los habitantes á rendirse, les exhortó por el contrario á que se sostuvieran vigorosamente. *Vuestro deber*, les dijo, *es defender una ciudad cristiana; el mio, es morir por vosotros y por Cristo;* y murió con efecto. Después de haberse apoderado de Damasco pidieron los carismios al soldan del Cairo la posesion de Palestina en cumplimiento de su promesa; y al saber su negativa ofrecieron socorros á aquel á quien habian derrocado, y pusieron asedio á Damasco. Acudió el egipcio, y con la ayuda de otros emires de Soria, los redujo á derrota tan completa, que desde esta época no se vuelve á hacer mencion de ellos en la historia.

No por esto mejoró la condicion de los cristianos, agotados como se hallaban de fuerzas y amenazados á la vez por mongoles y otomanos. En el

memorable concilio de Lion se vió aparecer al obispo de Berito y á Balduino II, emperador de Constantinopla, objeto á un mismo tiempo de atencion y de simpatia (1245). Para apartar la escomunion de la cabeza de Federico, prometia Tadeo de Suesa que este monarca atajaria las incursiones de los tártaros, que restauraria la dominacion latina en Grecia, é iria en persona á libertar á la Palestina. Pero Inocencio IV, que sabia por esperiencia cuan engañosas eran las promesas de Federico, permaneció sordo á las palabras de Tadeo; y el dolor que le causó con su conducta solapada, le fué quizá más penoso que la invasion de los carismios y el cisma de Oriente. A pesar de todo, se resolvió una nueva cruzada. Aquellos que tomaron la cruz, debian quedar exentos de contribuciones y gabelas por espacio de tres años: los caballeros fueron invitados á moderar su lujo, y los clérigos á multiplicar las obras de caridad. Además, se determinó que fueran prohibidos los torneos; que se celebrara la octava de Navidad, y que el clero pagara la vigésima parte de sus rentas, y la décima el papa y los cardenales.

S. Luis cruzado.—Pero cuando la cristiandad se hallaba dividida entre el emperador y el pontífice, cuando su jefe temporal se hallaba escomulgado, ¿podia esperarse que se reunieran las fuerzas de Europa en favor de Palestina? Sin embargo, por esta época se hallaba San Luis enfermo, y creyéndosele ya muerto, abrió de repente los ojos, en medio del llanto de todos se levanta y esclama: «La luz del Oriente se difunde sobre mi desde lo alto de los cielos: la gracia del Señor me reclama desde la muerte. Mi señor Dios bendito sea» y pidiendo un galon rojo, lo pone en cruz, lo besa, se lo ata á la espalda, haciendo voto de ir á Tierra Santa. Vanamente intentaron disuadirle la reina Blanca, su madre, y los príncipes de su familia: solo tenia en su mente y en sus labios el sepulcro de Cristo profanado. En un parlamento de los grandes y de los prelados del reino, San Luis y el legado proclamaron la cruzada (1), y los condes de Artois, de Poitú, de Anjú, hermanos del rey, tomaron la cruz: uniéronse á ellos los principales prelados, asi como una multitud de señores, entre otros Juan, señor de Joinville, senescal de Champaña, quien trazó el relato de esta espedicion.

La reina Margarita, la condesa de Anjú y la duquesa de Poitiers, quisieron tomar parte en las fatigas de la empresa: la reina Blanca, que no habia podido disuadir á su hijo de abandonar la Francia en tiempos tan críticos, tomó la regencia del reino. Luis unió sus plegarias á las del patriarca de Armenia y de otros cristianos de ultramar, para obtener del papa que diera su bendicion á Federico, á fin de que el emperador pudiera tomar la cruz; pero fué diligencia vana. Despechado el emperador por su parte, informó á los musulmanes de los preparativos que se hacian contra ellos en Occidente, y al propio tiempo declaró al sumo pontífice la guerra.

Después de recibir Luis el oriflama en San Dionisio, con la esclavina y el bordon de peregrino, no se quitó ya tan humilde vestimenta. Renunció á las pieles y á las telas costosas: sus armas y los arneses de sus caballos no relucieron más que con el brillo del acero, y el dinero que gastaba en objetos de lujo, fué convertido en limosnas. Hízose á la vela en el puerto de Aigues Mortes con cuarenta mil infantes y dos mil ochocientos ginetes (1248) llevando por almirantes á dos genoveses, Hugo Lercari y Jacobo de Levanto. Invernó en la isla de Chipre, al lado de Enrique de Lusiñan, donde se les incorporaron muchos ingleses, frisones, holandeses y noruegos. ¡Funesta demora! el vino de la isla consagrada á la diosa del amor y los placeres relajaron la disciplina, y enervaron á los guerreros: en sus filas ejerció sus horrores la peste: muchos de ellos retornaron á sus hogares, otros se vieron reducidos á la miseria; y todavia hubieran sido mayores los padecimientos, á no ser por la oportuna llegada de un convoy de víveres enviado por Federico II.

Pareció conveniente comenzar por la conquista de Egipto, y una vez rendido su territorio, debia ser más fácil la ocupacion de Palestina, ya que es imposible dominar á ésta sin tener á aquel. Proponiéndose colonizarla, Luis llevaba arados, zapas y simientes. A diferencia de un conquistador de nuestros dias, que en las mismas playas declaraba por buenas todas las religiones, Luis empezó por dirigir al soldan la declaracion siguiente: «Tened bien entendido que os perseguiré como enemigo hasta el instante en que pueda llamaros cristiano y hermano.» Recibióle Malek-Saleh-Megmeddin en su lecho de muerte, y derramó lágrimas de resultas, al propio tiempo que respondia con este versículo del Coran: «El que combate injustamente perecerá.» Mil ochocientos bajeles trasladaron á los cristianos desde Limiso á Damieta (15 de mayo de 1249). Fué repelida la valerosa tribu de los Beni-Kenone, y dejó libre la ciudad al rey de Francia, quien habia entrado en el mar antes que otro alguno, pronunciando el grito de guerra de los franceses: *¡Montjoie, Sant-Denis!* y sembrando el espanto entre los enemigos. Con la cabeza desnuda y los piés descalzos, entró procesionalmente en aquella plaza, al par de los obispos y magnates, y todos entonaban el *Kyrie* y el *Te-Deum*.

No contemplaron los septentrionales sin un sentimiento de profunda sorpresa aquellas arenas de

(1) Matias Paris, escritor contemporáneo, cuya sencillez es á menudo maliciosa, cuenta que el rey de Francia tenia costumbre en la noche de Navidad de regalar á los señores de su corte ciertos jubones que se vestian inmediatamente. Aquel año mandó prepararlos en mayor número y más hermosos, y fueron distribuidos en un cuarto oscuro, donde entraban los señores á medida que salian de la misa: inmediatamente que hubo luz, se halló que todos aquellos jubones tenian cruces bordadas de oro.

la costa contorneadas por la fresca verdura del lino, de los tamarindos, plátanos y naranjos; las ondulantes copas de los bananos, de los simocoros, de los granados, que descollaban por encima de las cañas de azúcar y del papiro, ó las anchas hojas del loto y del nenúfar, que flotaban sobre el agua de los rios, donde luchaban el ibis y el cocodrilo. Poseidos de veneracion piadosa, recordaron en su mente los misterios de aquel Egipto, con sus pirámides, quizá elevadas por los hijos de Jacob, su Nilo donde se habia salvado Moisés, sus emparrados de acácias que tal vez habian abrigado á Jesús fugitivo.

Allí esperaron los cristianos seis meses á los que habian quedado atrás y los nuevos refuerzos de la nobleza de Francia; pero en este tiempo se reprodujeron los acostumbrados desórdenes, las disputas sobre la distribucion del botin, los escesos de crápula y lascivia, las fieras rivalidades y la relajacion de la disciplina. Entre tanto los beduinos los molestan y les impiden forrajear, con el afan de ganar el besante de oro qne el sultan del Cairo les habia prometido por cada cabeza de cristiano que presentasen, consiguen por medio de pequeñas victorias difundir el terror por el campo.

Tratábase de averiguar si se atacaria ante todo á Alejandria ó al Cairo. Al emitir el conde de Artois su parecer, dijo que el mejor modo de matar á la serpiente consistia de seguro en aplastarle la cabeza. A consecuencia de haber prevalecido su dictámen se adelantaron sesenta mil cristianos hácia aquella capital inmensa, apoyados por la escuadra que iba remontando el curso del Nilo, cargada de abundantes provisiones. Negmedin renovó sus proposiciones de paz, ofreciendo hasta restituir el reino de Jerusalen con todos los prisioneros y ceder Damieta; pero no fué escuchado y terminó su vida. Hallándose á la sazon en Asia Moadham-Turan-Schah, su hijo, empuñó las riendas del gobierno Fakr-eddin, general de los ejércitos. Al aproximarse el enemigo distribuyó y mandó leer en la gran mezquita una proclama concebida en la forma siguiente: «Acudid, grandes y pequeños: la causa de Dios necesita de vuestras armas y de vuestras riquezas. Los francos, sobre quienes caigan todos los males, han llegado á nuestro pais con espadas y estandartes y quieren apoderarse de nuestras ciudades. ¿Qué musulman rehusará marchar contra ellos, para vengar la gloria del islamismo?»

Reanimado el fanatismo con este llamamiento á las armas, causaron grandes destrozos en el ejército cristiano el fuego griego (2) y los desbordamientos del Nilo. Siempre intrépido el conde de Artois, así en las obras como en los consejos, atacó á los turcos en Mansura y murió peleando; pero Fakr-eddin tuvo la misma suerte, y San Luis vengó á su hermano con dos señaladas victorias (1250).

Pero aquella venia á ser una gloria sin fruto: su ejército era consumido por el hambre y por el fuego griego. Era edificante la confianza y devocion del rey y de sus caballeros en la asistencia de Dios. Joinville, á quien amenazaba el fuego griego, se postra de hinojos y ora; *y creedme que aquellas oraciones y plegarias nos sirvieron de mucho.* Luis escribe de una insigne victoria: «El primer viernes de Cuaresma fué embestido el campo por todas las fuerzas sarracenas; pero habiéndose declarado Dios por los francos, fueron rechazados los infieles con grande estrago.» No obstante, á pesar de las oraciones que dirigia á Dios el santo rey, á pesar de las lágrimas que derramaba al recibir noticia de desastres renacientes de contínuo, y aun cuando aspirara á poner remedio al mal en cualquiera punto donde la necesidad lo requeria, y era su constante propósito sustentar el decaido aliento de cuantos le rodeaban en campaña, no descubrió ningun otro medio de salvacion para el resto del ejército que retroceder á Damieta.

El escorbuto que se desarrolló en medio de tantos cadáveres, entre hombres que no tenian para alimentarse más que víveres averiados y un agua corrompida, atacaba del mismo modo á los débiles que á los fuertes: Luis asistia en persona á los enfermos, y les prodigaba consuelos esponiéndose al contagio, hasta tal punto, que tambien cayó enfermo. De consiguiente, los mamelucos no necesitaban correr los riesgos de una batalla: bastábales aguardar á que el mal devorara al campo cristiano, á quien habian cortado los víveres. Viéronse reducidos los francos á implorar una capitulacion; pero el soldan no quiso admitir otros rehenes que

---

(2) *Unge soir advint que les Turcs ammenerent ung engin, qu' ilz appelloient la perriere, ung terrible engin á mal faire; et le mis drent vis à vis des chaz chateilz, que messire Gaultier de Curet et moy guettions de nuyt. Par le quel engin ilz nous gettoient le feu gregois à planté* (en abundancia), *qui estoit la plus horrible chose que onque jamais je veise. Quant le bon chevalier messire Gaultier mon compagnon vit ce feu, il s' ecrie et nous dist: Seigneurs, nous sommes perduz à jamais sans nul remede: car s' ilz bruslent nos chaz chateilz, nous sommes ars et brulez; et si nous laissons nos gardes, nous sommes ahontez. Pourquoi je conclu, que nul n' est, qui de ce peril nous peust defendre, ci ce n' est Dieu nostre benoist createur. Je vous conseille à tous, que toutes le quantes foiz qu' ils nous getteront le feu gregois, que chascun de nous se gette sur les coudes et á genoulz, et crions mercy à nostre Seigneur en qui est toute puissance... La maniere du feu gregois estoit telle, qu' il venoit bien devant aussi gros que ung tonneau, et de longueur la queüe en duroit bien comme d' une demye canne de quatre pans. Il faisoit tel bruit á venir, qu' il semblait que ce fust fouldre qui cheust du ciel, et me sembloit d' un grant dragon volant par l' air; et gettoit si gran clarté, qu' il faisoit aussi clar dedans nostre ost comme le jour, tant y avoit grant flamme de feu.* Y en otro lugar: *Toust les fois que nostre saint roy ooit que il nous gettoit le feu gregois, il se vestoit en son lit, et tendoit ses mains vers nostre Seigneur, et disoient en pleurant:—Bian sire Diex, gardez mois ma gent.* JOINVILLE.

al rey mismo. No quisieron consentir en ello los barones, aunque su resolucion hubiera de costarles la vida, y se decidió emprender la retirada. Aun cuando Luis estaba sumamente debil, no quiso abandonar el ejército, y marchó con la retaguardia; pero los sarracenos les derrotaron, saquearon sus bagajes, incendiaron su escuadra, y esterminaron á cuantos cayeron en su poder. El mismo Luis quedó prisionero. Condújosele á Masura, no teniendo más que su breviario, y lo recitaba con resignacion y sosiego como si hubiera estado en su capilla. Debilitado hasta el estremo de no poderse tener en pié, careciendo hasta de las cosas más necesarias, reducido á cubrirse con una miserable ropilla que un pobre árabe le habia cedido, con un solo criado para servirle, no manifestó la más leve señal de impaciencia.

En breve llegó la triste noticia á Damieta, donde Margarita estaba próxima á un parto. Tanto era su susto, que quiso que durmiera un hombre en su aposento, y para este fin se escogió á un octogenario que le cogia la mano durante el sueño, y podia asegurarle cuando abria los ojos, que su habitacion no estaba llena de sarracenos: Una noche la vió arrojarse á sus plantas diciéndole: *Señor caballero juradme que me hareis la gracia que os pidiere*; y añadió luego que se hubo comprometido á ello: *Por la fe que me habeis jurado, si los sarracenos se apoderasen de esta ciudad, os mando que me corteis la cabeza antes de que sea cogida. Así lo haré,* respondió el anciano, *ya habia pensado en ello para el caso de que tal aconteciese.*

Poco después dió á luz un hijo, á quien hicieron dar el nombre de Juan Tristan aquellas dolorosas circunstancias. Aquel mismo dia llegaron á anunciarle que se disponian á partir, en union de otras gentes de mar, los genoveses y los pisanos: entonces hizo que llegaran al rededor de su lecho, y les dijo: «Por el amor de Dios, señores, no abandoneis la ciudad; porque su pérdida traeria en pos la del rey y la de todo el ejército. Compadeceos de mis lágrimas y de este pobre niño.» Pero se dirigia á hombres de negocio; y les hubieran conmovido poco sus ruegos, si no hubiera mandado comprar cuantos víveres habia en la ciudad y no se los diera, segun habian pedido.

Es un magnífico espectáculo el diferente valor de los dos esposos coronados, en tan gran desastre: la mujer con las debilidades y las virtudes de su sexo, sostenida por el amor que profesa á su esposo y á su hijo: el rey, más aflgido de la desgracia de los demás que de la suya propia, resignado, intrépido, hasta el punto de escitar la admiracion de sus enemigos: el soldan le envió cincuenta costosos trajes para él y para los señores que le acompañaban; pero él los rehusó diciendo: que soberano de un reino más grande que Egipto, no se vestiria jamás la *librea* (3) de un príncipe extranjero. Igualmente rehusó un banquete, no queriendo presentarse en espectáculo á todo el ejército. Se le indicó el rescate de su libertad con tal de que cediera á Damieta y cuanto poseian los francos en Palestina, y rechazó esta proposicion. Entonces el soldan le amenazó con enviarle al califa de Bagdad ó arrastrarle en triunfo detrás de su caballo por todo el Levante, y condenarle al más atroz suplicio. Pero él respondia: «Soy prisionero del soldan, puede hacer de mí lo que mejor le plazca,» y recitaba el oficio del dia.

Más de diez mil cruzados habian caido prisioneros, y cotidianamente sacaban doscientos ó trescientos del encierro para persuadirles que renegaran de Cristo; los que se negaban á ello eran asesinados, y puestos en libertad los que pensaban de distinto modo. Cansados de sangre los verdugos, los arrastraron hácia el Cairo en la mayor miseria: muchos de ellos perecieron de hambre; otros fueron dispersados como esclavos sin esperanzas de volver á ver nunca su patria: ni amenazas ni suplicios lograron que titubearan en su fe los barones franceses, siempre dóciles á la menor señal de su rey infortunado, mucho más que lo habian sido en los tiempos de su grandeza. Al fin Malek-el-Moadham rebajó bastante de sus pretensiones: solicitó la restitucion de Damieta y un millon de besantes de oro (35 millones). Sabiendo Luis que la plaza no podia sostenerse largo tiempo, contestó á esta insinuacion: «Un rey de Francia no se rescata nunca á costa de dinero; por mi libertad entregaré Damieta, y por mi ejército el millon de besantes de oro.» Lo cual hizo que el soldan dijera: «Por mi fe que el francés es rey liberal y franco, pues sin pararse en rebajar el ajuste, ofrece lo que se le ha pedido. Pues bien, yo le rebajo doscientos mil besantes.»

Veíase saludado por todo el islamismo el jóven soldan como un vencedor glorioso, y sin embargo, se hallaba al borde de un abismo. Habia descontentado á muchos ministros de su padre, y principalmente á los mamelucos, ó esclavos comprados, de quienes se componia la guardia del soldan desde el tiempo de Saladino, y la cual disfrutaba de grandes privilegios. Quejábanse de que habia celebrado la paz sin oir el consejo de los que sostenian la guerra; y el rumor divulgado por ellos de que el soldan meditaba el proyecto de dar muerte á los principales emires, hizo estallar el fuego de la rebeldia. Moandham fué degollado tres dias antes de aquel en que los cristianos debian ver quebrantadas sus cadenas, y con él acabó la dinastia de los Ayubitas (1250). Una turba de esclavos se apoderó del gobierno, y su despotismo pesó sobre la tierra de los Faraones hasta el momento en que otro ejército francés determinó en

(3) Librea viene de livrée y se llamaban así los vestidos que como hemos dicho antes, eran dados *(livré)* por el rey en las solemnidades.

nuestros dias una nueva revolucion que esterminó á los mamelucos (4).

Muy poco faltó para que los rebeldes asesinaran á los príncipes franceses. Pero luego que se calmó su primera furia, esperimentaron en presencia de san Luis un sentimiento de respeto y la necesidad de justificar el asesinato que acababan de cometer: hasta le propusieron hacerle rey de Egipto. Al oir su negativa confiaron el poder á la sultana Chager-Eddur, que ya lo habia ejercido, y que habiendo sido escluida por su hijo, fué la principal instigadora de su ruina: el turcomano Ezzeddin Aybek, que habia ido á Egipto en calidad de esclavo, le fué dado por atabek. Entonces las monedas llevaron por sello el nombre de una mujer, y hasta de una esclava: novedad que desagradó al califa de Bagdad y de la cual nacieron disturbios, y mientras duraron permaneció la suerte de los cristianos en una terrible incertidumbre. Por último, fué ratificado el convenio: los emires debian jurar observarle, bajo pena de ser declarados infames como el que hace el viaje á la Meca con la cabeza descubierta, ó vuelve á admitir á su mujer después de haberla repudiado; y Luis, á semejanza del que reniega de Dios, debia escupir á la cruz y hollarla con su planta. Pero él rechazó semejante fórmula como blasfematoria é indigna de un rey, y estuvo en muy poco que produjera la pérdida de su ejército la negativa. Sin embargo, los emires acabaron por contentarse con su palabra, diciendo: *Es el cristiano más soberbio que se ha visto nunca en Levante.*

Después de la rendicion de Damieta, contraviniendo los musulmanes á lo que se habia estipulado, dieron muerte á los enfermos que se habian quedado en la plaza. Proponíanse esterminar tambien á los prisioneros, y asegurar de este modo el pais contra nuevos ataques; pero la codicia apaciguó la sed de sangre, y les ocurrió que *los muertos no pagan rescate.* El islamismo celebró mucho esta victoria, y la siguiente cancion árabe era repetida en todo el Oriente:

»Cuando vieres al rey francés, dile estas palabras de amigo sincero:

»Viniste á Egipto, ambicionaste riquezas, quisiste desvanecer sus fuerzas como el humo.

»Mira ahora tu ejército, y contempla como tu lijereza te ha precipitado en el sepulcro.

»De cincuenta mil combatientes no hay uno que no haya sido muerto, ó prisionero, ó cubierto de heridas.

»Si le ocurriere vengar su derrota, si un motivo cualquiera le trajere de nuevo á estas playas,

«Dile que la casa del hijo de Lokman está ya preparada para que le sirva de sepultura, y que hallará tambien allí sus cadenas con el eunuco Sabyh, quien hará las veces de los ángeles Muhir y Nakir, que preguntan á los muertos: *¿Cuál es tu Señor? ¿Quién es tu profeta?*

Así era tan grande el terror en Occidente como el júbilo de los infieles. Francia lloraba: el papa escribia cartas de pésame á Luis y á Blanca: todos los reyes protestaban de su voluntad de cruzarse: Federico II echaba la culpa de todo el mal acontecido al papa y equipaba bajeles en Sicilia. Sólo algunos piratas italianos se aprovecharon de este descalabro para despojar á los cruzados que volvian á sus hogares, y Florencia se regocijó de ello por la enemistad que tenia á los franceses. Algunos comenzaron á decir que Cristo estaba irritado contra los señores, y que no admitia sus obras, sino las del pueblo. Un húngaro, llamado Jacobo, de cabellos blancos, de descarnado cuerpo, andaba predicando la libertad de Jerusalen y del rey, llevándose detrás á los pastores y labradores y enarbolando una bandera en que habia puesto el cordero de Dios. Le llamaban *el maestro de Hungria*: decia que la Santísima Vírgen le habia entregado una carta para los pastores de Tierra Santa, y por eso llevaba siempre cerrado el puño, y se contaba que sus sectarios, llamados pastorcillos, sostenidos como estaban por la caridad, multiplicaban los panes. Habíanse reunido en Flandes y en Picardia: después se dirigieron á Amiens y enseguida á Paris, reclutándose entre el más vil populacho, y entregándose á escesos que nadie se atrevia á reprimir, atendida la intencion que les animaba. Exaltólos la impunidad, y comenzaron á declamar contra el clero, después contra el papa, se erigieron en sacerdotes, en predicadores, y lanzaron entre la muchedumbre aquellas palabras que mejor suenan al oido de la multitud. Saliendo de París en número de más de diez mil, y repitiendo en altas voces que partian con direccion a Levante, lo devastaban todo á su paso; pero exasperado el pueblo de Bourges, los acometió, los puso en derrota, y se cebó en ellos enfurecido; otros fueron destrozados en Burdeos y en Inglaterra.

Entretanto los mamelucos de Egipto, reconciliados con el soldan de Damasco, volvian á empezar la guerra: las enfermedades mermaban las filas de los cristianos, y los cadáveres yacian insepultos. Por último, cargándolos san Luis en sus brazos, empezó á enterrarlos, y estimuló á los demás su ejemplo. Habiendo pagado el piadoso rey la mitad de su rescate, y dejado á mayor abundamiento doce mil prisioneros en rehenes, arribó á San Juan de Acre. Desde allí envió el resto de la suma prometida, pero sólo llegaron á incorporársele cuatrocientos cautivos; algunos habian sido muertos, otros habian renegado de su fe ó se les habia retenido. Francisco I, después de haber obtenido á gran precio su libertad del inexorable Cárlos Quinto, apenas llega á la frontera francesa, y sin

(4) *Hist. de los sultanes mamelucos de Egipto, escrita en árabe por* Takin-Eddin-Ahmed-Makrizi, *traducida al francés y acompañada de notas filológicas, históricas, geográficas, por* Mr. Quatremere. Paris, 1841, tomo I. En el *Boletin del Instituto Egipcio* del año 1886 está inserta una Memoria de Mohamed Reshad Effendi sobre la prision de Luis IX en Mansura.

permitirse ni aun tiempo para abrazar á sus hijos que van en rehenes por él, exclama: «Héme aquí rey de nuevo.» Puesto Luis en libertad, se detiene cuatro años en Palestina para consolidar la obra de los primeros cruzados, y reedificar los destruidos muros de la ciudad y concluir de rescatar los prisioneros y curar á los enfermos. Pero las necesidades de la Francia le reclamaban, y teniendo noticia de la muerte de Blanca se dió á la vela (1252), después de fortificadas las ciudades de la costa, negándose, como le ofrecia el sultan de Damasco, á visitar el Santo Sepulcro, porque no queria ir como peregrino á donde en breve pensaba volver triunfante.

La hostia sagrada habia sido trasladada á los bajeles, donde los altares, los sacerdotes, los oficios divinos, los consuelos del Viático, daban testimonio de que llevaban á bordo los restos de un ejército cristiano. Luis bendecia al Señor por haberle sacado de los peligros de la tierra y de una terrible borrasca que le asaltó á su retorno. «Después de habernos escapado de estos dos peligros, dice Joinville, el rey se sentó en la borda de la nave, hizo que me sentara á sus piés, y me habló de esta manera: *Senescal, bien nos ha demostrado Dios su poder inmenso, cuando con uno solo de los cuatro vientos del mar, el rey de Francia, su esposa, y sus hijos y toda su compañía, han estado á punto de quedar ahogados: de consiguiente, debemos darle gracias por habernos librado de tamaño peligro.* El buen santo rey no podia cansarse de hablar del peligro pasado, y de como Dios nos habia mostrado su gran poderio, y me decia: *Senescal, cuando acontecen á las gentes tales tribulaciones ó grandes enfermedades ú otras persecuciones, dicen los santos que son amenazas de Dios Señor Nuestro. Y por esto yo digo que los peligros que hemos pasado son amenazas del Señor que puede decir:—Ved como podia dejaros perecer si quisiera. Por tanto,* añadió el buen rey, *debemos mirar si hay en nosotros algo que pueda desagradar á Dios nuestro Criador; y tan pronto como encontremos alguna cosa de su desagrado, debemos quitarla y arrojarla de nosotros; si así lo hacemos nos amará mucho y nos guardará de otros peligros. Pero si obramos al contrario, después que nos haya amenazado, nos enviará alguna gran desgracia, ó de muerte ó de daño del cuerpo, ó nos dejará bajar al infierno para siempre.*»

Este rey que desde la cubierta de su nave predicaba á los escasos restos de su expedicion desventurada, nos ofrece el verdadero tipo de un caballero y de un cruzado de aquel tiempo; tipo admirable con doble motivo á los ojos del que, bajo aquel traje de peregrino y este lenguaje de monje, reconoce á uno de los más insignes reyes que se han ceñido en Europa la corona.

Tan inútiles habian sido las empresas acometidas en el fuego del entusiasmo, como ésta en que se habia hecho todo con la mayor prevision: los señores iban por obedecer á su jefe, no por voluntad propia; un gran rey mantenia la disciplina y edificaba con su ejemplo, y sin embargo no se obtuvo más gloria que la de haber sufrido dignamente la desgracia. Pero si los siglos siguientes conocieron constantemente cuán importante era para la Francia tener una colonia en Africa, no se negará á san Luis el loor que merece por haberlo juzgado así desde entonces, por más que no saliese airoso en su empresa. Poseidos de miedo, los egipcios derrocaron á Damieta y llenaron de escombros la embocadura del Nilo.

En Palestina volvieron á estallar las discordias que habia amortiguado el peligro, entre los templarios y los hospitalarios, entre los genoveses y los venecianos, y llegaron á veces hasta la efusion de sangre. En Egipto, el poder fundado por la usurpacion era presa de nuevas usurpaciones, y todas paraban en el despotismo militar en último resultado. Cuando cayeron sobre el pais los mongoles, tenian los mamelucos á su cabeza á Kutuz, el más valeroso de los emires, y derrotaron á aquellos formidables enemigos. Quisieron entonces llevar la guerra á los cristianos que se habian mostrado propicios á los tártaros, y como Kutuz se oponia á su deseo, le asesinaron y le sustituyeron con Bibars, su asesino (1259). Este nuevo soldan, *columna del islamismo y padre de las victorias*, empezó inmediatamente las hostilidades, apoderándose de muchas ciudades y destruyéndolas (1260). Se enseñoreó fácilmente de Antioquia, y la entregó á una devastacion horrible: taló la Armenia y amenazó á Tolemaida; se llevó prisioneros á todos los que se habian escapado de la cimitarra y rehusaban renegar de su fe: así «no hubo esclavo de esclavo que no tuviera un esclavo.» Si algun príncipe le enviaba un mensajero para ablandarle, le respondia: *Voy inmediatamente á talar vuestras tierras, y asediaré vuestra capital muy en breve.* A sus ojos era un mérito la matanza, y describia en estos términos al conde de Trípoli la toma de Antioquia: «Caia la muerte sobre los sitiados por todas partes y de todas maneras. Esterminamos á todos los que estaban destinados á custodiar la ciudad y á defender sus baluartes. Si hubieras visto á tus ginetes hollados por los piés de los caballos, á tus provincias entregadas al saqueo, tus riquezas pesadas en la balanza, las mujeres de tus súbditos vendidas en pública subasta; si hubieras visto las cruces y los púlpitos por tierra, las hojas del Evangelio dispersadas al viento, violados los sepulcros de los patriarcas; si hubieras visto á los musulmanes, tus enemigos, andar sobre el tabernáculo, inmolar en el santuario al monge, al diácono, al sacerdote; si hubieras visto presa de las llamas tus palacios, los muertos devorados por el fuego de este mundo, las iglesias de San Pablo y de San Pedro, derrocadas hasta su último cimiento, hubieras esclamado de seguro: *¡Plegue á Dios que sea yo tambien reducido á polvo!*»

Estas terribles noticias llegaron á Europa al mismo tiempo que los últimos suspiros del imperio

latino. Balduino II, que todavia llevaba el título de emperador, sólo con las limosnas de la cristiandad se sostenia en Constantinopla. El plomo que cubria la techumbre de las iglesias, la madera de los edificios públicos, todo se vendia, hasta las reliquias, para suministrar lo necesario á la humilde cocina imperial. Dejó Balduino á su hijo en rehenes en poder de los venecianos, y no pudo dar á un mercader á quien debia quinientas libras otra fianza que la palabra del rey de Francia. Entre tanto continuaba incomodando al imperio Juan Ducas Vataces, emperador de Nicea, y después de él su hijo Teodoro Lascaris II; pero como al morir tan prematuramente éste, dejó solo un niño de tierna edad, llamado Juan, Miguel Paleólogo concibió ambiciosos proyectos. Habiendo conseguido con la astucia y el crímen obtener la tutela del jóven príncipe (1359), se hizo decretar el título de déspota, aceptar después como colega al imperio, y por último coronarse solo; después, habiendo ganado á sus súbditos por medio de concesiones, pensó en triunfar del enemigo. Una tregua que fingió conceder, le proporcionó la ocasion de sorprender á Constantinopla (1260). La invadió en plena paz, sin que un soldado sacase la espada para defenderla, y por todas partes gritaban *¡Viva Miguel Paleólogo, emperador de los romanos!* antes que Balduino sospechase el peligro (1261). Este último de los emperadores latinos, que habia reinado treinta y tres años en Constantinopla, consiguió huir, y pasó su ancianidad como su juventud, recorriendo y mendigando por toda Europa. Los emperadores de Nicea ascendian de esta manera al trono de Constantinopla; y después de haber mandado Miguel sacar los ojos al jóven Lascaris, fundó la dinastia de los Paleólogos.

Resonaba en Europa el rumor de estos acontecimientos; pero los príncipes se contentaron con espedir mensajes al soldan del Cairo, pidiéndole la paz, lo que escitaba su orgullo á continuar la guerra. Sólo san Luis, llevando siempre la cruz en su traje, anunció la intencion de intentar una nueva espedicion. Habiendo reunido el parlamento en el Louvre, se presentó allí con la corona de espinas; y anunció su intencion de ir á pelear contra los infieles (1267). Tomó la cruz de manos del legado, y muchos señores la recibieron con él. Percibiéronse cuatro años de los diezmos del clero y una capitacion sobre sus súbditos. Las gentes prudentes desaprobaron esta empresa, y Joinville no quiso tomar parte en ella, diciendo que los que la aconsejaban al rey, pecaban mortalmente: sin embargo, muchos se le unieron, y se consideró como de buen augurio el mensaje por el cual el kan de los mongoles proponia al papa aliarse con los cristianos para abatir á los mamelucos.

San Luis en Africa.—Después de haber pasado Luis tres años en sus preparativos, se dió á la vela (1270); y cuando se esperaba se dirigiese hácia Acre, último refugio de los cristianos, ó hácia Egipto, se encaminó á Túnez. El príncipe de aquel pais habia enviado varias veces embajadores á Francia, mostrándose dispuesto á abrazar la religion cristiana, y Luis se lisonjeó de convertir por las armas esta estensa comarca. Tal vez estaba engañado por las invenciones de Cárlos de Anjú, á quien le importaba mucho más como rey de Sicilia que fuese destruida aquella guarida de piratas. Pero el buen rey decia que nada le causaria tanta alegria como tener en las fuentes bautismales un príncipe musulman; y se declaraba pronto á pasar toda su vida en un calabozo sin ver el sol, con tal de que se convirtiese el rey de Tunez.

Desembarcó en una bahía (18 de julio) á nueve millas de Tunez, y pronto la bandera de las lises ondeó sobre la ciudadela y ciudad de Cartago. Pero lejos de pensar el rey de Tunez en el bautismo, le envió á decir que iba á caer sobre él, al frente de cien mil combatientes. En efecto, llamaba á sus banderas á todos los musulmanes de África, y no cesaba de incomodar á los cristianos. Faltaba el agua; la arena del desierto, levantada artificialmente, impedia la respiracion. La disenteria y la peste ejercieron sus estragos entre los cristianos, que encerrados en su campo, se veian forzados á estar constantemente á la defensiva. Nacido el jóven Tristan dentro de las murallas de Damieta; que el rey amaba tiernamente, fué una de las primeras víctimas; después de él, el legado del pontífice y otros señores sucumbieron al contagio. Lejos de perder Luis el valor, sostenia el de sus compañeros; pero atacado tambien de la plaga, se hizo colocar delante de una cruz, invocando á aquel que habia sufrido en ella. Habiendo hecho llamar á su hijo Felipe, destinado á sucederle, le dirigió su última despedida: «Hijo mio, le dijo, manten las buenas costumbres en el reino y corrige las malas. Guárdate de desear mucho, como tambien de imponer á tu pueblo tasas ó subsidios escesivos, á no ser por necesidad ó por la defensa del reino. Si sientes algun ódio, dilo al momento á tu confesor ó á otras personas que den buenos consejos: de esta manera podrás calmarla con los consuelos que recibas. Haz de manera que tengas á tu lado gentes prudentes y leales; escucha la palabra de Dios, enciérralas en tu corazon, y ten cuidado constante de procurarte oraciones y perdones. Sé celoso de tu honor; no sufras que se profieran en tu presencia palabras propias para escitar á pecar, ni que se maldiga delante ó detrás. Haz justicia y concede su derecho á todos, pobres ó ricos. Muéstrate liberal para con tus servidores, y sosten tu palabra, á fin de que te amen y teman como á su señor. Si existe alguna diferencia, infórmate hasta que sepas la verdad, ya se trate de tí ó de los demás. Si te advirtiesen que posees el bien ajeno, sea habiéndolo adquirido tú ó tus predecesores, haz de manera de devolverlo al momento. Dedícate á que en tu reinado se viva en paz y justicia. Conserva las franquicias y libertades sostenidas por tus predecesores; porque si tus ciudades son ricas y poderosas, los enemigos se guar-

darán de sitiarlas. Cuando la viuda y el huérfano litiguen ante sí, toma su partido contra el fuerte, hasta que hayas llegado á conocer la verdad. Evita sobre todo la guerra con los cristianos, pero si te ves forzado á ella, haz que el pobre pueblo no sufra. Concede autoridad á las personas que sepan usar de ella, y castígalos si abusan; porque si debes odiar el mal en los demás, debes odiarle aun mucho más en aquellos que han recibido el poder de tí.»

Muerte de san Luis.—Terminó bendiciéndole y augurándole las felicidades de la vida eterna. Después de haberse despedido con igual cariño de los que le rodeaban, no quiso pensar más que en Dios. Orando con fervor, invocando á san Dionisio, como lo hacia en los combates y nombrando á la Jerusalen terrena porque tanto habia anhelado, abrió los ojos á la celestial (15 de agosto).

En aquellas playas donde Luis murió vencido y desgraciado, pero lleno de gloria, Cartago habia sido en otro tiempo poderosa; y el viajero que allí arriba, antes de acordarse de Anibal ó de Mario llorando sobre las ruinas de la émula de Roma ó de Caton con quien pereció en Utica la aristocracia romana, dirige su pensamiento á aquel rey mártir voluntario y á sus últimas palabras, y siente cuanto poder existe en el heroismo santificado por la devocion. Si confia en que la tierra de Cipriano y Agustin vuelva de nuevo á la sociedad cristiana, no lo puede esperar sino de la cruz que Luis fué á plantar en aquella costa, y que el rey Sebastian de Portugal y el cardenal Jimenez habian intentado levantar; la cual se halla hoy demasiado olvidada confiando en los nuevos recursos producidos por la civilizacion, y en la perfeccion á que ha llegado la táctica.

Quedó consternado el ejército, tanto por la pérdida de semejante rey, como por la falta de un jefe, estando Felipe muy enfermo. Pero habiendo llegado en aquel mismo dia de Sicilia, Cárlos de Anjú, tomó el mando y prosiguió la guerra. Vieron los soldados con alegria el momento en que abandonaron sus trincheras, y sus armas fueron victoriosas. Estos triunfos determinaron al rey de Tunez á proponer la paz, y fué concluida indemnizando á los franceses de los gastos de la guerra con 200,000 onzas de oro, los prisioneros se restituirian por una y otra parte, y se pagarian anualmente 40,000 escudos de oro al rey de Sicilia.

Embarcóse el ejército para esta isla; pero una terrible tempestad hizo perecer diez y ocho naves de alto bordo, muchas pequeñas, y cuatro mil cruzados. El rey de Sicilia, que ante todo pensaba en que la espedicion le fuese provechosa, propuso á los cruzados conquistar la Grecia; y á su negativa se apropió las naves y restos del naufragio. De esta manera los franceses no llevaron á su pátria más que luto y espectáculo de miserias. Como se ignoraba entonces el arte de los embalsamamientos, se habia hecho cocer el rey como entonces se acostumbraba (5). Sus entrañas fueron enviadas por Cárlos á Montreal de Palermo; sus huesos y corazon quedaron en el ejército, hasta el momento en que Felipe los llevó á Francia con los restos de su hermano y su mujer, muerta en Calabria. Pocos años se pasaron, y resonando el grito popular en el Vaticano (1297), hizo conferir canónicamente el título de santo al príncipe á quien ya todos se lo habian designado. *¡Regocíjate, casa de Francia*, esclamó Bonifacio VIII, *de haber dado al mundo tan gran príncipe! ¡Pueblo de Francia, regocíjate de haber tenido tan buen rey!*

Joinville vivió bastante tiempo para ser testigo de esta alegria universal; y de esta manera termina su relacion: «Fué gran honor en todo su linaje, para todos los que le quieran seguir; pero será gran ignominia para los de su raza que no lo imiten, y serán señalados con el dedo, diciendo que el bueno y santo hombre no hubiera cometido tal maldad ó villania.»

Fin de las cruzadas.—Aquí termina el gran drama de las cruzadas. Algunos destacamentos fueron aun á Palestina en esta época; pero los cristianos de aquel pais comprendieron facilmente que tan débiles socorros no podian salvar un reino, reducido sólo á San Juan de Acre. Cuando ascendió al pontificado Tebaldo Visconti, habia dicho con el salmista, al dejar esta ciudad: «¡Jerusalen, si alguna vez te olvido, que el olvido se apodere de mi alma!» y en efecto, en el concilio de Lion, exhortó vivamente á la cruzada (1297). Enviados mongoles, que habian ido para tratar de una alianza contra los musulmanes, se presentaron en esta asamblea, y algunos de ellos se convirtieron, ó al menos recibieron el bautismo. Miguel Paleólogo prometia socorros; Rodolfo de Habsburgo se comprometia á tomar la cruz, pero el viento se llevó estas promesas. No se defendian, pues, aquellas miserables posesiones de la Siria sino con el mayor trabajo, y no obstante, el título de rey de Jerusalen era disputado entre el rey de Chipre, el de Sicilia y Maria de Antioquia, y muchas veces se peleó por un nombre al cual nadie sabia darle un valor real (6).

En el curso de los diez y siete años que Bibars reinó en Egipto, no pasó un solo dia sin que inquietara á los cristianos; pero no era menos formidable con sus súbditos que con sus enemigos,

---

(5) Bonifacio VIII fué el primero que prohibió, el 18 de febrero de 1300, hacer pedazos los cadáveres, y hacerlos cocer, como una detestable barbaridad.

(5) Cuando Francisco Estéban de Lorena, como gran duque de Toscana, envió en 1747 á Constantinopla un internuncio para concluir un tratado de comercio, la Puerta (que aunque muy pomposa en sus títulos tendria sin embargo por absurdo llevar el de paises que no posee) vio con estrañeza que el gran duque se titulaba rey de un pais que poseia el turco, y dió esto tanto ruido, que hubo que expedir nuevas credenciales al internuncio. De lo cual se jacta el historiador turco Isa, como de un gran triunfo sobre las pretensiones austriacas.

porque temeroso de ser derrocado del trono de la misma manera que á él habia subido, castigaba con la mayor atrocidad por la más leve sospecha. Así conservó la autoridad, aunque sin poder trasmitirla á su descendencia, que fué suplantada por otros guerreros. Kalil-Ascraf, el más valeroso de los emires, consumó la ruina de los cristianos (1290), que ya no subsistian entonces sino en fuerza de hacer que se les olvidara, y bajo la promesa empeñada á los musulmanes de darles aviso tan luego como se preparara contra ellos alguna espedicion en Occidente. Sea como quiera, el enemigo, después de haberse apoderado de Trípoli, marchó sobre Tolemaida, donde se encontraban reunidos los representantes de los reyes de Nápoles, de Chipre, de Francia, de Inglaterra, el legado del Papa, el patriarca de Jerusalen, el príncipe de Antioquia, las tres órdenes militares, genoveses, venecianos, pisanos, armenios, mongoles, cada uno con sus barrios, sus jurisdicciones, sus diferentes oficios, cada cual con su derecho de soberania, haciendo rancho aparte, y con frecuencia enemigo de los otros. Efectivamente, todos llevaban á aquel rincon de tierra, no sólo sus rivalidades nacionales, sino tambien las disensiones de su patria: una disputa suscitada en Ancona ó en Pisa, inducia á empuñar las armas en San Juan de Acre, y las casas se convertian en fortalezas. Allí mandaban todos y no obedecia nadie. Asediados los habitantes por Kalil-Ascraf, pidieron socorros á Europa (7); pero estaban destinados á acabar como el Roldan de los romanceros, tocando el cuerno para demandar ayuda sin esperanzas de obtenerla. Reducidos á sus propias fuerzas se defendieron como héroes, y en especialidad los caballeros; ¿pero para qué nos hemos de estender más? cayó el último baluarte de las cruzadas (16 de Junio), y dos meses después cupo la misma suerte al escaso número de plazas que les quedaban á los cristianos. «De los templarios sólo se salvaron diez y ocho, de los hospitalarios diez y seis y se arrepintieron de haber huido,» dice Guillermo de Chateauneuf, gran maestro de los hospitalarios. Entonces el sultan se halló solo para tributar loores á Alá en sosiego, sobre aquella tierra en que durante algun tiempo habian vuelto á resonar las alabanzas á Jesucristo.

De las tres órdenes religiosas y militares, los caballeros teutónicos se engrandecieron en Alemania, hasta que llegaron á ser poder soberano; los templarios excitaron con su riqueza la codicia de un rey que les suscitó acusaciones para condenarles al fuego; los hospitalarios se mantuvieron primeramente en la isla de Chipre, y después en las de Rodas y Malta. Bajo el nombre de esta última se les conoció por mucho tiempo; y de esta órden aun se conserva en el dia una sombra.

Tentativas póstumas.—Mas de una vez aconteció entonces y después de esta época hablar en Europa de las cruzadas: nunca las olvidaron los papas, y los poetas apelaron á ellas en todos los idiomas; pero su época habia pasado. Raimundo Lulio y Marino Sanuto se esforzaron por reanimar el espíritu desfallecido. Asistió el primero al concilio de Viena (1311) para hacer que se establecieran lenguas de cátedras orientales en las universidades de Roma, de Bolonia, de Paris y de Salamanca (8). Presentó al papa muchos escritos acerca del modo de abolir el islamismo; después de haber recorrido la Tierra Santa, la Siria, la Armenia, el Egipto, retornó á contar los males que padecian los cristianos é indicar el oportuno remedio. Viendo que eran infructuosos sus afanes entre sus correligionarios, se encaminó al Africa con ánimo de convertir á los moros; pero no salió más airoso de esta empresa, y se retiró á Mallorca, donde se dedicó á escribir sobre el mismo asunto, y vuelto al Africa, recibió allí la palma del martirio (9).

En 1321 Mariano Sanuto bosquejó el plan de un desembarco en Egipto, calculando que quince mil infantes y trescientos ginetes, comprendiendo las naves, los víveres, las municiones y otros abastecimientos, podrian ascender al gasto de 100,000 florines de 2 sueldos, lo cual equivaldria á 14.000,000 de pesetas. Tuvo la constancia de presentar su proyecto á todas las cortes, si bien en todas partes no halló más que indolencia (10). Petrarca escitó ardorosamente á cometer de nuevo la empresa (11). «Habiéndose divulgado la noticia de este pasaje

---

(7) Entonces emprendieron las damas genovesas una cruzada que se ha conservado en la memoria del pueblo.

(8) Véase t, V, pág. 416.

(9) Fray Felipe Bruserio de Savona, profesor de teologia en Paris, escribió el *Sepulcro de Tierra Santa*, donde esponia los medios de recuperarla. Habia sido enviado por Benedicto XI en 1340, en union de Pedro del Orto, cónsul de Caffa, y de Alberto, de la misma colonia, á Usbec, kan del Capchak, de quien habia obtenido que el cristianismo pudiera ser predicado en las comarcas próximas al mar Negro.

(10) Véase Libro XIII, cap. XXXI. Un tal Antonio de Archiburgo de Trento, escribió tambien en 1391 un libro militar sobre la manera de recuperar la Tierra Santa: se halla en la gran Biblioteca de Paris manuscrito. En 1325 Guido de Vigevano, médico del emperador Enrique VII y después de Juana, reina de Borgoña, escribió el *Thesaurus regis Franciæ acquisitionis Terræsanctæ de ultra mare, nec non sanitatis corporis ejus, et vitæ ipsius prolongationis, ac etiam cum custodia propter venenum*, donde da preceptos higiénicos y consejos estratégicos para defender las tierras contra los sarracenos y atacar sus fortalezas. El milanés Lampo Biraghi protegido por Francisco Sforza, escribió: *ad Nicolaum V pontificem maximum strategicon adversos Turcos*, en que propone para la cruzada un ejército enteramente italiano de 1,200 caballos y 15,000 infantes, y además 5,000 hombres de caballeria ligera de otros paises, que se envie al cardenal Bessarione, que desembarque en Morea y excite á los pueblos á la sublevacion, creyendo que para esto bastarán dos años, ó á lo mas tres.

(11) En la cancion *O aspettata in ciel beata e bella*, etc.

en Egipto y en Soria, los cristianos del pais que se hallaban sometidos al yugo de los sarracenos, y especialmente los viandantes mercaderes que se hallaban á la sazon en aquel territorio, esperimentaron graves opresiones y diferentes tormentos. Muchos de ellos fueron muertos por los señores sarracenos, que se apoderaban de cuanto poseian, bajo el falso pretesto de que eran los negociadores de aquel paso. Por lo cual un valiente religioso italiano, que se llamaba fray Andrés de Antioquía, afligido, en el fervor de su alma, de la injuria que recibian los cristianos inocentes, partió de Antioquía y se presentó en la corte de Roma, establecida en Aviñon entonces. Llegó allí cuando el rey Felipe VI de Francia habia vuelto de la peregrinacion hecha desde Marsella á Aviñon, habiendo escedido con mucho el término de su promesa, sin ser reprendido por el papa ni por los cardenales. Ya se habia despedido del Padre Santo, cruzado el Ródano y comido en la noble casa de san Andrés, que habia mandado edificar el señor Napoleon de los Orsini de Roma, á fin de recibir allí al rey de Francia y á los demás príncipes. Ya habia montado el rey á caballo para emprender el camino de Paris, y habiendo suplicado el intérprete fray Andrés á los escuderos de los cardenales que le ayudaran á adelantarse hasta el frente del caballo del rey, pudo conseguir ponerse de este modo á su lado al salir de la casa. El religioso tenia larga la canosa barba, su aspecto era santo, y por respeto á su persona se detuvo el monarca. Entonces fray Andrés le dijo: *¿Eres tú aquel Felipe, rey de Francia, que prometiste á Dios y á la santa Iglesia ir con tu poderio á sacar de mano de los pérfidos sarracenos la tierra en que Dios nuestro Salvador quiso derramar por redimirnos su sangre inmaculada?* El rey respondió afirmativamente, y el venerable religioso prosigió de esta manera: *Si has resuelto eso y te propones continuarlo con una intencion y una fe pura, ruego á Jesús bendito, que quiso recibir por nosotros pasion en aquella Tierra Santa, que te guie á una completa victoria, para eterna prosperidad tuya y de tu ejército; que te conceda en todo su bendicion y ayuda; que te haga crecer por la gracia en bienes espirituales y temporales; de tal manera que seas tú quien, por la victoria, saques del oprobio al pueblo cristiano, humilles el error del indigno y pérfido Mahoma, limpies y purifiques el lugar venerable de todas las abominaciones de los infieles para eterna gloria tuya por Jesucristo. Pero si has comenzado y publicado esto, cosa que redunda en grave tormento y en la muerte de los cristianos que frecuentan aquellos paises, sin tener la intencion perfecta en Dios de proseguir esta empresa, y si la santa Iglesia católica es de este modo engañada por tí, caiga sobre tu cabeza la ira de la indignacion divina, y sobre tu casa, y sobre tus descendientes y sobre tu reino; demuestre contra tí y contra tus sucesores, con evidencia para los cristianos, el azote de la divina justicia, y clame á Dios contra tí la sangre de los cristianos inocentes ya derramada sólo al rumor de semejante proyecto.* Turbado el rey de esta maldicion hasta lo más íntimo del alma, dijo al religioso: *Venid en nuestra compañia.* A lo cual fray Andrés repuso: *Si os dirigís hácia la tierra de promision en Levante iré delante de vos. Pero como vuestro viaje sea hácia Poniente os dejaré partir, y tornaré á hacer penitencia de mis pecados á aquella tierra que prometisteis á Dios arrancar de las manos de los perros sarracenos.*» (12)

Aun tenia tanta autoridad el nombre de Jerusalen, que las palabras de fray Andrés sembraron la turbacion y la incertidumbre en el alma de aquel monarca poderoso, si bien distrajeron su atencion nuevas tempestades políticas. Aquellos que hagan memoria de Pedro el Ermitaño y de San Bernardo, yendo de una parte á otra miserablemente vestidos, á esponer las miserias de la ciudad santa, se sorprenderán en vista del contraste que presentaban los fastuosos preparativos hechos en Lila y en la corte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Fiestas, diversiones de todas clases ahuyentaron de allí el fastidio de los caballeros que aguardaban á los demás. En el festin que se dió posteriormente por el duque de Cléveris, una dama se subió á un tablado donde estaba el duque de Borgoña, y delante de él se postró de hinojos; después de haberle ceñido una guirnalda de flores, anunció que dentro de diez y ocho dias daria el duque un banquete. Fué la magnificencia tal como cumplia á reunion tan brillante y al señor más rico y expléndido de la cristiandad: encima de una mesa se veia una iglesia con órgano, campanas, fuentes, naves y prados, y en medio un san Andrés crucificado; en otra un pastel que encerraba una orquesta entera de veintiocho músicos, y un castillo con fosos y torres, una viña que contenia dos frutos del bien y del mal, un desierto con tigres, selvas y caza, y un lago rodeado de poblaciones; la tercera mesa sostenia un buhonero con toda clase de géneros, una floresta india y un leon. Pasaré en silencio los vasos de oro, las estátuas que echaban vino é hipocrás, un leon vivo, y el lujo del duque que llevaba encima por valor de un millon de escudos de oro en piedras. ¡Cómo seria la sala para contener tantos convidados, tantos espectadores y tantas máquinas!

Todos los platos bajaban del techo en un carro de oro y azul, entre músicas, y se sirvieron jabalíes enteros. Se amenizó la comida con *intermedios*, es decir, representaciones. Después de haber algunas de éstas, entra de improviso un gigante, vestido á la antigua usanza de Granada, conduciendo á un elefante sobre el cual se veia un castillo, donde habia una dama sumergida en llanto y vestida de luto. Cuando llegó al centro del salon ordenó al gigante que hiciera alto, y no obedeció hasta que hubo llegado delante del duque. Entonces la pri-

(12) M. VILLANI, VII, 3.

sionera, que representaba la religion, espuso en una larga queja, en verso, la opresion á que estaba sujeta por parte de los infieles, deplorando la lentitud de los que debian prestarle ayuda. Precedido el heraldo del Toison de Oro de una inmensa comitiva de oficiales de armas, llevando en el puño un faisan vivo, y sobre el pecho un collar de oro, enriquecido con perlas y pedrerias, se adelantó hácia el duque, presentándole dos damas acompañadas de un caballero de esta órden cada una de ellas, y ofreciéndole el ave en nombre de aquellas damas, las recomendó á su patrocinio. Después de haber escuchado el duque al heraldo le entregó un billete, que leido en alta voz, contenia el voto hecho á Dios, á la Vírgen Maria, á las damas y al faisan, de batallar contra los infieles: todos los asistentes respondieron con votos semejantes, imponiéndose penitencias ó proezas. Este se obligaba á no dormir más en el lecho; aquél á no comer á manteles; otros prometieron abstenerse de vino ó de carne; otros no quitarse la armadura ni de dia ni de noche ó vestirse de un paño burdo y de un sayo hasta llevar la empresa á feliz remate; uno que cogeria la bandera del gran turco; otro que no volveria antes de haber presentado al duque un turco prisionero; cual, que al volver haria cualquier empresa de armas en tres reinos cristianos; cual que llevaria por banderola la imagen de la Vírgen; éste que daria un mandoble en la corona de un rey infiel; aquél que combatiria con un turco sin más armas que un guante; todos querian sobrepujar á los demás, tanto más, cuanto que el vino les habia enardecido.

Vióse aparecer, por último, una dama vestida de blanco, cuyo nombre trazado en la espalda era *Gracia de Dios:* iba á dar gracias á la asamblea á la cual presentó doce damas figurando las virtudes, cuyo nombre mostraban tambien escrito en la espalda y debian ser compañeras de la espedicion, á fin de asegurar su éxito venturoso. Eran la Fe, la Caridad, la Justicia, la Razon, la Prudencia, la Templanza, la Fuerza, la Verdad, la Generosidad, la Diligencia, la Esperanza, el Valor. Después de haber leido cada una de ellas una estrofa en armonia con su papel, empezaron á ejecutar danzas, que añadieron mucho al esplendor de aquella fiesta.

¡Véase por qué medios se queria conseguir la libertad de la Tierra Santa!

Al parecer se inflamaron los ánimos cuando los turcomanos ocuparon la Grecia (1455) y se apoderaron de Constantinopla, amenazando de cerca la Alemania y la Italia. Entónces escitaron los poetas más vivamente que nunca á los príncipes á arrebatar al feroz Tracio su injusta presa (13) los papas proclamaron la cruzada é hicieron grandes preparativos: todos los potentados de Europa prometieron su ayuda y ninguno de ellos cumplió su palabra. Sin embargo, no sólo hervia en la mente de las gentes de imaginacion exaltada la idea de la espedicion á Oriente; sino que cuando en la política se sustituyó la opinion al sentimiento, las necesidades calculadoras de esta política no habian ahogado, á pesar de todo, las antipatias populares contra el turco. Bacon componia un diálogo *De bello sacro*; Mazarino legaba sentecientas mil libras para la guerra contra los musulmanes; el sabio Job Ludolf (14) y Herminio Conring consagraban á este asunto graves meditaciones, no menos que el fanático Desmarets de San Sorlin. El célebre padre José, capuchino, consejero de Richelieu y uno de los políticos más despreocupados, componia sóbre esta materia un poema latino, que Urbano VIII denominaba la Eneidá cristiana; el elector de Maguncia, Felipe de Schönborn, se hacia el campeon de la guerra santa, impulsado á este camino por dos insignes talentos, el baron de Boineburgo y el ilustre Leibnitz.

Este último tuvo empeño por largo tiempo en determinar á los príncipes de Europa á hacer la guerra á los turcos, en vez de desgarrarse unos á otros, y especialmente aspiró á persuadir á Luis XIV que hiciera la conquista de Egipto, cuya importancia le señalaba (1670). Después de haber bosquejado un plan de reorganizacion política para Alemania, su patria, añadia: «Entonces Europa disfrutará reposo, cesará de desgarrar sus propias entrañas, y fijará su atencion allí donde se puede adquirir en buena conciencia y de un modo grato á los ojos de Dios, tantos honores, victorias, ventajas, riquezas. Entonces ya no se disputará para arrancar á otro lo que le pertenece; sino que se porfiará sobre quién gana más al enemigo hereditario, y cada cual se esforzará por estender, no sólo su propio reino, sino tambien el de Cristo. Si la Suecia y la Polonia hubieran vuelto contra esos paises bárbaros las fuerzas que han dirigido una contra otra, ¿no hubieran penetrado la primera en la Siberia y la otra hasta la Taúride? Supongamos que el emperador, la Polonia y la Suecia se adelantan paralelamente sobre los bárbaros, y aspiran á ensanchar los límites *(pomœria)* de la cristiandad sin tener otros designios que les aparten de esta empresa, sin dejar detrás de sí enemigos que les infundan temores. ¡Cómo se manifestaria la bendicion de Dios en favor de la justa causa! Por otra parte, la Inglaterra y la Dinamarca se hallan enfrente de la América del Norte, y de la del Sur la España, y Holanda enfrente de las Indias occidentales. La Francia está predestinada por la Providencia para guiar los ejércitos cristianos á Levante, para dar á la cristiandad los Godofredos, los Balduinos y especialmente los San Luis que

(13) Tasso, *Jerusalen libertada.* Sin hablar de otros muchos, conocidas son las octavas del Ariosto en el capítulo XVII de *Orlando*, y las de Camoens en sus *Lusiadas*, capítulo VII.

(14) *Libellus de bello turcico feliciter conficiendo*, 1686.

invaden el Africa, situada enfrente de ella: para destruir aquellos nidos de piratas, y para atacar á Egipto, pais de los mejor situados, no carece de hombres ni de dinero para enseñorearse de esta comarca mal armada... Véase un medio de adquirir eterna gloria, conciencia tranquila, universales aplausos, victoria segura, inmensas ventajas. Entonces se cumpliria aquel deseo del filósofo, reducido á que los hombres no hagan la guerra más que á los lobos y á las fieras, á quienes hasta ahora han podido ser comparados los bárbaros y los infieles.»

Leibnitz desenvolvió tanto por escrito (15) como de viva voz estos pensamientos: se dirigió á los príncipes y á los ministros, para inducirles á que apoyaran cerca del gran rey los consejos que debian halagar su ambicion, y los medios de ejecucion que se proponia; pero la política se ocupaba en pesar y ya no sentia: así Leibnitz oyó al ministro Pomponne darle por respuesta: «Tocante al proyecto de una guerra santa, bien sabeis que desde el tiempo de san Luis han cesado de estar en moda.

(15) Cuando Napoleon emprendió la conquista de Egipto, se sacó de los archivos este escrito de Leibnitz, con motivo del cual se ha caido en muchos errores por gentes que no lo han visto. Véase en las *Memorias del Instituto de Francia, Sábios extranjeros*, t. I, una disertacion de E. Gührauer con documentos originales.

De consiguiente habremos de creer, puesto que así lo mandan, que la duracion de este inmoral poder es necesaria al bien de Europa (16). Si hemos traido á la memoria los ensueños de hombres pensadores y morales, lo hemos hecho para demostrar que se deberia reflexionar más de una vez en ello antes de calificar á las cruzadas de delirio de fanáticos é ignorantes.

(16) El dia 17 de julio de 1839 el ministro mariscal Soult respondia al Austria: *Todos los gabinetes quieren la integridad y la independencia de la monarquia otomana bajo la dinastia reinante; todos están dispuestos á hacer uso de sus medios de accion y de su influencia para asegurar el mantenimiento de este elemento esencial del equilibrio europeo.* El dia 12 de enero de 1842 decia Guizot ante la cámara de los pares: *Hay entre los cristianos de Oriente un movimiento natural, resultante de lo que pasa en el mundo hace cuarenta años, y que les impulsa á la insurreccion y á la separacion del imperio otomano. ¡Pues bien! Lo digo en alta voz, nosotros no empujamos á ese movimiento, no lo aprobamos, no lo estimulamos... cuando decimos que queremos la integridad del imperio otomano, lo decimos formalmente, lo queremos así dentro y fuera.* Posteriormente en 1856, además de tantos otros delirios y mil cambios se vió á toda Europa tomar partido por los musulmanes y hacer pretesto de una cruzada la conservacion de la integridad territorial del imperio turco y su independencia; mentira ó error que fué pagado por la Francia con 2,000.000,000 de pesetas y 100,000 hombres, por Inglaterra con 2,500.000,000, por Austria con 1,600, por Prusia con 140.

CAPÍTULO XVIII

CONSIDERACIONES SOBRE LAS CRUZADAS.

Cuando se nos habla de la sangre prodigada en las cruzadas, no se entiende sin duda ponerla en comparacion con los torrentes de ella que derramaron los antiguos romanos, con toda la que corrió en las guerras dinásticas del siglo pasado para la sucesion de España y de Austria, ó en los veinte y cinco años que siguieron al de 1789 ó después de la mitad del siglo presente. Pero ¡qué diferencia entre unas guerras y otras! En las de los romanos se veia á una nacion que, impulsada por sus jefes, iba á conquistar la patria de otros pueblos para hacer esclavos, esterminar á los habitantes, ó á imponerles las leyes y los usos de los vencedores. En las guerras modernas se ve á hombres á quienes se arranca por fuerza de sus hogares, para dar y recibir la muerte sin saber la causa. En las cruzadas toda la Europa se levanta como un sólo hombre, y corre en el ardor de un celo voluntario á emancipar á sus hermanos de un yugo que les oprime, á salvar á los infieles del infierno y á adquirir una eterna recompensa.

Estaban en el espíritu de aquel tiempo.—No fué el concilio de Clermont el promovedor de aquellas empresas, sino el efecto de la opinion pública; así como la Asamblea constituyente no fué la que produjo la Revolucion francesa, sino la que dió testimonio de que existia. Con efecto, basta observar cuál era el sentimiento general entonces. Cruzarse se consideraba como una deuda con que cada uno se creia obligado respecto de Jesucristo: las ciudades enviaban tropas de valientes; los príncipes hacian dinero tomándolo prestado, ó vendiendo sus dominios; los eclesiásticos sus beneficios; el baron enajenaba sus feudos, el poeta esperaba ganar allí la celeste corona, el monje la palma gloriosa de la perseverancia en la fe. La doncella, el anciano, la monja no se espantaban ante los mil peligros que habia que arrostrar en la empresa. Estaban exentos los cruzados de los derechos de peajes: en los contratos de matrimonio se reservaban los nobles la facultad de cruzarse: la mujer podia impedir á su marido encerrarse en un monasterio, pero no tomar la cruz (1), ni aun cuando tuvieran hijos. El que no sabia como libertarse de un enemigo mortal, el que queria obtener la indulgencia de la Iglesia por sus culpas, se apresuraba á cruzarse; ricos y magnates creian ganar en méritos cuando los males que tenian que padecer los ponian al igual con los más abyectos. Millares de estos devotos peregrinos habian prestado juramento de no regresar á su patria hasta que hubiesen libertado la Tierra Santa. Ahora bien, todo el que faltaba á un voto, no era ya reconocido por la Iglesia como uno de sus hijos; quedaba vil á los ojos de los hombres de honor, al par que el que moria en aquella tierra era honrado como un mártir (2).

Sostenidos por la caridad pública, los peregrinos cantaban alegremente á la tierra prometida, á la patria del Salvador, á la comarca que habia dado cuna á los santos Padres, al teatro de la re-

---

(1) INOCENCIO III, ep. XVI: *Cum constet quod vocati ad terreni regis exercitum, uxorum non impedit contradictio, liquet quod ad summi regis exercitum invitatos, et ad illum proficisci volentes, prædicta debet occasio impedire, cum per hoc matrimoniale vinculum non solvatur.*

(2) En Venecia se permitia á los peregrinos vagar por la ciudad con caballos, cruces y banderas; y se elegian algunos oficiales llamados *Tolomazzi* para que los acompañasen y aconsejasen lo que habian de llevar para el viaje, y ajustasen el flete; sus causas y demandas se decidian sumariamente de noche por los señores; y además el peregrino podia asistir á la procesion del *Corpus Domini*, acompañado de un patricio, el cual le llevaba á su derecha y le regalaba un cirio. MUTINELLI, *Com. de Veneciani*, pág. 118.

conciliacion con Dios; y si mil de ellos perecian, los otros bendecian al Señor porque tantos nuevos testigos de su fe habian subido al cielo. Querian ser amortajados cuando morian con la misma túnica que llevaban al visitar el Santo Sepulcro; los pisanos llevaron de Palestina la tierra con que llenar su cementerio, para poder decir de este modo que estaban sepultados en Tierra Santa. Llámese á esto, si se quiere, error, ignorancia, locura; pero un pensamiento de gloria, de porvenir, de santidad, nacia del centro de aquellas parciales agitaciones del feudalismo; era el primer fulgor de lo bello y de lo infinito entre los ejércitos y los pueblos. En aquella turba que se arrojaba á la muerte para alcanzar el triunfo de lo que creia la buena causa y la verdad, hasta se descubre una preparacion de los tiempos, y ¡ojalá estén cercanos! en que no se haga la guerra sino con la mira de la paz.

¿Se puede calificar de locura el objeto de aquella empresa? Todo inducia á creer que Constantinopla, la primera amenazada por los ejércitos musulmanes, ayudaria con todas sus fuerzas á la empresa: y ésta sin duda se hubiera llevado á cabo, si no hubiera sido necesario mantenerse de continuo en guardia contra la amistad desleal ó contra la hostilidad insidiosa de los griegos. Pero en aquella cloaca de la antigua civilizacion sólo se veia la vida, como se ve en un cadáver corroido de gusanos, y ni aun supo regenerarse con la mezcla de las razas occidentales.

¿Pero eran justas semejantes espediciones? ¿Lo eran á lo menos con arreglo á las ideas de entonces?

Se consideraba á los musulmanes como á otros tantos enemigos de la fe, ocupados en estirparla en todos los lugares con las armas, con los suplicios, con las doctrinas, desde las orillas del Ebro hasta las del Éufrates, y como cristianos se creian obligados á socorrer á sus hermanos, y á reprimir la tirania del islamismo: como amigos del imperio de Oriente, debian ayudarle á recuperar sus provincias perdidas; como herederas de los derechos y de los agravios de sus padres, tenian que pedir cuenta de los padecimientos á que se les habia sujetado, y que reconquistar las tierras que les habian sido usurpadas.

Los príncipes y los papas, que guiaban ó aconsejaban á las masas, conocian las nuevas amenazas de los árabes que habian ocupado la España, asaltado hasta la capital del cristianismo, obstruido la mitad de Italia, penetrado en Francia; y sabian que toda guerra hecha con detrimento de los cristianos, era santa á los ojos de los sarracenos. No diremos que haya justicia en salvar al mundo de la barbarie, en defender la religion, el pudor de las mujeres, su libertad propia ó la ajena estos; son sentimientos, y en este siglo de cálculo mueven á mofa; pero ¿no tiene toda sociedad el derecho de defender su propia existencia? Y si se encomia á Escipion, que va á herir en el corazon á la rival de Roma, ¿por qué no se ha de alabar tambien á los príncipes ignorantes y á los papas fanáticos de la Edad Media, que enviaron tropas á combatir á orillas del Jordan y del Nilo, por una querella que de otro modo se hubiera decidido, junto al Danubio ó el Sena?

Nuestra época comprende mal el entusiasmo, desde que se ha acostumbrado al estraño espectáculo de ver á la Europa armarse para sostener un imperio musulman, que ya no tiene comercio, industria ni agricultura, ni moral, ni religion, y que no conserva un residuo de vida, sino porque las potencias vecinas no están acordes sobre el modo de repartírselo. Nuestros tiempos son de seguro mucho más ilustrados, pero concedamos tambien á aquellos su parte de razon, y veremos que su modo de proceder iba aconsejado tanto por la política de los gabinetes, como por la conviccion entusiasta de los pueblos, que en su necesidad de desfogar una superabundancia de fuerza, de sentimiento, de actividad, como en la persuasion de rendir homenaje á Dios quitando la vida á sus enemigos, se arrojaban sin órden sobre ellos, sin prevision, confiando en el Dios que sustentó á Israel en el desierto. De aquí su facilidad en ver por todas partes prodigios y hechos sobrenaturales; ángeles y santos que se aparecian á cada paso, á cada paso revelaciones divinas, casi como en las narraciones de Plutarco y de Tito Livio (3), y aquella intrépida seguridad de alcanzar la palma de los mártires, que hacia arrostrar el hambre, el hierro, la fatiga y la miseria, cantando himnos al Señor, y sin otro pesar que el de no poder espirar con los ojos fijos sobre la Tierra Santa. Por eso las costumbres y los sentimientos nos parecen más dignos de estudiar que los hechos en aquel triunfo de la religion, en aquella gran aventura del feudalismo que forma la gloria popular.

Ventajas.—Cuando una nacion ó muchas naciones reunidas proceden así por conviccion y con un elevado fin moral, es imposible que no resulten de ello para la humanidad grandes ventajas: ahora bien, la primera que se consiguió entonces fué la paz ó las largas treguas que las cruzadas proporcionaron á la Europa. En un tiempo en que el derecho de la espada empujaba á los barones unos contra otros, en que no habia un apartado rincon de tierra donde no se derramase sangre, fué proclamada la tregua de Dios, y desde Francia se propagó á Alemania; pero en vez de proteger sólo

(3) Indudablemente el Taso empequeñeció la escena, colocando mágos y encantamientos en lugar de aquellas creencias eficaces, magníficas, grandiosas, que suponian al cielo inmediatamente interesado en el triunfo de la causa santa. Poco ó nada se menciona la magia, sólo la madre de Kerboga es designada por algunos como maga, y se ha hablado de dos hechiceros que aparecieron sobre los baluartes de Jerusalen durante el sitio y conjuraron á las potestades infernales en interés de su patria, y de esto se prevalió el Taso.

á los eclesiásticos como antes, en ciertos dias y en ciertos lugares, comprendió á la sazon á reinos enteros y por largos años. Por tanto, las cruzadas calmaban los odios intestinos (4), y dirigian su impetuosidad indomable á la libertad de la Tierra Santa. Mil veces se interpusieron los papas, ordenando que las armas empuñadas contra los hermanos se volvieran contra los enemigos comunes; protegieron con indulgencias y con escomuniones los dominios y las personas de los que eran considerados como sagrados desde el momento en que habian tomado la cruz. Juan de Courcy no pudo obtener de Juan de Lascy su libertad en Irlanda, sino comprometiéndose por juramento á pasar á Palestina y á no volver nunca (5). Los normandos y otros septentrionales que infestaban las costas, y que hubieran destruido ó estorbado la civilizacion en las riberas del Báltico y del mar Germánico, desfogaron su ardor belicoso en los paises del Asia.

Todavia se hacia conocer mejor la ventaja de aquellas espediciones en el estrecho círculo de las sociedades particulares. Respiraba el campesino mientras que batallaba el baron en Tierra Santa, y no tenia ni pretendia derechos sobre su hacienda, sobre su honor, sobre su vida. Hombres de asesinato y de rapiña cesaban de hacer la guerra á los viajeros y á las aldeas, para llevar á Palestina su actividad sanguinaria (6), y los blasones de guerra quedaban cubiertos con el uniforme blason de la cruz.

Expiacion.—En tiempos en que por una parte se predicaba una moral pura, rigurosa, sin condescendencias, y en que por otra no corregidas las inclinaciones por ciertos miramientos, por la costumbre, por la educacion, y fomentadas por deplorables ejemplos, impulsaban á actos feroces, se conocia el pecado al mismo tiempo de cometerlo, y de repente nacia la necesidad de expiarlo delante de la justicia divina. En su consecuencia, almas desgarradas por el remordimiento, personas deshonradas y celosas, no obstante, de la estimacion y de la honra, iban á pelear al otro lado del mar, para volver en paz consigo propias y con las demás (7).

Habiendo dado muerte dos caballeros á Conrado, obispo de Wurtzburgo, y hecho su cadáver pedazos, se confesaron arrepentidos y fueron condenados á presentarse al papa vestidos solamente con calzoncillos y con una soga al cuello, delante de la muchedumbre. El pontífice les impuso por penitencia no volver ya á hacer uso de sus armas más que contra los musulmanes; no gastar veros, armiños ni paños de color, no asistir á espectáculos públicos de ninguna clase, no volverse á casar si quedaban viudos, trasladarse lo más pronto á Tierra Santa para hacer allí por espacio de cuatro años la guerra á los sarracenos, viajando y vestidos de lana, ayunar á pan y agua los miércoles y los viernes, las cuatro témporas y vigilias y tres cuaresmas, no probar carne más que por Pascua de Resurreccion, por Pentecostés y por Navidad, rezar todos los dias cien Padre-nuestros, y hacer otras tantas genuflexiones, y no recibir la Eucaristia más que en el artículo de la muerte. Si alguna vez podian entrar en una ciudad de Alemania, deberian dirigirse llevando calzoncillos por única vestimenta á la iglesia principal, con la soga al cuello y disciplinas en la mano, para hacer que les azotaran los canónigos después de haberles manifestado la causa.

Lumberd cortó la lengua al obispo de Catnes, en Escocia; habiéndose dirigido luego á Roma para alcanzar su perdon, el papa se lo concedió á condicion de que volviera cuanto antes á su pais y se presentara allí durante quince dias, vestido sólo con una túnica corta de lana sin mangas, y la lengua atada con un bramante, de modo que saliera de la boca. Exigió que en este estado se presentara con disciplinas en la mano á la puerta de la iglesia y se hiciera azotar, y no quebrantara el ayuno más que por la noche con pan y agua: finalmente, le intimó que fuera á servir tres años á

---

(4) Esta observacion no se escapó sin embargo á los cronistas de entonces, y Faucher de Chartres, al principio de su crónica *(Bibl. de las Cruzadas*, parte 1.ª, pág. 83), dice: «Viendo Urbano que los príncipes de la tierra estaban unos con otros en guerra continua; que en todas partes se violaban las leyes de la paz; que los campos eran destruidos y saqueados; que muchos hombres eran puestos en esclavitud y tratados cruelmente en las prisiones; que sólo eran rescatados con enormes sumas, y que morian de hambre, sed, frio ó en secreto; que las iglesias eran profanadas, los monasterios y las casas entregadas á las llamas, sin perdonar á nadie, quemándose las cosas divinas y humanas; sabiendo además que las provincias del centro de la Romaña habian sido invadidas por los turcos y que los cristianos eran víctimas de la ferocidad de aquellos bárbaros, lleno de compasion y de amor de Dios pasó los Alpes y fué á celebrar un concilio á Chiaramonte.» Más tarde cuando las bandas mercenarias estaban devastando la Italia, Francia y Alemania, se propuso enviar aquellos aventureros á combatir á los turcos; y santa Catalina de Sena escribia á Juan Hakvood: «Por tanto os ruego encarecidamente por Jesucristo, que pues que Dios ha mandado y tambien nuestro Padre Santo ir contra los infieles, y á vos os agrada tanto hacer la guerra y combatir, no guerreeis más contra los cristianos, porque ofendeis á Dios, sino id contra aquellos; que grande crueldad es que nosotros que somos cristianos, miembros unidos al cuerpo de la santa Iglesia, nos persigamos unos á otros,» etc. *Carta* 220.

(5) Epist. 8 de Inocencio III.

(6) «Esta espedicion (la segunda cruzada) tuvo por efecto, si no produjo otros, purgar la Alemania de aquella raza, que no vivia habitualmente más que de lo que quitaba á los demás.» Krantz, *Sax*, c. 13, *auctore Crist. Berold. de reg. hierosol.*, pág. 214.

(7) Talleyrand proponia, durante la revolucion, establecer colonias, como nuevos campos ofrecidos *á tantos hombres agitados que tenian necesidad de proyectos, á tantos hombres infelices que tenian necesidad de esperanzas.* Este es el caso.

Tierra Santa, no blandir ya las armas contra los cristianos, y ayunar todos los viernes durante once años.

Siendo Roberto esclavo de los sarracenos con su mujer y una hija, se dejó inducir, durante una época de hambre, por mandato del califa, á comerse á esta última y hacerla cocer tambien con su madre, de la que á pesar de todo no se atrevió á alimentarse. Cuando recuperó su libertad le intimó el papa no comer más carne en toda su vida, ayunar con frecuencia á pan y agua, ir descalzo con una túnica de lana muy corta y el bordon, demandando limosna y no recibiendo más que lo necesario para el dia, sin dormir en un mismo lugar dos noches consecutivas; pasar tres años en peregrinacion prosternándose fuera de las iglesias, para aguardar allí la disciplina; no volver á contraer matrimonio, no tomar parte en ninguna clase de juego, rezar cotidianamente cien Padre-nuestros con otras tantas genuflexiones; y pasados tres años, volver á presentarse al papa (8).

Así como los grandes pecadores iban en busca de la paz, los amantes engañados, las almas exacerbadas por los desengaños iban á buscar la paz á aquella tierra; de aquí tantas historias piadosas como matizan este fondo guerrero. Lucía, monja del convento de Santa Catilina de Bolonia se apercibió de que un jóven iba cada dia á mirarla á la tribuna donde ella oia misa, por lo que no se presentó más que detrás de la celosía. El enamorado jura consagrarse á Dios como aquella á quien adora, y se dirige á Palestina, donde arriesga su vida en los combates. Hecho prisionero y puesto en el tormento para que renegase de su fe, esclama «¡Vírgen santa, casta Lucía, si aun vives, sosten con tus oraciones al que tanto te amó! ¡Si ya estás en el cielo, haz que el Señor me sea propicio!» No bien habia pronunciado estas palabras, cuando quedó sumergido en profundo sueño: al despertar se halla cargado de cadenas, aunque en su patria y cerca del monasterio del objeto de su amor, la cual permanecia á su lado, radiante de hermosura: *¿Vives aun, ¡oh Lucía?* esclamó él.—*Sí vivo*, respondió ella; *pero en la verdadera vida. Vé y deposita tus hierros sobre mi sepulcro y da gracias al Señor.* La casta doncella habia muerto el mismo dia en que él salió de Europa (9).

Hechos particulares.—Federico Barbaroja, siendo jóven, se enamoró de Gela, hija de uno de sus vasallos: correspondió ella á su amor; pero no creyéndose digna de casarse con un príncipe, le decidió á que se cruzara. En el momento de su despedida esclamó Federico: *¡Nuestro amor es eterno!* —*Eterno, sí*, repuso ella, dejando caer la cabeza sobre la de su amante. El parte, triunfa, vuelve: su padre ya no existia, y se encuentra duque. Vuela á la casa de Gela; pero no halla allí más que un billete en que lee estas palabras: «Tú eres duque y debes elegir una esposa de clase igual á tí. La felicidad de haber sido tuya por espacio de un año, me deja un recuerdo que me basta para todo el resto de mi vida: nuestro amor es eterno.» Habia ella tomado el velo, y Federico puso en el bosque, donde se habia despedido de Gela, la primera piedra de la ciudad de Gelnhausen.

Contábase en Florencia que Pazzino de los Pazzi habia subido antes que otro alguno á las murallas de Jerusalen, y que en recompensa le habia regalado Godofredo tres astillas del Santo Sepulcro, de que se habia valido, al retorno á su patria, para encender el fuego bendito. Su familia habia conservado desde entonces el privilegio de renovar el fuego el dia de Sábado Santo. El cirio destinado á este uso recorria las calles dentro de un carro, que poco á poco se fué enriqueciendo y llenando de adornos; y todavia hoy se conserva esta costumbre, enviando una paloma al coro de la catedral, y queman muchos fuegos artificiales junto á la casa de los Pazzi. Se enseña en Brescia el estandarte (cruz de oriflama) que el obispo de esta ciudad, Alberto, plantó en 1221 sobre los muros de Damieta; subiendo á ellos al frente de mil quinientos brescianos, hazaña que le valió ser patriarca de Antioquia. En 1160 un sacerdote llevó desde Levante á Bolonia la efigie de Maria, pintada por san Lúcas, y la depositó sobre la colina de la Guardia, en la ermita de la piadosa Angela, donde se hizo célebre por los milagros que operaba.

Con tal mezcla de sentimientos sagrados y profanos; con la corrupcion natural del hombre, que hace degenerar las cosas más sagradas; con aquella disposicion enteramente particular á la Edad Media de llevar los principios hasta el estremo; con el desórden que acompañaba á las mejores instituciones, no debe causar estrañeza si sobrevinieron tantos desastres en las cruzadas. Arrancados de los negocios los reyes y los príncipes, dejaron llenos de padecimientos sus Estados para adquirir otros nuevos á gran distancia: nuevas cargas pesaron sobre los pueblos, y se fomentaron las intrigas de la política, tomando por pretesto la religion. El contacto con los orientales propagó entre los europeos la lepra, el fuego sagrado, y quizá tambien las viruelas. En la época de la toma de Constantinopla perecieron muchas obras maestras del arte (10). Muchos nuevos errores se establecieron ó se propagaron en la época de las cruzadas, como la aficion á la astrologia y á la alquimia, la creencia en la magia, fomentada por tantos cuentos orientales cómo se divulgaron entre el pueblo y en las cortes.

Religion.—Se abusó de la credulidad para in-

(8) RAINALDUS, 1203, núm. 45; 1202, núm. 10.—INOCENCIO III, *Epist.* VI, 51, 77 y 79.

(9) GHIRAEDACCI, *Historia de Bolonia*, lib. IV.

(10) Como la Palas de Scillis y de Dipneo, anteriores á Ciro; el Júpiter olímpico de Fidias; la Vénus Gnidia de Praxiteles, la Ocasion y una Juno de Lisippo.

ventar reliquias, en atencion á que eran un testimonio de correrias aventureras, y en breve vinieron á ser objeto de un comercio profano. Se tenia á vanidad poseerlas, contando entre ellas algunas de las mas preciosas, de que se pudiera hacer alarde á la vuelta de la espedicion. Pronto hubo una infinidad de clavos, una porcion de pedazos de la santa cruz, de vestidos de la bienaventurada Virgen y restos de los patriarcas. Cuando Saladino enviaba la verdadera cruz en regalo al emperador griego, un pisano halló medio de arrebatarla, y cruzando los mares á pié enjuto, se la llevó á su patria (11). Lo propio se contaba de un genovés que habia hallado la misma cruz de santa Elena á bordo de un buque de los venecianos, y la habia robado para enriquecer con ella á su ciudad. Algunos monjes trajeron de Jerusalen al monte Casino un pedazo de la tohalla con que Jesucristo secó los pies á los Apóstoles; pero viendo que se creia poco en aquella reliquia, la metieron dentro de un incensario, y al instante se volvió de color de fuego; cuando la sacaron de allí se encontró intacta y engastada en oro, plata y piedras preciosas. En Sens se veneraba parte de la varita de Moisés; en el Anjú una sandalia de Jesucristo; en San Juan de Angeli la cabeza del Precursor. En la caja que depositó san Luis en la santa capilla, estaban la vara de Moisés, el gorro de san Juan Bautista, cabellos y el velo de la Vírgen, sangre de Cristo, sus pañales, el mantel de la cena, el paño del lavatorio de piés, el sudario con la santa cara, las esposas, el vestido de púrpura, la corona de espinas, el hierro de la lanza, la caña, la esponja, un pedazo de verdadera cruz, la del Buen Ladron, y la cruz del triunfo que los emperadores de Constantinopla llevaban á la guerra. La reliquia que estuvo en gran veneracion en aquel tiempo, fué la lágrima que virtió Cristo en la tumba de Lázaro. En Aquisgram conservaban la camisa que llevaba la Vírgen Maria cuando parió, la ropa de Jesucristo y el paño con que fué cubierto en la cruz, durando quince dias la exposicion anual de las reliquias. Nada decimos de Roma, donde los cuentos de los sacristanes nos trasladan todavia mentalmente á la época de las cruzadas, y á los prodigios coleccionados en los libros de los *Siete Viajes*. Con efecto, cada reliquia debia tener una leyenda, y si no la tenia se componia; y nunca acabaríamos si quisiésemos referir las revelaciones por las que se descubrieron pedazos del arca de Noé, pelos de la barba de Aaron, leche de Maria, y los milagros con que se justificaban.

Desórdenes.—La impunidad concedida á los cruzados facilitó los desafueros; y esta mezcla de gentes de todos los paises fomentó la licencia. Aflojáronse de una manera notable los vínculos de la familia en una época en que san Bernardo podia vanagloriarse de haber llenado la Europa de viudas cuyos maridos aun estaban vivos; aumentóse la corrupcion, y con ella las infecciones venéreas. Hallaron los monjes en estas peregrinaciones un pretesto para sustraerse á la disciplina: las monjas abandonaban sus piadosos retiros para arrostrar los peligros de un mundo que no debian ya conocer.

Acudia á estas espediciones un inmenso tropel de pobres; y era tal su número en el asedio de Antioquia, que se les regimentó bajo las órdenes de un rey de los pobres. Y los *caballeros sin hacienda*, *los pobres de Cristo* tenian al parecer pretensiones tanto más altas cuanto mayor era la miseria. Semejante turba no podia pensar más que en el botin; así tal ciudad no fué atacada con preferencia á tal otra, sino porque encerraba más riquezas y más hermosas mujeres. Al lado de estos miserables desplegaban los ricos el más ostentoso lujo, y se divertian en la caza, en las carreras, en los juegos de azar. Hasta tal punto llegaron las cosas, que el papa y los concilios procuraron ponerles freno por medio de reiteradas leyes suntuarias.

Por otra parte al mezclarse tan diferentes pueblos se comunicaban sus malas cualidades, la perfidia de los griegos, la orgullosa groseria de los franceses, la codicia de los italianos, la fastuosa molicie de los asiáticos, la violencia desleal de los africanos. Las costumbres de Oriente escitaron á una deplorable imitacion á los príncipes europeos, quienes poco contentos con formar serrallos de mujeres, quisieron tener asesinos á su disposicion como el Viejo de la Montaña; lo cual provocó más de una vez la indignacion de los concilios (12).

Idea moral.—Sin embargo, ningun ejército se preocupó jamás tanto de la idea moral como el de los cruzados: nunca se repararon con tantas fundaciones piadosas las tristes consecuencias de la guerra. Todos saboreaban la virtud, manifestaban santidad y empleaban toda clase de esfuerzos por hacerse mejores. Un remordimiento semejante á la virtud agitaba las almas, y las gentes enriquecidas por la violencia ó por las estorsiones, se apresuraban á restituir lo mal adquirido. Ora en las donaciones, ora en los testamentos, nadie se olvidaba de los hospicios, de los peregrinos, de los enfermos, de los niños espósitos. El señor de Joinville reunió á todos sus vasallos y á sus vecinos, á quienes ofreció la reparacion de todos los desmanes que pudiera haberles causado. El conde de la

(11) Crónica de SANTIAGO DE VARAGINE en los *Rer. It. Script.* XI.

(12) Se conocen con el nombre de arrogenos, navarros, báscolos, cotereaux, traiverdinos: á menudo fueron confundidos con las bandas armadas, especialmente con los brabanzones que empezaron á vender su valor entonces. Maldíjoles el concilio de Letran, en 1179; y cuando se les descubriera, debian ser denunciados al pueblo en los dias de fiesta, y perseguidos obstinadamente. Se concedieron dos años de indulgencia á todos los que tomaran parte en esta persecucion, con los mismos méritos que para los peregrinos de Tierra Santa.

Marca, famoso potentado de Francia, ordenó en su testamento que se restituyeran todos los bienes que habia usurpado.

Si la ambicion guió á menudo á los jefes, las turbas eran conocidas por un sentimiento religioso bien ó mal interpretado, pero que no calculaba y se entregaba plenamente al entusiasmo. Entre los caballeros se ve reinar una humildad y una abnegacion admirables enmedio del orgullo de la época, y entre guerreros avarientos de hazañas y de gloria. A la virtud divina, á prodigios de santos, más bien que á su propio valor, atribuyen el mérito de los triunfos alcanzados: su brazo se debilita mientras confian en sus propias fuerzas, al par que se robustece con vigor invencible cuando sólo Dios les dirige. El gran maestre de los hospitalarios se titulaba guardian de los pobres de Cristo, y sus caballeros llamaban á los enfermos *señores nuestros*. El gran maestre de la órden de san Lázaro debia haber sido leproso. Godofredo no quiso ceñirse la corona real donde Cristo la habia llevado de espinas, y cuando los enviados de Samaria se asombraron de verle sentado en el suelo, respondió que bien podia echarse sobre el polvo que le habia de cubrir después de su muerte. Tancredo hizo prometer á su escudero que no revelara á nadie una bella accion de que él solo habia sido testigo. Al proclamar Celestino IV la cruzada, señala la humildad como la única senda del triunfo. Después de la toma de Constantinopla piden los cruzados al pontífice perdon de su victoria: un historiador cuenta las hazañas bajo el título de *Gesta Dei per Francos*. A mayor abundamiento poseemos dos cartas del soberbio Ricardo Corazon de Leon, al arzobispo de Ruan y al abad de Claraval, en que les da cuenta de sus victorias sobre Saladino, sin hacer la menor alusion á su propia valentia, y sin hablarles siquiera de su persona más que para decir que fué herido de una flecha. Porque Federico II llevó gente orgullosa, se escandalizó la cristiandad y hasta los nuestros los rechazaban. ¿No es suficiente este carácter para separar de los Aquiles y de los Ayax á los héroes de la moderna epopeya?

En medio de las gravísimas desdichas de aquellos dos siglos, la vida se extendia en toda su plenitud hasta los miembros extremos; una era la creencia, uno el deseo de sacrificarse por ella; y el pensamiento supremo de aquel tiempo invadia completamente la vida pública y la privada. Mientras que la diversidad de raza y de gerarquia establecia aun en Europa una inmensa distancia de hombre á hombre, se vé á los soldados de la cruz inspirados por un sentimiento de fraternidad, y los predicadores de la guerra santa adoptaban por tema favorito el orígen y el fin comun á todos. Al partir prometian los príncipes cuidar solicitamente á los que llevaban bajo su mando. El obispo Ademar repetia: «Todos somos hermanos, hijos de Dios; un afecto recíproco nos une en vínculo espiritual.» Ricardo se arroja en medio del peligro exclamando: «Seria indigno del título de rey si no supiera menospreciar la muerte para defender á los que me han seguido á los riesgos de la guerra.» Luis IX rehusa embarcarse en el Nilo, si los suyos deben emprender su retirada por tierra, y al morir decia: «¿Quién volverá á llevar mi buen pueblo á Francia?» Dirigiéndose á Joinville se espresaba el señor Boulaincourt de este modo: «Primo, cuando paseis al otro lado del mar, no penseis en la vuelta: ningun caballero, sea rico ó pobre, podria regresar sin infamia, dejando en manos de los sarracenos al menudo pueblo, en cuya compañia parte.» Fulques de Chartres escribe: «¿Cuándo se vió jamás reunidas en un solo ejército á tantas naciones de diferentes lenguas; francos, flamencos, galos, alemanes, bretones, alóbroges, loreneses, bávaros, normandos, escoceses, ingleses, aquitanios, italianos, apulianos, íberos, dacios, griegos, armenios? Cuando me dirigia la palabra un breton ó un germano no sabia responderle; pero aunque separados por la diferencia de lenguaje, parecia que no formábamos más que un solo pueblo por nuestro amor á Dios y nuestra caridad respecto de los pobres. Si uno de nosotros perdia algo, el que se lo encontraba lo conservaba cuidadosamente hasta que descubria quién era su dueño á fuerza de indagaciones; y entonces lo restituia de buen grado como cumplia á peregrinos que habian emprendido juntos un viaje piadoso.»

No queremos decir que todas las acciones estuvieran en relacion con semejantes ideas; pero á lo menos estas máximas eran proclamadas, y se puede decir que aceleraban los pasos que se daban hácia la igualdad. En el momento en que los primeros cruzados volvian á ganar su patria, los que habian quedado en Levante escribian á sus hermanos de Occidente: «En nombre de Jesús acreditad vuestra gratitud á nuestros hermanos cuando regresen á su pais; hacedles bien, satisfaced vuestra deuda respecto de ellos.» ¿Hay cosa más respetable que estos ruegos cambiados entre pueblos distantes?

Las mujeres, que fueron en gran número á Levante con sus maridos ó sin ellos, llevaron sin duda un foco de corrupcion; llegando hasta el punto de entregarse á actos de liviandad delante de la tienda de san Luis; pero el poder de un sexo en quien la piedad es natural pudo al menos salvar algunas veces el pudor de las cautivas. Además las mujeres tuvieron tambien su parte de heroismo y de desgracias. Florina, hija del duque de Borgoña, moria peleando al lado de Suenon, «hijo único del rey de Dinamarca.» Margarita de Hainaut iba buscando entre los cadáveres el de su marido, muerto por los turcos: otra Margarita defendió á Jerusalen contra Saladino, y volvió sola á Europa, no trayendo más que su casco, su honda y su salterio. Adela, condesa de Blois, haciendo cargos á su marido por haber desertado de la guerra santa, le precisó á volver á ella. Otra mujer que en el sitio de Tolemaida trabajaba en

cegar un foso, sintiéndose herida mortalmente, rogó á su marido que la arrojase en él, para que al menos su cadaver fuese útil. Los escándalos de Leonor de Guiena forman contraste con la generosa resignacion de Margarita de Francia: cuando hallándose cautivo san Luis, respondia que no podia estipular nada sin su madre, la groseria musulmana quedó admirada. En fin, cuando los hombres perdieron la fe en estas aventureras espediciones, las mujeres de Génova concibieron la idea de ir á pelear en su lugar.

Nobleza.—El poder estacionario é inhumano de los propietarios tenia por contrapeso la milicia movible y generosa de la caballeria, animada de nobles sentimientos, no respirando más que la gloria y la justicia, y llamada por su profesion á contribuir á todo lo que era generoso y desinteresado. Se revistió de más puras formas cuando se encontró unida á las órdenes eclesiásticas militares, cuyos miembros reunidos con el mismo objeto, emancipados del lazo feudal como de las distinciones de nacion, fueron los inmediatos guerreros de Cristo, y ofrecieron en sus filas á los hidalgos un asilo activo en tiempo de paz y una escuela de heroismo en tiempo de guerra.

La nobleza, de feroz que se habia mostrado hasta entonces, como fundada únicamente en el derecho brutal de la conquista, adoptó el espíritu caballeresco que después constituyó su carácter, y asoció al valor la galanteria, el ardor religioso, el amor y el entusiasmo. Es verdad que perdió sus riquezas, pero en cambio se aumentó su brillo, cuando desde los estrechos límites de sus castillos se encontró en un teatro donde estaban fijas todas las miradas de la Europa y del Asia. Vió escritos sus hechos en las eternas páginas de la historia; algunos de sus miembros conquistaron provincias en Levante, y se sentaron en los tronos de David, Constantino, Leonidas y Agamemnon. Los escudos de armas y los apellidos dieron una base estable á las genealogias, que anteriormente á esta época, no son más que sueños sin realidad, permitiendo determinar mejor las descendencias ilustres.

En virtud del derecho de aubana, los señores hacian siervos á los estranjeros que se fijaban en sus dominios, y se apoderaban de los bienes de los que morian en ellos ó naufragaban en sus costas. En adelante, fué protegido el peregrino por las leyes de la Iglesia y su persona considerada como sagrada. Así fué que las maldiciones persiguieron al duque de Austria, que en venganza detuvo á Ricardo prisionero, y á Cárlos de Anjú, que saqueó á los franceses náufragos.

Al llamamiento de Dios, el siervo abandonó el terruño, sin que el señor pudiese oponerle la ley que le encadenaba á él; y este libre ejercicio de su voluntad fué como una emancipacion. El que habia tomado la cruz se convertia en hombre de Dios y de la Iglesia, gozaba de ciertos privilegios, y de esta manera se borraba de su frente el sello de la servidumbre personal. El gran número de los que comunmente iban á ofrecerse á una iglesia *(oblatos)*, encontraron medios de ejercer en otra parte su devocion sin objeto, y los que ya estaban comprometidos, un medio de libertarse.

Plebeyos importantes.—En medio de tantas aventuras, tuvo el pobre su historia y pudo contarla, unida comunmente á la de su señor, á quien tal vez habia salvado bajo los muros de Tolemaida ó de Ascalon, ó trasladado enfermo y á sus espaldas á través de los desfiladeros de la Cilicia, ó salvado de una muerte cierta por el pedazo de pan dividido con él, ó por el agua recogida en su casco de un manantial descubierto por casualidad. Esto es lo que referia el viejo cruzado, y el hijo tenia orgullo en poseer un padre que habia hecho otra cosa que regar con sus sudores el obligado surco; y semejantes recuerdos hicieron pensar que los villanos eran tambien hombres que podian ir y venir, casarse á su gusto, disponer del fruto de sus trabajos.

Industria.—Teniendo los señores no sólo que hacer figura en sus castillós, sino tambien que conservar su categoría entre los príncipes, entre la flor y nata de las damas y caballeros, trataron de rivalizar en lujo, y la industria se aprovechó de ello. Al reemplazar las telas de seda á las pieles, se inventaron manufacturas nuevas, el fausto en los trajes se aumentó considerablemente, sobre todo en Italia, eterna pesadilla para los admiradores de los tiempos antiguos. Los tejidos de Damasco, los de pelo de camello, escitaron la emulacion de los occidentales; primero Palermo, después Luca, Módena, Milan, multiplicaron los telares; los vidrios de Tiro fueron imitados en Venecia, que pronto fabricó los espejos de cristal destinados á reemplazar á los de metal; los molinos de viento de que se servian en el Asia Menor por no haber agua, se estendieron por toda Europa, si no fueron traidos entonces. Tambien se adelantó en el arte de bruñir el acero, y en las obras de ataujiá y cincelados tan florecientes entre los árabes; se mejoraron los cuños de las monedas y los grabados de los sellos; se aprendia á aplicar el esmalte, y el arte del platero hizo nuevos progresos, dedicándose á engastar tantas perlas y adornar tantas reliquias traidas de Oriente.

La industria, que no era el monopolio de los grandes capitalistas, daba importancia al hombre del pueblo y sacaba de manos de los ricos tantos tesoros guardados para esparcirlos entre los pobres, que no sólo conseguian las comodidades de la vida, sino tambien franquicias e independencia. Los que administraban los bienes de sus señores ausentes, tomaron y dejaron tomar á sus subordinados costumbres menos serviles; el clero no tuvo competencias en la administracion de la justicia y en la tutela de los huérfanos; las campiñas gozaron tambien de la paz, y la clase media fué haciéndose lugar con la humillacion de los nobles. Porque si en realidad estas lejanas espediciones

fueron solicitadas por el clero y ejecutadas por la nobleza, el pueblo fué el que se aprovechó de ellas.

No llegaremos hasta decir que las cruzadas produjeron la formacion de los concejos, pero al menos ayudaron á ello. El águila del castillo se habia acercado á la liebre del valle, no para destrozarla, sino para reclamar su ausilio. Los grandes consideraron á los que les siguieron como sus pobres (*pauperes nostri*), y estos, libres de la servidumbre legal, olvidaron las costumbres de la esclavitud hereditaria, al mismo tiempo que el feudalismo separaba sus raices del suelo en que parecia plantado.

Al mismo tiempo con la interrupcion de las guerras intestinas la voz de la justicia se dejaba oir, y el órden aparecia de nuevo. Los gobiernos podian desarrollarse con menos obstáculos en ausencia de los barones, que hubieran podido interponer sus derechos y restricciones. Los concejos, las repúblicas, establecian ó aseguraban su independencia, sometiendo á leyes iguales hasta la tierra del baron que guerreaba contra los sarracenos, aboliendo los privilegios dañosos á la seguridad pública, y elevando el poder público sobre el privado. El pueblo bajo y los campesinos se acostumbraron, durante las largas ausencias de los feudatarios, á dirigir sus miradas hacia una autoridad superior como lo era la autoridad real para obtener de ella justicia y proteccion. A esto contribuyó notablemente la reversion de gran número de feudos á la corona, ya vendidos por los barones para procurarse dinero para ir á las cruzadas, ya que quedasen vacantes por su muerte (13).

¿Quién no sabe cuánto ensanche da á las ideas y cómo destruye las preocupaciones de campanario, la vista de paises y de usos nuevos, haciendo saltar á la vista el ridículo de ciertos hábitos y tomar aficion á tales ó cuales costumbres? En la sociedad feudal, tan fraccionada la patria de cada uno, tenia por límite la cerca que servia de recinto á su campo. Era un gasto ó un peligro pasar por el puente de un torrente contiguo, ó á la vista de la torre del señor vecino. Pero ved que de repente caen las barreras, y naciones enteras se precipitan á caminos cerrados hasta entonces. En estos momentos es cuando los septentrionales ven en Italia los restos majestuosos de la civilizacion antigua y los principios de la nueva. Oyen leer las Pandectas en Bolonia; encuentran en Salerno y en el monte Casino escuelas de medicina, en Tesalónica escuelas de bellas artes, en Constantinopla bibliotecas y museos. Santiago de Vitry espresa la admiracion que le causa encontrar á los italianos, «secretos en los consejos, diligentes, solícitos en buscar las ventajas públicas, ocupándose en prever el porvenir, repugnando el yugo ajeno, tenaces defensores de su libertad.» En Sicilia y Venecia, donde los cruzados iban á embarcarse, tenian á la vista formas de gobierno más regularizadas; y la sorpresa que esperimentaron al ver á todos los ciudadanos de Venecia convocados para dar su asentimiento á la deliberacion del dux, debió inspirarles la idea de una libertad diferente de la germánica. Cuando después se establecieron en un nuevo territorio, pensaron en darle una legislacion conveniente que fué, no impuesta por la fuerza, como acontece comunmente, sino discutida por la razon de las naciones que se conocen iguales, y quieren lo que les es más ventajoso. Los *Asises* redactados entonces, fueron un modelo para los príncipes y los concejos; aprovechólos san Luis para sus *Establecimientos*, y tal vez de ellos han sacado los ingleses la idea de su célebre jurado. Los métodos introducidos entonces por la Iglesia para la percepcion del diezmo, sirvieron de ejemplo á los reyes para el cobro regular de los impuestos, que si se convirtieron en perpétuos, cesaron al menos de ser arbitrarios y multiplicados.

El desenfrenado egoismo que habia hecho posible la ilimitada dominacion de los emperadores romanos, y que después causó su ruina, sobrevivió, representado por el sentimiento individual de los germanos, que no habian podido nunca por este motivo fundar poderes estables, claustros, capítulos, baronias, bandas armadas, universidades, etc.: todo vivia con una vida particular y aislada; no habia naciones, en atencion á que éstas consisten en la union de los intereses, de los sentimientos, de la inclinacion instintiva ó natural hácia un objeto comun. Pero de repente mézclanse todos los pueblos á su albedrio en las cruzadas, todos obedecen á un jefe, todos vuelven propagando ideas de unidad y libertad. En estas espediciones enteramente sociales, la individualidad de las personas y de las naciones desaparecia bajo el nombre de cristiandad, resultando de aquí un patriotismo europeo y cristiano.

Efecto en el clero.—Se ha imputado á las cruzadas haber elevado á su apojeo el poder de los pontífices, á quienes se ha representado, en consecuencia, como los promotores artificiosos de estas empresas, con intencion de tiranizar al mundo. Digamos la verdad: las espediciones hechas en nombre del papa, que concedia privilegios emancipando de toda jurisdiccion que no fuese la suya, podian bien proporcionarle un pretesto de invadir los derechos capitales de la soberania, como los de levantar tropas, percibir contribuciones, imponer por ley la voluntad de los legados; pero lo cierto es que el grito de *¡Dios lo quiere!* no habia resonado aun, cuando Gregorio VII proclamó más alto que nunca lo hizo la Santa Sede, las pretensiones pontificias, que al fin de las cruzadas se encontraron debilitadas. Cuando una parte considerable del Asia fué conquistada, resultó poco acrecentamiento para el poder de los pontífices, comprometidos como estaban, por el contrario,

(13) Capefigue asegura que en la *Coleccion de cartas* de Brequigny se encuentran de 1189 á 1192, más de cien feudos enagenados por causa de las cruzadas.

en las disensiones de las nuevas colonias. A veces los mismos cruzados se negaron á escuchar su voz; así como los venecianos no hicieron ningun caso de las amenazas del legado, y prosiguieron hasta el fin su empresa, en medio de los anatemas del Vaticano. La poca prevision de los legados, que, con la pretension de dirigir las batallas, las perdian comunmente, comprometió la reputacion de prudencia y habilidad de que gozaba la corte de Roma: la violencia ó infidelidad en la percepcion de los diezmos produjo rumores, é hizo suponer intenciones menos nobles. Ahora bien, todo esto contribuyó á destruir aquella idea sublime que la Edad Media se habia formado de los papas. La preeminencia de la Santa Sede sobre los reinos de la tierra se ha perdido ya, la supremacia eclesiástica se encuentra amenazada, y se ha hecho posible la reaccion que pronto veremos comenzar.

El clero podia sin duda enriquecerse, recibiendo en prenda los bienes de los particulares ó comprando baratos los de los barones; pero cuando los seglares se declararon contra los clérigos, diciendo que no sabian más que predicar, y que no podian sin injusticia eludir la obligacion de contribuir aun por medios terrestres á una guerra santa, debieron tambien sujetarse á contribuciones onerosas. Gastaron tal vez más que lo que habian ganado, y los reyes aprendieron entonces que existia bajo el altar una mina que aun no habian esplotado.

¿Qué ventaja no debia resultar tambien para el Asia de las comunicaciones abiertas con nuestro mundo? Los musulmanes, muy aislados por su religion altiva y antisocial, no debieron sino muy pocas ideas á nuestro contacto. Los griegos orgullosos, ó más bien vanos, no manifestaron más que desden hácia los bárbaros de Occidente; pero de todos modos no pudieron cerrar los ojos en presencia de instituciones más liberales que su despotismo legal heredado de la civilizacion pagana, y más respestuosas hácia la dignidad del hombre: algunos autores latinos se tradujeron á su idioma; multiplicáronse las relaciones entre el Imperio y la Italia, si bien por último se pusieron en pugna, se irritaron los odios y se consumó el deplorable cisma de ambas Iglesias.

La civilizacion propagada.—En cuanto á los latinos, más dóciles, mas inclinados á la imitacion, seria imponderable decir cuánto se aprovecharon de estas relaciones. Conocieron la cultura intelectual de los árabes, en parte indígena, en parte tomada de los libros indios, griegos ó persas, traducidos á su lengua; y sacaron de ellos novelas, romances y filosofía. La medicina adoptó, ya que no los métodos, al menos los medicamentos orientales; drogas nuevas y nuevas composiciones entraron en la farmacopea; la triaca fué mucho tiempo un secreto guardado con cuidado en las oficinas venecianas; las hermosas razas de corceles árabes escitaron la envidia de nuestros caballeros, que quisieron poseerlos; san Luis introdujo una nueva casta de perros de caza; los elefantes aparecieron en nuestros ejércitos; y aun se ve en el dominio de Rosore, cerca de Pisa, la descendencia de los camellos que fueron llevados entonces para cultivarlos. Los primeros cruzados, viajando á lo largo del Líbano, apagaron la sed que les devoraba chupando la pulpa de la caña de azúcar; prestóles el mismo servicio en el curso de los diferentes sitios; la llevaron, pues, á Sicilia, donde prosperó; los sarracenos la plantaron aun con más éxito en Granada, de donde pasó con los españoles á Madera y América. San Luis adornaba sus jardines con ranúnculo; el trovador Tibaldo engalanaba los suyos con rosas de Damasco; trajéronse de Ascalon los cebollinos llamados por eso escalonas un duque de Anjú trasplantaba el ciruelo de Damasco, y Roger de Sicilia la morera destinada á ser la mayor riqueza de Italia. Se aprendió tambien en esta época el uso del azafran, del alumbre y el añil (14). Ya hemos hablado (pág. 93) de ciertas artes de que se adquirió entonces el conocimiento, y que pronto se esparcieron como inventos nuevos.

La Grecia estaba muy distante de sus dias de esplendor; poseia no obstante monumentos de arte y literatura antigua; si la nueva literatura era pobre de genio y originalidad, al menos ofrecia el órden y la pulidez de que estaba desprovista la de Europa. Pudieron los latinos tener á la vista modelos propios para refinar el gusto, al mismo tiempo que industrias nuevas y mil objetos adecuados para embellecer la vida. ¿Cómo creer que la vista de Santa Sofía, y otros edificios de la Italia y del Oriente no haya contribuido nada al gran vuelo que tomó entonces la arquitectura?

Así como está fuera de duda que las cruzadas retardaron el momento en que Constantinopla debia caer en poder de los turcos, pensamos que literariamente tuvieron tambien un feliz resultado, en atencion á que la Europa no estaba aun madu-

---

(14) En la *Historia de Incisa y de su célebre marquesado* (Asti, 1810) se encuentra copiada una carta de 1204, hecha en Incisa, donde se dice que Bonifacio III, marqués de Monferrato, hizo donativo al concejo de un pedazo de la verdadera cruz, y de la octava parte de una fanega de un grano de color de oro y blanco, desconocido, traido de Anatolia, y llamado *melica*. El documento debe ser falso, porque no se hace mencion del maiz ó trigo de Turquía antes del descubrimiento de la América. Pero en el archivo episcopal de Bérgamo hay un diploma firmado por Montenario de Papi *die* IV *exeunte octubri* de 1249, por el cual el obispo Alberto de Terzo da á título de enfiteusis perpétua á los síndicos del concejo de Sorisole, todos los diezmos pertenecientes al obispado en el término de Sorisole y en los colindantes, y tambien el derecho de percibir de todos los vecinos de Sorisole y de Poscante un sextario de vino, una *corbam de loa panici quæ extimatur duo sextaria*, etc., etc. Aun hoy se llama *ova* á la piña del maiz, y á éste se le conoce tambien por *panizo* en muchos lugares. Este documento, en quien nadie ha reparado, que sepamos nosotros, merece alguna atencion.

ra para recibir los clásicos que se habian conservado en ella, como lo estaba en el siglo XV. En efecto, ninguno de nuestros cronistas hace mencion de dos bibliotecas muy ricas que perecieron entonces, tan poco importante era esto para nosotros; y muchas obras maestras de arte fueron destruidas brutalmente, escepto las que los italianos, y sobre todo los venecianos, reservaron para embellecer sus ciudades que progresaban. Véase Pisa, véase Génova y los edificios normandos en Italia, y los encontrareis ricos en columnas, molduras y estátuas traidas de Levante; lo que revela el renacimiento del sentimiento de lo bello, y esplica la repentina madurez, á la cual llegaron las bellas artes en esta parte de Europa. La misma literatura salió del santuario, por el movimiento que imprimieron á toda la sociedad empresas universales. La historia elevó algun tanto su estilo, pasando de los acontecimientos municipales á los prodigios de un valor admirable; la poesia encontró en la realidad aquello á que no hubiera podido nunca llegar la imaginacion.

Comercio.—Los efectos de las cruzadas son sobre todo de notar en lo que concierne á la estension y direccion del comercio. Las ciudades marítimas de Italia, después de haber ganado mucho en el pasaje de los cristianos, estipularon privilegios muy ventajosos en los paises sometidos, y poblaron de mercados la Siria, como tambien las costas del mar Jónico y del mar Negro. Las embarcaciones de ciudades más remotas aun, llevando hombres de armas y devotos á Palestina, volvian cargadas de telas, especias y de toda clase de mercancias: de aquí procedió la prosperidad comercial del mediodia de la Francia, de los frisones, flamencos, Brema, Lubeck, donde las artes y la industria se desarrollaron. Las ciudades adquirieron opulencia y fuerza, y la clase media pudo reclamar sus derechos.

El azúcar vino á ser la base de muchos preparados, y se empleó en conservar el sabor de las frutas y el perfume de las flores. El gusto á las especias se hizo general, y se llenaban de ellas los manjares, los vinos, las casas; á cada instante los poetas sacan sus comparaciones del olor de las drogas, y rodean los palacios de árboles encantados exhalando perfumes de cinamomo, de clavo y nuez moscada. No pasará mucho tiempo sin que un navegante afortunado, yendo en busca de la tierra que los produce, encuentre un nuevo mundo.

Pero era preciso para esto que la navegacion se mejorase, y las cruzadas le proporcionaron la ocasion. Los septentrionales empleaban barcos macizos y pesados, los navegantes del Mediterráneo, embarcaciones frágiles y ligeras; y se aprovecharon recíprocamente de los métodos de que hacian uso. Construyéronlas muy grandes para contener más gente, y reiterados desastres decidieron á abandonar este sistema; de todas maneras comprendieron que un solo mástil no bastaba á tan grandes barcos, y comenzaron á poner varios en un mismo buque. Se abandonó tambien entonces el lento y ruinoso trasporte por tierra de las mercancias de Ambéres á Génova, y se prefirió la via del mar. Después una vez de vuelta los reyes de la Tierra Santa, quisieron tener una marina, como hizo el rey Felipe Augusto, y al mismo tiempo que se adoptaba el nombre de almirante tomado de los árabes, se hizo tambien perpétuo su cargo, que anteriormente no era conferido sino por el tiempo de la guerra.

¡Cuán en la infancia se encontraba tambien el arte de la guerra, que hace menos mortíferos y más decisivos los resultados de este gran desarrollo de fuerzas, antes de las cruzadas! El sistema feudal impedia que hubiese un solo jefe. Si el pasaje se hubiese hecho por mar, la muchedumbre inútil que embarazaba estas espediciones y perecia en ellas, hubiera sido escluida; pero era impulsada por el entusiasmo: los caballeros tenian mucha confianza en sus caballos, y la esperiencia de crueles reveses demostró que la caballeria no valia nada contra tales enemigos.

Cuando la guerra dejó de ser el ímpetu fogoso de una turba fanatizada, se hicieron grandes preparativos para dirigirla segun cierto plan: hubo almacenes, medios de trasporte, tren de equipajes, cosas todas no usadas anteriormente en las cortas campañas feudales que se hacian á poca distancia, y aun en las espediciones de los emperadores á Italia, en atencion á que las ciudades ó los señores estaban obligados á proporcionar víveres. Es una burla decir que los címbalos y los tambores es todo lo que ganamos en estas espediciones, siendo así que aprendimos á metodizar para en adelante las guerras, introduciendo reformas que las hacen menos desastrosas y más eficaces; á establecer el aseo y buen órden en los campamentos; á ver numerosas tropas mantenidas por sus caudillos durante mucho tiempo, primer ensayo de los ejércitos permanentes; á disciplinar las turbas que se alistaban en aquellas expediciones, en las que no bastaban los caballeros cubiertos de hierro, lo que reconstituyó la infanteria y dió un nuevo golpe al feudalismo. Tambien se aprendió á hacer uso de máquinas desconocidas tanto para la defensa (los puentes levadizos, por ejemplo), como para el ataque de las plazas, y para el abrigo de las personas. Ultimamente las máquinas incendiarias empleadas por los musulmanes aceleraron la aplicacion del descubrimiento de la pólvora.

Estos hechos no pueden escaparse á la historia desde el momento en que abandone el desden y los rencores. No se diga que este beneficio se operó sin saberlo los promovedores de aquellas espediciones, y que su voluntad fué extraña á ellos. ¿Pues qué, el grande hombre, el instrumento más insigne en las manos de la Providencia, conoce acaso todas sus vias? ¿Sabia Napoleon que haria un servicio á la libertad comprimiéndola, y pensaron los reyes que cumplirian la obra de la revolucion ahogándola? Sin duda los juicios de una filosofia bur-

lona sobre las cruzadas, se han encontrado bastante modificados en nuestro siglo; pero si no nos engañamos, han sido contadas y cantadas siempre en detalle, y no en el majestuoso conjunto que se admira al leer las sencillas crónicas francesas, las pomposas declamaciones de los musulmanes, la sátira plañidera de los griegos, las entusiastas relaciones de los devotos, y las burlonas diatribas de los escépticos.

Errores cometidos.—No se pueden considerar, sin embargo, bajo un mismo aspecto tantas espediciones tan diferentes en el tiempo é intencion. El entusiasmo sin prevision de la primera cruzada, personificado en Pedro el Ermitaño, que no aguarda socorro sino de su fe y de una voluntad invencible, se mezcló en la segunda á la piedad religiosa de los que la provocaron. La tercera, más guerrera y política, dirige sus miras á conquistas más bien que á la libertad del Santo Sepulcro; y sus jefes no saben sacrificar á este piadoso objeto su orgullo, su ambicion y su envidia. En su orígen, las cartas pastorales, las predicaciones, la misma fuerza, no bastan á detener á la multitud que se precipita en Asia; después Enrique VI se vió obligado á prometer 30 onzas de oro al que quisiera pasar á Soria; Pedro el Ermitaño y Fulques de Neuilly declaran indigno á todo el que no tome la cruz y arme su diestra con el acero contra los infieles, y al mismo tiempo los genoveses y pisanos ayudan á éstos con armas, hombres y naves. Poco á poco la lucha religiosa y caballeresca degenera en cálculo, cuando se nota la necesidad de ocupar el imperio griego y de poseer el Egipto; y finalmente, no es sino un viaje de curiosidad, un campo abierto á las aventuras y á la sed de riquezas.

A los inconvenientes inseparables de un ejército feudal conviene añadir que, habiendo el concilio IV de Letran prohibido á los cruzados el uso de la ballesta como demasiado mortífera, los infantes se encontraron casi inermes; y persuadidos po rotra parte de que á más de combatir tendrian necesidad de desembarazar el camino, casi no llevaron consigo más que útiles de zapa; y nada diremos de la muchedumbre que sólo servia de embarazo y despojo, ni de las mujeres, que aumentaron la corrupcion. Tanto más que, creyendo que se les perdonaban los pecados con tomar la cruz, acudia allí toda la chusma de pecadores, y que las violaciones de la disciplina no eran castigadas más que con penitencias canónicas. Convencidos además de la proteccion del cielo, descuidaban los medios humanos, y así cuando se veian burlados en su loca presuncion, caian en un abatimiento que llegaba hasta la apostasia.

En espediciones emprendidas en nombre de la religion, se consideraba natural que los legados y sacerdotes tuviesen gran parte en los consejos y en la direccion, prevaleciendo su parecer sobre la esperiencia de los caballeros, y de este modo sugerian á menudo lo peor. Imposibilitaba su intolerancia todo acuerdo ó alianza con los musulmanes, que sin embargo, hubiera convenido halagar para consolidar la nueva colonia: así como tambien deberia haberse respetado en los griegos aquella pueril vanidad de creerse superiores á los bárbaros occidentales, sólo porque eran custodios de una civilizacion vuelta á la infancia.

Además, el sistema feudal habia sido causa de que las varias conquistas hechas en Palestina tuvieran objeto y direccion diferente, en lugar de fundirse juntas; de suerte que divididos en intereses, peleaban entre sí á veces aquellos que tanta necesidad tenian de ayudarse contra el enemigo comun. No era tampoco el objeto único de aquellas espediciones rescatar la Tierra Santa, sino en general defender la religion; de modo que algunos bajo el mando de Enrique de Sajonia se armaron contra los idólatras del Báltico, y los obligaron con la espada á recibir el bautismo, del que renegaron apenas hubieron partido los cruzados; otros con Alfonso de Borgoña, llegados á las orillas del Tajo, socorrieron á los cristianos contra los moros y se apoderaron de Lisboa; division de esfuerzos que disminuia su eficacia. Los mismos papas dirigieron tales espediciones, ora contra los bárbaros del Norte, ora contra los herejes, ora contra sus propios enemigos.

Estas razones, la confianza imprudente en los milagros, el haber obrado muchas veces más bien por arrebato que por raciocinio, los partidos internos de las repúblicas italianas que eran los mejores instrumentos, la falta de unidad y concierto entre las potencias espedicionarias, la poca habilidad en el arte de la guerra y la absoluta ignorancia de lo que habia que hacer, el estar el pueblo más caballeresco de Europa ocupado en una cruzada doméstica, al mismo tiempo que los demás tuvieron que atender á su organizacion interior, hicieron fracasar cada una de aquellas espediciones. Añádase á esto el clima, añádase tambien la fe dudosa y la secreta enemistad de los emperadores griegos, que hizo abortar las espediciones mejor combinadas, como las de Conrado III y Federico Barbaroja; téngase en cuenta que no tenian que habérselas con los ineptos musulmanes vestidos en nuestros dias con un ridículo uniforme y que reciben á palos el título de soldado; sino con los árabes, entre quienes el recuerdo de inmensas conquistas estaba aun reciente, y con los turcos, que nuevamente llegados y audaces, pedian botin y una patria á las más bellas comarcas del mundo (15).

Abstengámonos, pues, de juzgar á las cruzadas por un resultado parcial y manchar la edad heróica de todas las naciones europeas con un vilipendio que no apoyan el sentimiento ni la razon; guardémonos á lo menos de cometer esta injusticia,

---

(15) Los esfuerzos á que se ve obligada la Francia para conservar la Argelia, justifican á los cruzados de haber sucumbido.

nosotros que hemos deplorado tanto las desgracias de la patria de Fidias y de Sócrates, y que á falta de otra cosa, hemos secundado con himnos y con votos, armas propias de esta edad pacífica, los generosos esfuerzos de los tardios hijos de Timoleon y de Epaminondas (16).

---

(16) «Trasladar á Ultramar vasallos facciosos, y de esta manera devolver la tranquilidad al Estado; volver contra los bárbaros el furor de aquellos indomables leones que destrozaban la patria, y de esta manera dar descanso á los pueblos; ocupar sus armas contra un enemigo lejano, á fin de que no las volviesen contra los reyes, y de esta manera asegurar el trono, y sofocar con las guerras extranjeras las intestinas: *hé aquí su política*.

»Combatir á un pueblo feroz que tenia por artículo de fe esterminar á los cristianos; que habia llevado sus estragos á España, Portugal, Alemania y hasta Francia, que preparaba hierros á toda la cristiandad, si la religion no hubiese reunido á los príncipes cristianos contra estos rápidos conquistadores, y por las cruzadas libertado el Asia y tranquilizado á la Europa: *hé aquí su justicia*.

»Atrevámonos, pues, á hacer frente á la preocupacion, y á representarnos esas guerras santas tan venturosas como hubieran podido serlo. No seria el Asia presa de los bárbaros, la ley del Evangelio hubiera formado costumbres y hombres allí donde la ley de un impostor no ha producido más que hábitos vergonzosos para la humanidad. Europa, Asia, Africa, no constituirian, por decirlo así, más que nn solo pueblo y una sola religion: estaria el mar sin piratas, el comercio sin obstáculos, el nombre cristiano sin enemigos; millones de infelices, nuestros hermanos y compatriotas, no gemirian, para baldon de las naciones, bajo el yugo de los infieles, y al ver al mundo emancipado de la tirania otomana, en vez de decir: ¡qué locura la de las cruzadas! se diria: ¡qué lástima que las cruzadas no salieran victoriosas! *Hé aquí su apologia.* CAMBACERES, *Panegírico de san Luis* en el 1778.

Supóngase que el leon de San Marcos y el dragon de San Jorge se hubiesen establecido á perpetuidad en las orillas del Bósforo, del Jordan, del Tigris: una poblacion civilizada tendria aun allí la energia que en otro tiempo hacia de aquellas comarcas otros tantos envidiados centros de civilizacion; Seleucia, Antioquia, Bagdad, serian para el Asia lo que son en el dia Paris y Lóndres para la Europa: en los lugares en que un bajá por medio del látigo ó de la cimitarra fuerza hoy á pueblos miserables á doblegarse á la mirada ó al capricho del déspota, donde el beduino y el berberisco ejercen osadamente la pirateria y el robo, se verian florecer gobiernos constituidos para el órden y para la libertad; el saber y la humanidad se derramarian á torrentes desde el seno de la más hermosa ciudad que ilumina el sol, por Europa y Asia, las que en un sentimiento de comun afecto y con el mismo fin de progreso, se adelantarian para esparcír la luz en el Norte y propagar la verdad en el corazon de Africa y hasta las más lejanas comarcas del Oriente.

Si un ermitaño no hubiera lanzado el grito de *¡Dios lo quiere!* y si no lo hubieran acogido los papas, la civilizacion que comenzaba en Europa, todavia ruda, pero que debia ser fecunda en grandezas y en virtudes, hubiera quizá desaparecido bajo el barniz de la civilizacion árabe, cuyo mortal gusano la atacaba ya en el corazon. Entonces la religion del amor y de la libertad se hubiera visto obligada á ceder el territorio europeo á una religion de sangre y de servidumbre; y sobre las bellas comarcas de Italia y de Francia pesaria la brutal tiranía doméstica y política, la orgullosa inmovilidad, la ignorancia sistemática y la fatal indiferencia.

CAPÍTULO XIX

ESPAÑA, MAGREB Y PORTUGAL.

Por el contrario, la cruzada perpétua de España se aproximaba al triunfo. Una vez estinguida la fuerte y vivaz dinastia de los Ommiadas (1), se descompuso la monarquia árabe (1031). Dominaban los ategibas, poderosa tribu árabe, en las provincias septentrionales; bajo el mando del rey de Badajoz formaban una confederacion los Algarbes y la Lusitania. Toledo, rechazando siempre la dominacion de los califas, se dió entonces una organizacion propia bajo el vasallaje de Ismail-ben-Dilnun, quien ensoberbecido con su valor y con la antigüedad de su raza, aspiraba á la preeminencia sobre los reyes de Córdoba y de Sevilla: Zaragoza, Huesca, Valencia, Toledo, Sevilla, Granada, Algeciras, Almeria, Denia, Carmona, Múrcia, Mallorca, obedecian á príncipes particulares, además de los pequeños Estados de Gibraltar, Huelva, Lérida, Tudela, Tortosa.

Estas subdivisiones se asemejaban todavia menos al feudalismo europeo que al estado de guerra continua en que se agitaban los hijos de Ismael antes de salir de la Arabia, sosteniéndose unos á otros, y uniéndose á los más débiles para reprimir á los que se hacian demasiado poderosos. Poco fruto podríamos sacar de la narracion de aquellos incesantes combates, como de las guerras sostenidas por los tres reinos cristianos de Navarra, Aragon y Castilla, contra el principado de Barcelona: atengámonos, pues, á los principales hechos y al interesante espectáculo de una nacion ocupada en recuperar laboriosamente su independencia.

Los visires de Córdoba eligieron por califa á Gewar, hijo de Mohamed, ministro del rey precedente, hombre de gran sentido y que se habia portado en la guerra civil noblemente. Gerwar no quiso ejercer el mando absoluto, é instituyó un consejo formado de los principales jefes de tribus, al cual remitia á su decision los asuntos más importantes; de modo que al que le pedia alguna gracia le contestaba que no podia nada por sí propio, en atencion á que no tenia más que un voto en el consejo. Suprimió todo lo que tenia de supérfluo en la corte en criados y en adornos; desterró á los espias y á los médicos no autorizados, así como á los obogados, á quienes sustituyó con otros pagados por el Estado: edificó almacenes, arregló la justicia, y sin duda hubiera representado un gran papel, si hubieran sido menos difíciles los tiempos. Pero á los valis les parecia que toda obligacion de obediencia habia cesado para ellos desde la caida de los Ommiadas; en treinta y dos años se habian sucedido nueve califas con grave detrimento del prestigio necesario á la autoridad suprema, y las provincias rehusaban su obediencia á la capital, tanto que podia muy bien decirse que el califato de Occidente sólo existia de nombre.

El poder de Gewar estaba además amenazado por Mohamed Ben-Abad, emir de Sevilla (1015-41), que reunió tambien bajo su dominacion á Córdoba matando al califa, y comenzó la célebre dinastia de los Abaditas. Al-Mamun-Yahia, emir de Toledo, se armó contra los dos reinos y se apoderó de las dos capitales; pero á su muerte (1085), no sólo se perdieron sus conquistas, sino que descontentos los habitantes de Toledo llamaron á Alfonso VI, rey de Leon y Castilla, que se apoderó del reino (2). Ben-Abad III, emir de Córdoba y de Sevilla, concibió recelos de resultas, y para conjurar los peligros de nuevas invasiones de Alfonso, convocó á los príncipes á asamblea. Entonces toma-

(1) Véase t. V, pág. 104.

(2) Véase t. V, pág. 105.

ron la imprudente resolucion de llamar en su ayuda á los moros Almoravides de Africa.

Almoravides.—Habiendo á mediados del siglo XI salido de la Arabia á consecuencia de las discordias intestinas, las dos tribus árabes imiaritas de Gudala y de Lamtunah, vivian en los desiertos africanos situados más allá del Atlas, sin otros bienes que su libertad y sus camellos. Yahia-ben-Ibrahim, de la tribu de Gudala, encontró, yendo en peregrinacion á la Meca, á Abn-Amram, alfaquí muy renombrado, quien sabiendo por su conducto cuán ignorante y grosera era aquella tribu, propuso enviar allí misioneros. En calidad de tal, se dirigió allí Abdalah, pero, malísimamente acogido cuando habló de practicar abstinencias y de renunciar á vicios arraigados, se retiró á una ermita, donde le siguieron siete discípulos: habiéndose elevado su número en poco tiempo á muchos miles, les envió á predicar á cada uno á su tribu y á emplear la persuasion, ó la fuerza donde la persuasion no fuera bastante. De consiguiente, en breve se reconoció á Abdalah por jefe (1042): entonces avasalló á la tribu de Lamtunah asi como á los bereberes vecinos, y en recompensa del valor, constantemente acreditado por los suyos, les dió el nombre de Morabitas ó Almoravides (3), palabra que significa consagrado al servicio de Dios. Consolidó su apostolado por las conquistas, quitando á los zegries todo el Magreb (1058), y dejó el poder á Abubekr-ben-Omar, quien construyó á Marruecos (1072), retirándose luego al desierto: abandonó aquel territorio á falta de podérselo apropiar nuevamente, á Yusuf-ben-Tasfin. Este jefe, tan capaz como ambicioso, afianzó la conquista del África apoderándose de Fez y de Ceuta, y para no ofender á los Fatimitas de Egipto, qué tomaban el título de al-mumenin, adoptó el de *emir al-Moslemin*, esto es, capitan de musulmanes.

Yusuf.—A Yusuf se dirigieron trece emires de España, para obtener de él socorros, en vez de buscarlos en la union (1086). Gozoso de la ocasion que se le presentaba, se apresuró á acoger su demanda, á condicion de que el mar le estaria asegurado por la cesion de la provincia de Algeciras. En el momento de su partida esclamó: «Alá, si mi espedicion ha de redundar en ventaja de los creyentes, manda á las olas que favorezcan mi viaje. Si no ha de serles provechosa, dame una señal de ello volviéndomelas contrarias.» Habiendo arribado felizmente á las costas de España, derrotó completamente en Zelaca, cerca de Badajoz (28 octubre), á los cristianos, matándoles veinte y cuatro mil hombres, y Alfonso se escapó, no sin dificultad suma, con escaso número de ginetes.

Parecia como si hubieran vuelto los tiempos de Tarif y de Muza y se hubiera perdido el fruto de cuatro siglos de resistencia; pero sin desalentarse Alfonso se ocupó en reparar el daño, mientras que las tropas de Yusuf, combatiendo por un pais que no era suyo, echaban de menos la ardiente África, á pesar de todo lo que tenia de atractivo la sonrisa de la Hesperia. Yusuf, que meditaba hacerse dueño soberano de los que le habian llamado como aliado, volvió con fuerzas más considerables (1088). Los emires de España, que habian columbrado sus ambiciosos proyectos, no le secundaron, lo cual le sirvió de pretesto para tratarlos como á enemigos: en su consecuencia asedió á Granada, se hizo dueño de ella é instaló allí su gobierno; habiéndose reembarcado luego, mandó que atacaran sus generales á Córdoba, á Ronda y Almeria, y todas fueron tomadas (1090).

Ben Abad III, que habia hecho venir á los Almoravides, se volvió de improviso al rey Alfonso, dándole una hija y prometiendo dividir con él las conquistas que esperaba hacer en aquel desconcierto. Pero asediado por los moros en Sevilla, fué obligado á rendirla, y aunque estipuló que se le conservaria la vida, se le trasladó entre cadenas á Africa con sus hijos y cien mujeres, hallándose en la necesidad de hilar para vivir (1092). Vinieron á ser asunto de elegias árabes este vaiven de fortuna y la despedida de aquellos infelices á las doradas torres de Sevilla.

Después de sesenta años de una existencia turbulenta habian acabado los reinos de Andalucia, y Yusuf, único soberano de España, hacia que le reconociera por tal el califa fatimita de Egipto (1103). Habiendo ido después á visitar las conquistas de sus generales, designó por sucesor á Alí, su hijo segundo, recomendándole como el medio más seguro de tener en sujecion á sus enemigos, confiar el gobierno á los Almoravides, y tener para su guardia diez y siete mil de ellos, al mismo tiempo que empleara á los árabes de España en la guerra sagrada.

Yusuf murió en Marruecos á la primera enfermedad de que fué atacado en cien años de existencia (1106), dejando treinta mil arrobas de plata, y cinco mil cuarenta de oro (7,500 y 1,260 quintales); así no faltaron á su memoria las alabanzas que prodiga la adulacion á los héroes afortunados. El gallardo y generoso Alí confió la guerra sagrada á su hermano mayor Temin, quien atacó á los cristianos y venció á Alfonso cerca de Uclés, matándole su hijo único Sancho, héroe de 12 años, con la flor y nata de la nobleza (29 mayo de 1108), Esta batalla costó cara á los árabes; y Alfonso con su pericia tanto como con su valor, les impidió sacar gran ventaja de ella; pero habiendo llegado de Africa nuevos refuerzos, invadieron los moros los Algarbes, Lisboa, y la mayor parte de Portugal, de que se hicieron dueños (1111); sabe Dios lo que hubiera sido de los cristianos, de no haber llamado á los Almorávides al Africa otros acontecimientos.

Hallábase dividido el Magreb en esta época entre los zeridas (ó zegries), que ocupaban la parte oriental llamada Africa, donde están actualmente

(3) *Elmorabethyn*, religiosos, ermitaños.

las regencias de Tunez y de Trípoli; los ammadidas eran señores del Maseb Ausath, que seria la regencia de Argel, menos la parte al oeste de Oran; y los Almoravides unian al Magreb-Acsai, es decir, desde Oran á Nun, todo el Sahara occidental hasta los paises negros, además de la España, si bien absorbió á todos el nuevo poder de los Almohades.

Abdalah.—Abu-Abdalah, hombre oscuro, que habia estudiado en las célebres escuelas de Córdoba y del Cairo, y perfeccionádose en Oriente, tuvo por maestro en Bagdad á Abu-Amed-al-Gazali, de la misma ciudad, autor de un libro condenado como heterodoxo por el cadí y por la academia de Córdoba, mandado quemar por Alí. No se necesitó más para infundir el deseo de leer esta obra á los que á no ser por esta circunstancia, ni aun siquiera hubieran pensado en ella. Al-Gazali pidió á Dios que le vengara de una condena injusta, á lo que añadió Abdalah: «¡Y ojalá sea yo el instrumento de esa venganza!» De vuelta en Africa, predicó Abdalah la doctrina reprobada. Entró en la mezquita en el momento en qué estaba llena de pueblo, subió al púlpito, é intimando al iman que se retirara, dijo: *Los tiempos son de Dios y no son más que de Dios:* con el resto de este capítulo del Coran. Escuchábale el pueblo atónito cuando sobrevino el rey: levantáronse todos. Abdalah permaneció inmóvil y dirigiéndose á Alí, dijo: «Halla un remedio á los males de tu pueblo; porque Dios te pedirá cuenta de los males que padece.» Preguntándole el rey si tenia necesidad de algo, respondió: «De nada de este mundo, sino que estoy destinado á predicar la reforma y á corregir los abusos.»

El pueblo acogió favorablemente estas palabras: Alí no pudo despreciarlas, y ordenó que fuera examinada la nueva doctrina por los doctores. Unos vieron en Abdalah á un hombre que queria suscitar en el pais disturbios; otros no hicieron del reformador ningun caso. En breve salió de Marruecos, y ya poderoso por la persecucion, declamó contra los vicios de los Almoravides, llamó á los moros al culto de Dios en su pureza y á la estirpacion de la idolatria. Entonces quiso Alí ponerle preso, pero él se estableció en paraje seguro, y formándole un ejército sus parciales, le proclamaron *al-mahdi,* es decir, maestro. Escogió por su visir á Abd-el-Mumen, el más fervoroso de sus diez primeros sectarios, que formaron un consejo y dirigieron el gobierno, con otro consejo de cincuenta miembros y un tercero de setenta. Luego continuó predicando contra los Almoravides, y enarbolando por último el estandarte blanco, se puso en marcha con diez mil hombres para abatirlos con las armas en la mano, y le siguió infinita muchedumbre con el fervor intolerante de prosélitos que no dudan de la victoria.

Vuelto Alí de España para hacer frente á la tempestad se vió, á pesar de su poder y de las bendiciones de que su nombre era objeto en treinta mil mezquitas (1120), vencido muchas veces por los Almohades: este era el nombre que tomaban aquellos sectarios (4), en medio de los cuales combatia Al Mahdi en persona, gritándolos: «Defendeis la verdadera ley: si morís en la pelea, pensad en los premios eternos que os aguardan.» A su muerte (1129) le sucedió Abd-el-Mumen y se hizo dueño de Tedla, Darah, Salé, Oran, Fez, Tremecen y Ceuta.

Toma de Marruecos.—Tasfin, hijo y sucesor de Alí, se halló sitiado dentro de Oran, y en el momento en que trataba de apelar á la fuga á favor de la noche, fué precipitado en el mar por su caballo. Bajo el reinado de Isaac puso Abd-el-Mumen asedio delante de Marruecos (1146), cuya obstinada defensa hizo perecer dentro de sus muros, segun se dice, á doscientas mil personas, tanto por el hambre como por el hierro, sin contar setenta mil en el momento en que fué tomada la plaza. Tres dias duró la carniceria; otros tres dias mas estuvo cerrada la plaza, y después fué purificada con arreglo al rito de Mahdi. Se derribaron las mezquitas edificándose otras; se levantaron nuevas casas, y llegaron á poblar nuevamente la ciudad las tribus del desierto. Isaac fué preso y muerto con todos los magnates, y la venganza de Al-Gazali quedó consumada. Entonces acabó la corta dominacion de los Almoravides, cuyos restos se retiraron al Sahara, donde todavia se encuentran tribus enteras de morabitos.

Los Almohades.—Abd-el-Mumen espulsó tambien á los Amadidas de Bugía, y á los sicilianos de Túnez, de Trípoli y de Mahadia, donde Roger los habia instalado, y fundó la dinastia de los Almohades. Terrible respecto de sus enemigos, benévolo durante la paz, protegió las letras, y favoreció como una distraccion agradable los libros de caballeria del mismo modo que las novelas, que habian prohibido los Almoravides. Abrió muchos colegios para instruir á los jóvenes en las ciencias y para acostumbrarlos á los ejercicios corporales.

Los descalabros de los Almoravides habian envalentonado á los descontentos de España, y las doctrinas de Al Gazali encontraban allí parciales: de consiguiente, la religion sirvió de pretexto á los ambiciosos, ó á aquellos que aborrecian á los nuevos conquistadores africanos, de donde resultó que otra vez se formaron tantos Estados como ciudades habia. Sacaron de esto ventaja los cristianos, merced á la habilidad y al denuedo de Alfonso el Grande, quien apoderándose de Calatrava, de Almeria y de Lisboa, se hizo dueño del curso del Tajo (1147). Poco tenia que aumentarse el reino de Navarra con los despojos de los moros, encerrado como se hallaba entre tres Estados cristianos, á los cuales pasaba alternativamente por los enlaces de sus reinas (5).

---

(4) *Almowaedoyn*, unitarios.

(5) **Reino de Navarra.**—En 1234 pasó á la casa de Cham-

Alfonso de Castilla.—Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon (6), tenia ocho hijas, sin ningun heredero varon: casó á Elvira con Raimundo de Tolosa, á Teresa con Enrique de Besanzon, con el título de conde de Portugal; Urraca, la mayor de todas y su heredera presunta, viuda de Raimundo de Borgoña, se casó con Alfonso, rey de Aragon, llamado el Batallador (1106): pero lo que debia adelantar en tres siglos la reunion de los dos reinos, vino á ser asunto de discordias. Doña Urraca, princesa tan altanera é imperiosa como relajada en sus costumbres, no dejó á su marido, á quien no amaba, más que el título de rey; al fin perdió éste la paciencia, se formó parciales, y la encerró en un castillo (1109). Libertada á viva fuerza por los castellanos, pidió la anulacion de su matrimonio por causa de parentesco. Alfonso la repudió (1111), aunque sin querer renunciar á sus Estados. Para vengarla los condes Gomez y Pedro de Lara, sus amantes, declararon la guerra á Alfonso; pero dió muerte al primero en Sepúlveda, obligó al segundo á la fuga, y sembró por todas partes el estrago. Entonces doña Urraca hizo proclamar en Galicia á su hijo Raimundo tenido del primer matrimonio, y sostenida tambien por Enrique, conde de Portugal, obligó á su marido á volver á Aragon y á renunciar á todo derecho sobre Castilla.

No se aprovechó ella largo tiempo de este triunfo. Pedro de Lara, su confidente, se atrajo el ódio de los grandes de Castilla, quienes le encerraron en una fortaleza y proclamaron rey á Alfonso II (7), hijo de Raimundo, á pesar de la oposicion de su abuela. Ella misma fué confinada á un monasterio en Saldaña. Tambien el rey de Aragon, por fuerza en un principio, y después en virtud de un acomodo, desistió de sus pretensiones. Alfonso Raimundo se casó por política con la hija del conde de Barcelona y de Provenza. Alegó pretensiones sobre Aragon y Navarra, y obligó al rey de ésta á declararse su vasallo: hasta quiso hacerse coronar emperador, en su presencia, por el arzobispo de Toledo. Nadie quiso reconocerle esta dignidad nueva; al revés, los demás príncipes empuñaron las armas para disputársela. Sin embargo, les indujo á la paz; pero el conde de Portugal tomó el título de rey, el de Navarra sacudió toda dependencia (1139), y el emperador no pudo hacerles volver á sus deberes.

Dirigió espediciones más pomposas que útiles contra los Almoravides. Engañado con la esperanza que habia concebido de ocupar á Granada con ayuda de los mozárabes, taló el territorio; y habiendo avanzado hasta el mar, mandó construir un barquichuelo, echó las redes y se hizo servir su pesca, diciendo que habia hecho voto de comer pescado en las playas de Granada; pero no sacó de esta proeza más fruto que escitar una persecucion contra los cristianos que habian quedado en aquella ciudad. Salió más airoso en la empresa de Almeria, de donde salian las flotas árabes para embarazar la navegacion de los cristianos.

Durante el asedio que puso á Oreja, los valies de Sevilla, de Córdoba, de Valencia, atacaron á Azeca, donde Berenguela, mujer del emperador, se hallaba encerrada. Ella les envió á decir: «¿Cómo no hallais descortés atacar una ciudad sostenida por mujeres, cuando podeis ganar honra en medio de los peligros de Oreja?» Conmovidos por esta reconvencion, solicitaron la merced de saludarla: fueron recibidos en medio de una espléndida corte y la abandonaron llenos de respeto. Quizá es esta una ficcion poética, si bien se halla en perfecta armonia con las ideas caballerescas de aquel tiempo.

Alfonso Raimundo, segun la perniciosa costumbre de los reyes españoles, dividió sus Estados (1157), señalando á Sancho III la Castilla, y á Fernando II Leon con Asturias y Galicia. Sancho reinó poco tiempo y dejó el trono á Alfonso III (ú VIII 1158).

Hácia este tiempo, conociendo los musulmanes su flaqueza, enviaron á pedir ayuda al emperador de Marruecos Abd-el-Mumen, prometiéndole someterse á su autoridad. Con efecto, hizo muchas espediciones á Andalucia, y habia juntado para la que meditaba, ochenta mil hombres de caballeria regular, trescientos mil irregulares y cien mil infantes, cuando le sorprendió la muerte. Su hijo y sucesor Yusuf le imitó (1163); pero fué muerto en el sitio de Santarem. Sus victorias le habian valido el sobrenombre de *Al-manzor*. Mandó establecer puentes, fuentes, hospederias en los caminos, hospitales, albergues, mezquitas, escuelas (1170): aumentó la asignacion de los cadís para que fueran menos accesibles á la corrupcion, y protegió las letras. Su hijo Yacub, valiente y generoso, tomó tambien y mereció el título de *Al-manzor be-fadhl-Allah*, victorioso por la gracia de Dios (1194): castigó á los pueblos que intentaban sacudir el yugo, y fué á talar las cercanias de Santarem, de donde llevó á Fez trece mil prisioneros. Segun se dice, Alfonso de Castilla le escribió en la forma siguiente: «Puesto que no puedes venir á combatirme, ni enviar ejércitos en contra mia, préstame tus naves, á fin de que yo concurra á presentarte batalla

---

paña; en 1274, á la de los Capetos; en 1328, á la de Evreux, rama de la precedente; en 1425, á la de Aragon; en 1479, á la de Foix; en 1483, á la de Albret; en 1555, á la de Borbon.

(6) Véase t. V, pág. 104 y siguientes.

(7) No deja de ser embarazosa la numeracion de estos reyes, que varia segun el reino de que tomaban el título. Alfonso VII de Castilla y Leon, es Alfonso I de Aragon y de Navarra; Alfonso, hijo de Raimundo II, es Alfonso II para los que cuentan al hijo de Fernando I; Alfonso VI, por primer rey de Castilla y de Leon, escluyendo al marido de doña Urraca; es Alfonso VII, para los que llaman Alfonso VI al padre de Urraca; es Alfonso VIII para los que cuentan á todos los reyes de Leon: otros le llaman Alfonso Raimundo, en virtud del nombre de su padre.

Si sales vencedor, tendrás mis despojos y seré tu prisionero; si yo venzo, seré tu soberano.»

Yacub hizo grandes armamentos, y los cristianos con quienes se midió en Alarcos esperimentaron una memorable derrota (1195). Para eternizar su recuerdo levantó en Sevilla la Giralda, torre de ciento setenta y dos pies de altura, poniendo encima un globo de hierro dorado, de tal tamaño, que para introducirlo en la ciudad, fué preciso derribar el arco de una puerta (8). Pero no sabia aprovecharse de sus victorias más que para saquear, y antes de haber consolidado su autoridad tomó la vuelta de Marruecos.

«Nuestras derrotas consisten en la costumbre de la molicie y en el uso de los baños que enervan el cuerpo y el alma: volvamos á la antigua sencillez, de la cual surgieron los héroes.» Así se espresaban los españoles: pero el rey Alfonso acusaba á Sancho VII de Navarra, quien, segun se dice, solicitó la amistad de Mohamed el-Nasir, sucesor de Yacub en el trono de Marruecos, y hasta fué en su busca. Mohamed habia dado órden de prodigarle todos los honores en el camino, y de no dejarle partir de ninguna ciudad sin que hubiera permanecido en ella ocho dias, reteniendo en todas partes alguna porcion de su escolta, de manera que cuando llegó á Córdoba se encontró inerme. Regaló al rey musulman una magnífica copia del Coran, dentro de un estuche de oro, cubierto con seda verde, bordado de oro y esmaltado con esmeraldas. Después de haber recibido igualmente espléndidos regalos, abandonó Sancho á Córdoba, tomó á la vuelta los soldados que habia dejado en el camino. A fin de castigarle Alfonso ocupó las provincias de Alava y Guipúzcoa.

Pero para castigar y adormecer al mismo tiempo los ódios particulares, envió al Africa una nueva plaga. Aquel mismo Mohamed-el Nasir, en quien los deleites no estinguian el ardor belicoso, después de haber dominado la rebelion en Africa y en Mallorca (1211), puso en pié de guerra seiscientos mil musulmanes para avasallar la España. Dos meses se invirtieron en la travesia de este ejército. Al aproximarse tan gran peligro, los príncipes cristianos olvidaron sus enemistades intestinas. Inocencio III proclamó la cruzada: acudieron caballeros de Francia, de Italia, de Alemania. Empeñóse la batalla en las llanura de las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212): el obispo de Narbona y el arzobispo de Toledo llevaban allí la cruz, escitando á los combatientes á desplegar todo el valor por la patria, por la fe, por sus hogares: los reyes de Aragon, de Navarra, de Castilla, mandaban en persona contra Mohamed. Los negros y los africanos, dotados de ímpetu fogoso, aunque sin disciplina, tardaron muy poco en ser completamente derrotados. Al verlos caer por millares, Mohamed esclamaba: *Solo Dios es justo: pérfido y embustero es el demonio*. Tuvo necesidad de apelar á la fuga, abandonando al enemigo la victoria más sangrienta, de todas aquellas á que debieron los españoles la gloria de recuperar su independencia, porque se cuenta que sin otorgar cuartel fueron muertos ciento ochenta mil moros.

Alfonso el Noble.—Cupo gran parte de la gloria y de las ventajas de esta jornada á Alfonso de Castilla, sobrenombrado el Bueno ó el Noble, que estableció la primera universidad en Palencia, llamando á ella á los sábios de Francia y de Italia. Parece atribuírsele el haber trabajado en la compilacion del *Fuero Viejo de Castilla*, cuyo origen data de fines del siglo x; el cual, sin embargo, no se publicó hasta el reinado de Pedro el Cruel, corregido y aumentado. A D. Alfonso X, llamado el Sabio, se debe el *Fuero real* que fué publicado á fines de 1254. Es un código donde se da una preponderancia extraordinaria á la autoridad real, pero donde se regularizan los duelos judiciales, y se dictan las disposiciones más oportunas sobre todas las causas civiles y criminales.

Habiendo muerto muy niño su hijo Enrique (1214-17), su hermana Berenguela no vaciló en sacrificar las dulzuras del poder á los sentimientos del amor maternal, é hizo que fuera proclamado su hijo Fernando III (1230): indujo tambien á Alfonso IX (que habia sucedido á su padre Fernando en 1187), á renunciar en su favor el reino de Leon, que de esta manera fué incorporado á Castilla: Fernando III, venerado después como santo, obtuvo las bendiciones de toda España, á la cual proporcionó union, fuerza y gloria. Con efecto, en su reinado empieza á haber en aquel pais algun acuerdo de voluntad, aunque todavia se hallaba dividido en cuatro reinos: Castilla, Aragon, Navarra y Portugal.

Después de la batalla de las Navas de Tolosa, Mohamed-el-Nasir habia emprendido la fuga á Marruecos. En las delicias del harem se olvidó tanto de la ignominia de su derrota como del cuidado de los negocios; y así no tardaron en estallar señales de descontento y proyectos ambiciosos; pero todavia con más violencia bajo el reinado de Yusuf II que le sucedió á los once años (1213-14). En Africa el gobernador de Tunez fundó la nueva dinastia de los Abuafietas; en la parte del Oeste se formó la de los Merinitas que invadió después á Marruecos (1270), é intentó restablecer las cosas en su antiguo estado, derrocando á los Almohades, aboliendo los consejos instituidos por Al-Mahdi, y finalmente proscribiendo su doctrina y hasta su nombre. En España el andaluz Aben-Houd pensó en restaurar los vestigios de los Almohades y en fundar un nuevo Estado. Elocuente, rico, generoso, prometia la libertad, la destruccion de las herejias, y se formó numerosos parciales,

(8) Este globo fué quitado posteriormente, y se construyó en su lugar una segunda torre de ochenta y seis pies de altura con la estátua de la Fé en la cima, que se halla de este modo á doscientos cincuenta y ocho pies del suelo. A este último cuerpo se sube por una escalera de caracol.

con cuya ayuda reunió los reinos de Sevilla, Córdoba y Granada. Pero el nombre de al-mumenin no era ya respetado (1228): diferentes chaiques aspiraban á absorber parte de la autoridad, y los valies de Valencia, de Murcia, de Córdoba, de Sevilla se hicieron independientes.

Fernando III.—Reconocieron los cristianos que la ocasion les era favorable. De consiguiente, el rey de Portugal se apoderó de Elva; el de Aragon, de Valencia; Fernando de Castilla, todavia más emprendedor, penetró en Andalucia, taló las campiñas regadas por el Genil, se hizo dueño de Córdoba y del reino de Murcia, é interceptando luego el Guadalquivir con una escuadra tomó á Sevilla, de donde dejó salir á trescientos mil habitantes (1236). Estas espediciones, que pudo llevar á cabo con el dinero proporcionado por el clero, le hicieron terror de los moros, á quienes fué á insultar con una poderosa escuadra hasta las costas de Africa, si bien detuvo sus triunfos la muerte (1252). Puede llamársele el san Luis de Castilla; tanto le asemejó en aquel feliz conjunto de valor, de prudencia y de piedad, que hemos admirado en el monarca francés. *Temo más*, decia, *la maldicion de la más ínfima mujer, que todo el poder de los moros.* Después de la toma de Córdoba, consagró la mezquita mayor de la ciudad á la Virgen Maria, é hizo trasladar á Compostela en hombros de los moros las campanas que el califa Almanzor habia quitado de aquel punto.

Los ambiciosos Laras, que se habian retirado á Marruecos, habian cesado de perturbar el pais; lo cual permitió á Fernando III pensar en establecer un órden regular, redactando un código para los dos reinos declarados indivisibles, pero ó no llegó á compilarse ó no se publicó. Para subvenir á los gastos de las muchas guerras, impuso Fernando una contribucion perpétua sobre las adquisiciones y las ventas *(alcabala)*, y para hacerla estensiva á todas las ciudades, convocó á sus diputados, y hasta á los de aquellas que no habian sido llamados nunca. Entonces se decretó que sólo diez y siete ciudades, á las cuales se agregó después Granada, tuvieran voto en córtes. Esta ley y esta constitucion, creadas como fueron por las circunstancias de la época, han durado hasta nuestros dias.

Constitucion de Castilla.—Los territorios recuperados poco á poco quedaban para los vencedores, que llamaban á ellos á los cristianos, y la necesidad de permanecer á la defensiva comunicaba cierto orgullo hasta á las clases inferiores, con el sentimiento de la dignidad personal. No habia en los paises de Leon y Castilla villanos sin derechos civiles; sólo se encontraban en el reino de Aragon, organizado feudalmente; pero las leyes aragonesas, producto del rey y de las cortes, amparaban y protegian á todo aragonés contra los poderosos y hasta contra el rey, á quien en caso de violencia ó desafuero podian citar ante el Justicia. Los nobles de este Estado iban á hacer conquistas por su propia cuenta, las cuales contribuian á estender sus posesiones, y las de cuantos asistian á ellas, aunque sin proporcionar vigor al gobierno, ni reposo en lo interior del territorio. Formáronse los concejos, no por la compra ó usurpacion de derechos ó de inmunidades, sino en defensa de la patria. Desde el año 1020 Alfonso V habia determinado los privilegios de la ciudad de Leon: Sepúlveda tuvo su carta *(fuero)* de Alfonso VI en 1076: lo mismo aconteció á Logroño, Sahagun, Salamanca y otros concejos, autorizados entonces para tener un consejo y magistrados propios, bajo las leyes dadas por el fundador, que tambien ponia allí un gobernador para inspeccionar la administracion y recaudar las contribuciones, si bien que su autoridad ejecutiva estaba restringida, hasta el punto de que en la carta de Logroño se autorizaba para matarle si entraba por fuerza en una casa. En cambio las ciudades suministraban hombres y dinero; y todos los ciudadanos estaban obligados á militar bajo la bandera del magistrado real.

El que disfrutaba de cierta renta debia servir á caballo, y á título de indemnizacion, estaba exento de cargas, de donde nació la distincion entre los nobles *(caballeros)* y los contribuyentes *(pecheros)*. Los primeros no eran hereditarios, ni tampoco tenian jurisdiccion privilegiada; pero no estaban obligados á ciertas magistraturas, ni se les podia embargar el caballo por deudas (9). Sobre la nobleza más elevada se hallaban los *ricos homes*, que vinieron á ser después los grandes de España. Ahora bien, como tocaban en suerte á la nobleza en la conquista vastas porciones de territorio y hasta ciudades, no era posible al rey mantenerlos sumisos. D eaquí para ellos el derecho, segun hemos visto en otras partes, de renunciar á la fidelidad respecto del príncipe, y de ir con sus vasallos á batallar por su propia cuenta ó al servicio de otro príncipe hasta contra su patria (10).

Acrecentóse la nobleza por la institucion de las benefactorerias *(behetrias)*, convenios por los cuales ciertos distritos se ponian bajo la proteccion de un grande del reino, mediante ciertas retribuciones ó servicios. Así adquirian los nobles una autoridad absoluta sobre las ciudades situadas en la benefactoreria, y muchas de ellas al norte del Duero, que no dependian más que del rey, en un principio se encontraron en la misma condicion

---

(9) MARIANA.—*Ensayo histórico crítico*, etc. Madrid 1808.

José Coroleu y José Pella en 1876 y 77 publicaron las *Córtes catalanas y Los fueros de Cataluña*, exposicion jurídica y comparativa del orígen y vicisitudes de aquellas Constituciones.

(10) Mariana cuenta sin el menor asombro las frecuentes deserciones de la casa de Castro.—*Alvarus Castrius, patria aliquanto antea, uti moris erat, renunciata.—Castria gens per hæc tempora ad Mauros sæpe defecisse visa est.* XII, 12, 17, 19.

que las del Mediodia, dejadas en feudo á los que se las habian quitado á los árabes.

Una vez que Castilla fué dueña del Guadalquivir, se hizo tambien potencia marítima, y á medida que se enriquecieron las ciudades, pesaron á la vez en la balanza. Don Sancho instituyó en Valladolid una *hermandad* de prelados, de nobles y de ciudadanos, que se garantizaban mútuamente sus privilegios (1284). Después, para refrenar á los nobles, confirió á las ciudades de la corona el derecho de elegir sus oficiales y de administrar justicia, de cuyo modo constituyeron una confederacion hostil á la nobleza.

El rey solia ser electivo en una familia hasta el siglo XI; en esta época vino á ser hereditario, y quizá fué reconocido este derecho en algun parlamento. Componíanse las córtes de la alta nobleza y del clero: se ve intervenir en ellas por primera vez en 1169 á los diputados de las ciudades, y obtienen tales privilegios, no por las riquezas ó el negocio, sino por la necesidad que habia de concertarse acerca de los medios de mantener la organizacion militar. Todas las aldeas tenian derecho á hacerse oir, aunque muchos reyes propendieran á restringirlo á un corto número sucesivamente (11). En 1295 el arzobispo de Toledo protestó contra los actos de una asamblea, en razon de no haber sido convocado con los demás prelados; pero posteriormente fueron con frecuencia olvidados. No se enviaba á ellas representantes de una órden: era preciso acudir en persona, lo cual se hacia oneroso para los menos ricos. Probablemente estaban libres de tributos las tierras de los nobles y de los prelados; los pagaban los concejos, pero no se podia aumentar la cuota sin su consentimiento (12), pacto que fué mil veces violado por los reyes. Si no obtenian buenas condiciones y la reparacion de sus agravios, negaban los subsidios y hasta se atrevieron á hacerlo con los déspotas más temibles, Cárlos Quinto y Felipe II.

De esto era consecuencia legítima el derecho de examinar las cuentas; y en 1258 decian las córtes á Alfonso X, «que les parecio conveniente que el rey y la reina no gastasen más que ciento cincuenta maravedís al dia para su mesa, y que él recomendara comer con más discrecion á las gentes de su casa.»

Todavia confiaban los grandes más que en el poder de las cortes, en la autoridad armada de sus *hermandades* ó cofradias, con ayuda de las cuales estaban en disposicion de resistir á lo que el rey hiciera reprensible. Pero esto impidió á los grandes propietarios entenderse nunca con los concejos tanto como hubiera sido necesario para oponer á los reyes una enérgica resistencia. En ausencia de las cortes asistia al rey un consejo compuesto de los príncipes de la sangre y de los magnates, cuyo asentimiento era necesario á casi todos los actos de la corona, pensiones, cartas de gracia, nombramientos. En tiempo de Isabel y de Fernando V fué investido con la autoridad judicial este consejo.

En el órígen la justicia era administrada en primera instancia por los alcaldes municipales: si algunos señores tenian la jurisdiccion, no era este un privilegio territorial, sino una concesion del rey. En el siglo XIII los reyes nombraron los *corregidores*, jueces reales, contra los cuales elevaron reclamaciones las cortes. La apelacion de sus fallos era presentada al gobernador de la provincia, salvo el recurso ante los alcaldes reales, que no podian á pesar de todo conocer en un asunto ínterin estaba sometido á los jueces ordinarios. El rey podia hacer revisar las sentencias de los alcaldes, aunque no anularlas, aun cuando se citen muchos casos en que los reyes hicieron condenar por la violencia á sus enemigos, ó condenar á muerte á acusados sin juicio regular. Es magnífico ver á los castellanos hacer valer con constancia estos derechos; cuando eran atropellados por los príncipes de la casa de Austria, multiplican las protestas, siquiera fueran inútiles, contra la muerte de sus libertades.

Las Siete Partidas.—Alfonso X el Sabio, hijo de san Fernando, repartia su tiempo entre el estudio y el cuidado de los negocios (1252), componia versos y daba su nombre á las tablas astronómicas, redactadas bajo su proteccion por los astrónomos árabes y judíos de Toledo, al mismo tiempo que meditaba en trasladar la guerra á Africa. Publicó (1256-63) el código de las *Siete Partidas*, redactado por su padre, en el cual estaba reproducido en gran parte el *Fuero viejo de Castilla* de Alonso VIII. Entre una erudicion falsa y razones frívolas, abraza este código con claridad y extension en su primera parte todo lo tocante á la religion; en la segunda lo que se refiere á los príncipes y demás dominadores; en la tercera lo perteneciente á la administracion de justicia; en la cuarta las familias; en la quinta los contratos; en la sexta los testamentos y sucesiones; en la séptima las acusaciones, las treguas, las seguridades, los duelos judiciales y los delitos. Encuéntranse como pegados á este código un ceromonial de la córte y un tratado de táctica; pero aparte de estos lunares, hay mucha sabiduria en sus disposiciones,

(11) Las actas de las córtes de Leon de 1020 dicen: *Omnes pontifices et abbates et optimates regni Hispaniæ, jussu ipsius regis, talia decreta decrevimus, quæ firmiter teneantur futuris temporibus.* Y las de las de Salamanca de 1178: *Ego, rex Ferdinandus, inter cætera, quæ cum episcopis et abbatibus regni nostri, et quamplurimis aliis religiosis, cum comitibus terrarum et principibus et rectoribus provinciarum, tota posse tenenda statuimus apud Salamancam...*

(12) Uno de los fueros concluye de este modo: *Liberi et ingenui semper maneatis, reddendo mihi et successoribus meis in unoquoque anno, in die Pentecostes de unaquaque domo duodecim denarios; et nisi cum bona voluntate vestra feceritis, nullum aliud servitium faciatis.* Ap. Mariana, *Teoria de las Cortes*, II, 387.

y oportunidad respecto á las costumbres. Se cree que lo difundió fuera de España Jacobo Pagan, genovés. Aun hoy dia pueden servir para el estudio de la lengua castellana, que adquirió desde entonces fijeza, y desplegó elegancia, pureza de expresion y aptitud para reproducir hasta los pensamientos más elevados, cuando otros idiomas estaban todavia en la infancia. No es un código donde está escrita solamente la ley desnuda, sino que expone además los fundamentos en que se apoya, y contiene advertencias, consejos, comentarios, citas de santos Padres, de filósofos y de poetas, hasta el punto de formar un tratado de moral: es un ejemplo más de aquellas legislaciones sermonarias de la Edad Media de que más de una vez hemos hablado en el curso de esta obra. Véase su preámbulo:

«Dios es comienzo, e medio, e acabamiento de todas las cosas, e sin el ninguna cosa puede ser: ca por el su poder son fechas, e por el su saber son gobernadas, e por la su bondad son mantenidas. Onde todo ome que algun buen fecho quisiere comenzar, primero debe poner e adelantar á Dios en él, rogándole y pidiéndole merced, que le de saber e voluntad, é poder, porque lo pueda bien acabar. Porende Nos don Alfonso, por la Gracia de Dios Rey de Castilla, e de Toledo, e de Leon, e de Galicia, e de Sevilla, e de Córdova, e de Murcia, e de Jaen, del Algarve, entendiendo los grandes lugares que tienen de Dios los reyes en el mundo, e los bienes que del resciben en muchas maneras, señaladamente en la muy gran honra que á ellos face, queriendo que ellos sean llamados reyes, que es el su nombre. E otrosí por la justicia que han de facer para mantener los pueblos de que son Señores, que es la su obra; e conosciendo la muy gran carga, que les es con esto, si bien no lo ficiesen; no tan solamente por el miedo de Dios que es tan poderoso, e justiciero. á cuyo juicio han de venir, e de quien se no pueden por ninguna manera asconder, ni escusar, que si mal ficiesen, no hayan la pena que merecen; mas aun por la vergüenza, e la afrenta de las gentes del mundo, que juzgan las cosas, mas por voluntad, que por derecho. E otrosí la muy grande merced que nos Dios fizo, en querer que viniésemos del linaje onde venimos, e lugar en que nos puso, faciendonos Señor de tantas buenas gentes, e de tan grandes tierras, como él quiso meter so nuestro señoria. Catamos carreras, porque Nos, e los que despues de Nos reinasen en nuestro señorio, sopiesemos ciertamente los derechos para mantener los pueblos en justicia e en paz. Otrosí, porque los entendimientos de los omes, que son departidos en muchas maneras, se acordasen en uno con razon verdadera e derecha, para conoscer primeramente á Dios, cuyos son los cuerpos e las almas, que es Señor sobre todos; e de si á los señores temporales, de quien reciben bien fecho en muchas maneras: cada uno en su estado segun su merescimiento. Otrosí que ficiesen aquellas cosas que fuesen tenidas por buenas, e de que les viniese bien; e se guardasen de facer yerro que les estuviese mal, é de que les pudiese venir daño por su culpa. E porque todas estas cosas no podrian facer los omes cumplidamente, si no conosciesen cada uno en su estado, cual es lo que le conviene que faga en él, e de lo que se debe guardar. E otrosí, de los estados de otras de las cosas, á que deben obedecer. Por eso fablamos todas las cosas, e razones que á esto pertenescen. E fecimos ende este libro, porque nos ayudemos Nos del, e los otros que despues de nos viniesen, conosciendo las cosas; é oyéndolas ciertamente: ca mucho convien e á los Reyes, e señaladamente á los de esta tierra, conoscer las cosas segund son e estre mar el derecho del tuerto, e la mentira de la verdad; ca el que no supiere esto, no podrá facer la justicia bien e cumplidamente, e lo que meresce. E porque las nuestras gentes son leales, e de grandes corazones, por eso ha menester que la lealtad se mantenga con verdad, e la fortaleza de las voluntades con derecho, e con justicia, ca los reyes sabiendo las cosas que son verdaderas é derechas, facerlas han ellos, e non consentirán á los otros que pasen contra ellas: segund dijoS alomon, que fue sabio e muy justiciero; que cuando el Rey estuviese en su cátedra de justicia, que ante el su acatamiento se desatan todos los males, etc.»

En otra parte dice: «Sobejanas honras, e sin pro, non deve el Rey cobdiciar en su corazon, ante se deve mucho guardar dellas, porque lo que es ademas, non puede durar, e perdiendose, e menguando, torna en deshonra... E sobre esto digeron los sabios, que non era menor virtud guardar ome lo que tiene, que ganar lo que non ha. Riquezas grandes además non debe el rey cobdiciar para tenerlas guardadas e non obrar bien con ellas. Ca naturalmente el que para esto las cobdicia, non puede ser que non faga grandes yerros para averlas, lo que non conviene al Rey en ninguna manera. E aun los Santos e los Sabios le acordaron en esto: que la cobdicia es muy mala cosa; así que digeron por ella, que madre é raiz de todos los males. E aun digeron más que el hombre que cobdicia grandes tesoros allegar, para non obrar bien con ellos, magüer los haya non es ende señor, mas siervo»... «Mucho se deben los reyes guardar de la saña, e de la ira, e de la malquerencia, porque estas son contra las buenas costumbres. E la guarda que deben tomar en sí contra la saña, es que sean sofridos, de guisa que non les venza, nin le muevan por ella á facer cosa que les esté mal, ó que sea contra derecho, ca lo que con ella ficieren de esta guia, mas semejaria venganza que justicia. E por ende dijeron los sabios, que la saña embarga el corazon del ome, de manera quel non deja escoger la verdad... La ira del rey es mas fuerte, e mas dañosa que la de los otros omes, porque la puede mas aina cumplir, por ende deve ser mas apercibido, cuando la oviere, en saberla sofrir. Ca asi como dijo el rey Salomon: A tal es la ira del

Rey como la braveza del Leon, que ante el su bramido todas las otras bestias tremen, e non saben do se meter.»

La firmeza española se refleja toda entera en la ley 8.ª, título XVII, partida IV: «...Seyendo el padre (se dice en ella) cercado en algun castillo que toviere de señor, si fuese tan cuitado de fambre que non oviere al que comer, puede comer al fijo, sin mala estanza, ante que diere el castillo sin mandado de su señor.»

Desgraciadamente Alfonso se dejó seducir por el título de emperador de Alemania que le fué ofrecido, y que se obstinó en conservar hasta el instante en que le escomulgó el arzobispo de Sevilla. Mientras descontentaban á todos estos ambiciosos ensueños que hacian salir las riquezas del pais, los africanos, que ya no tenian que defenderse en sus hogares, intentaban atacarle en su territorio.

Granada.—De los antiguos Estados musulmanes, no quedaba en España más que el reino de Granada, destinado á sobrevivir todavia dos siglos (1235). Habia sido fundado por Mohamed-Aben-al-Amar, hermano de Aben-Houd, quien asociando á las virtudes guerreras una prudencia consumada, hubiera podido restaurar la fortuna de los musulmanes, si los valies en vez de contrarestarle por envidia, le hubiesen auxiliado con sus socorros. Habiendo reunido fuerzas para poner sus plazas en estado de defensa, asalarió tropas permanentes, asignando en su frontera á cada soldado una estension de tierra suficiente para su mantenimiento, para el de su familia y para sostener un caballo. Sin embargo, cuando fué atacado por el rey de Castilla, no pudo mantenerse más que llegando á hacer homenaje de su corona á Fernando III (1245). Acogióle el vencedor honoríficamente y le dejó sus Estados, obligándole á ceder la mitad de sus rentas, que ascendian á ciento setenta mil monedas de oro, á asistir personalmente á las cortes como los demás vasallos, y á suministrarle tropas. En efecto, Fernando le requirió para que le acompañara en su espedicion contra Sevilla, cuya caida hubo de enseñar al príncipe musulman que no se detendrian allí los cristianos: tambien cultivó la amistad de los nuevos emires de Tunez, de Fez y de Tremecen. Dió prosperidad á Granada conservando la paz, favoreciendo la agricultura, distribuyendo premios á los que le presentaban los más gallardos caballos, la mejor seda, las armas más finas, los tejidos mejor fabricados: de aquí se siguió que las telas de Granada superaron á las de Damasco. Fortificó su capital y multiplicó en ella los establecimientos útiles, tales como hospicios para los enfermos, para los pobres, para los viajeros: construyó baños, fuentes, acueductos, canales de riego: hizo esplotar las minas y echar los cimientos del palacio de la Alhambra. Las poblaciones que los reyes cristianos habian espulsado de Sevilla y de Valencia, encontraron un asilo en su territorio.

Alfonso X.—Alfonso X intimó á Aben-al-Amar que le prestara ayuda para la conquista de Jerez y de Niebla (1254-57), último albergue de los Almohades (13). Muy contra su gusto peleaba Al-Amar contra sus compatriotas y esclamaba: «¡Cuán pesada de soportar seria esta vida de miseria si no existiera la esperanza!» Los emires del Algarbe y de Murcia, que le solicitaron para romper sus mútuas cadenas, no bien estuvieron seguros de su concurrencia, se sublevaron en Murcia, en Lorca, en Mula, en Jerez, en Lebrija, en Arcos (1261), donde degollaron á los cristianos al propio tiempo que Al-Amar talaba las fronteras vecinas. Habiéndose aliado Alfonso á su suegro, hizo á los insurgentes y á Al-Amar una terrible guerra; pero aprovechándose éste de la rivalidad entre los dos reyes cristianos, obtuvo de nuevo la paz, comprometiéndose respecto de Alfonso á ayudarle en la adquisicion de Murcia, que debió ser dada en feudo á un valí musulman, sin más censo que el diezmo del producto de los bienes. Además se convino en que el rey de Granada no suministraria tropas, sino solamente dinero, y en que por su parte el rey de Castilla no prestaria socorro á los valies rebeldes contra el de Granada.

Firmóse la paz de consiguiente; pero sobrevinieron en breve nuevos motivos de disgusto y nuevas rebeliones; de aquí resultó que Al-Amar envió al Africa á reclamar la asistencia de los Merinitas (1270), que habian sucedido en Marruecos en el poder á los Almohades. Preparábase, pues, una tercera invasion como las de los Almoravides y de los Almohades; pero Al-Amar no vió las calamidades que trajo aquella, y se leyó en letras de oro sobre el mausoleo, donde fué depositado dentro de una caja de plata: «Este sepulcro es el del gran sultan, fuerza del islamismo, honor de la raza humana, gloria del dia y de la noche, lluvia de generosidad, rocio de clemencia para los pueblos, polo de la religion, esplendor de la ley, apoyo de la tradicion, espada de la verdad, sosten de las criaturas, leon en la guerra, columna del Estado, ruina de los enemigos, defensor de las fronteras, vencedor de los ejércitos, triunfador de los impios y de los tiranos, príncipe de los fieles, jefe del pueblo elegido, tutor de la fe, modelo de los reyes y de los sultanes, victorioso en nombre del verdadero Dios.»

Su hijo Mohamed II no le cedió en valor ni en prudencia, y empezó su reinado bajo felicísimos auspicios, alcanzando sobre los rebeldes una insigne victoria en Antequera. Cuanto más territorio perdian los musulmanes más se aumentaba la po-

(13) Cuentan los árabes que durante el sitio de Niebla los que defendian la plaza, emplearon máquinas, con cuya ayuda disparaban al campamento de los cristianos piedras y materias inflamadas con un estruendo semejante al del trueno, lo cual parece indicar piezas de artilleria. Por lo demás, no cabe dudar que los moros hicieron uso de ellas en la batalla de Vadacelito (1340), y en el sitio de Algeciras (1342).

blacion en sus Estados, adonde se refugiaba, y quiso él que los que llegaran de la culta Córdoba y de la industriosa Valencia, no tuvieran nada que echar de menos en Granada. Elevóse la Alhambra sobre un plan más vasto; adornóse la próxima colina de surtidores de agua, de bosquecillos de laureles y de naranjos, de kioscos, desde donde abarcaba la vista la rica llanura que rodea los torreados muros. La instruccion fué propagada, el comercio protegido, y recibidos con favor cuantos hombres instruidos albergaba Andalucia.

Con la intencion de prevenir el arribo de los Merinitas, Alfonso X se apresuró á acomodarse con aquellos de sus súbditos que por descontentos se habian retirado cerca de Mohamed, y escitó por debajo de cuerda la rebelion entre los musulmanes. Entonces Mohamed dirigió nuevas instancias á Abu-Yusuf, rey de Marruecos, para que corriera en ayuda del islamismo en peligro, prometiéndole Algeciras y Tarifa. Yusuf respondió á este llamamiento: sometiéronse los valies rebeldes, y se concertaron los dos reyes para trasladar la guerra al territorio de los cristianos; los Merinitas hácia Sevilla, y hácia Córdoba los granadinos (1275). Acudian de todas partes poseidos de espanto los cristianos; pero Alfonso se hallaba en Italia, ocupado en manejos para ceñirse la corona imperial, mientras los árabes ponian á sus soldados en derrota, y quitaban la vida á Sancho, infante de Aragon y arzobispo de Toledo: de modo que volvian á la memoria las derrotas de Zalaca y de Alarcos. Sin embargo, Sancho, hijo de Alfonso, supo dirigir tan bien la defensa, compartiendo los peligros y las hazañas de los más valientes, que el rey de Marruecos se vió obligado á reembarcarse para Africa, y la España se vió libre de esta tercera y última invasion de los africanos.

A consecuencia de estas guerras ruinosas se vió reducido Alfonso á alterar las monedas, de donde resultó que todo subió de precio, y especialmente cuando recurrió al espediente de sujetar á contribucion todos los géneros de consumo. Así se enagenó la voluntad del pueblo y encontró rebeldes hasta en su familia. Mientras se ocupaba en hacerse nombrar emperador habia confiado el reino á su hijo Fernando, príncipe de la Cerda; pero muerto éste (1258), Sancho, que habia repelido á los moros y salvado á Castilla, fué declarado heredero del trono con detrimento de los hijos que Fernando habia tenido de Blanca de Francia. Felipe el Atrevido se irritó de resultas y declaró la guerra á Castilla; pero la intervencion de Juan XXI conjuró la tormenta. Sin embargo, la reina Yolanda, acompañada de Blanca y de los príncipes desheredados, abandonó á Alfonso para refugiarse cerca de Pedro III de Aragon, su hermano. Persuadido Alfonso de que su hermano Federico habia favorecido la fuga, le hizo estrangular (1282). Indignado á su vez Sancho de tales escesos, se rebeló contra su padre, y en la asamblea de los prelados, de los nobles, de las ciudades, le declaró depuesto, aunque no tomó para sí más que el título de regente.

Entonces Alfonso, emperador de la cristiandad, solicitó la alianza de Abu-Yusuf, quien volvió de Marruecos con un ejército poderoso. Sancho se vió asediado dentro de Córdoba, y espantado de las escomuniones del papa, desheredado por su padre, recurrió al rey de Granada. Pero se vió libre del peligro que le amenazaba por la muerte de Alfonso (1284), en cuyo sepulcro se puso la inscripcion siguiente: *Mientras contempla las cosas celestes, pierde las de la tierra.*

Habia designado por herederos del trono á los príncipes de la Cerda; pero no se podia suponer que aquel á quien habia desposeido su padre en vida, respetara su voluntad cuando habia muerto. De cónsiguiente, Sancho ocupa el trono; entonces don Juan, su hermano, se le rebela en contra; el rey de Aragon hace que sean proclamados los príncipes de la Cerda, y las facciones de los Haros y de los Laras desgarran el reino; pero al fin sucumbieron los hijos de Fernando y se refugiaron en Francia. Sancho IV volvió á anudar sus antiguas relaciones de amistad con el rey de Granada, y envió á decir al de Marruecos: *Tengo en una mano el pan y en otra el palo. Escoged.* Abu-Yusuf escogió la guerra; pero acaecida su muerte, su sucesor Abu-Yacub encontró en Africa ocupacion bastante.

Unido Sancho á los genoveses, mandados por Bernardo Zacarias, derrotó á los moros y les tomó á Tarifa; pero su hermano don Juan se insurreccionó de nuevo, y uniéndose á los de Marruecos y á los Laras, infatigables artífices de disturbios, puso asedio á esta plaza. Habiendo caido en manos de don Juan el hijo de Guzman Perez que la defendia, amenazó el príncipe con quitarle la vida si no se le entregaba la ciudad sitiada. Guzman le arrojó su espada por toda respuesta: el mancebo fué inmolado, pero se salvó Tarifa. Entonces Mohamed pretendió á su vez que se le entregara, como cosa de su pertenencia; y al oir la negativa empuñó las armas, llevando por delante el estrago (1295). Sus hostilidades fueron mucho más temibles, porque la muerte de Sancho sumió al reino en nuevos disturbios. Mohamed se aprovechó de ellos para avasallar á los gobernadores rebeldes, hacer nuevas adquisiciones de territorio y comprar á Algeciras, última posesion de los marroquies en España: al fin murió de apoplegia.

Aragon.—En un principio no comprendia el reino de Aragon más que el reducido pais de Jaca; encerrado entre Navarra, el Gállego y el Ebro: aumentóse después cuando pasó de los navarros á los condes de Barcelona (1063). Sancho Ramiro, que era rey tambien de Navarra, combatió sin tregua á los Ben-Houd, que reinaban en Zaragoza (1076). Herido de muerte en el sitio de Huesca (1094), no quiso que se arrancara el dardo de su pecho hasta que su hijo don Pedro y los grandes hubieran jurado no deponer las armas hasta

enarbolar la cruz en los baluartes de aquella ciudad. Cumplió don Pedro su voto, y alcanzó en Alcaraz sobre los árabes y los castellanos una de aquellas victorias en que es rica la historia de España (18 noviembre de 1096), y secundado por el Cid, de quien se hizo aliado, fué el terror de los Almoravides.

Alfonso I, su hermano, unió por poco tiempo la corona de Castilla, como dote de doña Urraca, á las de Aragon y Navarra (1104): su sobrenombre de *Batallador*, recuerda sus lides continuas contra los moros, lides en que muchos adalides franceses le ayudaron. Aquella Zaragoza, que acreditó tanto denuedo y obstinacion contra los francos de Childeberto y de Carlomagno y de Napoleon, estaba en manos de los moros hacia cuatrocientos años, y obedecia á un emir que se habia hecho independiente. Alfonso el Batallador anunció la intencion de atacarle, é inmediatamente acudieron de todas partes valerosos campeones (1118): por su parte los moros corrieron en tropel para defenderla: al fin fué tomada y vino á ser capital de Aragon (1134). Alfonso continuó la persecucion de los árabes para hacerles evacuar el pais al norte del Ebro (1134), cuando fué derrotado cerca de Fraga, sorprendido por el enemigo y muerto.

Por su testamento repartia sus Estados entre los templarios, los hospitalarios y los caballeros del Santo Sepulcro, que habia fundado en Montreal. Pero los navarros eligieron por rey á don Garcia V Ramiro; los nobles, las ciudades y las villas de Aragon, que aparecian entonces como cuerpo de nacion por la vez primera, proclamaron á Ramiro II, hermano de Alfonso, y nuevamente se hallaron divididos los dos reinos. Ramiro era monje; una dispensa del papa le autorizó para casarse, y tuvo una hija de su matrimonio: algun tiempo después abdicó y fué obispo de Tarragona: luego se volvió á encerrar en el claustro, mientras reinaba en Aragon Raimundo Berenguer, conde de Barcelona (14), prometido esposo de su hija (1137). Después de haber vencido este príncipe á los moros, se apoderó de Tortosa con ayuda de los genoveses, á quienes cupo en suerte una tercera parte de la ciudad: heredó gran porcion de la Provenza. Alfonso II, su hijo, reunió al reino de Aragon el condado de Barcelona, y posteriormente la Provenza (1162); y el rey de Castilla, su suegro, en galardon del socorro que le habia prestado contra los moros, le cedió la ciudad de Zaragoza, libre de vasallaje (1196). Pedro II, su hijo, se hizo coronar en Roma por Inocencio III, prometiéndole un tributo anual. Concibieron los Estados de Aragon de resultas un gran descontento, que se acrecentó aun más cuando pretendió estender la jurisdiccion real con detrimento de la de los señores.

El reino de Aragon que no se habia formado por la conquista, sino por hombres libres asociados con el objeto de salvar la libertad de su patria, conservó siempre formas liberales, si bien estrañas é interesantes. Cuenta Espinosa que habiéndose emancipado los aragoneses del yugo de los moros, resolvieron elegir un rey, y que no pudiendo ponerse de acuerdo, recurrieron á la decision del papa. El pontífice les aconsejó que no se dieran un monarca, á menos que lo reclamara el órden interior del Estado, exhortándoles en todo caso á instituir, como se hace respecto de los menores, un consejo supremo que pudiera resistirle, con el derecho ilimitado de zanjar las diferencias entre el rey y la nacion.

Sea cierto ó no este hecho, representa la propension continua de los aragoneses á limitar el poder del monarca y á recordarle que era su hechura. Desde la aparicion del primer rey se le ve asistido por un consejo de doce ancianos y de hombres prudentes del pais. La nobleza, de que era jefe, se dividia en alta *(ricos hombres)*, y en inferior *(infanzones,)* que se componia de *mesnaderos*, de *caballeros* y de simples *hidalgos* (15). Los ricos hombres pretendian apoyar sus privilegios en concesiones hechas por Carlomagno á los visogodos que habian buscado un refugio contra los árabes en la marca de España. Esta era la flor y nata de la nacion: tenian parte en el gobierno juntamente con el rey, á quien elegian hasta desde el origen, diciéndole: «Nos, que somos tanto como vos, os elegimos rey y señor si guardais las leyes y privilegios, y si no los guardais, no.» Repartia entre ellos el pais conquistado, dando á cada uno lo que bastaba para mantener tres caballos; á la tierra estaba unida la baja jurisdiccion y el derecho de recaudar ciertos impuestos, con la obligacion de crear sub-feudos, de servir tres meses al año con armas y de asistir al tribunal y á la corte.

La dignidad de rico hombre no se trasmitia hereditariamente más que al hijo legítimo designado

---

(14) Es digno de mencion, entre los condes de Barcelona, Raimundo Berenguer el Viejo (1035), no sólo por lo que aumentó el territorio de su condado, sino todavia más por el código que promulgó con el nombre de *Usages*, que estuvo en vigor hasta fines del siglo XVIII. Compónese de 174 leyes, de cuyo contexto se desprende cuánto prevalecian en aquellos tiempos las brutales decisiones de la fuerza, á las cuales se afana por sustituir el legislador la razon del derecho. Se establece por esto un tribunal régio para juzgar con arreglo á justicia; se imponen penas contra los desafios temerarios, contra los daños hechos en los campos y en las plantas, y contra el perjurio: pero se conserva todavia la servidumbre, y la indemnizacion en dinero por el homicidio.

(15) *Hijo de algo*, hijo de alguno, es decir, de un propietario, así como en Italia llama el vulgo hijo de ninguno al que nada posee. Posteriormente los *ricos hombres* tomaron el título de barones; en el siglo XV fueron llamados nobles. Cuando los reyes nombraron caballeros de orígen plebeyo, los que habian nacido hidalgos se titularon caballeros de la Espuela de Oro.

por el padre: las otras pertenecian á los *mesnaderos*, ó como se decia en otras partes á los *ministeriales*, es decir, simples nobles adictos á la real casa *(mesnada)*. El rico hombre no podia ser preso antes de estar convicto de delito: nunca era condenado á muerte ó á penas aflictivas. Sólo el rey, su vicario ó el infante, eran jueces competentes en los negocios, ora civiles, ora criminales, á él concernientes. Por un decreto podia el rey crear un rico hombre, un hidalgo ó un infanzon: todo hidalgo de nacimiento se hacia caballero con las ceremonias de costumbre, por mano del rey ó de un rico hombre.

Los reyes de Aragon, que en sus continuas guerras necesitaban del afecto de sus hombres, les trataban familiarmente. Ramon Montaner, historiador militar, pinta en estos términos á los soberanos aragoneses: «Si los súbditos de nuéstros reyes supieran cuán rudos y crueles son los otros monarcas con sus pueblos, besarian la tierra que pisan sus señores. Si se me preguntára: *Montaner, ¿qué gracias hacen los reyes de Aragon á sus súbditos más que los otros?* responderia ante todo que hacen observar la justicia y la buena fe á los nobles, á los prelados, á los caballeros, á los ciudadanos, á los aldeanos, á los campesinos, sin que haya que temer que se pida á éstos más de lo que es debido, lo cual no sucede con los otros señores. De aquí proviene que los catalanes y los aragoneses tienen altos sentimientos, en atencion á que no se ponen embarazos á sus acciones; ahora bien, ninguno puede ser valiente en la guerra sin tener corazon levantado. Cada uno de sus súbditos habla cuando quiere al príncipe, seguro de ser escuchado con benevolencia y de recibir respuestas satisfactorias. Por otra parte, si un rico, un caballero, un buen hombre quiere casar á su hija y ruega á los señores que honren la ceremonia con su presencia, irán á la iglesia ó á otra cualquiera parte. Hasta asistirán á una comida ó al cumpleaños de quien quiera que sea, como si fuera su deudo; lo cual no hacen seguramente los señores de otros paises. Luego en las grandes solemnidades convidan á muchas buenas gentes, y no tienen dificultad de comer en público, y todos los convidados comen con ellos; lo cual no sucede en otras partes. Si los ricos, los caballeros, los prelados, los ciudadanos, los aldeanos, los campesinos les presentan vino, frutas ú otra cosa, no tienen dificultad en probarla: admiten convites en los castillos, en las casas de campo, en las chozas; comen lo que se les sirve, duermen en los aposentos que se les señalan, cabalgan por las ciudades y por los campos, y se muestran á sus gentes: si personas pobres, hombres ó mujeres, les imploran, se detienen, les escuchan ya tienden á sus deseos. En suma, son tan buenos y tan afectuosos respecto de sus súbditos, que toda ponderacion es poca; así son estraordinariamente amados, no temiendo la muerte con tal de hacerles crecer en poder y en honra, siempre prontos, sin que nada les detenga á padecer por ellos frios y calores y á arrostrar todos los peligros.»

Desde muy antiguo adquirieron los concejos de las ciudades el derecho de enviar diputados á las cortes del reino; y en ellas encontramos á los de Aragon desde 1134, y desde 1150 á los de Cataluña; ventaja que debieron á las riquezas que les proporcionaron el comercio marítimo y la industria. Se hallaban tan florecientes bajo este aspecto, que los catalanes pretenden haber dado á la Europa entera el código comercial con el *Consulado de mar*, redactado, al decir de ellos, en lengua lemosina por el concejo municipal de Barcelona á principios del siglo XIII (16).

Ciertas ciudades disfrutaban de privilegios especiales. Por ejemplo, Alfonso I concedió en Zaragoza los derechos de hidalgos á todos los *honorati*, es decir, á todos los que tenian un caballo de silla y no ganaban el sustento con el trabajo de sus manos, comprendiéndose en esta disposicion á los notarios. Las gentes del campo eran *quiñoneros* ó *villanos de parada*; los primeros cultivaban tierras ajenas mediante un censo; los otros estaban pegados al terruño, y perdian la posesion si mudaban de residencia. No tuvo hasta entonces mucho poder el clero, y sólo á fines del siglo XII fueron llamados los obispos á las cortes.

En 1307 se estableció que las córtes se reunieran cada dos años en la ciudad que el rey designara. En 1436 muchos altos empleados de la córte fueron escluidos de ellas, así como los religiosos y los nobles que tuvieran en calidad de tales, cargos municipales en Zaragoza, Barbastro, Huesca, Daroca, y los tenderos ó artesanos, los cirujanos y boticarios. Más tarde se sustituyó con una contribucion el servicio militar.

Habiendo escitado Pedro II el descontento general, la alta y baja nobleza, en union de la mayor parte de las ciudades, formaron una *union para la defensa de las libertades políticas*. El matrimonio de su hermana Leonor con Raimundo de Tolosa envolvió á Pedro en la guerra de los albigenses, y peleó en favor de ellos: fué muerto con las armas en la mano en Muret (1213). Versado en las letras al par que guerrero, cultivó la poesia provenzal cantando las alabanzas de las damas, que amó demasiado.

Jaime el Justo.—Como las rivalidades sobre la tutela de su hijo Jaime de edad de seis años, escitaran disturbios, el cardenal de Benevento determinó á los Estados á jurar fidelidad al jóven príncipe, ceremonia inusitada que no impidió que la guerra civil estallase. Después de haber sido puesto en fuga dos veces por sus tutores, ascendió al fin Jaime al trono, y se señaló por insignes victorias. Conquistó las islas Baleares, y lo que fué más

(16) Esta es una gloria que reclaman tambien los marselleses é italianos. Véase PARDESSUS, *Leyes marítimas* y nuestro libro XIV.

importante, el reino de Valencia, «reunion de todos los bienes diseminados en otras partes,» donde estableció en calidad de vasallos á trescientos ochenta caballeros aragoneses y catalanes. Dió al pais de Valencia un código muy estenso (1229), redactado en catalan (*Costums de Valencia*), y en que se conoee la influencia de legistas versados en la jurisprudencia romana, porque la mayor parte de sus disposiciones están traducidas del Digesto y del Código de Justiniano. Dió otro á Aragon y á Cataluña (1247) por consejo de Vidal, obispo de Huesca.

Jaime fué sobrenombrado el *Conquistador* y el *Justo*, doble calificacion que mereció igualmente; pero su prudencia no supo conjurar las disensiones domésticas. Habia designado por heredero á Alfonso: como tuvo luego muchos hijos de segundas nupcias, hizo para cada uno disposiciones nuevas, de las que resultó que sólo quedó Aragon al primero. Apoyado el infante Alfonso por un poderoso partido, recurrió á las armas, y las condiciones de la paz le aseguraron la herencia de Aragon y de Valencia. Habiendo muerto este príncipe (1260), sus hermanos, Pedro y Jaime, se hicieron la guerra hasta el momento en que su padre señaló al primero, Aragon, Valencia y Cataluña; y al otro el reino de Mallorca con diferentes posesiones en las fronteras de Francia. Entonces se estableció en las cortes que los varones por línea recta sucedieran en la corona de Aragon, con esclusion de las líneas colaterales.

Pedro III, á quien Conradino envió su guante desde lo alto del cadalso, ocupó, como diremos, la Sicilia, después de las Vísperas sicilianas (1276). Los aragoneses, sobre quien hizo pesar esta espedicion cuantiosos gastos, además escomulgados por el papa, concibieron gran descontento, y lo manifestaron enérgicamente. No obteniendo satisfaccion á sus demandas los Estados convocados por Pedro III en Tarragona, se concertaron para la defensa de sus antiguas prerogativas, salvo la obediencia del rey. Decretóse que si alguna vez enviaba á la muerte ó á la cárcel á alguno de los confederados, sin la sentencia del Justicia ó de sus asesores, cesaria respecto de él la fidelidad, y se ofreceria el trono á su hijo Alfonso, con condicion de que se uniera á ellos para espulsar á su padre; y en el caso contrario, quedaria roto todo vínculo de sumision respecto de él y de sus herederos, y desposeido como traidor el que rehusara entrar en la confederacion.

El rey de Francia, Felipe el Atrevido, declaró la guerra á Pedro, y al frente de diez y seis mil hombres de caballeria, de diez y siete mil ballesteros, y de cien mil infantes, sembró el espanto en Aragon, y penetrando en Cataluña, por desfiladeros indefensos, hizo coronar allí á su hijo Cárlos de Valois. El largo asedio de Gerona diezmó el ejército francés; al mismo tiempo, Roger de Lauria, almirante de Sicilia, sorprendia la escuadra francesa en el golfo de Rosas, y destruyéndola, quitaba al enemigo sus recursos en víveres y en dinero: de consiguiente, Felipe se vió obligado á emprender la retirada.

Alfonso III el Bienhechor, hijo de Pedro, heredó el reino (1285), al paso que la Sicilia como conquista, fué dejada á Jaime, quien recuperó á Menorca de los árabes, y á Mallorca de su tio.

Córtes.—Aragon, Cataluña y Valencia tenian cada una sus córtes, que se reunian para jurar fidelidad al nuevo rey, para conceder el servicio militar ó subsidios y para hacer leyes. El rey debia presidirlas en persona ó por medio de un representante autorizado por los Estados. Cuando sucedia de distinto modo, se llamaba parlamento; y cuando se congregaban todas tres en una ciudad, constituian las córtes generales. En Aragon se componian de cuatro *brazos*, el clero, la alta nobleza, uno y otro en persona ó por delegados, la nobleza inferior en persona y los diputados de las ciudades; en Cataluña y en Valencia la nobleza no formaba más que un brazo. Cada brazo deliberaba aparte, y no pasaba ninguna ley más que por unanimidad absoluta, bastando para rechazar una proposicion un solo voto contrario.

De estas asambleas salieron las sabias leyes que prohibieron los procedimientos secretos, las prisiones arbitrarias, el tormento, la confiscacion de bienes por todo motivo que no fuera el crímen de lesa majestad ó el de alterar la moneda. Además aseguraron al pais los privilegios políticos, y evitaron entre los nobles y las ciudades las luchas que desgarraron á Castilla y á los demás reinos feudales. Sin embargo, tenian el inconveniente de reducir la autoridad real á un título vano, para hacer prevalecer el despotismo popular ó la aristocracia feudal, y dejar que la voluntad de uno solo embarazara las más útiles decisiones.

Además de las *uniones*, que hemos visto formarse en tiempo de Pedro II para la defensa de las libertades nacionales, se organizó hácia el año 1260 otra gran confederacion para reprimir las facciones nacidas durante las guerras fratricidas: en su consecuencia, se dividió el reino en cinco distritos (*juntas*), bajo la direccion de un *sobrejuntero* elegido entre una de las principales familias, á fin de combatir á los facciosos. Luego, en 1264, otra union de nobles puso límites al derecho que tenia el rey de disponer de los grandes feudos, queriendo que para ejercitarlo se concertara en lo sucesivo con los ricos hombres.

Privilegio de la Union.—Amenazado Pedro por la Francia (1283), se vió obligado á conceder á la nacion el *gran privilegio*, por el cual se comprometió á no quitar á ningun vasallo su feudo, sin que precediera juicio, á lo cual se vieron tambien obligados los grandes feudatarios, respecto de los pequeños. Ningun vasallo pudo ser forzado á ir á lidiar fuera del reino: quedaron autorizados los Estados para nombrar conservadores de la paz en los reinos de Aragon y de Valencia; tuvieron que reunirse todos los años en dieta en Zaragoza, y el rey

no pudo hacer la guerra ni levantar impuestos sin su consentimiento. Pedro otorgó después derechos semejantes á Cataluña en recompensa de los socorros que le habia suministrado para su espedicion á Sicilia.

Envalentonándose cada vez más las uniones, pensaron en imponer á la autoridad real nuevas trabas (1285), y no consintieron en reconocer á Alfonso III por rey, sino en cuanto accediera á elegir sus consejeros de acuerdo con los Estados (1286): en virtud de su negativa, se formó otra liga que indujo finalmente al rey á otorgar el *privilegio de la Union*. Segun el texto de este pacto no se pudo proceder en lo sucesivo contra ninguno de los miembros de la Union, sino dentro de las formas jurídicas; se dieron á ésta diez y seis plazas de seguridad, y si el rey ó sus sucesores faltaban á su promesa, quedaba autorizada para elegir otro soberano: todos los años debieron ser convocadas las córtes en Zaragoza con la facultad de nombrar un consejo al rey y de cambiar sus miembros en la totalidad ó en parte. Adoptóse por los asociados un sello en que estaban representados en actitud suplicante ante el rey, al par que se descubrian en lontananza lanzas y batallones.

Justicia.—Hallábase, pues, el rey casi anulado, y más teniendo á su lado al *Justicia*, juez de la corte, que fallaba solo ó con asistencia de los barones. Era éste un magistrado antiguo, quizás anterior á la monarquia. Constituida ésta, en un principio no hacia más que recoger los pareceres de los ricos hombres, y pronunciar el fallo en conformidad de ellós: despues cuando con las ideas de libertad adquirieron más ensanche las leyes, se aumentó igualmente la veneracion hácia el magistrado que estaba encargado de interpretarlas, y fué elegido como árbitro en las diferencias entre el rey y los grandes. Era responsable del perjuicio que resultaba de sus decisiones y fiscalizable por las córtes. Al disminuir los reyes la jurisdiccion de los feudatarios fortificaron la del Justicia. A fin de apartar luego á la alta nobleza de funciones sobrado importantes, se decretó que seria elegido entre los caballeros, alegando por pretesto que los ricos hombres no podian ser castigados con la muerte, y que aquel magistrado tenia que responder de su administracion con su cabeza. A este alto magistrado se cometieron asimismo, en virtud del gran privilegio, todas las causas deferidas al rey, que debia deliberar con los nobles y los ciudadanos.

Posteriormente fue abolido el derecho de Union por Pedro IV (1248), quien habiéndose herido al atravesar la carta con su puñal, dijo: *Borre la sangre de un rey un privilegio tan funesto y tan injurioso á la majestad.* Se tuvo gran cuidado de hacer desaparecer el original; pero resultó de esta abrogacion, que el Justicia quedó como la más poderosa fianza del pueblo contra la opresion. Sometíanle los jueces municipales y reales todas las dudas suscitadas en los tribunales en materia de ley, y daba su solucion en el término de ocho dias, sin que las cartas del rey pudieran nada contra lo que él resolvia. En virtud del *jurisfirma* tenia el derecho de avocar á sí toda causa pendiente ante un tribunal, y aseguraba de los efectos de la condena los bienes de los que recurrian á su asistencia. Por la *manifestacion* aseguraba la libertad personal contra los oficiales reales, no librando de la carcel al acusado, sino *manifestándole* lo actuado en el proceso y teniéndole en una prision particular. Llamábanse estas medidas del justicia *remedios de derecho* contra la autoridad de los magistrados reales. Intérprete de las leyes, juez supremo, podia invalidar con su veto las órdenes del rey, destituir ó fiscalizar á sus ministros. Es verdad que por una contradiccion estraña era nombrado por el rey, y podia ser revocado. Sólo en 1442 le declararon las córtes inamovible. Estas decidieron en 1398 que el rey nombraria cuatro censores del Justicia, uno por cada brazo; reuníanse tres veces al año para recibir las querellas dirigidas á las córtes, únicas que podian juzgar al Justicia en un principio, aunque después tuvo el rey esta facultad con sus Estados.

Nos hemos detenido sobre las constituciones diversas de los pueblos españoles, tanto á causa de su propia importancia como de su diferencia con los demás paises europeos, ora en el orígen, ora en la forma; y tambien porque aun ahora continúan sirviendo de bandera á los partidarios en su lucha con el liberalismo moderno, que se obstina en aislar las instituciones nuevas de las antiguas, siempre amadas del pueblo porque con él nacieron. De consiguiente la nobleza no era feudal en España; pero el rey debia tenerle muchas consideraciones, en atencion á que se habia elevado con el Estado, á que poseia grandes riquezas, y á que se apoyaba en trece órdenes militares poderosas por su opulencia y por sus privilegios, y casi independientes por su estado de guerra perpetua con un enemigo, que no lo era de un reino en particular, sino de una nacion entera. Si los nobles combatian en nombre de la religion, su contínuo contacto con los moros debió modificar sus ideas: de modo que se mantuvieron muy independientes de la corte de Roma, durante y después de la guerra contra el islamismo, hasta el momento en que fueron sometidos por Carlos Quinto. No se vieron en España reyes depuestos por los obispos, ni la lucha del sacerdocio contra el trono; los obispos que aun antes de la conquista tenian derecho de intervenir en el nombramiento del rey, lejos de disputarle la autoridad, se complacian en secundarla: toleraban una diferencia en el rito en favor de los cristianos, que durante cierto tiempo habian sido súbditos de los moros, y exigian menos de los mozárabes. La poesia tributaba tantos homenajes á los hidalgos moros, que las almas timoratas se escandalizaban de ello. En Aragon fueron acogidos los paulicianos: Pedro II murió peleando en favor de los albigenses. Pedro III ocupó la Sicilia á despecho del papa, y sus sucesores fueron escomulgados durante todo aquel

siglo: luego veremos en el gran cisma á Pedro IV y á Alfonso V afiliarse en el partido opuesto al papa: la inquisicion que los frailes establecieron en el pais quedó independiente de Roma. Ocupados en emplear sus brazos en favor del cristianismo, no aplicaron los españoles su ingenio á las sutilezas del dogma; de donde resultó que tuvieron poco de disertadores, y todavia menos de herejes, á escepcion de algunos místicos.

De tales instituciones provino el carácter de los españoles, mezcla de intereses y costumbres opuestas, ofreciendo el sentimiento enérgico del derecho, unido á una resignacion absoluta á privilegios sancionados por la ley; hábitos de igualdad que tienen mucho de república, la orgullosa independencia de los montañeses asociada al culto entusiasta de la monarquia y á una sumision oriental hácia el soberano, identificado con la patria. Cuando en otras partes el hombre no obtenia consideraciones sino por su calidad de noble, allí la conciencia de la dignidad de cada uno hablaba muy alto, porque todos habian contribuido con sus esfuerzos á la emancipacion de la patria. Todos habian resistido á la seduccion, á la amenaza, al ejemplo de los sarracenos: de aquí una piadosa devocion á los sentimientos más verdaderos, como la familia, la patria, la existencia pacífica y arreglada de los campos, y al mismo tiempo la aficion á aventuras, correrias, armas, la indolencia de la muerte: todo, en suma, estaba allí mezclado como los elementos de la poblacion y la historia del pais. ¿Debe, pues, causar estrañeza que la fusion, perturbada siempre por influencias extranjeras, haya empleado en operarse tantos siglos, haya costado y cueste todavia tanta sangre?

Portugal.—Entre los caballeros franceses llegados al socorro de Alfonso I de Castilla y Leon, hemos nombrado á Enrique de Borgoña, quien, con la mano de Teresa, hija de este rey, habia obtenido el título de conde del pais que se estiende entre el Miño, el Duero y Tras-os-Montes (1095), y que de Porto-Cale, antigua capital de los gallegos, fué llamado Portugal. Dejó á su hijo Alfonso Enriquez, apenas de edad de dos años, bajo la regencia de su madre que rechazó los ataques de doña Urraca (1112), y la imitó en sus intrigas con los dos hijos del conde de Trastamara, de los cuales uno vino á ser su esposo.

Llegado á la edad viril Alfonso Enriquez, recuperó sus Estados á viva fuerza; encerró á su madre, desterró á su padrastro y se defendió contra Alfonso VII de Castilla. Para oponérsele se adelantaron cinco emires árabes al frente de un ejército formidable; hallábase acampado al frente de ellos en las llanuras de Orico, sobre los confines de los Algarbes, cuando una noche sombria se le apareció Cristo en la cruz y le dijo: «El ejército te proclamará rey de Portugal, acepta; toma por escudo de armas mis cinco llagas y los treinta dineros por los cuales fuí vendido, y hasta la décima sexta generacion será gloriosa tu raza.» Alfonso hizo la declaracion de esto por escrito y bajo la fe de juramento (24 de julio de 1139); de consiguiente, el ejército le proclamó coronándole de follaje, y la insigne victoria, que costó la vida á los cinco emires, no dejó acerca de esta revelacion duda alguna.

El rey de Castilla disputó á Alfonso el título que acababa de obtener, á menos que reconociera tenerlo de su autoridad; siguióse la guerra entre ellos; después se remitieron á la decision del papa. Entonces Alfonso se granjeó la voluntad de san Bernardo, poniendo su reino bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Claraval, á la cual prometió, á título de feudo, cincuenta morabitinos de oro al año, para que mantuviera á Portugal libre de toda dominacion extranjera. Además rindió homenaje como vasallo á San Pedro y á la iglesia de Roma, obligándose á un censo anual de cuatro onzas de oro, y Alejandro III le confirmó el título de rey y todas las tierras que pudiera recuperar de los moros (17).

Constitucion.—Pero el ejército, es decir, un cuerpo que por su índole renuncia á la libertad política, no se halla en derecho de tomar una deliberacion cualquiera, ni con doble motivo, de dar á una nacion un rey. De consiguiente, las córtes fueron convocadas por la primera vez en Lamego, y compuestas del alto clero, de la nobleza y de los diputados de las diez y seis principales ciudades: en ellas quedó sancionada la eleccion del ejército, mediante condiciones muy liberales, aceptadas por el rey. Alfonso Enriquez fué, pues, coronado por el arzobispo de Braga, quien ciñó á sus sienes una diadema de oro y perlas donada por los godos al convento de Laurbano; y con la mano puesta sobre la espada que habia esgrimido contra los moros, dió gracias á Dios y á las córtes, invitándolas á hacer leyes, á las cuales prometieron obedecer los Estados, tanto por ellos como por sus descendientes. El reino se declaró hereditario de varon en varon, pudiendo ser llamadas las mujeres al trono sólo á falta de varones, á condicion de contraer matrimonio con un portugués, que no tomaria el título de rey hasta tener un hijo. En un principio debió componerse la nobleza de los parientes del rey, luego de los que le hubieran salvado la vida en la guerra, como tambien á su hijo y á su yerno, no siendo moro ni judio de nacimiento; y por último, los hijos de los que, aprisionados por los infieles, morian á causa de no renegar de su fe. Tambien se declaró nobles á los que mataran en batalla al rey enemi-

---

(17) C. GEBANER, *Hist. de Portugal* (aleman). A. HERCULANO, *Hist. de Portugal.* Lisboa, 1846.—Este relega entre las fábulas la aclamacion de Alfonso Enriquez y las córtes de Lamego.

Al contrario de lo que dice el *Arte de comprobar las fechas*, hasta 1422 en Portugal se adoptó la era española que empezaba el 715 de Roma, 38 años antes de la vulgar.

go y á su hijo ó se apoderaran del estandarte real; aquellos que en aquel momento se hallaban en la corte del rey y tenian la nobleza desde tiempo inmemorial, y los que habian combatido en la jornada de Orico. En cambio, el noble que habia huido en la batalla ó herido á una mujer con la lanza ó con la espada; el que en la refriega no defendia con todas sus fuerzas al rey, á su hijo ó su bandera, el que prestaba falsos testimonios ó disimulaba la verdad al rey ó injuriaba á la reina ó á sus hijas, ó se pasaba á los moros ú ocupaba el dominio ajeno ó blasfemaba de Cristo, ó conspiraba contra el rey, fué declarado depuesto de la nobleza con todos sus descendientes.

De consiguiente la nobleza portuguesa no se apoyaba en la conquista ni el feudalismo, sino en las cualidades personales, en el valor, en la lealtad, en la religion. Los Estados sancionaron estas leyes porque les parecieron *buenas y justas*, dos condiciones sobradamente olvidadas en tiempos mucho más cultos y refinados. A la pregunta dirigida á la samblea sobre si entendia que el rey debia asistir á las córtes del rey de Leon y reconocerse por vasallo suyo, se pusieron en pié todos, y desenvainando las espadas, clamaron con unánimes voces: «Nosotros somos libres y libre es nuestro rey: nuestros brazos nos han hecho tales. Si hay alguno que acepte la servidumbre, ese muera: si es rey, cese de reinar.»

Limitábanse las córtes de Portugal á deliberar sobre las proposiciones del rey, que consistian muy á menudo en peticiones de dinero y de hombres para la defensa del pais. Tambien podian esponerle sus agravios bajo la denominacion de capítulos: estos capítulos eran *generales*, si eran presentados por todas las órdenes reunidas; *especiales*, cuando emanaban de una sola: eran redactados en forma de súplica, y el rey decretaba sobre su contenido leyes ó rescriptos, lo cual da á las córtes portuguesas cierto aire de asamblea consultiva. Los capítulos generales del año 1372 que nos han quedado, pueden dar una idea del modo con que acontecian las cosas. En ello se ruega al rey, en los términos más respetuosos, que mande que no se empiece la guerra, ni se acuñe moneda sin órden de los concejos; que examine si pueden ser disminuidos los gastos de la corte; que escoja bien los oficiales de justicia; que no obligue al matrimonio á las viudas y á las hijas de las personas de nota; que lleve consigo un tahonero y un carnicero, cuando se dirija á un pais donde no los haya; que mantenga las exenciones de alojamiento; que no permita dedicarse al tráfico á los grandes ni á los nobles; que no obligue á los hombres privilegiados á servir en la escuadra; que no exija el servicio militar á los que trabajan en los campos; que impida á los eclesiásticos vender y comprar bienes-raices por sí propios ó por mano ajena; que mande que todos puedan vender víveres y que á nadie sea lícito acapararlos para hacer subir escesivamente el precio; que los judios no sean admitidos á los empleos; que todos los súbditos tengan la facultad de presentar sus peticiones al rey donde quiera que se encuentre; que los ricos y los prelados que tienen pan y carne, no puedan proporcionársela á viva fuerza; que todo lo que fuere tomado para uso del rey, sea pagado ó devuelto en especie; que las córtes sean convocadas cada tres años, y que se observe puntualmente todo lo que se hubiese establecido en las anteriores. Todo esto se dice con la forma y el tono de la súplica; pero las ideas tienen un fin elevado.

El pacto entre la nacion y el rey no debia ser modificado sino de acuerdo entre las dos partes contratantes. Asi cuando posteriormente fueron modificadas las instituciones liberales que señalaron el reinado de Alfonso Enriquez, no se verificó en virtud de violentas sacudidas, sino de acuerdo entre la nacion y su jefe; por eso quedaron como base de la libertad de un pueblo que conoció y defendió sus derechos desde la cuna; de tal modo, que aun después de tantas teorías y esperiencias, pueden citarse como modelos de no cancillerescas franquicias. Tambien se encuentran establecidos desde el orígen del reino portugués los concejos *(concelhos)*, originarios acaso de la tradicion visigoda, pero diferentes de los demás de Europa, tanto porque formaban una unidad moral compacta, como porque siendo de sistema esencialmente feudal, estaban gerárquicamente dispuestos en tres órdenes de caballeros, clérigos é infantes.

Alfonso continuó purgando el pais de los moros; pero Lisboa le opuso tal resistencia (1147), que estaba pronto á levantar el sitio de la plaza, cuando arribó á las costas de Galicia una escuadra de cruzados flamencos, ingleses, normandos, frisones, alemanes. Parecia como si el cielo les hubiera guiado á aquellas playas. Con la mejor voluntad tomaron parte en una empresa que tenia tanta semejanza con las cruzadas, y se apoderaron de la ciudad. A su vuelta divulgaron por toda Europa la gloria de Alfonso: de suerte que muchos caballeros acudieron á pelear bajo sus banderas, que llevó triunfantes hasta los Algarbes. Reinó cincuenta y seis años, bendecido por la nacion á la cual habia hecho independiente, y reverenciado como santo por el clero, á quien habia generosamente favorecido.

Su hijo Sancho I no tuvo á semejanza suya la habilidad de hacérsele adicto (1185), y no cesó de tener disputas tanto con la corte de Roma como con los obispos del pais durante los veinte y seis años de su reinado. El de Oporto le censuró por un matrimonio en grado prohibido: Sancho le metió en un calabozo, pero el prelado consiguió evadirse, puso su diócesis en entredicho, y se refugió en Roma, donde fué sostenido por Inocencio III con bastante energia, para que acabara por ceder el rey, obstinado de suyo. Más tarde el obispo de Coimbra le impuso censuras, á que atribuyó el vulgo la enfermedad de que algun

tiempo después fué atacado y de que murió, no sin reconciliarse antes con la Iglesia. El esmero con que se dedicó á poblar el pais nuevamente, agotado por la peste y por la guerra, fué causa de que se le apellidara el *Poblador*.

Las órdenes militares y los cruzados que ayudaron á Sancho I á hacer nuevas conquistas, prestaron tambien grandes servicios á su hijo Alfonso II, que á pesar de todo vivió en incesantes querellas con los frailes y con los obispos sobre pretensiones de soberania y de exenciones, y murió escomulgado.

Envenenáronse las diferencias con el clero en tiempo de Sancho II (1123), llamado el *Encapuchado*, á causa del hábito de devocion que su madre le hizo llevar en su infancia. Considerando los obispos, ricos y poderosos, al rey como vasallo de la Santa Sede, pretendian permanecer exentos de todo impuesto é independientes de toda jurisdiccion en personas y haciendas: y como el rey no accedia á estas pretensiones, resultaron de aquí disturbios y daños, que acibararon todavia más las intrigas de doña Mencia, su esposa ó su concubina, y de su tio Fernando, á quien apoyaba una faccion poderosa. Los prelados obtuvieron de Inocencio IV en el concilio de Lion (1245) que relevara á los portugueses del juramento de obediencia prestado á un rey «perturbador de la Iglesia y enemigo de sus libertades,» que llamaba á los eclesiásticos al fuero secular, imponia contribuciones á los bienes de las iglesias y de los conventos, no refrenaba las violencias de la nobleza, y que sólo por mera forma hacia pequeñas guerras á los moros. Llamado al trono en su lugar Alfonso, su hermano, se dirigió á Portugal, después de haber jurado en manos del legado pontificio administrar bien el reino. Reducido Sancho á apelar á la fuga, fué apoyado por las armas y por los buenos oficios de Fernando III de Castilla, lo cual indujo al papa á hacer examinar más á fondo las acusaciones dirigidas contra aquel príncipe (1248); pero á este tiempo murió Sancho sin dejar hijos.

Alfonso III acabó por avasallar á los Algarbes, de los cuales conquistó una parte, cediéndole la otra el rey de Castilla, como dote de su hija que le dió en matrimonio (1253-54). Entretanto habiendo presentado queja al papa, Matilde, su primera esposa, á la cual habia repudiado para casarse con esta princesa, fué puesto en entredicho el reino, hasta el instante en que su muerte permitió legitimar el segundo enlace. Fácilmente se comprende que, á pesar de haber sido elevado al trono por el clero, no vivió Alfonso más en paz con él que habian vivido sus predecesores; y como llegara hasta el estremo de negar el tributo á Gregorio X, fué amenazado con censuras, y no obtuvo la absolucion sino en la hora de la muerte, jurando obediencia á la Santa Sede (1279). Dionisio I, su hijo, no se consideró obligado por este juramento: hasta restringió la jurisdiccion y las posesiones del clero, lo cual le valió ser escomulgado. A fin de terminar la disputa, fueron convocadas las córtes, y el clero presentó en ellas cuarenta y dos agravios (1289); dió el rey satisfaccion y quedó concluido el acomodo.

El mayor ensanche de Lisboa acostumbró á los portugueses á un género de vida menos solitario que el de los castillos feudales, lo cual moderó su fanatismo y su altaneria. Los numerosos mozárabes que se hallaron mezclados con los cristianos, les comunicaron las ideas orientales, y así como la lengua conservó el sello árabe, sobre el amor versaron las obras de imaginacion. Nunca estuvo floreciente en el pais la agricultura, mostrándose los portugueses más aptos para las costumbres enérgicas y valerosas del pastor, del soldado, del navegante; por eso les veremos descollar en esta última carrera.

CAPÍTULO XX

PRUSIA, LIVONIA, CABALLEROS TEUTÓNICOS.

La historia de Prusia es una continuacion ó episodio de la de las cruzadas (1). Poco conocida de los antiguos, que sacaban de ella el ámbar amarillo, fué probablemente visitada por Piteas; pero trazó de ella una descripcion confusa y fabulosa. Tribus góticas se trasladaron, segun Jornandes, desde la Escandinavia al Vístula, y allí mezcladas con las poblaciones eslavas que habitaban esta comarca, formaron la nacion prusiana. Los venedos y los estianos continuaron ocupando estas riberas, á pesar de las conquistas de Atila y aun cuando los lescos ó polacos, los mazovios, los pomeranios, los luticios llegaron del Danubio al pais que en la actualidad lleva su nombre. Refiérese que los prusianos eligieron un jefe comun y un gran sacerdote, y que dos hermanos Widewud y Bruten organizaron allí un gobierno y establecieron un culto nacional abriendo en una inmensa encina tres nichos para sus tres dioses Jámula, creador, Perkun, tonante, y Seminik, dispensador de los frutos de la tierra. Nadie más que los *waidelotos* ó sacerdotes debian, bajo pena de la vida, acercarse á este santuario, llamado Romove ó Ricaito. Los dos hermanos se quemaron solemnemente, después de haber dividido el reino entre sus doce hijos, que se hicieron una guerra terrible hasta que se hicieron independientes unos de otros.

Es muy difícil reconocer la verdad en medio de estas tinieblas. En el momento en que la historia cierta comienza con el cristianismo, toda huella de la antigua constitucion ha desaparecido con los usos, y aun con la antigua lengua. Se sabe solamente que el pais estaba dividido en once ó doce Estados, gobernados por príncipes (*reiks*), division que nunca pudo ser destruida, á pesar de todas las vicisitudes políticas. Preténdese que en el año 900 una colonia de italianos fugitivos, Palemon Libo, Juliano Dorsprungo, Próspero y César Colonna, Hector y Orsino Rosa, introdujeron allí la civilizacion y las numerosas espresiones latinas que se notan en esta lengua, y que esta colonia fué el orígen de las diferentes dinastias de la Lituania y de la Samogizia.

Hácia el año 1000 se hace mencion de los borucsos ó prucsos, de cuyo nombre no se conoce el orígen, y que fue probablemente dado á los habitantes de estas comarcas por los extranjeros: y su historia continúa siendo muy oscura, hasta el momento en que les encontraremos en guerra con la Polonia. Aunque los normandos y daneses hubiesen tocado el golfo de Finlandia y no fuese ignorado de los rusos, el resto de Europa no tuvo conocimiento de estos paises hasta que algunos mercaderes de Brema, yendo á Wisby, fueron arrojados por la tempestad á la embocadura del Duna (1158), en el Báltico. Allí encontraron una poblacion salvaje hablando una lengua desconocida, que tomándolos por daneses, se opuso á su desembarco; pero cuando ella comprendió que su intencion era solamente trocar sus mercancias, se hizo tratable. Fué posible entonces saber que se llamaban livos, letones, wendos, curones, semigalos, estones, y que pagaban tributo al príncipe de Polotsk. Del nombre de estas poblaciones tomaron el suyo la Curlandia, la Estonia, la ciudad de Wenden y la Livonia. Los livos, que menos numerosos que los letones, dieron su nombre á esta última provincia, porque fueron los primeros que

(1) Además de SCHÖLL, véase VOIGT, *Hist. de la Prusia desde los tiempos más remotos hasta la abolicion de la órden teutónica*. Konisberg, 1827-1839.

KANNGIESSER, *Bekehrungsgeschichte der Pomern zum Christenthume*. Greifswald, 1824.

entraron en relaciones con los alemanes, eran de la raza de los chudos, como los estones, fineses y los lapones; su idioma no tiene nada de comun con los idiomas eslavos y teutones, como tampoco con el leton y el lituanio actual, hablado por una poblacion mezclada de eslavos y germanos. Los letones eran de carácter blando y resignado, los estones eran más vigorosos; pero ni unos ni otros supieron conservar su independencia, y estuvieron alternativamente sujetos á los teutones, polacos, suecos y rusos, aunque sin perder su carácter, tradiciones é idioma.

Los anseáticos acudieron impulsados por la curiosidad y la sed de ganancia á estas playas, para vender allí sus géneros (997); y los mercaderes de Brema, Lubeck, Wisby fueron á buscar allí pieles sacadas del centro de Rusia, llevando en cambio sal, telas ordinarias y objetos manufacturados, en relacion con las necesidades de un pueblo tosco.

Cuando san Adalberto, arzobispo de Praga, fué á predicar allí el Evangelio, se le recibió mal por la clase sacerdotal, interesada en conservar el antiguo culto. Habiendo entrado sin saberlo en el territorio sagrado del Romove, fué muerto como sacrílego (1008); Bruno, que emprendió proseguir la tarea comenzada por Adalberto, sufrió la misma suerte. Los daneses habian procurado tambien introducir en aquellos lugares la religion cristiana; pero no habian conseguido más que hacerse odiar por aquella nacion, muy afecta á sus ídolos. Sin embargo, el peligro no espantó al agustino Meinardo, canónigo de Sigeberg. Habiéndose incorporado á los mercaderes, llegó al pais de los livos, donde empezó á predicar (1186), y obtuvo del príncipe de Polotsk permiso para edificar una iglesia en Yxkull, cerca de un fuerte elevado por los alemanes para su defensa y la de sus mercancías. Cuando los naturales oyeron hablar del cristianismo, no se necesitó más para que entendieran que se queria atentar á su independencia, de modo que maquinaban esterminar á los estranjeros. Meinardo alegó en su consecuencia el parecer de constituir muchos fuertes. Mandó llevar de Wisby los materiales, la cal, los operarios; y el papa le instituyó obispo de Yxkull (Ykeskola) bajo el metropolitano de Brema (1191). Murió en edad avanzada y con gran reputacion de virtud. Bertoldo, abad sajon, que le sucedió, fué espulsado por la fuerza de las armas en union de todos los sacerdotes (1196), y los que habian sido bautizados corrieron, sin escepcion de uno solo, á purificarse de aquella mancha en las aguas del Duna, y volvieron á adorar como antes á sus dioses. Habiendo proclamado Celestino III la cruzada contra estos idólatras, volvió Bertoldo á la cabeza de un ejército y derrotó á los livos; pero persiguiéndoles con demasiado ardor fué asesinado (1198).

Alberto de Apeldern, que le fué dado por sucesor, pudo con la ayuda de su poderosa familia, del emperador Felipe y de Canuto VI de Dinamarca, ir á la cabeza de una cruzada á tomar posesion de su silla (1200). Habiendo arribado con veinte y tres naves á la orilla derecha del Duna, construyó allí á Riga, donde estableció su obispado; y por espacio de ocho años se esforzó en propagar el cristianismo con más celo que fruto.

Considerándose Felipe de Suabia en calidad de emperador, como soberano de todos los pueblos paganos, dió á Adalberto la investidura de Livonia á título de feudo y de principado del imperio. Este procuró con frecuentes correrías hacerse obedecer y atraer allí colonos. Construyó á Kockenhausen, é hizo su silla independiente de la de Brema, siendo después erigida en arzobispado.

Los Porta-espadas.—Levantó fortalezas en los puntos que le parecieron más favorables, y para proporcionarse un apoyo más seguro y más constante que el de los cruzados, introdujo en el pais el feudalismo, distribuyendo las tierras conquistadas á los señores alemanes, bajo la obligacion del servicio militar: además instituyó la órden militar de los caballeros *porta-espadas* (1204), que llevaban con la cruz una espada sobre el manto blanco. Vinnon de Rohrbach, su primer gran maestre, edificó á Segewold, Asqueraden y á Wenden, que fué la capital. El obispo les concedió la tercera parte de las tierras que le ayudaran á conquistar; pero en vez de granjearse su voluntad por este medio, sembró entre ellos y él un gérmen de largas discordias. Con efecto, aquellos caballeros suscitaron la pretension de permanecer exentos de todo homenaje. Por último, Inocencio III decidió que el obispo dejaria á los caballeros la tercera parte de la Livonia y de la Letonia (1210), dispensándoles de pagar el diezmo así como las demás pensiones y oblaciones; pero que los de la órden dependerian de los obispos y estarian obligados á pelear en defensa del pais y de la fe, quedando señores de todo cuanto pudieran conquistar fuera de la Livonia y de la Letonia.

Alentados con esta merced, los caballeros emprendieron en union de Alberto la conquista de la Estonia. Ayudáronles nuevos cruzados, llegados con el valiente Alberto, conde de Orlamunda. Derrotados cerca de Fellin los estones, recibieron el bautismo, y Alberto fundó en el pais dos obispados, uno para la Estonia y otro para la Semigalia (1216): repartióse la conquista entre los caballeros porta-espadas y el prelado. Pero apenas habia partido el conde de Orlamunda, se insurreccionaron los estones (1218). No pudo Alberto lograr su sumision, sino llamando en su ayuda á Valdemaro II de Dinamarca, quien estableció su dominacion en la Estonia, y edificó á Narva (1219). Pero cuando cayó prisionero fueron espulsados los daneses, y se repartió la Estonia entre la órden y los obispos de Ungania y de Riga (1223).

Conversion de la Prusia.—Un monje cisterciense de la Pomerania llamado Cristian, logró introducir el cristianismo en Prusia, de donde fué nombrado obispo por Inocencio III, cuando fué á Roma para darle cuenta de su apostolado (1214).

Pero á su regreso halló á la poblacion en rebeldía contra el Evangelio, y en guerra con el país de Culm, convertido hacia ya algun tiempo, y donde fueron destruidas entonces más de doscientas cincuenta iglesias. Con este motivo Cristian reunió una cruzada, edificó la ciudadela de Culm, y permaneciendo en el país durante muchos años, obligó á los prusianos á dejar la idolatría. Sin embargo, apenas se alejaron los cruzados, empuñaron de nuevo las armas los prusianos y devastaron el país de Culm. Entonces Cristian, siguiendo las huellas de Alberto de Livonia, instituyó la órden de los hermanos de la milicia de Cristo, que llevaban el manto blanco con la espada roja: su residencia se fijó en Dobrzyn, y hacian voto de combatir sin tregua la idolatría.

Levantáronse en masa los prusianos contra ellos (1224), y en una batalla que duró dos dias, los esterminaron á todos, á escepcion de cinco. Viendo la imposibilidad de restaurar esta órden, Cristian sugirió á Conrado, duque de Cuyavia ó Masovia, la idea de llamar en su lugar á los caballeros teutónicos. Esta órden se habia cubierto de gloria en Palestina y en Egipto, no menos que en el sitio de Damieta, donde habia salvado al ejército con su denuedo, por lo que Juan de Brienne autorizó al gran maestre para que juntara á la cruz negra la del reino de Jerusalen. Estos caballeros poseian ya tantos bienes en Alemania, que se habian visto obligados á formar una provincia particular con ellos, confiada á un maestre teutónico que tenia su residencia en Mergentheim, ciudad donada á la Orden por los condes de Hohenlohe con todos sus dominios.

Orden teutónica.—Hermann de Salza, su gran maestre, célebre por sus victorias y por sus virtudes (1210), era amigo y consejero de Federico II, que le habia hecho príncipe del Imperio. Apercibiéndose quizá de cuán precarias eran sus posesiones en Palestina, tuvo á gran fortuna admitir la oferta de Andrés de Hungría, y defender la Transilvania contra los cumanes, mediante la cesion á la órden del distrito llamado la Burcia. El mismo pensamiento fué inspirado á Cristian por una necesidad semejante. Ignorando quizá que esta órden estaba eximida por el papa de toda jurisdiccion episcopal, ofreció á Hermann el país de Culm y otro distrito junto á las fronteras de los prusianos idólatras. Federico II aprobó la propuesta en Rímini (1226), confiriendo aquellos países á la órden en plena propiedad, con lo que conquistasen además á los paganos.

El primer maestre provincial en Prusia, fué Hermann Balk, teniendo por mariscal á Thierry de Bernhein (1230). Llegados á Masovia al frente de los caballeros y de los soldados, estipularon allí con el duque la cesion de los territorios de Culm y de Læbau, y además todas las posesiones que habian pertenecido á los hermanos de la milicia de Cristo: luego se establecieron en los dos fuertes de Vogelsang y de Nassau á la orilla izquierda del Vístula. Entonces empezaron una guerra de esterminio contra los prusianos. Pero éstos, conociendo el país perfectamente, se refugiaban al abrigo de los lagos, de los pantanos y de las selvas de que está cubierto. Persuadidos los caballeros de lo muy importante que les era hacerse dueños del Vístula, á fin de trasladar de una orilla á otra tropas, á donde la necesidad lo exigiera, se apoderaron de muchas aldeas fortificadas y situadas enfrente de Vogelsang. Apelaron entonces á un mismo tiempo á pacíficos colonos y á belicosos cruzados: se levantaron ciudades y acabó por sucumbir el enemigo (1232). Thorn fué fundada por aventureros alemanes, y Culm poblada por otros: estas dos ciudades, las más antiguas de Prusia, fueron constituidas en concejos, en virtud de la carta llamada de Culm (*Culmsche Handfeste*). Tambien fué construida Marienwerder en la isla de Quidzin por los cruzados, quienes consideraron desde luego como un deber conquistar la Pomerania, y lo consiguieron auxiliados por una cruzada (1230). Del mismo modo fué sometida la Pogesania, y los mercaderes de Lubeck fundaron allí á Elbing, que participó tambien del derecho de la ciudad de ellos.

Habiéndose suscitado diferencias entre los caballeros teutónicos y el obispo de Prusia, el papa les habia apaciguado, decidiendo que una tercera parte de las conquistas hechas por la órden, pertenecia al prelado, con jurisdiccion sobre las dos terceras partes, que serian consideradas como propiedades de la Santa Sede conferidas á la órden, á título de beneficios. No fué tan fácil de zanjar la cuestion suscitada entre el obispo de Riga y los caballeros de Livonia, en el momento mismo en que este último país, así como la Estonia, les era disputado por los rusos, por los daneses y los lituanios. En su consecuencia, el gran maestre Volquin propuso á Hermann de Salza que refundiera las dos órdenes en una sola. Este último vaciló; pero muerto Volquin peleando contra los lituanios, los porta-espadas vinieron á ser una seccion de la órden teutónica (1237), bajo las órdenes de un maestre provincial. Sin embargo, como éstos, fundados por un obispo, eran en un todo dependientes, al par que la órden teutónica no estaba obligada á sujecion ninguna, decidió el papa que en la Livonia los caballeros teutónicos estarian obligados, respecto del obispo, á las mismas obligaciones que los porta-espadas.

Hermann de Salza murió en Salerno, donde habia ido á curarse: tuvo por sucesor al landgrave Conrado, hermano de Luis de Turingia (1239). Venerada la viuda de este último entre los santos y bendecida por el pueblo que la llamaba *la amada y buena santa Isabel*, habia confiado á los caballeros teutónicos el hospital y la iglesia, fundados por ella en Marburgo con ricos dominios. Prosiguió la órden el curso de sus conquistas, y á fuerza de habilidad y de constancia llegó á triunfar de la resistencia obstinada de los prusianos, que de-

fendian con furor su independencia y el culto de sus antepasados.

A este tiempo invadieron los mongoles los reinos septentrionales; y los caballeros teutónicos, viendo la imposibilidad de defender la Polonia, reconcentraron sus fuerzas junto al Vístula. Aprovecháronse de esta coyuntura los prusianos para recuperar su libertad, y se aliaron con Sviatopolk, duque de Pomerelia, hostil á la órden por envidia, después de haber sido el principal autor de la victoria alcanzada por los cristianos en Sirguna. Dieron muerte á cuantos alemanes cayeron en sus manos, destruyeron las principales fortalezas é interceptaron todo socorro de la Alemania y de la Polonia. Aquella fué una guerra de devastacion mútua, sostenida en gran parte por los cruzados, y en la que combatian contra Sviatopolk dos hermanos á quienes habia despojado. Al fin, las condiciones de la paz fueron convenidas (1248). Jacobo Pantaleon de Troyes, que fué después Urbano IV, habia sido el mediador de ella, y poco después consiguió celebrar tambien la de Cristburg entre los naturales y la órden (1249). Se convino en que los neófitos gozarian de la libertad de sus personas y de la de sus bienes; en que tendrian derecho de comprarlos y de trasmitirlos en herencia á sus descendientes varones, ó hembras no casadas; en que en línea colateral lá herencia tocaria sólo á primos hermanos; en que á falta de herederos la sucesion corresponderia á la órden; en que los neófitos podrian contraer legítimamente matrimonio, demandar en justicia y recibir órdenes. Siendo nobles podrian ceñirse el talabarte militar, vender sus bienes á los alemanes ó á los naturales á condicion de dar seguridades de que no se pasarian á los enemigos de la órden, y de que las iglesias venderian en el término de un año las propiedades que habian adquirido. En conformidad de los deseos de los naturales fueron regidos por el derecho polaco. Debieron cesar de enterrar á los muertos con los ritos idólatras para sepultarlos al estilo cristiano; renunciar á la poligamia, á la venta de mujeres, á los matrimonios prohibidos por los cánones de la Iglesia, á la esposicion de los niños. Se les obligó á construir un determinado número de iglesias, para las cuales se les daban los ornamentos y los libros necesarios, reservándose la órden dotarlas, porque se comprometieron á pagarle los diezmos, á serle fieles en tiempo de paz y á servirla como auxiliares en tiempo de guerra.

Tal fué el derecho civil de los vencidos. En cuanto al derecho eclesiástico, es decir, al de los vencedores, Guillermo de Saboya, obispo de Módena, legado pontificio, cuya habilidad tuvo gran parte en los tratados de aquel tiempo, dividió en nombre de Inocencio III la Prusia en tres diócesis: la de Culm, de Pomerania y de Warmia, además de otra compuesta del pais todavia no sometido. Cada diócesis fué repartida entre el obispo y la órden: el obispo debia elegir una tercera parte, para ejercer allí la soberania territorial que perteneció á la órden en lo restante. Adjudicóse la jurisdiccion eclesiástica de todo el pais á los obispos, quienes se obligaban á contribuir á su defensa con dinero, así como los caballeros teutónicos con las armas en la mano.

Riga fué después erigida en metrópoli de una provincia, que comprendia las dos de Prusia y de Livonia (1255). En esta última los alemanes redujeron á la condicion de siervos á los naturales, que bajo el nombre de livos, de estones, de letones, conservaron el antiguo lenguaje. Los dominadores formaban una confederacion de Estados independientes, entre los cuales la órden era el más poderoso. El arzobispo de Riga poseia una parte del pais: la region más septentrional tenia por soberano al rey de Dinamarca. Riga y Revas eran regidas por un gobierno popular, salvas algunas regalias reservadas al obispo.

Königsberg.—Faltaba por someter la Sambia, es decir, el pais al norte del Pregel. A la voz del pontífice se reunió un ejército de sesenta mil cruzados y se puso en marcha (1254), agregándosele Ottokar II de Bohemia con otros muchos príncipes, sin contar el gran maestre Poppon de Osterna. Habiendo penetrado en el territorio sagrado del Romove, lo llevaron todo á sangre y fuego, destruyeron los ídolos y la encina reverenciada, y los pocos idólatras que sobrevivieron fueron obligados á recibir el bautismo. La ciudad que se levantó en aquel sitio se llamó Königsberg, en honor del rey de Bohemia (1255). Aprestábase la órden á avasallar el resto de la Prusia, es decir, la Sudavia, la Nadrovia y la Escalavia, cuando cayendo los mongoles sobre la Lituania y la Polonia, obligaron á los caballeros á reunir sus fuerzas contra los devastadores. Habiendo, pues, reclutado gran número de tropas, reconstruyeron con piedras sus fuertes de madera, obligando á los habitantes á este trabajo, y apoderándose en calidad de rehenes de los hijos de los que se negaban á ello.

No se necesitaba más para que los caballeros teutónicos se hicieran odiosos, además de hallarse en disensiones continuas con los obispos y de tener costumbres muy desarregladas, vista la necesidad de aumentar por todos los medios el número de la órden, hasta absolviendo de las censuras elesiásticas á los que ingresaban en ella. Se habian hecho un deber el avasallar á los naturales por la fuerza, no instruirlos ni impulsarlos á costumbres menos toscas, descansando quizá de este cuidado en los obispos, quienes á consecuencia de sus disputas podian ocuparse en esto muy poco. Si los caballeros enviaron una vez á Alemania gran número de mancebos para aprender allí la lengua y hacer estudios, fué por su parte una astucia á fin de proporcionarse rehenes y de propagar por su medio la servidumbre á que se iban acostumbrando; pero las cosas sucedieron de distinto modo del que ellos intentaban.

Lituania.—Los lituanios eran originariamente de raza letona, mezclada de eslava, de finesa, de

gótica; era una nacion salvaje, dedicada al fetiquismo. En la época de la irrupcion de los mongoles invadieron á Grodno y á otras ciudades de la Rusia blanca. Erdivil, su primer jefe conocido, se opuso enérgicamente á los mongoles. Ringold reunió los pequeños señorios del pais, del cual se hizo gran príncipe. Amenazado por los caballeros teutónicos, aceptó el cristianismo (1230) y fué coronado rey; pero volvió muy en breve á la idolatria y se mostró estremadamente hostil á los cristianos. El gran maestre dió luego esta corona á Mendog, después de haberle vencido y bautizado (1252); pero persistió poco en la fe, y algunas disputas le hicieron tornar á la idolatria. Invadió la Curlandia, y derrotó completamente á la órden junto al Durba (1260). De catorce caballeros que habian caido prisioneros, quemó á ocho en honor de sus dioses, y partió en pedazos á los restantes á golpes de hacha. Acto continuo invadió la Sambia, y con su ejemplo escitó á la rebeldia á aquellos pueblos á cuyo frente se pusieron los jóvenes, que habian aprendido el arte de la guerra en Germania, y en breve destruyeron las iglesias y redujeron á esclavitud á los cristianos que no apelaron á la fuga, bloqueando además las fortalezas.

A la voz del papa y del gran maestre se reunió una cruzada; pero fué deshecha por la furia de los insurgentes. Otra limpió de ellos á toda la Sambia, lo cual no impidió á la resistencia prolongarse á las otras provincias. Estimulado con insistencia por el papa á cruzarse contra los idólatras, Ottokar II de Bohemia, concibió el designio de constituir un grande imperio en Lituania. Prestóse en consecuencia á ayudar á la órden para que entrara en sus antiguas posesiones (1267), á condicion de que seria secundado á su vez para avasallar á la Lituania, á la Galandia, á la Jazwingia y otros paises idólatras donde el papa le habia autorizado para erigir un reino en favor de quien fuera de su agrado. Fué la empresa mucho más ruda de lo que se habia imaginado: volvió el rey de allí sin ninguna ventaja (1270), y los prusianos se arrojaron de nuevo sobre el pais de Culm, hasta que derrotados repetidas veces por una nueva cruzada, se vieron obligados á retirarse. Entonces recuperó la órden sus antiguas posesiones. Rodolfo de Habsburgo, que habia militado bajo su bandera, se declaró protector suyo cuando ascendió al trono del imperio. De esta suerte halló la órden teutónica, cincuenta y tres años después de haber empezado la guerra, y veinte después de la insurreccion (1283), terminada la conquista de la Prusia entre el Memel y el Vístula.

Era de una índole particular este principado que no provenia de un feudo. Segun el derecho público de Europa, el papa disponia de las tierras pertenecientes á los paganos, al mismo tiempo que el emperador tenia igualmente derecho á ellas, como jefe temporal de la cristiandad. De consiguiente, los caballeros teutónicos tenian la autoridad de ambos. Además eran soberanos de Culm por la cesion de los duques de Masovia y por la conquista: por último, Federico II les confirió no sólo la soberania, sino tambien la propiedad de las tierras. Vinieron, pues, á ser los antiguos propietarios siervos del terruño; pero al recibir el bautismo, recuperaban la libertad personal; y después de la paz de Cristburg, pudieron tambien poseer bienes raices, y hasta se reconoció entre ellos una nobleza.

La insurreccion cambió el aspecto de las cosas; los que habian sido despojados de sus bienes volvieron á entrar en posesion de ellos: los nobles que habian permanecido fieles, conservaron la libertad que se habia arrebatado á los otros. Aquellos que poseian en virtud de la ley *de Culm*, debian prestaciones proporcionadas á su renta; aquellos cuyos bienes situados en las provincias conquistadas, eran regidos por la paz de 1249, además de sus cargas en esta proporcion, tenian que soportar otra en consideracion de la dignidad del propietario. La primera clase entre estos últimos la formaban los *withings*, grandes y antiguos propietarios y de mayor importancia entre los nobles. La verdadera withingia, constituida por las posesiones alodiales originarias, quedaba exenta de toda carga, servicio personal y diezmo, y no estaba sujeta á las formalidades feudales. La nueva, otorgada por la órden, consistia en cierto número de familias, dadas al *withing* para que le pagaran el diezmo y estuvieran obligadas á servicios corporales, á deberes y prestaciones impuestas á los súbditos inmediatos de la órden, á cuya jurisdiccion estaban sujetas á pesar de todo. Las tierras de esta segunda clase podian ser vendidas con las familias de los campesinos que estaban pegados al terruño. Aunque estas segundas tierras fueran enajenables como alodios, por ellas estaban obligados los propietarios al servicio militar respecto de la órden, tanto para defensa de la provincia como para espediciones lejanas; y además estaban gravadas con un censo anual algunas de ellas. Por esto, mientras que *withingia* antigua pasaba hereditariamente á los varones y á las hembras, la nueva no se trasmitia más que de varon á varon, y á falta de ellos volvia al *withing*.

A estos seguian los propietarios libres, exentos de cargos rurales y del diezmo, y cuyos bienes pasaban á sus hijos en línea recta, bajo la condicion del servicio militar.

La tercera clase era la de los *culmianos*, propietarios de campos regidos en un todo ó en parte por el derecho concedido á la ciudad de Culm. Debian pagar en su mayoria el diezmo, una renta á la mesa episcopal, y otra en cera ó en dinero á la órden, además del servicio militar.

Por último, venian los campesinos y los aldeanos: éstos eran miembros de una corporacion llamada aldea y sometida á un *esculteto;* los campesinos vivian aislados en las propiedades de los ricos, ó si habitaban en lugares, no eran miembros de éstos ni dependian del juez. Cuando se estin-

guia la familia de un aldeano, sus bienes volvian á la órden, ó á los grandes propietarios que habian obtenido de ella aquella villa ó aldea. Hallábase la misma clasificacion entre los propietarios relativamente á las tierras pertenecientes al obispo.

Después formaron los colonos una clase distinta de las otras, y su número se aumentó hasta el punto de esceder al de los naturales, que acabaron por adoptar sus costumbres y su lenguaje, de donde resultó que el antiguo idioma prusiano, dialecto del eslavo, pereció completamente.

La órden teutónica tenia su centro en San Juan de Acre, y dependia en Prusia de un maestre provincial ó preceptor, que dependiendo del gran maestre y del capítulo general, ejercia la soberania de acuerdo con ellos. En las circunstancias más críticas debia tomar el consejo de los dignatarios de la órden; pertenecíale la ejecucion de lo acordado, y él era quien tenia el mando en campaña: un mariscal le servia de vicario en tiempo de paz y de ayudante de campo durante la guerra. En cada distrito estaba encargado un comendador á la vez de las rentas, de la justicia, de la policia y de las medidas militares. Por lo menos en número de diez y seis estos comendadores costituian el consejo del preceptor y formaban con él parte en el gobierno.

No se introdujo, pues, en Prusia el derecho de la fuerza como en el resto de Germania, y las diferencias fueron allí zanjadas por los jueces y no por las guerras privadas. Al paso que en los otros paises el jefe del Estado carecia de apoyo para la ejecucion de sus órdenes, tenia allí bajo su disposicion una milicia permanente, ó más bien el Estado todo se hallaba armado. Los bienes inmensos que poseia le salvaban de los embarazos tan comunes en los gobiernos de aquel tiempo, y no se veia obligado á comprar, mediante privilegios, la condescendencia de sus vasallos. Del voto de obediencia hecho por los religiosos guerreros resultaba una disciplina ignorada por los demás gobiernos, hallándose su voluntad encadenada por el honor y por la religion. Tenian á honra las principales familias de la Germania alistar á sus hijos en aquella órden soberana; y reyes y príncipes hacian en Prusia el noviciado de las armas. De consiguiente, la consideracion que rodeaba á aquel Estado, á la vez guerrero y religioso, añadia mucho á su fuerza, y bajo este aspecto presentaba el espectáculo nuevo de un principado recien construido que llegó rápidamente á un inmenso poderio; pero cayó no menos pronto en la disolucion y en la tirania.

CAPÍTULO XXI

HUNGRIA.

San Ladislao.—En Hungria reinaban los descendientes de Arpad (-907), que se la disputaron á pedazos hasta el momento en que todo el pais se halló reunido en manos de San Ladislao (1077), que á la vez que restableció la paz interior conquistó nuevos territorios. La Croacia y la Dalmacia formaban una parte del imperio de los avares, destruido por Pepino, rey de Italia; la primera era habitada por los croatas ó montañeses, la otra por los sorabios, nacion eslava, gobernada por los *zupan*, ó jefes de distrito, muchos de los cuales dependian de un *ban*, ó duque, y éstos de un gran príncipe. Habiéndolos aceptado los francos por súbditos, resultaron de aquí disputas con el imperio de Oriente, hasta el instante en que se convino que Zara, Trau, Espalatro, Ragusa, es decir, la Dalmacia marítima, quedara á los griegos, y las otras ciudades al imperio de Occidente. En medio de las vicisitudes que esperimentó este Imperio, los grandes príucipes se hicieron independienies. Crescimiro, gran príncipe de Croacia, tenia en pié de guerra un ejército de sesenta mil ginetes y de cien mil infantes, y su hijo Dircislao tomó el título de rey. Entonces se pusieron los habitantes del pais á hacer el corso, y esto dió márgen á una guerra con Venecia, la cual acabó por ocupar las ciudades marítimas.

Fueron recuperadas por Crescimiro Pedro, quien habiéndose apoderado de la Esclavonia, independiente hasta entonces, tomó el título de rey de Dalmacia y de Croacia. Después Demetrio Suinimiro, queriendo legitimar su usurpacion, se hizo coronar en Salona por el legado del papa, prestó homenaje ligio á Gregorio VII y á sus sucesores con un censo anual de doscientos besantes, y obligó al celibato al clero, á quien dejó los diezmos y las primicias.

Estinguida la línea de estos reyes, y habiéndose en su consecuencia desencadenado la anarquia en el pais, penetró en él Ladislao á mano armada, y después de haber sometido á los tiranuelos que lo vejaban nombró á su sobrino Almo, duque de Croacia y de Esclavonia. Su victoria fué interrumpida por los cumanos, rama de los uzos, ó como los rusos los llaman, los polowzos, que habitaban en la Moldavia y la Valaquia, después de haber arrojado á los pechinecos á la Transilvania. Talaron los cumanos la Hungria, donde Ladislao los derrotó finalmente (1091), obligándoles á escoger entre la esclavitud ó el bautismo. A los que abrazaron el último partido, les señaló tierras entre el Danubio y el Theiss, donde todavia existen sus descendientes, bajo el nombre de yazigos. El kan de Transilvania se vió tambien obligado á hacerse cristiano y vasallo de la Hungria.

Estos triunfos fueron acompañados de milagros que hicieron santa la memoria de Ladislao. Este príncipe decretó en el concilio de Szabolis (1092) rigurosísimas medidas contra los idólatras, y permitió que los sacerdotes casados vivieran con sus mujeres; prohibió hacer sacrificios en las rocas y en los bosques, casarse con judios, dejar de honrar las fiestas ni aun para entregarse á la caza; además mandó pagar con exactitud los diezmos. A esto añadió oportunas leyes civiles y fundaciones eclesiásticas, por lo que fué honrado por toda la cristiandad.

Coloman, su sucesor, que vió á los primeros cruzados atravesar sus Estados (1095), sometió tambien la parte marítima de la Croacia (1096), de que se tituló rey, así como de la Dalmacia y de la Hungria, y para asegurarlas de los normandos de la Apulia, se coaligó con los venecianos y tomó á Monopolis y Brindis, donde permaneció tres meses. Dócil respecto del papa, en un concilio de obispos y magnates (1100), dió á sus súbditos un código compilado por el sacerdote Alberico; confirmando las

donaciones hechas á las iglesias por san Estéban, y estableciendo que, en los feudos conferidos por este príncipe, heredaran con igual título los dos sexos, y los varones solamente en los otros. Es digna de atencion la ley que prohibe los procesos de hechiceria, como tambien la que escluyó en todas partes las ordalias, á escepcion de las iglesias catedrales y de los grandes prioratos.

Estéban II, su hijo, príncipe disoluto (1114-31), tuvo disputas con los venecianos sobre la Dalmacia, y tomó á sueldo á los cumanos, á quienes señaló un distrito, todavia llamado la Gran Cumania. Empezó las guerras, destinadas á durar medio siglo, con los emperadores de Oriente, que con la esperanza de adquirir la Hungria, se ponian entre el número de los pretendientes.

Geysa II (1141), hijo de Bela II, llamó á los alemanes á poblar la Transilvania otorgándoles grandes privilegios. Construyeron allí siete ciudades, lo cual hizo dar el nombre de *Siebenbürgen* al pais llamado con posterioridad Transilvania, porque estaba situado más allá de los condados cubiertos de selvas, de Szolnok y Krasna *(Silvania);* Hermanstadt vino á ser la capital de ella. Se señaló á los pechinecos que sobrevivian, un canton, donde todavia existen con el nombre de zekely ó de sículos.

Esteban III (1161-73), á quien Manuel Comneno y el papa Alejandro III habian ayudado á ascender al trono, se vió obligado á ceder al primero la Esclavonia y la Croacia, y á reconocerse vasallo del imperio (1196); al segundo le prometió que no trasladaria ni exhoneraria á ningun obispo, á no ser por un delito canónico; que renunciaria al espolio de los prelados; por último, que dejaria á los eclesiásticos administrar las sillas vacantes, para que el producto fuera empleado en provecho de los pobres y de las iglesias.

Andrés.—En este tiempo habian atravesado los cruzados muchas veces la Hungria, donde se habian visto en un principio tratados como enemigos, después tolerados. Por último, Andrés, hijo de Bela III (1173-96), prometió cruzarse. Pero disipó parte de los tesoros acumulados con este objeto por su padre, y empleó el resto en hacer la guerra al rey Emerico, su hermano (1196). Hallábanse frente á frente los dos ejércitos, cuando Emerico, viéndose inferior en fuerzas, tiró intrépidamente su coraza, y sin llevar más que un látigo en la mano, entró por medio del campo enemigo, cruzó las filas de los soldados pasmados, hasta llegar á la tienda de Andrés, donde mandó á sus mismos guardias que le prendieran, y le trasladó á su campo sin que nadie se atreviera á decirle una palabra. Le detuvo prisionero hasta que el papa solicitó su libertad. Sin embargo, Emerico le nombró tutor de su hijo Ladislao I (ó III) (1204-5), y después de la muerte de éste, ascendió Andrés al trono. Fué padre de aquella Isabel, celebrada como protectora de la poesia y como santa.

A la muerte de Enrique, emperador franco de Constantinopla (1216), se trató de dar la corona imperial á Andrés, quien de cierto hubiera podido mejor que nadie sostener el peso de ella; pero se opuso el papa queriendo que se decidiera á emprender la cruzada, á lo cual se habia comprometido. Anteriormente hemos narrado el resultado de esta espedicion. Halló á su regreso revuelto el reino (1217), especialmente á causa de las vejaciones ejercidas sobre sus súbditos por los magnates, que habian usurpado á la corona un gran número de posesiones. Su tiránica audacia habia llegado hasta el punto de que, descontentos de ver á la reina preferir los usos alemanes á los de los húngaros, la habian dado muerte. Su hijo Bela, tanto por odio á su madrastra como por el deseo ambicioso de conservar el poder que habia ejercido durante la ausencia de Andrés, no cesaba de poner embarazos á su autoridad. De consiguiente, á fin de salir de apuros, Andrés dió á la Hungria la *Bula de Oro* (1222), constitucion que se diferencia de todas por su base. Efectivamente, confirmó en ella todos los derechos que los nobles se habian abrogado, hizo hereditarios los feudos, prohibió al rey exigir el servicio militar y las contribuciones sin el consentimiento de los nobles, y declaró que si el rey violaba estas condiciones, seria legítimo resistirle á viva fuerza.

Pero ¿quién habia de decidir si el rey habia ó no violado la constitucion? Los mismos nobles. Así jueces y partes á un mismo tiempo, declaraban siempre tiránico todo acto que tenia por objeto reprimir sus escesos (1). Hallóse, pues, la anarquia constituida legalmente, y la opresion del campesino consolidada, desde el momento en que ni siquiera tuvo por apoyo la autoridad real despojada de toda energia.

Bela IV sucedió á su padre (1235), á quien habia ya privado de toda autoridad en vida; príncipe avariento y orgulloso, persiguió á todos los que no le habian servido bajo el reinado de Andrés, y quitó á los magnates que no eran nobles el derecho de sentarse en su presencia, á escepcion de los cuatro dignatarios. Revocó las donaciones de la corona hechas anteriormente, y obligó á los palatinos á que le dieran las dos terceras partes de las rentas de sus condados. Reformó la justicia, modelando el procedimiento con arreglo al de la corte de Roma, siempre con el objeto de disminuir el poder de los grandes en provecho del poder real. La apelacion debia presentarse ante un canciller, en vez de dejar que todo litigante tuviera libre acceso cerca del rey, quien se reservaba solamente el conocimiento de los negocios más importantes.

Indispuesta la nobleza con estas medidas, ofreció el reino á Federico el Belicoso, duque de Aus-

---

(1) VERBOECZ, *Corpus juris ung.*, tom. II, pág. 38.—El famoso artículo 31 que permite la insurreccion, fué abolido en el 1687.

tria; pero este príncipe fué vencido y sujeto á un tributo; y sus parciales, así como los que intentaban someter el pais al imperio, expiaron cruelmente sus intenciones.

Invasion de los mongoles.—Mostrábase hábil en el arte de gobernar Bela; pero su carácter y las intrigas de su esposa, hija de Teodoro Lascaris, emperador de Nicea, le hicieron cometer graves errores, y entonces sobrevinieron los mongoles. Tuchi, hijo del fundador de aquel nuevo imperio, invadió el pais de los polowzos; y Kutan, jefe de los cumanos, que pertenecian á esta nacion, pidió al rey de Hungria un refugio en ciertos cantones incultos, donde en efecto fueron acogidas cincuenta mil familias con sus rebaños: recibieron el bautismo y alcanzaron libre acceso cerca de la persona del rey. Estos recien llegados continuaron viviendo como nómadas, bajo tiendas, aunque mostrándose dóciles, y ayudando á los húngaros á cultivar los campos y las viñas.

Previendo Bela que los mongoles, después de haber avasallado la Polonia y la Rusia, no perdonarian á su pais, imploró socorros de la Alemania y del papa, pero no fué oido; y los mismos húngaros, enervados y recelosos del rey, le negaron ayuda (1241). En breve cayeron sobre el pais quinientos mil tártaros; Federico de Austria, que habia acudido con un contingente de tropas, viendo á los húngaros irritados contra los cumanos á quienes el rey favorecia, divulgó el rumor de que los mongoles eran llamados por ellos. Esto bastó para que Kutan fuera degollado, y entonces los cumanos volvieron sus armas contra los húngaros y se unieron á los mongoles. Haciéndose sus guias, les ayudaron á sorprender el campamento, donde cien mil húngaros fueron muertos, entre los cuales se contaron dos arzobispos, tres obispos y muchos señores.

El rey huyó con gran trabajo: habiendo cogido Batú su sello, lo puso en una carta que dirigió á los húngaros en su nombre, diciéndoles que no se asustaran, y que permanecieran en sus hogares. Se prestó fe á esta falsa noticia, y se aprovecho de ello para tomar por asalto á Pest y á Gross-Varadin, destruyéndolas. Espalatro, Cataro, Suagio, Drivasto fueron saqueadas. Dirigiéndose enseguida Batú hácia el Oriente, hizo pregonar antes de abandonar la Hungria, que todo extranjero, libre ó esclavo, que se hallara en el campo, podia tornar á sus hogares. En su consecuencia, muchos húngaros y esclavones se aprovecharon de este permiso; pero á poca distancia fueron asaltados por el enemigo, quien les dió muerte.

Roger de Benevento (-1267), capellan del cardenal Juan de Toledo, que le habia enviado muchas veces á Hungria, ora para sus asuntos, ora para los de la Iglesia, habia llegado á ser canónigo de Varadin, después arzobispo de Espalatro, al tiempo de la invasion de los mongoles. No pudo salvar la vida sino á costa de gran trabajo; y ha escrito sus miserias así como las de las demás víctimas de aquella plaga (2). «Mientras los tártaros saqueaban á Varadin estaba yo escondido en una selva vecina, y cuando fué de noche me refugié en Pontomas, aldea alemana, á orillas del Koros; no creyéndome allí todavia seguro, busqué mi salvacion en una isla fortificada del Maros. Allí oí el saqueo de Pontomas y se me erizaron los cabellos. Entonces abandoné la isla y me engolfé en otra selva. Al dia siguiente, los tártaros invadieron la isla, donde esterminaron todo cuanto les vino á las manos. Muchos naturales que se habian refugiado en el bosque, creyendo al cabo de tres dias que ya se habria alejado el enemigo, volvieron allí para buscar víveres; pero hallaron emboscados á los tártaros, y fueron muertos. Entre tanto yo andaba errante por el bosque privado de todo. Impélido por el hambre, me veia obligado á ir de noche á la isla, para sacar de debajo de los cadáveres algun poco de carne y de harina que me llevaba á escondidas, y viví más de veinte dias oculto en las grutas, en los fosos y en los huecos de los árboles.

»Cuando los tártaros prometieron no hacer ningun daño á los habitantes que volvieran á sus hogares, no me quise fiar de su palabra, y eran fundadísimas mis sospechas: quise mejor ir en derechura á su campamento, que aguardar mi suerte en una aldea. Entreguéme, pues, á un húngaro, que se habia puesto al servicio de los tártaros, y que por gran merced se dignó admitirme entre las gentes de su comitiva. Guardé medio desnudo sus carros; y mientras permanecí á su lado tuve constantemente la muerte delante de los ojos. Un dia vi á muchos tártaros y cumanos llegar por todas partes con carros llenos de despojos y gran cantidad de bueyes y de caballos; entonces supe que en una noche habian degollado á los habitantes de todas las aldeas circunvecinas, aunque sin quemar los granos, los forrajes ni las casas: de aquí deduje que su intencion era pasar el invierno en aquel punto, lo cual se verificó efectivamente. Habian prolongado la existencia de aquellos infelices sólo para darles tiempo de hacer la cosecha, que debia ser consumida por otros (capítulos 24 y 36).

«Tan luego como los príncipes recibieron la órden de regresar á Tartaria, empezamos á retroceder con los carros cargados de botin, con los rebaños y los caballos. Los tártaros esploraban á pié las selvas para ver si se les habia escapado alguna cosa á su venida... Cuando salimos de Hungria para entrar en la Cumania, no fué lícito matar cabezas de ganado para los prisioneros; se les abandonaron sólo los intestinos, los piés y las cabezas de los animales con que se hartaban los tártaros. Entonces empezamos á temer que nos asesinaran á todos, segun daban á entender los intérpretes.

---

(2) *Miserabile carmen, seu historia super destructionem regni Hungariæ temporibus Belæ IV regis per Tartaros facta.* Se encuentra en SCHWANDTNER, *Script. rerum hungaricarum*, tom. I, Viena, 1746.

Pensé, pues, en salvarme, y fingiendo una necesidad, emprendí la carrera y me dí á correr cuanto pude por medio de la selva en compañia de mi criado. Entré en una gruta donde le hice que me cubriera con hojas y él se escondió á poca distancia. Ocultos así como en el sepulcro permanecimos dos dias sin atrevernos á levantar la cabeza, oyendo la horrible voz de los tártaros que buscaban el rebaño por la selva, ó llamaban á los prisioneros fugitivos. Acosados por el hambre salimos de nuestro escondite, y apenas descubrimos un hombre, echamos á correr llenos de espanto: hizo él lo mismo, luego nos miramos, y como estaba sin armas, nos hicimos una mútua señal para acercarnos. Nos contamos las pruebas por las cuales habiamos pasado y deliberamos acerca de lo que hariamos. Alentados por nuestra confianza en Dios, llegamos á la estremidad de la selva; y subiéndonos á un árbol de alta copa, vimos que los paises que los tártaros habian perdonado la primera vez que pasaron por allí, estaban ahora devastados. ¡Oh dolor! emprendimos el camino á través de aquel desierto, dirigidos por las torres de las iglesias, y nos teniamos por dichosos cuando hallábamos puerros, ajos ó cebollas en las destrozadas huertas: por lo demás viviamos de raices.

Ocho dias después de nuestra salida de la selva llegamos á Alba *(Alba Julia?)*, donde no se veian más que osamentas sin sepultura, y donde los muros de las iglesias y de los palacios estaban manchados todavia de sangre cristiana: á diez millas de allí, cerca de un bosque, habia una casa de campo llamada vulgarmente la *Frata*, y cuatro millas más lejos una alta montaña, donde muchos habitantes habian buscado refugio. Se felicitaron con nosotros sollozando, y nos preguntaron acerca de los peligros que habiamos corrido, ofreciéndonos pan negro hecho con harina mezclada de corteza de encina y que nos pareció de azúcar. Estuvimos allí un mes sin atrevernos á dar un paso fuera; pero enviamos á menudo á los más determinados á espiar si los tártaros se habian quedado, temerosos siempre de que su retirada fuera fingida, y de que volvieran para asesinar á los que se habian librado de su barbarie. Aunque la necesidad de víveres nos obligase por momentos á bajar á los lugares habitados en otro tiempo, jamás abandonamos completamente este asilo hasta después de la vuelta de Bela» (cap. 20.)

Con efecto, después de haber ejercitado por espacio de dos años una ferocidad sistemática, á la cual seria difícil dar crédito, informados los mongoles de la muerte de Oktay-kan, habian evacuado la Hungria, aunque no sin degollar antes á todos los prisioneros. Entonces Bela, que se habia refugiado en las islas del Adriático, volvió con los húngaros fugitivos (1244), algunos dálmatas, y caballeros de San Juan. Inmediatamente los que habian sobrevivido salieron de las grutas y de las selvas. El rey mandó traer de los paises comarcanos granos, rebaños, colonos. Reedificó las iglesias y las murallas de las ciudades; se aplicó á poner remedio á los males del pais, y se mostró agradecido á los que habian acudido á su socorro en medio de sus calamidades. Perdonados los cumanos en todas aquellas matanzas, se hallaban superiores en número á los húngaros: en su consecuencia, Bela no permitió que se eligieran un jefe, y él mismo se tituló su rey. Atacó á Federico de Austria, que se habia apoderado de muchos distritos y que pereció en una batalla, de la cual salia victorioso: este fué el último vástago de la antigua línea austriaca de Bamberg (1246).

El rey de Bohemia, que derrotó á Bela en una sangrienta batalla (1270), continuó la guerra contra Esteban IV (ó V), su hijo, quien se vió obligado á someterse á condiciones onerosas. Este príncipe dejó un hijo, Ladislao IV (1272), de edad de diez años, quien mal educado por su madre, se abandonó á los placeres y á las lisonjas de los cortesanos. Mostró preferencia hácia los cumanos, de quienes su madre era compatriota, adoptando sus usos y su modo de vestir. Se aprovecharon de esto para volver á la idolatria y á su antigua division en siete tribus, cada una con su jefe, ultrajando de este modo la nacionalidad y la religion de los húngaros.

Un legado que envió el papa Nicolás III para poner remedio al desórden, indujo al rey á separarse de los cumanos, y persuadió á éstos á convertirse y hasta á mudar de residencia, mediante ciertos privilegios y el derecho de conservar el traje nacional, la cabeza rapada y la barba corta. Luego en el concilio de Buda (1279) el mismo legado promulgó diversas constituciones, por las cuales el clero quedó dispensado de los servicios feudales y militares, se privó á los seglares del derecho de patronato y de investidura, como tambien del de imponer contribuciones á los bienes eclesiásticos, aun en el caso de peligro de la patria; por último, se autorizaron las apelaciones de los tribunales seculares á la corte de Roma. Todo esto se habia decidido sin intervencion del rey, que saliendo al fin de su indolencia, redujo al hambre á los prelados reunidos en Buda, y les obligó á dispersarse antes de terminar el concilio, del cual no quedó más que la ereccion de Estrigonia en sede primada de aquel reino.

Con más resolucion procedieron los nobles; prevaliéndose del derecho de insurreccion, hicieron al rey prisionero, y le indujeron así á seguir su voluntad en todo, hasta el punto de hacer la guerra á los cumanos, esterminando á muchos de ellos como traidores (1285). Fuéronlo de cierto los demás para defenderse, y llamaron de nuevo á los mongoles. Llegaron estos; pero hallando todas las cumbres coronadas por una fortaleza, y encerrados los víveres dentro del recinto de sus murallas, perecieron casi todos sin que hubiera necesidad de combatirlos.

No bien recuperó la libertad Ladislao, repudió á su esposa. Escomulgado por este motivo, volvió

á favorecer á los cumanos y á los placeres; pero tres maridos ultrajados en su honra le dieron muerte (1290).

Andrés II habia dejado á su mujer en cinta, del único vástago ya existente de la familia de Arpad. Fué coronado bajo el nombre de Andrés III el Veneciano. Pero Rodolfo de Habsburgo pretendió tener, en calidad de emperador, derecho para disponer del reino, y se lo adjudicó á su hijo Alberto. Por su parte, Nicolás IV, considerando á la Hungria como feudo de la Iglesia, dió su investidura á Cárlos Martel, hijo del rey de Nápoles, Cárlos II, y de Maria, hermana del último rey Ladislao. Andrés quedó vencedor de ambos; pero cuando Caroberto, heredero de Cárlos Martel, llegó al pais y vió declararse en su favor á todas las provincias marítimas (1301), murió de pesadumbre, y con él se estinguió la familia de Arpad. Habia dado en tres siglos veinte y tres soberanos á la Hungria: la corta duracion de sus reinados impidió que el poder monárquico se consolidara, aunque entre el número de estos reyes se habian contado insignes personajes.

Hasta entonces habia sido hereditario el reino en la descendencia de Almo, á quien los madgiares habian prometido fidelidad desde la primera vez que salieron de sus moradas natales. El rey debia ser coronado: residia alternativamente en un lugar ó en otro, para administrar justicia ó celebrar fiestas á costa de las ciudades ó de los magnates, en cuya jurisdiccion se encontraba. Tenia por consejo el senado real, estándole agregados grandes dignatarios, á la cabeza de los cuales figuraba el palatino del reino. La *collecta denariorum*, que se pagaba en tres veces, y el *lucrum cameræ* anual para la fabricacion de la moneda constituian sus rentas, además de lo que le producian sus dominios en especie, de la vigésima parte de los bienes eclesiásticos y de los infeudados, del diezmo sobre el vino y sobre la sangre, de las pieles de marta, de diferentes derechos sobre los mercados, el peaje, la sal, los comestibles; pero lo peculiar del pais era que ciertas corporaciones estaban obligadas á proveer á las necesidades de la corte, en cambio de los privilegios de que disfrutaban.

Los palatinos reunian la administracion de justicia, el gobierno político y el poder militar, empleando para estas diferentes atribuciones condes inferiores. Administraban justicia asistidos de jueces (*bilot*), y de ejecutores (*priastalos*). Presentábase la apelacion de sus sentencias ante el palatino del reino ó ante el gran juez de la corte, que tres veces al año establecia su tribunal en tres lugares distintos bajo la presidencia del rey. Eran confiscados los bienes de los contumaces en provecho del palatino; pero podia rescatarlos su familia. Cada conde enviaba dos ó tres diputados á la asamblea anual de los Estados, convocada en Alba Real.

El esclavo doméstico y el siervo del terruño eran considerados como cosas y no como personas. Los aldeanos libres, propietarios obligados á ciertas prestaciones ó arrendatarios, estaban divididos en centenas ó en decenas de jefes de casa (3). Los hombres del concejo privilegiados, exentos de estas prestaciones, estaban obligados á ciertos servios segun las estipulaciones de sus cartas. Los colonos alemanes llamados para trabajar en los campos ó en las minas, formaban concejos completamente libres; pero ninguna ciudad podia intervenir en los Estados. Después de las ciudades venian los vasallos del rey (*jobbagyes*), que estaban obligados grandes y pequeños al servicio militar.

La primera clase de la nacion era la nobleza descendiente de las ciento diez y ocho familias madgiares llegadas con Arpad y que se habian repartido la Hungria. Su patrimonio (*descensus*) era completamente libre, ventaja otorgada posteriormente á otros advenedizos. Cada familia noble, como igualmente cada obispo, enarbolaba su bandera, que seguia una octava ó décima parte de la poblacion; tropas mandadas por un conde estaban destinadas á la custodia de las fronteras.

Aun cuando esta nacion participase más que ninguna otra de Europa del carácter y de las costumbres asiáticas, sin embargo, tardó poco en acostumbrarse á la civilizacion europea. Desde el reinado de san Estéban empezaron á desenvolverse el cristianismo y la literatura, que tomaron mayor incremento en la época en que los Angioinos estrecharon sus relaciones con la Italia.

---

(3) Segismundo decretó la pena de muerte contra el villano que matase á su señor; si, por el contrario, éste mataba á su siervo, se le imponia una multa, que á consecuencia de la alteracion que sufrió la moneda, vino á reducirse á nada.

CAPÍTULO XXII

INGLATERRA Y ESCOCIA.

Arturo.—Ricardo Corazon de Leon no habia dejado legítimo heredero: de consiguiente, su sucesion debia pasar á un hijo de su hermano Godofredo II, duque de Bretaña. Confiados siempre los armóricos en una restauracion próxima, habian puesto á este jóven príncipe el nombre de su fabuloso Arturo y le habian proclamado su duque, con la esperanza que les halagaba de tener en él un príncipe nacional. Ricardo, después de haber intentado infructuosamente desembarazarse de su persona, le habia reconocido al cabo por su sucesor; pero habiéndose reconciliado posteriormente con su hermano Juan Sin Tierra, lo llamó al trono, exhortando en la hora de su muerte á los ingleses y á los normandos que lo prefirieran á un niño. Con efecto, Juan recibió el juramento de fidelidad de los unos y de los otros. Ofreció en su persona la mezcla de vicios opuestos, sin ninguna virtud, ni aun siquiera aparente: colérico, disoluto, insolente, caprichoso, lleno de orgullo en la prosperidad, pusilánime en los reveses, quiso reinar como déspota, y se envileció á sí y á la nacion; pero ella levantó cabeza y afianzó sus libertades.

Entretanto los vasallos del Anjú, del Maine y de la Turena, considerando á los príncipes normandos como extranjeros desde que reinaban en Inglaterra, se declararon en favor de Arturo. Por su parte, Felipe Augusto, sin profesarle un interés particular, aunque por causar algun embarazo á la Inglaterra y proporcionarse la adquisicion de aquellas provincias, le confirió la investidura de ellas, así como la del Poitou y de la Normandia. Esta fué para Arturo una proteccion onerosa, y que no tenia más objeto que el de debilitar el pais; y si Arturo espresaba alguna queja al ver que se desmantelaban sus fortalezas, el rey le respondia: «¿Pues qué? ¿No puedo yo hacer lo que mejor me plazca en mis tierras?»

Entonces Arturo huyó de Paris á Londres; pero su tio, no menos desleal, trató de prenderle, por lo que volvió á trasladarse á Francia, y Felipe le tuvo en reserva para oponérsele á Juan en el caso de que llegara á estallar la guerra. Entretanto le indujo á actos de condescendencia imprudente, sin hacer más caso de los derechos del mancebo que de los deseos de la poblacion que cifraba en él su esperanza. Habiendo llegado Juan al Poitou, citó á su tribunal á sus vasallos (1201), teniendo cuidado de hacerse rodear de una tropa de valentones, con quienes queria obligarles á batirse en palenque cerrado; pero se pusieron de acuerdo para no comparecer ninguno. Convidado á las fiestas nupciales de Hugo el Moreno, conde de la Marca, con Isabel de Angulema, robó á la novia; desman tanto más grave, cuanto que las leyes feudales hacian del señor territorial una especie de padre respecto del vasallo.

Corrieron á las armas los poitevinos así como los lemosinos y los bretones; y Felipe Augusto puso á su cabeza á Arturo después de haberle armado caballero; pero este jóven príncipe cayó por traicion en manos de su tio, y ya nada se supo de él sino por los rumores que circularon acerca de su atroz muerte. Acusando los bretones á Juan de haberle asesinado, acudieron á Felipe Augusto, quien encantado de la ocasion que se le ofrecia de ejercer su soberania en aquel pais, intimó á Juan que compareciera á defenderse ante sus pares (1202). Habiéndose abstenido de verificarlo, Felipe le declaró depuesto, como culpable de felonia, de todos los feudos que tenia en el territorio de la corona de Francia; en su consecuencia, ocupó la Bretaña que se entregó de buena voluntad á su persona, invadió la Normandia, que se defendió flojamente. Fueron los enviados de Ruan á esponer á Juan que con trabajo habian

obtenido un armisticio de quince dias, espirado el cual se verian obligados á rendirse, le encontraron jugando al ajedrez; no quiso oirles hasta después de haber acabado la partida, y entonces les respondió de este modo: «No puedo socorreros tan pronto, haced lo que mejor os cuadre.»

Juan Sin Tierra.—No sabian á que atribuir los señores, á no ser á algun sortilegio, tan vil indolencia (1203): así es que abandonaban sus banderas y se retiraban á sus castillos. Ruan se vió obligada á capitular de resultas, y toda la provincia pasó á la corona de Francia con el Poitou, el Maine, el Anjú y la Turena. Una porcion de gentes hábiles acudieron á Inglaterra desde los paises que acababa de perder este reino, se insinuaron en la confianza de Juan, y obtuvieron matrimonios brillantes, cargos, feudos, que quitaba el rey hasta á los antiguos normandos. Apercibiéndose sobradamente de que la antigua nobleza les miraba de mal ojo, se apresuraban los recien llegados á esquilmar el pais con vejaciones de todo género: de aquí resultó que una opresion y un odio comun reunieron á las dos razas de los anglo-sajones y de los normandos, temerosas ambas de que el rey quisiera despojarlas de sus bienes para donárselos á sus nuevos huéspedes. De aquí una viva irritacion en contra suya, luego la guerra, que parecia aspiraba á atraerse por todos los medios.

Tambien se ganó la enemistad de Inocencio III (1), uno de los papas más enérgicos. Contra el uso establecido en los demás reinos, diversas abadias de Inglaterra constituian el capítulo de ciertas catedrales, con facultad de elegir á los obispos: este privilegio inspiraba recelos á los reyes, quienes temian ver á alguno de sus enemigos llamado á estas altas dignidades que hubieran querido poder dar por via de recompensa á sus hechuras. Principalmente los monges de Cristchurch, conservaban con grande esmero un antiguo derecho de los vencidos, el de elegir al arzobispo de Cantorbery, primado de Inglaterra, y muy poderoso, como hemos visto, atendido á que era el verdadero jefe del pais de Kent, donde se mantenia el antiguo espíritu sajon. Habiendo muerto Huberto (1205), los religiosos más jóvenes se apresuraron á nombrarle un sucesor sin tener en cuenta el voto del rey, al par que los viejos, dóciles á sus recomendaciones, nombraban á otro por su parte. En vista de este conflicto, el papa anuló ambos nombramientos, aunque reconociendo siempre el derecho de los monges, vedándoles hacer caso de las recomendaciones del rey; pero les insinuaba que nombraran al sábio y virtuoso cardenal Esteban Langton, de raza sajona, que habia sido profesor y canciller de la universidad de Paris. Juan se negó á consentir en ello á pesar de las cartas afectuosas que recibia del papa, quien le dirigia presentes y elogios. Espulsó á los monges de la isla, y juró que si el pontífice pronunciaba contra él entredicho, confiscaria todos los bienes del clero y cortaria las narices y las orejas á cuantos romanos encontrara en Inglaterra (1208).

Pero nada podia asustar á Inocencio III cuando se trataba de lo que él creia que entraba en el círculo de sus deberes. Fulmina la escomunion, y Juan pone en práctica la violencia para conjurar sus efectos. Habiendo hecho dimision de sus funciones el archidiácono Geoffroy, como miembro del tribunal del fisco, le hace perecer bajo una capa de plomo; exige rehenes de todos los barones que no se atreven á negarle el homenaje, y recompensa á un sacerdote por haber predicado que el rey era un azote de Dios y que era forzoso sufrirle como á ministro de la cólera celeste. Usurpa además los bienes eclesiásticos, espulsa á todos los sacerdotes que obedecen el entredicho, encierra á los monges en sus conventos, viola á las doncellas nobles, roba á las iglesias y á las ciudades cuanta plata encuentra para asalariar á las tropas, exige dinero á los judios, mandando arrancar los dientes á los

---

(1) Ya á invitacion de Juan, habia recordado este pontífice al rey de Francia la observancia de los tratados, y avocado ante él la diferencia que existia entre ellos. La carta relativa á este asunto es de grande importancia, en atencion á que daba á conocer los motivos en que fundaban los papas lo que se ha llamado erradamente su autoridad temporal. Inocencio cita ante todo estas palabras del Evangelio: *Si tu hermano peca contra tí, vé y corrígele entre tí y él solamente... Si no se rinde á la razon, toma á otros dos ó tres en tu compañia... y si se niega á oirte, da aviso á la Iglesia; pero si tambien descuidare oir á la Iglesia, ténle por pagano y por publicano* (San Mateo, XVIII, 15, 17). «Ahora bien, continua, el rey de Inglaterra, sostiene que el soberano francés, dando una ejecucion violenta á una sentencia injusta, ha pecado en daño suyo. En su consecuencia, le ha advertido de su desman del modo que prescribe el Evangelio; y al ver que no le hacia caso, ha apelado segun el precepto evangélico á la Iglesia. ¿Cómo nos, á quien la Divina Providencia ha puesto al frente de ella, podíamos desentendernos del mandamiento divino? ¿Cómo vacilaríamos en proceder segun el método indicado por el mismo Jesucristo...? No nos abrogamos el derecho de juzgar en lo concerniente al feudo; esto pertenece al rey de Francia; pero tenemos el derecho de juzgar en lo relativo al pecado; y este derecho es deber nuestro ejercitarlo contra el que peca, quien quiera que fuere... Se ha establecido por la ley imperial, que si una de las partes contendientes prefiere el juicio de la silla apostólica al del magistrado civil, esté obligada la otra parte á someterse á este juicio (*Apud Grat. caus.* II *q.* I, *cant.* 35). No obstante, si hacemos mencion de esto, no es porque fundemos nuestra jurisdiccion en ninguna autoridad civil. Dios nos ha impuesto el deber de reprender al que cae en pecado mortal, y si no hiciere caso de nuestra reprimenda, á obligarle á que se enmiende por medio de censuras eclesiásticas. Además, los dos reyes han prestado juramento sobre la observancia del último tratado de paz, y sin embargo Felipe le ha violado. Está generalmente admitido que corresponde á los tribunales espirituales juzgar el perjurio. De consiguiente, tambien nos asiste el derecho de llamar á nuestro tribunal á las partes.» Cap. *Novit.* 13, *de judiciis.*

recalcitrantes; en suma, representa el papel de Satanás en contra de la Iglesia. Pero al mismo tiempo se enajena tambien la voluntad de los seglares, haciendo ejecutar con más rigor que nunca las leyes forestales, imponiendo contribuciones arbitrarias, arrastrando á sus súbditos á la guerra contra la Irlanda, la Escocia y el pais de Gales, donde todo lo estermina para tener ocupados á los magnates ingleses (2).

Empeñados se hallaban entonces el papa y los príncipes en la guerra contra los albigenses; pero tan luego como la suerte de las armas fué contraria á los herejes, Inocencio III pronunció la destitucion de Juan (1212), publicó la cruzada en contra suya, y encargó á Felipe Augusto, á quien adjudicó el reino, de la ejecucion de la sentencia. El rey de Francia equipó una formidable escuadra, y Juan por su parte puso en pié de guerra sesenta mil hombres; pero se apercibió al instante de cuán escaso era el número de aquellos en quienes podia tener confianza. Humillando, pues, su soberbia ante la inminencia del peligro, suscribió á la obligacion de obedecer en todo el papa, de reconocer al arzobispo de Cantorbery, de volver á llamar á las personas espulsadas, y de pagar al papa mil libras esterlinas cada año, rindiéndole homenaje á nombre de Inglaterra y de Irlanda, patrimonio de san Pedro, con promesa de restablecer las leyes de Eduardo.

Semejantes vasallajes no desagradaban entonces como desagradarian actualmente: el rey de Inglaterra habia reconocido siempre por señor feudal al rey de Francia. Enrique II habia prestado homenaje á Alejandro III, Ricardo al emperador. Sin embargo, esta sumision absoluta habia parecido un profundo envilecimiento, y el descontento llegó á su colmo. Felipe Augusto abrazó entonces el partido de dirigir sus armas contra los flamencos, poblacion industriosa, aunque pasaba por inclinarse á la herejia. Sembró en el pais el destrozo, y tomó á Dam, Cassel, Ypres, Brujas: puso asedio á Gante; pero la escuadra de Juan vino en ayuda de esta ciudad, y los franceses se vieron obligados á quemar la suya.

Juan se habia reconciliado con la Iglesia á la fuerza y no por afecto. Habiéndole ocurrido á un sacerdote vaticinar que no seria ya rey para el dia de la Ascencion, quiso demostrar que no era mandando que se le atara á la cola de un caballo; viendo después que los albigenses habian acabado por sucumbir bajo el esfuerzo de la cruzada, pensó en aliarse con los Almohades de España, á quienes ofreció hasta hacerse mahometano. Pero sacó de ello solamente negativas y una nueva humillacion. De consiguiente empezó á reunir tropas y á aguijonear á los belgas: pasando luego al mar en mitad del invierno (1214), desembarcó en la Rochela para atacar á Felipe por mediodia, mientras que los flamencos y los alemanes se adelantaban por el lado opuesto.

El poder de Felipe empezaba á escitar la desconfianza de los señores: hallábanse los del Poitou descontentos de la dominacion nueva: de la espedicion última tenian que tomar venganza los flamencos; y de consiguiente se formó una liga para humillar á la Francia. Los dos ejércitos, que no contaban más que de quince á veinte mil guerreros, se encontraron en Bovines (27 de julio). Felipe Augusto peleó allí en persona, así como el emperador Oton al frente de la flor y nata de sus caballos y de los terribles brabanzones. Del monarca francés fué la victoria: Juan zozobró igualmente en su empresa, y tuvo á singular fortuna que el papa, como su señor feudal, le alcanzara una tregua al precio de sesenta mil marcos de plata. Volvió infamado y pobre á Inglaterra, de donde habia partido fulminando amenazas, y su humillacion añadió el menosprecio al odio entre los señores á quienes despojaba, y entre el clero á quien ofendia. Entonces el arzobispo de Cantorbery, que ya habia resistido muchas veces á los furores y á los actos arbitrarios de Juan, desenterró una copia de aquella carta que Enrique I habia otorgado en 1110 y derogado al punto (3); y exhortó á los descontentos á reclamar sus antiguos derechos. Habiéndose, pues, reunido (20 noviembre) en la abadia de Edmonsburgo formaron una confederacion á fin de obligar á Juan á que, para obtener su absolucion, cumpliera todo lo que habia prometido.

Juan probó á reconciliarse con el clero (1215), comprometiéndose á dejar libres las elecciones; hasta tomó la cruz, lo cual hizo que el papa declarara la confederacion disuelta, al propio tiempo que exhortaba al rey á proponer á sus súbditos buenas condiciones. Pero el clero permaneció unido á los patriotas, les secundaron las ciudades que ya disfrutaban de privilegios: *desconfiaron del rey* los barones renunciando solemnemente á su juramento de fidelidad. Roberto Fitz Walter (1215), á quien eligieron por jefe, tomó el título de mariscal del ejército de Dios y de la Iglesia y ocupó á Londres.

Carta Magna.—Después de haberse esforzado el rey vanamente para que se remitiera al papa la decision de la disputa, se vió obligado á entrar en negociaciones. Tuvo lugar la conferencia en presencia de los dos ejércitos acampados en la llanura de Runnymead. Allí fué donde el rey firmó la *Carta Magna* (19 de junio). Prometió en ella no atentar á los derechos de nadie, restablecer el gobierno y la justicia, segun las costumbres anglosajonas y normandas, que ninguno seria preso, espropiado ó desterrado, ni ofendido de cualquier otro modo, sin haber sido juzgado primeramente por sus pares; que la justicia no seria rehusada, dilatada, ni vendida; que el tribunal no seguiria al

(2) *Cunctis murmurantibus, sed contradicere non audentibus.* MATIAS PARIS.

(3) Véase tom. V, pág. 366.

rey, sino que residiria en Westminster á los ojos del pueblo, y que los jueces serian personas versadas en el conocimiento de las leyes. Se confirmó á las ciudades en sus privilegios y libres costumbres, y se les relevó de servicios gravosos. Cada cual podia ir y venir á su antojo con plena seguridad de sus personas y de sus bienes. Los laudemios y prestaciones de los feudatarios así como los derechos de tutela, se determinaron con más exactitud, y quedó abolido el abuso de hacer contraer matrimonio á las viudas y á las herederas contra su gusto. El rey no podia exigir subsidios de sus vasallos sino en el caso de que se encontrase prisionero, cuando armase á su caballero primogénito, ó estuviese á punto de casar á su hija mayor. Por lo demás se suprimieron completamente los alojamientos y los forrajes que se suministraban antes cuando viajaba: no podia imponer contribuciones, ni hacer levas de hombres, sino con el consentimiento de los grandes, es decir, de los arzobispos, obispos, abades, condes, magnates y barones (4). El clero tendria la libertad de las elecciones, su jurisdiccion propia, la facultad de salir del reino, y el derecho de apelacion al papa.

Juan no vió en este pacto, que debia elevar á tan grande altura el poder de la nacion inglesa, más que una restriccion de sus derechos. Así es que exclamó indignado: «Ya no les faltaba más que pedirme tambien la corona.» Los confederados por su parte no tenian más objeto que afianzar el sistema feudal. Por consiguiente, todo cuanto en la carta se estipulaba, era solamente á favor de la nobleza y del alto clero; nada se concedia en ella á los oficiales subalternos del gobierno, ni á las clases populares á pesar de ser las más numerosas; muy poco á las ciudades, que no tuvieron representacion nacional, sino cuando llegaron á ser miembros del feudalismo. Los parlamentos que allí se mencionan, eran simplemente asambleas militares, en las que se trataba de las guerras que debian emprenderse, de la tranquilidad interior y de los medios de esquilmar más al pueblo, sin que aquellas reuniones se asemejasen en nada á las dos cámaras actuales, una hereditaria representante de la propiedad territorial, y la otra colectiva, compuesta de los representantes de la nacion. Ni siquiera se establecen en la Carta Magna anchas bases legislativas, ni mejoras reales en la jurisprudencia. Sin embargo, obligando á los jueces á conocer las leyes, se hallaba trasferido el poder judicial de los hombres de guerra á los hombres de estudio. La intencion de llegar á mejoras efectivas quedaba mejor determinada que lo estaba antes, cuando se limitaba á invocar las mal conocidas leyes del rey Eduardo, lo cual no era más que un medio de pedir la represion de los abusos introducidos por la conquista en la recaudacion de los impuestos y en el sistema feudal. Tocante al pueblo, hemos visto, después de la conquista del pais, á los vencidos repartidos entre los barones, que tomaron el nombre de las tierras en que se establecia cada uno de ellos, así como su general tomaba el título de rey de Inglaterra. A semejanza suya tenian sargentos y administradores para el gobierno de sus bienes y para percibir los impuestos, y á esta gente se llamaba la corte. Cuando el rey llegaba á los dominios de un baron, vivia á costa de los habitantes. Así es que huian á los bosques. Por su parte los señores anhelaban muy poco estas visitas, que redundaban en detrimento de su propiedad, y aspiraban á disfrutar lo menos posible de la presencia del rey, así como á poner coto á las depredaciones de sus agentes. De aquí resultaron disensiones que vinieron á ser ventajosas al pueblo, porque la Carta Magna limitó los casos en que podia el rey alistar gentes para las construcciones ó para servicios personales, ó poner en requisicion carros, animales y granos.

Pero lo que contribuyó más que todo á su emancipacion fué que el rey, quizá para vengarse de los nobles, les obligó á su vez á no exigir más que impuestos regulares, á dejar al pueblo viajar ó formar asociaciones en beneficio de la industria; y por último, estipuló que estarian obligados á conceder á todos los hombres libres los mismos derechos que habian adquirido del rey los barones seglares ó eclesiásticos. De esta suerte lo que antes era privilegio feudal, vino á ser popular franquicia, y así como no se podian embargar el caballo de batalla ni las armas de un caballero, prohibióse tambien quitar al pobre los instrumentos de su profesion, su modo de ganar el pan, y las dos razas permanecieron unidas en el goce de los mismos derechos y teniendo que soportar las mismas cargas.

Una monarquia como la de Inglaterra, en que sin revolucion se pueden introducir todas las perfecciones, las ha producido notables en el estatuto originario: sin embargo, continúa siendo su base fundamental la Carta Magna, enlazándose como confirmacion ó esplicacion de ella las que la han seguido. Allí están indicados de una manera terminante los caractéres que distinguen á una monarquia templada de una monarquia absoluta: consta tambien la igualdad de los derechos civiles para todos los hombres libres; la solicitud por los intereses del pueblo al propio tiempo que las reales prerogativas, que están aseguradas como los derechos de la dinastia, previendo hasta el caso de una invasion nueva.

A fin de proporcionarse seguridades los barones en punto al mantenimiento de la Carta Magna, quisieron ante todo que no permaneciera al lado del rey ningun consejero extranjero, ni tropas algunas continentales; que Lóndres fuera entregada á sus manos, y que veinte y cinco barones *conservadores* estuvieran encargados de vigilar al rey y á sus oficiales, para asegurar los derechos de cada uno por el solo medio que se conocia entonces, el lla-

(4) Este artículo fué borrado posteriormente bajo Enrique III.

mamiento á las armas. Regocijóse el pueblo de ver á los extranjeros escluidos de los empleos, y se vengó saqueando sus bienes y deteniendo á todo el que no tenia traza de ser del pais en los caminos. Entre tanto el rey bramaba y se estremecia de la concesion que se habia visto en la necesidad de hacer. Retirado á la isla de Wight acechaba un pretesto para volver á comenzar la guerra; y mientras se presentaba coyuntura, se dedicaba á la piratería á fin de distraerse. Luego hizo circular en el continente un bando, ofreciendo á los aventureros brabanzones y poitevinos que quisieran entrar á su servicio, las tierras que los barones rebeldes poseian en Inglaterra; multitud de aquellos acudieron á este llamamiento. Al propio tiempo hizo creer en Roma con falsos informes que las concesiones que se habia visto obligado á otorgar, perjudicaban al derecho del papa, como soberano de la Isla, y á las prerogativas de Juan en su cualidad de cruzado. Bajo este supuesto, anuló el papa el pacto jurado; entonces Juan cayó de improviso sobre los barones, y llevó la devastacion por el pais.

Arrancados los conservadores de una seguridad demasiado confiada, se dirigieron á Luis, primogénito de Felipe Augusto, sobrino de Juan Sin Tierra, como esposo de Blanca de Castilla, y le ofrecieron la corona de Inglaterra, á condicion de que confirmara la Carta. Luis aceptó la oferta, á pesar de la oposicion declarada del papa y de la oposicion aparente de su padre. Pasó, pues, á Inglaterra, donde Juan se encontró abandonado, y reducido á vivir cotidianamente con lo que saqueaba. Cuando, merced á estas fechorias, hubo reunido una suma bastante considerable, pensó en tomar á sueldo un nuevo ejército; pero perdió este dinero al pasar un rio, y la rabia que le hizo sentir este accidente le produjo una enfermedad de que murió, á los 50 años (1216) abominado y despreciado de todos (5).

Como los ingleses habian apelado á los franceses, no por afecto hácia ellos, sino para librarse de un mal más grave, no tardaron en mirar de reojo en su seno á aquellos extranjeros, y se declararon por Enrique, hijo de Juan, que era inocente de las culpas de su padre. Fueron derrotados los franceses y obligados á reembarcarse para dejar el trono á un príncipe anglo-normando. Durante los cincuenta y seis años de su reinado no mostró Enrique III perversidad de corazon, aunque sí una total falta de energia: preservó al reino de las invasiones extranjeras, pero no de la guerra civil. Después de haber recibido la corona en Glocester, tuvo que admitir por regente á Guillermo, conde de Pembroke, á quien era deudor de ella. La Carta Magna, que hubo de confirmar sin demora, recibió por via de adicion muchos artículos, que por una parte estendian el poder real algun tanto, y por otra el de los feudatarios, á quienes atribuian especialmente el derecho de caza. Pero inmediatamente que el papa, á quien Enrique prestó homenaje ligio, le hubo declarado mayor de edad, intimando á los nobles y á los barones que le restituyeran los castillos por ellos usurpados, que segun se dice, ascendian á mil ciento quince, anuló la carta de las selvas, por habérsele arrancado en el tiempo de su minoria (1227): esto produjo graves disgustos. Bajo el nuevo rey, hijo de una mujer poitevina y esposo de una provenzal, se hallaron completamente invadidos los empleos por los poitevinos, por los provenzales, por hombres de Italia y de Saboya. Doncellas pobres fueron dadas en matrimonio á opulentos pupilos; y personajes que ni siquiera sabian la lengua del pais, fueron promovidos á las sillas eclesiásticas. El poitevino Pedro des Roches, obispo de Winchester, era el ministro y el confidente del rey, y cuando se dirigian á él para reclamar la ejecucion de las leyes y de la constitucion, respondia: *Yo no soy inglés para conocer vuestra Carta y vuestras leyes.*

Reuniéronse, pues, los barones y los ciudadanos, prometiendo sobre los Santos Evangelios protegerse recíprocamente y hacerse justicia á sí propios. Estaba á punto de estallar la rebelion, cuando Edmundo, arzobispo de Cantorbery, indujo al rey, llegando hasta amenazarle con la escomunion, á deponer á su indigno ministro, que fué desterrado en union de todos los suyos. Sin embargo, quedaban todavia una porcion de parientes de la reina Leonor, que habian abandonado sus pobres posesiones para ir á buscar fortuna á Inglaterra. Por otra parte los papas sacaban dinero al pais bajo pretesto de la cruzada; luego atrajeron á sí las rentas de los beneficios vacantes, la vigésima parte de todas las rentas eclesiásticas y los espolios de los titulares muertos *ab intestato*, así como la colacion de los beneficios. No faltaban nuevos pretestos para oprimir con vejámenes al reino; de tal manera, que se calculó que sesenta mil marcos de plata, es decir, más de la renta del rey, pasaba todos los años de Inglaterra á Italia. Otras sumas de dinero tomaron además esta direccion cuando el rey admitió para su hijo la corona de Sicilia, comprometiéndose á pagar 135,547 marcos cuando se declarase la cruzada contra Manfredo.

Para subvenir á sus prodigalidades hizo Enrique desde luego que un *parlamento* le concediera una cuadragésima parte de todos los bienes muebles de sus súbditos, después una trigésima, luego una tercera parte de cuanto poseian los judios. A pesar de todo, estrechado por la necesidad y no bastándole lo que sacaba por fuerza en granos y en ganado en los campos, ni con las contribuciones que imponia á los buques extranjeros, tuvo que convocar el consejo de barones y de prelados en Westminster, donde renovó la Carta á condicion de que se le suministrarian subsidios (2 de Mayo de 1253).

(5) *Quis dolet aut doluit de regis morte Johannis?*
Sordido fœdatur fœtente Johanne gehenna.
Script. Rer. Anglic.

Esta carta fué leida con cirios encendidos, en presencia de los obispos y de los abades, quienes declararon escomulgado á todo el que violara el pacto nacional, y esclamaron volviendo sus cirios hácia tierra y apagándolos: «Así se apague en el infierno y deje en pos un triste renombre todo el que incurra en semejante escomunion. Así sea,» añadió el monarca: «Yo juro observar inviolablemente esas condiciones como hombre, como cristiano, como caballero, como rey coronado y consagrado.»

Simon de Monforte.—Pero no le contuvieron juramentos ni anatemas. Siendo impotente todo otro medio, hubo necesidad de recurrir á la fuerza. Simon de Monforte, hijo del esterminador de los albigenses y cuñado del rey, quien le nombró conde de Leicester, si bien le tenia alternativamente en favor y en desgracia, fué aunque extranjero, el jefe que los descontentos pusieron á su cabeza (1258). Su negativa de suministrar al rey las sumas necesarias para pagar la corona de Sicilia, le obligaron á convocar en Oxford la asamblea que se designó después con el nombre de parlamento rabioso. Habiéndose presentado allí los barones con sus vasallos armados, forzaron al rey á suscribir cuanto fué de su gusto (11 de Junio); y se decretó que doce personas escogidas entre los oficiales del rey, con un número igual de barones, bajo la presidencia del conde de Leicester, se ocuparan en reformar el Estado. Después de haber confirmado la Carta Magna, decidieron que el parlamento se reuniria tres veces al año, que se elegiria un gran juez nacional, que ningun extranjero tendria el mando de una fortaleza ni la gestion de una tutela, que no se plantarian nuevos bosques ni sotos para la cria de conejos, que no se darian en arrendamiento las rentas de ningun condado ni posesion centenaria; que en cada condado se elegirian cuatro caballeros para oir los agravios de los habitantes y someterlos al más próximo parlamento.

Pero no movia tanto á los veinte y cuatro comisarios el deseo de hacer el bien público como el de perpetuar su poder, de humillar al rey y de establecer una oligarquia. Consiguiéronlo por espacio de nueve años; luego la discordia estalló entre ellos: adhiriéndose los unos á Leicester, los otros á Glocester, quien por rivalidad se habia hecho realista. Recurrió el rey al papa, quien anuló las provisiones de Oxford, y le dispensó, así como á la nacion, de mantenerlas (1261). En su consecuencia Enrique destituyó á los oficiales nombrados por los veinte y cuatro, y volvió á empuñar las riendas del gobierno.

Esta fué la señal de la guerra. Simon de Monforte tala las tierras y los castillos del rey y de la reina, espulsa á todos los extranjeros, hace que acudan desde el pais de Gales treinta mil aliados, y favorecido por la poblacion de Lóndres, reina allí como soberano, al par que el rey y la reina se hallan como prisioneros en la torre de Lóndres. Por último, ambos partidos se remiten al arbitraje del rey de Francia; concierto único en la historia, si bien justificado por la santidad del príncipe elegido por juez. La familia real de Inglaterra y los rebeldes comparecieron en Amiens delante de san Luis (1263), quien después de haber pesado las razones alegadas por ambas partes, abolió las provisiones de Oxford decidiendo que sólo al rey pertenecia nombrar para todos los cargos y elegir sus consejeros: por lo demás, falló el olvido de lo pasado y el restablecimiento de los derechos y de las costumbres tales como estaban antes de la guerra civil.

Pero en medio del encarnizamiento de las facciones era impotente freno una palabra. Pretendieron los señores que las provisiones eran una consecuencia directa de la Carta Magna y tornaron á empuñar las armas. En su consecuencia, peleando Enrique contra los vecinos de Lóndres, cayó prisionero en union de Ricardo, rey de Germania, y de su propio hijo Eduardo (1264), que fué detenido en calidad de rehenes hasta que se pactara un nuevo convenio. De esta suerte quedó Monforte soberano del reino, no menos hábil que ambicioso, quizá con intenciones populares, contemporizó diestramente para alejar una conclusion definitiva, é hizo nombrar una regencia de que fué declarado jefe. Entonces convocó un parlamento, no ya compuesto solamente de los barones y de los prelados, sino tambien de dos diputados por cada una de las ciudades y aldeas, primer ejemplo de representacion y de encaminamiento hácia la cámara de los comunes (6): luego se ocupó en los medios que debia emplear para sostenerse contra Glocester. Entre tanto, la reina Leonor se proporcionaba con dinero tropas en Francia; el príncipe Eduardo lograba evadirse, y los insurgentes, á quienes presentó batalla en Evesham, fueron derrotados y murió en ella Leicester (4 de agosto de 1265). Los ultrajes de que fué blanco por parte de los vencedores, no impidieron al pueblo venerar su memoria. Así se halló desorganizada la liga de los barones; pero apenas bastaron dos años para pacificar el reino, más por la moderacion que por la fuerza, aconsejada á la vez por las necesidades de los tiempos y por las amonestaciones del pontífice.

Eduardo.— Cuando terminó (1272) su vida Enrique III, su hijo Eduardo, que habia tomado la cruz, se hallaba en Palestina. Después de haber pasado á su regreso bastante tiempo en Italia viendo fiestas, y en Francia para tomar parte en los torneos, desembarcó en Inglaterra, donde fué coronado. Ocupóse entonces en reparar los deplorables efectos de la guerra civil y de las debilidades paternales. Los *primeros estatutos de Westminster*

(6) Lingard demuestra, no obstante, que ya en 1213, Juan sin Tierra habia convocado á cuatro caballeros por condado en Oxford, para deliberar acerca de los intereses del reino.

pusieron á la justicia criminal en buen camino. Los vasallos directos del rey y el escaso número de barones de orígen inglés que se habian mantenido independientes, eran regidos por la ley comun, al par que los normandos conservaban sus costumbres, y que el pueblo seguia la ley de los señores, lo cual constituia en el pais dos naciones. Con intencion de disminuir Eduardo el poder de los señores y de dárselo al pueblo, aumentó la influencia de la seguridad mútua haciéndose estensiva á todo el reino, por cuyo medio estableció una ley comun. Se reservó el nombramiento de los conservadores de la paz, á quienes elevó á las funciones de jueces, encomendándoles el conocimiento de los crímenes de felonia y de otros delitos contra la ley general, de modo que juzgasen sin distincion de orígenes: así empezó la autoridad real á tomar ensanche, y la ayudó más todavia la institucion de un tribunal destinado á recorrer el reino para la represion de los delitos (1290).

Se emplearon medios estraños para reparar el desórden de la hacienda: un parlamento autorizó á Eduardo para tomar la décima quinta parte de todos los bienes muebles de la nacion, y Nicolás IV le concedió el diezmo de las rentas eclesiásticas durante seis años (1291). Se habia introducido el uso de cortar el *penny* de plata, que era cuadrado, para convertirlo en mitades y en cuartas partes, lo cual suministraba la ocasion de mermar las monedas y de alterarlas. Habiéndose acusado especialmente de este desman á los judios, Eduardo mandó ahorcar á doscientos ochenta en un dia, sólo en la ciudad de Lóndres (1279), y confiscó sus bienes. Después desterró á sesenta y cinco mil quinientos, no permitiéndoles llevarse más que una pequeña parte de sus bienes: además fueron despojados de ellos por los marineros, que arrojaban al mar á todos aquellos que les importunaban con sus quejas. Eduardo quiso tambien obligar á todos los que tenian feudos de la corona á justificar la legítima posesion de ellos con documentos originales; pero de aquí resultó tal confusion y desórden, que fué necesario desistir de esta inquisicion tiránica. Arrebató, por otra parte, los tesoros que halló en las iglesias y en los monasterios, riquezas que frecuentemente no eran más que depósitos; pero habiéndole amonestado Bonifacio VIII, y prohibídole luego este despojo, declaró proscrito al clero y sus bienes confiscados. De este modo asustó á los débiles y alcanzó cuanto quiso.

A pesar de todo, de la penuria del rey y de la necesidad de buscarle remedio, salió aquella constitucion de que se considera como fundador á Eduardo. Este príncipe, que casi no cedia á Guillermo el Conquistador en valor y fortuna, quiso reinar sin trabas, y se halló conducido á afianzar la libertad inglesa.

Ya hemos visto en otra parte cómo Guillermo el Conquistador dejó en pié la division del pais en condados regidos por condes. Estos, que á la sazon se habian hecho hereditarios, ejercian la principal autoridad después del rey con jurisdiccion real en las provincias y vastísimos dominios, y con el doble carácter de oficiales del rey y de grandes vasallos. Todo el pais fué dividido en sesenta mil doscientos quince feudos de caballeria: tomó el rey para su dominio particular mil cuatrocientos sesenta y dos, además de las principales ciudades, y los restantes se distribuyeron entre los seiscientos señores que le acompañaban en la conquista. Los hubo de éstos á quienes tocaron doscientos, cuatrocientos y hasta nuevecientes feudos; pero con el fin de que su poder no llegara á ser peligroso al Estado, tuvo Guillermo cuidado de repartir estos feudos en diferentes condados. Muy pronto se subdividieron estos grandes feudos, ya con las dotaciones señaladas á los hijos segundos, ya por las reparticiones á coherederos y á consecuencia de las ventas, como tambien por la reversion á la corona que los distribuia entre los cortesanos. Creció por consiguiente la clase de caballeros y de barones inferiores, que llegó á ser la predominante. En su cualidad de vasallos inmediatos de la corona tomaban asiento en las asambleas; pero la Carta estableció que mientras los grandes barones debian ser convocados por una órden particular, recibirian los nobles subalternos una invitacion general del scherif; y la distincion entre grandes y pequeños nobles quedaba al arbitrio del rey y de los ministros. Posteriormente vino á resultar que nadie podia sentarse en el parlamento sin haber sido invitado, no considerándose el derecho como inherente á la tierra.

Constitucion.—Tambien los condes tenian jurisdiccion en sus condados, donde percibian una tercera parte de las multas; y ni el mismo rey podia crear un nuevo conde sin erigir antes en condado una porcion de territorio. Pero Eduardo procuró amenguar su ascendiente haciendo pasar la autoridad que ejercian á scherifes por él elegidos, y que por consiguiente le estaban más sujetos. Estos funcionarios administraron la hacienda, recaudaron las rentas, impusieron las contribuciones, presidieron los tribunales inferiores, y acabaron por ser considerados como superiores á los condes; luego en vez de la tercera parte de las multas, se les asignó un sueldo, por lo comun de veinte libras esterlinas, lo cual hizo personal la dignidad de conde. Aumentóse de este modo la autoridad real, aunque por otra parte, habiendo caido en desuso la milicia feudal, permitió á los barones olvidar su dependencia de la corona; además de que tambien la Carta habia fijado límites al poder real. Estaba, pues, en el interés del rey el que los pequeños señores ingresasen en el parlamento; pero como su muchedumbre hubiera causado confusion, se contentó con otorgarles el derecho de mandar representantes, con los cuales, segun su mayor ó menor número, podia el rey asegurar su preponderancia.

En lo antiguo, el tribunal regio se componia de

prelados, en su cualidad de representantes de la Iglesia y de vasallos del rey, de condes y barones, ó sean pares seglares, y de los principales oficiales reales, teniendo por presidente al rey. Para el despacho de los asuntos nuevos graves bastaba con el gran Justicia, el canciller, el tesorero y tres oficiales, todos amovibles á voluntad del rey, además del condestable, el chambelan, el mariscal y el intendente, cuyos cargos eran hereditarios. Enrique II, para evitar que todas las causas fueran al parlamento, instituyera en 1176 los tribunales ambulantes; de manera que cada uno de los seis distritos en que se dividia el reino, fué reconocido anualmente por tres jueces reales encargados de fiscalizar á los empleados públicos, de reparar los perjuicios hechos al fisco, especialmente por la violacion de las leyes de caza, y de resolver los procesos incoados por los jueces inferiores.

Los habitantes de las ciudades eran más libres que los del campo; pero se hallaban á veces sometidos á un señor en lo tocante al poder civil y político, y á otro para las contribuciones, con privilegios especiales. En tiempo de Enrique aparecen las primeras trazas de los concejos en las ciudades, establecidos, no con el objeto de reprimir el predominio de los barones ó de hacerse independientes de todo otro poder que no fuera el de el rey, sino para comodidad del tráfico: los vecinos asociados se reunian en una sala para la eleccion de un scherif que hacia las veces de juez regio. Enrique I, ó más probablemente Enrique II, concedió al concejo de Lóndres jurisdiceion sobre la ciudad y sus contornos, y sobre el condado de Middlesex; el scherif estaba subordinado al podestá (*mayor*), magistrado anual y reelegible, que cuidaba de la administracion, y debia todos los años pedir la confirmacion de los privilegios de la ciudad, á la corte, á donde iba precedido por una maza de plata. Habiéndose aumentado los negocios se agregaron algunos consejeros (*aldermen*), cada uno de los cuales cuidaba de la administracion de un barrio.

Concejos.—Aumentándose las riquezas de los vecinos por el comercio y la industria, los barones, que entendian poco de llevar cuentas exactas, exigieron que se enviaran al parlamento hombres capaces de suministrar informes sobre el estado de la aldea ó de la ciudad, así como de lo que podian pagar: luego, para obligarlos más á someterse á las contribuciones establecidas, les hacian firmar actas verbales. Por su parte el rey, con intencion de cortar el vuelo de los señores, concedia á las ciudades privilegios mediante ciertas sumas; y uno de éstos fué que sin consentimiento de los vecinos no pudieran los barones imponer contribuciones á los lugares. Tambien propendian las ciudades á sustraerse de la autoridad directa que ejercian los señores sobre su territorio. Empezaron por sustituir á las cargas individuales un censo perpetuo de toda la aldea (*firma burgi*), considerado como una renta, cuyo pago aseguraba el goce de la ciudad á los ciudadanos; y como los mismos vecinos podian llegar á ser censualistas, el baron, en vez de ser propietario directo é inmediato, no fué para ellas más que un superintendente. Una vez emancipadas de este modo, subió de punto su importancia, y Lóndres pudo representar el principal papel en todas las guerras civiles.

Hemos visto á las ciudades llamadas al parlamento en 1265 sin que nada indique con certidumbre que después se las llamara; pero estrechado Eduardo I en esta época por una estremada necesidad de dinero para hacer frente á tantas guerras, se vió á menudo en la obligacion de reclamar subsidios. Ahora bien, si podia sacarlos libremente de los dominios reales, no sucedia lo mismo con los barones; por su parte los censualistas libres (*francs tenanciers*) y las ciudades se negaron al pago, puesto que no tenian entrada en el parlamento donde se decretaban las contribuciones. En su consecuencia, Eduardo ordenó á los scherifes (1295) que para la primera reunion del parlamento hicieran elegir dos caballeros por condado, á fin de que representaran allí á los censualistas libres ó á propietarios alodiales, y hacer otro tanto respecto de cada ciudad y aldea, que á la sazon ascendian al número de ciento veinte. Aquellos diputados debian tener el encargo de otorgar al rey sus demandas, en atencion *á que es justo que lo que concierne á todos sea aprobado por todos, y que los esfuerzos comunes rechacen los daños que amenazan á todos los ciudadanos.*

Eduardo no reconocia, pues, á los concejos el derecho de defender la libertad ó de poner límites á su poder, sino sólo el de asistir al parlamento y sentarse en su recinto aparte y menospreciados; de conceder las nuevas subvenciones que reclamaba, marchándose enseguida. Con efecto, se le otorgó más de lo que habia sacado en virtud de medidas arbitrarias: fué, pues, una sobrecarga para los ciudadanos, como tambien para los diputados, que se veian obligados á abandonar sus negocios y á hacer gastos para acudir á declarar á sus señores cuanto podian pagar sin verse reducidos á morir de hambre. Pero los derechos tienen la propiedad de reducirse á hechos. Aumentándose las necesidades tuvieron que reunir á menudo á sus súbditos los señores, y aquellos se acostumbraron de esta manera á dirigirles la palabra, á velar por sus intereses, á esponer sus razones y sus agravios. Luego, cuando los legistas se pusieron á examinar de órden del rey los derechos de los señores, se empleó el pueblo en examinar los del soberano; de manera que deduciendo consecuencias de la Carta Magna, llegó á ser nacion en virtud de derechos comunes, y acabó por tomar parte en el poder legislativo, alcanzando hasta que el voto de los plebeyos fuera necesario para cambiar las leyes, y perteneciéndoles denunciar al rey los consejeros prevaricadores. De esta suerte se constituyó la cámara de los comunes.

Empujado de continuo Eduardo por la necesi-

dad de dinero y esquivando reunir el parlamento, obligó al clero á abandonarle media anualidad de sus rentas (1296). Una nueva escasez le puso en el caso de convocar al clero inferior para pedirle subsidios. En virtud de su negativa, apoyada en una bula reciente de Bonifacio VIII, que prohibia al clero toda contribucion impuesta por seglares, le castigó declarando fuera de la ley á todos los eclesiásticos, y vedando á los jueces admitir ninguna queja en que se mostraran parte. Esto equivalia á abrir la puerta á mil abusos. Así el clero se vió víctima de vejámenes de todas clases, robado, injuriado, hasta el momento en que se sometió á pagar una quinta parte de sus bienes muebles.

Pero no tardó en renovarse la escasez de dinero. Eduardo creó el derecho sobre la salida de las lanas hasta la tercera parte de su valor, é hizo coger en los campos los granos que necesitaba. Apurada la paciencia de este modo y aprovechándose los señores de que el rey se hallara en Flandes, se unieron en la ciudad de Lóndres y obligaron al príncipe de Gales á confirmar la Carta Magna con ciertas adiciones (1300), determinándose en la principal de ellas que el rey no podria imponer contribuciones sin el consentimiento unánime de los prelados, condes, barones, caballeros y otras personas libres. Eduardo se vió obligado á sancionar en la nueva Carta el triunfo más señalado del pueblo inglés sobre sus reyes. Estas cartas fueron enviadas á todos los scherifes y magistrados para que fueran leidas públicamente y se guardara copia de ellas en las iglesias: debieron ser proclamadas dos veces al año; su violacion hacia incurrir en anatema, y todas las sentencias contrarias á su texto se declaraban nulas.

Si la Carta Magna habia afirmado la seguridad de las personas, el estatuto de Eduardo añadió á ella la de las propiedades, impidiendo al rey imponer cargas ó contribuciones nuevas sin el consentimiento de la nacion. Así fué como del feudalismo y de costumbres bárbaras salió aquella constitucion, que con sus numerosos defectos, es todavia envidiada como una de las mejores. Siempre habia sido más fuerte la autoridad real en Inglaterra que en Francia: desde Guillermo el Conquistador no habia entrado allí ningun ejército extranjero, pues no merecen fijar la atencion la invasion de Luis VIII, ni algunas escursiones en el Northumberland de los escoceses. De continuo habia tenido el rey todo el pais bajo su mando, aun en lo más recio de las guerras civiles, y ningun baron podia igualársele en la importancia de su feudo. Al revés, la Francia fué invadida con mucha frecuencia por el extranjero, y muy especialmente por los ingleses: llegando ocasiones en qne á sus reyes no les quedó más que el nombre de tales; viéndose por tanto obligados á buscar, uau á costa de funestas condescendencias, el apoyo y proteccion de sus vasallos tan poderosos como ellos.

De consiguiente, mientras que los reyes de Francia tenian que transigir con los grandes ó halagar á los pequeños, siguiendo con vacilacion y á menudo al azar una política incierta, el monarca inglés podia sostener con más confianza á los vasallos inferiores contra los altos barones: para tener el apoyo de los últimos tampoco estaba obligado á otorgar concesiones perjudiciales, y podia mantener en equilibrio á los unos y á los otros. En Inglaterra se reunia con más regularidad el parlamento: y los concejos que fueron allí admitidos desde muy temprano prestaron su concurrencia al rey en breve, al paso que en Francia era sólo convocado en el caso de guerra ó por miedo á los grandes feudatarios y en tumulto, lo cual le impedia auxiliar poderosamente al monarca. No estaba asegurada la libertad individual en Francia; al revés, se conservaron en Inglaterra los *hundredi* ó asociaciones de cien hombres, fiadores el uno respecto del otro de la tranquilidad de cada uno; institucion anterior á los feudos, que despues de su introduccion, mantuvo en el pais el espíritu de libertad y un órden que ponia obstáculos á la escesiva licencia de los vasallos, templando más que en parte alguna el feudalismo (7).

Garantia mútua.—En efecto, la legislacion inglesa se distingue cabalmente de las demás porque ha mantenido las asociaciones particulares y la garantia mútua, de donde se han derivado el espíritu público y aquella libertad personal que ha formado la grandeza del pais. Si todo ciudadano es responsable de las obras de los otros, tiene derecho de conocer las obligaciones de aquellos de quienes es fianza, de donde se sigue que nada puede ocultarle el magistrado; pero esto no tendria valor ninguno, si no pudiera discutir la validez de cuanto se ha hecho bajo su garantia, y por consiguiente todos pueden discutir las cuentas, elegir los magistrados y así sucesivamete. De este modo se identifica con la nacion el individuo, se mantiene el órden sin esbirros, y la opinion pública se robustece, puesto que cada paso que se da suscita la memoria de los derechos.

Continuó la garantia mútua bajo los feudos y bajo el gobierno del monarca; y como aquellas asociaciones fueron llamadas al parlamento antes que los verdaderos concejos, llegaron á ser protectoras de la libertad. Por eso no se ve en Inglaterra el concejo compuesto de ciudadanos, sino la representacion de los que tienen el derecho de votar. En el continente los miembros de un concejo son enemigos de los del otro, porque no hay ciudadano, componiéndose el pais de concejos; por el contrario, en Inglaterra, todas las aldeas están formadas de ciudadanos; y el que vota en el parlamento, obrando á nombre de toda la nacion, se ocupa en los intereses generales.

Resulta de aquí que el scherif es la primera au-

(7) Véase MAYER, *Origen de las instituciones judiciales*, I, 17.

toridad administrativa y judicial como el *grafion* de los bárbaros: convoca las asambleas del condado; preside á todos los actos de administracion y especialmente á la eleccion de los diputados; hace ejecutar las sentencias civiles ó criminales, así como las levas en masa, aunque la corona ha acabado por atribuirse el nombramiento de este magistrado. De aquí se deriva igualmente el derecho de exigir fianza respecto de la buena conducta de todo el que es acusado de un delito; porque siendo á la sazon pecuniarias las penas, no habia necesidad ninguna de encarcelar á aquel que prestaba completa seguridad del pago de la que le fuere impuesta; y el concejo que era responsable á nombre de todos sus miembros, podia precaverse exigiendo de antemano una garantia de aquel que le inspiraba temores.

El gran jurado.—Hé aquí sin duda mágnificas consecuencias de una institucion de bárbaros. Estas mismas asociaciones mútuas dieron nacimiento al gran *jurado*, que compuesto de doce pares del acusado, decide si ha ó no lugar á proceder en contra suya. Algunos autores no hallan ningun vestigio de esto en las instituciones anglo-sajonas, y se inclinan á creerlo imitacion de los Asises de Jerusalen, introducida por Enrique III con el objeto de modificar los *Grandes assises*, instituidos por Enrique II (8). El jurado inglés ofrece seguridad mejor que en ningun otro pais contra los abusos de la justicia: protege la libertad individual y da al ciudadano la certidumbre de que no podrá ser condenado sino en virtud de la conviccion de sus pares, elegidos por suerte, y con recusacion de todo el que pudiera tener un interés opuesto. Este es un gran vínculo para los ciudadanos en aquel pais donde todos concurren á ejercer el poder judicial, del mismo modo que participan del poder legislativo por medio de sus diputados y del poder ejecutivo por medio de los magistrados que eligen ellos mismos. El gobierno, que comprendió su utilidad, le dió ensanche y le desembarazó de trabas: así en tiempo de Carlos II quitó á los jueces el derecho de censura sobre los jurados, y en 1792, á propuesta de Fox, fué llamado á fallar sobre los delitos de la imprenta.

Obligados los ingleses á adoptar por base la Carta Magna, debieron de poner en juego la lógica más sutil para deducir las últimas consecuencias, porque su legislacion procede, no en virtud de principios, sino de ejemplos anteriores; no con ayuda de teorias, sino de hechos, y se atiene á la letra estricta. De aquí una repeticion cansada de los mismos términos para espresar las diferentes gradaciones de una misma cosa en una lengua sumamente rica: además, están autorizados diversos usos en cada provincia y concejo, ora por cartas parciales, ora por usucapion; lo cual hace que el principal talento del jurisconsulto inglés consista en la memoria. Todas las relaciones con el gobierno se resienten de su orígen práctico y positivo, y se reducen siempre á una limitacion constitucional, á un equilibrio compatible con el sentimiento de la utilidad general y de su necesidad para estar mejor.

Desde este momento una ley comun abraza á vencedores y á vencidos; es decir, á nobles y á plebeyos; porque ningun noble, aun de la más antigua familia, puede eximirse del jurado ordinario, de los impuestos, ni de una pena infamante: sólo los pares disfrutan privilegios como legisladores ordinarios. La nobleza inferior y los hidalgos no se distinguen por ningun derecho civil de los simples ciudadanos de condicion libre, á quienes no está vedado casarse con los nobles, adquirir feudos militares ó aspirar á cualquier empleo. Tan gran resultado fué debido á que el feudalismo era en el pais menos desenfrenado que en otras partes, y á que la paz del rey ponia obstáculo á las guerras privadas, si no las suprimia del todo.

Hallóse sujeta la aristocracia inglesa, como todas las demás, á abusar y á incurrir en escesos por el egoismo. Efectivamente se ha compuesto de manera que reune todas las tierras en sus manos, y es única señora del suelo, lo cual reduce á un escaso número los propietarios. El pueblo se contenta con la industria, dejando á los lores sus inmensos dominios, porque tiene en su mano el comercio de todo el mundo.

Era justo que nos detuviésemos en esta constitucion insigne, que veremos completarse sucesivamente en medio de nuevas tempestades (9).

Se ha sobrenombrado á Eduardo I el Justiniano de Inglaterra, lo cual prueba que la adulacion sigue á los príncipes hasta el sepulcro. La historia nos le presenta como uno de los tiranos más absolutos, apremiando á sus súbditos con no menos astucia que violencia, y no decidiéndose á confirmar sus derechos sino cuando la necesidad se lo imponia. Es verdad que introdujo en el órden judicial algunas mejoras, determinando mejor las atribuciones del tribunal del fisco, del banco del rey y de los tribunales ordinarios, así como restringiendo á los tribunales eclesiásticos á conocer sólo del perjurio, de los asuntos de matrimonio y de testamento, de las mandas piadosas y de los diezmos. Obligó á los jueces ambulantes á celebrar tres sesiones al año, é instituyó además los jueces de paz, así como los prebostales que recorrian los condados para sumariar á los ladrones y á los rebeldes. Hallándose infestado el pais de bandidos, mandó derribar los setos y las hileras de ár-

(8) MAYER, lib. III, cap. 3.

(9) Muchas obras han sido escritas, particularmente en Inglaterra y Alemania, sobre los orígenes y el desenvolvimiento de la constitucion inglesa. Entre estas recordamos la reputada *Constitutional history of England*, de STUBBS, que publicó tambien una coleccion de cartas y de otros documentos útiles para el estudio de aquella historia.

boles á doscientos piés de distancia de los caminos.

Pais de Gales.—Al mismo tiempo que la autoridad real decaia por estas concesiones involuntarias de Eduardo, la restablecia sometiendo á los paises vecinos. Refugiados los cambrios en el pais de Gales, conservaban el odio al extranjero, odio alimentado por los cánticos de sus bardos y que se manifestaba en escursiones y en escaramuzas tan luego como se presentaba la ocasion de venir á las manos: siempre vencidos por las tropas regulares y siempre indómitos, juraban fidelidad cuando eran batidos, y no se creian obligados á cumplir una promesa que les habia sido arrancada. Durante los últimos disturbios los príncipes de Gales habian sacudido toda dependencia. Habiendo rehusado esta vez Lewely el homenaje, le atacó Eduardo y le redujo á admitir duras condiciones; como no fueron observadas volvió á la carga, y en breve se vió la cabeza de Lewely clavada en una pica en lo alto de la torre de Lóndres (1277).

Merlin habia vaticinado que un príncipe de Gales se sentaria en el trono de Inglaterra el dia en que las monedas cuadradas se trasformaran en redondas. Cuando se consumó este hecho en tiempo de Eduardo, cobró nuevos brios el levantamiento, y David Bruce condujo á los *clans* del pais al combate. Prolongóse encarnizada y sangrienta lucha; pero por último David fué entregado al enemigo y destinado á espiar el crimen de todos aquellos defensores de su independencia (1283). Arrastrado al suplicio como culpable de felonia y como sacrílego, por haber tomado una plaza fuerte en Domingo de Ramos, se le arrancaron las tripas y se arrojaron al fuego mientras todavia respiraba y podia verlas consumirse. Enseguida fué ahorcado como asesino de caballeros, y su cuerpo hecho cuartos, enviándose á las cuatro principales ciudades del reino para que se expusieran á los ojos del pueblo.

Estinguida de este modo la raza de los Lewely, fué sometido el pais y reducido á recibir las formas de la administracion inglesa. Eduardo prometió á los vencidos darles un príncipe nacido en su pais y que no hubiera pronunciado nunca en inglés ni en francés una sola palabra: después de causarles con esta promesa grande alborozo, les dijo: «Os doy mi hijo Eduardo, que acaba de nacer en Caernarvon.» Así empezó el uso de dar el título de príncipe de Gales al primogénito de los reyes de Inglaterra.

Quizá no es cierto, como dicen algunos, que mandara Eduardo esterminar á todos los bardos, que siempre habian sido sostenedores eficacísimos de la independencia nacional; pero á lo menos dió principio al sistema de persecuciones de que esta raza de hombres fué constantemente objeto por parte de los reyes de Inglaterra.

Escocia.—Quedaba la Escocia unas veces vasalla, otras independiente de los monarcas ingleses; pero si obedecian los hombres de la llanura (*lowlands*), es decir, los habitantes del centro; los montañeses (*highlands*) del Norte vivian sin reconocer soberano, en clanes que derivaban su nombre de un jefe, del cual pretendian traer su antiguo origen. Los *borderer* que residian al Mediodia en los confines de Inglaterra, vivian saqueando ambos paises. Las Hébridas obedecian al conde de Ross, lord de las islas.

Cuando la raza de los antiguos reyes de Escocia se estinguió con Alejandro III, después de haber reinado desde 838 hasta 1286, se hallaron uno frente á otro trece pretendientes: á fin de evitar la guerra civil, se remitieron á la decision del rey Eduardo, quien no como árbitro, sino á título de soberano, se declaró en favor de Juan Balieul (1292) Pero para hacerle sentir el peso del vasallaje, le citó hasta seis veces en un año á su parlamento, para responder á las apelaciones que allí habian sido presentadas. Reconociendo Ballieul en esta conducta la intencion de insultarle, empuñó las armas y se entendió con el rey de Francia Felipe IV; pero vencido por Eduardo (1296), se constituyó prisionero en Durbar: restituido luego á la libertad, murió en Francia (1314).

G. Wallace.—Entonces nada impidió á Eduardo avasallar la Escocia; hizo destruir los monumentos, las cartas de los archivos, los antiguos sellos, y trasladar á Lóndres la piedra en que al tiempo de su coronacion se sentaban los reyes. Estos actos y el gobierno duro de sus agentes exasperó á la nacion, y gran número de habitantes huyeron á los bosques. Guillermo Wallace, guerrero de gigantesca estatura y de alma no menos grande, incapaz de ceder á los trabajos y á las desgracias, se puso á la cabeza de los sublevados, y conociendo perfectamente el pais comenzó con ellos la terrible guerra por bandas: habiéndose aumentado sucesivamente sus fuerzas, llegó á presentar batalla á cuarenta mil ingleses, á quienes puso en derrota. Entre los muertos hallaron los escoceses al tesorero Cressingham, su opresor, y habiéndole desollado hicieron de su pellejo cinchas y sillas. En breve no quedó un solo inglés en Escocia; y echándose los rebeldes sobre la Inglaterra septentrional, hicieron allí un rico botin.

Si hubieran continuado unidos hubieran podido resistir á los cien mil soldados que Eduardo envió contra ellos; pero los lores se desdeñaron de obedecer á un simple hidalgo. Wallace, que llevado solo de puro amor á la patria, no habia aceptado la regencia más que como el puesto más peligroso, volvió á deponerla, reservándose únicamente el mando de los primeros compañeros de sus hazañas. Así fué perdida para el pais la oportunidad deuna defensa ofrecida por la naturaleza misma de los lugares. Hallábase despoblada la frontera de Escocia hasta tal punto, que se podia viajar allí muchas horas sin encontrar una casa, ni un árbol siquiera; vivian los habitantes de lo que hallaban á la redonda: cuando el botin de la últi-

ma espedicion quedaba consumido, la mujer presentaba á su marido un par de espuelas en un plato, y él partia gozoso en demanda de una nueva presa. Iban con pocos caballos, sin bagaje; no llevando cada cual á la espalda más que un saco de grano y una marmita para cocerlo: así caian sobre las tierras de Inglaterra, de donde desaparecian en un abrir y cerrar de ojos y habia necesidad de buscarlos. Después de haber caminado muchos dias en medio de la lluvia y de la niebla, sin encontrar más seres vivos que ciervos y gamos, Eduardo se vió obligado á prometer una gran recompensa al que le indicara por qué lado encontraria al enemigo. Cuando le alcanzó en Falkirk (22 de Julio de 1298), la discordia que habia estallado entre los escoceses les valió una sangrienta derrota, que tuvo por resultado volver á poner á la Escocia meridional bajo el yugo de Inglaterra. Lord Cumyn, que con el lord custodio (*stward*) dirigia los negocios del pais, imploró el auxilio de la Francia, y no fué oido: recurrió al papa Bonifacio, quien escribió á Eduardo, haciéndole presente que desde muy antiguo pertenecia á la Santa Sede aquel reino, pero Eduardo replicó á los argumentos del pontífice, alegando que los derechos de soberania de los reyes de Inglaterra sobre Escocia se remontaban á los tiempos de Bruto y Troyano, contemporáneo de Elias y de Samuel.

Abandonados á sus propias fuerzas los escoceses, guiados por Wallace, hicieron, á pesar de todo, frente á sus enemigos y supieron vencerlos de nuevo; pero al fin les fué preciso ceder (1300). Entonces Eduardo abolió la antigua costumbre nacional y modificó á su modo el estatuto del rey David (1305). Wallace el único que no habia aceptado el perdon fué vendido por los suyos y ajusticiado en Lóndres como rebelde, aunque nunca habia prestado juramento de fidelidad al rey. Pero sobrevivió en la memoria y en los cantos de los escoceses.

Roberto Bruce.—Roberto Bruce tomó entonces á su cargo la causa nacional; degolló á lord Cumyn, que habia revelado al rey sus proyectos de que era confidente; espulsó del reino á los jueces nombrados por Eduardo, esterminó á las tropas inglesas y se hizo coronar. Pero los Cumynes se levantaron en contra suya (1306). Por su parte Eduardo ciñó la espada á doscientos setenta caballeros, que juraron sobre dos cisnes obtener venganza; él mismo declaró bajo juramento que si moria en la espedicion no queria ser enterrado en tierra sagrada hasta que su hijo hubiera hecho expiar á los rebeldes la sangre derramada. Bruce fué vencido y reducido á sufrir el hambre en lugares desiertos, de donde salia de vez en cuando para sustentar la esperanza de los suyos. Eduardo se aprestaba enteramente á sofocar la independencia escocesa, cuando murió en Carlisle (7 de junio de 1307), mandando continuar la guerra y haciendo llevar su ataud al frente del ejército.

Eduardo II, su hijo, con cien mil soldados, fué vencido en Bannockburn por treinta mil hombres llenos de amor patrio (24 junio de 1314); victoria que aseguró al valiente Roberto Bruce en el trono. Eduardo III marchó á reparar la vergüenza de su padre, al frente de sesenta mil ingleses y brabanzones (1327); pero lo escoceses, todos á caballo, sin bagajes, como es propio de paises montuosos, alimentándose de la carne de los animales que encontraban y ablandaban dándoles vueltas en sus pieles, sin pan ni vino, fatigaban al enemigo con largas marchas. Habiendo sido derrotado Eduardo, celebró la paz con Bruce (1328), y renunció á toda pretension respecto de la Escocia, restituyendo la piedra de Scona, y prometiendo una hermana suya por esposa á David, presunto heredero.

Roberto murió al poco tiempo, y como no habia podido cumplir el voto de ir á Tierra Santa, ordenó que fuese llevado allí su corazon (1329). Guillermo Duclas partió con tal objeto; pero al atravesar la España, tomó parte en una batalla contra los infieles y pereció.

Sucedióle David II Bruce, de edad de seis años; pero muchos señores ingleses, quejándose de que no se les habian devuelto las tierras confiscadas en la última guerra, proclamaron á Eduardo, hijo del rey Juan Ballieul, que sometió casi toda la Escocia, y se hizo coronar en Scona (1332). David, contemplándose vencido, prestó homenaje del reino al monarca inglés, el cual, alegre de que se le prestase esta ocasion, le restableció en el trono. Mas los escoceses, irritados por que cedia tantos dominios á su protector, le expulsaron del territorio (1342), y la Francia dió pábulo á aquellas discordias. David cayó en manos de los ingleses (1347); pero Ballieul, lleno de una noble vergüenza, al verse reducido á ser mero instrumento de los ingleses, abdicó en favor de aquel (1356), y el rey de Inglaterra, ocupado en la guerra continental, restituyó la libertad á David por el precio de cien mil libras esterlinas y una tregua de diez años. A su muerte, el trono pasó á su sobrino Roberto II Stuart (1370).

CAPÍTULO XXIII

LITERATURA.

Literatura griega.—Entre los griegos, las familias de los Comnenos y de los Ducas concedieron su favor á las letras. Constantino Ducas declaró que preferiria la corona de la elocuencia á la del imperio. Su mujer Eudoxia pondera la proteccion que obtenian los sábios en la corte de Constantinopla. Dióse á Miguel por maestro á Psello, cortesano astuto, que orgulloso con el título de primer filósofo del siglo que se le habia adjudicado, se abrogaba el de restaurador de la literatura oriental. Su presuncion pasó á su discípulo, pedante coronado, que descuidaba los negocios públicos por sutilezas de escuela, y aspiraba al renombre de retórico, gramático, poeta, en el momento en que los musulmanes arrancaban los más hermosos florones de su corona.

Hablamos en otra parte de los historiadores bizantinos (Libro VIII, cap. XVIII). Nicéforo Gregoras (1360) prodiga al emperador Andrónico Paleólogo alabanzas de una vileza increible: «Vuestra voz tiene acentos tan suaves, que así como halaga á los que la oyen, sigue mucho tiempo después de haberse separado de vos á los que la han escuchado, adherida al oido y á la memoria como el sabor de la miel á la lengua. Los prados, los pastos, los bosques resuenan en la estacion de la primavera con los trinos de los alados ciudadanos; pero todas las estaciones gozan de los encantos de vuestra elocuencia, y toda la tierra es su teatro.» Después Orfeo, Nestor, Sócrates, Platon, Pericles, ofrecen á porfia asuntos de comparacion, y todos son vencidos por la dulce voz del emperador: «El canto de las sirenas fué muy celebrado en un tiempo; no podia, sin embargo, ser oido sin peligro, pero cuando pronunciais una arenga, lejos de taparnos los oidos con cera, sentimos que la naturaleza no nos haya hecho todo oidos. ¿No sobrepujais á Demóstenes en el órden y el vigor, á Platon en la estension y poder del genio? ¿A quién no inspirais una admiracion más duradera que la que esperimentaron los oyentes de Sócrates en el siglo del aticismo? Así como los campos están cubiertos de bella variedad de flores, igualmente vuestros discursos están adornados de los atractivos de la persuasion y de las gracias del espíritu.» ¿Quién no hubiera arrojado ignominiosamente á este vil adulador? y no obstante, él mismo confiesa que estas adulaciones le pusieron en camino de los honores.

Juan Zonaras (-1182) escribió en un estilo desigual, escusándose en que debió copiar diversos autores y procurar conformarse á su modo en lo que añadia. Nicetas Acominato (-1216) procede con elocuencia y claridad; su narracion es fácil á pesar de algun énfasis; y se muestra celoso por las letras: agriado sin embargo por la decadencia del imperio, se desata en amargas invectivas contra los cruzados, no sólo como si careciesen del sentimiento de todo lo bello (τοῦ καλοῦ ἀνέραστοι βάρβαροι) sino tambien por su caracter moral. Ana Comneno (-1144) se ocupa menos en su *Alexiada* del elogio de su padre, que del suyo propio, y la ambicion que le hizo desear el trono, le inspiró esta composicion puramente literaria, destinada á hacer brillar la persona de su padre.

Teodoro Prodomo, que fué después fray Hilarion, vivia á principios del siglo XII. Además de la guerra de los ratones y de las comadrejas que cantó (*Galeomiomaquia*), ha dejado los *Amores de Rodante y Dosiclea*, novela en nueve libros de yambos, desprovista de arte, y cuyos caractéres están mal trazados. Sin hablar de sus demás poesias muy numerosas, y de los diferentes escritos sofísticos, ha compuesto algunos del género satírico; uno de ellos el *Encanto de las vidas poéticas y políticas*, parodia de los *Filósofos en venta*, de

Luciano; otro especialmente, el *Timarion ó de sus sufrimientos*, en el cual el héroe refiere á uno de sus amigos lo que finge haber visto en el infierno, dispensando el elogio y la crítica. Si á veces le falta númen, sabe evitar las espresiones pomposas, que se tomaban entonces por elegancia. *Los Amores de Drosilo y Cariclea*, de Nicetas Eugeniano, en versos políticos (1) forman una novela peor.

Miguel Olobolo era rector de los retóricos de Santa Sofía en Constantinopla; pero habiéndole hecho cortar Miguel Paleólogo la nariz, por haber mostrado lástima hácia el desgraciado Lascaris, se encerró en un convento. Cuando después se trató de reunir las dos iglesias, intervino en el concilio de Constantinopla, y enfadado porque el emperador no le habia asignado un puesto honorífico, se hizo contrario á la reunion. El emperador le hizo prender con otros diez y pasear atados por el cuello por la ciudad, cubiertos con sucias tripas de carnero, lo que no le impidió componer muchos versos en alabanza del tirano.

Hácia fin de aquel siglo, Juan Tzetzés (1120-83) tuvo la presuncion de querer completar á Homero con tres poemas iliacos, comprendiendo en mil seiscientos sesenta y cinco versos los acontecimientos ante-homéricos, homéricos y posteriores á Homero; compuso tambien en doce mil setecientos cincuenta y nueve versos políticos y en estilo pedestre, una serie incoherente de hechos reales y fabulosos, en los que revela particularidades desconocidas en otras partes. Pero aunque acusando sin cesar á los demás de ignorancia, deja mucho que sospechar que él mismo no conoció las obras de que habla sino por el parecer de los comentadores. En las *Alegorias homéricas*, se ingenió en dar un sentido moral ó físico á las fábulas de los poetas, y algunas veces incurre en el absurdo.

Eustaquio (-1198), hombre respetable por su juicio y virtud, intercedió elocuentemente en favor de Tesalónica, cuando la toma de esta ciudad por los sicilianos. En el *Cuerno de la abundancia* (Κέρας ἀμαλθείας), comentó á Homero y á Dionisio Periegetes. Con modestia rara entre los suyos, dice haber reunido tantos documentos, no para los doctos, sino para la juventud, y coordinado lo que ha parecido más útil en los diferentes intérpretes. Es, no obstante, un trabajo muy completo, bien concebido en su conjunto, al mismo tiempo que rico en detalles, y aliando la moral á la filologia. Tan gran paciencia no podia ser inspirada sino por un gran entusiasmo hácia los antiguos, entusiasmo que no estaba disminuido por la piedad cristiana en el arzobispo comentador.

Por suposicion es por lo que colocamos en esta época á Suidas, autor del más célebre glosario griego, compilacion de antiguos gramáticos, escoliastas y lexicógrafos, donde no contento con la esplicacion filológica de las palabras, indica los autores y obras, añadiendo muchos preciosos estractos á pesar de carecer de toda crítica.

El fraile Máximo Planudes, de Constantinopla, enviado á Venecia por el emperador Andrónico II Paleólogo (1327), recogió las fábulas de Esopo y la *Antologia*. Se distinguió de sus compatriotas en que trató de rebuscar tambien fuera de la literatura griega. Fué el primero que introdujo los guarismos árabes en su patria. Tradujo al griego el *Sueño de Escipcion*, las *Metamórfosis*, de Ovidio, la *Guerra de las Galias*, de César, la *Consolacion*, de Boecio, y otras obras.

Se ve cuán raras y miserables eran las producciones de los que no obstante poseian todas las obras maestras de los antiguos y aun hablaban la lengua más culta y armoniosa.

Literatura armenia.—Aquí se presenta un segundo período de la literatura armenia, habiendo visto en el siglo v el primero, ilustrado principalmente por Moisés de Corene. Después del concilio de Calcedonia, los armenios, separados de la Iglesia católica, cesaron de aumentar en civilizacion, se perdieron en cuestiones de palabras, y no tuvieron medio de instruirse en la escuela de los demás. Sin embargo, no deben pasarse en silencio la reforma del calendario hecha en el sínodo de Tiben en 552 (9 Julio), y algunos escritores clásicos tales como Yeznac, Abraham Mamigonense, historiador del concilio de Efeso, el himnógrafo Gomidas, el astrónomo Ananias Chiragusis, y el patriarca Juan Ozniense. En tiempo de los Pagrátidas, los armenios pudieron entregarse á las letras con más tranquilidad, y aplicarse sobre tedo á traducciones del griego, siriaco y árabe. En el siglo x se hicieron famosos Cosroes el Grande, que escribió de una manera clásica sobre el breviario y la liturgia, así como su hijo Gregorio de Nareg, autor de un comentario sobre el Cantar de los Cantares, y de elegias en prosa poética.

En este pais tambien, y aun más que en otras partes, la ciencia era sagrada, sin vivir más que en los monasterios, que desempeñaban el papel de universidades europeas. Los de Sanahin, de Halbat, de Sevan, de Krad, poseian bibliotecas preciosas; pero el de Lázaro, cerca de Tarú, en la Gran Armenia, llevaba ventaja á todos los demás. En el siglo xi, Gregorio Makhistruos, resumió en mil versos el Antiguo y Nuevo Testamento con tal habilidad, que el poeta árabe Mamucio, que habia sostenido que no era posible hacer mejores versos que los del Coran, después de haber leido éstos se convirtió al cristianismo. En Aristak Lastivertense se leen los acontecimientos de la Armenia desde el año 989 hasta el 1071, y principalmente la devastacion de Ani por Alp Arsilan en 1061, en un estilo puro y á veces patético.

En la época de las Cruzadas se redoblaron los

(1) Es decir en versos de quince sílabas, donde no se observaba la cantidad, con tal de que tuvieran la cesura después de la octava, y el acento en la penúltima. Véase BERINGNTON, *Hist. de la lit. griega*.

esfuerzos para reunir á los armenios con los católicos. Frailes dominicos y franciscanos fueron á predicar á aquel pais; y los caballeros de San Juan ofrecieron sus servicios; y si bien no se consiguió el fin, quedaron á lo menos renovadas las relaciones con Europa, y en el siglo XIII, los monasterios de Garmir-Vank, de Iscevra, de Kedig, de Cantzaxar, cultivaron el latin al mismo tiempo que el griego y el siriaco. Entonces se aumentó la elegancia, y los armenios ponen en nivel con los poetas de la antigüedad á Narsés Clayense, autor del poema de *Jesus Hijo*, de una elegia sobre la toma de Edesa, de una historia de su pais y de varios escritos ascéticos que le merecieron la dignidad de patriarca. Mateo de Edesa escribió una buena historia crítica desde el año 952 al 1132, continuada hasta 1136 por Gregorio Eretz, de donde se pueden sacar muchas noticias sobre las cruzadas. La crónica universal de Samuel Eretz, comenzando en el orígen del mundo hasta el año 1179, fué después continuada hasta el año de 1337. El médico Mekhitar escribió los *Consuelos en la fiebre;* Mekhitar Coss siguió las huellas de Esopo y Fedro, y compuso además un cuerpo de derecho canónico.

En el siglo siguiente, el número de los que cultivan las letras se aumenta; pero el de los grandes escritores se disminuye. Nos limitaremos á nombrar á Vartan el Grande, autor de una Historia Universal hasta el año 1267, apoyada en buenos documentos, de comentarios sobre la Biblia y el *Libro de la Zorra*, compendio de fábulas, además de los hermosos himnos que se cantan aun (2).

Mekhitar.—Aquí comienza la decadencia. Los que cultivan las letras se dividen en *hermanos unidos* y en *datevienses*, opuestos en todo, escepto en lo del mal gusto, incorreccion de estilo, é idolatria hácia los más medianos de los autores antiguos. Una jerga escolástica reemplaza á la limpieza clásica, y fué siempre empeorando hasta que con ayuda de los colegios armenios establecidos en Europa (3) volvieron á brillar algunos nuevos rayos, que luego produjeron nueva luz, cuando á principios del siglo pasado, el padre Mekhitar, nacido en Sebaste en 1276, fundó en Venecia la benemérita congregacion de San Lázaro, que dió el primer diccionario armenio (1717), y la coleccion de los escritores armenios desde el siglo IV hasta el XV, época en la cual cesaron las obras originales, y en la que la pureza del lenguaje se encontró alterada por la mezcla de los pueblos entre quienes se diseminó la nacion. Los más importantes de estos autores son los historiadores que, haciendo conocer el pais, poco rico, á la verdad, en acontecimientos grandiosos, dan muchas luces sobre la historia de los demás pueblos del Asia y sobre la de las religiones.

Estudio del griego.—Escepto algunos conventos, la lengua griega estaba descuidada en el resto de Europa; pero durante las cruzadas, se comenzó á estudiarla para practicarla. Aunque los occidentales despreciasen la elegante pedanteria de los bizantinos, algunos autores fueron llevados entonces como se llevaban las reliquias. En tiempo de Felipe Augusto se abrieron escuelas para mancebos griegos, que habian entrado en la iglesia latina, con objeto de hacer apóstoles que pudiesen oponerse al cisma. A invitacion de Eugenio III, y para los sufragios del alma de su hijo, Borgondion, juez de Pisa, tradujo al latin algunas homilias de san Juan Crisóstomo, las obras de Juan Damasceno y la *Naturaleza del hombre*, de Gregorio de Niza.

Estudio del árabe.—Estudióse más el árabe, de cuya lengua pasaban comunmente al latin las obras de los griegos, traducidas antes al armenio; de esta manera no se tenian sino de tercera mano, y por lo mismo incorrectas é inciertas. Hácia el año 1128 Jacobo, clérigo veneciano, tradujo el primero á Aristóteles del texto griego; pero ó su trabajo no fué publicado, ó se perdió, hasta que Federico II mandó hacer otra nueva.

No podemos opinar como los que creen que la Europa fué deudora á los árabes de su renacimiento. Ya hemos dicho como no estaban descuidadas las ciencias entre ellos, sino descarriadas, lo que aun es peor. Su poesia diferia estremadamente de la nuestra; sin respirar más que gloria y venganza, consagrada á celebrar familias y hechos parciales, peculiar enteramente á los lugares y tiempos, era poco susceptible de trasladarse. De la Persia y de la India fueron sin duda sacadas las *Novelas árabes*, uno de los primeros libros venidos á Europa con las fábulas de Bilpai, y como razon de su comun orígen, la mitologia persa sobrevivia en parte en la mitologia del Norte, ambas se encontraron y se alegraron de ello, como dos hermanos después de una larga separacion.

Se equivocan, pues, los que pretenden derivar de una sola literatura y de una misma lengua el orígen de todas; pues ya en otro lugar hemos visto como en los varios pueblos adoptaron distintas formas las novelas caballerescas. La grande escuela era la Iglesia, y esta existia en todas partes, dando el latin al clero, la caballeria á los soldados, el Evangelio al pueblo, los idiomas vulgares á los seglares.

Poesia latina.—Nadie de seguro aguarda de la musa latina modulaciones graciosas. Sin embargo, le sirvió de mucho el nuevo pulimento que habia adquirido este idioma en los cláustros; y así se en-

(2) Ediciones hechas en Paris, Venecia y Milan, etc., han hecho conocer en estos últimos años las obras de los autores ya nombrados.

(3) El de la propaganda en Roma, establecido por Urbano VIII; de Erivan, en 1629; de Lemberg, en Galitzia; una imprenta en Venecia, en 1565; en Roma, en 1584; en Milan, en 1624; en Paris, en 1633; en Ispahan y en Liorna, en 1640; en Amsterdam, en 1669; en Marsella, en 1675; en Leipzig, en 1680; en Pádua, en 1690; luego en Rusia, en Madrás y en otras partes.

cuentran escritores más castigados y más precisos que ciertos autores de la decadencia del imperio. Las cartas de Guillermo el Conquistador, y aun mejor las de Gregorio VII, están escritas en lenguaje enérgico. La crónica de Lamberto de Haschaffenburg peca más bien por la minuciosidad que la rusticidad. Los dramas de la religiosa Hroswitha trascienden á Terencio (4), y los escritos salidos de las cancillerias de Maguncia y de Bamberg en tiempo de las disensiones acaecidas entre el imperio y el sacerdocio son vigorosos, precisos, y á veces hasta elocuentes. No están desprovistos de belleza los sermones de san Bernardo, como tampoco la correspondencia de Abelardo y Eloisa.

Tenemos poemas y pasiones del britano Marbod que escribió además un tratado de las piedras preciosas. El inglés Pedro de Riga, versificador muy fecundo, puso en verso el Antiguo y Nuevo Testamento, recapitulándolos en dísticos, que en la primera division carecen de la *a*, en la segunda de la *b* y así sucesivamente hasta la *z;* trabajo ímprobo en el que le ayudó Egidio, clérigo de Paris, quien lo terminó. En tiempo de Ricardo I, Nigel, monje de Cantorbery, escribió el *Brunel* ó *Espejo de los locos;* y Eberardo de Bethun, una poética prolija, donde están unidas á las reglas, ejemplos de todas clases de metros y combinaciones de rimas. El anglo-normando Galfrido Vinesauf (*De vino salvo*), compuso tambien una en doscientos mil catorce versos, en los cuales los primeros, dirigidos á Inocencio III, manifiestan su malísimo gusto (5).

Hildeberto, arzobispo de Tours, escribió la vida de santa Maria Egipciaca, el órden de la Misa, el martirio de santa Inés, compuso tambien elogios sobre Roma, sobre su hijo y la creacion del mundo, que no dejan de tener algun mérito. Juan Egidio, nacido y educado en Grecia, escribió sobre el arte de curar, y consagró mil quinientos veinte y cinco versos para celebrar las alabanzas y virtudes de las composiciones medicales (6).

Enrique de Settimello reducido á la miseria por el obispo de Florencia, que le envidió un opulento beneficio, cantó su infortunio en una elegia titulada: *De diversitate fortunæ et philosophiæ consolatione,* aunque componiéndose de cuatro pobres libros, adquirió prontamente tal reputacion, que en vida del autor, se leia en las escuelas. Pedro Comestor hizo tambien versos, pero con poco éxito (7), y un poeta aun más malhadado compuso su epitafio (8).

Lorenzo, diácono de la iglesia de Pisa, cantó con bastante talento la espedicion de sus conciudadanos contra las islas Baleares en 1114. Otros refirieron empresas de sus respectivos tiempos, cronistas toscos que quisieron añadir á lo difícil de su tarea la del verso.

Pueden citarse entre los mejores poetas Alano Scoto ó Siculo, que dirigió varios años la escuela de Paris y fué apellidado el *Doctor universal,* después entró en la órden del Cister, en la que se sometió á los más humildes oficios (1294). Como Claudio, contra Rufino, habia puesto en escenas los vicios para pervertir á este último, al paso que lo llamaba á las virtudes para hacer el hombre feliz, tituló á una de sus obras *Anticlaudiano,* más rica de conocimientos é ingenio que el que se puede esperar de aquella época.

El cultivo del latin redundó en detrimento de la poesia y de la filosofia: dañó á ésta, porque la aislaba de la vida actual envolviéndola en un idioma estraño y muerto; á aquélla, porque con las formas detenia tambien pensamientos envejecidos y preferia las reminiscencias á las espansiones espontáneas; después traduciendo, no sin alterarlas, las leyendas de los pueblos invasores, dejó perderse las fuentes originales, como aconteció con Jornandes y Pablo Warnefrido. Es verdad que el latin vivió aun generalmente en Europa como la lengua culta hasta el momento en que los nuevos idiomas consiguieron sobreponerse; lo que fué útil entonces para que hubiese uno cuyo uso fuese comun á todos los hombres de saber, y con cuya ayuda pudiesen conservarse las tradiciones de buen gusto y del arte esquisito.

Lenguas nuevas.— Los nuevos idiomas se desarrollaron á la vez para espresar ideas y sentimientos nuevos. Hemos examinado en otras partes la

---

(4) Véase t. V, pág. 138.

(5) *Papa stupor mundi, si dixero papa* NOCENTI
Acephalum nomen tribuam tibi: si caput addam,
Hostis erit metri: nomen tibi vult similari.
Nec nomen metro, nec vult tua maxima virtus
Claudi mensura, nihil est quo metiar illam,
Transit mensuras hominum. Sed divide nomen,
Divide sic nomen: IN *præfer, et adde* NOCENTI,
Efficiturque comes metri: sic et tua virtus
Pluribus æquatur divisa, sed integra nullis.
Egregius sanguis te confert Bartholomæo;
Mite cor Andreæ; pretiosa juventa Johanni;
Firma fides Petro; perfecta scientia Paulo.
Ita simul nulli. Superest de dotibus una,
Quam nulli fas est attingere, gratia linguæ.
Augustine tace, Leo papa quiesce, Johannes
Desine, Gregori subsiste. Quid eloquar omnes? etc.

(6) Así se lee en LEISER.

(7) Pedro Comestor queriendo hacer el elogio de la Vírgen Maria, dice:
Si fieri posset quod arenæ pulvis et undæ,
Undarum guttæ, ros, gemmæ, lilia, flammæ,
Æthera, cælicolæ, nix, grando, sexus uterque,
Ventorum pennæ, volucrum, pecudum genus omne,
Sylvarum rami, frondes, avium quoque plumæ,
Ros, gramen, stellæ, pisces, angues et aristæ.
Et lapides, montes, convalles, fera, dracones,
Singula lingua forent, minime depromere possent.

(8) *Petrus eram, quem petra tegit, dictusque Comestor;*
Nunc comedor; vivus docui, nec cesso docere
Mortuus, ut dicat qui me videt incineratum:
Quod sumus iste fuit, erimus quandoque quod hic est.

formacion de ellos, y hemos visto el provenzal dar á luz una brillante poesia (9); y al mismo tiempo, poco después las demás lenguas nacidas del latin ú originarias del Norte, adquirian tambien una literatura, y la mayor parte intentaban en la poesia sus primeros ensayos.

Versos rítmicos.—Puede suceder, que así como habia entre los latinos una lengua hablada diferente de la escrita, existiese en union de la poesia métrica, es decir, medida por tiempo, una poesia rítmica sin más sujecion que el número de las sílabas. Tales eran tal vez los versos fesceninos, que hacian las delicias del pueblo; tales los cantos militares, báquicos y burlescos, de los que algunos nos quedan de Suetonio, y de otros, así como algunas estrofas del emperador Adriano, que no se prestan á las medidas conocidas (10). Cuando decayeron el gusto y la delicadeza que resultaban de la costumbre de oir el latin y de hablarle, no se buscó más que el sonido, como lo hemos visto en los versos de ciertos autores (11), y en los himnos de la Iglesia, fáciles en el canto, pero rebeldes en la prosodia; se varió la medida y siempre en razon de las sílabas y no de su cantidad.

La rima daba realce á su tosca y rastrera bajeza. Los clásicos griegos y latinos la conocieron y evitaron notándose á veces en ellos tal acumulacion de consonancias, que no es posible atribuirlas á inadvertencia (12). Agradaron luego al declinar el latin, y al principio la cadencia semejante no se buscaba sino en la última sílaba ó en las dos últimas de las voces esdrújulas (13), hasta que se exigió que fuesen iguales todas las letras que siguiesen al acento tónico. Estos versos se llamaron, segun dicen, *leoninos*, de Leon, benedictino de la abadia de San Victor en París, que florecia hácia el año (1190); pero estaban en uso mucho antes que él (14). La rima pasó á todas las lenguas romanas, como se encontraba ya entre los árabes y los pueblos septentrionales, cuyo ejemplo la propagó entre nosotros, pero no la enseñó.

Pueden encontrarse ya en los clásicos latinos la forma de los versos italianos; si se quiere dejar á un lado la cantidad, se encuentran versos de cinco, seis, siete, ocho sílabas, cuyas combinaciones se aumentaron, y cuyo movimiento fué más fácil cuando se consagraron al canto eclesiástico (15). El verso heróico italiano procede de los endecasílabos de los antiguos, ó del verso sáfico ó del yambo hiponacio (16), estuvo en uso en los bajos tiempos (17); y era en esta rima en la que los soldados se exhortaban en el año 900 á conservar las murallas de Módena. Los versos decasílabos, des-

---

(9) Véase Libro XI, cap. XI y XVIII.

(10) *Galias Cæsar subegit, Nicomedes Cæsarem*, etc. *Ego nolo florus esse*, etc. Y el epígrama que todo el mundo sabe: *Animula, vagula, blandula*, etc.

(11) Véase Libro VII, cap. XXII. En Fabretti se lee este epitafio:

Nome fuit nomen, hæsit nascenti Cosuccia:
Utraque hoc titulo nomina significo.
Vixi parum, dulcisque fui dum vixi parenti:
Hoc titulo tegor, debita persolui.
Quique legis titulum, sentis quam vixerim parum;
Hoc peto nunc dicas: Sit tibi terra levis.

(12) Homero: Εσπετε νῦν, μοῦσαι, ολύμπια δώματ' ἔχουσαι.

Son muy frecuentes las rimas en los poetas griegos, especialmente en el *Edipo en Colona*, y en las *Traquinias* de Sófocles.

HORACIO.

Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunto,
Et quocumque volent animum auditoris agunto.

VIRGILIO.

Trajicit. I verbis virtutem illude superbis
Cornua velatarum obvertimus antennarum.

OVIDIO.

Quot cælum stellas, tot habet tua Roma puellas

PROPERCIO

Non non humani sunt partus talia dona;
Ista deûm mentes non perperere bona.

No se acabaria nunca, si se quisiesen citar todos los casos análogos. La primera oda de Horacio está casi toda rimada con rimas imperfectos. Son sin embargo conocidísimos los cuatro versos de Virgilio:

Sic vos non vobis fertis aratra boves, etc.

y en estos de Ennio que cita Ciceron *Tuscul.*:

Hæc omnia vidi inflammari
Priamo vitam evitari,
Jovis aram sanguine turpari.

(13) Así San Columbano:

Differentibus vitam mors incerta surripit;
Omnes superbos vagus mœror mortis corripit.

(14) Muratori halló en un antifonario bencorense del VII ú VIII siglo estos versos de rima perfecta:

Vere regalis aula—variis gemmis ornata,
Gregisque Christi caula—Patre summo servata.

Pedro Damian en 1053 usaba rimas perfectas é imperfectas:

Ave David filia—sancta mundo nata,
Virgo prudens, sobria—Joseph desponsata.
Ad salutem omnium—in exemplum data
Supernorum civium—consorx jam probata.

Y en otra parte:

O miseratrix—o dominatrix—præcipe dictu
Ne devastemur—ne lapidemur—grandinis ictu.

(15) Fray Jacopone de Todi compuso esdrújulos de cinco sílabas:

Cur mundus militat sub vana gloria,
Cujus prosperitas est transitoria?
Tam cito labitur ejus præsentia
Quam vasa figuli quæ sunt fragilia, etc.

(16) *Dulce et decorum est pro patria mori...* HORACIO.
Jam satis terræ nivis atque diræ... HORACIO.
Ibis liburnis inte alta navium.
Phaselus ille quem videtis, hospites. CÁTULO.

(17) Waldefrido Estrabon en el siglo IX canta:

O rerum Sator omnium tremende,
Dum pœnas crucis innocens luisti,
In quo nihil nisi reperis ruinam, etc.

conocidos á los latinos y provenzales, son atribuidose á maese Honesto de Bolonia (18).

No hay, pues, necesidad de atribuir á los provenzales el orígen de las formas de la poesia italiana, aunque se les deben las canciones de versos desiguales y rimas cruzadas, terminadas por un envio, como las de Petrarca, así como la forma fastidiosa de las sestinas antiguas y baladas, donde se reproduce á cada intérvalo dado, ya el mismo verso, ya la misma espresion. Su soneto era diferente del que la Italia ha adoptado, y de los cuales el más antiguo se atribuye á Pedro de las Viñas (19). Determinóse después regularmente por Guitton de Arezzo, que se dice fué el primero que empleó los versos de ocho sílabas. Se atribuye á Bocaccio la invencion de la octava (20), de la cual la sestina moderna no es más que una mutilacion. Los primeros poetas de Italia se complacieron grandemente en los tercetos después de haberlos visto usar por maese Brunetto Latini en su *Patafio*.

La Sicilia oyó los primeros acentos de la musa italiana en la boca de Pedro de las Viñas, de Federico II, de Enzo y de Manfredo, sus hijos, que «á menudo salian de noche por las calles de Barletta cantando estrambotes, y con ellos iban dos músicos sicilianos que eran grandes romanceros.» (21) Ciullo de Alcamo y Mazzeo de Ricco parecen haberle precedido, y son más elegantes Reinaldo de Aquino, Jacobo, notario de Lentino y Guido de las Columnas. En la misma época, sin contar las dos Bonagiunta de Luca, se cultivaba la poesia en Toscana por Chiaro Davanzati, Salvino Doni, Guido Orlandi y Noffo, notario de Otrarno, citados solamente porque son los primeros; después Dante de Majano, que se enamoró por su fama de la siciliana Nina; amor poético que produjo entre ellos una correspondencia en verso. Guitton de Arezzo espresó bajo formas groseras elevadas ideas, tanto en sus versos como en las cuarenta cartas que existen de él sobre diferentes asuntos. Guido Giunicelli, boloñés, á quien Dante llama «noble, muy grandísimo, su padre, y uno de los mejores que han cantado rimas de amor dulces y graciosas» (22) es segun Policiano ó más bien de Lorenzo de Médicis, «el primero por quien la hermosa forma del idioma italiano fué suavemente coloreada, cuando el áspero Guitton apenas la habia delineado.» Fué destronado por Guido Cavalcanti, que, celebrando la bella Mandetta de Tolosa, mezcló la filosofia al amor.

Brunetto-Latini,-1294.—Brunetto Latini nos ha dejado en lengua vulgar el *Tesoretto*, coleccion de preceptos morales en versos de siete sílabas, rimados de dos en dos y quizá el *Patafio*, baturrillo de los más oscuros. «Fué dictador (secretario) del concejo de Florencia, pero hombre mundano. Comenzó á ilustrar á los florentinos, y fué el primer maestro que les enseñó á hablar bien y con habilidad, á saber juzgar, y regir la república segun la política (G. VILLANI).» Perseguido por el rey Manfredo, se refugió en Francia cerca de san Luis; y escribió el *Tesoro*, que se ha querido hacer pasar por una enciclopedia de aquella época, cuando no es más que un conjunto de cosas diferentes, tomadas de la Biblia, de Plinio y de Solino. «Lo he compuesto, dice, en francés, porque estamos en Francia, y el idioma es más agradable y comun á todos.» Tradujo tambien á esta lengua la *Moral*, de Aristóteles.

Jacopone de Todi,-1306.—Jacopone de Todi, literato y doctor, se ocupó en ganar dinero y gastarlo en placeres, hasta el momento en que la caida de un techo mató á su jóven esposa, con la que asistia á una fiesta. Al descubrirla el pecho cuando la encontró muerta bajo los escombros, notó que llevaba un cilicio debajo de sus ricos trajes. Afectado con esto, se hizo tercero de la órden de san Francisco, y para atraer sobre él el desprecio, fingió estar loco. Fué entonces la burla de los muchachos, el blanco de las persecuciones de sus hermanos en religion y de Bonifacio VIII: metido en un calabozo, compuso versos satíricos y cantos sagrados, de grosera é incorrecta poesia, pero muchas veces enérgica y llena de espontaneidad, tanto en el pensamiento como en la espresion. No se le quiso recibir en la primera órden de franciscanos, sino cuando escribió sobre el desprecio del mundo, pero se negó constantemente á hacerse sacerdote.

Cino de Pistoya,-1337.—Cino de Pistoya es alabado por su elegancia y dulzura, si bien me parece oscuro y de una afectacion platónica muy alambicada. Dante dice, no obstante, que las canciones de Cino y las suyas habian elevado el magisterio y el poder del habla itálica, que de áspera que era en las palabras, embarazada en las construcciones, viciosa en la pronunciacion y rústica en sus acen-

---

(18) La partenza che fo dolorosa
E penosa—più che altra m'ancide,
Per mia fide—a voi da bel diporto.
La partida que á mí dolorosa,
Y penosa—me hiere de muerte,
Os divierte—lo creo, á fe mia.

(19) Se encuentra en Allaci, *Poetas antiguos*, como tambien otros dos de Cecco Nuccoli de Perusa, con tres tercetos.

(20) Encontramos antes de él la octava en Tibaldo, conde de Champaña, ap. PASQUIER, *Indagaciones de la Francia*, Paris, 1617:

Au rinouviau de la doulsour d'été
Que reclaircit li doiz à la fontaine,
Et que son vert bois et verger et pré
Et li rosiers en may florit et graine;
Lors chanterai que trop m'ava grevé,
Ire et esmais, qui m'estau cuer prochaine;
Et fins amis a tort acoisonnez,
Et moult souvent de léger effréez.

Tambien se encuentra entre los árabes.

(21) *Novelle antiche*, 20.

(22) *De vulg. eloq.*—*Purg.* XXVI, 33.

tos, la hicieron tan elegante, suelta, depurada y pulida (23).

Hemos tributado ya nuestros elogios á san Francisco y á fray Pacífico, omitiendo hablar de otros autores, cuyas flores desaparecieron sin prometer los frutos que produjo la poesia italiana, merced a Dante.

En el norte de la Italia el modo de escribir era más inculto. Los dos milaneses Pedro de Besgape, autor de la historia del Antiguo y Nuevo Testamento, y fray Buonvicino de Riva, que enseñó las buenas maneras (24), como tambien Guido de Somacampagna rector de Verona, que en 1360 escribió el *Tratado y el arte de las rimas vulgares* (25), no pueden menos de atestiguar que el dialecto toscano era superior á los demás de aquella época.

Franceses.—El presidente Fauchet, sábio del siglo XVI, escribió las vidas de más de cien poetas franceses anteriores al año 1300; en este número se encuentra la de Cristiano de Troyes, que compuso muchos libros de caballeria de diez á doce mil versos cada uno; las bibliotecas abundan de poemas manuscritos de los trovadores, de los cuales ya hemos hablado en otra parte de ellos.

---

(23) *De vulg. eloq.* lib. I, cap. 17.

(24) Fra Bonvexin de Riva, che sta in borgo Legnano,
D'le cortesie de descho ne disette primano;
D'le cortesie cinquanta che s'dè usare a descho
Fra Bonvexin de Riva ne parla mo de frescho.

El códice núm. 92 de la Biblioteca Ambrosiana contiene del mismo Buonvicino una *Disputatio Roxe et Viole* que empieza del siguiente modo:

In nome de Dio grande e de Bonaventura,
Chi lò si dà comenzo a una legenda pura
De gran zoya e solazo; zaschun si n'abia cura
D'imprender ste parole de dolze nodritura.

Otros versos suyos celebran la *dignitade de la glorioxa vergine Maria:*

Quella viola olente, quella roxa fioria,
Quella è bianchissim lilio, quella è gemma fornia,
Quella è nostra advocata, nostra speranza e via,
Quella è piena de gratia e piena de cortexia...
Quella è salut del mondo, vaxello de deitade,
Vaxello pretioxissim, e pien d'ogni bontade,
Vergen sopra le vergen, soprana per beltade,
Magistra d'cortexia, et de grande humiltade, ecc.

Tambien son de él varias leyendas alusivas á san Cristóbal, á santa Lucia, al esclavo Dalmasina. Este último empieza así:

Intendete, signore, sel vi piace ascoltare
D'un bello sermone eo ve vollio cuntare;
Se voli ponete mente, ben ve porà zovare;
Chè sempre de la morte se dee l'uom recordare.
Chi serve a Jesu Cristo non può mal arrivare.
Lo sclavo Dalmasina per nome era chiamato;
E'lo fo de la Zizilia, e in Palermo el fo nato, ecc.

Este es el verso martelliano, en el cual escribió tambien Boecio de Reinaldo, natural de Aquitania, la historia de Aquila, desde 1252 hasta 1362. *Rer. Ital. Script.*

(25) Está manuscrito y véase á MAFFEI, *Verona illustrata*, par. II, lib. 2.

Romance de la Rosa.—Recordaremos aquí el poema original conocido con el nombre de *Romance de la Rosa*, epopeya didáctica y alegórica sobre el arte de amar. Los primeros cuatro mil quinientos cincuenta y cinco versos se deben á Guillermo de Lorris en 1260. Cuarenta y cinco años después, Juan de Meung el Cojo (*Clopinel*) (1260-1320), añadió diez y ocho mil para concluirla. Su longitud seria insoportable, aun cuando la obra ofreciese grandes bellezas; pero es á la vez insípida en la forma, fastidiosa en su invencion y reprensible en su objeto, puesto que es una sátira grosera, donde están manifestadas feamente las debilidades del bello sexo, donde se predica la comunidad de mujeres y el más material sensualismo. La Holgazaneria, Mala lengua, Peligro, Felonia, Bajeza. Odio, Avaricia, Buena acogida son otros tantos personajes que representan en un sueño, para escitar á un amante á buscar la Rosa, dulce recompensa del amor, ó para impedir que la encuentre. En medio de todo este farrago, no hay un pensamiento elevado, sino una mezcla de reminiscencias de los tiempos pasados y modernos, de historia y de alquimia, de Ovidio y santo Tomás, de amor sutil y metafísico y amor positivo y grosero. No por eso dejó de tener este poema un inmenso éxito cuando apareció; tal vez lo debió á irónicas alusiones que debian chocar entonces vivamente; tal vez al talento francés, que siempre encamina la literatura hácia un fin práctico y quiere que el relato sea claro y sencillo, y las espresiones exactas, además de que en medio de sus muchas pedanterias agradaban los incesantes sarcasmos dirigidos á los frailes, y el ver al ingenio aliarse con los príncipes en su reaccion contra Roma.

Los hombres probos se declararon contra este poema, y el canciller Gerson condenaba desde la cátedra los que encontraban escusas, para proferir palabras y discursos deshonestos. Personas de buen sentido, decia, arrancad ese libro de manos de vuestros hijos é hijas; si yo poseyese el único ejemplar, aun cuando valiese mil libras de plata, le arrojaria al fuego. Opuso á él además otro romance sobre el mismo plan, pero con un pensamiento contrario. El 18 de Mayo de 1402, por la mañana, en el momento de despertarse Gerson, es arrebatado á la corte de la santa cristiandad. Allí la Justicia, sentándose en el trono de la Equidad, sostenida por la Verdad y la Misericordia, tenian en su rededor á la Caridad, la Fuerza, la Humildad, la Templanza y el séquito de todas las demás Virtudes, Presidia el consejo el Espíritu sutil unido á la Razon, teniendo por secretarios á la Prudencia y la Ciencia; al paso que la Fe cristiana y la Sabiduria divina formaban el consejo secreto, teniendo por ayudantes á la Memoria, la Prevision y el Buen sentido y otros personajes del mismo género; la Elocuencia teológica hacia el papel de abogado. La Conciencia, promotor de las causas, se levantó á esponer la queja de la Castidad; que nunca habia querido consentir no sólo decir, pero

ni aun en pensar nada contra la honestidad (26). Este gusto de las alegorias frias é insulsas era el predominante.

Españoles.—Además del vasco en Navarra, del lemosino, es decir, del provenzal, en Cataluña, del castellano y portugués, el árabe se hablaba y escribia habitualmente en la península ibérica; y las imaginaciones españolas se dedicaron de mejor voluntad á la historia; que entre ellos abundaba en poesia. El monumento más antigno del verdadero idioma español es el poema del *Cid*, ó más bien los fragmentos que quedan de él, porque no son relativos sino á la vejez del héroe. El autor es desconocido, pero es anterior á Dante lo menos de cincuenta años. Este poema, compuesto tal vez de tradiciones árabes, cuyo colorido y formas conserva, está en versos alejandrinos irregulares, de diez á diez y seis sílabas, que á veces reproducen mucho tiempo la misma rima, segun costumbre de los árabes. La rima es de tal modo incierta, que á veces el oido no percibe siquiera la asonancia. Sencillo y vigoroso, aunque desnudo de arte y de pretension, este poema pinta los hombres al natural, y segun la grandeza de los tiempos, sin creer por esto que parezcan estraños ó menos hermosos; no se encuentra en él ninguno de los sarcasmos y rasgos de talento que en los romances revelan una época posterior; todo, en una palabra, es original en él, tanto la lengua como las costumbres. Hay poemas cuya influencia es muy grande sobre los destinos de un pais; y el *Cid* no tuvo menos que la *Divina Comedia* sobre la literatura y la sociedad.

El idioma, que en este poema tiene mucho del latin, escepto algunas espresiones derivadas del árabe, recibió rápido impulso del canónigo Gonzalvo de Berceo (1198-1268), que dejó nueve poemas que comprendian más de trece mil versos, ya regulares, de doce á catorce sílabas, rimando sólo cuatro versos seguidos, menos toscos, pero tambien menos sencillos é interesantes que los del *Cid*. Gonzalvo trató asuntos sagrados, donde hizo que abundasen los milagros, denotando poca imaginacion: se puede, sin embargo, conocer que hubiera sido poeta en época más civilizada.

Juan Lorenzo Segura de Astorga (1250), traduciendo ó imitando el *Alejandro* de Felipe Goltieri, trasladó su héroe á la época en que se escribia, haciéndole armar caballero el dia de san Antero, pelear contra los judios y moros, y desear estender su dominacion tanto como Carlo-magno. El poeta añadió á su libro dos cartas morales, que son después del *Fuero Juzgo*, los monumentos más antiguos en prosa.

Se tienen tambien de Alfonso X una série manuscrita de cantares en honor de Maria en gallego, como tambien querellas sobre la rebelion de su hijo, y además el *Libro del tesoro*, donde revela el secreto de la piedra filosofal. En su tratado sobre las esferas armilares, las once primeras estrofas, en que refiere cómo fué iniciado en las ciencias de los astros, están en una jerga ininteligible, y treinta y cinco octavas están escritas con cifra cuya clave no tenemos. Este rey tradujo la Biblia al romance es decir, al castellano, con una paráfrasis de la Historia Sagrada; recogió las crónicas de España, así como la historia de la conquista de la Tierra Santa, é introdujo el uso de la lengua española en los tribunales.

El tiempo de Alfonso XI, Juan Ruiz, archipreste de Hita, compuso un diálogo en el que hizo figurar á don Amor, doña Cuaresma, don Carnaval y don Ayuno, discurriendo juntos en versos alejandrinos que riman de cuatro en cuatro. La rígida Cuaresma triunfa del corpulento Carnaval, á quien enerva la indigestion, pero éste una vez pasado el efecto de su vino, recobra vigor, y en las Pascuas encuentra su desquite contra su descarnada adversaria. Mas libre en el hablar que lo que se pudiera esperar en un pais como la España y (cosa rara), moral á la par que satírico, castiga atrevidamente el omnipotente poder del oro en las cosas profanas y sagradas, los vicios de los grandes, la venalidad de la corte de Roma.

Una composicion particular de los españoles es la *glosa*, que se puede comparar á las variaciones de la música sobre un tema dado. Toman un verso y estienden su paráfrasis en muchas estancias, de modo que en cada una se reproduce el mismo pensamiento, usando hasta de las espresiones del verso que sirve de fundamento, y acaban cada estancia por su reproduccion parcial ó total (27).

Romances.—Pero la verdadera poesia española consiste en los romances. Llamaron así al principio todas las composiciones en lengua vulgar, para distinguirlas de las composiciones en latin: después se restringió este nombre á las baladas heróicas y románticas, efusion heróica y espontánea del valor nacional y del espíritu caballeresco, exaltados por una cruzada de ocho siglos, donde se encuentra, así como en el dia, un pueblo duro, de generoso corazon, de indomable orgullo, y pronto á derramar su sangre y la ajena (28). No hay ningun

(26) J. Gersonii, *doctoris et cancellarii parisiensis, tractatus contra romancium de Rosa, qui ad illicitam venerem et libidinosum amorem utriusque status homines quodam libello excitabat.*

(27) A. Sanchez, *Coleccion de poesias castellanas anteriores al siglo* XV, 1779, 4 tomos.

Velazquez, *Historia de la poesia española.*

(28) La España fué la primera en formar una coleccion de canciones populares. El *Romancero del Cid* fué impreso en 1510 por Fernando del Castillo, después por Pedro Flores en 1615. En el siguiente siglo, Juan Escobar lo puso en órden, de modo que formára una historia seguida. Al reimprimirlo Vicente Gonzalez de Requere en 1818, quitó veinte y cuatro romances por falsos. Véase Fed. Denis, *Crónicas caballerescas de España y Portugal.* Paris, 1840.

Dozy, *Investigaciones sobre la historia y la literatura de España durante la Edad Media.* Leida, 1881.

arte de esta iliada popular. El narrador entra desde luego en materia, dialoga, pinta sin exageracion, sin afectada minuciosidad, sin el énfasis que parece innato en esta literatura desde el tiempo de Séneca. El romancero toma indistintamente los nombres de la historia ó del romance; cuenta el asesinato como una cosa natural, sin escusa ni cubrirlo con un velo, así como los errores del amor. Colocando al héroe en una situacion aislada, sin ocuparse de los antecedentes, comienza de repente y concluye del mismo modo; es un cuadro aislado. El mismo descuido se nota en las formas, pues los más están escritos en el vivo, pero monótono octosílabo, que llaman *redondilla* (29): y en estrofas de cuatro ó de seis versos, y á veces de doce y hasta de diez y seis, con un ritornelo frecuente; á veces se contentan con la simple asonancia, se añaden para obtenerla palabras y ripios, se corta el verso y la estrofa, sin más precaucion que la que puede tener un ruiseñor cuando gorjea sus suaves melodias.

Los romances eran cantados por el pueblo: es lo que hace que los autores sean desconocidos, y probablemente han llegado á nosotros muy alterados en su forma primitiva, y además interpolados con tradiciones moriscas. No obstante, las personas que conocen á fondo la lengua y las costumbres del pais, pueden determinar con certeza la época de cada composicion. Las más antiguas pertenecen al siglo XIII y las más recientes al XVI. Y cuando no se detiene uno por el fastidio que resulta de un lenguaje anticuado, de frases en desuso, de frecuentes cambios, de muchas vulgaridades, se encuentra uno grandemente recompensado con verdaderas bellezas, porque se hallan en él una pintura fiel de los hombres y la espresion ingenua del corazon. Esta vasta epopeya de un pueblo que tiene necesidad de cosas que hablen directamente á su imaginacion, resulta, aunque dure ocho siglos, de una unidad más prodigiosa que las que son fruto del estudio y del arte. Al lado de la historia real de España, crea otra poética, en la que los acontecimientos son á menudo puramente de inventiva, y más frecuentemente desnaturalizados, pero siempre marcados con el verdadero colorido de la época y de la nacion: así las tradiciones particulares han recibido la consagracion poética que las eterniza.

Los primeros romances tratan de la invasion de los moros y del rey Rodrigo, cuyas estrañas aventuras son derivadas tal vez de esta fuente. Otros cantan el rey Cárlos y su derrota en Roncesvalles. Después del Cid de cuyos romances nos hemos ocupado en el libro precedente, el héroe que más celebran, es Bernardo del Carpio, que muchas veces se une á los moros para libertar á su padre, el conde de Saldaña, de la cólera de Alfonso el Casto, y después para vengarle. Otros romances celebran los Siete Infantes de Lara; muchos las espediciones que contribuyeron á reconquistar la nacion. Aunque por lo comun fiel á los reyes, la musa sabe, no obstante, espresar el descontento de los grandes, maldecir las crueldades de D. Pedro, y aplaudir las venganzas de Enrique de Trastamara. Cantó, en fin, la caida de los moros, y pareció que llamaba entonces la compasion sobre los vencidos; compasion que por lo demás hacia resaltar la gloria del pueblo, cuya nacionalidad habia acabado por triunfar.

Hubo después hombres insignes que compusieron romances, á imitacion de los primeros; tambien los hubo que trataron de reunir un ciclo entero como con los relativos al Cid; mas para darles una forma seguida y que apareciesen encadenados, debió hacérseles sufrir demasiadas alteraciones (30). Su mayor mérito consiste en que, gracias á ellos, no hay mujer ni campesino, por ignorantes que sean, que no conozcan los acontecimientos de los siglos pasados, las hazañas de los héroes y las gloriosas luchas en medio de las cuales se regeneró la nacion. Pero como en los romances españoles se celebra igualmente á los héroes cristianos y á los musulmanes, y parece guerra de cortesia lo que era guerra de exterminio, el clero se declaraba contra unas poesias que inspiraban interés hácia aquellos que los españoles, como cruzados y patriotas, debian inmolar, y que convertian á los Zegries y á los Abencerrajes en caballeros é hidalgos, aunque moros.

El *Amadis* contribuia á esta fusion de razas, celebrando igualmente á los moros y á Bernardo del Carpio; y habia sido acogido con entusiasmo por los españoles, encantados de lo maravilloso de las hadas y de los silfos, y todo el séquito de virtudes y creencias orientales. La literatura caballeresca oncontró el terreno tan bien dispuesto en España, que resistió hasta á la guerra que le declaró Cervantes, y no sucumbió sino bajo la sistemática opresion de los príncipes de la casa de Austria, que no dejó á aquella poesia más carácter que el del idilio.

El sentimiento religioso, así como el espíritu ca-

---

(29) Los dos metros más usados entre los antiguos españoles son la *redondilla* y el *arte mayor*. La primera está en verso de ocho sílabas, como en este romance:

Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida, y con amor
Do todas las avezicas
Van tomar consolacion.

Los versos de *arte mayor* están formados de dos versos de seis sílabas, introducidos por Manzoni en la poesia italiana:

La fuerza del fuego, que alumbra, que ciega
Mi cuerpo, mi alma, mi muerte, mi vida,
Do entra, do hierve, do toca, do llega
Mata y no muere su llama encendida.
ALONSO DE CARTAGENA.

(30) Especialmente en la version de Herder, que cambió la tosca sencillez en gravedad alemana.

balleresco es innato en los españoles: tuvo tambien su poesia en multitud de leyendas, en versos sin cultura ni color, que no obstante, á veces tienen elevacion, y cuyo pensamiento nunca carece de atrevimiento.

La poesia portuguesa se despertó cuando el pais fué una nacion; y así como habia adquirido la existencia bajo el dominio de un príncipe francés, las inspiraciones provenzales se hicieron sentir allí de tal manera, que pareceria al leer la antigua coleccion publicada por sir Cárlos Stuardo, que se tienen á la vista las obras graciosas, ligeras, elegantes é irreflexivas de los trovadores. Se quiere hacer ascender hasta la época de la invasion un poema histórico que la describe y que parece anterior á los dos poetas líricos del siglo XII, Gonzalo Hermiguez y Egaz Moniz; pero apenas entienden estas composiciones los anticuarios, y casi sucede lo mismo con las canciones del rey Dionisio, con las de su sucesor Alfonso IV, y el hijo natural de este príncipe, Alfonso Sanchez.

Alemanes.— Contemporánea de las literaturas provenzal y francesa, si no le es anterior, es la literatura alemana: libre de toda influencia extranjera, llegó desde luego á tal altura, que parecia anunciar otra cosecha que la que ha dado. Los *singers* ó *meisters* de Germania se asemejan en razon de la conformidad del sistema feudal, á los trovadores de Provenza; pero difieren en la naturaleza de ambos pueblos. El trovador es más sutil, más lírico, más esquisito, y más alambicado en amor que los *minnesingers*, se complace en castigar á las demás damas para hacer resaltar la suya. Los alemanes manifiestan por la mujer en general el respeto cuyo sentimiento es inveterado en las razas teutónicas. Pocos de ellos se inspiraron en las cruzadas (31): graves, sérios, desdeñosos, menos nobles y más prosáicos, con una sencillez, una amenidad de corazon que no escluye el atrevimiento, en lugar de retratar una vida aventurera, pintaron con desprecio una sociedad grosera ó degradada, lanzando al clero los dardos de la sátira y mezclando á ella frecuentes meditaciones sobre la vida futura.

Ya al principio del siglo XII, el dialecto de los francos, nacion predominante, habia sido escrito por algunos tal como se hablaba en la corte franconiana. Cuando los Hohenstaufen ascendieron al trono, prevaleció el idioma suevo ó suabo. Se usó en los actos públicos, en la redaccion del *Espejo Suabo* y para la paz pública de 1235. Siendo entonces más rico, más flexible, más armonioso, pudo servir de tipo á los demás dialectos germánicos. La Alemania, es decir, la Suabia, la Alsacia y una parte de la Suiza, vió prosperar pronto en su seno la cultura intelectual; porque unos siguiendo á sus emperadores á Italia y Palestina, otros trasladándose á las universidades de París, Pádua, Salamanca, otros recorriendo la Europa como caballeros, pulian su talento, sus modales y lenguaje. Los príncipes de Hohenstaufen no querian parecer como que cedian nada á los de Francia y Provenza en la magnificencia de su corte y en el favor que concedian á las letras (32). Federico Barbaroja fué festejado por los trovadores en Italia y en Languedoc; él mismo cultivó la poesia y concibió la idea de trasladar á su pais las alegres solemnidades de la Provenza.

Minnesingers.—Otros reyes, como Enrique VI, Conrado IV, Federico II, Conradino, Wenceslao de Bohemia y muchos príncipes, cultivaron las letras, otros las favorecieron aun más, y los puentes levadizos acostumbrados á resonar sordamente bajo los piés de los corceles, se bajaron para los minnesingers, que repitieron sus cantos en todas las orillas del Weser y del Elba. Más de trescientos minnesingers ó caballeros poetas, cantando en lengua suaba, desde el Báltico al golfo de Venecia, del Brabante al lago de Neufchatel, empleaban con éxito este dialecto lleno de dulzura y rico de vocales, de espresivos, pintorescos y graciosos epítetos.

A su frente estaba Enrique de Waldeck, contemporáneo de Barbaroja, que escribió una Eneida, diferente de la de Roma por los acontecimientos y aun más por el sentimiento inspirador; así como una epopeya sobre las desgracias de Ernesto, duque de Baviera, y la leyenda del bienaventurado Gervasio de Maestricht (33). Enrique de Ofterdingen recorria el pais exaltando á Leopoldo VII de Austria, su protector, *valiente como un leon y pudoroso como una doncella*; otros poetas concibieron envidia de él, se unieron en su contra dirigiéndole un desafio literario. La cita fué designada en el castillo de Wartburg, donde entraron en liza los más ilustres minnesingers (1207), Walter de Vogelweide, Biterolf el ministerial, Wolfran de Eschembach, Enrique el Virtuoso. Wolfran tenia ventaja sobre sus rivales, cuando Enrique de Ofterdingen recurrió á Nicolás Klingsoer. Este, que mandaba á los espíritus al mismo tiempo que encantaba á los humanos por la belleza de sus cantos y la de su persona, se encontraba entonces en Transilvania, cerca de Andrés II de Hungria, donde gozaba de gran crédito, cuando Ofterdingen se presentó para pedirle ayuda. Le prometió acompañarle á Turingia, pero bajo diferentes pre-

(31) Eccard, t. II, ha publicado un poema muy largo sobre la pérdida de la Tierra Santa, escrito en aleman, con estilo tosco por un contemporáneo:

Darum wolt er sich naigen
Und euch ertzaigen
Sein Tugent also gros etc.

(32) *Des Schwertes Meister wie des Gesanges.*

(33) WAGENSIL, *De civit. Norimbergensi; accedit De der Meistersinger institutis liber.* 1697.

GRIMM, *Ueber den altdeutschen Meistergesang.* Gotinga, 1811.

textos, lo difirió tanto que apenas quedaban veinte y cuatro horas para acudir á Wartburg; así era que Ofterdingen estaba desconsolado. Pero habiéndole dormido Klingsoer, se encontraron á la mañana siguiente en el paraje donde debian emprender la lucha; y habiendo ayudado á su protegido á esplicar todos los enigmas propuestos por sus rivales, le aseguró la victoria.

Los minnesingers no se ofrecen á nosotros con gran perfeccion de formas: prolijos en las palabras, pobres en las ideas, se pierden en minuciosas descripciones. Sin embargo, Walter de Vogelweide de Turgovia está dotado de una imaginacion viva; su estilo es meditado, tierno y sublime á la vez. Desde su solitaria habitacion observa los acontecimientos políticos, sabe conceder una gran parte á las simpatías nacionales, y siente los tiempos pasados, la lealtad alemana, la fe religiosa, el amor á la patria, que en todos ha desaparecido.

«Decidme que soy bienvenido y os contaré una historia, á cuyo lado todo lo que habeis oido decir no son más que consejas. Pero quiero una recompensa; si es tal como la deseo, tal vez quedareis contentos. ¿Vamos, qué me dais?

»Hago oir á las damas alemanas tales relaciones, que el amor las rodeará más con sus guirnaldas. Principiaré sin gran recompensa, ¿pero por dónde comienzo? Son muy bonitas, seré moderado, encantadoras doncellas; una sonrisa me bastará.

»He visto muchos paises y he encontrado bueno en todas partes. ¡Pero que sea yo un pícaro si mi corazon hallaba placer en las costumbres extranjeras! ¡Ay! ¿de qué me servirian todas aquellas miserias? Un corazon aleman vale más que todo.

»Del Elba á Rhin, y del Rhin á la Hungria, las damas tienen un encanto celestial, digno de nuestros caballeros: en gracias, en talento, en belleza, por la fe de Dios, no hay ninguna que nos les ceda la palma en los demás paises.

»Los hombres son bien nacidos, pero las mujeres son ángeles. No tiene buen sentido quien les escasea las alabanzas. El que busque virtud, tierno amor, no tiene más que venir aquí; esta es la morada. ¡Ojala pase yo aquí mi vida!

»Aquella por quien suspiro, por quien siempre quiero suspirar, está lejos de mí. ¡Oh! ¡cuánto me hace penar! Me destroza el corazon, y me hace perder el valor. Gran Dios, perdónale el mal que me causa; pero haz que se convierta pronto.»

Mas graves pensamientos le ocupaban á su vuelta de Palestina, donde habia peleado con Federico II.

«¡Ay! toda dulzura ha desaparecido: la funesta niebla se estiende tambien sobre los reyes. La tierra es bella á la vista, verde, púrpura; pero por dentro es negra como la muerte. Que aquel que sea seducido por ella, busque un consuelo: una ligera pena expiará enormes ofensas. Tened cuidado, caballeros, esto os concierne, á vosotros los que llevais el casco ligero, el anillo de hierro, el sólido escudo y la bendita espada. ¡Oh! ¡ojala seais dignos de este triunfo! ¡Cuánto quisiera en mi indigencia merecer tan rica recompensa! No pienso ni en tierras ni en tesoros de príncipes, sino en la eterna corona. Las demás coronas, puede arrebatároslas un mercenario con una cuchillada. ¡Oh, si pudiera aun hacer el santo viaje á Ultramar! Diria: ¡bien! y no proferiria la menor queja!»

Usó poesia hasta en su testamento: «Quiero que los pájaros encuentren granos de trigo y agua en mi sepulcro; así, pues, hareis en la piedra bajo la cual descanse, cuatro hoyos para ponerles todos los dias.» (34)

Ulrico de Lichtenstein se distingue por una vivacidad que está uno poco acostumbrado á encontrar en su época en otra parte que su nacion. Refiere algunas de sus proezas en su poema moral titulado *Frauen Puech und der Itwitz* (Servicio de las damas y remordimientos). De elevada y airosa estatura, de mirada viva y de agradable semblante, tenia la boca afeada por una deformidad: como disgustaba este defecto á la que amaba, dama de elevada alcurnia, se sometió á una dolorosa operacion. Un dia que él la habia acompañado con varios caballeros, no se atrevió á revelarle su sentimiento; pero en el momento en que la ayudaba á bajarse de su hacanea, ella le cortó un rizo de sus cabellos sin que los demás lo notasen, diciéndole que era para castigarle de su timidez. Como pareciese ella no creer que en un torneo en que él habia figurado, su adversario le habia roto un dedo, se lo hizo cortar y se lo envió engastado en oro en un tomo de poesias, encuadernado en terciopelo azul. Pasó el invierno oculto en Venecia, se hizo hacer trajes de mujer bordados de oro, plata y perlas, y otros enteramente blancos para sus criados, así como sillas de montar y gualdrapas del mismo color; y con este estraño equipaje atravesó con el rostro cubierto la Lombardia y el Austria, anunciando que la diosa Venus iba á enseñar á los caballeros á amar y merecer los favores de las damas; que ella daria á aquel que la venciera un dedo engastado en oro, con la virtud de embellecer la dama á quien se envie, y hacerla constante en el amor; que la diosa estará veintinueve dias en el viaje, y se detendrá en Teya de Bohemia; que en este intérvalo nadie verá su cara, ni sus manos, ni oirá su voz; y en fin, que todo caballero que á su llegada no se presente á romper una lanza, será esceptuado del amor de las damas.

Por todas partes en su camino fué acogida la diosa con grandes honores y alegria; todo fué fiestas, carreras y torneos. Todo Viena acudió á verla; desde los balcones adornados de flores, las damas aplaudian el fausto y el valor que desplegaba. Lichtenstein triunfaba de los caballeros; pero es-

(34) Uno de los poetas vivos más ilustres ha escrito su biografía: *Walter von Vogelwende ein all deutscher Dichter geschildert von* UHLAND, 1822.

tuvo á punto de ser vencido en Felsberg por una jóven bella: escapado no obstante del peligro, despidió su comitiva, abandonó en una selva, á merced del primero que llegase, su traje de mujer y todo su rico atavio, y después volvió á Viena en traje de hombre. Aguardábale una terrible noticia: informada su dama de su incierta fidelidad, le devolvió su prenda de amor, retirándole su afecto. Pensó Lichtenstein en darse la muerte, y poco faltó para que no se volviese loco. Escribió para disculparse los mejores versos del mundo; pero de nada le valió, y para consolarse en definitiva volvió cerca de su mujer, *á quien amaba tiernamente*. Apaciguada su dama, le llamó de nuevo, y él corrió ciento ochenta millas á caballo en treinta y seis horas: con objeto de no escitar la atencion, tomó el traje de leproso, y fué á mendigar bajo sus ventanas. Reconocido por ella en este disfraz, le indicó la hora en que podrian verse por la noche; y cuando subió con ayuda de una cuerda que le arrojaron, encuentra, no á su dama, sino á la sobrina de ésta, que, vestida con un corto traje con corpiño de escarlata encima, guarnecido de armiño, una camisola verde y un elegante delantal, estaba sentada sobre colchones de terciopelo, forrados de un paño muy fino, como tambien las dos almohadas, y sobrepuestos de una rica colgadura; al pie de la cama de descanso, resplandecian dos candeleros, y cien luces colgadas del techo iluminaban la habitacion. Ocho encantadoras damas con deslumbradores vestidos, que rodeaban la cama, ofrecian magnífico golpe de vista, pero poco agradable á un amante. Lichtenstein, vestido por la bonita sobrina con un vestido de seda recamado de oro, se retiró llevando solamente la seguridad de que un dia la dama dejaria su amor completamente satisfecho.

Cuando bajaba del mismo modo, la cuerda se rompió, cayó y fué perseguido por el guardian del castillo; desesperado, queria arrojarse en el rio, cuando llegó su criado, que le llevaba las escusas de su dama, y su sentimiento de haber sido detenida por una de sus amigas. Le envió entretanto la almohada donde se habia apoyado su mejilla, y le invitaba á volver dentro de veinte dias, para cuya época se desembarazaria de tan fastidiosa compaña. Falaces promesas. Engañado de nuevo en sus esperanzas, se consoló con otra dama. Después comenzó á correr á uno y otro lado con intencion de restablecer la Tabla redonda, á ejemplo del rey Arturo (1265). Más tarde fué á pelear contra los prusianos con Ottokar II, rey de Bohemia; pero este príncipe le aprisionó por sospechas que concibió de él, y no recobró su libertad sino cediéndole sus castillos.

Si nos hemos estendido algo sobre estas aventuras, es con objeto de probar que las locuras poéticas no eran solamente patrimonio de la Provenza y de la Italia.

El senador Manesse acogia hospitalariamente, en su rico castillo á orillas del lago de Zurich, los minnesingers de Suiza. Copiaba sus composiciones adornándolas con figuras, con fantasias y colores; de esta manera es como ciento cuarenta de estas poesias se han salvado del olvido. «En vano recorrereis todo el reino para encontrar tantos libros como posee la biblioteca de Zurich. Al momento en todas partes donde existe un canto, se ve acudir á Manesse.» Así cantaba Hadloub, poeta desgraciado en amor, pero delicado y sublime.

Una de las formas más graciosas de la poesia alemana, el *leiche*, composicion religiosa y elegiaca, nació en las tan poéticas comarcas de la Suiza, y verdaderamente en los monasterios de Muri y Engelberg. El fraile dominico Everardo cantaba: «Maria, flor brillante del pudor, ¿cómo glorificarte en un canto, tú, prodigio del universo, celebrada por el cielo y la tierra? Inflamada del Espíritu divino, tu cuerpo estaba radiante de belleza; el verdadero sol se ilumiuó con tus rayos, y de tí procede la luz que nos ilumina. ¡Oh Maria! tu paz es inmensa, porque Dios no ha olvidado nada en tí; te ha penetrado y colmado con sus gracias. ¡Oh madre del bello amor! ¡Oh estrella nuestra en las tinieblas! abrasa, consume mis sentidos con el fuego del verdadero amor! ¡que mi alma se purifique y confunda en su Dios! ¡Si alguna vez he podido alimentar otras ideas, destrúyelas, ¡oh dulce señora mia! ¡Ten piedad de mí, porque tú hallaste gracia, y tu amor vence la cólera de Dios!»

Los fugaces cantos de los minnesingers cedieron después el puesto á largos poemas sacados de tres fuentes: la caballeria, las tradiciones nacionales, y la alegoria. Los libros de caballeria y los *fabliaux* se tradujeron desde luego al aleman; después se compusieron originales. El *Percival* y el *Titurel*, provenzales, fueron imitados por Wolfram de Eschenbach, que Goethe ha llamado el mejor poeta nacido en el territorio germánico; escribió tambien el *Marqués de Narbona*, epopeya sobre los héroes de Carlomagno, que sigue al *Guillermo de Orange*, de Ulrico de Türkheim, y del cual es continuacion *Rennevart el Fuerte*. A la historia de Carlomagno se unia tambien la de los *Cuatro hijos de Aimone*, que procedente de los Paises Bajos, se hizo popular en Alemania. Se debe á Godofredo de Estrasburgo la epopeya de *Tristan*, que enviado por su tio Marco, rey de Cornualles á pedir la mano de la bella Isota, olvida al conducirla que se ha casado con ella por otro, de cuyo olvido resultan grandes desgracias, y una constancia que arrastra á los dos fieles amantes á un mismo sepulcro, del cual brotaron dos hiedras que entrelazando sus ramas lo cubrieron.

Los antiguos recuerdos sirven de base al *Libro de los héroes* (*Heldenbuch*), enteramente lleno de relaciones sobre el godo Hermanrico, sobre Teodorico de Verona y otros guerreros francos, sajones, longobardos de la época de Atila: no respiran sino sangre y ferocidad, sin que aparezca ningun sentimiento cristiano. Refiere Eginardo que Car-

lomagno hizo recoger *cantos muy antiguos* de los alemanes, que celebraban á los héroes antiguos, pero no queda nada de ellos. Se hace mencion solamente de las baladas, que varios siglos después se cantaban aun por los sajones y los bávaros, sobre el lombardo Alboino, sobre la traicion de Hatto y el heroismo de Banno.

Los Niebelungos.—Estas tradiciones y otras semejantes dieron nacimiento á poemas de los cuales el más célebre es el de los *Niebelungos*, dividido en treinta y nueve aventuras, y escrito en estrofas yámbicas y trocaicas de cuatro versos rimados de dos en dos alternadamente. Nadie conocia este poema hace cien años, y en el dia forma la gloria de los alemanes y el objeto de sus estudios, como el más eminente entre los poemas caballerescos modernos. El asunto está sacado del Edda y de la historia. Se lee en la primera que viajando por la tierra los dioses Odin, Anner y Lok, llegaron á la cascada donde habitaba el enano Andvaro, y viendo allí una serpiente que devoraba un pescado, le dieron muerte. Como descansasen, durante la noche, cerca de Ardmaro, este descubre que la serpiente muerta por ellos, era Oturo, su hijo, que habia tomado aquella forma. Detuvo, pues, á los dioses prisioneros, hasta que por premio de la sangre vertida, hubiesen cubierto con oro la piel de la inmolada serpiente. Con objeto de procurársele, Lok se va á la pesca, y coge en su red á Andvaro cambiado en pez, y le obliga á cederle su tesoro. Resígnase á ello el enano, rogándole solamente le deje su anillo, con cuya ayuda pueda recoger otro tanto. Niégase Lok; entonces el enano maldice el anillo, y á todo el que lo posea. El fatal anillo corresponde con el resto del tesoro á los Niebelungos, que pronto se indisponen por la particion. Tafner, otro hijo de Ardmaro, da muerte á este último y traslada á la campiña de Geitna, en Wesfalia, sus riquezas, que guarda bajo la forma de un dragon. Su hermano Rigin, hábil en el arte de trabajar el hierro, piensa en recobrarlas. Ha criado para este efecto á Sigfrido, de la raza de los Valsungos; y poniéndose á buscar en su compañia á su hermano, le encuentra y hace darle muerte. Fingiendo después afliccion, le obliga á freir el corazon del dragon. Una gota de grasa quema la mano de Sigfrido, quien la lleva á sus labios para apaciguar el dolor, y al momento nota que comprende el lenguaje de las aves. Instruido por dos golondrinas que el pérfido Rigin quiere tambien desembarazarse de él, se le anticipa, y Rigin antes de espirar renueva la imprecacion del enano contra el tesoro; pero Sigfrido se apodera de él y va en busca de aventuras. Llega á Franconia, cerca de un castillo fuerte rodeado de llamas, donde se encuentra encerrada Brunilda, hija del rey Atlo, durmiendo armada de punta en blanco en un magnífico lecho; el que aspira á poseerla debe precipitarse en las llamas. No titubea Sigfrido, y destruye el encanto que embargaba á la doncella. Ella le refiere que nacida walkiria, ha sido castigada de aquella manera por Odin, por haber dado la victoria á quien él no queria. Ella le enseña la ciencia rítmica y en cambio él le pone en el dedo el anillo encantado. Habiendo dejado Sigfrido á Brunilda para correr tras nuevas aventuras, llega en Borgoña á la córte de Guntaro, cuya hermana Gudruna se enamora de él, le hace por medio de un filtro, olvidar á Brunilda, y darle su mano. En este estado, Guntaro, que ha oido hablar de Brunilda, quiere hacerla su mujer; vá, pues, acompañado de su hermano Agen y de Sigfrido al castillo abrasado; pero como él no se atreve á arrojarse á las llamas, Sigfrido, á quien un encantador da las formas de Guntaro, atraviesa y saca á Brunilda. Conducida á Borgoña se casa con Guntaro sin reconocer nunca á Sigfrido, ni ser reconocida ella misma. Pero en una cuestion Gudruna revela á Brunilda el artificio, quien jura vengarse. Incita á Agen á dar muerte á Sigfrido que en el momento de espirar se acuerda de Brunilda, y ésta desesperada se arroja en la pira de aquél.

Tal es la base de los Niebelungos. En el poema, Sigfrido, príncipe de los Paises Bajos, es conducido á la corte de Borgoña por el deseo de casarse con Crimilda. Vence por su amor á los sajones y daneses; ayuda además á Gundecaro, hermano de esta princesa, á obtener con difíciles hazañas á Brunilda, reina de Irlanda; en recompensa pide y obtiene la mano de Crimilda. La felicidad de que ambas princesas habian gozado por espacio de diez años, acabó en el momento en que Brunilda sabe de la otra que sólo por el valor de Sigfrido es como ella ha sido obtenida. No respira más que venganza; en union con su marido, prepara una traicion que da por resultado hacer asesinar á Sigfrido por Agen de Tronek. Crimilda le tributa solemnes exequias y jura vengarle. Con objeto de conseguirlo se decide á casarse con Atila, el azote de Dios (35), que figura como personaje heróico,

---

(35) Atila es el héroe de otros poemas. Fischer publicó uno en latin en 1780, que creia del siglo VI, y otros del VIII, el cual escepto el nombre es todo novelesco. Existe uno en francés en Módena, que ha sido publicado en italiano por Rossi, Ferrara, 1768. Véase WEBER.—*Illustrations of Northern Antiquities*, 1844. En el *Cronicon Novaliciense*, publicado por Muratori, se leen fragmentos de un poema sobre las hazañas de Walter de Aquitania. Habiéndose originado una disputa por la sucesion á la Baviera, se sacó de un monasterio bávaro un manuscrito del siglo XIII, que fué remitido al hijo del docto Mosheim, el cual halló que contenia, además de otras cosas, el poema de *Walthárius*, al que le falta el final. Así lo publicó Ficher en Leipzig en 1780, con una disertacion erudita, que sin embargo no corregia siempre las faltas del texto; doce años después imprimió el final, descubierto en Carlsruhe por Federico Molter, que habia traducido aquel poema latino con el título de *Prinz Walther von Aquitanien* (Carlsruhe, 1792). Ignacio Fessler sacó de él su novela histórica, *Attila, König von Hunnen*, en sus *Gemälde aus den alten Zeiten der Hungarn* (Breslau, 1806, 4 tom.) J. Grimm dió mas ade-

pero en un papel secundario. A instigacion de la dama envia dos minestriles á invitar á Gundecaro y sus hermanos á acudir á su lado. En vano se oponen la prudencia y los augures á que emprendan el viaje, y llegan á Hungria con Agen para ser testigos de la felicidad de su hermana y contemplar la magnificencia de su cuñado. Suscítase una cuestion en un torneo entre los hunos y los borgoñones. Termínase la fiesta con una sangrienta lucha, y Crimilda incita á los guerreros á la matanza. Pero los borgoñones hacen una vigorosa defensa, y siembran la muerte entre los hunos, hasta el momento en que Crimilda prende fuego á la sala, da muerte á su hijo por irritar á Atila, inmola después á su hermano, para obtener de Agen los tesoros confiados á su custodia, y en fin, se arroja sobre el mismo Agen y le degüella; después ella es muerta á su vez por un anciano. Es una série de asesinatos, sin que se encuentren para consuelo algunas ideas inspiradas por sentimientos humanos.

Este poema ofrece, como se ve, dos grupos de tradiciones, cuyo lazo es una mujer. Aparece desde el principio para no abandonar la escena, desde el momento en que se presenta en su virginal inocencia, hasta el en que espira en la feroz exaltacion de una sangrienta agonia. Crimilda, que eclipsa á los demás héroes, es el carácter de mujer mejor delineado que presentan las epopeyas, y con la Beatriz del Dante anuncia una era nueva.

Se ignora el autor de los Niebelungos y la época en que fueron compuestos. Los manuscritos manifiestan ser del principio del siglo XIII, y, por consecuencia, anteriores á Dante. Pero discuerdan atribuyéndolos á alguno de los minnesingers más célebres como Conrado de Wurtzburgo, Wolfram de Eschenbach, Klingsœr; otros con más probabilidad, á Enrique de Ofterdingen, que tuvo mucha reputacion en su tiempo, y de quien no se conoce otra cosa (36); otros los creen formados de una reunion de episodios, como se ha dicho de la Iliada. Es verdad que se distinguen dos diferentes acciones, el asesinato de Sigfrido y el castigo de sus asesinos, así como tambien reminiscencias de diferentes épocas. Atila figura allí con el marqués Rudiger y con Pilgrim, obispo de Passau en el siglo X; se habla tambien en él de Viena, edificada solamente en 1151: las frecuentes repeticiones, la variedad de estilo y de lenguaje que se puede reconocer en ellos con más certidumbre que en Homero, favorecen esta opinion (37). El fondo de los Niebelungos está sacado del Edda, pero al paso que en ésta el motor principal es el amor á la familia y la obligacion de vengarse de sus inmolados padres, en aquéllos es el afecto conyugal, superior al sentimiento doméstico. La ferocidad pagana, que es el fundamento. está templada por algunos toques de sentimientos más modernos. Los héroes borgoñones, cuando atacan á Atila en el palacio incendiado, se sienten devorados por la sed, y el feroz Agen esclama: *Si tienes sed, bebe sangre.* Bebe, en efecto, la de un cadáver aun caliente, y la encuentra deliciosa. Todo es caballeresco, por el contrario, en el hecho de Rudiger, que, obligado por lealtad á combatir á los Niebelungos, á quienes ama, derrama lágrimas, y que viendo á su enemigo Agen sin escudo, le da el suyo. «¡De qué buena voluntad te daria mi escudo si me atreviese á ofrecértele delante de Crimilda! No importa, tómale, Agen, y llévale en tu brazo. ¡Ah! ojalá le lleves hasta tus hogares, hasta el pais de los borgoñones!»

Este poema permaneció ignorado hasta el momento en que en el siglo pasado, el deseo de regenerar la literatura alemana, viciada por la imitacion francesa, inspiró al zuizo Bodmer el pensamiento de exhumar una de sus partes (1757), á la cual se prestó poca atencion. Pero cuando veinte y cinco años después, C. H. Müller publicó lo demás, los sabios se dedicaron á estudiarla con cuidado (38). Fué comentada, traducida al aleman moderno, puesto al nivel de las epopeyas de Homero, y superior tambien por los caractéres de un acabado más moderno; pero aunque estos caractéres sean siempre grandiosos y verdaderos, escepto el de Atila, no son siempre constantes consigo mismos. Seria por otro lado una locura buscar allí la delicadeza virginal del arte griego; la lengua que aun no estaba pulida, le arrebata el poderoso encanto que solo puede perpetuar la epopeya.

---

lante una nueva edicion del texto latino en la coleccion *Lateinische Gedichte des X und XI Jh* (Gottinga, 1838). Este poema pertenece al ciclo de Atila, y es version ó imitacion de un canto anterior á los *Niebelungos,* que aluden á él más de una vez. Quizá es un episodio de un poema más extenso, visto que sólo se trata de una accion de este héroe, á saber, la fuga de Walter del pais de Atila, y su combate contra dos guerreros del rey borgoñon Guntaro, que quiere robarle el tesoro de los francos. La mayor parte de los personajes están nombrados no solamente en los *Niebelungos,* sino tambien en los cantos escandinavos y en los poemas titulados *Gutrum, Otuit, Der grosse und der kleiner Rosengarten, die Rabenschlacht, die Klage, Bitterhof und Dietlieb Dieterichs-Fluchst,* etc.

(36) Pueden consultarse las pruebas en su apoyo en *Heinrich von Ofterdingen und des Niebelungenlied, von* ANT RITTER VON SPAUN.

(37) LACHMANN, *Ueber die ursprüngliche Gestalt des Gedichts von der Niebelungen* (Berlin, 1816), *y Aufmerkungen zu der Niebelungen* (1836), ha determinado la época de cada trozo, las interrupciones é interpolaciones.

(38) La edicion mas correcta es la de Cárlos Lachmann, titulada: *Der Niebelungen Noth, mit der Klage; in der ältesten gestalt mit den Abweichungen der gemeinen Lesart.* En lugar de *Necesidad (Noth) de los Niebelungos:* se titula tambien *Canto (Lied)* ó *Tesoro (Host) de los Niebelungos.* La *Klage* ó lamentacion es otro poema de ménos mérito, en armonia con la segunda parte de los *Niebelungos.* Berlin, 1826.

Es no obstante bueno que la indiferencia de nuestro siglo haya al menos apreciado con imparcialidad las producciones que no tenian, para recomendarse, nombres ni idiomas clásicos. Aunque á veces la crítica moderna, sutil por saciedad y despecho, haya concedido con mucha complacencia su admiracion á algunos restos de la Edad Media, cuyo mérito consistia en ser enteramente diferentes de lo que se ensalzaba en otros tiempos, no se puede negar que el *Edda* y los *Niebelungos* llevan tanta ventaja á todas las composiciones contemporáneas del Mediodia, como las que llevan los trovadores á los troveros del Norte. Si los meridionales se adhieren á la forma, y la admiran hasta con detrimento de la originalidad, ésta, por el contrario, es la que constituye el principal mérito de la literatura septentrional, cuyos críticos elevan hasta las nubes todo lo que manifiesta genio y grandeza en el pensamiento.

En punto á lo maravilloso, se encuentran mezcladas en estos antiguos poemas todas las tradiciones y todas las supersticiones de los tiempos, los enanos, los gnomas, los dragones, los magos; las nornas urdiendo los destinos de los guerreros con los hilos teñidos de sangre, las ondinas viviendo en el agua y casándose con los mortales. Hay tambien de estos poemas, el *Laurin*, por ejemplo, en el que lo maravilloso forma la principal accion. Dietlieb y Similda habian tenido por padre á Bitterholf, rey de Estiria. Habiendo ido un dia la jóven princesa á solazarse en una pradera con una brillante comitiva, Laurin, rey de los enanos, la vió, se enamoró de ella, y la arrebató. Después de haberla buscado en vano, Dietlieb fué á encontrar al viejo duque Hildebrando, y ambos con una comitiva numerosa, parten para Verona, residencia de Teodorico. En el camino oye Hildebrando hablar de Laurin, rey del Tirol, y de una princesa de gran belleza que ha sabido conquistar. La curiosidad le impulsa á dirigirse á esta parte con sus compañeros. Encuentran un jardin esmaltado de rosas, rodeado de un hilo casi imperceptible; pero mientras Dietlieb le contempla con delicia, uno de los caballeros de su comitiva destroza este encantador parterre á cuchilladas, y rompe las puertas de oro del parque de Laurin. De repente el rey se presenta con gran pompa, armado de punta en blanco en un magnífico corcel; y para reparacion del insulto exige la mano izquierda y el pié derecho de temerario. Furioso éste, empeña el combate con el rey: pero sucumbe y se ve cargado de cadenas. Entonces Dietlieb desafia á Laurin, y secundado por los suyos y por Teodorico, consigue vencerle. Pero en el momento en que va á darle el golpe mortal, Laurin le pide merced, y le dice que tiene á su hermana en su poder. Síguese una reconciliacion entre ellos, y Laurin los convida á visitar su palacio subterráneo. Pasan antes por el castillo de su sobrino, donde son acogidos con el alegre canto de multitud de pájaros, al que se mezclan el sonido de las arpas y de las zampoñas. Al dia siguiente, recibe Laurin á sus huéspedes en su palacio, en que Similda se ofrece á su vista, pero protesta que no consentirá nunca en casarse con el rey de los enanos. Indignado Laurin, les da un narcótico, y cuando están dormidos, los hace trasladar por un gigante á una bóveda oscura, donde quedan colgados de un travesaño de hierro. Al despertarse Teodorico, se apodera de él tal furor, que el ardor de su aliento hace derretir las cadenas que le sujetan. Libertado de esta manera de sus prisiones, desata á sus compañeros. Similda, por su parte, proporciona á su hermano la libertad dándole un anillo que centuplica sus fuerzas, y con cuya ayuda saca á sus compañeros de su calabozo; después otro anillo le pone en disposicion de destruir el encanto que hace que Laurin sea invisible. Entonces se empeña una nueva lucha en la que Laurin sucumbe, y es condenado á hacer en las plazas el oficio de titiritero.

Gudruna.—Los que quisieron comparar los *Niebelungos* á la *Iliada* encontraron una semejanza á la *Odisea* en la *Gudruna*, cuyo asunto es el siguiente: Agen, hijo de Sigebando y de Uta, fué arrebatado de su cuna por una águila que le depositó en su nido. Vuelto por milagro á sus padres, se casa con Hilda, princesa de las Indias, de quien tiene una hija que es sorprendida y robada por Ettel de Hegelinga. Parte Agen para recuperarla; pero se avienen en que Ettel se case con aquella que robó, la que le hace padre de Gudruna. A la fama de su belleza es pedida Gudruna por varios reyes, y á todos se les niega; en fin, Erwig, rey de Zelandia, obtiene su mano. Pero Artmuth, rey de Normandia, da muerte á Ettel, y se lleva á Gudruna prisionera; á su negativa de unirse á él, es condenada por la madre del rey á lavar en las aguas del mar con el mayor frio, la ropa blanca del palacio. Entre tanto la madre de Gudruna arma una escuadra para libertarla: y un dia en que la princesa está ocupada en su penosa tarea, un pajarillo le predice su pronta libertad. Al dia siguiente, estando aun ocupada en trabajar, ve acercarse una barca, desde la que le preguntan noticias de la princesa Gudruna. No tarda en reconocer á su amante y á su hermano Ortwin, y se precipita en sus brazos. Pero éstos no queriendo llevarla sin sus compañeras prisioneras, se separaron. Entonces Gudruna se indigna del vil oficio á que se le ha sujetado; no quiere desempeñarlo más y arroja la ropa al mar. En su consecuencia es condenada por la reina á ser apaleada, y á permanecer con la ropa helada sobre el cuerpo. Para salir de este paso finge, en fin, ceder á los deseos de Artmuth, y se adorna con ricos trajes; pero durante la noche anuncia á sus compañeras que el fin de su cautiverio se acerca. En efecto, al dia siguiente la ciudad es atacada y tomada, los enemigos son pasados á cuchillo y todos quedaron contentos.

Estas invenciones no dejan de tener cierto aire

de semejanza con las *Mil y una noches*, así como con el *Libro de los reyes;* fraternidad de tradiciones que podria hacer creer en la de la sangre. Otros cantos feroces y supersticiosos han sido sacados de las mismas fuentes, como restos de la antigua idolatria refugiada en la poesia. Multitud de creencias existen en aquel pais con motivo de las potestades misteriosas, mediadoras entre el cielo y la tierra, ó entre la tierra y el infierno. El Alp, que los franceses llaman Cauchemar (39), y que los italianos designan con la palabra clásica incubo, hace aun temblar á las mujeres de espanto; los montañeses refieren cien cuentos en los que desempeñan un papel los hombres grises y los enanos de la montaña (*Graumännchen, Borgmännchen*), séres que viven tan pronto en las cavernas, como en los palacios, en el fondo de las minas de oro, á modo de reyes y reinas, todos enanos. Son ricos y enriquecen á aquellos de quienes han recibido algun servicio; porque á veces tienen necesidad de la mano de los hombres, ya para los partos de sus reinas, ya para trasladar los tesoros reales. El mayor mal que hacen es sustituir á los recien nacidos sus propios hijos, á fin de que éstos tengan parte en los frutos de la redencion. Las madres velan, pues, con gran cuidado sobre sus criaturas en tanto que no reciben el bautismo; á veces acontece, sin embargo, que el mal genio consigue ponerles uno falso (*Wechselbag*), que permanece siempre endeble y hambriento, aniquilando á todas las nodrizas que se le destinan.

Después de la caida de los Staufen, Rodolfo de Habsburgo no hizo caso de los versos ni de los que los hacian; los minnesingers se estinguieron, y la poesia despreciada por las córtes se refugió entre el vulgo; entonces surgieron los *meistersangers* ó maestros de canto, artificiosos y estravagantes.

Ingleses.—La invasion francesa ingertó en Inglaterra un vástago de civilizacion romana en el tronco septentrional; así las formas de los trovadores ó cantores provenzales y las de los cantores del Norte se encuentran en este lenguaje mixto, á pesar de toda la resistencia que el instinto nacional opuso á la larga y poderosa dominacion de un idioma extranjero. La literatura de los vencedores y de los que solicitaban su favor era francesa; los vencidos murmuraban sus quejas en voz baja; y no pudiendo esparcirse de otra manera, celebraban la gloria de los santos nacionales, los milagros que protegian los conventos, refugio y consuelo de los oprimidos. Sólo después de Ricardo Corazon de Leon, es cuando empieza á figurar Alejandro Magno en los romances; otros escritores tomaron por asunto de sus relatos las hazañas de Héctor, de Jason, de Roldan, ó renovaron el recuerdo de Arturo, de Merlin, de Lancelote. El mismo Ricardo fué asunto de una epopeya, aunque en ella aparece disfrazado á la oriental. En general, los romances ingleses tienen algo más sério y práctico, en armonia con el carácter de aquel pueblo, que llegó á la libertad por sutilezas. No tributan alabanzas á los poderosos, dirigen, por el contrario, dardos envenenados contra los reyes y frailes, y algunas veces sacan de las maravillosas aventuras conocimientos atrevidos.

Al mismo tiempo los proscritos, que ejercian el robo en los caminos y en los montes en que la caza estaba prohibida, tenian sus canciones particulares. Ladrones por oposicion al gobierno, como los bandidos en Italia en ciertas épocas, desafiaban las leyes y protegian los que las violaban. Robin Hood fué su tipo ideal. No se encontrará en los romances que le celebran ni la inmaginacion caballeresca de los cantores del Norte, ni la galanteria de los trovadores, ni la malicia artística de los maestros alemanes, sino la libre audacia del montañés, y la frescura de los lugares donde vaga intrépido, afrontando el peligro y burlándose de los guarda-bosques.

Musulmanes.—Entre los musulmanes mencionaremos al gran poeta persa Anveri: estudiaba privado de lo necesario en la academia Mansurieh en Tous, cuando vió pasar la comitiva de Sangiar, sultan Seljúcida de Persia, y en sus filas un personaje en suntuoso tren. Al saber que era el poeta de la corte, *¡Vive Dios!* exclamó, *¡la ciencia obtiene tan elevado lugar, y yo permanezco miserable! Por la gloria de Dios desde este dia me hago poeta.* Al momento dirigió una cancion al sultan, que habiéndola encontrado buena, le envió á llamar y le preguntó lo que podia hacer por él. Anveri le dió esta respuesta improvisada: «No tengo otro asilo que el umbral de tu palacio; el único refugio que ambiciono es el vestíbulo de tu poder.» Obtuvo regalos, empleos en la corte, y su reputacion fué tal, que se decia en todas partes como proverbio: «Aunque Mahoma diga: *Ningun profeta habrá después de mí*, existen tres poetas que son profetas (hombres inspirados): en la epopeya Ferdusi; en la gacela Saadi; en las casidas Anveri.» Pero estas últimas son tan difíciles de comprender, que exigen largos comentarios hasta para sus mismos compatriotas. Tuvo propension particular á la sátira, y resultaron para él las consecuencias de costumbre, la enemistad ajena y su propio arrepentimiento. Tenia la pretension de ser muy sabio en astronomia: ahora bien, la conjuncion de los siete planetas debia efectuarse en la constelacion de Libra; predijo que este dia los vientos se desencadenarian en tan impetuosos torbellinos, que los árboles serian arrancados de raiz, las casas derribadas y las ciudades destruidas. Todo el reino quedó sumergido en la consternacion, y cada cual se preparaba un asilo en las cuevas y grutas. Pero el dia

(39) *Alp* procede de *elf*, y se acerca á *alphito*, nombre del fantasma blanco con que las nodrizas griegas meten miedo á los niños. Cauchemar, procede de *marra*, nombre que le dan los escandinavos, y de donde se deriva tambien el *nightmare* de los ingleses. Los del pais de Gales dicen *gvyll*, y los irlandeses *phuka*. Véase un artículo del *North American Review*, atribuido al profesor Ticknor.

fijado, la atmósfera estuvo tan trauquila como nunca se habia visto, hasta el punto de que por la tarde, el viento no apagaba una luz en la mano del muezin subido en lo alto de un minarete, y no sopló en todo el año lo suficiente para aventar el trigo. El malhadado profeta fué blanco de las burlas; y para salir del paso compuso una casida que empezaba de esta manera: «¡Ah! ¡Ah! ¡musulmanes, cuán engañoso es el cielo! ¡Perezca la hipocresia de Mercurio, la tirania de la Luna, y la perfidia de Júpiter!» ¡Tan propio es de la naturaleza del hombre en general, obstinarse en no querer reconocer sus faltas!

Saadi fué tambien persa (1175-1291). Nació en Schiraz, capital del Farsistan; y «arrojado de su patria por la crueldad de los turcos, viendo el universo desmelenado como la cabellera de un etíope..... viajó mucho por los diferentes paises, viviendo con toda clase de personas; y no hubo ángulo de la tierra de donde dejase de sacar algun provecho, ni miés de la cual no supiese coger una espiga.» Catorce veces fué en peregrinacion á la Meca, recorrió el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Arabia, y emprendió cuatro viajes á la India, en cuya lengua escribió poesias. «Cansado de la compañia de mis amigos de Damasco (dice), me retiré al desierto de Jerusalen para buscar la sociedad de los animales; pero los francos me hicieron prisionero y me emplearon en cavar los fosos de Trípoli, en Soria, en union de algunos judios. Un antiguo amigo mio, que ocupaba un alto puesto en Alepo, me reconoció al pasar, y me preguntó acerca de mi existencia. Yo le respondí que me habia retirado á las montañas y á los desiertos para huir de los hombres, convencido de que sólo en Dios puede tenerse confianza; y que imaginase cuál debia ser mi situacion, viéndome obligado á permanecer en la compañia de una banda de séres indignos hasta de llamarse hombres. Mi amigo se compadeció de mi suerte, me rescató y me llevó consigo á Alepo.» Después vió los males que la devocion del musulman Mahmud acarreaba á las pagodas indias.

CAPÍTULO XIV

HISTORIA.—ELOCUENCIA.

Historiadores musulmanas.—Los historiadores, ó por mejor decir, los cronistas árabes, no hacen generalmente más que copiarse unos á otros, sin haber visto, comprendido ú osado decir la verdad. Entre ellos se distingue Mahoma, hijo de Ahmed de Nessa, que escribió las hazañas de Gelaleddin, de quien era secretario y á cuyo lado se encontraba la noche que este príncipe fué acometido y asesinado por los mongoles. Desconsolado de la muerte de su amo y señor, quiso á lo menos conservar su memoria, trasmitiendo á la posteridad las cosas de que habia sido testigo.

Atta Mulk.—Los vencedores de Gelaleddin hallaron un panegirista en Aladdin-Atta-Mulk, que escribió la historia del conquistador del mundo. Puede dar lecciones á los retóricos europeos de más maestria por el modo con que sabe alabar la mansedumbre de los mongoles y demostrar la utilidad de sus devastaciones. «Acontecen los bienes y los males en este mundo por la voluntad de Dios, cuyos decretos son dictados por una profunda sabiduria y una justicia exacta. Las mayores calamidades, la dispersion de los pueblos, el infortunio de los buenos, el triunfo de los malos, se juzgan necesarios por esa divina Sabiduria, cuyas vias misteriosas superan la capacidad del entendimiento humano. Ahora bien, podemos observar, y todos lo tienen á la vista, como después de seis siglos, las conquistas de un pueblo extranjero han realizado la vision en que fué revelado á nuestro Profeta que su fe tocaria á los confines del Occidente y del Oriente. La Providencia se ha valido de la invasion de un ejército extranjero para exaltar el Coran, y para hacer que resplandezca el sol de la fe en comarcas donde aun no habia llegado el perfume del islamismo, donde aun no habia encantado los oidos por el sonido del *tekbir* y del *ezzan*. Ahora esas comarcas orientales están ocupadas por multitud de creyentes: unos han sido conducidos en calidad de esclavos á la Transoxiana y al Corasan para servir allí de artesanos y de pastores: otros han sido trasladados á instancias suyas: otros han llegado á traficar desde Occidente y se han establecido en aquellos paises, donde han fundado mezquitas y colegios enfrente de los templos de los ídolos. Niños arrebatados á los paganos han sido educados en el islamismo, se han convertido muchos idólatras: muchos príncipes de la familia de Gengis-kan han abrazado nuestra religion, y su ejemplo ha inducido á imitarles á los vasallos y á los guerreros.»

Tan cierto es que todas las cosas humanas tienen dos aspectos. Continúa encomiando la tolerancia religiosa de los mongoles, la exencion concedida por ellos á los ministros de todos los cultos y á los bienes eclesiásticos: exhorta á los suyos á que les permanezcan fieles, por haber dicho el Profeta: *Guardaos de provocar á los turcos, pues son temibles.*

Añade, que entre las plagas con que Dios castiga á los humanos, obtuvo Mahoma, que á escepcion de la de la espada, ninguna otra alcanzara á los musulmanes. «Con efecto, dice, sin este castigo seria imposible poner remedio á los desórdenes más graves. El corto número de los buenos seria oprimido por la multitud de los malos; de aquí esa escepcion hecha por la bondad de Dios. Hallándose corrompido á principios del siglo VII el pueblo de Mahoma por la abundancia de los bienes temporales, á fin de castigar su negligencia y de dar un terrible ejemplo para lo venidero y exaltar al propio tiempo la gloria del islamismo, armó Dios el brazo de un vengador; pero no tardó en manifestar su clemencia, á semejanza de un buen médico que emplea remedios en conformidad con el temperamento del enfermo.»

Sin embargo, es verdad que desmienten los hechos mismos que narra la aduladora bajeza del historiador, si se sabe consultarlos. Refiriendo cómo emprendió esta laboriosa tarea de la historia, reconoce que sus dificultades se han aumentado por haber perecido en el Corasan los que cultivaban las letras. «Este pais era el trono de las doctrinas, el punto de reunion de los sabios, segun estas palabras del Profeta: *La ciencia es un árbol que tiene sus raices en la Meca y produce sus frutos en el Corasan.* Todos los letrados perecieron allí al filo de la espada, y los hombres abyectos que los sustituyen no se ocupan más que en estudiar y en escribir la lengua uigura: los empleos y hasta las mas altas dignidades son patrimonio de la hez del pueblo: se han enriquecido muchos mendigos: ha llegado á ser emir ó visir todo bandolero: ha adquirido poder todo temerario: todo el que lleva turbante de doctor, se cree doctor, y el plebeyo está por encima del grande. En este tiempo hay escasez de ciencia y virtud; pululan la corrupcion y la ignorancia; goza de crédito todo tunante: juzgad por esto los estímulos que tendrán las letras y las ciencias.»

La obra de Atta Mulk, que no llega más que hasta el año 1257, fué continuada hasta el de 1327 por Abdalah, llamado Vasas-el-Azret, es decir, el panegirista de su majestad, título que le fué conferido por el sultan Olgaitú, á causa de una oda que le habia leido con las esplicaciones requeridas. Confesó paladinamente, lo cual se obstinan tambien en hacer entre nosotros ciertos historiadores, que se habia propuesto por objeto más bien lo bello que lo verdadero. «He hecho de modo que este libro ofrece una coleccion de bellezas literarias, de modelos de todas clases de elocuencia, de figuras retóricas de toda especie, á fin de que los letrados se viesen obligados á convenir en que para la eleccion de las espresiones, la elegancia de las frases, la oportunidad de las citas, las galas del estilo, no me aventaja ningun escritor, sea árabe ó persa.»

El mismo sultan Olgaitú favoreció á Fazel Allah Raschid, y le alentó á escribir una historia universal. «Atendido que en general los historiadores no fueron testigos de los hechos que refieren; que hasta los que tratan de acontecimientos contemporáneos deben atenerse á relaciones que varian de un dia á otro, no puede ser fiel la historia de tantas naciones y de tiempos tan remotos, hallándose los hechos espuestos de una manera distinta, ora porque engañan al autor las fuentes en que bebe, ora porque de propósito exagera unos hechos y omite otros, ora porque sin querer hacer traicion á la verdad, los refiere de una manera inexacta. De consiguiente, el que pretendiera ser verídico se hallaria en la imposibilidad de escribir cosa alguna; y de esta suerte caerian los hechos en el olvido. Así el deber de un historiador consiste en sacar los hechos de cada nacion de los anales reputados por mejores y en consultar á los que más saben.» La reflexion es exacta y la razon buena. Raschid, como gran visir de la Persia, pudo conocer perfectamente los sucesos: el mismo sultan revisó y aprobó su trabajo y la favoreció; pero al fin le mandó serrar por la mitad del cuerpo (1317) (1). Quizá se atrevió á decirle la verdad.

Habiendo abrazado el estado eclesiástico Abul Farx ó Bar el judio, hijo de un médico de Melitene, fué promovido por el patriarca jacobita al obispado de Gobos, después á los de Lacabene y de Alepo: posteriormente fué primado de los jacobitas. Escribió sobre teologia, metafísica, lógica, dialéctica, economia y otras ciencias: compuso además una crónica universal, comprendiendo hasta el año 1286, bastante árida, y suministra pocas luces, salvo en lo relativo á los cristianos en Oriente.

Ebn Kaldun.—El árabe Ebn-Kaldun, nacido en Tunez en 1332, y muerto en 1406, proporciona grandes datos sobre los sucesos de aquel tiempo, aunque pertenece á época posterior. Vivió largo tiempo en España en la corte del rey de Granada, donde su oficio consistia en inscribir en los actos del gobierno la divisa de este príncipe: *Loado sea Dios, gracias sean dadas á Dios.* Después se trasladó á Oriente y fué profesor en el Cairo. Tamerlan le tenia en mucho, lo cual dió márgen á que le persiguieran los envidiosos. Su obra principal es *El libro de los ejemplos instructivos, y coleccion de los asuntos y atributos concernientes á la historia de los árabes, de los persas, de los berberiscos y de las naciones que con ellos habitaron la tierra.* Se divide en cuatro partes, de las cuales la primera forma un tratado distinto; la segunda es un cuadro del mundo antiguo, y principalmente de la Arabia antes de Mahoma; la tercera comprende el establecimiento de los árabes en Africa y en España, así como las vicisitudes de las tribus berberiscas hasta el siglo XIV; la última ofrece el cuadro de las numerosas dinastias musulmanas esparcidas por todo el mundo. Este libro suministra preciosas noticias sobre la historia de los orientales, que no conocíamos más que por lo que nos decian autores cristianos, imperfectamente y sin pormenores.

En Europa toma la historia, merced á las cruzadas, más elevado tono, y prescinde de bagatelas para referir las espediciones comunes de la cristiandad, ó las vicisitudes de las repúblicas, en los libros escritos en medio de los campos de batalla ó en los consejos, con otro lenguaje que el usado por los autores eclesiásticos. Todos los cronistas se remontan á Adan, como lo hacian los oradores de la Asamblea constituyente, sin crítica ninguna en su tarea. Pero cuando van acercándose á sus tiempos aparecen llenos de encanto respecto del estilo y no menos preciosos respecto de las cosas. Además, siendo todavia entonces los libros una con-

(1) D'Hosson, *Historia de los mongoles.*

fianza de familia, como lo son actualmente las cartas, tienen aquella sencillez que luego desapareció con los procedimientos del arte.

Sigeberto, monge de Gembloux, continnó la crónica de Eusebio hasta 1112, año de su muerte: rico de conocimientos tiene poca crítica, cita á ciento setenta y un escritores eclesiásticos contemporáneos. El inglés Orderico Vital (-1075) monje de San Evroul, empieza la historia eclesiástica en la creacion; pero pasa rapidamente á la historia de Francia, y con especialidad á la de los normandos, cuyas espediciones cuenta. Rivaliza con Gregorio de Tours en el modo de poner en relieve las costumbres de los tiempos. Contando Guiberto, abad de Noget (-1124), su propia vida, nos inicia en los acontecimientos domésticos y en las ereencias y pasiones de su siglo. El abad Suger (-1252), en su vida de Luis el Gordo, derrama una viva luz sobre la sociedad francesa y sobre el gobierno que dirigió tan perfectamente, así como sobre las activas luchas entre la naciente monarquia y los poderosos señores feudales.

Matias Paris, (-1259).—Matias Paris, monje de San Albano, de la órden de Cluny, poeta, orador, teólogo, y con conocimientos en pintura, en arquitectura, en mecánica, fué enviado de Roma á Noruega, para reformar diversos monasterios. Su *Historia major Angliæ* del 1066 al 1259 le coloca al frente de los historiadores ingleses, agrada por el sentimiento nacional que acredita siempre; pero se estravia por su parcialidad escesiva hácia Enrique III, á quien dedicó su obra por su mania de denigrarlo todo, por su rencor contra los papas, lo cual trasforma la historia en novela ó en diatriba. A pesar de tener á la mano excelentes materiales, comete errores tan groseros y dice mentiras tan claras, que no se puede confiar en él á no ser que le apoye algun autor contemporáneo.

Martin Polacos, -1278.—Martin Polacos, dominico muerto en Bolonia, cuando se dirigia á Gnesne con el título de arzobispo, dispuso por órden alfabético las materias del *Decreto* de Graciano, lo cual fué causa de que se le sobrenombrara la Perla del Decreto. Además compuso una crónica «para los teólogos y los jurisconsultos, á fin de que supieran lo necesario sobre el tiempo de los papas y de los emperadores.» Con este fin, presentó por un lado á los papas desde san Pedro hasta Nicolás III; por otro á los emperadores desde Augusto hasta Rodolfo I, indicando al márgen los años.

Italianos.—Las *Vidas de los papas*, que corren bajo el nombre de Anastasio el Bibliotecario, interrumpidas en el año 889, fueron principiadas de nuevo en 1050 por el cardenal de Aragon. En medio de otras más ó menos importantes, la de Alejandro III ofrece un cuadro real y verdadero del tiempo de la liga lombarda.

A fines del siglo XI, el monge Gregorio redactó con los diplomas pertenecientes al monasterio de Farfa, la crónica de este convento, ejemplo nuevo que fué imitado en otros monasterios, y mejor que en otro alguno en la célebre abadia del monte Casino, cuyo abad Oderisco bosquejó sus vicisitudes hasta Victor III y fué después continuado por otros.

Pero ya con la libertad se habia desarrollado la civilizacion; á la crónica del monasterio se sustituia la del concejo y la importancia de las cosas expuestas daba realce á la historia, que asociándose con la política, instruye y atrae por el conocimiento profundo y la estimacion sutil de los acontecimientos, por las particularidades características, y por ese movimiento que nace de los sentimientos verdaderos.

Puede decirse que todas las ciudades tenian entonces su cronista. Arnulfo y Landulfo el viejo, que vivian poco después del año 1000, fueron los primeros autores seglares que acometieron la empresa de escribir una historia civil; y aunque inexactos agrada encontrar en su relato el orígen de las contiendas entre nobles y plebeyos, entre legos y seculares, que cambiaron no solo la constitucion civil, sino tambien la social. Para los tiempos de Federico Barbaroja conviene consultar como correctivo al espíritu republicano de Raoul ó Rodolfo, de Milan, *(De gestis Frederici)* las propensiones imperiales de Oton Morena *(Rerum Laudensium)*, magistrado de Lodi. Por lo demás, ambos son inferiores á Oton y á Radevico de Flesingua, quienes bosquejaron los hechos de que habian sido testigos, el último como continuador del otro.

Galvano Fiamma (*Manipulus florum*), que si hacinó muchas bagatelas en la *Historia antigua de Milan*, mejora mucho cuando se aproxima á su tiempo. Fray Estefenardo de Vimercate, quien bosquejó en los mejores versos de su época los acontecimientos sobrevenidos desde 1262 hasta 1295. Gerardo Mauricio escribió los hechos de Ezelino III (1237), cuando todavia no habia emprendido aun la carrera de sus maldades; lo cual le hace no menos parcial en favor de su persona que Rolandino le es hostil en su *Historia de Padua* que leyó ante los profesores y escolares de esta universidad, que la aprobaron, ó á lo menos la aplaudieron.

En el reino de Sicilia aparece después de Galfrido Malaterra y Guillermo de Pulla, Hugo Falcando, sobrenombrado el Tácito siciliano. Efectivamente emplea á menudo los colores del analista de Tiberio para pintar la corte de Guillermo el Malo. Enérgico y elegante, sensato en sus observaciones, prevé los males á que se hallaria espuesta Sicilia pasando á la dominacion de los alemanes. «Bárbara raza, dice, á la cual su brutal ímpetu conduce á reducir al último estremo por el terror, por la matanza, por las rapiñas, por la lujuria, y á avasallar á aquella nobleza de los corintios, que estableció antiguamente su morada en la Sicilia, vanamente llena con tantos filósofos y poetas, y para la que mejor hubiera valido el yugo de los antiguos tiranos. ¡Infeliz de tí, Aretusa, condenada á tantas miserias, que en vez de los versos que oias modular á los poetas, oyes ahora los liti-

gios de los ebrios alemanes y te ves sujeta á sus infamias (2).

Godofredo de Viterbo compuso un *Panteon* que comprende desde el origen del mundo hasta el matrimonio de Constanza. Dice «haber registrado durante cuatro años aquende y allende los mares, todas las bibliotecas latinas, bárbaras, griegas, judáicas y caldeas. Ricardo de San Germano, notario, testigo ocular y sincero, aunque gibelino, describe los tiempos de Federico II. Nicolás de Jamsilla continúa desde la muerte de este príncipe hasta la coronacion de Manfredo, mostrando parcialidad suma, pero una parcialidad tan sencilla, que el leerla produce verdadero agrado. Mateo Espinello, de Giovenazzo, el más antiguo de los historiadores en lengua italiana, ha dejado una crónica que comprende desde el año 1247 hasta la batalla de Tagliacozzo en 1268, donde perdió la vida. Sabas Malaspina, el anónimo de Salerno, Alejandro de Telesa, Amato de Montecasino, historiadores del reino de Nápoles, superan en mucho á los del resto de Italia.

En Génova se presentaba anualmente á los cónsules en pleno consejo la crónica de los hechos de cada año, y después de haber sido aprobada era depositada en los archivos. En esta fuente donde Caffaro (como diremos en el libro XIV), que habia mandado las escuadras de su patria, bebió los elementos de su historia hasta el año 1101, y enseguida hasta el año de su muerte (1163). Fué después continuada en virtud de un decreto público por otros personajes ilustres y consulares, tales como Marin Usodimare, Jacobo Doria, Enrique Guasco, marqués de Gavi, comprendiendo la época desde el año 1000 hasta el 1294; después de un intérvalo de cuatro años vienen otros escritores de las familias Stella y Senarega, hasta 1514, y en pos de ellos Felipe Casoni, que se detiene en 1700. Estas son las fuentes de la historia de Génova, historia parcial sin duda, pero preciosa por una série de autores contemporáneos, de que sólo esta ciudad puede vanagloriarse de poseer.

Venecia se envanece de contar entre sus hijos á Andrés Dándolo. Instruido en la legislacion y en las bellas letras, lleno de decoro, de gravedad, de amor de la patria, y de aquella prudencia que tan perfectamente sienta al jefe de una república, compuso en latin una historia de su pais, desde la era vulgar hasta 1342, obra falta de energia y de crítica para los tiempos antiguos, y rica de documentos para los sucesivos, y con más imparcialidad de la que podia esperarse de un noble y de un republicano.

Historia de las cruzadas.—Entre los numerosos historiadores de las cruzadas ninguno se elevó realmente á la altura del asunto. Fué reunida la coleccion de ellos por Jacobo Bongars (*Gesta Dei per Francos*), y José Michaud las ha compendiado y juzgado. Agradan siempre que cuentan lo que han visto. Guillermo, arzobispo de Tiro, nacido en Palestina, deudo de los reyes de Jerusalen, y complicado personalmente en las vicisitudes del pais, tuvo disposicion para bosquejar la mejor relacion de ellos hasta el año 1183 (*Historia belli sacri*). El conocimiento de los lugares le permitió dar vida á su narracion, al propio tiempo que exornaba su estilo con ayuda de sus reminiscencias clásicas. Santiago de Vitry, párroco de Argenteuil cerca de Paris, luego canónigo y párroco de Lieja, predicó contra los albigenses, promovido después al obispado de Acre, de allí al de Túsculo, y por último cardenal, lejos de dormirse bajo la púrpura, dió en tres libros una *Historia de Jerusalen*, rápido bosquejo que llega hasta la toma de Damieta, y da noticias utilísimas sobre el pais y las costumbres.

Franceses.— Godofredo Villehardouin (1167-1213) y Juan Joinville escribieron en francés. Ya hemos hablado de ellos: el primero nacido en Barsur-Aube, asistió á la toma de Constantinopla, y aunque quizá no sabia escribir, encanta por aquel lenguaje ingénuo y sincero de un caballero, dedicado enteramente á las armas, y que sin embargo es capaz de admirar la civilizacion que destruyé. Su estilo es preciso, sin que nada esceda en él los límites de buen gusto, porque no aspira á innovar. Es exacto en los detalles, vivo y verdadero en las descripciones, como puede serlo aquel que ha visto: así su prosa sencilla y pintoresca se hace á veces grandiosa y épica. ¡Cuán superior no aparece su mérito comparándole con el griego Nicetas, quien narra tambien la toma de Constantinopla, aunque con una pedanteria eterna, menospreciando á los francos porque son iliteratos, y enterneciéndose á causa de las obras maestras de las artes, no menos que por la suerte de la patria!

Joinville, 1223-1317.—Villehardouin es más historiador, si bien menos subjetivo que Joinville. Este compañero de armas de san Luis, ingénuo, leal, juntando la sencillez de su época á la vivacidad de su nacion, sabe lo que narra, y narra todo lo que sabe, con poco órden y sin nada de arte, no cuidando de investigar las causas ni de investigar los medios, sino que se apasiona de todo cuanto encuentra hello, grande, religioso, en los personajes á cuyo lado figura. Más caballero que historiador, amante de Dios, de su rey, de su patria, de su castillo, de sus hermanos de armas, ofrece en su persona un vivo retrato de los guerreros de entonces; y cuando se le lee, parece que vive uno en aquellos tiempos, en medio de aquellas espediciones, cuando la caballeria se habia ya despojado de su primitiva rudeza, y las costumbres eran menos enérgicas y más amables. Su fortuna fué tener que reproducir los rasgos de un héroe tan interesante como san Luis lo era, cuyas conversaciones con él, siempre ingénuas y á veces pueriles, hacen resaltar el contraste entre el bueno y franco hidalgo que tiene algo de mundano, y el piadoso rey á quien no ocurre duda sobre nada; almas cándidas

(2) *Hist. Sic.* Rer. Ital. Script., t. VII.

ambas, y ricas de sano juicio que suple por tantas otras cualidades.

De Villehardouin á Joinville se conoce un gran progreso en la lengua francesa, que ya en el último ha depuesto las sílabas sonoras, resto de la latinidad, y adoptado las frases, así como los enlaces que despues ha conservado. En estos dos escritores empieza para los franceses la riqueza que más peculiarmente les pertenece; queremos hablar de las *Memorias*, detalles históricos sobre algunos hombres, contados por ellos mismos ó por los que les vieron y vivieron con ellos, los cuales reclaman un talento reflexivo, rápido, y amoldado á la sociedad.

Legendarios.—Entonces se aumentó la cosecha de las anécdotas sagradas y de los milagros, ora falsos, ora alterados; mil cosas maravillosas fueron especialmente inventadas sobre la Pasion de Cristo, para enlazar prodigios al más mínimo rincon de Palestina, á la menor bagatela traida de Levante. Jacobo de Voragine (*Leyenda dorada*) (-1298) es el primero, después de los antiguos biógrafos de los ermitaños, que ha recogido las vidas de los santos, mezclando á ellas una porcion de fábulas (3). Las de fray Pedro Calo de Chiogia tienen muy mal renombre. Pero entre el fárrago indigesto y estravagante de las vidas publicadas entonces, metieron gran ruido los protestantes con el *Liber conformitatum Sancti Francisci cum Domino nostro Jesu Christo*, obra de una pueril sencillez. Bartolomé de Luca, obispo de Tercello y amigo de santo Tomás de Aquino, escribió una historia eclesiástica hasta el año 1313, donde copió á la ventura todo lo que encontró, si bien conservándonos noticias importantes.

Estuvieron igualmente en uso bibliotecas, tesoros, espejos, ó con otro nombre enciclopedias de todos los conocimientos del autor, y de una gran utilidad en medio de aquella escasez de libros. La biblioteca de Stuttgard posee el *Jardin de delicias* de sor Errada de Landsberg, superiora del monasterio de Santa Odila en Alsacia en el siglo XII; son estractos de los Padres y de los autores eclesiásticos, con muchas pinturas históricas ó alegóricas, que demuestran que ella conocia todo lo que habia mejor sobre este punto, hasta de las obras de astronomia, de geografia, de cronologia y de agronomia. El *Catholicon*, ó suma universal, del genovés Juan Balbi, es una tabla alfabética y razonada de todo lo que los europeos sabian entonces y *valet ad omnes fere scientias*, si hemos de creer lo que el autor dice. Ya hemos hablado del *Tesoro* de maese Brunetto.

Vicente Bellovacense, 1200-64.—Vicente de Beauvais, dominico lector y confesor de san Luis, fué encargado por este príncipe de reunir una biblioteca del palacio y de estractar después lo mejor de ella. En su consecuencia, compiló el *Speculum naturale* sobre la creacion y las maravillas de la naturaleza, añadiendo á esto la cronologia y la geografia; el *Speculum doctrinale*, comprendiendo la teologia, la filosofia y las demás ciencias, así como la teoria de las artes; por último, el *Speculum historiale*, que se compone todo de relatos. Es una enciclopedia conforme á la del siglo XVIII, y segun Bouterie, más superior y perfecta que aquella. Parte de la teologia y acaba en ella, como santo Tomás.

Elocuencia.—Parecia que la elocuencia debió aumentarse en medio de los intereses públicos; pero es probable que este brillante síntoma del desarrollo de un pueblo, el poder político de la palabra, el talento aplicado, no á distraer los ánimos, sino á gobernar las masas, permaneció lleno de trabas, á causa de la inesperiencia de las lenguas. El corto número de discursos copiados por los historiadores no ofrece el sello de la autenticidad; sin embargo, sabemos que, ateniéndose los oradores á los hábitos escolásticos, se apoyaban comunmente en un testo vulgar con frecuencia, sobre el cual discurrian sin arte. Asi cuando Farinata de los Uberti, después de la batalla de Arbia, se levantó para defender á cara descubierta á Florencia, que querian destruir los demás gibelinos, tomó por texto dos proverbios vulgares: *El asno hace las cosas como sabe: La cabra coja se escapa si el lobo no la atrapa.* San Francisco, predicando en Montefeltro, escogió por tema otro adagio vulgar: *Tanto es el bien que espero, que me deleita hasta el dolor más fiero.*

Aquellos mismos predicadores que arrastraban á la muchedumbre en pos de su huella, que la empujaban á la guerra, y lo que es más admirable, la inclinaban á la paz, se presentan á nuestros ojos, como hombres incultos, amontonando sutilezas escolásticas, ó aspiraciones místicas: todo mezclado de textos de la Escritura y de alusiones forzadas; dividido y subdividido á estilo de los retóricos, sin la más leve sombra de genio, y escasísimo en sentimientos. Agréguese á esto que predicaban probablemente en latin rústico, y en medio de tan inmensa muchedumbre, que muy pocos podian oirles, y todavia muchos menos estaban en disposicion de comprenderles; así los cronistas han recurrido al milagro.

San Antonio, en el *Sermon de las bodas de Caná*, se espresa de este modo: «Aquí hay que observar cuatro cosas: primeramente la alegria, la union nupcial y la circunstancia del sitio; en segundo lugar la intervencion de la Vírgen; en tercero el poder de Jesucristo; por último su magnificencia. En lo concerniente al primer púnto, Caná significa *celo*, y Galilea *pasaje*, se hace un matrimonio entre el Espíritu Santo y la persona penitente, por la mediacion del cielo y por el amor del pasaje; por eso se dice que Ruth pasó desde el pais de Moab á Belen, donde se casó con Booz. Ruth significa *vidente* ó *diligente* ó que se *desmaya*, y espresa el penitente que al ver sus pecados se apre-

(3) Spotorno toma su defensa estableciendo que los pasajes insulsos han sido interpolados.

sura con contricion á purificarse en la fuente de la confesion, y cae agotada de fuerzas en la satisfaccion.» Todo lo restante está sobre este tono.

En verdad se atribuye aquella influencia prodigiosa á la idea de su santidad, así como á la conviccion con que hablaban, conviccion que fácilmente se trasmite al alma del auditorio. En nuestros dias hemos visto al orador que más agitaba á las cámaras inglesas y á los *meetings* de Inglaterra (4), mostrarse, no el más culto, sino el más ardiente, emplear un estilo lleno de figuras, mezcla poética y burlesca, de cólera y de bondad, de rudeza y de gracia, de ironia y de amor.

Entre los buenos predicadores de los primeros tiempos se cita á Wederico, monge de Blandimberg, que predicaba en Flandes y en Brabante, con éxito tan prodigioso, que á su voz seis pequeños señores, terror de la comarca, depusieron las armas para fundar una abadia: á Hugo de Grènoble que fué sobrenombrado *Prædicator egregius*, á Rodolfo Ardent, que dejó muchos discursos algunos de éstos no desprovistos de elocuencia; y sobre esta última, dió buenos preceptos Guiberto de Nogent.

(4) O'Connell.

CAPÍTULO XXV

BELLAS ARTES.

Siendo lo bello la manifestacion de lo verdadero, de la idea, el hombre goza de su percepcion antes que de la de lo verdadero en su pureza. El arte, cuyo objeto es revelar lo bello por medio del fenómeno, implicando la vision de la idea, implica necesariamente la inteligencia cuyos progresos arrastran los suyos. La ciencia consiste en conocer y aprender la obra divina; y el arte en reproducirla bajo condiciones sensibles y materiales, proponiéndose por objeto la perfeccion del sér cuyos progresos manifiesta.

Cuando tantas circunstancias oportunas hubieron contribuido á estimular los talentos, las bellas artes se despertaron tambien; y ya hemos visto hácia el fin del siglo precedente multiplicarse los edificios: en el que ahora nos ocupa, un sistema nuevo preside á su construccion (1). Los monumentos son la escritura de los pueblos; ahora bien, el cambio en la arquitectura indica tambien cambio en la civilizacion; si la originalidad falta á una

(1) Escritores del arte gótico.—Los ingleses han estudiado especialmente esta parte, y desde que Langlay, publicando en 1742 una série de adornos y detalles, demostró que la arquitectura gótica merecia la atencion de los artistas, J. Bentham, con la historia de la catedral de Ely (1771), llegó á escitar más poderosamente aun la curiosidad. Pero en nuestros dias han aparecido las obras más importantes, tales como el cuarto tomo de los *Monumenta antiqua* (1804), de King, que versa enteramente sobre la arquitectura religiosa de la Edad Media; la obra de J. Dallaway, que trata de la arquitectura militar, religiosa y civil, menos sistemáticamente que la otra, si bien es más breve; el *Tratado de arquitectura eclesiástica en Inglaterra*, de Milner, ofrece mucha erudicion y método, pero pretende sostener que el arco agudo nació en Inglaterra; la *Historia del orígen y del establecimiento de la arquitectura gótica, y de la pintura sobre vidrio*, fué publicada en 1813 por Sidney Hawkings. Las obras diversas de Britton *(Architectural antiquities of Great Britain—Chronical and historical illustrations of the ancient ecclesiastical architecture of Great Britain)* unen á la riqueza y exactitud de los dibujos observaciones excelentes, como las de su colaborador Pugin *(Specimens of gotich architecture, selected from various ancient edifices in England)*. Wittington buscó el orígen del estilo gótico en Francia é Italia, y dió á los monumentos franceses la preferencia sobre los ingleses; el mismo dictámen siguió Haggitt negando que aquel estilo trajese su orígen de Oriente. Willis *(Remarks on the architecture of the middle ages, especially of Italy)* Cambritge, 1835) analiza los principales monumentos italianos, con elevadas consideraciones. Wewel *(Architectural notes of german churches*, etc. Cambridge, 1835), dedicó más propiamente su atencion á los monumentos del Rhin. Gally Knight se aprovechó de los trabajos de todos estos. Y J. Coney publicó en Lóndres en 1839 la *Arquitectura religiosa*, ó série de grabados que representan las principales catedrales góticas.

Entre los franceses pasaremos en silencio las anteriores tentativas para mencionar á Seroux d'Agincourt, sobre cuya obra hemos emitido ya nuestro juicio. En Normandia, que suministra los modelos más hermosos de este género, hubo muchas personas que se dedicaron á tales investigaciones, y en 1824 se instituyó allí una sociedad de anticuarios, la cual contribuyó no poco á ensanchar y esclarecer semejante cuestion. Además, puede decirse que ninguna de sus catedrales antiguas carece de historia. Nos parecen dignos de particular elogio un *Ensayo sobre la descripcion del templo de Saint-Graal* (Munich 1834), y la *Historia y descripcion de la catedral de Colonia acompañadas de investigaciones sobre la arquitectura de las antiguas catedrales* (Paris 1823) de Sulpicio Boiserrée, como asimismo la descripcion de la de Estrasburgo por Schweighæuser; las de las catedrales de Chartres, Reims y Paris por Gilbert; las de las de Ruan, Amiens y Dijon, por Jolimond, etc.

Véase tambien á HOPPE, *Historia de la arquitectura.* FELIBIEN, *Vida de los arquitectos.* DUVAL, *Ensayo sobre el estado de las bellas artes en el siglo* XIII.

construccion, es una señal de que faltan asimismo las ideas del tiempo.

Orígen del griego. — Lo que hemos dicho de los siglos precedentes nos dispensa de demostrar que los godos no introdujeron ninguna especie de arquitectura, y que, por consiguiente, con mucha impropiedad se ha dado el nombre de gótico al órden que tiene por carácter el arco agudo, ó más bien el conjunto piramidal del edificio. Nos espresamos de esta manera porque existen en Italia y se encuentran tambien con frecuencia entre los bizantinos, arcos agudos en las construcciones de otro carácter, y modelados segun la basílica de la baja edad romana. Puede tambien decirse que este género predominó en Italia, donde después se adoptó la verdadera forma gótica, cuando la majestad del plan era ya descuidada por la variedad de detalles, como se puede observar en San Andrés de Vercelli, en San Petronio de Bolonia y en la catedral de Milan. Algunos autores han querido con este motivo llamar lombarda esta arquitectura, derivada de la romana-bizantina (2), la cual se conformó al gusto de los pueblos entre quienes se empleó: encuéntranse ejemplos en San Ambrosio de Milan, en las catedrales de Módena, de Placencia, de Verona, de Pisa, de Borgo, San Donnino de Terracina, en el San Miguel de Pavia y en la Santa Fosca de Torcelo.

Lisonjearia la vanidad nacional de los italianos el ver en la arquitectura gótica una perfeccion, ó al menos una variedad de la arquitectura lombarda, que en los paises septentrionales hubiera sido adaptada á sostener el peso de la nieve. Pero la historia no suministra datos que lo comprueben, si bien son pocos los que proporciona sobre el orígen de este órden llamado lombardo por los franceses, y sajon por los ingleses, ó aun mejor, normando, porque de la Normandia pasó á ellos. Tal vez fué nombrado gótico en tiempo del renacimiento, cuando todo lo que no era romano parecia bárbaro (3).

No cabe dudar que el arco agudo es de invencion antigua; la idea fué sugerida por las grutas naturales, y fué imitada en las que el arte ejecutó para acueductos. El templo pelásgico de los Gigantes en Gozo, que algunos creyeron anterior al diluvio, presenta el arco en punta. En Malipuran, en la costa de Coromandel, las ruinas de dos pago-

---

CAUMONT.—*Hist. compendiada de la arquitectura religiosa, civil y militar de la Edad Media.* Caen, 1837.

Edad Media monumental y arqueológica, ó vista de los edificios más notables de aquella época en Europa, con un texto esplicativo y segun los dibujos de M. CHAPUY. Paris, 1840 y siguientes.

OSKAR MOTHES, *die Baukunst des mittelalters in Italien, von der ersten Enluristung bis zu ihver hoechsten Bluethe.* Jena 1882.

Elementos de Arquitectura romano-bizantina llamada lombarda, 1 tomo en folio con 10 láminas.

La fotografia proporcionó el medio de propagar los diseños de los edificios y de las esculturas, pinturas, y de este modo el medio para compararlas y valuarlas.

(2) Llamamos arquitectura romano-bizantina, aquella bajo la cual están construidas en Roma las iglesias de San Clemente, Santa Inés, estramuros, San Estéban el Redondo, el baptisterio de Constantino, Santa Constanza, Santa Maria de Transtevere, San Estéban en Bolonia, la antigua catedral de Brescia, etc. Así lo seria tambien el baptisterio del siglo VIII de Santa Maria la Mayor, cerca de Aversa, con sus columnas de granito antiguo, dispuestas segun el radio, como en Santa Constanza.

(3) Sobre este punto de la arquitectura gótica hay tantos pareceres como escritores. Ledwich *(Antigüedades de la Irlanda)* atribuye su orígen á los egipcios: R. Lascelle *(Orígen heráldico de la arquitectura gótica)* á los judios; Wittington, Aberdeen, Hallam, Hittford, á los orientales. El comasco César Cesariano en el año 400, y después C. Wren y R. Willis se habian declarado ya á favor del orígen sarraceno; y Ed. Boid *(Hist. y análisis de los principales estilos de arquitectura)* halla coincidencias en los trabajos orientales llamados arabescos; pero Milner *(Treatise on the ecclesiastical architecture of England)* sostiene que los monumentos que éste cita no son anteriores á Tamerlan. Labord *(Viaje pintoresco por España)* añade que los árabes tuvieron habilidad para perfeccionar, pero no genio inventivo. J. Barry, Payne-Knigt, Seroux d'Agincourt, Quatremére de Quincy, encuentran el arco agudo en las bóvedas greco-romanas del tiempo de la decadencia, de donde resulta que no hizo luego más que darles una aplicacion completa. Vasari, Palladio, G. Moller, Stieglitz, Fiorillo y los más conocidos, suponen á esta arquitectura un orígen germánico; en ella Milizia, variando la cabaña vitruviana, ve una imágen de los bosques septentrionales, con tanto fundamento como Chateaubriand veia las palmeras del Asia. Amaury Duval la llama arquitectura xilóidica, porque imitó las primitivas iglesias de madera *(Francia literaria,* tom. XVI). Warburton y Wilson, por no citar otros más antiguos, sostuvieron que traia su orígen de los godos; Walton de los longobardos, Godivin de los normandos; F. Relm, J. Carter, Ed. King y otros muchos ven en Inglaterra sus primeros ejemplos y su cuna; Dallaway y R. Smirke en Italia. Muchos creen que el orígen de la arquitectura gótica está en el arte mismo. Bentham, Milner, Lenoir, ven en ella simplemente la interseccion de los arcos; Boiserrée de Stuttgard, opina que la elevacion dada á los edificios después del siglo XI, obligó á estrechar las arcadas, y que esta fué la razon de que el arco redondo se convirtiese en agudo: Young y Merimée dicen que se le prefirió por sus propiedades de resistencia; de Caumont cree que fué porque la inclinacion gótica facilitaba el derramamiento del agua de las lluvias. Otros, por el contrario, se elevan á la idea, y el abad Bourassé y varios escritores católicos, ven en este órden la noble exaltacion de la fe; pero Ramée ve en él tan solo el triunfo del arte secular y masónico sobre el eclesiástico. Batissier pretende que el arco agudo fué admitido en su orígen como un elemento excepcional de la arquitectura, y que después se estableció en ella al par de otras innovaciones importantes que contribuyeron á su triunfo. L. Vilet dice que su desarrollo se debió á las mismas circunstancias y lenguas que las leyes é instituciones de aquella época, teniendo por principio la emancipacion, la libertad, el espíritu de asociacion y de concejo, sentimientos nacionales.

RAMÉE, *Manual de la historia general de la arquitectura,* tomo II, da el resúmen de las diversas opiniones acerca del orígen del órden gótico.

das, tan antiguas, que nadie puede descifrar sus inscripciones, ofrecen la bóveda de dos segmentos de círculo, lo que produce la cimbra aguda. En la Licia (Caramania) hay mausoleos anteriores á la conquista romana, cuyo techo presenta la misma construccion. La Puerta Sanguinaria, de Alatri, en el Lacio, ciudad fundada por Saturno, y la Puerta Acuminata, tambien en el Lacio, de construccion cíclope, ascienden tal vez á dos mil años antes de Jesucristo (4), y son de cimbra aguda, como algunos de los conductos subterráneos de Roma. Los que vemos en los cien camarines de Neron en el cabo Miseno, y en algun horno de Pompeya, son más bien efecto del capricho ó del acaso, que resultado de un sistema.

Pero entre los persas este arco se encuentra empleado con frecuencia, desde el tiempo de los Sasánidas. Habiéndole conocido los árabes en este pais, lo emplearon después con frecuencia, en particular en el Cairo, sobre todo en el edificio donde se encuentra colocado el nilómetro, cerca de la isla de Rodha, y que se cree del año 715. Existen tambien en Menfis del segundo ó tercer siglo de la hégira. Esta forma se hizo después tan propia de los musulmanes, que Mahomed II la adoptó para la mezquita que hizo construir en Constantinopla tan pronto como verificó la conquista de esta ciudad.

Bajo este modelo están constantemente concebidos los edificios de la Tierra Santa en el siglo XI, tales como la capilla sepulcral de Godofredo y Balduino, y la vasta bóveda que da entrada al sepulcro de la Santísima Vírgen. En el acueducto que Justiniano II construyó en Pirgos, los arcos en punta alternan con los redondos, y se encuentran después con más frecuencia en los adornos.

Pero lo que no permite creer que los cristianos hayan tomado esta forma de los pueblos contra quienes iban á pelear, es encontrarla en iglesias anteriores, como la catedral de Chartres, de 1029, las de Coutances, de 1030, de Mortain, de 1082, en San Simon de Tréveris, en San Pedro y San Jorge de Bamberg. Sabemos que se quiere dudar de las cartas en que están registradas las fechas de su construccion (5); ¿pero por qué? Porque el estilo no conviene á la época; peticion de principio que rechaza la razon. Debe tambien considerarse que la arquitectura gótica no consiste sólo en el arco agudo; antes de éste se hallaban en uso la amplitud de las catedrales, la elevacion de las agujas y la vuelta de las naves al rededor del coro. Poco tiempo antes de las cruzadas, ó cuando se acababan apenas de emprender, encontramos indulgencias concedidas á los que construian iglesias; vemos peregrinaciones dirigidas á santuarios famosos, y elevarse otros para colocar las nuevas reliquias, y en estas obras se desarrolló el estilo gótico. Los cristianos en fuerza de su fe se apartaban enteramente de los modelos griegos y romanos, como asimismo de la tímida expresion á que estaba reducido el sentimiento artístico en la Edad Media, y pudiera ser que los cruzados llevasen el arte á Oriente, más bien que haberlo traido de allí, pues al paso que en Mistra, Calcis, Jerusalen y en otros puntos se edificaron iglesias góticas, entre nosotros no tenemos noticia de que se haya construido una sola segun el estilo oriental.

Se objetará que los occidentales podian haber visto ya arcos agudos en Oriente, adonde hacian frecuentes peregrinaciones, ó bien en España, donde se habia introducido un género de arquitectura particular, notable sobre todo por la profusion de adornos, copiados de las ricas telas de Oriente. El gracioso aspecto, que sorprende en estos monumentos, á primera vista se aproxima á la afectacion; y admirando su atrevimiento, su variedad, rica ornamentacion, sus formas fantásticas, se conoce que les falta grandeza. Son obras de paciencia más bien que de genio. Los arcos agudos están alternados con los arcos en forma de herradura en la catedral de Córdoba, perteneciente al año de 800; todos son en punta en la Alhambra de Granada, no construida hasta 1273; pero no hemos hecho consistir la esencia de la arquitectura gótica en el arco roto. Habiendo por otra parte dominado los godos en España, esto no escluiria el orígen septentrional del órden á que aludimos.

Los que suponen la idea del arco agudo sugerida por las construcciones de madera, y por las selvas de árboles coníferos, no hacen más que reproducir el génesis arbitrario de Vitrubio, trasladándole á distintas latitudes. Pero es de notar que esta arquitectura se refiere tanto menos á la forma de los árboles cuanto está más cerca de su orígen, y que el arco se angosta á medida que se va acercando al siglo XIV.

Lo que haria que se colocase su cuna entre los alemanes, es el estilo agudo de sus construcciones y hasta su mismo alfabeto, que tomó la forma angulosa, y se cargó después de florones así como de adornos la arquitectura. No tenian á la vista modelos antiguos, que por una parte les obligasen á la imitacion, y por otra ofreciesen materiales, bellos sin duda, pero discordantes y propios para encadenar la imaginacion, por la necesidad impuesta de hacerlos servir. Tal vez disgustados los alemanes de la pesada mole de los últimos edificios bizantinos, exageraron, como acontece comunmente, en sentido opuesto, buscando lo ligero y airoso. Es cierto que en Italia no vemos monumentos góticos sino en los paises sometidos al Imperio, y

---

(4) Se encuentran los dibujos en la obra de LUIS MAZARA.—*Templo antediluviano, llamado de los Gigantes, descubierto en la isla de Calipso, en el dia de Gozo, cerca de Malta.* Paris, 1827.

(5) Véase CAUMONT, pág. 130 y siguientes. Se dice que pudieron ser reedificadas poco después; pero las catedrales no se reedifican al cabo de un siglo. BATISSIER, *Elementos de arquitectura nacional,* cita muchos arcos agudos en Francia anteriores á la cruzada.

con especialidad á los normandos: la principal lógia de fracmasones que propagaban este estilo, existia en Germania, y en este pais es donde se encuentran los modelos más perfectos: tales son por sus dimensiones las catedrales de Colonia, Ratisbona, Estrasburgo, Ulma, Friburgo, y en el estilo las de Viena, Oppenhein y Oberwesel; y la misma tradicion, aunque vacilante, atribuye á los alemanes el mérito del primer plano de las construcciones góticas hechas en el estranjero.

No nos atrevemos á pronunciarnos sobre la tan debatida cuestion relativa al orígen del estilo llamado *ogival* (6); pero quisiéramos que el observador se aislase de la época presente, en que aprendemos en una escuela y vemos repetir sin cesar que tal género es el único verdadero; en que tenemos una comision edilicia que nos reprime, y una pedanteria petulante que clama contra nosotros, si nos atrevemos á innovar. Todo era libre entonces, todo se ensayaba, sin preferir un género á otro; y así como en la literatura se ha ofrecido á nosotros una mezcla de antiguas tradiciones é inspiraciones nuevas, así en la arquitectura las concepciones indígenas se unieron á los recuerdos greco-romanos y al gusto oriental.

Así pues, el arte gótico no se ha formado de lo que ha copiado, y existe enteramente en la unidad á la cual ha sabido reducirlo, unidad que hace que al ver un edificio se diga: *es gótico;* y esto por sólo la fuerza de un pensamiento armónico, que conduce las diferentes partes hácia un fin comun y lleno de vida. Encuéntrase uno sorprendido al notar repentinamente todos los edificios revestirse de este carácter nuevo, al mismo tiempo que se forman los nuevos idiomas: ahora bien, no podemos dar una esplicacion más conveniente de este hecho que la existencia de las logias masónicas.

Fracmasones.—Hay quien pretende referir el orígen de estas logias á la época en que Salomon edificaba el templo (7); otros las hacen proceder de los gremios instituidos en las provincias por los romanos, y trasladados de la Galia á Inglaterra por Alfredo, cuando comenzó á hacer allí construcciones. Es una vanidad escusable y comun unir su orígen á hombres célebres y á tiempos remotos. Krause, Stieglitz, Boisserrée, Hofstadt, Görres, Van der Rit y otros, han estudiado las sociedades de los fracmasones, y algunos han supuesto, que al verificarse la decadencia de las corporaciones gerárquicas en los siglos XIV y XV, les sucedieron en el arte de edificar, corporaciones laicas, las cuales heredaron de ellas hasta ciertas creencias esotéricas que trasmitian de viva voz mediante signos convencionales esculpidos en los monumentos. Es verdad que en las catedrales góticas existen letras y figuras cuyo significado se ignora (8); pero pudieran ser ó marcas de los arquitectos, ó signos que sirviesen á los constructores para disponer las piedras. Otros han pretendido ver en tales letras un resto de alfabeto céltico, y algunos un geroglífico no descifrado hasta el dia.

La primera sociedad masónica es la cofradia de York que se estableció en 926, instituyendo legislativamente una gerarquia conforme á tradiciones mucho más antiguas; dividió los operarios en maestros, compañeros y discípulos. Un obispo de Utrech del siglo XI pereció á manos del padre de un jóven frison llamado Pleber, porque sorprendió á este el secreto (*arcanum magisterium*) de echar los cimientos de una iglesia (9). Cuando luego Erwin de Steinbach (-1318) comenzó la catedral de Estrasburgo, fundó en esta ciudad una logia, modelo y centro de las demás logias esparcidas por toda la Europa. Los jefes de cada una de ellas, reunidos en Ratisbona el 25 de abril de 1459, redactaron el acta de confraternidad, que instituia por logia principal perpétuamente la de Estrasburgo, y su presidente por gran maestre de los fracmasones de toda la Alemania. El emperador Maximiliano aprobó este instituto (1498), que después fué confirmado por Cárlos Quinto y por Fernando I, y cuyas constituciones renovadas después, fueron impresas en 1563.

Los maestros, los compañeros y los novicios formaban un cuerpo con una jurisdiccion particular. Pero los miembros de la logia de Estrasburgo estendian la suya sobre la de todos los demás, y conforme á los estatutos, sentenciaban sin apelacion las causas que se les presentaban. De esta logia principal procedian las de Suabia, Hesse, Baviera, Franconia, Sajonia, Turingia y demás paises situados á orillas del Mosela. Era tambien consultada en los casos dudosos muy graves por la gran logia de Zurich y por la de Viena, de la que dependian las logias de Hungria y Estiria.

Se elevaba dentro del edificio que se estaba construyendo una casita de madera, y allí era donde el gran maestre, sentado bajo un dosel, estaba con la espada de la justicia en la mano para pronunciar sus juicios. Con objeto de no ser con-

(6) Voz que han perdido los italianos, aunque derivada de *occhio* (ojo ó de *aug, og*), como se dice en los dialectos. Lo mismo ha sucedido con la palabra *budjet*, que se deriva de la *bolgietta* (bolsa) en que se llevaban los papeles al ministerio, y con otras voces, cuya historia seria curioso seguir. Pero *ogiva* al principio no significaba sino la cruz de las molduras realzadas de los arcos romanos, con penetraciones angulosas.

(7) Véase la nota (7), pág. 143 del tomo I.

(8) De Hammer dice que en la fachada de la iglesia de Praga, obra perteneciente al año 1250, se encontraron veinte y cuatro figuras masónicas, revestidas de cal.

(9) J. DE BECA y W. HEDA.—*De episcopis Ultrajecti; illust. ab. An. Buchelio.* Utrecht, 1643, pág. 43.

Véase sobre la masoneria á KRAUSE.—*Die drei altesten Kunsturkunden der Freymauerer Brüderschaft*, etc. Dresde, 1821. Krause anotó tambien la traduccion alemana de la *Historia de la Fracmasoneria* del inglés Alejando Lawrie, 1804.

fundidos con la turba que no sabia más que manejar el martillo y la llana, inventaron señales para reconocerse y una iniciacion simbólica; y guardaron un secreto tradicional, que no se revelaba á los iniciados sino á medida de sus grados. Adoptaron por símbolo los instrumentos de su arte: la escuadra, el nivel, el compás, el martillo que recordaba el del dios Thor. En todos los puntos donde iban á trabajar, hacian contratos particulares; así es que aun se conserva uno del reinado de Enrique VI de Inglaterra, entre los sacristanes de una parroquia de Suffolk y una sociedad de fracmasones, donde se estipuló que cada obrero tendria un delantal blanco con guantes iguales de piel, y que se les construiria una logia cubierta de tejas. Siendo entonces poco seguros los caminos y desprovistos de posadas, los albañiles, obligados por su profesion á cambiar con frecuencia de residencia, se comprometieron á una hospitalidad mútua. Tal vez se unieron á ellos personas estrañas al arte, para proporcionarse asistencia en caso de necesidad, é impedir á otros dañarles, ó usurpar sus privilegios. Después, habiéndose estendido sus doctrinas á la filosofia, la moral, la política, no fueron el instrumento menos activo de las revoluciones sociales. Y desde el orígen no eran solo constructores materiales, sino que tenian un ideal de grandeza, dignidad y nobleza que procuraban traducir y hacer hablar á los ojos; lo cual es el fin principal del arte.

Tambien las artes estaban en Lombardia distribuidas en corporaciones y hermandades, probablemente á la manera de las lógias masónicas, y encontramos ya entre los longobardos, que se hace mencion de los *magistri comacini*. Estas hermandades esplican la semejanza que se encuentra entre trabajos tan distintos unos de otros, semejanza que por otro lado seria inesplicable en los tiempos en que no habia escuelas, y en que las comunicaciones eran poco frecuentes. Las ideas que se sugerian mútuamente, los descubrimientos, los procedimientos y métodos prácticos que usaban mancomunadamente, hicieron adelantar con rapidez la mecánica, conocer exactamente el empuje de las bóvedas, la fuerza de los arcos, la forma conveniente á cada parte del edificio, y otros principios científicos, que se perdieron después, gracias al secreto con que eran guardados.

Todo eso concernia, no obstante, á la solidez y al conjunto solamente; con respecto á los accesorios se abandonaban al capricho de cada uno. Los fracmasones eran compañeros ó hermanos y no peones, querian poder dar campo á su genio inventivo en los detalles; de aquí su inmensa variedad, que llega á veces hasta á dañar á la armonia del conjunto, y revela la obra de diferentes siglos. Por esto es por lo que tambien á la grandeza del plan y á su reflexivo atrevimiento no corresponde lo acabado de los accesorios, que se encuentra deslucido por estátuas mezquinas y sin gracia, monstruos fantásticos, pesados follajes, aglomeracion de relieves: al ver estas posturas afectadas, estos movimientos y pliegues uniformes, estamos por creer que en lugar de copiar de la naturaleza, se consideraban como obligados á conformarse á tipos establecidos. Creció la arquitectura, al paso que la escultura se atiene aun en los siglos XIV y XV, á la reproduccion de diablos, de aldeanos y de monstruos, y á representaciones que ofrecian como simbólicas (10) y cuya cínica franqueza se trataria de escusar en vano. En una palabra, el arte se asemeja á una voz poderosa en la cual no se perciben las modulaciones delicadas.

La mayor parte de los arquitectos primitivos nos son desconocidos. ¿Es este el resultado de una abnegacion piadosa, como algunos pretenden? ¿ó bien una incuria ignorante ha dejado perecer su memoria? Lo que milita en favor de la primera suposicion es ver comunmente el plano de las catedrales atribuido á obispos, como representantes de la Iglesia que las levantaba de acuerdo con ellos y que invitaba con indulgencias á tomar parte en la obra. Así se cuenta que cien mil personas trabajaban de dia y de noche en la iglesia de Estrasburgo. Los escritos de Pedro el Cantor y de Roberto de Flamesburgo, penitenciaro de la abadia de San Víctor en Paris, nos manifiestan que los confesores sustituian á veces á la penitencia una limosna para construir puentes ó para conservar en buen estado los caminos. «Es un prodigio inaudito (dice Aimon, abad de San Pedro júnto al Diva, en una carta de 1145 á los monjes de Tutteberg); contemplar á hombres poderosos, orgullosos de su cuna, habituados á una vida voluptuosa, uncirse á una carreta y acarrear piedras, cal, trozos de madera y todo cuanto se necesita para el santo edificio. A veces mil personas, hombres y mujeres, son uncidos á un solo carro, tan pesada es la carga, y sin embargo no se oye entre ellos el más leve ruido. Cuando se paran en el camino, hablan, si bien sólo de sus pecados, de los cuales se confiesan con lágrimas y con oraciones. Entonces los sacerdotes exhortan á deponer los odios y á perdonar las deudas; y si alguno se muestra empedernido hasta el punto de no querer otorgar perdon á sus enemigos y de rechazar las piadosas exhortaciones, inmediatamente es desuncido del carro, y segregado de la compañia.» (11) Continúa diciendo que durante la noche se encen-

---

(10) San Bernardo censuraba enérgicamente aquellas figuras que otros veneraban como símbolos, decia: *¿Si no teneis vergüenza de dediicaros á trabajos tan inútiles, cómo no os duele, á lo menos, el enorme gasto que exigen?*

Angelo Rumplerush, abad de Formbach, entre los años de 1501 á 1513, escribia á orillas del Inn en Baviera: *Quid faciunt in ecclesia Christi leones? quid leonæ? quid dracones? quid denique cætera animalia? sed et turpitudo coeuntium inseritur.* PEZ, *Thes, anecd. noviss.* tom. I, pág. 478.

(11) MABILLON, *Annales ord. Benedict.* tom. VI, página 302.

dian antorchas en los carros y al rededor del edificio que se estaba construyendo, entonando cánticos mientras estaban en vela.

Por otra parte la ignorancia, comprendiendo mal la imaginacion vigorosa y el arte profundo del hombre que concebia aquellos monumentos, así como el poder de la union popular que los ejecutaba, recurria á fuerzas sobrenaturales; y así como en los primeros siglos se habia creido que un ángel habia bajado á delinear sobre la nieve el plano de la basílica de Santa Maria la Mayor, entonces se contaba que tal ó cual arquitecto habia hecho pacto con el diablo para ser ayudado en una obra sobrehumana. Añadíanse otras maravillas; por ejemplo, que se habia construido sin escuadra ni nivel, que el arquitecto habia sido privado de la vista para que no llevase á otra parte su habilidad, que algun macizo se habia colocado por sí en la altura que se le designara.

Arquitectura gótica en Italia.—Es portentosa la actividad de los italianos de aquella época en construir ó en restaurar. Mencionaremos en Roma á Santo Spíritu en Saxia, 1198; San Juan y San Pablo, San Antonio Abad, Santa Prudenciana, 1130; Santa Maria Transtevere, 1139; además San Nicolás de Bari, 1197; la catedral de San Leon, 1173; la de Ferrara, 1135; la torre de la Garisenda en Bolonia, 1110; Fonte Branda en Siena, 1193; la catedral de esta ciudad, 1180; en Pistoya, San Salvador, 1150; San Andrés, 1166; la fachada de San Bartolomé, 1167 y de San Juan; en Pisa, San Andrés, 1110; la torre inclinada, 1174; la pila bautismal, 1153; San Mateo, 1125; en Génova se empezó San Lorenzo, 1199; en Placencia la catedral, 1117; en Parma la pila bautismal, 1196; en Padua Santa Sofia hácia el año 1200 y la pila bautismal en 1167; en Cremona la catedral, 1107; cerca de Milan la abadia de Claraval, 1135; en Bérgamo Santa María la Mayor en 1134, y próximo á ella Santo Tomás in-limine, 1100. Luego en el siglo XIII, Santa Maria dei Fiore en Florencia; en Padua, San Antonio, 1231; en Siena la fachada de la catedral, 1284; la catedral de Orvieto, 1290; la de Arezzo, 1256; el campo santo de Pisa, 1278, y Santa Maria de la Espina, 1230; Santa Maria Novella, 1279; Santa Cruz, 1294 en Florencia; en Nápoles la catedral, 1280; la pila bautismal de Bérgamo, 1275; el campanario de Cremona, 1284; en Milan San Eustorgio, 1278; San Marcos, 1254; la plaza de los Mercaderes, 1233; en Venecia San Juan y San Pablo, 1246; la catedral de Vicenza, 1260; en Arezzo, Santa Maria de los Siervos, 1286; Santa Margarita de Cortona, 1297; Or San Miguel, 1284; Santa Trinidad, 1250, y el palacio viejo en Florencia; la fachada de San Lorenzo en Génova, 1260; Santa Maria del Pópolo en Roma, 1277. Además Sicilia tiene las siguientes: en Palermo la Matriz, 1169; la Martorana, 1139, la Capilla palatina, 1130; San Cataldo, 1161; San Salvador, 1198; la catedral de Catania, 1170; la cúpula de Monreal, 1186, y la catedral de Cefalú 1131.

El convento de Asis, construido poco después del año 1226, pasa en Italia por el más antiguo ejemplo del estilo gótico. Esto no significa que el arco agudo fuera allí empleado por la vez primera. En Subiaco, deliciosa soledad á cincuenta millas de Roma, cerca de la fuente del Anio, muchas capillas y celdas fueron construidas en un principio en rededor de la gruta que sirvió de asilo á san Benito, y continuaron llamando la Cueva Sagrada. Fueron devastadas ó derruidas por los longobardos y los sarracenos, y luego reedificadas en 847 por el abad Pedro, quien restauró particularmente la capilla consagrada á san Silvestre por Leon IV. La bóveda abierta en la peña viva es de figura ogival, así como otras escavaciones en el mismo punto. Encima, el abad Humberto comenzó en 1053 una iglesia, y trece años más tarde lo hizo servir el abad Juan de confesonario al templo que allí fué erigido. Quizá se adoptó en aquel lugar la bóveda aguda á causa de los vientos y de las nieves, ó á imitacion de los subterráneos, así como en el monasterio de Santa Escolástica, que de él depende.

Una puerta ogival de la iglesia de Claraval, entre Ancona y Sinigaglia, es de 1172: al año siguiente parte de la catedral de San Lepo, en el ducado de Urbino, fué tambien restaurada en cuadrante agudo. Algunos pórticos de Rimini, del año 1204, son del mismo estilo, y se mezclan á los hemisféricos en la iglesia de San Flaviano, cerca de Montefiascone, reedificada por Urbano IV. Así se deslizaba esta innovacion tímidamente, no ocupando con frecuencia más que los espacios en que la bóveda no podia redondearse. En la Porciúncula, celda de san Francisco de Asis, encerrada ahora en la iglesia de Santa Maria de los Angeles, el arco agudo de la pequeña puerta está inscrito en otro de medio punto.

Templo Sagrado de Asis.—Libre vuelo tomó este estilo en el templo elevado por fray Elias en Asis á san Francisco. Son tres edificios uno encima de otro; en el inferior se desarrollan con regularidad los arcos en punta, apoyados sobre pilares de donde se levantan las columnas del cuerpo superior hechas en haces, cuyo follaje principal se cruza con la próxima pilastra para formar el remate de la nave. Esta iglesia llegó á servir de modelo á las otras levantadas á este santo, y no contribuyó poco á divulgar aquel método. No hay conformidad de pareceres respecto del nombre del arquitecto. Vasari designa erradamente el nombre de un aleman, padre de Arnulfo de Lapo: otros opinan que Lapo y Arnulfo tuvieron por maestro á Nicolás Pisano, á quien atribuyeron la gloria del plano del edificio (12).

Anteriores á todos estos son los edificios normandos de la Sicilia. Antes de 1132, Roger hacia construir en su palacio de Palermo la capilla de San Pedro, de un trabajo admirable y bien conser-

(12) *Cartas sienesas sobre las bellas artes*, t. II, pág. 75.

vado, cuya dorada techumbre está adornada con veinte artesones que tienen inscripciones árabes. Las paredes y el pavimento son de mosáico de una delicadeza estremada, y sobre columnas corintias de los más hermosos mármoles de Oriente van formando punta todos los arcos, hasta el triunfal. Tambien fué él quien erigió la catedral de Celafú. entonces la más vasta de Sicilia, y de donde arrancan caprichosamente arcos ogivales de todas magnitudes y alturas.

En 1174 fué empezado y concluido rápidamente el más espléndido monumento del arte normando, la catedral de Monreal, toda en arcos agudos, revestida con esculturas y mosáicos. En la misma época se levantaban la Iglesia Matriz y la del Espíritu Santo de Palermo, la catedral de Mesina, de la cual no dejó en pié un terremoto más que una puerta; Santa Maria de Randazzo, siempre con las mismas formas agudas, así como la capilla de San Cataldo en Palermo, anterior al año de 1160 (13).

La Zisa y la Cuba, estramuros de Palermo, fueron probablemente construidas por los árabes antes de la conquista de los normandos; y de seguro se les deben la fortaleza y los baños de Alcamo en el monte Bonifato; allí tambien se encuentra el arco roto. El Mongibelo, cerca de Siracusa, muestra todavia otras construcciones de los árabes. Hace dos siglos conservaban tambien las ciudades de Polemi y de Lonama restos preciosos. El puerto del Lilibeo (*Marsala*, puerto de Dios) atestiguaba que los árabes de Sicilia no habian degenerado de sus hermanos de Babilonia y de España.

¿Habremos de tornar á la suposicion de que el ejemplo de la arquitectura gótica nos vino de Oriente? Sea como quiera, este nuevo estilo se divulgó en Italia sin escluir por eso el hemiciclo, que hallamos mezclado con el arco agudo en edificios insignes. Tales son el campo santo de Pisa, San Miguel de Florencia, la catedral de Siena, de Orvieto, de Pádua, la capilla subterránea de Montefiascone y las casas consistoriales de Como. En Roma, si se esceptúan Araceli y Santa Maria, cerca de la Minerva, nada hay gótico más que algunos adornos. En general nuestras catedrales no están concebidas dentro de los caractéres precisos de lo gótico; son ricas; pero se descubren allí contradicciones de estilo entre las partes inferiores y las superiores, entre las partes cuadradas y las agudas; la línea perpendicular y piramidal no se alza con el órden de las del Norte y á menudo cede á la clásica oriental; por lo demás se acostumbró implantar sobre el conjunto los campanarios.

Entre los monumentos góticos de la Lombardia descuella la catedral de Como, vuelta á reedificar en 1396, toda de mármoles del pais, enriquecida además con adornos de escelente gusto. El Piamonte además del San Andrés de Verceli fundado por el cardenal Guala de Bicchieri en 1219 con arcos agudos, torre con cúpula, y ventanas redondas, muestra un bello monumento gótico en la abadia de Vezzolano. Para San Petronio de Bolonia, ejecutado en 1388 por Antonio de Vicenzo, uno de los diez y seis reformadores y embajador en Venecia, se hizo un modelo de madera y carton de una duodécima parte del tamaño natural. Se debian demoler para su construccion ocho iglesias circunvecinas, y si bien no fué ejecutado en su grandeza primitiva (14), son admirables sus ornamentos y majestuosa su disposicion interior.

A tiempos menos severos y más fastuosos pertenecen la catedral de Milan y la Cartuja de Pavia. La primera fué empezada ó más bien proseguida con ardor en 1386 (15); el arquitecto, cuyo nombre es desconocido (16), se apartó completamente de las formas neogriegas, aproximándose al tipo de Estrasburgo. Los agudísimos arcos de las cinco naves en cruz latina están sostenidos por cincuenta y dos pilares octógonos, con capiteles adornados diversamente Ningun otro edificio en Italia cuenta tantas agujas, pues llegan hasta ciento seis, adornadas todas de estátuas,cuyo número en todo el edificio asciende á tres mil trescientas. Todas estas circunstancias nos inducen á creer que el plano era muy anterior á la época en que fué puesto en ejecucion. Por largo tiempo este monumento fué una escuela nacional para las artes; pues los artistas extranjeros fueron á menudo escluidos de ella, y Gubbo Solaro, Vairone, Bombaya y otros la adornaron con obras muy superiores al San Bartolomé de Marcos Agrati tan ponderado.

En estilo más italiano se construia la Cartuja situada cerca de Pavia. Tambien aquí es desconocido el arquitecto primitivo: la ortografia esterior fué ejecutada con arreglo á los elegantísimos dibujos de Ambrosio Fossano, llamado el Borgoñon,

---

(13) De Luynes, *Investigaciones sobre los monumentos, y la historia de los normandos y de la casa de Suabia en la Italia meridional.* 1814.

(14) Entre el número de los más curiosos documentos del arte es necesario contar los diez y siete proyectos de la fachada que se hallan en los archivos de la venerable fábrica, y son dibujos originales de los primeros arquitectos.

(15) Una inscripcion (nótese que en muchos edificios se encuentran ya inscripciones italianas) dice: *La catedral de Milan tuvo principio en* 1386. Pero en el decreto de 16 de octubre de 1387 se lee: *Ad utilitatem et debitum ordinem fabricæ majoris ecclesiæ Mediolani, quæ de novo, Deo propitio et intercessione ejusdem Virginis gloriosæ, sub ejus vocabulo,* JAM MULTIS RETRO TEMPORIBUS, INITIATA EST, *quæ nunc, divina inspiratione et suo condigno favore, fabricatur, et ejus gratia mediante, feliciter perficietur.*

(16) Se designa á un aleman, un tal Enrique Gamodia, es decir, de Gmunden. Entre los primeros arquitectos aparecen allí Márcos, Jacobo, Cenon, Bonino de Campione, Simon de Orsenigo, Guarniero de Sirtori, Ambrosio Ponzone, Nicolás de Buenaventura, francés, Tavanino de Castelseprio, Márcos de Frison, etc. Esta multiplicidad indica que no eran másque ejecutores de un plan, obra de otro,

pintor en 1472, y se puede considerar como terminada en 1542. Este edificio, no cede en riqueza de los mármoles y de piedras preciosas sino á San Marcos de Venecia; está en figura de cruz latina de setenta y ocho metros de longitud y de cincuenta y tres de anchura, y está dividido en tres naves con catorce capillas y dos hundimientos de cruz. En el punto de interseccion se eleva el pináculo en pisos de galerias esteriores é interiores. Han sido fundidos en el edificio órdenes de arquitectura diversos, y hay alli profusion de ornamentos de trofeos, y dos monumentos son especialmente notables, la puerta mayor y el mausoleo de Juan Galeazzo. Tambien es en nuestro sentir una obra maestra el convento cuyo patio cuenta setecientos metros á cada lado, rodeado de un pórtico de columnas de mármol adornado con medallones de barro, dando acceso á veinticuatro celdas, cada una de dos pisos con un pequeño jardin; distribucion tan cómoda como ingeniosa (17).

En Germania.—El más antiguo monumento gótico en Alemania es la iglesia de Friburgo, en Brisgovia, comenzada hácia el año 1130 y acabada más de un siglo después: cada habitante dió para construirla el mejor traje que poseia. En 1248 se emprendió la de Colonia, que es un triunfo del arte y está adornada con cien columnas que sostienen la bóveda; en nombre del protestantismo se quiere hoy dia acabar la obra que la union católica dejó incompleta. Los cimientos de la catedral de Ulma fueron echados en 1277, y el mismo año, Erwin de Steinbach empezó la de Estrasburgo, obra maestra del arte, aunque su dibujo haya sido enmendado, es decir, echado á perder por sus sucesores hasta Juan Hiltz en 1449. Allí el estilo sajon está mezclado con el gótico, y el sistema piramidal está llevado hasta el más alto grado, así como las dificultades y la profusion de esculturas. Sobre todo, el campanario aumentó la reputacion de aquellos maestros albañiles; así eran solicitados á porfia para trabajar en otros paises. En último lugar viene la catedral de Espira, y después la torre de San Estéban en Viena, cuyo proyecto fué delineado por Jorge Hauser hácia 1360 y ejecutado por Antonio Pilgram de Brün.

En Francia.—En Francia el abad Suger hizo restaurar desde el año 1140 la fachada de San Dionisio: nueve años después fué empezada la catedral de Cambray, y en 1172 Hugo de Borgoña levantó la santa capilla de Dijon. San Luis, que habia llevado á Oriente muchos ingenieros con su ejército, se ocupó á su vuelta en hacerles construir edificios, en que se hicieron notar particularmente por la ligereza del estilo. En primera línea se distingue Pedro de Montereau, que construyó la Santa Capilla y otros monumentos en Paris, quizá tambien la iglesia de Royaumont, en que gastó San Luis cien mil parisies (1.700,000 pesetas). Ya en Nuestra Señora de Dijon los arcos agudos diversamente abiertos reposan sobre elevadísimas columnas, ofreciendo la asociacion de la solidez y de la valentia, que constituyó el cuidado principal de los arquitectos del segundo estilo.

Igual intencion revelan las catedrales de Amiens (18), de Beauvais, de Chartres, de Orleans. Bajo el reinado de Luis VII puso Alejandro III la primera piedra de Nuestra Señora de Paris. La fachada adornada con efigies de los reyes de Francia, fué ejecutada en tiempo de Felipe Augusto; el lienzo del Mediodia en tiempo de San Luis, y el del Norte en tiempo de Felipe el Hermoso. Va allí adquiriendo el arte grandeza, y la estension de la nave, apenas inferior en una tercera parte á San Pedro de Roma, la altura de los arcos y la ligereza de las bóvedas que no tienen seis pulgadas de inclinacion, mueven todavia á asombro. Además, en lo esterior, las torres macizas de la fachada, de sesenta y seis pies de altura, (probablemente debian de llegar á ciento y rematar en punta), la hilera de los largos costados y de las galerias superiores asocian maravillosamente la unidad del pensamiento á la variedad.

La fachada de la catedral de Reims, empezada en 1211 con arreglo al plano de Hugo Libergier, tiene semejanza con la de Nuesrra Señora, pero es más esbelta y más piramidal hasta en sus ornamentos. Después de haber sido incendiada, se reedificó en menos de treinta años por Roberto de Coucy, que añadió allí los ornamentos con que está más cargado de lo que consiente el gusto normando. La iglesia de San Nicasio en la misma ciudad es tambien obra de estos dos arquitectos.

Ya hemos dicho que las obras maestras del arte gótico se hallan en Normandia: algunos autores han llegado hasta á sostener que allí habia nacido y que los conquistadores lo trasladaron á Inglaterra (19). Saint-Ouen de Ruan fué destruido por dos incendios en 1236 y en 1248, y se empezó su

(17) Pertenecen al siglo XIV en Lombardia, Santa Anastasia, la catedral de Verona, San Pedro mártir, San Fermo-Mayor; en Pavia el Cármen 1373, en Venecia la torre de los Frari 1361, San Estéban 1325, el palacio ducal 1350; en Florencia, además de las restauraciones de Or San Miguel y las capillas de Nuestra Señora 1348 y de Santa Ana 1349, la galeria de los Lanzi 1355, la Cartuja 1314; San Martin de Luca restaurado en 1308, San Martin de Pisa en 1332; la torre de Pistoya en 1301; la catedral de Prato en 1312; la de Perusa en 1300; el palacio Pepoli en Bolonia en 1344; Santa Maria sobre Minerva en Roma en 1375, pero comenzada en 1280; Santa Clara de Nápoles en 1328.

(18) Se empezó en 1220 y se concluyó en 1288. El plano fué obra del arquitecto Roberto de Luzarche: la continuó Tomás de Cormont y la terminó su hijo Reinaldo. El coro tiene 116 magníficos asientos, construidos en 1500.

(19) Guillermo de Malmesbury, al hablar del establecimiento de los normandos en Inglaterra, dice: *Videas ubique in villis ecclesias, in vicis et urbibus monasteria, novo ædificandi genere consurgere.* De regibus Angliæ, pág. 102.

reconstruccion en 1318, y al cabo de veinte años habia llegado á más de la mitad con un gasto de dos millones y medio, por lo cual se dijo que el abad Marcos Dargent habia hallado la piedra filosofal. A la muerte de éste aflojó el trabajo, y apenas se terminó en dos siglos, conservando sin embargo la armonia de las partes. La fachada no está concluida: dos torres debian flanquear la puerta, una más baja que la otra; cuarenta y dos pilastras á distancias desiguales sostienen pequeños obeliscos; se multiplican hasta lo infinito los arcos, las ventanas, las claraboyas; y la puerta del Mediodia es riquísima. En el centro se alza la torre principal, de figura octógona sobre base cuadrada, que coronan diez y seis agujas y treinta y dos pináculos triangulares, con punta trebolada; la nave es de un gusto severo y carece de adornos (20).

El gusto normando y sajon, enemigo de claraboyas y de dentellones, con la gracia y delicadeza de miembros que lo caracterizan, fué trasladado á Inglaterra, como puede verse en Santa María de Cambridge, San Pedro de York, Santa Maria de Oxford, y en aquellos prodigios del arte, la abadia de Westminster y el gran salon. La catedral de Cantorbery, construida por el francés Guillermo de Sens en 1175, está llena de esculturas. Pertenecen al siglo XIV las de Exeter, de Ducham, de Sarum, de Salisbury, de Lichtfield, la capilla de Enrique VII en Westminster, la de San Jorge en Windsor, la del *Kings college* en Cambridge, hecha para Enrique VI por el aleman Klaus.

En las orillas del Báltico, donde faltaban grandes materiales, la arquitectura gótica empleó con éxito los pequeños; las construcciones son todas de ladrillo, y aunque en terreno cenagoso, aparecen como maravillas de solidez y de atrevimiento las iglesias de Lubek, Rostock, Güstrow, Segeberg, Kiel y Dobheram.

En España.—En España prevaleció el estilo morisco. Fácilmente se creeria que los árabes, errantes bajo tiendas, no habian podido reducir á ciencia la arquitectura; y sin embargo, cuando se extendieron por el Asia y adoptaron la vida sedentaria, tambien ellos levantaron edificios, imitando los modelos que encontraron y modificándolos segun su genio particular. No tenian arquitectura religiosa, porque su fe separa completamente á Dios de su obra, sin hacerle conocer ni en sí ni en sus relaciones con la creacion, sino relegándole al fondo de las impenetrables tinieblas que constituyen la unidad absoluta. Por el contrario, la arquitectura civil les debió innovaciones, aunque todo en ellas se refiere al individuo, sin ningun conocimiento dogmático de las cosas ni ningun pensamiento social, excepto la hospitalidad, tal como se practica en las hospederias de las caravanas.

El arco peculiar de los árabes tiene dos partes distintas: las líneas de la parte superior, en vez de redondearse, como en el arco romano, ó de cortarse diagonalmente como en el agudo de los godos, resaltan, mientras que la base, en vez de ser el diámetro mayor de la curva, queda disminuida por dos partes reentrantes, lo cual ofrece la semejanza de una herradura. Tambien empleaban el arco semicircular y en punta. El lujo oriental, unido á la costumbre de contemplar el riquísimo follaje de los pocos árboles que poseen, les indujo á prodigar los adornos; Persépolis, Babilonia, Palmira y las demás ciudades de la civilizacion primitiva, superabundaban en columnas y en frisos, cuyo gusto dominó en Bagdad, Basora, Damasco y el antiguo Cairo; además veíanse donde quiera rasgos caligráficos y leyendas sobre estuco ó realzadas con colores y con oro, cúpulas y fuentes, tanto más cuanto que debian sufrir la falta de las imágenes, proscritas por su culto. Teniendo á la vista los ejemplos de los griegos, es probable que conociesen sus teorias, pues la arquitectura no es habilidad á que se puede llegar por la sola fuerza de genio, sino que se necesita haber visto y meditado mucho, y haber adquirido gusto y conocimientos.

En España principalmente conviene estudiar los edificios de los árabes, si se quiere enlazarlos con las tradiciones del arte, y conocer hasta qué punto contribuyeron al nuevo gusto europeo. En tiempo del califa Hescham I, hácia el año 800, se empezó en Córdoba una mezquita de las más ricas y de las más estrañas que pueden verse. Tiene 128 metros de anchura por 178 de longitud, y su bóveda chata se apoya en dobles arcos, que no se elevan á más de 12 metros: estos arcos están sostenidos por un millar de columnas del mármol más hermoso, que forman diez y nueve naves en un sentido y veinte y nueve en otro. Veinte y cuatro puertas enriquecidas de oro y de bronce abren paso al templo, donde derraman una dulce luz cuatro mil lámparas. El color variado de los mármoles y la prodigiosa riqueza de los ornamentos ofrecen un aspecto estraordinario á la vista que vaga á media luz por aquel bosque de columnas, llevadas allí de toda España y de la Galia Narbonense, alargadas luego, mutiladas y sobrepuestas á veces de capiteles monstruosos. Su plano ofrece una semejanza particular con las basílicas del año 1000, por ejemplo, con San Ambrosio de Milan y con la catedral de Salerno, estando tambien precedida de un vasto patio cercado de pórticos. Además, allí se emplearon materiales de los edificios griegos y romanos subsistentes; los mosáicos de que está cubierta, no sólo se parecen al *opus græcanicum*, sino que tienen el nombre de *fsefysa*, evidente corrupcion de la voz griega *psefosis*, así como llaman *belath* á la nave, reproduciendo el antiguo *platea* ó πλατεῖα.

Pero en el siglo X la arquitectura mostró decididamente en España su inclinacion á los ador-

(20) GILBERT, *Descrip. hist. de la iglesia de Saint-Ouen de Ruan*, 1822.

nos espléndidos y recortados, los arcos se sobrecargaron de festones y de curvas variadas, no bastando ya al capricho la exuberante riqueza bizantina. La capilla de Villaviciosa en la mezquita de Córdoba, adornada hácia el año 965, es la obra maestra de la construccion y del ornato arabesco.

Habiéndose dividido la España en muchos principados, y prevaleciendo los africanos, se introdujo allí en las artes el carácter morisco. No existian ya monumentos antiguos que despojar; el capricho de los adornos habia llegado al colmo; así, al arco sencillo sucedió el arco roto, al ornato bizantino otro estravagante, al mosáico los azulejos, pedazos de loza pintados, cuya principal fábrica se hallaba en Andalucia. Los más insignes tipos están en Sevilla, como son la Giralda, los restos de la mezquita á que sucedió la catedral y algunas partes del Alcázar. Caracteriza este período la multitud de inscripciones que ocupa el lugar de las figuras.

En breve sustituyó á esta época de transicion la más bella de todas en Granada, cuando se refugiaron allí los que eran arrojados del resto del pais por las conquistas crecientes de los cristianos. Los restos más hermosos del arte morisco se ven en la Alhambra, *rojo* palacio de los reyes, situado en una colina cerca de Granada, si bien deteriorado por edificios sucesivos (21). Hay allí galerias adornadas de arcos de todas figuras, cortados en festones y en estalactitas, con encajes de estuco en número excesivo, ó pintados y dorados, y un bosque de pequeñas columnas de distintas formas y entrelazadas de mil maneras, al través de las cuales brillan los surtidores de la fuente de los leones, y los ricos adornos de las habitaciones reales. En la Alhambra todo es ligero, caprichoso, galante é ingenioso, como los moros de aquella época.

No admitia peristilos, minaretes, cúpulas ni ornatos exteriores la arquitectura religiosa, y la mezquita de Córdoba no ofrece por la parte de afuera sino muros lisos con pilastras cuadradas, mientras que en lo interior mosáicos admirables cubren aquel sitio cuadrilátero, con el techo poco elevado. Tambien la parte exterior de los demás edificios es sumamente sencilla y triste, como si no se quisiese más que ahuyentar el calor, al enemigo, las miradas de los curiosos ó de los burlones; así es mucho mayor la sorpresa que se experimenta al entrar y ver aquella profusion de adornos, de pequeños patios que verdean, de cascadas, de baños, de salas donde las ventanas llenas de arabescos templan el ardor del sol, de inscripciones que invocan á Dios ó alaban á los príncipes. Allí se nota una perfeccion real y efectiva, mayor solidez, accesorios mejor entendidos, aunque siempre excesivamente ricos, aéreos y calados, como los kioscos de los paises del Asia, destinados á ocultar á curiosos los deleites interiores, sin impedir que penetren el aire y la luz, y á hacer aparecer como adorno de las habitaciones lo que las convierte en una cárcel de la hermosura.

Esta arquitectura es muy diferente de la de Egipto y Siria, por ejemplo del Cairo, donde existe una serie de mezquitas desde el siglo VII hasta hoy, que revelan mayor conocimiento de la mecánica y mayor eleccion de materiales, pero menos delicadeza en los adornos é inscripciones. Así, pues, nosotros (poco adictos á creer en la maestria de los árabes) opinamos que la arquitectura española trae tambien su orígen de la europea.

Tambien es un monumento digno de atencion la torre de la Giralda; y es imposible recorrer la península sin maravillarse á menudo ante aquellos edificios, por más que hayan cambiado de destino y se hallen á menudo alteradas sus formas. Tambien se hicieron hermosas obras hidráulicas para fuentes, ó para desecar llanuras, como la vega de Granada, y las huertas de Alicante y de Valencia (22). Los cristianos erigieron en España algunos edificios conforme al estilo gótico, como las catedrales de Barcelona, de Sevilla, de Tarragona, de Segovia, y en Portugal la de Batalha; pertenece al siglo XIII la de Burgos, toda llena de ventanas, calados, agujas y ligerísimos festones, que la aproximan mucho á las obras moriscas.

Caractéres del gótico.—Sólo una ciega veneracion hácia el estilo clásico puede hacer que se desprecie el gótico, no viendo en él sino un extravio de ignorantes, todo locura y caprichos. Si se pretende escoger por único modelo los edificios clásicos, una arquitectura tan diversa excitará sólo risa y lástima. Con efecto, á las columnas siempre bellas, á pesar de su uniformidad, que caracterizan los órdenes griegos, se sustituyen otras columnas aisladas, unas veces macizas, otras delgadas, de una variedad infinita, ó dispuestas en forma de haces de tal manera, que las tres cuartas partes del cilindro quedan invisibles. Se las ve alternativamente torcidas ó en espiral, poligonales, estriadas, divididas por pequeñas columnas, ó adornadas de pámpanos; trepan animales por algunas, y á menudo contienen inscripciones. En la nave principal se elevan hasta lo más alto, y allí reciben el arco de las bóvedas: más comunmente se hallan por hileras unas encima de otras y sin cornisa. Susti-

---

(21) Owen Jones ha publicado en Lóndres en 1842 una hermosa descripcion de la Alhambra, y parece que la litocromografia y la litocrifografia, han sido inventadas exprofeso para propagar las arquitecturas de este género. Véase además la *España monumental.*

(22) GIRAULDT DE PRANGEY.—*Mon. árabes y moriscos de Córdoba, Sevilla y Granada,* Paris 1836-39.—*Ensayo sobre la arquitectura de los Arabes y de los Moros en España, en Sicilia y en Berberia.* Ib. 1841.

PABLO LOZANO, *Antigüedades árabes de España,* 1804.

ALEJ DE LABORDE, *Viaje pint. é histor. por España.*

MURPHI, *Arabian antiquities of Spain.* 1816.

truye en los capitales á la voluta y al gracioso acanto, las hojas pesadas de la col y de la higuera: frecuentemente se ven lados sin gracia, miembros incoherentes: entre éstos no existe reposo ni armonia, hasta tal punto, que en ocasiones el débil sostiene al fuerte: pilares embarazan el arco: se ofrecen á la vista fachadas desproporcionadas, en las cuales en vez de un hermoso frontis y de un tímpano terso, hallais agujas y festones con juegos de enormes canalones y de figuras monstruosas y por cornisa dos enormes torres. Comunmente las ventanas son altas, estrechas y terminadas en figura de hierro de lanza: algunas de ellas están divididas por una columnita con más ó menos adornos, y sobrepuestas á menudo por otra abertura en figura de trebol ó de rosa. ¿Y qué podemos decir ahora de los detalles, y entre otros de los leones que sostienen columnas ó pilas de agua bendita, de aquellos repugnantes enanos, delirios de fantasias incultas?

Pero en la inmensa variedad á que el estilo gótico se presta mucho más que los órdenes griegos, reina á pesar de todo un sistema constante que se refiere en parte á la figura de las antiguas basílicas cristianas, en parte á ciertos algorismos, lengua misteriosa de las sociedades masónicas, y de que siempre pueden darse cuenta los que tienen la clave de ella. Al triángulo referian la elevacion de los templos. Adoptan tipos nuevos, si bien sacados de la naturaleza y de las producciones de nuestros climas, como las hojas de la encina, del haya, del fresno, del trébol, el peregil y la col. La rosa es la figura fundamental para ellos, como para la arquitectura árabe la palmera, y la corola invertida entre los chinos, quienes la reproducen tanto en sus aéreos pabellones como en sus campanas y en sus gorros.

De consiguiente, en vez de decir que el órden gótico se separa de las proporciones regulares, conviene decir que las saca de objetos naturales, diferentes de los que sirvieron de tipos á los griegos, y que por estraña que aparezca en sus relaciones la inmensa variedad que se ha propuesto, no por eso está menos arreglado á las combinaciones sistemáticas. Así como el cuerpo humano se halla compuesto de huesos entre los cuales se estienden las partes carnosas y musculares, del mismo modo en la arquitectura gótica, las molduras que sostienen la techumbre están reforzadas con esmero; los centros están llenos de ladrillos y de pilares que hacen las veces de muros.

Entre los secretos de las logias masónicas se contaba la ciencia de los números místicos y de las formas simbólicas, segun las cuales se trataba de edificar con arreglo al tipo de la Jerusalen celeste. Hácia la realizacion de esta idea dirigia la arquitectura regenerada, las formas geométricas del edificio, sus proporciones generales y todo su aspecto, desde el ornamento vegetal, tan variado en sus efectos, tan sencillo y orgánico en sus principios, hasta las paredes hechas trasparentes á causa de los vidrios de colores, hasta las estátuas y las pinturas que lo decoraban por dentro y por fuera. El arco puntiagudo, las flechas caladas, los florones en figura de trébol, las líneas perpendiculares ó piramidales, espresaban su vuelo hácia el cielo. La elevacion general de los edificios se halla dividida en tres partes, número sagrado que regula tambien las construcciones secundarias: la cruz de la nave es la base mística sobre la cual se alza el triángulo de la elevacion. Se cruzan las aristas sobre la cabeza del creyente arrodillado, como el instrumento de su redencion. Los enanos y los monos indican los espíritus malos, el génio del mal que se halla al lado del génio del bien de continuo. Las cruces colocadas en todas partes recuerdan la regeneracion por el padecimiento. Hasta en la dedicacion del edificio era alegórico todo, y hacia que se remontaran los cristianos al orígen del verdadero culto, al destino místico del templo; todo debia traer á la memoria que la Iglesia no es un hacinamiento de piedras, sino un edificio vivo, cuya piedra angular es Jesucristo, y de que son miembros los fieles.

César Cicerano, que pretende hallar de nuevo los preceptos de Vitrubio en la *máxima sacra de baricefala* de Milan, demuestra que los números simbólicos 7, 10, 12, se reproducen allí constantemente; que la arcada tiene cincuenta piés de un pilar á otro; que las columnas tienen cincuenta piés de altura, y veinticinco las pequeñas naves; que la fachada tiene ciento cincuenta piés, y que todo el edificio tiene tres veces su total anchura; que tiene siete ventanas en el coro, y que dos veces siete columnas guarnecen la nave.

En Colonia la cruz está regularmente sacada de la figura, con cuya ayuda sacaba Euclides el triángulo equilátero: las partes inferiores se derivan del cuadrado y se desarrollan en forma octógona: las partes superiores, que se derivan del triángulo, se dividen en exágonas y en dodecágonas. Catorce columnas sostienen la bóveda del coro, sosteniendo otras tantas estátuas de los apóstoles en union de Jesús y de Maria: siete capillas indican los Sacramentos y los dones del Espíritu Santo, y las cuatro columnas que se ven á lo ancho los evangelistas y los doctores. Tambien habia siete puertas en Reims, siete capillas al rededor del coro, como igualmente en Chartres, y siete arcadas en el coro de Nuestra Señora de París. Saint-Ouen en Ruan, las catedrales de Estrasburgo y de Chartres, tienen asimismo una longitud de ciento cuarenta y cuatro piés, cuadrado del número resultante de la multiplicacion de tres por cuatro. La Santa Capilla de París tiene ciento y diez piés, tanto en longitud como en altura, y veintisiete piés de anchura, cubo de tres. Era, pues, un género libre, si bien no arbitrario; y esto es tan verdad, que se hallan edificios compuestos de distinta manera.

Especialmente los edificios góticos son encomiados por la construccion, la forma y las distribuciones de las bóvedas. Fué gran valentia erigir

aquellas pilastras curvas en arco, que por una parte se apoyan en los contrafuertes de las colaterales, y por otra van á sostener los muros del centro; medio ingenioso de consolidar la cima, y de establecer aquellas bóvedas aéreas, al lado de las cuales se elevan como torres los contrafuertes encima de la techumbre de las alas, coronándose con agujas ó frontones en punta, guarnecidos todos de nichos y de estatuillas; al mismo tiempo que los lados de los arcos servian de conductos para llevar el agua á canales de piedra que venian á formar un nuevo adorno.

Frecuentemente han sido conservadas en las catedrales góticas las galerias interiores de lo alto de las basílicas. Tienen tantas puertas como naves, por lo general muy ricas, á las que precede un pequeño pórtico, que muestra encima un frontispicio agudo: las más notables en este género son las de la catedral de Chartres.

El arte despliega principalmente su magnificencia en las torres más altas que se habian visto nunca, y en las que se abrieron numerosas ventanas, terminándolas con una flecha cuando pudieron ser concluidas. Algunas veces se elevaba una á cada lado de la fachada, y otra sobre cuatro pilares de las arcadas centrales. Goethe comparaba la de Estrasburgo á un árbol inmenso y divino, que con sus millares de ramas y su abundante follaje, anuncia en torno la magnificencia del Criador.

Consideramos la arquitectura gótica como un gran adelanto (23), si se debe llamar tal al que hace obtener con menores medios igual resultado, como cuando se cubre un espacio dado con menor número de sostenes de menor volúmen y con materiales más fáciles de ser adquiridos. Entre los romanos habia adelantado el arte dando á las columnas más importancia, y cortando los arcos y las bóvedas mejor que los griegos. Adoptó esta forma haciéndose cristiana, y empleó las arcadas que se apoyan en bóvedas sobre las columnas en las basílicas, á fin de utilizar los fragmentos de edificios paganos. Estando en decadencia los procedimientos de construccion, aparecian débiles las bóvedas y las bovedillas. Pero hé aquí que de repente se lanza el arte á nuevos atrevimientos: conserva la arcada sobre la columna, si bien añadiendo á su solidez y á su elevacion mucho (24). Diríase que quiso disimular el peso de la materia bajo el poder del ingenio, pues tanta habilidad acreditó en la combinacion de las bóvedas, de los puntos de apoyo, de los contrafuertes, que supo ocultar bajo follajes y columnas muy delgadas. Hubiérase dicho que las claves de la bóveda eran independientes de toda presion lateral; construccion sólida pero encubierta.

Al declinar el sentimiento cristiano, se abandonó este género, asociando en un principio las ideas de lo gótico y los refinamientos de la antigüedad. Después se creyó que lo bello consistia únicamente en imitar, y se arrebató toda originalidad á la arquitectura, toda variedad, toda independencia; los templos de Pesto se destinaron á mataderos, y los arcos de triunfo á cuerpos de guardia.

La arquitectura en esta nueva fase es sagrada como en su época primitiva, y se dedica especialmente á la construccion de edificios religiosos. En efecto, el templo es la imágen imperfecta y finita del modelo infinito de la creacion progresiva; y así como el mundo es el templo que el Señor se construyó á sí propio en el espacio, del mismo modo la iglesia material representa al hombre la creacion, tal como la concibe en la causa primera; es la idea más completa que tiene de lo verdadero y del sentimiento de éste, es decir, de lo bello, el centro de la manifestacion de la naturaleza humana, intelectual y moral.

La arquitectura gótica se amolda perfectamente á esta idea, adoptando lo que tenia de simbólico la basílica de los primeros cristianos. El templo está oscuro como la humanidad después de su caida: el temor y la confianza, la vida y la muerte se exhalan de todas partes, como una mezcla indefinible, y Dios lo llena todo como el universo, de que es imágen. A fin de que se asemejara mejor á la creacion, reunia el templo en sí la infinidad de las formas con la arquitectura, y la de los colores con la pintura; al lado de la pila bautismal se alzaba el sepulcro; hasta la luz variaba: luego el sonido del órgano (instrumento por escelencia que en una sola voz sublime hermana miles de voces) los movimientos y actitudes de los clérigos y el conjunto de los coros populares representaban la vida.

---

(23) Los mejores maestros no han manifestado nunca hácia el estilo gótico ese desden que pareció posteriormente una prueba de buen gusto. Palladio, consultado con motivo de la fachada de San Petronio, queria que se conservara el basamento, y que se pusiera lo demás en relacion con la fisonomía general del edificio: además señaló cuantos edificios admirables de estilo gótico poseia la Italia. Pellegrini Tibaldo asegura que «los preceptos de esta arquitectura son más razonables de lo que se imagina.» A mayor abundamiento se pueden consultar muchas cartas del tomo III del *Carteggio d'artisti*, por Gaye, y especialmente los números CCXCV, CCCXLIX, CCCLXXX: el número CCCCVIII merece particular atencion; allí se discute sobre el modo de cubrir el edificio de San Petronio, que ciertos arquitectos querian acomodar á las reglas de Vitrubio, al par que otros propendian á conservarle el estilo *aleman*.

(24) El templo de la Paz en Roma es uno de los edificios más ligeros de la antigüedad: está hecho de ladrillos y piedras, con columnas y cornisas colosales de mármol. Comprende una superficie de 6,225 metros, de los cuales 810 están ocupados por construcciones, pilares, paredes, columnas. Nuestra Señora de Paris, uno de los edificios más macizos del siglo XIII, abarca una superficie de 6,800 metros, de los cuales sólo 728 están ocupados por las construcciones, á pesar de las dos torres de la fachada. Saint-Ouen de Ruan, uno de los más ligeros, tiene 4,830 metros de superficie, 404 sólo para las construcciones.

El furor iconoclasta de los protestantes y después el de la revolucion francesa, devastaron muchos de estos edificios: otros se hallaron comprimidos en medio de casas, que se alzaron hasta arrimadas á sus paredes; otros muchos fueron más ó menos desfigurados sin inteligencia ni gusto, con disfraces griegos y romanos, que al destrozo de los siglos añadieron la afrenta del ridículo.

Ofrecen las catedrales góticas la particularidad de que casi ninguna de ellas está concluida. A la catedral de Florencia (como á casi todos los edificios toscanos, le faltó hasta hace muy poco la fachada: su campanario y los de Amiens no llegaron á la altura propuesta; los de Tours y de Chartres son desiguales. Auxerre no tiene más que uno, Milan no tiene ninguno: en Beauvais falta la nave, en Saint-Ouen la fachada: las catedrales de Reims y de Colonia están sin concluir. La fe viva con que aquellos templos habian sido comenzados se entibiaba; sobrevenian sucesos ó necesidades nuevas; por último, llegó la Reforma, que no sólo suspendió, sino que tambien destruyó las obras de un culto de que renegaba.

Tampoco se hallan en general los dibujos y los planos primitivos, ora porque se hayan querido rodear con el misterio, ora porque fuesen enviados á las logias de Alemania, en cuyos archivos se han descubierto algunos recientemente.

Claustros.—Los edificios de esta época ofrecen una belleza especial en los claustros, derivados del patio interior, colocado por los antiguos en el centro de sus palacios, para dar aire, luz y comunicaciones. Consisten generalmente en un vasto paralelógramo, rodeado de un pedestal, sobre el cual descansan pequeñas columnas, que sostienen otros tantos arcos ó un arquitrabe continuo; en medio está el jardin con un pozo, las paredes ofrecen las historias de la órden ó inscripciones sepulcrales. El bellísimo claustro de Santa Escolástica en Subiaco (25) es obra de los Cosmatos, familia de artistas, cuyo nombre se repite con frecuencia en los monumentos romanos de aquel tiempo. El de los benedictinos en Monreal de Palermo es admirable. Sus columnas gemelas, siguiendo el espesor del pedestal, y diferentes una de otra, están cubiertas de mosáicos y son singularmente ricas, con especialidad al rededor de la fuente, á lo menos en cuanto las perdonaron las manos rapaces de los dominadores. Entre los numerosos claustros de Roma bastará citar el de San Pablo, con sus arcadas separadas por gruesas pilastras cuadradas, que sostienen las bóvedas de la galeria: están reemplazadas en la fachada por dobles columnas como en Monreal: encima hay una cornisa, los miembros están estremadamente variados, así como los capiteles y el cimacio; además todo está revestido de mosaicos hasta el plinto de la cornisa. Ciertamente Miguel Angel tenia á la vista estos ejemplos cuando ejecutó el admirable claustro de Santa Maria de los Angeles, con sus cien columnas, y digno de rivalizar con las Termas de Diocleciano, sobre cuyas ruinas se levantaba (26).

Vidrios de colores.—Embellecian las catedrales góticas los vidrios pintados, especie de mosáico trasparente (27). Se hallan vidrios de colores en la iglesias griegas y latinas, en Santa Maria la Mayor de Roma, en Santa Sofia de Constantinopla, en Nuestra Señora de Belen: pero en el siglo XII se empezaron á hacer dibujos, figuras y cuadros en ellos. Frecuentemente eran pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, ó milagros del santo patrono que reproducian á los ojos del pueblo, lo que heria más sus oidos que por boca de los sacerdotes ó de los cantos del coro: allí tenia la muchedumbre como un libro abierto á su curiosidad ó á su inteligencia; era, pues, un medio más, empleado por la Iglesia para dirigirse á la vez al corazon y al entendimiento por la imaginacion y por los sentidos. Allí la santa plebe de Dios (28) leia la vida activa en el hijo divino de un artesano, en los apóstoles pescadores, en los pastores llamados los primeros á contemplar la Salutacion de Dios; la pobreza se consolaba al ver á Lázaro en medio de querubines coronados de oro, al par que Epulon yacia en medio de los diablos de horribles figuras por haber negado limosna. Fijaba, pues, allí el pueblo su vista con piadoso pasmo, y no sólo el pueblo, porque Godofredo de Bouillon, segun su historiador nos dice, «fué un héroe perfecto, tan terrible á los enemigos como amado de cuantos le rodeaban, los cuales le censuraban por un solo defecto, el de olvidarse de la hora de comer cuando estaba en las iglesias contemplando los hermosos vidrios de colores.» Este arte llegó á su apogeo en el siglo XVI por los esfuerzos de Cousin y de Lucas de Leida.

Sepulcros.—El culto de los sepulcros, segunda religion de los pueblos y de las familias, contribuia tambien al ornamento de las catedrales. Caballeros, damas y príncipes estaban representados en su último asilo: los adalides muertos vencedores en el campo de batalla tenian las manos sobre el pomo de la espada, el casco en la cabeza, un leon vivo á sus plantas: los que habian sido vencidos estaban sin cota de malla, con las manos juntas sobre el pecho y los piés sobre un leon derribado; los que habian acabado sus dias en las cárceles del

(25) Allí se lee:

Cosmas et filii Lucas, Jacobus alter,
Romani cives in marmoris arte periti,
Hoc opus explerunt abbatis tempore Landi.

Lando fué abad en 1235.

(26) Arquitecto y escultor del siglo XIII fué Vassaletto que hizo el claustro anejo á San Juan de Letran, ahora restaurado, y otros trabajos.

(27) E. LANGLOIS.—*Ensayo histórico y descriptivo de la pintura sobre vidrio.* Ruan, 1832.

(28) En algunos vidrios se lee: *Sanctæ plebi Dei.*

enemigo, sin espuelas ni casco, ni coraza, ni espada; si la muerte les habia sorprendido durante la paz, tenian la cabeza descubierta, cerrados los ojos y los piés sobre un lebrel; por último, si eran peregrinos del otro lado del mar tenian cruzadas las piernas. Todavia después de la muerte se pudo leer en aquella generacion de estátuas la historia de los tiempos pasados: aquí se ofrecia el rey sobre su trono con la diadema y el cetro: allí la esposa de Cristo, llevando en la cintura las trenzas de sus cabellos, cortados el dia en que se consagró á Dios; mas lejos el prelado con las espuelas y la cota de malla debajo de su capa. El lebrel ó el halcon espresaban los gustos del cazador; en señal de amor conyugal reposaban dos esposos juntos y con sus manos enlazadas: el ángel de la muerte suspendia coronas sobre las sienes del niño que se habia llevado consigo todas las esperanzas de sus padres. Una piedra desnuda con el nombre del difunto y las palabras *De profundis* indicaba el lugar de descanso de un religioso que quizá habia presidido los consejos de los príncipes y los destinos de los reinos (29).

Enrique I, sepultado en la iglesia de San Estéban de Troyes, tuvo allí un magnífico mausoleo de bronce dorado, cubierto con una plancha llena de incrustaciones de oro y plata, en que este príncipe se hallaba representado de tamaño natural. La base del sepulcro es de follajes y presenta veintiocho riquísimos trozos esmaltados con dos inscripciones y columnitas de bronce dorado. Blanca de Navarra mandó erigir para su marido Tibaldo III en 1201 un sepulcro sobrecargado de oro y de plata, de bronce, de esmaltes, de estátuas de plata, representando á los condes de Champaña. El mismo Tibaldo, de tamaño natural, estaba revestido de plata, teniendo en las manos el bordon de peregrino, tambien de plata, con cuatro círculos de oro, y la alforja sobre la cual estaban figuradas sus armas en esmaltes. La corona que ceñia sus sienes estaba adornada por cuatro turquesas, dos cornalinas, cinco perlas, una esmeralda, un zafiro, dos topacios y un granate. De esmalte eran los ojos imitando al natural: el cuello del vestido de filigrana de plata dorada estaba guarnecido con tres esmeraldas, cuatro amatistas y un granate. Las figuras reclinadas de Alicia, esposa de Pedro I, y de su hija la condesa de la Marca, en la iglesia de la abadia de Villanueva, eran tambien de bronce dorado, y los escudos de cobre esmaltado. Este sepulcro era estremadamente rico, y entorno de él se veian los escudos de armas más ilustres de la cristiandad. Sus ángulos estaban adornados por cuatro leones.

En el orígen los primeros obispos fueron enterrados con báculos de madera y cruces de plomo; se les revistió enseguida de seda ó de más ricos adornos. Cuando en 1563 se descubrió el sepulcro de Alberon III, obispo de Metz, muerto en 1072, se halló su cuerpo envuelto en una especie de túnica de seda, de color de violeta. En 1521 se habian hallado en el sepulcro de Estéban, muerto en 1162, tres alfileres de oro, con la cabeza de amatista ó de rubies, una cruz de plomo y un báculo de madera con el remate de marfil. Juan de Apremont, muerto en 1228, fué sepultado con su mitra de tela de oro, adornada de aves y otros bordados, un pequeño cáliz de plata, con su patena en la mano, y en el dedo un anillo con una esmeralda; al cuello un crucifijo de plata estaba colgado de un hilo de oro. Felipe de Florencia, muerto en 1297, fué sepultado con una hermosísima mitra de oro, adornada de botones de plata, un anillo de plata dorada en el dedo con una piedra falsa; á su lado habian sido colocados el cáliz, el cinturon, la túnica, la dalmática, las sandalias y la cruz de plomo. Reinaldo de Bar, muerto en 1316, fué hallado en su ataud con dos anillos y en el dedo un zafiro engastado en oro, así como un rubí montado en plata. Estaba cubierto con una capa de tela de oro, y sobre su mitra, estremadamente rica, estaban representados Moisés y Aaron con un libro en la mano. El báculo era de marfil (30). Las basílicas de San Marcos, de los Frari y de San Juan y Polo, en Venecia, dan en los sepulcros la historia de las artes desde el año 1300 en adelante: aun más antiguos los hay en todas las catedrales é iglesias que se salvaron de las vandálicas restauraciones.

La grandeza, la gloria, la belleza, la devocion, se reanimaban bajo la mirada que los contemplaba; y el pobre se consolaba pensando que la espada y los escudos de armas no dispensaban al más alto y poderoso señor de comparecer á su vez ante el tribunal donde se hallaba al igual de los más ínfimos campesinos.

Uno de los caractéres que agradan más en las catedrales góticas, es que han sido edificadas, no por órden ni á espensas de un príncipe, sino por la concurrencia de todo el pueblo, por medio de limosnas y de servicios personales voluntarios. La predicacion de un fraile escitaba á cada cual á consagrar á este objeto sumas proporcionadas á su fortuna: el cepillo situado cerca del edificio empezado se llenaba: á veces se imponia una contribucion á los que deseaban obtener una dispensa para ciertos alimentos en tiempo de Cuaresma (31), ó bien se empleaba para este uso el precio de ciertas indulgencias: por último, los concejos se imponian voluntariamente y gastaban en estas construcciones las sumas que se vieron después locamente prodigadas, por ejemplo, en comprar para un rey

(29) Como aquella donde se leia: *Hic jacet Sugesius abbas.*

(30) De Villenueve-Trans. *Hist. de San Luis.*

(31) Todavia se llama *torre de la Manteca* la que cae al Mediodia en la portada de la catedral de Ruan. Lo mismo se hizo en la de Beauvais.

el célebre diamante del Regente. A su regreso fundaban á menudo los barones cruzados un monasterio ó una iglesia, ora para cumplir un voto, ora para traer á la memoria un recuerdo, ora tambien para emplear el dinero cogido á los infieles. «Muchos habitantes de Chartres, dice el arzobispo de Ruan, concurrieron á la construccion de su iglesia, acarreando materiales; y Dios recompensó su celo con milagros, que escitaron á los normandos á imitar la piedad de sus vecinos. Por consecuencia, los fieles de nuestras diócesis y las diócesis vecinas han formado con el mismo objeto asociaciones, en que no admitian más que á aquellos que se habian confederado, y que habiendo renunciado á las animosidades y á las venganzas se habian reconciliado con sus enemigos. Hecho esto, eligen un jefe bajo cuyas órdenes tiran de los carros en silencio y con humildad.» En 1165 san Beneceto fundó la piadosa cofradia de los *pontéfices:* es decir, constructores de puentes: á ella se debe el de Aviñon, obra maravillosa para aquel tiempo, en 1188: enseguida se esparció por todas partes, ofreciendo sus servicios para este género de trabajos, así como para la ereccion ó restauracion de las iglesias.

Confesamos que nuestra emocion nunca ha sido tan grande en presencia de los monumentos más admirados del arte regular, sin esceptuar á San Pedro, como al aspecto de los edificios góticos, donde no se debe andar con el compás, sino dejar hablar á la imaginacion y al sentimiento. Todo respira religion en aquellas masas enormes, que sólidamente asentadas sobre la tierra, elevan al cielo cien agujas como para invitar al pensamiento á desprenderse de las cosas terrenales y á lanzarse hácia la Divinidad, ó para representar los votos de innumerables creyentes que ascienden de concierto á su inmortal trono. La oscuridad de las naves, la desnudez de las paredes interiores, aquellas valientes y elevadas bóvedas, aquellas ventanas que no parecen abiertas más que para dar la vista del cielo; aquellos enormes pilares, detrás de los cuales se escondia para llorar el pecador arrepentido; aquellos mausoleos, aquellos sepulcros de guerreros, doctores, monjes, obispos, con las manos cruzadas sobre el pecho, tal como se habian dormido en el sueño de la muerte, con la esperanza de despertarse, todo penetra á nuestra alma con una piedad grave y á la vez consoladora, que nos eleva sobre nosotros mismos.

Además, si se vuelve á la tierra, ¿cuánto no debia admirar la confraternidad de los pueblos que podian erigir tales obras sin más recursos que los de la caridad espontánea; la fe de los que echaban los cimientos de edificios, cuya bóveda sólo seria dado poner á sus biznietos; la religion de los hombres que llenaban aquellas vastas naves para dar gracias al Señor por haberles proporcionado una patria?

Sólo después de haberse borrado estos sentimientos, es cuando la razon se pone á recoger los defectos de la obra, oficio el más mezquino del arte crítico.

Actualmente el gusto para lo gótico se ha vuelto á hacer de moda. De moda, repetimos, pero por medio de una imitacion nueva y diferente, que despojada del sentimiento verdadero, no hace más que añadir un nuevo defecto á los del género, la falta de conveniencia. Para imitar á estos maestros del arte seria necesario pedirles la palabra que les inspiraba, la fe, que es la única que puede dar vida á piedras inertes.

Amor del arte.—Lo gótico se acomodaba al espíritu y á las necesidades de los diferentes paises: era más rico y delicado en Inglaterra: dominado por el génio místico en Alemania; modificado en Italia por los ejemplos clásicos, de donde resultó que el arte cambió allí su giro más pronto que en otros paises. El ardor que empujaba á las vias de la civilizacion á los italianos, les escitaba tambien á hermosear sus ciudades con producciones de las bellas artes, impulso que no se debió al favor de ningun príncipe, sino al entusiasmo popular. Cuando Andrés de Pisa hubo fundido las puertas de San Juan en Florencia, la señoria fué autorizada para salir del palacio donde estaba encerrada, y acudir á verlas en union de los embajadores de Nápoles y de Sicilia. Los habitantes de Perusa enviaron comisionados que suplicaran á Cárlos de Anjú que les concediera á Juan de Pisa para adornar su ciudad con esculturas, y especialmente con la fuente pública, que es todavia una maravilla. Cuando posteriormente este mismo rey se dirigió á Florencia, el concejo le invitó á asistir á ver el cuadro que Cimabué terminaba entonces: encaminóse allí con su comitiva, seguido de los magistrados y de todo el pueblo: la alegria y los aplausos fueron tales, que la calle donde habitaba el pintor recibió y conservó el nombre de Borgo Allegri. Luego que estuvo concluida la obra, fué llevada á la iglesia en procesion solemne, y su autor, galardonado generosamente, se vió rodeado de honores.

Margaritone no creia poder recompensar mejor al magnánimo Farinata, que regalándole un crucifijo hecho por su mano: los venecianos señalaron un ducado al dia á Gentile de Fabriano, con el privilegio de usar la toga de senador. Cedieron los pisanos algunas ciudades en Asia al emperador Caloyani, para que les ayudara á construir su arzobispado y la catedral de Palermo. El concejo de Florencia daba por su parte este notable decreto: «Atendido que la alta prudencia de un pueblo de grande orígen consiste en proceder en sus asuntos de modo que su accion sea reconocida en sus obras esteriores no menos sábia que magnánima, se manda á Arnolfo, arquitecto de nuestro concejo, que haga el modelo ó dibujo de la reconstruccion de Santa Reparata, con la más alta y suntuosa magnificencia, de tal manera, que no pueda ser inventado nada más grande ni más hermoso por la industria y por el poder de los hom-

bres; segun se ha dicho y aconsejado por los más prudentes de esta ciudad, en asamblea pública y privada, que las cosas del concejo no pueden emprenderse sino en tanto que su pensamiento sea hacerlas corresponder á un corazon cuya grandeza es estremada, porque se compone del alma de numerosos ciudadanos reunidos en una voluntad sola.» (32)

Y el mismo espíritu animaba al pueblo de Atenas cuando preguntando Fidias si deberia emplear el mármol para la estátua de Minerva, como menos costoso que el marfil, le fué respondido con unánimes voces, que *hiciera lo que fuese más digno de la ciudad.* Así cuando se visitan los templos de Asis, de Orvieto, de Milan, la Cartuja de Pavia, se siente uno tan maravillado de tanto trabajo prodigado hasta en los lugares donde apenas puede descubrirse, como de la fe profunda en el arte y en la dignidad nacional y religiosa. El ser las construcciones dirigidas por el consejo público, lejos de embarazar el genio de los artistas, hacia que el gusto se propagase.

Arquitectos.—Se atribuyen á Bono, uno de los pocos arquitectos cuyo nombre se ha conservado, diferentes trabajos ejecutados en Nápoles, en Rávena y en otras partes; pero especialmente el campanario de San Marcos de Venecia, construccion maciza, aunque apoyada sólo sobre pilotes (1152). Segun ya lo hemos dicho (t. V, pág. 149), Pisa habia mandado levantar desde el año 1063, por Busceto, uno de sus ciudadanos, su catedral, primer modelo del género toscano, á la vez sólido y majestuoso. Este ejemplo dió impulso á otros trabajos, manteniéndose entre el estilo griego y el estilo romano, y cuyo baptisterio situado enfrente de la iglesia, fué uno de los mejores. Tiene la fecha de 1153 y el nombre de Diotisalvi. Es de figura redonda, levantado sobre un basamento de tres gradas, decorado con tres hileras de columnas corintias pegadas al muro, y de una infinidad de ornamentos que tienen mucho de gótico. En lo interior, á donde se baja por tres escalones, se ve en el centro la pila octógona para el bautismo: ocho columnas y cuatro pilastras cuadradas sustentan las arcadas, sobre las cuales corre un segundo órden, que sostiene la cúpula, prolongada en forma de pera. El arquitecto estuvo igualmente obligado á plegar su arte á los materiales que tenia á la mano, y á suplir por diferentes medios á la medida diversa de las columnas y de los capiteles, de los cuales algunos fueron perfectamente imitados con sujecion á los modelos antiguos.

El campanario ó torre, tercera maravilla de aquella plaza encantadora, fué levantado en 1174. Forma un gran cilindro, adornado esteriormente con una profusion y hasta con una confusion de bajo-relieves y de estátuas, sobre el cual se enroscan doscientas siete pequeñas columnas, de formas y de materias diferentes, sobrepuestas de capiteles, algunos de los cuales ofrecen una elegancia griega, y los otros groseros follajes, cabezas de hombres y de animales. Es obra de Bonanno de Pisa, al cual se unieron Guillermo y Juan de Innspruch y parece que el edificio habia llegado ya á cierta elevacion cuando el terreno cedió por un lado, y el arquitecto reconoció que sin riesgo podia continuar el edificio, y así se halló trece pies inclinada la torre de Pisa, estrañeza derivada del accidente y en otras partes hecha á propósito.

Desde el año 1032 habia comenzado Pistoya su San Pablo: veinte y nueve años después elevaba Luca la iglesia de San Martin, cuya fachada, así como la de San Miguel, fué hecha en 1200 por un tal Guidetto: constan de muchas hileras de columnatas, y se estrechan por la parte de arriba como en otras iglesias de la Toscana, entre el pequeño número de las que estan terminadas. Vienen enseguida el *Piscopio* de Nápoles, de San Pedro y de San Petronio de Bolonia. Colocóse la primera piedra del baptisterio de Parma en 1196, y la última en 1270. La catedral de Siena, empezada probablemente en 1089, cubierta y consagrada en 1180, no se admira tanto por grande cuanto por hermosa y por la profusion del mármol y del bronce; luego se armoniza perfectamente con la ciudad. La admirable sacristia con sus preciosos manuscritos iluminados fué más tarde embellecida por los frescos de Pinturicchio, ejecutados quizás con arreglo á los dibujos de Rafael. Duccio de Buoninsegna de Siena inventó aquellos pavimentos entallados en el mármol blanco rellenos de pez derretida que producen el efecto de gigantescos guilloquis. En esta catedral, donde se halla el más notable ejemplo de este pavimento, se le tiene cubierto para que no se desgaste con el roce de los piés. A mediados de aquel siglo se contaban en Siena sesenta y un maestros canteros; y es probable que se hallaran estas compañías de arte donde quiera que se construia.

Marchione de Arezzo fué empleado por Inocencio III en la construccion de muchos edificios. Tambien levantó la iglesia parroquial de su patria en 1216, así como el campanario con tres órdenes sobrepuestos de columnas variadísimas en los fustes, en los capiteles y en las combinaciones, donde se ven estraños caprichos de hombres y de animales que sostienen las moles. La maravilla de Asis debió escitar á los artistas á emprender obras semejantes.

Arnolfo, 1232-1311.— Arnolfo de Lapo, hijo de Cambio de Colle, dirigió en Florencia la construccion de la logia junto á la plaza de los Priores, del último recinto de las murallas y del pálacio viejo de la Señoria, que une á una sencillez vigorosa una grandeza y una fuerza característica. Santa Maria del Fiore fue por él erigida en figura de cruz latina, con arcos obtusos sostenidos por gruesos pilares formados de cuatro pilastras, que tienen en-

(32) Si á la vez no es auténtico, fué pensado y escrito en aquellos tiempos.

cima capiteles de follaje. La amplitud de los arcos da la idea de una estension inmensa, al mismo tiempo que la sencillez del estilo no deja concebir una espectativa superior á la verdad; y de aquí resulta que la reflexion no destruye el efecto de la impresion primera. Esto es tanto más digno de elogio, en nuestro sentir, cuanto que ya se propendia á incurrir en el abuso de los adornos. Una contribucion de cuatro dineros por libra sobre las mercancías que salian de la ciudad, y de dos sueldos por cabeza cada año, formó el subsidio otorgado por Florencia á la devocion de sus habitantes para erigir aquel insigne monumento nacionál y religioso (33). Dejólo sin concluir Arnolfo: y fué de grande inquietud para los florentinos la indagacion de cómo se podria levantar la cúpula, hasta el momento en que lo consiguió Felipe Brunelleschi, al cual Miguel Angel tributó un magnífico homenaje, queriendo que su sepulcro fuera colocado enfrente de aquella obra.

En el baptisterio vecino, edificado quizá en el siglo VI con materiales antiguos, Arnolfo quitó todo lo que estaba en desacuerdo con su destino, y lo revistió completamente de mármol negro de Prato. Además dió pruebas en Santa Cruz de una sencillez bella y majestuosa (1294), y dió curso á las aguas pluviales por medio de tejados en el frontispicio y de canales en la mamposteria.

Se reputan por arquitectos de Santa Maria la Nueva á fray Jacobo Talenti de Nipozzano, á fray Ristoro y fray Sixto, dominicos florentinos, los cuales, dicen, por disposicion óptica disminuyeron por grados el desarrollo de los arcos interiores, segun se haria en perspectiva.

Lorenzo Maitani de Siena (1290) edificaba en la misma época la magnífica catedral de Orvieto, que elevada en una altura debió costar un enorme precio y salió acabadísima en los detalles, especialmente en la fachada, de elegantes proporciones, y está llena de relieves y mosaicos que le dan un magnífico aspecto.

Arquitectura civil.—Durante los pasados furores feudales la necesidad de rechazar la guerra privada ó de trasladarla al pais vecino, habia obligado á construir sobre todas las alturas, torres y castillos fuertes. Especialmente Inglaterra se vió erizada de ellos después del desembarco de los normandos, y en estas ciudadelas se halla el carácter gótico á menudo. Mas tarde se vieron obligados los concejos á ponerse al abrigo de buenas murallas, y al mismo tiempo á hermosearse en lo interior con palacios. En el primer momento en que la poblacion sierva de los campos habia acudido á la ciudad emancipada, se habian contentado con construir á toda prisa: eran casas con paredes de madera mezclada de arcilla amasada con cañas y bálago, cubiertas con techos tambien de paja; frecuentemente en vez de los números modernos, servian para distinguirlas un proverbio ó un santo colocado sobre la puerta. En su mayor parte eran estrechas las calles, á fin de no estender el recinto de la ciudad demasiado, y porque no habia necesidad de que tuvieran más anchura haciéndose los trasportes sobre el lomo de las mulas: además eran tortuosas y sin corresponderse unas con otras, en atencion á que se construia sin acuerdo ó direccion. Los pórticos, frecuentes en Italia, hacian oscuras las habitaciones de los pisos bajos, pero ofrecian un punto de reunion al pueblo; y por eso los señores y los ricos vecinos construian aposentos ó sotechados contiguos á su morada.

Entonces se multiplicó tambien la comodidad de las hospederias y de los hospitales para los peregrinos y los enfermos: cada ciudad tuvo su casa de ayuntamiento con vastos salones para las asambleas del pueblo, y la torre de la campana para convocarle (34). Fray Juan, ermitaño, delineó la techumbre del salon de la *Ragione* de Padua, el más espacioso de Italia: fray Ristoro y fray Sixto, antedichos, construyeron en su ciudad natal los puentes de Carraya en el Arno destruidos por la avenida del 1269, y muchas bóvedas del palacio comunal.

Obligados por su parte los señores á trasladarse á la ciudad, quisieron tener allí habitaciones sólidas como los castillos que abandonaban. Cuando los gibelinos se hicieron dueños de Florencia en 1248, demolieron treinta y seis palacios, todos guarnecidos de torres, entre las cuales se distinguia la torre de los Tosinghi, junto al Mercado viejo, adornada de columnas de mármol y de ciento treinta brazas de altura. La de Guardamorto era de tanta solidez, que á golpes de pico no se podia desprender una piedra; necesitóse, por consejo de Nicolás de Pisa, sostenerla con puntales y después de haber escavado por un lado, prender fuego á los puntales, para dejar que se desmoronara. Así en Bolonia, en Cremona, en Padua y en otras partes se obligaron los señores á desmochar las torres hasta una cierta altura, para que los unos no sobrepujasen á los otros.

Vistas de lejos las ciudades con tantas torres, cúspides, cúpulas y campanarios, presentaban un aspecto diferente en todo de las antiguas; en el interior se modificaba la arquitectura con arreglo á los accidentes del terreno ó á la forma de gobierno. En Génova, cuyo recinto era reducido, se construian palacios muy elevados y jardines pensiles y escalonados. En Venecia, necesitándose grandes salones y vastos almacenes aireados y

(33) Cuentan que Arnolfo abrió debajo del edificio grandes pozos, á fin de que los gases elásticos emanados del fuego central hallasen libre salida. Hecho importante para la física del tiempo.

(34) Véase antes pág. 35. La primera piedra de Santa Maria la Novella fué puesta el 7 octubre de 1279: Arnolfo sobrevivió 27 años á fray Ristoro, lo que impide creerle maestro de éste, como se dice generalmente.

claros se hacia correr por toda la fachada un ventanaje; en Bolonia, para guarnecer la calle de pórticos, se añade uno á cada casa. En Nápoles y en Sicilia, no temiéndose á la nieve, se sustituyen los terrados á los tejados, para poder solazarse. En Florencia las casas se asemejan á fortalezas, con sus estrechas ventanas, sus puertas macizas y sus enormes pedruscos. Si observais el palacio de los duques de Ferrara, todo rodeado de fosos, reconocereis allí la morada de un hombre que hace temblar y que tiembla él mismo: al par que el del dux de Venecia está en medio del pueblo de quien su poder emana. Los palacios del Concejo como construidos para la igualdad ciudadana, no ostentan fausto ni grandes puertas, y tal vez parecen mezquinos. Sobre ellos se eleva la campana, cuya voz solemne resuena por la ciudad para convocar á sus habitantes á debatir los intereses comunes. Más tarde el pueblo entero deberá trabajar en construir el palacio de un rey que diga: *El Estado soy yo*, y la arquitectura, á fin de satisfacer á esta condicion nueva, deberá hincharse para parecer grande.

Por esta razon no nos conmueven los monumentos de la Edad Media con aquel sentimiento armónico de la perfeccion, que hace amar perennemente los de los griegos y romanos, pero se les debe contar entre los elementos esenciales de la historia, porque nada nos hace conocer mejor la condicion social como encontrarse á cada paso en presencia de la Iglesia, del feudalismo, del concejo, de la catedral, del consistorio, de los torreones de la ciudad, de las aldeas, de los hospitales, de los conventos. Mientras colocamos actualmente en las fundaciones medallas y monedas para atestiguar la época de su construccion; mientras sellamos con la primera piedra de un monumento la gloria de sus ruinas, de tal manera que su destino permanece á veces como un arcano sepultado en su base, entonces los monumentos eran una señal, y el sentimiento profundo de su destino hacia que se buscaran las proporciones grandiosas, más bien que la elegancia, la pureza y la gracia.

Pintura.— Estaban adornados los edificios de pinturas al fresco, aplicadas ora con claras de huevo, ora con cola. Para imitar los mosáicos de las construcciones bizantinas, se cubrieron las paredes y las pilastras de las iglesias de decoraciones pintadas, donde campeaban á porfía el oro, el azul de ultramar y el encarnado; colores vivos dispuestos en forma de tablero, de haces ó de rosetones, destacándose de un modo más adecuado á herir la vista que á encantarla. De aquí tomaron su nombre San Pedro del Cielo de Oro, en Pavia, y San German el Dorado (de los Prados) en Paris.

La tarea más noble del arte, la de retratar al hombre, se continuaba en las miniaturas, multiplicadas en los manuscritos, especialmente de los salterios y bendicionarios en que monjes piadosos se ejercitaban; y aunque no conocian los antiguos modelos, sus obras no carecian de espresion ni de movimiento: d'Agincourt hubiera debido conceder más atencion á esto, cuando recogió con inmensa paciencia los fragmentos que atestiguan contra el aserto de los retóricos cortesanos que las artes habian existido en los siglos más oscuros (35). Y no sólo se hallaban artistas en Italia, sino tambien en Francia, en Inglaterra, en Alemania, y quizá más que en otras partes en San Galo: los artistas se muestran más libres de imitacion al otro lado de los Alpes.

Siguieron después ensayos más atrevidos, y la cúpula de la abadia de Cluny, el más antiguo fresco que ha poseido la Francia, fué pintado en el año 1000: san Bernardo, obispo de Hildesheim, pintó las bóvedas de su iglesia: y el Santo de Claraval clama contra el uso de representar en algunos cláustros cazas, centauros y arabescos profanos. Los monjes del Císter reprobaban en los obispos su emulacion por adornar los templos; pero esta severidad de su parte les hace acusar por los monjes vecinos de ser innovadores y fautores del cisma, y el concilio de Arras (1025) elogiaba las pinturas, porque *illiterati, quod per scripturam non possunt intueri, hoc per quædam picturæ lineamenta contemplantur*. Tan cierto es que este arte tenia por objeto en la Edad Media manifestar al pueblo las verdades morales y eternas.

Estilo bizantino.— Es, pues, clasificacion de escuela la de querer llamar bizantinas á todas las obras anteriores al siglo XII. En el estilo bizantino la ostentacion se sustituye á la gracia, el capricho á la regla, la abundancia á la correccion, la dureza á la energia, el talento al génio; en suma, es un estilo de decadencia. En el frontal de oro del altar de san Marcos de Venecia, los mosáicos uno á uno respiran cierto vigor ingénuo y en el conjunto grandeza, dándole majestad las posturas hieráticas; pero es estravagante en la disposicion de los grupos, incorrecto en los detalles y en la forma, árido el dibujo y sin ningun conocimiento de perspectiva. La profusion de oro sobre cuyo vasto campo se destacan el Creador ó el Redentor, los crucifijos que se asemejan á momias con los piés separados y heridas de donde brotan torrentes de sangre verdosa, las vírgenes negras y asustadas, con los dedos largos y delgados, con los ojos redondos, con un niño gordo en el regazo, y en general las caras largas, y las cabezas vulgares sin ninguna espresion, son los caractéres distintivos de los bizantinos; pero esto no impide que en aquella épo-

(35) No queremos pasar en silencio, como testimonio de civilizacion, el magnífico manuscrito de las cartas de san Gerónimo que las señoras de Módena hicieron ejecutar en 1157.

Las memorias sardas más ó menos auténticas, dadas á luz estos últimos años, recuerdan en el siglo IX á un Diodato Gotano, buen poeta, que en versos deploró los estragos hechos por los árabes en su isla, y además excelente pintor que formó varios bosquejos y dejó muchas de sus pinturas en las iglesias del Logoduro.

ca lo hiciesen alguna vez mejor, ó que los nuestros no siguiesen el mismo método. El mecanismo del arte se habia conservado mejor entre ellos, vistas las numerosas copias hechas por los monjes; pero precisamente resultaba que no estudiaban la naturaleza y se adherian á ciertos tipos invariables.

La cruzada de Constantinopla enseñó probablemente el uso de sustancias ó instrumentos que mejoraron la habilidad técnica del colorido, como introdujo tambien la imitacion de algunas formas griegas. Los monumentos más antiguos de este estilo neogriego son una pintura en la catedral de Espoleto de 1207, y un frente de altar de 1215 en la galeria de Siena, ciudad donde la nueva pintura dejó ver sus primeros resplandores. Allí se ve en los dominicos una vírgen de 1221, de Guido de Siena. En la misma época, Bonamico, Parabuoi, Diotisalvi, pintaban los libros del camarlengo; después, hácia fines del siglo, Duccio ejecutaba el gran cuadro de la catedral, pintado en el derecho y en el revés, donde la dignidad hierática acompaña á la dulzura y á la noble gracia convenientes á las escenas de la pasion. Aun se conserva el Cristo que los sieneses llevaron á la batalla de Montaperti, por cuya victoria hicieron pintar la Vírgen por Simon Martini, su conciudadano, que se separó mucho en esta obra de la dureza bizantina. Simon de Martino ó Memmi, elogiado por Petrarca, y Ambrosio y Pedro de Lorenzo, inspirados por la religion y la patria, continuaron esta escuela, que tiene más númen que la de Florencia, y cuyas obras maestras no están amontonadas en galerias, de modo que el que visita aquella ciudad, que es una vision de la Edad Media, se inclina á creerla superior á las demás en el cultivo de las bellas artes.

Desde 1202 Giunta, de Pisa, lleva el título de pintor, y el Cristo de Asis, atribuido falsamente á Margaritone, es hecho de su mano; y tal vez se le deben tambien las pinturas de la tribuna, así como otro Cristo en San Reniero de Pisa. El altar de san Juan de Florencia fué adornado por Jacobo Francescano. Hay además otras obras cuya fecha es incierta. Vasari atribuye (si bien erradamente) á Margaritone de Arezzo (1212-82), escultor y arquitecto, contado entre los mejores discípulos de los griegos, y de quienes no lo separó la nueva escuela, el haber sido el primero que remedió las hendiduras de las tablas, cubriéndolas con una tela encolada, y estendiendo encima un baño de yeso, y el haber tambien enseñado á usar el bol y aplicar el oro en hoja y bruñirlo. Dejó muchos frescos y obras al temple y sobre tela; pero murió, dicen, de disgustos, al ver surgir una generacion más hábil. Ferrara cita con orgullo á Gelasi de Nicolás, y Bolonia, á Guido, Ventura y Ursone. Aun se conservan varias obras del siglo XII.

Se conoce en estos artistas un pincel tímido, pero cuidadoso: las posturas son forzadas en Buonagiunta de Luca y en algunos otros; á menudo los asuntos se destacan sobre un fondo de oro, á estilo de mosaicos, ó de ultramar con estrellas de oro, lo cual da dureza á los contornos; pero comienza á unirse cierta espresion en las facciones al aire de severidad y tranquilidad que se habia creido hasta entonces deber atribuir á la santidad. Se suplia á veces esta falta de espresion haciendo salir inscripciones de boca de los personajes, ó colocándolas debajo de ellos. Aunque Bufalmacco pasa por haber sido el primero en sugerir este espediente, es mucho más antiguo (36), y no cesó tan pronto, porque Simon de Martino queriendo espresar la violencia de las tentaciones del diablo con respecto á san Reniero, representó á aquel con la cabeza baja cubriendo sus ojos con las manos, con una banda que salia de su boca, en la que se leia: *¡Ay! ¡ya no puedo mas!*

Cimabué.—1300.—De consiguiente, la pintura habia vuelto á levantar cabeza antes de Cimabué. Nacido en 1240, Cimabué fué, segun se dice, educado por los griegos, á quienes pronto aventajó en el dibujo, en la invencion y en el colorido: sus tonos fueron menos oscuros y más limpios; y supo hacer flexibles los vestidos, vivas las actitudes, imitando pero con acertada eleccion. Si sus Vírgenes se presentaban aun sombrias y sin gracia, las hizo de esta manera por un respeto religioso á los tipos, porque sabe dar mucho mejor aire á sus demás cabezas. Le falta toda perspectiva aérea ó lineal, y los contornos se presentan más secos, porque se destacan sobre un fondo azul ó verde; pero en los dos grandes cuadros de santa Maria la Nueva y de la santa Trinidad de Florencia, los caractéres de los personajes están espresados con dignidad y vida. El primero está más libre de imitacion, más dulce en los semblantes; el otro es más vigoroso, como si el pintor hubiese procurado la gracia menos que la majestad.

En aquella época surgieron artistas de todas partes. Casi al mismo tiempo pintaba en Nápoles Tomás de los Stefani: se hacia en Perusa en 1297 la *Maestá delle volte*, es decir, una vírgen y algunos santos (cambiados en el dia en ángeles), bajo el palacio del pueblo: está representada con un manto de oro y arabescos, y hay mucha gracia en las cabezas, así como en el niño. Existen en la catedral de Cremona vestigios de la antigua escuela, de secos contornos, colores cortados, anteriores tal vez á Giotto. Los de Cremona, vencedores de los milaneses en 1213, hicieron pintar este hecho de armas por Lanfranc Oldovino; Simon de Cre-

---

(36) Se veia en Nápoles á Federico II sobre su trono, con Pedro de las Viñas en el púlpito, y delante de ellos el pueblo que pedia justicia en estos versos:

Cæsar amor legum, Federice piisime regum.
Causarum telas, nostras resolve querelas.

Y Federico respondia señalando á su ministro:

Pro vestra lite, censorem juris adite:
Hic est: jura dabit, vel per me danda rogabit.
Vinea cognomen, Petrus judex est tibi nomen.

mona ejecutó trabajos en Santa Clara de Nápoles en 1335. El baptisterio de Parma fué cubierto por artistas de la ciudad, con pinturas que imitaban el mosáico, pero de una manera menos angulosa y con nuevas disposiciones en los pliegues y con movimientos apasionados hasta la exageracion. En Roma florecian los Cosmatos, y poco después fray Oderisi de Agubio y Francesco de Bolonia, encomiados por el Dante.

Tambien inclinó á los pintores á separarse de los tipos griegos la necesidad de representar cosas nuevas, tales como los escudos de armas, y á veces los retratos de los podestás (37), las armas del concejo y los hechos memorables de San Francisco y de los suyos, con acciones llenas de una bondad sencilla en medio de personas y acontecimientos positivos y recientes. Se recurrió, pues, á la naturaleza, á falta de modelos admitidos de antemano; y si aun en esto aplicaron los artistas las ideas místicas, lo hicieron con una imitacion más libre y mejores procedimientos técnicos.

Existe un tratado de Teófilo, monje residente en Lombardia, que algunos remontan al siglo x, pero que parece más bien de los tiempos de que hablamos (38), el cual enseña los diferentes métodos de pintar segun los sistemas hieráticos. «Allí encontrareis, dice, todo cuanto posee la Grecia sobre las especies y mezclas de varios colores; toda la ciencia de los toscanos sobre incrustaciones y sobre la variedad de todas las clases de adornos que la Arabia trabaja con el martillo, con el cincel ó por medio de la fusion: todas las artes de la gloriosa Italia para aplicar el oro y la plata á la decoracion de diferentes especies de vasos ó en obras de pedrería ó de marfil; lo que la Francia reune en la preciosa variedad de sus ventanas, y las delicadas labores de oro, plata, hierro, madera y piedra que honran la industria germánica.» Sin embargo, respecto de arquitectura, de escultura ó de obras de marfil, nada ha escrito ó tal vez sus obras se han extraviado, si bien manifiesta claramente el modo de pintar al óleo, ignorado de los antiguos (39). Disolvia los colores con linaza, es decir, con el aceite menos conveniente por su lentitud en secarse; pero el descubrimiento de que se elogia á Juan de Brujas, no fué obra de la casualidad, sino de sustituir á la linaza, el aceite de nueces ó el de adormideras, añadiéndoles un secante (40).

Mosáicos.—El arte de los mosáicos no se perdió nunca: Roma lo atestigua; pero entonces se mejoraron. Los hay del siglo ix en el gran arco y la tribuna de Santa Práxedes. En el pórtico de Santa María Transtevere, cuyos capiteles tiene las imágenes de Isis, Harpócrates y Serapis, se encuentra una Anunciacion del siglo xiii, de un trabajo muy notable; y los mosáicos de la tribuna, que ascienden al año 1143, son muy hermosos. El concilio II de Nicea de 787 citaba las historias del Santo Testamento, ejecutadas en mosáico en tiempo de Sixto III en la Liberiana, y aun se ven allí; pero Jacobo y Mino de Torrita, sieneses, añadieron otras nuevas á la época en que nos encontramos; el último ayudado por fray Jacobo de Camerino, hizo el de la nave trasversal de Letran, acabado en 1292 por Gaddo Gaddi con ricos símbolos. En la fachada de la catedral de Espoleto, hay un mosáico de 1207, con esta inscripcion: *Doctor Solsernus hac summus in arte modernus.* Seis años después nacia en Florencia Andrés Tafi, gran maestro en este género de obras (41). Jacobo Francescano adornó el altar de San Juan en Florencia.

En este estado encontró el arte Giotto, en quien en el siglo siguiente, saludaremos al fundador de la nueva escuela.

Escultura.—Pero ya la escultura habia caminado con paso seguro. Se habian empleado en todos tiempos los bajo-relieves, aunque toscos y deformes; se representaba principalmente en el fronton de las puertas de las catedrales la Divinidad con diferentes atributos, á Jesucristo en un trono

---

(37) La república de Perusa mandó, en 1297, que se borrasen estos retratos. Algunas veces mandaban tambien hacer el retrato de los sentenciados. En el bando que publicó Federico II en 1239 contra Verona, se dice que los rebeldes estaban retratados en la sala. Maffei *(Verona illust.* p. III. c. 6.) cita muchas pinturas veronesas, anteriores á Giotto: Malvasia refiere otras de Bolonia.

(38) Escalopier hizo una nueva edicion de esta obra, cotejada escrupulosamente y con traducciones francesas y notas. Paris 1843. Y cree que Teófilo era aleman. Guichard le unió una disertacion donde demuestra el orígen del autor y el mérito de la obra, opinando que debió de existir entre el fin del siglo xii y principios del xiii.

(39) *De coloribus et de arte colorandi vetra.* Cap. 18, *de rubricani, de ostiis et de oleo lini.* Después en el 23, *de coloribus oleo et gummi terendis*, escribe: *Omnia genera colorum eodem genere olei teri eo poni possunt in opere ligneo, in his tantum rebus quæ sole siecari possunt, quia quotiescumque unum colorem imposueris, alterum et superponere non potes, nisi prior exsiccetur, quod in imaginibus diuturnum et tædiosum nimis est. Si autem volueris opus tuum festinare, summæ gummi quod exit de arbore ceraso vel pruno, et concidens illud munitatim, pone in vas fictile, et aquam abundanter infunde, et pone ad solem, sive super carbones in hieme, donec gummi liquefiat, et ligno ratundo diligenter commisce. Deinde cola per pannum, et inde tere colores et impone. Omnes colores et misturæ eorum hoc gummi teri et poni possunt præter minium et cerussam et carmin, qui cum claro ovi terendi et ponendi sunt.*

(40) Véase tambien á Lock Eastlake, *Materials for a history of oil Painting.* Lóndres 1847.

(41) Se enseña en Santa Restituta, contigua á la catedral de Nápoles, la Vírgen del Principio, mosáico del tiempo de Constantino. Pero la inscripcion desmiente la tradicion, porque se lee:

Annis datur clerus jam instaurator parthenopensis
Mille tricentinis undenis bisque retensis;

y se descifra con más dificultad, *Hoc opus fecit Lellus.*

Existen en la capilla de San Juan de la Fonte pinturas del año 550.

con un traje talar, levantada la mano para bendecir, teniendo á su alrededor ángeles ó animales simbólicos: la Santa Virgen figuraba allí tambien alguna vez reuniendo las almas devotas bajo los pliegues de su manto. Algunas fachadas tenian la série de signos del Zodíaco, acompañada á veces de figuras que recordaban las operaciones agrestes de cada mes.

En el siglo XII las columnas parecen mejor trabajadas; y los capiteles son siempre estravagantes y muy entallados; los arabescos y recortes ya introducidos en las iglesias romanas, adquieren finura; reaparecen las estátuas de los reyes, modeladas de una manera convencional y uniformes por esto en las fisonomias, en los vestidos y en el adorno de la cabeza. Aunque carecen de vida y de movimiento, algunas comienzan á cubrirse con elegancia y atrevimiento; pero hasta lo bello, cuando se encuentra allí, es diferente de lo bello antiguo; porque éste denota el desarrollo de la fuerza física, y el otro espresa más bien el sentimiento.

Existe en Milán un bajo-relieve que representa la reconstruccion de esta ciudad y un monumento á Oldrado de Tresseno, podestá en 1283, la más antigua estátua ecuestre moderna. En la catedral de Parma hay un descendimiento en bajo-relieve, de 1170, por Benito Antelami; en Bolonia, en la plaza de Santo Domingo, el sepulcro del jurisconsulto Rolandino Passaggeri, que redactó la respuesta dirigida á Federico II, cuando pidió con tono amenazador la restitucion del rey Enzo; y el sepulcro de los Foscherari, hecho en 1289, con toscos bajo-relieves. En la iglesia se ve el sepulcro de Tadeo Pepoli, representado por el veneciano Santiago Lanfrani en el acto de administrar justicia al pueblo. En la catedral de Sesa hay un púlpito grandioso, sostenido por seis columnas de granito con hermosos capiteles, y adornado de mosáicos, como los dos que se encuentran en Salerno; además un candelabro admirable, que la inscripcion atribuye á un tal Pellegrino, cuyo nombre no está citado en ninguna parte y que data de 1224 ó de 1283 (42).

Pero Pisa, donde Giunta habia formado una escelente escuela, nos ofrece tentativas de una habilidad mucho más notable. De ésta habia salido Nicolás, quien admirando en un sarcófago antiguo la caza de Meleagro, emprendió imitar estas perfecciones y sobrepujó á todos los demás artistas. Se admiran en esta ciudad las esculturas del púlpito de San Juan, á pesar de las innumerables faltas de dibujo (43); además de un descendimiento de la Cruz de San Martin de Luca, y en Siena otro púlpito octógono, muy rico en figuras con leones bien estudiados: en esta obra, ejecutada con gusto y mucho cuidado, se nota sobre todo un Juicio final, tratado con extension por la primera vez, aunque la lectura del Dante no haya ayudado al artista; pero fué superior á sí mismo en el monumento de Santo Domingo, en Bolonia, ejecutado probablemente en 1260 (44) y de una composicion sobria. Nicolás de Pisa trabajó igualmente con otros en la magnífica iglesia de Orvieto, donde se ejercitaron los pintores y escultores más distinguidos de aquel siglo. Entre ellos, fué en efecto, entre quienes reclutó Bonifacio VIII los artistas que hizo trabajar en San Pedro de Roma, entre otros Agustin y Angel de Siena (45). Dió pruebas Nicolás de su talento arquitectónico en el monasterio de los frailes menores de Florencia y de San Antonio de Pádua, á cuya construccion el papa Alejandro IV invitó á toda la cristiandad.

Su hijo Juan (1231), que se mostró su digno heredero, hizo sus pruebas en diferentes lugares, principalmente en Perusa, en el mausoleo de Benito XI, y en la rica fuente historiada de tres receptáculos sobrepuestos, elevada sobre doce gradas, adornada de ninfas y grifos de bronce: costó ciento sesenta mil ducados. Trabajó tambien en su patria en Santa Maria de la Espina, verdadera joya de pequeños detalles góticos. Cincuenta galeras de la república que habian ido á llevar socorro á Federico Barbaroja á Palestina, volvieron cargadas de tierra de aquella comarca tan querida á las almas piadosas, y porque aquellos á quien no les era permitido pasar á Soria pudiesen al menos tocar aquella tierra sagrada y descansar en ella despues de su muerte, resolvieron los pisanos hacer un cementerio. Adoptó Juan á este efecto la figura de un claustro desnudo por fuera y oblongo como un ataud, con pilares cuadrados que sostenian arcos redondos y cerrados sobre los cuales corre una cornisa. En la parte interior, el *campo santo* está rodeado de un pórtico de cuatrocientos cincuenta piés de estension, con veinte y seis arcos en los lados mayores, y sólo cinco en los menores; bóvedas redondas, pero con entallados y arcos del género gótico, todo de mármol blanco. Fué terminado en 1283. Se colocaron allí sarcófagos, inscripciones y otras antigüedades, como en un museo; fué después embellecido por los pinceles mas hábiles de los siglos siguientes, de tal manera, que se puede encontrar allí toda la série de pintores italianos. Juan fué llamado después por Cárlos de Anju á Nápoles, para construir el Cas-

(42) *Munere divino decus et laus sit Peregrino,*
Talia qui sculpsit: opus ejus ubique refulsit.

(43) Recibia por este trabajo ocho sueldos diarios, cuatro para su hijo Juan, y seis para sus otros discípulos.

(44) La cronologia de estas obras ha sido rectificada por Rossini, *Historia de la pintura italiana*, etc. Pisa, 1840, y mejor por el P. Marchesi que pone este trabajo en 1265, ayudado por fray Guillermo de Pisa.—Véase tambien VIRGILIO DAVIA, *Memorias histórico-artísticas acerca del sepulcro de San Domingo.*—Bolonia, 1838. A la catedral de Orvieto no pudo consagrarse porque fue empezada en 1290; sino que más bien trabajó allí Juan.

(45) Se ven en la fachada de la catedral de Siena ornamentos y estátuas de Juan de la Quercia, de 1339.

tillo-Nuevo; dibujó después la fachada de la catedral de Orvieto, y trabajó tambien un bellísimo mosáico para el altar mayor de Arezzo. Andrés de Pisa comenzó en 1304 el arsenal de Venecia, el más glorioso monumento de esta ciudad, como es en el dia el más digno de compasion.

Fundicion.—No se habia perdido tampoco el arte de fundir los metales. Viajando el abad Desiderio del monte Casino en 1062, vió concluir por un tal Andrés las puertas de bronce de Amalfi: Pantaleon de Viaretta hizo construir en 1087 las de San Salvador, en Atrani. Diez años antes Roberto Guiscardo colocaba unas en la catedral de Salerno, de un trabajo tosco, es verdad, y semejantes á las quemadas últimamente en San Pablo de Roma; otra cierra el sepulcro de Bohemundo, rey de Antioquia, en Canosa; dos que existen en la catedral de Troyes, tienen la fecha de 1119 y 1127; las de San Bartolomé en Benevento se fundieron en 1150; otras en Ravelto y en Trani, dibujadas por Barisano, natural de esta última ciudad. Las que colocó Buonanno de Pisa en 1180 en la iglesia primada de su patria, fueron destruidas en el incendio de 1597 (46); pero las que hizo seis años después para la iglesia de Monreal aun subsisten, y son de muy notable dibujo. En 1191, el abad Joel hizo colocar unas en San Clemente, á doce millas de Chieti; cuatro años después Huberto y Pedro de Placencia terminaban las de la capilla oriental de San Juan de Letran; poco después Marchione acababa las de San Pedro en Bolonia; Nicolás de Pisa en 1232 las de San Pedro Mártir en Luca. Tambien se trabajaron en aquel tiempo las puertas de bronce del átrio de San Márcos; pero la de la derecha es anterior, y tal vez quitada de Santa Sofia de Constantinopla, ataraceada de varios metales, con figuras, santos y caractéres griegos. La puerta de en medio es una imitacion, la cual fué quitada por órden de Leon de Moino, procurador de San Márcos en 1112. Las puertas exteriores pertenecen al año 1300 y á un tal Bertuccio, que tenia escasa maestria. Deben probablemente atribuirse á artistas italianos las puertas fundidas en 1192 para Novogorod; tanta semejanza ofrecen con las italianas. Hiciéronse por fin en 1330 las puertas de San Juan de Florencia, obra de Andrés de Pisa, de alto relieve, divididas en compartimientos que forman otros tantos cuadros de maravillosa belleza, y fundidas á fuego de horno por maestros venecianos. Celestino II regaló á la catedral de Civita di Castello, en la Umbria, un frente de altar de plata cincelada, y en 1166, Gonamenes y Adeodato ejecutaron los bajo-relieves de la puerta principal de San Andrés en Pistoya.

(46) Rossini duda del autor, ó de la época, en atencion á que el trabajo es muy tosco. No ha visto las de Monreal.

Inspiracion devota.—En general fuera de la Toscana los escultores son muy inferiores en la ejecucion, y sus composiciones tienen más de dibujo que de bajo-relieve. Pero no debemos acabar sin señalar la devota inspiracion que se manifiesta en ellas con frecuencia; porque las artes continúan con caracter religioso, aunque habia pasado la época en que se construian y adornaban templos en honor de Dios y se procuraba el embellecimiento de las habitaciones de los hombres. Bufalmacco decia que «los pintores se ocupaban en hacer santos y santas en las paredes y mesas, con objeto de hacer, á despecho de los diablos, más devotos y mejores á los hombres.» Una inscripcion colocada en la parte inferior del cuadro (47) ó la efigie del mismo pintor orando, debian atestiguar su devocion. Aquel Teófilo de quien hemos hablado, se dedica especialmente en la pintura sagrada á los vasos, á los misales y á las vidrieras de las iglesias, y de aquí resulta que no solo presenta la mayor elevacion de espíritu en la proposicion, sino que en cada uno de sus rasgos parece que el artista levanta su alma á Dios, *de quien emana el arte*, y considera su propia profesion como un encargo divino. Por recompensa de los trabajos que le costó escribir su libro, sólo pide que hagan por él una devota oracion. (48) Los estatutos de la corporacion de pintores de Siena en 1335 comienzan de esta manera: «Somos, por la gracia de Dios, llamados á manifestar á los hombres toscos que no saben leer las cosas milagrosas operadas por la virtud y en virtud de la santa Fe; nuestra fe principalmente consiste en adorar y creer en un Dios trino, en un Dios de infinito poder, de inmensa sabiduria, de amor y clemencia sin límites; persuadidos de que ninguna cosa, por pequeña que sea, puede tener principio ni fin sin estas tres cosas, es decir, sin poder, sin saber y sin querer con amor.»

(47) Juan de Pisa en San Andrés de Pistoya escribió:

Laude Dei trini rem ceptam copulo fini.

En Pisa:

Laudo Deum verum, per quem sunt optima rerum.
Qui dedit has puras homini formare figuras.

En el castillo de San Pedro, cerca de Pisa:

Magister Johannes... fecit ad honorem Dei et sancti Petri apostoli.

En San Pablo estramuros:

Summe Deus, tibi hic abbas Bartholomæus
Feci opus fieri, sibi te dignare mereri.

Duccio de Buoninsegna bajo la de la catedral de Siena, escribió:

Mater sancta Dei, sis causa senis requiei.

Gelasio de Nicolás en Ferrara: *Jesus, spos dilet, á ti me rachomando; doname fede.*

(48) *Ut quoties labore meo usus fueris, ores pro me ad misericordiam Dei omnipotentis.*

EPÍLOGO

Entre las muchas dificultades de mi trabajo de las cuales no puedo tener otra complacencia que la de que el lector comprenda que las encontré, una de las mayores ha sido la de coordinar los acontecimientos de tal manera, que á pesar de tanta diversidad de paises y de naciones, aparezca entre ellos un vínculo de consecuencia y de concomitancia, sin que por eso alteremos el valor de ellos ni forcemos su significado, como se ven obligado á hacerlos aquellos que inmolan la verdad á su sistema idolatrado.

Especialmente ha sido ardua para nosotros esta tarea en estos dos últimos libros, á causa, además de mi impericia, de la naturaleza de los hechos consumados durante este período, porque acaso nunca se han presentado tan numerosos ni con variedad tanta: nunca se habia visto tal mezcla de creencias, de naciones y de ideas.

Roma, Constantinopla, Basora se disputan la palma de la civilizacion. Pero Constantinopla, encadenada á las formas paganas en medio de las cuales ha nacido, pretendia concentrar los poderes religiosos y políticos en manos del soberano. De aquí resultaba que el jefe del Estado intervenia con intolerancia en el culto y en las creencias, y que al querer destruir las imágenes piadosas ó resolver problemas de fe insolubles, perturbaba las conciencias, perdia algunas provincias y toda reputacion. Al par que en Europa ponian trabas á los reyes los feudatarios y la potestad eclesiástica, los sucesores de Constantino disponian libremente de las fuerzas de su pais, todavia tan vasto como ningun imperio moderno: parecia, pues, que debian aguardarse prodigios de vigor por aquel lado; pero precisamente porque eran tiranos se mostraban insensatos, alegaban las más orgullosas pretensiones, que no podian sostener más que por medios insuficientes, y en la altivez de una grandeza histórica no buscaban el apoyo de la opinion; por eso ni aun siquiera supieron reunir para una resistencia comun á los pueblos, á quienes habia convertido en héroes la invasion musulmana. Querian atraerlo todo al centro; sacrificarlo todo á la metrópoli; pero equivalia á levantar un edificio fastuoso y sin solidez sobre un corroido cimiento. Viviendo en el harem á lo oriental, se acaloraban en sostener discusiones sofísticas, se dejaban llevar por intrigas de serrallo, en medio de las cuales la dignidad imperial caia en el desprecio. Hacíanse independientes las provincias distantes, y su aislamiento acababa por entregarlas en manos de los sarracenos. En breve el rey de una isla del Mediterráneo podia llegar hasta debajo de los muros de Blacherna á insultar á la majestad sagrada.

Cabalmente Mahoma tenia á su disposicion los medios que faltaban al imperio de Oriente, la persuasion y la fuerza: además, obraba sobre naciones nuevas, á la par que el emperador mandaba á naciones decrépitas. Pero ¿qué traia al mundo más que la conquista y el derecho de la espada? Sus sectarios desembocan de la península arábiga como una banda que donde quiera que cae, se establece en calidad de conquistadora: entregados á una supersticion fanática al propio tiempo que negativa, oprimen á los vencidos sin confundirse con ellos; de aquí que nunca forman un pueblo constituido, y que su triunfo primeramente, y luego la consolidacion de su existencia, tienen por única causa la debilidad de los que les rodean, y más tarde su tolerancia.

Entonces la Europa, á quien amenazan, llega á chocar con ellos. Sin embargo, las cruzadas no comienzan al grito de *¡Dios lo quiere!* dado en Clermont, ni acaban con la muerte de san Luis en la playa de Tunez; empezó la lucha en Pelayo y en Heraclio, y se ha prolongado hasta nuestros dias.

Es una guerra de doce siglos y de medio mundo contra el otro medio.

El contacto de los europeos con los orientales hizo resaltar la diferencia que entre unos y otros existia. El turco, bárbaro todavia, rechazando toda cultura y toda amenidad de costumbres, volvia el islamismo á su rigidez primitiva. Corrompidos, sofísticos, de mala fe, incapaces de heróicos sentimientos los griegos, no conocen aquella grande oportunidad de regeneracion, y una vil rivalidad les impulsa á perturbar con perfidias y bajezas el triunfo de la cruz. Entre los latinos, siempre toscos y hasta feroces todavia á veces, se revela algo generoso, como suele acontecer entre gentes jóvenes, aunque sin educacion: se muestran ganosos de gloria, sensibles al honor, capaces de generosos sacrificios. Habian convertido los griegos la religion en un campo de intrincadas disputas: venerábanla los europeos como cosa incontrovertible, dejándose guiar por ella en sus empresas, fijar en las creencias y moderar en el uso de la fuerza. Allí era compañera y esclava de la tirania; aquí, asociada á la libertad y opuesta á toda prepotencia, ordenaba un sistema de leyes, que mejoraban el antiguo derecho y le convertian en modelo. Allí el sacerdocio estaba arraigado á los vínculos de la familia y avasallado al gobierno: aquí, emancipado del poder material, fortificado por las privaciones del celibato, puede consagrarse, sin que le detengan consideraciones mundanas, á combatir en las batallas de Dios.

En cuarta línea en esta gran lucha se presentaban los mongoles. Así como las revoluciones, que agitan á la superficie de la tierra, provienen de las que son causadas por el frio ó por el calor, dentro de sus profundos senos, del mismo modo los grandes movimientos de los pueblos de Europa parecen siempre determinados por los que se producen en el corazon del Asia. Diríase que las bárbaras naciones de aquellas comarcas están destinadas á la destruccion de las instituciones envejecidas, y que á fin de poderse poner en movimiento al primer llamamiento de la Providencia, no echan raices en el territorio, sino que por el contrario, continúan aquella vida nómada en la que cada cual adquiere confianza en sí propio, porque obliga á continuos esfuerzos contra las tribus vecinas y contra la naturaleza. Este genero de vida trae consigo la obediencia absoluta á los jefes, y si alguno de éstos predomina, lejos de pensar en resistirle, aspiran todos á granjearse á porfia un protector en su persona. Así se constituyen de improviso aquellos vastos imperios y se desmoronan del mismo modo.

Apenas bastaron cinco siglos para reparar las devastaciones operadas en cinco años por Gengiskan, desde el mar Caspio hasta el Indo; y sin embargo, aquel conquistador sanguinario contribuyó á los progresos de la civilizacion, sustituyendo un inmenso campamento á aquella multitud de pequeños campos, ocupados en guerrear sin tregua uno contra otro. Para guiarlos á espediciones lejanas, puso término á los combates que se daban los uiguros, los kitanos, los carismios y las innumerables hordas tártaras; reuniéronse á fin de oponerles resistencia, las tribus turcas de la Siria y de la Persia en naciones: lo mismo aconteció entre los rusos, y cien pueblos se confundieron en un imperio que abarcaba la China, la Persia, la Tartaria y parte de la Europa. Además, fué un gran progreso para los tártaros la introduccion del lamaismo en su seno, puesto que suavizó su ferocidad nativa. Al mismo tiempo el islamismo, que perecia haciéndose culto, cobró nueva energia entre los mongoles y turcos, que volviéndolo á su barbarie primitiva, le restituyeron el poder belicoso.

Al peligro que amenazaba á la Europa, opusieron un dique las cruzadas, espresion fiel del carácter batallador y religioso de aquel tiempo. Si para algunos fueron el ímpetu de la devocion, fueron para otros un cálculo político, el efecto de una viva pasion por los viajes, por los descubrimientos, por el comercio y por las aventuras. Las cruzadas llamaron la atencion general hácia aquel Oriente, de donde vienen, segun Napoleon decia, todas las grandes glorias.

De aquí una prodigiosa mezcla de personas, de ideas, de ciencias, como nunca se habia visto en la antigüedad. El emperador de Alemania Conrado se enlaza por un matrimonio al emperador griego Manuel Comneno; el rey de Francia da la mano de su hija al césar de Bizancio; Sancho de Navarra pide por esposa á la del jefe de los Almohades; Enrique VI, casándose con la heredera de los príncipes normandos, reune al imperio de Occidente la Sicilia, isla árabe; Ricardo Corazon de Leon, ofrece su hermana á Malek Adel, de quien ha llegado á ser hermano de armas; Saladino quiere recibir las insignias de caballero; Juan Sin Tierra ofrece á los Almohades hacerse musulman si acuden en su socorro; Federico II es medio musulman con su universidad sarracena, sus guardias sarracenos, su serrallo al estilo árabe; establece en el reino de Nápoles colonias mahometanas, y tiene por su mejor amigo al sultan de Egipto: señores loreneses se ciñen la corona de Jerusalen, y barones franceses é italianos se crean señorios en Asia, y hasta ascienden al trono de Constantinopla: á la par que cuerpos de alanos y de capchacos hacen en el Tonquin la guerra; ingenieros chinos dirigen las operaciones militares junto al Tigris; tártaros é indios enseñan á la China el culto de Fo y la gerarquia de los lamas: por su parte los mahometanos ingertan sus creencias en el bramismo, y en la Persia y en la Siria propagan dogmas que se aproximan á los de la Encarnacion; los imanes mahometanos discuten con los discípulos de Confucio y con los frailes de san Francisco; Averroes y Aristóteles son asociados en la escolástica; la Persia envia el maniqueismo á infestar á la Iglesia, y sus invenciones fantásticas á avivar las novelas que

produce la Francia: saliendo de su aislamiento en Europa las cuatro ó cinco naciones más adelantadas, cambiaron de sentimientos y de ideas.

Bajo influencias tan diferentes se desarrollaba la civilizacion europea. Entonces dominaban dos grandes ideas, y deben estar en la índole humana, puesto que subsisten aun en tan gran parte: una, que todo poder, derecho y privilegio emana del suelo; otra, que la Providencia vela de continuo por los progresos de la humanidad, ora en la persona de los reyes, ora especialmente en la de los sacerdotes, á quienes asegura tanto poderio. Sobre la primera está fundado el feudalismo; de la otra nace aquella fe, que es la clave de toda la historia de la Edad Media. De aquí dos sistemas dominantes; uno procedente del feudalismo y del rey de quien depende, el otro de la Iglesia y de Dios inmediatamente; aquél de autoridad, y de libertad éste.

De cuán estremada era la eficacia de la religion, da testimonio el gran número de los que se enclaustraban, abandonando las grandezas humanas y renunciando á los afectos domésticos. Así, sólo en la historia de Abelardo vemos á Berenguer, su padre, dejar mujer é hijos para morir monje: sigue su ejemplo su esposa Lucia, y después el mismo Abelardo. Eloisa funda el Paracleto, donde Agueda é Inés, las dos sobrinas de su amante, toman el velo; y Astrolabio, su hijo, parece haber tenido un fin semejante. Tambien fueron frecuentes entonces los santos, y no hemos temido detenernos largo tiempo en algunos de ellos, que vivieron sobre el trono ó en el fondo del cláustro, porque ellos son los verdaderos héroes populares. La fundacion de un monasterio era un acontecimiento tan importante como la de un reino. Las congregaciones monásticas antiguas y modernas estaban gobernadas por reglas hechas para servir de modelos en la infancia de las instituciones políticas: allí se encontraban á la vez las escuelas y el asilo de la cultura intelectual, el recuerdo de los hechos y la tradicion literaria.

Al mismo tiempo que se aplican así al perfeccionamiento individual los particulares, tienen fija la atencion en el de la sociedad los papas: discerniendo mejor los elementos malos de la conquista, los santifican y los civilizan; propagan las buenas doctrinas, protegen la moral, consagran la igualdad levantando la voz en favor de los siervos, encumbrando á las primeras dignidades á personas de la más ínfima clase con tal de que acrediten virtud y ciencia; y luchando contra el Imperio, que olvidado de su orígen, pretende confundir las dos potestades y someter la conciencia á la espada.

¡Qué espectáculo inusitado para el mundo ver á los pontífices armar á la Europa toda en nombre de una idea! ¡Qué magnífico triunfo de la religion verla dominar las feroces costumbres de los caballeros instituyendo las órdenes militares, é imponer á los orgullosos guerreros la disciplina de cenobitas regulares!

Pero, así como en toda la vida feudal se echa de menos continuamente la delicadeza; y nos sorprenden perpétuos contrastes de rudeza y de cortesia, de humanidad y de barbarie. Así se halla en esta época el colmo de la ferocidad ó de la santidad, por poco que se la contemple bajo una sola fase.

Entre tanto se desarrollan dos fuerzas enérgicas en oposicion del feudalismo, la monarquia y los concejos; aquéllas propendiendo á establecer un gobierno central, y éstos á formar una nacion, dos cosas de que carecia el feudalismo. De aquí resulta que la importancia de estos dos siglos no consiste en grandes guerras, sino en aquellas luchas parciales de los concejos y de los feudatarios, en la contienda universal de los soldados con sus jefes, de los barones con sus vasallos, del despotismo con la libertad; á la par que los matrimonios, las confiscaciones, los actos de deslealtad, las escomuniones estrechan ó aflojan el vínculo nacional.

Ningun pais del mundo nos habia ofrecido hasta entonces el espectáculo notable de los largos y perseverantes esfuerzos de una raza vencida y sin nombre, consiguiendo al fin levantar cabeza, reformarlo todo, y cambiar no sólo los gobiernos sino tambien la organizacion social. La India conquistada y reconquistada conserva la gerarquia de sus castas, y el sudra como el paria gimen todavia en la pobreza y en el oprobio. La China arrastra á sus conquistadores á su puerilidad elegante. Los pueblos avasallados por los turcos continúan yaciendo en la servidumbre como el primer dia; y si algunos de ellos han sacudido el yugo, solo ha sido espulsando á los vencedores. La Persia ha venido á ser un caos en virtud de la superposicion de tantas razas diferentes. En la antigua Roma hemos seguido con interés los pasos de la plebe, arrancando sucesivamente á los patricios la comunicacion de los privilegios; pero aquellas eran dos naciones de fuerzas casi iguales desde el orígen, que ya bajo los primeros reyes habian reclamado y obtenido derechos: de consiguiente, se puede muy bien no ver en esto otra cosa que una prolongacion de la guerra de conquista, donde las familias plebeyas, que tenian entre los vencidos riquezas y una categoria, pretendian franquicias políticas.

Los concejos reclamaban una existencia civil y humana para todos los ciudadanos: éstos querian primeramente poder vivir como seres humanos, libres en los actos inocentes: luego pretendian tomar parte en la confeccion de las leyes concernientes á ellos.

Entonces los poseedores de las tierras cesan de constituir la nacion por sí solos, y la sociedad civil se halla compuesta de más numerosos elementos. Se dedican los feudatarios á conservar sus privilegios, es decir, el derecho sin límites de oprimir á sus súbditos. El rey aspira á formarse sobre ellos una existencia distinta, como lo era en su orígen.

Debajo y al lado de ellos procura el concejo emanciparse de los feudatarios con auxilio del monarca; y al mismo tiempo el clero vuelve á confundirse en el órden material de que tanto trabajo habia costado sacarle. La accion recíproca de estas diferentes fuerzas constituye la historia de estos siglos, en que todas las guerras provienen de reyes y de concejos que querian recobrar fracciones de territorio de los vasallos y de los feudatarios, sin esceptuar quizá la gran guerra de las cruzadas, en que el clero pide la consolidacion y la estension de la civilizacion nueva, creada bajo sus auspicios.

Esta tarea fué auxiliada por el renacimiento del derecho romano, no porque suministrara ejemplos ó preceptos de libertad, pues, al contrario, propendia á robustecer la tirania; pero el intrépido servilismo de los legistas que no tenian en cuenta los elementos nuevos suministrados por la conquista, humillaba los castillos levantando el palacio, y derribaba la barrera elevada entre el pueblo que obedece y el rey que hace las leyes y administra la justicia. Es un hecho notable de este tiempo la importancia de los hombres de ley, que sustituyéndose á los ejércitos, deciden del derecho en Roncaglia, discuten en Lion las prerogativas del imperio y de la tiara, y toman asiento en los tribunales en lugar del baron armado, haciendo pasar de esta manera la justicia á manos de la plebe.

De esta lucha de la libertad contra el despotismo nacen las constituciones, que son otro carácter de aquel tiempo, en que los gobiernos sustituyen el poder público á las voluntades particulares, y los pueblos la resistencia legal á la oposicion personal. Ya se ofrecen á nuestros ojos formas muy latas de libertades y franquicias. En Francia, los concejos son reconocidos por cartas reales; en Inglaterra obtienen de Juan Sin Tierra el derecho de elegir los aldermanes; en España poseen sus *fueros* con corregidores y alcaldes investidos de la jurisdiccion; en Italia se convierten en repúblicas; en Alemania, Federico I se vale de ellos como instrumentos para aumentar el poder real; pero ya hacen sombra á Federico II, quien trata de reprimirlos. En diferentes comarcas se aperciben los Estados de su propia existencia, y toman puesto en las asambleas. Estas subsistian antiguamente en Languedoc, á la sazon Luis IX las extiende á la Francia; y en breve Felipe el Hermoso (1302) convoca á todos los representantes de los concejos en sus provincias. En Inglaterra la Carta Magna asegura los derechos de la nacion, representada por el clero y la nobleza; luego en tiempo de Enrique II (1265) aparecen los diputados de los concejos, y bajo Eduardo I (1295) su voto se hace indispensable para imponer nuevas contribuciones: en Sicilia, Federico II (1231) llama á los diputados de las ciudades á las asambleas de los barones: en Alemania, bajo Adolfo de Nassau (1293), los diputados de las ciudades inmediatas tienen entrada en la dieta de los obispos y de los nobles: en España los concejos toman parte en las córtes de Aragon (1134) y de Castilla (1169).

El emperador es la clave de la bóveda del sistema feudal. Los papas que le han creado, velan porque no viole el pacto, cuya observancia ha jurado, y no atribuya á la casualidad del nacimiento, haciendo hereditaria una dignidad, lo que sólo puede pertenecer al mérito personal.

Habian dado sucesivamente emperadores las tres razas, franca, sajona y sueva: en cada una de ellas, los primeros fueron grandes guerreros y enérgicos soberanos: los últimos se inclinan más á la civilizacion y propenden á abusar de su fuerza. Oton y Enrique I se muestran héroes; pero los dos últimos Otones contraen vínculos de familia con los griegos y piensan en trasferir su residencia á Roma. Conrado el Sálico y Enrique III son los reyes más poderosos y más felices de la Germania; pero sus sucesores degeneran y agotan sus fuerzas en su lucha con los papas. Federico I, gran capitan con voluntad de hierro, restaura la dignidad imperial; pero Federico II, el rey más culto de la Edad Media, conduce al borde del precipicio tanto su casa como el Imperio; después recupera este vigor con Rodolfo y Maximiliano, pero bajo un aspecto más diferente, porque ya no se ocupa más que en el engrandecimiento de su familia. Todos los monarcas precedentes habian propendido, aunque por distintos medios, al encumbramiento del poder cesáreo. Los sajones dominan á nuevos bárbaros en su irrupcion amenazadora, y rigen como soberanos magnánimos al imperio. Aspiran los francones á hacerlo hereditario suprimiendo los derechos particulares de naciones, incorporando grandes ducados á los dominios de la corona, y queriendo convertir en feudales las dignidades eclesiásticas de donde nacen las guerras de las investiduras. Creen consolidarse los de Suabia haciéndose soberanos de la Italia, pero la disputa con los papas cambia entonces de carácter, y en ella se halla comprometida la independencia de Italia ó su servidumbre. Así la adquisicion de la Sicilia en vez de afianzar este poder, hace que infunda temores; y los pueblos permanecen indiferentes cuando el infortunado vástago de los Hohenstaufen perece sobre el cadalso, que le ha preparado la ambicion de su abuelo.

Roma era todavia el gran centro del movimiento, y á ella se remitian todos los intereses políticos de las naciones y los morales de la humanidad. La Iglesia se hallaba envuelta en una doble lucha. La era preciso romper los lazos con que los feudatarios la querian sujetar, y para ello tenia por auxiliares los reyes; pero como éstos trataron después de convertir su influencia en superioridad y someterla al capricho y á sus intentos políticos, tuvo tambien que combatirlos para conseguir su emancipacion. Los mejores jefes del Imperio desde Carlomagno hasta Rodulfo de Habsburgo intentaron poner en armonia la Iglesia con el gobierno exte-

rior, pero los medios de que se valieron no fueron siempre justos ni siempre oportunos. La guerra entre el cetro y el báculo pastoral consumia por espacio de siglo y medio las fuerzas que pudieran haberse empleado en el progreso de la sociedad; pero era inevitable el conflicto entre la materia y el espíritu. Además, la exageracion acostumbrada en los litigios y que hacia sobrepujar una parte á otra, acaloraba la lucha, mayormente cuando aun no se conocia la division entre la libertad política y la libertad religiosa, y ésta en su vaga inmensidad abrazaba todos los derechos, todas las esperanzas y el porvenir del hombre. ¿Quién hubiera podido decidir entre el jefe de la Iglesia, órgano de la república católica, y el jefe de los reyes, patrono de la cristiandad? La necia transacion que eligieron suspendió la guerra, pero á despecho de ambas partes, que perdieron la benéfica eficacia que ejercian sobre la civilizacion del mundo que hasta entonces caminaba asegurada, sin embargo en aquella contienda maduraron frutos que de otro modo habrian desaparecido, y se aclaró la idea del Estado del modo que hoy se comprende.

Pero políticamente Roma favoreciendo á la Francia quitó á los emperadores la unidad europea, y esta nacion les arrebató la espada que aquellos habian desenvainado contra los intereses de la Iglesia. Conociendo san Luis cuánto contribuiria al engrandecimiento de la Francia su union con el papa, consintió que su hermano Cárlos se casase con la heredera de Provenza, contra la voluntad de Federico II que estaba excomulgado, y aceptó la corona del reprobado Manfredo. Desde entonces se declaró la Francia por la emancipacion de los pueblos en la forma que en aquellos tiempos se entendia, esto es, libertad del sacerdocio é independencia de los pontífices.

Y nosotros siempre nos hemos complacido en demostrar cómo de los padecimientos resultan las mejoras, así como de los esfuerzos de la tirania el triunfo de la libertad. Los germanos para asegurar la tumultuosa independencia exterior eligen jefes que llegan á ser reyes y tiranos, los cuales para sujetar á los libres juntan á su rededor los que les eran fieles á fin de tenerlos obedientes á su voluntad; pero estos mismos se convirtieron en obstáculos que contrarestaron su omnipotencia. Para mantener las régias prerogativas y proteger al pueblo contra los abusos de los condes, se disputan por las provincias mensajeros señoriales, quienes usurpando parte del poder régio, se hacen hereditarios é independientes. El feudalismo que desmenuzaba el dominio, como ahora se desmenuza la propiedad, es la lucha en que siempre y por todas partes se encuentran los hombres que quieren vivir con su propio trabajo, con los que desean existir á costa del de los otros; pero en aquel siglo no se puede ya usurpar el dinero de los artesanos porque están unidos en maestranzas y conocen las ventajas de la union, así como aquéllos estudian los empréstitos y los otros medios de lucrar que proporciona la ciencia económica. Los libres, para dispensarse de servir en el ejército nacional y comparecer en las asambleas, se constituyen vasallos, se encuentran envueltos en todas las cuestiones privadas de su señor, son llamados á las córtes y estan sujetos á su voluntad. Los señores para eximirse de la responsabilidad en los juicios, dejan á los pares el derecho de fallarlos, y éstos llegan á ser un contrapeso á su poder; rehusan someterse al soberano, cuando no se halla asistido de los otros barones, lo cual introduce las apelaciones, que tanto amenguan su influencia en la justicia. El clero propaga los tribunales estables, y protege el saber y el exámen de los derechos; y aquéllos y éstos reducen á su debida medida la exhuberante autoridad del clero, apenas deja de estar en armonia con las necesidades de la sociedad. Los reyes para poder imponer mayores cargas convocan á los concejos, y con ello crean un tercer estado que templa en su mano el rigor del cetro é introduce las constituciones. Así germina el bien de aquella raiz de donde sólo se esperaban males; así las naciones mejoran con los padecimientos del individuo.

De consiguiente, cuando observamos con insultante desden á quellos siglos que nos hallaron siervos y nos dejaron hombres ¿no nos asemejamos á una persona que se olvida de su familia y de sus primeros años? Ahora encontramos aquellos recuerdos sin echarlos de menos, porque lo pasado ha cumplido su tarea, y porque el porvenir debe desarrollarse por él y no con él, no podemos prescindir de admirar á siglos tan llenos de vida, conmovidos alternativamente por la atronadora voz de Pedro el Ermitaño y de san Bernardo, por la armoniosa de los trovadores y de los sicilianos, por la atrevida de Abelardo y de los patarinos, por la grave de Anselmo, de Suger y de santo Tomás: á siglos en que se pueden enaltecer las hazañas de Barbaroja, de Ricardo, de Felipe Augusto, de Saladino, y bendiciéndolas, las de san Francisco, de Isabel, de san Luis; á siglos en que hallamos á un Descartes y á un Malebranche en san Buenaventura, á un Bacon de Verulumio en el monge del mismo nombre, á un Hume en Juan de Salisbury, á un Montesquieu en Egidio Colonna; á siglos en que surgieron grandes hombres, tales como Inocencio III, Gregorio IX y otros pontífices; Felipe Augusto y Felipe el Hermoso en Francia; Fernando III y Alfonso X en España; los Federicos en Alemania; Tomás Becket en Inglaterra; y donde quiera la fuerza popular que, más grande que los héroes, destruye y crea de nuevo, rompe las cadenas y funda las constituciones. Entonces toman nacimiento las cruzadas, la caballeria, la arquitectura, las lenguas, las letras; todo se rehace por completo: desde entonces comienza la verdadera historia de las artes y de las literaturas modernas, y la civilizacion se trasforma realmente del mundo antiguo en el nuestro.

Ha fijado su constitucion la Inglaterra, y ya no

tendrá más que desarrollarse. Abandonando el paganismo se someten á ideas de justicia pública y al arbitraje de un poder desarmado la Noruega, la Dinamarca, la Suecia, Polonia, la Hungria, la Estonia, la Prusia: reúnense á la iglesia latina la Armenia, la Bulgaria, la Servia, y por un momento ha cesado el cisma: la batalla dada en la llanura de las Navas de Tolosa, aniquila irrevocablemente á los moros en España, donde podrá prolongarse la lucha empeñada entre los guerreros de la Cruz y los del Coran, pero sin incertidumbre, y dejará á los españoles, no ya la falsa gloria de proezas consumadas por héroes fabulosos, sino la gloria real y efectiva de los esfuerzos hechos por una nacion generosa para reconquistar y asegurar su independencia. Francia, ora por medio de la escuela de París, ora por medio de su lengua y por sus espediciones, se pone al frente del progreso. Allí como en Inglaterra la unidad moral ha podido madurar de esta suerte y dar la unidad política por producto, á la par que en España, en Italia, en Alemania, ha sido retardada por circunstancias diferentes, que no han impedido, á pesar de todo, que allí asomen los tiempos de la grandeza nacional y del heroismo. Especialmente en Italia se multiplica la vida por la inmensa variedad de sus formas: allí existe una democracia toda de emulacion y de movimiento, que no abre el camino de los honores más que con el saber y la accion: con una aristocracia que, en su interés particular, agita todas las fuerzas sociales; pequeños señores batalladores que no conocen más que la fuerza; con pequeñas cortes elegantes y voluptosas, que acarician al saber y á las artes.

Esta prodigiosa actividad se manifiesta no menos en las concepciones del espíritu que en las acciones. Nunca se emprendieron tantas construcciones como en aquel tiempo: renacen las bellas artes á la misma época en Toscana, donde Cimabué, Guido de Siena, Giunta de Pisa, hermosean con sus pinceles, Nicolás y Juan de Pisa con el cincel, Andrés de Pisa con el bronce, los edificios levantados por Bono y por Arnolfo. Y si alguna vez han sido las artes espejo de las costumbres y de las ideas, fué especialmente en aquel tiempo, en que los edificios nos revelan el continente altanero de los grandes, así como las ambiciones de los concejos y la riqueza de los ciudadanos cultos, enriquecidos y libres y la laboriosa fe de los devotos.

Luchan entre sí dos literaturas, la antigua y la moderna; una suministrando las formas, otra los pensamientos. Todavia se emplea generalmente la lengua latina en los escritos serios, en la enseñanza, casi siempre en la historia. Sin embargo, á principios del siglo XIV tienen una literatura nacional siete lenguas europeas: el italiano, más pulido que los demás idiomas: el provenzal marchita sus precoces flores antes de llegar á madurez sus frutos: el español y el portugués repiten las canciones nacionales y escriben los estatutos: el francés, que se enriquece con las bellezas del romance y de los idiomas teutónicos: el inglés, que ya habia servido para los cantos del bandido y para las leyes del conquistador: el aleman, que sirve para celebrar á los antiguos héroes y para escribir los códigos de los sajones y de los suabios, y muy pronto el teólogo místico Juan Tauler (-1361), dominico de Estrasburgo, dará á la prosa la direccion en que la afianzará más tarde Lutero.

Así como en la actualidad se traducen todas las ideas en política y se aplican á problemas sociales más ó menos fecundos, del mismo modo la teologia era la forma general del pensamiento, Una literatura clerical pesada, aunque poderosa. pobre de ciencia, si bien rica de paciencia y de fe, ha educado al mundo en el arte del raciocinio. En adelante puede ya salir de los cláustros, su único refugio, contra las tropelias de los bárbaros, y hallar favorable acogida en el castillo del baron ó en las fiestas del pueblo, donde no se siente allí solo el hálito religioso: la imagínacion acariciada por la poesia, y no contenta con sus límites antiguos, con nuevos lenguajes, alterna entre cuatro mitologias, la caballeresca, la alegórica, la oriental y la cristiana. Son los *Niebelungos* completamente paganos: en el *Romancero del Cid* la religion es como para los griegos modernos, más bien un símbolo nacional que un sentimiento; pues el héroe se dirige á Roma, y allí en medio de San Pedro tira de la espada para intimidar al pontífice, y no vacila en ligarse con los reyes moros; por el contrario, domina en su texto la caballeria que, nacida de la asociacion del cristianismo con los afectos terrestres, elevados y purificados, se desliza hasta en los milagros y en los falsos evangelios, tiñéndolo todo con sus brillantes colores y llegando hasta consagrar la fuerza por medio del sentimiento, y el sentimiento por medio de la fuerza.

Tradiciones por largo tiempo escondidas como el gérmen debajo de la tierra, brotan por todas partes en las fantasias místicas del cláustro, en las aventuras ideales de amor y de fuerza, en las leyendas populares, en la poesia caballeresca. Por todos lados vibran cuerdas desconocidas hasta entonces: no son reminiscencias, sino graves voces procedentes del corazon, sentimientos de heroismo é impulsos hácia el cielo. Cuando los trovadores y los *minnesingers*, igualmente originales, celebran á los antiguos héroes, los disfrazan con trajes y sentimientos modernos. No tienen menos originalidad la sátira, el drama, el misterio; porque todavia no ha ocurrido pensar que el único mérito de una obra consistia en estar calcada sobre la de los antiguos. Se oia la nueva literatura bajo los naranjos de la Provenza, acompañando sus suspiros el laud de los trovadores, y resonaba entre las intactas encinas de la Suabia. Graciosos genios, benignas hadas y terribles gigantes poblaban los valles, los rios y los castillos, y armas encantadas y anillos mágicos llenan las leyendas seglares, mientras que las del claustro se mantienen

de milagros, y cada pais tiene su héroe, su santo y su poeta. Se celebra la España en el Cid á sí propia, la Bretaña en su rey Arturo, la Francia en Carlomagno, á quien por un sublime error atribuye las cruzadas: Gualtero de Wogelweide canta las damas y los amores, sobre los cuales tenderá un velo candidísimo Petrarca: Perceval y Tristan hacen suspirar á la Inglaterra, y en breve levantará Dante aquel espléndido edificio en que pusieron la mano el cielo y la tierra.

Algunas de estas literaturas empiezan á hacer sentir su influencia en las demás naciones. Las leyendas árabes inspiran el *Romancero*, como los serventesios de los trovadores tienen por eco las rimas sicilianas: colocada Francia en el centro, recibe de España y de la Bretaña las novelas, los romances, las epopeyas caballerescas para trasmitirlas á toda Europa. El amor, sentimiento que predomina en estas composiciones, se reviste, segun los diferentes pueblos, de variadas formas, sin evitar por eso la monotonia, que supera siempre á la riqueza de pensamientos. Sin embargo, es notable que en las creaciones de este tiempo no se vea aparecer sino muy raras veces lo terrible y lo trágico, que tan á menudo ofrecen en las aventuras de la época, la historia y la novela.

Todas estas literaturas nuevas y ajenas á la imitacion de los clásicos, revelan fuerza y riqueza en la imaginacion, calor y delicadeza en el sentimiento: se abandonan á las impresiones, á los hábitos, á las costumbres, á las preocupaciones contemporáneas, al carácter nacional y propio; pero en vano se buscaria allí la precision límpida de las ideas, aquella correccion de gusto que evita igualmente la bajeza; tampoco se encuentra allí la perfeccion de la poesía clásica, ni aun siquiera la habilidad de propender continuamente al fin propuesto.

Con efecto, en esto como en todas las cosas, hallamos la ausencia de lo bien acabado; en esto como en todas partes, hay hermosas concepciones, á veces grandiosas, si bien nunca son castigadas ni completas. Así nunca se realizó la arquitectura gótica en toda su perfeccion: nunca la filosofía cristiana llegó á su último desarrollo, como tampoco se vió la caballeria en su belleza poética, ni se efectuó la separacion exacta de los dos poderes y la unidad católica.

Pero un soplo de libertad se abre camino por todas partes: bajo su influencia nacen en Italia y en Flandes las artes, la industria, las repúblicas: en Inglaterra, en Escocia y en Francia, da el valor belicoso y el heroismo de la independencia: son reprimidas las guerras privadas, abolidas ó limitadas las jurisdicciones feudales: se establecen gremios de artes y oficios, todas las clases experimentan mejora en su suerte, se hace más cómoda la existencia, más honorífica y más moral; el clero posee la doctrina; la nobleza, el honor caballeresco; el pueblo, las franquicias y la industria: el pensamiento propende á tomar más independiente vuelo: se vulgariza la Biblia: las alegorías son interpretadas: es batida en brecha la escolástica, que presta armas á las más atrevidas cuestiones, hasta atacar la autoridad de los papas y la divinidad de los sacramentos: aguza la poesía sus saetas contra las personas y contra las cosas santas: se aparta la pintura de los tipos inmutables para adaptarse á las espresiones variables, la arquitectura levanta sus vértices á mayor altura que las humildes habitaciones de los hombres y las reguladas líneas de los antiguos: la alquimia y la astrología salvan las barreras del mundo visible para buscar fuerzas ocultas, interrogar las estrellas y desafiar la muerte.

De consiguiente, nos aproximamos á los tiempos modernos, y en adelante serán necesarios tres descubrimientos para asegurar los progresos de la civilizacion contra nuevas invasiones de bárbaros, y para suministrar los recursos de estenderse á lo lejos, á fin de que lo que antes era la familia, después la tribu, luego el dominio á los señores, y por último la hermandad de los concejos, llegue á ser primero la unidad nacional y después la civilizacion de Europa y del mundo.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

Invenntos capitales.—Caida del imperio de Oriente.—Constitucion de los reinos de Europa.—El gran cisma.—Desarrollo del comercio.—Renacimiento de las letras y de las artes.

CAPÍTULO PRIMERO

LA IMPRENTA, LA PÓLVORA Y OTROS INVENTOS.

El siglo en que entramos se señaló por inventos, que introducidos ó propagados entonces, cambiaron la faz del mundo. Diferiremos hablar de la brújula para el libro siguiente, y aquí nos ocuparemos sólo en hacer mencion de la imprenta y de la pólvora; debiendo recordar desde el principio que todos los inventos han tenido precursores, escepto el de los logaritmos.

Escribian los antiguos sobre cuero, en hojas de palmera, ó en el *liber*, es decir, en la segunda corteza de los árboles: más tarde se preparó papel, ora con las fibras del papiro, caña peculiar de Egipto, ora con la piel de la oveja, que se llamó *pergamino*, porque este invento tuvo lugar ó se perfeccionó en Pérgamo. Allí se trazaban los caractéres con puntas de caña aguzadas y mojadas en tinta; los hechos más importantes eran grabados en piedra, en madera, en metales (1). Para los usos cotidianos se servian de tablillas enceradas, sobre las cuales se trazaban las letras con un estilo aguzado, y cuyo estremo obtuso servia para borrar lo señalado. No se escribia en las hojas del papiro ó del pergamino más que por un lado, y enseguida se pegaban una á otra hasta que el libro estaba completo. Después se hacia un rollo *(volúmen)* que se prendia con un boton. Julio César es el primero que escribió al senado cartas por los dos lados del pergamino, y propagó el uso de plegarlo á la manera de nuestros libros (2).

Pulir las hojas con marfil, perfumarlas con aceite de cedro, iluminar y dorar las iniciales, la cubierta, los cortes y los broches, era el oficio de los esclavos, libreros ó gramáticos, de los cuales todo hombre rico tenia uno á su servicio por lo menos: otros lo ejecutaban libremente para venderlos.

Todo esto se hacia á la mano, y como á los er-

(1) Tácito *(Anales*, IV, 43) habla de un monumento histórico de los mesenios, anterior á la guerra de Peloponeso, escrito sobre una lámina de bronce. Censorino *(De die natali*, XXVIII) menciona actas públicas de los etruscos anteriores en mil y quinientos años á Jesucristo. Moisés de Corene (libro I, II), habla de columnas donde los antiguos reyes habian escrito las leyes, los tratados, los impuestos. Las superficies de las pirámides, las paredes de los palacios y de los sepulcros sirvieron como de páginas á los egipcios. Job (XIX, 24) deseaba que sus palabras fuesen trazadas sobre la piedra y el plomo. Los recientes descubrimientos multiplican los antiquísimos monumentos escritos.

(2) LAMBINET, *Historia de la imprenta.*
PANZER, *Annales typographici.*
SANTANDER, *Dicc. bibliog. del siglo* XV.
DIBDIN, *Antigüedades tipográficas.*
CHEVILLIER, *Orígen de la imprenta de Paris.*
PEIGNOT, *Historia de la vitela y del pergamino. Descripcion de las bibliotecas del siglo* III.
POUJOULAT, *Indagaciones sobre la conservacion de los autores profanos en la Edad Media.*
GERAUD, *Ensayo sobre los libros de la antigüedad, particularmente entre los romanos.*
DE VRIES, *Aclaraciones sobre la historia del invento de la imprenta.*

rores inevitables se juntaban aquellas variaciones caprichosas y casi instintivas que cada cual introduce en lo que copia, venian á ser los manuscritos sumamente incorrectos y diferentes. Aquellos que anhelaban poseer un texto verdaderamente castigado, lo trascribian por su propia mano, como lo hicieron algunos pocos gramáticos diligentísimos, ó algun doctor de la Iglesia, lo cual dió gran valor á ciertas ediciones de Homero y de la Biblia.

Escasez de libros.— Con el cristianismo el arte de la escritura pasó de los esclavos á los monjes, á consecuencia de la necesidad en que se encontraron de propagar los escritos, las discusiones y las homilias. Constantinopla, las islas del mar Egeo, el monte Atos, vinieron á ser otros tantos talleres de libros. San Benito impuso por obligacion á los religiosos de su órden el copiar: tambien se ejercitaron las monjas en este trabajo. Guignes, prior de la gran Cartuja, decia en sus estatutos: «Inmortal es la obra del copista, la trascricion de los manuscritos es la tarea que más conviene á religiosos letrados;» y añade: «Enseñamos á leer á todos los que recibimos entre nosotros, por el anhelo que tenemos de conservar los libros como eterno pasto del alma.» A menudo solicitaban los monges el derecho de caza á fin de proporcionarse pieles para la encuadernacion de los libros. Abbon, de San Benito junto al Loira, contaba más de cinco mil escolares y exigia dos volúmenes de cada uno de ellos. En 855, san Lupo, abad de Ferrières, envió á Italia dos monges para copiar el tratado *De oratore;* Alfredo el Grande hallaba tiempo para trascribir un gran número de obras. Boccacio copió de su puño la *Divina comedia*, que regaló á Petrarca, y además un Tito Livio. Cuanto poseíamos de la antigüedad nos ha llegado casi esclusivamente por conducto de los monges. Habria, pues, tanta ingratitud como ruindad en lamentarse de que se complacieran en copiar á los santos Padres y las obras teológicas, con preferencia á los autores clásicos. Sea como quiera, no cabe duda en que de los escritores encomiados por más eminentes entre los antiguos, quizá no nos falta ninguno, y poseemos lo mejor que salió de sus plumas. Cierto es tambien que desde antes de la caida del imperio de Occidente, algunos de ellos se habian hecho ya muy raros: tal fué Aristóteles, por ejemplo, de cuyas obras quedó un ejemplar únicamente (3); tal fué asimismo Tito Livio y otros varios. Se consideraba como un trabajo muy meritorio hacer de ellos estractos y compendios, á ejemplo de Floro, de Justino, de Plinio, de Constantino Porfirogénito y de otros compiladores; per la facilidad que proporcionaba este género de obras tuvo por efecto que se cuidara menos de los originales, de que se habia sacado lo bueno y más escelente: de aquí resultó que se perdieron muchos de ellos.

(3) Véase la nota 33.ª del Cap. XXII del Libro III.

Así, pues, la ruina de los autores clásicos empezó mucho antes de los bárbaros, quienes con sus guerras y sus incendios aumentaron el número de estas pérdidas: luego el celo de ciertos sacerdotes por las buenas costumbres que dejó á otros condenar, les indujo á aniquilar algunas obras escandalosas é inmorales. Era difícil traer papiro de Egipto, y después fué de todo punto imposible cuando los árabes ocuparon aquel territorio. El pergamino, cuyo precio era muy subido, se encareció entonces escesivamente (4). Entonces se recurrió á un espediente conocido por los antiguos, y fué el de borrar los caractéres anteriormente trazados, para sustituirlos con otros nuevos (5). Un buen monge, para quien un antifonario, una coleccion de oraciones, un tratado de la confesion, tenian estremada importancia, no vacilaba en proporcionarse pergamino, y en borrar de allí ora la *República* de Ciceron, ora el Código Teodosiano, para escribir otras cosas, y esto con tanto derecho como el que nos asiste para hacer lo contrario.

Notas.—Servíanse los antiguos de letras mayúsculas sin puntuacion: posteriormente la necesidad de ir más de prisa les hizo achicarlas, lo cual produjo el carácter minúsculo. Por la misma razon se introdujeron ciertas abreviaturas ó notas (6), cuyo número ascendió hasta cinco mil, y por su medio podian los *notarios* seguir el discurso del orador, por muy rápido que fuera: Empleáronse los notarios en un principio en recoger las decisiones del senado y de las asambleas públicas, ó la última voluntad de los moribundos. Luego el título de notario designó á todo el que tenia por oficio poner por escrito cualquiera determinacion que interesara á la fe pública. Sin embargo, los verdaderos caractéres

(4) Se continuó escribiendo las actas públicas en papiro mientras lo hubo. La más antigua acta en pergamino que existe en Italia es la de 784, por la cual Felix, obispo de Luca, confirma al monasterio de San Fridiano de esta ciudad la donacion de Faulon.

(5) Se les llama palimsestos (πάλιν ψηστὸς, *raspados de nuevo*). En el tomo III hemos hecho ver que entre los antiguos habia esta costumbre. El primer palimsesto fué descubierto en Francia en la Biblioteca del Rey en 1692: era un manuscrito de las obras de San Efren.

(6) Plutarco *(in Cat.)* atribuye á Ciceron la invencion de ellas en la época de la conjuracion de Catilina. Escribiendo Ciceron á Atico, libro XIII, le dice: «Quizá no habrás entendido esta cosa porque se hallaba escrita διὰ σημείων por signos.» Otros presentan como autor de ellas á Tiron, su liberto, lo cual hizo que recibieran el nombre de notas *tironianas*, y Dion Casio asegura que Mecenas las hizo publicar por Aquila, su liberto. Entre los más célebres taquígrafos antiguos se cuentan Perunio, Pilargio, Pannio y finalmente Séneca. San Cipriano añadió á aquellas notas otros signos, acomodándolo todo al uso de la religion. Prudencio dice en el himno de san Casiano:

Verba notis brevibus comprendere cuncta peritus,
Raptimque punctis dicta præpetibus sequi.

Orígenes, san Agustin, san Gerónimo hablan de los taquígrafos.

taquigráficos cayeron en el olvido hasta tal punto, que un salterio escrito de este modo, encontrado por Tritemio en Estrasburgo, fué registrado en el catálogo como salterio en lengua armenia.

Caractéres.—Ya en tiempo del Imperio los caractéres habian tomado en las inscripciones una forma oblonga y sin elegancia, como puede verse en los muros de Pompeya, en las cavernas de Roma, en las catacumbas cristianas y en las otras inscripciones que nos quedan de los tiempos oscuros. Sin embargo, se continuó empleando hasta el siglo XII las letras redondas, aunque desfiguradas; pero al mismo tiempo que el gusto gótico se introducia en la arquitectura, los caractéres contraian los contornos angulosos de las letras alemanas: luego se les cargó de perfiles y rasgos, uso que duró hasta fines del siglo XV en que cobró vida la buena caligrafia. Una gran variedad de caractéres nos ha sido indicada por su nomenclatura (7). Posteriormente en el año 1300 don Jacobo de Florencia, monje camaldulense, es citado como el mejor escritor en letras romanas que haya existido antes ni después, de tal manera, que su mano fué conservada en un tabernáculo.

Miniaturas.—Fray Silvestre no fué ménos hábil en iluminar los libros, que Jacobo en copiarlos. El lujo de las miniaturas empezó en el curso del siglo IX, y su estudio es indispensable para los que quieran profundizar la historia de las artes, el cual hizo tantos progresos, que un libro vino á ser un resúmen de todas las bellas artes; poesia y retórica para componerlo, caligrafia para copiarlo, pintura para iluminarlo con carmin, y azul de ultramar y oro, peleteria para preparar su cubierta, cinceladura para adornarlo, orfebreria para engastar allí piedras, y por último, dorado para pulir los cortes. Y no se crea que esto fué solo lujo de los grandes: Daniel Merlac, escritor inglés del siglo XII, describe escolares ignorantes, que sentándose con grande aparato en las escuelas, hacian que se colocaran delante de ellos, sobre dos ó tres tablas, inmensos volúmenes todos brillantes de oro (8).

Precio de los libros.—Fácilmente se concibe que libros escritos á la mano y sobre una materia de tanto precio, debieron subir á enormes sumas. En las ciudades donde existian escuelas habia copistas. En el siglo XIII contaba Milan cincuenta de ellos: Paris y Orleans tuvieron hasta diez mil: más de seis mil Oxford, Cambridge y Lóndres; y sin embargo, apenas daban abasto á la aficion creciente de continuo á los estudios y á las controversias. En 1334 prohibió la universidad de Bolonia á los escolares llevarse los libros fuera sin una autorizacion revestida con el sello de los ancianos, de los cónsules y de los defensores del haber (9). Varios de los catálogos que se hallaban de manifiesto en casa de los libreros, y las tarifas decretadas por las universidades, nos dan á conocer algunos de los precios (10); pero es imposible calcularlos de una manera precisa, en atencion á que frecuentemente se aumentaban por las miniaturas.

Tantos libros dispersaron en Francia las devastaciones de los normandos, que Daunou (11) afirma que en el siglo XIII un libro en folio valia cuatrocientos ó quinientos francos de hoy. A las anécdotas conocidas referentes al precio de diversos libros añadamos otras que no lo son tanto. Inés, esposa de Godofredo, compró en el siglo XIII á un obispo llamado Martin una coleccion de homilias, que pagó en cien ovejas primero, además de un modio de trigo, uno de centeno y uno de miel; luego otras cien ovejas y después algunas pieles de martas, por último, cuatro libras en dinero (12). Godofredo de Saint-Léger, *clérigo librero*, en 1332, declara ante notario haber vendido, cedido, trasferido, bajo hipoteca de todos sus bienes, y bajo fianza hasta de su cuerpo, al señor Gerardo de Montaigu, por cuarenta libras parisies, el *Speculum*

---

(7) En el catálogo de los libros dejados por el cardenal Guala de Bichieri al monasterio de San Andrés de Verceli, encontramos una biblioteca (es decir, una Biblia completa) en letras parisienses, cubierta de púrpura y adornada con flores de oro, con iniciales de oro igualmente: otra en letras boloñesas, cubierta con cuero rojo: una en letras inglesas: otra pequeña preciosa en letras parisienses, con mayúsculas de oro y adornos de color de púrpura; el Exodo y el Levítico en letras antiguas: los doce Profetas, en un tomo, en letras lombardas: las *Morales* del bienaventurado Gregorio, en buenas letras aretinas antiguas, etc. FAVA, *Gualæ Bicherii card. vita*, pág. 175.

(8) Ap. VOOD, *Univ. Oxon.*, ad. 1189.

(9) GHIRARDACCI, II, 117.

(10) El padre Sarti *(de Prof. Bonon,* p. II, pág. 214) ha publicado un catálogo de libros con el precio á que se vendian en Bolonia: *Lectura domini hostiensis* CLVI *quinterni taxati libr.* II, *sol.* X, etc., etc. Por copiar el *Inforciato* se pagaban veinte y dos libras de Bolonia, que valian dos florines de oro; por la Biblia ochenta. Un misal adornado con letras doradas y con pinturas costó en 1240 más de doscientos florines *(Ann. Camald.* vol. IV, pág. 384. Chevilier ha publicado otras tarifas. Una de 1303 dice lo siguiente:

		Sueldos.	*Dineros.*
Bruno in Matthæum, páginas	57	1	»
id. in Marcum, —	20	0	17
id. in Lucam, —	47	3	6
id. in Johannem, —	40	2	10

Un catálogo de la Sorbona, en 1202, cuenta mas de mil volúmenes, tasados todos juntos en 3,812 libras, 10 sueldos y 8 dineros. Son precios módicos; además un *Digestum vetus* fué vendido en Pisa por diez y seis libras (127 pesetas). En 1279 se copió en Bolonia una Biblia por 80 libras (435 pesetas). Esto es lo que hace decir á Savigny *(Historia del derecho romano,* c. XXV, párrafo 220) que los libros no costaban muy caros, salvo las miniaturas y las encuadernaciones.

(11) *Historia literaria de la Francia*, t. XVI, pág. 35.

(12) *Ann. Benedictini*, IV, pág. 475.

historiale in consuetidinis parisienses (13). Hácia el año 1392, Alazasia de Blevis, baronesa alemana, legaba á su hija, á título de dote, ciertos libros que contenian el *Corpus juris* en hermosos caractéres, recomendándole que no se casara más que con un hombre de toga, capaz de apreciar aquel rico y magnífico tesoro (14). El obispo de Vence legó todos sus bienes á los canónigos de san Víctor de Marsella, á escepcion de un breviario, cuyo valor debia ser empleado en la adquisicion de buenas tierras. (15)

Este elevado precio se sostuvo todavia más tarde. Con efecto, Luis XI supo que la facultad de medicina de París poseia un escrito del médico árabe Rases; mandó al presidente Juan de Driesche que empeñara su plata para lograr que se sacara una copia de su texto, y Alfonso V de Aragon escribió desde Florencia á Antonio Pecatelli de Palermo, para informarle de que Poggio tenia en venta un Tito Livio por ciento y veinte escudos de oro: y Pecatelli vendió una alqueria para comprar el manuscrito, y Poggio compró un dominio con el dinero que sacó de esta venta.

Bibliotecas.—De consiguiente las bibliotecas de la época debian ser muy poca cosa, y los reyes y los papas escaseaban tanto de libros, como un monacillo de nuestros dias. Sin embargo, algunos habian podido reunirlos en número considerable. Cítanse con elogio las bibliotecas de San Mauricio en el Valés en 518: de Tours en 740: de Fontenelle en 756: de San Dionisio en 784: de la isla Barbe, cerca de Lion, poco tiempo después: de la abadia de Ferrieres en 850: de Prum, cerca de Tréveris y del capítulo de Lisieux en el mismo siglo: las de Cluny y del monte Casino son los más célebres que poseyeron las dos órdenes de San Benito y de Cluny. Se conservahan especialmente en Italia, y allí las buscaban las personas estudiosas; particularmente en Roma y en los conventos renombrados, como la Novalesa, la Cava. Halláronse los *aforismos* de Hipócrates en la abadia del Bec. Tichsen (16) ha dado á luz una carta del archivo Hildense, en que el obispo Brunon regala en 1153, por el bien de su alma, gran número de libros, ascéticos en su mayor parte. Después del siglo XII las bibliotecas empezeron á ser más numerosas. La de San Luis contaba unos mil trescientos volúmenes: la Sorbona poseia mil en 1292. Carlos V de Francia reunió una en el palacio del Louvre que contenia novecientos veinte manuscritos, la mayor parte *historiados* con hermosas pinturas. Ocupaba dos pisos de la gran torre; los libros encuadernados en madera y cubiertos de terciopelo ó de becerro estaban colocados horizontalmente en los estantes, y como eran grandes y pesados, se les ponia para leerlos en atriles giratorios de tres ó cuatro cuerpos. Gilles Malets, que fué su primer bibliotecario, nos ha dejado el catálogo de ellos. En 1419 fueron comprados por el duque de Beaufort, hermano de Enrique V de Inglaterra, por el precio de 1,200 libras esterlinas, luego rescatados en parte por Luis XI á costa de 2,420 escudos. En 1241 la abadia de Glastonbery tenia la biblioteca más importante de Inglaterra, compuesta de cuatrocientos volúmenes, entre los que habia un Tito Livio, un Salustio, un Lucano, un Virgilio, un Claudiano. Decíase que una iglesia sin biblioteca era como una ciudadela sin municiones.

Son muy encomiadas las bibliotecas musulmanas; pero las relaciones que de ellas se han hecho se resienten de exageracion oriental acaso. Vadiky, historiador de Bagdad al principio del siglo IX, necesitó ciento veinte camellos para trasportar la suya: el famoso visir Ibn Abad, á fines del siglo X, tenia ciento catorce mil volúmenes; el califa español Al-Mostanser al Hakem, en Córdoba, ciento catorce mil. En 1109 los cruzados quemaron la biblioteca de la academia de Trípoli en Soria, que constaba de tres millones de volúmenes; en 1183 Saladino, cuando tomó á Amid en Mesopotamia, regaló á su secretario la biblioteca compuesta de un millon y cuarenta mil volúmenes: un millon y cien mil contenia la de los últimos Fatimitas en el Cairo; el penúltimo califa abasida estableció en Bagdad un colegio, proveyéndole de 80,000 volúmenes, cuyo número creció en lo sucesivo hasta el punto de que cuando los mongoles tomaron aquella ciudad, formaron, arrojándolos al Tigris, un dique, por encima del cual se atravesaba el río á pie ó á caballo. Que lo crea quien quiera (17).

De todas partes se alzaban unánimes voces para lamentarse de la incorreccion de las copias; incorreccion que iba en aumento á medida que se generalizaba el gusto por la lectura. Petrarca esclamaba: «¿Quién sugerirá un remedio eficaz á la

(13) JACOBO DE BREUL, *Teatro de las antigüedades de Paris.*

(14) NOSTRADAMUS, *Crónica de Provenza.*

(15) Existe un inventario de los bienes del obispado de San Martin de Luca, en el VIII ó IX siglo. La biblioteca de este obispado consistia en: *Eptaticum vol.* I.—*Salomon vol.* I.—*Machabeorum vol.* I.—*Actus Apostolorum vol.* I.—*Prophetiarum vol.* I.—*Librum officiorum vol.* I.—*Dialogorum vol.* I.—*Vita. Ezechiel. vol.* I.—*Omeliarum vol.* I.—*Commentarium super Matthæum vol.* I.—*Commentarium aliud... vol.* II.—*Ordo ecclesiasticus vol.* I.—*Rationes Pauli vol.* I.—*Antiphonarium vol.* II.—*Psalterium vol.* I.—*Vita sancti Martini vol.* I.—*Vita sancti Laurentii cum memoria sancti Fridiani vol.* I.

(16) Memorias de la Academia de Gottinga, 852.

(17) Véase tambien á QUATREMÈRE, *Sobre la aficion de los orientales á los libros.* La verdad es que hoy dia hay poquísimos en Oriente, y segun Fraehr, las bibliotecas de Constantinopla tienen 1,000 1,500 y á lo más 5,000 volúmenes; las dos del serrallo ascienden á 15,000; la de Tippu Saib, saqueada por los ingleses en 1799, poseia 2,000 manuscritos árabes, persas é indios.

ignorancia y á la vileza de los copistas que echan á perder y lo truncan todo?... No me quejo de la ortografía perdida hace ya mucho tiempo... Confundiendo estas gentes los originales y las copias, después de haber prometido una cosa, escriben otra del todo diferente, de tal manera, que no reconoceis lo mismo que habeis encargado. ¿Pensais quizá que Ciceron, Tito Livio y otros ilustres antiguos, especialmente Plinio el Jóven, entenderian por sí propios, haciéndose leer, si hoy resucitaran, sus propios escritos? ¿No los creerian más bien, vacilando á cada pasaje, unas veces obras ajenas, y otras obras de los bárbaros?» Más lejos añade: «No hay freno ni ley para estos copistas elegidos sin exámen y sin prueba alguna; al par que semejante libertad no existe para los herreros, para los labradores, para los tejedores, para los demás artesanos.» (18)

Papel.—Cuando se reanimó la aficion á los estudios, se conoció más vivamente la necesidad de alguna sustancia que pudiera suplir al papiro y al pergamino, y se encontró. Atribuyen los chinos al primer emperador de la dinastía de los Han, 202 años antes de Jesucristo, el honor de haber hallado el modo de hacer el papel de bambú, de paja, de capullos del gusano de seda, de corteza de morera, y hasta de trapo viejo molido. Su hermoso papel, que llamamos papel de seda, está hecho de la segunda corteza del bambú, y mientras nosotros aun no hemos podido igualarlo, ellos lo poseian hace mil años y daban al papel para los decretos imperiales aquel rojo vivo á cuyo lado la cochinilla parece empañada. La rareza de las comunicaciones fué causa de que no se divulgase este precioso descubrimiento. Sin embargo, penetró en los paises dependientes del imperio chino, y principalmente entre los tártaros, que establecieron en Samarcanda una fábrica de papel, en que se empleaba el algodon crudo y mal molido. Eran desconocidas las pilas hidráulicas, y no se podian obtener más que hojas demasiado gruesas. Los árabes que tuvieron conocimiento de estas manufacturas en su espedicion á Bucaria, las trasladaron á Septa y á Ceuta, desde donde pasaron á España con el cultivo del algodon. Los españoles cristianos adaptaron á ellas los molinos de agua, emplearon con preferencia el trapo viejo, é inventaron las rejillas para hacer que la pasta escurriera prontamente el agua. Las fábricas de Játiva, de Valencia, de Cataluña y de Toledo, suministraron á la España el primer papel con el nombre de *pergamino de paño* (19).

No hay conformidad en la época en que se sustituyeron el lino y el cáñamo al algodon, y quizás no se llevan diferencia. Al formar Casiri el catálogo de la biblioteca del Escorial, advierte que la mayor parte de los libros están en papel de trapo, y los llama *chartaceos*, á diferencia de los papeles de piel y de los de seda. Ahora bien, en el número 787 cita los Aforismos de Hipócrates: *Codex anno Chr.:* 1,100 *chartaceus*, y no se detiene allí de otro modo, aunque éste sea el primer ejemplo; de donde se podria deducir que el papel de trapo ya estaba en uso antes del siglo XII. Pedro de Cluny, en su tratado contra los judios. habla de los libros *ex pellibus arietum, hircorum vel vitulorum, sive ex biblis vel juncis orientalium paludum, aut ex rasuris veterum pannorum, seu ex alia qualibet forte viliore materia compactos.* El manuscrito más antiguo sobre papel de algodon, de fecha cierta que existe en la Biblioteca Real, en Paris, es de 1050, y sobre papel de lino, de 1308, aunque otros los han supuesto anteriores.

Hay quien sostiene que siempre el papel se hizo con retazos de telas, ya fuesen de lino ó de algodon. Sea como quiera Cortusio se engaña cuando refiere al año 1340 la invencion del papel de lino, que llama papiro, á diferencia del papel de algodon (20). Y Pace de Fabriano, á quien se atribuye su mérito, no hizo quizá más que trasladar á Padua este género de manufactura, ya floreciente en Fabriano, en la Marca de Ancona. Otros han afirmado tambien sin el menor fundamento que la república de Florencia habia otorgado grandes privilegios á los habitantes de Fabriano para determinarlos á que establecieran fábricas de papel en Colle di Val d'Elsa, donde en un documento de 6 de marzo de 1377, se lee que alquiló por veinte años una cascada á Miguel de Calo, de Colle, con canal, habitacion, y *gualcheriam ad faciendas cartas*, la cual estaba alquilada anteriormente á Bartolomé de Angel de la Villa (21).

---

(18) *De rem utriusque fort.*, lib. I, dial. 43. Nicolás de Clemangis se quejaba de igual modo (Epistolas, t. II, 306): *Surrexerunt scriptores quos cursores vocant, qui rapido juxta nomen cursu properantes, nec per membra curant orationem discernere, nec pleni aut imperfecti sensus notas apponere; sed in uno impetu, velut hi qui in stadio currunt... ut vix antequam ad metam veniant, pausam faciant...*

(19) El acta más antigua sobre papel de algodon en Italia es de 1145: hízose en Sicilia; contiene concesiones del rey Roger II al abad de San Felipe de Fragola. El diploma en griego, de 1192, que existe en los archivos de Reformaciones de Florencia, y por el cual el emperador Isaac el Angel admite á los pisanos á la paz con las tierras de Romania, está en papel de algodon.

(20) *En* 1340 *se hicieron la multitud de todos los santos y el taller de paños, lanas y papel de papiro: de cuyo trabajo de papel de papiro, el primer inventor de Padua y de Treviso, fué Pace de Fabriano, que por la salubridad de las aguas residió la mayor parte de su vida en Treviso.* En 1318 promete un notario no otorgar actas en papel de algodon ni hojas en que se hubiera raspado otras escrituras. En 1331 se compromete otro notario á no escribir en dicho papel ni en el *papiro*. El senado veneciano decretó en 1336, que por bien del arte del papel que se hace en Treviso, y que es de gran utilidad á nuestro concejo, no se puedan llevar de ningun modo trapo para papel *(stratie á cartis)*, de Venecia á otras partes más que á Treviso.»

(21) En el *Arch. Dipl. de Florencia*, documentos del concejo de Colle, ap. REPETTI.

Este papel era más propio para la escritura cursiva que para los caractéres cuadrados, de modo que decayó la caligrafia al tiempo que se hacian faciles las copias. Empleado en un principio para las cartas y para las actas, no contribuyó á la difusion de las doctrinas hasta el siglo XIV, cuando se sirvieron de él para copiar los libros, tarea á que se dedicaron especialmente los benedictinos, los premonstratenses, los religiosos del Cister, los cartujos y los monjes del monte Atos.

Como acontece que cuanto más se sabe más se desea saber, se aumentó entonces la sed de los conocimientos: además una condicion vital de la sociedad, es que los descubrimientos lleguen precisamente cuando se tiene necesidad de ellos para tomar un nuevo vuelo. De consiguiente, entonces el gusto á la literatura clásica empujaba á la investigacion apasionada y á la reproduccion de sus libros, y cuando las grandes controversias de los reyes y de la Iglesia hacian multiplicar los escritos, se vió entonces asomar la más admirable de las artes modernas: la imprenta.

Imprenta.—Dispútase tambien acerca del inventor. Parece que los chinos la conocian desde muy antiguo, y segun Klaproth, en 932 se propuso á la Academia revisar los King y grabarlos en planchas de madera, para imprimirlos y venderlos. Pero en la *Enciclopedia china*, al hablar del año 593, se lee: «El octavo dia del XII mes del XIII año de Uen-ti se decretó recoger los diseños viejos y los textos inéditos, y grabarlos en madera, á fin de publicarlos.» (22) Con la enorme cantidad de signos de que se compone el alfabeto chino, se necesitaria efectivamente una inmensa caja y un compositor de brazos desmesurados para emplear los procedimientos usados entre nosotros. Un escribiente copia exactamente la obra; esta copia es aplicada al revés sobre planchas de madera; la trasparencia del papel permite calcarlos allí, y cuando son arrancadas las hojas, se incrusta en hueco lo que ha quedado en blanco. Terminada esta operacion se imprime por un solo lado. El prensista tiene un cepillo en cada mano, dando tinta á las formas con uno de ellos, y estendiendo y batiendo con el otro el papel, cuya gran finura no podria resistir al peso de una prensa, éste embebe la tinta de los caractéres sin haber sido mojado. Para algunas obras efímeras, como la Gaceta de Canton, por ejemplo, se hace la estereotipia, sobre una materia blanda. En el *Libro rojo*, que corresponde á nuestros *almanaques reales*, y que conteniendo los nombres de todos los funcionarios del imperio, es reimpreso cada tres meses, estos nombres son de caractéres movibles, para que puedan cambiarse en caso de necesidad. Una obra en tres ó cuatro tomos comunes se paga en menos de tres pesetas.

La impresion estereotípica era tambien conocida en Europa; pero no para obras literarias, sino para cosas de mera diversion (23), como los naipes. Las primeras manufacturas de esta clase se establecieron probablemente en Venecia, que concedia, en 1441, un privilegio, en atencion á que *el arte de hacer los naipes y las figuras pintadas estampadas se habia estinguido casi totalmente* y por el gran número que se introducian del extranjero. Imprimiéronse del mismo modo imágenes de los santos (24), añadiendo oraciones y leyendas, hasta que Lorenzo Coster, de Harlem, sacó páginas enteras de texto; en su consecuencia algunos le atribuyen la invencion de la imprenta (25). En efecto, existen libros impresos de esta manera entre 1400 y 1440, tales como una gramática de Donato, que otros sostienen, no obstante, no ser estereotípica: la Biblia de los pobres: la historia de san Juan Bautista y el *Speculum humanæ salvatio-*

(22) Véase á REMUSAT, *Journal des Savants*, 1818 Noviembre, 1820 Setiembre, 1821 Octubre. Estanislao Julien, en una memoria dirigida á la Academia de Ciencias en 1847, donde comprueba la fecha de muchos descubrimientos en los libros chinos, aduce el pasaje que hemos citado y añade que en el Tsi-Kou-lo se lee lo siguiente: «En el XI mes del III año del período Chun-boa (993), el emperador Tai-tong mandó grabar en piedra y reproducir por medio de la estampa todos los autógrafos de los personajes más ilustres de las dinastias de los Chang y de los Cheu.» Ni aun los misioneros habian advertido esta clase de impresion en piedra. Dícese después que entre los años 1041 y 1048, un herrero inventó tablillas con caractéres movibles, formadas de una pasta de tierra, que luego hacia cocer; enseguida colocaba los caractéres en un marco de hierro, comprimiéndole y dándole consistencia por medio de la cola: estos se distribuian por su órden en cajetines. En 1662 los misioneros persuadieron á Kang-hi que mandase hacer doscientos cincuenta mil tipos movibles de cobre para estampar una coleccion de seis mil tomos. Desde 1776 se imprime en el palacio imperial de Pekin con caractéres movibles, que se obtienen mediante punzones y matrices. Hacen los punzones de madera dura, cada uno de los cuales cuesta de 5 á 10 céntimos, y con ellos abren las matrices en una especie de pasta de porcelana que se cuece, y en la cual se funden los caractéres con una mezcla de plomo y zinc.

(23) Los romanos tenian tambien estampillas (se han encontrado varias en Pompeya) para marcar los panes y las vasijas con el nombre del fabricante.

(24) La incision en madera reputada más antigua, es el San Cristóbal, bajo el cual está escrito:

Xtophori faciem die quacumque tueris
Illa nempe die morte mala non morderis.
milessimo CCCXX *tertio.*

(25) A este Lorenzo Jansson Coster, es decir, sacristan, se atribuye la invencion de la imprenta por JUAN SEIZ MEERMANN, *Origines typographiæ*, Hagœ Comitum, 1765, y por KONING, *Verhandeling over de initvinding der Boekdrukkunst*, Harlem, 1816; pero ultimamente hasta la existencia de aquel personaje parece dudosa. Las crónicas de Feltre suponen que Panfilo Castaldi, humanista de esta ciudad, enseñase en 1456 á Faust, su discípulo, á sustituir á las tablillas estereotípicas los caractéres movibles. Véase nuestra *Historia de los italianos*.

nis, en sesenta y tres hojas á dos columnas, impresas sólo por un lado.

Pero mientras que el espíritu estacionario de los chinos se detenia en este punto, el progresivo de los europeos se ocupó en sustituir á las planchas caractéres movibles, y se dió principio por grabar sobre madera; pero no se pudieron obtener líneas iguales y páginas uniformes sino cuando se hicieron caractéres de metal. Esta operacion, que constituye el verdadero mérito del descubrimiento, se debe á Juan Guttemberg (1400-68), «de la noble casa de los Sulgeloch (ó Sorgenloch), en Maguncia, é instruido en todo arte patente y oculto.» Fundó una imprenta en Estrasburgo, donde era senador noble *(constofler)*; después, como reveses de fortuna le impidieron continuar en esta ciudad el ejercicio de su arte, el platero Juan Faust le procuró los fondos necesarios para establecer una imprenta en Maguncia. Pero lejos de prosperar allí, fué expropiado jurídicamente (1450), y su imprenta adjudicada al capitalista: pero Guttemberg estableció otra, é imprimió mientras vivió, aunque su nombre no aparezca en ningun libro.

Faust tomó para regentar la imprenta de que se habia hecho propietario, á Pedro Schöffer, mancebo de Gernsheim, que sustituyó al plomo un metal más duro, y encontró la tinta aceitosa propia para este uso. Hizo aun más, inventó los punzones, lo cual permitió fundir los caractéres por medio de matrices, en lugar de grabarlos uno por uno (26). La Biblia llamada Mazarina de la biblioteca en que se halló, parece ser el primer libro impreso con caractéres movibles; es de 1450, de 1452, ó con más probabilidad de 1455. Algunos ejemplares de la Biblia están en pergamino; la tinta es hermosa, y los caractéres, aunque no siempre sean uniformes, son de buena forma. Existe un opúsculo en cuatro hojas de 1454, que contiene una exhortacion á la guerra contra los turcos, con indultos de Nicolás V (27); después un almanaque de 1457. En este año, habiéndose hecho ya más seguro el arte, Faust y Schöffer imprimieron en pergamino, con caractéres grabados y no fundidos, un salterio, en cuyo fin dicen que no ha sido escrito con pluma, sino por medio de una ingeniosa invencion. En efecto, los primeros textos pasaron por manuscritos, con gran admiracion de los que encontraban las copias tan conformes una con otra; porque el secreto del arte se conservaba con estremado cuidado, comprometiéndose con juramento los obreros á no revelar nada. Sin embargo se supo. Habiendo sido tomada Maguncia en 1462 por Adolfo de Nassau, los obreros se dispersaron, y establecieron en otras partes tipografias. Ya antes de esta dispersion existia una en Bamberg, donde Alberto Pfister habia impreso una Biblia latina, y en 1461 las *Fábulas* de Bonner, primer libro impreso en lengua alemana. Formáronse después imprentas en Colonia en 1464, en Ausburgo, en Estrasburgo, luego en otros paises (28), con tal rapidez, que muy pocas invenciones se propagaron tan en breve.

---

(26) LEON DE LABORDE.—*Nuevas indagaciones sobre el orígen de la imprenta en Estrasburgo*, recapitula de otra manera que como se hace comunmente, es decir:

1400. Descubrimiento de la imprenta por plateros, en los Paises-Bajos.

1400-1425. Es aplicada en los Paises Bajos á imprimir en relieve figuras con inscripciones, ó figuras con el texto. Las primeras ediciones de las *Biblias de los pobres* son flamencas.

1425-1480. La Alemania copia en madera los libros de imágenes salidos de los Paises Bajos.

1420-1430. Coster emplea en Harlem los caractéres movibles.

1430-1436. Fúndense caractéres en metal.

1435. Un *Donato* impreso en Holanda con caractéres movibles en madera, cae en manos de Guttemberg, que adivina el procedimiento, aunque estraño á este arte; forma en Estrasburgo una sociedad para imprimir con caractéres de madera, y hacer una Biblia en fólio en dos columnas, por entregas de cuatro hojas.

En 1439 se verifica el procedimiento que, unido á la enormidad de gastos, separa á Guttemberg de su empresa, no habiendo sido impreso nada en Estrasburgo, segun parece, hasta 1466.

1440-1450. La imprenta es aplicada al grabado en hueco.

1445. Guttemberg vuelve á emprender sus ensayos en Maguncia para imprimir con tipos movibles de madera la misma Biblia en folio, comenzada en Estrasburgo.

FIRMIN DIDOT, *Historia de la tipografía.*

DE VINNE, *The invention of Printing.*

BROFFERIO, *Datos históricos acerca del arte tipográfico en el Piamonte.*

JAULMANN, *Illustrirte Geschichte der Buchdrucher kunst.*

FUMAGALLI, *De los primeros libros que se imprimieron en Italia.*

LOSTALOT, *Los procedimientos del grabado.*

BERNARD A., *Orígenes y principios de la imprenta en Europa.*

(27) *Eyn manung der Christenheit widder die turken.* Está en la Biblioteca real de Munich.

(28) Progresos de la imprenta en el siglo xv:

1457. Maguncia.

1465. Subiaco.

1467. Roma, Colonia.

1467. Venecia, Paris, Augsburgo.

1470. Estrasburgo, Ettrill, Bamberg, Milan, Verona, Foligno, Nuremberg Pignerol, Tréveris.

1471. Bolonia, Ferrara, Pavía, Florencia, Nápoles, Savigliano.

1472. Mántua, Parma, Pádua, Mondovi, Jesi, Fivizzano, Cremona, Verona, Londres (?)

1573. Lion, Mesina, Ulma, Sant'Oso, Lovaina, Brescia.

1474. Valencia, Basilea, Utrecht, Alost, Como, Turin, Génova, Savona.

2475. Lubeck, Módena, Placencia, Barcelona, Zaragoza, Cagli, Casola, Perusa, Pieve di Sacco, Reggio en Calabria.

1476. Brujas, Delft, Sevilla, Trento, Bruselas, Pogliano, Udine.

1477. Angers, Deventer, Gouda, Ascoli, Palermo, Viene de Francia.

Prescindiendo de los numerosos libros sin fecha desde el año 1461 al 1470, veinte y cuatro se encuentran impresos en Alemania; algunos por Zainer en Cracovia en 1465. El inglés Guillermo Caxton (-1491) publicó la *Historia de Troya*, primer libro impreso en francés, en vida de Felipe de Borgoña. Gering, Grantz y Fribuger, discípulos de Faust, se establecieron en París en 1469 á instancias de la Sorbona. Juan de Westfalia introdujo la imprenta en Lovaina en 1473; los hermanos de la Vida comun, en Bruselas, en 1476; y Stenon Esturc, en Estokolmo, en 1483.

Prosperó más en Italia (29), y tenemos una edicion de Lactancio, hecha en Subiaco en 1465 por Conrado Sweynheim y Arnoldo Pannartz, edicion que se dice precedida de un Donato; en 1470 habian aparecido en Roma lo menos veinte y tres ediciones de autores antiguos. Habiéndose establecido Juan de Spira en Venecia en 1469, trabajó allí tanto como en Roma; lo mismo sucedia con su hermano Vindelino y el francés Nicolás Jenson (-1481). En 1470 el aleman Zarot introducia este arte en Milan. Desde entonces hasta 1480, se imprimieron en Italia mil doscientas noventa y siete obras, entre las cuales se cuentan doscientos treinta y cuatro clásicos de fecha cierta (PANZER). La obra del platero Cennini fué el primer libro italiano que se imprimió. Los caractéres griegos se escribian con la mano, hasta que Zarot fundió en Milan los bastantes para imprimir la gramática de Lascaris. Después fué la *Batracomiomapia*, en 1485; Hesiodo y Teócrito, en 1493; la *Antología*, en 1494; Luciano, Apolonio, y el *Lexico* de Suidas. Demetrio Calcóndilas, de Creta, con ayuda de Lorenzo de Médicis, publicó en Florencia un Homero, en 1488. El primer libro en hebreo, los Comentarios de Jarchi sobre el Pentateuco, fué impreso en 1475, en Reggio de Calabria; el Pentateuco en Soncino, en 1482, y seis año después toda la Biblia. En España fué introducida en 1474, primero en Valencia, después en Zaragoza y Barcelona, aunque alguno pretenda que en el 1452 se imprimia en Castilla. Los primeros impresores españoles fueron Antonio Martinez, Bartolomé Segura y Alfonso del Puerto, que en 1477 imprimieron en Sevilla el *Sacramental* del archidiácono de Valderas.

El mencionado Gaxton probablemente imprimia ya en Inglaterra en 1472, y de seguro en 1477; pero no publicó libros clásicos. En España, el primer libro apareció en Valencia en 1474; es una coleccion de treinta y seis autores sobre la concepcion de la Vírgen Maria, de los cuales cuatro son españoles, uno italiano y los demás provenzales.

Poco se tardó en imprimir traducciones de la Biblia. La primera es la del veneciano Nicolás Malermi, en 1471; se hicieron otras dos edicio-

---

1478. Ginebra, Oxford, Praga, Chablis, Amberes, Cosenza, Colle.
1479. Tolosa, Nimega, Poitiers, Tusculano, Saluzzo.
1480. Caen, Salamanca, Cividale, Nonantola, Reggio.
1481. Leipzig, Lisboa, Urbino.
1482. Aquila, Erfurt, Passau, Viena, Pisa.
1483. Troyes, Ruan, Saint-Brieux, Magdeburgo, Estokolmo, Harlem, Leida, Gante.
1484. Rennes, Soncino, Chambery, Bolonia, Siena, Rimini, Novi.
1485. Heidelberg, Ratisbona, Pescia.
1486. Toledo, Abbeville, Chivasso, Voghera, Casalmaggiore.
1487. Besanzon, Gaeta.
1488. Viterbo.
1489. Oudenarde.
1490. Orleans, Portesio.
1491. Hamburgo, Angulema, Dijon, Nozzano.
1493. Cluny, Nantes.
1494. Copenhague.
1495. Limoges, Escandiano.
1496. Provins, Pamplona, Tours, Barco.
1497. Aviñon, Carmañola, Alba.
1499. Treguier.
1500. Cracovia, Perpiñan, Amsterdam, Munich, Olmutz.

Se podrian añadir:

1509. Escocia.
1520. Irlanda.
152á. Cambridge.
1531. Dublin.
1564. Moscou.

Una comision de prácticos, en 1882, pretendió probar que las más antiguas impresiones eran estereotípicas, y que dos alemanes, estando en Roma, fueron los primeros que adoptaron caractéres movibles. Véase FR. BERLAN, *La invencion de la imprenta en tipos movibles fundidos reivindicada por Italia*. Florencia, 1882.

Entre muchas obras recientes, véase á CARLÖS LORK, *Handbuch der Geschichte der Buchdrukerkunst*. Leipzig, 1882.

(29) Manuel Cachet comunicó en 1839 á la Academia real de Ciencias y letras de Bruselas, esta nota encontrada por él en el márgen de un manuscrito: *Istis diebus mira celeritate librari seu librorum impressores usi sunt, tradendo recentia doctorum et novissime gesta satis vili pretio, nam novitati studentes, per illum modum indulgere denarios curaverunt. Unde factum est, ut ad inferiores has partes turchorum gesta denuntiarentur; maxime tamen Parisiis in alma matre studiorum omnium comportabantur, ubi diebus iis hæc copiavi, nec multo post monachus Dunis effectus, semper quæ potueram addere marginibus adnotavi, quatenus in parte miranda contingentia posteris in testimonium asserenda relinquerem.* Esta nota fué escrita por Adriano de But, que habiendo ido á estudiar á Paris, en 1457, entró en 1458 en el convento de los Dunes, donde profesó en 1460. La nota se refiere, pues, al tiempo trascurrido entre los años 1457 y 1460. Ahora bien, el libro más antiguo impreso en Maguncia es de 1457; de 1458 el primero que se imprimió en Paris. Vemos, sin embargo, que ya se llevaban de Italia á Paris libros impresos á bajo precio; no libros ascéticos ó litúrgicos, sino noticias diarias y acontecimientos de la guerra contra los turcos. Tal vez serian hojas volantes salidas de los talleres de Roma, y esparcidas por millares de ejemplares, pero de las que no queda ningun vestigio que atestigüe la antigüedad de la imprenta en Roma.

nes el mismo año, y eran en número de quince antes de la conclusion del siglo. Habia aparecido anteriormente una en aleman; publicóse una en holandés en 1477, y otra en español, en Valencia, en 1478. El Nuevo Testamento fué publicado en lengua bohemia en 1475, y dos años después en francés. Cuatro ediciones de las *Institutas*, de Justiniano, de fecha cierta, se hicieron en el siglo xv. Hasta el año 1500 se imprimieron en Florencia 300 obras, 298 en Bolonia, 629 en Milan, 925 en Roma, 2,835 en Venecia, y otras 50 ciudades tenian imprentas. Habian aparecido en Paris 751 obras, 530 en Colonia, 382 en Nuremberg, 351 en Leipzig, 320 en Basilea, 526 en Estrasburgo, 256 en Ausburgo, 116 en Lovaina, 134 en Maguncia, 169 en Dewenter, 141 en toda Inglaterra, de las cuales 130 salieron en Londres y Westminster, siete en Oxford y cuatro en San Albano. La primera edicion completa de Ciceron se hizo en Milan, por Minuciano en 1498. Las obras sueltas del mismo autor habian sido impresas en otras partes más de 291 veces. Ya en aquella época existian 91 ediciones ciertas de la Vulgata, y muchos centenares de libros de jurisprudencia. En el curso de aquel siglo se hicieron tal vez 15,000 ediciones llamadas *incunabula*, aludiendo á que la imprenta estaba aun en la cuna.

Los caractéres de los primeros libros, fuera de Alemania, eran redondos; pero á fines del siglo se emplearon con frecuencia los caractéres cuadrados, dando principio en Estrasburgo en 1471. El hermoso descubrimiento de la imprenta parecia deteriorarse aun bajo otros aspectos, cuando el romano Aldo Manucio (1446-1515) llegó á engrandecerlo. El *Museo* es la primera obra publicada en 1494 por aquel sabio tipógrafo, que continuó por espacio de veinte años imprimiendo los clásicos griegos y latinos. Introdujo el carácter cursivo (llamado *itálico* por los franceses) y sustituyó al infólio, adoptado generalmente, la forma más cómoda y menos costosa del dozavo ú octavo menor. Tal vez sólo en Italia se usaba el cuarto. Si la *Exposicion* de San Gerónimo, edicion de Oxford, fuera de época cierta, ofreceria el único ejemplo del octavo anterior á 1475.

Poco á poco se introdujeron los registros de las hojas, antes de numerar éstas ó las páginas. Se aprendió á distribuir los espacios de modo que los renglones fuesen de la misma longitud, sin rasgos en las letras finales; después se usaron las comas, después las llamadas, y paso á paso se llegó á la perfeccion actual. Varias mejoras introdujo en 1760 Manuel Breitkof de Leipzig (1719-94), que encontró tambien el medio de imprimir la música con caractéres movibles; la estereotipia se ensayó y después; y en fin, se inventaron las prensas mecánicas, y en el dia que se ha aplicado á ellas la fuerza de vapor, se ha conseguido tirar millares de hojas en una hora.

La fabricacion del papel de caña de azúcar, azul ó morado, fué el secreto de los holandeses hasta 1758, en cuya época se encontró el medio en Hamburgo de falsificarlo. Ahora por la carestia de trapos se sustituyen á ellos los tallos de los espárragos, los sarmientos del lúpulo, la paja, las hojas de maiz, el esparto, el yute, la madera, y se ha conseguido hacerlo, no por pliegos, sino continuo, ó como dicen, sin fin.

Reducidos á la ociosidad con la imprenta los numerosos copistas é iluminadores, levantaron la voz contra un arte que les empobrecia y sustituia operarios mecánicos, á los eruditos que antes se ocupaban en coleccionar los manuscritos (30). Los propietarios de las bibliotecas, después de haberlas comprado á costa de tanto oro, vieron su valor reducido á la décima parte. Los doctos preveian con un sentimiento de envidia que el saber se iba á hacer comun, mientras que el dinero y los penosos trabajos que costaba antes, les aseguraban honores y privilegios. Estos eran otros tantos enemigos del nuevo invento, quienes esparcian contra él siniestras voces hasta acusarlo de magia. Habia peligro, segun ellos, en divulgar la ciencia: así se facilitaba la corrupcion de los talentos. La corporacion de copistas de Génova presentó una súplica á la señoria, para que prohibiese un arte que reducia á tantas familias á la miseria, y se atendió por algun tiempo su solicitud. Como consecuencia de una compasion mal entendida hácia los libreros, ó del ódio á las innovaciones, hereditario en los cuerpos constituidos, el parlamento de Paris secuestró los primeros libros impresos en la capital de Francia (31); pero Luis XI sometió el asunto á su consejo de Estado, y se mandó restituirlos. Entre los copistas más sensatos que se conformaron con la época, una parte de ellos se dedicó á la tipografía, otros continuaron iluminando y dibujando las iniciales, ó reproduciendo los caractéres exóticos, hasta que se supo pasarse sin ellos bajo este aspecto.

Segun Lambinet, la Biblia de Maguncia de 1462 se compró en 1470 en cuarenta escudos de oro por el obispo de Angers; en 1481 un inglés pagó un misal en diez y ocho florines de oro; pero quizá el coste principal era de las miniaturas, pues por lo demás el coste de los libros bajó (32). La

---

(30) En el archivo de Siena, *Denuncias del* 1491, Bernardino de Miguel-Angel Cignoni, escribe: «Nada se hace en mi arte.—Se acabó mi arte y el gusto á los libros, porque los hacen de modo que no se iluminan.»

(31) Otros impugnan el hecho. Voltaire en el *Ensayo*, capítulo XXI, y en la *Historia del Parlamento*, capítulo XI, habla de las persecuciones dirigidas en Francia contra los primeros impresores, sin apoyar este hecho en ninguna autoridad, sacado como otros muchos de su imaginacion.

(32) En el catálogo de Christian Wechel, el *Génesis* en hebreo está tasado en cuatro sueldos; la *Poética* de Aristóteles en griego, un sueldo; las arengas de Demóstenes y de Esquino, tambien en griego, cinco sueldos, y en dos la gramática griega. Por esto el *Catholicon* impreso en Ruan en 1499, termina con estos versos:

universidad de París estableció una tarifa para cada edicion: esta tarifa no ha llegado á nosotros; pero los catálogos de Colines y de Roberto Estéban, aunque más modernos, pueden darnos una idea. El Testamento del primero en griego, costaba doce sueldos, y seis en latin. La Biblia latina en fólio, de Estéban, de 1532, valia cien sueldos; las Pandectas cuarenta; Virgilio, dos sueldos y seis dineros; una gramática griega, dos sueldos; Demóstenes y Esquino, cinco sueldos.

Impresores y libreros —De esta manera la trascripcion y propagacion del pensamiento, que formaba parte de la literatura, se convirtió en un oficio. En un principio, los impresores fueron muy considerados; Sixto IV confirió á Jenson el título de conde palatino; el rey Eduardo quiso ser amigo de Caxton; Cristóbal Plantin fué nombrado por Felipe II architipógrafo real; y Francisco I esperó más de una vez en el gabinete de Roberto Estéban, á que acabase de corregir pruebas. Luis XII no cesaba en sus elogios á la imprenta. «Esta invencion que parece ser más divina que humana, la cual, gracias á Dios, se ha inventado y hallado en nuestra época por el medio é industria de los dichos libreros, con lo cual nuestra santa fe católica se ha aumentado y corroborado considerablemente; la justicia se ha entendido y administrado mejor, y el servicio divino se ha dicho, hecho y celebrado con más honra y curiosidad.»

Los primeros impresores eran tambien libreros, y ambas profesiones no se hicieron diferentes hasta principios del siglo XVI. Esponíanse las empresas tipográficas á grandes riesgos, en atencion á la carestia del papel y de la tinta (de las cuales la mejor era de París), al estremado cuidado de la tirada, la escasez de operarios y la falta de locales á propósito. Sweynheim y Pannartz presentaron en 1472 á Sixto IV una súplica en la cual se quejaban de estar reducidos á la pobreza, por haber emprendido gran número de obras que no habian podido vender. Se ve que tenian costumbre de tirar de cada obra doscientos sesenta y cinco ejemplares; tiraban doble de Virgilio, de las obras filosóficas de Ciceron y de los libros de teología; el total habia producido doce mil cuatrocientos setenta y cinco ejemplares. En general, en lugar de arriesgarse á hacer numerosas ediciones, las renovaban; así es que Pablo Manucio reimprimió casi todos los años las *Cartas familiares* de Ciceron (33).

Pronto añadieron á los libros figuras y grabados, y ya en el año de 1467 aparecieron en Roma las *Meditaciones* del cardenal Turrecremata con grabados en madera iluminados después. En 1472 sucedió lo mismo con el *Roberti Valturii opus de re militari*, con máquinas, fortificaciones y asaltos;

Historiæ venere Titi; se Plinius omni
Gymnasio jactant, Tulltus atque Maro.
Nullum opus (o nostri felicem temporis artem!)
Celat in arcano bibliotheca situ
Quem modo rex, quem vix princeps modo rarus habebat.
Quisque sibi librum pauper habere potest.

(33) El primer indicio del comercio de libros aparece en el Antiguo Testamento en los tiempos de David. No consta si aquellos primeros escribientes ó amanuenses hicieron, para poner en venta, otras copias además de las destinadas al uso público, legal, genealógico é histórico. En tiempo de Zenon, segun atestigua Laercio, habia en Atenas βιβλιοπολεῖαι, donde acudian los estudiosos mediante una retribucion, y hasta los mercaderes leian allí las cosas copiadas para saber la opinion de los doctos. Hermodoro, discípulo de Platon, traficó allí con los escritos de su maestro sin consentimiento de éste. Semejante comercio no tardó en extenderse á Sicilia y Alejandria, donde habia un mercado á propósito.

Durante la república los romanos tenian esclavos libreros ó bibliópolos; nombre que después se aplicó á los vendedores de manuscritos. Ciceron, Horacio, Marcial, Cátulo y otros nos dejaron memoria de Trifon, de Atrato, de Julio Luqués, de los hermanos Sasio, de Publio Valeriano, de Decio Ulpino, etc. Tenian sus oficinas en las plazas y calles principales, en los sigilarios, en el argileto, al rededor del templo de la Paz, en el foro Paladio, en la callejuela Sandalaria. Allí tambien se reunian los doctos y estudiosos; los anuncios de los manuscritos se fijaban en las puertas y columnas; el autor raras veces recibia un premio por su trabajo: sin embargo Trifon compró á Marcial sus *Xenia* y sus *Apophoretas*: y Pullio Valeriano las poesias juveniles del mismo autor, y los pedidos crecientes de los estudiosos y de los recopiladores les daban mucha salida.

En el siglo VIII los árabes emplearon enormes sumas en manuscritos hebreos, siriacos y griegos, que hicieron después traducir al árabe. Con la aficion á los estudios creció naturalmente el número de copistas, que se esparcieron por las costas de Africa, y de allí pasaron á España: Túnez, Argel y Fez abundaban en códices, y tambien habia muchos en la península ibérica.

En Occidente, con la multiplicacion de los claustros, casi desaparecieron los amanuenses, porque los mismos frailes copiaban.

Cuando en el siglo XII pasaron las ciencias de los claustros á las universidades de Bolonia y Paris, el comercio de libros tomó tambien mas lato movimiento. Los libreros estaban bajo el patrocinio de la universidad y regulados por estatutos especiales. Introdujéronse, no obstante, abusos, y para impedirlos y aniquilarlos se vió la universidad en la precision de publicar un severo decreto (1313), del que se infiere que se llamaban á la sazon *estacionarios* á los libreros propiamente dichos, y *libreros* á los corredores de libros. Esta ley fué jurada por veinte y nueve entre estacionarios y libreros, en cuyo número se comprendian dos mujeres. Tambien la universidad de Bolonia publicó sus estatutos en 1259 y 1289, de los cuales no carecian tampoco la celebérrima escuela médica de Salerno, la universidad de Pádua, la de Salamanca, etc.

Los primeros libreros de que se hace mencion en Alemania pertenecen á la universidad de Viena y son del siglo XIII, juramentados y sujetos á aquel rector. Poco á poco aparecieron en otras ciudades; en los registros públicos de Nordligen en Baviera se menciona á un tal Juan Minner bajo el nombre de *scriptor*; en Florencia á un tal Vespasiano; en Milan á uno llamado Melchor; en Venecia á otro conocido por Juan Aurispa (1452), vendedores de libros. El invento de la imprenta dió un golpe mortal al tráfico

en 1480 el *Dialogus moralizatus*, impreso en Gonda. El primer ejemplo de grabados en metal fué la edicion publicada en Florencia en 1481 del *Montesanto di Dio*, y de la *Divina comedia*, para la cual preparó los dibujos Sandro Botticelli y los grabó Baccio Baldini; una edicion de Tolomeo hecha en Roma, por Sweynheim con mapas en acero de Arnoldo Buckinck; otra en Bolonia, y una en Florencia por Berlinghieri.

Privilegios.—Se concedieron privilegios á los impresores, con objeto de proteger su industria. El más antiguo es el del senado de Venecia á favor

---

de libros, pero fué para comunicarle nueva y más vigorosa vida en sendas recientes y vastísimas.

Uno de los más sábios editores de aquella época fué Antonio Koburger, de Nuremberg; tenia veinte y cuatro prensas, cien operarios, y tiendas en Francfort del Main, Leipzig, Venecia y Amsterdam. Las ferias les proporcionaban fácil salida y pronta venta. Las de Francfort del Main, donde Juan Petersheim, aprendiz de Schöffer, llevó en 1459 el arte tipográfico continuado y promovido por Cristóbal Egenolf, por Wechel, y Feyerabend, sobresalian entre todas, y en la primera mitad del siglo XVI fueron un rico manantial de ganancias para los impresores y libreros. El ejemplo de Alemania fué imitado por Suiza, donde la imprenta, introducida por Bernardo Rodi, tuvo incremento debido á la feliz laboriosidad de Froben en Basilea (1491) y de Froschauer en Zurich (1521). Este llevaba sus publicaciones á las ferias de Francfort, como posteriormente Oporin de Basilea sus bellas ediciones, especialmente de los clásicos.

En 1469 Ulrico Gering empezó á imprimir en Paris. Después de él se señalaron Colin y la familia Etienne, y el célebre Enrique Estéban visitó en 1580 la feria de Francfort. Los primeros libreros fueron los italianos. En un libro impreso en Ferrara en 1474-75 leemos por primera vez el nombre de *bibliópolos*. A los franceses se antepusieron después los flamencos y los holandeses, debiéndolo singularmente á Cristóbal Plantin, de Ambères, cuyo ejemplo siguieron otros compatriotas suyos. Llevó á éstos la imprenta Thierry Martens en 1478, aunque los habitantes de Harlem pretenden que el inventor fué su conciudadano Lorenzo Jansson, apellidado Coster, á quien levantaron una estátua pública.

Pronto se distinguieron los tres Manucios, padre, hijo y nieto (1488-1595) como hábiles impresores en Venecia y Roma. La familia Giunti dió á la estampa obras en Florencia y Venecia, y desde 1514 tenia extensas relaciones con Alemania. No está probado suficientemente si con ésta hacian tambien comercio de libros España y Portugal; hallamos, no obstante, la imprenta en la primera en el año de 1470, y en el segundo en 1499.

Así pues, ya en el siglo XVI se habia aumentado considerablemente el comercio de libros, estimulado por la creciente aficion á los estudios y á los establecimientos literarios. Las ferias de libros de Francfort no pudieron continuar largo tiempo con el monopolio, y se declararon rivales suyas las de Leipzig, á donde iban de Alemania y del extranjero: el veneciano Valgrisi abrió allí una libreria filial en 1556. Eran el alma de estas ferias los libreros nurembergueses Steiger y Boskopf, y las protegian y favorecian las dos universidades de Leipzig y Wittenberg y el gobierno sajon; hácia fines del siglo competian en importancia con las de Francfort. Jorge Willer de Augsburgo, publicó en 1564 el catálogo de los libros llevados á Francfort, continuado por sus herederos hasta el año de 1597: Pedro Kopf añadió á este catálogo, hasta 1604, el de los libros vendidos allí con permiso de la autoridad. A imitacion suya empezaron los libreros de Leipzig á hacer otro tanto á fines del siglo XVI. Su catálogo obtuvo el privilegio desde 1600, y después de varias alternativas en 1759 pasó á manos de los Weidmann, que lo han poseido hasta el año 1851. Ahora lo publica Jorge Wigand, de Leipzig, quien le dió nueva forma y un órden más cómodo y razonable.

La desgraciada guerra de los Treinta Años (1618-48) arruinó, junto con otras cosas en Alemania, este comercio que se hallaba en un estado floreciente, y volvió á cobrar vida apenas hubo cesado el estrépito de las armas: entre tanto se extendió y consolidó en el resto de Europa. Leipzig, en la segunda mitad del siglo XVII, se habia sobrepuesto á Francfort, que molestaba á los libreros con su comision por la visita de libros, con la exaccion de los ejemplares y con otras dificultades, por lo cual los Weidmann fueron los últimos que visitaron aquella feria en 1764. El comercio con Francia habia disminuido, cesando casi del todo el que se hacia con Italia; pero en compensacion, habia crecido mucho el verificado con Holanda, merced á los Elzeviros (1592-1680) á los Blaew, á los Jansson, y se habia propagado y engrandecido en Dinamarca y Suecia.

Al principio los editores vendian los libros impresos por ellos: pero luego que se abrieron librerias, se introdujo el comercio de cambio, y no se pagaban en dinero al contado sino las diferencias, costumbre que duró hasta fines del siglo XVIII. Mucho antes se habian introducido abusos graves; se hacian almonedas de libros, se iba á venderlos por las casas, y no faltaban falsificaciones, por cuya razon los emperadores, para obviar estos males, concedieron privilegios á los libreros, y no bastando estos privilegios generales, editores y libreros se los proporcionaron especiales de sus respectivos gobiernos, hasta que la Confederacion Germánica dió en 1838 la ley de propiedad literaria.

Felipe Reich, compañero de Weidmann, logró fundar la primera sociedad de libreros en la feria de Pascua de 1768. Se extendieron en diez párrafos los estatutos correspondientes, que fueron aprobados y firmados por cincuenta y nueve libreros, parte de Leipzig y parte extranjeros. Su objeto principal fué oponerse á la creciente y perjudicial falsificacion, que se verificaba sobre todo por Trattner en Viena. La sociedad elegia cada año un secretario, á quien se le señalaban corresponsales en los distintos paises; en cada feria habia dos reuniones donde se nombraban procuradores y mandatarios en las principales ciudades: los cargos duraban un año. El comercio, poderosamente ayudado por la aficion más general á las ciencias y letras, se animó; se abrieron nuevas librerias y las producciones del ingenio crecieron maravillosamente, como lo demostró la feria de 1789. Disminuidos los cambios, el comercio se arregló con sujecion á mejores principios. El extenso y vivo tráfico que siguió, hizo sentir la necesidad de un punto de reunion comun, lo cual consiguió el librero de Postdam, Cárlos Horwarth, fundando una sociedad, en la que entraron desde luego ciento diez y nueve libreros, que frecuentaban sus reuniones en las ferias. El fundador la dirigió durante veinte y seis años, y aquella institucion promovió y ayudó mucho al comercio, hasta que fué destruida por la Revolucion francesa, á causa de las largas guerras que ésta produjo. Cuando volvió la paz á Europa, no tardó en renacer con más hermosa vida, y así se sintió la necesidad de una nueva reforma, que se realizó en 1825, debida á Campe, librero de Nuremberg: la sociedad fué

de Juan de Spira, espedido con fecha de 1469, para las *Epístolas* de Ciceron limitado á cinco años. Herman Lichteinstein obtuvo uno de la misma república en 1494, para el *Speculum historiale*, de Vicente Beauvais. En el año siguiente, Ludovico Esforcia dió otro para las obras de Campano, á Miguel Ferner y á Eustaquio Silber. Aldo el Viejo, obtuvo igualmente un privilegio para el empleo del carácter cursivo. Habiendo Angel Archimboldo encontrado en Corbia los cinco libros de los *Anales* de Tácito, Leon X concedió privilegio á Beroaldo que los imprimió en Roma en 1515; nadie

---

ampliada y se extendió á toda la Alemania, bajo el nombre de Sociedad de la Bolsa, y se formaron sus estatutos. En la feria de Pascua de 1833, se propuso fabricar por acciones una Bolsa aparte, la cual fué inaugurada solemnemente el 26 de abril de 1836. De este modo Leipzig se convirtió en centro de todo el comercio de libros con la Alemania y con el extranjero.

Como los libros pueden ser de propio fondo, de surtido ó de comision, así este comercio es de tres clases, pues el de cambios no merece mencion especial. Los editores se ocupan en los manuscritos que han de imprimir, en el precio que han de dar á los autores, en el número de los ejemplares y de las impresiones, y concluido el contrato, hacen imprimir ó imprimen ellos mismos el manuscrito, y luego distribuyen la obra á los libreros de surtido, que son, digámoslo así, los mediadores entre los editores y los compradores particulares. Esta distribucion es bastante fácil y cómoda, pues que en Leipzig, emporio del comercio de libros, todo editor y librero de alguna importancia tiene un comisionado que le representa. Este, pues, en papeletas donde se lee impreso el nombre del editor ó del librero, ofrece tal ó cual libro con el respectivo título y precio á los diferentes encargados de los corresponsales de la casa que sirve, ó bien les da con las mismas papeletas un número determinado de ejemplares en comision. Cada comisionado recoge y une todas estas papeletas y libros que le entregan los demás comisionados, y por el correo ó valiéndose de otro medio más económico, los envia en dias determinados á su casa, acompañando la factura. Cualquiera conoce que así se ahorran cartas y gastos y se facilita la adquisicion del libro que desea. Por ejemplo, un librero de Viena que necesita tal ó cual obra, ó un número determinado de ejemplares, no tiene más que escribir lo que quiere en la papeleta y dirigirla á su comisionado, el cual la entrega al comisionado del editor ó del librero, á quien se piden los libros; de esta manera, con una sola carta se hacen diez, veinte, cien pedidos.

A cada remesa acompaña una nota, donde está indicado el nombre y domicilio del que hace el envio, el contenido y el precio. Este es total ó líquido. Del primero se deduce ordinariamente una tercera parte para los libros y periódicos, y una cuarta para las estampas y objetos de arte, y si el precio es líquido, se debe añadir el desfalco ó rebaja para tener el verdadero precio de comercio. De este modo resulta que el precio de los libros nuevos es igual uniforme en todas partes.

El comisionado, una vez que ha recibido el fardo, registra cada cuenta y distribuye los varios paquetes con nota á los otros comisionados de los respectivos libreros á quienes van dirigidos. Los libros nuevos se dan, por lo general, en comision, y si no se venden, se devuelven á fin de año para la feria de Pascua. Los editores tienen en Leipzig depósitos de las obras que más circulan, y ordinariamente entregan un catálogo de ellos á sus comisionados, los cuales informan del resultado todos los meses á los editores. Si el libro pedido no se encuentra en Leipzig, se da el billete ó la papeleta de mandato al comisionado del editor ó librero respectivo, y de esta manera se obtiene fácilmente.

Los libros en comision se dan á cuenta, y no se pueden devolver sino en casos extraordinarios. Se confrontan las partidas á fin de año; tarea que no ofrece dificultad, pues que se lleva de todo un registro claro y exacto. En la feria de Pascua se saldan completamente las cuentas antiguas ó se prorogan en la nueva hasta la feria de San Miguel. La mayor parte van personalmente á arreglar sus negocios, ó si no, los encargan al comisionado, á quien remiten al mismo tiempo que el dinero, las listas de pagos. Desde 1814 en adelante se estendió este comercio y creció sin medida por el increible aumento de las producciones del ingenio.

En Francia, Paris es centro del comercio de libros. Los que se imprimen en las provincias se dan en comision á este y aquel librero de la capital. Los editores no envian en comision sus publicaciones, sino en casos especiales. Hacen una rebaja, aunque no fija, que depende del mayor ó menor mérito de la obra, del 10 al 25 por ciento, y exceptúan las novelas, por las cuales se concede hasta el 50. El comercio se verifica generalmente al contado, y el término de las cuentas es de tres en tres meses ó á lo más de seis en seis. Cada librero se atiene á un ramo especial, como medicina, teologia, etc.; así es más fácil satisfacer los deseos de los estudiosos, tanto respecto de los libros nuevos como de los antiguos.

En Inglaterra se introdujo la imprenta en 1472, extendiéndose con rapidez, aunque la grande época de su literatura no empezó sino después del reinado de Isabel. En Lóndres, los principales libreros tienen sus comisionados, que les envian por lo general mensualmente las obras que piden, y los libreros de Lóndres tienen por la inversa comisionados en Dublin y Edimburgo. En las obras de mayor tamaño se concede la rebaja del 25 al 30 por 100, y se abre crédito por seis meses ó un año á lo sumo. Se distinguen los libreros de los editores: éstos no venden más que sus publicaciones y aquéllos las ajenas.

De todas las novedades del reino llevan un registro los encargados del gremio de libreros *(stationers-hall)*; todo editor está obligado á insertar en él los títulos de las obras que da á luz, y paga por cada una dos chelines. Esta declaracion es indispensable para obtener la propiedad literaria; las obras son despues anunciadas en el *Bookseller*. Después de la guerra continental se introdujeron las subastas ó almonedas, que los principales editores de Lóndres acostumbran hacer anualmente conforme á los estatutos. A tal objeto se envia un catálogo de las obras, expresando los títulos, los precios, etc., á los libreros de Lóndres, únicos que tienen derecho de intervenir, y se indica el tiempo y lugar en que deben celebrarse. El catálogo sirve al mismo tiempo de convite para un suntuoso banquete que precede á la subasta. Se trata primeramente de la edicion entera de la obra, presentando como muestra un ejemplar, si no puede subastarse por completo, se divide en varias partidas, y si ni aun así es posible, se subdivide en otras partidas más pequeñas. Dado caso que no se presente ninguu postor, y que se crea ocasionado esto por ser el precio muy subido, se presenta un ejemplar sin señalarle valor alguuo, y las proposiciones que se hagan, sirven de norma para los contratos ulteriores. Los términos en que ha de verificarse el pago están determinados por los estatutos; hasta cinco guineas se pagan en el acto; de cinco á

los pudo reimprimir en diez años bajo la pena de ser confiscada la edicion, de doscientos ducados de multa y de escomunion. De esta manera es como en lugar de una ley de justicia natural que asegurase á los editores la propiedad de las obras, que les habian costado trabajo y gastos, se concedian prohibiciones especiales para ciertos libros.

Creo que el senado de Venecia fué tambien el primero que mandó por un decreto en 1603 depositar en la biblioteca pública un ejemplar de cada publicacion (34). En este Estado la imprenta estaba bajo la vigilancia de los reformadores de la universidad de Padua, y los editores obtenian de ellos, haciendo registrar las obras que imprimian, un privilegio de diez años, á condicion de que la edicion apareciese en el término prefijado y de que fuese hecha con esmero. Los libreros de Paris, así como los de Bolonia, dependian de las universidades, que los nombraban exigiéndoles un juramento y una fianza. Ningun libro podia ser puesto á la venta en Paris sin aprobacion de la universidad, que con el dictámen de cuatro libreros jurados determinaba el precio de la venta ó del alquiler; y todo librero debia tener su catálogo espuesto en la tienda con indicacion del precio. Alguna vez las obras consideradas reprensibles fueron quemadas. Las universidades de Tolosa y Viena procedian de la misma manera.

Censura.— Los copistas y pedantes no eran los únicos en aterrarse con aquella difusion rápida de ideas: inspiraba tambien inquietudes á hombres animados de intenciones rectas. Ermolao Bárbaro era de parecer que, considerando la frivolidad de muchos escritos, no se dejase publicar ninguno sin aprobacion de los jueces competentes. Los gobiernos se preocuparon de otros peligros mayores que el de la frivolidad, especialmente en Alemania, donde se empezaba á hablar alto contra la Iglesia; razon por la cual hallamos la aprobacion superior colocada en ciertos libros, quizá á peticion del autor ó editor. Habiendo sido denunciada una obra á Luis XII como que contenia máximas heréticas, la sometió á la universidad de París, para que «la reviseis y examineis cuidadosamente, y la refuteis por las razones, puntos y artículos que os parezcan ser contra verdad.» Escelente modo de censura.

El primer libro que se conoce revestido de la autoridad legal es de 1475. Instituyóse un verdadero censor de libros en 1486 por Bertoldo, arzobispo de Maguncia (35), con la intencion evidente

---

diez, parte en el acto y parte dentro de cuatro semanas, y así sucesivamente, de manera que cuanto mayor es la suma, tanto más largo es el plazo que se da. Esto incita á veces á hacer gastos superiores á las fuerzas de cada uno y la ruina del comprador lleva consigo la del editor. Otro género de tráfico se verifica por medio de los *ticketing-trade*, ó sean billetes de suscricion, que viene á ser con corta diferencia lo mismo que nuestra asociacion. El editor que quiere publicar una obra avisa á sus corresponsales, señalándoles un descuento proporcional á los ejemplares que tomen. Es indudable que de este modo se ponen las obras en circulacion con más facilidad; pero la profesion se perjudica y envilece, dando márgen á fraudes, pues el librero puede entonces hacer algunas veces un descuento mayor que el fijado por el editor. Los libreros de Lóndres conocieron el daño sensible que causaba éste al comercio en general, y en 1829 se obligaron mancomunadamente á sostener el precio de los libros nuevos, los que no pueden venderse en dos años con un descuento mayor del 10 por 100 y al contado. Los libreros ingleses venden generalmente sin ninguna distincion, tanto libros antiguos como nuevos.

Omitiendo hablar de los demás paises, mencionaremos por último este comercio en América, donde existe la imprenta desde 1555. No es una gran cosa si se compara con los demás comercios, y consiste principalmente en periódicos. El primero de estos pertenece al año 1704; treinta y siete habia antes de la guerra de la Independencia, y ahora no hay ciudad que no tenga su periódico; de modo que su número es grandísimo. Por algunos ha sido calculado en 10,000 con una tirada en junto de más de 2,000.000,000 de ejemplares en un año. Solamente el *New-York Herald* tira cada dia 600,000 ejemplares en promedio. Para promover el comercio de libros, los libreros del Norte-América establecieron una feria en Nueva-York en 1802, que después del 1830 ha sido imitada dos veces al año en Boston y Filadelfia. En nuestros dias el comercio de libros ha tomado un desarrollo estraordinario y palacios enteros son destinados á tipografías y almacenes de libros. Generalmente las librerías tienen formas de largas galerías ó *bazares*, en los cuales el público tiene acceso fácilmente.

En Italía los libreros fundaron tambien una Asociacion tipográfico-literaria, cuyo principal objeto era la publicacion de la *Bibliografía italiana*, periódico quincenal, en el cual están registradas todas las obras, los periódicos y las publicaciones musicales.

Desde 1886 ha sido publicada la *Bibliografía* por el gobierno italiano.

El comercio de libros, aunque ha aumentado de mucho desde 1858, no puede decirse establecido sobre sólidas bases, no habiendo acuerdo ni aun entre los libreros de una misma poblacion.

La plaga de las falsificaciones está muy estendida.

El anuario estadístico da en 1885 una exportacion en conjunto de 2,684 quintales de libros, con un valor aproximado de 1.147,900 pesetas.

(34) En el dia se da uno solo en los Estados-Unidos, Prusia, Sajonia y Baviera; dos en Francia, Toscana y Estados Pontificios; tres en España, Holanda, y el canton del Tesino; cinco en Austria; siete en el Piamonte y ducado de Parma: ocho ó nueve en el reino de las Dos Sicilias; once en Inglaterra.

En el reino de Italia la ley de imprenta obliga á presentar dos ejemplares al Procurador del Rey y uno á la Biblioteca de la provincia.

(35) «A pesar de la facilidad que el arte divino de la imprenta suministra para adquirir las ciencias, se halla que algunos abusan de este invento y emplean en detrimento del género humano lo que se halla destinado á su instruccion. En efecto, se encuentran libros acerca de los deberes y doctrinas religiosas, traducidos del latin al aleman, y estendidos por el pueblo en mengua de la religion. Algunos han tenido la osadia de poner furtivamente en lengua vulgar los cánones de la Iglesia pertenecientes á una ciencia

de impedir las traducciones incorrectas de libros sagrados. Mas después, Alejandro VI (1501), informado «de que muchas obras perniciosas se habian impreso en diversas partes del mundo, sobre todo en las provincias de Colonia, Maguncia, Tréveris, Magdeburgo,» prohibia á los impresores de estas provincias publicar libro alguno sin permiso de los arzobispos. Eran preludios de la Reforma en aquellos paises. Una bula de Leon X, de 4 de mayo de 1551, manda que ningun libro sea puesto en prensa sin prévia autorizacion. En 1543, la facultad de teologia de París compiló un índice de libros prohibidos que la autoridad real sancionó, prohibiendo imprimir cosa alguna sin el parecer del rector y del decano de la facultad superior, quienes hicieron examinar las obras nuevas por dos profesores de cada facultad.

Seria curioso seguir, desde este momento, la historia de la censura y de las luchas á que dió lugar. La voz de Bossuet se levantó contra la pretension de someter á exámen prévio los escritos, aun cuando fuesen de los obispos; y la de Malesherbes contra los obstáculos opuestos á un libro impreso con las aprobaciones requeridas, pidiendo que los censores tuviesen reglas fijas y ciertas, sin tener que dar cuenta á otros sino al canciller de quien recibian su mision.

La imprenta se difundió bien pronto á otras partes del mundo: los portugueses la llevaron á Goa y Filipinas; el primer libro de la América española apareció en Méjico en 1571; el primero de la América inglesa salió del colegio de Cambridge, cerca de Boston, en 1639. En 1689, Penn introdujo la imprenta en Filadelfia; no fué admitida en el Brasil sino hasta 1808, por la solicitud de Juan VI. Se cree que pasó desde luego á Constantinopla; pero un edicto de Bayaceto II prohibió, bajo pena de muerte, los libros impresos. En 1721, se permitió al renegado húngaro Basmagi Ibrahim-Effende, y al hijo de un embajador turco en París, tener una imprenta en Constantinopla, aunque con prohibicion de imprimir los libros sagrados. En 1742 se habian dado á la luz pública allí diez y siete obras en veintitres tomos: hubo entonces una interrupcion que duró hasta 1783; dos años después cesó de nuevo; el geómetra Abder Rhaman-Effendi la puso otra vez en práctica en 1793, época en que se la reunió á la escuela de ingenieros, y hasta 1806 dió veinte y seis obras. Habiendo padecido mucho en las turbulencias sucesivas, fué restaurado por Mahmud en 1809; pero hasta 1830 no habia publicado más que noventa y siete obras. En el dia es en este pais un elemento de oposicion y civilizacion. Bonaparte estableció una imprenta en Egipto.

Publicóse en 1577, en la costa de Malabar, la *Doctrina cristiana de Juan Gonzalvez*, y en 1778, una gramática bengalesa en Hoogly. Wilkins hizo imprimir libros en caractéres indios: Babu-ram fué el primer indígena, que en virtud de los consejos de Colebrooke, fundó en aquellas comarcas una imprenta para los libros clásicos en sanscrito: Ganga-kisore, su sucesor, los imprimió tambien en lengua vulgar, así como un periódico hebdomedario en idioma de Bengala (*Somatchar darpanam*). Otros añadieron á las obras grabados y viñetas al estilo europeo (36). Actualmente hay en actividad muchas imprentas en el pais de los Birmanes, en el reino de Siam, en las islas de Sandwich, en Madagascar; y todos recuerdan las fiestas hechas en Taiti en 1817, cuando el rey de estas islas tiró en persona los primeros pliegos de la traduccion de los Evangelios haciendo uso de la prensa que llevaron allí los misioneros (37).

Correccion de los manuscritos.—Una vez inventada la imprenta, se aplicaron los eruditos á dar á luz los antiguos manuscritos, á escoger los de mejor nota, y hacer de ellos ediciones lo más correcto posible: la diversidad de las copias produjo muchas variedades en las lecciones, entre las que tuvieron que escoger los doctos, y las últimas no fueron siempre las mejores. De consiguiente no tuvieron más que un valor de curiosidad los manuscritos, y las obras se hicieron una comun riqueza. Pero por mucho esmero que se pusiera en buscarlas, bastantes obras se escaparon á la atencion de los eruditos, por culpa de los mismos manuscritos. A veces obras inconexas se hallaban á continuacion una de otra. Así, por ejemplo, un médico que poseia un tratado de jurisprudencia lo

---

tan difícil, que basta para ocupar la vida del hombre más sabio; ¿se pretenderá que nuestra lengua alemana pueda espresar todo lo que grandes autores han escrito en griego y latin acerca de los profnndos misterios de la fe cristiana y la ciencia en general? Esto es imposible. Se hallan obligados á inventar palabras nuevas ó á emplear las antiguas en un sentido erróneo. Espediente peligroso, sobre todo cuando se trata de las Sagradas Escrituras. ¿Quién creerá que hombres estraños á la ciencia, y las mujeres en cuyas manos pueden caer estas traducciones se hallen en estado de encontrar el verdadero sentido de los Evangelios ó de las epístolas de san Pablo? Aun menos sabrán ilustrar las cuestiones que hasta entre los escritores católicos dan lugar á sutiles discusiones. Pero puesto que este arte ha sido inventado en Maguncia, se puede verdaderamente decir con la asistencia divina, y que debemos honrarle, prohibimos severamente á cualquiera que sea, traducir al aleman ó hacer circular ningun libro traducido sobre cualquier asunto de las lenguas griega, latina ú otra, al menos que estas traducciones no hayan sido antes de la impresion ó postura en venta aprobadas por los cuatro doctores ya citados; bajo la pena de escomunion, confiscacion de libros, y multa de cien florines de oro en provecho de nuestro banco.» BECKMANN.

(36) *Essay relative to the habits, character, and moral improvement of the Hindous.* Lóndres, 1833.

(37) El 3 de setiembre de 1842 apareció en Livonia el primer libro impreso en el pais, titulado *A orillas del Báltico*, una parte del cual se compone de poesias y otra de la vida de Napoleon Moriani, tenor italiano.

añadia con un libro de Galeno, al cual un hombre de letras agregaba un poema. Además, para mayor comodidad, se hallaban opúsculos heterogéneos encuadernados bajo la misma cubierta, y engañado el erudito por el título del primero, dejaba escapar los menores sin examinarlos.

Notas tironianas.—Otros escritos eran copiados con las abreviaturas y las notas de que hemos hablado, y á menudo resultaba de aquí la imposibilidad de descifrarlos. Aunque á sugestion de Bembo propuso Julio II un premio á los que vencieran este inconveniente, se lamentaban los benedictinos en la *Ciencia diplomática* de que en medio de tantas investigaciones para hallar la escritura de los etruscos, no se hubiera hecho ninguna para descubrir la clave de las notas tironianas. Habiendo descubierto Tritemio un *Lexicon* de estas notas y un salterio estenografiado, se esperó que al fin se revelaria el secreto; pero el resultado no correspondió á tales esperanzas. Por último, en 1817 Knopp publicó la historia de la estenografia antigua, el análisis y la síntesis de las notas, y un diccionario de cerca de doce mil signos por órden alfabético (38). Contaba tan escasamente con la gratitud de sus contemporáneos, que lo hizo preceder con esta dedicatoria llena de desaliento: *Posteris hoc opusculum, æqualium meorum studiis forte alienum, do, dico atque dedico.*

A primera vista se tomarian estas notas por caractéres chinos con rasgos verticales más ó menos inclinados, á los cuales se unen ó atraviesan otros signos variando de posicion y de forma. Pero como las terminaciones cambian en griego y en latin, segun los géneros, los casos, los modos y los tiempos, resulta de aquí que los signos particulares que se deben añadir á la raiz se multiplican considerablemente, y que dista mucho de la sencillez de la taquigrafiia moderna (39).

De consiguiente apenas están comenzados los trabajos sobre los manuscritos de esta clase, y es de esperar que se alcancen buenos frutos. Pero no consisten sólo en esto las dificultades de descifrar los manuscritos. Dioscórides nos enseña que la tinta de los antiguos se hacia con goma y negro de humo, todo humedecido en agua, lo cual permitia borrarla fácilmente del pergamino por medio de un lavado. Para darle mordiente se recurrió en tiempo de Plinio al vinagre y luego al vitriolo; pero ninguno de estos negros resiste al tiempo, y los escritos que han llegado hasta nosotros se nos muestran descoloridos é ilegibles. Sin embargo, basta una infusion de nuez de agalla, para que aparezca el color nuevamente con tanta más facilidad cuanto que la escritura sea de una época más remota, cuando la tinta estaba más cargada de goma, y cuando la caña, de que se servian para escribir, imprimia rasgos más fuertemente pronunciados.

Mayores dificultades ofrecian los palimsestos, en que para dedicar á otro uso la hoja, se habia raspado la escritura anterior. Muchos experimentos se hicieron á fin de conseguir que volvieran á aparecer los caractéres primitivos, y por último la química triunfo de todos los obstáculos. Pero aquí ocurrió un nuevo incidente. Al separar las hojas del antiguo manuscrito para preparar en ellas otro nuevo, se habian aislado á veces en un todo dos fragmentos antes unidos, ó bien se habia empleado una hoja en un trabajo y la siguiente en otra obra distinta: tambien á veces habian sido cortadas en dos ó tres pedazos, ó se las habia recortado para acomodarlas á la forma que se queria dar al libro. Así pues, cuando una vista perspicaz ha llegado, merced á la química, á distinguir por medio de un lente el antiguo carácter debajo del nuevo, empieza otro trabajo no menos penoso, el de coordinar la obra, reunir las partes separadas, llenar los vacios, hacer revivir aquellas áridas osamentas. Tales son los trabajos á que debemos el descubrimiento moderno de muchos clásicos (40).

Otra invencion maravillosa ha sido la del procedimiento empleado para desenvolver y para leer los rollos de papiro sepultados en Herculano. Cuando esta ciudad fué descubierta se hallaron en una estancia numerosos cilindros que se arrojaron como carbon, hasta que se apercibieron de que eran papiros arrollados. Concibióse, pues, la esperanza de recuperar otras partes de la herencia intelectual de los antiguos; pero la lava los habia carbonizado; y así los ensayos de los químicos, ni las tentativas del insigne Mazocchi habian logrado desarrollarlos, y todavia menos descifrarlos, cuando el padre Antonio Piaggio de las escuelas pias, lo logró á fuerza de pacientes indagaciones. Napoleon hizo ensayar, pero sin éxito, diferentes mejoras por Davy y el orientalista Sickler, y hubo

---

(38) *Tachygrafia veterum, exposita et illustrata ab* Ulrico Federico Knopp, Manheim, 1817, 2 tomos.

(39) Son parecidas á éstas, otras abreviaturas usadas en los escritos asi antiguos como modernos. Baringio publicó en 1737 en Hannover la *Clavis diplomática*, donde las abreviaturas ocupan diez y ocho planas en 4.° á tres columnas. Godofredo de Bessel dió las que se usaban en los manuscritos del siglo XI. Anderson, en el *Tesoro de diplomas y medallas*, ocupa unas cuarenta planas en fólio con las que se refieren á documentos escoceses posteriores al año de 1000. El *Lexicon diplomaticum* de Walter es la coleccion más abundante, pues comprende doscientas veinte y cinco tablas, é indica el siglo en que se usó cada abreviatura, desde el VIII al XVI; pero distan mucho de ser completas.

(40) No podemos menos de unir nuestra alegria á la del bibliotecario May, cuando exclama, al descubrir á Ciceron debajo de los versos de Sedulio: *O Deus immortalis! repente clamorem sustuli. Quid demum video? En Ciceronem, en lumen romanæ facundiæ, indignissimis tenebris circumscriptum! Agnosco deperditas Tullii orationes! sentio ejus eloquentiam ex his latebris divina quadam vi fluere, abundantem sonantibus verbis uberibusque sententiis.*

que recurrir de nuevo al antiguo método, al cual somos deudores sin otra adicion que algunas sufumigaciones, introducidas por Lapira, de varios descubrimientos literarios y arqueológicos. Si no ha dado á luz hasta ahora ninguna obra capital relativa á la ciencia ó á la civilizacion antigua, seria injusto perder la esperanza de que se verifique. ¿No se han hecho hasta ahora estudios sobre el etrusco y las antiguas lenguas itálicas?

Perdónese esta digresion al amor que profesamos á nuestros estudios y pasemos á tratar de otro asunto menos humano, si bien no menos importante.

Arte de la guerra.—El arte de la guerra debia ser nulo entre los bárbaros, que entendian poco de sitios y de táctica naval. La fuerza personal lo decidia todo, y la habilidad no consistia mas que en hacer al enemigo el mayor daño posible. El derecho de llevar las armas se reservaba solo á los conquistadores, permaneciendo el resto de la poblacion en una opresion inerme. Fraccionando el feudalismo los ejércitos en pequeños cuerpos divididos segun la importancia del feudo, y vestidos, armados é instruidos de diferente manera, destruian la posibilidad de los esfuerzos combinados con un mismo objeto. Componia la principal fuerza en las batallas la caballeria, por ser la adoptada por los nobles que destinaban sus hombres á la infanteria. El ginete debia dedicarse á cubrirse de tal manera, que no pudiera ser herido por las armas ordinarias. A consecuencia de esto se inventaron armaduras de un trabajo sólido y combinado con arte, especie de concha impenetrable, que á pesar de todo no privaba al cuerpo de la libertad de sus movimientos. Un hombre á pié no hubiera podido soportar una carga semejante, lo cual fué causa del predominio adquirido por la caballeria. Los estribos se inventaron para poder montar y apearse más facilmente, y los arzones para proporcionarse mayor comodidad en las marchas largas y proteger los riñones; dos progresos esenciales.

Bajo sus escamas de hierro los ginetes desafiaban los tiros de los arqueros y las picas de la infanteria, que desde entonces perdió toda importancia. Si se trataba de intentar un asalto ó de guerrear, es decir, llevar el pillaje á las ciudades vecinas, los vasallos eran llamados á las armas: bastando sólo que supiesen herir y mantenerse en su puesto. Si eran arrollados por el enemigo no habia que temer se desertasen; porque como ellos estaban ligados al terruño, volvian por necesidad á su cabaña, donde el señor los hallaba cuando volvia á necesitarlos.

Combatiendo los infantes al descubierto, quedaban espuestos á las mazas de hierro ó espadas de los caballeros, que hacian una verdadera carniceria: empleábase, pues, la infanteria, menos para ayudar en el combate que para proporcionar un abrigo á los ginetes, cuando vencidos ó fatigados llegaban á refugiarse en sus filas. En la batalla de Bovines (1214), el conde de Boloña habia dispuesto sus gentes de á pié en un vasto círculo donde se retiraba cuando se sentia cansado de combatir, para tomar aliento detrás de aquella empalizada viviente.

El probable que en España se habia concebido alguna organizacion mejor por la necesidad de oponer masas compactas á los sarracenos. Las pocas tradiciones que nos han quedado de aquel pais, nos demuestran sin embargo que el valor personal ocupaba el primer lugar, y lo que hizo admirar al Cid fué menos la gran habilidad de un general de ejército que el valor aventurero de un batallador (*campeador*). En las cruzadas, cada hombre adquiria importancia individual, ya como soldado de Dios, ya como medio de oponer la union al número, la disciplina al entusiasmo. Fué, pues, indispensable organizar mejor á los infantes, instruirlos, disponer para ellos almacenes, pagarles un sueldo, y asignarles cuarteles y banderas comunes. El ejemplo de los otomanos, que introdujeron los genízaros, enseñó á los europeos á formar ejércitos regulares. Las órdenes religiosas militares tuvieron desde luego que adoptar una mezcla de ejercicios y movimientos, gracias á los cuales obtuvieron ventajas sobre la demás tropa. Vemos tambien renacer en aquella época el arte de los sitios, con artificio semejante á los de los antiguos; pero el esfuerzo principal aun se verificaba sacrificando gran número de las gentes de á pié. Las cruzadas enseñaron tambien á reunirse en masas numerosas, y desde este momento vuelven á presentarse los grandes batallones. Sin embargo, los héroes de estas espediciones no han sido alabados, nunca como hábiles capitanes, escepto en el clásico poema de Tasso.

El invento del carroccio, tentativa que tuvo por objeto introducir algun órden entre los hombres recien emancipados, manifiesta que no existia entonces otra mejor, pero debian haber progresado los concejos, sobre todo en Lombardia, puesto que las milicias ciudadanas pudieron resistir á la habilidad guerrera de los Federicos, y sostener el choque de la caballeria alemana. Los capitanes instruyeron mejor los cuerpos que reclutaban, lo cual fué causa de su fortuna y fama. En efecto, hombres dedicados por eleccion al oficio de las armas debian poseer necesariamente la habilidad de las armas, si no el verdadero valor que nace del sentimiento del deber. De todos modos la fuerza aun consistia para ellos en la caballeria y en el peso de la armadura, cuando un nuevo invento vino á cambiar el aspecto de la guerra (41).

---

(41) Véase C. PROMIS en las disertaciones añadidas al *Tratado de arquitectura civil y militar* de Francisco de Jorge Martini. Turin, 1841.

OMODEI, *Del orígen de la pólvora de guerra*. Actas de la Academia de Turin, XXXIX.

La pólvora.—El *natron* ó *nitrun* de los antiguos eran una sustancia salina simple; pero no conocieron el verdadero nitro ni sus efectos, lo mismo que la fabricacion de la sal de nitro, es decir, la transformacion del nitrato de cal en nitrato de potasa. Acaso su conocimiento vino á Europa de la India y de la China, donde se le encuentra natural, y por azar se sabia ya el modo de mezclarle con carbon. Geber-ben-Haian, químico árabe, nos dice que su nacion conocia la sal de nitro en el siglo VIII. El monge Roger Bacon indica cómo se debe preparar para hacer fuegos artificiales y cuando se quiere conseguir una gran detonacion.

Se ha hablado mucho del fuego griego, y las últimas investigaciones enseñan que bajo este nombre se comprendian varios compuestos, cuyo ingrediente principal era la sal de nitro envuelta en una materia crasa. ¿Pero quién enseñó á mezclar setenta y cinco partes de esta sustancia con quince y media de carbon y nueve de azufre para producir la pólvora detonante? Se ignora. El monge aleman Schwartz, que se dice habia hallado casualmente esta combinacion, parece debe de ser colocado entre los seres fabulosos. Es probable que el secreto fuera traido por los árabes, que le obtuvieron de la China. Como aquel pueblo confinaba con la cristiandad por muchos puntos, introdujo sus usos en diferentes paises; y así es que vemos aparecer la fabricacion de la pólvora de repente en varias partes sin que se haga mencion de su inventor.

Ya hemos visto emplear cañones á los chinos contra los mongoles en 1222, en el sitio de Kay-fung-fu (42), y después por los árabes en las batallas dadas en España. Despues de muchas discusiones, parece demostrado que fueron conocidos por los cristianos en los primeros veinte años del siglo XIV. Son mencionados antes de 1316 por Jorge Stella, autor oficial de historias genovesas; después se habla en un documento en 1326 de las balas de hierro y de *cañones de metal* (43): tan falso es que se hayan servido por la primera vez en Italia en la guerra de Chioggia (1376-82). Los franceses se sirvieron de ellos en 1338, en Puy-Guillaume (44). Villani habla en la época de la batalla de Crecy (1346) como de una cosa que ya no era nueva, «de las bombardas que hacian temblar la tierra con tal estruendo, que parecia que Dios tronaba, no sin gran destruccion de gentes y caballos.» (45)

Hallamos, pues, que los franceses hicieron uso de la artilleria en 1338: los españoles, en 1343; los ingleses, en 1346. Se refiere que un polvorin voló en Lubeck en 1361 (46). En la época de la guerra de Forli en 1358, las tropas papales se sirvieron de bombas, y habia una fundicion de cañones en San Arcángel en la Romaña. En 1376, Andrés Redusio dió una descripcion exacta de la bombarda (47). Los otomanos emplearon la artilleria en 1384, y los venecianos se sirvieron de ella el mismo año, contra Leopoldo de Austria, y despues en la guerra de Chioggia. Segun Corio, Juan Ga-

---

GREEN.—*Tratado de la naturaleza, principios y fabricacion de diferentes clases de armas de fuego.* Lóndres, 1835.

DUFOUR.—*Memorias acerca de la artilleria de los antiguos y de la Edad Media.* Ginebra, 1840.

MORITZ MEYER, *Tecnologia de las armas de fuego.*

SKELTON, *Specimen of arms and armour.*

Los varios pasajes más antiguos, relativos á las armas de fuego, han sido reunidos por Samuel Meyrick en una memoria inserta en la *Arqueologia* de la Sociedad de los anticuarios. Véase tambien á LALANE.—*Ensayo sobre el fuego griego y sobre la introduccion de la pólvora en Europa, y principalmente en Francia* en las *Memorias* de la Academia de las Inscripciones. Paris 1843, y la obra de LUIS NAPOLEON BONAPARTE, *El pasado y el porvenir de la artilleria.*

(42) Tomo VI, págs. 57 y 126. Los cañones de que se habla anteriormente no eran más que flechas encendidas. Se sabe que después los chinos debieron á los jesuitas alguna mejora en el arte de fundir los cañones.

(43) En el archivo de las *Riformagioni* de Florencia, série 23, c. 65, se encuentra esta disposicion del 11 de febrero de 1326 publicada por Gaye, II, 8: *Item possint dicti domini priores artium, et vexillifer justitiæ, una cum dicto officio duodecim bonorum virorum, eisque liceat nominare, eligere et deputare unum vel duos magistros in offitiales et pro offitialibus at fatiendum et fieri fatiendum pro ipso comuni* pilas seu palloctas ferreas et cannones de metallo pro ipsis cannonibus et palloctis, *habendis et operandis per ipsos magistros et offitiales et alias personas in defensione Com. Flor. et castrorum et terrarum, quæ pro ipso Comuni tenentur, et in damnum et prejuditium inimicorum, pro illo tempore et termino et cum illis offitio et salaris, eisdem per Comune Flor. et de ipsius Comuni pecunia per camerarium camere dicti Comunis solvendo illis temporibus et terminis, et cum ea inmunitate et eo modo et forma, et cum illis pactis et conditionibus, quibus ipsis prioribus et vexillifero et dicto offitio duodecim bonorum virorum placuerit.*

En los registros públicos de Luca se encuentra con fecha 23 de agosto de 1382: *Cum per commissarios Lucani Comunis ordinatum fuerit quod pro munitione et tuitione civitatis Lucanæ fierent quatuor bombardæ grossæ, et sic per Johannem Zappetta de Gallicano jam duo fabricatæ sint, et in civitate Lucana ductæ; et denariis egeat præfatus Johannes pro fabricatione et constructione reliquarum,* etc.

El 27 de octubre de 1470. Pablo Nicolini pedia el permiso de construir en Petrayo un edificio con agua para pulimentar las espingardas, *Mem. de Luca*, II, 221.

(44) DU CANGE, *Glos.*, en la *Bombarda*, sacó esta nota de los registros del tribunal de Cuentas: *A Enrique de Faumechon, para tener pólvora y otras cosas necesarias á los cañones que están delante de Puy-Guillaume.*

(45) *Historias*, XII, 67.

(46) *Crónica eslavica*, pág. 208.

(47) *Est bombarda instrumentum ferreum cum trumba anteriore lata, in qua lapis rotundus, ad formam trumbæ habens cannonem a parte posteriori secum confungentem longum bis tanto quanto trumba, sed exiliorem, in quo imponitur pulvis niger artificialis cum salnitro et sulphure, et ex carbonibus salicis per foramen cannonis, prædicti versus bucam,* etc. De bellicis machinis, Mss.

leazzo Visconti poseia ya en 1397, treinta y cuatro piezas de artilleria, tanto de grueso como de pequeño calibre. Elmham (48), dice que en 1418, cuando un ejército inglés sitiaba á Cherburgo, los sitiados arrojaron cañones de hierro ardiendo para quemar las tiendas del campamento (*massas ferreas rotundas igneis candentes fervoribus á saxivomorum faucibus studuerunt emittere*). Los polacos conocieron después estos instrumentos de destruccion. Los rusos se sirvieron del cañon en 1482, en el sitio de Felling en Livonia, y los suecos trece años después. En 1488, Ivan III, vencedor de los tártaros, llamó á Moscou al genovés Pablo Bosio para fundir allí cañones, de los cuales uno trasladado al Kremlim, fué nombrado por su calibre el Emperador de los cañones (*czar pusca*).

Cañones.—Los cañones se emplearon en su orígen, en union de otras máquinas de guerra. Estaban hechos con planchas encajadas en duelas de madera, que sujetaban aros de hierro. Después se fundieron de hierro; luego cuando se conocieron sus faltas, se recurrió á una mezcla de cobre y estaño. A principios de 1400 el cañon de mayor calibre no pesaba más de ciento quince libras; pero hácia 1470, aparecieron gigantescos. Allegretto Allegretti, en 1478, dice que en Siena «se ensayó nuestra gran bombarda de dos pedazos, hecha por Pedro llamado Campana. Tiene de longitud siete brazas y media, á saber: el cañon cinco brazas, y la culata dos y media. El cañon pesa catorce mil libras. Dispara de trescientas setenta á trescientas ochenta libras de piedras, segun la piedra.» (49) Habla después de la bombarda del papa, de seis brazas y un tercio de larga, y que contenia trescientas cuarenta libras de balas. Dábase á veces á una pieza, además del terrible nombre que recibia (50), figuras estravagantes, como la que se veia en el castillo de Milan fundida de hierro «en forma de leon, de tal manera, que al verla se creeria ver uno de aquellos animales tendidos» (Filarete). Se imprimian en las balas palabras ó figuras (51), lo que dañaba la certeza del tiro; y la serpentina, la culebrina, el falconete, el basilisco, el águila, el gerifalte, el áspid, el martinete, el caza-cornejas, etc., indicaban diferentes clases de cañones, no habiéndose pensado hasta el siglo pasado en darles á todos un solo calibre ó dos.

Como al principio no se trataba de obtener de los cañones sino efectos iguales á los de las catapultas, balistas y otras máquinas de la balística antigua, de que se cuentan maravillas (52), se creia llegar mejor á aquel resultado haciéndolos de un grueso enorme. Si separamos las aserciones demasiado vagas, encontramos la enunciacion precisa de proyectiles desmedidos, que generalmente eran de piedra, pero á veces de hierro y de bronce (53). Refiere Monstrelet que se fabricó en Tours una bombarda que desde la Bastilla alcanzaba hasta Charenton; pero la culebrina de Nancy, fundida en 1598, que tenia ciento veinte pies de largo, es decir, más que ninguna vista en Francia, convenció que pasados ciertos límites la fuerza de la pieza no está en proporcion de su longitud (54). Continuaron haciendo, sin embargo, mucho tiempo grandes cañones, probablemente para los sitios. Se citan principalmente las enormes piezas de los turcos; si bien sus efectos fueron muy inferiores á lo que se aguardaba de ellas. La artilleria de los otomanos era una de las más formidables (55). Se decia tambien que la arcilla de las aguas dulces de

---

(48) *Vida de Enrique V.*, pág. 155.

(49) *Rer. ital. Scrip.* XXIII, 794.

(50) La Víbora, el Elefante, el Búfalo, el Diluvio, la Ruina, No más palabras, el Gran diablo, el Terremoto, etc.

(51) Los cañones del siglo XV tenian grabados el nombre en relieve, y además algun mote. Así en un *sacro* del arsenal de Venecia se leia:

Chiamata son la fiera serpentina
Che ogni forteza spiano con ruina.
Llamada soy la fiera serpentina
Que allano fuertes con inmensa ruina.
1508 *Opus Thome D. Fr.;*

y en una espingarda, *Mi poderoso nombre;* en una culebrina, *Nadie me espere;* en otra, *No más palabras.* En 1831 se encontró en Argel un cañon muy grande, con la inscripcion siguiente:

Quand' io mi nutrido di polve e foco,
Ogni terrena possa
Contro ai vomiti mi ei cederà il loco.
Cuando de polvo y fuego yo me nutra,
Todo poder humano
Ante mí depondrá su orgullo vano.

(52) En el sitio de Zara, en 1346, se lanzaron piedras de 3,000 libras. Los genoveses hicieron jugar en el sitio de Chipre, en 1373, una balista que lanzaba de 12 á 18 *cantari* de 150 libras cada uno (la libra veneciana es 0,477 de la libra métrica: eran pues 1,287 libras en Chipre, y 1,431 en Zara). Este sitio costó á la república más de tres millones de ducados, es decir, diez y ocho millones de pesetas

(53) Se habló en 1405 de las bombardas que lanzaban balas de 400 á 500 libras (Sanuto XXII, 817); de una pieza de 530 libras en 1437 (Neri Capponi, XVIII, 1285); de otra de seis *cantari* genoveses en 1420 (Stella, XVII, 1282); de varios de 1,000 y 1,200 libras en 1453.—(Martene, *Thes. nov. anecd*, I, 1820). Los turcos continuaron lanzando piedras con los morteros; y cuando los ingleses forzaron en 1809 el paso de los Dardanelos, llevaron en triunfo una bala de granito de 770 libras de Francia.

Segun las últimas experiencias hechas en Metz por los señores Piobert y Arturo Morin, se puede dar á un obus del calibre de 12, que pese 4 kilógramos, una velocidad de 745 metros por segundo; la mayor que se ha comunicado á un proyectil.

(54) Hace algunos años que se ha colocado en el arsenal de Metz una pieza de bronce de 90, que con su cureña, pesa 14,000 kil. y sola 11,000. Tiene 4 metros y 61 centímetros de long.; su bala del calibre de 0'27 pesa 78'50. Fué tomada por los franceses en la fortaleza de Ehrensteim, enfrente de Coblenza, en 1798. Véase *Eco del Este.* Diciembre de 1841.

(55) Refiérese que en el sitio de Rodas se arrojaron

Constantinopla, era más adecuada á la fundicion de cañones. Así es, que durante la guerra de Candia (1645-69), se cargaba gran cantidad de ella en navios de línea, y aun en mercantes, aunque la esportacion estaba prohibida (56).

La carga de los cañones proporcionaba mucho trabajo y causaba gran pérdida de tiempo. Era preciso destornillar la culata, y echar la pólvora que se encerraba en ella bajo un tapon; enseguida se volvia á ajustar y se sobreponia la bala, todo esto después de haber mojado el tubo con agua ó con lienzos húmedos. Cuando después se colocaban en bateria en un paraje, no se sabia trasladarlos á otro segun la necesidad lo exigiera, de donde resultaba que escelentes para batir las murallas, embarazaban considerablemente los movimientos de un ejército en campaña. Por eso continuaron sin grande importancia en todo el curso del siglo XV, y no hicieron cambiar todavia las torres redondas y los simples fosos de las fortificaciones por el sistema de los bastiones angulosos y de las obras avanzadas. El enorme cañon que Mahomet II dirigió contra Constantinopla, no disparaba más que siete veces al dia: no por eso dejó de reventar, y se tuvo por admirable la idea que concibió su constructor de humedecerlo, después de cada disparo, con aceite. Se señaló como un acontecimiento que Francisco Esforcia, durante el sitio de Plasencia, hubiese disparado sesenta tiros de bombardas en una noche (57), y que en el asedio de Scutari en 1478, once cañones hubiesen disparado ciento ochenta y ocho tiros, número inaudito hasta entonces. Aun á mediados del siglo XVI, la escuadra francesa y la escuadra inglesa que combatian en la Mancha, se envanecieron por haber cambiado en dos horas trescientos cañonazos. Esto parece estraño ahora cuando se piensa que una nave puede disparar dos mil libras de hierro cada minuto y seguir tirando por espacio de diez horas. Pertenece al siglo XVI la bella y sencilla idea de nombrar las piezas con arreglo á la anchura de sus bocas, y después dividirlas en dos especies, segun la longitud del tubo, llamando culebrinas á las largas y cañones á las cortas.

Cárlos Brisa, bombardero normando, es presentado por Dávila como inventor de la artilleria volante; pero ya la vemos empleada en 1468 en la batalla de la Molinella. Los franceses fabricaron cañones ligeros, que se llevaban en carretones, pudiendo ser trasladados de un punto á otro hasta por un solo soldado; y en la guerra de Italia emplearon unos extremadamente fáciles de manejar, hechos de un tubo de cobre con el espesor de un escudo, el cual estaba encerrado en un estuche de madera revestido de cuero. Un par de bueyes lo arrastraba, y otro par tiraba del carro en que iban las balas de piedra y las demás municiones: las balas de hierro no se generalizaron hasta el año 1500.

La solidez servia de estorbo en las piezas de campaña, y era al contrario necesaria en las de plaza, por lo cual se las distinguió unas de otras. Federico de Prusia empleó con éxito la artilleria de campaña en la guerra de 1741, y de él aprendieron á usarla los austriacos; pero los franceses se obstinaban en seguir el antiguo sistema, persuadidos de que cuanto más gruesa y larga es la pieza, tiene más alcance y mejor punteria. Sólo en 1776 fué cuando Juan Bautista Gribeauval, después de repetidos experimentos, distinguió tambien en Francia la artilleria de sitio de la de campaña, y redujo las baterias á la unidad que exige la táctica, esto es, á un número fijo de bocas de fuego y de arcones.

Segismundo Malatesta, de Rimini, fabricó en 1460 las bombas de bronce formadas de dos hemisferios reunidos por asas de hierro con una mecha en el orificio, y que se disparaban con morteros de ánima en figura de campana. En 1524, Juan Bautista de la Valle, de Venafro, enseñó á fundir granadas: de consiguiente, es equivocacion suponer que se emplearon por la vez primera en el sitio de Wachtendonk en 1588 (58). De las armas homicidas inventadas en nuestros dias tendremos algo que decir, y baste consignar que en 1885 se espuso un cañon que tenia de largo 11'30 metros, con un peso de 37 toneladas, que á la distancia de 20 kilómetros lanza un proyectil de un metro de largo y con un peso de 450 kilógramos.

Las minas usadas entre los antiguos y en la Edad Media, eran caminos subterráneos practicados para penetrar en las plazas, ó galerias construidas para minar los cimientos de las torres y de las murallas, que se desmoronaban de este modo. En breve se pensó en aplicar á ellas la pólvora, y la primera idea de esto ocurrió en 1405 durante el sitio de Pisa; pero esta innovacion no tuvo por el momento efecto ni resultado. Propusieron los teóricos á menudo las minas, pero los genoveses fueron los primeros que las practicaron en el asedio de Sarzanello, en 1487. Después de ellos las em-

---

balas de 11 palmos de circunferencia, es decir, 0'780 de diámetro, y de peso 645 kilg. *Itinerario de Santa Brasca*. Milan, 1481.

(56) DE HAMMER, lib. LV. En 1840 los ingleses se apoderaron en Aden, en la India, de tres cañones con inscripciones indostanas,

1.° largo 18 piés 2 pulgadas ½.
2.° » 17 » 1 » ½.
3.° » 15 »

(57) J. SIMONETTA, X, 432.

(58) El embajador veneciano Andrés Gussoni escribia lo que sigue: «El duque Cosme de Toscana se complace en los fuegos artificiales, y tiene el medio de hacer una bala con tanto arte, que salida de la pieza estalla donde quiere, cerca ó á treinta brazas de distancia ó á la mitad del camino, y donde quiera que alcanza y revienta, causa gran mortandad de gente.»

plearon los españoles perfeccionadas por el ilustre é infortunado Pedro Navarro, para hacer saltar el Castillo del Huevo en Nápoles, en 1502.

Pensóse desde muy luego en llevar bombardas dentro de las naves (59). Usáronse los petardos en el curso de las guerras civiles de Francia, y se emplean ante todo por los hugonotes en el sitio de Calais en 1580; cinco años después Lesdiguieres se sirvió de ellos útilmente para apoderarse de Montelimart y de Embrun. Hizo posteriormente progresos la artilleria durante la guerra de los Treinta Años. Gustavo Adolfo tenia trescientas piezas de artilleria bajo los muros de Nuremberg; Napoleon mil trescientas setenta y dos en Rusia, y muchas más en Bautzen y Lutzen. El obús, mortero perfeccionado, que dispara proyectiles huecos en tiro recto y curvilíneo, se halla empleado en 1693 en la batalla de Norwinde; el de Belidor fué ensayado en el sitio de Ath en 1697; y en 1779, la coronada, largo mortero inventado per Roberto Melville.

Muchos se han ingeniado para hacer más mortífera la artilleria: las balas rojas, que se vieron por la vez primera en el sitio de Cherburgo en 1418, contra Enrique V, fueron empleadas por los polacos en 1575; poco antes Valturo habia propuesto disparar globos de bronce llenos de pólvora.

Mosquetes.—Juan de Borgoña tenia en su ejército cuatro mil *cañones de mano*, y los suizos diez mil en Morat. Con este nombre se designan en un principio el mosquete y el arcabuz, sustituidos á la ballesta para disparar pequeños proyectiles y balas ó bellotas de hierro. Colocados en un principio en las fortificaciones, se hicieron portátiles luego (60). Se lee en la crónica de Forli, del canónigo Juliano, que en 1331 los desterrados de esta ciudad *balistabant cum sclopo versus terram*: la crónica de Este cuenta en el año de 1334 que el marques Reinaldo de Este contra Bolonia *præparari fecit maximam quantitatem sclopetorum, spingardarum*, etc. En 1346 la torre que se halla á la cabeza del puente junto al Po estaba guarnecida de fusiles. En 1381 el consejo municipal de Augsburgo envió treinta mosquetes al ejército de las ciudades imperiales, en guerra á la sazon contra los nobles de Franconia, de Suabia y de Baviera. En 1422 el emperador Segismundo llevó á Italia cincuenta mosqueteros: en 1449 los milaneses contaban veinte mil de ellos en sus milicias. Fueron los primeros mosquetes un tubo de bronce, luego de hierro, con pequeño agujero donde se aplicaba una mecha, cuyo fuego inflamaba la pólvora del cebo. A fin de evitar que reculase se le adaptó un borde realzado que se apoyaba en una horquilla de hierro, en la cual se fijaba el arcabúz (61) para descargarlo.

Como los infantes debian tener la horquilla en una mano y el arcabuz en otra, hubo que poner la mecha en la boca de un dragoncillo, que un resorte hacia caer sobre la pólvora de la cazoleta. En un principio pesaba la máquina cincuenta libras, poco más ó menos, lo cual la hacia de muy difícil manejo (62). Las primeras armas hechas de este modo aparecieron hácia el año de 1480. Las tropas de Cárlos V y de Leon X hicieron uso de ellas contra Parma en 1521: posteriormente se hicieron comunes en la guerra de los Paises Bajos.

Conviene añadir que la fabricacion de la pólvora y de los cañones de arcabuz era mala, y que no se sabia mantener el fuego ni emplear el fusil como arma defensiva; y así no se renunció á las antiguas armas: por las nuevas no depuso el suizo su pica, ni el inglés su arco. En un tratado manuscrito del milanés Lampo Birago, sobre el modo de hacer la guerra á los turcos, da la preferencia á la ballesta sobre el fusil, en atencion á que este úl-

---

(59) En el archivo de Médicis, legajo 45, se halla el original de la siguiente carta de Fernando, rey de Nápoles, á Lorenzo el Magnífico:

Rex Siciliæ

Magnifice vir, amice mi carissime,

«Habiendo oido decir que en el arsenal de esa señoria existe un constructor llamado maese Juan, que ha descubierto recientemente cierta clase de buques á que llama *arbatrocti*, los cuales llevan bombardas que disparan piedras de CCI libras, nos complaceríamos en aprender este invento y tendríamos empeño en ver el efecto que produce. En su consecuencia os rogamos que tengais á bien enviarnos al susodicho maese Juan para que enseñe á los nuestros el género de corte de los susodichos buques, y á fin de que podamos hacer construir uno á él ó á los nuestros para nuestra satisfaccion, porque en esto nos dareis gran placer, etc., etc.»

Datum in civitate Caleni (Calvi) XIII *jan.* 1488.

Rex Ferdinandus.

Joannes Pontanus.

(60) Antes de la invencion de la pólvora se llamaba *mosquete* á un arma de tiro, llamada así de una especie de gavilan, que trae su nombre de su instinto de dar caza á las moscas. Ya se halla el mosquete en 1378, y atravesaba las corazas á trescientos pasos, disparando balas de dos onzas. Juan Jacobo Vallhausen, gran capitan que escribia en 1615 sobre la infanteria, luego en 1616 sobre la caballeria, habla en detalle del manejo de esta arma.

(61) *Haken-büchse*, bombarda con gancho.

(62) «El arcabuz de fuego, llamado de otro modo de cuerda ó de mecha, era empleado por los arcabuceros tanto á pié como á caballo, los cuales en los dias de faccion llevaban diez ó doce pedazos de cuerda cocida colgados de su talabarte ó metidos en su cinturon, y llevaban siempre en su mano encendida una por un lado ó por los dos. Hé aquí como hacian fuego. Después de haber cargado el arcabuz y de haber vuelto la boca hácia el enemigo, teniendo la culata debajo del brazo derecho, cogian con la mano derecha uno de los estremos encendidos de la cuerda, que colgaba entonces de la izquierda y la colocaban en el serpentino: descubrian después la cazoleta en que se hallaba el cebo y ajustaban el serpentino al arcabuz, aplicaban el fuego de la cuerda á la cazoleta, que encendia la carga en lo interior.» GRASSI.

timo no es bueno más que para servir de cerca, y cuando se está cómodamente colocado, que se carga mal en batalla y se apunta peor todavia; que la humedad echa á perder la pólvora y apaga la mecha; que no tiene más alcance que la ballesta, y deja al soldado sin defensa mientras carga. Convenia hacer desaparecer estos defectos, y se consiguió poco á poco. Así fué en disminucion el número de ballesteros al par que se aumentó el de los arcabuceros. Sin embargo, Cárlos V llevaba todavia ballesteros á caballo para combatir á los berberiscos. Fourquevaux preferia igualmente los arcos y las ballestas á los arcabuces (63), y siguieron de este parecer grandes hombres dè guerra, hasta que se agregó al fusil la bayoneta.

Calificóse además la invencion de las armas de fuego, de cobardia y de inhumanidad: se pretendió que destruiria á la raza humana: que desde luego destruia el heroismo, pudiendo dar muerte el último villano al campeon más valeroso y más aguerrido. A lo menos es verdad que la nueva arma puso bajo un pié de igualdad terrible al villano y al baron, que hasta entonces le habia hollado impunemente con los piés de su caballo de batalla cubierto de hierro.

Hé aquí porque se perfeccionaron lentamente las armas de fuego. Parece debida á los árabes la carabina: otros dicen que á los calabreses, que armaban con ellas barcos llamados carabes. En la guerra de Picardia, en 1559, Enrique II de Francia, tenia un cuerpo de caballeria ligera que se servia de ellas. En 1550 hallamos ya pistolas, cuyo nombre se cree derivado de Pistoya, donde fueron inventadas en 1517. Fué inventado en Nuremberg el gatillo en que la serpiente llevaba un pedernal y girando bajo de él la rueda de acero, montada por medio de una manecilla, hacia saltar la chispa y prendia fuego al cebo. Este método debia tambien tener muchos inconvenientes, porque en Francia los ejércitos no abandonaron la mecha hasta 1703, cuando en virtud del consejo de Vauban, se sustituyó la bayoneta á las picas de la infanteria. Sábese que hasta fines del siglo pasado Francia era casi la única nacion que poseia el secreto de cortar las piedras de chispa con bastante facilidad para venderlas á un ínfimo precio.

Era imposible hacer frente con el mosquete á la caballeria, al par que se veia á los bohemios y á los suizos dispersarla con sus picas. Tratóse, pues, de combinar una y otra arma, y á esto se llegó con la bayoneta, inventada en Bayona en 1640. Primeramente se colocó en el cañon, lo cual tenia el inconveniente de impedir la descarga del fusil, y de ser de una ejecucion difícil en el momento de una repentina carga de caballeria; pero en 1681 se hicieron bayonetas de birola, es decir, con el mango hueco, y en el curso del siglo pasado, con el corte como se usan ahora. Empleóse la bayoneta por la vez primera, como un arma decisiva, bajo el mando del buque de Lorena en el sitio de Buda, en setiembre de 1686; y desde entonces se reconoció cada vez más la importancia de esta arma, que resolvia el gran problema de reunir en una sola arma los medios de combatir de cerca y de lejos; á la vez de tiro y de mano reducia á la infanteria á una espresion única, con un armamento único, sin exigir más que poco espacio y movimiento, é igualando las diferencias físicas entre los soldados.

Los españoles usaban de cartuchos en 1567 (64). Gustavo Adolfo dió cartucheras á su infanteria en 1620; pero parece que se ponia en la cazoleta una pólvora más fina y sólo en 1744 se prescribió en Francia emplear para el cebo igual pólvora á la del cartucho. Ya en esta época se habia introducido el uso de encajar en una caña de madera los arcabuces y los mosquetes. Se cree que la baqueta para cargar fué inventada por Mocchetto Veletri en 1526: los prusianos empezaron á servirse en 1703 de baquetas de hierro. Antiguamente se hacia salir el tiro por medio del choque del eslabon en la piedra de chispa; pero en 1777 se estableció en Francia el fusil tal como ha servido, salvo algunas modificaciones, en todas las guerras del primer Imperio napoleónico.

Al principio, así como se aumentó considerablemente el espesor de las murallas, del mismo modo los caballeros reforzaron las armaduras hasta tal punto, que segun el dicho de un contemporáneo, parecian yunques; pero no tardó en advertirse que semejante masa perjudicaba á la agilidad más de lo que ayudaba á la defensa, y principalmente después de las innovaciones indicadas por el capitan Jorge Basta, se abandonaron las corazas á los primeros comandantes y á un cuerpo distinto. Entonces creció la dificultad de sostener un puesto, y las batallas fueron más expeditas.

No hablaremos aquí de los numerosos sistemas de artilleria ensayados en todas las épocas, y en

---

(63) *Instruccion sobre el hecho de la guerra*, I, 4.

(64) No eran desconocidos en Italia, porque Juan Morosini, embajador de Venecia en Saboya, escribia lo que sigue en 1570: «Además de los marinos que su escelencia (Manuel Filiberto) embarca en sus galeras, tiene costumbre de llevar hasta ochenta ó cien para combatir. A cada uno de éstos les hace tomar dos arcabuces con una preparacion de cincuenta cargas con la bala y la pólvora juntas, bien ajustadas dentro de un papel; de manera, que una vez descargado el arcabuz, no hay más que hacer para cargarlo de nuevo, que poner de una sola vez este papel dentro del cañon con una prontitud increible. Uno de los forzados habituado á esta tarea, la desempeña en cada banco cuando la necesidad lo requiere: así mientras el soldado se ocupa en descargar su arcabuz, ya el forzado ha cargado y preparado el otro, de modo que sin ningun intérvalo de tiempo llueve el fuego de arcabuz con gran detrimento del enemigo y utilidad suya.» *Relaciones de embajadores venecianos*, série II, t. II, pág. 135.

cuya adopcion deben mostrarse los gobiernos muy circunspectos, tanto más cuanto que no tienen por objeto más que el mayor esterminio de hombres, y que seis meses después de empleados por una potencia se hacen comunes á todas. A principios del siglo XIX se pensó en aplicar el vapor á las armas. Hízose la proposicion en 1805 por Casseloup: Gerardo lo ejecutó en 1814: Perkins, en 1823, y el silesiano Besetzny en 1826. Perkins pudo disparar cada minuto cuatrocientas balas, que á la distancia de treinta y tres metros iban á aplastarse contra una plancha de goa; lo cual le hacia decir que una libra de carbon de piedra producia tanto efecto como cuatro libras de pólvora. Después de haber aplicado Fulton el vapor á las naves como fuerza motriz, se ocupó en hacerlo servir para su defensa. En su consecuencia construyó una fragata, cuya máquina, al propio tiempo que daba impulso al buque, enrojecia las balas, y agitaba trescientas hoces destinadas á impedir el abordaje, arrojando además de esto seiscientos sesenta litros de agua hirviendo cada minuto. Si algun dia se llegan á perfeccionar estos dos sistemas, ofrecerán poderosos medios de defensa.

Pero, ¿quién aguardaria encontrar cañones de vapor en Leonardo de Vinci, ó más bien en Arquímedes? En el manuscrito B, página 33, de los códices parisienses de Leonardo, hay varios dibujos de este gran pintor, anotados segun costumbre, y debajo de uno de ellos se lee lo que sigue: «Invencion de Arquímedes. El arquitrónito es una máquina de cobre fino que dispara balas de hierro con gran furor y estruendo. Se emplea de este modo: la tercera parte del instrumento se coloca en una buena cantidad de fuego de carbon: cuando el agua esté bien hirviendo, apretad el tornillo *b* que está sobre el vaso de agua *a*, *b*, *c*: apretando el tornillo desembocará por debajo, y toda su agua bajará á la parte enrojecida del instrumento: inmediatamente se convertirá en tan denso humo que parecerá maravilla, especialmente viendo la furia y oyendo el estruendo de la máquina. Este humo daba salida á una bala que pesaba un talento.» Se ve que Leonardo no presenta esta invencion como suya, sino que la atribuye á Arquímedes: la palabra *talento* induce á creer que la sacó de algun antiguo libro del sábio siracusano, hoy perdido. Quizá nos suministraria la prueba de que el poder del vapor, conquista característica de nuestro siglo, era conocido desde muy antiguo.

La artilleria tuvo un gran desarrollo en las guerras napoleónicas. Los cohetes á la Congrève han suministrado un nuevo instrumento de muerte, aunque su direccion no está todavia muy asegurada. Los obuses del sitio de Villantroys, más poderosos que los obuses ordinarios: el obus de batalla de los rusos, llamado unicornio; los cañones de bomba de Paixhans, la bala-metralla de los ingleses, los diferentes métodos de apuntar, son innovaciones que atestiguan en la ciencia militar adelantos iguales á los de las demás artes. Gran perfeccionamiento se introdujo en el fusil con haber adoptado el gatillo de percusion, con lo que se consiguió la rapidez del efecto, la exactitud y el alcance del tiro.

Esto se preparaba en la larga paz subsiguiente á 1815, pero muy pronto una nueva revolucion produjo notables estragos; entonces vinieron los fusiles de retrocarga, luego los de aguja y después casi todos los años una innovacion; á la pólvora se añadió el algodon fulminante, después la dinamita ó la panclastita: luego los cañones de acero hasta de 100 toneladas, de modo que cada carga puede costar millares de pesétas, y que se cargan con máquinas y se descargan con la chispa eléctrica.

La guerra de secesion en el Norte-América, la homicida de Crimea y aun la más sangrienta de Lombardia en 1859, probó las nuevas armas de precision y las balas cónicas, y hasta las balas esplosivas dentro de la herida. Un famoso atentado hizo que se conocieron las bombas de Orsini, que no han permanecido inactivas.

¡Cuán lejos estaba de esperar semejantes resultados el monje que, ocupándose quizá en alquimia, oyó por la vez primera la detonacion de la pólvora! Y sin embargo, aquel invento debia cambiar la índole de la guerra, hacer al valor independiente de la superioridad de la fuerza física, restablecer el equilibrio natural entre las personas, abatiendo de este modo la aristocracia, restaurar la autoridad real en Occidente, impedir que los paises civilizados vuelvan á ser presa de los bárbaros, y obligar á estos mismos á ilustrarse y pulirse; pero al propio tiempo debia herir la libertad de los pueblos dando la superioridad práctica á los poderes dominantes, dueños de la artilleria y de las fortalezas.

Otros descubrimientos.—Este siglo se señaló además por otros inventos. El médico Arnaldo destiló por la primera vez el aguardiente en el siglo XIV y pasó por mago. Los belgas y los liejeses se disputan el descubrimiento del carbon de piedra: es cierto que en 1347 los obreros empleados en estraerlo, formaban gran parte del ejército de Lieja; pero se distaba mucho entonces de sospechar que llegaria á ser uno de los más poderosos agentes de la industria humana. En esta época empieza tambien el uso de las vetas de sebo y de los naipes (65).

Anteojos.—Roger Bacon para aumentar el tamaño de las letras (lo cual obtenian los antiguos por medio de un globo de vidrio lleno de agua), tuvo la idea de armar sus ojos con un vidrio de segmento de esfera. Se leia sobre un sepulcro en Santa Maria la Mayor de Florencia: *Aqui yace Salvino de Armato, de los Armati de Florencia, inventor de los anteojos. ¡Dios le perdone sus pecados! Anno* D. MCCCXVII. Pero otros atribuyen

(65) Véase t. V, pág. 248.

este invento al monje pisano Alejandro de Espina, que quizá no hizo más que divulgar este procedimiento, secreto en un principio. En el tratado del Gobierno de la familia, del florentino Sandro de Pipozzo en 1299 se lee: «Me encuentro tan cargado de años que estaria en la imposibilidad de leer ni de escribir sin los vidrios llamados anteojos *(okiali) recientemente hallados* para la comodidad de los pobres viejos cuando se les debilita la vista,» y el famoso monje Jordan de Rivalta predicaba en Florencia el 23 de febrero de 1305: «No han trascurrido aun veinte años desde que se inventó el arte de hacer los anteojos... y yo ví al que los hizo, y hablé con él.»

Cámara óptica.—Leon Bautista Alberti hizo una caja, y mirando á ella por una abertura se descubrian montes y llanos, y servia tambien para ver de noche las constelaciones. De consiguiente, desde entonces existia la cámara óptica atribuida á Juan Bautista Porta.

Esclusas.—Creemos poderle atribuir el invento de las esclusas. Unos dicen que se debe á Leonardo de Vinci, otros á Dionisio y á Pedro Domingo de Viterbo, en 1481; pero en el tratado *De re edificatoria* del espresado Leon Bautista Alberti, dedicado á Nicolás V, en 1452, está descrito este procedimiento tal como se practica ahora, y no se presenta como cosa nueva, sino ya en uso (66). Han pretendido los holandeses haberse anticipado en esto á los italianos, porque hacen remontar este invento al año 1220. Pero si se lee con atencion el tratado *De la fortificacion por esclusas* de Simon Stevin, ingeniero del príncipe Mauricio de Nassau, impreso en 1608, se reconocerá claramente por las figuras que las esclusas con dos compuertas que describe, servian sólo para remontarse con el flujo á los canales que desembocan en el mar, y no para bajar allí después del reflujo, como se podria hacer con las italianas. Este invento debió ser llevado á Francia por Leonardo de Vinci en los primeros años del siglo XVI, y á los lombardos recurrian entonces los franceses para sus trabajos hidráulicos más difíciles; de esta manera es como fray Jocondo, dominico de Verona, fué llamado á Paris en 1507 por Luis XII para construir allí el puente de Nuestra Señora y el Pequeño Puente.

Correos.—Una nueva comodidad resultó tambien del establecimiento de los correos. Refiérese que Ciro los introdujo en Persia; se remontan en la China y el Japon á tiempos mucho más antiguos; y los españoles á su llegada á América, encontraron relevos de corredores, perfectamente escalonados de Cuzco á Lima. Augusto pasó por haber establecido el primero los correos en Europa, pero no servian más que trasmitir regularmente y con celeridad las órdenes del gobierno á los diferentes puntos del imperio, entonces muy estenso; además de que proporcionaban la facilidad de procurarse caballos, ya á los empleados, ya á aquellos á quienes el gobierno concedia privilegio. Lo mismo hemos visto entre los mongoles. Se pretende que los caballeros teutónicos organizaron desde el año 1276, el correo para cartas en Marienburgo, y que lo estendieron por toda la Prusia Occidental (67). Quizá desde el tiempo de Carlomagno la universidad de Paris tenia el privilegio de enviar con beneficio del establecimiento las cartas de los particulares. Por una ordenanza de 1464, Luis XI estendió el servicio de correos á toda la Francia *en atencion*, se dice, *que es muy necesario á nuestros asuntos y á los del Estado, saber con prontitud noticias de todas partes, y hacer saber de nosotros cuando nos parezca útil.* Pero los doscientos treinta correos y los inspectores de su servicio hicieron pesar sobre el pueblo un nuevo cargo, sin que sacase ninguna ventaja. Las murmuraciones que hizo oir determinaron á Luis á permitir que los particulares se sirviesen de los caballos del correo real y mandasen sus cartas por esta via. Durante las guerras de religion, esta facilidad en las comunicaciones que podia ayudar á estender las ideas hostiles, pareció ofrecer peligro, y se prohibió bajo pena de muerte emplear caballos de posta. En tiempo de Enrique IV, se determinó al servicio de correos, y se fijó una tarifa, de la que resultó una renta para el Estado. En el mes de mayo del año 1630, se crearon maestros de postas y correos, cargos hereditarios, cuya venta fué por espacio de cuarenta y dos años la única ventaja que sacó el gobierno de esta regalia. Sully vendió el empleo de general de correos en 32,000 escudos. Richelieu, en 1629, le adjudicó por 350,000 pesetas; Louvois, en 1676, redujo á una sola administracion las de los diferentes departamentos, y los correos se adjudicaron á Lázaro Petit por 1.200,000 libras. Esta suma se aumentó con

(66) Libro X, c. 12. *Claudetur aquæ de fluvium cataractis; claudetur et valvis. In utrisque, latera lapidea pilarum ope firmissima debentur. Cataractæ pondus tollemus sine hominum periculo, adhibitis ad tractorium fusum rotis dentalis, quas veluti in horologio moveamus dentibus alterius fusi ad id opus ad motum adactis; sed omnium commodissima erit valva, quæ medio sui habeat fusum statutum ad perpendiculum, vertibilem. Fuso appingetur valva quadrangula, ut pansa adsit, velut in oneraria navi quadratum explicatur velum, quod hoc suo brachio possit ad proram puppimque circumagi. Sed valvæ istius brachia erunt non coæqualia, altero enim paullo erit retractior ad digitos usque tres; nam fiet tunc quidem ut uno a puero reseretur, et rursum sponte claudatur, vicente ponderibus latere prolixiore. Duplices facito clausuras, secto duobus locis flumine, spatio intermedio quod navis longitudinem capiat ut, si, erit navis conscensura, cum eo applicuerit, inferior clausura occludatur, aperiatur superior; sin autem erit descensura, contra claudatur superior, aperiatur inferior: navis eo pacto cum ista parte fluenti evehetur fluvio secundo.*

(67) M. MATHIAS, *Ueber Posten und Post-regale*, 1835.

tal rapidez, que en la época de la revolucion, los correos producian al tesoro 12.000,000 al año.

Fernando é Isabel, después de la toma de Granada (1492), los establecieron en sus Estados (68). En Inglaterra las comunicaciones eran nulas para el esterior, escasas en el interior; habia poco comercio y mucha ignorancia. Sólo el rey tenia necesidad de mandar cartas para convocar á los barones de todas las provincias, lo que les ocasionaba un pesado gasto. En 1481, durante las guerras de Escocia, estableció Eduardo IV correos de veinte en veinte millas, que entregándose las cartas unos á otros podian hacerlas recorrer doscientas millas en dos dias. En 1548, Eduardo VI determinó el alquiler de los caballos. Cárlos I pensó algo en hacer aprovechar á los particulares de esta comodidad; pero sólo en tiempo de Cromwell fué cuando los correos se organizaron. El parlamento colocó bajo su dependencia al maestro general de postas, y el monopolio se reservó al gobierno. Se decretaron tarifas, exenciones á ciertos oficios, y sutilezas fiscales que no han durado menos de doscientos años, se multiplicaron. Cuatro años después de estos reglamentos (1664), los correos producian 525,000 pesetas; en 1723, 5.040,000; en 1797, 15.175,000, y después mucho más.

La *estafeta* para el servicio interior de la ciudad, no data en Paris sino desde el año 1759, fué establecido á ejemplo del de Lóndres, donde ya subsisten en 1683 y servida en Lóndres por los *omnibus*.

Los lombardos introdujeron los correos en Alemania; Francisco Gabriel de los Tassi ó Taxis, conde de la torre de Valsassina, fué el primero que estableció en tiempo de Federico III, un correo al Tirol; su sobrino Francisco organizó otro de Bruselas á la frontera de Francia, y otro tercero de Bruselas á Viena. Eran correos á caballo: primero no se cambiaba más que el caballo, pero después se cambiaron tambien los postillones. No hacian en su orígen más que el servicio público; después los negociantes y particulares pudieron tambien confiarles sus cartas mediante una retribucion; entonces se elevó el producto de tal manera, que Francisco para conservar el privilegio, se comprometió á hacer gratuitamente el servicio público de correos; y en 1516, Maximiliano I le confirió el título de maestro mayor de postas en los Paises Bajos: la dieta de 1522 dispuso después que se organizarian otras segun las necesidades. Leonardo Taxis les dió estension en 1543, dirigiéndo los de los Paises Bajos por Lieja, Tréveris, Espira, el Wurtemberg, Ausburgo y el Tirol, hasta Italia y Alemania. Rodolfo II prohibió cualquier otra manera de circular las cartas. Lamoral, baron de Taxis, tuvo en 1615 el empleo de maestro mayor de postas del Imperio como feudo hereditario. Pero cuando los diferentes Estados conocieron el provecho y utilidad de los correos, quisieron disfrutar de ellos por su propia cuenta y establecieron otros particulares, á pesar de las reclamaciones del emperador y de los Taxis. El congreso de Viena sostuvo á estos últimos su privilegio en veinte y tres Estados de la Confederacion, que no han logrado emanciparse hasta últimamente. La Dinamarca, la Suecia y la Rusia no organizaron correos hasta principios del siglo pasado.

Al mismo tiempo que los correos facilitaron las comunicaciones de los particulares, ayudaron á los gobiernos á echar los cimientos del poder central que entonces se esforzaban en constituir, y que fué verdaderamente la obra social del siglo que entramos á describir. Desde entonces la rapidez de las paradas (69) y la facilidad de las comunicaciones fueron siempre en aumento. La Inglaterra ha introducido últimamente en este servicio una mejora notable, adoptando un pequeño seño engomado, con cuyo medio el porte de las cartas queda franco por un leve precio, lo que evita todo el tiempo que se pierde en ponerlas el precio, sellarlas y verificar la cobranza (70).

---

(68) En los más brillantes años del siglo XVI, escribiendo el cardenal Bibiena á Julian de Médicis, entonces en Turin, le hacia un cargo de no haber dado noticias suyas al papa: «No os escuseis diciendo que encontrándoos en un paraje estraviado, no habeis sabido por donde dirigir vuestras cartas, porque podiais enviar á cualquier hora un espreso, ya á Génova, ya á Plasencia.» *Cartas de los príncipes*, tomo I, pág. 15.

(69) En 1635 se necesitaban tres dias y tres noches para ir de Lóndres á Edimburgo. En Francia Luis XIII habia dispuesto se hiciese una posta cada hora; pero las frecuentes paradas causaban una pérdida de tiempo igual á ésta. La Revolucion hizo acelerar mucho este servicio.

(70) Reforma de Rowland-Hill, del 17 de Agosto 1839, y después del 6 de Mayo de 1840. Esta ley, que ha hecho uniforme el precio de las cartas en el interior, sea cualquiera la distancia de que procedan, ha aumentado considerablemente el número de las espediciones y productos. En una semana de Noviembre de 1839, circularon con el antiguo sistema 1.585.973 cartas; en una del mes de Junio siguiente, con el nuevo sistema 3.221,206.

Se ha calculado que 120 cartas tarifadas, exigen tres horas para ser distribuidas; no se necesitan más que diez y seis minutos para el mismo número de cartas franqueadas. En 1837 y 1838 el total de cartas puestas anualmente en circulacion en los tres reinos fué de 80 á 84 millones. En 1840, ascendió á 168.000,000.

En 1882 existian en Inglaterra 14,519 administraciones de correos, que despacharon 1,281.000,000 cartas; 144.000,000 tarjetas postales y 429.000,000 de periódicos, con un ingreso de 6.733.427 libras esterlinas y un gasto de 4.135,639.

En el año 1885-1886, los correos italianos tuvieron el siguiente movimiento:

Administraciones existentes, 3,852; cartas franqueadas, 138.514,009; no franqueadas, 5.186,676; certificadas, 9.747,980; aseguradas 15,722; tarjetas sencillas 32.005,417; dobles, 3.515,681; pliegos de manuscritos, 6.193,839; muestras de mercancias, 3.999.016; impresos periódicos,

La propagacion de los telégrafos dió á todo una rapidez, como ninguno hubiera podido imaginarla.

119.316,108; [no periódicos; 49.934,984; correspondencia oficial exenta de tasa, 46.014,219. Total gen. 414.443,641.

Valores declarados de las cartas aseguradas 13.552,842.

Paquetes importados, 4.736,491; esportados, 4.743,693; á domicilio, 967,919.

Valores emitidos, 4.496,084.—Pesetas. . . 547.348,562
Valores pagados, 4.822,024.—Pesetas. . . 577.281,181
Gastos: 33.204,415 pesetas.—Ingresos. . 38.111,518

CAPÍTULO II

IMPERIO DE ORIENTE.

La toma de Constantinopla por los cruzados parecia haber despertado allí la vida, y muchos nobles, arrancados á un lujo afeminado y á una ociosidad verbosa, habian tomado las armas y corrido á apoderarse de aquel despedazado territorio (1). Alejo Comneno fundó el imperio de Trebisonda, al Sud del Ponto Euxino (1204), que duró largo tiempo: Miguel Comneno ocupó á Durazzo, el Epiro, la Italia, la Acarnania (1206): Teodoro Lascaris conservó la Bitinia: la Frigia, la Misia, la Jonia, la Lidia, y consolidando su poder con la derrota del sultan de Iconio, instituyó el imperio de Nicea (1222). Juan Ducas Vataces, su sucesor, gran político en concebir un proyecto y héroe en la ejecucion, no se sometió á los nacionales ni á los extranjeros. Vencedor de los latinos en muchas ocasiones, sitió por tres veces á Constantinopla. Procuró inspirar amor á las letras y hacer adoptar costumbres sencillas; hizo cultivar por su cuenta una gran parte de las tierras que habian quedado baldias, lo que fué para él un manantial de riquezas y un ejemplo para los demás príncipes. La emperatriz recibió de él el regalo de una diadema comprada con el producto de los huevos. Muchos griegos, huyendo del yugo de los latinos, se refugiaban á su lado; los nobles, en vez de robar, se ocuparon en hacer valer sus tierras, y lo que sobraba de las necesidades en granos y animales se vendia á los turcos.

Teodoro Lascaris II, su hijo, tuvo un reinado tan corto como lánguido (1255). Desconfiado y tenaz, acusaba de sus males á los magos y envenenadores. Juan Lascaris, de seis años, ascendió al trono después de él, bajo la tutela (1259) de Miguel Paleólogo, hombre de sangre ilustre, educado como condestable de los mercenarios franceses. Parco, afable, tenia habilidad en conciliarse el afecto, sobre todo del clero, como tambien en escapar de las asechanzas que le tendian la envidia de los soberanos, y se habia dispuesto de esta manera á atreverse á todo. En efecto, no tardó mucho en obligar á su pupilo en aceptarlo por colega. Después se hizo coronar solo (1260), y trató de cubrir con la gloria una usurpacion. Declaró la guerra á Balduino II, que reinaba entonces en Constantinopla; luego le concedió una tregua. Duraba aun, cuando marchando el césar Alejo contra los búlgaros, halló una buena ocasion para sorprender á Constantinopla, y penetró en ella sin encontrar la menor resistencia (1261); Balduino huyó á Italia, y cesó de existir el imperio de los latinos en el Bósforo.

Paleólogos.—Habíanse retirado con el último emperador los barones francos; los individuos oscuros permanecieron en sus casas y volvieron los antiguos señores. Al entrar en Constantinopla por la puerta de Oro, bajo la cual pasaban los antiguos emperadores á su vuelta de las espediciones que se adornaban con el nombre de triunfos, y que comunmente no eran sino vergonzosos reveses, echó pié á tierra Miguel é hizo llevar delante de sí una Vírgen; como si hubiera vuelto por la Madre de Dios, así como Pericles lo habia sido por Minerva á Atenas. Después de haber hecho sacar los ojos á Juan Lascaris, se hizo proclamar emperador y comenzó la dinastia de los Paleólogos.

Limitábase entonces el imperio bizantino en Asia á la Paflagonia, la Misia, la Bitinia, la Gran Frigia, la Caria y una parte de la Cilicia, el Asia Menor estaba ocupada casi enteramente por los mongoles sultanes de Iconio; el imperio de Trebizonda se sostenia independiente. En Europa, el reino búlgaro se estendia desde el Hemo hasta el

(1) Véase tomo V, págs. 521 y 522.

Danubio; la Servia desde este rio hasta el Durazzo, á lo largo del Drin-Blanco. En fin, Miguel no habia reconquistado sino las costas situadas al sudeste del Peloponeso, de modo, que subsistian los principados establecidos por los cruzados en el centro y al mediodia de la Grecia.

Los genoveses, que para humillar á los venecianos habian ayudado á Miguel á recuperar á Constantinopla, obtuvieron bastantes ventajas y el arrabal de Pera. Pisa y Venecia conservaron además sus antiguos privilegios y jueces particulares; el cónsul de los pisanos, el podestá de los genoveses y el bailio de los venecianos ocuparon un puesto entre los grandes oficiales de la corona de Constantinopla.

Habiendo escomulgado el patriarca Arsenio á Miguel Paleólogo como regicida, éste le depuso y confinó á un islote de la Propóntide, donde no tuvo para vivir más que tres piezas de oro ganadas copiando salmos. José, que le reemplazó, levantó á Miguel la escomunion; pero los partidarios de Arsenio formaron un cisma que con el tiempo destrozó el imperio. Favoreció Roma al desterrado; entonces Miguel para hacer desistir de la cruzada con que le amenazaban los anatemas del Padre Santo y las instigaciones de Balduino, propuso reconciliarse con la Iglesia latina. Suspendió, pues, Clemente IV los preparativos de Cárlos de Anjú, que se habia hecho ceder los derechos de Balduino; por su parte Miguel, aunque encontró resistencia entre los obispos, envió diputados al concilio de Lion (1274), y el símbolo de Nicea fué cantado en griego y en latin con la adicion de la palabra *filioque*, asunto de la diferencia. Pero pocas personas quisieron reconocer el nuevo patriarca Juan Vacco, de quien se separó la mayor parte del clero y de la nacion, á despecho de prisiones y suplicios. Dió largas Miguel al asunto, y acusándole el papa de perfidia le escomulgó, medida que le hizo desgraciado hasta su muerte.

Andrónico II, que le sucedió (diciembre de 1283) arrojó á Vacco y le sustituyó Jorge de Chipre, su hechura, destituyendo los obispos que se habian adherido á la union; de aquí cuestiones, que de la escuela pasaban á la plaza pública y á la corte. No es que en Oriente se viese nunca entre el sacerdocio y el trono la oposicion que trastornó la Europa; por el contrario, los patriarcas estaban siempre allí bajo la dependencia del soberano, de tal manera, que esta Iglesia no tuvo nunca un derecho canónico propio, ni una coleccion de decretales, en atencion á que no reconocia en el jefe de la Iglesia el derecho de emitir decisiones (2); pero la eleccion del patriarca era de gran importancia, por la eminente posicion que ocupaba: esta era la razon por la que las facciones se mezclaban en ella activamente, luchando, no como en Occidente por la libertad de la Iglesia, sino por ambiciones clericales y el triunfo de un partido. Los arsenitas espusieron que en tiempo del concilio de Calcedonia los Padres habian colocado una copia del decreto contra Eutiquio en la caja de santa Eufemia, y que habiendo abierto la mano la santa, la tomó, besó y restituyó á los obispos. Pidieron, pues, que se renovase esta prueba en las circunstancias presentes, y obtuvieron el hacerla sobre el cuerpo de san Juan Damasceno.

Habiendo llamado Andrónico á Constantinopla á Miguel Angel Ducas Comneno, príncipe de Epira, dió la órden de prenderle, pero como huyese, fué muerto por los que le perseguian, y con él concluyó uno de los Estados nacidos de la conquista de los latinos. Quedaba Chipre, dada por Ricardo Corazon de Leon á Guido de Lusignan, cuyos descendientes conservaron algun tiempo esta corona, y trasmitieron después el título á diferentes familias.

Los turcos.—En esta época fué en la que los turcos se mostraron por primera vez en Europa. Desposeido Azzedin Kai-kau, sultan de los seldjúcidas de Iconio por Rokneddin, se espatrió con doce mil turcos, y se estableció, con el consentimiento del emperador, en el lugar llamado aun Tartaria Dobrujé, entre Silistria y las bocas del Danubio. De aquí dirigió la vista á la ciudad imperial; pero Miguel, que lo supo, le condenó á muerte. Huyó Azzedin y fué á pedir asilo y socorro al gengiskanida Berké-kan, que pasando el Danubio por el hielo, se acercó á Constantinopla, y llevó toda esta colonia á la Crimea. Un millar de turcos que habia quedado en la ciudad recibieron el bautismo, y fueron alistados en la guardia de los turcópolos, ó turcos convertidos. Pero los que habian conservado su libertad comenzaron á hacer conquistas sobre el imperio, lo que decidió á Andrónico á tomar á sueldo á los almogávares ó catalanes, aventureros que gozaban de una reputacion novelesca.

Almogávares.—Las tropas mercenarias eran en la Edad Media la plaga que la guerra dejaba á la paz, como en el dia las deudas públicas, y los impuestos destinados á estinguirlas. Acostumbrados los catalanes á pelear con los moros en su patria, con pocas necesidades y un valor que rayaba en ferocidad, se habituaban á la sangre y al pillaje; después cuando no encontraban ya en su patria botin en que hartarse, iban en busca de aventuras al sueldo de los extranjeros. Algunos de ellos fueron con el rey de Aragon á arrancar la Sicilia del poder de los Angevinos. Cuando finalizó esta guerra, quiso enviarlos á su patria; pero ellos le contestaron que eran libres, y después de haber asolado la isla por su propia cuenta, no conociendo otra patria que su campo, otros bienes que sus armas, ni otra virtud que su valor, ofrecieron sus servicios

(2) En tiempo de Andrónico el Jóven, el monge Mateo Blastares compuso una obra elemental para facilitar el estudio de las leyes eclesiásticas publicadas por los concilios y los emperadores. Esta *Esposicion* (σύνταγμα), bajo forma alfabética, es el orígen de todo lo que sabemos concerniente á la Iglesia griega.

al emperador griego. Calzones de cuero, una mochila para poner su pan y avios de encender, una redecilla de hierro en la cabeza, un pequeño escudo, la espada y algunos dardos formaban toda su armadura; pero se decia que un catalan de un tajo partia en dos el ginete y el caballo, y hasta sus mujeres mostraban una energia feroz.

Roger de Flor.—Tenian por jefe á Roger de Flor, nacido de un hidalgo aleman de la corte de Conradino y de una doncella noble de Brindis. Habiéndose entrado templario, se apropió las riquezas de su órden después de la pérdida de San Juan de Acre, y entregándose á la pirateria, adquirió un inmenso poder en el Mediterráneo (3). Con diez y ocho galeras, cuatro navios de alto bordo y ocho mil aventureros se dió á la vela en Mesina para Constantinopla, y habiéndose reido los genoveses de sus estrañas fachas, aquellos les causaron gran matanza. Luego, segun los términos del convenio sellados con el sello de oro, obtuvo por alojamiento un palacio, por mujer una sobrina del emperador, y el título de gran duque de Romania. Habiendo atacado á los turcos, mató treinta mil en dos batallas, y fué proclamado libertador de Asia (1304); ¡pero Dios libre á nuestros enemigos de tales libertadores! Considerándose estos feroces catalanes como dueños de la vida y fortuna de una poblacion desarmada, no le evitaban ninguna estorsion, y atentaban al honor, á los bienes y á la existencia de los habitantes. No podia hacer otra cosa Andrónico, que afligirse de las quejas que llegaban á sus oidos, obligado como estaba á sufrir las insaciables pretensiones de estos aventureros, y para atender á su sostenimiento gravar á sus súbditos, alterar las monedas, y disminuir en una tercera parte el sueldo de sus empleados. Se vió después precisado á dar el título de cesar á Roger, que oprimia á sus amigos más que á sus enemigos y cuyas exigencias se aumentaban sin cesar. Se negó á reducir á tres mil el número siempre en aumento de sus secuaces, aun á precio del gobierno del Asia.

No quedaba más que un recurso á Andrónico, el arma de los cobardes, y Roger fué asesinado á puñaladas á vista de la emperatriz (1305). Tenia entonces treinta y siete años. Algunos de los suyos fueron tambien asesinados, otros se refugiaron en sus barcos, y fueron á esparcir el terror en las costas del Mediterráneo, teniendo á su cabeza al caballero Berenguer de Entenza, amigo de Roger. Las multiplicadas perfidias de los griegos y de los genoveses consiguieron lo que no pudieron hacer las armas; porque Eduardo Doria consiguió apoderarse de Berenguer por traicion. Pero *el ejército de los francos reinando en Tracia y Macedonia*, título que los catalanes daban á su república militar, se defendió con tenacidad en Galípoli. Enarbolaron la bandera de Aragon y ofrecieron un combate de diez ó de ciento contra igual número de enemigos (1307), para justificar á su general. Miguel, hijo y colega de Andrónico, reunió con grandes gastos trece mil ginetes y treinta mil infantes; pero los vió destrozados por los aventureros, cuya audacia se aumentó con esta victoria. Gentes de todas los naciones se reunieron á ellos, y hasta tres mil mahometanos convertidos, que estaban á sueldo del emperador. Malek Isaac, príncipe seljúcida, les ofreció ochocientos ginetes y dos mil infantes, lo cual fué la segunda aparicion de los turcos en Europa. Bajo el nombre de gran compañia, los almogávares asolaron las fronteras de Asia y Europa, á las órdenes de Fernando Jimeno de Arenas, jefe de gran renombre. Habiendo salido todos una vez para una espedicion, no dejando en Galípoli más que ciento treinta y cuatro infantes y siete ginetes, Antonio Espínola asaltó á la ciudad (1308): pero dos mil mujeres tomaron las armas para defenderla, arrojaron á los genoveses, y el mismo Espínola fué muerto. Veiase amenazada Constantinopla por estos terribles vecinos con el hambre y la invasion, y el único remedio que se encontró, fué asolar todo el pais de los alrededores, y meter en la ciudad los campesinos con sus acémilas. Felizmente para los griegos, la discordia se introdujo entre estos terribles guerreros, que se alejaron del Bósforo, y por la Macedonia, *tierra virgen*, penetraron en la Grecia (4).

Esta provincia era trastornada por varios tiranuelos que se la disputaban, y que atrincherados en los restos de la antigua magnificencia griega, abrigaban allí sus latrocinios. Gualtero, de la casa de Brienne, á la cual el principado de Atenas y de Tebas habia pasado por matrimonio, habia conseguido con ayuda de estos catalanes, tomar más de treinta castillos fuertes á sus vecinos y vasallos. Sabiendo entonces que la gran compañia se adelantaba, reunió setecientos caballeros, seis mil hombres de caballeria y cerca de ocho mil infantes, y fué á su encuentro en las orillas del Cefiso. Pero la banda aventurera inundó la campiña en rededor de su campo, y Gualtero pereció en el fango del pantano con la mayor parte de los suyos (1312). No quedó á su hijo Gualtero más que el título de duque de Atenas, bajo el cual le veremos tiranizar la Atenas italiana. La patria de Temístocles y de Epaminondas quedó entonces á merced de los catalanes, que se la dividieron en pedazos; permanecieron terribles á los griegos y hostiles entre sí, hasta el momento en que se decidieron á aceptar por soberano al rey de Aragon y de Sicilia (1326). Más tarde, Tebas, Argos, Co-

(3) MONTANER, *Cron. de Aragon*, c. 194 segun BUCHON, t. VI.

(4) Las románticas aventuras de estos soldados de fortuna son referidas hasta aquí por Ramon Montaner, uno de ellos. Véase PACHÍMER y NICÉFORO, en los *Historiadores bizantinos*, y DUCANGE en la *Historia de Constantinopla*.

rinto, Delfos y una parte de la Tesalia, repúblicas y reinos tan poderosos en otro tiempo y que cuya influencia habia sido tan grande sobre la civilizacion de todo el mundo, se convirtieron en un feudo de una familia plebeya, los Acciaiuoli de Florencia.

Estas pérdidas de territorio hicieron miserable el reinado semisecular de Andrónico el Viejo, que turbaron interiormente las disensiones religiosas y las querellas entre sus hijos, nacidos de diferentes madres. Teodoro, á quien habia tenido de Yolanda, hija de Guillermo VI de Monferrato, heredó este último pais (1305), en el que estableció la dinastia de los Paleólogos, que duró hasta 1533. De su primer matrimonio con Ana de Hungria, habia tenido Andrónico á Miguel, á quien asoció al imperio, y al príncipe Constantino. Miguel era padre de dos hijos, Andrónico y Manuel; el mayor era las delicias del abuelo, á quien destinaba á sucederle, y le hizo educar en su corte; pero este jóven, corrompido por la lisonja, el libertinaje, y cargado de deudas, meditó una revolucion. Después de haberle reprendido su abuelo, le obligó á casarse con Inés (Irene), princesa alemana, que no tardó en descuidar por una mujer de ilustre nacimiento, pero de depravadas costumbres. Como notase que ella recibia visitas nocturnas de un rival, apostó sicarios que le dieron muerte, y encontró que era su hermano Manuel. Murió Miguel de pesar, después de haber dividido por espacio de veinte y cinco años la autoridad con su padre, sin ambicionar nada más. Tomando entonces odio Andrónico al antiguo objeto de su afecto, le prefirió Miguel Cataro, bastardo del Constantino. El fratricida procesado criminalmente, recurrió á la sublevacion, para sustraerse á la condena; y armando cincuenta mil hombres, minó el imperio durante siete años. En fin, sorprendió á Constantinopla y se hizo emperador único (mayo de 1328). El anciano monarca le entregó el cetro, y quedó en el palacio con el hábito de monge, en tal penuria, que apenas tenia lo suficiente para su sostenimiento, que sin embargo, era por penitencia muy modesto. Tuvo mucho trabajo en obtener tres monedas de oro; y viendo un dia á uno de sus amigos en mayor necesidad que él, se las regaló.

Alejandro se quejaba de que su padre no le dejaba nada que conquistar: «yo temo que el mio no me deje nada que perder,» así solia esclamar Andrónico el Jóven; pero forzado por las murmuraciones populares á marchar en persona contra los turcos fué batido, y los vió apoderarse de Nicea. Alióse entonces con los Seljúcidas (1330) contra los genoveses reunidos á los otomanos, que habiendo desembarcado cerca de Constantinopla, esparcieron allí el espanto; pero fueron rechazados y deshechos, tanto en tierra como en el mar (1337). Esta victoria se debió al valor y habilidad de Juan Cantacuzeno, que después de haber contribuido á hacer ascender á Andrónico al trono, le ayudaba en adelante en calidad de gran criado á conservarlo. Cuando murió el emperador le dejó la tutela de Juan, su hijo (1341), y Juan Cantacuzeno administró el reino con tanta lealtad como singular moderacion. Poseia tantas tierras como las que pueden labrar mil pares de bueyes; dos mil quinientos caballos, trescientas mulas, quinientos asnos, otros tantos bueyes, cincuenta mil cerdos y setenta mil carneros. Sus graneros contenian una masa enorme de trigo y cebada; en fin, cuando hubo dado doscientos vasos de plata, los tesoros que le procuraron las súplicas de sus amigos y las rapiñas de sus enemigos le bastaron para armar setenta galeras. Su opulencia y nobleza escitaron la envidia del patriarca Juan de Apri y del gran almirante Apocauco, que impulsaron á la emperatriz á confiscar sus bienes y aprisionar á su familia. Pero el ejército le proclamó emperador, y por salvar su vida, se vió forzado á calzar el coturno rojo; después, viendo rechazadas sus proposiciones de paz, se lanzó á una guerra abierta que duró varios años, recurriendo ambos partidos á los bárbaros, al krol de los servios y á los kanes de los turcos.

Otomanos. —Ya hemos visto á estos últimos poner el pié en Europa sin establecerse en ella; los Seljúcidas que habian venido con los catalanes, habian sido muertos ó dispersos por estos aventureros; el triunfo estaba reservado á otra porcion de esta raza, á los otomanos (5). Cuando Gengiskan entró en el Carism, Suleiman-chah, noble vástago de los oguzios, pasó con cincuenta mil hombres del Corassan á la Armenia; después, á la muerte del conquistador, quiso volver; pero se ahogó en el viaje y los suyos se dispersaron. Dos de sus hijos volvieron al Corassan (1231); estableciéronse Dundar y Ertogrul con cuatro familias en los alrededores de Erzerum; después, habiéndose dirigido hácia Occidente, Ertogrul vino en ayuda de Aladino, soberano de los Seljúcidas, de quien obtuvo trajes de honor y la montaña Karaja-tag, al Oeste del distrito de Angora. Aladino le dió después en recompensa de otras victorias sobre los griegos y los tártaros, la antigua Frigia á título de feudo, para hacerse con ella una barrera contra los griegos. Allí los turcos pasaban el invierno en Serai-jik, el verano en las alturas de Tumanig y de Ermeni. Ertogrul tuvo tres hijos, Osman (ú Otman) Gunduzalp y Saruiati Sawegi. Animado el primero con gloriosos presagios, alabado por su justicia, apenas sucedió á su padre, cuando ejerció su valor contra los griegos y los tártaros (1229), les arrebató varios territorios y recibió del sultan de los Seljúcidas las insignias de príncipe, á saber: el timbal, la bandera y la cola del caballo; y aseguró su poder, cuando á la muerte de

(5) De Hammer, *Gesch. Des Osmanischen Reiches grossentheiles aus bisher unbenutzten Hendschriffen und Archwen.* Pest, 1835.

Gayatheddin Massud (1224) se produjo el desmembramiento del de los Seljúcidas.

Convertido entonces en príncipe independiente del pais situado en rededor del Olimpo, repartió el gobierno entre los más valientes de los suyos, y edificó á Yenischer (*ciudad nueva*), que fué la capital de un reino de cerca de una jornada de estension. Hizo recitar su nombre en las oraciones, acuñar moneda, percibir derechos sobre las mercancias. Varias plazas mal defendidas por los mercenarios al servicio de los griegos, desde que Miguel Paleólogo habia reducido su paga, cayeron en su poder; saqueó á Chio y otras islas de este mar, y se adelantó hasta Nicea, cuyas fuertes murallas no se atrevió sin embargo á atacar. Habiendo sabido antes de morir que los suyos se habian apoderado de Brusa *(Prusa)* (1326), quiso ser enterrado en esta capital de la Bitinia. Toda su herencia consistió en una cuchara, un salero, un vestido galoneado, un turbante de tela nueva, algunas banderas rojas, hermosos caballos, algunos pares de bueyes y rebaños.

Su sucesor Orkan estableció su residencia en Brusa, de donde estendió sus conquistas, al paso que Aladino su hermano y visir mejoraba la administracion y redactaba los estatutos (*kanum*), que con el Coran, la Sunna y las decisiones de los cuatro grandes imanes, fueron el cuarto orígen del derecho político de los otomanos. Conciernen á las monedas, al traje y al ejército. La moneda tomó el nombre de Orkan. Para distinguirse de los griegos que llevaban por adorno en la cabeza tocas bordadas de oro, y de los turcomanos que hacian uso de gorros de fieltro rojo ceñidos con turbantes de color, los adoptaron los musulmanes de fieltro blanco. Compúsose el ejército de infantes á sueldos, fuerza permanente establecida un siglo antes del rey de Francia Cárlos VIII, y reclutada entre los mancebos arrebatados á los cristianos, y designados bajo el nombre de genízaros (*tropa nueva*). Esta fué la medida más política de los turcos, al mismo tiempo que la más perversa; ella los hizo temibles á todas las potencias en una época en que ninguna de ellas poseia aun infanteria regular y capaz de hacer frente; tanto más cuanto que ajena á la familia y á la patria, combatia por su bandera. Los genízaros enarbolaban un estandarte rojo, con la media luna de plata, y la espada de dos filos de Omar; era en rededor de la marmita comun donde se reunia en consejo. Primero en número de mil, ascendieron á doce mil en tiempo de Mahomet II, á veinte mil en tiempo de Soliman, y al doble en el reinado de Mahomet IV. Entonces fueron poderosos hasta que los hemos visto esterminar en nuestros dias en la plaza de Atmeidan (6).

La antigua infanteria (*piade*) tuvo tierras en lugar de sueldo, con el cargo de allanar los caminos para el paso del ejército. Habia además los asabes (es decir, libres), ó infanteria irregular, y los akinges ó esploradores á caballo. La caballeria regular formaba cuatro cuerpos (*sipahi*), á los cuales se dió el estandarte rojo, que fué el color de los otomanos; como el amarillo era el de Mahoma, el verde el de los Fatimitas, el blanco el de los Ommiadas, el negro el de los Abásidas, el azul el de los Sofis de Persia.

A la cabeza del ejército organizado de esta manera, Orkan atacó á Nicea, caida en poder de los griegos desde que Teodoro Lascaris habia hecho de ella la capital de su imperio. El hambre y la peste le ayudaron á apoderarse de ella (1333); y como en Brusa, estableció mezquitas, escuelas, cocinas para los pobres, caravan-serrallos para los viajeros y celdas para los derviches.

Aquí da principio para no interrumpirse más la serie de relaciones, tan pronto pacíficas, tan pronto hóstiles, entre los otomanos y los griegos. Andrónico el Jóven se alió con Orkan. Cantacuzeno le da por esposa á una de sus hijas, y los turcos combaten unas veces en union de los griegos contra los servios, otras contra los griegos en union de los genoveses, tratando de hacer botin en uno ú otro caso, y aprendiendo á conocer la debilidad del imperio. El italiano Facciolati, gran almirante de la flota griega, entregó Constantinopla á Orkan (3 febrero de 1347), que entrado dentro de sus muros sin efusion de sangre, protestó de su fidelidad para el emperador Paleólogo, con quien casó á su hija. Proclamóse entonces una amnistia, y ambos competidores convinieron en reinar juntos, bajo la condicion de que durante todavia diez años, el más jóven se sujetaria al parecer del otro.

En las fiestas que se celebraron en esta ocasion, se hizo uso de vidrio en lugar de diamantes, de vasos de estaño y cobre en lugar de vajilla de plata, habiéndose todo reducido á numerario en las últimas guerras. Esta paz fué tambien efímera, porque ambos partidos continuaron agitándose, descontentos los unos por haber sucumbido, los otros por haberse disminuido su victoria, sin encontrar una indemnizacion por la pérdida de sus bienes y tranquilidad. A medida que envejecia Cantacuzeno, Paleólogo llegaba á la fuerza de la edad y se indignaba por el freno con que su colega habia querido moderar sus vicios; después estimulado por sus cortesanos, le declaró la guerra. Encontráronse los búlgaros y turcos mezclados en sus querellas hasta que Cantacuzeno, por filosofia y religion, como él afirma, ó por que no le quedase otro recurso, abdicó la corona (1355) y se retiró á un claustro, donde vivió aun veinte años santa y literariamente. Salió por momentos para pronunciar palabras de paz y perdon, pasando el resto de su tiempo en escribir la historia de los cuarenta años que habian trascurrido desde la insurreccion de Andrónico el Jóven hasta su propia abdi-

(6) Otros atribuyen al sultan Amurates I, en 1362, la institucion de los genízaros como pronto veremos.

cacion. Estos acontecimientos están referidos, como pueden serlo, por uno de los actores principales, con inteligencia y sentimiento, pero tambien con mucho amor propio y gran ostentacion de virtud aun cuando eran intrigas de ambicion y síntomas de decadencia.

Empleó Cantacuceno tambien en su retiro, el arma del silogismo contra los judios y musulmanes, y sostuvo con calor la cuestion más pueril que haya producido la sutileza sofística de los griegos. Las opiniones de la India, que hacian consistir el colmo de la felicidad y de la sabiduria, en aislarse de los sentidos y en meditar, haciendo abstraccion de toda cosa terrestre, habia penetrado entre los monges del monte Athos. En tiempo del reinado de Andrónico el Joven, el monge calabrés Barlaam (1300-48), que se habia retirado á aquellas soledades, puso en ridículo su quietismo. Muchos de ellos persistieron aun en creer que la luz era la esencia inaccesible de la Divinidad, y Gregorio Palamas esplica que consistia en una luz eterna, semejante á la que se apareció á los discípulos de Cristo cuando se trasfiguró. Esta distincion de ambas sustancias eternas, la una visible y la otra invisible, pareció una blasfemia, y acaloróse la cuestion. Llevada por Barlaam á la corte de Bizancio, envenenó las guerras civiles; eleváronse ó depusiéronse patriarcas segun el grado de fe en esta nulidad incomprensible; en fin, un sínodo presidido por el emperador Cantacuzeno, estableció como artículo de fe, que la luz aparecida sobre el Tabor era increada.

Habian conservado los genoveses el arrabal de Galata, como vasallos del imperio, al cual prestaba su podestá juramento antes de entrar en ejercicio, y estaban obligados en casos de guerra á proporcionar cien galeras y pagar la mitad de los gastos. Pero fuertes con la debilidad de los griegos, se hicieron arrogantes; vanagloríase un marino de que sus compatriotas no tardarian en ser dueños de la capital, y dió muerte al griego que le reprendió por ello; otro rehusó el saludo de las armas pasando delante del palacio. Como habitaban, sin embargo, un arrabal sin defensa exterior, quedaba bajo el golpe del poder legal de los emperadores, expuestos al mismo tiempo á las violencias de los venecianos que los atacaron una vez, y que, habiéndolos forzado á refugiarse en Constantinopla, incendiaron sus habitaciones. En consecuencia, los genoveses habian pedido que les fuese permitido rodear á Galata de murallas. De allí recorriendo el mar Negro, vendian á los griegos los trigos de la Ucrania, el cabial y el pescado del Palus Meótides, é iban á cargar á los puertos de la Crimea las especias y pedrerias de la India, que eran llevadas allí por las caravanas. Venecia y Pisa se veian obligadas, aunque contra su voluntad, á doblar la cabeza; y las fortalezas construidas en todas las factorias eran temibles para los europeos, no menos que para los tártaros.

Cuando Cantacuzeno fué proclamado emperador, los genoveses eran más dueños de Constantinopla que los griegos, é insultaban á la majestad del emperador; batieron su escuadra, bloquearon su capital, y el emperador no pudo conjurar el peligro sino con forzadas concesiones y después aliándose con los venecianos (1351). Las escuadras de ambas repúblicas teñian estos mares de sangre; Nicolás Pisani, que mandaba las fuerzas navales combinadas de los venecianos, griegos y aragoneses, fué derrotado en la isla de Protis por Paganino Doria. El almirante genovés insultó á Cantacuzeno hasta en su palacio, forzándole á firmar un tratado por el cual el emperador concedia á los súbditos de la república todos los privilegios arrebatados á los venecianos y catalanes (13 febrero de 1352). Génova no se hubiera detenido en esto, si las facciones interiores no hubieran conmovido su poder hasta el punto de reducirla á someterse á una dominacion extranjera.

Durante esta guerra y la civil, los otomanos habian sido llamados de nuevo á Europa. Soliman bajá, hijo de Orkan, habiendo derrotado á los búlgaros y servios, se presentó delante de Constantinopla, cargado de botin y lleno de orgullosa seguridad. Una noche que estaba sentado á la claridad de la luna en las ruinas de Cízico en la Misia, habia oido voces sobrenaturales, recordarle que un sueño habia prometido á su abuelo el imperio del mundo. Animado con este presagio, habia resuelto establecerse en Europa; y desde el dia siguiente, acompañado de treinta y nueve guerreros elegidos, sorprendia el fuerte de Zimbe en la costa de Europa á dos leguas de Galípoli; esta fué la primera conquista de los otomanos en Europa. Un terremoto de los más desastrosos desmanteló varias ciudades de la Tracia y derribó las murallas de Galípoli, llave del Helesponto; de esta manera pudieron los otomanos penetrar en ella sin inconveniente; llamaron á otros turcos; ocuparon los fuertes y ciudades, y cada año se aumentó el número de sus colonias.

Murió Orkan á la edad de setenta y cinco años, después de treinta y cinco de reinado; y habiéndose muerto Soliman ejercitándose en lanzar el djerid (1360), tuvo por sucesor á Amurates I, que estendió sus conquistas sobre toda la Romania y la Tracia, del Helesponto al monte Hemo, y después á la Bulgaria y á la Servia (1362). En la época del tratado de proteccion que concluyó con los ragusios, no sabiendo Amurates escribir, empapó su mano en tinta y la imprimió en el papel. Adoptaron los sultanes después esta aplicacion á guisa de firma, y los escritores se encargaron de embellecerla con arabescos, enlazando la cifra del príncipe. En fin, dueño de Adrianópolis (1362), estableció Amurates allí la residencia de un gobierno y un culto enemigos del gobierno y del culto de la vecina Constantinopla.

A la aproximacion del peligro, Juan Paleólogo recorrió á Inocencio VI, prometiendo someter su

iglesia á la de Roma; y ofreció el papa proporcionar por seis meses veinte buques de guerra con quinientos caballos y mil infantes; pero los genoveses, pisanos, caballeros de Rodas y el rey de Chipre se hicieron sordos á estas invitaciones. Solamente Amadeo VI de Saboya, llamado el conde Verde, se puso á la cabeza de una espedicion contra los turcos, y volvió á tomar á Galípoli (1366). Poco contento con enviar embajadores á Urbano V, acudió el emperador en persona á Roma (1369), reconociendo la doble procesion del Espíritu Santo y la supremacia de la Iglesia latina; pero la muerte del papa interrumpió toda la negociacion, y Juan Paleólogo quedó de tal manera desprovisto, que sus acreedores le detuvieron en Venecia (1370). Permaneció allí hasta que su hijo vendió para rescatarle lo poco que aun le restaba de su antigua magnificencia.

Amurates.—Obraba Amurates como amo con respecto á Constantinopla. A veces intimaba á Juan á acudir á su campo con sus cuatro hijos, y ellos obedecian. Pero en lugar de someter esta ciudad, dirigió sus armas contra los esclavos. A menudo hemos tenido que mencionar á los servios, tribu guerrera de los eslavos, que habiéndose arrojado sobre el Imperio Oriental, como los teutónicos sobre el de Occidente, se mezclaron parte por fuerza, parte por concesion, con los habitantes de la decaida Grecia. Los emperadores hubieran podido sacar ventajas de ellos; pero al verles constituirse en un gran imperio entre el Danubio y el Adriático, que parecia destinado á un brillante porvenir, se declararon sus enemigos é invocaron el auxilio de los turcos. Amurates, recordando que el Coran no le concedia más que la quinta parte del botin y de los prisioneros hechos al enemigo, eligió los más vigorosos entre sus jóvenes; estendiendo un dervis sobre la cabeza de uno de ellos la manga de su traje, bendijo en él á todos los demás genízaros. Estos aniquilaron enteramente en Cassovia la liga de los príncipes de Servia, Bosnia, Erzegovina, Albania (1389), á los cuales se habian unido los valacos, los polacos y los húngaros. Entonces perdieron los eslavos su independencia; pero Milosc Kobiolovitz, levantándose en medio de los cadáveres, degolló á Amurates, y el nombre Milosch, repetido en los cantos servios, se perpetuó glorioso como el de Harmodio y de Aristogiton en los cantos de los antiguos griegos, y todavia hoy se cantan allí las glorias del emperador Estéban y de Marcos Craglievitz, cuyo nombre esparció tanta luz en los veinte y siete años que duró el Imperio servio.

Bayaceto.—Bayaceto I, apellidado el *Rayo*, por la energia de su carácter y la rapidez de su marcha, sucedió á su padre Amurates. Comenzó su reinado por hacer estrangular á su hermano Yacub, espediente político que quedó en uso entre los turcos, segun el ejemplo de Dios, que no tiene rivales, y siguiendo estas palabras del Coran, que «la inquietud es el peor de los suplicios.» (7) Lanzándose al momento á nuevas conquistas, sin más consideraciones para con los musulmanes que para con los cristianos, subyugó todas las dinastias de los Seljúcidas (1391-93) y tomó á Filadelfia, ciudad de Lidia, última posesion del imperio griego en Asia; después, volviendo á Europa, sujetó regularmente á los servios y búlgaros, y penetró en la Moldavia. Arrebató á los emperadores todo lo que les obedecia en Tracia, Macedonia, Tesalia; y para asegurar sus comunicaciones entre la Europa y el Asia, estableció en Galípoli una escuadra que le hizo dueño del Helesponto. Sus soldados estaban sometidos á una rigorosa disciplina y severamente castigados si les acontecia robar en las mieses. Aumentó el sueldo de los cadis para evitar las venalidades y recibió del califa de Egipto la patente de sultan.

Bayaceto se dirigió entonces contra la Hungria; pero el rey Segismundo llamó á toda la cristiandad á defenderse á sí propia, prestando socorro á su reino (1393). En efecto, la flor de los caballeros franceses y alemanes acudieron en su ayuda. Cien mil cristianos que se vanagloriaban, si el cielo llegaba á caer, de sostenerlo con sus lanzas, se encontraron reunidos para rechazar á los turcos. Pero en continua rivalidad por las preeminencias y los títulos, no sabian resignarse á la obediencia. Resultó de ello que su valor, desprovisto de prudencia, sufrió una sangrienta derrota en Nicópolis (27 setiembre), donde quedaron prisioneros los príncipes más ilustres. Puede concebirse el espanto de la Europa. El orgulloso Bayaceto invadió la Estiria, amenazó á Buda, y se jactó de que pronto iria á hacer comer avena á su caballo en el altar de San Pedro del Vaticano. Detenido por un ataque de gota, llamó á los prisioneros, y escepto á veinte y cuatro de los más ilustres, á todos los que se negaron á abjurar de su fe se les decapitó. Diez mil perecieron de esta manera desde el alba hasta las cuatro de la tarde (8); los demás, despues de haber

---

(7) Otra razon es el enorme gasto que produciria la manutencion de los príncipes, cuyo número es infinito en un pais de poligamia. Tales son las consecuencias de un primer principio erróneo.

(8) La relacion de esta carniceria nos ha sido dejada por Schiltberger, alabardero bávaro, á quien libertó su juventud. Su *Viaje á Oriente* publicado en Munich en 1813, es más estravagante que instructivo. Después de esta matanza acompaña el ejército de Bayaceto, y cae al mismo tiempo que él prisionero de Tamerlan en Ancira. Sirve entonces al vencedor, y á su muerte á Rokh-Chah su hijo. Recorre la Gran Tartaria con un enviado de Idaker-kan, á quien siguió á través de la Georgia y hasta el *Issibur* ó Siberia. Habiendo muerto su señor, anda errante en la Mingrelia, y llega al mar Negro donde encuentra un barco europeo. Un cautiverio de treinta años entre los turcos y tártaros le habia dado un aspecto tan estraño, que no se le quiso creer cristiano hasta que recitó el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*. Entonces fue recibido á bordo, y conducido á Europa, volvió á Munich.

sido presentados para realzar el triunfo del vencedor, fueron encerrados en Brusa. Enviaron los príncipes cristianos á Bayaceto regalos por el rescate de los cautivos: Santiago de Lusiñan un salero de oro, cuyo trabajo valia más que la materia: el rey de Francia Cárlos VI una porcion de aves de halconeria sacadas de la Noruega, seis caballos cargados con paño escarlata fabricado en Reims, y alfombras de Arras. En fin, Bayaceto se decidió por doscientos mil ducados á poner en libertad á los que vivian, entre otros el conde de Nevers, hijo del monarca francés. Mercaderes genoveses salieron fiadores del pago por el quintuplo de la suma convenida. Antes de marchar pudieron los prisioneros ver la corte de Bayaceto, que empleaba en sus cacerias siete mil monteros y otros tantos halconeros. Habiendo acusado una pobre mujer á uno de sus camarlengos de haber bebido de su leche, le hizo abrir el vientre Bayaceto en presencia de los prisioneros franceses; después, despidiendo al conde de Nevers, le dijo: «Te dispenso del juramento de no hacer armas contra mí; por el contrario, si tienes algun sentimiento de honor vuelve á empuñarlas lo más pronto posible; reune toda la cristiandad y ofréceme la ocasion de adquirir una nueva gloria.

Juan Paleólogo habia debido seguir con sus tropas á Amurates en su espedicion para subyugar á los Seljúcidas de Rumania; pero Andrónico (1373), hijo de Juan, que habia quedado al frente del gobierno, urdió con Sauji *(Contuza)*, hijo de Amurates, una revolucion cuyo objeto era derrocar cada uno á su padre. Fué descubierto su proyecto y se les condenó á perder los ojos por medio del vinagre hirviendo; pero Andrónico quedó solamente bizco, y Juan, su hijo menor, con la vista débil. Amurates hizo morir á su hijo, y quiso que los padres de los que se habian conjurado fuesen arrojados al Hebro, mientras que él observaba tranquilamente su suplicio y se reia al ver á una liebre (nombre que los turcos dan á los griegos) perseguida por los perros. Aprisionado Andrónico en la fortaleza de Anemas, hizo llegar sus quejas á Bayaceto, quien, volando á Constantinopla, encerró al emperador y á su secundogénito Manuel en la torre, de donde hizo salir á Andrónico para ponerle en el trono. Dos años después, habiendo conseguido Juan Paleólogo el escaparse con ayuda de los genoveses, se refugió en la tienda de Bayaceto, á quien ganó á su causa con la promesa de un tributo de treinta mil escudos de oro, con doce mil hombres de tropas, y entró en su capital.

El pais que conservaba aun el nombre de Imperio de Oriente, no era ya más que un linde de la Tracia, de cincuenta millas de largo y treinta de ancho, con una capital rica aun, de imponente grandeza y digna de su antigua gloria. Entonces fué preciso dividir este miserable pedazo por mitad entre Juan y Andrónico, ocupando el padre la capital, al paso que residiendo el hijo en Selimbria conservó el resto. Habiendo fortificado Juan un puesto de la ciudad, Bayaceto le envió la intimacion de demolerlo: «Si he arrojado á tu predecesor, le escribia, ha sido por mí y no por tí. Si quieres ser nuestro amigo, vete, y te daré la prefectura que desees; de lo contrario, juro por Dios y su Profeta que todo lo destruiré.» Los cristianos respondieron: «Somos débiles, no nos queda ningun lugar donde refugiarnos. Pero Dios ayuda á los débiles y precipita á los poderosos. Haz ahora lo que quieras» (9). Juan apaciguó, no obstante, á Bayaceto, dándole en rehenes su hijo Manuel; y tan despreciado como despreciable, negligente, disoluto, arrastró sus dias hasta 1391.

A la noticia de su muerte, huyó Manuel de Brusa, y acudió á tomar el gobierno. Irritado Bayaceto, le escribió: «Con el favor de Dios, nuestra invencible cimitarra ha reducido á la obediencia á toda el Asia y una buena parte de Europa. Sólo nos falta Constantinopla; sal de ella, y déjanosla bajo las condiciones que quieras, ó tiembla por tí y por tu pueblo.»

Fué mucho para Manuel obtener una tregua de diez años, por treinta mil escudos de oro. Estableciόse un tribunal de cadis en Constantinopla, con una mezquita para el culto. Estas concesiones no impidieron á Bayaceto favorecer al príncipe de Selimbria, con quien estaba siempre en guerra Manuel, ni ir á bloquear á Constantinopla. Entonces recurrió Mauuel á los latinos, de quienes imploró una cruzada (1397). El rey de Francia envió allí al mariscal de Boucicaut, quien alargó el sitio, y volvió á tomar varias plazas; pero un año después volvió á marcharse por falta de víveres. Manuel, á quien propuso acompañarle á Francia para escitar el entusiasmo, se decidió á seguirle, y abandonó el reino al príncipe de Selimbria, su sobrino Juan (1399). Pero lejos de satisfacer á Bayaceto el triunfo de su protegido, pretendió ocupar á Constantinopla, que sitió de nuevo; y la hubiera tomado, si un enemigo que no aguardaba no se lo hnbiese impedido.

---

(9) Ducas, XV.

CAPÍTULO III

TAMERLAN.

El estenso imperio de los mongoles, fundado por Gengis-kan, habia sido atacado de la debilidad natural á un pueblo salido de repente de la barbarie. Su dinastia estaba ya derrocada en China, centro de su poder, y sus príncipes habian sido enviados de Pekin á Caracorum. El acrecentamiento de los otomanos los estrechaba cada vez más en Persia y Siria. En Sarai residian los kanes del Capchak ó sea la Horda de Oro (1), de que hablaremos en otra parte, y que tomó el nombre de kanes Usbek, sobrino de Nogay. Los descendientes de Chagatay, titulados Ulug-kan, que estaban en Bisbalig, se sumieron pronto en el desórden, y el poder se dividió entre unos treinta pequeños kanatos.

En estas comarcas asiáticas, donde la Rusia se esfuerza, hace dos siglos, por sujetar al freno á los habitantes nómadas (á cuyo fin en 1839 armó las tribus de los kirguizos contra las de Kiva, resultando de esto una espedicion poco feliz), se eleva en el pequeño reino de la Bukaria, la aldea de Samarcanda, en otro tiempo gloriosa residencia del terrible Aladino-Mohamed, y arrebatada después á los turcos por Gengis-kan. Carajiar-Nuyan, de orígen turco, habiéndose mostrado favorable á los conquistadores y al islamismo, obtuvo el gobierno del territorio de Kesc, cerca de Samarcanda, y el mando de diez mil ginetes (2); pero Toglul-Timur, kan de Kasgar, cuando trató de levantar el poder de Ulug-kan, con ayuda de un partido de calmucos, arrebató sus posesiones al nieto de Carajiar, que quedó á la edad de tres años (1339) sin más bienes que un caballo y un camello.

Llamábase Timur (n. 1336), y una herida que habia recibido en su infancia le hizo denominar

(1) Segun Clarke, *or* en tártaro significa real.

(2) El nombre verdadero del padre de Timur y el orígen de su familia, se encuentran en Herbelot, en el artículo *Carajiar-Nuyan*, y Texeira confirma lo que se dice en él. Pero ninguno de los dos ni tampoco los demás historiadores europeos, dicen nada de la poderosa influencia y gran consideracion de que gozaba la familia de Carajiar-Nuyan (de que Timur descendia en sétimo grado) desde el tiempo de Gengis-kan, de quien era sobrino, siendo descendiente en tercer grado de Tumenei-kan, tatarabuelo de Gengis-kan, y hermano de Caicul, tatarabuelo de Timur. Para asegurar sus respectivos derechos, se convino entre ambos hermanos Tumenei y Caicul, que el principado quedaria á los descendientes de Tumenei.

Cuando Gengis-kan conoció que se acercaba su fin, dispuso que se le llevase este tratado, y le hizo renovar por Carajiar-Nuyan, quien lo firmó con su propia mano. Fiel éste al tratado y á su palabra, todo lo puso por obra después de la muerte de Gengis, no sólo para asegurar su sucesion á Oktai, sino tambien para arreglar los asuntos de Ulug-Chagatai, hijo segundo de Gengis-kan, de cuyo principado se hubiera podido apoderar fácilmente. «Fué de tal manera justo, dice el genealogista de la familia de Gengis-kan, que todo se pasó en su tiempo tranquilamente y sin desórden, escepto los rizados cabellos de las bellas, y no tenia otra inquietud que la causada por sus ojos.» El emir Zeil, hijo de Carajiar, engendró á Belenguir, visir de Dewa, undécimo de los príncipes Uug, es decir, de la familia Chagatay: observó Belenguir escrupulosamente para con Dewa-kan el pacto de familia. Fué tatarabuelo de Timur, quien descendia de consiguiente en línea recta de un primo de Gengis-kan. Si Timur hubiera caminado por las huellas de sus antepasados, habria prestado apoyo al príncipe Kiamil, biznieto de este mismo Dewa; pero impulsado por la ambicion, sostuvo á Scurgutmisc, que no descendia de Ulug-Chagatay, sino de Oktay; y era vasallo del conquistador de Asia, que le respetaba á lo menos en la apariencia como el príncipe reinante del Ulug-Chagatay, hallándose él mismo ligado por vínculos de parentesco á la gran casa de Gengis-kan. Véase á DE HAMMER, *Rev. de Viena*, 1840.

leng (cojo). De gallarda presencia, ventaja necesaria para representar un papel entre pueblos toscos, hablaba el persa, el turco y el mongol. Lleno de respeto al islam, hizo todos sus esfuerzos para propagarlo: pero desprovisto de todo, escepto de una gran confianza en sí mismo, se propuso libertar su pais y engrandecer el imperio del Chagatay; comenzó, pues, á reclutar en las selvas y llanuras del Asia, compañeros que hicieron el juramento de secundarle, pero cuando los invitó á atacar á Togluc, apenas se presentaron sesenta. Sorprendido con ellos por un millar de calmucos, huyó, pero después de haber dado pruebas de un valor terrible. Habiendo quedado con siete compañeros, cuatro caballos y su mujer (1360), anduvo errante hasta que se atrevió á volver á su pais, donde encontró buena acogida entre sus partidarios. *Apenas me vieron, cuando llenos de alegria, saltaron de sus caballos, y se arrojaron de rodillas besando mis estribos. Eché pié á tierra y los abrace uno á uno, después coloqué mi turbante en la cabeza del primer jefe; ceñí al segundo una banda de tela bordada de oro y cargada de pedrerias. Lloraron y lloré tambien; habiendo llegado despues la hora de la oracion, oramos. Volviendo á montar después á caballo, fuimos á mi habitacion; reuní mi pueblo y dí un banquete.*

Habiendo estallado una disputa entre el emir Hussein, de la casa de Chagatay, gobernador del Corasan, y el hijo de Togluc, jefe del Mawarannahar, Tamerlan se unió al primero, á quien dió su hermana en matrimonio; pero tres años despues le declaró la guerra, tomó á Balk, que destruyó, y habiendo sido muerto Hussein, fué proclamado kan con el título de *saeb-keran*, ó señor de los cuernos, esto es de Oriente y Occidente (1370). Toma la corona de oro, jura arrodillado á los emires conquistar el mundo entero, é inscribe en su sello *Rasti-rusti*, es decir, siempre recto, ó siempre pronto á pelear. Afectaba no ser de todas maneras más que el ministro de Cabul, descendiente legítimo de Gengis-kan, el cual en los ejércitos servia á su servidor. Anunció entonces la intencion de dar al reino de Chagatay su antigua unidad, repitiendo con un poeta, que asi como no hay más que un Dios en el cielo, no debe haber más que un soberano en la tierra. Hizo de Samarcanda su capital, que embelleció con jardines y palacios, y rodeó de murallas; despues dirigiendo sus armas tan pronto contra el Kasgar (Pequeña Bukaria), como contra el Mawarannahar, reunió varias provincias con todas las orillas orientales del mar Caspio. Acercándose despues á Tauris, dispersó á los turcomanos del Carnero Negro, que esparcidos en la Armenia, desbalijaban á las caravanas de la Meca.

Adelantóse entonces Tamerlan contra la Persia, que se encontraba dividida entre las diferentes dinastias descendientes del tronco de Ulagú (389): dos principales eran al Occidente, las de los Ilkanios en el Irak persa; al Oriente la de los Mozaferios en el Irak árabe. El jefe de la primera opuso alguna resistencia, y consiguió después reinar en Bagdad como vasallo; la otra se sometió y contrajo alianza por matrimonio con Tamerlan. Resignóse Ormuz á un tributo anual de 600,000 dineros de oro (1390) tantas riquezas tenia. Todo lo que resistió fué esterminado, y todos los habitantes de Ispahan fueron asesinados, escepto el arrabal de los teólogos legistas. Cada soldado tuvo órden de llevar cierto número de cabezas, de tal manera, que cansados de matar, las compraban, y elevóse un horrible trofeo, formado de setenta mil cráneos humanos. Ante este espantoso ejemplo, no se piensa ya más que en rendirse al vencedor. Sométense Bagdad y todas las ciudades del Tigris; y los grandes del reino, los príncipes de Mozafer, los señores de Kerman y de Yezd, los atabeks del Loristan, llegan á besar la tierra delante de Timur. Ruégase por él en los púlpitos y se leen elegantes relaciones de sus *gloriosas* matanzas. Invistió á su hijo Miran con todas sus conquistas occidentales, que se estendian hasta las fronteras de los otomanos y abrazaban casi todo el reino de Ulagú.

Urus, kan del Capchak, se aprovechó de su alejamiento para vengar el pillaje de Tauris, invadiendo el Mawarannahar de concierto con el kan de Carism (1391). Llega Tamerlan como el rayo á Samarcanda, y esparce el espanto entre sus enemigos; despues se adelanta por el Teschent y el Turkestan hasta la orilla de la gran estepa de los kirguisos. Subido á la cima del Ulutagh, permaneció un dia contemplando aquellas llanuras ondulantes, y mandó levantar allí una pirámide, para atestiguar el momento en que entraba en el gran desierto. Se pone despues á viajar por el espacio de cuatro meses hácia el Norte, y comienza una de esas grandes cacerías de que tenian costumbre aquellos pueblos para proporcionarse su subsistencia, abrazando un inmenso espacio donde tendian redes. Llegado al 40° paralelo se detiene, y magníficamente vestido, con la corona de rubíes en la cabeza y una pierna de vaca dorada en la mano pasa revista á su ejército, cuyos jefes se arrodillan al pasar delante de él, besan la tierra y hacen oracion en alabanza suya: despues da la órden de marchar hácia el Ural.

Habiendo encontrado en la orilla de este rio el ejército de Toktamisc, kan del Capchak, le persiguió hasta más allá del Volga, y celebró su victoria con estremada magnificencia. Los grandes y la córte fueron servidos bajo innumerables tiendas de tela de oro sembradas de pedreria, en vasos de oro, plata y porcelana, por hermosas esclavas; las mesas eran de oro macizo, y apenas bastaban diez camellos para trasladar los caballos y carneros cocidos; después de tiempo en tiempo se echaban en medio de los convidados turquesas y monedas de oro y plata, mientras que los poetas cantaban con alabanzas al triunfador (3). No tardó Toktamisc en

(3) El banquete dado en otra ocasion y descrito por

emprender las hostilidades, y una guerra de las más mortíferas le abatió sin destrozarlo. Despojado de sus Estados, abandonó la tribu de Tusi al viento de la desolacion, y huyó á Lituania, donde habiéndose unido al gran duque Vitoldo, probó aun dos veces fortuna, pero sin éxito. Pereció en fin en los desiertos de la Siberia, despues de haber dado quince batallas al enemigo.

Habiendo pasado Tamerlan el Volga (1395), se adelantó en el imperio ruso; pero en el momento mismo en que Moscou estaba entregado al espanto, retrocedió. Llegado al Don, los venecianos, genoveses, catalanes y vizcainos que tenian ricos almacenes en Azof, le enviaron á porfia ricos regalos que recibió con cortesia; pero esto no impidió que uno de sus generales invadiese esta ciudad, y despues de haber saqueado las mercancias de Oriente y Occidente, y muerto á los cristianos que no pudieron huir, la redujo á cenizas, como tambien á Astracan y Seray.

Dió Tamerlan á su ejército una gran fiesta al pié del Cáucaso; después lo llevó á Samarcanda. Fué acogido allí con alegria por sus esposas y nueras, que esparcieron sobre su cabeza querida escamas de oro y piedras preciosas, y le regalaron mil caballos ricamente enjaezados. con otras tantas mulas. Celebró los matrimonios de varios de los suyos, ocupado como estaba siempre en fortificar los lazos de familia; y cuatro de sus hijos fueron encargados de gobernar el Corasan al Oriente, el Irak al Occidente, el Aderbijan al Norte, y el Fars al Mediodía.

Tomando entonces el título de gran kan, pensó una vez justificada la usurpacion por la victoria, en conquistar la India para difundir allí el islamismo. Alp-Tekin, que en el siglo x habia fundado allí la dinastía de los Gaznevidas, habia introducido por la fuerza las doctrinas de Mahoma; pero no habian echado raices hasta el punto de prevalecer sobre las costumbres antiguas. Habíase establecido cerca del Indo una dinastia musulmana (1205), que de la nacion de su fundador Cutubal Dien-Abiek, era llamada de los patanes ó afganes. La muerte del sultan y las turbulencias que se suscitaron por la menor edad de Mahomet IV (1397), ayudaron á Tamerlan, que pasando el Indo con noventa y dos escuadrones de mil hombres cada uno, *tantos como Mahoma tenia nombres ó cualidades*, se adelantó sobre Deli. Fué vencido Mahomet, y su capital se rindió (1398): pero habiendo querido Timur y sus hijos entrar en el templo de las Mil columnas para admirarle, un gran número de soldados penetraron con ellos, lo que produjo desórdenes. Entonces los güebros, armándose con el fuego de sus altares, esparcen el incendio en la ciudad; cien mil habitantes hechos prisioneros sin combate, en su mayor parte güebros, fueron degollados por temor de que se rebelasen. Hacen un inmenso botin, que se componia de diamantes de Golconda, rubies de Bedacschan, zafiros de Ceilan, camellos, elefantes, esclavos, de los cuales ningun soldado tuvo menos de veinte y algunos contaron hasta ciento cincuenta. Los artesanos fueron trasladados á Samarcanda para construir allí la mezquita. Deli pereció; pero la inmensa ciudad, cuya magnificencia hacia menos increibles los prodigios de los tiempos fabulosos, se levantó de sus ruinas, y fué tan opulenta, que cuando hace siglo y medio Shah Nadhir la saqueó (1739), encontró por valor de 1.000,000,000 de pesetas en diamantes, perlas, estátuas de oro, y aunque después (1760) fué destruida por los afganes y los maratas, contiene aun, segun dicen, un millon setecientos mil habitantes.

Por todas partes, los pacíficos indios cayeron á millares bajo el hierro del feroz tártaro, que sofocó en sangre el culto de fuego, esparcido hácia el Ganges superior; y llegado al mágico valle de Cachemira, terminó en un año la conquista que Sesostris y Alejandro apenas habian comenzado.

Después de haber solemnizado sus victorias en Samarcanda con cacerias y espléndidas fiestas, y con la construccion de una mezquita, donde habia cuatrocientas ochenta columnas, Timur se puso en marcha para castigar á otros enemigos, intimando una espedicion que duraria siete años al Asia occidental. Comenzó por atacar á los cristianos de la Georgia, que forzó á elegir entre la servidumbre y el islamismo. A su vuelta envió á Bayaceto un mensaje en términos arrogantes: «Vil hormiga, enorgullecida por algunas victorias conseguidas sobre los cristianos, ¿cómo se atreve á irritar á los elefantes y provocar el rayo suspendido sobre su cabeza?» Bayaceto respondió con no menos fiereza: *Al ladron del desierto, vencedor solo por su perfidia y por los vicios de sus enemigos. Las flechas de los tártaros fugitivos no pueden compararse á las espadas invencibles de los genízaros.*

Las injurias personales agriaron la envidia política que no pudo menos de producirse entre tan poderosos vecinos. Tamerlan se arrojó sobre el Asia anterior, y destruyó á Sebaste, una de las ciudades más fuertes del Asia Menor que encerraba cien mil habitantes. Cuando fué abierta la brecha, consintió en una capitulacion para solo los musulmanes; los cristianos, y sobre todo los armenios, se repartieron entre los soldados, que atándoles la cabeza entre las piernas, los precipitaban de diez en diez en los fosos, donde los enterraban.

Dirigióse entonces Tamerlan al Egipto. Allí los esclavos circasianos, guardas del soldan, se habian hecho muy poderosos, hasta que Barkok Daher usurpó el trono (1382) con el consentimiento del califa, del muftí y del cadí; y después de haber sido derribado del trono habia recobrado el poder (1389). A la llegada de Tamerlan se unió á

Clavijo, enviado á Tamerlan en 1403 por Enrique III de Castilla, fué del mismo género.

Bayaceto, Toktamisc y Kara-Yusuf, jefe de los turcomanos del Carnero Negro; pero esto no le salvó, pues Tamerlan derrotó cerca de Alepo á Farag, hijo de Barkok (1400); y después de haber puesto á matanza la ciudad por espacio de cuarenta dias (30 octubre), se apoderó de Ama y Balbek; después en las cercanias de Damasco, venció al soldan en persona, impuso á esta ciudad una contribucion de 1.000,000 de dineros, y envió á los artistas á Samarcanda, entre otros á los que fabricaban las célebres hojas de sable; industria que de esta manera pasó á Persia y al Corasan. Recordó entonces que los primeros enemigos de Alí se habian establecido en Damasco, y mandó que la ciudad fuese reducida á cenizas.

En medio de las matanzas, divertíase Tamerlan en discutir con los doctores que habia encontrado en Alepo; y sabiendo que eran opuestos á Alí; *Aclaradme una duda*, les decia, *¿cuáles son los verdaderos mártires, los soldados muertos de mi partido, ó los de mis adversarios?* La pregunta no carecia de peligro; pero un ulema la eludió respondiendo como en otro tiempo el Profeta: *Los que pelean por la palabra de Dios.* Tamerlan le dijo aun: *Soy cojo y decrépito, y no obstante he conquistado el Iran, el Turan y las Indias.* El muftí le dijo entonces: *Da gracias á Dios, no des muerte á nadie.—Por Dios*, replicó Tamerlan, *no mato á nadie voluntariamente; nunca fué el agresor en mis guerras, y vosotros mismos sois los autores de vuestras calamidades.* Tales eran sus discursos, mientras que los suyos cortaban cabezas á millares, para levantar con ellas pirámides.

Indomable Bayaceto en el campo de batalla, se habia dejado afeminar por la paz. Mientras que sus generales estendian sus conquistas hasta el Eufrates, habia pasado tranquilamente cinco años en Brusa. «El alto árbol de su fortuna se envanecia con abundantes frutos, que cada dia maduraban por él en medio de los variados cantos de las aves, sin que le faltase nada de lo que proporciona un agradable goce. Animales raros y todo lo que Dios crió para el placer de la vista se encontraban en su palacio. Esclavos elegidos, hermosas y seductoras esclavas de amable aspecto le rodeaban, proporcionadas por los griegos, los servios, los valaquios, los albaneses, los húngaros, los sajones, los búlgaros, los latinos; y todos cantaban en su lengua, aunque á disgusto. Sentado en medio de ellos, se abandonaba al deleite.» Entregábase á la embriaguez á despecho de la ley; y Ali-bajá, su visir, ultrajaba á los jóvenes prisioneros cristianos, que encontrándose en muy gran número para la recluta de los genízaros, eran empleados como pages *(itsch-oglan)* y bardajes. Este vergonzoso vicio se estendió como en los buenos dias de la Grecia, y contribuyó á degradar las costumbres de los turcos.

Este estado de cosas favoreció las empresas de Tamerlan; llegó á las manos con Bayaceto en las llanuras de Ancira *(Angora)* (28 julio de 1402), donde Pompeyo habia batido á Mitrídates. Cuéntase que cuatrocientos mil hombres perecieron en esta jornada, la primera en que los turcos habian sucumbido en una lucha general con los tártaros. Quedó vencedor Tamerlan, gracias en parte á los elefantes que habia traido de la India, y que peleaban cargados con torres llenas de arqueros. Dos navios europeos que estaban anclados en estos sitios, se cargaron con las cabezas cortadas. El mismo Bayaceto fué hecho prisionero, y algunos historiadores refieren que Timur, respetando su desgracia, le animó á soportar su suerte; otros, que le hizo encerrar en una jaula de hierro y llevar miserablemente enseñándole en sus marchas (4). Sea lo que quiera, Bayaceto no sobrevivió mucho tiempo á este desastre.

En la alegria de su triunfo, recorrió Tamerlan el Asia Menor, y de seguro el imperio otomano hubiera sido ahogado en su nacimiento, si más preocupado de la religion que de la política, no hubiera querido combatir tambien á los cristianos. Atacando, pues, á Esmirna (diciembre), que hacia sesenta años pertenecia á los caballeros de San Juan, tomó esta ciudad por asalto, y construyó allí una pirámide de cráneos y piedras (1403). Volviendo hácia el Oriente, todos los niños de una ciudad habian ido á su encuentro, implorando su misericordia y recitando los versículos del Coran. *¿Qué balido es ese?* preguntó, y mandó á la caballeria que los atropellase.

Encontrábase de este modo Timur á la cabeza de un imperio que desde el Irtisc y el Volga se estendia hasta el golfo Pérsico, y del Ganges á Damasco y al Archipiélago. Cuando hubo conquistado el pais de los circasianos y de los jasos, se encontró haber destrozado y ceñido las diademas de nueve dinastias, dueñas de veinte y siete Estados, á saber: la dinastia de los Chagatay, la de los getas del Turkestan, del Carism, del Corasan, de los tártaros en el Capchak, de los hijos de Mozafer en el Irak persa, de los Ilkanios en el Irak árabe, las del Indostan y de los otomanos. Se dice que queria conquistar el Egipto y el Africa, penetrar en la Europa por Gibraltar, atravesarla, volver á la Rusia y de allí á la Tartaria. Felizmente para la cristiandad fué detenido el apóstol guerrero por el mar, que sus ginetes no podian cruzar como el desierto; no por eso dejaban los cristianos de reunir sus fuerzas, aunque usando de las consideraciones y mensajes para contener este temible furor. Musa, hijo de Bayaceto, recibió la investidura de rey de la Romania, y fué favorecido por el vencedor contra sus hermanos Soliman y Mahomet. Sometióse el emperador griego al tributo de nueve avestruces

---

(4) Gibbon consagra largas páginas á establecer formalmente el hecho. Hammer lo niega, segun los descubrimientos históricos hechos últimamente. Se sabe que los orientales llamaban *jaula* (gábia) á un cuarto estrecho, y tambien la litera en que llevan las mujeres.

y una girafa. En el Cairo el nombre de Tamerlan se recitó en las oraciones y se fijó en las monedas.

Volvió á Samarcanda a la edad de sesenta y dos años para tomar algun descanso y prepararse á conquistar la China. Todos los emires y mirzas, entre los cuales se encontraban varios descendientes de Gengis-kan, fueron convocados para una especie de parlamento, y la celebracion de varias bodas; y durante dos meses olvidó todo cuidado en los asuntos del gobierno para entregarse á los placeres de la vida. En medio de una gran llanura llamada Mina de flores, hizo construir por un arquitecto sirio un palacio de mármol, y cada uno de sus lados tenia mil quinientos codos, adornado interiormente de mosaicos y por fuera de porcelana, con innumerables juegos de aguas. Dióse allí un festin, donde nada faltaba de lo que puede encantar los sentidos. Los hijos del monarca, las emperatrices y reinas, los gobernadores, los generales, los grandes del imperio, acudieron allí con felicitaciones y regalos, en medio de un mundo de pueblos; y así como los más pequeños peces tienen su lugar en el mar, Tamerlan admitió igualmente al banquete á los embajadores de la China, de la Rusia, de las Indias, de la Grecia, del Egipto, de toda el Asia, y á los enviados de España, que le ofrecieron una alfombra magnífica, cuyo trabajo eclipsaba las obras de los pintores de Oriente. Los jardines de Canigul habian sido dispuestos en pabellones sostenidos con cuerdas de seda, tapizados con telas de oro, cortinas de terciopelo con filetes de ébano y marfil. Doscientos pabellones de seda sostenidos cada uno por doce columnas de plata dorada, sembradas de pedreria, formaban la habitacion real. En rededor brillaban centenares de tiendas para vender toda especie de adornos, de metales preciosos, perlas y cosas de plata, de tal manera (empleamos las espresiones del cronista), que Canigul parecia las minas del Potosí. Conciertos y diversiones en cien teatros entretenian á la multitud; indios danzaban en las maromas tan elevadas, que parecian atadas á las nubes.

Todos los artistas de Samarcanda desfilaron delante del soberano, ostentando á sus ojos alguna hermosa invencion de su arte. Los tratantes en pieles se mostraron vestidos con pieles de osos, tigres y leones; los tapiceros hicieron un camello de cuerda y tela, que se movia, aves de algodon y un minarete de lo mismo, que se paseaba; los silleros dos literas sobre dos camellos, en las cuales dos doncellas recreaban la vista con sus posturas; los fabricantes de esteras habian formado con cañas dos líneas de caractéres cúficos. El hidromiel y el aguardiente se derramaba en el banquete en vasos de oro de Kumi, y bosques enteros se talaron para hacer cocer las viandas. Tanto como la vista podia estenderse, se encontraban manjares y bebidas sin número en las mesas, y distribuidas á todo el que se presentaba: además mandaba un edicto del emperador que «durante las fiestas, toda cuestion se suspendiese, que ningun rico se abrogase lo que fuera del pobre; ningun fuerte lo del débil; que nadie pretendiese más de lo que se le debia.» Casó en esta circunstancia seis de sus nietos, que cambiaron nueve veces de traje; y á cada nueva mutacion, las perlas y pedrerias que los adornaban eran abandonadas á su comitiva; y antorchas y lámparas hacian de la noche dia (5).

Cuando terminaron las fiestas, dirigiéndose Tamerlan á los emires y mirzas (1404), les dijo: «Las vastas conquistas que he verificado, no han podido hacerse sin violencias y sin destruccion de criaturas de Dios; he resuelto, pues, en reparacion, hacer la guerra á los infieles, y esterminar á los idólatras de la China. ¡Que los ejércitos que me han ayudado á pecar sean los instrumentos de la penitencia, marchando á la guerra santa, derribando los templos de los ídolos y del fuego, para sustituir en su lugar mezquitas!» Enseguida mandó que cada uno volviese á sus ocupaciones; y habiéndose encerrado en su gabinete, se entregó á los asuntos del gobierno. Habia mandado por delante un ejército ó más bien una colonia de súbditos para facilitar su paso por entre los calmucos y mongoles idólatras, á quienes proyectaba subyugar, y hacer levantar el plano de los paises que tenia que atravesar desde el nacimiento del Irtisc hasta la muralla de la China. Terminados sus preparativos, se puso en marcha con doscientos mil guerreros, pero el rigor del frio le obligó á detenerse en Otrar (27 noviembre); y antes de la vuelta de la primavera, murió á la edad de sesenta y nueve años (19 marzo de 1405).

Severo é inflexible en las órdenes que daba, Tamerlan hacia castigar á sus hijos y sobrinos con palos, segun la ley de Gengis-kan, cuando no se mostraban bastante dóciles, sin perder por esto sus honores y mandos. Sostenia una justicia estremadamente rigurosa, hasta el punto de que un niño podia caminar llevando oro en la mano, sin peligro de ser despojado. La destruccion era para

---

(5) Pueden citarse en Oriente muchos ejemplos de semejante lujo que hacen menos increibles los cuentos de las hadas. Cuando el sultan Malek de Seljuk se casó con la hija de Moctadi Bamrillah, califa abassida de Bagdad en 1087, se consumieron 80,000 libras de azúcar en dulces. Mohamed II Seljucida, hizo cortar la cabeza en 1154 á uno de sus ministros, y se le encontraron en sus bienes sin hablar de otras cosas 13,000 vestidos de tela roja. La mezquita de Damasco costó cuarenta millones de rublos al califa Ommiada Valid; 600 lámparas de oro estaban allí colgadas de cadenas de oro macizo. Cuando la emperatriz Zoé envió una embajada al califa Abasida Moctader Billah en 917, la guardia de él estaba compuesta de 16,000 hombres, habia además 40,000 eunucos negros y 30,000 blancos; 700 porteros magníficamente vestidos, guardaban las entradas del palacio; soberbios barcos cubrian el Tigris; 12,500 alfombras adornaban el palacio por dentro y fuera; en medio de la sala de audiencia habia un árbol de oro macizo, con diez y ocho grandes ramas cargadas de aves mecánicas, cuyo canto imitaba el de las aves verdaderas.

él una gloria, era la palabra inscrita en las monedas. Hizo dar muerte á todos los hombres de una tribu; ciudades enteras desaparecieron á sus piés, y trescientas mil cabezas se emplearon en construir pirámides de sus triunfos. A veces recorrió algunos paises, no para conquistarlos, sino para devastarlos, dejando después algunos de sus guerreros para gobernarlos. No consolidó nada, ni dió ninguna institucion estable á la Transoxiana y á la Persia, que consideraba como herencia de su familia; en fin, su descendencia no reinó sino por la conquista de la India, donde sobrevivió unicamente el nombre de Gran Mogol.

Decidio Tamerlan que todos los niños nacidos en el harem del emperador y en el de los príncipes, debian ser considerados como miembros de la familia imperial, y desde entonces con derecho de ser sostenidos por el Estado. Resultó de esto que á veces hubo en la India hasta trescientos harems imperiales, de los cuales algunos contenian hasta mil mujeres. Larenaudiere que visitó últimamente á Deli, encontró en el trono el décimocuarto descendiente de Tamerlan, á quien la compañia de las Indias inglesas pasa una pension de 200,000 libras esterlinas: pero está obligado á sostener veinte mil personas de sangre imperial, de las cuales diez y nueve mil son mujeres, en atencion á que los hombres van á otra parte á buscar fortuna. Estos son los únicos súbditos que quedan al Gran Mogol.

Escritos de Tamerlan.—Tamerlan fundó una escuela célebre en Kesc, y sostuvo en su corte muchos letrados é historiógrafos, queriendo que éstos espusiesen la pura verdad, la verdad que puede escribirse estando á sueldo de un déspota (6). Redactó el *Tufukat* ó reglamento para la organizacion del ejército (7), de las magistraturas, de la administracion, de las rentas y de la justicia. Dejó tambien un curioso documento en los Comentarios sobre sus empresas (8). Declara en el prólogo, «á sus hijos, sobrinos y demás, haber escrito sus memorias en turco, á fin de que aquellos de sus descendientes que le sucedan en el gobierno del imperio fundado por él con tantos esfuerzos, fatigas, largas travesias y guerras, pongan en práctica las reglas y pareceres que deben asegurar la duracion de su poder y de su monarquia.»

Da principio en estos términos: «Sepan mis afortunados hijos, mis sábios ministros, mis nobles y celosos servidores que si el Dios Todopoderoso me ha concedido grandeza, si me ha constituido pastor de su rebaño, si me ha prestado su socorro celestial hasta el punto de hacerme el monarca supremo de la tierra, fué por mi constante fidelidad en practicar las reglas que siguen, en observar los tratados, en no atentar á las propiedades, en usar con moderacion de las riquezas públicas, en emplear su poder, en propagar y defender la religion, en honrar y respetar los monjes ó derviches. Continúa de esta manera: «Habia oido decir que cuando Dios elige un hombre para confiarle la suerte de un pais, y le entrega la administracion del género humano, á fin de que gobierne con arreglo á justicia, si este hombre elegido se conduce como debe, su reinado dura y prospera; pero que si es injusto, tirano y comete acciones opuestas á su ley divina, Dios no permite que tenga hijos, le priva de sus Estados y del poder soberano para darlo á otro. En consecuencia, para conservar mi soberania, he tomado en una mano la justicia, en otra la equidad, y he tenido cuidado de que mi morada real estuviese resplandeciente con estas dos luces. Habiendo oido que los reyes justos son la sombra de Dios, y que el mejor rey es el que imita á la Divinidad perdonando á los pecadores, he seguido el ejemplo de los reyes justos y perdonado á mis enemigos.» Es de sentir que los autobiógrafos no sean tales como se pintan á sí mismos.

Refiere Tamerlan en detalle los pronósticos que anunciaron su estraordinaria fortuna, sea que creyese realmente en ellos, sea que le importase hacerlos creer. Referiremos un fragmento que concierne á sus creencias religiosas: «A la edad de setenta años, cuando volvia en 806 después de haber conquistado la Natolia, iba á ofrecer mis homenajes al chaike Sadreddin Ardebili, polo de

---

(6) Gengis-kan y Tamerlan son los dos mayores conquistadores de Asia, desde Alejandro hasta nuestros dias. Ambos fueron pródigos hasta el esceso de sangre humana, esterminadores de las dinastias, devastadores de paises y ciudades; pero al mismo tiempo ambos fueron legisladores, fundadores de reinos y reformadores de la sociedad. La gran diferencia entre uno y otro consiste en que Gengis-kan, bárbaro, enemigo de la civilizacion, llevó á todas partes donde fué con sus hordas homicidas, todas las calamidades de la guerra, al paso que Tamerlan, instruido en las letras árabes y persas, mereció que sus hazañas fuesen ilustradas por plumas como las de Sharafedin y Abderresac, autor del *Oriente de los dos astros felices*, historia enteramente desconocida hasta ahora en Europa.» DE HAMMER. Este Sharafedin, mollah, residente en Yezd, en Persia, escribió la historia de Tamerlan diez y nueve años antes de su muerte, por órden del sultan Ibrahim, y su libro es reputado como una obra maestra por su exactitud y estilo, aunque pródiga de fábulas como la vida escrita en árabe por el sirio Ahmed ebn-Arabschá, treinta y cinco años después de la muerte del conquistador.

(7) Ha sido traducido al francés con el título de *Instituciones políticas y militares de Tamerlan*. Paris, 1787. En el testo hemos dicho que Tamerlan murió á los 69 años; y en los pasajes de los comentarios aquí referidos aparece haber vivido 71; entiéndanse años musulmanes.

(8) Cárlos Stwart los ha traducido en inglés, Lóndres, 1830, con este título: *The Mulfuzat Timury*, etc., ó «Memorias del emperador mongol Timur, escritas por él mismo en dialecto turco-chagatano, traducidas al persa por Abu-Talid-Hosein, y del persa al inglés.» Tal vez estén escritas por otro bajo su nombre.

los sabios, le pedí la bendicion y le rogué que me diese por compañero uno de sus discípulos, para que fuese uno de mis polos. Me respondió que en la montaña de Salarán habia una fuente, cuya agua era tan pronto fria como caliente; que fuese á ella y que la primera persona que llegase á hacer sus abluciones de costumbre seria el guia pedido. Conforme con las órdenes del chaike, subí hasta esta fuente, y habiendo verificado mis abluciones y orado como de costumbre, permanecí aguardando con ansiedad el que llegara. ¡Cosa admirable! el primero que por la montaña se acercó al manantial y oró despues de haberse lavado, fué el jefe de mis caballerizas. Al dia siguiente y el de después, se repitió el hecho. Admirado me dije á mí mismo: el chaike no puede haberse engañado, y dirigí la palabra á aquel hombre llamándole *Seid*, y preguntándole, cómo, puesto que yo hasta entonces le habia considerado como un servidor ínfimo, habia llegado á aquella dignidad y honor. Me contestó que por órden del polo de los polos desde el primer momento que yo era monarca soberano era él el báculo de mi gobierno. Comenzó entonces oraciones á las que me uní; y durante este tiempo un vivo sentimiento de placer me arrobaba. Terminadas las oraciones, me dijo: *Príncipe, sois en esta hora el huésped de Dios, y todo lo que un huésped pide debe recibirlo gratuitamente.* Pedí la fe. *La fe por Mahoma subsiste eterna, me respondió, es una ciudad, y los que la rodean esclaman de continuo: No hay mas Dios que Dios, y los que están dentro de ella contestan: Es sabido que no hay otro mas que Dios. Esta ciudad es la puerta de las puertas; y todo el que entra ó sale repite sin cesar las mismas palabras.*

«Entonces me prosterné; después, levantando la cabeza, noté que mi compañero habia depositado su alma en manos del Creador. Afligíme vivamente, y cuando referí al chaike lo que habia sucedido, me dijo, que elevar y derribar á los soberanos, conceder los reinos á quien sea digno, quitarlos á los indignos, pertenece á los verdaderos adoradores, que son los agentes de Dios; que cada pais tiene su santo patrono, el cual recibe su mision del iman (jefe) de los polos, y mientras sostiene al monarca, el pais está floreciente; en el caso contrario decae. Mientras existe el custodio, el Estado prospera; si se le arrebata éste, declina y no tarda en ser abatido, á menos que no le esté subrogado un nuevo patron. *El hombre-dios á quien estaba confiado el reino de Kaisar* (9), *ha muerto este año; por esto es por lo que habeis conseguido sobre él una victoria fácil.* Tomé esto como un aviso que me anunciaba que mi turno no tardaria en llegar. Conservé, no obstante, la esperanza de que se nombraria otro patrono para el puesto de mi finado protector. Regalé, pues, al chaike cuatrocientos prisioneros nacidos en la Natolia para asegurarme su intercesion.» (10)

Todo este pasaje se refiere á una creencia de los sofis de Persia, segun la cual el gobierno del mundo se da á los *weli*, ó amigos de la Divinidad, que son en número de cuatro mil, formando diferentes órdenes. Apenas falta uno de ellos, cuando es reemplazado por otro de órden inferior. A la cabeza de estos ministros de la Providencia está el *polo* de los *polos*, ó el socorro; después de él hay dos polos ó dos imanes, después los cuatro sostenes ó goznes, y así sucesivamente. «Gracias á Dios, dijo entonces el conquistador, desde la edad de nueve años hasta la de setenta y uno, nunca he comido solo, nunca he salido sin la compañia de un amigo; nunca me he puesto vestido nuevo sin que me los quitase para darlos á mis camaradas; y pidiéranme lo que quisieran, lejos de negárselo, nunca esperé que recurrieran á humillantes instancias para concedérselo.» (10)

Tamerlan habia dejado por su testamento el poder supremo á Pir-Mohammed-Geangir; pero habiendo entrado la discordia entre sus numerosos descendientes, Geangir fué derrocado por Khal-Sultan, otro nieto de Tamerlan, y el imperio se encontró fraccionado. En el pais situado entre el Djaik, el Siun y los montes Kuen-lu y Tang-nu, que habia dejado de pertenecer á su descendencia desde el año 1408, se formaron los Estados independientes de los usbekos nómadas, de los mogoles, elutos ó calmucos, y los kanatos gengiskánidas de Kamil, Kotan y Casgar. La Georgia recobró su independencia; en la India de este lado del Ganges, un príncipe afgan fundó el reino de Multan (1412); otro el imperio de Deli (1450), del cual eran tributarios los reinos mogoles de Cachemira y de Sindi. Los sultanes Borgitas de Egipto sometieron la Siria hasta el Eufrates y el Cidno, y parte de la Arabia hasta el trópico. Samarcanda quedó de capital del Estado principal mongol, que comprendia la Bucaria *(sogdianos y masagetos)* y el Corasan *(Bactriana é Hircania)*. Restablecióse el kanato en el Capchak en favor de la línea de los Tuchi; pero despojado de su antiguo poder, fué pronto fraccionado para formar cuatro kanatos: el de Crimea ó de la puerta de Oro *(Perèkop)*, que en 1470 se sometió á la Puerta; el de Casan y el de Astracan, que se convirtieron en tributarios de la Rusia, como tambien después el de Turuff en Siberia.

Kara-Yusuf, jefe de los turcomanos del Carnero

(9) El imperio otomano.

(10) Otros varios príncipes de Oriente han escrito su propia vida. Conocemos en Europa la del chaike Mohamed Ali Hazin, nacido en 1692, y publicada por Belfour, (Lóndres, 1831), las Memorias privadas de Tezkeret Alwakiat, escritas por uno de sus confidentes, y traducidas por Cárlos Stewart (Lóndres, 1832); las de Zair-Eddin Mohamed Baber, emperador del Indostan, escritas por el mismo, y traducidas al inglés por G. Erskine (Lóndres, 1826).

Negro (1380-1406), habia expulsado á los hijos de Tamerlan, y dió fin á la dinastia de los Ilkanios, cuya capital era Bagdad; quitó algunos dominios á los turcomanos del Carnero Blanco que se mantuvieron, sin embargo, en posesion del Diarbekir y la Armenia inferior, y conquistó la Mesopotamia, el Irak árabe y parte de la Armenia. Los príncipes de su familia se repartieron los Estados, y continuaron en guerra hasta que Geangir (1435) los reunió, añadiendo parte de la Persia ó del Kerman. Pero Usum-Cassan, jefe de los turcomanos del Carnero Blanco (1468-78) le venció, y ocupó todas las posesiones del Carnero Negro, Corasan, y la Persia; de suerte, que su dominacion se extendió á todos los paises situados entre el Cáucaso, el Tauro, el Eufrates, el Yun inferior, el Elmend y el mar de Oman. Sucedíanse, pues, los imperios á los imperios, sin quedar de ellos más que ruinas.

Zíngaros.—La espedicion de Tamerlan á la India hizo salir de allí á los zíngaros. Ningun punto ha sido más tratado y debatido que la existencia de esta poblacion miserable, esparcida por todo el mundo hace tantos siglos, sin haber cambiado de carácter ni costumbres. Aun se encuentran en los paises de los maratas unidos en tribus; y su lengua, así como su fisonomía, revela su orígen indio; llámanse en efecto zíngaros, en la India, á los últimos de los parias. Cuando Tamerlan trastornó este pais, las tres castas superiores sufrieron, pero sin separarse del suelo natal. Por el contrario, los indios de las castas inferiores se derramaron, abandonando un lugar de miserias, y siguiendo las huellas de los mongoles, como espias y merodeadores, se estendieron por los paises conquistados. Algunos se dirigieron hácia Oriente, y aun existen en las costas del Malabar, quienes viven del oficio de piratas. Otros anduvieron errantes por la Persia y el Turkestan; algunos, impulsados probablemente por los otomanos, pasaron á Europa, donde aparecen en 1417, en la Moldavia y en la Valaquia; al año siguiente en Suiza, en 1422 en Italia, en 1427 en Francia, haciéndose pasar por originarios del Bajo Egipto, añadiendo que Dios habia hecho su pais estéril, porque sus abuelos habian negado asilo á Maria en su huida con el niño Jesús; ó tambien decian que el papa Martin, en castigo de su apostasia, los habia condenado á andar errantes durante siete años sin entrar en un lecho, mandando á todo mitrado darles seis libras tornesas. No se les quiso recibir en París; pero se les colocó cerca de San Dionisio, donde la curiosidad atraia una multitud de gentes para verlos, al paso que ellos decian la buenaventura examinando las manos. Espulsólos el obispo (1560); pero continuaron viviendo errantes por el reino, aunque Francisco I los desterró, bajo pena de galeras. Esta amenaza se reiteró varias veces, hasta el momento en que se mandó poner la cadena, sin más forma de proceso (1666), á todos los que se cogiesen.

El nombre de zíngaros (11) es bajo el cual más se les designa generalmeute. Los daneses y suecos los llaman *tártaros*, los ingleses *egipcios (gipsies)*; los franceses *bohemios;* los árabes *arami;* es decir, ladrones; los húngaros *pharaohnepek*, ó pueblo de Faraon; los holadenses *heidenen*, ó idólatras; los españoles *gitanos* ó maliciosos. Fueron desterrados de Inglaterra en tiempo de Enrique VIII (1531) y de Isabel; en vano trató de echarlos de Alemania Cárlos Quinto (1540). Algunos se han establecido de fijo en la Gran Bretaña y mayor número en Transilvania, en Valaquia, en Lituania y en las provincias del Cáucaso, abandonando la existencia nómada (12). El emperador José II, así como una sociedad inglesa, emprendieron civilizarlos en lugar de perseguirlos. El único pais en Europa en que se encuentran reunidos en algun número es en España, que después de haber arrojado á los moros y á los judíos industriosos, no ha podido desembarazarse de estos huéspedes ociosos y repugnantes. En vano fueron desterrados por Fernando el Católico en 1492; en vano un siglo después, el concilio de Tarragona los proscribió de nuevo; en la llanura de Granada y en las áridas montañas que la rodean, por la parte que hace frente á la Alhambra, se ven multitud de grutas semejantes á madrigueras, defendidas por matorrales espinosos de nopales: allí viven cincuenta mil gitanos, vendiendo higos, fabricando cuerdas y esteras de junco y pita, buscando partículas de oro en las arenas del Darro, engañando en el precio de los animales que venden y compran. Prefiriendo el robo á la limosna, se aprovechan de todas las perversas inclinaciones de la humanidad; dicen la buena ventura, roban niños, estimulan la avaricia y el libertinaje, sirven en las intrigas amorosas, prestan ayuda al fraude y á los asesinatos. Sólo dos buenas cualidades los distinguen: la pureza femenina, al menos con relacion á los forasteros, lo que apenas se cree con tal abandono de la moral (13), y el amor á la familia, en cuyo seno se

---

(11) *Hind-kales*, indios negros? Véase CÁRLOS POUGENS, *Tesoro de los orígenes de la lengua francesa.*

(12) Se pretende que hay 50,000 zíngaros en España; 54,000 en Hungría; 104,000 en Transilvania; en todo 1.000,000 en Europa; 400,000 en Africa; 1.500,000 en la India; 2.000,000 en los demás paises del Asia; 20,000 en la Oceania; en América no parece que existan.

(13) Debe no obstante decirse que no sucede así sino entre los gitanos españoles; porque en todas las demás partes la prostitucion es su tráfico, y la promiscuidad su uso constante. La obra más completa sobre el modo de vivir los zíngaros es *The zincali, or an Account of the Gipsies of Spain* (Lóndres, 1841, 2 tom.) por M. Borrow, agente de la Sociedad Bíblica de Lóndres, que ha pasado su vida observándolos para mejorarlos. Les habia hecho ya traducir trozos del Evangelio, y habia llegado á reunir todo lo de san Lúcas, que hizo imprimir en Madrid en 1838. Pero los zíngaros no vieron en ello más que un buen ta-

refugia la gitana, pura y afectuosa, después de haber empleado su dia en robar, engañar, fomentar y facilitar la licencia. El mundo los desprecia, y poniéndolos fuera de la ley civil, empeora su condicion en lugar de hacer enmendar á tantos hermanos estraviados.

---

lisman, y lo toman consigo para obtener buen éxito cuando van á robar.

Otros autores, entre los cuales Miklosich de la Universidad de Viena, estudiaron la curiosa lengua de esta gente.

CAPÍTULO IV

FIN DEL IMPERIO DE ORIENTE.—MAHOMET II.

Juan Paleólogo.—Estremecióse de alegria el imperio con estas terribles vicisitudes que retardaban su muerte algunos dias. Cuando todo el mundo estaba en movimiento, sólo quedaban estacionarios los sucesores de Constantino, mirando con desden el recambio de ideas y usos que se verificaba entonces. Las cruzadas los forzaron á dirigir su atencion á los francos; pero fué con un sentimiento de ódio y desprecio, sin aprender nada de ellos, y sin emplear más que la astucia y la traicion. La aproximacion de los otomanos, su comun enemigo, los determinó á recurrir á Occidente y ¡cosa inaudita! Juan Paleólogo acudió á Roma suplicando; pero desnudo de virtud, de dignidad, de valor, ¿cómo podia hacerse el representante de convicciones profundas? Acabamos de ver tambien á Manuel dirigirse hácia Europa á instancias del mariscal de Boucicaut. Llegaba precedido de una fama que le habian merecido, no los innobles manejos de su padre, sino su actividad, penetracion, abnegacion personal y esfuerzos con que reanimó un imperio agonizante.

Habiendo dejado al príncipe de Selimbria, su sobrino, lo que componia su reino, es decir, el recinto de Constantinopla, y para defenderla cien hombres de armas francos, otros tantos escuderos y algunos ballesteros, desembarcó Manuel en Venecia (1400) desde donde ganó á Milan y después á Paris. Recibió una acogida estremadamente honrosa de Cárlos VI, que hasta le asignó una pension. Visitó tambien á Lóndres, pero no sacó de su viaje el fruto que aguardaba, tanto menos cuanto que en lugar de unirse lealmente á la Iglesia latina, escribió contra ella. Volvió á Constantinopla poco después de la batalla de Ancira (1402); y habiendo destituido á su sobrino á quien no sostenia ya Bayaceto, le desterró á Lemnos. Si hubiese tenido más poder, se hubiera podido aprovechar del desastre de los otomanos, y de la discordia que se prolongó diez años entre los hijos de Bayaceto. En lugar de esto, tomó sucesivamente partido por estos príncipes, hasta el momento en que la muerte de los otros dejó su poder enteramente en manos de Mahomet (1413).

Es contado entre los mejores soberanos para turco; y fué tan amigo de Manuel, que le confió al morir la tutela de sus hijos. Terminó las mezquitas de Andrinópolis y Brusa, y fundó él mismo otra en esta última ciudad, llamada *Jeschil imaret* (establecimiento verde de beneficencia). Es un monumento muy rico, cuyas paredes están cubiertas esteriormente de mármoles, formando escaques de diferentes colores. Los trabajos de la puerta requirieron tres años y costaron cuarenta mil zequíes. El interior es brillante, de porcelana, con versículos del Coran de oro sobre azul. Cerca de la mezquita está el mausoleo de Mahomet, revestido de porcelana por dentro y fuera, con una cocina para los pobres; trabajos que rivalizan con el púlpito de Sinope y la puerta de la academia de Siwas. Este sultan es el primero que envió por la caravana socorros á los pobres de la Meca, y que favoreció las letras.

En su tiempo, concibió la idea Bedreddin de Simau, docto juez del ejército de Mahomet, de hacer una revolucion por medio de una nueva doctrina. En su cousecuencia, eligió por apóstoles al turco Börekluje Mustafa, y Kemali Udbin, judio renegado. Comenzaron á predicar la pobreza, la igualdad, la comunidad de todas las cosas, escepto de las mujeres, diciendo que se debian considerar como adoradores de Dios hasta los cristianos, á quienes querian conciliarse de esta manera, con objeto de separar á los griegos del príncipe otomano. Un ejército formado de sus sectarios derrotó las primeras tropas que les opuso Mahomet;

pero su hijo Armutes II sofocó en sangre este movimiento, haciendo crucificar á Mustafa, la dignidad de Bedreddin y su gran saber no le salvaron tampoco (1421). Fué la única revolucion otomana, que se intentó por una reforma religiosa hasta la de los wahabitas.

Amurates II.—Amurates II, príncipe justo y á veces generoso, quiso ser él mismo el tutor de sus hermanos, en contra de las costumbres de los sultanes fratricidas. Manuel hizo entonces aparecer un pretendido Mustafá, diciéndose hijo de Bayaceto desaparecido en Ancira. Favorecido por las reiteradas deserciones, este competidor hizo temblar por un momento á Amurates; pero, en fin, ayudado por los genoveses de Focea, le venció éste y le hizo ahorcar; después fué, por vengarse, á sitiar á Constantinopla (1422). Acudieron doscientos mil turcos, atraidos á la vez por el deseo de apoderarse de la ciudad de los césares, por sus riquezas, la belleza de las mujeres, y las escitaciones de un derviche, que seguido de quinientos discípulos (1), se mostró montado en un asno, prometiendo la victoria en nombre del Profeta con quien iba á platicar en el cielo. La solidez de las murallas y el valor de los habitantes, escitados por la aparicion de la Virgen Maria, rechazaron á Amurates. Sin embargo conquistó á Tesalónica (1431), que hacia siete años estaba en poder de los venecianos, y la abandonó al pillaje, reduciendo siete mil habitantes á la condicion de esclavos de sus soldados; después por un repentino arrepentimiento los rescató, les devolvió sus casas, y trasformó las iglesias en mezquitas, los monasterios en hospederias de caravanas, medida que conservó los vestigios de la magnificencia romana. Conquistador feliz, consiguió tambien Amurates sofocar las revueltas domésticas; hizo tres veces la guerra á su cuñado, príncipe de Caramania, á quien no obstante perdonó, por amor á su hermana. Invadió después la Hungria y se encontró enfrente de la cristiandad.

Las instancias de Paleólogo y el peligro que amenazaba á toda la cristiandad, principalmente á la Italia, determinaron al papa Eugenio IV á solicitar una cruzada. «Los turcos, decia, atan con cuerdas hombres y mujeres, que se llevan consigo; cristianos, que condenan á la servidumbre están confundidos con el más vil motin, y vendidos como acémilas, el padre separado del hijo, el hermano de la hermana, el marido de la esposa. Asesinan en los caminos y en medio de la ciudad á aquellos á quienes la enfermedad ó los años impiden andar. Sin piedad siquiera á la infancia, dan muerte á inocentes víctimas que apenas comienzan la vida, y que no conociendo aun el temor, sonrien á los verdugos en el momento de recibir el golpe mortal. Toda familia cristiana es forzada á entregar sus hijos al emperador otomano, como en otro tiempo el pueblo ateniense al mónstruo de Creta. Por todas partes donde han penetrado los turcos, las campiñas han quedado estériles, las ciudades han perdido sus reyes é industria, la religion cristiana no tiene sacerdotes ni altares, y la humanidad asistencia y asilo.»

Conjuraba en consecuencia á los príncipes y pueblos á socorrer el reino de Chipre, la isla de Rodas, y sobre todo Constantinopla, último baluarte de Occidente. Pero el entusiasmo estaba apagado, y los que á millones se habian armado para rescatar el Santo Sepulcro, no sabian ya levantarse á defender su propia pátria. La Francia y la Inglaterra se habian aniquilado en sus mútuas guerras; Federico III carecia en Alemania de fuerza y crédito: sin embargo, el duque de Borgoña se puso á la cabeza de sus súbditos que se habian armado á su costa y por impulso propio. Génova y Venecia se reunieron bajo el estandarte de las santas llaves. La Polonia y la Hungria amenazadas de tan cerca hubieran debido correr las primeras á las armas; pero estaban divididas y sin disciplina. Sin embargo, el cardenal Julian Cesarini consiguió sacudiesen su inaccion, adquiriendo sobre todo energia, cuando ambas coronas se reunieron en la cabeza de Ladislao (1440), príncipe deseoso de ilustrarse con grandes acciones. Tenia por consejo y sosten al gran Juan Huniade, nacido de un padre valaco y una madre griega, que formado en las guerras de Italia, se habia hecho terrible á los turcos, defendiendo á los húngaros, y llevaba el título de vaivoda de Transilvania. Multitud de aventureros franceses y alemanes se reunieron á este valiente capitan. Se le prometió el levantamiento de los cristianos del otro lado del Danubio; el emperador griego se comprometia á guardar el Bósforo, y á marchar con sus propias tropas, reforzadas con mercenarios. Juan Huniade, consiguió en efecto dos señaladas victorias; pero habiéndole impedido el invierno ganar Adrianópolis ó Constantinopla, se retiró á Buda, donde entró en triunfo, con trece bajás, nueve estandartes y cuatro mil prisioneros.

Envió Amurates á pedir la paz y el rescate de los prisioneros, ofreciendo evacuar la Servia y la frontera húngara; concluyóse una tregua de diez años. Cargado entonces de laureles, y aunque en la flor de la edad, sintiéndose cansado de la vida guerrera, abdicó en favor de su hijo Mahomet, de edad de catorce años. No reservándose más que algunas provincias, se retiró á Magnesia entre algunos ermitaños, para orar con ellos, ayunar y hacer penitencia, á fin de recibir la luz del espíritu (2).

---

(1) Cananus *(Historia bizantina,* Bona, 1838) añade que llevaba estos santones *ut prædam rapinam que civitatis sibi haberent.*

(2) «Voltaire admira al *filósofo turco;* ¿hubiera hecho el mismo elogio de un príncipe cristiano que se hubiera retirado á un monasterio? Voltaire era á su modo hipócrita é

Batalla de Varna.—Pero el legado Julian Cesarini habia visto con disgusto concluirse la paz. Informado que una hermosa escuadra compuesta de fuerzas combinadas del pontífice, de los venecianos, genoveses y flamencos, amenazaba á los turcos, estrechó á Ladislao á violar el tratado y volver á tomar las armas. Entonces juzgó necesario Amurates volver á empuñar el cetro y la espada. Evitando, á la cabeza de sesenta mil hombres elegidos, las galeras pontificales que le aguardaban en el estrecho de Constantinopla, pagó á los genoveses un ducado por soldado para pasar á Gallípoli; llegado después á Varna, enfrente de los cruzados desunidos y fatigados, empeñó la batalla, haciendo llevar en la punta de una pica el tratado roto, como una apelacion á la justicia del Dios de los cristianos y de los musulmanes. Los cristianos consiguieron al principio ventaja, y desesperando Amurates de vencer tomaba el partido de la fuga, cuando un genízaro cogió la brida á su caballo y le hizo volver. Tornó, pues á la carga, invocando al cielo y al Profeta, al mismo Jesucristo, para ayudarle á vengar la deslealtad y consiguió la victoria (10 Noviembre de 1444). Diez mil cristianos perecieron en esta jornada; la pérdida de los turcos fué aun mayor. Julian, uno de los hombres más sábios de su época, pero cuya prudencia no igualaba el saber, permaneció á pié firme en el campo de batalla cuando los demás pensaban huir y pereció allí. Observando Amurates los que habian sucumbido, exclamó: *¡Esto sí que es singular! todos son jóvenes; no hay ni uno que tenga la barba gris.—Si hubiera habido un anciano entre ellos*, le respondió el atabek, *los hubiera separado de una empresa temeraria.* La cabeza de Ladislao, puesta enfrente del tratado violado, anunció á Brusa la victoria de Amurates y veinticinco coraceros encadenados atestiguaron al soldan de Egipto la fuerza de los vencidos.

En lugar de proseguir sus triunfos, Amurates volvió á su delicioso y devoto retiro de Magnesia, á los jardines de tulipanes; en aquellos mismos lugares en que Temístocles fugitivo habia encontrado un asilo y pan; pero aun fué arrancado de allí por una sublevacion de genízaros que estalló en en Adrianópolis (1448), y que el jóven Mahomet no bastaba á reprimir. Poco después, el grande Huniade, que habia restablecido el órden en Hungria durante la minoria del nuevo rey, sin espantarse por la derrota de Varna, y en lugar de limitarse á una guerra defensiva, invadió el imperio turco con el más hermoso ejército, y el mejor disciplinado que habia salido de Hungria. Adelantóse Amurates contra él, á la cabeza de cincuenta mil hombres, y le derrotó en los campos de Merles (17 Octubre). Huyendo solo á traves de los bosques de la Valaquia, Huniade fué detenido por dos ladrones; pero mientras se disputaban el collar colgado de su cuello, les arrebató una espada, dió muerte á uno é hizo huir á otro, y volvió sano y salvo entre los suyos aun á tiempo para defender á Belgrado contra Mahomet II.

Manuel.—El emperador Manuel cuyas grandes cualidades fueron cercenadas por la indolencia, dejó varias obras de teologia y moral, donde se encuentra un curioso diálogo entre él y un profesor turco, y buenos preceptos para la educacion de un príncipe. Poco tiempo antes de su muerte, habia abdicado la púrpura en favor de su hijo mayor Juan (1419), y dividido sus pocos Estados entre sus siete hijos. Así fué que á Juan cupo Constantinopla, á Teodoro Lacedemonia, á Andrónico Tesalónica, á Constantino Mesembria y Selimbria en el Ponto Euxino, á Andrés Delminio en Dalmacia, y á Demetrio y Tomás el Peloponeso. A estas posesiones estaba reducido el imperio romano. Negroponto y Candía pertenecian á los venecianos, Chio y Lesbos á los genoveses, la familia Acciajuoli, de Florencia, era propietaria de un Estado que comprendia la Acaya, la Fócide, la Beocia y Atenas; la de Tocco habia formado otro de la Acarnania, de la Etolia y del Epiro meridional; el Norte pertenecia á Jorge Castrioto. Habiendo después cambiado sus Estados Constantino por los de Lacedemonia, se hizo poderoso, y redujo á la condicion de vasallo á Neri Acciajuoli, edificó en el istmo de Corinto el hexamilon, baluarte rodeado de fosos, para separar el Peloponeso de la Helade.

Ocupados estos príncipes en defenderse y aumentar sus dominios, en nada contribuian á dar fuerza y seguridad al imperio, Así fué, que apenas se ciñó Juan III la diadema (1425), cuando compró la paz á Amurates, cediéndole todas las ciudades de la costa, escepto Selimbria y Derkus, sin contar un tributo de 30,000 ducados. Trebisonda que se habia entregado á los venecianos, fué tomada por los turcos (1430).

Scanderbeg.—Aquí se levantó un nuevo enemigo contra el poder otomano. En la época de las primeras espediciones de Amurates II en las orillas del Adriático, Juan Castrioto, señor de una parte de la Albania, situada entre las montañas y el mar, se habia sometido el sultan turco. Sus cuatro hijos que él le habia dado en rehenes, fueron circuncidados y educados en el islamismo. Tres perecieron por el veneno ó en el olvido. La notable belleza y el talento de Jorge le atrajeron la benevolencia de Amurates, que tomó él mismo cuidado de su educacion, y le dió el título de Scanderbeg, es decir, príncipe Alejandro.

Creció en la muelle y enervante corrupcion del serrallo, ministro ó instrumento de los deleites del señor, sin olvidar sin embargo lo que era. Después, cuando murió su padre, sospechando en Amurates la intencion de arrebatarle su herencia, arranca el secretario del sultan una órden para

---

intolerante.»—Esta nota no es nuestra, ni de un tiempo en que era moda razonar, sino de un ardiente discípulo de los enciclopedistas, de Gibbon (cap. LXVII).

que se le consignase Croya, capital del principado de sus abuelos, da muerte al engañado secretario y huye. Una vez en posesion de la fortaleza, que se hace entregar, degüella la guarnicion turca, y da el grito de libertad (1443). Respóndenle por todas partes el patriotismo y la religion en la marcial Albania. Pronto (1444) se encuentra al frente de doce mil guerreros y dueño de todas las plazas (3). Cuando recobró sus dominios, las contribuciones del Epiro y las ricas salinas del pais, le daban una renta líquida de 200,000 ducados, que emplea toda en interés público. Equipa un ejército permanente de ocho mil caballos y siete mil infantes, sin contar los aventureros franceses y alemanes; y dotado de gran habilidad en la guerra de escaramuzas que particularmente conviene á los insurrectos, sabe tener en jaque á fuerzas superiores (4).

Enviado contra él Ali-bajá, á la cabeza de cuarenta mil hombres fué derrotado; otro general perdió diez mil turcos, y las invasiones de Huniade dieron al héroe el tiempo de asegurarse. El mismo Amurates llegó á Albania con seis mil caballos y cuarenta mil genízaros, pero sin más resultado que la toma de algunos fuertes (1450). Habiendo sitiado á Croya, fué hostigado de continuo por las partidas de Scanderbeg, que rechazaba toda proposicion de paz; engañado y lleno de ira se retiró á Adrianópolis, donde murió (1451). Mereció este príncipe ser alabado por la clemencia que mostró cuando era inútil la crueldad, y por su piedad que le hizo propagar su religion con el acero. Amigo del soldado, á quien sabia dar la victoria, aseguraba la tranquilidad de los ciudadanos, y edificaba por todas partes mezquitas y hospederias de caravanas. Las personas piadosas de la Meca, de Medina y de Jerusalen, recibian de él cada año una gratificacion de 2,500 monedas de oro, y los descendientes del Profeta una de 1,000. Aun cuando estaba en el vigor de la edad, rara vez declaró la guerra sin ser provocado á ella. Pensó sériamente en dejar el poder; y cuando Manuel Paleólogo fué á Roma para reconciliar las dos iglesias, prometió no inquietar su reino y cumplió su palabra.

Mahomet II.—Tuvo por sucesor Amurates á su hijo Mahomet II, de edad de veinte y un años, el más insigne príncipe de los otomanos. Lejos de ser benévolo como su padre, su primer acto fué hacer ahogar á su hermano Amed. Musulman tan celoso como ambicioso, versado en las lenguas griega, latina, caldea, persa, árabe, además de la suya; instruido en historia, geografia, astrologia, amaba las artes, á pesar de la prohibicion religiosa. Fundó escuelas, escribió él mismo libros, y concedió al pintor veneciano Gentile Bellini, honores y recompensas. Refiérese que habiendo pintado este artista una degollacion de san Juan Bautista, para demostrarle el sultan que se habia separado de la verdad, cortó delante de él la cabeza de un esclavo. Añádese que hizo abrir un dia el vientre á catorce pages, para asegurarse cuál habia comido un melon, y que haciéndole cargo un genízaro por su predileccion á una esclava, hizo cortar inmediatamente la cabeza á este objeto de su amor, para probar que nunca se dejaria dominar por las mujeres. Si estos hechos no están bastantemente probados, hacen al menos fe para la opinion que se habia concebido de su carácter feroz é indomable. Es cierto que no le costaba nada derramar la sangre. Sin piedad en los asuntos de Estado, todo el que se hacia culpable de rebelion debia morir, y con la muerte más atroz, es decir, aserrado en dos partes. La superioridad de sus fuerzas le hizo victorioso más que su habilidad guerrera. Entregándose con pasion á los deleites contra naturaleza, corrompia á los jóvenes de familias nobles antes de elevarlos á los empleos, degollando á los que se le resistian. Tal era el que debia destruir el imperio de Constantino.

Los príncipes otomanos estaban además educados desde la infancia para la guerra y la administacion, y una feliz casualidad hacia que fuesen dignos de reinar en una nacion belicosa. Un principio arraigado en esta nacion, quiere que el déspota más odioso sea reemplazado por su hijo, procedimiento sencillo que impide muchas revoluciones. Además, con el objeto de que los hermanos no sean competidores muy peligrosos, el mismo padre ó su hijo mayor hace perecer á los demás, costumbre inhumana más bien que impia; porque la santidad de la familia tal como existe entre nosotros, no puede hallarse en un serrallo de mujeres celosas y de hijos rivales.

El fundamento de la fuerza de los otomanos existia en los guerreros reclutados entre los mancebos más robustos de Europa, tracios, macedonios, albaneses, búrgaros, servios; acostumbrados desde la edad de doce á catorce años al oficio de las armas, estaban aislados de los cristianos, y unidos entre sí por una especie de fraternidad militar

---

(3) Sir William Temple, en el *Ensayo sobre las virtudes heróicas*, enumera siete héroes que merecieron la corona sin llevarla: Belisario, Narsés, Gonzalo de Córdoba, Guillermo de Orange, Alejandro, duque de Parma, Juan Huniade y Scanderbeg. Esta lista podria aumentarse en la historia moderna, principalmente en la de América; tambien se podia poner á la vista la lista de los héroes indignos de la corona. Para Gibbon, Scanderbeg es un traidor despreciable.

(4) La biblioteca del gran ducado de Weimar conserva, bajo el título de *Libro de Scanderbeg*, un manuscrito muy curioso en pergamino, de trescientas veinte y cinco hojas, adornado por ambas partes de figuras con tinta de China. La primera parte representa máquinas é invenciones de guerra, puentes, molinos, marchas, peleas del siglo XV; la segunda, ciertamente posterior, ofrece escenas de la vida privada y pública, oficios, juegos, enfermedades y fiestas. Este manuscrito pasa por haber sido dado á Juan Castrioto por Fernando de Aragon. Sea lo que quiera, es importante para el conocimiento de las costumbres.

estraña á los lazos de familia. Los que se distinguian por el nacimiento ó el mérito se hacian *adyamoglanos* ó *ichoglanos;* los primeros destinados al palacio, los demás á la persona del príncipe. Aprendian bajo la direccion de eunucos blancos á montar á caballo y disparar el dardo. Los que manifestaban gusto al estudio, se aplicaban á la lectura del Coran, á las lenguas árabe y persa, con objeto de llegar á ocupar los empleos civiles, militares y eclesiásticos; después cuando eran viejos, entraban en los cuarenta agáes que acompañaban al emperador, con la perspectiva de ser investidos por él con un gobierno y las más elevadas dignidades (5). No era, pues, la nacion conquistadora la que dominaba, sino las hechuras del déspota, esclavos de su mayor parte, sin lazos de familia, amistad, ni patria, dedicados únicamente al señor, á quien todo se lo debian, acostumbrados á la obediencia absoluta, y sin más apoyo que su mérito personal (6).

¿Qué podian oponer los bizantinos á semejante disciplina? El fuego griego era un misterio para los que le habian dado su nombre. La pólvora habia pasado pronto á los turcos. Se acusa á los genoveses de haber fundido las piezas de artillería de Amurates, y haberle enseñado el uso de ellas contra murallas destinadas solamente á resistir el choque de las catapultas; así como los venecianos llevaron cañones á los soldanes de Egipto y de Persia, sus aliados contra los otomanos. No quedaba, pues, más esperanza á los griegos que el apoyo de los latinos, y no cesaban de reclamar su socorro, proponiendo un concilio y la reunion de las iglesias. Pero los latinos creian supérfluo el concilio sobre materias ya definidas, y querian que el socorro fuese la espontánea recompensa de una union que prometida veinte veces cuando el peligro era inminente, habia sido siempre eludida por la astucia y la mala fe.

Tambien Juan III, Paleólogo, volvió los ojos á los latinos; y navios pontificios le trasladaron con el patriarca José á Italia, donde fué acogido y servido espléndidamente, como para tributar los últimos honores al representante moribundo de la antigua majestad de los césares. Llevó consigo prelados, cantores, frailes, filósofos, y los patriarcas ó sus delegados, con un aparato de lujo que contrastaba con su miseria, porque el papa habia tenido que adelantarle con que hacer aquellos gastos. Se le rindieron en Venecia todos los honores posibles, no mostrándose recelosa de ellos la libertad republicana, atendido que no significaban un homenaje, y que los despojos de Constantinopla que se ostentaban á la vista, decian harto bien quién era más poderoso, si el monarca sentado en la popa de la galera capitana, ó el dux y los senadores que le besaban los piés. En Ferrara fué recibido con las ceremonias usadas para los antiguos emperadores, y obtuvo todas las concesiones de grado y de puesto; pero las diferencias sobrevenidas entre el concilio de Basilea y el papa Eugenio IV, impidieron que se llevara á cabo nada. Entre tanto Juan Paleólogo se divertia en la caza, manteniéndose en union de los suyos con el dinero de Roma. Por último, se convocó un concilio en Florencia (enero de 1439), donde se discutió sobre los cuatro puntos del cisma, á saber: la procesion del Espíritn Santo, del Padre y del Hijo, el uso del pan ácimo en la comunion, la naturaleza del purgatorio y la supremacia del papa. Cuando se pusieron de acuerdo sobre las cuestiones ininteligibles y sobre las cuestiones prácticas, Eugenio se obligó á pagar á los griegos su retorno, á mantener dos galeras y trescientos soldados para

---

(5) MARSIGLI,—*Estado militar del imperio otomano* La Haya, 1732.

(6) Calcondilas, griego contemporáneo (lib. V y VII), da tambien detalles de las fuerzas de Amurates: «La Puerta del sultan se compone de seis á diez mil infantes. Los niños robados se mandan á Asia dos ó tres años, para aprender el turco: además se envian dos ó tres mil á la escuadra de Galípoli, para ejercitarse en el servicio de mar, dándoles anualmente la espada y el traje; después son llamados á la Puerta con un sueldo suficiente para su sostenimiento, y algunos con una asignacion de importancia. Distribuidos por docenas y cincuentenas á las órdenes de oficiales, sirven dos meses en las tiendas de éstos. Forman en rededor del sultan el estrecho recinto, en el cual no pueden plantarse otras tiendas que las de los príncipes, la del tesoro y la de la cámara. El sultan tiene una ó dos tiendas rojas, cubiertas de fieltro rojo ó dorado. En el círculo de los genízaros se encuentran quince tiendas, y fuera los demás hombres de la Puerta, caballerizos, coperos, alféreces, visires, mensajeros. Llevando cada uno en su comitiva muchos servidores, el ejército es muy numeroso. Además de los genízaros, tiene la Puerta trescientos ginetes elegidos en sus filas, los *silihdaros* y los *gharibo*, extranjeros venidos de Asia, Egipto y Africa, con un sueldo más ó menos grande. Tiene además ochocientos mercenarios ó *ulufegos*, y doscientos *cipayos* hijos de nobles. Véase el órden de la Puerta. El mando supremo pertenece á los bajás de Rumelia y Natolia, que el ejército sigue por todas partes donde quiere el sultan; con ellos están los *sanjacos* que obtienen del sultan estandartes y el gobierno de varias ciudades, cuyos guerreros y magistrados los acompañan al campo. Ahora bien, véase el órden en el campo: Los caballeros están divididos en escuadrones; los *azabos* pelean á las órdenes de un solo capitan... Hay en el campo, además de los *silaks-cuyos* ó sirvientes de armas, muchos *azabos* que se llaman *akklam*, gentes de á pié destinadas á allanar los caminos y hacer otros servicios. El campo está perfectamente dispuesto, tanto en el órden de las tiendas, cuanto en la abundancia de los víveres, porque cada uno de los grandes que acompañan al sultan lleva consigo muchas acémilas; algunos tienen camellos que llevan armas y trigo para los soldados, y cebada para las acémilas; otros llevan en su comitiva caballos y mulas, de lo que resulta que hay doble número de animales que de soldados. El sultan es seguido además de una turba de gentes destinada á proporcionar víveres al ejército. Si hay penuria, los víveres se dividen entre los mejores soldados. Hay diez mil tiendas en el campo, pero más ó menos segun lo exija la espedicion.»

la defensa de Constantinopla, á suministrar diez galeras por un año cuando se le requiera para ello, á escitar á los príncipes europeos á socorrer al emperador, y por último, á hacer que abordaran á Constantinopla todos los barcos que trasladaban á Jerusalen peregrinos.

Entonces se celebró el oficio cantando el *Credo* con el *Filioque*; pero los abrazos y la reconciliacion, engañosa tal vez por parte de los grandes que la estipulaban, no debian tener efecto alguno respecto del pueblo y del ínfimo clero, tan ignorantes y fanáticos que hubieran preferido Mahoma al papa. Así es que injuriaron á los prelados á su vuelta, y éstos se retractaron, porque sentian renacer su conciencia ó su orgullo. Ninguno de ellos quiso admitir el patriarcado: después cuando se encargó de él Metrofanes, metropolitano de Cizico, el pueblo rehusó comulgar en union suya (1444). Escomulgáronle los otros tres metropolitanos de Oriente, esto es, los de Alejandría, Antioquía y Kiof, y murió de pesadumbre. Tres años permaneció vacante su silla: por último, Gregorio Melixenes fué promovida á ella casi por fuerza.

Al verlos alimentar tanto odio, porque los unos llevaban la barba larga y los otros corta; porque éstos consagraban pan ácimo y aquellos fermentado, se hubiera creido que se trataba de gente puesta al abrigo de profunda paz, mientras la cimitarra otomana amenazaba sus cabezas. Amurates perdonó á Juan Paleólogo el haber solicitado una cruzada, pero acometió á sus hermanos; redujo á Neri Acciajouli á someterse, y penetró por el hexamilon en el Peloponeso, devastándolo todo: luego incendió á Corinto, se apoderó de Patras, hizo á Constantino tributario por la Lacedemonia, á Tomás por la Acaya, y se llevó sesenta mil esclavos.

Constantino era para el emperador su hermano predilecto. Como Juan no tenia hijos, resolvió declararle por sucesor suyo, aun cuando Constantino era menor que Andrónico y Teodoro. A pesar de las disensiones continuas heredó el título de emperador efectivamente (1448), y abandonando el Peloponeso á las pretensiones rivales de aquellos de sus hermanos que habian sobrevivido, se encaminó á Constantinopla. Empleó las pocas riquezas que poseia en granjearse amigos. Queria casarse con la hija del dux de Venecia; pero los grandes no hallaron conveniente esta alianza, y se dió la preferencia á la hija del príncipe de Georgia, quien pagó este honor á precio de oro: el dux conservó memoria de este desaire.

Constantino XII.—Introdujo Constantino la mayor sencillez en su corte, y cambió en soldados los siete mil halconeros de sus antecesores. Al recorer sus posesiones de Asia, avasalló al príncipe de Caramania, que se habia sublevado (1452): luego construyó en la orilla europea del Bósforo una fortaleza correspondiente á la que Bayaceto habia levantado en la orilla del Asia, á fin de interceptar toda comunicacion con el mar Negro, de donde procedian las subsistencias. Dióla por una alusion piadosa la figura de una *M*, y empleó en su construccion los restos de los templos y de los palacios, y tanto número de esclavos, que se terminó en tres meses.

Mahomet habia prometido la paz al emperador griego, hasta señalándole tierras para que mantuviera ó más bien guardara á Orkan, hijo verdadero ó supuesto de Bayaceto. Ahora bien, Constantino hizo la imprudente amenaza de soltarle: entonces Mahomet, no considerándose ya obligado á cumplir sus promesas respecto de aquel que quebrantaba las que habia empeñado, dejó que se hicieran incursiones en el territorio griego, y llevó allí á pastar á sus animales. Como el emperador aprisionara á los invasores, Mahomet le declaró la guerra, voto y testamento de su padre. Constantino, cuyo valor habia sido refrenado hasta ahora por las consideraciones pusilánimes de sus ministros, hace entonces que Constantinopla sea cerrada á los turcos que entraban en ella libremente. Algunos pajes de Mahomet, que se habian quedado dentro de las puertas, le suplicaron que les mandara cortar la cabeza, si no les permitia volver al campamento antes de ponerse el sol, tanto miedo les infundia su soberano. Constantino los despidió á todos y envió á decir á Mahomet: «Puesto que ni los juramentos, ni los tratados, ni la docilidad, bastan para asegurar la paz, proseguid vuestros proyectos: yo en el Señor confio. Si él ablanda vuestro corazon, lo celebraré mucho; si le place someter á vuestro poder á Bizancio, me someteré á su voluntad sin lamentarme, pero viviré y moriré defendiendo á mi pueblo.

Mahometo mandó fundir en Adrianópolis nuevas piezas de artilleria de sitio, bajo la direccion del húngaro Orban, que se habia desertado del servicio de Constantino, y entre su número se encontraron piezas tan desmesuradas, que fué necesario para trasladar una del taller al campo el tiempo de dos meses, cuatrocientos hombres y sesenta bueyes. Las balas que disparaba tenian mil y doscientas libras de peso, si hemos de dar crédito al azoramiento de los vencidos y á la vanidosa arrogancia de los vencedores. El turco estableció un puesto de cuatrocientos genízaros para exigir un tributo de todas las naves que pasaban bajo el fuego de sus baterias. Habiéndose negado un buque de Venecia al pago, fué echado á pique de un solo tiro: el capitan y treinta marinos, que se habian salvado á nado, fueron muertos ó arrojados á las fieras.

Ardia Mahometo en deseos de apoderarse de Constantinopla. A media noche hizo llamar á su primer visir (1453), quien creyéndose perdido le llevó un gran plato de oro, y su señor le dijo: «¿Qué significa esto? Yo no te pido oro, lo que te pido es Constantinopla. ¿Ves estas almohadas? Toda la noche las he estado revolviendo de un lado á otro: me levanto; vuelvo á acostarme; pero huye de mí el sueño. Valemos más que los romanos, y con la ayuda de Dios, nos apoderaremos

muy en breve de Constantinopla.» Mahomet andaba por las calles de noche prestando oido á lo que decian sus soldados, para conocer sus disposiciones, y no cesaba de examinar los planos de Constantinopla y de estudiar los lugares donde debia establecer sus baterias y por donde era mejor escalar los muros. Finalmente el 2 de abril de 1453 se presentó ante las murallas de la plaza con trescientos mil hombres y trescientas velas.

Constantinopla no encerraba más de cuatro mil novecientos setenta romanos, con dos mil genoveses y venecianos: un escaso número de buques, tanto de guerra como de comercio, defendian la cadena del puerto. Estos eran los únicos defensores que contaba una ciudad de diez y seis millas de circuito. No se habian escuchado las súplicas del emperador en Europa, donde los príncipes se hallaban completamente divididos, y disgustados por otra parte á causa de la mala fe de los griegos. Sin embargo, á pesar del crisma, Nicolás V aspiró á reunir sus fuerzas y las de los demás Estados; pero ya habia pasado el tiempo en que la piedad y la esperanza de adquirir el paraiso, escitaban el entusiasmo, y en que los pontífices hablando en nombre del cielo irritado, reprendian á los monarcas por sus faltas y les imponian la obligacion de tomar la cruz. Los príncipes de la Morea permanecieron indiferentes ó poseidos de espanto. Dentro de la misma ciudad los griegos tenian horror á aquellos latinos que arriesgaban por ellos su vida; y una misa celebrada por el legado del pontífice con pan ácimo y agua fria, fué objeto de universal escándalo hasta el punto de escitar aquel espíritu de resistencia, cuya energia languidecia en presencia de los peligros de la patria. Algunos, bajo pretexto de ortodoxia, rehusaron prestar ayuda á Constantinopla: otros muchos abandonaron á la patria en peligro; otros no quisieron consagrar á salvarla aquellos tesoros que hubieran bastado á colocar un millon de soldados entre los baluartes de Bizancio y la artilleria de Mahomet.

Solo Constantino acreditaba el valor y la prudencia de un héroe patriota, secundado por Juan Giustiniani, genovés, que mandaba la plaza, se disponia á ilustrar con un fin glorioso los últimos instantes de un imperio, que á lo menos no se estinguió desapercibido como el de Occidente (7). Pero empezaba á escasear la pólvora, los cañones eran de pequeño calibre, y no se atrevian á descargar los mayores por miedo de que se desmoronasen las decrépitas murallas: á la par estaban asestadas contra ellas catorce baterias turcas, que dañaban por su número, aunque estaban mal dirigidas. Hubieran tenido los cristianos mayor ventaja sobre el agúa, á causa de la superioridad de sus buques y de sus maniobras; pero apenas se presentaron algunos buques genoveses para proteger á la reina de dos mares.

No pudiendo llegar Mahomet á forzar la cadena del puerto, estremadamente gruesa, recurrió á un espediente que se inclinaria uno á tener por fábula, si no estuviese atestiguado por la historia, y fué introducir sus buques por tierra (8). Este puerto está formado por un golfo que penetra por entre la ciudad y el arrabal de Gálata, detrás del cual se alzan algunas colinas. Mahomet pensó en trasladar por allí sus buques ligeros. De consiguiente, habiendo comprado la connivencia de los genoveses, mandó abrir un camino de cuatro á cinco millas, y disponer allí manteca de cerdo y rodillos para arrastrar primero y después hacer que resbalaran ochenta galeras de treinta y de cincuenta remos. Esta maravillosa travesia se ejecutó en una noche con todas las velas desplegadas, al son de instrumentos, y asi la escuadra se halló dominando á la ciudad estupefacta. Este éxito tan maravilloso aumentó el valor de los turcos, quienes nada creyeron ya imposible y abatió enteramente el de los griegos. Giustiniani formó el proyecto de incendiar de noche aquella escuadrilla; pero los genoveses descubrieron la trama, y el terrible cañon de los turcos echó á pique su nave con ciento cincuenta valientes italianos. Hallábanse abiertas muchas brechas y agotadas las municiones; ya no habia esperanza de socorro, y sin embargo no era menos ardiente la discordia con motivo del culto y á consecuencia de las rivalidades nacionales. Mahomet, que mandaba cortar la cabeza á todos los prisioneros hechos en las salidas, halló en sus observaciones astrológicas, que el veintinueve de Mayo seria el dia propicio para dar el asalto. Preparáronse los musulmanes con ayunos, abluciones y fuegos de artificio; Mahomet prometió el gobierno más rico al primero que subiese á la brecha, doble paga á los soldados, sin contar los prisioneros y todas las riquezas del pillaje, declarando no querer para sí más que las murallas y los edificios;

(7) Franza, presente al sitio y muy bien informado, como gran logoteta, es la mejor autoridad que puede consultarse.

(8) Gibbon no recordó otros ejemplos anteriores. Sin hablar de la espedicion fabulosa de los argonautas que llevaron sus buques á hombros desde el Ister hasta el Adriático, vemos en Tucídides lib. IV, 8, que los espartanos condujeron sesenta buques por el istmo de Leucades. Aníbal enseñó á los tarentinos á conducir los barcos sobre carretas hasta el puerto (Polibio, VIII, al fin). Augusto hizo trasladar una vez los suyos al otro lado del istmo de Nicópolis, y otra vez mas allá del de Peloponeso. (Dion, libro L y LI. Cuando los normandos asediaron á Paris en 861 y en 885, arrastraron sus barcos á distancia de dos mil pasos para que flotasen sobre el Sena *Ann. Metenses*, apud Bouquet VIII). El patricio Nicetas, en el siglo X, trasladó su escuadra por encima del istmo del Peloponeso (Franza lib. III, 3.) Otro tanto hicieron los cruzados en el sitio de Nicea. Catorce años antes de la toma de Constantinopla, los venecianos habian hecho pasar su escuadra desde el Adige hasta el lago de la Garda: ahora bien, este hecho pintado por el Tintoreto en la biblioteca de San Márcos, pudo sugerir á Mahomet II la idea que ejecutó.

en cuanto á los cobardes, declaró que no se salvarian aunque tuviesen alas.

Los cristianos llevaron en procesion á la Virgen Maria dirigiendo al cielo suplicantes oraciones. Habiendo reunido Constantino á cuantos valientes le quedaban, les animó á pelear hasta lo último, derramaron lágrimas, se abrazaron mútuamente, recibieron el Viático en la iglesia de Santa Sofia y prometieron caer con la patria; valor tanto más admirable cuanto que era sin esperanza. El ataque empezó á la una de la mrdrugada con grande efusion de sangre: á las ocho, parte de Constantinopla se encontraba ya en poder del enemigo. Giustiniani se portó valerosamente hasta el momento de ser herido (9). El genízaro Hasan plantó el primero en los baluartes el estandarte de la media luna y pereció allí. Constantino peleaba á caballo y estimulaba á los suyos; pero cnando vió perecer á la patria, esclamó: *¿No habrá un cristiano que me corte la cabeza?* y lanzándose en medio de la pelea cayó atravesado de golpes. Entonces los griegos emprendieron la fuga, y penetrando los turcos por todas partes comenzaron la carnicería; pero pronto la sed del botin sucedió á la de sangre, y algunos barrios de la ciudad fueron admitidos á capitular. Una poblacion entera, en la que se encontraban confundidas y niveladas las clases en una esclavitud comun, llenaba el aire con sus alaridos: ricos, pobres, virgenes, matronas, monjas, sacerdotes, en número de más de sesenta mil, fueron llevados á los bajeles turcos, vendidos y abandonados á la brutalidad de los bárbaros. Los navios italianos que aun se encontraban cerca de la cadena del puerto pudieron escaparse, después de haber dado pruebas de valor, y de salvar además algunos desgraciados que los imploraban desde la orilla. Multitud de cuadros y lienzos fueron quemados y pisoteados, así como las bibliotecas, que intacto conservaban el depósito del saber antiguo.

La cabeza del heróico emperador, cuyo infortunio es más glorioso que los triunfos de tantos de sus predecesores, fué clavada en la columna de pórfido construida por el primer Constantino á su madre Elena: tres dias después Mahomet entraba en Constantinopla. Admirado de aquella magnificencia, cuando vió el palacio imperial saqueado y manchado de sangre, esclamó con un poeta persa: *La araña ha tendido su tela en la morada de los reyes, y la lechuza ha cantado por la noche en los techos de Afrasiab.* Con un golpe de su ferrada maza, rompió en el Atmeidan la cabeza de una de las tres serpientes que formaban la célebre columna, y pocos dias después inundó aquella plaza con la sangre de los más ilustres personajes, atraidos por el pérfido anuncio de un generoso perdon.

No le quedaba á Constantinopla más que su admirable posicion; pero era bastante para que se la prefiriese á Brusa y Adrianópolis. En efecto, Mahomet, que le llamaba un diamante engastado entre dos esmeraldas y dos zafiros, estableció allí su residencia en la misma colina elegida por Constantino el Grande. Queriendo observar la capitulacion, aseguró á los griegos sus iglesias, con la facultad de celebrar allí sin ser turbados los oficios, los sacramentos, los funerales; é instituyó al patriarca griego Genadio, remitiéndole el pastoral con los honores de costumbre. Pero como podia proceder á su antojo, en la parte de la ciudad que habia tomado á viva fuerza, convirtió en mezquitas las ocho iglesias que se encontraban allí; entre otras Santa Sofia, y desde las torres, trasformadas en minaretes, se entonaron cantos de alabanza á Alá y las siete oraciones. Construyó los castillos de los Dardanelos, derribó las murallas de Gálata por la parte de tierra, volvió á levantar las de Constantinopla, donde trasladó del Asia cinco mil familias musulmanas; y además, cada vez que tomaba una ciudad en las estremidades del imperio, hacia pasar los obreros y artesanos al Bósforo.

La toma de Constantinopla tenia por resultado colocar en Europa un Estado bárbaro; pero no aumentaba sino en poco las posesiones de Mahomet, dueño ya de todo el territorio imperial. Los reyes de Bonia y los príncipes valacos eran sus tributarios. La Moldavia obedecia á príncipes independientes; la Servia quedaba á los Brankovitz; Atenas y Tebas á principes particulares: la Creta, Negroponto y sus islas á los venecianos; la Morea estaba dividida entre ellos y los dos hermanos del emperador, Tomás y Demetrio; Rodas pertenecia á los caballeros de San Juan; Chipre á los reyes latinos; Lesbos á los Gattilusi; Cefalonia y Zante á la familia Tocco; Caffa á los genoveses, que en 1406 la habian vuelto á tomar de los tártaros; la Crimea á un kan particular. La Albania estaba dividida entre los venecianos y Scanderbeg. Mahomet dirigia una mirada de envidia sobre todos estos paises, y sin concederse un momento de descanso se mostró digno del título de conquistador (*Ale Tatch*) que le habia sido adjudicado.

Se le oyó pronunciar en la mezquita de Constantinopla, este juramento soberbio, repetido después en todas las del imperio: «Yo Mahomet, hijo de Amurates, sultan y gobernador de Baram y de Rachmael, elevado por el Dios supremo, colocado en el círculo del sol, cubierto de gloria más que ningun otro emperador, feliz en cuantas cosas emprendo, temido de los mortales, poderoso en las armas por las oraciones de los santos que están en el cielo y del gran profeta Mahoma, emperador de los emperadores, y príncipe de los príncipes que existen desde Levante á Poniente, prometo al

(9) Franza cuenta que se retiró entonces á pesar de las súplicas de Constantino, que le hacia observar cuán necesaria era su presencia, y que se retiró á Chio, donde murió al poco tiempo. Esta cobardia, capaz de deshonrar una vida heróica, es admitida sin dificultad por Gibbon y por otros. Pero es de notar que el mismo Franza dice no haber sido testigo del hecho, habiéndole enviado el emperador á otra parte. ¿De quién se tiene, pues, la noticia?

único Dios, creador de todas las cosas, por mi voto y juramento no conceder el sueño á mis ojos, no comer manjares delicados, no procurarme nada agradable, no tocar nada hermoso, no volver la cabeza de Occidente á Oriente, hasta que no haya derribado y pisado por mis caballos los dioses de la nacion, dioses de madera, de cobre, de plata, de oro ó en pintura, que los discípulos de Cristo han hecho con sus manos. Juro esterminar toda su iniquidad de la superficie de la tierra desde levante á poniente para gloria del Dios Sabaoth y del gran profeta Mahoma. Por tanto, hago saber á todos los circuncidados, súbditos mios, que creen en Mahoma, á sus jefes y auxiliares, que si temen á Dios fundador del cielo y de la tierra y mi invencible poder, acudan á mí.»

Con un ejército reunido de esta manera, quitó Atenas y Tebas con la vida á Francisco Acciayuoli, Lesbos y Focea á Nicolás y Lucio Gattilusi. Se contentó con imponer un tributo de doce mil ducados á los dos déspotas del Peloponeso (1436-62); pero en sus mútuas enemistades, recurrieron al conquistador, que ocupó el pais, jurando por Mahoma, por los siete imanes, por los ciento veinte y cuatro mil profetas, por su cimitarra, por el alma de su padre, de no atentar á los bienes, ni á las personas, y dejar como custodio (*derbent*) del istmo, un griego del Peloponeso, costumbre que se ha sostenido hasta la insurreccion de nuestros dias.

Epiro.—Jorge Scanderbeg, que con el título de soldado de Cristo, era el jefe de una liga de príncipes latinos de la alta Albania, hizo frente á Mahomet, con sus intrépidos *mirditas*. Habiéndole enviado el sultan á pedir su maravillosa espada, le respondió que era preciso enviarle el brazo que la manejaba. Alfonso de Aragon envió á su socorro á Raimundo de Orlaffa, con gran cantidad de víveres. En cambio Scanderbeg fué en persona á libertar á Fernando de Nápoles sitiado en Bari (1462). Se le concedió en recompensa San Pedro en Calatina, pequeña ciudad de la Pulla, donde se estableció la primera colonia albanesa, y después Trani, Siponto y otras ciudades del monte Gárgano. No pudo obtener socorros más considerables de Italia, que no obstante tenia tanto interes en sostenerle. De vuelta á su patria, Scanderbeg la defendió hasta el último momento (17 Enero de 1467) de su muerte. Su nombre resonó aun en las canciones epirotas; y sus enemigos le tenian en tanta estima, que los genízaros llevaron sus huesos engastados en los anillos. Pero con él desapareció la fortuna del Epiro, que al momento fué avasallado por Mahomet. La caballeria de Scanderbeg entró al servicio de Italia, donde se mostró temible bajo el nombre de *estradiotas*. Aquellos habitantes del pais que no quisieron sufrir el yugo turco, pasaron al territorio asignado á su héroe en la Pulla, y sin cesar llegaban otros nuevos al monte Gárgano, implorando pan, un abrigo y seguridad para su culto. Se dedicaron al cultivo, y sus descendientes aun conservan su primitivo idioma, el rito griego, el traje y usos nacionales. *Bailan* aun las desgracias de su antigua patria, y hasta la revolucion, hubo en los ejércitos napolitanos un regimiento real macedonio.

Bosnia.—La Bosnia, que se habia separado de la Iglesia romana en el siglo XII, se habia reunido á ella en 1340, aun cuando quedaban muchos patarinos. Estéban Tomás se habia hecho rey de allí, bajo los auspicios del papa, y pagaba tributo al sultan (1415). Mahomet, á quien este reino impedia invadir la Hungria y la Alemania, atacó al hijo y asesino de Estéban (1463), que abandonado por los patarinos, se rindió al gran visir, á condicion de conservar la vida. Esta restriccion desagradó á Mahomet: en su consecuencia, un muftí persa dió un *fetwa* para dispensarle de guardar la fe jurada al infiel, y hasta con su propia mano le dió el golpe mortal.

Ragusa.—Ragusa, sometida en otro tiempo á los servios, libre después bajo la proteccion ó alianza de Venecia y de los húngaros, estaba gobernada por cuarenta y cinco senadores elegidos entre la nobleza, y por los siete miembros del pequeño consejo ejecutivo que presidia un rector anual. Después de la batalla de Varna, se resignó á pagar un tributo anual de mil ducados á la Puerta, con la condicion de que le dejaria su independencia. Así continuó subsistiendo esta república que fué la primera que dió asilo á los fugitivos de Constantinopla, y dió á la imprenta la primera tragedia regular, así como el primer libro de comercio (10).

Servia.—Habíase emancipado la Servia de la dominacion griega por obra de Estéban Boislav, que fundó allí la dinastia de los Neémanos (1009). Estéban Douchan VIII (1333-56) dió un código á sus compatriotas (11), hizo tributaria la Bulgaria,

---

(10) La tragedia, por Menze, fué impresa en Venecia en 1500; el otro libro, obra del aritmético Gotugli, fué tambien impreso en Venecia.

(11) Por este código se ve que la nacion se componia del clero, de los nobles y de los campesinos siervos, sin propietarios libres. Prohibe contraer matrimonio sin la bendicion sacerdotal, prohibicion que no existia en la Iglesia antes del concilio de Trento. El clero está esceptuado de toda jurisdiccion secular. El que persiste en la religion católica, después de los reiterados avisos del clero griego, es pasible de la pena de muerte. Los feudos pasan á los colaterales hasta el hijo del tercer hermano, y están libres de toda carga, escepto del diezmo y del servicio militar. La injuria hecha por un noble á otro, ó á un campesino, necesita una composicion de cien perperos (zequies); el campesino que injuria á un noble, es marcado y condenado á una multa. Al culpable de violacion se le cortan las manos y las narices; á los adúlteros las narices y las orejas; al que vende un cristiano para ser trasladado á un pais de infieles, la mano y la lengua. El noble que tenga conversaciones deshonestas pagará cien perperos, el villano doce, además de una pena aflictiva; trescientos por un homicidio involuntario; se le cortarán las manos al asesino. El noble que dé muerte á un villano, pagará mil perperos;

sometió la Bosnia, y se proponia destruir la dominacion de los griegos. Pero desde este momento, el reino comenzó á declinar, tanto por las frecuentes guerras con el imperio de Oriente, como por la exorbitante autoridad concedida por Douchan á los gobernadores *(krals)* entre quienes lo dividió; como tambien por la ambicion que los numerosos empleos de la córte producia entre los boyardos. Los reyes de Servia tuvieron, pues, que resignarse á tributar homenaje á los sultanes turcos; y uno de ellos, Estéban IX, hasta fué muy útil á Bayaceto. Despues de él ascendió al trono la dinastia de los Brankovitz (1427), que nada descuidó para salvar la independencia nacional por las armas y tratados. Pero el terrible Mahomet II reunió para atacar á Belgrado doscientos mil hombres y trescientas piezas de artilleria, alabándose de ganar la plaza en quince dias, y cenar á los dos meses en Buda.

Habian esparcido el espanto sus victorias por toda la Europa, que ya creia verle vencedor de la Servia, llegar á Viena y Roma sobre los cadáveres de los húngaros (12). Nicolás V proclamó la cruzada; Calixto III que toda la cristiandad tocase al medio dia la campana de los turcos (13). El emperador Federico III convocaba dietas que se limitaban á levantar ejércitos en el papel, y decretar dinero que no se pagaba. Felizmente la fe viva de fray Juan de Capistrano recordó la memoria de Pedro el Ermitaño y de Fulques de Neuilly.

Juan Capistrano.—Nacido en la provincia de Aquila (1385), se habia dedicado al foro. El rey Ladislao le confirió diferentes magistraturas, y le nombró juez en el tribunal de la gran vicaria. Habiendo sido condenado á muerte un poderoso baron, no sólo aprobó la sentencia el rey, sino que la hizo estensiva al hijo mayor. Los jueces doblaban la cerviz ante la voluntad real, cuando Juan los alentó á resistir á ella. Habiendo dispuesto el rey, á pesar de su negativa á adherirse, que se verificase la ejecucion, resignó Juan sus funciones que no podia conservar sin hacerse cómplice de la injusticia, y tomó el hábito de san Francisco. Compañero despues de Bernardino de Siena, caminó predicando, hasta el momento en que, viendo el peligro que amenazaba á la cristiandad, consiguió reclutar una quinta cruzada contra los turcos (14), no ya compuesta de nobles y caballeros, sino de personas vulgares, estudiantes, frailes, campesinos, armados de hondas y de mazas. Sólo fray Juan, lleno de confianza cuando toda la Europa desesperaba, se puso en marcha con confianza, y despertó de su letargo á Juan Huniade, quien recordando sus victorias y antiguas derrotas, tomó el mando de este ejército, que se adelantó en desórden, gritando *¡Jesús!* contra los terribles musulmanes, y obligó á Mahomet á levantar el sitio de Belgrado (1456). Como si la ambicion de ambos hubiese ya terminado, murió Huniade tres semanas después, y Juan no le sobrevivió más que dos meses. Ocupó Mahomet el resto de la Servia, de la que se llevó doscientos mil prisioneros; y sólo la flota pontificia socorrió en adelante las islas atacadas por los turcos.

El papa Pio II no perdonó medio de reunir á los cristianos contra los turcos; instituyó la órden de la Vírgen de Belen, que en breve cayó con la isla de Lemnos, donde tenia su residencia; y la compañia de los jesuitas, que habia formado con el propio objeto, no tuvo duracion más larga. Habiendo convocado después á la cristiandad en Mantua, proclamó la cruzada (15) (1459). Pero viendo que los príncipes europeos estaban ocupados en consolidarse en sus respectivos paises, y no hacian ningun movimiento, adoptó el partido de apelar á los asiáticos (1463). Además resolvió cruzarse él tambien, no para pelear, sino para orar como Moisés sobre el monte Horeb, á fin de que Dios concediera la victoria á su pueblo. Habia citado á los cruzados en Ancona; pero no acudieron más que venecianos (16) y húngaros ó gente des-

---

trescientos el villano que da muerte á un noble, además de cortarle las manos. El que da muerte á un sacerdote, es condenado á muerte; al fuego el parricida, el fratricida y el infanticida. El que arranca la barba á un noble debe perder la mano; el que la arranca á un campesino debe pagar doce perperos.

(12) Durante mucho tiempo, en el momento en que se ceñia al sultan su cimitarra, después que habia bebido en la copa de los genízaros, decia, devolviéndosela llena de oro: *¡Hasta que nos veamos en Roma!*

(13) Habiéndose presentado en esta época el cometa de Halley, y espantándose el vulgo como de un presagio que anunciaba á toda la Europa la esclavitud bajo el yugo otomano, Calixto III se aprovechó de este accidente para sacudir la inercia de la Europa. El autor del *Sistema del mundo*, se burla de esto. ¿Hay motivo para ello?

(14) La primera, en tiempo de Clemente VI, conquistó á Esmirna en 1344; la segunda, en tiempo de Urbano V, llevó la guerra entre los servios en 1363; la tercera, en la época de Bonifacio, fué derrotada en Nicópolis en 1396; la cuarta, bajo Eugenio IV, sufrió igual suerte en Varna en 1444.

(15) Los que han visto con cuánto ardor han sostenido las damas de nuestros dias la causa de los griegos sublevados, sabrán con placer que sucedió lo mismo entonces, y que se oyeron en aquella los discursos de dos mujeres célebres, Hipólita Esforcia é Isolta Nogarola. Hija la primera de Francisco Esforcia, y mujer de Alfonso II, habia trascrito por su propia mano casi todos los clásicos latinos; la otra era filósofa, teóloga, literata: ha dejado gran número de discursos y de cartas, y un diálogo singular en que Eva se defiende contra Adan.

(16) Tachábase á los venecianos de negligentes, desde aquella época. El papa, al recibir la noticia de sus primeros triunfos, dijo en el Consistorio: *Ecce, ecce quomodo Deus excitavit fidem populum suum, dilectos filios nostros, senatum et dominium venetum. Ecce quomodo hi, quos dormire et desides esse omnes dicebant, primi omnium in honorem Dei arma sumpserunt. Obloquebantur hæc de Venetis; hic soli dicebantur, qui in tanta Christianorum necessitate subvenire recusabant. Ecce, ecce soli vigilant, soli laborant, soli subveniunt Christianis, soli parant se ad ulciscendum inimicum Christi Annali* del MALIPIERO.

provista de dinero, de víveres y de salud. Hízose la escuadra á la vela á la hora indicada por los astrólogos; pero la muerte del papa y las discordias de los italianos hicieron que aquella espedicion se desvaneciera como el humo.

Cada empresa abortada aumentaba el orgullo de Mahomet, quien acreditaba en sus conquistas tanto orgullo como barbarie. Mandó que fueran aserrados en Metelin trescientos corsarios, luego quinientos habitantes del Peloponeso, que se le habian enviado prisioneros cuando estalló la guerra de Venecia; é irritado de no haber podido apoderarse de Croya, mandó dar muerte á ocho mil griegos de Caonia que se habian rendido á condicion de que se respetasen sus vidas.

Ulad IV de Valaquia.—En ciertos momentos parecia que los cristianos rivalizaban con él en crueldad. Huniade hizo matar á su vista los prisioneros que habia cogido: Kinis, conde de Temeswar, vencedor de los turcos en Transilvania, mandó que se pusieran tablas sobre los cadáveres y bailar en ellas. Pero á todos superó en ferocidad Ulad IV, sobrenombrado el rey de los palos, ó el Diablo de la Valaquia. Ingeniándose en prolongar los suplicios, se deleitaba en el espectáculo cotidiano de las agonias más dolorosas, y se paseaba entre filas de palos, sobre las cuales se retorcian y podrian sus víctimas. Cuando caian turcos en sus manos, les hacia desollar las plantas de los piés y salar la llaga, que daba enseguida á lamer á las cabras. Habiéndose negado los embajadores á quitarse su turbante en su presencia, se los sujetó á la cabeza con tres clavos. Convidó á todos los mendigos á un banquete, y cuando estuvieron juntos prendió fuego á la casa. Cuatrocientos jóvenes húngaros y transilvanios, enviados á Valaquia para aprender la lengua del pais, fueron quemados por su órden: mandó empalar á seiscientos mercaderes bohemios en el mercado, así como á quinientos nobles valacos, que no habian sabido decir exactamente cuánta era la poblacion de sus distritos. Inventaba máquinas para descuartizar y cocer á las personas, mataba los niños á centenares, y ataba sus sangrientas cabezas al seno de sus madres.

Por honor de la humanidad conviene creer que hay exageracion en estas relaciones. Habiendo enviado Mahomet á pedirle el tributo habitual de diez mil ducados y quinientos mancebos encima, Ulad mandó empalar el portador del mensaje: enseguida invadió la Bulgaria, de donde se llevó veinticinco mil prisioneros. Entonces Mahomet penetró en la Valaquia con inmensas fuerzas, y llegó hasta cerca de la capital, á pesar de una resistencia obstinada. Cuando estuvo á poca distancia de sus muros, se ofreció á su vista un espectáculo horrible: veinte mil búlgaros estaban plantados sobre estacas, y sus cadáveres podridos y roidos por los buitres. Poseido, no de horror, sino de asombro, el sultan dijo: «¿Cómo seria posible vencer á un hombre que hace tan buen uso de sus súbditos y de su poder?» Luego, pasmándose, añadió por reflexion: «Sin embargo, no debe apreciarse demasiado al que lleva tan adelante las cosas,» y continuó sus triunfos. Ulad huyó á Hungria, y el pais perdió el derecho de nombrar sus vaivodas.

En cuanto al Asia, no poseian los otomanos más que la Natolia, es decir, la parte occidental del Asia Menor (17). Al Nordeste de la península, el seljúcida Ismail-bey tenia aun á Sinope: Trebisonda, con el nombre fastuoso de imperio, obedecia á David Comneno, y entre estos dos Estados conservaban los genoveses á Amastri. Los caramanios, otra familia turca, dominaban al Sur en el pais á que han dado su nombre: la Cilicia y una porcion de la Siria sufrian la ley de los mamelucos de Egipto.

Habiendo cedido Comneno sus Estados por un tratado, fué trasladado á Constantinopla, donde el inexorable Mahomet, bajo pretesto de traicion, le condenó á muerte con toda su familia (1461). Disensiones suscitadas entre los príncipes de Caramania suministraron á Mahomet ocasion para interponerse; y los espulsó á todos para poner en su lugar á Mustafá, su tercer hijo. Ussum-Cassan del Carnero Negro, les concedió un asilo (1464), é irritado Mahomet por ello, se puso en marcha en contra suya, y le derrotó.

Volviendo á la sazon Mahomet sus armas contra los genoveses (1459), se apoderó por sorpresa de Amastri, cuyos habitantes trasladó á Constantinopla. Después tomó por traicion á Caffa (1475), depósito de su comercio y asiento de su poder en el mar Negro, enviando á cuarenta mil de sus moradores á Constantinopla. Mil quinientos mancebos fueron alistados en los genízaros. Enseguida se hizo Mahomet dueño de Tana, de Azof y de otras ciudades sin efusion de sangre. Aquellas comarcas fueron entonces agitadas por varios descendientes de los antiguos kanes de Capchak: luego los rusos ocuparon una porcion de ellas, y se hubieran enseñoreado de la totalidad, si Mahomet II uo hubiera llegado á estorbárselo. Menkeli-Kerai, uno de aquellos príncipes, que se habia refugiado entre los cristianos á fin de evitar la cólera de sus hermanos, fué enviado á Constantinopla para que allí se le estrangulara (18); pero

---

(17) Comprendiendo la Paflagonia, la Bitinia, la Galacia, la Frigia, la Misia, la Eólide, la Jonia, la Lidia, la Caria, la Licia, una parte de la Pisidia y de la Panfilia.

(18) Un exacto ceremonial rige los suplicios entre los turcos, así como entre nosotros los honores. El mas honroso es ser estrangulado con la cuerda de un arco, y está reservado á los grandes del imperio. La decapitacion es infamante, y aun más la horca y el palo. Las gentes vulgares son ahorcadas; se estrangula á los ulemas y militares; los oficiales civiles ó militares son decapitados, y sus cabezas espuestas durante tres dias con un cartel que indica su nombre y crímen. Nadie visita á Constantinopla sin que hiera su vista con estos horribles espectáculos. La cabeza de un visir ó de un bajá de tres colas se espone en una fuente de plata sobre una columna de mármol, cerca de la

en vez del suplicio alcanzó un gobierno en la Crimea.

Rodas.—Quedaban los caballeros de San Juan, que después de la toma de Acre se habian establecido primeramente en Chipre, donde reinaban los Lusiñanes, y que desde Limisso no habian cesado de batallar contra los infieles. Pero perturbados á causa de sus continuas disensiones con los Lusiñanes, resolvieron conquistar la isla de Rodas. En la época en que los cruzados se habian apoderado de Constantinopla, esta isla habia cabido en suerte á un príncipe italiano; después habia pertenecido á los genoveses, y en fin habia vuelto al imperio de Oriente; pero el señor de la Gualla, que la gobernaba, se habia hecho independiente, y muchas veces los turcos iban á asolarla. Entonces, pues, el gran maestre de la órden, Fulco de Villaret, la ocupó por sorpresa, como tambien las islas adyacentes (1318); y desde allí molestó á los turcos, ayudando á cuantos les hacian la guerra. Orkan la sitió inútilmente en 1315; y los caballeros, en vez de ceder, tomaron á Esmirna, conservándola desde 1343 á 1401, año en que les fué arrebatada por Tamerlan. Los caballeros de San Juan se habian enriquecido con los despojos de los templarios, que se los abandonaron cuando la abolicion de esta órden (1319). Después en el capítulo general habido en Mompeller bajo Elion de Villanueva, la religion se dividió en ocho lenguas, Auvernia, Provenza, Francia, Italia, Aragon, Castilla, Inglaterra, Alemania; á esta última pertenecian los prioratos de Dinamarca, Suecia y Hungria (1371). En otro capítulo que se tuvo en Aviñon, se mandó redactar los estatutos de la órden.

Mahomet conoció la importancia de Rodas, y desde que su escuadra se encontró libre, la dirigió contra esta isla. Juan Bautista Orsini, trigesimo-octavo gran maestre, hizo llamamiento para su defensa á los caballeros de todas las lenguas (1480). Concluyó la paz con el sultan de Egipto y el príncipe de Tunez, con objeto de poder sacar trigo de Africa; después se hizo conferir por la órden un poder absoluto sobre sus bienes y fuerzas por toda la duracion de la guerra. Mesid-Bajá se presentó delante de Rodas con ciento sesenta velas, y habiendo desembarcado cien mil hombres, asedió la capital; pero los caballeros hicieron tales prodigios de valor, que los turcos se vieron obligados á retirarse, después de ochenta y nueve dias de sitio, dejando nueve mil muertos y llevándose trece mil heridos.

Hácia la misma época los otomanos habian invadido con frecuencia la Estiria y la Carintia. Cuarenta mil de ellos, que habian penetrado en la Transilvania, se encontraron detenidos por Estéban Batori, que pereció en la pelea con treinta mil enemigos.

Los privilegios de Venecia en Constantinopla y sus posesiones de Levante, le habian sido garantidos por Mahomet, pero á medida que los musulmanes se estendian, sus posesiones quedaban como islas en medio de una inmensa inundacion, prontas á ser sumergidas. Un motivo muy leve hizo estallar pronto las hostilidades. Habiendo robado un esclavo del bajá de Atenas cien mil aspros, huyó á Coron; niéganse los venecianos á entregarle porque es cristiano, y estalla la guerra. Toman los turcos á Argos; pero Venecia consigue recobrarle, y se prepara á secundar la cruzada predicada por Pio II, y que hemos visto quedar sin efecto. Entonces proclama Mahomet la guerra santa, y se adelanta sobre Negroponto con cuatrocientas velas y trescientos mil soldados. Tres veces la atacó; pero le rechazó Nicolás Canale (1470), dirigiendo sobre los sitiadores la artilleria de la muralla, que hacia hasta cincuenta y cinco disparos por dia: sin embargo, la ciudad se tomó, aunque defendida calle por calle. Pablo Erizzo, que mandaba la ciudadela, se rindió á condicion de salvar su cabeza, y en efecto, Mahomet no se la cortó; pero le hizo aserrar en dos partes, y matar á los que habian capitulado para vengarse de la pérdida de sesenta mil turcos bajo las murallas de la heroica ciudad.

Entonces parecieron los turcos tan formidables en tierra como en el mar. Escitó, pues, á los italianos Paulo II á formar una liga, que en efecto se ajustó entre Fernando de Nápoles, el rey Juan de Aragon, Venecia, Milan, Florencia, los duques de Módena y Ferrara, los marqueses de Mántua y Monferrato, el duque de Saboya, las repúblicas de Siena y Luca. La muerte del pontífice y las envidias que surgieron entre los pequeños potentados italianos, no permitieron que produjese efecto alguno. Sixto IV consiguió igualmente reunir algunas fuerzas, y se unió con Ussum Cassan de Persia, que invadió el Asia Menor (1473); pero faltando á éste la artilleria y el valor, no tardó en batirse en retirada, y los venecianos permanecieron casi solos. Un pequeño número de ellos sostuvo generosamente á Scutari contra un nublado de turcos; lo mismo aconteció en Lepanto; pero los turcos consiguieron por fin la victoria, y llevaron la esclavitud y la peste hasta entre Isonzo y el Tagliamento (1478). En fin, en la paz Venecia cedió Scutari y todo lo que habia conquistado en esta guerra, conservando su jurisdiccion en Constantinopla, y la exencion de los derechos de aduana, mediante una suma de diez mil ducados anuales.

Hablaremos en otro lugar del espanto que causaron los turcos cuando desembarcaron en Italia y saquearon á Otranto. La tempestad que amenazaba al pais, pareció disiparse cuando Mahomet terminó sus dias cerca de Nicomedia á la edad de

---

segunda puerta del Serrallo; la de un bajá de dos colas, de un general ó de un ministro, sobre un tajo de madera bajo la primera puerta, delante de la cual se arrojan al suelo las cabezas de los ajusticiados de un órden inferior. Las cabezas cortadas en las provincias se salan y mandan á Constantinopla.

cincuenta y un años (1481), diciendo: *Queria conquistar á Rodas y la Italia.* La alegria que su muerte causó á los cristianos, manifiesta cuán temido era. El papa Sixto IV, que se disponia á huir á Aviñon, mandó que se festejase aquel dia como un domingo, y solemnizarlo otros dos dias, con descargas de artilleria y procesiones generales.

De todos modos el imperio de Oriente no dejaba, empero, de estar borrado del mundo, y aquella Grecia de quien la Europa habia recibido la civilizacion acababa de perecer (19). Pero no, un pueblo no perece en tanto que subsisten los elementos de su nacionalidad. Una misma religion unia á los griegos contra los sectarios de Mahomet; hablaban además una misma lengua, en la que repetian los cantos nacionales, protesta incesante contra un odioso yugo, muchos de aquellos se habian sustraido refugiándose en las montañas y conservando la costumbre de la resistencia. Desde las alturas del Pelion, del Olimpo, del Pindo tesaliano y de los montes Agrafa, bandas griegas caian de tiempo en tiempo sobre los turcos, que los llamaron *cleftos*, es decir, salteadores, y forzaron á los conquistadores á tratar con ellos y á reconocer su independencia. Los griegos de la llanura, cuyos campos no respetaban los cleftos, se vieron obligados á armarse contra ellos, é instituyeron una milicia (*armatoli*) con capitanes particulares, pero los que la componian, cuando los bajáes eran demasiado tiránicos, se rebelaban y se hacian á su vez cleftos, perpetuando la rebelion. Además, algunos que no pudieron resignarse á la servidumbre, emigraron, y Génova los acogió en la isla de Córcega (20), así como Nápoles y Sicilia en sus valles.

La Europa deploró ya tarde la suerte de los griegos, después los olvidó: sólo los poetas se trasmitieron de edad en edad la noble tarea de defender el derecho de la desgracia, y no cesaron de incitar á los príncipes de Occidente á libertar la Grecia de sus opresores. Cuando un pueblo no ha perdido sus recuerdos, cuando existen las letras para hacer resonar en sus oidos un canto conmemorativo, está destinado á levantarse de nuevo y la Grecia ha resucitado.

---

(19) Se encontrará lo que concierne á la constitucion del imperio otomano y de los paises que dependian de él, libro XV, cap. 8.

(20) Eran mainotas ó espartanos. Génova les impuso el diezmo de los frutos y cinco libras por hogar, asignándoles las tierras baldias de Paoncia, Recida y Piassologna, que pronto fueron cultivadas y pobladas. En reconocimiento permanecieron fieles á los genoveses contra los corsos: precisados por las fuerzas superiores de los naturales á embarcarse para Ajaccio, dejaron veinte y siete griegos encerrados en la fortaleza de Uncivia, que durante cinco dias rechazaron los ataques de dos mil quinientos corsos, y concluyeron por retirarse á Ajaccio. Los restos de esta colonia se encuentran aun en Cargesse y Ajaccio, con las costumbres, usos y cantos de su antigua patria.

CAPÍTULO V

ESPAÑA.—ESPULSION DE LOS MOROS.

Mientras que el islamismo triunfaba en estos paises, sucumbia en otra comarca de Europa. Las victorias del Cid, de San Fernando, del rey Jaime y el brillante triunfo alcanzado en la llanura de las Navas de Tolosa, habian preludiado la espulsion total de los moros de España. No obstante, se prolongó mucho la lucha en aquel palenque entre los bárbaros del Norte detenidos por el Océano, y los bárbaros del Mediodia que por el Océano habian sido allí conducidos. Cuando éstos no tuvieron ya que defender la Península toda, sino sólo algunas provincias y un escaso número de ciudades, reconcentradas sus fuerzas, hubo mayor dificultad en destruirlas. En vez de hallarse mezclados con los cristianos y en un estado continuo de desconfianza, les obligaron á abjurar de su fe ó á apelar á la fuga. Por su parte los españoles no toleraron tampoco á los mahometanos, quienes por consiguiente pululaban en las provincias que aun pertenecian á sus hermanos, limitándose últimamente al solo reino de Córdoba, esto es, á los paises al sudeste de la Península, protegidos por las alturas de la Sierra Nevada y de la Sierra de Loja.

Semejantes á Anteo sacaban fuerzas los musulmanes de la Libia, cuyos príncipes poderosos les hacian pasar socorros, y siempre con utilidad suma. Es verdad que estos auxiliares llegaban á ser funestos á veces para los dominadores que les habian llamado y á quienes acababan por arrebatar sus posesiones. Pero el poder que reemplazaba al antiguo, tenia todo el vigor de la novedad, á la par que, por el contrario, los españoles, á medida que adquirian la posesion tranquila de sus provincias, deponian el denuedo de que habian hecho alarde en los momentos de peligro, cuidándose poco de que los musulmanes prosperaran en otras provincias distantes, ó que paises, con los cuales no sabian unirse en una fraternidad nacional, fueran amenazados por sus armas.

Alargóse, pues, la lucha, pero ahora vamos á ver á los diferentes principados cristianos, nacidos de la desmembracion de la monarquia mora, formar cuerpo y borrar la ignominia de la servidumbre extranjera.

Navarra.—Olvidada Navarra en medio de sus montañas y casi ajena á la causa nacional de España, habia sido llevada por Juana I á los reyes de Francia, quienes la poseyeron hasta el instante en que Juana II alegó sus derechos á la corona, é hizo proclamar rey á Felipe, conde de Evreux, su esposo (1328), otorgando bajo juramento á las córtes diferentes privilegios, como el de no acuñar moneda nueva más que una vez cada reinado; no vender ni empeñar los dominios reales; no confiar más que á indígenas el mando de las fortalezas, y ceder el gobierno á su hijo mayor tan luego como hubiera cumplido veinte años. Felipe peleó denodadamente contra los ingleses en Francia (1349) y mereció ser sobrenombrado el Bueno; pero en su hijo Cárlos II, llamado el Malo, se halló la perversidad unida, como para ser más funesta, á los dones del talento y á las ventajas corporales. Después de haber oprimido á sus súbditos y de suscitar turbulencias en Francia, debilitado este príncipe por sus escesos, habia mandado que para reanimar sus fuerzas le envolvieran en una sábana empapada en aguardiente, cuando por casualidad se le prendió fuego y acabó sus dias de una manera horrorosa.

Cárlos III, el Noble (1387), dejó respirar el reino durante una larga paz; y la línea masculina de la casa de Evreux acabó en él (1425); por lo cual pasó la corona con Blanca, su hija, á Juan de Aragon, hijo de Fernando I. Habiéndose negado á la muerte de Blanca, segun la constitucion

lo prescribia, Juan II á ceder el reino á su hijo Cárlos, resultó de aquí entre el padre y el hijo una guerra seguida con varia fortuna. Posteriormente se sucedieron príncipes débiles, hasta el momento en que Fernando el Católico ocupó la parte de Navarra situada al sur de los Pirineos: quedó la otra á la familia soberana antigua, y Juana III de Albret se la llevó en dote á Antonio de Borbon, padre de Enrique IV, quien reunió este pais á Francia en 1589.

Portugal.—A la sazon florecia Portugal bajo Dionisio «*el Padre de la patria*» y de quien el pueblo dice que *hizo cuanto quiso.* Tan generoso y liberal como prudente y activo, amó el saber, compuso versos y fundó la universidad de Lisboa (1308), que fué posteriormente trasladada á Coimbra. Puliόse la lengua portuguesa y se escribió desde entonces en este idioma. Dionisio mandó plantar bosques de pinos para detener las arenas que invadian el suelo de Leiria, y organizó la extraccion del oro y el hierro de las minas; tomó de los genoveses mejoras para la marina, que pronto debia convertir á los portugueses en el pueblo de más vasta dominacion. Cuando el papa suprimió los Templarios, Dionisio queria conservarlos en sus Estados, en consideracion á los servicios que habia recibido de ellos contra los moros; pero como se opusiera á ello Juan XXII, los hizo ingresar con sus bienes en la Orden de Cristo, cuyos estatutos eran los mismos de la Orden de Calatrava. En suma, tantas medidas excelentes llevó á cabo aquel monarca, que los portugueses refieren á su reinado todas las buenas instituciones, aun las de posterior fecha.

Alfonso IV, hijo de Dionisio (1325), habia perturbado con la guerra civil (1) los últimos años de su padre, por celos de su hermano natural Alfonso Sancho, á quien hizo condenar arbitrariamente tan luego como ascendió al trono; pero este príncipe defendió á mano armada su persona y sus posesiones. En otro lugar hablaremos de las guerras de Alfonso IV con Castilla y con los moros, guerras que le valieron el sobrenombre de *Osado.* Pedro, su hijo, se habia desposado con Blanca de Castilla; pero habiendo anulado las córtes el matrimonio á causa de defectos corporales de la infanta, resultaron de aquí enemistades con este reino.

Inés de Castro.—Casóse Pedro con Constanza, hija del marqués de Villena y de Escalona, conservando, á pesar de todo, relaciones con Inés de Castro su prima. Habiendo quedado viudo, la tomó por mujer con él mayor secreto. Temeroso Alfonso de que desheredase á los hijos de Constanza, le preguntó si se habia casado con Inés. Al oir su respuesta negativa quiso obligarle á contraer otro matrimonio: negóse á ello; y su padre, á instigacion de sus ministros, les permitió dar muerte á la que tenia por dama de su hijo. Traspasado Pedro de dolor se rebeló como Alfonso se habia rebelado contra su padre (1335); y aunque al celebrarse la paz prometió perdonar á los que habian aconsejado aquel asesinato, apenas ascendió al trono (1357), mandó que les arrancaran el corazon en su presencia y que se tributaran al desenterrado cadáver de Inés honores reales (2): de aquí el sobrenombre de *Cruel* que mereció, no sólo á causa de las víctimas inmoladas á su implacable amor,

(1) Para pacificarle se interpuso Santa Isabel de Portugal, mujer de Dionisio é hija de Pedro de Aragon. 1336.

(2) El mejor historiador de este tiempo, Fernando Lopez, nada dice de la coronacion póstuma de Inés, ni de otras circunstancias poéticas del hecho. Habla solamente de una reparacion de honor hecha por don Pedro á aquella con quien habia contraido secreto matrimonio. El conde de Barcellos se espresó de esta manera en la asamblea de los Estados y de altos dignatarios: «Amigos, habeis de saber que el rey nuestro señor, hoy reinante, hallándose en el pueblo de Braganza, en vida del rey Alfonso, su padre, tomó por esposa legítima á Inés de Castro, hija de don Pedro Fernandez de Castro, y que ella le aceptó por marido cumpliendo todos sus deberes hasta la hora de su muerte. Como esta union no se publicó en el reino durante la vida del rey Alfonso por causa del miedo que le tenia su hijo, como habiéndose casado sin su órden y consentimiento; por estos motivos el rey nuestro Señor, en el dia, para descargo de su alma y para decir la verdad, como tambien para no dejar dudas á algunos que no saben si este matrimonio existe ó no existe, ha prestado juramento sobre los Santos Evangelios y dado fe y testimonio de que las cosas han pasado segun os he dicho. Hallareis la prueba de ello en un acta formada por el notario Gonzalo Perez aquí presente: vereis además las declaraciones del obispo de la Guardia y de Estéban Lobato aquí presentes, que asistieron á este matrimonio (mandó aquí dar lectura de dichas declaraciones). Y como la voluntad del rey nuestro señor es que esto no quede oculto, sino que todos sean informados de ello, para desvanecer las dudas que han podido subsistir hasta ahora, me ha mandado ilustraros de todo, á fin de ahuyentar la sospecha de vuestros corazones. Pero como algunos, en oposicion de lo que os digo y de lo que se os ha leido y declarado, podrian manifestar que esto no tenia valor sin una dispensa, visto el grande impedimento de ser prima del rey nuestro señor, me ha mandado instruiros de todo, presentándoos esta bula, por la cual le permite el papa casarse con cualquiera mujer que fuere, aun siendo parienta mas próxima que doña Inés.»

Respecto del castigo impuesto á los asesinos, el mismo historiador se espresa de este modo:

«Alvaro Gomez y Pedro Coello fueron arrastrados á Portugal y conducidos á Santarem donde estaba el rey don Pedro. El rey, que se complacia en su venganza, se mostró afligidísimo porque Diego Lopez se le habia escapado muriéndose. Les hizo poner sin piedad y por su mano en el tormento, queriendo que confesaran hasta qué punto se habian manchado con la muerte de doña Inés, y lo que su padre habia maquinado contra ella cuando fueron á cometer el crímen de su muerte. Ninguno de los dos respondió á sus preguntas, y el rey, segun dicen algunos, hirió en el rostro á Pedro Coello, quien le dirigió palabras afrentosas, llamándole felon, perjuro, verdugo. En seguida mandó el rey que les dieran muerte y que les arrancasen los corazones, y dijo al que se los arrancaba que aquel era un *oficio gracioso.*»

sino tambien del rigor con que trató á los eclesiásticos y á los nobles, al paso que se hacia amar del pueblo aliviándole de impuestos y manteniendo la justicia (1367).

Fernando, su hijo, á quien habia dejado pacificado el reino y provisto el erario, no tardó en disipar los caudales y en declarar la guerra á Castilla.

Castilla.—Este reino habia sido trastornado durante la minoria de Fernando IV, por las rivalidades de las familias de Haro, de la Cerda, de Lara, así como por las pretensiones de muchos príncipes á la corona. Así pues, Dionisio de Portugal, el rey de Aragon y el de Granada invadieron el pais, presa de la anarquia, conjurándose la fuerza y la perfidia para perturbar la regencia de la prudente doña Maria de Molina, y luego el reinado de Fernando. Este peleó con fortuna contra los musulmanes, murió el mismo dia que le anunciaron los dos hermanos Carvajales, condenados por él á muerte de una manera arbitraria (1312), lo cual le valió el sobrenombre de *Emplazado*.

Reanimáronse las ambiciones y las rivalidades durante la minoria de Alfonso XI, quien siguió sosteniendo la prudencia de su abuela. Apenas tuvo el poder en sus manos, lo ejerció con tanta dulzura respecto de sus súbditos como de severidad para con las bandas que se habian formado durante las antiguas facciones. Reprimió las nuevas por medio del rigor y de los suplicios. Feliz en sus guerras contra los moros, acababa de poner asedio delante de Gibraltar, cuando murió de epidemia. Con el judio á quien tuvo por ministro de hacienda, empezó el favor que los reyes de Castilla dispensaron á los hombres de esta nacion en las cosas concernientes á la administracion oponiéndolos á los grandes.

Alfonso habia tenido por dama á doña Leonor de Guzman, quien lo dominó hasta la muerte, y de la cual tuvo diez hijos. Pedro el Cruel, su sucesor, mandó que le dieran muerte no bien hubo ceñido la corona (1350). Enrique de Trastamara, uno de dichos hijos, huyó á Aragon con gran trabajo; reunió alli á los descontentos y á los desterrados, cuyo número aumentaba cotidianamente la conducta de don Pedro.

Maria de Padilla.—Maria de Padilla, su dama, le enemistó con su madre, le indujo á repudiar á Blanca de Borbon, después de tres dias de matrimonio, y le impulsó á librarse de ella á los siete años de encierro. En breve abandonó tambien á su nueva esposa Juana Fernandez de Castro, para volver á Maria de Padilla. Sus desmanes suscitaron levantamientos, que le servian de pretestos para cometer otros nuevos; y en su rigor no respetaba ni á su madre, ni á los hijos de su padre; aquellos sobre quienes pudo poner la mano, fueron inmolados, y llegó hasta el punto de mandar servir un banquete en el salon que todavia humeaba con su sangre. Habiendo llegado á pedirle la paz Abu-Said, su competidor al trono de Granada, le hizo dar muerte, á pesar del salvo-conducto que le habia entregado, en union de treinta y cinco personas de su comitiva, para apoderarse de su oro.

Otro Pedro (IV), no menos malo que los otros dos que reinaban entonces en Portugal y en Castilla, y más perverso y pérfido que ellos, ocupaba el trono de Aragon. Declaró la guerra á Pedro el Cruel para vengar al hermano que le habia muerto, y entonces el rey de Castilla mató á la cuñada de aquel y á los hijos de Enrique de Trastamara, que mandaba el ejército enemigo.

Duguesclin.—Enrique de Trastamara se lanzó con más ardor á la venganza, ayudado como estaba por los reyes de Francia, de Aragon y de Navarra, y secundado por el intrépido Beltran Duguesclin. Este capitan valeroso, viendo á la Francia desolada por las grandes compañias de aventureros que durante la suspension de la guerra pública se dedicaban á la privada, se dirigió á sus cuarteles ofreciéndoles una suma de 200,000 florines, con promesa de otra cantidad semejante, si querian acompañarle á una espedicion contra los moros, y de paso contra otros. Aceptaron su oferta, y muchos jóvenes nobles, deseosos de probar su valor á las órdenes del tal jefe, se incorporaron á su tropa. Al cruzar por el territorio de Aviñon, envió á pedir al papa perdon de sus pecados y 200,000 florines: se le concedió la primera demanda, y se difirió algun tiempo la segunda; pero al cabo el pontífice tuvo que someterse á ella.

Tan luego como entraron en Castilla proclamaron allí á Enrique (1365), y acosaron vivamente á don Pedro, quien obligado á huir, se refugió primeramente en Córdoba, después en Sevilla, y por último en Portugal donde halló un asilo junto al obispo de Santiago. En recompensa de este servicio le degolló, y apoderándose de sus tesoros se dirigió á Burdeos para implorar el socorro del príncipe Negro, Eduardo de Inglaterra, que hacia á la sazon la guerra á la Francia.

Batalla de Navarrete.—El príncipe inglés abrazó su causa, y al otro lado de los Pirineos se halló de nuevo enfrente de Duguesclin, contra el cual habia ya combatido en Francia. Ambos rivales cada uno á la cabeza de cien mil hombres llegaron á las manos en Navarrete cerca de Segovia (1367): don Pedro y los ingleses llevaron la mejor parte, y el ejército castellano apeló á la fuga. Duguesclin resistió solo, apoyado contra el lienzo de un muro: derribó á don Pedro y se dirigió hácia Eduardo: *A lo menos*, dijo, *no habré rendido mi espada sino al más valeroso príncipe de la tierra*. Vuelto en sí don Pedro, se abalanzó á él y le hubiera dado muerte si el príncipe Negro no hubiera protegido á su noble prisionero. Pero no pudo librar al pais de las horribles venganzas de don Pedro, ni obtener la ejecucion de sus promesas, y se retiró descontento. Habiéndole dicho un dia el señor de Albret, «el mundo pretende que reteneis á Duguesclin prisionero, solo por el miedo que le teneis,» le puso enseguida en libertad.

Enrique, que habia huido hácia Tolosa, habia penetrado con disfraz de peregrino hasta la prision de Duguesclin: ambos se ocuparon entonces en reunir soldados, y don Enrique, más prudente ó más venturoso que don Pedro, acabó por vencerle á su vez (1368). Preso el rey de Castilla en su fuga fué conducido en su presencia; pero apenas le descubrió, apoderándose de la espada de un soldado se precipitó sobre Enrique, empeñándose una horrible lucha entre los dos hermanos, y Pedro espió con su sangre toda la que habia derramado (3).

---

(3) «Y allí (concluye el impasible Ayala) murió el rey don Pedro el dia 23 de marzo del susodicho año... Habia dado muerte á muchas personas durante su vida, y por eso le aconteció esta desventura.» *Crónica del rey don Pedro*, pagina 551.

Don Pedro está representado en los romances con los mas negros colores, y bajo un hermoso punto de vista en las tragedias. Sin embargo, existe un romance que indica la diversidad de opiniones que ya entonces habia respecto de su persona.

«A los piés de don Enrique
Yace muerto el rey don Pedro,
Mas que por su valentia
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasion y contento
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan:
¡Viva Enrique!
Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es rey cruel, si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,
Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo.
Que nadie verá sus ojos,
Que no tenga al rey por cuerdo,
Mientras como otro Rodrigo
No puso fuego á su reino.
Los que con ánimos viles
O con lisonja ó por miedo
Siendo del bando vencido,
Al vencedor siguen luego;
Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del maestre,

Enriqne II ascendió al trono de Leon y de Castilla por derecho de conquista, por aclamacion popular y por mérito personal; pero el sucesor legítimo hubiera sido Fernando de Portugal (4). Esto es lo que produjo entre los dos reinos la guerra de que hemos hablado anteriormente. Enrique, tan cuerdo como valeroso, empleó las riquezas dejadas por su hermano en pagar á las terribles bandas de aventureros, licenciándolas enseguida. Castigó al rey de Granada, y equipó una escuadra con la cual puso la de los portugueses en derrota. Después de haber incorporado á su reino la Vizcaya, antemural de Navarra y de Gascuña, dirigió nuevamente sus armas contra Fernando, y adelantándose hasta Lisboa, incendió la escuadra portuguesa, prendió fuego á la ciudad, y obligó á hacer la paz á su adversario, así como á poner al servicio del rey de Francia cinco naves equipadas del rey de Francia.

Esta guerra habia agotado á Portugal, y empeoraba su situacion Leonor Tellez de Meneses, mujer intrigante, que indujo á Fernando á que la diera la mano de esposo, á pesar de haberse sublevado todo el pueblo de Lisboa para estorbar este enlace. Todo se hizo desde entonces por intrigas de la nueva reina, atenta á quitar la vida ó el crédito que pudieran disputarle el mando. Arrastró á nuevas guerras á su débil esposo, deshonra de la corona, salvo su dulzura, como su padre habia sido honor de ella, salvo su crueldad.

Pertenecia el trono á la infanta doña Beatriz (1383); pero como se la reputaba adulterina, se presentaron á disputárselo muchos pretendientes, y con más vigor que los demás Juan, hermano natural de Fernando, gran maestre de la órden de Avis. Este, fiándose en el odio que la regente habia suscitado, penetra en el palacio, donde asesina á su amante, insurrecciona al pueblo de Lisboa, y hace que se le proclame protector hasta tanto que doña Beatriz haya dado á luz un hijo. Pero llega á la cabeza de un ejército Juan I de Castilla, esposo de la infanta. Es favorecido por la rivalidad de la

---

La muerte del hijo tierno,
La prision de doña Blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al rey,
Y mientras que dicen esto,
Los de Enrique, etc.
. . . . . .
Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso
Como esclava del rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas
Y atrevidos pensamientos, etc.»

(4) Su padre, Pedro el Justiciero, habia nacido de Beatriz, hermana de Fernando el Emplazado.

nobleza y por la incertidumbre de un nuevo reinado; Leonor le cede la regencia; pero posteriormente, en virtud de nuevas acusaciones, fué encerrada en un convento. Pero en breve obliga á los castellanos una epidemia á emprender la retirada: entonces el gran maestre convoca las córtes en Coimbra, donde el sabio jurisconsulto de Regras, discípulo de Bartolo, demuestra que los derechos de Beatriz son nulos y que los mejores son los del más fuerte; proclamado rey el infante don Juan, da á su dinastia el bautismo con la victoria de Aljubarrota (1385) (5).

Después de haberse apoderado del trono Juan el Bastardo por intrigas, le ocupó dignamente. Rechazó al rey de Castilla, quien continuaba la guerra tan sólo por salvar su honra. Habiendo obtenido dispensa de los votos de gran maestre, contrajo matrimonio con Filipina, hija del duque de Lancáster, de la cual tuvo cinco hijos, todos mencionados por la historia: Eduardo, sucesor suyo; Pedro, duque de Coimbra y de Montemayor, cuya erudicion era grande; Enrique, duque de Viseo, gran maestre de los caballeros de Cristo, matemático; Juan, gran maestre de Santiago de Portugal, y Fernando el Santo, gran maestre de la órden de Avis; además Alfonso, hijo natural (6). A fin de que mereciesen las espuelas de oro, dirigió una espedicion á la costa de Africa, donde se apoderó de Ceuta, guarida de piratas. Con esta conquista empiezan las espediciones marítimas de que hablaremos largamente en el próximo libro, y en que se señaló el príncipe Enrique, inmortalizando su divisa: *Voluntad de obrar bien.*

El nuevo rey hizo traducir al portugués por su canciller Juan de Regras el código de Justiniano, con las glosas de Bartolo y de Accursio, á fin de que pudiera suplir al silencio de las antiguas leyes visigodas, y el cual vino á ser código de Portugal (7). Estableció en Lisboa la capital del gobierno (1422), y abolió la era de España (8). Con una nacion inquieta como los portugueses y sobre un trono usurpado, supo conservar la paz por espacio de cuarenta años en el pais y en el seno de su familia. Por su testamento reconoció la representacion nacional como inherente al derecho público de Portugal.

Eduardo, que le sucedió (1433), prosiguió tanto las espediciones marítimas como la guerra de Africa. Su hermano Fernando puso sitio á Tanger; pero asediado él mismo por el rey de Fez, quien le tuvo bloqueado entre la ciudad y su campamento, tuvo que capitular por hambre, obligándose á evacuar el Africa y hasta Ceuta. Negáronse las córtes á ratificar el tratado, y el infante dado en rehenes quedó prisionero hasta el fin de su vida (9).

Eduardo, que era de un carácter dulce y amigo de las letras, murió en una epidemia, dejando un hijo de edad de siete años, que fué Alfonso V (1438). Produjeron una guerra civil los disturbios que se suscitaron con motivo de la regencia. En virtud de exhortacion del papa Calixto III dispuso una espedicion contra los infieles. Habiendo desembarcado en Ceuta tomó á Arzilo (*Julia Constantia*) y á Tanger; pero la ambicion le impidió proseguir sus triunfos para alcanzar el trono de Castilla, como esposo de Juana, que debia heredarlo. Desbaratada su tentativa y después de haber sido engañado por Luis XI con vanas palabras, creyó que ya no podia reinar dignamente, y adoptó la resolucion de abdicar en favor de su hijo (1477); luego se puso en camino para Jerusalen; pero corrieron en su alcance y le persuadieron á que retornara por no querer su hijo aceptar su abdicacion á ningun precio. Entonces se vió obligado á volver á empuñar las riendas del gobierno, y terminó la guerra con Castilla, cediéndosela á la infanta Isabel; por último abdicó de nuevo y murió de la peste (1481), después de haber preparado durante un reinado de cuarenta y tres años los brillantes triunfos de Juan II y de Manuel. Con él terminó la edad media de Portugal, introduciéndose al poco tiempo la libertad clásica en vez de aquella en que habian poetizado todos los reyes que acaban de mencionarse. Alfonso fundó una biblioteca, y quiso que el italiano fray Justo Baldino escribiese la historia portuguesa en latin; además el derecho nacional fué modificado por el romano.

En Castilla Enrique II de Trastamara habia dirigido muchas veces sus armas contra la Guyena inglesa y contra la Navarra; pero si Pedro el Cruel habia aspirado á fortificarse contra la aristocracia, apoyándose en los oprimidos, en el pueblo, en los judios y en los musulmanes, Enrique, cómplice de los grandes, no pudo negarles cosa alguna: de consiguiente recuperaron su arrogancia y retardaron la espulsion de los moros. Sin contar su desgraciada espedicion de Portugal (1379) tuvo Juan I,

---

(5) Entonces tenian los portugueses la costumbre conservada después por largo tiempo, de hacer, al arrojarse sobre el enemigo, horribles gestos, como para espantarle. La voz de mando de los oficiales era para este caso: *Cara fera ao enemigo.*

La insigne victoría de Aljubarrota era celebrada anualmente por una especie de bacanal, en que un orador exaltaba el valor de los portugueses al mismo tiempo que escarnecia la cobardia de los castellanos, lanzándoles groseras injurias que el pueblo repetia en medio de aplausos y de ahullidos. A propósito de esto dice Mariana: «Algo se ha de perdonar al júbilo que inspira la libertad de la patria.»

(6) La educacion é historia de estos príncipes es muy interesante en el *Leal Conselheiro*, obra de Eduardo.

(7) *Ordenanzas del reino de Portugal.* Lisboa, 1512.

(8) Empezaba treinta y ocho años antes de J. C. Fué abolida en Castilla, en 1383, en Valencia, en 1358, en Aragon, en 1359.

(9) Con el título de *Príncipe Constante* le han cantado los poetas.

su hijo, contínuas disensiones con el duque de Lancáster, soberano de la Guyena: sin embargo acabó por afianzar á su familia la corona de Castilla y de Leon, y se decretó que el heredero presunto del trono llevaria á perpetuidad el título de príncipe de Asturias.

El primero que lo llevó fué Enrique III, quien ascendido al trono (1390), se ocupó en consolidar la obra de sus antecesores. Cierto dia no encontró nada que comer á su vuelta de caza, y su mayordomo le declaró que no tenia en caja ningun dinero, ni crédito, ni cosa que pudiera empeñarse. Le da su gaban y se dirige á palacio, donde rivalizando en magnificencia, celebraban un banquete los condes de Trastamara, de Villena, el duque de Medinaceli, los Velazquez, los Guzmanes y el arzobispo de Toledo. Oyeles hacer alarde de sus riquezas y de las pensiones que disfrutan por el tesoro; pero les envia á llamar al dia siguiente, y aparece en medio de ellos armado y empuñando su acero. Levántanse todos y él toma asiento: después les interroga alternativamente acerca de cuántos reyes han conocido. Uno contesta que dos, otro que tres; «Y yo, añade el rey entonces, he conocido veinte reyes en Castilla. Sí, vosotros sois otros tantos reyes por desgracia del pais y en afrenta mia; pero desde este instante habeis concluido de reinar y de burlaros del verdadero rey.» Inmediatamente llama á los verdugos, que llegan fuertemente escoltados. Aterrados los grandes, se postran de hinojos y derraman lágrimas prodigando promesas, por lo cual el rey les perdona. Pero habiendo convocado las cortes en Madrid (1393), les dijo: «Se halla exhausto el tesoro, no hay más que dos maneras de llenarlo; ó imponer nuevas contribuciones, ó revocar las donaciones hechas por mis tutores.» Aplaudió la Asamblea: quedan anuladas las donaciones, el salario militar se disminuye, y son castigados los señores que quieren oponer resistencia á estas reformas. Temerosos los granadinos le prestan homenaje: por último, Tamerlan solicita su alianza. Ciertamente Enrique hubiera dirigido sus armas contra los infieles á no impedírselo su quebrantada salud. Construyó el alcazar de Madrid que fué residencia de sus sucesores.

El reino sufrió grandes trastornos durante la minoría de D. Juan II, á pesar de que su tio Fernando, no menos valiente que generoso, estendia sus conquistas sobre los moros. Pero su madre en un principio, después su ministro D. Alvaro de Luna, y por último su segunda esposa Isabel de Portugal, le impulsaron á actos de debilidad y de crueldad, orígen de remordimientos tardios que alteraron su razon. Su reinado se pasó en querellas y en hostilidades incesantes con los señores, que hasta llegaron á cogerle prisionero. Rebelóse á su vez el pueblo, dió muerte á los judíos, y exigió la deposicion de D. Alvaro de Luna, á quien D. Juan abandonó al furor de sus enemigos. De su primera esposa habia tenido á Enrique IV, el cual le sucedió en el trono: de la otra á D. Alfonso y á la célebre Isabel, protectora de Cristóbal Colon.

Enrique IV, príncipe débil y disoluto (1450), se dejó llevar por intrigas y fué generalmente menospreciado. Su libertinaje le habia enervado hasta tal punto, que D.ª Juana de Portugal, su esposa, solicitó la anulacion de su matrimonio por causa de su impotencia. Sin embargo dió á luz una hija que fué reconocida por el monarca: hizo todavía más, tomando por ministro á D. Beltran de la Cueva, reputado por padre de aquella niña. Indignados los castellanos al verle educar una hija, fruto de un adulterio, y que se proponia elevar al trono, se sublevaron en contra suya, y nombró por heredero á Alfonso su hermano, á condicion de que se casaria con la jóven infanta, llamada Juana. Esto no impidió la guerra: formaron los insurgentes proceso al rey bajo la figura de un maniquí, y fué depuesto con ignominiosas ceremonias sin que pudiera con las armas tomar venganza de tamaña afrenta. Habiendo muerto Alfonso, Isabel, último vástago de la raza de Pelayo, fué proclamada heredera del trono, y por tal la reconoció Enrique. Entonces fué cuando conociendo la conveniencia de reunir las dos monarquías, Isabel fué prometida en matrimonio al rey de Aragon, bajo condiciones de seguridad y decoro para los castellanos. Enrique IV, sin cuyo conocimiento se habia hecho este acomodo, trató de impedir que se llevara á cabo, é hizo alternativamente la paz ó la guerra, segun el capricho de sus ministros, hasta el instante que exhaló el último aliento, considerado como perfecto ejemplo de un mal príncipe. Por su testamento, en el cual volvió á declarar á Juana por su hija y por su heredera, legó á su pais una guerra con Alfonso de Portugal, prometido esposo de esta princesa; pero vencido, como ya hemos indicado, renunció á este matrimonio, así como á toda clase de pretensiones. Juana tomó el velo y Fernando é Isabel fueron proclamados reyes.

Aragon.—Jaime II de Aragon, que habia renunciado á la Sicilia (1291) para suceder á su hermano Alfonso III, conquistó á los pisanos la Cerdeña, y reunió á su corona Valencia, Cataluña y Mallorca (1319). Adquiriendo el sobrenombre de Justo, supo juntar la prosperidad interior al lustre con que rodeó su reinado. A beneficio de su administracion equitativa mantuvo la paz Alfonso IV. Pedro IV, denominado el Ceremonioso, reunió de hecho las islas Baleares al reino. Quitó á los señores el derecho de empuñar las armas en contra del rey enviando al suplicio á los que usaban de él. Hizo cambiar el servicio feudal en una contribucion cuyo producto sirvió para asalariar tropas que no dependian más que del jefe del Estado; pero no logró disminuir el poder inmenso del Justicia. Sibila, su quinta esposa, se vió fuertemente acusada de haber acelerado el fin de la vida de su marido poniendo en juego toda clase de sortilegios: y esta acusacion dió márgen á que fueran condenadas á muerte gran número de personas, y

costó además á la reina viuda todas las riquezas de que era poseedora. Yolanda de Bar, muger del débil y voluptuoso don Juan I, introdujo por influjo del marqués de Villena, la gaya ciencia, es decir, una academia poética en Barcelona (1387). Tuvo por sucesor á su hermano Martin, quien habiendo muerto como él sin posteridad (1395), terminó la línea recta de Barcelona. Entre los pretendientes á la corona, Fernando I el Justo, infante de Castilla, nacido de Leonor, hija de Pedro IV de Aragon, fué preferido por los jueces nombrados al efecto.

Fernando el Justo tuvo en breve por sucesor en Aragon y en Sicilia (1416) á Alfonso V el Magnánimo. En otro lugar narraremos sus empresas, y el modo con que cayó en manos del duque de Milan, quien no contento con restituirle la libertad sin rescate, le ayudó á conquistar las Dos Sicilias. Su amabilidad le hizo no menos bien quisto á los ojos del pueblo que de los grandes. Como no tenia hijos legítimos, dejó el reino de las Dos-Sicilias á su hijo natural Fernando, y á su hermano Juan II, ya rey de Navarra, sus demás Estados (1458). Hemos referido ya las guerras de Juan II con Castilla y las desavenencias con su hijo Cárlos, á quien negaba la cesion de la Navarra. Los catalanes en cuyo territorio mandó que se le cogiera preso, pretendieron que le restituyera la libertad sin excusa: luego le acusaron de haberle envenenado y se insurreccionaron en contra suya, proclamando sucesivamente á varios reyes. Al fin acabaron por someterse. Cerdeña y el Rosellon, dados por este príncipe en prenda á Luis XI, para obtener socorros, se convirtieron en una manzana de discordia entre los dos monarcas hasta que el rey de Francia se apoderó de Perpiñan y se hizo dueño del Rosellon.

Leonor sucedió á Juan II en Navarra, y en Aragon Fernando el Católico (1479), quien por su matrimonio con Isabel reunió la España en un reino, y humillando á los señores, que con ayuda de Portugal sostenian los derechos de Juana, dominó á aquella poblacion guerrera. Para reprimir las bandas armadas que talaban los campos fundó la *Santa Hermandad* (1476), asociacion inmensa de ciudades y aldeas, que velando por la seguridad de los caminos, levantaron para este efecto cuerpos asalariados con ayuda de los cuales arrojaron de los castillos á cuantos trataban de abrigar allí sus desafueros. De esta suerte tuvo á su disposicion un tributo y una fuerza, de la cual pensó en servirse para purgar completamente de moros á España.

Moros.—Los cristianos miraban como patriotismo y piedad el odio contra estos, por lo cual les parecia lícito cualquier medio empleado á fin de rechazarlos. Habiendo sido tomada Valencia (1239) sesenta mil moros impetraron del rey la gracia de conservar los bienes y las casas, por un rescate equivalente á quince millones; pero los obispos obtuvieron la órden de que la ciudad fuese destruida, y además pagado el rescate, y como *por disposicion divina* no pudieron pagarlo, se vieron reducidos á la condicion de esclavos *para el servicio de los cristianos y de los conventos de la frontera*. En la toma de Mallorca (1229), don Jaime no quiso dar cuartel, á pesar de la oferta de vasallaje que le hizo el rey.

No obstante, los moros, á quienes faltaba vigor, quizá se hubieran entregado antes á los españoles, si éstos los hubiesen tratado con tolerancia. Al contrario, los malos tratamientos excitaban conmociones, y don Jaime declaró que los espulsaria del reino de Valencia para sustituirlos con agricultores cristianos: los dueños de las tierras se opusieron á esta medida conociendo el daño que les causaria; más tranquilizados con alguna concesion, desistieron de su empeño, y se ordenó á los moros que marchasen dentro de un mes con los bienes muebles que pudiesen llevar consigo. El rey en su historia dice que su caravana ocupaba siete leguas de camino. El infante de Castilla los recibió en las tierras de Murcia, al precio de un besante por cabeza: algunos se quedaron; pero eran molestados de continuo, cogidos á menudo en los campos y vendidos, ó se les obligaba á mantener las bandas reales que vivian como en pais enemigo.

Los conversos (y estos eran muchos) disfrutaban de todos los derechos; pero siempre se les miraba mal, y difícilmente podian emparentar con los cristianos de raza pura. Además, los esclavos estaban reducidos á una condicion ínfima; las injurias que se les hacian, y hasta la muerte, se rescataban con dinero, proporcionalmente á la habilidad de cada uno ó al daño que el dueño recibia. El esclavo no podia en ningun caso unirse á una mujer libre, ni la esclava dar á un noble hijos capaces de legitimarse; el que seducia á una monja ó á una viuda honrada, era quemado vivo, y se arrojaba á las fieras al que robaba algun niño.

Sin embargo, no se perseguia á los moros legalmente, y eran menos despreciados que los judios: en el código de las *Siete Partidas* (P. VII. tít. 25) se dice que se tolera á los judios para que en su perpétua esclavitud recuerden constantemente á los que crucificaron á Jesucristo. El mismo código dice que los moros, aunque su ley no sea buena, deben estar exentos de violencia mientras vivan entre los cristianos.

Empezaron las persecuciones en el reinado de Pedro el Cruel de Castilla. Enrique II les obligó á llevar un distintivo como á los judios y á no tomar nombres de cristianos, cuando por el contrario hubiera debido tratar de realizar entre ellos una confusion completa. Juan I condenó á la pena de azotes á todo cristiano convencido de haber educado junto á sí al hijo de un moro ó de un judio; se abolió el tribunal de los cadies, y se obligó á los moros á vivir en barrios separados. Juan II prohibió á los judios y moros comer con los cristianos, y valerse de operarios cristianos, como asimismo visitar á cristianos enfermos, ser médicos, boticarios, droguistas y dar dinero á rédito. El

moro que fuese cogido al tiempo de huir hácia las fronteras de Granada, debia contarse entre los esclavos del rey, y el señor que acogiese á los moros fugitivos, debia perder sus tierras. Las condiciones estaban, pues, trocadas; los perseguidores habian pasado á la clase de perseguidos y excitaban la compasion (10).

Reino de Granada.—El reino de Granada era el único que sobrevivia de los antiguos Estados moros. Comprendia ochenta pueblos, gran número de aldeas, treinta ciudades, y entre ellas Granada, que contaba cuatrocientos mil moradores, Baeza ciento cincuenta mil, y á proporcion estaban pobladas Málaga y otras ciudades. Después de la muerte de Mahomet II, que habia llamado de Africa á los Merinidas, fué ocupado el trono por Mahomet III, quien logró con trabajo dominar á los granadinos rebeldes y tenerlos á raya: el predominio de los cristianos no era ya dudoso, y no pudo impedir la toma de Gibraltar á Fernando IV de Castilla; hasta tuvo que resignarse á cederle á Bedmar y á Quesada, y aun á pagarle un tributo. Al mismo tiempo se hallaba sitiada por Jaime de Aragon la ciudad de Algeciras. Sublevados los granadinos obligaron á Mahomed á abdicar en favor de Nasar su hermano, quien vió desembarazada de enemigos á Algeciras. Pero inquietado por continuos levantamientos, fué depuesto por Ismael de Málaga. Este nuevo rey, severo para sí propio como para los demás, desterró el uso de los licores fermentados y prohibió las controversias. Como oyera cierto dia á sus alfaquíes disputar sobre puntos de religion, se levantó y dijo: «Lo que me importa saber es que yo debo depositar mi confianza en Dios, y hé aquí mis argumentos,» añadió echando mano á su cimitarra. Atacado por los cristianos, que se habian adelantado hasta los muros de Granada, les puso en derrota; pero al volver triunfante, fué asesinado.

Mahomed IV, su hijo, tuvo á raya á Granada, siempre díscola é inconstante, venció á los cristianos y recuperó á Gibraltar. Pero habiéndose puesto de acuerdo el rey de Castilla con los de Aragon y Portugal, atacó á Mahomed á consecuencia de las reiteradas instancias del papa, quien le suministró subsidios al efecto: vencióle y hasta le sujetó al pago de un tributo anual de doce mil escudos de oro. Entonces el rey de Granada llamó en su socorro á los africanos, y habiendo acudido el rey de Fez, ocupó á Gibraltar en su propio nombre, y le hizo asesinar.

Batalla del Salado.—Bajo su hermano Yusuf, Abul-Hasan-Alí, nono sultan Merinida, proclamó la guerra santa, intentando esterminar á los cristianos. Se hizo á la vela con cuatrocientos mil hombres de á pié y con cuarenta mil caballos, á quienes conducian doscientas cincuenta naves escoltadas por sesenta galeras: llevaba consigo á sus mujeres y á sus hijos, animándole el pensamiento de establecerse en España. Granada estaba llena de alborozo, y los cristianos veian adelantarse sobre ellos aquella tempestad con espanto. Sin embargo, los tres reinos de Castilla, de Portugal y de Aragon se reunieron para la comun defensa: Génova y Lisboa ofrecieron buques para aislar á los africanos de su patria. Al fin llegaron á las manos: perecieron en la batalla doscientos mil moros, y los vencedores hicieron gran número de prisioneros en la jornada que recibió el nombre del Salado (30 octub. 1340). Herido el rey de Fez, y habiendo perdido dos hijos, sus tesoros y la mujer á quien preferia, huyó al Africa, donde encontró á sus súbditos en rebeldia. Prosiguiendo Alfonso sus ventajas puso asedio á Algeciras, que vió por espacio de dos años prodigios de valor, pues allí acudieron de todas partes denodados caballeros. Aunque los musulmanes hicieron allí uso de la artilleria, desconocida aún por los cristianos, acabó por capitular la plaza. Gibraltar hubiera sucumbido igualmente, si la peste no se hubiera cebado en el ejército cristiano y no hubiera puesto término á la vida del rey Alfonso.

Yusuf intentó reanimar el islamismo con prácticas piadosas y atraer la bendicion de Alá sobre Granada. Ordenó que se recitaran los versículos morales del Coran, que se predicara en las mezquitas, que se construyera una de éstas, donde quiera que hubiese doce casas; que se colocaran allí los jóvenes detrás de los ancianos y de los hombres casados, separando las mujeres de los hombres, á quienes fué prohibido salir hasta que ellas se hubiesen alejado. Al fin del ramadan, en vez de músicas y bailes, en vez de correr por las calles arrojándose unos á otros agua de azahar, dátiles y granadas, debian recogerse limosnas para socorrer á los pobres y los presos, y para la reparacion de los caminos y de las mezquitas. No se envolverian los cadáveres en paños de seda y oro, sino en un sudario de tela blanca, y no se oirian en su entierro gemidos de plañideras. Dió tambien buenas disposiciones civiles, organizando rondas nocturnas para la conservacion del órden, y manteniendo la disciplina militar. Adornó las mezquitas, los palacios; y á su ejemplo construyeron los moros casas de madera de cedro pintado ó esculpido, así como palacios de piedra de silleria con mosáicos y mármoles.

Habiendo sido asesinado Yusuf en la mezquita, tuvo por sucesor á Mahomed V, su hijo, quien fué destronado por su hermano Ismael, el cual cayó tambien en un motin mortalmente herido y fué reemplazado por Abu-Said. Entre tanto Mahomed V que habia implorado el socorro del rey de Marruecos, volvió con dos ejércitos africanos y el rey de Castilla; pero aquéllos y éste se vieron obligados á alejarse para poner remedio á las sublevaciones que habian estallado en sus respectivos

(10) Véase á ALBERTO DE CIRCOURT, *Hist. de los moros Mudejares y de los moriscos, ó de los árabes de España bajo la dominacion de los cristianos*. Paris, 1846, 3 tomos.

paises, y Abu-Said, que con la esperanza de granjearse la voluntad del rey de Castilla, le habia salido al encuentro con gran comitiva, fué degollado por órden de don Pedro, quien codiciaba sus riquezas. Vuelto á ascender entonces al trono Mahomed V, hizo prosperar á Granada durante una larga paz. Al contrario, los reinados de Abu-Abdalah Yusuf II, de Mahomed VI y de Yusuf III, fueron muy agitados (1423); pero este último al conquistar á Gibraltar sobre los africanos, proporcionó un gran esplendor á Granada.

Empezó la decadencia con Muley-Mohamed VII, hijo de Yusuf, príncipe orgulloso y duro, aborrecido de los suyos, sin ser temido por el enemigo. Habiéndose sublevado Granada, pudo escaparse con trabajo y ganó á Tunez. Su primo Mahomed-el-Zaquir se apoderó del poder halagando al pueblo con fiestas. Pero Tunez y Castilla se aliaron para restablecer á Mohamed, á quien disputó Yusuf-Ben-Alhamar en breve el trono. Apoyado este competidor por don Juan, rey de Castilla, le desposeyó de la corona; pero su muerte dejó á Mohamed volver á ascender al trono por la vez tercera.

Durante estas revueltas interiores continuaban en las fronteras las incursiones, acompañadas de los comunes estragos, y del saqueo en las ciudades tomadas y perdidas sin llegar á una solucion definitiva. De continuo se renovaban las usurpaciones en Granada, cuya turbulencia revelaba la enfermedad mortal. Algunas aventuras novelescas se hacian notar apenas de vez en cuando en aquellas escaramuzas uniformes. Rodrigo de Narvaez, que habia llevado hasta debajo de los muros de Granada el espanto de los ejércitos cristianos, retornaba cierto dia después de haber provocado vanamente á batalla, cuando descubrió á un caballero moro, gallardo jóven, ricamente armado y montado sobre un corcel brioso. Hecho prisionero, se hizo reconocer por hijo del alcalde de Ronda. Asombrado Narvaez de verle llorar como á una mujer, le respondió: *No me aflijo de haber perdido la libertad. Amo hace ya mucho tiempo á la hija del alcalde de un pueblo inmediato, y soy correspondido. Esta noche me espera, y ¡ay de mí, será en vano!—Tú eres un noble caballero*, dijo Narvaez, *y si me empeñas tu palabra te dejaré acudir á la cita.* Dió su palabra el jóven moro y se puso en camino: antes del alba se hallaba en los brazos de su amiga, que quiso á toda costa participar de su suerte. Cogió cuantas joyas tenia para pagar su rescate ó para subvenir á sus necesidades en el cautiverio, y fué en su compañia adonde se encontraba Narvaez, quien enternecido de su amor, les restituyó su libertad. Fué referida la aventura en Granada, y hasta los enemigos de Narvaez celebraron su generosidad en muchos romances.

Ya no quedaba á los musulmanes más que el territorio situado entre el mar, las montañas del Elvira y las Alpujarras: estaba cubierto de una poblacion inmensa, que de todas partes habia acudido á refugiarse en aquel punto; pero este era un peligro más, bajo el aspecto del hambre, siendo á menudo destruidas las cosechas por las correrias de los enemigos. Sacaban los cristianos sus trigos de las comarcas del interior, á la par que los moros no podian recibirlas más que de Africa. Los primeros convergian por todos lados hácia Granada dándose las manos en la guerra que hacian á aquel reino: los segundos, para trasladarse al territorio de los otros, debian dispersarse sobre puntos lejanos. Agréguese á esto que los moros se hallaban continuamente agitados por insurrecciones interiores, que les agotaban en su estado de debilidad presente, á la par que por el matrimonio de Isabel y de Fernando, el leon de Castilla, se abrigaba bajo las torres de Aragon, y la tarea proseguida por espacio de siete siglos podia ya ser coronada con el triunfo. Efectivamente, fué llevada á feliz remate por los *reyes* como los españoles llamaban á Fernando é Isabel (11).

Abul-Hacen asistió á la agonia de la dominacion de los moros. Hombre valiente y ganoso de gloria, aunque no le fuera posible, trastornado como se hallaba por continuas rebeliones y por intrigas de serrallo, aprovecharse de la debilidad y agitacion que señaló el reinado de Enrique el Impotente, negó sin embargo el tributo habitual, entró armado en Andalucia y sorprendió á Zahara. Pero por represalias se apoderaron los castellanos de Alhama, baluarte avanzado de Córdoba. Tres veces se esforzó Abul-Haccn por recuperarlo, si bien no pudo conseguirlo. Sin embargo, conociendo Fernando la imposibilidad de conservar aquella plaza fuerte en el corazon de los Estados enemigos, se hallaba dispuesto á cederla, cuando Isabel se opuso á ello, con el pensamiento de que seria de una importancia capital para la empresa proyectada.

Entre tanto la mala suerte de Abul-Hacen subia de punto en Granada por el descontento que su rigor habia ya escitado. Con efecto, habia ejercido terribles venganzas contra la poderosa tribu de los abencerrajes, á causa del amor que uno de ellos habia obtenido de su hermana: además repudió á Aixia su esposa, para sustituirla con una esclava favorita. Acogieron los abencerrajes á la reina repudiada, y proclamaron á su hijo bajo el nombre de Abul-Abdalah. Quiso el jóven príncipe señalar el principio de su reinado por alguna brillante proeza, y atacó á Gonzalo de Córdoba, quien se hizo posteriermente célebre bajo el nombre de Gran Capitan; pero fué derrotado y cayó prisiouero.

Entonces prevaleció el partido de Abul-Hacen y fué restablecido en la Alhambra; pero el rey Fernando, para alimentar la discordia, restituyó la libertad á Abdalah, á quien abrazó llamándole su amigo; y los versátiles granadinos se declararon de nuevo por su causa. Sonrojados los visires de las condiciones á que habia comprado la paz de

(11) PRESCOTT, *History of Ferdinand and Isabella.*

los cristianos, resultó de aquí una batalla dentro de la ciudad misma: por último, alguno hizo presente que ni el viejo Hacen, ni el débil Abdalah convenian para reinar en circunstancias tan difíciles, y se proclamó de comun acuerdo á Abdalah el Zagal, terror de las fronteras. Hacen se retiró y murió antes de ver exterminado su reino; Abdalah, para oponerse á su tio el Zagal, pidió á Castilla socorros que le fueron concedidos con daño de los dos bandos.

En esta espedicion sólo trataba Fernando de aumentar su poderio. Isabel, llena de generosidad, de sentimientos caballerescos, de religion, de entusiasmo, no pensaba en su propia ventaja, sino en librar á su patria de estranjeros y de infieles. Fué ayudada por los consejos de Jimenez de Cisneros, gran hombre de Estado y de Iglesia, héroe y político profundo, digno ministro de tal reina. En su deseo obstinado de salir victoriosa de aquella lucha, Isabel acompañaba á su esposo á la guerra, ocupándose de la disciplina y de las subsistencias. Gastó sumas considerables para proporcionarse un ejército bien equipado, y entonces fué cuando España vió por la vez primera tropas regulares en lugar de los ejércitos feudales. Fernando, á la cabeza de estas fuerzas bien organizadas, fingiendo correr en ayuda de su vasallo Abdalah, se apoderaba una á una de las ciudades, contra las cuales empleaba bombas ó granadas. Fueron tomadas Velez-Málaga, la misma Málaga luego: esta última plaza en mano de los cristianos cerraba el Mediterráneo á los moros. Viendo El-Zagal la imposibilidad de resistir, y no queriendo por otra parte humillarse delante de su sobrino, cedió á Fernando las ciudades que poseia y se retiró al Africa. Abdalah habia prometido á Fernando, si se apoderaba de las ciudades que habian quedado en poder de su tio, abandonarle á Granada conservándole en clase de vasallo. Fernando reclamó, pues, la entrega de esta ciudad; pero el príncipe moro, descubriendo el abismo ábierto bajo su planta, respondió que habia prometido más de lo que podia ejecutar. Reunió á los grandes y les escitó á la defensa de la religion y de la patria: los alamíes y los alfaquíes fueron de órden suya predicando por todas partes la concordia; y la resistencia pareció tomar durante algun tiempo un vigor nuevo.

Seis mil hombres selectos, tanto españoles como italianos, bajan á la llanura de Granada bajo el mando de los reyes, de ilustres caballeros, así como de los representantes de ciudades poderosas, y ponen sitio delante de la plaza. La vega, toda esmaltada de jardines y erizada de armas, se convierte en un teatro de combates, de aventuras amorosas, de magnificencia y de torneos. Los olivos, los granados, las moreras, los viñedos han debido ceder el puesto á los pabellones, en medio de los cuales flota el estandarte de fondo de oro con el Cristo bordado; todos han jurado sobre aquel estandarte no salir de la vega antes de que haya sucumbido Granada. Era un formidable campamento y á la vez una brillante córte, habiendo seguido las damas á la reina. Los pabellones, las banderolas y tiendas ofrecian allí un magnífico golpe de vista, y los jóvenes guerreros rivalizaban en lujo para distinguirse á los ojos de su dama. Habiéndose prendido fuego por casualidad en el pabellon de la reina, que acampaba siempre cerca de su marido, se comunicó rápidamente á las tiendas vecinas. Isabel lejos de desalentarse por aquel contratiempo, mandó construir barracas de madera y de piedra, lo cual dió nacimiento á la ciudad de Santa Fe. Allí vieron los musulmanes la prueba de que no se alejarian los cristianos sin haber llevado á feliz remate su empresa.

Buenas fortificaciones y el tenaz valor de los ciudadanos prolongaron el sitio durante más de seis meses; pero habiendo llegado á faltar los víveres y á debilitarse el denuedo, la capitulacion quedó resuelta. Se estipuló que los reyes, los generales, los visires, los chaiques del pais, jurarian fidelidad al rey de Castilla en union de todos los habitantes; que el rey de Granada recibiria posesiones y rentas en las Alpujarras, que los musulmanes conservarian libremente su culto, su creencia, sus usos, su lengua y su modo de vestirse; que serian regidos por alcaldes elegidos entre ellos, en conformidad de las leyes nacionales; que no pagarian contribucion alguna, á escepcion de aquellas á que estaban obligados respecto de sus reyes; que permanecerian exentos de tributo durante tres años; que serian consignados en rehenes quinientos jóvenes de las más ilustres familias; y por último, que todos los que quisieran pasar al Africa con sus bienes muebles, tendrian facultad para ejecutarlo (12).

---

(12) Hé aquí la relacion de un italiano, testigo ocular: «Obligados los moros de Granada por la fuerza de las armas y por el hambre, se rindieron á los susodichos reyes el dia 2 de enero de 1492. A fin de que el rey y la reina pudieran entrar con seguridad en Granada, los moros les enviaron por rehenes al hijo del rey, con seiscientos caballeros y los dos principales personajes de la ciudad, los cuales fueron repartidos entre los principales del ejército. El dia siguiente, al despuntar la aurora, el gran comendador de Leon, en union de quinientos caballos y cuatrocientos infantes, se encaminó cerca del rey, con el cual estaban un moro, hijo del gobernador de la ciudad, y otros dos principales jefes. Le salió al encuentro uno llamado Zabi, y le condujo hasta la ciudadela, donde encontró una puerta de hierro cerrada, que se abrió con las llaves entregadas por Zabi. Entonces el susodicho comendador distribuyó sus gentes en dos porciones en los lugares mas fuertes del castillo. En seguida se dirigió al palacio real, donde se hallaba el rey con sus hombres de armas; y cuando oyeron que el comendador entraba en aquel recinto, salieron de allí por una puerta secreta. Inmediatamente se erigió un altar en el palacio y se celebró misa. Este palacio es tan espacioso, que la menor de sus partes es mayor que todo el de Sevilla. Al verificar la primera entrada se desplegaron diez y siete estandartes cristianos, uno de los cua-

El 2 de enero de 1492, á la hora de las tres de un viernes (circunstancia que no se ha escapado á los religiosos cronistas) la cruz de plata de la Cruzada, la bandera de Santiago y el pendon real de Castilla, se enarbolaron en la torre más alta de la Alhambra. Abul Abdalah se dirigió en silencio hácia el puente del Genil, donde Fernando estaba de rodillas dando gracias á Dios. El monarca español montó inmediatamente á caballo, impidió apearse al vencido, que le besó en el brazo derecho y le dijo las siguientes palabras: «Te hacemos entrega de nuestras personas, de la ciudad y de nuestro reino: Dios lo ha querido. Esperamos que usarás de tu victoria con clemencia y generosidad.» Después continuó su marcha hácia las Alpujarras, hasta el punto que conserva aun el nombre de *el último suspiro del Moro* la cumbre del monte Padul, que debia ocultarle la vista de Granada, y donde por última vez se detuvo á mirar su ciudad querida. La sultana Aixia, que le precedia en el camino del destierro, preguntó qué hacia su hijo: *Está llorando*, fué la contestacion.—*Bien le cuadra*, repuso, *llorar como una mujer lo que no ha sabido defender como hombre.* Reprension injusta en ella, que tantos daños habia causado. Por lo demás, Abdalah habia ascendido al trono derrocando á su padre: se habia mantenido envileciendo á su nacion y envileciéndose á sí propio. ¿Era de creer que soportara la pérdida de su reino con nobleza? No sabiendo resignarse á vivir como súbdito en un pais donde habia reinado, vendió sus dominios á Fernando, y se fué á morir ál Africa, donde sucumbió peleando por uno de sus deudos á quien se disputaba el reino de Fez.

Todavia hoy se celebra en Andalucia con una fiesta anual la fuga del rey Boabdil, y los repiques de la campana de la Alhambra, el tropel de gente que acude de los alrededores, el ruido de los instrumentos y de los cantos, como si el peligro y la victoria fuesen de ayer, atestiguan lo profundo del odio nacional y religioso, y explican los medios que entonces se emplearon para saciarlo.

Así acabó en España la dominacion árabe después de haber durado setecientos ochenta años. Pero continuaremos la historia de esta nacion, á la cual nos une el interés que despierta siempre un pueblo que perece. Era imposible que aquel ódio de los moros, considerado durante ocho siglos como patriotismo por los españoles, dejase de estallar de nuevo cuando podia tener impunemente libre curso. Ahora bien, á despecho de las capitulaciones, se les prohibió ejercer públicamente su culto, y hasta se vedó toda manifestacion esterior de sus creencias. Aquellos que se hicieron cristianos, fueron favorecidoscon detrimento de los otros, quienes se vieron amenazados con las persecuciones dirigidas por la Inquisicion contra los judios. Isabel les prohibió el uso de la seda, del oro, de la plata, de las telas de escarlata, debiendo llevar sobre los hombros un retal encarnado y en la cabeza una capucha verde, y las mujeres un pedazo de paño azul turquí, de cuatro dedos de ancho, como las judias. En 1501 fué prohibida la entrada en el reino á todos los moros: por último, los reyes cristianos adoptaron un partido decisivo, y ordenaron que todos los varones de más de catorce años, y todas las mujeres de más de doce recibieran el bautismo ó abandonaran la ciudad de Granada. ¿Cómo habian de poder resistir aquellos infelices inermes, cuando aun manaban sangre sus recientes heridas? Novecientos mil de ellos salieron del reino de Castilla con permiso para trasladarse al Africa, y se vieron obligados á dispersarse

---

les databa de ciento y cincuenta años, y habia sido perdido por los cristianos con los otros. Cuando se acabó la misa y se hubo sacrificado á Cristo en aquel lugar donde habia sido ultrajado por espacio de ochocientos años, el rey y la reina, al frente de diez mil caballos y de cincuenta mil infantes, hicieron tranquilamente una brillante entrada, é inmediatamente se mandó que fueran puestos en libertad los cautivos que se hallaban en poder de los moros. Llegaron en procesion con la cruz y con la imágen de la bienaventurada Vírgen Maria, que habian conservado en sus mazmorras; y los condujeron á presencia del rey, quien, como príncipe católico, los recibió bondadosamente. Me mandó aguardar á la reina que se adelantaba con otras tropas: con ella estaba el cardenal de España, y la susodicha reina los recibió con gran cortesania: luego ordenó que fueran conducidos al castillo de Santa Fe. Me encontré en todas estas cosas porque yo estaba con el susodicho comendador. Al tiempo de la primera entrada en la ciudadela, cuando se instalaron en ella los soldados, habiendo tomado una cruz un fraile de la Santa Orden, subió á lo más alto de la torre, donde se hallaban el obispo de Calahorra, el de Agila, el de Ganden, el obispo de Malagri y otros muchos capellanes: cuando fué levantada esta cruz entonaron todos á una voz: *O crux ave, spes unica.* Allí tremolaban el estandarte de *Santiago* y la bandera real, que sostenian en sus manos el hermano del conde de Cifuentes, y tres veces fueron inclinados delante de la cruz los dichos estandartes. Acabado el himno subió un hombre á dicha torre y se puso á gritar por tres veces: *Santiago, Granada y Castilla. Estas ciudades están por su asistencia bajo el imperio del rey y de la reina. Han reducido esta ciudad de Granada y las demás plazas y todo el reino á la fe católica por la fuerza de las armas, con la ayuda de Dios, de la Vírgen Maria, de Santiago, de Inocencio VIII, de sus prelados, de las gentes, ciudades y pueblos de los susodichos rey y reina y de sus reinos.* Hecho esto, se tocaron las trompetas y se descargaron las bombardas en presencia del rey y de la reina, quienes hicieron que se les presentara el hijo del rey de Granada, dado en rehenes, para devolvérselo á su madre. El comendador mayor y el conde Tentilin se han quedado con dos mil caballos y cinco mil infantes en el susodicho castillo, y se han metido allí treinta mil cargas de harina y veinte mil de cebada. En el castillo de Santa Fe han quedado el mayor don Juan de Santo, y el mayordomo don Alcuncelo con sus gentes. Al dia siguiente el rey y la reina volvieron á sus habitaciones, y al otro se hizo la procesion desde el castillo hasta la ciudad de Santa Fe, donde estaban el rey y la reina con cuatrocientos frailes y sacerdotes: los prisioneros que llegaron allí en número de setecientos fueron vestidos y gratificados por el rey y por la reina; y yo me encontré en todas estas cosas. En Granada á 7 de enero de 1492. BERNARDO DEL REY.

en el territorio del Gran Señor. Opusiéronse los señores de Aragon al destierro de los moros, porque en su sentir daria por producto la ruina de las manufacturas. Representaron los habitantes del reino de Valencia que la comarca quedaria despoblada, é hicieron aprobar en sus córtes una ley en que se establecia que no se obligaria á ningun moro á recibir el bautismo. El amor á la patria, á la familia, á las riquezas, á la paz, indujo al mayor número; pero guiados por motivos humanos, hacian una mezcla adúltera de prácticas cristianas y de supersticiones musulmanas, lo cual suministraba á la inquisicion un pretesto para perseguirlos, exasperando así los ánimos.

Los que se habian refugiado en las rocas de las Alpujarras, desde donde escarnecian á los misioneros y á los soldados, opusieron una resistencia vigorosa. Fernando tuvo que marchar contra ellos en persona con un ejército, y no se retiró hasta que se hubieron comprometido á pagarle cincuenta mil ducados de tributo. Pero seguian subsistiendo las causas de descontento: los moros no obedecian más que allí donde podia alcanzarles la espada del soldado. Fijos los ojos al otro lado del mar, esperaban siempre que por allí les vendria socorro, y no aguardaban más que este momento para volver á empuñar las armas.

Fue, pues, necesario que pensara Fernando en la destruccion de los berberiscos: en efecto, después de gloriosas campañas, ocupó á Oran, á Mazalquivir, el Peñon, Melilla, Bugía, Trípoli; los reyes de Tunez, de Tremecen y de Argel, aterrados, se reconocieron sus tributarios. Cada derrota sufrida por estos príncipes, sus correligionarios, era un golpe dado á las esperanzas de los moros de España, en cuyo daño se introdujo una institucion inspirada más bien por la política que por la fe, la inquisicion.

Inquisicion.—No habia echado raices la herejia en España, y excepto algunos místicos, se disputaba poco sobre la fe, que era considerada como unida á la independencia de la patria. Pero quedaba que estirpar de la viña de Cristo, los restos de los moros y de los judíos, que habian atraido á sus manos la industria y todas las riquezas del pais. Cuando la Sicilia se reunió á España, Francisco Felipe de Barberis, inquisidor de aquel reino, vino á la Península para pedir confirmacion del derecho concedido por Federico II á los inquisidores, de adjudicarse una tercera parte de los bienes confiscados á los herejes. Exhortó, además, á los soberanos de Aragon y Castilla á establecer la inquisicion en sus Estados, para purgarlos de herejes y paganos mal convertidos, de quienes se contaban las más horribles infamias. Isabel, compasiva como mujer, se opuso en un principio, pero al cabo prevaleció en su ánimo la idea del bien que resultaria á la Iglesia y á las almas. Fernando divisó en aquel proyecto un medio de llenar las arcas del Estado, y á este efecto se dirigió al papa, que le permitió nombrar tres inquisidores, investidos con los mismos privilegios que en Sicilia. Dos dominicos instalaron, pues, su tribunal en San Pablo de Sevilla; y mientras que la reina permanecia en la creencia de que pondrian en práctica los medios de persuasion, empezaron á proceder con rigor estremado; hasta tal punto, que desde el dia 2 de Enero al 4 de Noviembre de 1481, enviaron á la hoguera á doscientos noventa y ocho conversos en esta ciudad, y antes de acabar el año dos mil en las provincias de Cádiz y Sevilla.

El padre Tomás de Torquemada, de Valladolid, fué investido con la presidencia de la *Suprema*, consejo real de la inquisicion de Castilla y Aragon, cuyos miembros tenian voto deliberativo en todos los asuntos de derecho civl, y consultivo en los de derecho canónico. Sevilla, Córdoba, Jaen, Toledo tuvieron tribunales subalternos; y los inquisidores, asistidos de dos asesores y de consejeros reales, promulgaron un código de procedimiento estremadamente severo. Cuéntase que Torquemada vió quemar en diez y seis años, ocho mil ochocientas personas vivas, y seis mil quinientas en estátua ó muertas; que á noventa mil se les confiscaron sus bienes, y fueron escluidos de los empleos ó condenados á prision perpétua. Los cristianos nuevos hicieron oir sus quejas, que no fueron escuchadas; entonces conspiraron y dieron muerte á un inquisidor, asesinato que fué expiado con rios de sangre. Las ciudades de Aragon opusieron una tenaz resistencia al establecimiento de la inquisicion, y sólo después de varios años pudo Fernando obligarlas á sufrirla, y aun entonces no lo consiguió sino por la via de la fuerza (13).

---

(13) Este nuevo código comprendia veinte y ocho artículos, de los cuales los tres primeros trataban de la composicion de los tribunales en las ciudades, como tambien de la publicacion de las censuras contra los herejes y los apóstatas que no se denunciaban espontáneamente, y determinaba un plazo de gracia para escapar á la confiscacion de bienes.

El cuarto artículo decia que las confesiones voluntarias hechas antes del plazo de gracia, debian ser escritas después del interrogatorio de los inquisidores. De esta manera no se perdonaba á un hombre sino cuando entregaba á otro á las persecuciones.

El artículo quinto prohibia dar secretamente la absolucion, escepto en el solo caso de que nadie tuviera conocimiento del delito del reconciliado.

Por el sesto el pecador reconciliado era privado de todo empleo honorífico, como tambien del uso del oro, plata, perlas, seda y lana fina.

El artículo séptimo imponia penitencias pecuniarias, aun á los que habian hecho una confesion voluntaria.

El octavo decia que el penitente voluntario, presentándose después del plazo de gracia, no podia ser exento de la confiscacion de bienes, merecida por él desde el dia de su apostasia ó herejia.

El noveno mandaba imponer ligeras penitencias á los que no habiendo cumplido veinte años, se denunciaban espontáneamente.

El décimo imponia la obligacion de precisar el tiempo

Desde este momento la tirania, siempre en aumento, tomó en España el velo de la religion. Opusiéronse los papas á esta política hipócrita, y Nicolás V prohibió toda diferencia entre los cristianos viejos y nuevos; Sixto IV, Inocencio VIII, Leon X recibieron apelaciones contra las sentencias de los inquisidores, á los cuales recordaban la parábola del hijo pródigo. Paulo III alentó á los napolitanos á resistir á Cárlos Quinto, cuando quiso establecer entre ellos aquel tribunal de sangre. Pero quisiéramos que los pontífices hubiesen manifestado la firmeza de Gregorio VII y Alejandro III contra asesinatos legales, tan contrarios al espíritu evangélico, á las decisiones de los Padres, y á la civilizacion de que Cristo ha sido jefe.

Diego Deza, sucesor de Torquemada, persuadió al rey el establecer tambien aquel tribunal en el reino de Granada, á despecho de los tratados; pero Isabel se negó á ello. Sólo consintió en que el de Córdoba persiguiese por apostasía á los moriscos, como se llamaba á los recien convertidos. Mejor inspirados por el arzobispo Jimenez, prometieron ambos soberanos rescatar á los esclavos moros que se bautizasen y concederles la libertad; dispusieron que el padre moro administrase el bautismo á aquellos de sus hijos que se lo pidiesen. Por estos medios pronto se contaron cincuenta mil convertidos.

Aumentóse la intolerancia de los españoles durante la prolongada ausencia de Cárlos I (Cárlos Quinto), y los moriscos se quejaron al rey de las violencias ejercidas en sus conciencias. Mandó sus quejas al exámen de un tribunal de teólogos é inquisidores. Fué su decision, que una vez recibido el bautismo, de cualquier manera que fuera, debia respetarse su carácter y ejecutar estrictamente las obligaciones que imponia; que debian, pues, ó abandonar la España, ó mostrarse en todas sus acciones fieles cristianos. Después, con objeto de llegar, por la destruccion de antiguas costumbres y la sustitucion de otras nuevas, á desarraigar las opiniones y usos mamados con la leche, el arzobispo de Sevilla, inquisidor general, mandó que todos los moros renunciasen á su traje, idioma y costumbres nacionales, todo cristiano estaba obligado á velar por ello, y el tribunal de la inquisicion, instalado en Granada, encargado de castigar á los contraventores. Cárlos Quinto, de quien todo se obtenia á peso de oro, dulcificó el rigor de este edicto, mediante ochenta mil ducados. Pero la semilla del odio, sembrada tan imprudentemente en estos ulcerados corazones, fermentó. Rechazando los moros á los misioneros, ellos mismos proporcionaban un pretexto á nuevas persecuciones. En Valencia los habitantes tomaron contra ellos las armas, y les dieron caza, no dejándoles otra eleccion que la muerte ó el bautismo. Espantados con la sublevacion popular, las confiscaciones, los autos de fe, no se atrevian á quejarse; pero tascaban el freno con rabia.

El arzobispo fray Fernando de Talavera se condujo de muy diferente modo, á fin de proteger á los moros y conseguir su fusion con los cristianos; construyó conductos y desagües para mejorar las circunstancias higiénicas de la ciudad; introdujo artes y oficios nuevos; hizo impresiones magníficas en ambos idiomas; por la mañana abria él mismo los talleres donde encontraban su subsistencia los muchos pobres; reprimió la insolencia de los nuevos habitantes; recomendó á los magistrados que fuesen indulgentes hácia los moros, «niños que

---

en que el reconciliado habia incurrido en la herejia, para saber en qué proporcion pertenecian sus bienes al fisco.

Si un hereje detenido en las cárceles del Santo Oficio, tocado de un sincero arrepentimiento, pedia la absolucion, el artículo undécimo se la concedia, imponiéndole por penitencia la prision durante toda su vida.

El duodécimo autorizaba á los inquisidores á condenar al tormento, como penitente falso, á todo reconciliado cuya confesion juzgasen imperfecta y simulado el arrepentimiento. Así era que la vida de un hombre dependia de la opinion de un inquisidor.

El artículo décimo tercio impone la misma pena á aquellos que se jactan de haber ocultado muchas culpas en su confesion.

El décimo cuarto dice que si el acusado convicto persiste en negar, debia ser condenado como impenitente; artículo que condujo millares de víctimas al cadalso, porque daba por convictos á multitud de personas distantes de estarlo.

Segun los términos del artículo décimo quinto, siempre que habia semi-prueba contra un acusado que negaba su delito, debia ser sometido á un proceso. Si se confesaba culpable en el tormento y después confirmaba su confesion, era condenado como convicto; si la retractaba, debia sufrir un segundo interrogatorio.

Por el artículo décimo sesto se prohibia comunicar á los acusados toda la copia de las declaraciones de los testigos.

El décimo séptimo mandaba á los inquisidores preguntar ellos mismos á los testigos.

Pretendia el décimo octavo que uno ó dos inquisidores estuviesen siempre presentes al interrogatorio, para recibir las declaraciones de los acusados.

Segun el contexto del décimo nono debia ser condenado como hereje convicto el acusado que no comparecia después de haber sido citado con las formalidades de costumbre.

Por el vigésimo, el difunto cuyos libros ó conducta probasen haber sido hereje, debia ser juzgado y condenado como tal, su cadáver exhumado, y sus bienes confiscados, con perjuicio de sus herederos naturales.

El vigésimo primero mandaba á los inquisidores estender su jurisdiccion á los vasallos de los señores y censurar á éstos en el caso de oposicion por su parte.

El vigésimo segundo concedia á los hijos de los condenados una porcion de sus bienes, á título de limosna.

Los otros seis artículos eran concernientes á los procedimientos que los inquisidores debian observar entre sí, y con respecto á sus subordinados.

Esta constitucion fué aumentada muchas veces hasta en los primeros tiempos; pero á pesar de todas estas modificaciones, las formas del procedimiento fueron casi siempre las mismas, y los inquisidores no renunciaron jamás á la arbitrariedad que constituia el fondo de aquella jurisprudencia.

era preciso nutrir con leche,» y esparció las doctrinas evangélicas empleando los únicos medios que el Evangelio recomienda, á saber, la edificacion, la caridad, la persuasion. Los moros le profesaban por esto singular afecto; los doctores mahometanos que entablaban con él disputas, reconocian su admirable buena fe, y se separaban de su lado, cuando no convencidos, edificados por su ejemplar paciencia. Se cuentan de él muchos milagros; tal fué, ciertamente, el poder bautizar en un dia tres mil moros, ninguno de los cuales apostató. Exigia de su clero doctrina, buen ejemplo, conocimiento de la lengua mora. Lo daba todo, movido de la caridad, las alhajas de plata de la capilla, hasta su única mula, para no tener que alimentarla en tiempos de escasez; doscientas personas comian diariamente á su mesa; administraba justicia de un modo expedito, y prohibia los abusos de la fiscalizacion que empezaba ya á ser la plaga de España. En la antecámara tenia ruecas, telares, devanaderas, juncos, y á los moros que le aguardaban les mandaba á decir que se pusiesen á trabajar, y luego les dejaba la cinta, el hilo, la estera que habian hecho. Pero aquel gobierno cristiano distaba demasiado de los hábitos de la persecucion.

A su muerte recomendó Cárlos Quinto á su hijo con eficacia sostener la santa inquisicion y sus palabras no se perdieron para Felipe II, que trató siempre de cubrir con una apariencia de política y justicia su natural severidad. Pretendióse entonces que los moros mantenian inteligencias con el dey de Argel, con las tribus de la Mauritania, con el Gran Señor, y mandáronse tropas á las Alpujarras á desarmarlos. El arzobispo de Granada escitaba al ardor de aquel falso celo, y un gran doctor de la universidad de Alcalá proclamaba esta máxima, que buena en política es detestable en moral: De los enemigos los menos posibles.

Veia, pues, Felipe, el camino abierto á sus proyectos, sin tener que temer que lo odioso recayese sobre él «La inquisicion dió principio á atormentar á los moros más que de costumbre; mandó el rey que cesasen de hablar morisco, y además que renunciasen á todo comercio y relacion entre sí. Les quitó los esclavos negros, que criaban con tanta ternura como á sus propios hijos. Les hizo abandonar los trajes árabes, que les habian costado enormemente, para tomar otros al estilo castellano, teniendo que hacer un nuevo gasto. Obligó á las mujeres á llevar el rostro descubierto, y á tener abiertas las puertas de las casas, que antes estaban cerradas; reglamentos que parecieron de una violencia intolerable á una nacion celosa. Se estendió tambien la noticia de que queria arrebatarles á sus hijos para educarlos en Castilla. Les fué prohibido el uso de los baños, objeto de aseo y delicias para ellos, hasta se les prohibieron la música, los cantos, las fiestas, todas las diversiones habituales, todas las reuniones de recreo. Todo esto fué mandado sin que se aumentara el número de las guardias, se despacharan tropas, se aumentaran las antiguas guarniciones ó se pusieran otras nuevas.» (14)

Irritados los moros sin ser oprimidos, conspiraron. Acudieron algunos á las Alpujarras para escitar á la rebelion; otros pasaron á Marruecos y Argel para pedir socorros. Marbella, Almeria, Granada tenian gentes dispuestas á abrirles las puertas. A la cabeza de esta vasta trama habia un hombre intrépido, que abdicó su nombre cristiano de Fernando de Valor para tomar el de Mahomed-ben-Omeya, que recordaba á los moros los antiguos califas de Córdoba. No se escaparon estas maquinaciones á la vigilancia del marqués de Mondejar, pero no pudo desbaratarlas. Habiéndose reunido los rebeldes en las montañas, levantaron el estandarte rojo; hasta las mujeres se armaron de largos alfileres, para herir á los caballos en los hijares. Las primeras tropas que se enviaron contra ellos fueron rechazadas, y apenas bastaron veinte combates al marqués para penetrar en las Alpujarras. Continuó la guerra con diferentes aspectos, hasta el momento en que don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, marchó contra los insurrectos con un gran ejército. No creyó, sin embargo, á propósito el bajarse consintiendo en entrar en tratos, y prometiendo perdon. Habiendo sido muerto Muley Abdalah que habia sucedido á Mahomed, los moros fueron deseminados fuera del reino de Granada.

Pero aunque débiles y divididos, eran el blanco del ódio nacional, y se les acusaba tan pronto de inteligencia con todos los enemigos del pais, tan pronto de robo y de todos los más odiosos desafueros. En su consecuencia, se resolvió su espulsion total en Consejo de Estado; pero esta medida encontró oposicion por parte de los señores, cuyas tierras hubieran quedado desiertas. Otros sostenian que estas pretendidas inteligencias eran imaginarias; que una poblacion dividida, vigilada, envilecida, diezmada periódicamente por la inquisicion, no podia razonablemente inspirar temores; que en lugar de privar á la España de habitantes y artesanos, sobre todo desde que las espediciones de América despoblaban el pais, era más bien necesario emplear los medios suaves para convertirlos, levantar las prohibiciones que no permitian los matrimonios mixtos, y admitir á los moros á los empleos.

El partido del rigor venció, y Felipe III, ó más bien el duque de Lerma, decretó la espulsion de los moriscos. Diez y seis galeras de Génova, diez y siete de Nápoles, nueve de Sicilia, fueron con tropas italianas, para tomar á su bordo todos los moriscos que habia en España. Recibieron órden de no llevar más que el oro y dinero necesario para su viaje. Pudieron tambien llevarse el precio

(14) MENDOZA, *Historia de la guerra de Granada*. Cito este pasaje como un ensayo del primer historiador español.

de sus bienes vendidos, pero en productos del pais, debiendo permanecer en el pais los niños menores de cuatro años, ó las mujeres moras casadas con cristianos, en fin, los judios que desde dos años antes habitaban con los cristianos, ó que podian justificar haber recibido la comunion pascual.

Más de ciento cincuenta mil fueron trasladados á Africa, otros atravesaron los Pirineos para ganar los puertos de la Guyena y del Languedoc (15). De esta manera se borró de España una nacion que en un espacio de ocho siglos no se habia fundido con los indígenas. Establecidos en una tierra fértil, cuando los árabes no fueron ya llevados por aquella fiebre de conquistas que agitó siempre á los musulmanes, consiguieron un alto grado de civilizacion bajo reyes deseosos de dar al pais esplendor y prosperidad. Al mismo tiempo que los campos se cubrian de ricas mieses, inmensos ganados pastaban en las montañas como en su península nativa; las ciudades se embellecian con palacios y mezquitas que aun escitan la admiracion; la industria progresaba; los buenos estudios eran cultivados hasta el punto de escitar la emulacion de Europa, trasmitiéndoselos. La necesidad de defender las fronteras no les permitió abandonar las costumbres belicosas; pero cuando la guerra cesó en el interior, dieron el ejemplo de una cortesia desconocida á las razas germánicas, que contribuyó mucho á desarrollar el sentimiento caballeresco. Sin embargo, por una parte, la incesante enemistad de los cristianos no les permitió nunca considerarse seguros en un territorio donde continuamente se veian amenazados; por otra, su caracter inquieto y turbulento los hacia enemigos unos de otros, los impelia á contrariar á los reyes, á trastornar el órden social, á hacer intervenir á los cristianos en sus querellas, ó á abrirles el campo desprovisto ya de la necesaria defensa.

La persecucion no se detuvo en los moros. Después de la toma de Granada, resolvieron Fernando é Isabel espulsar á los judios que hacian un considerable comercio y poseian grandes riquezas. Trataron los judios de evitar el golpe, ofreciendo pagar treinta mil ducados para los gastos de la guerra, y someterse á todos los reglamentos que quisiesen imponerles. No estaban distantes el rey y la reina de acceder á estas proposiciones, cuando el gran inquisidor Torquemada se presentó á ellos con un crucifijo en la mano, y les dijo «Judas vendió á Nuestro Señor por treinta dineros; ¿vuestras altezas quieren volverle á vender hoy por treinta mil ducados?» Decretose, pues, que los judios recibiesen el bautismo, ó que saliesen del reino en el término de tres meses, bajo pena de la vida y de la confiscacion de bienes, tanto á ellos como á los cristianos que les diesen asilo. Pudieron vender sus bienes raices, llevarse su fortuna mueble, escepto el oro y la plata, por el que debian recibir mercancias ó letras de cambio; y la España perdió con esta medida ochocientos mil ciudadanos industriosos.

Juan II, que reinaba entonces en Portugal, determinado por la avaricia más bien que por la humanidad, prometió dar asilo á los judios por diez años, y después medios de trasporte para pasar donde les conviniese con sus bienes, á condicion de pagar ocho escudos por cabeza. Acudieron en muchedumbre; pero la supersticion y la envidia hicieron á estos hombres activos é industriosos objetos de odio. Insistian los soberanos de España en que su ejemplo se imitase; los patronos de los barcos, con quienes los desterrados trataban de su pasaje, eran cada dia más exigentes; después de haberles sacado grandes sumas, los detenian prisioneros á bordo, hasta que pagasen enormes rescates, ó les quitaban sus mujeres é hijos para bautizarlos. A la muerte de Juan II, Manuel no se creyó obligado á las promesas de su predecesor; y dispuso que en el término de algunos meses los judios abandonasen el pais con todo lo que poseian, sopena de quedar esclavos. Con objeto de salvar tantas almas del infierno, les hizo quitar sus hijos de menos de catorce años, para hacerlos instruir en la religion cristiana. ¡Júzguese de la desesperacion de las madres! Algunas arrojaron á sus hijos en los pozos, otras los degollaron. Además, el rey impidió á los restantes embarcarse para Africa, donde esperaban encontrar entre los musulmanes la tranquilidad que les negaban los cristianos. Vióseles entonces dar una casa por un asno, una viña por una pieza de tela. Muchos de ellos desembarcaron en Italia, y vióseles morir de hambre cerca del muelle de Génova, único rincon de tierra donde se les quiso recibir. Los que dejaron espirar el plazo fijado para su partida fueron hechos esclavos. Fingieron entonces haberse convertido, recobraron sus hijos, y tomaron el nombre patronímico de aquellos que los habian adoptado. Pero conservaban su fé á los ritos nacionales; y cuando sus hijos llegaron á la edad de catorce años, les revelaban su condicion, y los ponian en la alternativa de adorar al dios de los patriarcas ó entregar sus padres á los tribunales. Muchas veces tambien el pueblo se sublevó para asesinarlos; en fin, Juan III estableció contra ellos la inquisicion en Lisboa.

Sometiendo España á los moros, se habia asegurado el inestimable tesoro de la independencia

(15) Enrique IV no podia permanecer indiferente á la llegada de doscientos mil refugiados; mandó pues (22 de febrero de 1610) acogerlos con humanidad, queriendo que los que creian profesar la religion católica pudiesen permanecer en seguridad, y que se procurase á los demás los medios de ganar los puertos con los menos gastos posibles. Fuertes partidas de moriscos continuaron llegando por espacio de mucho tiempo, y Maria de Médicis obró con respecto á ellos como el rey su esposo. Sin embargo, los franceses del Mediodia se quejaban de las incomodidades y perturbaciones que producian estos indisciplinados huéspedes. Pero fué siempre imposible el prohibirles la entrada del territorio.

y del cristianismo; ¿pero era necesario echarlos (16)? Generalmente se dice que no; sin embargo se cree que amenazando entonces los turcos á la Europa por todas partes, habrian redoblado aquéllos sus esfuerzos si se hubiesen unido con éstos, que estaban en el centro de España, siendo apoyados por el Africa, y podian ser excitados por la Francia ó por otros enemigos. Es verdad, no obstante, que al salir de España la privaban de lo que constituia su fuerza, es decir, de la poblacion que le era tan necesaria. Orgullosos los españoles de ser hijos de nobles que habian empleado su espada contra el moro, no quisieron deshonrarse con los oficios mecánicos, y se sentaron con altanera negligencia á la sombra de los grandes monumentos que dejaron los conquistadores; las casas y las tierras que éstos poseian, quedaron abandonadas por el excesivo gravámen de los impuestos; de lo que nació el proverbio de que para atravesar la Castilla debia la alondra llevar consigo su comida, y la falta de las rentas redujo á la miseria á muchas familias.

Vivia en este pais una nacion que dominaba en él, no por medio de la conquista como en otras partes, sino por haberle recobrado palmo á palmo de los opresores y asegurado á sus príncipes en varios tronos. Estos no se jactaban de tener ascendientes conquistadores, sino de la gloria de haber combatido con ardor por librar á su patria. Habíase educado el pueblo en medio de estas lides; de aquí provino el sentimiento elevado de su propia dignidad y esa obstinacion que se ha hecho proverbial (17). A la par que los moros construian y comerciaban en las ciudades, se dedicaban á los placeres, cultivaban las moreras, criaban gusanos de seda, se dedicaban á la música y ostentaban ricas vestiduras; los españoles, por el contrario, se complacian en el silencio, en los vestidos negros que no llaman la atencion, en la guerra sangrienta y personal, en la noble holganza. Formaron su primera constitucion las ideas religiosas: después cuando vinieron los árabes, defendieron su nacionalidad en nombre de la religion. Cada victoria era seguida de la fundacion conmemorativa de una iglesia ó de un monasterio: se adherian al papa como símbolo de la unidad y le hacian homenaje de tierras y de principados. Dotaron espléndidamente al clero, que escitaba el ardor nacional y acudia en socorro de los necesitados y de los holgazanes (18). Debieron á las órdenes militares la mayor parte de sus triunfos. Este espíritu religioso se revela en la jurisprudencia, en la poesia, en los descubrimientos, en la persecucion contra los moros y los judios, por último en la constitucion, donde se hallaban los tres elementos de monarquia, pueblo y clero.

El sentimiento de su dignidad indujo á los españoles á establecer sabias instituciones destinadas á evitar el abuso del poder, y á determinar los derechos respectivos de los magnates, del pueblo, del clero, sin consentir tampoco que Roma se escediese. Pero la diversidad de orígen no les permitió nunca llegar á una unidad fuerte: existia rivalidad entre los castellanos y los aragoneses; cada ciudad tenia sus franquicias particulares. Los privilegios de algunas eran opresivos para las otras: se dirigian las córtes con miras diferentes; así bastaba dejar libre campo á las rivalidades para que los españoles se debilitaran recíprocamente. Resultó de aquí que los monarcas que pretendieron abatirlos no necesitaron más que servirse de los grandes contra las ciudades, de las ciudades contra los señores, de la inquisicion contra todos. El principio monárquico y la religion habian triunfado; pero queriendo llevar uno y otra hasta el esceso, ésta se hizo intolerante, y aquél asesino de los privilegios adquiridos en la Edad Media. El título de Católico, atribuido á los reyes de España, les pareció que les investia con una responsabilidad de apostolado y de vigilancia, y al propio tiempo con una especie de universalidad análoga á aquella de que gozaba el Imperio.

En su primer alborozo de haber reconquistado su independencia y de hallarse reunido á la sociedad europea, á la cual se habia podido considerar aquel pueblo como estraño hasta entonces, se colocó en primera línea y hasta llegó á amenazar la libertad ajena con el mismo ardor que habia empleado en defender la suya propia.

Remitimos al libro siguiente la relacion de la otra empresa que señaló el reinado de Fernando y de Isabel, es decir, el descubrimiento de la América: narraremos después la conquista de Rosellon y la del reino de Nápoles, cuya investidura alcanzaron de Alejandro VI bajo el pretexto de que aquel reino ofrecia mejores posiciones para atacar á los infieles.

Fernando procuró constituir los dos reinos de manera que quedaran inmoladas las antiguas libertades á la monarquia. Con este objeto disminuyó por grados el poder de los grandes, é indujo al pueblo á someterse, para asegurar las rentas de la corona, á una contribucion permanente. Con la misma intencion se hizo nombrar gran maestre de las órdenes de Santiago, de Calatrava y de Alcántara; reunion personal que el papa hizo después perpétua y que puso á disposicion del rey el brazo y las riquezas de aquellos caballeros. Tambien se declaró Fernando protector de la Santa Hermandad, que las ciudades de Aragon y de Castilla habian formado para mantener la seguridad de los caminos, con el pensamiento de servirse de ella para restringir la jurisdiccion de los barones. Con

---

(16) Cuéntase que salieron tres millones desde Fernando á Felipe IV.

(17) Se decia: «Dad un clavo á un aragonés y lo clavará con su cabeza mejor que con un martillo.»

(18) Se dijo en 1822 que el arzobispo de Toledo distribuia diariamente la sopa á diez mil individuos y á seis mil el de Sevilla. Un convento de Madrid (el de S. Salvador) tenia bienes por valor de dos millones y un solo fraile.

efecto, todos los casos de violencia eran diferidos á la Santa Hermandad, que disponiendo de una gran fuerza, aplicaba penas en proporcion de los robos cometidos, inclusa la de muerte, que se daba á flechazos; institucion vigorosa, si bien sostenia una especie de guerra civil y de bandos que subsistió mucho tiempo.

A Fernando, rey religioso ante todo, debió lisonjearle el título de Católico que le adjudicó Alejandro VI; pero su piedad ciega é inmoderada procedió con una severidad inexorable. Sus súbditos hallaban en él un protector, con tal de que fuesen católicos; castigaba rigurosamente á los magistrados prevaricadores; á los grandes que se entregaban á violencias, y favorecia á todo el que se señalaba en las armas ó en las ciencias. Decíase de él que parecia que descansaba cuando se entregaba al trabajo; disminuyó las inmunidades de los nobles y de las ciudades; hizo revisar los títulos de los privilegios ó de las jurisdicciones, adjudicando á la corona una suma anual de treinta millones de maravedises. Decia que para ser señor de los demás era preciso ser dueño de sí mismo; reflexionar con aplomo y ejecutar con prontitud, obrar sin hablar y emplear *pólvora sorda*. No afectaba fausto esterior y se cuidaba poco de dejar á sus aliados la gloria de una empresa, con tal de que redundara en su provecho. Para obtener este resultado, no tenia en consideracion vínculos ni juramentos, violando su palabra siempre que le convenia; era inaccesible tanto á la gratitud como á la generosidad. Fué amado por los españoles, execrado por los estranjeros, y especialmente por los italianos.

Más generosa y más leal Isabel, unia á las virtudes de un rey las cualidades de una mujer. Era devota, y sin embargo sabia tener al clero á raya. Deseosa de purgar la España de los moros, hasta el punto de obstinarse en el sitio de Granada, en contra del parecer de todos los oficiales, suavizó á pesar de todo las persecuciones dirigidas contra ellos: no quiso que los judíos fueran inquietados. Amaba las letras y entendia el latin, á la par que apenas sabia firmar Fernando. Todo lo que él tenia de frio y de positivo, ostentaba ella de ardorosa, caballeresca, llena de imaginacion y entusiasmo, lo cual hacia que la admirara el pueblo. Su marido retiró su gracia y despojó de sus grados al gran capitan Gonzalo de Córdoba, á quien tanto debia, é Isabel le llamó á su lado y le consoló. Atendió tambien á Cristóbal Colon, cuando los demás se burlaban de él: armó naves á su costa para el descubrimiento de América, y defendió á los indios contra los malos tratamientos de los vencedores. Se ocupó en reformar las leyes y en curar las llagas causadas por las guerras intestinas, protegió la imprenta, que acababa de ser introducida en el pais, y eximió á los libros de los derechos de entrada: abolió la alcabala, contribucion de un diezmo sobre todas las ventas, que traia consigo indagaciones y estorbaba el comercio.

Muerte de Isabel, 26 Noviembre, 1504.—Isabel y Fernando no dejaron más hija que Juana, casi loca. No dejó escapar la casa de Austria un matrimonio tan ventajoso y la hizo casar con Felipe el Hermoso. A la muerte de Isabel, Juana heredó la Castilla bajo la regencia de Fernando; pero Felipe el Hermoso, que despreciaba á su mujer tanto como era amado de ella, vino á Castilla á despecho de su suegro, y le arrebató toda autoridad. Un festin le acarreó la muerte, y por ella Juana perdió el poco juicio que le quedaba. Mandó desenterrar á su marido y llevarlo á su aposento, donde pasaba el tiempo mirándole por ver si resucitaba, sin permitir que hubiese en él ninguna mujer, porque tenia celos como si estuviese vivo, y sin querer ocuparse de los asuntos del Estado. Por tanto, obtuvo Fernando la regencia, volviendo á unirse de este modo la Castilla con Aragon. Tambien se apoderó de la Navarra bajo pretesto de que Juan III de Albret habia negado el paso á las tropas que queria enviar á Francia para la guerra de la Santa alianza; y se halló así soberano de toda España.

Conociendo cuán funesto seria para su patria pasar bajo una dominacion extranjera, Fernando sentia vivamente dejar al Austria tan hermosa herencia. Contrajo, pues, nuevo matrimonio y tuvo un hijo; pero habiéndolo perdido, procuró reanimar sus fuerzas generadoras con ayuda de medicamentos, que, por el contrario, le hicieron incapaz de toda ocupacion. Tambien aspiró por su testamento á restringir la herencia de Carlos de Austria; pero al fin le dejó por universal heredero, instituyendo al cardenal Jimenez de Cisneros regente de Castilla, y á don Alfonso, arzobispo de Zaragoza, su hijo natural, regente de Aragon: murió á la edad de sesenta y cuatro años.

Cisneros.—Se atribuye al cardenal Jimenez de Cisneros gran parte de los méritos de Isabel. Nacido en condicion humilde, se dirigió con mucha fatiga á Roma en el momento en que se ocupaba el papa en dar pan y colocacion á los griegos fugitivos. Habiéndose encerrado después en un retiro estremadamente riguroso, fué sacado de allí para ser confesor de la reina. En su alta fortuna no se apartó para nada de la regla de San Francisco, caminando á pié y viviendo de limosnas. Cuando Isabel le hizo nombrar arzobispo de Toledo, no aceptó este puesto sino despues de haber recibido para ello órden espresa del pontífice, sin aflojar en nada de la severidad que se habia impuesto, y ocultando siempre la capucha del fraile bajo la seda y las pieles. Los magníficos tapices que adornaban su aposento, cubrian la miserable tarima en que descansaba, comia un solo plato, y los restantes los enviaba á los enfermos; tenia una sola mula y no habia en su palacio chambelanes ni gentiles-hombres. Tuvo Alejandro VI que mandarle expresamente alhajar de aquel modo su palacio, para que pusiese unos adornos que parecian necesarios en una córte donde todo era magnificencia; y entonces lo hizo, como aquel que se

separa del camino que se ha trazado. Como provincial de su Orden quiso reformarla destruyendo los abusos de que después tomaron pretexto los innovadores, y no le desanimó la oposicion que encontró, ni el ver que muchos frailes preferian andar por Africa entre los musulmanes. Solia decir que una órden severa ahorra muchas. Impuso á su clero una rigurosa disciplina, y como los descontentos habian enviado á uno de los principales dignatarios á Roma para quejarse al papa, le mandó prender en el camino y detener prisionero. Un toro acometió é hirió á las gentes de su comitiva, sin que por eso apretara un solo instante el paso. Habiéndole presentado una órden que hubiera suscitado disensiones entre el rey y su yerno, lo desgarró sin vacilar. Dotado de tan gran rigidez respecto de su persona y respecto de los demás, no debia plegarse ante consideracion alguna. Persiguió á los moros, y hallándose cogido en medio de ellos permaneció impasible. Llevó hasta el esceso los rigores de la inquisicion, humilló á la nobleza, y halló un sosten contra el ódio de sus enemigos en la veneracion del pueblo. Habia aliviado en su favor muchas contribuciones, suprimido otras, é hizo disponer en Toledo inmensos graneros que llenó á su costa. Introdujo las partidas de bautismo y de matrimonio, tan necesarias para evitar las disputas. Reprimió á los *conquistadores* de la América, fundó la universidad de Alcalá, para lo cual mandó construir magníficos edificios, y adonde llamó á la flor y nata de los profesores: á él se debe la edicion de la Biblia políglota, edicion tanto más admirable, cuanto que eran más difíciles y dispendiosas las investigaciones necesarias. Emprendió á su costa una espedicion contra Oran, ciudad fuerte de la costa de Africa, donde habia multitud de emigrados de España: y se apoderó de ella con general asombro, hasta tal punto, que se recurrió á los milagros para esplicar el suceso. Verificó allí su entrada el cardenal esclamando: *¡Señor, tuya es la gloria, no de nosotros!* Esta fué la única posesion conservada en Africa por los españoles hasta 1792 (19).

Nombrado á la edad de ochenta años regente de Castilla hasta la llegada de Cárlos de Austria, es decir, á una edad en que no se piensa más que en la muerte, se mostró fecundo é infatigable: fué jefe del Estado como habia sido fraile, sin contemplacion y sin reposo. Ejecutó en pocos meses lo que hubiera costado años á otros, trabajando en consolidar la autoridad real, de que su pais debia ser víctima y él antes que otro alguno. Habiendo atacado los franceses la Navarra, hizo desmantelar todas las fortalezas que podian prestar apoyo á la invasion, organizó un ejército de españoles y dió derecho de llevar armas á los ciudadanos contra la voluntad de la nobleza castellana, y se sirvió de ellas para arrancarle sus anárquicos privilegios. Se ganó la voluntad de las ciudades autorizándolas para recaudar por sí mismas los impuestos, disminuyó la deuda pública y aumentó las rentas de la corona, revocando las concesiones hechas por el rey á los grandes. Habiendo querido éstos suscitar algunas objeciones contra los poderes de que estaba investido, les enseñó una bateria, diciéndoles: *Ved ahí mis poderes.* ¡Cuánta gratitud le hubiera debido España si hubiera hecho por salvarla de Cárlos, tanto como hizo para entregársela! Fué recompensado con la más vil ingratitud por el príncipe austriaco, y la posteridad puede acusarle de haber preparado, consolidando la inquisicion, un medio de envilecimiento y de regularidad servil para España.

(19) El contemporáneo Gerónimo Junile dice que habia á la sazon en Oran más tiendas que en tres ciudades de las principales de España.

CAPÍTULO VI

FRANCIA.—FELIPE EL HERMOSO.—BONIFACIO VIII.—LOS TEMPLARIOS.

La influencia que tenia en los siglos anteriores el imperio de Germania pasa ahora á la Francia, que hereda tambien sus guerras contra el papado. Felipe III el Atrevido tuvo la piedad y la justicia del santo rey su padre, aunque no su prevision y su prudencia. Sin embargo, estendió las posesiones reales á la muerte de su tio Alfonso de Tolosa, reuniendo á la corona su condado y el dominio directo de Mompeller, Foix, Quercy, Rodez, Narbona, Beziers, Albi, Carcasona; además adquirió el Poitou, la Auvernia, una parte de la Saintonge y del Valentinés, y el Diese, comarca que se llama ahora Provenza y entonces Languedoc. Habiendo declarado Martin IV, destronado, á Pedro de Aragon porqué se habia apoderado de la Sicilia, Felipe aceptó para Cárlos de Valois, su hijo, el reino del príncipe español, y marchó en cruzada hácia los Pirineos para ir á conquistarlo; pero su ejército fué mermado considerablemente por las enfermedades.

Tuvo por sucesor á Felipe IV, llamado el Hermoso, de edad solamente de 17 años, rey calculador y obstinado, que no fué detenido en la ejecucion de sus proyectos ni por la justicia, ni por humanidad, ni por consideraciones de tiempos, de personas ó de opiniones. Su pensamiento dominante fue destruir el feudalismo y estender la prerogativa real, tanto dentro como fuera. Renunció á sus pretensiones sobre Aragon, y comenzó por arreglar con Inglaterra interminables disputas; pero una riña parcial entre dos marineros ingleses y normandos las reanimó hasta el punto de producir una sangrienta refriega en que los ingleses llevaron la mejor parte. Felipe solicitó una satisfaccion que no obtuvo. Entonces citó á Eduardo como culpable de felonia delante de sus pares; y como no compareciese, confiscó el ducado de Aquitania y envió tropas para ejecutar la sentencia. Ocupado Eduardo en someter la Escocia, no tuvo otro medio de desviar de su intento al rey de Francia, como rebelar en contra suya á muchos feudatarios; pero todo se arregló por entonces con la mediacion del papa, y Eduardo se casó con una hermana de Felipe.

Poco después vemos al rey de Francia hacerse señor más bien que presidente de sus pares, é ir adquiriendo derechos é importancia régia, acrecentar sus escasas posesiones y extender su jurisdiccion (1). Verdaderamente no era aquella una monarquia absoluta por principios, pero carecia

---

(1) Ya hemos hablado de lo muy reducidos que eran los dominios del rey de Francia, que en tiempo de Felipe I se limitaban á los cinco condados de Paris, Melun, Etampes, Orleans y Sens. A estas posesiones se agregaron el vizcondado de Bourges (1000); el señorio de Montlhery (1118); la parte del Lionés situada á la derecha del Saona (1183); el Artois (1191); los condados de Evreux, de Corbeil, de Dreux, de Meulant (1203); la Normandia, el Maine, el Anjú (1204); los condados de Poitiers y de Auvernia, así como el Vexin (1205); los condados de Clermont en Beauvais (1218); de Alenzon y del Perche (1221); de Macon (1239); la ciudad de Montargis, el señorio de Gien y de Pont-Saint-Maxence, bajo Felipe II; los condados de Carcasona y de Beziers (1247); por último, el de Tolosa y sus dependencias (1270).

De los seis grandes feudos situados entre el Escalda y el Loira, no existian ya los de Normandia y Anjú: otros dos eran diezmados en provecho de la monarquia: en 1191, el conde de Flandes habia cedido Arras, Bassaume, Aire, Saint-Omer, Hesdin, Lens, comprometiéndose al homenaje por Bolonia, Guines, Saint-Polet d'Ardres: en 1234, el conde de Champaña habia vendido á San Luis los condados de Blois, Sancerre, Chartres, y el vizcondado de Chateaudun; el ducado de Borgoña y el condado de Bretaña constituian el patrimonio de las dos ramas últimas de la casa de Francia.

de restricciones. Tenia enfrente á los grandes vasallos y al clero; pero el rey tenia sobre ellos la preponderancia que debia á la superioridad de sus fuerzas. Aunque el clero conservase toda su vitalidad, el rey más santo y más benigno habia dado un gran ejemplo oponiéndose á los abusos que los tiempos y no la índole del poder eclesiástico habia engendrado. Tampoco aspiraban los reyes á adquirir derechos para tiranizar á sus súbditos, sino para introducir algun órden, alguna justicia, alguna uniformidad en un pais fraccionado en otros tantos Estados como habia feudos, cada uno con instituciones, con justicia y enemistades particulares. El esplendor de la corte, la proteccion universal, el carácter de equidad, de respeto á todos los derechos, de amor al bien público, impreso á la monarquia por los reyes precedentes, especialmente por Felipe Augusto y san Luis, habian contribuido á crear el Estado; pero al pasar la autoridad á las manos de un déspota podia fácilmente couvertirse en tirania, precisamente porque carecia de contrapeso legal.

Esto fué lo que aconteció bajo Felipe el Hermoso: tan malo y tiránico como san Luis habia sido bueno y fuerte, hizo absoluto el poder que habia sido paternal hasta entonces. Su despotismo no fué el de Carlomagno, que queria poderlo todo para hallarse en aptitud de hacer el bien; Felipe quiso, sin consideraciones generales, sin intenciones generosas, satisfacer sus pasiones, sus caprichos, su voluntad personal. En su consecuencia veremos á la Iglesia, al feudalismo, á la caballeria, heridas en el corazon, no por los actos de un hombre de genio que piensa en el porvenir, que ofrece compensaciones en lo presente ó deslumbra la vista, sino por la obra lenta y fria de abogados y banqueros. De este modo se consumaban notables progresos á veces por aquellos que pensaban menos en realizarlos.

Multiplicó las ordenanzas con detrimento de la jurisdiccion feudal y eclesiástica: duques, condes, barones, obispos, abades, capítulos, colegios, hidalgos, en suma, todo el que tenia jurisdicciones temporales, debian tener por jueces y oficiales de justicia, no á eclesiásticos, sino á seglares; lo cual escluyó de un solo golpe á los clérigos de las funciones judiciales, é hizo al parlamento completamente seglar hasta tal punto, que se prohibió la entrada á los prelados sin el beneplácito de los presidentes. Vedóse asimismo prender á nadie á peticion de un sacerdote ó de un fraile. El censo que los poseedores de mano muerta debian pagar para adquirir nuevas propiedades, fué elevado hasta dos, tres, cuatro, y aun á seis veces la renta. Dió órdenes distribuyendo los trabajos y fijando los dias y funciones del parlamento. Dió libertad completa á los esclavos del Valois, concediéndoles los derechos de hombres, lo cual era un terrible golpe para el feudalismo. El parlamento hizo á los señores de Cominges en los Pirineos la siguiente intimacion: «En todo el reino el proceso y castigo de los que llevan armas, sólo á nosotros corresponde.»

Felipe III habia dado un nuevo ejemplo otorgando ejecutoria de nobleza á Rodulfo su platero; Felipe IV dió el de erigir una cámara de Pares, dignidad que confirió á tres príncipes de la sangre. Mezclándose tambien en la vida privada, reglamentó por medio de leyes suntuarias la comida y el vestido de los grandes. En la cena, que era la principal, mandó que no se sirviese más que una menestra con tocino y dos platos, ó tres si era dia de ayuno; en la comida un principio y un entremes; ningun plato debia contener más de una clase de carne sin contar el queso; ningun conde, duque ó baron podia llevar más de cuatro vestidos en un año y lo mismo las mujeres; dos los prelados; dos ó tres los caballeros segun su riqueza (2). Ninguna mujer de la clase media podia tener coche ni hacerse acompañar de noche con hachas de cera; ni ellas ni sus maridos debian llevar pieles de marta ó armiño, oro, ni piedras preciosas.

Nunca se habia oido hasta entonces al rey de Francia hablar á los señores como si fuese su dueño; á ello le inducian los consejeros, de quienes estaba rodeado, gentes por lo comun de baja esfera, y los jurisconsultos que habian bebido en el derecho romano una idea exorbitante del poder real, así como la costumbre de deducir de un principio hasta sus últimas consecuencias. Ocupados los señores en la guerra y en la caza, no teniendo tiempo para estudiar las leyes, la clase de legistas plebeyos fué la única que quedó en posesion de la administracion de la justicia. Atentos á engrandecer el poder real, no cesaron de atacar los privilegios eclesiásticos y feudales sin detenerse delante de las injurias y de las usurpaciones. El jurisconsulto Pedro de Bosco declaraba que *suma regis libertas est, et semper fuit nullis subesse, et toti regno imperare sine reprehensionis humanæ timore.* Era la esclavitud moral de la nacion, pronunciada bajo el nombre de independencia. Creóse autorizado el rey para tomar esas resoluciones sin consultar á sus feudatarios, salvo los casos de paz y de guerra, porque tenian que suministrarles subsidios y hombres. Al principio llamó con más frecuencia á los diputados de las principales ciudades á deliberar sobre ciertos actos legislativos. Luego, como se

(2) «Conténtense las señoritas, si no son castellanas ó no poseen dos mil libras (25,600 francos) en tierras, con una ropa: no ha de costar mas de veinte y cinco sueldos torneses (16 francos) cada vara de Paris de la tela escogida para los prelados ó barones; la tela de los aldeanos, doce sueldos y seis dineros; la de sus mujeres hasta diez y seis, si poseen el valor de dos mil libras tornesas; si tienen menos se fija en diez sueldos para los hombres y en doce para las mujeres.» El traje completo de una dama de palacio costaba ocho libras (100 francos), y se gastaban cada año ciento siete libras y once dineros (1,400 francos) para vestir al primogénito del rey y á su esposa.

habia reservado la facultad de remover á los jueces y de destinarlos á donde creyera oportuno, quedó árbrito supremo de los procesos criminales, como acontece siempre con las comisiones especiales.

Entre estos legistas se hizo tristemente notable Nogaret, profesor de derecho en Mompelier, el cual dando á violencias tiránicas la apariencia de la legalidad, mereció su elevacion al puesto de canciller y de guarda-sellos. Como Plaisant, como Marigni, olvidó el Evangelio por las Pandectas, el espíritu por la letra. Estos hombres tuvieron textos para justificar todos los abusos, y por medio de la iniquidad llegaron á fundar el sistema moderno del poder monárquico central, á estender el influjo del rey sobre todas las cosas, á enviar á todas partes sus prefectos ú oficiales, á atraer todos los negocios á un parlamento.

Con la estension de la autoridad real cambió la índole de las recompensas; ya no son mantenidos los soldados por los vasallos: fué preciso pagarlos: los funcionarios no son retribuidos en tierras, y no se sientan á la mesa del soberano; de consiguiente, es menester dinero para subvenir á estos gastos, y el dinero viene á ser el principal motor de la máquina social. Para proporcionárselo empleó Felipe la fuerza y la astucia. A menudo impuso rescates á los judíos, luego los expulsó del reino sin que les fuera lícito llevarse nada; pero por medio de las letras de cambio pudieron libertarse de este despojo. Adquirió por compra ó por usurpacion el derecho de acuñar moneda, que pertenecia á todo señor feudal, y alterándolas, lo cual hizo muchas veces, pudo aumentar á su gusto el impuesto. No por eso dejaba de propalar por las calles que sus monedas eran tan buenas como las de san Luis, al mismo tiempo que prohibia que se ensayaran y pesaran, como tambien introducir otras extranjeras. Además hallaba siempre espedientes nuevos para imponer contribuciones estraordinarias, impuestos á los lombardos, la *maltotte* sobre el pueblo; después, hallándose empobrecido, arruinó á la Iglesia con demandas que equivalian á mandatos: «Y como lo dado es más agradable á Dios y á los hombres que lo concedido por la fuerza,» exhortaba de continuo á los eclesiásticos á nuevas ofrendas.

Papas.—Pero Felipe recurrió con tanta insistencia á los bienes del clero, para subvenir á los gastos de la guerra y á los de la corrupcion administrativa, que acabó por indisponerse con los pontífices. A Nicolás III, bajo el cual se habia conciliado la querella de la Santa Sede con el Imperio, habia sucedido Martin IV (Simon de Brion) (1281), hechura de Cárlos de Anjú (3), poco amado del pueblo; luego Honorio IV (Santiago de Savelli) (1285), que mostró un carácter enérgico en un cuerpo endeble: después Nicolás IV (Gerónimo Musci de Ascoli) (1288), que ensanchó notablemente los dominios de los Colonna. A su muerte tuvieron éstos por adversarios á los Orsini, que tuvieron por largo tiempo la eleccion en suspenso. Por último acordaron elegir unos y otros á un piadoso ermitaño, llamado Pedro Morone de Isernia (1294). Halláronle los cardenales vestido de harapos: se habia arrodillado delante de ellos á su llegada, y á su vez cayeron á sus piés, saludándole papa. Vanamente se negó á aquella honra, pues le obligaron á admitirla. Cárlos de Anjú, rey de Nápoles, y Cárlos Martel, rey de Hungria, tuvieron la brida de su hacanea cuando hizo su entrada en Aquila. Tomó la tiara bajo el nombre de Celestino V; pero no tardó en reconocer su ineptitud para los negocios, y echó de menos su apacible retiro; dando entonces un nuevo ejemplo, abdicó el papado.

Bonifacio VIII.—Benito Cayetano de Anagni, quien segun se dice le habia impulsado á adoptar este partido, le sustituyó bajo el nombre de Bonifacio VIII. No menos sábio que hábil en el manejo de los negocios, teniendo una idea tanto de los derechos espirituales, como de los temporales de la Santa Sede, se propuso consumar la obra de Gregorio VII y de Inocencio III, sometiendo el poder temporal á la autoridad eclesiástica (4). Empezó por sustraerse á la dominacion del rey de Nápoles, quien para tener bajo su dependencia, á los papas queria que residieran en sus Estados. Revocó las imprudentes concesiones de su antecesor, y para evitar un cisma, le encerró en un castillo, donde los malos tratamientos abreviaron sus dias. Severo y tenaz, dirigia tambien los asuntos eclesiásticos con prevision mundana. No pudiendo inducir á los sicilianos á reconocer á la casa de Anjú, los escomulgó sin miramiento á las razones que pueden determinar á un pueblo á insurreccionarse. Con su repentina llegada á Roma adquirió dominio sobre las facciones. Humilló á los Colonnas, gibelinos y patarinos, aliados de los reyes de Aragon y de Sicilia, y les obligó después de una larga lucha á cederle la Palestrina, que destruyó para hacer levantar ál otro lado á Civita Papale. Cuando supo que Alberto de Austria se habia declarado emperador sin su beneplácito, puso la corona sobre su cabeza, empuñó la espada y exclamó: «Yo soy César, yo soy emperador, yo defenderé los derechos del Imperio.»

---

(3) Era de Tours y murió de indigestion; lo cual hace decir á Dante en el Purgatorio, 24:

Ebbe la Santa Chiessa in le sue braccia;
Del Torso fu, e purga per digiuno
L'anguille di Bolsena et la vernaccia.
Tuvo á la Santa Iglesia entre sus brazos;
Era de Tours, y purga con ayuno
La garnacha y la anguila del Bolsena.

(4) Este pontífice ha sido defendido recientemente en la Dublin Review, tomo XI, año de 1842, especialmente contra las acusaciones de Dante y de Ferreto, seguido por Sismondi y por el P. Tosti del monte Casino.

Así como los antiguos celebraban cada cien años la memoria de la fundacion de Roma, habian adoptado los cristianos la costumbre de dirigirse á ella tambien cada cien años con el pensamiento de que á esta peregrinacion iban unidas grandes indulgencias, aunque en los libros eclesiásticos nada conste de esto. Viendo Bonifacio VIII el año de 1300 aquel inmenso gentio, quiso santificar esta costumbre, concediendo perdon general á todo el que al fin de cada siglo visitara ciertas iglesias de Roma; y dió á esta fiesta el nombre histórico de jubileo, por analogia con el de los hebreos, que llevaba consigo la remision de las deudas. Trasladóse á esta peregrinacion el antiguo entusiasmo de las cruzadas; y Juan Villani, testigo ocular, dice que cada dia se contaban en la ciudad doscientos mil estranjeros de ambos sexos, de todas edades y de todas las naciones. Resultó de aquí una gran carestia en el precio de los comestibles y de los forrajes. Enriqueciéronse los romanos con la venta de sus géneros y con el alquiler de las habitaciones; y la cámara apostólica con las ofrendas, cuya abundancia era tal que dia y noche permanecian dos clérigos delante del altar con rastrillos para recogerlas. Aumentáronse en proporcion las solemnidades, y Bonifacio se mostró á todo el mundo con los ornamentos imperiales (5), precedido de la espada, del globo y del cetro, y de un heraldo que gritaba: «Ved aquí dos espadas: ved aquí al sucesor de San Pedro: ved aquí al vicario de Cristo.» (6)

La intervencion de Bonifacio, como pacificador de Europa, terminó la larga querella entre los aragoneses y los Angevinos sobre la posesion de la Sicilia, y la que subsistia entre Adolfo de Nassau y Alberto de Austria sobre el Imperio. Pero cuando ofreció su mediacion entre Francia, Inglaterra y Flandes, Felipe el Hermoso le respondió que *nadie tenia que ver nada en una disputa entre su vasallo y él: que escucharia de buen grado consejos, pero que de ningun modo aceptaria mandatos.* Como Felipe el Hermoso seguia imponiendo clero, y prohibia que saliera dinero del reino, lo cual disminuia las rentas de Roma, Bonifacio dió, en calidad de defensor de las inmunidades eclesiásticas, la bula *Clericis laicos*, por la que escomulgaba á todo clérigo, que sin el parecer de la Santa Sede, concediera subvenciones, préstamos ó donativos, y á todo lego que los exigiese (7).

Aunque se quejaba de los príncipes que imponian contribuciones sobre los del clero, no nombraba ninguno de ellos; y la bula se aplicaba tambien al rey de Inglaterra, que con más dureza ponia á precio la cabeza de sus ricos prelados. Pero habiendo aumentado Felipe, por despecho, sus exigencias pecuniarias, quejóse de ello Bonifacio, representándole que se esponia á las censuras en que incurrian los que atentaban á las libertades de la Iglesia; le reconvenia al mismo tiempo sobre la administracion de sus reinos y sobre su guerra con Inglaterra, que traia consigo grandes cargas para el pueblo. Respondió Felipe con acritud, sosteniendo los derechos del rey: *¿Qué persona sensata*, decia, *podria conceder que es justo impedir á los eclesiásticos ofrecer subsidios á los reyes por quien han sido enriquecidos, cuando prodigan el bien de los pobres en mantener histriones y queridas, en festines, en vestidos y caballos?*

A pesar de su carácter violento, Bonifacio, como jefe de los güelfos de Italia, deseaba permanecer en paz con la Francia. Dirigió, pues, al rey, una esplicacion franca con motivo de la bula, diciendo que no habia pretendido privarle de ninguna manera de los servicios y préstamos debidos por los eclesiásticos á título de vasallos, sino impedir, en general, que se impusiese contribuciones al clero; que debia saber, por lo demás, cuánto le importaban las cosas de Francia. Terminaba dejando á la conciencia del rey la apreciacion de los casos en que conviniese establecer una contribucion estraordinaria. Se reconciliaron, pues, en apariencia. Concedió el papa á Felipe los diezmos por tres años, y prometió hacer obtener el trono imperial á Cárlos de Valois, su hermano, destinado á recibir todas las coronas y no llevar ninguna. Canonizó á san Luis; y Felipe en cambio, sometió á su fallo su cuestion con la Inglaterra y Flandes.

Flandes con sus riquezas excitaba la codicia de Inglaterra y Francia, alimentando la guerra. El conde Guido Dampierre queria casar á su hija Felipa con el hijo del rey de Inglaterra, y Felipe el Hermoso no atreviéndose á oponerse abiertamente á esta alianza con su enemigo, citó al conde á Corbeil con pretexto de que deseaba abrazar á la novia ahijada suya, y le puso preso lo mismo que á su hija, la cual permaneció en la prision mientras aquel vivió. Escapóse Guido, é inmediatamente se declaró enemigo del desleal Felipe; Eduardo envió dinero para poner en enemistad abierta al emperador Adolfo de Nassau y á los señores; pero Fe-

(5) Se atribuye á Bonifacio VIII la introduccion de la doble corona en la tiara papal; sin embargo, se conocen seis estátuas levantadas durante su vida, ó poco después de su muerte, en que se le representa con la corona sencilla. Acontece lo mismo en Benedicto IX, su sucesor. La triple corona aparece por primera vez en las de Bonifacio IX.

(6) El jubileo se verificó de nuevo á los cincuenta años por Clemente VI, y Mateo Villani refiere que se veia en Roma una feria perpétua y un millon doscientas mil personas; de manera que faltaron los víveres, y el dinero recogido se invirtió, parte en provecho de la Iglesia, y parte en librar de los tiranos las ciudades de Romaña. Urbano VI redujo este periodo á treinta y tres años, que fué el tiempo que vivió Jesucristo, y Paulo II á veinte y cinco y así ha quedado.

(7) Se hace un cargo por esta bula á Bonifacio VIII, y sin embargo no contiene más que el sentido preciso del cánon XLIV del concilio de Letran, y la doctrina generalmente adoptada en el derecho canónico de la época.

lipe lo enviaba tambien para que continuasen las cosas como estaban y la guerra se hizo con mucha lentitud. Bonifacio decidió que las mercancias cogidas serian restituidas por una y otra parte; que el rey de Inglaterra conservaria la Guyena como feudo de la Francia; que las ciudades cogidas al conde de Flandes le serian devueltas, así como su hija. Felipe pretendió que esta sentencia ultrajaba la majestad real, hizo romper y quemar la bula, y volvió á dar principio á la guerra, hasta que reducido Guido al último estremo, fué con dos hijos á entregarse á Felipe que le tuvo encerrado y unió á Flandes á su corona.

Convertido en enemigo declarado de Bonifacio, acogió para escarnecerle, á los Colonnas, que habian huido de Roma; y se unió á Alberto de Austria. El papa habia investido con el nuevo obispado creado en Pamiers, en la diócesis de Tolosa, á Bernardo de Saisset, hombre orgulloso, mal visto del rey por sus anteriores diferencias, y por el motivo de que en su calidad de descendiente de los condes de Tolosa tenia por amigos á los principales personajes del pais. A él fué á quien el papa encargó reclamar de Felipe la libertad del conde de Flandes, y recordarle la promesa que habia de cruzarse. Habiendo mostrado el prelado altivez ó firmeza en el cumplimiento de su mandato, fué expulsado con desprecio, y como habia ofendido á la majestad desaprobando los actos del rey, fué entregado para que le procesase á Pedro Flotte uno de aquellos legistas que ponian los sofismas á merced del poder. Verdadero ó falso, se probó que Saisset trataba de restablecer el reino de Languedoc; aquellos á quienes habia hecho confianzas, se convirtieron en espias; se citaron palabras suyas contra el rey (8), el cual escribió al papa con irónica crueldad, para que degradase á aquel traidor á Dios y á los hombres, á quien pensaba ofrecer en holocausto al Señor.

No sufrió el papa aquel insulto y escribió al rey (*Ausculta, fili*) (1301), representándole sus abusos contra las libertades eclesiásticas, sus alteraciones de monedas, sus usurpaciones de los bienes de la Iglesia, suspendiendo el derecho que tenian los reyes de Francia de no ser escomulgados, y convocando al clero galicano á un concilio en Roma. Añadia que el poder del papa, tanto en lo temporal como en lo espiritual, es superior al de los reyes (9). El guarda-sellos Pedro Flotte y el abogado Nogaret, cuya malicia igualaba á su tenacidad, después de haber insultado al papa en las arrogantes respuestas del rey, hicieron circular dos cartas ó supuestas ó adulteradas en que el pontífice esponia con franqueza absoluta y en términos precisos, las pretensiones que la corte de Roma tenia cuidado de cubrir con espresiones suaves, y una respuesta del rey violenta y brutal. Este era un medio que se empleaba para sondear la opinion pública. El pueblo, que cree siempre que el que hiere con fuerza, hiere con razon, aplaudió á Felipe; y el parlamento del Norte y del Mediodia, en el cual el tercer estado se reunió por primera vez (10), á los nobles y al clero, después de haber oido la arenga de Pedro Flotte, declaró que no sufriria nunca en Francia más que á Dios y al rey (11) y proclamó la libertad galicana; es decir, el despotismo absoluto del monarca (12). Y creyendo que el anunciado concilio general era un medio que se empleaba para privar á las iglesias de sus pastores, al rey de consejos, al pueblo de sacramentos, negóse la autorizacion de acudir á él, al clero (13), y después de haber hecho escribir por los tres órdenes cartas en que se refutaban las pretensiones de la Santa Sede con gran ostentacion de dialéctica, erudicion y servilismo, la supuesta bula fué entregada á las llamas (14).

---

(8) Le comparaba al duque (especie de buho) rey de las aves, el más hermoso de todos, pero el más cobarde.

(9) Declaró en consistorio, el año siguiente, que él no trataba de abrogarse las prerogativas del rey, pero que estas están subordinadas al papa en lo concerniente al pecado.

(10) Es la primera mencion de los Estados Generales.

(11) «A vos, muy noble príncipe, nuestro padre, Felipe, por la gracia de Dios, rey de Francia, suplica y requiere el pueblo de vuestro reino por lo que le pertenece, que se haga de modo que guardeis la soberana franquicia de vuestro reino, que es tal, que no reconoceis en la tierra otro poder soberano á escepcion de Dios.»

(12) El mismo Sismondi, adversario sistemático de la Santa Sede, no lo entiende de diferente manera: «La nacion francesa es la primera en quien el afecto al soberano se ha confundido con el deber: *el culto de la familia reinante* parecia tener algo de sagrado, y se atrevian á *oponerlo á la misma religion*... Los sacerdotes franceses, que por espacio de muchos siglos se encontraron en lucha con la Iglesia romana, habian dado un sentido bien diferente al nombre de libertad que invocaban, no pensaron; y los consejos, los parlamentos no aspiraron á invocarle para ellos mismos; la confiaron enteramente á aquel *amo* en cuyo nombre y por cuya órden la reclamaban. Precisados á sacrificar hasta sus conciencias á los caprichos del monarca, rechazaron la proteccion que un jefe extranjero é independiente les ofrecia contra la tirania; negaron al papa el derecho de tener conocimiento de las tasas arbitrarias que el rey imponia al clero; de la arbitraria prision del obispo de Pamiers; de la confiscacion tambien arbitraria de las rentas eclesiásticas de Reims, Chartres, Laon y Poitiers; negaron al papa el derecho de dirigir la conciencia del rey, de hacerles manifestaciones sobre la administracion de su reino, y de castigarle con censuras ó escomuniones cuando violaba sus juramentos.»

(13) Las pruebas se hallan en DUPUY (Tolomeo de Luca), *Hist. de las diferencias entre el papa Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso*, etc. Paris, 1655, en fólio.

J. RUBEI.—*Bonifacius* VIII, Roma, 1691.

BAILLET.—*Hist. de las desavenencias del papa Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso*. Paris, 1718.

(14) La carta del papa estaba concebida en estos términos: «Bonifacio, siervo de los siervos de Dios, á Felipe, rey de Francia. Teme á Dios y observa sus mandamientos. Sabe que nos estás sometido en lo temporal y espiritual;

Bonifacio desenmascaró las calumnias del astuto legista que se habia puesto al lado de la razon haciéndole decir falsedades: y *compadeció á la iglesia francesa, hija delirante, á quien una madre amorosa estaba pronta á perdonar insensatos discursos*; después habiendo reunido un concilio, publicó la bula *Unam sanctam*, en que declara que la Iglesia, una, santa, católica, apostólica, tiene por jefe á Cristo, y á su vicario en la tierra; que el poder espiritual, aunque confiado á un hombre, es no obstante divino, y que el resistírsele es resistir á Dios; que el poder temporal es inferior á la autoridad eclesiástica, y debe dejarse guiar por ella, como el cuerpo por el alma; que el papa puede cuando los reyes cometen graves errores, amonestarlos y dirigirlos; que si en el ejercicio de su poder, no estuviese sometidos á las medidas de la Iglesia, permanecerian fuera de ella, y que los dos poderes serian diferentes uno de otro, lo que conduciria al maniqueismo, admitiendo dos principios. En suma, que toda criatura humana está subordinada al pontífice, y que quien crea otra cosa no se salvará.

Nunca se habia espresado con más claridad la superioridad del poder pontificio sobre el poder temporal. Ahora bien, Bonifacio aplicó al momento el principio, declarando que los emperadores y reyes debian comparecer en la audiencia apostólica cada vez que fuesen citados á ella; *siendo tal nuestra voluntad, que con el permiso de Dios, mandamos á todo el universo.*

Esto era arrojar el guante á Felipe, y él lo recogió con sus abogados. Se atrajo al pueblo, prometiéndole justicia, proteccion, respecto á los derechos y personas, al mismo tiempo que creaba policia, patrullas, y aprovisionaba las fortalezas. Tranquilizó la Inglaterra cediéndole la Guiena, objeto de sus debates, asalarió legistas para escribir contra el papa, y Nogaret lanzó una proclama furibunda contra Bonifacio, á quien llamaba Malifacio, embustero, intruso, ladron, hereje, enemigo de Dios y de los hombres. Obstinándose el rey en prohibir á los obispos el viaje á Roma, en falsificar las monedas, en ocupar los bienes eclesiásticos y la ciudad de Lion, Bonifacio le escomulgó. Entonces mandó el arresto del legado, á quien le quitaron sus despachos. Hace anunciar en el parlamento por sus abogados generales, veinte y nueve capítulos de acusacion contra Bonifacio, imputándole herejias, blasfemias, toda clase de vicios; y fuerte con el asentimiento del clero entero y de la universidad, llama á un concilio convocado por el pontífice *legítimo*. Este era un acto inaudito en Francia, que conducia rectamente á un cisma.

Nogaret fué enviado á Roma para notificarlo todo al papa, pero con órden secreta de prenderle y enviarle á Lion, autorizado además para obrar como le pareciese, y llevando consigo á Sciarra Colonna, enemigo encarnizado del pontífice. Tuvo noticias de la trama Bonifacio, y huyó á Anagni, donde preparaba una escomunion destinada á reproducir las escenas de la casa de Suabia. Pero lo evitó Nogaret, que habiendo reclutado á peso de oro una partida de aventureros, se arrojó en la ciudad á los gritos de «¡viva la Francia! ¡muera Bonifacio!» El pontífice, de edad de ochenta y seis años, esclamó: «Entregado como Cristo á sus verdugos, moriré, pero siempre papa;» y colocándose la tiara sobre su cabeza, se sentó sobre su trono con la cruz y las llaves en la mano. Pronto fué invadido el palacio por los hombres de armas, que se entregaron al saqueo. Insulta Nogaret al anciano; Sciarra Colonna, que por espacio de cuatro años habia manejado el remo en las galeras de los piratas, antes que revelar su nombre cuando habia huido de Roma, le abofetea para saciar su venganza, y ambos le guardan prisionero. Niégase Bonifacio á todo alimento, por temor de ser envenenado. Vuelto el pueblo de su espanto, se subleva y liberta á viva fuerza al pontífice, que llevado á la plaza pública, pide un pedazo de pan por caridad. Conducido en triunfo á Roma, renuncia á las ideas de perdon y reconciliacion que habia manifestado en Anagni; pero hasta los Orsinis, en quienes depositaba su confianza, le tienen encerrado en su palacio. Abatido entonces con tan repetidos golpes, estravíase su imaginacion, y espira entre trasportes de rabia. El omnímodo poder de la Santa Sede concluyó con él (15).

Benedicto XI (Nicolás Boccasini de Treviso), que se le dió por sucesor, era «un hombre de una familia oscura y poco numerosa, constante y hon-

---

que la colacion de los beneficios y prebendas no te pertenece; que administras los beneficios vacantes únicamente para reservar las rentas á los sucesores. Si las ha conferido á algunos, nos invalidamos la colacion como nula del derecho y hecho, declarando hereje al que piense de otra manera.»

Véase la respuesta:

«A Bonifacio, que se dice papa, poca ó ninguna salud. Sepa su gran fatuidad que en lo temporal no estamos sometidos á nadie, que la colacion de los beneficios y sedes vacantes nos pertenece por el derecho de nuestra corona; que las rentas de los beneficios vacantes son nuestras; que nuestros nombramientos son válidos para el presente y para lo venidero, y que mantendremos con todo nuestro poder á aquellos á quienes hemos investido. A cualquiera que piense de otra manera se le tendrá por estúpido é insensato.»

(15) Rainaldo, continuador de Baronio, da pruebas de imparcialidad cristiana terminando de esta manera su juicio sobre Bonifacio: *Super ipsum itaque Bonifacium, qui reges, ac pontifices et religiosos, clerumque ac populum horrende tremere fecerat, repente timor et tremor et dolor una die irruerunt, ut ejus exemplo discant superiores prælati non superbe dominari in clero et populo; sed forma facti gregis, curam subditorum gerant, priusque appettant amari quam timeri.*

rado, discreto y santo» (Dino Compagni). Pronunció escomunion contra los autores del ultraje hecho á su predecesor. Nogaret fué á pedirle perdon en nombre del rey, y pocos dias después moria envenenado el nuevo pontífice, al paso que el sueldo de Nogaret se habia elevado de quinientos á ochocientos francos.

No dispensó Felipe á los pueblos de los ultrajes de que habia colmado al pontífice; pero no fué con la misma impunidad. Diremos como se unió Flandes al reino. Los flamencos, pueblo modesto, se habian acostumbrado, luchando contra una naturaleza enemiga, al trabajo y á la constancia. Estraños á las ideas caballerescas y á las ficciones poéticas, eran honrados mercaderes, tejedores deseosos sólo de fabricar sus telas lo mejor posible, y venderlas con ventaja. Habian llegado en aquella época á gran prosperidad. Brujas era un vasto depósito de mercancías de todas clases; Gante comenzaba á mostrar el orgullo un poco rudo del mercader enriquecido, y nunca se pronunciaba el nombre de Holanda sin añadirle el epíteto de *la rica*. Pero si tenia las manufacturas le faltaban las lanas; si tenia soldados estaba desprovista de caballos; si comerciaba no tenia bajeles. Además, no constituia una sola nacion, sino una reunion de tribus y de ciudades rivales unas de otras, y donde reinaba la misma rivalidad entre las clases y oficios. En fin, pudiendo heredar las mujeres la soberania como los hombres, pasaba tan pronto á manos de un extranjero como de otro.

La mujer de Felipe se indignó del fausto con que salieron á recibirla aquellas comerciantas y cerveceras de Flandes, y esclamó: «Creí que sólo yo era reina, pero veo aquí seiscientas.» Felipe se propuso disminuir su orgullo y su bolsa. Pedro Flotte y Jacobo de Chatillon, conde de Saint-Pol, que les envió para gobernarlos, usaron de los espedientes más sutiles para sacarles dinero. En vano se quejaron; al parlamento nada le importaba, y los señores franceses, acostumbrados á tratar con insolencia á las gentes de sus concejos, débiles y desunidas, los aprisionaban. En tales casos, ¿qué queda fuera de la rebelion? Comprometiéronse todos los ciudadanos á quitar la silla y bridas al caballero que alojaban, después en el momento en que se oyó tocar las bombardas, grandes como las campanas de Palermo, comenzaron á asesinar á los franceses, y á apresurar sus preparativos de guerra. Esparcióse la noticia por el pais de que Chatillon llegaba con barriles llenos de sogas para ahorcarlos, y de que la reina habia recomendado, que cuando despachase los *cerdos* de Flandes, no olvidase las *cerdas*.

Batalla de las Espuelas.—Resueltos, pues, á batirse hasta el último estremo, marcharon contra el ejército francés, llevando á su cabeza á Juan, conde de Namur, que ardia en deseos de vengar el encierro de su padre, Guido de Dampierre. Encontráronle en Courtray, donde en número de veinte y cinco mil artesanos, guerreros improvisados, tenian que luchar contra cincuenta mil hombres de tropas aguerridas. Pero animados por el patriotismo, se enardecen unos á otros, los caballeros echaron pie á tierra, enviaron sus caballos para no tener más ventaja que los demás, y crearon caballeros á los jefes de los gremios de oficios. Empeñóse la batalla, y los franceses fueron completamente derrotados. Fedro Flotte y el conde de Saint-Pol, fueron con otros muchos, muertos á golpes de maza, y cuatro mil pares de espuelas de oro, colgadas en la catedral de Courtray, atestiguan el sangriento triunfo de los flamencos.

Felipe habia perdido en esta jornada lo selecto de su ejército: habiéndose, no obstante, procurado dinero por varios medios, tomó á su sueldo galeras genovesas, y se adelantó contra ellos en persona. Fué vencedor á su vez; pero como *llovian* flamencos, tuvo que resignarse á tratar con los insurrectos, y á devolverles al anciano Guido de Dampierre. De vuelta á Paris consagró en Nuestra Señora su estátua ecuestre, en reconocimiento, no de que habia conseguido la victoria, sino de que se habia escapado del peligro.

Necesitando los tesoros que esperaba sacar de Flandes, tuvo que buscarlos por otra parte. Principió por adulterar la moneda, asegurando que con sus bienes y los de su mujer resarciria los perjuicios á aquellos que la recibiesen; pero resultó de ello tal confusion, que el clero ofreció dos vigésimos del producto anual de todos los beneficios, á condicion de que se comprometiese á no recurrir más á este medio tan pérfido como duro. Lo prometió, pero muchas veces violó su promesa; y como después se negaban á admitir las monedas de baja ley, las recogia el tesoro, si bien por la tercera parte de su valor solamente, por lo cual se alborotó el pueblo (16). El rey desterró después á los judios

---

		Años.	Lib.	Sueld.	Din.	Franc.	Cent.
(16)	Bajo Carlomagno y Luis el Benigno.	789	»	13	4	»	67
	— Cárlos el Calvo.	859	»	12	»	»	59
	— Carloman.	878	»	13	4	»	67
	— Hugo y Roberto.	995-1031	»	16	»	»	78
	— Luis VII.	1158	2	13	4	2	64
	— Felipe Augusto.	1207-1222	2	10	»	2	47
	— San Luis.	1226	2	14	7	2	70
	— Felipe el Atrevido.	1283	2	14	»	2	67
	— Felipe el Hermoso	1285-1311	4	6	4	4	27

para venderles, mediante gruesas sumas, el permiso de permanecer en el reino. Otra vez mandó que fueran prendidos todos, secuestrados sus bienes y entregados al tesoro sus créditos. No bastándole todavia esto, sus rentistas le indicaron el camino que debia seguir y sus abogados le facilitaron los medios.

Después de la muerte de Benedicto XI los cardenales vacilaron largo tiempo entre los Gayetani, que deseaban un papa italiano, y los Colonnas que lo querian francés. Habiendo sabido Felipe que Beltran de Got, arzobispo de Burdeos, habia sido propuesto en cónclave, le envió á llamar y le dijo: «Puedo haceros papa si me prometeis seis gracias; la primera, que me reconciliareis con la Iglesia: la segunda, devolvereis la comunion á mí y á los mios: la tercera, que me concedereis les diezmos del clero en mi reino por cinco años, á fin de subvenir á los gastos de la guerra de Flandes: la cuarta, que abolireis enteramente la memoria de Bonifacio: la quinta, que investireis con la dignidad cardenalicia á Jacobo y á Pedro Colonna, confiriéndosela tambien á ciertos amigos mios: tocante á la sexta gracia, os hablaré de ella en tiempo y lugar oportunos.» Persuadido el arzobispo de que le seria deudor de la tiara, prometió sobre la hostia lo que le pedia, y fué electo bajo el nombre de Clemente V (17). En vez de dirigirse á Roma invitó á los cardenales á coronarle en Lion, y desde este momento empezó lo que los italianos llamaron el cautiverio de Babilonia. Después de haber corrido de diócesis en diócesis con una multitud de familiares y cortesanos, Clemente V se instaló al fin en Aviñon, ciudad que pertenecia al conde de Provenza bajo la soberania feudal del Imperio.

Quizá el tratado mencionado más arriba no fué más que una invencion maligna, para motivar la baja complacencia manifestada por éste papa, quien otorgando los diezmos tanto á este como á aquél, los enriquecia con el dinero ajeno. Derogó la constitucion *Clericis laicos*: declaró que la bula *Unam sanctam* no era contraria al reino de Francia: nombró cardenales á doce hechuras de Felipe: medio seguro de perpetuar la servidumbre, y dió la absolucion á Nogaret. Un concilio que convocó fué encargado de formar proceso á la memoria de Bonifacio VIII, cuya condena hubiera sido la ruina del papado; pero este concilio, reunido en Viena, declaró que las inculpaciones no estaban fundadas, y se presentaron dos caballeros catalanes dispuestos á sostener la inocencia del pontífice con la espada en la mano.

Felipe cedió sobre este punto de rencor personal para obtener otro en que tenia más empeño, y en que tal vez consistia la gracia reservada. Ahora bien, una vez comprometido Clemente V en la afrentosa senda de las concesiones, hubo de encontrarse impulsado de una en otra á la peor de todas.

Templarios.—Las más antiguas de las provincias de Oriente en que se dividia la órden de los templarios, habian sido ocupadas por los musulmanes, escepto Chipre. Las de Occidente eran Portugal, Castilla, Aragon, Francia, la Auvernia, con Flandes y los Paises Bajos, la Normandia, la Aquitania, la Provenza, Inglaterra, la Alta Alemania, el Brandeburgo y la Bohemia, la Italia, la Pulla y la Sicilia. En ellas tenia más de nueve mil encomiendas, tan ricas, que su producto se eleva á cerca de ocho millones de libras (esto es 112.000,000 de

	Años.	Lib.	Sueld.	Din.	Franc.	Cent.
— Luis el Hutin.	1312-1315	2	14	5	2	69
— Felipe el Largo..	1316	3	»	9	3	»
— Cárlos el Hermoso..	1321	3	12	5	3	57
— Felipe de Valois.	1326-1350	6	15	11	6	72
— Juan I..	1350-1363	12	7	2	2	20
— Cárlos V..	1364-1378	15	15	11	15	48
— Cárlos VI.	1381-1421	9	8	5	9	31
— Cárlos VII.	1422-1456	8	10	8	8	42
— Luis XI.	1465-1473	9	1	8	8	97
— Cárlos VIII..	1488	11	»	»	10	86
— Luis XII..	1497-1513	11	10	»	11	35
— Francisco I.	1514-1543	13	1	3	12	90
— Enrique II.	1549-1556	14	16	6	14	65
— Cárlos IX.	1565-1573	15	18	6	15	73
— Enrique III.	1575-1580	18	10	»	18	27
— Enrique IV.	1602	20	5	4	20	2
— Luis XIII.	1614-1661	24	11	8	24	27
— Luis XIV..	1670-1715	33	7	9	32	98
— Luis XV.	1715-1773	53	6	5	52	67
— Luis XVI, desde el año 1775 hasta el año II de la república.		53	9	3	52	80
Desde esta época hasta 1806. . .		55	1	4	54	39

(17) Villani, que refiere este absurdo diálogo, ¿estaba allí acaso? Ningun otro historiador habla de él, y el pueblo redujo á hechos las ideas que en lo sucesivo manifestó.

pesetas). De los treinta mil freires, la mayor parte eran franceses, y comunmente entre ellos era elegido el gran maestre, príncipe soberano. Mandábalos en guerra un mariscal y un gonfalonero; además tenia un gran prior cada provincia, de quien dependian otros priores y los comendadores. Cuando hubieron perdido el templo de Jerusalen (1187), escogieron otro menos expuesto en Paris, en el arrabal que todavia conserva su nombre (*le Temple*). Formaba una tercera parte de la ciudad, y tenia por habitantes á una porcion de caballeros, de servidores, de empleados, de afiliados, sin contar á los que se refugiaban allí. En virtud de sus servicios habian alcanzado numerosos privilegios. Habíales emancipado de toda jurisdiccion el papa, prohibiendo conferir ninguna encomienda por recomendacion de reyes ó de señores. Alfonso el Batallador les habia legado el reino de Aragon; liberalidad á que opusieron obstáculos los grandes. Poseian diez y siete plazas fuertes en el de Valencia. El mismo Felipe se habia espresado respecto de ellos de este modo: «Las obras de piedad y de misericordia, la generosa liberalidad practicada en todo el mundo y en todos los tiempos por la santa órden de los templarios, fundada hace largos años por la autoridad divina; el valor de sus individuos, que importa escitar á un celo más activo é infatigable para la peligrosa defensa de la Tierra Santa, nos inducen á derramar nuestra real munificencia sobre la órden y sobre los caballeros, en cualquier lugar de nuestro reino en que se hallen, y á distinguir por un favor especial á este cuerpo á quien queremos tan sinceramente.»

Los privilegios y las riquezas de la órden inspiraron el deseo de ser admitidos en ella á los hijos segundos de las familias más distinguidas de Europa, no ya para defender á la Tierra Santa y á los peregrinos, sino para disfrutar de comodidades y abusar de ellas. Resultado de esto fué la corrupcion de las costumbres. Suscitaron disturbios en la Palestina las rivalidades entre los templarios y los hospitalarios. Contrajeron alianza con el Viejo de la Montaña, dieron asilo á un sultan fugitivo; hicieron la guerra á los reinos cristianos de Chipre y de Antioquia; desvastaron la Tracia y la Grecia, dispararon flechas contra el sepulcro de Cristo, y se negaron á contribuir al rescate de san Luis. Luego que la Tierra Santa cayó en poder de los turcos, quedaron inútiles y ociosos y se corrompieron en medio de las orgias, de los desórdenes contra naturaleza (18), que velaba el misterio, y que sus capítulos perdonaban bajo la forma de una confesion genérica; y cuantas más personas se unian á la corporacion, se hacian más egoistas é insolentes. Como acontece en todo lo que es secreto, el pueblo exageraba sus iniquidades, y pasó con respecto á ellos de la veneracion al temor, mirándoles con secreto espanto fomentado por las formas orientales con que rodeaban la iniciacion.

La iniciacion se hacia en sus iglesias de noche á puerta cerrada. Todo el mundo era escluido de ella, hasta el rey, como tambien los miembros inferiores de la órden, y representaban allí alguna casa análoga á los antiguos misterios de Eleusis; y así como en estas antiguas solemnidades se simbolizaba el paso del estado salvaje á la civilizacion, asimismo figuraban los templarios los cambios del hombre que pasaba del pecado á la virtud. El neófito debia primero renegar de la fe, blasfemar, escupir á la cruz. Se le introducia tres veces en el capítulo, donde por tres veces pedia el pan, el agua y la sociedad de la órden, y hacia tres votos: así tambien los caballeros observaban tres grandes ayunos al año, comulgaban tres veces y hacian distribuir limosnas tres veces á la semana.

Todo esto podia escandalizar al pueblo como impiedad y paganismo, y hacer creer que se revelaba entre ellos la doctrina de otra Iglesia, de que el templo terrestre no hubiera sido más que el símbolo. Se hablaba de gentes muertas por haber visto ó revelado un gran arcano, que se llamaba *bafometo*, cabeza espantosa, que figuraba el mal principio. Estrañas figuras esculpidas en sus iglesias proporcionaron ocasion de imputarles doctrinas gnósticas. Habiendo descubierto entre ellos varios escritores modernos algunos grados de iniciacion, pretendióse ver en ellos el orígen de las lógias masónicas. Pero las acusaciones contra ellos, fueron en tan gran número, y la prueba se hizo por medios tan inícuos, que nos cuesta trabajo creer hasta lo que puede haber de verdad.

Al paso que el vulgo se espantaba de las enormidades imputadas á los templarios, los grandes, tan crédulos como el pueblo, les achacaban un pensamiento que hemos visto atribuido á otra órden poderosa, la de aspirar al dominio universal, instituyendo una república aristocrática que comprendiese toda la Europa, idea más probable por parte de caballeros armados, que enteramente dependian de un gran maestre. Pero su más real y peligroso crímen era su gran riqueza; y se repetia que habian traido de la Tierra Santa á Francia ciento cincuenta mil florines de oro y diez cargas de plata.

Felipe, que se esforzaba en consolidar la autoridad real, odiaba esta sociedad que se escapaba á su accion, que hacia alarde, en lugar de los espléndidos vestidos que habia prohibido, de magníficas armaduras y de corceles árabes de gran valor. Odiaba á los templarios porque habiendo sido salvado por ellos una vez en un motin, les era deudor de un beneficio; porque se habian negado á recibirle en su órden, y á firmar la apelacion contra Bonifacio; los odiaba, en fin, porque envidiaba sus riquezas de que tenia necesidad. Resolvió, pues, su pérdida, y esto á su modo, intentando contra ellos

(18) Se decia en Francia, *beber como un templario;* en Inglaterra, los mancebos gritaban: *Custodiate vobis ab osculo templariorum.*

un proceso criminal. Le ayudarian en su propósito las nuevas órdenes monásticas que los envidiaban, las viejas que tenian celos de ellos y los sofistas leguleyos, enemigos por naturaleza de los nobles y de los caballeros. Sus adeptos revelaron cosas sorprendentes. Sechino de Flexian, prior de Tolosa, condenado por ellos á prision perpétua, huyó de ella y contó sus obscenidades y designios ambiciosos.

Santiago de Molay, su gran maestre, soldado valiente, lleno de lealtad, fué invitado por Clemente V á acudir á su lado, con el pretesto de combinar la reunion de los templarios y hospitalarios; pero habiendo tenido algunas sospechas de las imputaciones dirigidas contra sus caballeros, pidió una justificacion jurídica. Después de haberle entretenido Felipe algun tiempo con buenas palabras, le hizo poner preso de repente, con todos los caballeros que se encontraban entonces en Francia, y sus bienes fueron secuestrados. Clemente V, que en vano habia aspirado, con pusilánimes tergiversaciones, á sustraerlos de semejante procedimiento, se opuso entonces á que se siguiese, suspendiendo la autoridad de los inquisidores y jueces ordinarios. Pero los abogados le hicieron presente multitud de razones: se le aseguró que él mismo tendria que determinar sobre el proceso, y que los bienes secuestrados se emplearian en una cruzada, de tal manera, que Clemente autorizó las actuaciones. El rey de Inglaterra, que al principio se habia opuesto á ellas, como un acto de avaricia, hizo después poner presos á los templarios en su reino. Cartas reales y sermones de frailes estendieron el odio contra estos caballeros, para justificar la iniquidad que con ellos se iba a cometer.

Felipe habia, no obstante, reprobado anteriormente los procedimientos de la inquisicion, principalmente el tormento, diciendo que la violencia del dolor no podia arrancar la verdad, y que el acusado debe estar preso *ad custodiam, non ad pœnam*. Entonces lo olvidó todo y se arrancaron centenares de confesiones con ayuda de una informacion rigorosa, dirigida por el dominico Guillermo Imbert. Envió el papa agentes para su comprobacion; y habiéndolas confirmado los freires fuera del tormento, les dió la absolucion y los recomendó á la clemencia del rey. Pero no queria éste los procedimientos eclesiásticos indulgentes y suaves; de consiguiente, escitó á los grandes señores á presentarse como acusadores. Molay exhibió los privilegios de su órden: novecientos caballeros se constituyeron en sus defensores, y se retractaron los que le habian acriminado. Se puso en claro la iniquidad del procedimiento y tambien se descubrieron los padecimientos de su prision, donde se veian obligados á pagar el lugar en que yacian encarcelados, y donde necesitaban satisfacer el peaje del foso que atravesaban para ir al interrogatorio, así como al hombre que abria ó remachaba sus cadenas. Uno de ellos habia sufrido tormento tres veces, y permanecido seis semanas en un calabozo húmedo, á pan y agua: otro habia sido colgado por las partes genitales: otro enseñaba dos huesos que le salian de los talones desde que le habian metido los piés en el fuego: otros revelaban los tormentos capciosos y no menos crueles del interrogatorio, repetidos en nuestros dias y en Italia en los procesos de Estado en que la tortura está en desuso.

Entre tanto, en Rávena los caballeros eran declarados inocentes; lo mismo acontecia en Salamanca. En Alemania se presentaron armados de punta en blanco á los arzobispos de Tréveris y de Maguncia, declarando solemnemente que eran inocentes, y se hizo una declaracion unánime de la inocencia de la órden y de la ilegalidad del proceso. Clemente V clamó que habia sido engañado; y conociendo la debilidad de un pontífice residente en territorio ajeno, trató de apelar á la fuga; pero para asustarle, Felipe resucitó de nuevo el proceso de Bonifacio VIII. Acusaciones de todas clases fueron acumuladas sobre el difunto papa, lo mismo que sobre los templarios destinados á la muerte; y Nogaret, de rodillas, juntas las manos, insistia con sollozos y gemidos, invocando el honor de la Iglesia, el amor de la patria, todas las cosas más sagradas, para que el cadáver de Bonifacio VIII fuera desenterrado y quemado, diciendo que el Padre Santo estaba obligado á ello en conciencia. ¡Qué escándalo para la cristiandad, si hubiera sido condenada la memoria de un papa! Por evitarlo cedió Clemente V; y á fin de que Felipe no le hablara más del juicio de su antecesor, en lo demás le dejó libre (1309). Felipe de Marigni, á quien nombró arzobispo de Sens, presidió el sínodo de Paris, que condenó á la hoguera á cincuenta y cuatro templarios como relapsos, es decir, por haberse retractado de sus declaraciones, y fueron quemados á fuego lento (19). Otros nueve siguieron

(19) Este pasaje del proceso nos parece de una elocuencia terrible: «El mártes 13 de mayo, durante el interrogatorio de frey Juan Bertaldo, los comisarios pontificios fueron informados de que se debia quemar á cincuenta y cuatro templarios. Encargaron al preboste de la iglesia de Poitiers y al arcediano de Orleans, notario del rey, que dijeran al arzobispo de Sens y á sus sufragáneos que meditaran bien el caso, difiriendo la ejecucion, atendido que los templarios muertos en los calabozos, habian afirmado, por la salvacion de su alma, que se les acusaba sin fundamento; que, si la ejecucion tenia lugar, los comisarios no podrian continuar el procedimiento, hallándose aterrados los acusados hasta el punto de parecer locos. El 13 de mayo compareció ante los comisarios Emerico de Villars-le-Duc, rapada la barba, sin el manto ni la túnica de templario, de edad de 50 años, que habia estado ocho en la órden como converso y veinte como caballero. Esplicáronle los comisarios los artículos sobre qué debia ser interrogado; pero este testigo, pálido, asustado, é invocando, si mentia, una muerte instantánea, como tambien ser tragado en seguida por el infierno en cuerpo y alma, dándose golpes de pecho y levantando las manos hácia el altar, postrado de

después la misma suerte, y si el espanto producido por estos suplicios hizo enmudecer á muchos de sus defensores, no impidió que protestaran algunos.

XV concilio ecuménico.—Clemente V mandó dar lectura en el concilio de Viena del proceso de los templarios, y habiendo advertido uno de los miembros presentes que convenia ante todo oir á los defensores nombrados por los caballeros, hizo el papa que fuera encarcelado. Luego, no por sentencia definitiva, sino porque las declaraciones hacian sospechosa la órden, la abolió de una manera provisional, en toda la cristiandad como inútil y peligrosa. En cuanto á las personas, se reservó determinar respecto de ciertos caballeros, y se remitió lo demás á los sínodos provinciales. Los que habian declarado fueron absueltos y mantenidos en prision: se entregó al brazo secular á los relapsos: los que nada habian confesado por medio de los artificios fueron tratados en conformidad de las leyes eclesiásticas. Fueron condenados en Lombardia y en Toscana, absueltos en Rávena, en Bolonia y en Castilla. Cárlos de Nápoles hizo condenar á muerte á los provenzales y dió sus tierras á los hospitalarios: los de Aragon se defendieron en sus plazas fuertes, y aunque vencidos, no fueron tratados con rigor, sino incorporados en las demás órdenes. En Inglaterra los jefes obstinados fueron encerrados en monasterios. En Portugal sobrevivieron en las demás órdenes, llegando á ser los principales promotores del descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, y yendo enseguida, bajo la bandera de los caballeros de Cristo, á guerrear contra los musulmanes en otra parte del mundo.

El gran maestre y otros tres caballeros quedaban en las cárceles de Felipe, y habiendo confesado (por la astucia ó la fuerza) las culpas de la orden, fueron tres comisionados del papa á comunicarles la condena de prision perpetua. Pero Molay y uno de los caballeros protestaron delante de ellos de la inocencia de la orden; por lo cual Felipe, sin oir á los jueces, condenó al fuego á los dos relapsos (1314), que lo sufrieron con valor hasta el fin; los otros dos continuaron en su encierro.

Aquel infame é inútil asesinato acabó de derramar la incertidumbre sobre la culpabilidad de la órden (20), porque naturalmente se inclina uno á creer en la injusticia del poder cuando oculta los procedimientos.

Cuando posteriormente se dieron á luz los documentos originales, se reconoció la iniquidad de los jueces y la vanidad de las imputaciones, que fundadas quizá para ciertos individuos, no podian alcanzar á la órden entera. Legistas artificiosos interrogaban á caballeros ignorantes, acostumbrados á no responder más que con la espada: es cierto que varias declaraciones, y hasta las más innobles, fueron acogidas en Inglaterra donde no se empleaba el tormento; pero ¿quién no sabe de cuán-

---

hinojos, dijo que todos los desmanes imputados á su órden eran falsedades, aun cuando él hubiera confesado muchos de ellos en los tormentos á que le habian sujetado Guillermo de Marcillac y Hugo de Celles, caballeros del rey. Añadió que habiendo visto conducir en carretas, para ser condenados á cincuenta y cuatro caballeros de la órden, que no habian querido confesar sus desmanes, y habiendo sabido que habian sido quemados temia si debia ser quemado, no tener fuerza y paciencia suficientes; que de consiguiente estaba dispuesto á confesar y á jurar por miedo delante de los comisarios y de los demás, los errores imputados á la órden, y á decir, si necesario fuere, que habia matado á Nuestro Señor Jesucristo. Suplicó á los comisarios y á nosotros notarios presentes que no se revelase á las gentes del rey lo que habia dicho, temeroso, si lo sabian, de que le arrastrasen al mismo suplicio de los cincuenta y cuatro templarios.»

(20) Los primeros documentos de este proceso fueron publicados en 1650 por Pedro Du-Puy, con la intencion de disculpar á Felipe el Hermoso. «Los grandes príncipes, dice, tienen no sé qué desgracia que acompaña á sus más bellas y gloriosas acciones, trocadas con frecuencia y tomadas en mal sentido por los que ignoran el orígen de las cosas, y que tienen interés en los partidos; enemigos poderosos que ven motivos y fines viciosos allí donde el celo por la virtud escoge comunmente lo mejor.» Además el doctor Moldenhawer publicó despues completamente, en 1791, las actas de la comision pontificia, traducidas al aleman: luego el doctor danés Munster, teólogo protestante como el otro, hizo imprimir los estatutos de la órden en 1794. M. Raynouard sacó de ellos el asunto de una tragedia que tuvo gran boga en Francia, y publicó en 1813 los monumentos históricos de la órden. El baron de Hammer señaló en los ritos de los templarios ciertas semejanzas con los de los gnósticos.

Se pretende que los Templarios han continuado como sociedad secreta. En la *Historia de las sectas religiosas* del obispo Gregorio (Paris 1828, 2.ª edicion) se habla de los Templarios del dia, y en 707, es decir, en 1825, el caballero Guyot, impresor de la Milicia del Temple, publicó el *Manual de los caballeros de la órden del Temple*, obra rarísima por su naturaleza. En ella se declara que nada tienen que ver con los fracmasones, aunque éstos pretenden tener su orígen en el Temple: que la Orden no podia ser suprimida por la bula del papa, y que Jacobo de Molay nombró su sucesor. Los caballeros que salieron de Francia hicieron prosélitos en Escocia, en Portugal y en Oriente, formándose á su ejemplo los fracmasones, particularmente desde que en Escocia fué violado el secreto por algunos apóstatas, á peticion de Roberto Bruce. Desde Molay cuentan la série de gran-maestres hasta Bernardo-Raimundo Fabré Palabrat, electo en 1804. Paris es la capital de la Orden; tiene estatutos firmados en 1706 por el gran maestre Felipe, duque de Orleans; usan el año lunar, que principia en la Pascua, y firman con su propia sangre el voto, que es séxtuplo, á saber: obediencia, pobreza, castidad, fraternidad, hospitalidad, servicio militar. Para ser admitido es preciso probar cuatro grados de nobleza, que tambien pueden ser conferidos por el gran-maestre. Todos están obligados durante su vida, si pueden, á visitar la Tierra Santa y la plaza del Martirio, entre el Puente Nuevo y la ciudad, donde fueron quemados los templarios.

tas maneras puede perder un juez á una víctima ya prejuzgada? Ahora bien, los legistas de Felipe el Hermoso debian ser maestros consumados en este arte, después de tantos procesos contra los leprosos y los judios, acusados de envenenar los pozos y propagar la peste, y otros muchos contra brujas y encantadoras.

Referiremos uno de estos últimos procesos.

Proceso de Guiscardo.—Cuando Felipe el Hermoso estaba en disension con el papa, Guiscardo, obispo de Troyes, permaneció fiel al pontífice, y se dirigió á Roma para el concilio que éste habia convocado. No se necesitó más para escitar la cólera del rey, quien mandó que se le formara proceso por impiedad y magia. Su acusador y su juez á un mismo tiempo fué el florentino Noffi Dei, que habia imputado á los templarios desmanes en los que él habia tenido parte cuando era miembro de su órden (21). Blanca, suegra del rey, condesa de Champaña y reina de Navarra, le acusó tambien de sediciones (1301); pero Juan de Cales, testigo oido en contra suya, declaró al morir haber depuesto falsamente á instancias de Noffi Dei. Cuando después murieron Blanca de Navarra y Juana su hija, fué acusado de haberlas envenenado de concierto con una bruja. Se pretendia que habiendo hecho un encantamiento con esta mujer, el diablo le habia respondido que fabricara una imágen de cera que se asemejase á la reina, bautizarla con su nombre, acercarla al fuego y picarla con un alfiler en las partes nobles; añadiendo que la reina empezaria á sentir entonces dolores, y moriria tan pronto como la cera se derritiese. Un ermitaño con el cual se habia entendido en todas estas operaciones, declaró haberle visto hacer primero la imágen y todo lo demás, y que sabiendo que habia un célebre médico que curaba todos los males, rompieron y arrojaron al fuego la estátua, y entonces fué cuando murió la reina.

Poco después (dice la misma declaracion) volvió el obispo con su compañero, llevando toda clase de animales venenosos. Compusieron una ponzoña, de la que se proveyeron para envenenar al rey de Navarra, *que nunca habia hecho nada bueno;* y la esperimentaron en el caballero Juan Romisant, que murió. Esto es lo que declaró el ermitaño. La hechicera confesó que el obispo se habia informado de ella cómo podria obtener el amor de la reina; que aunque conocia dos medios para ello, ella no quiso indicárselos; en su consecuencia, evocó al diablo, á quien habló en secreto, sin que ella oyese la respuesta. Declaró tambien que era cierto lo de la estátua, y confesó ser mujer de mala vida pagada *ad tres denarios*. Otros testigos confirmaron estas declaraciones. Súpose que el obispo no era hijo de su padre, sino de un incubo llamado Peto; más de sesenta atestiguaron que era mago, adúltero, incestuoso, envenenador, simoniaco, monedero falso: cuatro le habian visto evocar al diablo y darle sus órdenes; en fin, varios dijeron que la reina habia sido envenenada por él.

Guiscardo negó primero: careado con algunos testigos, titubeó y pidió un abogado, que le fué concedido, pero éste se limitó á pedir algunos medios de forma, sin ocuparse del fondo; de lo que resultó que Guiscardo se encontró casi reducido á defenderse á sí mismo. Después de haberse sostenido algun tiempo en las negativas, convino en que habia dado la absolucion á un hereje por dinero, y falsificado moneda; añadiendo que la casa de su padre estaba llena de incubos, pero esto no probaba nada contra su legitimidad. Prolongóse el proceso hasta el 6 de octubre de 1308: entonces se tuvo un consistorio del clero y del pueblo de París en el Jardin del Rey, y en consecuencia de él fué preso el obispo, permaneciendo de esta manera hasta 1313, en cuya época Noffi confesó en el artículo de la muerte que Guiscardo era inocente (22).

¿Después de semejantes ejemplos, qué se puede creer de las acusaciones contra Bonifacio, ó contra los templarios? Refiérese que Molay, al morir, emplazó al papa y al rey para dentro de un año ante el tribunal de Dios. Ambos comparecieron, en efecto, en él; pero antes se repartieron los doscientos mil florines de oro, procedentes de los bienes muebles de los templarios. El rey tomó por residencia aquel Temple que un dia debia de servir de prision á uno de sus descendientes. Los bienes raices fueron adjudicados á los hospitalarios á condicion de armar cien galeras contra los turcos. Pero los legistas del rey encontraron tantos gastos y tantas deudas que pagar, que los hospitalarios quedaron más pobres que antes.

Las órdenes militares religiosas ofrecian la mezcla de lo temporal y espiritual, cuya separacion es el carácter propio de la organizacion católica en la Edad Media; no habia, pues, nada de admi-

---

(21) *Memoria sobre el proceso de Guichard*, etc., por Boissy D'Auglas (Mem. del Instituto, t. VI).

(22) La mania de los procesos se llevó hasta el punto que se instruyeron contra los animales. En 1266 los oficiales de justicia de los monjes de Santa Genoveva en París, quemaron un cerdo que se habia comido un niño, aunque tenia otro alimento. En 1394, el bailio de Mortagene envió al fuego, por el mismo delito, una cerda vestida de hombre. El de Gisors hizo ahorcar un buey por haber muerto á un mancebo de quince años, no sin haber concedido un abogado al reo. En 1446, el parlamento de Paris condenó una cerda convicta de *pecado mortal* con un hombre. En Basilea, en 1474, un gallo fué condenado como hechicero por haber puesto un huevo. En 1314, Luis X reprendió al procurador de Moiry, que, para escarmiento, habia hecho ahorcar un toro, culpable del asesinato de un viajero. En fin, en 1546, el parlamento de Paris enviaba á la horca á un hombre y á una vaca, por crímen de bestialidad, y el de Mompeller una mula por la misma causa, en 1565.

rable en que fuesen igualmente detestados por la Iglesia por sus costumbres, y por los reyes por su arrogancia. La de los templarios, habiendo acabado su mision, dejaba en el abandono los intereses de la Iglesia para ocuparse de los goces terrenales; era una culpa; pero Felipe no tenia competencia para castigarla. Debe reconocerse, con un cronista contemporáneo, que las riquezas de los templarios escitaban la codicia, y que no se podia coger la miel sin quemar las abejas. El horror que inspira aun este hecho, entre tantos otros más atroces ó sangrientos, demuestra que parece á los hombres la iniquidad más execrable cuando se cubre de formas legales (23).

Felipe era el más hermoso de los soberanos de su época; sus tres hijos, que reinaron después de él, con los nombres de Luis X, Felipe V y Cárlos IV, eran tambien de notable hermosura; no obstante esto á los tres hicieron traicion sus mujeres. Dícese que Juana de Navarra, mujer de Felipe el Hermoso, atraia á galantes citas á los estudiantes más robustos y los hacia arrojar desde la torre de Nesle al Sena, las otras dos reinas convictas de adulterio fueron rasuradas, vituperadas, aprisionadas y muertas al mismo tiempo que sus amantes, desollados, castrados y suspendidos por los sobacos, y sus cómplices entregados á tormentos atroces ¿Se trataba en esto de crímenes reales ó de intrigas en los procedimientos ejecutados por los legistas? De todos modos es cierto que Felipe el Hermoso, que por el divorcio con su mujer, hubiera debido devolverle el Franco Condado que ella habia llevado en dote, la hizo declarar inocente, y que la mala conducta, real ó supuesta, de sus nueras, afligió los últimos dias de aquel rey, que murió después de veinte y nueve años de reinado (noviembre de 1314).

---

(23) F. PIPINO, *Chron.*, c. 49. San Antonino, arzobispo de Florencia, dice (p. 3, art. 21, número I, cap. 1) que los crímenes de los templarios habian sido inventados por la avaricia para despojarlos. Los abogados contemporáneos están de acuerdo en proclamar su supresion como una iniquidad. Alberico de Rosate en el *Dict. juris*, en la voz Templario dice: *Erat magnus ordo in Ecclesia... Sicut audivi ab uno, qui fuit examinator causæ et testium, destructuu fuit contra justitiam, et mihi dixit quod ipse Clemens protulit hoc «Et si non per viam justitiæ potest destrui, destruator tamen per viam expedientiæ, ne escandalicetur charus filius noster rex Franciæ.* Es curioso comparar la abolicion de su órden con la de los jesuitas. En el breve relativo á estos últimos, Clemente XIV cita la supresion de los templarios como sugerida por simples motivos de prudencia, análogos á los que le hacian obrar á él.

CAPÍTULO VII

CASA DE VALOIS.—GUERRAS DE FRANCIA CON INGLATERRA.

Luis X.—Mantenidos en respecto ó en equilibrio los elementos de que se componia el reino por Felipe el Hermoso, volvieron á desordenarse bajo Luis X, sobrenombrado el *Hutin* á causa de los caprichos de su infancia. Acreditó sobre el trono un carácter débil, benévolo y alegre. En su tiempo los feudatarios, los concejos, las provincias, se querian hacer independientes; los señores ambicionaban las franquicias de la espada, la libertad del cuchillo, la justicia que por via de impuesto (*épices*) daba al juez noble el tercio del objeto que se litigaba; y para desaprobar el sistema del predecesor se hacian la guerra los favoritos de éste. Marigny, intendente de rentas, acusado de sortilegio, se ahorcó para no ser ahorcado como habia sido su familia; el pueblo tenia el triste consuelo de ver en las horcas los instrumentos del rey anterior, pero para ver alzarse otros nuevos, y especialmente Cárlos de Valois, que en verdad puede decirse que reinó mas positivamente en Francia que en los muchos reinos cuyos títulos llevó. Luis, para proporcionarse dinero, permite á los judios que vuelvan á sus Estados, concede enseguida libertad á todos aquellos de sus súbditos que pueden pagar su emancipacion, beneficio inmenso debido á la avaricia, y tan mal comprendido por los siervos, que hubo necesidad de obligar por fuerza á muchos de ellos á aceptarlo.

Felipe V.—Habiendo muerto Luis X sin dejar hijos varones (1316), pretendieron la corona Felipe el Largo, y una hija; pero como era la primera vez que se trataba de una sucesion colateral en la casa de Hugo Capeto, fué puesto en discusion el derecho de los dos herederos, y los abogados adujeron la ley germánica que escluia á las mujeres de la facultad de poseer en tierra sálica. El motivo era absurdo, atendido á que esta ley era concerniente á la propiedad y no á la política, y que además habia caido en desuso. Y es que los hombres de Estado no sospechaban ciertamente cuán provechosa seria con el tiempo esta ley á la Francia, pues hubiera evitado aquellas guerras dinásticas, oprobio de los cuatro últimos siglos, que llevaron á Italia á los franceses, á los españoles y á los alemanes; hicieron á la España, es decir, á la mitad del mundo, herencia de un príncipe flamenco, sobrino de la heredera de Borgoña é hijo de la heredera de Castilla, y ocasionaron las guerras de sucesion en España, en Austria y en otros Estados secundarios. Distábase mucho entonces de prever todas estas cosecuencias. En su interés propio hizo valer Felipe la ley sálica, lisonjeando á las ciudades y á las universidades. Sin embargo, á fin de proporcionarse dinero, introdujo el impuesto sobre la sal (1319), decretó la uniformidad de los pesos y de las medidas, aunque sin resultado, y dió varias leyes acerca del tesoro, del parlamento y de la paz interior.

Murió al poco tiempo sin hijos, así como su hermano Cárlos IV, que le sucedió, y acabó la descendencia directa de los Capetos (1323). Felipe de Valois, hijo de aquel Cárlos que fué rey en todas y en ninguna parte, era sucesor designado; pero Eduardo III de Inglaterra, que habia tenido por madre á Isabel de Francia, hermana de los últimos reyes, alegó sus pretensiones al trono. Invocóse la ley sálica nuevamente; y es muy notable que los partidarios del príncipe inglés no impugnaran su significacion literal, sino su espíritu, como si escluyese á las mujeres como débiles para tan noble feudo y no á sus hijos. Pronunciando en favor de Felipe el tribunal de los pares y los barones, dieron principio al gran drama de la guerra inglesa.

Inglaterra.—Hallóse que los reyes de Inglaterra tenian derechos contradictorios como duques de Normandía. Hubieran debido procurar estenderse en su isla, avasallando y fundiendo los pueblos

contumaces. Pero no se sintieron con valor para abandonar sus posesiones de tierra firme, que al mismo tiempo que les hacian considerar como estranjeros en sus Estados insulares, les reducian á la condicion de hombres ligios del rey de Francia. Por su parte los soberanos de este reino tenian por tarea indicada estender su territorio hasta sus límites naturales, y desposeer á aquellos vasallos poderosos, á quienes quitaron en efecto la Bretaña, el Poitou, el Anjú, la Turena, el Maine y hasta la Normandía, su feudo originario. No quedaba á los ingleses más que la Guyena, y todos sus esfuerzos propendian á conservarla, como los de los franceses á espulsarles de este territorio. Ya Felipe el Hermoso lo habia invadido, mientras que Eduardo I estaba ocupado en apagar en Escocia las insurrecciones renacientes; pero se habia visto obligado á restituírsela; y aunque hubiera dado á este príncipe la mano de su sobrina y la de su hija Isabel á Eduardo II, precisamente estos matrimonios fueron los que atizaron el incendio.

Eduardo II.— A este Eduardo I, considerado como fundador de la libertad inglesa, sucedió su hijo Eduardo II (1307). Este príncipe, en la flor de su edad, si bien sin otra energia que la de la obstinacion, pidió al papa permiso para darse friegas con un aceite maravilloso que infundia denuedo, lo cual no le impidió dejarse conducir por jóvenes sodomitas y favoritos (1). De este número era el gascon Pedro Gaveston á quien creó conde de Cornualles, colmándole de poder y de riquezas. Le dejó al frente de su reino mientras iba á contraer matrimonio con la bellísima Isabel de Francia: después, á su vuelta, le dió todos los regalos que habia recibido de su suegro. Indispúsose la reina con él lo mismo que todos los señores ingleses, que guiados por Tomas de Lancaster, exigieron el alejamiento del insolente extranjero, en términos, que al mismo tiempo que denigraban al protegido, ponian en evidencia los vicios del protector. Juró el rey hacer justicia á sus agraviados; pero enseguida se hizo absolver de su juramento por el papa, y volvió á llamar á su favorito. Entonces los señores tornaron á empuñar las armas, y obligaron al rey á que dejara reformar su casa por siete prelados, ocho condes y seis barones *ordenadores*. Esta comision estableció sabios reglamentos, y decidió al propio tiempo que en lo sucesivo los altos empleos de judicatura, de hacienda, de guerra, serian conferidos en parlamento por los barones, que se reunirian una vez cada mes, y participarian en union del rey, del derecho de guerra y de paz.

Así se halló dominado el reino por la aristocracia; pero el rey derogó estas convenciones y llamó nuevamente á su favorito. Entonces los confederados se reunieron y dieron muerte á Gaveston como traidor á la patria (1312). Eduardo tomó las armas; pero cuando más, pudo obtener por la mediacion del legado que le dieran escusas, de las cuales se declaró satisfecho. En breve el conde de Lancaster pretendió declarar vigente la ordenanza de 1311; pero aconsejado el rey por Hugo Spencer, su nuevo favorito, atacó á Lancaster, y habiéndole hecho prisionero, le condenó á morir con otros muchos cómplices suyos. Sus bienes fueron donados á Spencer, quien adquirió tanta autoridad como ódio: la misma Isabel se puso al frente de una faccion para derribarle; pasó ella al continente, y tomando en Flandes á sueldo tres mil hombres, vuelve á desembarcar en la isla: marchó sobre Lóndres y divulgó la noticia de que su intencion es librar al rey de sus favoritos. Los allegados de Spencer fueron maltratados y muertos horriblemente, y el juez dijo al rey: «Yo, Guillermo Trussel, procurador del parlamento y de la nacion inglesa, os declaro en su nombre y por su autoridad, que revoco y retiro el homenaje que os hice. A contar desde este momento os privo del poder real, y protesto que ya no os obedeceré como á rey.» Luego el gran mariscal rompió el baston y dispensó á los oficiales del servicio.

Eduardo fué encarcelado; pero si se habia hecho menospreciar sobre el trono por su lascivia y cobardia, escitó la compasion cuando se le vió tan maltratado por su esposa, que estaba en ilícitas relaciones con Mortimer. Isabel previno los efectos de esta reaccion de interés, haciendo que clavaran al rey un hierro candente en las entrañas, y por espacio de tres años reinó con su amante.

Eduardo III.—Cuando Eduardo III, que habia sido proclamado heredero del trono (1327), cumplió diez y ocho años, pensó en sustraerse á aquel afrentoso yugo y en vengar á su padre (1330). Habiéndose, pues, concertado con los descontentos, mandó prender á Mortimer, que acusado ante el parlamento, fué arrastrado por caballos á pesar de las indecorosas súplicas de la reina, que no se libertó de un juicio sino por la intervencion del papa Juan XXII, y se vió encerrada en el castillo

(1) «Hé aquí el juramento que prestó al tiempo de su coronacion:

—«Señor, ¿quereis otorgar, confirmar, observar y asegurar con vuestro juramento al pueblo de Inglaterra las leyes y costumbres que respetaron los antiguos reyes de Inglaterra, vuestros antecesores, justos y devotos respecto de Dios, y especialmente las leyes, costumbres y franquicias concedidas al clero y al pueblo por el glorioso rey san Eduardo, vuestro antecesor?—Los otorgo y prometo mantenerlos.

«Señor ¿quereis defender á Dios, á la Santa Iglesia, al clero y al pueblo, y la paz y armonia en Dios en lo que podais?—Los defenderé.

«Señor, ¿quereis hacer de modo que sea observada en todos vuestros fallos igual y recta justicia y discrecion en misericordia y caridad, segun vuestro poder?—Haré de modo que sea observada.

«Señor, ¿consentís en que las leyes y rectas costumbres que los concejos de vuestro reino hayan elegido, sean mantenidas y observadas? ¿Las defendereis y las consolidareis en honor de Dios, segun vuestro poder?—Consiento y prometo.» RYMER, III, 63.

de Risings, donde vivió todavia veinte y siete años.

Eduardo III manifiesta suma repugnancia á prestar homenaje á Felipe VI de Valois por la Guyena (ó Guiena) y por los condados de Ponthieu y de Montreuil, pero luego se presentó armado de punta en blanco con la corona en la cabeza, con una magnificencia extraordinaria, cuando el ceremonial exigia que prestara juramento con la cabeza descubierta, sin guantes, sin espada y sin espuelas: costó lo que no es decible, hacer que se despojara de todo, y á sus ojos fué tanta humillacion, que desde entonces concibió un ódio mortal contra Felipe.

¿Quién no hubiera dicho que la Inglaterra estaba tan humillada como poderosa la Francia? Príncipes y reyes hacian la córte á Felipe VI: desde todas partes se acudia á París, la *mansion más caballeresca del universo*, y delante del palacio de Vincennes rompieron lanzas en una ocasion hasta cuatro reyes. Pero los dos reinos de Francia é Inglaterra, cuyo orígen habia sido uno mismo, habian marchado con paso bien diferente. Los normandos, atrevidos conquistadores, aventajaban mucho en inteligencia á los anglo-sajones, á quienes habian vencido, pero no así los francos á los galos. La aristocracia normanda, vástago de un tronco comun, esperimentaba las mismas necesidades, reclamaba los mismos privilegios, y los obtuvo por la Carta Magna. Al revés la aristocracia francesa, compuesta de diferentes razas, movida por distintos intereses, estaba dividida por enemistades intestinas, seguia partidos diversos, y se contentaba con obtener dinero. Reuniéronse los obispos de Inglaterra á los barones é hicieron causa comun con ellos, á la par que en Francia se hicieron sus adversarios tomando partido por los concejos. Moderándose la aristocracia inglesa en las batallas, ponia delante á los villanos, al paso que la francesa, llena de valor, se dejó matar en las batallas de Bovines, de Crecy, de Azincourt. En Francia la aristocracia tuvo que luchar con los mercaderes insurgentes: en Inglaterra se entregó personalmente al tráfico, é hizo del banco un nuevo trono. De aquí resultó que la Francia se hizo una monarquia tan absoluta, que necesitó el terrible remedio de una revolucion. Por el contrario en Inglaterra, los nobles y los concejos no cesaron de hacer contrapeso al rey, quien se halló en la imposibilidad de abusar del poder.

En la época de que tratamos se reforzó la Inglaterra con un nuevo elemento, el comercio. Los negociantes italianos atravesaban la Francia para llevar al Norte las mercancias de Oriente; pero cuando Felipe el Hermoso persiguió á los lombardos, se encontró sin dinero y falsificó las monedas y aumentó las contribuciones, prefirieron la via de Flandes, de Alemania ó del Océano. Halláronse entonces en relacion directa con Inglaterra, cuyos reyes, comprendiendo perfectamente lo muy importante que les era favorecer á los negociantes extranjeros, les otorgaron un juez en Lóndres para administrarles justicia sumaria, y el derecho de tener en las causas concernientes á ellos, un jurado compuesto por mitad de ingleses y de sus compatriotas.

La isla, que todavia no contaba con manufacturas, proveia de lanas á Flandes, que desde entonces se encontraba en íntimas relaciones con ella. Cuando los flamencos se sublevaron contra Luis de Dompièrre, su conde, y Felipe VI acudió en su socorro, supliendo estos mercaderes con fuertes armaduras y con la astucia, la falta de práctica militar, cayeron sobre el campamento del rey para apoderarse de su persona (1328), y ya estaban en su tienda, cuando sonó el grito de alarma: diez y seis mil de ellos cayeron en la pelea sin vida, y Flandes quedó sujeta nuevamente al yugo.

Dompièrre envió á más de quinientos de ellos al suplicio, y para auxiliar á la Francia mandó prender á todos los ingleses que se hallaron en las ciudades de Flandes. Por represalias procedió Eduardo en Inglaterra del mismo modo respecto de los flamencos; y con la prohibicion de esportar las lanas arruinó su comercio que era su vida. Reducidos entonces á la indigencia muchos operarios flamencos por falta de trabajo, trasladaron su paciente industria á Inglaterra, donde Eduardo los alentaba con halagos, á la par que el conde Luis se enajenaba cada vez más el pais por la preferencia que manifestaba hácia los franceses.

El rey cervecero, 1337.— Por último, el cervecero Jacobo Arteveld, rico ciudadano, matriculado en los cerveceros, poniéndose á la cabeza de los obreros se hizo tirano, y demostró la necesidad de una alianza con la Inglaterra, sin la cual tendrian que renunciar los flamencos á tejer. Si aun quedaban algunos escrúpulos en los ánimos para lanzarse á una rebelion contra el soberano, ahuyentólos Eduardo muy en breve, reproduciendo sus pretensiones al trono de Francia, y haciendo que el emperador de Alemania desconfiase de Felipe y declarase que perdia la proteccion del Imperio.

Principio de la guerra de 100 años.—En estas circunstancias procedió Eduardo como hubiera podido hacerlo un rey moderno. Preceptua el armamento de todos los hombres útiles de diez y seis á cuarenta años para la defensa de las costas, y á lo largo de ellas manda disponer señales. Señala un sueldo á los del pais de Gales, á quienes hace tomar un uniforme: se provee de piezas de artilleria; por último, aumenta los derechos de la corona con el beneplácito del pueblo y de los mercaderes. Tomadas estas medidas se traslada al continente (1339), donde adquiere parciales, prodigando la plata y el oro, *como si le lloviese de las nubes*. Luego se le ve en la plaza de Herk, donde estaba habitualmente el mercado de pan y de carne, el cual se habia adornado para aquella ocasion de tapices y de colgaduras, subir á un tajo de carnicero, cubierto de seda, y recibir con la corona

en la cabeza como vicario imperial el homenaje (2).

Batalla de Ecluse.— Comenzó por asediar á Cambray; pero la lentitud alemana, los miramientos feudales y las consideraciones astrológicas le dañaron sobremanera. Enseguida empeñó en la Ecluse (12 de junio de 1340), contra la escuadra francesa y genovesa el combate más terrible que se habia visto en el mar en el curso de muchos siglos. Allí perecieron treinta mil franceses, y por largo tiempo tuvieron los ingleses libre el paso al continente. Entonces Eduardo puso asedio á Tournay, cuna de la monarquia francesa, y envió á desafiar personalmente á Felipe VI, quien rehusó el cartel, acusando al que lo enviaba de felonia.

Hasta entonces la Bretaña armoricana habia permanecido ajena á las vicisitudes que agitaban al mundo, conservando sus antiguas costumbres. Hallábanse constituidos allí los castillos al estilo feudal, sin que por esto hubiera sido sujetado completamente á la servidumbre germánica el plebeyo: gente pobre y tosca, que ofreció después á la Francia tantos hombres valerosos y los tres grandes capitanes Duguesclin, Clisson y Richemond. No habiendo dejado el duque Juan III el Bueno por heredera más que una sobrina, allí tambien se invocó la ley Sálica, y temiendo los bretones que fuera á gobernarlos un duque extranjero, es decir, francés, se decidieron por Juan de Montfort, hermano de su último señor, quien, para sostenerse, prestó homenaje al rey de Inglaterra (3). Pero el rey de Francia le atacó é hizo prisionero. Juana de Flandes, su esposa, le reemplazó á la cabeza de los suyos, diciendo: «No es más que un hombre menos;» y continuó peleando por mar y tierra, sostenida por los ingleses, que hallaban en aquella provincia un precioso punto de recalada para ir contra Francia.

En fin, Juana de Valois, hermana de Felipe VI, consiguió desde lo interior de su convento ajustar una tregua. Segun los términos del tratado, debia devolverse la libertad á Montfort; pero Felipe VI le detuvo prisionero; hizo tambien dar muerte al valiente breton Oliverio de Clisson, porque hablaba elogiando á los ingleses; otros fueron igualmente acusados ó amenazados. Habiendo reducido Felipe las monedas á una quinta parte de su valor, é impuesto una gabela sobre la sal, á Eduardo se le ocurrió decir: «Reina verdaderamente por la ley Sálica:» y respondió á este epígrama, tratándole de mercader de lanas, y ambos se prepararon á pelear de nuevo. Pero en esto murió Juan de Montfort. Habiendo favorecido Arteveld á los grandes fabricantes con detrimento de los pequeños, irritó á estos últimos, que se sublevaron y le dieron muerte detrás de sus barriles de cerveza; de lo que resultó que Eduardo vió perdidas la Flandes y la Bretaña.

Aunque los normandos se hubiesen emancipado de Inglaterra hacia un siglo, los reyes de aquel pais los consideraban todavía como su herencia; pero ellos mismos no olvidaban que sus padres habian conquistado la Inglaterra, y se proponian nada menos que renovar la invasion de Guillermo el Bastardo. Sometieron su proyecto á Felipe, pidiéndole su hijo para jefe de la espedicion, ofreciendo ademas encargarse de todos los gastos: ya habian convenido entre sí los dominios que cada uno adquiriria por su parte, y de que debian despojar á los barones ingleses. Ignórase por qué no tuvo este proyecto consecuencia: de todos modos,

---

(2) Estos hechos los cuenta Froissart con una prolijidad que agrada á causa de las particularidades.

(3) La guerra de Bretaña es de las mas novelescas; el que la lea en Froissart se admirará de tantas empresas heróicas, costumbres, caractéres y acciones tan singulares. «El adversario de Monfort (dice Michelet, *Historia de Francia*, lib. V., c. I) era Cárlos de Blois, un santo, el segundo de la casa de Francia. Se confesaba por mañana y tarde: oia cuatro ó cinco misas al dia; no viajaba nunca sin un capellan que llevase pan, vino, agua y lumbre para decir misa en el camino; si pasaba un sacerdote se bajaba del caballo; fué muchas veces en peregrinacion á pié y descalzo andando por la nieve á San Ives, patron de Bretaña; se ponia chinas en los zapatos; no queria que se quitasen los insectos de su cilicio; se apretaba con tres cuerdas llenas de nudos, de modo que entraban en la carne, y causaba lástima; cuando oraba se daba tan fuertes golpes de pecho que se ponia lívido. Un dia se detuvo á dos pasos del enemigo para oir misa. En el sitio de Quimper corrian peligro sus soldados de ser arrebatados por la marea, y él dijo: *Si Dios quiere la marea no nos hará nada.* Por fin tomó la ciudad y fueron degollados muchísimos. Cárlos así que entró, corrió á la catedral á dar gracias á Dios y después mandó cesar la matanza.

»No tenia compasion ni de sí mismo ni de los demás; creíase obligado á castigar á sus adversarios como rebeldes. Cuando principió la guerra sitiando á Monfort en Nantes (1342), arrojó á la ciudad las cabezas de treinta caballeros. Monfort se rindió y fué enviado al rey, y este faltando á la capitulacion le encerró en la torre del Louvre.

«La condesa de Monfort (dice Froissart), que tenia el valor de un hombre y el corazon de leon, y estaba en Rennes cuando supo que habia sido preso su hermano, sintió el dolor y rabia consiguientes, y que cualquiera puede figurarse, porque pensaba que le quitarian la vida y no se contentarian con aprisionarle; pero aunque tenia el corazon henchido de dolor, no se portó como una mujer de pocos ánimos sino como un hombre acalorado y fiero, fortaleciendo á sus amigos y soldados y enseñándoles un hijo pequeño que se llamaba Juan, como su padre, les decia: *¡Ah! señores, no os desanimeis, ni os entristezcais por monseñor á quien hemos perdido; era un hombre solo; ved este pequeñin mio, que si Dios quiere será su vengador y os hará grandes bienes.* Sitiada después en Hennebon por Cárlos de Blois, quemó en una salida las tiendas de los franceses, y no pudiendo volver á entrar en la ciudad, se fué al castillo de Auray; pero pronto reunió quinientos hombres de armas, acometió de nuevo el campo de los franceses y volvió á Hennebon con grande alegria á son de trompetas y timbales.»

es cierto que la Inglaterra lo hizo publicar por todas partes, lo cual irritó estremadamente á la nobleza inglesa. Un mismo sentimiento de ódio contra los nuevos normandos reconcilió á los antiguos con los sajones, abandonóse la lengua francesa en los actos públicos, lo que contribuyó á fortificar la unidad nacional; todos pidieron á gran des gritos la guerra, y Eduardo la declaró (1346).

Batalla de Crecy.—Encontraron los ingleses á la Francia inerme desde que la buena adminstracion real habia hecho desaparecer las guerras privadas, y el pais, tan culto, fué asolado por las partidas mercenarias galas é irlandesas: Caen, Saint-Lo, Louviers, fueron saqueadas; pero avanzando Eduardo por el pais, pronto se halló rodeado por un numeroso ejército francés, y se consideraba ya perdido cuando se le indicó un vado del Somma. Alcanzólo Felipe en Crecy (26 de agosto). Los arqueros genoveses colocados en primera fila permanecieron inofensivos estando sus cuerdas mojadas; y mientras los franceses se arrojaban con un ardor que se asemejaba á la rabia, sin conservar ningun órden, los ingleses se mantuvieron firmes en su ventajosa posicion, y haciendo uso por primera vez de las piezas de artilleria de campaña, desbarataron la caballeria enemiga. Portáronse los señores franceses como héroes, pero una vez caidos, el peso de su armadura les impedia levantarse y eran asesinados por los puñales de los soldados de Gales y Cornualles. Once príncipes, ochenta abanderados, doscientos caballeros y treinta mil soldados quedaron en el campo de batalla. Al principio de la pelea, se anunció al rey de Inglaterra que su hijo Eduardo, de edad de trece años, se encontraba en gran peligro y que corriese á salvarle; pero él contestó que mientras estuviese vivo, no viniesen á requerir su ayuda, y que aun le correspondia ganar sus espuelas. En efecto, desde este dia el jóven Eduardo fué terrible á los franceses, bajo el nombre el Príncipe Negro.

Esta batalla, que señaló el triunfo de la infantería sobre la caballeria, de la nueva táctica sobre la antigua, de las tropas mercenarias sobre los ejércitos feudales, tuvo por consecuencia la toma de las ciudades marítimas. Calais, donde se abrigaban numerosos corsarios, fué tomada despues de una tenaz resistencia, y poblada de ingleses que por espacio de doscientos diez años conservaron esta llave de la Francia.

Peste negra.—Aunque una tregua hizo suspender las hostilidades, el desaliento reinaba en todas partes, aumentado por los estragos de la terrible peste que asoló entonces á la Europa bajo el nombre de peste negra (1348). Se desarrolló en Egipto y Siria con tal furor, que perecieron en el Cairo de diez á quince mil personas por dia; Gaza perdió en seis semanas veinte y dos mil con casi todos los animales. El árabe Kara-Caleb, despues de haber comparado los muertos á las arenas del mar, evalúa su número en cien millones. El comercio introdujo el azote en Chipre; y temiendo los musulmanes que los esclavos no se aprovechasen del desórden para rebelarse, pensaron en darles muerte, cuando de repente la tierra tembló y los bajeles fueron sumergidos; aquellos que huian de la enfermedad fueron sepultados en los abismos: además, el huracan lanzó al mar innumerables langostas, cuyos cadáveres, rechazados á la playa, acabaron de infestar el aire. La Grecia permaneció mucho tiempo cubierta de una espesa niebla.

De allí pasó la peste á Italia, donde cortó preciosas vidas, pudriéndose las mieses sin cogerlas. Venecia perdió cien mil habitantes y Florencia otros tantos. En Pisa murieron siete de cada diez; en Siena, ochenta mil en cuatro meses, cuarenta mil en Génova, ciento sesenta mil en Roma y otros tantos en Nápoles, y en todo el reino quinientos treinta mil. En muchos puntos no quedó más que una décima parte de los habitantes; no sobrevivió en Trápani ni uno solo. Pasó después el azote á España y Francia, donde sólo en París morian quinientas personas diarias; después en el año siguiente invadió la Inglaterra, donde por espacio de nueve años se llevó 50,000 cada año; á Islandia que quedó despoblada; á Alemania y á Holanda, donde fué precedida de terribles terremotos y extraordinarias lluvias; decíase que habia perecido la tercera parte de Europa. Comenzaba el mal con una fiebre muy violenta, á la que seguia el delirio, el estupor y la insensibilidad. La lengua y el paladar se ponian lívidos y el aliento fétido. Gran número de personas eran atacadas de una violenta peripneumonia acompañada de hemorragias instantáneas, y manchas negras indicaban la gangrena. La mayor parte perecian en el mismo dia; si aparecian abscesos en el cuerpo, el enfermo se salvaba; pero no se conocia ningun remedio en lo humano.

Los disciplinantes.—La desgraciada Alemania tenia tambien sobre sí una escomunion; de modo que á esta horrible muerte, veian suceder una condenacion segura. Concedió el papa indulgencias á aquellos que se dedicasen al cuidado de los enfermos. Un documento asegura que sucumbieron 124,434 frailes franciscanos; pero se confundieron los escesos de devocion, de locura y de libertinaje. Bandas de disciplinantes recorrian las ciudades y campos azotándose hasta derramar sangre, cantando salmos y letanias. Dió principio esta costumbre en Alemania; y doscientos de aquellos fanáticos, que habian venido de Suecia á Spira, se colocaron en círculo al rededor de la iglesia, y vestidos sólo con los calzoncillos se paseaban uno detrás de otro, cruzados los brazos, para recibir del vecino la disciplina, que devolvia á su vez; todo esto con actos de fe, adoraciones y cantos en lengua alemana. Uno de ellos se puso después á leer una carta, que decia llevada por un ángel á la iglesia de San Pedro en Jerusalen. Ahora bien, esta carta anunciaba que Cristo estaba irrirado contra el mundo por sus pecados; pero que por intercesion de la Vírgen Maria, queria conceder

misericordia á los hombres, á condicion de que cada uno permaneciese fuera de su casa por espacio de treinta y cuatro dias azotándose. Se les hacia buena acogida y se les daba dinero para comprar cirios y cruces. De dia se azotaban públicamente por mañana y tarde, y de noche en secreto, se abstenian de tener ninguna relacion con mujeres y dormir en colchones. En viaje, no se detenian más que una sola noche en cada parroquia, escepto la noche del domingo. Su traje era negro con cruces rojas por delante y por detrás, como tambien sobre el gorro, y disciplinas colgadas de la cintura. Muchas persouas se unian á ellos en el camino, jurando obedecer á los jefes durante treinta y cuatro dias. Debian tener por lo menos cuatro dineros diarios para gastar, haber recibido la absolucion y comulgado, haberse reconciliado con sus enemigos y obtenido el consentimiento de sus mujeres.

Pasaron los disciplinantes después á los Paises Bajos, Francia é Italia; pero no era posible evitar los desórdenes en semejante tropel, sobre todo cuando las mujeres quisieron mezclarse á él; habia supersticiosos fanáticos que libraban de los demonios y absolvian confesándose unos á otros. Por lo tanto, el papa reprobó estos excesos mandando que fuesen denunciados; el rey Felipe les prohibió que entrasen en Francia so pena de muerte (4).

Mientras unos se entregaban á estos excesos de devocion, otros se daban al libertinaje queriendo gozar de la vida que se les escapaba; algunos rodeándose de un asqueroso egoismo, como los amigos de Bocaccio, cerraban sus oidos á las desgracias públicas buscando placeres momentáneos.

---

(4) Esta costumbre no era nueva, ni desapareció entonces. El año 1260, hombres y mujeres procesionalmente recorrian las calles disciplinándose hasta derramar sangre; iban hasta cien mil de lugar en lugar, aconsejando la paz y á los usureros la restitucion. Treinta mil boloñeses pasaron á Módena cantando laudes; y encontrados por los modeneses en Casteleon, se disciplinaron juntos en San Geminiano, y despues de haber recibido allí hospitalidad se retiraron á sus casas. Aquella devocion descompuesta y escandalosa no agradó á algunos tiranos; Oberto Palavicino, Obizzo de Este, los Torriani de Milan, Manfredo de Sicilia, levantaron horcas para castigar al desgraciado que penetrase en sus Estados. Tambien los ferrareses hicieron un estatuto contra ellos; pero en otros lugares dejaron huellas de su costumbre, instituyendo hermandades con estandartes y divisas, bajo las cuales hacian penitencia. Despues en 1334, Fr. Venturino de Bérgamo, de la órden de Predicadores, llegó hasta Roma seguido de diez, y segun algunos, de treinta mil hombres que llevaban una camiseta larga hasta media pierna, y encima un capotillo azul que llegaba hasta la rodilla, medias blancas y borceguíes de cuero hasta media pierna; en el pecho una paloma blanca con el ramo de olivo en la boca; en la mano derecha el bordon y en la izquierda el rosario. Así los pinta el anónimo romano. Antonio Flaminio, forocorneliense, dice que llevaban un vestido blanco y sobre él otro azul casi negro, y dos cruces, una blanca y otra roja de paño; á la izquierda una paloma con el ramo de olivo, en el pecho la *Tau* y en la mano un baston sin contera como los peregrinos, y una cuerda con siete nudos. No agradó al papa esta procesion, y Fr. Venturino fué puesto en el tormento y encarcelado.

Volvieron á presentarse en 1399 estos excesos de devocion. La Vírgen que se apareció á un campesino en Irlanda, le enseñó que el mejor preservativo de la peste y de las guerras eran estas procesiones, y con este motivo vestidos de blanco, cubiertos con una capucha, distinguiéndose los hombres de las mujeres solo por una cruz roja, se pusieron en camino de tres en tres, después de haberse confesado, de pedir perdon si habian ofendido á alguno, de perdonar las injurias recibidas y de restituir lo que injustamente poseyesen. De este modo recorrian por lo menos tres iglesias diariamente por espacio de nueve dias; al llegar á un pueblo cantaban oraciones, el *Stabat Mater*, y y después tres *Misereres* al entrar en la iglesia. Estos nueve dias hacian vida de Cuaresma; no dormian en cama, ni se desnudaban, y muchos andaban descalzos; al concluirse este novenario enviaban á las ciudades próximas una invitacion para que en nombre de la Vírgen Maria imitasen aquella devocion.

De Irlanda pasaron á Inglaterra, á Francia y después á Génova, á Lombardia, á Toscana y al resto de Italia, llevando á todas partes paz y concordia y prodigando sermones y milagros. Francisco Sacchetti habla en un capítulo de los de Florencia. A Milan «vino un gran número de hombres, mujeres, jóvenes, niños de ambos sexos, de todas condiciones, todos descalzos, envueltos de piés á cabeza en lienzos blancos, que apenas dejaban descubierta la frente; á ellos se reunieron los habitantes de las ciudades y aldeas, de las cuales salieron todos; visitaban ocho dias seguidos tres iglesias de la ciudad y comunmente en una de ellas hacian celebrar una misa cantada; en todos los caminos en cruz que encontraban, se echaban á tierra pidiendo tres veces misericordia, y despues cantaban el *Padre Nuestro*, el *Ave Maria* y otros cánticos, compuestos por san Bernardo, ó letanias y otras oraciones. Al llegar á una ciudad ó aldea, los que eran habitantes de ella, se separaban de sus compañeros y entraban invitando á que tomasen el hábito, de manera que algunas veces se reunian mil, y algunas hasta mil y quinientos. Se celebraron infinitas reconciliaciones, se dieron muchas limosnas, y algunos hicieron verdadera penitencia» (Corio).

En aquellos nueve dias en Pádua no se cometió deshonestidad alguna, ni hubo pendencia de ninguna clase; los niños de un año, vistiéndoles de blanco, ya no lloraban, y las procesiones duraban desde la aurora hasta las dos de la tarde, llegando el número de ellos hasta tres mil y seiscientos; despues reunidos en el prado del Valle, presentaron un espectáculo maravilloso. *Chron. Patav. ad an.* 1399. *Ap.* Mur. *Ant. ital. medii ævi* IV.

En las *Memorias históricas* de Rinuccini, en julio y agosto de 1399 se lee:

«En tiempo de estos priores se vió una cosa nueva y muy estraña y digna de admiracion y de memoria, y fué que hácia el Piamonte y por toda Lombardia y en Toscana, y casi toda Italia, muchísimos hombres y mujeres, grandes y pequeños y niños, se vistieron de lienzos blancos sobre los demás vestidos, con cruces rojas en el pecho y en la cabeza, andando descalzos con gran devocion, disciplinándose, ayunando, absteniéndose de la carne y llevando un crucifijo delante de su parroquia en grandísimas turbas. Todos los pueblos cantaban laudes en verso, así en latin como en italiano, gritando: *Misericordia y paz á Nuestro Señor y á Nuestra Señora*, por espacio de nueve dias con-

Si fué aflictivo el reinado de Felipe con estos desastres, al menos pudo redondear el reino, añadiéndole nuevas adquisiciones, principalmente el Delfinado (1388); pero receloso con respecto al saber y pródigo en medio de tan grandes necesidades, no se concilió el amor de sus súbditos.

Juan el Bueno.—Juan II, su hijo, ascendió al trono en el momento en que el pais estaba amenazado por los ingleses (1350), y conmovido interiormente por Carlos II, rey de Navarra, llamado el Malo, que manifestaba pretensiones á la corona por parte de las mujeres. Juan, llamado sin razon el Bueno, comenzó por dar muerte á Rodolfo de Brienne, conde de Eu y de Guines, condestable de Francia, sospechoso de inteligencias con el rey de Inglaterra. Este secreto procedimiento le enajenó los ánimos indignados al ver al rey dirigir la misma acusacion contra todos aquellos de quienes queria desembarazarse. Estrechado por la necesidad de dinero, cortaba el árbol para coger el fruto. Hacer bancarota, acuñar moneda falsa, aumentar ó disminuir su valor, hasta diez y seis veces en un año, confiscar los bienes de los lombardos, todo esto le parecian espedientes admirables; todo ello no era para acumular tesoros, sino para hartar á los nobles y favoritos (5). Se habia establecido en tiempo de su padre una ley fundamental, importante en demasia (1338) que decretaba que no se estableceria ningun impuesto sin el consentimiento de los Estados Generales. Habiendo convocado Juan el Bueno para este efecto á los Estados de la lengua de *oil* (1355), obtuvo una leva de treinta mil hombres de armas, es decir, de noventa mil combatientes, para cuyo sostenimiento se impuso una gabela sobre la sal, y ocho dineros por libra sobre el importe de las ventas. En cambio renunció á varias clases de exacciones prometiendo aun más; lo cual hizo que los diputados se lo concediesen, además de una capitacion general (6).

Batalla de Poitiers.—La perfidia hizo que se rebelase la Normandia, y el príncipe Negro que entonces recorria la Francia, se apresuró á acudir á aquel lado. Pero se encontró en tan crítica situacion cerca de Poitiers, que si el rey se hubiese contentado con cercarle, se hubiera visto reducido á capitular. Encontrábase además Juan á la cabeza de un ejército cuádruple del suyo; tenia consigo á sus cuatro hijos, su hermano y los más ilustres barones del reino (19 de Setiembre). Ardian los señores franceses en deseos de pelear en primera fila y de dar pruebas de valor, aun cuando les costase la vida: el rey habia instituido la órden de la *Noble casa*, cuyos miembros se comprometian á no ceder nunca al enemigo más que cuatro yugadas de tierra y hacerse matar antes que huir. Parecia, pues, cierta la victoria; sin embargo, seis mil de los franceses más valientes cayeron en la pelea, y el mismo rey se vió obligado á rendirse con su hijo Felipe; diez y ocho condes y más de ochocientos barones y caballeros quedaron prisioneros.

Si en esta guerra el pueblo se veia vilipendiado, los señores eran tratados con cortesía caballeresca; todo eran fiestas, banquetes y cacerías, en las que él enemigo hacia los honores. Los prisioneros hechos en Poitiers quedaron en libertad, bajo su palabra de que volverian para Navidad con los grandes rescates prometidos. El príncipe Negro trató como rey á aquel Juan á quien hasta entonces habia negado el título; hasta quiso servirle á la mesa, diciendo de sí mismo que no era digno de sentarse con tan gran príncipe y tan valiente soldado (7). Juan fué recibido en triunfo en Lóndres,

---

secutivos, sin dormir en cama, yendo los de Florencia á Arezzo y á Cortona, y á otros muchos puntos; los de otros pueblos iban á Florencia, y así en toda Italia. Y lo admirable era que en estos viajes no hacian daño ninguno, ni en los frutos ni en ninguna otra cosa; compraban todo lo necesario; hacian renacer la paz y concordia entre muchos señores, y aun se hicieron paces entre personas enemistadas á causa de homicidios. Fué esto una cosa admirable y digna de perpétua memoria; anuncio de la mortandad que vino despues; y aquel año se llamó año de los Blancos.»

Entonces se multiplicaron en todas partes las hermandades que visitaban las iglesias y acompañaban el Viático, propagándose especialmente las de San Vicente Ferrer y San Bernardino de Siena. Varchi en su tiempo hace mencion de setenta y cinco sólo en Florencia. Muchas personas en sus últimos momentos, se hacian poner las divisas de una hermandad, y así se extendió su devocion entre los seglares.

(5) Segun la tarifa del rey Juan (1350), los labradores debian tener 12 dineros, y los artesanos de la ciudad de 26 á 32 dineros, esto es, un franco y 2'50 valor medio. La tarifa francesa de 21 de abril de 1332, fija al labrador jornalero 1,50 francos en las ciudades mas ricas, y hasta 30 céntimos en ciertos municipios DEGERANDO, *De la bienfaisance publique.*

(6) Cada lanza costaba treinta sueldos diarios, es decir, 6 pesetas y 60 céntimos.

(7) «Cuando llegó la tarde, el príncipe de Gales dió de cenar al rey de Francia y á monseñor Felipe, su hijo, y á monseñor Jacobo de Borbon y á la mayor parte de los condes y barones de Francia que estaban prisioneros. Y sentó el príncipe al rey de Francia y á su hijo monseñor Felipe, á monseñor Jacobo de Borbon, monseñor Juan de Artois, al conde de Tanquerville, etc., á una mesa muy alta y bien cubierta; y todos los barones y caballeros en las otras mesas. Y servia siempre el príncipe delante de la mesa del rey, y en todas las otras mesas, tan humildemente como podia. Ni nunca quiso sentarse á la mesa del rey, por más ruegos que el rey le hizo; así decia siempre que no se hallaba á tanta altura que le perteneciese sentarse á la mesa de tan alto príncipe y tan valiente hombre como el cuerpo de él lo era, y como habia manifestado en la jornada...

»Y siempre se arrodillaba delante del rey, y decia de este modo: *Señor amado, no querais darme mala acogida, aunque Dios no haya permitido hoy vuestra voluntad; porque ciertamente mi señor padre os hará tanto honor y amistad como pueda, y concordará con vos tan razonablemente, que permanecereis buenos amigos juntos y para siempre. Y me parece que teneis gran razon para regocijaros, aun*

donde se le asignó por prision el palacio y parque de Windsor, con la facultad de recibir en él á todos los que quisiera (8).

Poseida Francia de espanto, veia ya á París en poder del enemigo; y aunque el delfin Cárlos reparase en el puesto de lugar-teniente general del reino lo que habia habido de desleal y de débil en su anterior conducta, hasta el punto de merecer el sobrenombre de Sabio, empeoraban cada vez más la situacion del pais disturbios y revueltas intestinas. Mostráronse dóciles los Estados del Languedoc, suministrando tropas, ordenando que durante el cautiverio del rey no usaran los hombres ni las mujeres oro, plata, perlas, ni pieles de lujo, como tampoco capuchas ni otros adornos, y prohibiendo á todo juglar ó menestral que ejerciera su arte.

Estéban Marcel.—Se habian hecho poderosos los Estados generales, desde que votaban el impuesto y nombraban comisarios para su recaudacion; pero habiendo decaido y muerto la primera nobleza, la inferior era despreciada como un lujo inútil, y los diputados del pueblo, diciendo que estaban descontentos del rey, y más aun del delfin, por el mal uso que hacian del dinero, excluyeron de la deliberacion á los diputados de éste como un obstáculo, y propusieron quitar muchas personas que eran tenidas por causa de todos los males, y alejar al rey de Navarra; en fin, tanto quisieron hacer, que el Delfin disolvió la Asamblea. Pero Estéban Marcel, demagogo y astuto, mandando cerrar todos los talleres, y obligando á los operarios á armarse, impuso al delfin el deber de volver á reunir los Estados, que depusieron á los ministros odiosos al pueblo, escogieron otros para dirigir los negocios del gobierno, cambiaron los funcionarios y trabajaron por el bien del pais.

El rey Juan, á quien hacian olvidar que se hallaba prisionero los honores de que se veia rodeado, anuló aquellos actos; pero de resultas se fomentaron los disturbios de tal manera, que hubo necesidad de recurrir á las armas. Retiráronse la nobleza y el clero de los Estados Generales; los demócratas se unieron á Cárlos de Navarra, perpétuo enemigo de los Valois, quien, apenas salió de su encarcelamiento, anduvo pregonando sus méritos, la injusticia de los hombres, la deslealtad de sus amigos, y pidió que se pusiera en libertad á una turba de asesinos, de envenenadores, de falsarios y otros miserables, con cuya ayuda meditaba hacerse rey de Francia. El delfin se vió obligado á consentir en todas estas exigencias. Por divisa tomaron los demócratas el gorro rojo y azul turquí y el mote *Por el bien:* y su número se aumentó de dia en dia con su audacia. Marcel se adelantó un dia hasta cerca del delfin: «Señor, no os espante lo que vais á ver,» le dijo; y dirigiéndose á los que le seguian, añadió: «Ejecutad aquello á que habeis venido.» Y degollaron á dos ministros que habian administrado justicia. Asustado

---

cuando la jornada no haya redundado en vuestro beneficio, pues hoy habeis conquistado el nombre de proeza por vuestra parte y escedido á todos los mejores. No digo esto por burlarme de vos, mi señor amado; porque todos los de nuestra partida que han visto á los unos y á los otros, han confirmado en esto á ciencia plena, y os conceden el premio y el rosario si quereis llevarlos.

»En este punto comenzose á murmurar y dijeron entre sí franceses é ingleses que el príncipe habia hablado noble y oportunamente. Rogáronle con instancia, manifestando comunmente que le tenian y le seguirian teniendo por gentil señor, si podia durar y vivir largos años y perseverar en tal forma.» FROISSART.

(8) «Habiendo conducido el duque de Gales y los demás barones al rey de Francia, á su hijo y á los otros barones presos en la batalla, á la isla de Inglaterra, dieron aviso de su llegada al rey Eduardo. Inmediatamente hizo éste que se congregaran en Lóndres los barones, los caballeros de armas y los ciudadanos más distinguidos de toda la isla, queriendo hacer singular fiesta en honor del rey de Francia, por su llegada: hizo de modo que todos los caballeros se vistieran de corto, así como los escuderos y ciudadanos. De consiguiente, cada uno de ellos, por agradar al rey, se esforzó en presentarse con dignidad y lujo; y se les ordenó á todos que salieran al encuentro del rey de Francia y le trataran con sumo respeto, haciéndole honor y compañia. El rey Eduardo en persona, vestido de corte con algunos de sus más altos barones, habiendo preparado una gran caceria en un bosque del camino fuera de Lóndres, envió á toda la susodicha caballeria al encuentro del rey de Francia. Cuando se aproximó éste, saliendo de la selva el rey de Inglaterra por medio del camino, se acercó al rey de Francia, y quitandose la capucha le dijo al saludarle, después de haberse inclinado con respeto: *Muy querido primo, sed bien venido á la isla de Inglaterra:* el rey le respondió, bajándose tambien la capucha, que era bien hallado. Enseguida el rey de Inglaterra le invitó á la caza; y él le dió gracias por ello, diciéndole que no era ocasion oportuna. Entonces el rey repuso: *Podeis hacer lo que querais en la caceria ó en el camino.* Se lo agradeció el rey de Francia; y habiéndole dicho el rey Eduardo, *Adios, querido primo,* volvió á internarse en la selva para continuar la caza. Seguido el rey de Francia de toda la compañia de los ingleses, fué conducido con gran fiesta á la ciudad de Lóndres, montado en el mejor caballo de la isla, de raza española, régiamente enjaezado y tenido de la brida y de la silla por los barones. Fué así llevado con demostraciones de grande honor por todas las buenas calles de la ciudad, dispuestas y adornadas para aquella ceremonia real, á fin de que pudieran verle todos los ingleses grandes y pequeños, mujeres y niños. Después se le condujo con esta solemnidad fuera de la ciudad á la real morada. Allí estaba preparada la comida sobre una mesa magnificamente guarnecida de oro, de plata y de objetos preciosos, y cubierta con delicados manjares: fué recibido y servido realmente. Todos los demás barones, así como el hijo del rey, que estaban prisioneros, fueron honrados segun su categoría el mismo dia, que fué el 24 de Mayo del susodicho año. Esta alegria singular y esta gran fiesta hicieron prestar más entera fe á la conclusion definitiva de la paz: pero los que quieran observar la verdad del hecho, reconocerán en esta demostracion un aumento de miseria para uno de los reyes, y un aparato de esplendor para el otro.» MATEO VILLANI, VII, 66.

el delfin se arrojó á sus plantas, y Marcel le salvó la vida cubriéndole con su gorro azul y rojo.

Por el momento se prestó el delfin á todas sus voluntades; pero apenas cumplió veinte y un años, se hizo nombrar regente, fingiendo que secundaba á aquella arbitraria faccion. Convocó los Estados Generales en Compiègne, donde se dirigieron en mayor número los diputados de la nobleza y del clero, atendido á que allí se encontraban más seguros. Se desaprobó todo cuanto en París se habia hecho, y el delfin rehusó tratar con esta ciudad si no se le entregaban los jefes turbulentos.

Marcel tenia por objeto sustituir á la aristocracia feudal con las magistraturas ciudadanas; pero no guardaba miramientos más que á los ciudadanos, sin acordarse de los campesinos y de la nobleza inferior, lo cual era para muchos una causa de descontento; así tuvo que hacer que se nombrara á Cárlos el Malo capitan de la milicia (1358). Reforzado el delfin por los nobles, que detestaban el partido demagogo, marcha sobre París. Cárlos entabla conferencias, lo cual le hace perder la confianza del vulgo, que no admite la moderacion, y es destituido. Marcel urde una trama para entregarle París, otros se oponen á la entrega; se traba el combate y Marcel muere. Entonces, en el primer furor, son asesinados los facciosos ó perseguidos criminalmente, y el delfin vuelve á entrar en París como soberano; ¡desdichada de la Francia, si el rey Eduardo no hubiera sido detenido á la sazon en Inglaterra por los asuntos de su nacion!

Entre tanto las bandas mercenarias que habian sido licenciadas, devastaban el pais; y vacilante el gobierno entre el rey, los Estados y la municipalidad de Paris, era impotente para reprimirlas. Seria imposible describir el espanto que infundian aquellos hombres de armas, que muy diferentes de los antiguos caballeros parecia que habian tomado por tarea oprimir al débil. En Paris, no se atrevian ni aun á tocar las campanas, por miedo de que el ruido no estorbara oir la aproximacion del enemigo. Todavia era peor fuera: los campesinos ribereños del Loira pasaban la noche en las islas ó en los bateles, y los de Picardia en grutas subterráneas, donde se encerraban con sus rebaños, y donde las mujeres y los niños permanecian semanas y aun meses enteros.

El Norte de la Francia estaba agitado por la liga de los plebeyos llamada la *Jacqueria* (9). Una vez desmoronado el trono, que hasta entonces habia sido refugio del pueblo, este permanecia espuesto á la tirania de los nobles, que querian indemnizarse á su costa de lo que ellos estaban obligados á pagar: *Jacques Bonhomme* (10) *es un animal paciente*, decian los señores y gente de armas, y ellos le rescataban, le saqueaban, le atormentaban, para sacarle dinero; después le daban muerte para no ser aturdidos con sus quejas. Pero este paciente animal se enfureció y mordió. No anhelaba una emancipacion política, como el pueblo de Paris, sino una sed de venganza contra una casta tiránica, una rabia unánime por esterminar lo que tanto les habia hecho padecer; así prenden fuego á los castillos, asesinan á los nobles, ultrajan á sus mujeres é hijas, se revisten grotescamente con sus vestidos y títulos, asan á uno de ellos y se lo dan á comer á su esposa é hijas. Se les pregunta por qué insultan á las leyes divinas y humanas, y contestan: *Nada sabemos, hacemos lo que hemos visto hacer á los demás*, añadiendo que quieren esterminar de la superficie de la tierra toda raza de nobles y caballeros, para destruir hasta el germen (11). Esta era, pues, la suprema lucha de los últimos caballeros, que vanamente heróicos, sucumbian á las masas populares. Pero reuniéndose otros de todas partes y de todas las naciones en derredor de Cárlos el Malo, derrotan á esta indisciplinada turba, dan muerte á Carlos su jefe, y sofocan la voz del pueblo con la sangre que derrama el verdugo. Habiendo asolado después Carlos las provincias del Norte, se dirigió á los ingleses.

Desamparada la nacion se unió al delfin, que estableció algun orden en el gobierno. Sin embargo, deseoso el rey Juan de obtener su libertad, prometió todo lo que quiso Eduardo; pero sus exorbitantes concesiones fueron desechadas por los Estados Generales, que estaban más dispuestos en favor de la guerra que de la paz (12). En consecuencia, habiendo reunido Eduardo cien mil hombres de todos los paises en Calais (13), asola el

(9) «Porque algunas gentes de los pueblos campestres de Francia se reunieron sin jefe, y se pusieron cien hombres los primeros, y dijeron que todos los nobles del reino de Francia, caballeros y escuderos, hacian traicion al reino, y que seria un gran bien que se les destruyera. Y cada uno de ellos dijo: *Infamado sea aquel por quien quede que los nobles sean destruidos*. Reuniéronse, y sin otro consejo ni armadura, á escepcion de ferrados palos y cuchillos, se pusieron en marcha.» FROISSART. lib. II, p. 2, c. 65.

Véase NAUDET.—*Conspiracion de Estéban Marcel ó Historia de los Estados Generales.*

(10) *Jacques Bonhome* es la personificacion del vulgo francés, así como *John-Bull* delinglés.

(11) FROISSART, III, 297.

(12) «Mas valia que el rey Juan permaneciese aun en Inglaterra.» FROISSART.

(13) «Debeis de saber que los señores de Inglaterra y los ricos homes, llevaban en sus carros tiendas, pabellones, molinos, hornos para cocer y fraguas para forjar herraduras para los caballos y las demás cosas necesarias; y para todo esto llevaban consigo ocho mil carros tirados cada uno por cuatro rocines buenos y fuertes que habian sacado de Inglaterra. Habia además en estos carros varias barquillas y bateles pequeños, hechos y acomodados tan bien, de cuero, que en verdad era una maravilla verlo; y cabian bien tres hombres dentro para hacerlos vogar en un estanque ó un vivero por grande que fuese y pescar á su voluntad, lo que les servia de mucho en todo tiempo y en cuaresma á los señores y gentes de Estado; pero los comunes se pasaban con lo que encontraban. Y con esto tenia el rey para sí treinta halconeros á caballo encargados

Norte y ataca á Reims, donde pretendia hacerse coronar. Se acerca á Paris ostentando su magnificencia y fuerza, al paso que el delfin se obstina en permanecer en la inercia. En fin, los legados del papa verifican la conclusion de una paz, que fué firmada en Bretigny. Por aquel tratado, la Francia cede al monarca inglés la soberania de la Guyena y de otras varias provincias, comprometiéndose á pagar tres millones de escudos de oro (166 millones de pesetas) por el rescate del rey Juan. A Cárlos el Malo se le concede el perdon, prestando juramento de fidelidad.

La desgracia habia enseñado la prudencia al rey Juan. Con objeto de reunir su rescate, permitió á los judios volver á Francia por veinte años. Obtuvo del Papa los diezmos sobre el clero y las ciudades le concedieron donativos; Juan Galeazo Visconti le dió sesenta mil florines de oro por la mano de una de sus hijas (14). Inventáronse nuevas contribuciones, sin contar la alteracion acostumbrada en la moneda. Pero las devastaciones no cesaron con la guerra; en efecto, las tropas licenciadas se convirtieron en partidas que vivian á discrecion en el pais. Bajo el nombre de rezagadas asolaron provincias enteras, impusieron enormes contribuciones y derrotaron á las tropas enviadas contra ellas por el rey. En fin, asustado el mismo Papa en su residencia de Aviñon, ofreció sesenta mil florines de oro al marqués de Monferrato para tomarlos á su servicio, y así lo hizo; los demás se retiraron á la Guyena ó Guiena.

Era muy dificil en semejante miseria ejecutar el tratado de Bretigny; queria sin embargo el rey Juan su cumplimiento, diciendo: «Si la justicia y la buena fe estuvieran desterradas de la tierra, deberian encontrarse en los labios y en el corazon de los reyes.» Su hijo, el duque de Anjú, uno de los rehenes, habiendo encontrado el medio de fugarse, y no pudiendo Juan determinarle á volver á Inglaterra, volvió á Lóndres para constituirse en prisionero. Pasó aun algun tiempo en juegos y fiestas, que hacian prefiriese su cautiverio á la penosa tarea de reinar en Francia, y murió en su prision (1364). Fué un príncipe caballeresco y nada más; bueno tal vez para una época en la que se hubiese calculado y especulado menos, más para la suya fué muy dañoso á la Francia. Al paso que sus predecesores se habian esforzado en unir el territorio francés él adjudicó el ducado de Borgoña, vacante entonces, á su cuarto hijo Felipe el Atrevido, que por su matrimonio juntó Flandés. Nevers, Retel, Malines, Ambères, creando de esta manera una poderosa oposicion, que arrastró á la Francia á aquella guerra con el imperio, que no cesó nunca.

Cárlos V.—La muerte de Juan permitió á Cárlos V obrar con más libertad. Llegado á la edad de hombre, aleccionado por las circunstancias, supo refrenar la impetuosidad francesa; y enfermo como estaba, hasta el punto de verse obligado á estar continuamente envuelto en pieles, hizo que Eduardo dijese: «Nunca rey ha usado menos la armadura y me ha dado más que hacer.»

Duguesclin.— Tenia en ello menor parte su mérito que la felicidad y la buena eleccion de su padre, que habia colocado á su lado al famoso breton Bertran Duguesclin Tosco de cuerpo y rodeado de hermanos, llegó Bertran á ser tan duro y áspero como el que es tratado con injusticia, y no pudiendo esperar el amor de las mujeres, resolvió señalarse por su valor. Habiéndole prohibido su padre acudir á un torneo que debia verificarse en Rennes, toma un rocin, y armado lo mejor que pudo, se presenta en él de incógnito. Las proezas de que es testigo le hacen suspirar y entusiasmarse hasta que viendo á un caballero que se retira de la liza, le sigue y le suplica le preste sus armas y su caballo. Cuando los obtuvo, se presenta en campo cerrado, y derriba uno tras de otro doce caballeros. Habiéndosele roto la visera fué reconocido por su padre, cuyas alabanzas coronaron su triunfo (15).

Fué el principio de una vida de aventuras. Como los antiguos héroes, dirige primero sus miradas hácia Oriente; pero después combate en su patria, y el grito de *¡Nuestra Señora Guesclin!* es el terror de los invasores de la Francia. Una vez penetra en un castillo fuerte, disfrazado de viñador y prepara la entrada á sus compañeros. Otra vez sube con tres de ellos el puente del castillo de Fougeray, llevando cada uno á cuestas un haz de ramas, como leñadores que venian del monte. Arrojando entonces sus haces de modo que no pudiera levantarse el puente, sacan las armas, y pelean hasta la llegada del ejército. Fué tomada la fortaleza y los vencedores se sientan á la mesa servida para los otros.

Los ejércitos se componian entonces de hombres de armas pertenecientes á las posesiones de la corona, ó que los grandes vasallos estaban obligados á proporcionar al rey, y de hombres libres que convirtiendo la guerra en un oficio, vendian su espada á quien la pagaba por un tiempo y bajo condiciones determinadas, sometiéndose inmediatamente ó al rey ó á un capitan que por una suma estipulada tomase sobre si la empresa,

---

de los pájaros, y sesenta traillas de perros y otros tantos lebreles, con los que iba todos los dias á caza ó al rio, segun le agradase; y habia varios señores y ricos homes que tenian sus perros y pájaros como el rey, y tenian cada uno su partido dividido en tres partes, y cabalgaba cada uno por sí.» FROISSART, I, 2.

(14) Mateo Villani es el único que lo asegura.

(15) DE FREMENVILLE. *Hist. de Bertrand Duguesclin.* Paris, 1841, en 8.°. Charrière en la *Coleccion de los documentos inéditos sobre la historia de Francia* ha publicado una crónica de Duguesclin, por CUVELIER, trovador del siglo XIV, 2 tomos en 4.°.

como si dijéramos el arrendamiento. Como la obligacion del servicio feudal estaba reducida comunmente á un pequeño número de dias, los reyes estaban obligados, cuando querian emprender largas espediciones y ser obedecidos, á recurrir á tropas mercenarias, tanto como lo permitian los estrechos límites de sus rentas. Una vez hecha la paz, acostumbradas estas gentes á guerrear, no podian entrar en ninguna de las clases de que se componia la sociedad; encontrábanse, pues, con ella en estado de abierta hostilidad, infestando los caminos, tiranizando las aldeas y hasta las mismas ciudades, bajo el mando de capitanes aventureros que pertenecian á veces á familias distinguidas.

Adoptó, pues, tambien Duguesclin el oficio de jefe de banda, y se hizo adorar de sus soldados, á quienes dejó saquear y entregarse á todos los escesos. Los mismos enemigos admiraban su valor. Eduardo quiso verle, y Duguesclin se presentó delante de él, diciendo que estaba á sus órdenes, con tal que no le mandase nada contra su jefe.—*¿Y cuál es vuestro jefe?—Monseñor Cárlos de Blois, á quien pertenece de derecho el ducado de Bretaña.—Maese Bertran, antes que sea lo que decís, cien mil vidas costará.—Tanto mejor; los que queden tendrán los vestidos de los demás.* Echáronse á reir, y el héroe breton fué honrosamente tratado. En el momento en que iba á marchar, se presenta á él Guillermo Bembré, uno de los ingleses más valientes, que le dijo: *En la toma de Fougeray, habeis muerto á uno de mis parientes, quiero vengarle y romper tres lanzas con vos.—Aun que sean seis,* responde Duguesclin. Vístese la armadura, y antes de llegar á las manos, moja tres pedazos de pan en un vaso de vino, y los come en honor de la Santísima Trinidad; después del primer golpe, tiende al inglés muerto á sus piés, se inclina delante del duque y se marcha.

Duguesclin señaló el principio del reinado de Cárlos con la victoria de Cocherel (1364), donde derrotó á los ingleses que protegian al rey de Navarra, y en recompensa fué nombrado mariscal de Normandía. Pero en la jornada de Auray, en que Cárlos de Blois y Cárlos de Monfort peleaban por el ducado de Bretaña, el primero fué muerto, y Duguesclin quedó prisionero. Toda la Bretaña se declaró entonces por Monfort, que la tuvo como feudo de la Francia. Duguesclin fué rescatado por cien mil libras, es decir, más de un millon.

Cárlos V, que se proponia arrojar á los ingleses de Francia, compraba amigos, preparaba armas y dinero, enviaba proclamas y predicadores. Comenzando después las hostilidades, se apoderó del Ponthieu y del Lemosin; teniendo la suerte de ver morir á Juan Chandos, el mayor general del enemigo. Animada la nacion con este principio, ofreció subsidios sin murmurar. Duguesclin produjo uno aún mayor, reuniendo las bandas de aventureros, esparcidas bajo el nombre de grandes compañias, y llevándoselas á pelear á Castilla (16,) con lo cual daba mejor direccion á aquella inquieta actividad, reunia las fuerzas en vez de destruirlas, de manera que trasformó á los aventureros en soldados que dieron influencia al rey en la política esterior y un amigo en el rey de Castilla. Duguesclin, llamado á su patria, fué recibido como en triunfo, y fué honrado con la espada de condestable y el mando de todo el ejército, aunque él tratase de no admitirlo.

Entonces quedó ya enteramente decidida la victoria por la flor de lis. A la noticia de la toma de Limoges, débil de fuerzas y de salud el príncipe de Gales, acusó de traicion al obispo. Tomó la plaza á viva fuerza, hizo asesinar y arrojar al fuego á todos los habitantes, y terminó con este acto de crueldad atroz, una espedicion en la cual habia mostrado en diferentes circustancias sentimientos generosos. Volvió á Inglaterra para restablecerse, y murió allí en 1376; al año siguiente le siguió su padre al sepulcro.

Su fin.—No sólo los franceses batian á los ingleses en el continente, sino que además, con ayuda de la escuadra castellana, asolaban sus costas; especialmente duranle la menor edad de Ricardo II. Duguesclin no habia aceptado la espada de condestable, sino bajo la condicion de que el rey no creeria ninguna acusacion contra él antes de ser oido. En efecto, la envidia que nunca deja de atacar las grandes acciones, dirigió sus tiros contra el héroe hasta el punto de que el rey concibió dudas de su fidelidad. Apenas lo notó Duguesclin, cuando abandona el mando, y marcha á España con objeto de encontrar la estimacion merecida que se le niega en su patria. Atacado en

---

(16) En la crónica publicada por Charrière, se halla el curioso discurso pronunciado por Duguesclin á los aventureros para decidirlos á que le siguiesen á España:

En Avignon irons, ou je sais bien aller;
Et absolucion vous irez impetrer
De trestous vos pechés de tuer et embler,
Et puis ensemble irons nos voyage achever.
Nous porrions bien, de vrai, en nous considerer
Que fait avons assez pour nos ames dampner.
Pour moi le dis, seigneurs, je le sais bien au cler,
Je ne fis onques bien dont il me doit peser:
Et si j'ai fait des maux bien vous poez compter
D'estre mes compagnons, encore de passer
D'avoir fait pis de moi bien vouz poez vanter...
Faisons a Dieu honneur, et le diable laissons;
A la vie visons comment usé l'avons;
Les dames efforcées et arses les maisons;
Hommes, enfans occis, et tous mis a rançons;
Comment mangé avons vaches, beufs et moutons,
Comment pillé avons oies, poucins, chapons,
Et béu les bons vins, fait les occisions,
Eglises violées et les religions:
Nous avons fait trop pis que ne font les larrons.
Pour Dieu, avisons-nous, sur les paiens alons;
Je nous ferai tous riches, si mon conseil creons,
Et arons paradis, aussi quand nous morrons.

el camino por una enfermedad, coge la espada de condestable, y después de haber fijado algun tiempo sus ojos húmedos en ella:tú me *has ayudado*, dijo, *á vencer los enemigos de mi rey; pero tú me has procurado otros irreconciliables á su lado.* Después volviéndose al mariscal Sancerre, añadió: *Te la entrego, protestando que no he faltado al honor que se me hizo al dármela.* Descubriendo entonces su cabeza la besó. Su última recomendacion á los que le rodeaban, fué decirles *que en cualquier punto donde hiciesen la guerra, se acordasen de que los eclesiásticos, mujeres y niños no son enemigos;* después murió á la edad de sesenta y seis años (1380). Cárlos V hizo colocar sus restos cerca de los reyes en San Dionisio, adonde le siguió poco después, envenenado, segun se dice, por Cárlos el Malo. En su lecho de muerte dió á su hijo prudentes consejos. Habiéndose hecho llevar la corona de espinas, la veneró; después pidió la corona real, y cuando la pusieron á los piés de su lecho: *¡Oh corona de Francia*, esclamó, *preciosa corona, y á esta hora tan impotente, envilecida! ¡Preciosa por el misterio de la justicia que encierras; más vil que lo más vil, por las angustias, tormentos, fatigas, dolores de corazon, de cuerpo y espíritu, los peligros de conciencia que causas al que la lleva! ¡Oh! ¡si pudiesen preverse, te dejarian caer en el fango antes que desear llevarte!*

En medio de los anteriores desórdenes, los edificios estaban arruinados, las manufacturas habian cesado, las tierras habian quedado sin cultivo, y la miseria se habia aumentado; era, pues, preciso restaurarlo todo, repoblar la nacion y restablecer el órden general (17). Los ciudadanos se unieron al rey para rechazar las hordas de salteadores; y así volvieron á estar seguros los grandes caminos; se facilitaron las comunicaciones; y á la par que Eduardo habia arruinado á sus súbditos con sus conquistas, Cárlos V, con sus buenas intenciones restauró su nacion. Habíase propuesto un objeto y lo proseguia con constancia, eligiendo acertadamente sus ministros, sus consejeros, sus capitanes. Detenia á las gentes en las calles de Paris para platicar con ellas y oirlas, y decia: «Más estimo tener buena opinion de un malvado, que pensar mal de un hombre de bien.» Como se le refiriera que una persona á quien habia hecho beneficios hablaba mal de él, respondió: «Eso no es posible; ¿cómo cabe que un hombre á quien hemos hecho tanto bien hable mal de nos?» Todavia á pesar de tantas guerras pudo dejar 17.000,000 (200.000,000 de hoy) en el tesoro, sin haber alterado la moneda. A fin de acortar las regencias, decretó que en lo sucesivo los reyes de Francia serian mayores á los catorce años.

Carlos VI.—Dejó un niño y queriendo que la regencia fuese distinta de la tutela, dió la primera al duque de Anjú. Habiendo fallecido la reina, los duques de Borgoña y de Borbon se disputaron la tutela con tanto encarnizamiento que estaba próxima á estallar la guerra civil, cuando los ruegos y las manifestaciones de los tres órdenes, les determinaron á remitir la disputa á la decision de cuatro árbitros. Estos dijeron que el rey seria declarado mayor y coronado, y que el duque de Anjú gobernaria en su nombre.

Maillotines.—De consiguiente, al feudalismo humillado se habia sustituido otra plaga, la de los príncipes de la sangre, ó de los señores de la flor de lis, como se les llamaba entonces. Tenidos á raya por reyes fuertes, abusaban de su poder bajo débiles monarcas ó durante las regencias. Deseando dinero el duque de Anjú para conquistar el reino de Nápoles, se apropió el real tesoro; esquilmó á las provincias, sacrificó á los judios, é impuso en Paris una contribucion sobre todos los comestibles. Llegó el exactor á exigir el pago á un herbolario que revendia berros, y el pueblo le hizo pedazos; desprovistos de armas los rebeldes, corrieron al arsenal y forzaron la entrada, y habiendo encontrado mazas guarnecidas de plomo (*maillotines*), se sirvieron de ellas para dar muerte á los hombres del rey (1381). Cuando volvió el duque mandó que fueran arrojados al Sena los jefes de los gremios.

Batalla de Rosbecque.—Después de la partida del duque de Anjú á Italia, pasó el gobierno á manos del duque de Borgoña, Felipe el Atrevido, príncipe que no tenia ambicion de dinero, sino de

(17) Petrarca, que volvia á ver á Paris en 1360, habla de él en estos términos en las *Cartas familiares*, lib. XXII, ep. 14; y en sus *Senil.* lib. IX, 1: «A la vista de este reino asolado por el hierro y el fuego, no me podia persuadir de que era el mismo que yo habia visto en otro tiempo tan rico y floreciente. No se descubria en rededor más que soledad, miseria espantosa y universal desolacion. Tierras incultas, campiñas asoladas, casas arruinadas, ó más bien ni una casa, escepto aquellas que estaban ó defendidas por fuertes, ó dentro de los recintos de las ciudades. Por todas partes se notaban las huellas de los ingleses, y las frescas cicatrices de las heridas que habian abierto. La rabia de los hombres y el furor de una prolongada guerra habian cambiado el aspecto de aquel pais hasta el punto de que no pude contener mis lágrimas; porque no soy de aquellos á quienes la predileccion de su suelo natal hace odiar ó despreciar otros paises. No vi en rededor de la desgraciada ciudad mas que ruinas, escombros y vestigios de incendios. ¿Dónde está aquel Paris, que aunque inferior á su reputacion, es engrandecido por las jactancias de los suyos, y fué no obstante una eminente metrópoli? ¿Dónde están las numerosas partidas de estudiantes? ¿Dónde el ardor por los estudios? ¿Dónde las riquezas? ¿Dónde la alegria de sus moradores? Ha cesado toda la concurrencia de viajeros: apenas existe seguridad dentro de las ciudades muradas. Pero lo más afrentoso y más digno de compasion es que el mismo rey Juan y su hijo Cárlos no pudieron llegar sanos y salvos á Paris, sino negociando con los bandoleros que les asaltaron en el camino. ¡Oh reino infortunado! ¿Podrá la posteridad creer nunca en tan gran ludibrio de la fortuna?»

mando. Como debia heredar á Flandes por su esposa, llevó la guerra contra los flamencos que se habian sublevado nuevamente. Reunidos en cofradía los rebeldes con el nombre de capuchinos blancos, y bajo las órdenes de Felipe de Arteveld, hijo del rey cervecero, mataban á todo el que no tenia las manos callosas, y demolian los edificios, diciendo que no querian dar cuartel á nadie, á escepcion del rey, y eso por miramiento á su juventud (1382). Un capitan decia á Arteveld: «Sé cruel y fiero, porque se necesita ser así para guiar á los flamencos: con ellos para nada se deben tener en cuenta las vidas, ni acreditar más compasion que la que se manifiesta respecto de las golondrinas y de las alondras en la caza. Con efecto, desplegó tanto rigor como hubiera podido desplegarlo un noble, pero con esto fomentó sediciones; fueron derrotados los flamencos en Rosebecque, y rotos sus palos por las lanzas de los hidalgos franceses: hasta Arteveld perdió la vida. Envanecido el jóven rey con el desenlace de aquella batalla, cuyo éxito se le atribuia porque habia dado la señal de ella, reprimió á los mallotinos por medio de suplicios, y trató como enemigas á Paris y á las demás ciudades, que desunidas y sin habilidad en las armas, no pudieron resistir á una nobleza aguerrida.

Una vez afianzado el duque de Borgoña en los Paises Bajos por el doble matrimonio de sus hijos con la casa de Baviera, y viéndose con un pié en el territorio del Imperio, del mismo modo que tenia el otro en Francia, quiso hacer una tentativa contra Inglaterra y trasladar á aquella isla la guerra, que ésta no habia cesado de hacer á la Francia. Más de mil y quinientos buques fueron reunidos en el puerto de la Ecluse, y hasta se cargó en ellos una ciudad portátil de tres mil pasos de diámetro, destinada á prestar abrigo á las tropas desembarcadas, y á ofrecer un asilo á los descontentos. Debian embarcarse la nobleza y el rey en aquella escuadra con cien mil hombres y veinte mil caballos. Con razon se espantaba la Inglaterra de aquellos preparativos; pero el duque de Berry, ora por traicion, ora por despecho de que el proyecto fuera de otros y no suyo, retardó el embarco hasta la mala estacion, lo cual fué causa de que se malograra todo. Se echaron á perder las municiones, se dispersaron los buques, y hasta fué amenazado el puerto de la Ecluse (1386). Por último, se concluyó una tregua de veinte y ocho años, y esta empresa tuvo el peor desenlace, como todas las que fueron sugeridas por los duques, tios del rey, no en interés de la Francia, sino por su particular provecho.

Al fin Cárlos VI empuñó las riendas del gobierno; pero después de haberse mostrado indolente y disoluto, no tardó en aparecer loco. Ya habia dado señales de melancolia y de enajenacion mental en la época de su espedicion contra Pedro de Craon, asesino del condestable de Clison. Se dirigia á la Bretaña cuando al cruzar la selva del Mans, vió salir de allí una estraña figura que detuvo su caballo, diciendo: *No cabalgues más adelante porque estás vendido.* Desde entonces se halló asediado por todas partes de visiones espantosas; atacaba espada en mano á los que formaban su comitiva, y se conducia como un hombre demente. Sin embargo, recuperó el juicio; pero habiéndose vestido de sátiro, en ocasion de una fiesta, con cinco jóvenes señores, atados unos á otros, se prendió fuego al traje de estopa de uno de ellos: sus compañeros, á escepcion de uno solo, se quemaron vivos, y el rey no debió su salvacion más que al valor de su cuñada Valentina de Milan (1395). El susto que esperimentó le produjo una recaida, y ya no sanó durante los treinta años que sobrevivió á este accidente, entre el delirio y el idiotismo. Sólo Valentina Visconti conseguia devolverle alguna vislumbre de razon por momentos. A veces aspiraba á recuperar el sosiego, visitando los santuarios, ó persiguiendo á los blasfemos y á los judios: tambien recurria en ocasiones á los cabalistas, á los charlatanes y á los hechiceros: con más frecuencia se entregaba á banquetes y pasatiempos; especialmente al juego de las cartas, que se hizo entonces de moda (18) y que le alejaba de la reflexion, haciéndole olvidarse de todo.

Entonces renacieron las disensiones sobre la regencia, que se disputaron Luis de Orleans, hermano del rey, los duques de Borgoña y de Berry, estimulados además por la ambicion de sus mujeres. El duque de Orleans, que dilapidaba las rentas dado á las mujeres, se jactó de haber triunfado de Margarita de Borgoña, citada como modelo de virtud, y fué asesinado por su marido el feroz Juan Sin Miedo, que acababa de comulgar en su compañia (1407). Viéndose el asesino blanco del horror de todos, confesó paladinamente que le habia tentado el diablo. Poniéndose entonces á la cabeza de los descontentos, adquirió un poder que rivalizó con la autoridad real, y volvió á Paris al frente de ochocientos ginetes cubiertos de hierro, para justificarse. Maese Juan Petit, profesor de teologia en la universidad, demostró con ayuda de doce razones, segun el número de los apóstoles, que el duque habia procedido con rectitud en defensa de Dios, del rey y de la nacion, sosteniendo que es lícito y hasta meritorio dar muerte á un tirano, cualquiera que sea el medio que se emplee. Vanamente Gerson, canciller de la universidad y el arzobispo de Paris, refutaron esta proposicion, pues no pudieron alcanzar que Petit fuera condenado por el concilio de Constanza: tan poderoso era el apoyo del duque de Borgoña. Absuelto Juan Sin Miedo, se hizo soberano de la familia real y se apoderó del gobierno.

Borgoñones y Armagnacs.—En tanto estaba perturbado el reino por las diferentes facciones de la reina, del duque de Berry, del duque de Orleans, del rey de Sicilia, todos los cuales se ligaron contra Juan Sin Miedo, y se dejaron guiar principal-

(18) Véase tomo V.

mente por el conde Bernardo de Armagnac, quien dió su nombre á este partido. Entonces la guerra civil se hizo á un mismo tiempo entre tropas regulares y milicias urbanas, entre caballeros y pecheros, entre los asesinos del Borgoñon y los bandidos de Armagnac. Por ambas partes se recurria al extranjero, y parecia como si porfiaran respecto de quien cometeria más traiciones y asesinatos. Durante este tiempo permanecia el rey absorto en sus ideas sombrías, ó daba fiestas y dejaba al duque de Borgoña al frente del gobierno.

Quiso el delfin sustraerse á esta autoridad (1412); pero los asesinos, que constituian la principal fuerza de las asonadas populares, atacaron su palacio, así como la Bastilla, é hicieron atribuir á sus jefes ó camaradas el gobierno de Paris, de Saint-Cloud y de Charenton (1413). Entre tanto, habiendo conseguido el duque de Orleans tomar á Paris, salió de allí Juan Sin Miedo, y como no pudo sublevar á Flandes, tuvo que humillar la cabeza, y se prohibió desde entonces designar á nadie con los nombres de borgoñones ó de armagnacs (19).

Batalla de Azincourt.—Era necesaria la paz para resistir á los ingleses, cuyo nuevo rey, Enrique V, pedia la restitucion de todos los paises cedidos por el tratado de Bretigny, y lo que se debia aun por el rescate del rey Juan. Como no se hizo justicia á sus reclamaciones, desembarcó en Normandia á la cabeza de treinta mil hombres (1415): marcharon contra él los franceses con fuerzas más considerables, pero se hallaron empeñados en Azincourt en un terreno fangoso, y fueron vencidos, á pesar de su número y valor. Muchos hidalgos de las primeras familias fueron asesinados después de haberse rendido bajo palabra, y mil quinientos quedaron prisioneros, entre los cuales se contó á los duques de Orleans y de Borbon; colonia de nobleza francesa, que fué trasladada á Inglaterra.

Entonces se halló la Francia en una situacion estremadamente crítica, sin jefes y sin dinero; por fortuna para ella la victoria habia costado cara á los ingleses, que no sacaron otra ventaja que poderse volver á embarcar sin ser inquietados, y hacerse pagar enormes rescates. El duque de Borgoña, que del mismo modo que el conde de Armagnac no habia tomado parte en la batalla de Azincourt, torna á aparecer entonces con veinte mil ginetes, á los cuales se juntan los aventureros. Vese reducido el rey á echarse en los brazos de Bernar-

---

(19) Juan Orsini.—Estos tiempos de horror produjeron un magistrado, de los pocos que deben la fama de su virtud á sus propios hechos y á su conciencia, mas no á la opinion del siglo. Juan Juvenal de los Orsini, pobre de nacimiento y que ejerció en sus primeros años la abogacia, mereció por su reputacion de valor y lealtad que el rey Cárlos VI le nombrara preboste de los mercaderes, destino que se volvió á establecer entonces. Desde luego vió que impedian la navegacion algunos molinos construidos por los señores en el Marne y el Sena; y sin temer el poder de sus dueños ni al parlamento, solicitó del rey una órden para destruirlos y reembolsarse su valor. Obtuvo esta órden, y aunque se esperaban obstáculos para su ejecucion, la misma noche fueron derribados los molinos, quedando asegurada la subsistencia del pueblo.

«En el primer acceso de locura de Cárlos VI, los príncipes se apoderaron del gobierno, fueron perseguidos los ministros, se quitó la espada de condestable á Clisson y perdieron su libertad Nogent y la Rivière; pero Juvenal los defendió y salvó. Felipe de Borgoña irritado, quiso hacerle decapitar en la plaza, que era el fin de las personas que perdian la gracia, como hace algun tiempo lo era el destierro y hoy el olvido, y sobornaron testigos falsos contra él; pero Juvenal era muy querido del pueblo. Un tabernero que habia sorprendido las informaciones (combinábanse las intrigas en una taberna del gobierno) se expuso á todo por advertir á Juvenal; y éste sin dar tiempo para que concluyesen su intento, se presentó atrevidamente á los príncipes y redujo al silencio á sus adversarios. Libre ya de este peligro conservó su valor y su fidelidad al rey y al Estado en medio de las facciones de orleaneses y borgoñones, se atrevió á reconvenir al duque de Orleans por sus locuras y disolucion, predecirle las consecuencias de estos vicios, y al duque de Borgoña por su union con hombres malvados y por su obstinacion en alabarse del asesinato del duque de Orleans.

»El año 1410 fué nombrado abogado del rey en el parlamento en tiempo del gran cisma, y sostuvo que el rey podia reunir el clero, presidir el concilio, y después de consultarle someter la decision al papa.

»Habia derribado el duque de Lorena las insignias de Francia en las tierras que estaban bajo el supremo dominio del rey; el parlamento de Paris le condenó en contumacia á la confiscacion de bienes y al destierro. Sin embargo, el duque se presentó en la córte, protegido por el de Borgoña, que era entonces omnipotente. El parlamento envió al rey una diputacion para hacerle presente la necesidad de llevar á ejecucion el decreto, y Juvenal llegó con ella en el mismo momento en que el duque de Borgoña iba á presentar al rey al de Lorena. Expuso con energía las razones del parlamento, y diciéndole indignado el duque de Borgoña: *Juvenal, no es este el modo de obrar*, respondió Juvenal: *Pues este es precisamente, monseñor*, y añadió: *Que todos los buenos ciudadanos se unan á mí, y que los demás queden con el señor dvque de Lorena.* El duque, atónito, dejó la amistad del de Lorena y se unió á Juvenal, de manera que aquél se vió obligado á implorar la clemencia del rey. Este hecho vale tanto como el de Popilio.

»Después del asesinato del duque de Orleans, el de Borgoña, dueño de Paris, enviaba al suplicio á cuantos partidarios de Armagnac encontraba, y la córte estaba prisionera é insultada. Juvenal concibió la idea de librarlos y salvar al Estado. Siendo muy querido del pueblo, especialmente del de su distrito, reanimó su valor, excitó y moderó su celo, y se llevó á cabo la revolucion popular sin efusion de sangre. Pocos dias después salvó al rey, del cual quiso apoderarse el duque. Así en medio de un pueblo en revolucion, estando los príncipes y los grandes rodeados de soldados movidos únicamente por la ambicion y la idea de botin, un hombre sólo hizo renacer la paz, y todo le obedeció sin que él tuviera más fuerza que su virtud.

»Cuando el delfin se puso á la cabeza del gobierno, Juvenal fué nombrado canciller: declaróse la guerra al duque de Borgoña, que fué vencido, y Juvenal concluyó la paz. Habiéndole presentado después unas concesiones excesivas á aquel príncipe, se negó á poner el sello y perdió su destino...» VOLTAIRE, *Essais*, cap. 79.

do de Armagnac, quien revestido con el título de condestable, toma á su cargo la hacienda, el mando de las fortalezas, y gobierna con una severidad inflexible, ejerciendo venganzas apenas escusables por la necesidad de la defensa. El duque de Borgoña celebra alianza con la Inglaterra (1416), prometiendo reconocer á Enrique V por rey de Francia y ayudarle á ocupar el trono. Es secundado por la reina Isabel de Baviera, irritada contra el condestable, que habia revelado á su marido su infidelidad. Juan Sin Miedo lanza una proclama, en la que espone la orgullosa tirania ejercida por el conde de Armagnac respecto de la córte, y promete la abolicion de los impuestos. Se declaran en su favor muchas ciudades, y hasta la de Paris le es entregada. Vencedor el pueblo ejerce allí venganzas salvajes: son asesinados en las cárceles más de dos mil armagnacs, y entre ellos muchas personas de alta categoria, sacrificadas ora por animosidad personal, ora por codicia; después de lo cual el duque de Borgoña manda ahorcar hasta al verdugo Capeluche y á los demás instrumentos de aquel terror.

Habiendo entrado entre tanto en Ruan Enrique V (1419), hizo allí acuñar moneda en su nombre con el título de rey de Francia (20). El duque de Borgoña, que no era menos que el rey, desde que era dueño de Paris, unió á Carlos, cuarto príncipe que llevaba el título de delfin, pero desconfiando este de su lealtad, le hizo ó le dejó asesinar en el puente de Montereau, por Tanneguy del Chatel; malísimo espediente, aunque no fuese criminal.

Felipe el Bueno, hijo del duque asesinado, *la perla de los héroes y la estrella de la caballeria*, se presentó como vengador de su padre y se declararon en favor de su causa la ciudad de Paris, el rey y la reina; y una paz afrentosa celebrada con la Inglaterra (1420), dió á Enrique V la mano de la hermosa Catalina, hija del rey, con la espectativa del trono de Francia, y con esclusion del delfin.

El horror al yugo extranjero hizo que se agruparan los franceses en torno del delfin (1421), quien celebró una liga con la Escocia, recelosa del engrandecimiento de sus vecinos, y venció á los ingleses en Baugé. Enrique V volvió entonces al continente con veinte y ocho mil hombres; castigó con crueldad á sus adversarios, y desplegó en París un insultante boato; pero le asaltó la muerte á la edad de treinta y cuatro años, y Cárlos VI le siguió de cerca al sepulcro, el cual no mereció alabanzas ni aun después de muerto.

---

(20) El título de rey de Francia gozaba además de gran importancia por el privilegio de curar á los escrofulosos solo con tocarlos. Ahora bien, se discutió sobre averiguar si este privilegio pertenecia al rey de Francia ó al de Inglaterra, y se escribieron muchos volúmenes sobre este punto. Quizá se dirá que bastaba recurrir á la esperiencia; pero, aun en esto, daban fe testigos oculares de curas operadas por el uno y por el otro.

CAPÍTULO VIII

CARLOS VII.—JUANA DE ARCO.

Cárlos VII. — Entre los dolores que agobiaron á Cárlos VI, uno fué el ver morir á cinco hijos varones; le sucedió Cárlos VII (1422) que fué proclamado rey sin otro ceremonial que desplegar una bandera con las armas de Francia: se hizo coronar en Poitiers, á la par que era proclamado en París el príncipe inglés Enrique VI. Cárlos VII, que representaba la legitimidad y la independencia, se hizo popular por sus simpáticas cualidades y por su bravura; pero le fué contraria la fortuna en las lides, y se vió arrebatar sucesivamente todo el pais situado al Norte del Loira. Por befa le llamaban los ingleses el rey de Bourges, y de acuerdo con el duque de Borgoña se aprestaban á darle el golpe de gracia. Pero á este tiempo el duque de Glocester, hermano de Enrique V, desembarcó en Francia para ocupar la Holanda, la Zelanda y Westfrisia, que le habia llevado en dote Jacoba, hija del conde de Hainaut. Felipe el Bueno, que pretendia tener derechos á estos paises, se puso en marcha para hacerlos valer en contra suya, y redujo á Jacoba á reconocerle por heredero, en el caso de que no tuviera hijos, con cuyo pacto este poderoso aliado se separó de Inglaterra.

Sea que tratase de aturdirse, ó que quisiera engañar á los demás, Cárlos VII pasaba alegremente el tiempo entre el placer y las fiestas, tanto, que un caballero le dijo: «No se podria perder más alegremente un reino.» Pero muchos franceses se indignaban del yugo extranjero, y pensaban en libertar de él á su patria. De aquel número era Dunois, que se alababa de haber muerto por su propia mano á dos mil borgoñones; y la Hire, valiente por deber, sin ambicion ni envidia, que dirigia á Dios esta oracion: «Dios mio, haced por mí lo que quisierais que yo hiciese por vos si fuese Dios, y Dios la Hire.» Estos y otros valientes campeones procuraron algunas ventajas á las armas francesas; pero la soldadesca feudal y los orgullosos caballeros desdeñaban al pueblo y á las milicias de los concejos, cuya fuerza, ó no conocian ó envidiaban, al paso que los ingleses se adelantaban de victoria en victoria con soldados sacados de las filas populares y que llegaron á sitiar á Orleans, después de haberse reconciliado con el duque de Borgoña (1528).

Perdia Cárlos toda esperanza, y pensaba retirarse como un desertor al Delfinado, pero una mujer habia levantado al reino. Maria de Anjú, mujer del rey, comenzó á reanimar su energia, prometiéndole el socorro del cielo, y vendiendo todo lo que poseia para atender á los gastos de la guerra. Inés Sorel, su querida, se hizo perdonar sus debilidades sosteniendo su valor. Anunciándole un dia un astrólogo que era llamada á encadenar el corazon de un gran rey, se volvió hácia Cárlos diciéndole: «Permitid, señor, que me vaya al lado de Enrique VI, porque pronto habrá reunido ambas coronas.» De esta manera fué como la mujer y la querida de Cárlos le apartaron de una retirada que hubiera ocasionado la pérdida del pais.

Juana de Arco, 1410.—Pero si la Gran Bretaña no tiene en el dia el fastuoso título de Reino Unido de Francia é Inglaterra, y si no tiranizó las conciencias en la Galia como lo hace en Irlanda, el mérito se debe á otra mujer que no se manchó ni con la corona ni con el amor. Aun se enseñan en el dia cerca de la aldea de Domremy, en la diócesis de Toul sobre una colina cerca de un bosque de encinas, las ruinas de la ermita de Nuestra Señora de Vermont, y la perspectiva del valle que desde allí se descubre eleva el alma á Aquel que adornó el campo y la selva con tales galas que superan toda la pompa regia. Aquella ermita era venerada con gran devocion en todo el pais; y quizá porque antiguamente se celebra-

ran allí los ritos paganos, la tradicion asociaba á aquel sitio extrañas y temerosas ideas de hechiceria. En la primavera el castellano y los paisanos acudian á bailar al rededor de una magnífica haya que allí se elevaba, á tejer coronas y adornarla como se hace con el mayo.

Una simple campesina llena de candor y piedad, llamada Juana, iba á pensar á la sombra de aquel *árbol de las hadas*, encendia todos los sábados un cirio delante de una imágen de la Vírgen en el vecino bosque, uniendo á él la ofrenda de flores que habia cogido haciendo pastar el ganado de su padre. No conocia el mundo, pero oia decir á sus padres que la patria estaba amenazada por el oprobio del yugo extranjero, y vió ó se figuró ver al arcángel Miguel á santa Margarita y santa Catalina, y con más frecuencia oyó *voces* que la animaban á libertar á su patria del invasor. Hija de paz llamada á empresas de guerra, á abandonar la rueca para ceñirse la espada, humilde en el fondo de su corazon y en presencia de los santos, de quienes se creia instrumento, pero sin contarse delante de los poderosos de la tierra, que nunca habia deseado conocer, se presentó al señor de Vaucouleurs, pidiéndole la presentase al rey. Recházanle varias veces como visionaria; pero en fin, ceden al entusiasmo de una persuasion invencible y al impulso del pueblo, que cree y admira, cuando la prudencia discute y titubea. Fué presentada á Cárlos, á quien le revela un secreto conocido de ella sólo, y le hace la solemne promesa de que Dios tendrá piedad de la Francia. Cuando, en fin, se conoció cuán útil podia ser la intervencion de la humilde pastora de diez y nueve años *(paupercula bergereta)*, fué magníficamente acogida. Invitada á que hiciese un milagro: *No he venido á hacer eso*, respondió; *la mision que se me ha concedido es libertar á Orleans.*

Una comision de teólogos declaró que nada impedia considerar como divina la mision de aquella doncella; el parlamento opinó lo mismo. La suegra del rey, asistida de madronas, se aseguró de su castidad; pero el pueblo ensalzaba su admiracion, y todos, hombres, mujeres, ancianos acudian á verla; después se marchában con las lágrimas en los ojos, esclamando ¡*Verdaderamente es enviada de Dios*! Insistiendo los doctores y sacerdotes en examinarla sobre la fe, sostuvo con tranquilidad su interrogatorio; pero ella contestó á sus sábias citas: *Examinadme: el libro de Dios dice más que los vuestros. Yo no conozco ni la A ni la B; pero vengo de parte de Dios á libertar á Orleans y á hacer consagrar al delfin en Reims. Pero antes debo hacer la intimacion á los ingleses, Dios lo quiere. ¿Teneis papel y tinta? Escribid, os dictaré... á vosotros Sulfortd, Talbol, Glasdas, la Poule, en nombre del rey del cielo, os intimo volvais á Inglaterra, sino lo hareis muy pronto y con gran pérdida.*

Se le concedieron, pues, armas, como caballero aventurero, una armadura blanca, un caballo negro y la espada de Cárlos Martel, que ella habia pedido, pero que no llevaba en la mano, sosteniendo en su lugar el estandarte blanco con las flores de lis de oro. Marchó exhortando á los soldados á confiar en Dios, á amar la patria, á confesarse, á huir de las mujeres de mala vida, y se lanzó á su cabeza contra las trincheras de los ingleses. Los vencedores de Crecy y de Azincourt huyeron ante la admirable doncella, que habia dado unidad al valor, autoridad al mando; y les fué preciso levantar el sitio de Orleans, que habia sido salvada ya otra vez por un milagro. Marchaba siempre á la cabeza de los combatientes, pero sin dar muerte á ningun enemigo; pura de carniceria y vicios en medio de la sangre y de la corrupcion de los campos de batalla; sencilla como una pastora, y desplegando el vigor de una heroina; temible á los enemigos, pronta no obstante á llorar cuando veia á uno morir, como tambien cuando por venganza ó envidia se le ultrajaba en su honor; afligiéndose sobre todo al ver perecer en las batallas á tantos cristianos sin confesion. No fué, pues, ni el valor ni las combinaciones políticas las que salvaron á la Francia, sino la piedad; y no se puede, sin un vivo interés, leer en qué términos tan sencillos aquella doncella espresaba la profunda conviccion que la hizo la libertadora de su pais (1).

---

(1) «Si hice algun bien á la Francia, fué por gracia y mandato del rey del cielo, que me lo impuso por medio de sus ángeles y santos, y todo lo que yo soy, lo soy por revelacion y voluntad de Dios. Obedeciéndole me presenté al rey, y antes me hubiera dejado hacer pedazos que presentarme á él sin el permiso del cielo. Todos mis actos están en la mano de Dios; en él y en nada más tenia puesta mi esperanza y la realicé con todas mis fuerzas. Nada me mandaron ó permitieron éstas sino con el permiso y aprobacion de Dios, y todo lo que yo hice de órden suya, creo que lo he hecho bien, por esto mismo.

»No me bastarian ocho dias para repetir todo lo que Dios me reveló. Diré sin embargo cómo se me aparecieron los santos por primera vez. Hace siete años un medio dia (tenia yo trece años y me hallaba en la huerta de mi padre) oí por primera vez á mi derecha hácia la iglesia una voz, y apareció ante mis ojos una figura rodeada de un esplendor no terrenal; su rostro era el de un hombre bueno y virtuoso; tenia alas, estaba circundada por todos lados de luz, y la seguian los ángeles del cielo. Los ángeles bajan con frecuencia entre los cristianos, sin que éstos lo noten, y yo he visto varias veces á alguno entre ellos. El que se presentó á mí fué el ángel Miguel. Su voz me pareció extremadamente venerable; pero como entonces era yo una niña, me dió mucho miedo aquella aparicion, y dudé si seria verdaderamente un ángel. Después de haberla oido tres veces reconocí finalmente su voz, y me enseñó tantas cosas que es preciso creer que era efectivamente un ángel. Yo ví á él y á los ángeles claramente con estos ojos, como os veo ahora á vosotros que sois mis jueces, y creo en todo lo que que él me ha dicho y hecho, como creo en la pasion y muerte de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo; y me inducen á tener tanta fe sus buenos consejos, y el auxilio y las sublimes lecciones que en todos tiempos me ha dado.

»Aquel ángel me dijo que sobre todo procurase ser una buena niña, conducirme bien y frecuentar la Iglesia, y que

El pueblo recuperando su confianza en Dios y en la patria, se sentia capaz de creerlo todo y de hacerlo todo: y los pervertidos armagnacs se doblegaron á las humildes y castas virtudes. Los ingleses cobraron tal miedo, que los nuevos refuerzos se negaron á venir de Inglaterra, y aunque Eduardo hizo correr voces de que Juana era una hechicera, fué de nuevo derrotado en Patay; el tembloroso *rey de Bourges* vió crecer su ejército cada dia y estrellarse la prudencia ante el entusiasmo, y á pesar de su miedo fué conducido á Reims por la Doncella, y coronado (17 de julio 1429).

Cumplida su mision, Juana quiso volver á sus campos y á su rueca; pero ni los grandes ni el rey quisieron consentirlo. Desde este momento pareció que las comunicaciones con el cielo habian cesado. No tenia ya decretos superiores que imponer donde bastaba la prudencia humana. Desplegaba siempre el mismo valor en los combates; pero ya no era el querubin seguro de la victoria. Tal vez la feroz voluptuosidad de las batallas, y la alegria salvaje de la victoria, invadian la pureza de su inocencia. Las realidades de un mundo perverso turbaban sus dulces fantasias, y para volverlos á encontrar se refugiaba á veces en algun oratorio de frailes, preparándose á la comunion en medio de un coro de niños. En fin, cayó en poder de los ingleses en el puente de Compiegne (24 mayo de 1430); y un *Te-Deum* y fuegos artificiales manifestaron cuánto temian á la pobre pastora, y cuán llena de ira y humillacion estaba su alma.

Entonces comenzó un nuevo proceso que añadir á la lista de los que hacen la deshonra de aquel siglo. Encerrada en el castillo de Beaulieu, después en el de Beaurevoir, aunque sus santos la exhortasen á la paciencia, desesperó Juana de su suerte. Se espantaba á la idea de que el Norte de la Francia volviera á caer bajo el yugo de los ingleses. Trató de huir, pero sin éxito; se arrojó desde una ventana, y no se mató. Cargada de ca-

---

Dios me asistiria. Me manifestó la gran piedad que Dios tenia de la Francia, y me dijo que yo debia acudir al socorro de su rey. Añadió que vendrian á verme las santas Catalina y Margarita, y que yo debia hacer lo que me dijesen, porque eran enviadas por Dios para guiarme y asistirme con sus consejos en lo que tenia que hacer.

»Segun habia dicho el ángel, se me aparecieron después las santas Catalina y Margarita, las cuales me mandaron que cogiese mi hatillo y fuese á presentarme á Roberto de Brandicourt, capitan del rey en Vaucouleurs; que éste me rechazaria al principio varias veces, pero que por último se someteria á mis deseos y me daria gente que me conduciria adonde estaba el rey en lo interior de Francia, y allí yo haria levantar el sitio de Orleans. Les respondí que yo no era más que una pobre muchacha que no sabia montar á caballo ni dirigir una batalla. Entonces me dijeron que procurase llevar con valor mi bandera, que Dios me ayudaria, y que mi rey llegaria á recuperar todo el reino á despecho de sus enemigos. *Consuélate,* añadieron, *y cuando estés delante del rey, le darás una prueba tal, que le hará tener fe en tí y te dará la bienvenida.* Ellas me han guiado continuamente por espacio de siete años y me han auxiliado en todas mis miserias y trabajos; y ahora no pasa dia que no vengan á visitarme. No las he pedido sino que protegiesen mi guerrera expedicion, y que Dios prestase su auxilio á los franceses y defendiese sus ciudades; no pedí nada para mí propia, excepto la salvacion de mi alma. Desde la primera vez que oí su voz, prometí expontáneamente á Dios permanecer virgen, pura de alma y de cuerpo, si así era su voluntad, y las santas me prometieron entonces llevarme al paraiso como yo lo habia deseado.

»Las santas no me mandaron guardar en secreto sus apariciones; pero me callé pensando que los borgoñones, y sobre todo mi padre, impedirian que fuese á ver al rey: por lo demás me permitieron, si yo queria, hablar de ellas á mis padres, pero yo no lo hubiera hecho por nada del mundo. En lo demás, siempre he obedecido puntualmente á mi padre y á mi madre; si aquella vez no lo hice y partí sin decirles nada, tengo seguridad de estar libre de culpa, pues partí de órden de Dios, y mandándolo Dios hubiera partido aunque hubiera tenido cien padres y cien madres y hubiera sido la hija del rey.

»No recuerdo haber oido la voz de estas santas cerca del árbol de las Hadas; las he visto algunas veces en la fuente, pero no recuerdo qué me dijeron. Desde que supe que debia ir á lo interior de Francia, me abstuve cuanto pude de los juegos y fiestas bajo el árbol de las Hadas, y creo que no he bailado al rededor de este árbol desde que tuve uso de razon. Pocas veces suelo ver á las santas sin estar rodeada de esplendor; veo su rostro, pero en cuanto á sus vestidos, sus cabellos, brazos y demás miembros, si los tienen, no puedo decir nada. Siempre se me aparecen bajo la misma forma, y no he hallado ninguna contradiccion en sus palabras. Distingo á una de otra por el tono de la voz y por el saludo, porque me llaman siempre que principian á hablar.

»Las santas Catalina y Margarita llevan en la cabeza ricas y preciosas coronas, como lo merecen: comprendo bien lo que me dicen, tienen una voz dulce, flexible, amorosa y hablan bien el francés. Quisiera que todos las oyesen tan claro como yo. Antes y después de la libertad de Orleans, hablando conmigo me han llamado varias veces *Doncella Juana, Hija de Dios.* Las santas Catalina y Margarita de tiempo en tiempo me mandan que me confiese. Vienen sin que yo las llame, y si tardasen rogaria á Dios que las enviase; pero siempre que he tenido necesidad de ellas han venido en seguida.

»Siento grandísima alegria cuando san Miguel, los ángeles y las santas se me aparecen, porque me persuado de que no estoy en pecado mortal, pues si lo estuviera me abandonarian al momento. Cuando se me aparecen les honro todo lo que puedo, y nunca será lo bastante, porque están en el reino de los cielos. Durante la misa he ofrecido varias veces un cirio al sacerdote, para que lo encendiese delante de la imágen de Santa Catalina en honor de Dios, de la Santísima Virgen Maria y de la Santa. Tambien he adornado varias veces con coronas las imágenes de ambas Santas, y cuando se me presentan me arrodillo siempre, y si alguna vez no lo hago, les pido perdon. Cuando san Miguel y los ángeles me abandonan, beso la tierra en que pisaron y me inclino delante de ellos. Las santas Catalina y Margarita se cogen de mis brazos: ahora oigo todos los dias su voz, de lo cual tengo gran necesidad; porque sin su auxilio hubiera ya muerto á estas horas. Las he visto con mis propios ojos, y creo en ellas como creo en la existencia de Dios.»

denas, se vió entregada á malos tratamientos de viles carceleros, que llegaron hasta intentar arrebatarle la flor virginal que habia conservado con un celoso cuidado bajo su corselete. Los profesores de la universidad, secundando el deseo de los extranjeros y las órdenes del cardenal de Winchester, verdadero rey de Inglaterra, condenaron á la libertadora de la Francia, y Pedro Cauchon, obispo de Beauvais. temiendo la legalidad de la Inquisicion, trató de impedir la continuacion del proceso en que se la acusaba, primero de magia y despues de herejia y cuyo resultado se sabia ya. Las actas que existen (2) dan á conocer por qué medios tan absurdos consiguieron encontrarla culpable, hasta el punto de obligar á los escribanos á no tomar nota sino de lo que podia denigrarla. Cárlos VII faltó al honor y al agradecimiento, cediendo á la influencia de los señores, á quienes la heroina infundia recelos, y á la de Inés Sorel, que temia encontrar en ella una rival. Abandonó á aquella á quien era deudor de la corona real, y la abandonó sin una protesta á su favor, sin un abogado para defenderla, en frente de encarnizados enemigos, jueces y partes á la vez. Sin embargo, la ignorante doncella respondió con claridad y precision á las insidiosas preguntas de los desleales y taimados jueces (3). Proclamó en alta voz su mision, profetizando la completa libertad de la Francia, santo patriotismo que no sucumbia á la peor de las pruebas, á la de verse desconocido.

Todos los infames medios de sugestion se pusieron por obra (4). Hasta se apostaron dos testigos para escuchar lo que confiaba en la confesion á un religioso. Habiéndole sugerido este monge que apelase á un concilio general, preguntó lo que era; cuando se lo hubo dicho, siguió voluntariamente su consejo é invocó la autoridad del papa. Pedro Cauchon no hizo caso de una apelacion que anulaba todo su procedimiento: *El papa está lejos*, dijo. Además, ¿el papa, protector de los inocentes, no habia sido abofeteado? Como se le dijo que el único medio de salvacion para ella era abjurar, se informó de lo que esta palabra significaba, y á la esplicacion que se le dió se negó á ello, sosteniendo como verdaderas las revelaciones que habia tenido. No quiso siquiera prestarse á decir *me parece*, porque la duda en esto hubiera destruido la conviccion en que vivia.

Deseaba, sin embargo, con ardor recobrar su libertad y salvar la vida; no podia persuadirse de que Dios la hubiese abandonado, y de que no debiese hacer un milagro para su libertad. Presentósele un papel, que se le dijo ser una promesa de no tomar las armas ni vestirse de hombre, y le hicieron firmar con la cruz (porque no sabia leer ni escribir); pero era por el contrario una confesion por la cual se reconocia hereje, cismática, idólatra y hechicera. Bajo esta *espontánea deposicion*, el obispo Cauchon la condenó á perpétua prision, al pan del dolor y al agua de la angustia. Después, una noche ocultaron los vestidos femeninos que se le habia intimado llevase; y cuando la casta prisionera quiso cubrir su virginal desnudez, tuvo que tomar los vestidos de hombre puestos en su lugar. Esto fué bastante para que se la condenase al fuego como hereje, relapsa y hechicera (5).

---

(2) Todo el proceso ha sido publicado por la sociedad de la Historia de Francia: el último tomo contiene testimonios de escritores contemporáneos.

(3) P. ¿Qué bendicion hicisteis, ó hicisteis hacer á vuestra espada?

R. No hice hacer ni hice ninguna. Me era muy querida porque la habia encontrado en la iglesia de Santa Catalina, que quiero mucho.

P. ¿Qué queriais más, vuestro estandarte ó vuestra espada?

R. Queria cuarenta veces más el estandarte, y yo misma lo llevaba al atacar á los enemigos, para evitar dar muerte á alguno, y nunca he muerto á nadie.

P. ¿Era en vuestro estandarte ó en vos en quien fundábais la esperanza de vencer?

R. Estaba fundada en Nuestro Señor y no en otra cosa.

P. ¿Si otros que vos lo hubieran llevado, hubieran tenido igual fortuna?

R. No lo sé, el Señor lo sabrá.

P. ¿Por qué ha sido llevado el dia de la coronacion de la iglesia de Reims, más bien que el de otro capitan?

R. Habia estado en peligro, justo era que disfrutase del honor.

P. ¿Hacíais creer á las tropas francesas que esta bandera llevaba consigo la felicidad?

R. No hacia creer nada; decia á los soldados franceses: *Penetrad con valor entre los ingleses;* y yo misma entraba.

Al cargo de haber tratado de fugarse, responde: «Sí, lo he hecho, y es lícito á un prisionero. Si hubiera conseguido escaparme, no podrian acusarme de falta de fe, puesto que yo no habia prometido nada.»

(4) Es de admirar la habilidad con que una mujer sin cultura evita los lazos que le tienden, con el objeto evidente de hallarla en falta por sus mismas respuestas. Le preguntan: «¿Creeis estar en estado de gracia?» Si respondia que sí, se la podia tachar de presuntuosa, y diciendo que no, confesaba que era indigna de ser un instrumento de Dios. Respondió pues: «No lo sé; quiera Dios concederme tal estado, y si lo estoy, Dios me conserve en él.»

P. ¿Cuando san Miguel se os aparecia, *estaba desnudo?*

R. ¿Creeis que Nuestro Señor no tenga con qué vestirlo?

P. ¿Santa Catalina y santa Margarita odiaban á los ingleses?

R. Aman lo que ama Nuestro Señor, odian lo que odia.

Y cuando sus jueces le hablaban de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante, distinciones que no conocia, y en lo que era casi imposible no decir una palabra susceptible de ser interpretada como herejia, contesta: La Iglesia y Nuestro Señor es todo uno... Me presenté al rey de parte de Dios, de la Virgen Maria, de los Santos y de la Iglesia victoriosa de arriba; á ella me someto, como tambien las obras que he hecho y tenga que hacer.

(5) «El carro y la doncella habian llegado al lugar del suplicio, en el Mercado Viejo, cerca de San Salvador. Los que oian las ardientes oraciones con que se encomendaba á Dios y á los Santos, acusándose con contricion del menor pecado venial, no podian contener las lágrimas.

Reanimose todo su valor en presencia de la muerte. A fin de que la viera todo el mundo, se levantó en el mercado de Ruan una elevadísima hoguera (31 mayo de 1431), cubriéndola con greda para prolongar su suplicio; última venganza de los ingleses. ¡Ah! Los ingleses debian obstinarse en castigar á una niña que les habia infundido miedo; debian obstinarse en demostrar que habian tenido miedo no de ella, sino del diablo que la dirigia. Nicolás el pajarero, que faltando á lo sagrado de la confesion, le habia sugerido respuestas en que se condenaba á si misma, quiso lanzarse á ella

---

»La multitud era inmensa. Se habian levantado tres palcos para los jueces, los prelados y las personas de distincion, y cerca de la hoguera el de la doncella. Ingleses y franceses de elevada categoria estaban entre los asistentes. Se veia tambien á Pedro Cauchon y á Juan le Maistre, con once asesores del tribunal; pero el pueblo miraba irritado aquella lúgubre escena, conociendo que iba á cometerse una enorme iniquidad.

»Entonces Nicolás Midy comenzó una predicacion sobre el texto siguiente: *Cuando un miembro padece, padecen tambien los demás.* Dijo que ya una vez habia perdonado la Iglesia á Juana sus culpas; pero que creia no estar ya en el caso de defenderla, por lo cual la rechazaba de su seno. Juana oyó con resignacion y paciencia este discurso, terminado con estas palabras: *Juana, id en paz: la Iglesia no puede ya defenderos y os entrega á la justicia temporal.*

»Sin aguardar esta exhortacion, apenas el predicador habia concluido, se arrodilló Juana para implorar la gracia y la ayuda de Dios y de los santos, en particular de aquellos que la habian sostenido hasta entonces en los senderos de la vida. Acordándose de las palabras del Salvador moribundo, pidió perdon á todos, amigos ó enemigos, del mal que podia haberles causado, de la misma manera que ella perdonaba á todo el que le hubiese hecho alguna injusticia. En seguida rogó al pueblo que hiciera memoria de ella en sus oraciones, y á los sacerdotes presentes que dijesen una misa por su alma.

»En aquel mismo instante en que la hoguera iba á ser el galardon de tanta fidelidad y devocion, conservando siempre la memoria de su rey, y celosa de su honor, gritó de suerte que pudiera ser oida de todo el pueblo: *De todo lo que he hecho, bueno ó malo, no ha tenido él ninguna culpa.* El fruto y el esplendor de sus victorias se los consagraba ella, no reservándose más que la infamia y los padecimientos.

»Tales eran las palabras de la doncella de Orleans en presencia de la muerte: de este modo imploraba el perdon de aquellos, que, por medio de tan negra injusticia, habian desgarrado su alma y puesto su cuerpo en el tormento. Estas dulces y sublimes palabras penetraron como una cortante espada en el fondo de todos los corazones, y prorrumpieron en lágrimas todos, amigos ó enemigos, y hasta los mismos jueces. El más magnífico triunfo que pudo alcanzar Juana, tuvo lugar en el momento en que libre de todo rencor y ódio, en la brillante aureola de un alma pura, subia á la hoguera como el arcángel Miguel, hollando el dragon con su planta, y levantados los ojos al cielo, dirigia palabras de perdon y de paz á la tierra; triunfo más insigne que aquel en que, seguida de los más valientes caballeros, y al sonido de las trompetas y en medio de los gritos de todo un pueblo, enarbolaba su bandera victoriosa en la última torre de Orleans, y se veia saludada como la heroina y la libertadora de Francia. Entonces la sangre de los enemigos vencidos habia corrido á torrentes: ahora corrian las lágrimas de los vencedores sobre su víctima abatida y condenada á morir.

»En virtud de aquella antiquísima costumbre de la Iglesia que veda al poder eclesiástico la efusion de sangre, fué sometido á la autoridad temporal el castigo de Juana. Hubiera sido razonable exigir que esta autoridad examinara la causa á fin de investigar hasta qué punto la doncella de Orleans habia violado sus leyes, y si verdaderamente era digna de la clemencia impetrada. Pero nada de esto se hizo. Nuevo ejemplo de los abusos que se hallan en los procesos llamados *de fe* con suma frecuencia. No se pronunció ninguna otra sentencia, y Juana fué inmediatamente entregada al verdugo, preparado de antemano.

»Juana pidió una cruz para adquirir en ella fuerza y valor en su último combate. Un inglés caritativo le hizo al punto con su baston una, y ella la aceptó con gran respeto: y estrechándola contra su pecho entre sus vestidos, la besaba, é invocaba en medio de lágrimas la asistencia de aquel Dios que espiró en la cruz, tambien inocente. En seguida rogó á fray Isamberto y á uno de los dependientes que fueran á buscar la cruz de la iglesia inmediata y que la tuvieran levantada siempre delante de ella, á fin de que pudiera contemplar al Redentor crucificado hasta que exhalara el último suspiro. Cuando en efecto le llevó aquella cruz el sacerdote, la abrazó llorando amargamente, y encomendándose á Dios, al arcángel san Miguel y á santa Catalina, su principal abogada.

»Pero esta tierna escena parecia ya prolongarse demasiado al furor de una soldadesca implacable; pidió que Juana fuera entregada á sus manos, y gritó amenazadora contra el dignatario de la curia, que seguia alentándola sobre el cadalso. *Maese Juan, ¿qué esperas? ¿Quieres que permanezcamos aquí hasta la hora de comer?* A consecuencia de estas vociferaciones, sin que los legítimos jueces temporales hubieran proferido ninguna sentencia, fué consignada la doncella de Orleans en manos del verdugo con estas palabras: *Cumple tu deber ahora.*

»Dos ayudantes del verdugo se acercaron á ella para bajarla del cadalso; entonces abrazó por última vez la cruz, saludó al partir á los que la rodeaban, y bajó acompañada solo de fray Martin. Algunos ingleses se arrojaron sobre ella y la arrastraron con una brutalidad feroz hasta el pié de la hoguera, mientras ella iba pronunciando el nombre de Jesús entre sollozos y gemidos, y esclamaba con voz desconsolada: *Ruan, Ruan, tú eres mi última morada.* Los asesores, que habian tomado parte en el juicio, acabaron por quedar enternecidos de estas lamentaciones, y como si hubieran oido su propia condena, marcharon poseidos de susto del lugar del asesinato. Hecho verdaderamente estraordinario en aquella época de guerras prolongadas y feroces, en que el corazon de los hombres se habia endurecido y habituado á los espectáculos más odiosos y á los más atroces desmanes.

»Se rodeó la cabeza de la víctima con la coroza de papel ordinario en que estaban inscritos sus pretendidos crímenes; y en un cuadro colocado cerca de allí se leia la lista de los errores y de los desafueros de que la iniquidad de los jueces la habia hallado culpable.

»Suplicó al sacerdote que bajara del cadalso y tuviera la cruz levantada delante de ella y que continuara alentándola en alta voz, así como sus oraciones en la última batalla. En este momento Pedro Cauchon se acercó á ella nuevamente. Juana, que habia perdonado á todos sus enemigos, rodeada como estaba completamente por las llamas,

para confesarle su infamia y su arrepentimiento, pero fué rechazado. En cuanto á ella, no sabemos si vaciló en su fé, en su rey, en su patria y en los santos, si bien es cierto que espiró sin quejarse de ellos, repitiendo el nombre de Jesus y de su angel de guarda.

Su mision, que habia comenzado por una vision, acabó por un martirio, y nunca separó la causa de su pais y de su rey de las órdenes del cielo. Veinticinco años después fué revisado su proceso á instancias de Cárlos VII y con autorizacion del papa Calixto III (1455), y fué declarado inícuo y nulo; pero ya no existia la heroina, y la justicia humana no podia hacer más que proclamarla inocente, y esponerse de nuevo á correr el peligro de irreparables errores (6).

---

trató de hablarle por última vez, conmoviendo con sus últimas palabras la conciencia del juez inícuo.

»*¡Ah! Por vos muero, pues si me hubierais metido en las cárceles de la Iglesia, en vez de entregarme á mis enemigos, no me hallaria en este trance. ¡Oh Ruan, mucho temo que mi muerte sea para tí causa de dolor!*

»Cuando al fin la envolvieron enteramente el fuego y el humo, pidió un poco de agua bendita, invocó por la vez postrera la asistencia del arcángel san Miguel y de los demás santos, dió gracias á Dios por las mercedes que la habia otorgado: después, vencida por las llamas, inclinando hácia la tierra su cabeza moribunda, envió desde su hoguera al cielo estas palabras supremas, que hasta oyeron los asistentes que se encontraban á mayor distancia: *¡Jesus, Jesus, Jesus!*

»Lo que hubo de prodigioso fué que vanamente el verdugo derramó gran cantidad de aceite, de carbon, de azufre, sobre los intestinos y sobre el corazon de la doncella de Orleans, pues nunca pudo consumir el corazon la llama, segun consta de las deposiciones juramentadas del ejecutor, quien, asustado de aquella circunstancia, creyó firmemente en un milagro. Entonces el cardenal de Inglaterra ordenó que el corazon, las cenizas de Juana y todo cuanto quedaba de ella, fuera arrojado al Sena, á fin de que no restara un solo recuerdo á que la veneracion popular pudiera adherirse.

»Así murió la doncella de Orleans; así espiró la heroina que se ofreció como víctima por la Francia, y á la cual debe esclusivamente su pueblo el no haber sido borrado del número de las naciones libres é independientes. Aunque entregada á esta terrible muerte por indignos ministros de la Iglesia, que hacian traicion á Dios y á la Iglesia, del mismo modo que habian hecho traicion al Señor los falsos apóstoles, no por eso dejó ella de permanecer adicta á la Iglesia, y ni la acusó de los desmanes cometidos en su nombre por aquellos indignos ministros. Tampoco cesó de amar á su patria, aun cuando la habian condenado jueces franceses, y ni aun pensó en el artículo de la muerte en violar su fe al rey, á pesar de que éste con una vil ingratitud la habia abandonado. En este sentido pudo ser presentada Juana como símbolo del sacrificio más hermoso y más cristiano de la vida.» GORRES.

(6) Cuando se piensa que á Juana de Arco debe la Francia el mayor bien que puede poseer una nacion, nos indignamos al recordar que ha sido en Francia objeto de escarnio para la filosofia insultante del siglo pasado; que el patriarca de ella le dirigió una epopeya, sarcasmo vil y sucio, lleno de diatribas y de impiedad, y que el siglo *ilumi-*

El amor de la patria que la santa doncella habia despertado no pereció con ella y los franceses volvieron por segunda vez los ojos hácia los representantes de la independencia nacional. El duque de Borgoña se reconcilió con los armañacs y con Cárlos VII, quien volvió á entrar en Paris (1437). Continuó la guerra en medio del aniquilamiento causado á los dos partidos por sus prolongados esfuerzos; pero al fin la Normandía y la Guyena fueron reconquistadas; y segun lo habia profetizado la doncella de Orleans, se vieron espulsados los ingleses, sin conservar en su poder más plaza que Calais con su comarca, y para su soberano el título de rey de Francia. Todos los años en el mes de Enero, cuando el heraldo de armas de Inglaterra proclamaba en San Pablo, en presencia de la corte y de los ministros extranjeros, los títulos de su soberano, en el momento en que pronunciaban el de *rey de Francia*, tiraba en señal de reto un guante que recogia el embajador francés; uso que continuó hasta la paz de Amiens en 1803.

Se debian menos las victorias de la Francia á la habilidad y al valor de los franceses, que á las discordias de sus contrarios. La invasion habia quebrantado la unidad en Francia. Vagaban á bandadas los lobos en las despobladas campiñas: por todas partes soldados mercenarios continuaban la guerra contra infelices indefensos: desolaban el ter-

---

nado aplaudió aquel triple sacrilegio de religion, de patriotismo y de justicia. Nuestro siglo libró á la heroina de la docta negligencia y de la impia soberbia del siglo pasado, y además de los historiadores generales, hablaron especialmente de ella:

CHAUSSART.—*Juana de Arco, coleccion histórica y completa. Orbeans*, 1806, 2 tomos.

LEBRUN DES CHARMETTES.—*Historia de Juana de Arco, sacada de sus propias declaraciones, de las de 144 testigos oculares y de los manuscritos de la Biblioteca del rey y de la Torre de Lóndres.* 1837, 4 tomos

JOLLOIS.—*Historia compendiada de la vida y hazañas de Juana de Arco.* Paris, 1821.

BERRAT SAINT-PRIX.—*Juana de Arco ó rápida ojeada sobre las revoluciones de Francia.* Un anónimo inglés.—*Mem. of. J. di A. With the history of her times. Lóndres*, 1824, 2 tomos; después Pedro Dumenil, F. G. Wetzel, Roberto Southey Schiller repararon en sus versos los agravios que á Juana habian hecho Shakespeare, Hume y Voltaire. Pueden verse además el artículo de WALCKENAER en la *Biografia Universal*, GUIDO.

O. GORRES.—*La doncella de Orleans, obra sacada de las actas del proceso y de las crónicas contemporáneas. Regentburgo*, 1834.

MICHAUD Y POUJOLAT.—*Noticias sobre Juana de Arco.* Paris, 1837. Los autores de la *Enciclopedia* que pretendian esplicarlo y aclararlo todo, confesaron que en la historia de Juana habia algo de maravilloso. Michelet en el tomo VII de la *Historia de Francia* la hace por un juego de la corte en el cual era engañada la misma Juana. A este pueril comentario habia contestado hace 400 años el italiano Gobelini ó más bien Pio II en las memorias publicadas bajo el nombre de aquel.

ritorio el hambre, la peste, la indisciplina. Los barones ingleses, á quienes habian sido dadas en feudo las nuevas adquisiciones, se dieron grande prisa á despojarlas, y á enviar lo mejor que pudieron quitarles á su isla.

Los príncipes de la sangre, reconviniéndose á sí mismos de estos males, formaron una liga con el nombre y bajo del *bien público*, la cual atrajo al conde de Dunois, uno de los más distinguidos caballeros de aquella época, y al delfin Luis, que pidieron el remedio para estos males como si hubiese otro más que la union y la total espulsion de los estranjeros. Cárlos tuvo que reducir á unos al arrepentimiento, y á otros á la sumision por medio de las armas, pero el delfin retirado en la provincia de donde tomaba su título, oprimia á los habitantes y resistia á las órdenes de su padre, que tuvo que armarse de nuevo contra él. Estas crueles amarguras, otras conspiraciones, la muerte de Inés Sorel, las orgías á que le acostumbraba su nueva querida la Villequier, que para tenerle en su poder le proporcionaba ella misma jóvenes; y en fin, el temor de ser envenenado por su hijo, abreviaron los dias de Cárlos. Dejó á la monarquia, que habia encontrado en ruina, asegurada sobre sus bases (1461), y á la Francia á la altura de las grandes potencias de Europa. Comenzó con los suizos, cuyo valor habia apreciado, una alianza que debia después perpetuarse. La Guyena, entre otras posesiones con que enriqueció la corona, procuró grandes ventajas al reino, cuyo Norte y Mediodia se encontraron reunidos. No quedaban ya más que tres grandes feudos: el ducado de Bretaña, el de Borgoña y las posesiones de Renato de Provenza. Como el parlamento de Paris no bastaba ya á la espedicion de los negocios, Cárlos instituyó otro en Tolosa, para las provincias del Languedoc (1443). En su reinado, las rentas del Estado se elevaban á 1.800,000 libras (11.627,000 pesetas).

Ejércitos permanentes.—El acto más importante de Cárlos VII fué la nueva organizacion que dió á las fuerzas militares del pais. Habiendo licenciado los reyes á las tropas feudales, no querian ya más que tropas mercenarias, cuyo sostenimiento era uno de los mayores embarazos del gobierno. La cantidad á la cual se habian sometido los Estados Generales, se encontró insuficiente para tan larga guerra: cuando se atrasaban las pagas, los soldados saqueaban las campiñas sin distincion de amigos ó enemigos. Aprovechándose Cárlos de la iniciativa tomada en este sentido por Dugueslin (1440), propuso reunir los diferentes cuerpos en ejército regular, fijando un sueldo, estableciendo una severa disciplina, distribuyendo á los soldados en las plazas fuertes. Este plan fué aprobado; y con una contribucion permacente, se asignaron al rey los fondos necesarios, el cual, con rigor y constancia, libró á la Francia de la calamidad de las tropas mercenarias que hacia tanto tiempo tenian el derecho de asolar el pais. No conservó de ellas más que nueve mil hombres, para incorporarlos al ejército, y despidió á los armagnacs, como se llamaba entonces á los mercenarios, amenazándolos con la horca á cualquier desórden que cometiesen en adelante: con respecto á los crímenes pasados, se dieron por olvidados. La guerra se convirtió, pues, en negocio del rey: nombró á los capitanes: éstos, como los señores, respondieron de los desafueros de sus subordinados; y los culpables pudieron ser aprehendidos y muertos por los habitantes.

CAPÍTULO IX

LUIS XI.

La espulsion de los ingleses fué un acontecimiento nacional, en el cual tomaron parte tanto la nobleza, que se hizo matar, como el pueblo representado por la doncella, objeto de la aclamacion del vulgo y de las sospechas del rey. Entonces, pues, se formó el espíritu nacional, no llamándose ya los hombres por el nombre de tal feudo ó de tal concejo; sino franceses, por oposicion á los ingleses: unifícase el territorio, y con él la justícia, el gobierno, en quien no se busca ya la bondad sino la nacionalidad.

Grande ya la monarquía francesa, se mostró tiránica bajo Luís XI. Ya en vida de su padre habia intrigado éste con los príncipes descontentos, por lo cual se habia visto condenado al destierro; pero adquirió en él una instruccion, descuidada por la juventud de su pais, y ascendió al trono con el conocimiento de los grandes, el sentimiento de su inquietud y el deseo de humillarlos (1) por cualquiera medio que fuese. Usa trajes sencillos, se rodea de personas de baja esfera; un criado le sirve de heraldo, su barbero de camarlengo; llama al preboste, ejecutor de su justicia, su compadre; no respeta el derecho de caza de los señores, que era la mayor ofensa que se les podia hacer en aquel tiempo. Asiduo en los negocios, desdeñando el fausto, tan hábil en conocer á las personas como en servirse de los hombres de mérito; generoso en sus promesas y en sus dones, porque siempre estaba pronto en desdecirse ó volverlos á tomar, sustituye á la fuerza de las armas las elucubraciones de una política insidiosa, que carecia de todo sentimiento caballeresco, como lo anunciaba su divisa: «Donde hay provecho hay gloria,» y su frecuente dicho: Cuando el orgullo cabalga delante, la vergüenza y el perjuicio van á la grupa.

Llevaba en el gorro una pequeña vírgen de plomo, que invocaba en todas las circunstancias urgentes, en todas las dudas y en todos los desafueros. Juraba por las reliquias que llevaba siempre consigo, pero no tenia escrúpulo en ser perjuro, á menos que no hubiese prometido por la cruz de san Laud, en la cual habia puesto un pedazo de la santa cruz. Como la perfidia de sus palabras y de sus actos era conocida de todos, no se rodeaba sino de gentes sin conciencia, á las cuales se confiaba; vendido por estos confidentes, en lugar de corregirse, envolvió á los hombres de bien en sus sospechas, y se obstinó en obrar segun su parecer. El deseo de saber lo que pensaban de él los es-

(1) «En mi sentir, los disgustos y trabajos que pasó en su juventud cuando huyendo de su padre se refugió con el duque Felipe de Borgoña, donde permaneció seis años, le valió mucho, porque estuvo obligado á complacer á todos aquellos de quienes tenia necesidad. Cuando se vió gran rey y coronado, no pensó más que en venganzas, lo cual fué causa para él de muchas incomodidades y después de arrepentimiento; porque Luis, conociendo el terror, le enmendó acariciando y privilegiando á los ofendidos. Y en verdad, no creo yo que si hubiera sido educado en Francia, hubiera llegado nunca á tan alto punto, pues la juventud del reino no aprendia más que á hacer locuras en sus vestidos y en sus palabras, sin ningun conocimiento de las letras y sin tener á su lado ningun hombre sabio y prudente. Se habla generalmente de lo que ocurre á ciertos gobernadores que tienen al lado, y éstos disponen libremente lo que quieren. Hay algunos señores que apenas tienen 13 francos de renta, y cuando se quiere tratar con ellos suelen decir: *Hablad á mis criados,* creyendo que con estas respuestas imitan á los grandes príncipes. Así he visto muchas veces á sus criados disponerlo todo en provecho suyo, haciendo parecer bestias á sus señores.» COMINES, 1, 10.

tranjeros y los suyos, le hizo establecer una inquisidora policia que envileció á la nacion. Queriendo ser temido, vivió en un continuo temor, y ni siquiera hizo enseñar á leer al delfin, por miedo de que pareciese digno de sucederle. El personaje á quien amó más, fué Tristan el Ermitaño, preboste de justicia, que atormentaba y ahorcaba la gente á la menor sospecha.

Concibió Luis vastos proyectos, y trabajó en ellos con discernimiento y constancia, por lo cual los nobles á quienes Dunois habia dicho: «Ha muerto el rey, cada uno obre segun le convenga,» sintieron muy pronto tener un señor muy fuerte en aquellas cosas en que habia sido su cómplice.

Al principio, para asegurarse de que poseia realmente aquel trono tan deseado, deshizo todo lo que habia hecho su padre, separó á los ministros y abolió la pragmática-sancion, medida que fué celebrada en Roma con una fiesta popular, en la que el original fué arrastrado por el lodo (2). Pero el Parlamento se negó á registrar esta abolicion, por el motivo de que hubiera costado al reino un millon de ducados anuales, en gracias, esperanzas de sucesion y annatas, sin contar doscientas mil libras en dispensas, exenciones y absoluciones de Roma.

Un mismo pensamiento habia animado á los reyes de Francia, el de agregar los grandes feudos de la corona; pero las progresivas adquisiciones de ésta fueron contenidas por los Plantagenet, que aspirando al trono de Francia, se hacian protectores de los altos barones en contra del rey. Este recurrió á un remedio peligroso, y que rompió la tan deseada unidad, los infantazgos. Llamábanse así las tierras y privilegios feudales asignados á títulos de pares, á los príncipes de familia real; estos príncipes eran de esta manera feudatarios, hereditarios, poderosísimos en el Estado, y tanto más cuanto que la ley sálica les dejaba la probabilidad de ascender al trono. Hemos visto al rey Juan conceder de esta manera la Borgoña á Felipe, que por su matrimonio añadió á ella Flandes, el Nivernais y Artois. Felipe el Bueno, su nieto, tuvo además como feudo del Imperio, algunas provincias de los Paises Bajos y adquirió á Macon, Auxerre y una buena parte de la Picardia. Tan grande aglomeracion de dominios populosos y ricos, tanto por el territorio como por el comercio, tomó un considerable desarrollo durante una larga paz. La prosperidad fué tal, que el lujo y las comodidades de la vida no se veian sólo en la corte, sino entre los simples ciudadanos. Dependia de él muchísima nobleza y las ciudades más mercantiles, Gante y Lieja, entre otras, podian poner en pié cuarenta mil hombres equipados. Es verdad que la concordia no reinaba entre los habitantes: los holandeses no querian estar subordinados á los flamencos ni los flamencos á los borgoñones: la nobleza de los castillos habia despreciado al pueblo de las tiendas: los mercaderes de las ciudades introducian el órden feudal, y cuando los maestros de los oficios tocaban en Gante la campana de Roldan (3), los artesanos corrian á las armas para defender sus derechos aun contra los caballeros. Batidos en campo raso, se refugiaban detrás de las murallas de la ciudad, bastante fuertes para obligar á los señores á descender á pactos.

Ya hemos mencionado sus sublevaciones, como tambien el peligro en que estuvo la Francia á causa de Juan Sin Miedo y de Felipe el Bueno. Este era un personaje de los primeros de Europa, conocido por antonomasia con el nombre de duque; era ambicionada la órden del Toison de oro fundada por él (1429); su córte era modelo y escuela de caballeria y de esplendidez, y en una de sus fiestas se gastaba tanto como gastaba el rey en un año, y el papa le encomendaba especialmente la cruzada contra los turcos.

Comenzaba entonces á hacerse viejo, pero á su lado crecia su hijo Cárlos, apellidado con razon el Temerario. Cuando el rey Luis, cuyo padre habia predicho que seria la zorra introducida en el gallinero, reclamó del duque la restitucion de las ciudades situadas junto al Soma, segun los términos de la paz de Arras, ofreciéndole cuatrocientos mil escudos de oro, Felipe consintió en ello, pero Cárlos concibió tal despecho que se alejó de la córte. Luis esperó tiempo oportuno prefiriendo á cualquier otro medio el emplear la perfidia. Volviendo, pues, sus miradas á otra parte se dirigió á Francisco II de Bretaña, para prohibirle titularse duque por la gracia de Dios, y acuñar moneda. Francisco hizo saber á los señores franceses que la intencion del rey era despojarlos uno después de otro, é hizo que concentrasen sus ódios y agravios en una nueva liga del *bien público*, en la que entraron los duques de Bretaña, de Borgoña, de Alenzon, de Borbon, Juan de Orleans, el conde de Dunois, las casas de Foix y Armagnac y á su cabeza Cárlos, duque de Berry, hermano del rey, heredero presunto de la corona. Pero los tiempos

(2) En la *Chronica latina subaudiæ*, publicada en el tomo IV de los *Mem. historiæ patriæ*, 1841, p. 630, se dice que estos versos se hallaron fijados en las esquinas de Paris:

Concio cleri, fle:
Nam quidquid habes sera rifle;
Nam et rex et papa
Ambo sunt sub una capa:
Hoc faciunt: do ut des,
Unus Pilatus et alter Herodes.

(3) *Suspensa undecies mille pondo gravis campana, cui Rolandus nomen est, scriptumque est in ambitu.*

Ik heete Rolandt, als ik kleppe, dan is 't brandt.
Als ik luge, dan is sturm ent't Wlaenderlant.

«Me llamo Roldan; cuando repico hay incendio, cuando sueno hay guerra en el pais de Flandes.» SANDERI, *Grandevensium rerum libri sex. II, 116.*

habian cambiado de tal modo, que en lugar de blasonar de arrogancia, como en las rebeliones anteriores, y de proclamarse enemigos del bajo pueblo, se aliaron con él fingiendo querer refrenar el despotismo real y restablecer el órden en el gobierno, cuando no trataban más que de sostener su independencia y de desmembrar á la Francia.

Luis, oponiendo la astucia á fuerzas mayores, ganando á los amantes y á las familias de los enemigos, sin separarse completamente de ellos por una negacion, impidió con la batalla de Montlhery, que ocupasen á París, y se captó la voluntad de los habitantes de esta ciudad con afabilidad y promesas; después siguiendo los consejos de Francisco Sforcia, desunió á los coligados concediéndolo todo á todos, pero con intencion de no conceder nada á ninguno. En el tratado de Conflans, restituyó á la Borgoña las ciudades de orillas del Soma, y asignó á su hermano la Normandia, el infantazgo más productivo que ha poseido nunca un hijo del rey de Francia, porque equivalia á una tercera parte del reino; pero apenas le aisló de los demás señores cuando se la quitó.

El desposeido duque acudió á Cárlos el Temerario, que habia sucedido á su padre (1467), y que desde su infancia habia concebido hácia Luis un ódio profundo. De aquí procedió la implacable lucha, en la cual desarrollaron á porfía el valor y la perfidia, por una y otra parte, todos sus recursos. Cárlos, considerado como jefe de todos los enemigos del rey, comenzó la guerra, pero Luis, más astuto y sagaz, prevaleció: los vasallos inferiores fueron castigados, unos por el suplicio, otros con la confiscacion; el duque de Borgoña vió pasar al partido de su adversario su más ilustre ministro, el historiador Felipe de Comines, que, Luis supo arrebatarle. Cárlos, hermano del rey, que se habia contentado con la Guyena, murió; y su capellan, puesto en el tormento, confesó haberle envenenado por mandato espreso de Luis, que no trató de disculparse. Pero declarándose Cárlos de Borgoña su vengador, se unió á Eduardo IV de Inglaterra para invadir y dividirse la Francia, asegurándose el ambicionado título de rey.

Luis, que conocia muy bien el poder del oro y sabia gastarle á tiempo, compró los confidentes de Eduardo, á los cuales asignó una pension de 50,000 libras durante su vida; y contándole á él mismo 75,000 para sus gastos de guerra, le determinó á volver á pasar el mar. Prometió á los suizos 20,000 libras anuales durante su vida, y 4 florines y medio mensualmente á cada hombre que entrase á su servicio. Los mismos medios le sirvieron para ganar al emperador y al duque de Lorena, y tambien para hacer que se rebelasen los flamencos contra Cárlos, principalmente los de Gante, descontentos de tener que proporcionar de continuo nuevos subsidios á aquel príncipe, cuyo lujo y ambicion habian agotado los tesoros de su padre.

No habia grandeza á que no aspirase Cárlos; pasaba de una empresa á otra sin detenerse por su magnitud ó multiplicidad, ni por las dificultades que se interponian. Con el impetuoso valor á que debia su sobrenombre, pensó hacerse independiente, reuniendo la mayor parte del antiguo reino de Lorena y los cantones suizos, débiles aun, y formar una Francia belga, estendiéndose desde las fuentes del Rhin hasta su embocadura, desde los Alpes hasta el mar del Norte, y tal vez hasta el Mediterráneo; nuevo Estado que hubiera separado la Francia de la Alemania, y cambiado la situacion de Europa.

La Francia tenia, pues, entonces dos soberanos; un rey en Dijon y otro en París: por lo que uno de ellos debia dejar de existir por necesidad. Este fué Cárlos, el cual, teniendo más fuerza de voluntad que habilidad para conducirse, más ímpetu que prudencia, derramando por todas partes su poder y su ambicion, fué derrotado y muerto en lo mejor de sus esperanzas, por los montañeses suizos (4). Mientras se daba la batalla, Angel Cato, que después fué arzobispo de Viena, celebrando la misa delante del rey en San Martin de Tours, le dijo: *¡Señor, Dios os da la paz y el descanso! Consummatum est; vuestro enemigo ha muerto.* Prometió el rey, si decia la verdad, reemplazar con una verja de plata la de hierro que rodeaba el arca del santo. Nada en efecto podia proporcionar á Luis XI más felicidad que esta catástrofe. Además de verse libre de su mayor enemigo, pretendió la sucesion y confiscó los condados de Borgoña, como vacantes por falta de herederos varones. Pero Maximiliano de Austria, que se habia casado con Maria, única hija de Cárlos el Temerario, tomó las armas en defensa de los derechos de su mujer. Se convino, en fin, en que Margarita, su hija, contraeria matrimonio con el delfin (1482), á quien llevaria en dote el Artois, el Macanes, l'Auxerres, Bar-del-Sena, Noyon, el Franco-Condado, y además los Paises Bajos, en el caso de que el archiduque Felipe no dejase herederos.

Luis adquirió tambien el Rosellon, la Cerdaña, en premio de los socorros que habia proporcionado á Juan de Aragon; el testamento de Renato el Bueno, rey titular de Nápoles, le valió el Anjú y el condado de Provenza, con funestos derechos sobre el reino de Nápoles. Los que quieren conceder á la política de Luis XI un notable mérito con estas importantes adquisiciones, no pueden dejar de conocer que la fortuita estincion de las dos casas de Borgoña y Anjú le sirvió más que sus mil perfidias y crueldades. El ducado de Génova, que habia sido cedido á su predecesor, fué dado por Luis á su gran amigo Francisco Esforcia.

En lo interior, estableció los correos para las cartas (1461); declaró que los magistrados no podian ser destituidos sino como consecuencia de un

---

(4) Véase más arriba, cap. XIV. Reservamos para el libro XV la historia de Flandes.

proceso regular, duplicó las rentas del Estado, que ascendieron en su reinado á 4.700,000 libras, es decir, unos 26.000,000 de pesetas. Pensaba unificar las pesas, las medidas, las costumbres, de manera que no hubiese más que una sola ley francesa, para cuyo fin habia mandado reunir las de Florencia y Venecia (5).

Instituyó la órden de San Miguel, cuyos miembros prestaban juramento de defender los derechos de la corona y la autoridad real, no formar ligas entre sí ni con ningun príncipe extranjero. Ahora bien, los primeros á quienes condecoró con ella fueron los antiguos confederados del bien público, y forzó con las armas al duque de Borgoña á aceptar este servil honor. Las universidades de Bourges y de Burdeos le ayudaron á propagar la instruccion en las provincias; pero creyendo poder ejercer tambien su despotismo sobre el pensamiento, mandó que los libros de los nominalistas fuesen atados y clavados, con prohibicion de sostener sus doctrinas, bajo pena de destierro: edicto ridículo que cayó en olvido (6).

Luis XI no fué peor que los demás reyes de su época, escepto la inmoralidad de los medios que empleó. Por lo demás, benévolo para el pueblo con objeto de humillar á los señores, incurrió en la enemistad de la nobleza, y ha sido denigrado por la historia. Atacado de apoplegia, pasó dos años desgraciadamenre entre el temor de los hombres y el de la muerte, encerrado en su palacio, estaba siempre en pié de guerra: cuatrocientos arqueros velaban en su guarda, y mil ochocientos cepos diseminados en los alrededores, además de infinidad de barreras, cadenas y horcas. Para distraerle le ponian en su cuarto gatos y ratones; daba 10,000 francos mensuales, concediéndole además todas sus peticiones, á su médico Santiago Cottier, que le juraba que segun la observacion de las estrellas, no pasaria una semana si estuviera privado de sus socorros. Mezclaba al empleo de los remedios más repugnantes, las reliquias y supersticiones, como tambien *terribles* y *maravillosos medicamentos*, porque absolutamente no queria morir; habia mandado que se le advirtiese que su hora estaba próxima diciéndole: *Hablad bajo*. Con el objeto de que no notasen su decadencia, se adornaba y se vestia con trajes magníficos contra su costumbre, y redoblando la turbulenta autoridad, enviaba embajadores á todas partes, hacia comprar en cada pais lo que habia más estimado; perros de caza en España, rengíferos, antes y pieles en el Norte, caballos y armaduras en Italia; libros en Africa, pagando todas estas cosas á enormes precios, y haciendo que se hablase de ello. Habiendo oido hablar de los milagros que se atribuian á san Francisco de Paula, fundador de los mínimos, le hizo venir de Calabria, con la esperanza de que le salvara la vida. Cuando el piadoso personaje, que habia tomado por divisa de su nueva órden la palabra *Caridad*, dándole por base la humildad y la abstinencia, llegó á la morada real, Luis se arrojó á sus piés, suplicándole que le curara, pero el buen ermitaño respondió que no tenia para servirle más que sus oraciones; le exhortó á implorar á Dios y á convertirse. En efecto, su atormentada conciencia le inspiró remordimientos en sus últimos momentos; lloraba por las malas acciones que habia cometido, y reparaba lo que podia; en fin, espiró el 30 de agosto de 1483, invocando á aquella misma Virgen que tantas veces habia implorado, para sus desafueros, el éxito y la impunidad; fué Luis un hombre desgraciado, pero un gran rey.

---

(5) *Pruebas de* DUCLOS, IV, 419.

(6) M. Poirson aprecia muy bien, segun nosotros, la conducta pública de Luis XI. *Compendio de la historia de Francia durante los tiempos modernos*. «A la monarquia mezclada con feudalismo y Estados que habia regido en Francia desde el tiempo de Felipe el Hermoso, se encontró sustituida una forma de gobierno nueva, que nosotros denominaremos *monarquia limitada*. Entendemos por monarquia limitada un gobierno en el cual las asambleas nacionales, convocadas apenas á largos intérvalos, no tienen voluntad propia ni accion, y no se reunen más que para sancionar los proyectos del poder, en el cual el jefe del Estado posee todo el poder legislativo y ejecutivo; dispone, sin dar cuenta de las rentas públicas, y puede impunemente aumentar á su antojo los impuestos; decide solo la paz y la guerra, y tiene entre sus manos los destinos públicos. La monarquia limitada difiere esencialmente de la monarquia constitucional, en la cual las asambleas nacionales reunidas periódicamente, están investidas con los derechos políticos, cuyo regular ejercicio da á la nacion que representan una parte más ó menos lata en el gobierno y en la gestion de los negocios públicos. La monarquia limitada difiere tambien de la monarquia absoluta, porque respeta las leyes orgánicas y de interés general dadas anteriormente por los diferentes poderes del Estado, porque sufre por contrapeso, no las libertades públicas y generales, sino las libertades locales y particulares, tales como los privilegios de las provincias, de las ciudades, de las órdenes y de los cuerpos del Estado que la monarquia absoluta destruye, ó que no tolera sino á condicion de no ser incomodada... A pesar de algunos actos de un violento despotismo, Luis XI estableció la monarquia limitada y no la monarquia absoluta... Desde 1468, Luis XI no habia convocado los Estados Generales, y no habia dejado tomar ninguna parte á la nacion en el gobierno. Por otro lado habia anonadado en parte, y en parte reducido á la impotencia, la alta aristocracia. Sobre los restos de las libertades nacionales y del poder de los grandes, estableció la monarquia limitada, no la monarquia absoluta, ni con mayor razon el despotismo. En efecto, á pesar de varios actos de una odiosa arbitrariedad con que habia manchado los últimos años de su reinado, habia encontrado en las prerogativas del parlamento y en las costumbres de la nacion, un obstáculo invencible á que la voluntad y las pasiones del rey se erigiesen en en leyes supremas; sus escesos quedaron como escesos y escepciones, no fueron trasformados en reglas y en legalidad monstruosa.»

En tiempo de Francisco I se hizo absoluta.

CAPÍTULO X

CONSTITUCION DE LA FRANCIA.

Aumentándose poco á poco el territorio del pequeño duque de la isla de Francia, lo estendió en adelante hasta sus límites naturales; dióle unidad, y la bandera del estranjero no flota ya sino en una ciudad de la costa. Al mismo tiempo ha dado unidad tanto al gobierno como al territorio, puesto órden en las rentas, destruido las jurisdicciones independientes de los señores y de las ciudades; ha separado todo punto intermedio entre él y el pueblo, á quien ha llamado á los Estados Generales para votar los impuestos. Felipe el Hermoso, que continuó violentamente la obra de san Luis, estendió á todo el reino los comisarios reales, que poco á poco arrebataron á los feudatarios la jurisdiccion; privólos después del derecho de acuñar moneda; hizo al parlamento permanente, de ambulante que era; después de haber humillado la Santa Sede, adoptó la fórmula: *En virtud de la plenitud del poder real;* y en fin, restringió la herencia de los infantazgos á los barones, para que volviesen más pronto á la corona.

Las rentas de ésta consistian en censos, peajes y multas; las ciudades estaban seguras por las cartas comunales contra los impuestos arbitrarios; pero era preciso más dinero desde que los ejércitos se habian aumentado y desde que ya no era posible emplear las levas feudales en espediciones remotas. Resultó de ello que á los judios y mercaderes, gentes á quienes la ley no protegia, les impusieron nuevas contribuciones, se alteró el valor de la moneda y se abolieron los templarios, y que Felipe emancipó en 1298, mediante doce dineros torneses, por sextario de tierras, á todos los siervos del terruño en el Languedoc; otro tanto hicieron sus hijos en las demás provincias; y todos los habitantes de las vastas posesiones reales que lo quisieron, obtuvieron de este modo la libertad personal. Como habia, sin embargo, necesidad de rentas mayores más estables, gravó Felipe con derechos de aduanas al comercio que se habia aumentado, imponiendo $^1/_{33}$ sobre las mercaderias que se exportasen, y además una gabela sobre la sal; obligando despues á convocar los diversos órdenes para pedirles subsidios, instituyó los estados generales de la lengua de *oc* y de la lengua de *oil*, los cuales establecieron que todo noble y todo eclesiástico que gozase de una renta de más de cien libras, proporcionaria al rey un ginete, y los plebeyos seis infantes por cada cien hogares.

A su muerte se levantan los súbditos contra el sistema rentístico y judicial, las monedas vuelven á su antigua ley, algunos impuestos nuevos son abolidos, principalmente el de la sal; varios señores reivindican sus prerogativas feudales y se oponen á que el rey juzgue en su territorio, escepto en el caso de denegacion de justicia ó por apelacion; se reservan el derecho de perseguir á aquellos de sus siervos que se refugiaran en los dominios del rey: el poder de los comisarios es restringido, el duelo judicial restablecido, y en fin, suprimida la obligacion de servir fuera de la provincia. Ultima resistencia que duró muy poco. Acaece la guerra con los ingleses, y entonces Felipe de Valois obtiene de los Estados la gabela sobre las bebidas y el monopolio de la sal; despues altera las monedas, confisca 100,000 florines á su tesorero y 400,000 á los mercaderes italianos.

Las ciudades habian perdido completamente ó en parte su libertad pasando de la supremacia del feudatario á la del rey; sus cónsules ó *maires* perdieron el derecho de administrar justicia, y el de declarar la guerra; se les impuso nuevas contribuciones, y su autoridad quedó limitada casi solo á la administracion interior; algunas de ellas habian caido en poder de los condes de Provenza, y otras fueron saqueadas en la guerra de los albigenses. Pa-

ris crecia sobre sus ruinas, y administrada por el preboste de los mercaderes se estendia por las dos orillas del Sena, del que no ocupaba al principio más que una isla. Conoció su fuerza é hizo uso de ella para resistir á la administracion real, dando la mano á las demás ciudades descontentas. Los Estados reunidos en 1356, suscitaron pretensiones demócraticas, tales como la de que se les dejase tener parte en la votacion de los impuestos, percibirlos y decidir los litigios que ocasionasen sobre este punto. Concedieron un subsidio para armar treinta mil hombres, pero nombraron personas encargadas de recaudarlo. Exigieron además la destitucion y el encarcelamiento de veinte y dos de los principales empleados de la corona, mandaron procesar en otras partes á los agentes del reino, y establecieron visitas periódicas.

Pero ¿podia esperarse que permaneciesen en armonia los tres órdenes? Sublevóse la *Jacquerie* contra los nobles; asolaron los ingleses el pais, y los diferentes órdenes reconocieron la necesidad de fortalecer la monarquia. Pudo, pues, el delfin, constituirla con más vigor que lo nabia estado hasta entonces. Renovó los antiguos impuestos, añadiendo uno sobre las casas. Regularizó la administracion de los dominios reales; fundó la cámara del tesoro; dispuso que diputados del rey y no del pueblo cobrasen los subsidios, con los cuales se atendió á los gastos de la guerra y al rescate del rey Juan; y por último, se formaron compañias disciplinadas, base de los ejércitos permanentes.

Hasta el tiempo de Carlos V el parlamento se habia compuesto en gran parte de señores feudales; pero como éste le hizo permanente, y nombró los consejeros vitalicios, los barones tuvieron que optar entre las armas y la toga, y prefiriendo generalmente las primeras, quedó el parlamento para los legistas; no hubo ya simples relatores sino jueces; los consejeros eclesiásticos lo mismo que los de las ciudades recibian sueldo de la corona y la servian.

Carlos, habiendo convertido en impuestos permanentes los subsidios sobre las mercancias y las bebidas, tuvo que someterlos á una administracion real, que abrazaba todo el reino, excepto el Languedoc, cuyos Estados no se habian negado nunca á satisfacer las necesidades del rey, y que permanecieron separados, y el Delfinado, la Borgoña, la Provenza y el Bearne, los cuales cuando fueron agregados á la corona, estipularon la conservacion de sus Estados particulares.

La minoria de Cárlos VI y después su demencia, suspendieron los progresos de la autoridad real, y dieron á los Estados Generales una importancia enteramente revolucionaria. En las turbulencias que entonces estallaron, no tomaron ya parte los señores territoriales que deseasen la independencia de sus feudos, ni tampoco ciudadanos que se opusiesen á las nuevas exacciones, sino á los príncipes de la sangre, que pretendian tener parte en la administracion. El partido de Orleans sostenia la monarquia; el de los Armacgnacs reunia en sus filas los restos del feudalismo vencido y la masa de la clase media sujeta, y oponia á las innovaciones lo pasado. Durante este tempestuoso período en que la monarquia habia sido atacada por la Iglesia, por la nobleza, por el pueblo, por los extranjeros, los Estados Generales habian adquirido como verdaderos representantes de la nacion, grandísima importancia. Todas las grandes instituciones fueron sancionadas con su concurso: declararon la independencia de la corona respecto de Roma; determinaron las leyes de la sucesion real, é hicieron los últimos esfuerzos para asegurar la nacionalidad. Así como la ordenanza dada por los Estados del 1356, que se habian apoderado de todo el gobierno, podia ser considerada como una carta legislativa, la de 1413 fué un código administrativo exigido por el influjo popular, que se habia hecho preponderante. En doscientos cincuenta y ocho artículos consignó los derechos de los grandes cuerpos del Estado, como tambien la administracion, los juicios, la hacienda, atribuyendo ésta al tribunal de Cuentas, lo mismo que á los parlamentos, los asuntos judiciales. Esta era una reaccion en favor de la monarquia y de los poderes constitucionales. En todas las clases eran censurados y reformados los abusos: se concedió al pueblo el derecho de la caza, así como el de perseguir á mano armada á los merodeadores. Pero sucumbió esta faccion y con ella esta ordenanza, la cual sin embargo sirvió de norma para la legislacion posterior.

Sobre otra cuestion importantísima tuvieron que fallar los Estados Generales bajo el reinado de Luis XI, la de los infantazgos, que segregaban del reino ciertas porciones y constituian señorios independientes, cuyos dueños turban la paz del reino. Los Estados en 1467, desechando las pretensiones del duque de Berry á la corona de Normandia, establecieron que los hijos de Francia recibirian una renta en dinero; última resistencia pública que hizo el feudalismo.

A fin de sostener un ejército permanente, suprimiendo los ejércitos feudales, concedieron los Estados Generales á Cárlos VII el tributo personal, que bajo su reinado no produjo más que 1.800,000 libras, suma con la cual mantenia diez mil y quinientos hombres de armas y cuatro mil arqueros. Luis XI impuso arbitrariamente otras contribuciones sin el consentimiento de los contribuyentes, por cuya medida le alabaron los cortesanos, diciendo que habia puesto la monarquia *hors de gage*, es decir, fuera de tutela; pero Comines manifestaba que es muy justo que el que paga consienta, y que esto da fuerza á los gobernantes (1).

---

(1) «No hay rey ni señor sobre la tierra que tenga poder fuera de su dominio, para imponer un dinero á sus súbditos, sin la adhesion y el consentimiento de los que

A la muerte de Luis XI hizo la nacion, representada por los Estados, una última tentativa para oponerse á las contribuciones arbitrarias. La regencia de Cárlos VIII fué disputada por su madre Ana de Beaujeu y por los príncipes de la sangre: aquélla invocaba el testamento de su marido: éstos apelaban á los Estados Generales; pero á fin de que, concertándose los príncipes, no pudieran reclamar franquicias, se trabajó para dividirlos en seis provincias, cada una de las cuales debia discutir en salones separados, y comunicarse después el resultado de las deliberaciones particulares. Así tuvo la córte gran facilidad para corromper, y para fomentar de pais á pais las rivalidades. Los normandos y los borgoñones sostuvieron que á los Estados Generales correspondia proveer á la regencia del rey menor; pero las secciones de Paris, de Aquitania, de la lengua de *oc* y de la lengua *oil* rechazaron esta opinion.

Hubo más armonia para solicitar la represion de los abusos de poder cometidos por Luis XI en materia de contribuciones. Quejáronse los Estados de que el gasto de la casa del rey fuera tan escesivo; de que habia demasiadas pensiones, demasiadas gratificaciones, demasiados ejércitos: en su consecuencia pedian que fueran suprimidos el impuesto personal y otras contribuciones arbitrarias, y que en lo sucesivo no se impusiera ninguna sin el consentimiento de los Estados. Sin embargo, se determinaron á votar tantos subsidios como bajo el reinado de Cárlos VII, y eso no contando una cuarta parte para el alegre advenimiento del rey, si bien declararon que aquello debia considerarse como un don gratuito que no debia durar más que dos años, y que concluido este término, se convocarian otros Estados. Guardáronse muy bien de atemperarse á esta última condicion los regentes; pero de tal modo se habia debilitado el feudalismo bajo Luis XI, que las disputas que sostuvo sobre el dominio de una mujer y de un niño fueron calificados de *guerra loca*.

Venalidad de los empleos.—Así no vino á depender más que de la voluntad del rey la fijacion de los impuestos; y posteriormente, á un espediente absurdo, imaginado por la penuria de dinero, debió la Francia lo poco que le quedó para una oposicion legal. Habiendo agotado las guerras de Italia el tesoro, Luis XII puso en venta todos los empleos de hacienda. No era nueva semejante costumbre, si bien entonces vino á ser ley. De consiguiente se hicieron vendibles todos los *empleos*, y las profesiones más humildes, como la de barbero, por ejemplo, fueron erigidas en destinos públicos. Todo el que los compraba era su propietario, con facultad de trasmitirlos á sus herederos, de traficar con ellos, de hipotecarlos, de secuestrarlos, de venderlos en justicia. Francisco I hizo estensivos estos abusos á los empleos de la judicatura, creando veinte plazas de consejeros en el parlamento de Paris, y treinta en los de provincia, y de buena ó mala voluntad hizo que ingresaran estos recien llegados bajo el mismo pié que los otros. Bajo Enrique IV se introdujo un derecho anual llamado *paulette*, del nombre de su inventor, mediante el cual el titular podia disponer de su empleo como de otra propiedad cualquiera, sin que el rey conservara ningun derecho sobre el empleo una vez vendido. Vanamente se opusieron á esto los parlamentos; nuevas necesidades hicieron que se instituyeran nuevos cargos, y cuanto más se aumentó el número de ellos, más difícil fué para la corona verificar su rescate: era necesario continuar pagándolos.

Este escandaloso y perjudicial recurso rentístico produjo, sin embargo, algun bien. Permaneciendo el magistrado inamovible, salvo el caso de un delito, se halló independiente del rey, y por consecuencia no estuvo obligado á halagar á la córte. Los empleos costaban mucho y rendian poco, por lo cual no podian ser comprados más que por personas ricas, que elevadas de este modo al nivel de la primera nobleza, se mostraban celosas de rivalizar con ella en esplendidez. Habiéndose aumentado su número más allá de lo necesario, fijaron éstos su atencion en otros objetos, y habiéndose tambien acrecentado su independencia, sus relaciones, su fortuna, pudieron desbaratar las intrigas de la corte y del gabinete. No sólo se vendieron los empleos de hacienda, sino tambien los del foro, y hasta los mismos que hablaban en nombre del rey, como el procurador y el abogado general, no dependian del monarca; por lo cual un tribunal podia desobedecer impunemente al rey.

La hacienda fué organizada en las provincias antes que la administracion; en el año 1442 se establecieron en todas las ciudades recaudadores de regalias, diezmos, contribuciones y subsidios que debian recaudar en una circunscripcion de territorio llamada *generalidad*. Aprovechándose los reyes de esta distribucion para constituir la administracion, colocaron en cada generalidad un encargado de rentas y un comisario, para la ejecucion de las reales órdenes. Poco á poco se aumentaron las atribuciones mal determinadas de estos comisarios, hasta el punto de absorber las del empleado de hacienda, y llegaron á ser posteriormente representantes del rey en las provincias: por último, Luis XIII les dió el nombre de intendentes del ejército, de la justicia y de la hacienda. Sus atribuciones se extendian sobre todo lo que interesaba al servicio del rey y al bien de los pueblos, modi-

---

deben pagar, sino por tirania ó por violencia. Se podria responder que hay estaciones en que no es conveniente aguardar á la asamblea, y que seria dar muchas largas á comenzar la guerra y emprenderla. A esto respondo que no hay necesidad de caminar tan de prisa y que sobra tiempo. Por tanto os digo que los reyes y los príncipes son imponderablemente más fuertes cuando emprenden algun negocio con el beneplácito de sus súbditos, y son más temidos de sus enemigos.» COMINES, *Mem.* lib. V, c. 19.

ficándose, no obstante, en su ejercicio, segun los usos y privilegios del pais, porque habia una diferencia entre los paises de *estado* y los de *eleccion:* estos últimos tenian el derecho de discutir y de repartir los impuestos en la asamblea de los tres órdenes, cuyos impuestos eran repartidos en las parroquias por el intendente; ó bien magistrados, llamados *elegidos*, juzgaban las diferencias que se suscitaban entre los colectores y los contribuyentes.

Justicia.—En el orígen el poder público no intervenia en los delitos para castigar, sino para pacificar. Era un medianero entre enemigos, y creyó haber alcanzado mucho introduciendo las composiciones en que uno vendia la venganza y el otro compraba la impunidad. Los ejemplos de la Iglesia, el renacimiento del derecho romano y la organizacion de los concejos hicieron concebir mejores medios, y se miró la justicia como cosa pública; pero de tal modo, sin embargo, que no se hizo más que sustituir la venganza pública á la privada, que por consiguiente fué violenta, y cuyos castigos se asemejaron á las represalias de la pasion. Mucho tuvo que hacer la política para quitar este precioso derecho á los barones y para reconcentrarlo en manos del rey. En un principio los comisarios regios sólo conocieron de los delitos contra la majestad del rey, sus oficiales ó la seguridad pública, de cuyas cosas era protector el soberano, proteccion de que se valió para estender su poder. Los delitos de Estado en sus infinitas gradaciones; después los de lesa majestad divina, como sortilegios, mágia, encantamiento, violacion de sepultura, cisma, heregía; por último, todo insulto á un magistrado ó á un empleado inferior, cualquier falsificacion, concusion, malversacion, abuso de autoridad, todo fué considerado como de competencia real. Sustrajéronse de las justicias señoriales, delitos contra la seguridad pública; primero los casos de asesinato, envenenamiento, parricidio, homicidio, infanticidio, violacion, rapto, seduccion, incendio, reuniones tumultuosas, ocultacion de delincuentes, atentados contra la tranquilidad pública; después los delitos cometidos en las casas reales, en la iglesia, en la via pública; y por último, la menor dilacion en el cumplimiento de una ley, fué interpretada como una denegacion de justicia, y bastó para que la causa fuera diferida á la decision del príncipe.

En la época en que las tropas mercenarias licenciadas infestaban la Francia con sus violencias, no bastando los tribunales de los barones para reprimirlas, se crearon tropas (maréchaussée) á las órdenes de un preboste, que procesaba y juzgaba inmediatamente á los que eran cogidos infraganti, á los asesinos, á los calumniadores y á los vagabundos. Con estos castigos quedaron aterrados los malhechores; y los tribunales señoriales se hallaron con que habian perdido poco á poco su competencia en todo. Con motivo de la inamovilidad de los jueces, dió Luís XI un decreto que convirtieron en ley los Estados Generales después de su muerte, y que es la cuarta ley fundamental de la Francia.

Así se hallaron trasferidos los juicios de toda clase á un magistrado. Favoreció esta innovacion el clero, como triunfo de la doctrina sobre la fuerza: vieron en esto los reyes un medio de estender su poder sobre sus vasallos, y por su parte se apercibieron los súbditos de que la mejor salvaguardia de la libertad individual y de una seguridad efectiva era tener un tribunal fijo y conocer de antemano á los jueces.

Felipe el Hermoso hizo que se diera un gran paso hácia el órden de justicia regular, cuando convirtió los parlamentos en tribunales permanentes. Esta medida convino á los barones, que se vieron dispensados de comparecer en los tribunales: tuvo el asentimiento de los concejos, que encontraron en ella una garantía contra las usurpaciones de los señores: fué igualmente acogida por todos los que deseaban que desapareciesen las apelaciones de los tribunales eclesiásticos á Roma. De aquí resultó una gran alteracion en el procedimiento. Perdió el señor aquel ascendiente que le daba en los juicios la facultad de cambiar de jueces. El magistrado que fallaba no fué ya distinto del juez que instruia. Se atuvieron más vigorosamente á las leyes; y como la mayor parte estaban en latin, fué necesario estudiar esta lengua, trabajo insoportable para los hombres de armas. Los comisarios y las gentes de toga debieron sustituir naturalmente á las ordalias y á las pruebas por el duelo, las pruebas por testigos y por escrito. Siendo conocidos los jueces, se podia recusar á aquellos de cuya parcialidad se sospechaba. Por último (y todo esto no lo decimos solamente de Francia) se introdujo el procedimiento secreto.

Procedimientos secretos. — Estando obligado todo ariman en las naciones germánicas á intervenir en el juicio y en la sentencia, no hubiera sido posible mantener el secreto. Acudia el pueblo á las pruebas de Dios como á un espectáculo, de donde resultaba que todo se hacia con ruidosa publicidad. En los tribunales feudales el señor nombraba á su capricho á los jueces; pero ¿por qué razon prohibiria á otros asistir? Así los vasallos llamados llevaban personas de condicion inferior en su compañia; y la índole de los jueces y la del juicio simplificaban el procedimiento.

En los paises romanos, donde los habitantes estaban más versados en el conocimiento de las leyes, más habituados á otorgar actas y á leer documentos, y menos distraidos por las ocupaciones guerreras ó domésticas, se seguia con frecuencia el procedimiento escrito; pero no se habia imaginado ocultar las declaraciones de los testigos, ni en arrebatarles los socorros que no se niegan á las personas citadas civilmente. El derecho canónico ofrece una constitucion de Celestino III, en que se hallan distinguidos los procedimientos por acusacion, segun el código romano, por denuncia y

por inquisicion (2); pero en todos son públicos los testimonios y se admiten las defensas y los debates. Hasta los mismos herejes, aunque escluidos del juicio de sus pares, no estuvieron privados nunca de conocer á los testigos y al acusador, de tener un consejo y de ser juzgados después de una discusion pública. Bonifacio VIII (3) autorizó á los inquisidores á proceder sin otras formas cuando hubiera peligro para los testigos. Habiendo declarado después Inocencio VI que la presuncion del peligro existia siempre, fué generalizada la reserva. De aquí provino el procedimiento secreto, que á pesar de la nobleza, de los concejos y de todos los que se hallaban espuestos á la arbitrariedad, fué admitido en todas partes, á escepcion de Inglaterra. Hasta el 1539 no puede decirse que fué general en Francia.

Hiciéronse necesarios tribunales permanentes, cuando se exigió á los jueces más tiempo y mayores conocimientos. Una vez suprimido el debate público, fueron privados los jueces del medio de adquirir una conviccion íntima; y en la necesidad de recurrir á otros espedientes, se partió de un pasaje de la Escritura para admitir en principio que dos testigos hacian prueba, como si la certidumbre ó la mayor probabilidad pudieran adquirirse de la misma manera en todos los casos. Fué sometida á reglas aritméticas la conciencia: se inventó una conviccion oficial diferente de la conviccion moral; desmenuzando las pruebas en fracciones, que formasen una certidumbre, no sentida sino ordenada por el legislador. De aquí provinieron tantas formalidades parásitas, las monstruosidades del procedimiento secreto; de aquí que el acusado, cuya vida y honra estaban en peligro, fué privado de los recursos que hubiera tenido para defender su hacienda. Se hizo que se volvieran en su contra sus declaraciones, en vez de buscar la prueba del hecho fuera de sus palabras. Luego, como no era fácil acallar las conciencias, y el público no quedaba satisfecho, se estableció que nadie pudiera ser condenado á muerte sin haber confesado. Pero ¿quién no sabe que la confesion puede ser supérflua para adquirir la certidumbre de la verdad, como tambien puede ser falsa?

Establecida la necesidad de la confesion, se introdujo para obtenerla el interrogatorio preparatorio y el tormento: luego, cuando se abolieron, quedaron el tormento moral, los padecimientos del aislamiento y las angustias de la incertidumbre. Se empleaba el tormento, bárbaro residuo del derecho pagano, tanto para arrancar la confesion del acusado como para obligarle á que revelara sus cómplices y asegurarse de la verdad de sus declaraciones; á veces se le aplicaba á él bajo reserva de pruebas, de modo que se le pudiera condenar á pesar de sus denegaciones; á veces era una pena de un delito y otras un castigo de su obstinacion en negar hechos probados ó verosímiles. Estos y los modernos medios, no de descubrir la verdad, sino de arrancar una confesion por la fuerza, son consecuencias lógicas de los procedimientos secretos.

Tribunal de comercio.—A escepcion de algunas modificaciones, estos trámites de la autoridad penal eran comunes á todos los reinos de Europa; pero la Francia poseia además para sus asuntos mercantiles un tribunal distinto, compuesto de negociantes independientes del gobierno; institucion desconocida en los Paises Bajos, en Inglaterra y en las ciudades anseáticas, aunque su comercio era mucho más estenso. Pero, ¿cómo se formó en Francia una institucion que repugnaba á las ideas monárquicas? Cuando no teniendo ya necesidad los reyes de los concejos, les hicieron la guerra con objeto de quitarles la jurisdiccion favorecieron á los traficantes como á un partido separado, y les otorgaron una jurisdiccion, particular por privilegio, aunque no independiente, pues los cónsules serian anuales, sin que pudieran ser reelegidos, y sus juicios serian susceptibles de apelacion, lo cual no tenia lugar en los paises donde habian prevalecido los concejos y donde la discusion era pública. Por igual motivo, cuando la revolucion de los Paises Bajos reveló el poder del pueblo, favorecieron los reyes á las corporaciones y á los gremios, que eran facciones del concejo.

Derecho público.—La importancia que los legistas concedian á la ley civil, se la dieron éstos al derecho público. Desde que la jurisdiccion no fué ya una delegacion sino un privilegio territorial, y cuando el derecho no fué segun las personas, sino los lugares, los jueces tuvieron que decidir las contiendas en conformidad á las costumbres ó á la equidad natural, y fué preciso que el tribunal del señor feudal se procurase el conocimiento de los usos que regian en los distritos, mientras que los tribunales inferiores se veian obligados á conocer la jurisprudencia adoptada por el superior que podia anular sus decisiones. A este efecto recopiláronse las costumbres locales, y en ciertos puntos se tuvo una especie de protocolo de la audiencia que indicaba el objeto de los litigios y las decisiones. Tales son los *Olim* de Francia (4), que comienzan en 1254. Pero habia pocas costumbres escritas en el reino; trasmitiéndose todo por medio de la memoria, y pudiendo por tanto el comisario sustituir á ellas su pasion ó su interés. Fueron redactadas por escrito en el siglo XIV. Cárlos VII mandó reunir todo lo que concernia á la legisla-

(2) C. 31, X, *De simonia.*—C. *De accusationibus.*
(3) C. al fin *De Hæreticis.*

(4) Llámase *Olim* á los registros de las decisiones del tribunal del rey en tiempo de san Luis, Felipe el Atrevido, Felipe el Hermoso, Luis el Hutin y Felipe el Largo. Beugnot fué encargado por el gobierno francés de hacer una coleccion de ellos y publicarlos. El primer tomo apareció en 1839 y el 4.° y último en 1848.

cion y depositar las costumbres en las comisarias; disposicion que preparaba uniformidad legislativa, porque para tener un código, es preciso que antes exista una nacion. Habia mucho arbitrario en las costumbres. En unas partes predominaba el derecho feudal de primogenitura, y las hijas no tenian por dote más que la guirnalda de rosas. En otras, se imponian servidumbres particulares y estrañas. En tiempo de Luis el Testarudo, (*Hutin*), los estatutos de Burdeos colocaban á los hijos bajo la autoridad absoluta de los padres, á las mujeres bajo la de los maridos, hasta el punto de que el padre podia vender á sus hijos, y que se concedia la impunidad al marido, que por cólera, impaciencia ó dolor habia muerto á su mujer, con tal de que jurase solemnemente que se arrepentia de ello. El tiempo llegó á corregir semejantes monstruosidades. Una vez escritos los estatutos, las aplicaciones se hicieron menos arbitrarias y los jurisconsultos tuvieron la posibilidad de interpretarlas, compararlas, formar los elementos de un derecho comun, destinado á producir la unidad legislativa.

Parlamento.—El parlamento de Paris es la institucion judicial más poderosa que haya existido. No se deriva de los *placitum*, ni de los tribunales del palacio de los Carlovingios, sino, segun nuestra opinion, de las instituciones feudales. Los reyes de la tercera raza tenian un consejo de prelados, vasallos de la corona ó del ducado de Francia, oficiales del palacio y otros señores, convocados sin regularidad y con poderes mal definidos. Esta asamblea deliberaba sobre la paz y la guerra, sobre los decretos generales y particulares, y sobre todo lo que concernia á la sociedad feudal, al mismo tiempo que fallaba sobre las causas de los altos barones y de los simples vasallos.

De este tribunal real salió quizá el parlamento con atribuciones mixtas. Cuando después el número de los negocios se aumentó, fué dividido en dos secciones; la una destinada á deliberar sobre los asuntos políticos, y la otra á juzgar los procesos en nombre del rey. Esta distincion fué hecha en tiempo de Felipe el Hermoso, que pudo organizar, continuándola, la obra de sus predecesores. Encontróse, pues, naturalmente dividido el parlamento en dos secciones: la camara de cuentas, que recibia las reclamaciones, y la cámara de investigacion, que las decidia.

Los diversos partidos podian tener en el Parlamento sus procuradores, porque estaban determinados para cada pais los dias en que los comisarios y demás jueces debian defender sus propias sentencias. De esta manera permaneció el parlamento, hasta que Cárlos VII le fraccionó en parlamentos provinciales; y en los sitios en que habia un centro feudal se estableció una alta magistratura real. Pudo el parlamento fallar por providencia, no sólo sobre las causas é intereses de los particulares que le estaban sometidos, sino tambien preventivamente en las causas futuras, lo que constituiria una atribucion legislativa.

El parlamento de París tenia más jurisdiccion, porque estando cerca del rey, podia consultarle y dar pareceres; sólo después y por grados fué cuando se identificó con la cámara de los pares, que se consideraron como consejeros natos. Creyéndose subrogado á la corte de los grandes vasallos, elevó sus pretensiones y no quiso restringir ni sus quejas ni las modificaciones que producia el registro á sólo los intereses del ducado de Francia, sino estender su solicitud por todo el reino. El parlamento era muy conveniente para el rey, porque le era más fácil hacer adoptar sus resoluciones por el parlamento que por los Estados Generales; y la nacion, que veia á los últimos siempre agitados por el desacuerdo que habia entre los tres órdenes, preferia este cuerpo estable que contrapesaba el poder del rey.

Balanceó, en efecto, la autoridad real, estendiendo sus privilegios hasta el punto de llegar á ser un poder constitucional, y en ausencia de los Estados Generales, tomó el carácter de asamblea deliberante, atribuyéndose el poder de aceptar las leyes y de discutir los impuestos, en lo cual fué favorecido por la opinion pública, que consideraba en él el único freno contra el poder real. En su consecuencia, ni las leyes, ni los impuestos se consideraban como obligatorios hasta que no estuviesen registrados por el parlamento. En caso de negativa, el rey debia recurrir á lo que se llamaba un *lit de justice*, que representaba los antiguos campos de Marzo. Acudia al parlamento, donde se sentaba en un trono, de cinco cogines, uno para sentarse, otro para poner los piés, y los restantes para apoyar las espaldas y brazos. Hacia la proposicion, y cada miembro daba su parecer en voz alta para que el canciller que los recogia no pudiera mentir. Si la decision era contraria, el rey mandaba registrar la ordenanza, y el parlamento debia hacerlo pudiendo protestar, que lo hacia por un decreto que no admitia discusion. Esta costumbre manifestaba verdaderamente la debilidad del parlamento, pero contuvo muchas veces á los reyes, que no deseaban poner de manifiesto un poder absoluto.

Ejército. — La nueva organizacion militar fué otro progreso notable en el interés de la monarquia: en su orígen la infanteria habia prevalecido, porque se componia de la nacion, es decir, de los francos. En tiempo de los Capetos, la caballeria ocupaba el primer lugar, en atencion á que la nobleza componia los ejércitos. Como no operaban ya en masas, sino por esfuerzos particulares, les era preciso usar fuertes armaduras, necesitando, por tanto, cada caballero un escudero que le armase, y pajes que le levantasen, porque no podia hacerlo por sí solo. Los concejos hicieron revivir la infanteria (5), y como ésta no obraba aislada,

(5) La Academia Real de Inscripciones y Bellas letras premió en 1839, una *Historia de las milicias ciudadanas en*

sino por compañias, los caballeros tuvieron que obrar del mismo modo. Cargaban en una sola fila, detrás de la cual, á poca distancia, habia otra pronta á cargar á su vez; órden desprovisto de fuerza, al cual no se sustituyeron los escuadrones hasta fines del siglo XVI.

Encontrándose precisados los reyes de Francia, en sus espediciones, á pagar un sueldo á la caballeria feudal y á la infanteria de los concejos, les pareció mejor en lugar de estar espuestos á los caprichos de la una ó de la otra, reclutar tropas por sus propios oficiales y capitanes, en lugar de los condes y alféreces. El servicio militar fué entonces un oficio. Pero las bandas ó partidas se habian convertido en un azote para el pais, hasta que Cárlos VII pensó sustituirlas con un ejército real, Habiendo obtenido de los Estados de Orleans una contribucion permanente, formó quince compañias disciplinadas de cien lanzas cada una. Contábase por cada lanza un hombre de armas, tres arqueros, un escudero, un piquero armado de un estoque y un criado, todos á caballo. Cada compañia tenia, pues, setecientos hombres, con un capitan, un guia y un alferez. El sueldo de un hombre de armas era de 10 libras (66 francos) al mes, y el del escudero de 5; el arquero recibia 4 libras; el paje 3. El capitan 1,200 libras al año, el teniente 800, y el alferez 600. Todo el ejército costaba 816,000 libras al año (5.600,000 francos); estas tropas se distribuyeron en las plazas fronterizas de guarnicion. Hacian sus marchas por etapas de un sitio á otro, y eran pagadas por comisarios de guerra.

Después quiso el rey unir á la caballeria pesada los arqueros francos: «En cada parroquia, dice Maquiavelo (6), habia un hombre que recibia de ella una buena pension, con la carga de mantener un buen caballo, y estar provisto de armadura y dispuesto á acudir al llamamiento del rey, cuando este estuviere fuera del reino por causa de guerra ó por cualquier otro motivo. Estaban obligados á marchar á la provincia que se viera atacada ó amenazada de estarlo, y habia tantos como parroquias, es decir, mil y setecientos.» Habia además francos arqueros á pié, especie de guardia nacional, exentos de todo impuesto, con casco, cota de malla, daga, espada, arco con diez y siete flechas, y se ejercitaban todos los dias de fiesta. Eran mandados por cuatro coroneles y veinte y ocho capitanes (7).

En el sistema feudal, en cada feudo habia personas destinadas al servicio, y los paisanos de los concejos adquirieron esperiencia militar cuando tuvieron que conquistar ó defender la libertad. Después que ya no hubo feudos ni concejos, la plebe se hizo pacifica; y entonces, ¿cómo podia esperarse que unos hombres que eran paisanos toda la semana fuesen buenos guerreros el domingo? Esta milicia fué abolida en 1480 por Luis XI, quien tomó á sueldo seis mil suizos, á quienes unió diez mil infantes franceses y dos mil quinientos zapadores, sometiendo este ejército á una disciplina rigurosa, y su coste fué elevado de 1.800,00s libras á 4.700,000, sin el gasto de la artilleria. Pero como la menor tardanza en el pago escitaba á estos estranjeros á sublevarse ó á hacer traicion, Luis XII y Francisco I pensaron de nuevo en las milicias nacionales.

Así, desde este momento no se ve ya á hombres cubiertos de hierro sembrar el espanto en medio de una muchedumbre inerme y dispersa: es la guerra convertida en ciencia, y los reyes se hacen los amos desde el momento en que la fuerza armada depende de ellos únicamente. El feudalismo es destruido porque el trono no necesita de su ayuda para sostenerse, y desde que su resistencia no basta para derrocarlo. Por otra parte, los ejércitos permanentes hacen más necesario el órden en la hacienda; y la circulacion creciente del dinero, la estension del comercio que es su consecuencia, la creacion del crédito, hacen perder á las tierras parte de su importancia, lo cual debilita aun más al feudalismo: por consiguiente, la política puede tomar más libre vuelo.

Francia, desde el siglo XII *al* XV, por Yanoski. «Es singular, dice el autor, observar el desarrollo paralelo del órden político, de los concejos y de la monarquia; de la emancipacion de una y otra, por el mútuo socorro que se prestan, por la energia de los ciudadanos armados, guardia nacional primitiva, que velaba por la seguridad y buen órden del Estado contra sus enemigos y opresores.»

(6) *Ritratti delle cose della Francia.*

(7) Presentaremos como punto de comparacion el estado militar bajo Enrique V de Inglaterra. El ejército era reclutado y mantenido como sigue: I. El guarda-sellos privado hacia contratos separados con diferentes lores y caballeros que se comprometian á servir con un determinado número de hombres, por espacio de un año, á contar desde el dia en que se les pasaba revista por la vez primera. II. El salario de un duque debia ser de 13 chelines y cuatro sueldos al dia; el de un conde 6 chelines y ocho sueldos; el de un baron ó abanderado, de 4 chelines; el de un caballero, 2 chelines; el de un escudero, 1 chelin, el de un arquero, 6 sueldos. III. El tesorero debia pagar el sueldo ó dar fianza á razon de una cuarta parte adelantada al año, y si no pagaba efectivamente la suma convenida al principio de la cuarta parte del año, la obligacion cesaba. Cada contratante recibia en el momento en que se incorporaba al ejército una gratificacion *(douceur)* de 100 marcos por cada treinta hombres de armas. IV. Un duque debia tener 50 caballos; un conde 24; un baron 16; un caballero 6; un escudero 4; un arquero 1. Los caballos debian ser suministrados por el contratante, y el equipo por el rey. V. Todos los prisioneros debian pertenecer á los que hicieran la captura de ellos; pero si eran reyes ó hijos de reyes ú oficiales investidos con mando superior, portadores de órdenes del soberano, debian pertenecer á la corona, mediante recompensa conveniente al que los hubiera capturado. VI. Se debian hacer del botin tres partes, dos de las cuales eran para los soldados; la tercera se subdividia en tres partes, dos eran para el comandante, la otra para el rey. Pueden verse estos contratos en RIMER, IX, 223, 227, 239, ap. LINGARD.

Clero.—Todavia faltaba hacer monárquico al clero. Ya san Luis habia hecho alguna oposicion á la dominacion papal: Felipe el Hermoso le dió un terrible golpe. En conformidad con las decisiones de los concilios de Constanza y de Basilea, Cárlos VII restituyó al clero de Francia el derecho de elegir sus jefes, y abolió los impuestos que pretendia continuar percibiendo Roma: así hizo nacional la iglesia de Francia. Este fué un paso para hacerla real, lo cual verificó Francisco I, obteniendo de Leon X un concordato que le autorizó para nombrar á todos los obispos, abades y beneficiados.

Véase aquí cómo la unidad del territorio tuvo por consecuencia esta centralizacion de poder que constituyó la monarquía. Subsistia una gran rivalidad en lo interior entre las provincias, y el gobierno central carecia de órden; sin embargo, con un ejército permanente fué posible afianzar la disciplina, introducir el órden con una administracion durable, la justicia con magistrados inamovibles, la homogeneidad de la nacion con la omnipotencia del rey. La Revolucion consumó la obra, y del pais más fraccionado formó el más unido de todos.

CAPÍTULO XI

INGLATERRA Y ESCOCIA.

El reinado de aquel Eduardo III cuyas empresas contra Francia hemos descrito, duró medio siglo (1327-1377. Habia cedido al príncipe Negro su hijo, en recompensa de sus hazañas, la Guyena y la Gascuña, con el título de duque de Aquitania; pero este valiente príncipe murió después de una larga enfermedad, y su desconsolado padre designó para sucederle en el trono á su nieto Ricardo.

Ya hemos hablado de las desgraciadas guerras que sostuvo con Escocia (Libro XII, cap. 24), que lo mismo que las del continente, sólo fueron motivadas por su ambicion: sin embargo, halagada la nacion con sus victorias y con el espectáculo que se le habia dado de dos reyes enemigos prisioneros, soportó sin lanzar una queja onerosos sacrificios; hasta consideró este reinado como el glorioso de su historia, y el en que la antigua caballeria hizo su último esfuerzo. Felipa de Hainaut, mujer de Ricardo, sostuvo el honor de su esposo durante su ausencia, y hasta con las armas en la mano. Cuando murió ella, debilitado el rey por los años, se dejó dirigir por Alicia Perrers, que le arrastraba á los placeres y á la indolencia (1369). La nacion que veia con disgusto á esta mujer tomar asiento hasta en los tribunales, hizo oir en alta voz sus quejas y la obligó á que se le alejara. Antes de ella cortejó á la hermosa condesa de Salisbury. Cierto dia que acababa de perder su liga bailando, la recogió, y para reprimir algunas sonrisas malignas, dijo: *Honni soit qui mal y pense:* luego se la ató á la pierna, añadiendo que más de uno se consideraria feliz con esta insignia. De esta manera fué como instituyó la órden de la Jarretiera, destinada á no conferirse nunca más que á veinte y cinco personas (1).

(1) Creen algunos que esto es un cuento. El monje de Cluny, que en 1457 buscaba el orígen de esta Orden, no pudo saber sino que se fundó por alguna mujer: *Sunt plerique autumantes, hunc Ordinem exordium sumisse a sexu muliebri.* Hearne 's Whethamste, ap. LINGARD.

Cuando Eduardo perdió su hijo y sus conquistas de ultramar, se vió despreciado por los suyos, vendido por sus criados. Alicia Perrers que se habia acercado á él, viéndole próximo á morir, le quitó del dedo un rico anillo, y se fué; las personas de su servicio se apoderaron de todo lo que pudieron llevarse. No quedó á su lado más que un sacerdote, que le presentó un crucifijo exhortándole á bien morir; besó la imágen del Salvador, rompió á llorar, y dió el último suspiro (1377).

Eduardo III fué el que comenzó la gloria manufacturera de su pais, atrayendo á él á los artesanos flamencos. La universidad de Oxford contaba en su reinado treinta mil estudiantes. El ódio á los franceses consolidó la nacionalidad inglesa, haciendo olvidar la antigua distincion de normandos y sajones, y se mandó cesar el uso de la lengua francesa tanto en los tribunales como en el parlamento (1362). Empobrecido por sus ambiciosas guerras, forzado á pedir á cada momento subsidios al pueblo, no los obtenia Eduardo sino por concesiones que habian de producir sus frutos en lo futuro. Los tributos pagados bajo diferentes nombres á la córte de Roma, fueron abolidos unos y disminuidos otros; las apelaciones al papa prohibidas, y los señores confirmados en su derecho de conferir los beneficios. Algunas de estas medidas estaban conformes con la independencia, á la cual aspiran las naciones, y los pontífices no opusieron á ello obstáculo; pero en cuanto á lo que concernia á su preponderancia y eleccion de prelados, opusieron viva resistencia, lo que les enaje-

nó los ánimos y los dispuso á prestar oido á los detractores de la Santa Sede.

Wicleff, 1324-87.—De este número fué Juan Wicleff, predicador de Lutterwoth y profesor de teología en Oxford. Hizo una tradiccion del Nuevo Testamento en inglés, y comenzó á declararse contra la inmortalidad y los bienes del clero y contra los desórdenes introducidos en la Iglesia, sobre todo en tiempo del gran cisma. Pasó después á invectivas crueles contra la supremacia de los papas, contra el culto de los santos, los votos monásticos y el celibato de los sacerdotes. Wicleff, apellidado la estrella matutina de la Reforma, pasa por haber sido de una vida irrepensible, pero predicaba con una violencia desordenada, tratando á los sacerdotes de «brujos, malvados, herejes y anticristos, y no esceptuando de sus injurias sino á los predicadores ambulantes,» sus discípulos. Hacia elogios de la Iglesia primitiva para denigrar á la moderna. Segun él, el derecho de propiedad se funda sobre la Gracia, y por consecuencia los predicadores se hacen indignos de poseer nada (2). Ciertamente no se podia hallar doctrina más propia para fomentar los levantamientos.

Citado delante de algunos obispos, se presentó acompañado de muchos grandes señores; pero el pueblo se puso á apedrearle. Esplicó, ó mejor dicho, modificó por bajas tergiversaciones (3) lo que habia de ambiguo en sus escritos. Salió librado con ser amonestado á que no escandalizase á los ánimos débiles. Callóse en efecto, pero en sus escritos atacó á la fé con más encarnizamiento, negando la trasustanciacion, y desechando la confesion auricular. Diez de sus proposiciones fueron condenadas en sínodo convocado en Lóndres como heréticas y catorce como peligrosas. Suspenso de su cátedra, apeló al parlamento y fué reintegrado en sus funciones á consecuencia de una profesion de fe que satisfizo al sínodo, pero murió al poco tiempo de apoplegia (4).

Ricardo II, 1377.—Sus doctrinas fomentaron, si es que no lo determinaron, un levantamiento que perturbó los primeros años del reinado de Ricardo (5). Habiéndose impuesto una contribucion sobre todo inglés que hubiera cumplido quince años, para poder continuar la guerra contra la Francia, hubo una insurreccion general, á cuya cabeza se hallaba Wat-Tyler, y que fué acompañada de violencias y de las matanzas comunes (1381). Juan Ball, «pobre sacerdote,» como le llamaban los wiclefistas, inflamaba los ánimos con sus predicaciones: *Cuando Adan cavaba y Eva hilaba*, decia, *¿quién era hidalgo?* Su conclusion demostraba que los hombres eran iguales; que los poderosos habian inventado la distincion entre los siervos y los libres; que por consiguiente era menester abolir todas las distinciones; y el pueblo le daba razon: saqueaba y destruia. Añadiendo Ricardo actos enérgicos á las palabras halagüeñas, consiguió calmar el tumulto: sus jefes, que fueron presos y ejecutados, confesaron que su intencion era esterminar á todos los nobles, á los propietarios, á los jurisconsultos, á los obispos, y conservar sólo las órdenes mendicantes.

Ricardo, orgulloso, violento, hostil para todo el que queria oponerle resistencia, se dejaba gobernar por personas oscuras, y especialmente por Roberto de Vere, á quien nombró duque de Irlanda. Este fué un motivo de indignacion para los señores, entre los cuales figuraban en primera línea, Juan de Lancaster, Edmundo de York y Tomás de Glocester. Apoyado este último por el favor popular, salió victorioso y obtuvo del parlamento que el gobierno fuera confiado á un consejo de catorce hechuras suyas (1386). Declararon los jurisconsultos este acto contrario á la autoridad real. Roberto de Vere y Ricardo empuñaron las armas; pero los cinco lores *apelantes* conservaron la ventaja, y condenaron á muerte á los ministros del rey, á quien hicieron jurar, como igualmente á la nacion, que prestarian obediencia á la comision del gobierno (1388). Después de tolerar por algun tiempo esta humillacion, Ricardo volvió á empuñar las riendas del Estado con inesperada energia, y desde este instante reinó en completa armonia con el parlamento, y sostuvo una córte de un esplendor escesivo hasta lo sumo. Si este boato deslumbraba á algunas personas, desagradó á la mayor parte; pero el primero que osó manifestar su censura en los concejos fué amenazado de muerte. Glocester, reconvino al rey por sus gastos, por la paz con el reino de Francia y por su pusilanimidad; pero fué asesinado por órden suya, y condenada su memoria.

La muerte de este príncipe dejó sin contrapeso la casa de Lancaster ya poderosa. El duque de

---

(2) Razonaba de esta manera. La pena de la traicion es la confiscacion; es así que el pecado es una traicion contra Dios; luego el pecador debe perder todo derecho á la propiedad y á la autoridad. Decia además: Ninguna mujer es la esposa de un hombre, mientras que no se da por consentimiento propio; pero en la ceremonia nupcial el hombre dice: «Te tomo por mujer,» antes que ella haya dado su consentimiento; dice, pues, una cosa falsa, y en su consecuencia el contrato es nulo.

(3) Así, por ejemplo, habia dicho que no se podian conceder títulos de herencia perpétua; que el mismo Dios no podia dar al hombre los bienes terrenos á perpetuidad. Ahora bien, esplicó que por *in perpetuo* habia entendido decir después del juicio final.

(4) R. VAUGHAN.—*Life and opinions of John Wicleff*. Lóndres, 1828.—W. LEBAS.—*Life of Wicleff*, Lóndres, 1832.—JŒGER, *Wideff y su reforma*, Halle, 1854,

(5) Se hace mencion por la vez primera en la época de su coronacion, de una costumbre que ciertamente es mucho más antigua y la cual subsiste todavia ahora. Es el caso que se presentó un caballero en medio de la asamblea armado de punta en blanco, y tiró su guante en señal de reto á todo el que pretendiera disputar la corona al rey

este nombre, tercer hijo de Eduardo III, habia pretendido la corona de Castilla: su hijo Enrique Bolingbroke, duque de Hereford, habia abrazado el partido de los apelantes; pero á fuerza de bajezas habia vuelto á conseguir el favor de Ricardo, á quien reveló las confidencias que le habia hecho Norfolk, su cómplice. Este señor le desmintió y le desafió; pero el rey avocó á su tribunal el negocio y condenó á Norfolk á perpétuo destierro, y á Hereford á un destierro temporal. Habiendo pasado éste á Francia, empezó á urdir maquinaciones contra Ricardo, secundado en esto por el amor del pueblo, por sus relaciones de parentesco con las principales familias de Inglaterra, y por los abusos de Ricardo. Ascendido á duque de Lancaster por la muerte de su padre, desembarcó en el Yorkshire con setenta compañeros solamente; pero en pocos dias se halló al frente de sesenta mil hombres (1399). Ricardo, que no procedia nunca con oportunidad, débil cuando se hubiera necesitado de firmeza, altanero cuando hubiera debido ser flexible, lento cuando era menester actividad, atropellando locamente cuando hubiera sido cordura contemporizar, creyó entonces poder violar la constitucion impunemente, si bien ella probó á la sazon cuánto vigor habia adquirido. Abandonado de los suyos, cayó prisionero por traicion, y el de Lancaster le dijo: «La nacion os repudia: le es sospechoso vuestro nacimiento; vuestra administracion odiosa; vuestro reinado ha pasado; vais á seguirme á Lóndres.» Reconocido delincuente por treinta y tres cargos de haber violado la constitucion, Ricardo II fué depuesto por el parlamento, quien confirió la corona á su enemigo con detrimento del heredero legítimo Edmundo Mortimer, conde de March, descendiente de Leon de Ambères, segundo hijo de Eduardo III.

Enrique IV.—Enrique IV de Bolingbroke declaró que reinaba por derecho de conquista, por ser el más próximo heredero de Ricardo y por abdicacion de éste, olvidando lo que vale más que todo, esto si es una verdad, el consentimiento del pueblo. Las conjuraciones tramadas contra el usurpador dieron mucho que hacer al verdugo: no por eso dejaban de reproducirse cotidianamente. Insurreccionáronse los habitantes del pais de Gales; y Enrique, en medio de las guerras civiles, de los temores, de los remordimientos, de las tímidas concesiones, arrastró una vida agitada, sin poder consolidar su trono. En el momento de morir, á la edad de cuarenta y seis años (1413), dijo á su hijo enseñándole la corona, que siempre queria tener á la cabecera de su cama: *Ni tú ni yo tenemos derecho á ella.—No importa*, respondió éste, *mi espada sabrá conservar lo que la vuestra ha ganado.*

Enrique V.—Enrique de Monmouth, disoluto, malversador y borracho hasta que su celoso padre le encargó de los negocios, apenas subió al trono, desplegó insignes cualidades, se apartó de sus compañeros de libertinaje, galardonó á los ministros que habian aconsejado á su padre que le reprendiesen, volvió á encender la guerra contra la Francia, en donde consigue la brillantísima victoria de Azincourt, y secundada por las funestas disensiones de aquel pais, continuó siempre victorioso. En el momento de morir (1422), á consecuencia de una fístula mortal, esclamó Enrique, oyendo leer el versículo Ut ædificentur muri Jerusalem: «Si Dios me hubiera dejado acabar el curso de mis años, luego que hubiera acabado las guerras con Francia, espulsado al delfin y restablecido la paz, hubiera ido á libertar á Jerusalen; porque ni la ambicion ni la vanidad me han puesto las armas en la mano; he querido defender mi derecho y restituir á los pueblos el reposo. He emprendido mis guerras con aprobacion de lós sabios y de los buenos; las he llevado á cabo sin ofensa alguna respecto de Dios y sin ningun peligro respecto de mi alma.»

¿Cuadraba bien este lenguage al que en las llanuras de Azincourt habia mandado degollar á todos los prisioneros? y habia respondido á los parisienses: «Una guerra sin fuego es lo mismo que ensalada sin aceite» (andouille sans moutarde). En efecto, su objeto principal habia sido conquistar la Francia aunque no hubiera sido más que un monton de ruinas. Así no se ocupaba en ganar los corazones ni en evitarles desastres. Por otra parte, se mostró arrogante con la nobleza, negligente con respecto al pueblo, no teniendo consideracion alguna á los usos ni á las preocupaciones de los nuevos súbditos, intolerante en materia de opiniones religiosas; pero los ingleses lo miraron como á un ídolo, deslumbrados con el brillo de sus victorias.

Los partidarios de Wicleff, que confundidos con los prosélitos del aleman Gualtero Lollard, fueron designados bajo el nombre comun de lollardos, crecian en número en la isla. Guillermo Sawtre fué el primero que pereció en Inglaterra en la hoguera (1401), como hereje. Pero los wiclefistas fueron sostenidos por lord Cobham, quien envió misioneros á que predicaran una igualdad subversiva. Enrique V, su amigo de juventud, aspiró á convertirle; pero viendo que eran inútiles sus esfuerzos, lo mandó prender y condenar como hereje obstinado (1411). Habiendo logrado evadirse, lord Cobham reunió veinte mil sublevados, y marchó al frente de ellos sobre Lóndres: fué batido y se dispersaron sus fuerzas; pero continuó inquietando el pais por espacio de muchos años, arrastrando en pos de su huella bandas acusadas de querer derrocar el trono para establecer una república, y prestó auxilio á los escoceses, que invadieron el pais de Gales. Hecho al fin prisionero, fué suspendido por los piés y quemado vivo.

Enrique VI.—Enrique, su hijo, de edad de nueve años solamente, fué proclamado rey en Lóndres y en Paris; pero á escepcion de Calais, lo perdió todo en Francia, hasta la Normandia, esta Inglaterra francesa, y la Guyena, reunida mucho tiempo hacia al reino insular. Pero fué lo más deplorable que en el momento en que Francia lograba cica-

trizar sus heridas, se ulceraban cada vez más las de Inglaterra, como si todas las miserias que el continente lanzaba de su seno hubieran caido sobre ella.

Durante la minoria del rey, el duque de Glocester y el cardenal de Winchester, que se disputaban la regencia, se contrariaron en todo, y más aun cuando se trató de elegirle esposa. Venció el cardenal, y le hizo casar con Margarita, hija del *buen* Renato de Anjú, tan instruida como hermosa, dotada de una gran fuerza de voluntad y de talento, aunque mal quista del pueblo por la circunstancia de ser francesa. Enrique era bueno y virtuoso, si bien más sencillo de lo que á un rey convenia, especialmente débil para la doble corona que pretendia. De consiguiente no tardó Margarita en apoderarse del gobierno, y á fin de orillar todo obstáculo, se resolvió á derrocar al duque de Glocester. Winchester, que se habia deshecho de Juana de Arco, de la enemiga de los ingleses por medio de un proceso, sometió á otro al duque, acusando á su mujer de magia y á él de traicion. El dia en que debia presentar su justificacion se le encontró muerto, y la indignacion pública imputó el delito al anciano duque de Suffolk, favorito del rey y de la reina. Hecho primer ministro Suffolk, gobernó á su albedrio hasta el momento en que la indignacion popular le designó como autor de los desastres esperimentados en Francia. El mismo rey le facilitó los medios de fugarse; pero una nave le apresó, y después de haberle hecho juzgar el capitan por sus marinos, le condenó á muerte.

Lejos de que su muerte contribuyera á pacificar á Inglaterra, se desencadenaron allí las discordias con más furor que nunca (1450); y Somerset, que le sucedió en la privanza del rey, heredó tambien el ódio del pueblo, quien por orgullo nacional queria vengarse de los descalabros esperimentados en el continente, y veia con indignacion á una princesa francesa sentada sobre el trono. Ricardo, duque de York, que descendia por su padre del cuarto hijo de Eduardo III, y por su madre de Ana Mortimer, hermana de Edmundo Mortimer, nacido del segundo hijo de Eduardo, pensó en hacer valer, á la sombra de los disturbios, sus derechos á un trono en que se sucedian los reyes para desaprobar cada uno lo que habia hecho su antecesor, inclinando á todo la cabeza el parlamento. Gobernaba Ricardo la Irlanda, cuando un tal Juan Cade, vil criminal, fingiéndose Edmundo Mortimer, reunió una banda de hombres armados y marchó sobre Lóndres, ocupando la ciudad finalmente; pero habiéndose abandonado sus gentes al saqueo, empuñaron las armas los vecinos, los espulsaron y dieron muerte al mismo Cade. Hízose entender al débil rey que Ricardo de York habia provocado aquella loca empresa á fin de tantear los ánimos por este medio: el resultado de esto fué que, perseguido el duque como rebelde, se llegó á declarar efectivamente en rebeldia completa, si bien atraido pérfidamente á tener una conferencia con el rey, no tuvo otra manera de salvar la vida que prestar juramento de obediencia (1452).

En concepto de unos el rey era un imbécil; segun otros, tan devoto ó estudioso, que no conocia ni aún aquella prudencia vulgar, indispensable para ocupar un trono. Por último, cayó en la demencia, y se persuadió á la reina de que debia llamar al concejo de Estado al duque de York, quien en breve llegó á ser árbitro de este cuerpo (1454), y se hizo nombrar por el parlamento protector del reino y defensor de la Iglesia. Apenas hubo recuperado la salud el monarca, anuló este acto, volvió á empuñar las riendas del gobierno y puso otra vez á Somerset á la cabeza de los negocios. Ricardo, que habia huido al pais de Gales, no tardó en aparecer de nuevo al frente de un poderoso ejército.

Las dos Rosas.— Aquí es donde comienzan las guerras entre la rosa blanca, divisa de los Mortimer, y la rosa encarnada, divisa de los Lancaster; guerras que, segun se dice, costaron la vida á un millon de personas y á ochenta princtpes de la sangre. «Dos hombres, dice un poeta, se levantan por la mañana de un mismo lecho: apenas se dirigen una palabra, y el uno se aleja del otro: éste grita *¡York!* aquél *¡Lancaster!* y por último cruzan los aceros.

En la batalla de San Albano es muerto Somerset, y Enrique VI herido queda prisionero (1455). Ricardo, que habia atraido á su bando al conde de Salisbury, descendiente de los Plantageneto, y su hijo el conde de Warwick, héroe de esta guerra, se hace declarar protector nuevamente, con la cláusula de que no podrá ser desposeido de esta dignidad sin consentimiento de los pares. Sin embargo, Enrique inmediatamente después de su curacion, se traslada á la cámara y hace que se declare destituido á Ricardo (1456). A una nueva reconciliacion síguense nuevas hostilidades; acusados York y Warwick, toman las armas, el rey es derrotado en Northampton y hecho prisionero (1460). Ricardo hace que declare el dócil parlamento que la corona le pertenece de derecho, pero ya que la tenia Enrique VI, hasta su muerte no volverá á la casa de York.

La reina Margarita que habia huido á Escocia, consiguió reunir un ejército, al cual no pudo pagar sino permitiéndole el saqueo, y en el campo de batalla levantaba horcas para colgar á los vencidos. Ricardo es á su vez derrotado y muerto en Wakefield (30 diciembre), y el conde de Salisbury es decapitado, con los más celosos parciales de la casa de York. La sangre derramada exaspera los ódios. Eduardo, hijo de Ricardo, se apoya en la ayuda de Warwick, *artífice de reyes*, baron á la antigua que, conservando las costumbres feudales, daba hospitalidad á todos, alimentaba diariamente á teinta mil personas, consumia seis bueyes en cada comida, cuando tenia casa en Lóndres: implacable respecto de los nobles, tenia miramientos al pueblo, cuya sangre economizaba en las bata-

llas. Intrépido, aunque sin jactancia caballeresca, ataca á una escuadra de doble fuerza que la suya, pero huye sin avergonzarse.

Eduardo IV de York.—Sostenido por su brazo, el duque de York entra en Lóndres, donde es proclamado rey, no por el parlamento, sino por la poblacion de la capital (1461); y la rosa blanca es enarbolada en todas partes.

Enrique y su familia se habian retirado hácia el Norte, á la cabeza de un fuerte ejército; la sangre continuó corriendo en abundancia. Se combatió en Towton durante dos dias, bajo una copiosa nieve, y perecieron allí treinta mil y ocho hombres. (29 marzo) Viendo Warwick ceder á los suyos, mató á su caballo, y besando la cruz de su espada juró participar de la suerte del último soldado. Desde este momento cambió la fortuna. Eduardo prohibió que se diera cuartel á nadie, y recobrando por medio de un delito un trono que habian tenido que abandonar por un delito sus padres, quiere conservarlo con el rigor y con inflexibles venganzas. Mandó que anulara el parlamento los actos de los tres últimos reinados, y proscribir á la familia real y á sus parciales, no menos para espantar á sus enemigos que para proporcionarse los de recompensar á sus amigos.

Prometiendo cederle Calais, obtuvo Margarita de Luís XI un miserable socorro: favorecian los escoceses su causa, si bien fué de nuevo vencida en Exham. Reducida la infeliz reina á refugiarse con su hijo en la espesura de una selva, fué allí despojada de cuanto tenia por bandoleros; pero mientras se disputaban el reparto de sus joyas, se evadió llevando á su hijo en sus brazos (1454). Movido á compasion otro bandolero, á quien halló en el camino, la condujo á los Paises Bajos, desde donde el duque de Borgoña se la envió á su padre. Un año después fué descubierto Enrique VI y encerrado en la torre de Lóndres; Somerset, decapitado.

Pero el *artífice de reyes* no permaneció por largo tiempo en armonia con Eduardo, especialmente cuando este príncipe puso su confianza en Isabel Woodvile, viuda del lord Grey (6), á insinuacion de la cual volvieron á sus puestos los parciales de Enrique VI. En un levantamiento del Yorkshire (1469), el padre y el hermano de la reina quedaron muertos con otros muchos nobles; y entonces Warwick, fingiendo defender al rey contra los insurgentes, le detiene prisionero: luego, de acuerdo con el duque de Clarence, hermano del rey, se declaró en contra suya; y reuniéndose á Margarita, entraron en Inglaterra, de donde se vió obligado á huir Eduardo. Volvieron á colocar á Enrique en el trono (1470), si bien como instrumento de ellos. Declarados protectores, atajaron la efusion de sangre.

En breve vuelve Eduardo á la carga, y Clarence, á quien sólo la esperanza del trono habia unido al enemigo, viendo que le es fuerza renunciar á ella, se reconcilia con su hermano. Warwick es muerto en Barnet. Eduardo triunfa, Margarita es vencida y prisionera con el jóven Eduardo en Tewkesbury. *¿Por qué has venido á Iglaterra?* pregunta el rey al jóven príncipe. *Para defender la corona de mi padre y mi herencia*, responde. El rey le abofetea entonces y los asistentes le degüellan. Eduardo, con el apoyo de las mujeres á quienes obsequiaba y de sus parciales, volvió á la capital, donde Enrique pereció en el mismo dia, probablemente asesinado; triste fin de un reinado que habia comenzado bajo tan felices auspicios. Margarita estuvo tres años prisionera, y cuando se satisfizo su rescate, fué á terminar sus dias en su patria (1482). Las venganzas del rey y de los duques de Clarence y de Glocester cayeron sobre los parciales de la casa de Lancaster. Pero irritado el rey porque el de Clarence se oponia á su justicia, es decir, á los suplicios atroces y á los procesos absurdos, le mandó prender de repente y condenar á la pena capital por traicion; pero antes de que se pudiera ejecutar la sentencia se le encontró ahogado en un tonel de malvasía; género de muerte que habia elegido, segun se dice (1478).

En vez de proporcionar el reposo á un pais inundado en sangre, Eduardo prestó oidos á las instigaciones del duque de Borgoña, su cuñado, y concibió el proyecto de conquistar la Francia para repartirla con él. Pero á pesar de su ambicion y del entusiasmo de sus caballeros, que ya se distribuian los feudos del hermoso reino de Francia, la política de Luis XI le indujo á celebrar una tregua, que recibió el nombre de *tregua mercante*, porque se hizo por dinero, el dinero que era el ídolo de Eduardo, quien se lo proporcionaba con forzosos donativos, con impuestos, con especulaciones sobre el estaño, las telas, las lanas. Amaba los placeres y con especialidad los de la mesa, dejando á otros el cuidado de los negocios, y principalmente á Ricardo, duque de Glocester, hermano suyo. Gallardo de persona, afable, tenia el arte de ganarse el afecto de cuantos se le acercaban, y de hacerse amar de las muejres, ventaja de que abusó. Receloso y cruel, se rodeaba de espias y de suplicios, bajo

(6) El condestable de Inglaterra leyó á lord Grey, que después de haber sido partidario de la casa de York, se habia vuelto contra ella, la sentencia siguiente: «Ralph Grey; tus espuelas de oro serán rotas en tus talones por este pechero: serás degradado de tu nobleza, de tus títulos, de tus armas, de tus dignidades: los reyes y heraldos de armas te desgarrarán tu cota de caballero para vestirte esta infamante túnica con tus armas al revés. Sin embargo, atendido á que tus abuelos padecieron por los suyos, te perdona el rey bajo estas condiciones: irás á pié por medio del pueblo, quien te echará en cara tu infamia hasta la estremidad de la ciudad: allí serás entregado al verdugo, y cuando estés sobre el cadalso te escupirá en el rostro y luego te cortará la cabeza; el tronco será sepultado sin honores por los frailes, y la cabeza colocada donde el rey quiera, para sufrir los ultrajes de los criados fieles, y servir de escarmiento á los que traten de imitarte.»

pretesto de mágia y de traicion; despues cuando Luis XI hizo casar al delfin con una austriaca en vez de su hija, segun se lo habia prometido, concibió tal cólera que murió de resultas (1483).

Eduardo V.—El duque de Glocester se apoderó violentamente de la autoridad sobre el jóven Eduardo V; y habiendo hecho que se le adjudicara el título de protector, entregó, ora al verdugo, ora al hierro de los asesinos, al hermano de la reina y á otros personajes adictos á esta familia. Proclamándose entonces vengador de la moral pública, hizo procesar por mágia y adulterio á Juana Shore, bella y virtuosa jóven que no habia sabido resistir á los halagos de Eduardo IV. Este fué preludio de otro proceso, por el cual mandó declarar ilegítimo, y de consiguiente incapaz de suceder en el trono, al jóven rey y á otro hijo de Eduardo.

Ricardo III.—En su virtud Ricardo III fué elegido rey de Inglaterra y de Francia, *por conquista, eleccion y coronacion* (1483). Entonces aspiró á que se le perdonara su usurpacion por el brillo de su córte, prodigando mercedes y favores. No hallándose suficientemente recompensado el duque de Buckingham, principal autor de su elevacion, urdió una trama en contra suya; pero se reveló su conspiracion y fué decapitado. Los dos hijos de Eduardo habian sido encerrados en la torre de Lóndres bajo la custodia del caballero Roberto Blankenbury. Dícese que no pudiendo el rey decidirle á que les quitara la vida, le obligó á ceder las llaves de su prision á Jacobo Tyrrel, y que en el momento en que estalló la rebelion del duque de Buckingham fueron ahogados en su cama. Su fin fué contado de mil maneras, y hasta fué negado, lo cual suscitó muchos falsos Eduardos; así como sucedió con el hijo de Luis XVI.

A fin de que Isabel, hija de Eduardo IV, no pudiera trasmitir á otros sus derechos á la corona, Ricardo, que no tenia hijos, resolvió casarse con ella, y aceleró con este objeto la muerte de la reina. Olvidando la viuda de Eduardo que él le habia arrebatado su marido, sus hijos, el trono, el honor, salió de su retiro para brillar en la córte al lado de la jóven Isabel. Pero en esto Enrique de Tudor, conde de Richemond, descendiente bástardo de Eduardo III, huyó de la Bretaña continental (1485), donde se hallaba custodiado y vigilado con amenazas de muerte, y se presentó con un ejército proclamándose rey. Ricardo fué vencido y muerto en la batalla de Bosworth; y arrancada la corona de su frente, ciñó la del último vástago de la casa de Lancaster, menos fuerte con sus derechos hereditarios que con la execracion merecida por los últimos Plantagenetos.

Los Tudor.—Enrique VII, *rey por la voluntad de Dios, por nacimiento y victoria*, se afianzó en el trono casándose con Isabel, y reuniendo así las dos rosas; pero su reinado no fué menos agitado. Lamentándose los parciales de la casa de York de que despreciaba á Isabel, á quien habia hecho su esposa por conveniencia política, y de que perseguia á su madre, intentaron levantar á aquella familia, proclamando al conde de Warwick, hijo del duque de Clarence, antiguo virey de Irlanda. Fingiendo que se habia escapado de la torre de Lóndres, donde se hallaba encerrado, hicieron que pasara por él un tal Roberto Simnel, que fué reconocido rey de Irlanda bajo el nombre de Eduardo VI (1487); pero Enrique VII sacó de la prision al verdadero Wárwick, á quien perdonó; y habiendo vencido al impostor, le colocó como marmiton en sus cocinas. Alzóse en seguida un tal Warbeck, presentándose como Ricardo IV; y mientras Enrique VII estaba ocupado en el continente fué proclamado el otro en Irlanda. Tratóle honoríficamente Francia; vióse sóstenido por Margarita de Borgoña, y Jacobo de Escocia le llevó con un ejército á Inglaterra. Abandonado al fin, fué conducido á Lóndres y ahorcado, sin que la cuestion de si era ó no impostor fuera bien aclarada (1499). Su fin no desalentó á otros pretendientes, y uno de ellos fué secundado por el verdadero Warwick, que fué decapitado por este motivo. Con él acabó la línea masculina de los Plantagenetos que habian reinado trescientos treinta y un años en Inglaterra.

Si Enrique tuvo que enviar muchas personas al suplicio, supo tambien perdonar, cuando ya el rigor no le pareció necesario. Ciertamente se requeria una mano robusta y un carácter severo para reprimir á tantas facciones y hacer cesar los disturbios que trastornaban la isla hacia un siglo. Enrique era sombrío, constantemente sério, enemigo de los placeres, y muy codicioso de dinero. Recurrió á todos los espedientes para proporcionárselo, falsificó ó alteró las monedas; y dos jurisconsultos, barones del fisco, Ricardo Empsom y Edmundo Dudley, hicieron revivir todas las pretensiones feudales, todos los derechos de la corona caidos en desuso, prosiguiendo en el cobro de deudas y de multas, prescritos hacia mucho tiempo, ejecutando confiscaciones olvidadas. Enrique se hizo decretar subsidios para hacer la guerra á la Francia; luego aceptó setecientos cuarenta y cinco mil escudos de Cárlos VII, sin contar una pension de veinte y cinco mil escudos para sí y para sus herederos. Habiendo recibido de sus súbditos oro para hacer la guerra y de los enemigos para no hacerla, se enriqueció perdiendo la vergüenza. A su muerte (1509) dejó un millon ochocientas mil libras esterlinas en el tesoro.

Constitucion inglesa.—La constitucion inglesa (7) se consolidó bajo la dominacion de los Lancaster. Eduardo III se vió obligado á menudo á reunir los Estados por la necesidad de dinero para subvenir á tantas guerras. Alentados los diputados de las ciudades por el aumento de sus riquezas, ellos, que hasta entonces no habian asistido al parlamento más que para oir declarar los subsidios que se les imponian,

(7) Véase antes y el cap. anterior.

se atrevieron á acompañar sus votos con algunas humildes quejas; envalentonándose después poco á poco, espusieron sus demandas antes de consentir el impuesto. Se aventuraron á más cuando vieron tomar asiento en su compañia á los representantes de los condados, que les llevaron los usos seguidos entre los pares, y les enseñaron á convertir las simples súplicas en verdaderas discusiones sobre las leyes. Entonces echó raices la constitucion inglesa y quedó establecido que no fuera válido ningun impuesto sin el consentimiento de los concejos, así como el derecho feudal exigia el de los barones. El poder legislativo fué ejercido por el rey y las dos cámaras juntamente; y las instituciones que nacieron de este modo garantizaron la libertad individual y la civil. A fin de no ser tachado de ambicioso, alguna vez el rey pedia subsidios para las guerras de Escocia y de Francia, que decia habia emprendido con el asentimiento unánime de los lores y de los concejos; lo cual pareció por su parte un reconocimiento del derecho de guerra y de paz, inherente á las cámaras. En fin, los concejos fueron admitidos á examinar y castigar los abusos en la administracion del reino.

Nada indica si en su origen las dos cámaras se reunieron en el parlamento; después las hallamos ya separadas componiéndose el parlamento del clero, de los lores ó *grandes hombres de la tierra*, y de los *pequeños hombres de los concejos*. Dispensado, sin embargo, el clero de asistir á las asambleas, tenia sínodos separados, y se hacia representar por prelados. El segundo Estado comprendia á los barones que dependian de la corona, pares espirituales y temporales; los barones ricos y notables, convocados particularmente por el rey, y los miembros honorarios de su consejo. Los concejos eran compuestos de setenta y cuatro caballeros nombrados por los condados y los representantes de las ciudades y aldeas. La facultad de hablar libremente fué asegurada á los miembros del parlamento, con la más preciosa aun de estar al abrigo de las pesquisas judiciales. Reunido el parlamento el octavo año del reinado de Enrique IV, propuso treinta y un artículos, que el rey se vió precisado á aceptar, y que restringia sus prerogativas, obligándole á nombrar diez y seis consejeros para dejarse dirigir por ellos, sin poder despedirlos sino por mala conducta reconocida. El canciller y el guarda-sellos no debian aceptar ningun regalo ni otra cosa cualquiera no mandada por la ley; en fin, se decidió que las rentas ordinarias del rey estarian enteramente afectas á los gastos de su casa como tambien al pago de las deudas, y que daria audiencia dos dias á la semana para recibir las peticiones.

Aunque el parlamento adquirió sucesivamente mayor influencia desde la Carta Magna hasta Enrique VII, habia mucho de arbitrario en la administracion, y las *prerogativas* del rey dañaban á la libertad. Habia una, entre otras, que le daba el derecho de comprar para su casa todo aquello de que tenia necesidad, á justo precio, con preferencia á cualquiera otro, conviniese ó no al vendedor. Lo mismo acontecia respecto de todos los medios de trasporte en sus viajes, y respecto de los alojamientos, tanto para él como para las personas de su comitiva, lo cual producia mucha arbitrariedad, y obligaba á los artesanos y artistas á trabajar para el rey. Abusó además de los derechos feudales de reversion, para apoderarse de los bienes de otro. El condestable y el mariscal, que legalmente no debian conocer sino de las apelaciones por traicion de ultramar, y del juicio de los delitos militares en la isla, se abrogaban el derecho de sentenciar sobre los casos de felonia, y á veces tambien en materia civil. Los concejos elevaban con frecuencia quejas contra estos abusos; y la constitucion trató de restringirlos, no tanto por disminuir el poder real, como para garantizar las personas y bienes, lo que fué en ventaja de los particulares. La justicia mal administrada se reformó bastante y la introduccion de la lengua inglesa puso de manifiesto á todos y esplicó más claramente á cada uno los abusos.

Los delitos de Estado que los malos gobiernos tratan siempre de aumentar, fueron reducidos á siete, á saber: conspirar contra la vida del rey, de su mujer ó de su heredero; contaminar á la mujer de éste ó de aquél ó á la hija mayor del rey; suscitar guerras dentro del reino ó favorecer á los enemigos; falsificar el sello del rey ó la moneda; matar á ciertos empleados del Estado ó á los jueces del rey estando en el ejercicio de sus funciones.

La guerra de las dos Rosas, por mortífera que fuera, regeneró á la Inglaterra, y la sacó de las humillaciones en que la habian puesto los reveses sufridos en el continente. Pudo entonces decirse que los desórdenes de la Edad Media habian concluido. Encontrábase el poder disputado por una nobleza en el colmo del poder, los concejos aun recientes, y reyes vigilados, por quienes se combatia en apariencia, mientras que en realidad quedaban á discrecion de ambos partidos contendientes. En estas sangrientas guerras los vencidos no eran York ó Lancaster, sino nobles; era la aristocracia la que se diezmaba, ó veia confiscar sus bienes. El pueblo se sublevó algunas veces, y los arqueros plebeyos determinaron victorias que fueron sancionadas por concesiones.

Los sábios reglamentos de Enrique VII le hicieron apellidar el Salomon inglés. Concluyó con los Paises Bajos el *gran tratado de comercio*; mandó que todo individuo que hubiera sostenido con las armas ó de otra manera á la persona que reinaba de hecho, no podia ser perseguido por este motivo ante los tribu nales, reprimió los escesos del clero y quiso que el eclesiástico convicto de un crímen capital, fuese marcado antes de ser sometido al juicio clerical. Dispensó á los pobres de pagar honorarios á los jueces, abogados ó escribanos; ley

oportuna para hacer la justicia accesible á todos, pero que llenó los tribunales de multitud de litigantes. Al paso que el rey apenas tenia 5,000 libras esterlinas de renta, varias familias poseian inmensas fortunas. Pero concediendo Enrique á los nobles la facultad de enajenar sus tierras, favoreció la decadencia de la aristocracia y la riqueza del tercer estado. Vendieron entonces los nobles sus dominios para satisfacer su deseo de lujo, y fueron á vivir á la córte. Cesó de ejercerse la hospitalidad feudal en sus castillos, y de barones que eran, se hicieron hombres del rey.

Una costumbre germánica llamada *conservacion* habia subsistido hasta entonces, que consistia en asociarse con juramento cierto número de personas á quienes se daba su divisa, y que sostenian á mano armada el partido de aquel que habian adoptado de esta manera por jefe y de cada uno de los miembros de la asociacion. De esta suerte se ponian trabas al curso de la justicia, y ciertos lores eran tan poderosos y aun más que el rey. Un decreto muy severo del parlamento abolió esta costumbre, atribuyendo á la *cámara estrellada* la represion de los contraventores, lo que arrebató á la nobleza el poder guerrero.

Irlanda.—Respecto á los otros dos reinos de la Gran Bretaña, desde que la Irlandia habia sido sometida por Enrique II, considerándose los reyes ingleses como dueños del territorio por derecho de conquista, no reconocian ninguna propiedad estable sino en tanto que habia sido concedida por ellos. Esta injusticia, que el tiempo y los progresos de la política no han destruido, impidió á los irlandeses amalgamarse nunca con sus opresores. Las colonias inglesas de la parte oriental (*Pale*) eran consideradas como enemigas por las tribus irlandesas que vivian en el resto del pais bajo jefes independientes, muy distantes para establecer allí el verdadero sistema feudal, formadas de familias demasiado poderosas para ser reducidas á colonos. Así era que la Irlanda se aprovechaba de todas las ocasiones para insurreccionarse, y proporcionaba un apoyo seguro a todos los enemigos de los ingleses. Enviaban los ingleses contra ella á aventureros, á quienes se les concedian en feudos las tierras que conquistaban. Pero para que pudiesen conservarlas, hubo de permitírseles hacer la guerra por su propia cuenta. Acostumbrados desde la infancia á las armas y á la disciplina, tenian una fácil ventaja sobre los habitantes del pais, valientes, pero desunidos. Vencedores, pedian como en indemnizacion, y obtenian como recompensa nuevas tierras. Inmensas posesiones se acumulaban de esta manera en las familias de los primeros conquistadores; obligaban á los naturales á cultivarlas, los mantenian para ello en un estado medio salvaje, y de tal manera degradados, que no era un crímen capital matar á alguno de ellos.

Los nuevos dominadores adoptaron las costumbres del pais, convirtiéndose de vasallos de Inglaterra en jefes de tribus independientes; y como eran imitados por los pequeños feudatarios, la condicion de los irlandeses se iba propagando. El gobierno inglés se apercibió de ello, y por no verse espuesto á perder su supremacia, prohibió á sus súbditos casarse con indígenas, educar sus hijos entre los irlandeses, tener entre ellos bardos y dejar crecer sus cabellos y su barba á la moda de Irlanda (1367).

En Dublin y Waterfort, que eran las dos únicas ciudades notables, podian aspirar los grandes á la ciudadania y á la suprema autoridad, y ellos solos representaban á la nacion, no habiendo adquirido ninguna autoridad la cámara de los Comunes. Los pequeños propietarios dependian como vasallos ó colonos, de los grandes, que perpetuaban la guerra con los indigenas, ora para estender sus dominios ó para hacer prisioneros destinados á cultivar sus campos. Sin embargo, no tenian empeño en que el rey inglés subyugara la isla entera, porque el ejército necesario á este efecto hubiera podido poner freno á sus violencias y usurpaciones.

Estatuto de Poyning.—Ricardo de York, padre de Eduardo IV, cuando era lord lugarteniente de Irlanda, habia favorecido á los grandes, que se habian enorgullecido durante las guerras civiles. Resultó, pues, que tomaron partido contra Lancaster y en favor de cualquiera que turbase la paz. Enrique VII procuró apagar este foco de guerra civil y confió el gobierno de Irlanda á sir Eduardo Poyning, quien habiendo reunido un parlamento en Drogheda, decidió que la guerra cesase entre los lores; que los tributos que se debian pagar al rey y á los señores fuesen determinados; que los actos del parlamento inglés tuviesen fuerza de ley para los asuntos civiles, que no estaban aun regulados por la legislacion en Irlanda; que ningun decreto fuese valedero sin la aprodacion real, y que el parlamento no deliberara sino acerca de materias aprobadas por el consejo privado del rey. Estas disposiciones formaban un estatuto que tenia por objeto sostener á los concejos contra la omnipotencia de los grandes, pero llegó á ser después un pretesto para oprimir á la Irlanda.

Escocia. — En Escocia, donde la organizacion era feudal como en el resto de Europa, el poder de los grandes se estendió más que en otras partes por una série de circunstancias particulares (8). En un pais montañoso, cortado por rios y por pantanos, los castillos quedaban inaccesibles no menos para los enemigos que para los reyes. En los demás paises, los monarcas comenzaron á reprimir á los barones, dando importancia á las ciudades é instituyendo en ellas una justicia y una administracion regular. Pero la Escocia no tenia sino pocas ciudades, como todos los paises en que los romanos no las fundaron; la nobleza adquiria allí su fuerza, hallándose organizada por *clanes*, es decir,

(8) ROBERSTON Y PINKERTON.—*Hist. of Scotland from the accession of the house of Stuart to that of Mary*, 1797.

que cada noble era considerado como no formando con sus vasallos más que una sola familia derivada de un tronco comun, de lo que resultaba que el jefe del clan no era solamente dueño y señor, sino tambien patriarca. Estos clanes eran poco numerosos; poseian dominios muy estensos, y aumentaban su fuerza emparentando entre sí ó formando asociacion con sus iguales ó sus inferiores; de modo que pudieron llegar á ser un contrapeso al poder del rey.

En medio de sus hostilidades frecuentes con Inglaterra, los reyes de Escocia, no pudiendo guarnecer toda la frontera de fortalezas, confiaban su custodia á hidalgos, cuyos vasallos, siempre sobre las armas, se habituaban á los combates. Aguerridos de esta manera, tenian en este punto una gran ventaja sobre el resto de la poblacion, y podian sostener los derechos ó violencias de sus jefes. La casualidad auxilió tambien á la nobleza, multiplicando las minorias de los reyes, tiempo favorable para las usurpaciones..

La aristocracia llegó, pues, á ser estremadamente poderosa en Escocia, y los reyes no pudieron conseguir abatirla por muchos esfuerzos que hicieron para ello, sobre todo fomentando los odios hereditarios entre los clanes; porque si en algunas familias se estinguian, en otras se suscitaban, sin que la autoridad real adquiriese más vigor.

A David II Bruce (1370) sucedió su sobrino Roberto, el primero de los Estuardos, que estuvo constantemente en guerra con los ingleses, ó con temor de ella. Roberto III, su hijo (1390), dejó por su debilidad adquirir fuerza á las facciones. A su favor las armas enemigas penetraron muchas veces en el pais, y su hijo Jacobo cayó prisionero. El duque de Albany, hermano del rey, que habia empleado los peores medios para ascender al trono, se estableció entonces regente en nombre del príncipe que se hallaba en poder del enemigo.

Jacobo I.— Después de diez y nueve años de cautiverio fué vuelto á enviar Jacobo á Escocia bajo promesa de no hacer la guerra á Inglaterra. Su carácter habia adquirido fuerza en la adversidad, y puso freno á la anarquia que habia sucedido á las guerras de todas clases. Después de haber reprimido á los barones hasta el punto que le fué posible (9), promulgó muchas leyes é introdujo el órden en la constitucion del reino (1424). Hasta entonces no se habia compuesto el parlamento más que de la nobleza, es decir, de los barones eclesiásticos, de los barones vasallos de la corona, y de los aldeanos ó pequeños barones que tenian en comun un feudo de la corona. Tenian obligacion de ir en persona á las asambleas; pero como se emancipaban los *aldeanos*, hasta donde estaba á su alcance, de una carga cuya importancia no comprendian, los grandes barones ejercian allí el predominio.

Ley constitucional.—A fin de oponerles un contrapeso, Jacobo, al mismo tiempo que dispensaba á los pequeños señores de asistir al parlamento, confirió á los propietarios libres de cada condado el derecho de enviar allí dos diputados; este era el primer paso hácia una representacion nacional (1420). Tambien metodizó la justicia, instituyendo un tribunal de *lores del parlamento* para los asuntos civiles, cuyos miembros debian reunirse tres veces al año en la ciudad que mejor les conviniera. Los nobles, cuya arrogancia habia reprimido Jacobo, se le declararon hostiles, y poniendo á su cabeza á Roberto Graham, le atacaron y le dieron muerte; pero sus asesinos fueron presos y espiaron su crímen en suplicios atroces.

Jacobo II, 1437.—Durante la menor edad de Jacobo II dominaron ya unas ya otras facciones, y cuando aquel llegó á la edad de hombre, se abandonó á favoritos, y sostuvo guerras civiles, sin que cesasen las que se hacian á Inglaterra, á cuyos enemigos siempre estaban prontos á favorecer los escoceses. Jacobo mató por su propia mano al conde de Douglas, el más poderoso señor de la Escocia, quien suscitaba disturbios en el reino, y aprovechándose del terror causado por este acto, hizo aprobar, á fin de reprimir á la nobleza, muchos reglamentos adecuados á fortalecer su real prerogativa. Los vastos dominios de Douglas fueron incorporados á la coróna: todas las enajenaciones, pasadas y futuras, de los dominios reales, se declararon nulas; revocadas todas las concesiones de sus antecesores, y hasta obligó á los desertores á restituir los frutos percibidos. La custodia de las marcas tan importante por las razones que hemos indicado más arriba, no pudo trasmitirse por herencia, y la jurisdiccion de los marqueses se halló limitada por la de los lores de sesion. No fué posible conferir el derecho real de jurisdiccion, ni crear empleos hereditarios sino con el beneplácito del parlamento (1460). Así fué como Jacobo II llegó á reprimir á la aristocracia; y aun no se hubiera parado en este punto, si en el momento en que invadia la Inglaterra para sostener á Margarita de Anjú, no hubiera sido muerto por un cañon que reventó en la prueba.

Jacobo III.—Jacobo III, su hijo, prosiguió con despótica altaneria la empresa paterna de humillar á la nobleza. Reunió á la corona el condado de Ross, é hizo cesar de este modo el poder del lord de las islas. Este rey, que desdeñando los usos nacionales, permanecia encerrado en un castillo, no se complacia en las diversiones belicosas, amaba la sociedad de los artistas, tomaba consejo de un maestro de música, de un sastre, de un albañil, lo cual desagradó á los valientes escoceses. Por otra parte se habia enajenado la voluntad de los concejos, quitando á las aldeas la eleccion de los al-

(9) Nos servimos de esta espresion porque él mismo exime á los Estuardos de obedecer á una ley «atendido á que están en el uso de robarse unos á otros.» PINKERTON, I, pág. 155.

dermens, y al clero la de sus dignatarios. Una conjuracion de nobles le proporcionó pretesto para ejercer numerosos rigores. Sus mismos hermanos los duques de Albany y de Glocester, ayudados por Eduardo IV de Inglaterra (1482), empuñaron las armas en su contra, declarándole bastardo, y le hicieron prisionero. Si le restauraron después en el trono fué para intentar segunda vez su caida. Viendo Jacobo III á los nobles irritarse porque se rozaba con personas de bajo nacimiento, ordenó que nadie entrara en su castillo con armas; y como los nobles no iban nunca sin una numerosa comitiva de armados, vieron en esta medida su esclusion de la córte. De consiguiente recurrieron á la rebelion entonces; y habiendo atacado en Bannokurn al rey, que pereció en la batalla, proclamaron en su lugar á Jacobo IV, su hijo (1488).

Jacobo IV.—Este príncipe, por medios menos despóticos, desplegando igual firmeza, si bien con más generosidad y magnificencia, supo terminar en ventaja de la corona sus luchas con la aristocracia. Reprimió los asesinatos con leyes y con procesos, y los *lores del consejo cotidiano*, residiendo fijamente en Edimburgo, auxiliaron poderosamente á los lores de sesion. Habiendo espirado la tregua celebrada con Enrique VII, estaban á punto de estallar de nuevo las hostilidades que duraban hacia ciento setenta años, cuando se concluyó al fin una paz perpétua entre los dos reinos (1503), y se selló con el matrimonio de Jacobo IV y Margarita, hija de Enrique VII. Esta era una débil garantia contra ódios inveterados, y así no impidió á Jacobo IV tomar partido por la Francia contra Inglaterra (1513), con cien mil hombres, el ejército más fuerte que habia levantado hasta entonces Escocia. Pero murió el rey en la batalla de Floden con la flor y nata de su nobleza, doce condes, trece lores, cinco primogénitos de pares y un gran número de barones. Agotada la Escocia de resultas de tal descalabro, permaneció desde entonces como blanco de las intrigas rivales de la Francia y de la Inglaterra.

CAPÍTULO XII

IMPERIO DE OCCIDENTE.

El sacro imperio romano, en quien la fuerza parecia santificada por la religion, habia dominado á la Edad Media, unas veces de acuerdo, otras en lucha de supremacia con los papas que consagraban á los Césares. Reuniendo á su territorio la Lorena en tiempo de Enrique el Pajarero, la Italia bajo Oton I, el reino de Arlés bajo Conrado II, las Dos Sicilias bajo los Hohenstaufen; introduciendo la civilizacion y el órden social en los esclavos de Bohemia, del Elba, del Saale y del Vístula; sirviéndose de los reyes para ministros, de las reliquias para joyas de la corona, habia hecho renacer, aunque mitigándola, la supremacia de la antigua Roma. Las cuatro potencias germánicas habian ido prevaleciendo alternativamente y con ellas el poder imperial; pero la mania de conquistar la Italia alteró su constitucion. En la guerra de las Investiduras se perdió el derecho de elegir los obispos; en la liga lombarda el derecho de elegir los magistrados de la ciudad, por lo cual la clase de ciudadanos quedó libre de la sociedad feudal. Desmembráronse en la lucha las posesiones imperiales, las cuales habia Federico prodigado para atraerse partidarios; y si aquellas se hubiesen agregado á los primitivos ducados, no se hubiesen formado tantos reinos distintos; pero aun éstos en parte eran destruidos, en parte adjudicados á la corona y en parte subdivididos; separáronse los arzobispos de ellos, y de esta suerte se formaban tantos poderes indeterminados que crecian sin que en ellos se pusiese atencion. El derecho de nombrar á los anticésares se limitó á unos cuantos electores. Las clases medias, pues, se iban poniendo en el lugar que ocupaban los invasores armados; las pequeñas soberanias en el de las grandes nacionalidades; el Imperio metiéndose en cuestiones con los papas, dejó de parecer el tutor de las libertades y perdió el carácter religioso que le habia impreso Carlomagno. No reunió tampoco á toda la Germania en la unidad imaginada por Oton, sino que vino á ser un reino como los demás, dividido entre príncipes menos dependientes entre si cada dia, y los jefes tendian á convertir en hereditaria en su familia una dignidad cuya esencia era el ser electiva (1).

En el intérvalo designado con el nombre de *grande interregno* (1254-73), porque si hubo emperadores, ninguno fué generalmente reconocido, no hubo una autoridad capaz de unir las diversas partes de la Alemania. El ducado de los Federicos que además de la Suabia, abarcaba la Helvecia y la Alsacia, se dividió entre muchísimos, no solo prelados y condes, sino tambien villanos que conquistaron una libertad no particular á cada uno de ellos, sino estensiva á todos los demás Estados; y en vez de los duques, hubo intendentes que administraban las rentas que el emperador sacaba.

Tambien se fraccionaron los grandes ducados de Alemania: del ducado de Sajonia se separaron los marqueses de Brandeburgo: la Helvecia fué dividida en cincuenta condados y en ciento cincuenta baronias: el arzobispo de Colonia vió á sus vasallos sustraerse á su obediencia, como tambien otros muchos príncipes y ciudades: del ducado de Baviera se habian ya separado el Austria, la Carintia, la Estiria, sin contar divisiones menores. La Franconia, en la época en que se estinguió la casa

(1) Federico Schlegel, tan encomiador de los príncipes austriacos, dice que «el intérvalo de Rodolfo á Maximiliano, puede ser llamado el período bárbaro respecto de las costumbres y del gobierno.» *Cuadro de la Hist. moderna.* Vease tambien J. D. OHLENSCHLAGER, *Historia del imperio romano en la primera mitad del siglo* XIV, é *Historia del interregno.*

sálica, habia sido dividida entre los landgraves de Hesse, los condes de Nassau y el obispo de Wurtzburgo, sin contar el conde palatino. Tambien la Lorena fue distinguida en Alta y Baja, perteneciendo la primera á los condes de Alsacia, y la otra á los condes de Lovaina; y de esta misma provincia se formaron además los condados de Holanda, Zelanda, Frisia, Juliers, Cléveris y otros. Muchos francos alodios fueron reducidos á feudos por el homenaje voluntario de sus poseedores, como los de Brunswick y de Luneburgo, que fueron erigidos en ducados. Los eclesiásticos estaban exentos de contribuir al sostenimiento de la corte; las ciudades imperiales se titulaban libres y se acostumbraban á no pagar los impuestos, y los cuatro príncipes electores del Rhin se repartian entre sí el imperio. Véase aquí, pues, la gran monarquia de Oton el Grande convertida en una poliarquia, en una confederacion incierta, donde todos los feudatarios pretendian no ser vasallos más que del Imperio, aun en los paises hereditarios, cuando ya se habian sustraido de toda jurisdiccion y elevado á la soberania.

Y ejercíanla efectivamente con el derecho del puño, esto es, haciéndose la guerra unos á otros; serios pasos de armas que convertian el imperio en un continuo campo de batalla. Algunos se hacian formidables, solo con ayuda de su espada, como Eberardo de Wurtemberg, quien habia inscrito en su bandera: «Amigo de Dios, enemigo de todos los hombres.» En tal desbarajuste, buscaba cada uno el órden dándose un sistema interno, y con ligas de defensa y ofensa se iba preparando para después la confederacion general. Tal era el *gatnerbinat* de los nobles inferiores, cuya primera condicion era fortificar un castillo para proporcionar á todos un refugio, poseer y heredar en comun (*gemein-erben*). Formaron las ciudades la confederacion del Rhin y de la Hansa. Por último, como la justicia imperial estaba embarazada ó usurpada, los Estados que deseaban permanecer en paz, constituyeron una arbitraria (*austreghe*), que sobrevivió al desórden, como salvaguardia de la independencia.

Bohemia.—Entre los señores de esta época prevalecia Ottokar de Bohemia. Los habitantes de esta comarca son vástagos de los checos, nacion eslava que se trasladó desde las riberas del Don á las tierras ocupadas algun tiempo por los boyos, y luego por los marcomanos. Praga obtuvo la preeminencia sobre los demás Estados, hasta el momento en que Craco se hizo rey del pais, y dió su hija Libusa á un Przemysl, de quien son vástagos los duques de Bohemia hasta el año 1310. Esto es lo que la tradicion dice; pero la historia no adquiere certidumbre hasta la época en que Santa Ludmila indujo al duque Borzivoy I á recibir el bautismo (894), y en que Spitignew y Wratislao, sus hijos se hicieron vasallos del emperador de Alemania. En tiempo de Conrado II, Ulrico I quitó á los polacos la Moravia, habitada por eslavos. Su hijo Brzetislao I decidió que la corona pasaria por sucesion, no al hijo menor del duque difunto, sino al miembro de más edad de su familia.

Justicia de los bohemios.—El título de rey atribuido personalmente á Wratislao II (1088), luego á Wladislao II (1140), con el cargo de copero mayor, fué conferido hereditariamente á Przemysl Ottokar I (1197), quien habiendo adquirido fuerza al favorecer unas veces á Felipe, otras á Oton IV, fué admitido entre los electores del Imperio: anuló la *justicia de los bohemios* pará sustituirla con el órden de primogenitura, reservando al arzobispo de Maguncia el derecho de coronar á los reyes (1230).

Bremislao Ottokar II.—Bajo Wenceslao III, su hijo, tuvo lugar la irrupcion de los mongoles, que no habiendo podido penetrar por medio de las gargantas de Bohemia, de donde fueron repelidos, devastaron la Moravia. Przemyls Ottokar II (1259-78), hijo y sucesor de este príncipe, reunió á sus Estados el Austria, la Moravia, la Estiria, la Carintia, la Carniola, la Marca de los Venetos y Pordenon. A la cabeza de sesenta mil cruzados cayó sobre los prusianos idólatras y dió la Sambia á la órden Teutónica. Tambien hizo la guerra á Bela, rey de Hungria (1260), y le derrotó completamente en Kressenbrunn. Cuando hubo rehusado por dos veces el imperio que le fué ofrecido, los príncipes, amenazados de excomunion por Gregorio X, si le dejaban por más tiempo vacante, fijaron su eleccion en un señor cuya debilidád les hacia esperar que le dirigirian á su antojo.

Casa de Austria.—La adulacion ha querido remontar la casa de Habsburgo hasta Eticon, duque de Alsacia, en 684, de quien son vástagos las casas de Lorena y de Baden: pero es lo cierto que dicha casa no poseia en los tiempos que vamos describiendo más que el castillo situado en Suiza y del cual trae su nombre. Rodolfo habia sido educado en la corte de Federico II y después se habia refugiado á la de Ottokar. Habiendo dado muerte durante los disturbios del interregno á Hugo de Tieffenstein, ocupó sus dominios y los de otros señores, lo cual le hizo poseedor de diferentes tierras en la Suabia, y en el canton de Zurich, de los condados de Kiburgo y de Baden, así como tuvo el patronato de los cantones forestales de Uri, de Schwitz y de Unterwald. Después al frente de una banda que seguia el partido de Conrado IV, habia saqueado los arrabales de Basilea y quemado un monasterio, á consecuencia de lo cual habia sido escomulgado.

Pasaba por prudente y religioso: remendaba por su propia mano sus vestidos, y el único gasto algo importante que resulta de sus cuentas, es el que se vió obligado á hacer para comprar vestidos nuevos, así como á su mujer y á sus hijos. Cierto dia que iba de caza encontró á un sacerdote que llevaba el Viático y se descalzaba para vadear un torrente. Apeándose en seguida hizo que montara en su lugar el sacerdote y le acompañó hasta el pueblo: después regaló á la iglesia su palafren dicien-

do: «Un caballo que ha llevado encima á Nuestro Señor, nunca podrá servirme de cabalgadura.»

Este cura llegó á ser secretario del arzobispo de Maguncia, quien al dirigirse á Roma, para tomar el palio, se habia hecho escoltar á costa de dinero por Rodolfo en atencion á la poca seguridad de los caminos. De consiguiente en el momento en que se trataba de saber á quién se adjudicaria la corona imperial, el conde de Habsburgo ocurrió á la mente del prelado: tambien fué del agrado de los demás electores, porque como señor de pequeño Estado, le suponian incapaz de querer dominar á todos, y siendo viudo con muchas hijas casaderas, esta circunstancia les proporcionaba ocasion de adquirir ascendiente contrayendo con él vínculos de parentesco.

Rodolfo I.—Fué, pues, electo; y como faltara en la ceremonia de la coronacion el cetro sobre el cual debian prestar los vasallos homenaje, cogió una cruz, esclamando: *Este signo que ha salvado al mundo, puede sustituir al cetro;* escena que entusiasmó á la muchedumbre (16 octubre de 1273).

Ottokar protestó contra la eleccion como ilegal, lo cual ofreció á Rodolfo ocasion de sacar á su familia de la oscuridad. En efecto, habiéndose reconciliado con la Santa Sede cediendo al papa cuanto quiso de Italia; habiendo casado á sus hijas con príncipes cuyos dominios rodeaban los del enemigo, le declaró fuera de la ley del imperio, y llamó bajo su bandera á la nobleza de la Suabia y de la Alsacia. Entrando entonces en Austria, obligó á Ottokar á que le cediera este ducado, asi como la Estiria, la Carintia, la Marca de los Venetos y Pordenona, y á recibir de su mano y de rodillas la investidura de la Bohemia y de la Moravia.

Dícese que Rodolfo habia tomado sus disposiciones para que las cortinas del pabellon cayesen en el momento de la ceremonia, de manera que todo el ejército pudiera ver á su rival postrado á sus plantas. La cólera infundió nuevo valor á Ottokar humillado, y se preparó otra vez á la guerra; pero la habilidad calculada de su enemigo aventajó á su valor heróico y apasionado. Rodolfo sobornó á los moravios, quienes haciendo traicion á Ottokar en el campo de batalla, determinaron su derrota y su muerte (1278). Entonces Rodolfo ocupó la Moravia y la retuvo en su poder para los gastos de la guerra, y dejó la Bohemia á Wenceslao, hijo del rey difunto, á condicion de que se casaria con una de sus hijas. Formó del Austria, de la Estiria y de la Carniola, un patrimonio á su hijo Alberto (1282), burlando ó acallando así las esperanzas de los príncipes que le habian prestado ayuda, y las reclamaciones de los herederos de los bienes alodiales, asi como las de Viena, á la cual habia declarado ciudad libre.

Tal fué el orígen de la casa de Austria, que debia luego hacer la corona germánica casi hereditaria hasta el momento en que erigiera en imperio sus propiós Estados aumentados considerablemente. Rodolfo hubiera debido dirigirse á Italia para recibir allí la corona; pero halagando siempre al pontífice, y cediéndole toda pretension sobre el patrimonio de San Pedro, al cual no tenia ningun derecho por no estar todavía coronado, supo sustraerse á esta formalidad; porque comparaba la Italia á la caverna del leon, donde la zorra descubria mil sendas para la ida y ninguna para la vuelta.

Es verdad que no dejaba de tener mucho que hacer en Alemania para restablecer allí la autoridad imperial, para poner término á las guerras privadas, abolir los privilegios prodigados por los Césares efímeros, y hacer que volvieran al tesoro los derechos reales. Despues de haber quebrantado á los más poderosos con las armas y con la demolicion de una multitud de castillos (setenta solo en Turingia), recorrió el pais administrando justicia en persona. *No me han hecho rey para que me esconda*, decia. Segun los términos de la paz pública que proclamó, ciertas provincias se comprometieron por juramento á no hacerse ninguna violencia y á administrarse mútuamente justicia. No contento con haber colocado á sus hijas sobre tronos (2) y con haber sacado á su familia de una cabaña, como él decia, para elevarla al mas alto grado de poderío, hubiera querido asegurar á su hijo el imperio; pero antes de haber podido vencer la repugnancia de los electores, murió á la edad de setenta y un años (1291).

Adolfo de Nassau.—Alberto, su hijo, ocupó al punto el castillo de Trifels, donde estaban custodiadas las joyas de la corona; pero los electores que habian tenido pruebas de su dureza y de su avaricia, dieron la preferencia á Adolfo de Nassau (1292). Aunque pertenecia á una de las mas antiguas familias de Alemania, era el príncipe mas pobre que habia ascendido nunca al Imperio, si bien al propio tiempo el caballero más denodado y más generoso de su siglo. Despues de haber derrotado en cinco batallas á Juan I, duque de Brabante, cayó en sus manos á la sesta.—*¿Quién eres?* le preguntó el duque cuando fué conducido á su presencia.—*El conde de Nassau, pobre señor del imperio. ¿Y tú?—Juan, á quien has hecho una obstinada guerra, matándole cinco generales en cinco batallas.—Me sorprende que tú te hayas librado de mi acero, que contra tí sólo iba dirigido.* Esta intrepidez agradó al duque, quien le despidió asegurándole su amistad y haciéndole regalos.

El nuevo emperador imitó á Rodolfo aspirando á mantener la paz y la justicia, á proporcionarse aliados por medio de matrimonios, y á enriquecer á su familia con los principados del imperio. Pero

---

(2) Las casó con Luis, conde palatino del Rhin, duque de Baviera: con Alberto, duque de Sajonia; con Oton, marqués de Brandeburgo; con otro Oton, duque de Baviera; con Wenceslao, rey de Bohemia; con Cárlos Martel, rey de Hungria; con Thierry, conde de Cléveris.

Alberto de Austria, desesperanzado de obtener una corona esperada, reunia amigos á su lado. Habiendo puesto un ejército en pié de guerra, hizo declarar á Adolfo destituido del trono, como culpable de robos, de asesinatos, de violaciones, de sacrilegios, y en fin, de todos los desmanes con que se habian manchado sus tropas: luego habiendo llegado á las manos con él en Gelheim, donde le venció, comprando á los electores con dinero y concesiones, se hizo coronar (2 julio de 1298).

Alberto I.—Lívido de semblante y tuerto, severo, hostil á toda libertad, Alberto podrá ser alabado por su firmeza, si bien sólo por boca de aquellos que llaman con este nombre el partido adoptado de hacer su voluntad en todo. Tuvo el sentimiento de haber enseñado á los electores que podian destruir su hechura, y trémulo oyó decir al elector de Maguncia: *Con mi cuerno de caza puedo hacer salir de la tierra reyes de romanos.* El papa Bonifacio VIII le citó á su presencia, á fin de que se justificara amenazándole con la ira de Dios, si reconocia alguna vez á este regicida. A fin de castigarle Alberto, se alió con Felipe el Hermoso, abdicando toda pretension al trono de Arlés, á condicion de que le ayudaria á hacer la corona imperial hereditaria en su casa. Quizá tambien con esta alianza, rodeado de caballeria húngara y de coraceros, y arrastrando siempre en pos máquinas de sitio, fué como obligó á los vieneses á que le presentaran con los piés descalzos, las llaves de su ciudad junto al Kalemberg, y rasgó allí los diplomas de sus franquicias. Atacó á los cuatro electores del Rhin, y les obligó á cederle los peajes de este rio, y cuantos privilegios les habia dado para que lo eligiesen. El mismo Bonifacio se prestó á reconocerle con especialidad, á fin de dar un superior al rey de Francia; y en cambio se obligó particularmente Alberto á proteger al papa y á no formar ligas en su contra. Añádese que se comprometió á hacer la guerra á la Francia, si el pontífice aseguraba la herencia del imperio á la casa de Austria (3).

Pero los medios que empleó para engrandecer á su familia en Suiza, en Turingia, en Misnia, en Bohemia, le hicieron odioso y le suscitaron oposicion en todas partes. Cuando Juan de Suabia, su sobrino y su pupilo, habiendo llegado á la pubertad le reclamó la herencia paterna, hizo que le regalaran un canastillo de flores. Irritado el jóven se conjuró con otros; y en el momento en que Alberto marchaba contra los suizos que acababan de insurreccionarse al grito de libertad, le dió el golpe mortal. Huyó el asesino, y proscrito por todo el mundo, fué á implorar el perdon del papa Clemente V (4). Isabel, mujer de Alberto, é Inés una de sus veinte y un hijos, vengaron la muerte de Alberto en la sangre de muchas personas: sesenta y tres vasallos de Palm fueron decapitados en un solo dia. Tibaldo de Blamot, que se habia hallado presente al asesinato, fué atado en una rueda, donde sufrió cruelmente por espacio de tres dias, mientras que era atormentada á sus piés su esposa. Inés hasta mataba á los cómplices con su propia mano, y se aprestaba á degollar al niño de un conjurado, si sus guerreros no se le hubieran arrancado de las manos. Luego estas mismas mujeres atroces fundaron en el mismo sitio la abadia de Konigsfel, monumento de venganza en un pais donde se alzaban tantos testimonios de piedad y tantos centros de instruccion. Ofrecieron la direccion de este establecimiento á Strobel de Offtringen; pero el viejo ermitaño lo rehusó diciendo: «Se sirve mal á Dios derramando sangre inocente y dotando á los monasterios por medio de la rapiña. Dios no ama más que la bondad y la misericorcia.» (5)

Enrique VII de Luxemburgo—Federico el Hermososo, que sucedió á Alberto en sus dominios de

---

(3) Afirma el hecho Alberto de Estrasburgo, escritor contemporáneo. La confirmacion hecha por Bonifacio respira todo el orgullo de este pontífice: *Fecit Deus duo luminaria magna; luminare majus, ut præsset diei, luminare minus ut præsset nocti. Hæc duo luminaria fecit Deus ad literam, sicut dicitur in Genesi; et nihilominus spiritualiter intellecta, fecit luminaria prædicta, scilicet solem, idest ecclesiasticam potestatem, et lunam, hoc est temporalem et imperialem ut regeret universum. Et sicut luna nullum lumen habet, nisi quod recipit a sole, sic nec aliqua terrena potestas aliquid habet, nisi quod recipit ab ecclesiastica potestate. Licet autem ita communiter consueverit intelligi, nos autem accipimus hic imperatorem solem qui est futurus, hoc est regem Romanorum, qui promovendus est imperator, qui est sol, sicut monarcha, qui habet omnes illuminare et spiritualem potestatem defendere, quia ipse est datus et missus in laudem bonorum et in vindictam malefactorum... Unde hæc nota et scripta sunt, quod vicarius Jesu Christi et successor Patripotestatem imperii a Græcis transtulit in Germanos, ut ipsi Germani, idest septem principes, quator laici et tres clerici, possint eligere regem Romanorum, qui est promovendus in imperatorem et monarcham omnium regum et principum terrenorum. Nec insurgat hic superbia gallicana, quæ dicit quod non recognoscit superiorem. Mentiuntur: quia de jure sunt et esse debent sub rege romano et imperatore. Et nescimus, unde hoc abuerint vel adinvenerint, quia constat, quod Christiani subditi fuerunt monarchis ecclesiæ romanæ, et esse debent... Et attendant hic Germani, quia sicut translatum est imperium ab iliis in ipsos, sic Christi vicarius successor Petri habet potestatem transferendi imperium a Germanis in alios quoscumque, si vellet, et hoc sine juris injuria... Electus in regem Romanorum, prius fuit in nubito arrogantiæ et ignorantiæ, etenim, non fuit devotus ad nos et ecclesiam istam sicut debuit. Nunc autem exhibet se devotum et promptum ad facienda omnia quæ volumus et fratres nostri et ecclesia ista... Si autem ipse vellet contrarium facere, non posset: quia nos non habemus alas nec manus ligatas, nec pedes compeditos, quin bene possimus eum reprimere, et quemcumque alium principem terrenum.*

(4) El papa le dió la absolucion, si bien poniéndole en manos de Enrique VII, quien le encerró en un convento de Pisa.

(5) Coxe, *House of Austria.*

Austria, aspiraba al Imperio; pero los príncipes electores, á quienes asustaban los proyectos ambiciosos de esta familia, dieron la preferencia á Enrique de Luxemburgo, príncipe de pequeño Estado, y que se habia hecho célebre, como caballero en los torneos. Se queria obligar igualmente á Federico á que restituyera el Austria á la casa de Bohemia, pero se presentó á la dieta con tan numerosa comitiva, que Enrique le confirmó en sus posesiones, ya por miedo, ya porque necesitase su auxilio para la espedicion de Italia y para la adquisicion de la Bohemia (6).

A Ottokar II habia sucedido en este reino Wenceslao IV (1278), uno de los príncipes más justos, si es que habia alguno en aquel tiempo, que se proponia hacer redactar un código por jurisconsultos italianos, si no se lo hubieran impedido los grandes, quienes se aprovechaban del desórden de la justicia, y se opusieron hasta á la fundacion de una universidad. Habia aumentado sus dominios de tal manera, que no poseia más su padre antes de ser despojado por los austriacos. Como habia sido electo además rey de Hungría y de una parte de la Polonia, Alberto de Austria (1300-1401), que le aborrecia aun cuando era su cuñado, porque le servia de obstáculo para el engrandecimiento de su casa, le intimó como vasallo que renunciara á sus coronas, y le declaró fuera de la ley del imperio, sin que á pesar de todo llegara á desposeerle.

Cuando murió á la edad de treinta y cuatro años Wenceslao V, su hijo (1305-6), renunciando á la Misnia, compró de Alberto la paz y la investidura de la Polonia y de la Bohemia; pero al poco tiempo fué asesinado. Como en él terminaba la línea eslava masculina, Alberto, sin consideracion á las cuatro hermanas de este príncipe, declaró la Bohemia feudo vacante, é invistió con él á su hijo Rodolfo, con quien se casó Isabel de Polonia, viuda de Wenceslao. Se estipuló que en el caso de que llegara á estinguirse la línea austriaca, los reyes de Hungría heredarian sus ducados y viceversa. Habiendo muerto Rodolfo al poco tiempo (1307), Federico el Hermoso hubiera debido ser su heredero segun el pacto; pero el partido nacional proclamó á Enrique de Carintia, yerno de Wenceslao IV. Como descontentara este príncipe al pais por su codicia y por su rigor, los señores enviaron comisionados á Enrique VII, ofreciéndole la corona de Bohemia, para su hijo, con la mano de Isabel, otra hija de Wenceslao. Fué aceptada la proposicion, proclamado rey Juan de Luxemburgo y destronado Enrique de Carintia (1310). De esta suerte los emperadores enriquecian á sus familias; ya no se trataba de las querellas entre güelfos y gibelinos, del sacerdocio y del Imperio, sino únicamente de las casas de Bohemia, de Baviera, de Austria, que se disputaban trono y posesiones.

Enrique de Luxemburgo conservaba todavía el ideal del Imperio, mientras los ánimos de todos se habian vuelto del lado práctico, de lo cual resultó que fuese despreciado por la disparidad que habia entre sus proyectos y los medios de realizarlos. Deseaba ardientemente hacer una espedicion á Italia para ostentar la dignidad imperial y su caballeresco valor en otro campo que no fuesen aquellas escaramuzas con los principillos alemanes. En su consecuencia, pasó los Alpes (1311); y segun lo diremos en otro lugar con más pormenores, reanimó en todas partes el bando gibelino, y se hizo coronar rey en Milan y emperador en Roma. Pensaba en reunir toda la Italia, y quizá en fijar allí su residencia; pero durante las guerras que hizo con diversas alternativas en aquel territorio, se halló siempre escaso de dinero. Marchaba contra Roberto, rey de Nápoles (1313), que se hallaba á la cabeza de los güelfos cuando murió en Buonconvento.

Luis V.—Federico el Hermoso se presentó como candidato para sucederle, á la par que el partido de Luxemburgo favorecia á Luis de Baviera. Dividiéronse los sufragios, y resultó de aquí una doble eleccion. Luis fué coronado en Aquisgram, y Federico en Bonn. Durante ocho años, la guerra civil ensangrentó las orillas del Rhin y del Danubio; pero al fin Federico, vencido en Muhldorf, donde peleó con la coraza dorada y el águila imperial en la cimera, cayó prisionero (1323). Leopoldo, su hermano, sostuvo todavia algun tiempo su partido; pero viendo que no podia conservar la corona á su casa, llegó hasta ofrecérsela al rey de Francia. Careciendo Luis el bávaro, aunque victorioso, de dinero, procuró ganarse amigos y poder, distribuyendo los feudos del Imperio; pero se lo estorbaron sus largas disputas con el papa Juan XXII. Este pontífice no quiso reconocer al uno ni al otro César, y considerando el Imperio como vacante, se creyó en el derecho de nombrar un vicario, no sólo para la Italia, sino tambien para la Alemania.

Designó á Roberto de Nápoles para ejercer estas funciones en Italia, y envió al cardenal del Poggeto como su legado. Pero las tropas de Luis vencieron á los parciales del pontífice. El papa mandó entonces fijar en las puertas de Aviñon, donde residia, un *proceso* contra el bávaro, por haberse abrogado el título de rey de romanos antes de que el papa hubiera examinado su eleccion y le hubiera reconocido por legítimo soberano, usurpando así los derechos de la Iglesia, á la cual pertenecia administrar el Imperio vacante. En su consecuencia, se le intimaba, bajo pena de escomunion, dimitir el gobierno y anular todo lo que habia hecho como rey de romanos. Luis protestó contra este acto, y apeló de él al futuro concilio; pero distribuida por millares la declaracion del papa, perturbó las conciencias, y sembró grande

(6) W. Doniges.—*Hacta Henrici* VII. Berlin, 1849.

agitacion tanto en Italia como en Alemania. No habiéndose presentado Luis á justificarse en el término de dos meses que se le habia concedido, se prohibió que se le reconociera por rey. Luis respondió con violencia, tratando al papa de perturbador del reposo público, de hereje, de escandaloso (1324). Las universidades de París y de Bolonia desaprobaron la conducta del papa: jurisconsultos y teólogos tomaron la defensa del emperador en escritos en que se trataba con desprecio á la corte pontificia. Por último, Juan pronunció la condena definitiva del rey.

Todo este fuego era atizado por Leopoldo de Austria, quien á fin de anonadar á Luis, halagaba asíduamente al papa. Habiéndose reconciliado con el rey de Bohemia por la renuncia á todo derecho sobre sus Estados, marchó contra el príncipe bávaro, á quien derrotó en Burgau (1325). Ora fuera por astucia, ora por generosidad, Luis se dirigió al castillo de Traussnitz, donde Federico estaba encerrado, y después de haberle recordado su parentesco y su amistad desde la infancia, le propuso la paz. El príncipe austriaco renunció en su favor el título imperial, y prometió restituirle cuanto poseia el Austria en detrimento del Imperio; ser aliado de Luis y ayudarle contra todos sus enemigos, ora seglares, ora eclesiásticos, incluso el papa: además, se comprometió para el caso en que no pudiera inducir á sus hermanos á ejecutar estas estipulaciones, á volver á constituirse prisionero. Después de haber jurado sobre la hostia y haber abrazado á Luis, salió Federico, y aunque el papa le absolvió de su juramento, quiso cumplirlo; pero hallando á su hermano opuesto á lo que habia prometido, volvió á cargar con sus cadenas. Cediendo entonces Luis de sus pretensiones, le recibió como amigo, y los dos príncipes comieron y durmieron juntos con la intimidad que les habia unido en sus primeros años: hasta reinaron juntos, habiendo convenido en llevar ambos el título de rey de Germania, en firmar juntos los actos soberanos, en servirse de un sello comun, y en conferir de comun acuerdo los grandes feudos (7).

Sin embargo, no bastó esto para la paz. Pareció á los electores que se usurpaban así sus derechos: el papa disintió. Se propuso entonces hacer reinar á uno de los dos príncipes en Italia y al otro en Alemania. Por último, Federico murió poco después que su hermano Leopoldo (1330), y como no dejaba hijos, pasaron sus bienes á Alberto el Sábio y á Oton, sus hermanos.

Algun tiempo antes habia pasado Luis los Alpes para restablecer el órden en Italia (1327). Saliéronle al encuentro los jefes gibelinos en Trento, y habiéndole suministrado dinero y tropas, le indujeron á recibir las dos coronas en Milan y en Roma. El descontento general que causaba en esta última ciudad la prolongada residencia de papa en Aviñon, habia asegurado el predominio del bando gibelino. Pero el papa declaró la coronacion nula, y renovó la escomunion. El emperador hizo acusar formalmente al papa por los síndicos de Roma y nadie se presentó á defenderle: le depuso como hereje, prohibiendo que en lo sucesivo permanecieran los pontífices más de dos dias fuera de Roma sin el consentimiento del pueblo. Pero una contribucion de treinta mil florines que quiso imponer, causó el levantamiento de los romanos. Perseguido á pedradas, se vió en la necesidad de apelar á la fuga en union de su antipapa Nicolás V; y después de haber aspirado á proporcionarse dinero, vendiendo títulos, ocupando los Estados, cambiando los gobiernos, falto de medios y de aliados, se decidió á volver á Alemania. Todavia fué perseguido por la escomunion del papa y obligado á sostener la guerra contra Oton de Austria, con quien acabó por avenirse, dejándole ciertas ciudades para los gastos de la guerra (1330).

Juan de Luxemburgo.— Esta paz habia sido concluida por Juan de Luxemburgo, hijo de Enrique VII y rey de Bohemia. Educado en Francia, y no sabiendo acostumbrarse á los usos eslavos, permaneció todo lo más que pudo ausente de Bohemia. Hizo la guerra en Italia con su padre, y contribuyó activamente á la elevacion de Luis de Baviera. Después se habia entregado á los placeres en su condado de Luxemburgo, pasando el tiempo en fiestas, en cacerias y en torneos. Los bohemios, á quienes iba mal con el gobierno de un príncipe aleman, aun cuando lo dirigia la prudencia, ó más con el de la reina, á la cual estaba abandonado el cuidado de los negocios, acabaron por rebelarse. Entonces Juan tuvo que prometerles no conservar en el pais empleados ni soldados extranjeros.

Aficionado á las aventuras (8) fué á buscarlas á Lituania, donde los caballeros teutónicos hacian la guerra á los idólatras; después de haberles ayudado en sus victorias, se puso con razon ó sin ella á distribuir tierras, se hizo reconocer, por fuerza ó en virtud de tratados, soberano feudal de los diferentes señores de Silesia, y casó á su hijo con la heredera de la Carintia. Entonces concibió la idea generosa de tomar el papel de pacificador de Europa. Apenas se suscitaba una disputa entre los príncipes ó los pueblos, se veia llegar á caballo á un guerrero de aspecto noble y gallardo, quien, interponiéndose con tanta lealtad como fervor, armonizaba ó conciliaba á los opuestos partidos. Así corrió en movimiento perpétuo del uno al otro estremo de Europa; y cuando murió su esposa los

(7) Mentzel desecha todo este relato como una leyenda poética.

(8) «Conquistando paz y honor, dando feudos, joyas, oro, plata, tierras, no guardando para sí nada á escepcion del honor.» GUILLERMO MACHAUT, *Confortacion de amigos*.

correos no supieron á dónde llevarle la noticia: finalmente le hallaron por casualidad en el Tirol.

Fácilmente se puede imaginar con cuánto ardor aspiró á la gloria de reconciliar al emperador con el papa; pero el pontífice no queria ceder en nada, pretendiendo que Luis fuera destituido. En esto el *Rey de la Paz*, segun se le llamaba, es reclamado contra los gibelinos por los brescianos, quienes ponen á su disposicion su ciudad (1331). Llega y reconcilia á los proscritos con sus conciudadanos: otro tanto hace en Bérgamo, y al mismo tiempo Crema, Pavia, Verceli, Cremona, Milan, Parma, Reggio, Módena, Luca le quieren tener por señor. Ni las ciudades ni el papa sabian en favor de quién trabajaba atendido á que poniendo buen semblante á los güelfos lo mismo que á los gibelinos, se sometia á los unos y á los otros. Florencia, más calculadora y menos apasionada que las demás ciudades italianas, resistió á la moda general y se alió en contra de él con el rey Roberto. Se habia hecho sospechoso al papa desde que éste le habia visto echársela de señor con su legado; y la misma desconfianza se habia deslizado en el corazon de Luis de Baviera, quien, habiendo formado una liga con los duques de Austria, el elector palatino y el margrave de Misnia, se aprestaba á invadir la Moravia y la Bohemia. Así el Rey de la Paz habia venido á ser ocasion de nuevas guerras.

Conociendo Juan el peligro que le amenazaba vuela hacia Alemania, disipa las sospechas del emperador, corre á salvar sus Estados, y no menos valiente en la guerra que hábil en las negociaciones, obliga al rey de Polonia á pedirle una tregua: luego dispersa á los austriacos y á los húngaros. Pero apenas ha vuelto á Francia para tratar por segunda vez de reconciliar al papa con el emperador, los húngaros y los austriacos entran de nuevo en Moravia, y obligan á la Bohemia á renunciar á ciertas posesiones que en lo antiguo habian pertenecido al Austria. Juan no pudo calmar al pontífice; pero durante esta espedicion alcanzó el premio en torneos célebres, negoció matrimonios y se hizo armar caballero. Después de haber recibido de Felipe VI cien mil florines, armó á mil seiscientos caballeros, y bajó á Italia (1332), donde todas las ciudades parecian de acuerdo en estirpar hasta el menor vestigio de su dominacion y de la de su hijo Cárlos á quien las habia cedido. Esperaba dominar á los florentinos uniéndose al cardenal de Poggeto; pero en breve se halló falto de dinero. Renunciando entonces á la conquista, vendió las diferentes ciudades á las familias que ya se habian apoderado de ellas y repasó los Alpes.

Su hijo se habia educado cerca del rey de Francia, quien cambió su nombre eslavo de Wenceslao por el de Cárlos. Así, cuando se le nombró margrave de Moravia y gobernador de Bohemia (1333), no conocia ninguna de las costumbres del pais, y no hablaba la lengua materna. Pero habiéndola aprendido pronto, restableció el órden en las rentas agotadas por las empresas caballerescas de su padre, rescató los castillos comprometidos, y mereció el afecto de los bohemios, hasta el punto de escitar la envidia de su padre. Herido este último gravemente en un ojo peleando en la guerra entre ingleses y franceses (1336), fué tan mal cuidado que perdió ambos ojos. En este estado, supo que el Austria se habia hecho investir por el emperador con la Carintia y el Tirol, dominios que Juan pretendia como dote de su nuera. Agriado por tanta ingratitud, combinó una terrible liga contra Luis y los austriacos, y se hizo conducir de córte en córte para suscitarles enemigos. Consiguió hasta hacer nombrar á su hijo anticésar; después habiendo vuelto con él á Francia (1346), quiso asistir, viejo y ciego como era, á la batalla de Crecy, en la cual habiéndole dicho que por su falta de vista peleaba en contra de Francia, hizo que uno de los suyos atase las bridas de su caballo al que él montaba, y que avanzase todo cuanto pudiese, é hiriendo al acaso, cayó en lo más recio de la pelea. Eduardo III quiso manifestar su respeto al heróico anciano, tributándole magníficas exequias, encargando á doce caballeros acompañar sus restos á Luxemburgo y adoptando su divisa.

Entre tanto, los enemigos suscitados á Luis de Baviera por la escomunion, no le dejaban descanso. Los polacos y los lituanios, bajo pretesto de ejecutar la sentencia pontificia, entraban á fuego y sangre todo el pais desde Warta hasta Havel, al paso que en otras partes, insultaban á una autoridad que abusaba de sus pretensiones mundanas. Pero habiendo sucedido el pacífico Benedicto XII á Juan XXII, se entablaron negociaciones, y el emperador se resignó á humillantes condiciones. Prometió invalidar todo lo que habia hecho contra la córte romana y sus aliados, desaprobar á todo el que se hubiese separado de ella, ir á buscar la absolucion de sus culpas y á cruzarse después por penitencia, para ir á ultramar. Pero el papa no estaba libre en una ciudad estraña; y Felipe VI acudió en persona á Aviñon para precisarle á negarse á esta sumision, como exenta de sinceridad; y cuando los obispos de la diócesis de Maguncia le suplicaron aceptarla, les respondió con las lágrimas en los ojos, que no podia por las amenazas del rey de Francia.

Union electoral.—Estaba, pues, en su colmo la confusion en Alemania, donde los sacerdotes no se atrevian á celebrar los oficios divinos, ni á enterrar á los muertos en sagrado. Cansado Luis de guerras y temeroso de Dios, pensó abdicar en favor de Enrique de Baviera; pero los electores, los Estados, las ciudades libres, con una armonia completa de voluntad se lo estorbaron. Con objeto de encontrar algun remedio á la anarquía, convocó los Estados en Francfort (1338), donde espuso las pretensiones del papa, la insidiosa conducta del rey de Francia, su propia humillacion, y se mostró católico recitando su profesion de fe. En su consecuencia los Estados anularon la condena, levantaron el entredicho, declarando enemigos públicos á

los sacerdotes que se negasen á celebrar los divinos oficios; y después de examinar las pretensiones del papa, se obligaron á defender el Sacro Imperio Romano, el honor de los príncipes, su eleccion y los derechos propios y del Imperio contra todo el que los atacase, fuese quien fuese. Promulgaron tambien como ley general que la autoridad y dignidad imperiales emanaban directamente de Dios; que el que era elegido emperador y rey por la mayoria de los electores, no tenia necesidad de la confirmacion pontificia, que en el interregno el vicariato del Imperio correspondiese al conde palatino; que no habia diferencia alguna entre el rey de los romanos coronado en Alemania y el emperador romano coronado en Roma, y que cuando el papa se negase, cualquier obispo podia hacer la ceremonia de la coronacion. En consecuencia de esto, notificaron al papa invitándole á que anulase las disposiciones de su antecesor, ó que de lo contrario obrarian eficazmente á fin de que la autoridad del Imperio no sufriese menoscabo.

Pero el papa era verdaderamente esclavo del rey de Francia; y Clemente VI, no menos obstinado que su predecesor con respecto á Luis de Baviera (1346), fulminó una escomunion llena de las más terribles imprecaciones que pudieran dirigirse de enemigo á enemigo. El que las proferia era nada menos que el padre comun de los fieles, y las dirigia contra un rey que, momentáneamente arrogante, ofrecia entonces someterse, y no hacia sino defender la independencia de su corona. Mas en este estado Luis de Baviera, acometido de una apoplejia fulminante, en una caceria de osos junto á Munich, terminó su carrera (1347).

Cárlos IV.—Quedó el imperio después á Cárlos de Luxemburgo (1347), que se habia granjeado el favor del papa prodigándole promesas y que se encontraba entonces sin competidor. Esperábase que su habilidad y tino llegarian á restablecer la tranquilidad; pero descuidó los intereses comunes para ocuparse únicamente de los de Bohemia, á la cual añadió por matrimonio, el alto Palatinado, con derecho sobre la Baja Lusacia, toda la Silesia, y adquisicion más importante, el electorado de Brandeburgo; renovó además con el Austria, el pacto de sucesion recíproca. Instituyó en Praga, dotada ya por su padre de un fuero municipal, una universidad modelada por la de Paris, donde se enseñaba en cuatro lenguas: bohemia, bávara, polaca y sajona. La ciudad fué enseguida erigida en metrópoli, bajo juramento prestado al pontífice por Cárlos, de que la lengua bohemia era diferente del idioma aleman hablado por el arzobispo de Maguncia, del que dependian hasta entonces la Moravia y Bohemia (1348). El nuevo emperador procuró hacer de esta ciudad un centro de comercio como lo eran Hamburgo y Lubecb. Abrió canales, llamó arquitectos flamencos; las artes, las ciencias y las lenguas alcanzaron un grado de perfeccion muy superior respecto de otras naciones eslavas. Justo es, pues, que los bohemios estén agradecidos á lo que Cárlos IV hizo por ellos; pero los alemanes le acusan de haber arrancado muchas plumas al águila germánica. Confirmó Cárlos la venta del condado Venesino hecha al papa por Juan de Nápoles, y la cesion del Vienés hecha por Huberto al hijo de Felipe de Valois, con la condicion de que los hijos mayores del rey de Francia tomasen el título de delfin. Dispensó al Brabante de llevar sus causas á los tribunales germánicos. La Provenza terminó igualmente en su tiempo de depender del Imperio, para llegar á ser muy pronto una provincia francesa. Negoció después con los electores para hacerlos que nombrasen á su hijo Wenceslao, y para suplir á los cien mil florines exigidos por cada uno de ellos, les cedió las ciudades imperiales y los dominios que aun quedaban al jefe del Imperio. Además, luego volvió para su coronacion á Italia, donde era deseado por los débiles y temido por los fuertes, pero donde no queria adquirir derechos sino para poder venderlos, granjeándose dinero, se mostró en esa península más bien como mercader que como emperador, y se volvió prontamente á Bohemia con apariencias de fugitivo.

A la invitacion que le hizo el papa de acompañarle á Italia donde pensaba restablecer la silla pontificia (1368), Cárlos volvió á pasar los Alpes con aspecto más pobre y peor éxito que la primera vez; lo cual, á pesar de su habilidad, le atrajo el menosprecio. Su indiferencia por los ultrajes que recibia en Alemania sentó mal, la carestia de dinero en que se hallaba sin cesar le hizo perder todo el crédito y respeto, á tal punto, que un carnicero le arrestó por deudas en la ciudad de Worms (1378). El mismo habia escrito su vida, que terminó á la edad de sesenta y dos años. Se ha dicho de él que arruinó su casa por adquirir el Imperio y arruinó el Imperio por engrandecer su casa.

Constitucion.—Sin embargo, no dejó de merecer bien de la Alemania, dándole una constitucion, por lo cual el emperador Maximiliano le llamó el padre del Imperio, aunque en realidad no hubiese hecho otra cosa que redactar por escrito los derechos ya adquiridos y ejercidos por los príncipes. Hasta entonces la costumbre y las armas habian servido únicamente de regla al derecho público y á los privilegios respectivos de los Estados del rey, del papa y de los electores; privilegios que no se apoyaban sino en usurpaciones y en precedentes. Nada indicaba de una manera cierta, como los siete electores restringieron á ellos solos el derecho que después de la cesacion de las dietas generales, parecia pertenecer á los jefes de las cuatro naciones sajona, franconia, sueva y bávara. Así fué probablemente en el principio, pues habiéndose llegado á estinguir los ducados de Franconia y Suabia, no quedó más que el conde palatino, el marqués de Brandeburgo, las casas de Sajonia y de Bohemia, y los tres arzobispos del Rhin, con esclusion completa de la Baviera, que protestó varias veces.

Bula de oro.—Pero ¿todos los príncipes de una casa tenian voto colectivo ó el privilegio aquel no pertenecia sino al mayor? ¿El derecho era inherente á una tierra particular ó á todas las posesiones de estas familias? Esto es lo que no se podia decidir: así, para evitar los desórdenes que de ello resultaban, Cárlos convocó los Estados en Nuremberg, y los persuadió á que aceptasen una constitucion, que por el sello con que fué adornada, se llamó la Bula de Oro.

Esta bula declara que el derecho de los siete electores se halla inherente á una tierra sin que sea susceptible de particion, trasmitiéndose por órden de primogenitura; que la eleccion debe hacerse por ellos en Francfort-del-Mein y á pluralidad de votos; que pueden reunirse en dieta electoral sin autorizacion del emperador; que ciertos derechos reales le pertenecen, como los de acuñar moneda, esplotar minas y salinas en su territorio, juzgar sin apelacion, y que toda ofensa con respecto á ellos era un crimen de lesa majestad (1356). No les faltó, pues, más qué el título de rey, tanto era lo que el emperador los elevaba, para humillar las casas de Austria y de Baviera. De estos electores, el arzobispo de Maguncia era archicanciller del reino de Italia, el de Tréveris de la Lotaringia y el de Maguncia de la Alemania, único ministro del emperador como rey de este pais. Este era el que convocaba la dieta para la eleccion, solo en Francfort, siempre en tierra de francos, aunque el emperador no tuviese residencia ó estuviese en los castillos de su patrimonio.

Pertenecian á los demás electores los grandes cargos del imperio (*Erzamter*). El conde palatino del Rhin, primero entre los príncipes seculares era archisenescal (9) del Imperio: el elector de Bohemia (el único que llevó corona), copero mayor; el elector de Sajonia, archimariscal (10), y el de Brandeburgo, archicanciller. No se dijo entonces ni una sola palabra del derecho pontificio de confirmar al emperador, ni del vicariato de Italia.

La Bula de Oro no era, pues, como se ve, un remedio radical, sino simplemente un paliativo, como lo fué la paz de Westfalia. No restableció los ducados nacionales de Suabiá y Franconia; en lugar de dirigirse á la unidad, preparó el desmembramiento de aquel vasto cuerpo, y haciendo á ciertos grandes vasallos casi independientes, arrebató al emperador su mayor prerogativa, el papel de protector de la libertad comun. Mientras que los emperadores de la casa de Austria habian procurado conservar los privilegios y las herencias de patria, así como la division entre las cuatro naciones, lo que hubiera hecho que la eleccion de los votantes fuera la espresion de la voluntad nacional, las divisiones establecidas por la Bula de Oro fueron el resultado del capricho. Ahora bien, siendo diferente del interés general el interés de los príncipes, se traficó en la eleccion; cada uno buscó ventajas particulares permaneciendo indiferente á los intereses del comun, y hubo falta de patriotismo tanto entre los señores como entre los príncipes (11).

El emperador.—Permaneció el Imperio electivo, á pesar de las tentativas que se hicieron para que fuera hereditario, abrogándose los electores hasta el derecho de deponer al que hubieran nombrado, y cesó de considerarse necesaria la coronacion en Roma. Mientras la monarquia se aseguraba en Francia por el constante cuidado que tenian los reyes en incorporar los feudos y posesiones, siendo para ellos el reino y los dominios de la familia real una misma cosa, en Alemania por el contrario, los emperadores despojaban el Imperio en favor de su familia. A esto se dirigian todos los intentos de unos príncipes que pobres de medios y ligados á mezquinos miramientos, no guiaban á los demás, sino que eran arrastrados, y los electores para contrarestarlos hacian lo mismo, buscando el aumento propio, no la fuerza del Estado. Habian atendido los emperadores á concentrar en sí á los señores elevados á consecuencia de haberse hecho hereditarios los *missi dominici* y los condes. Pero su debilidad, que no les hubiera permitido ejercer por sí mismos la autoridad que habian recobrado, hizo que en lugar de cinco ó seis soberanos independientes á la cabeza de un estenso territorio, hubiera multitud de pequeños príncipes súbditos sólo en el nombre: además, por temor de que alguno de ellos tomase demasiado incremento, garantizaron sus independencias, hasta de los más pequeños, y admitieron á las dietas á todo señor que tuviese soberania territorial (*Landeshoheit*), y hasta el residuo de la supremacia imperial que le quedaba al emperador era perjudicial, porque el príncipe que tenia que hacer de copero con el emperador ó aceptar un secretario nombrado por éste, se sentia inclinado á oprimir á sus súbditos para manifestar que á pesar de todo era señor.

Dieta.—Las dietas no eran como en los tiempos feudales la reunion de los vasallos bajo la presidencia de un soberano, ni de los representantes de la nacion ó de los diferentes órdenes que la componian, como las cámaras modernas, sino un congreso de ministros plenipotenciarios de diferentes soberanos, sin que nada destruyese allí la lentitud natural de los alemanes. En lugar de los príncipes, sus diputados son los que acuden, hombres de letras, que quieren pronunciar retahilas de palabras sin determinar nada; se escribe en pró y en contra, en lugar de discutir; y cuando llega el momento de decidir, se presenta la protesta de un señor, que no ha intervenido en los debates. Además, si en estas asam-

(9) *Sen* multitud, y *schalk* servidor, jefe de servidores, intendente de la economia doméstica, mayordomo.

(10) *Mai*, caballo. Viene á corresponder al *comes stabuli* del Bajo Imperio.

(11) Véase el Libro X, cap. 2.

bleas se revelan los vicios del Estado, la necesidad de garantizar las personas y las propiedades, de poner término á las divisiones, de oponerse en comun á un enemigo terrible, todo el mundo conviene en ello, pero nadie se mueve.

Al rey era siempre á quien pertenecia la soberania feudal, en virtud de la cual conferia señoríos y derechos reales, como el de acuñar moneda ó establecer peajes; dignidades por las cuales sólo la nobleza podia llegar á un grado superior. La de conde palatino daba algunas prerogativas imperiales, como la de legitimar y ennoblecer á los bastardos, y nombrar escribanos: viéronse en Italia los primeros ejemplos de estas concesiones en tiempo de Carlos IV; y Federico III fué quien las introdujo en Alemania. Tenia tambien el emperador derecho de declarar la guerra y hacer la paz; pero no teniendo ejército propio, se veia precisado á obtener el consentimiento de los Estados para que ellos se lo proporcionasen.

Tres cámaras de Estados.—Componíanse las tres cámaras de la dieta de los tres Estados; los electores, la nobleza titulada y las ciudades imperiales. Reuníanse los siete electores con el emperador en asamblea particular, á fin de tratar de los altos intereses de Alemania ó de sus asuntos particulares. En la dieta formaban un colegio distinto, y pretendian no ceder ni un ápice á ningun príncipe ó monarca. De esta suerte se encaminaban á estender su autoridad sobre los vasallos menos poderosos del imperio, si bien encontraron un obstáculo en la importancia adquirida por la clase que les seguia inmediatamente, es decir, los duques y los príncipes eclesiásticos, obispos y prelados. Los príncipes seglares, landgraves, margraves, burgraves, condes, dinastas, algunos de los cuales eran muy ricos en dominios, como los de Austria, Hesse, de Misnia, y de Brunswick, rehusaban en caso de necesidad tomar las armas en union de los electores y obraban por su propia cuenta.

En lo interior cada principado tenia sus asambleas ó Estados provinciales compuestos de los vasallos y de las ciudades inmediatas; y era forzoso reunirlas para imponer contribuciones, como tambien en circunstancias graves, para desenmarañar sucesiones litigiosas, por ejemplo, y para hacer nuevas leyes, á excepcion de las que estaban reservadas á la dieta. La nobleza, las ciudades, los prelados (12), preferian que un pequeño príncipe les gobernara, á causa de que no podia hacer uso de su autoridad sin el concurso de ellos; de aquí resultó que éstos adquirieron la superioridad territorial, es decir, casi la soberania y la jurisdiccion civil y criminal, promulgando leyes y ordenanzas, ocupando los feudos que habian sido arrebatados por felonia á sus precedentes poseedores, fundando iglesias y monasterios, metodizando los asuntos eclesiásticos, teniendo cortes feudales con cargos y con dignidades, construyendo fortalezas, percibiendo la contribucion de los judios, acuñando moneda y gozando además del privilegio de las minas, del peaje y otras regalias. Además batallaban unos en contra de otros: después cuando la artilleria dió á algunos de ellos gran predominio, muchos tiranuelos se vieron desalojados de sus castillos y obligados á someterse á las leyes.

Ciudades libres.—Cnando se hubo extinguido la casa de Suabia se engrandecieron las ciudades libres que se habian formado, á imitacion de las de Italia, sacudiendo el yugo de los feudatarios; y cada nuevo emperador recorria las del Rhin, de la Franconia y de la Suabia, confirmando sus privilegios, ó concediéndoles otros nuevos, mediante dinero, tales como la jurisdiccion criminal, los derechos de peaje, la capitacion. Aunque los señores quisieron oponerse á ello, ellas acogian á las personas forasteras (*ausbürger*) en su distrito (*Pfahlbürger*), sustrayéndose á la justicia feudal de este modo. Cada ciudad tuvo sus luchas entre la nobleza y el vecindario y habiéndose enriquecido éste por el comercio y fortificado con los gremios de oficios, llegó á tomar parte en el gobierno municipal, reservado hasta entonces sólo á las familias patricias. En algunas ciudades se determinó el número de consejeros que debian ser elegidos para la municipalidad entre los mercaderes; en otras todos los ciudadanos fueron distribuidos, segun su profesion, en gremios, á los cuales se agregaban los propietarios libres y los literatos. Estas clases eran á la sazon á un mismo tiempo corporaciones de oficios y secciones políticas del concejo. En otras ciudades los gremios no tenian ninguna parte en el gobierno que era aristocrático, como en Nuremberg, donde el senado patricio no admitia á los representantes de los ocho gremios sino en ciertas circunstancias. De este modo se formaba un tercer estado; pero si esta clase estaba libre del vínculo feudal, no estaba, sin embargo, en relacion directa con el jefe del Imperio, por lo cual, abandonada á si misma y sin intereses comunes, no adquirió nunca la unidad y la fuerza con que la Francia se convirtió en un Estado, así como la Alemania no pudo formar nunca una nacion, ni el Imperio un Estado, no habiendo habido uno que supiese darle una vida y un objeto comun.

Rentas.—El mayor obstáculo para los emperadores era la falta de dinero. El patrimonio de la corona, esparcido en las provincias, se habia disipado en el interregno, y Cárlos IV enajenó lo poco que quedaba. Después cada emperador, pensando en usufructuar el trono y en captarse á los electores para conservarle en su familia, ó para

(12) El clero de Alemania podia contrar como dominios suyos la mitad de la Frisia, de la Lorena del Mosela, de la Westfalia, de la Angria, de la Franconia, de la Carniola, la cuarta parte de la Alsacia y la Baviera; una gran parte de la Carintia, de la Suiza, de la Suabia, de la Baja Lorena, y otras posesiones de la Turingia y de la Sajonia occidental, de modo que reunia casi una tercera parte de la Alemania.

que dejasen trasmitir á ésta los feudos públicos, enajenaba ó empeñaba sus derechos, empobreciendo cada dia más el Imperio. Antiguamente los Césares, al subir al trono, renunciaban á los bienes paternos; pero Luis el bávaro fué el primero que los conservó, y le imitaron sus sucesores, que por esta razon solian fijar su residencia ordinaria en los feudos de sus antepasados. La renta principal del Imperio consistia en la contribucion que pagaban los judios por ser protegidos, pero los príncipes y los Estados supieron poco á poco quedarse tambien con este derecho. Entonces los emperadores se vieron en la necesidad de pedir subsidios, y por primera vez en Francfort se concedió á Segismundo una capitacion universal para hacer la guerra á los husitas (1427); después pidieron dinero con frecuencia; pero se lo concedian con mucha dificultad y con más aun se cobraba.

Derechos eclesiásticos.— El emperador, como abogado de la Iglesia, se consideraba aun como jefe temporal de la cristiandad, y rendia homenaje al papa, á quien Rodolfo I concedió muchos derechos sobre los nombramientos y las vacantes. Desde Luis el bávaro, ningun emperador pensó ya en deponer á un papa ó en no reconocer al electo; pero en breve le redujeron á no poder hacer nada: se dispensaron de pedirle la corona, y no tardaremos mucho en ver á los ejércitos imperiales saquear la metrópoli del cristianismo. La Italia fué siempre un gran mal para la Alemania; los viajes que hacian los emperadores á esta península y la parte que tomaban en sus contiendas, empleaban á muchas personas y distraian á los emperadores de los intereses más urgentes é inmediatos, lo que era por tanto causa de recíproca ruina.

Justicia.—La alta jurisdiccion civil y criminal estaba embarazada en su ejercicio por las pretensiones feudales y especialmente por las guerras privadas. El rey no habia olvidado su primitiva institucion germánica de juez en las diferencias del pueblo, y aun ejercia personalmente la jurisdiccion suprema en sus dominios propios y en los de la corona, y en las ciudades imperiales por medio de abogados (*Vogte*), que se trasformaron tambien después en cargos feudales. Además, en los ducados habia un tribunal presidido por un conde palatino, uno de los francos, otro de los sajones, otro de los turingios y frisones, otro de los suevos, y otro de los bávaros, á los cuales se añadió después otro por la Lorena y posteriormente por la Borgoña, los cuales recorrian su distrito ejerciendo la jurisdiccion suprema, y recibiendo las quejas que les daban contra los duques para presentarlas al emperador.

Los emperadores, con el objeto de rectificar las decisiones de los jueces feudales ignorantes, establecieron en las ciudades principales tribunales de escabinos (*Hof ó Land-gericht*), á las cuales se apelaba de las sentencias de aquellos. Sin embargo, faltaba una regla estable, un código general para los juicios, y aunque el derecho romano, resucitado en las escuelas italianas, convenia á los príncipes porque predicaba máximas absolutas, no podia aplicarse á costumbres tan diversas como las germánicas: el derecho canónico se reservaba solo para algunas causas. Entonces fué cuando algunos, fieles á los recuerdos teutónicos, pensaron oponerse á la invasion de las costumbres extranjeras, reuniendo los usos nacionales antiguos relativos al derecho feudal y al privado. Egke de Repgon en Anhalt, quizá antes del año 1220, compiló el *Sachsenspiegel* ó costumbres de los sajones, obra no sancionada por la autoridad pública, pero sin embargo adoptada en toda la Alemania septentrional, Bohemia, Moravia, Polonia y Prusia. Acerca de este derecho, del romano, del canónico y de las costumbres de los germanos y francos, otro escritor publicó el *Schwabenspiegel*, ó espejo de la Suabia, que tuvo tambien gran aceptacion, quedando una y otra obra como fuentes del derecho feudal en Alemania.

En los asuntos concernientes á los Estados del imperio, era la dieta la que administraba la justicia, ó bien un tribunal especial de príncipes. Federico II trató de restablecer en Maguncia el tribunal supremo del Imperio (*Kaiserliches-Reichs-Hofgericht*) instituyendo un juez para cada dia, con asesores, mitad nobles y mitad jurisconsultos, que conociesen en las causas en que no figurasen como partes los príncipes del Imperio. Trató Rodolfo de Habsburgo de fortificar aquella institucion, pero comenzó á declinar, sobre todo cuando Cárlos IV hubo libertado á los electores de toda apelacion, y dado estension á los tribunales de Bohemia. Era su intencion que los Estados y súbditos de aquel reino no tuviesen que apelar ante los tribunales del Imperio, sino á uno que se instituyó en el pais. Dispensó tambien por la Bula de Oro á los electores de la revision del tribunal soberano; lo que los constituyó en verdaderos príncipes, aunque, ora fuera por ignorancia del derecho público, ora por temor de tener que pagar jueces, dejaron sin producir fruto alguno, durante tres siglos, este precioso derecho.

Santa Vehme.—Nada revela mejor el desgraciado estado de aquella época que los tribunales westfalianos. En el ducado de Westfalia, que pertenecia al arzobispo de Colonia, la justicia habia sido siempre administrada por el tribunal del conde: no se podian admitir por miembros de él más que personas de la alta nobleza y propietarios antiguos, que no habiendo nunca recibido tierras en feudo, eran por este motivo jueces francos (*freyschoffe*) y tribunal libre (*freygerichte*). Su asamblea, que representaba al antiguo concejo, era presidida por el franco conde (*freygrave*), nombrado por el príncipe ó por el señor; y su jurisdiccion no dependia sino del emperador, que autorizó aquella magistratura, se ignora en qué época, pero ciertamente con intencion de disminuir las jurisdicciones particulares. Ahora bien, Cárlos IV publicó en Westfalia una *paz pública* (1371), á la que se com-

prometieron casi todos los prelados y todos los señores colocados entre el Rhin y el Weser. Esta union tuvo, como todas las demás, su tribunal, que adoptó un procedimiento secreto, y estendiéndose por los diferentes Estados que se habian adherido á la paz, multiplicó en el nordeste de la Germania, los tribunales secretos llamados *Vehmgerichte* ó de *Santa Vehme* (13).

El conde presidia en estos tribunales y los nobles escabinos eran llamados *sabios* (*wissende*), porque eran los únicos que estaban instruidos en el procedimiento, así como sabian una señal de reconocimiento ó de saludo entre sí; el lugar de sus sesiones, la forma del juicio, el acusador, los jueces, la sentencia, eran un misterio para los demás. Los sábios tenian lo más frecuentemente sus capítulos generales en Dortmund, donde residian el emperador ó alguno de sus delegados, y cada príncipe aspiraba al honor de tener sabios en su consejo. En su consecuencia se supone que en el momento en que aquella jurisdiccion fué la más estensa, no se contaron en Alemania menos de cien mil de ellos, sin que se conociese el secreto de sus deliberaciones.

Los sacerdotes, las mujeres, los judíos, los niños, y probablemente la alta nobleza, estaban exentos de aquella jurisdiccion que conocia de todos los delitos contra la religion, los diez mandamientos, la paz pública y el honor. Como los miembros de aquel tribunal juzgaban en nombre del emperador, pensaron que podian estender su jurisdiccion allende la Westfalia, así como tambien á todos los delitos que les eran denunciados, en atencion á que no existia en el Imperio otro tribunal legítimo cuya justicia pudiese invocarse. De aquí su poder; y sentenciaban no sólo en los asuntos criminales, sino en materia civil, si el condenado se negaba á lo que debia hacer. Estendiéronse tambien por la Prusia y la Livonia, pero las quejas debian presentarse ante los tribunales libres de Westfalia, y el acusado tenia que comparecer en la *tierra roja*, es decir, en Westfalia. Los jueces podian ser igualmente elegidos entre los nobles de otro pais, con tal de que fuesen libres: caballeros y príncipes solicitaron el honor de ser admitidos entre ellos, y para esto, aun cuando hubiese sido el mismo emperador, debia trasladarse á la *tierra roja*.

Si tres iniciados se encontraban presentes á un crímen, condenaban y castigaban al culpable en el mismo sitio; en el caso contrario, un asesor hacia la acusacion. El culpado era citado ante el tribunal de los comunes, compuesto de las mismas personas, pero con formas menos severas, y abierto á todos. Si no comparecia, era emplazado ante el tribunal secreto al que no eran admitidos mas que los iniciados. El *freygrave* estaba sentado en un sillon, teniendo delante de sí una cuerda y una espada, cuya empuñadura figuraba una cruz, en señal de alta jurisdiccion y de derecho de vida ó muerte. Los escabinos no debian tener armas, y sí la cabeza descubierta. El ugier daba la voz de silencio tres veces, y el que lo rompia era culpable de turbar la paz. El acusado comparecia desarmado, acompañado de sus fiadores, y si despues de haber oido la acusacion, juraba por la cruz de la espada, se le despedia absuelto, arrojaba un dinero á los piés del conde, y se iba. El que le atacaba despues violaba la paz del rey. Cuando el acusado no era un miembro de la asociacion, ó cuando se concedió menos fe al juramento, el efecto pudo ser destruido por el acusador, cuando por su parte juraba con otras tres personas; el culpado debia entonces oponerle seis; si el acusador presentaba catorce, necesitaba el acusado veinte y uno. Si el culpable confesaba ó era convicto, se pronunciaba su sentencia, y si era capital, se le ahorcaba del árbol mas cercano.

Si el acusado no obedecia después de tres intimaciones, se le consideraba como confeso y condenado. Entonces el conde pronunciaba las palabras siguientes tres veces, escupiendo otras tantas y repitiendo todos los jueces: «Le privo de toda la fuerza y poder real, de todo derecho á la justicia y á la libertad, que obtuvo despues del bautismo; le pongo bajo la férula del rey y le abandono á las más crueles angustias. Le vedo los cuatro elementos que Dios ha criado para los hombres. Le declaro fuera de la ley, sin paz, sin honor y sin seguridad, de modo que pueda ser tratado como un condenado y un maldito, indigno de toda libertad y justicia, tanto en los castillos como en las ciudades, á escepcion de los lugares sagrados. ¡Maldita sean su carne y su sangre! ¡Nunca goce paz ni reposo; llévenle los vientos; persíganle y háganle pedazos las cornejas, los cuervos, las aves de rapiña! destino su cuello al dogal, su cuerpo á los buitres, pero tenga Dios piedad de su alma.» Luego continuaba de este modo: «A todos los reyes, príncipes, señores, caballeros, escuderos, condes y escabinos, y á todo el que pertenezca al Sacro Imperio Romano, mando que ayude con todo su poder al castigo de este maldito, como lo requiere el tribunal secreto del Imperio; y que nada le contenga, ni el amor, ni el dolor, ni la amistad, ni los vínculos del parentesco.»

Si el reo era un vago, se le citaba cuatro veces en cuatro esquinas, por medio de un cartel de intimacion ó edicto fijado en los cuatro puntos car-

---

(13) Véanse: J. BERCK.—*Gesch. der Westphalischen Fehmgerichte*. Brema, 1814.

G. WIGAND.—*Das Fehmgericht Westphalens*. Hamm, 1825.

PFEFFINGER, *Vitrarius illustre*, lib. IV.

K. P. KOPP.—*Verfassung de Heimligen Gerichte Westphälen*. Gotinga, 1794.

C. HÜTTER.—*Das Fehmgericht des Mittelalters*. Leipzig, 1798.—GEISBERG,—*Die Fehme*, Munster, 1858.

L. TROSS.—*Sammlung merkwürdiger Urkunden für die Geschichte des Fehmgerichts*. Hamm, 1826.

F. P. USENER.—*Die frei-und heimlichen Gerichte Westphalens mit 89 Urkunden*. Francfort, 1832.

dinales con un sueldo real. Si no era posible penetrar en la ciudad ó en el castillo en que se encontraba, los jueces pegaban el cartel y el sueldo á la puerta, de la cual quitaban tres astillas, para llevárselas al conde, en prueba de que la intimacion se habia hecho; y gritaban al centinela que en la puerta quedaba un cartel para su amo. Nadie debia decir al reo su sentencia aunque fuera su padre ó su hermano; sólo los iniciados estaban instruidos de ella, para que prestasen su concurso á la ejecucion. Una carta, revestida con el sello del conde, se daba al acusador, para que hiciese ejecutar la condena, y en cualquiera parte donde se hallaba al culpable, era ahorcado del árbol más próximo, dejaban sobre él todo lo que tenia, y se clavaba en el tronco un puñal, para que se supiese que no era un asesinato (14).

Justicia estraña, nacida del seno de la inmoralidad y de la supersticion, para refrenarlas á ambas, y propagada por la violencia general, que no podia ser reprimida sino por la violencia. Este temible poder, mezcla de justicia y de ilegalidad, cuya fuerza consistia en el secreto, espantaba á los mismos reyes en su trono, y castigaba los crímenes que se creian más ocultos. Los ánimos estaban en una desconfianza saludable, y muchos escesos se impedian por la idea de que millares de personas de toda clase, diseminadas por toda la Europa, se conjuraban para el cumplimiento de la sentencia, aun cuando fuese después de muchos años, sin tener que dar cuenta, sin que ni castillos ni murallas pudiesen preservarle del cuchillo ó de la cuerda. Asustada la imaginacion popular, inventaba estrañas narraciones y horribles ritos que acompañaban á los juicios, iniciaciones nocturnas, poder sobrenatural, teniendo una veneracion misteriosa á temores desconocidos.

¿Pero á cuántos desórdenes no abria la puerta este ilimitado poder? Así fué que apenas se concibió la idea de un órden mejor de cosas, cuando surgieron quejas por todas partes, principalmente del clero. Los príncipes no querian sufrir ya que sus súbditos fuesen juzgados por estraños; las ciudades, los señores y los caballeros se unieron para estorbar el cumplimiento de estas condenas. Sin embargo, á despecho de todo el rigor desplegado y de las nuevas instituciones judiciales, la Santa Vehme ha durado hasta el siglo XVIII. La legislacion francesa abolió sólo en 1811 el *freygericht* de Gehmen, en el pais de Munster. Hay más, han aparecido aun algunos vestigios en nuestros dias, y cada año algunos asociados se reunen en gran secreto, sin haber querido nunca revelar su desconocida señal, ni la significacion mística de las letras S. S. G. G. (15).

Confederacion de Essling.—Este heróico remedio manifiesta la gravedad del mal, pero no su cesacion. El número de las violencias y asesinatos se aumentó de tal manera, que los Estados pidieron á Federico III que pusiera órden en la justicia (1486), estableciendo en algunas ciudades del Imperio un tribunal de jueces instruidos, y afectando á sus honorarios tributos sobre los contendientes; pero esta proposicion no tuvo consecuencia. Remediábase de vez en cuando esta anarquia proclamando la paz pública, en virtud de la cual los que la aceptaban estaban obligados á permanecer en descanso é impedir las guerras privadas. El mismo Federico III indujo á las ciudades de Suabia á confederarse con la nobleza inmediata de la provincia, llamada Sociedad de San Jorge, para mantener la paz pública; y en los cuarenta y cinco años que duró aquella confederacion, consiguió refrenar las luchas privadas.

La dieta de Worms dió la última mano á la constitucion germánica (1495), ordenando la jurisdiccion de un modo adecuado á estirpar las guerras particulares. Maximiliano instituyó la *cámara imperial*, compuesta de un juez elegido entre los príncipes ó condes, y diez y seis asesores, tanto nobles como caballeros y jurisconsultos, nombrados por el emperador y confirmados por la dieta, para fallar sobre las apelaciones de las decisiones pronunciadas por todos los tribunales del imperio. Las costumbres germánicas no permitian citar á nadie en justicia sino en la provincia á la cual pertenecia, lo que obligaba á trasladar los tribunales de un punto á otro. Habiéndose establecido éstos en Luxemburgo, en Bohemia, la jurisdiccion imperial conoció en union de los tribunales provinciales, hasta de los asuntos privados. El privilegio *non evocando*, inmunidad en virtud de la cual los súbditos de un Estado no podian ser citados ante el tribunal imperial, y que era concedida en ciertos casos, se estendió por la Bula de Oro á todos los electores y demás príncipes. La dieta de Worms prohibió acudir en primera instancia por cualquiera causa que fuese, á la cámara imperial, aun cuando uno de los Estados del imperio fuese parte, debiendo todo elector ó príncipe para este

(14) Los viajeros modernos han encontrado en la Senegambia una institucion que tiene alguna relacion con ésta. Cada uno de los cinco cantones del pais tiene un *pourrah*, como llaman á aquella asociacion, en la que no se admite ninguno antes de los treinta años, y el *pourrah* supremo es elegido entre los que pasan de cincuenta. Los iniciados son sometidos á terribles pruebas, en una selva sombria entre leones, fuegos y serpientes. Si alguno de los miembros de la asociacion ha cometido algun crímen ó violado el secreto, emisarios armados y enmascarados llegan y le gritan *¡El pourrah te manda morir!* Entonces parientes y amigos se alejan de él y le abandonan á la espada de la venganza. A veces tribus enteras, que se hacen la guerra á pesar de la prohibicion del *pourrah*, son heridos de maldicion, y las poblaciones neutrales mandan al momento un cuerpo de tropas que los persiga. V. GOLBERRY, *Viaje á Africa*, I, 114.

(15) Algunos las interpretan *stok*, *stein*, *gras*, *grein*, baston, piedra, yerba, planta.

último caso, instituir un tribunal donde podia ser citado directamente. Con respecto á las diferencias que ocurrian entre dos Estados del Imperio, le elegian árbitros entre los pares de las partes, para que fallasen en primera instancia.

Para hacer efectivas las decisiones de la cámara imperial, se dividió el Imperio en seis círculos, después en diez (1501-1512), esceptuando los círculos electorales y los dominios austriacos; y hubo en cada uno de ellos una asamblea de Estados, un presidente para convocarlos y una milicia que hiciese obedecer sus decisiones. Los jueces de la córte imperial eran nombrados con consentimiento de la dieta, y se reunian en una ciudad libre de las imperiales (16). Como las prerogativas padecian con ello, Maximiliano instituyó en Viena un consejo áulico de jueces elegidos por él, bajo la dependencia política del gobierno austriaco, para sentenciar sobre la apelacion en union de la cámara imperial, y esclusivamente en ciertos casos, como en materia feudal. La creacion de este consejo era una usurpacion de los derechos de la nacion, lo que no le impidió durar tanto como el Imperio.

La constitucion germánica pudo, pues, llamarse completa en su parte esencial. Como el derecho romano no era más que una nueva traba para las costumbres germánicas, Federico IV le abolió é introdujo los juicios de paz, con jueces elegidos en la clase del acusado, tales como se habian conservado sólo en Inglaterra.

Aumentáronse las riquezas y la civilizacion de las ciudades con la libertad y la industria. Eneas Silvio Piccolomini, que viajaba por esta época por Alemania, las encontraba nuevas, hermosas, poco inferiores á las de Italia en elegancia. «¿Envidiarian la habitacion de un modesto particular los reyes de Escocia? ¿Existe por ventura casa donde no se beba en copas de plata? ¿Qué mujer, no digo de alta categoria, sino del simple pueblo, no tiene aderezos de oro? ¿Y qué diré de las cadenas de oro de los hombres, de los arreos de los caballos, de las espuelas de oro fino, de los estuches llenos de piedras finas?» En 1477, el duque Alberto de Sajonia comió en una mesa de plata, en medio de las montañas del Harz de donde se sacaron cuatrocientos quintales de metal.

Confederaciones.—Habíase desorganizado todo; los únicos vínculos que se conservaron entre los Estados, fueron las alianzas de paz interna (*Landfrieden-bündnisse*), celebrados entre la nobleza inmediata por provincias y distritos para oponerse á la oligarquia de los electores y conseguir la paz pública. Estas diferentes alianzas se reasumieron después en tres más estensas, de los círculos del Rhin, de la Suabia y de la Franconia. Los príncipes en cuyos paises se hallaban estos nobles, querian además considerarles como dependientes bajo algunos aspectos; pero Cárlos Quinto y sus sucesores, para debilitar á éstos, confirmaron la independencia de aquéllos.

Los abusos de estas ligas fueron combatidos por otras asociaciones de señores y de ciudades libres. Desde el año 1225 muchas de las ciudades libres se reunieron para formar la confederacion rhenana contra la nobleza inmediata, pero á veces los emperadores, por necesidad de dinero, hipotecaban algunas de ellas: Cárlos IV habia hipotecado hasta diez y seis á Eberardo de Suabia, quien no se ocupó desde entonces más que en conservarlas en paz. A fin de obtener su tranquilidad sin poner su independencia en peligro, Ulma, Constanza, San-Gall, Rothweil, Uberlingen y algunas otras ciudades de la Suabia se redimieron, pagando la suma por la cual habian sido hipotecadas, y celebraron una liga á la cual se adhirieron treinta y dos ciudades antes de tres años, así como la casa palatina, la casa de Baviera y la de Baden, con el objeto de sostenerse recíprocamente contra toda violencia, y de hacer que se resolvieran por justicia las diferencias que se suscitaran entre los confederados ó con sus dependientes.

De consiguiente estas ligas eran una traba para el Estado, como los tribunales secretos, y sin embargo se multiplicaron no menos para la defensa que para el ataque. La sociedad del *Leon*, nacida en Veterabia, se propagó en Suabia, en Alsacia, en Franconia, en los Paises Bajos: las de los *Cuernos*, de *San Guillermo*, de *San Jorge*, viendo que no podian hacer frente á la gran confederacion, se fundieron en su seno: diferentes condes y duques ingresaron á su ejemplo en ella.

Wenceslao II.—Union de Heidelberg, 1378-81.—El emperador Wenceslao, que habia sucedido á su padre Cárlos IV, no supo hallar mejor medio de regularizar las confederaciones, que reducirlas todas á una liga general, dividida en cuatro *partidos*. Pero para dirigirlas se hubiera necesitado de otra mano que la suya, porque aplicado desde su juventud á los negocios, les habia tomado aversion y preferia distraerse con el vino y las mujeres. Viéndose menospreciado ó calumniado, imaginó que prevaleceria suscitando enemistades entre aquellas facciones, y sugirió á las ciudades formar entre ellas un quinto partido, dejando solos á los nobles en los otros cuatro. En breve resultó de esto una guerra que desoló á la Suabia, y Wenceslao, que se habia retirado por despecho á Bohemia, abolió á su regreso las asociaciones y proclamó una paz pública por seis años (1389). Cuando sus negocios iban mal en Alemania se refugiaba en Bohemia, donde proseguia el proyecto de su padre, que consistia en hacer allí alemanes tanto el lenguaje como los usos. Como no disimulaba la preferencia que daba á esto, se irritaron los bohemios y formaron conjuraciones que castigó severamente. De él se cuentan numerosas crueldades, di-

(16) Generalmente en Espira; y se hacia alusion á su lentitud en este dicho: *Lites Spiræ spirant, sed nunquam expirant.*

ciéndose además que encontró en una pared inscrita estas palabras: *Wenceslaus alter Nero*, y que debajo escribió estas otras: *Si non fui adhuc, ero*, Es verdad que andaba siempre con el verdugo, á quien llamaba su compadre, entregándole al que se le antojaba en el camino por causarle desagrado.

San Juan Nepomuceno.—En seguida entabló una disputa de jurisdiccion con el arzobispo de Praga, Juan de Genzstein; é irritado contra Juan Nepomuk, su vicario (se añade que quiso obligarle á revelar la confesion de la reina), mandó que se le arrojara al Moldau (1383). Huyó el arzobispo á Roma donde presentó treinta y ocho acusaciones contra el rey; pero Bonifacio IX no las halló fundadas, y de seguro han exagerado los vicios de este príncipe los historiadores bohemios.

Después de haber descontentado al pueblo halló enemigos en su familia. Su hermano Segismundo, elector de Brandeburgo y rey de Hungria, así como José, margrave de Moravia, su primo, concluyeron con Alberto III de Austria y Guillermo I de Misnia una alianza, que parece haber tenido por consecuencia la conjuracion, en virtud de la cual Wenceslao fué preso y encerrado en el castillo de Praga, donde se vió obligado á declarar á José su vicario en Bohemia (1396).

Roberto.—Libertáronle los Estados; pero cuatro electores le declararon destituido del imperio, como inútil y negligente sustituyéndole con Roberto, elector palatino. Vióse en esto un acto ilegal y una trama de gentes interesadas, lo cual hizo que muchos permanecieran fieles á Wenceslao, mientras Roberto se aliaba con los señores de Italia y Alemania (1400), y con el papa y los descontentos de la Bohemia. Luego el mismo Segismundo, que gobernaba la Bohemia en nombre de su hermano, se hizo su adversario, y la ventaja fué alternativamente de uno ó de otro. Halláronse envenenadas las cuestiones políticas por las diferencias religiosas, en atencion á que muchos papas se disputaban entonces la tiara: se estaba á punto de venir á las manos, cuando Roberto murió de repente, con el sentimiento de haber conocido todos los males del Imperio sin haber podido remediar ninguno.

Se impuso como condicion al emperador futuro terminar el cisma de la Iglesia: sin embargo, como cada faccion queria que el papa sostenido por ella fuera el único legítimo, se dividieron los sufragios, segun su protegido, entre Segismundo y José, además de Wenceslao; pero este último abdicó, José murió, y el primero quedó jefe del Imperio. Segismundo, poderoso como rey de Hungria, señor de Brandeburgo y futuro heredero de la Bohemia, trabajó con ardor en hacer que cesara el cisma, y en reunir el concilio de que vamos á ocuparnos.

CAPÍTULO XIII

ASUNTOS ECLESIÁSTICOS.—GRAN CISMA.—CONCILIOS DE CONSTANZA Y DE BASILEA.

Hemos visto á los papas persuadirse de que habian asegurado la independencia de Italia, obteniendo de Roberto de Habsburgo que renunciara á las pretensiones alegadas por los emperadores á muchos territorios; y luego entregarse con Nicolás III á una política miserable y vacilante, quien no veia nada más allá de la utilidad instantánea; y por último ser humillados en la persona de Bonifacio VIII. Desde este momento decrece la gran representacion pontificia aun antes de que la reforma llegue á descargarle el último golpe. Con sobrado motivo llamaron los italianos á la traslacion de la sede apostólica á Aviñon el cautiverio de Babilonia; pues aunque continuaban los papas ejerciendo su supremacia sobre los reyes distantes, dejaban que se columbrasen las flores de lis por detrás de su manto, con grave detrimento de la completa libertad que reclama la Iglesia.

Clemente V se mostró vacilante respecto del rey de Francia (1303-14), al mismo tiempo que acreditaba respecto de Enriqne VII la energia de sus antecesores, proclamando á la Santa Sede superior al Imperio y amenazándole con escomulgarle si ponia el pié en el territorio napolitano. Escomulgó igualmente á los jefes de la república de Venecia, porque habian comprado á Ferrara, dominio directo de la Santa Sede, y declaró á los venecianos infames hasta la cuarta generacion, prohibiendo todo tráfico con ellos, publicando en contra suya una cruzada, é invitando á sus vecinos á invadir su territorio. Muchos príncipes se aprovecharon de esta coyuntura para saciar su envidiosa codicia, despojando y hasta dando muerte á los venecianos, quienes no obtuvieron la absolucion sino después de que la ciudad, cuya posesion les era disputada, fué recobrada á viva fuerza.

A Clemente V sucedió después de una gran oposicion Jacobo de Euse, natural de Cahors (1316), quien bajo el nombre de Juan XXII, tuvo prolongadas disensiones con Luis de Baviera. Este pontífice empeñó otras disputas con los franciscanos, quienes sostenian contra los dominicos, que Cristo y sus discípulos no habian poseido cosa alguna como individuos ni como Iglesia. Es estraño ver á los papas colmados de riquezas, condenar á gentes que reclamaban el derecho de ser pobres. Era natural que la causa de los frailes menores llegara á ser popular y quitara crédito al papa, contra el cual publicaba el emperador violentos escritos y hallaba apoyo, no sólo en los franciscanos, sino tambien en muchos doctores que se habian dedicado á escudriñar las bases de la supremacia papal, la cual mirándose como separada de la causa de la Iglesia, no era ya defendida por todos los pensadores graves y piadosos. Dos profesores de la universidad de Paris, Marsilio de Mainardin, paduano, y Juan de Jandun, de Champaña, habian tratado de persuadir al emperador de que le correspondia reformar los abusos de la Iglesia en atencion á que estaba sometida al Imperio; y publicaron en union de Ubertino de Casal, el *Defensor pacis*, donde es singular encontrar ya el sistema de Calvino, concerniente á la autoridad y á la constitucion de la Iglesia. Segun el *Defensor*, toda potestad legislativa y ejecutiva se funda en el pueblo, quien la ha trasmitido al clero: después fueron inventados los grados de la gerarquia, á la par que en el orígen eran iguales los sacerdotes y los obispos: pues como son instituidos por la comunidad, su autoridad puede ser revocada. No consistiendo la primacia más que en convocar los concilios ecuménicos y en dirigirlos, no fué conferida al obispo de Roma sino con la autorizacion de uno de los concilios y del legislador supremo, es decir, de todos los fieles, ó del pueblo que los representa: los bienes de la Iglesia pertenecen al emperador, quien puede disponer de ellos como de los suyos propios.

El célebre inglés Guillermo de Occam no llegó tan lejos (1280-1343), si bien se aproximaba á Dante en la idea de la monarquia, considerándola como derivada de la autoridad de los antiguos emperadores, quienes la tenian directamente de Dios. Apartándose después de la historia y de la constitucion existente para favorecer á Luis de Baviera, á quien habia demandado asilo, sostenia que eran indivisibles las dignidades de emperador y rey de romanos; y que de consiguiente bastaba la eleccion sin que la coronacion fuera necesaria. Negaba la infalibilidad, no solo del papa, sino tambien de concilios universales y del clero, pretendiendo que los seglares en cuerpo podian fallar definitivamente; que en caso de que la necesidad lo exigiese se podia emplear la fuerza contra el papa, ó establecer varios, independientes uno de otro.

Estas doctrinas debian ser el gérmen de las disensiones futuras; entretanto Luis se apoyó en ellas para hacer deponer á Juan XXII en Roma, y sustituirle con Pedro de Corbières (1328); del Abruzzo, quien tomó el nombre de Nicolás V; pero á la caida del emperador el antipapa fué entregado al pontífice por los pisanos. En medio de semejantes animosidades, ¿cómo se puede averiguar todo lo que hay de verdad en las acusaciones de simonía y de avaricia dirigidas contra Juan? Cuéntase que siempre tenia cuidado de nombrar para las dignidades un prelado de la órden inmediatamente inferior, en atencion á que se proporcionaba así una escala de vacantes provechosas á la cámara apostólica. Tambien determinó la tarifa de lo que se debia pagar por las dispensas y por los demás asuntos, y á su muerte se hallaron en sus arcas diez y ocho millones de florines de oro. Fué acusado de herejía no sólo por su querella con los frailes menores, sino tambien por haber dicho, predicando, que la recompensa de los santos, antes de la venida de Cristo, habia sido en el seno de Abraham: que desde esta época hasta el dia del juicio estaban debajo del altar de Dios, es decir, bajo la proteccion y el consuelo de la humanidad de Cristo: de donde resulta que los apóstoles, los ángeles y Maria suspiran por el momento en que les sea dado disfrutar de la vision beatífica de la Divinidad tal como es en sí misma; pero sus deseos no estarán satisfechos hasta después del juicio cuando sean colocados sobre el altar, es decir, sobre la Humanidad Divina.

Esta opinion fué vivamente censurada por sus enemigos, especialmente por Miguel de Cesena y por Occam, á quien habia disgustado el papa en la cuestion relativa á la pobreza: no por eso dejó de hacerla sostener públicamente y castigó á los que pensaban de otro modo, aunque la facultad teológica de Paris se pronunció en un sentido contrario; pero se retractó antes de su muerte. Poseemos una carta suya en que recomienda á Felipe que no se distrajera durante la misa segun lo tenia de costumbre, que llevarse un vestido largo y no perdiese el domingo en adornarse.

Tuvo por sucesor á Jacobo Fournier, de Saverdun (1334), bajo el nombre de Benedicto XII, no menos humilde que piadoso y sábio, el cual dijo á los cardenales: *Habeis elegido al mas ignorante de todos vosotros*. Aplicándose á remediar en parte los abusos del reinado precedente, desembarazó á la córte pontificia de una multitud de gentes dotadas de beneficios sin obligacion ninguna y corrigió muchos abusos. Economizó, si bien no para enriquecerse á sí mismo ó á los suyos, pues hasta quiso que sus deudos no salieran de su condicion humilde; se hubiera reconciliado con Luis de Baviera, si el rey de Francia no lo hubiera estorbado, como le impidió tambien restituir, segun su deseo, la Santa Sede á Italia.

Pedro Roger, de Limoges, elegido en seguida con el nombre de Clemente VI, prometió mercedes á todos los clérigos pobres que se le presentaran en el término de dos meses. Acudieron cien mil á este llamamiento, y tuvo para todos echando mano de los ahorros, y de los numerosos beneficios que su antecesor habia dejado vacantes, diciendo: *Vale más que estén vacantes que mal desempeñados*. Mateo Villani habla en estos términos de Clemente VI: «Tuvo montada régiamente su casa con una mesa en que se servian esquisitos manjares; otras en gran número para los caballeros y para los escuderos, con muchos caballos en sus caballerizas. Cabalgaba á menudo por recreo, y mantenia á sus espensas una numerosa comitiva de caballeros y de escuderos. Se complacia estremadamente en hacer á sus deudos grandes personajes, y les compró grandes baronias en Francia. Llenó la Iglesia de muchos cardenales de su familia, y los hizo tan jóvenes y de tan deshonesta vida, que hicieron muchas cosas abominables: hizo tambien á instancia del rey de Francia cardenales á otros, entre los cuales los habia jóvenes en demasia. En este tiempo no se atendia mucho á la virtud y á la ciencia, bastaba saciar el afan del capelo rojo. Fué un hombre de saber conveniente, muy caballeresco, poco religioso. Siendo arzobispo, no se habia abstenido de las mujeres; en esto habia procedido con más desenvoltura que los jóvenes señores seculares. Luego no supo contenerse ni ocultarse más que antes, porque las damas de categoria iban á sus aposentos como los prelados; y entre otras una condesa de Turena era tan de su gusto, que por su conducto hacia gran parte de sus mercedes. Cuando estaba enfermo las damás le servian y le cuidaban, como parientes cercanos lo hacen con los seglares. Distribuyó con pródiga mano el tesoro de la Igiesia.» Su rigor contra Luis de Baviera podria parecer constancia; pero como le era impuesto, se debe calificar de debilidad. En otro lugar veremos los males de la Italia abandonada, y los miserables remedios empleados para conjurarlos. A este pontífice cedió Juana de Nápoles la ciudad y el territorio de Aviñon.

Inocencio VI (Esteban Aubert) que le sucedió (1352), aspiró á establecer el poder pontificio

en Italia, moderó el lujo de su corte y de los prelados, espulsó á los parásitos y á las mujeres de mala vida que traficaban escandalosamente en Aviñon. Despues de haber enriquecido á sus sobrinos, dejó la tiara á Guillermo Grimoald, de Beauvais (1362), pontífice ilustrado y buen cristiano, quien tomó el nombre de Urbano V. Este resolvió trasladar la silla pontificia á Roma, y quitar á los obispos toda escusa para dejar huérfanas sus iglesias, sustrayéndose al mismo tiempo personalmente á la obligacion de condescender á las exigencias creciente del rey de Francia y á las de las bandas de rateros que de vez en cuando llegaban á imponerle rescates (1367). De consiguiente fué acogido en Roma como un salvador en medio de fiestas indecibles. Allí recibió al emperador de Oriente, que habia llegado para abjurar del cisma, y al mismo tiempo Cárlos IV, emperador de Occidente, llevaba de la brida el caballo del pontífice en una procesion, que recordando los tiempos pasados, hacia conocer mejor cuanto habian cambiado. Pero fueran cualesquiera los motivos, se encadenó cada vez más nombrando de continuo cardenales franceses; y á pesar de las exhortaciones de Petrarca, á pesar de las amenazas de santa Brígida (1), volvió á Provenza donde murió (1370).

El poder pontificio, estenso en el nombre, era de hecho muy corto en Italia. Querian gobernarse los romanos á su albedrio: los vicarios pontificios habian disgustado á los súbditos por su rapacidad, hasta el punto de que á sugestion de los florentinos, ochenta ciudades del Estado eclesiástico se sublevaron, como Bolonia, al mismo tiempo que Bernabé Visconti volvió á tomar las armas (2).

Pedro Roger, sucesor de Urbano bajo el nombre de Gregorio XI, fué modesto, virtuoso, sábio y liberal. Conmovido por los males que veia, por las exhortaciones que le dirigia santa Catalina de Sena, y por las revelaciones que le comunicaba santa Brigida, volvió á Roma, á pesar de la oposicion del rey y de los cardenales, y se estableció en el Vaticano, pero sólo la muerte le impidió tal vez volver á pasar los Alpes. Habia autorizado á los cardenales para elegir el papa á pluralidad de votos (1377), sin esperar á sus hermanos ausentes, abreviando la vacante cuanto fuera posible. Entonces los romanos, temiendo que el nuevo electo volviese á Aviñon, rodearon el cónclave armados y en tumulto, gritando, *¡le queremos romano!* tocando á rebato y amenazando entrar á la fuerza para poner sus cabezas tan rojas como sus capelos, si no era un italiano. Los votos se dieron, pues, á favor de Bartolomé Prignano, de Nápoles, que tomó el nombre de Urbano VI (1378). Era éste un hombre instruido y concienzudo, melancólico y severo acaso más de lo que hubieran deseado los cardenales; así es que no tardaron en protestar contra la eleccion bajo el pretesto de que no habia sido libre: y poniéndose bajo la proteccion de Bernardo de Sala, jefe de aventureros gascones y bretones, que hizo una fácil matanza en los romanos, eligieron en Fondi á Roberto de Génova, bajo el nombre de Clemente VII.

Aquí comenzó el gran cisma que durante medio siglo (1378-1429) afligió á la cristiandad y la dividió en dos cuerpos enemigos, dirigiéndose el uno al otro la calumnia y acusándose mútuamente de usurpacion y de herejia. En el tiempo que duró esta deplorable lucha, la Santa Sede perdió el respeto de los fieles, y los príncipes disminuyeron su autoridad. Los sábios la sometieron á una investigacion severa y apasionada. Las sátiras contra el papado, que al principio no eran más que un ejercicio literario que se aplaudia para olvidarlo pronto, adquirieron peso cuando salieron de boca de los mismos pontífices y se dirigieron á aplicaciones inmediatas.

Nicolás de Clemengis, rector de la universidad de Paris, recopiló estas acusaciones, como tambien las quejas generales, y se pronunció en un libro titulado *De corrupto Ecclesiæ statu*, contra la acumulacion de los beneficios, de los cuales cuatrocientos ó quinientos se encontraba á veces reunidos en una sola mano; criticaba el descuido de los obispos, que á veces no habian visto á sus fieles; la insolente ignorancia, la jurisdiccion tiránica, la impudente corrupcion del clero, la venalidad de los sacramento. «Si se recuerda al sacerdote, decia lamentándose, la obligacion evangélica de

---

(1) Brígida, nacida en 1302 de una familia noble de Suecia, se casó á la edad de trece años con el jóven Wulfon y tuvo ocho hijos; después de lo cual ambos hicieron voto de continencia. Se dirigian en peregrinacion á Santiago de Galicia cuando murió el marido, lo cual fué para ella un motivo de duplicar su piedad y limosnas. El rey de Suecia le dió un terreno en Wadstena, diócesis de Lincoping, donde construyó un convento, cuya regla decia que le habia sido dictada por Cristo y dió nacimiento á una órden llamada por este motivo de San Salvador. A cada monasterio de sesenta religiosas habia agregado uno de trece monjes sacerdotes, con cuatro diáconos y ocho legos. Brígida fué á reclamar del papa la confirmacion de su regla en Montefiascone, en 1370, y la obtuvo. Le anunció que la Vírgen Santa le habia revelado que si abandonaba la Italia, le acontecerian desgracias y moriria de repente: no fué oida y se cumplió su amenaza. En seguida hizo una peregrinacion á Tierra Santa, luego murió en Roma á su regreso en 1373.

(2) Baluzius.—*Vitæ pap. avenionensium*, Paris, 1693.

Theodoricia Niem.—*Libri IV de Schismate*. Argentorati, 1609. Murió en 1419 y fué secretario del papa.

Colucci Pierii Salutati.—*Epistolæ*. Florencia, 1742. Secretario de Urbano V y Gregorio XI.

L. Maimburgo.—*Hist. del gran cisma de Occidente*. Paris, 1679.

Pedro de Puy.—*Hist. general del cisma de los papas*. Paris, 1685.

J. Gersonii, *Tractatus de unitate Ecclesiæ; De auferibiliatate papæ ab Ecclesiæ*.

Christofhe.—*Hist. del papado en el siglo* XIV, Paris, 1852.

conferirlos *gratis*, contesta, que él ha comprado, y que por esta razon puede vender.» Estos cargos, de los cuales algunos habia exagerados, otros demasiado verdaderos, eran escuchados y repetidos, sin que aun se pensase, como un siglo después, que no se trataba de reformar la Iglesia sino de destruirla (3).

Si Urbano VI hubiese dado oidos á santa Catalina de Sena, que le escribió ocho cartas, y que por invitacion suya fué á Roma, y hubiese nombrado algunos cardenales cuya virtud y carácter inspirasen temor ó respeto, hubiérase podido hacer desaparecer el cisma al principio. Pero el celo de Urbano disgustó á muchos y quedó rota la unidad cristiana. Urbano fué reconocido en Italia, Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Polonia y el norte de los Paises Bajos; Clemente VII, por la reina de Nápoles, por la Francia, la Escocia, la Saboya, el Portugal, la Lorena y Castilla. Las demás potencias titubeaban (4) y los dos pontífices se escomulgaron. Establecido Clemente VII en Aviñon, multiplicó los cardenales, dió grandes esperanzas, constituyó el Estado pontificio en *reino de Adria* en favor de Luis I de Anjú (5), todo ello para procurarse partidarios y dinero; mientras que Urbano VI, presa de continuas sospechas, se sostenia con sanguinarios rigores, con tormentos dignos de un tirano, sin consideracion á la dignidad ni á la edad de los prelados y de los cardenales, y acumulaba escomuniones escandalosas, decretos no menos escandalosos, en su propio interés y no en el de la Iglesia.

Después de su muerte (1389), los cardenales de su obediencia eligieron á Bonifacio IX (Pedro de Tomacelli), hombre ignorante y ambicioso: tuvo que ocupar Roma á viva fuerza, como tambien las demás posesiones eclesiásticas que se encontraban destrozadas por las facciones y asoladas por las partidas de aventureros. Por su parte, los cardenales de Clemente VII proclamaron á su muerte á Benedicto XIII (Pedro de Luna), hombre de astuta ambicion (1394). Uno y otro pontífice no se ocupaban desgraciadamente sino de sostenerse á sí mismos y de enriquecer á sus partidarios, mientras que los príncipes, las universidades, los jurisconsultos, los teólogos discutian sobre los medios de restablecer la unidad de la Iglesia. La medida más oportuna hubiera sido reunir un concilio general; pero como hacia siglos que el derecho de convocarlos era considerado como una

---

(3) *Papas durante el cisma.*

URBANO VI
(Bartolomé Prignano)
elegido el 9 de abril de 1378.
Los cardenales protestan contra él, y le declaran apóstata y anticristo.

BONIFACIO IX
(Pedro Tomacelli)
2 noviembre 1389.

INOCENCIO VII
(Cosme Meliorati)
17 octubre 1404.

GREGORIO XII
(Angel Corrario)
30 noviembre 1406,
depuesto por el concilio de Pisa, abdica.

MARTINO V
(Oton Colonna)
11 noviembre 1417.
Continua siendo papa, concluyendo el cisma.

ALEJANDRO V
(Pedro Filargo)
26 junio 1409.

JUAN XXIII
(Baltasar Cossa)
17 mayo 1410.
Depuesto por el concilio de Constanza en 1415; muere en 1419.

CLEMENTE VII
(Roberto de Ginebra)
21 setiembre 1378.
Elegido por 15 de los 16 cardenales que 5 meses antes habian votado por Urbano VI.

BENEDICTO XIII
(Pedro de Luna)
28 setiembre 1394,
depuesto por el concilio de Pisa, y después por el de Constanza.

CLEMENTE VIII
(Gil Muñoz)
junio 1424,
elegido por dos cardenales; abdicó en 1429.

(4) ¿Cuál de los dos papas era el verdadero? La Iglesia no lo ha manifestado. San Antonino de Florencia se espresa de esta manera: «Aunque nosotros creamos que así como no hay más que una Iglesia, no hay más que un pastor, cuando ocurre un cisma, no parece necesario creer que uno mejor que otro sea el elegido canónicamente; basta saber que uno solo puede serlo, sin abrogarse el derecho de decidir.»

(5) Nada más estraño que las concesiones que hizo á aquel príncipe, con la esperanza de ser libertado por él de su antagonista: todo el diezmo en Francia y fuera, en Nápoles, Austria, Portugal y Escocia; la mitad de las rentas de Castilla y Aragon, además todas las deudas y atrasos, todo censo de dos años, las herencias de los prelados que fallecian, todos los emolumentos de la cámara apostólica: el papa además debia hacer préstamos por los eclesiásticos, hipotecar al duque, para los gastos que hiciera, Aviñon, el condado Veneciano y otras tierras de la Iglesia; le asignó además, por feudos, Ancona y Benevento, jurando sobre la cruz que cumpliria todo esto.

atribucion de los papas, ¿á cuál de los dos pertenecia? Fué preciso recurrir á los sínodos particulares; el rey de Francia llegó hasta sitiar á Benedicto XIII en el palacio de Aviñon; pero éste consiguió huir de él. La persecucion aumentó el número de sus partidarios; se sostuvo, y contó entre sus adictos, no sólo al piadoso Vicente Ferrer, sino tambien á las dos antorchas de la universidad de París, el elocuente Nicolás de Clemengis y el canciller Pedro de Ailly. Durante este tiempo se sucedieron en Roma Inocencio VII (1404) y Gregorio XII (1406), ambos declarándose prontos á abdicar, desde el momento en que Pedro de Luna hiciese otro tanto. En fin, los cardenales de los dos papas convinieron en reunirse en concilio en Pisa, intimando á ambos papas acudir á él para abdicar, sin lo cual se procederia contra el que faltase.

Pero si dependia del concilio el deponer al papa, la constitucion de la Iglesia, monárquica secular hacia tantos siglos, ¿no se convertia en republicana? ¿Semejante cambio era oportuno en medio de tan gran desórden? Ninguno de los dos papas tuvo en cuenta la intimacion: Gregorio XII declaró apóstatas y blasfemos á los cardenales, y convocó el sínodo de Udina; Benedicto XIII abrió otro en Perpiñan, su residencia; asi fué que hubo tres concilios y la cristiandad se encontró dividida entre ellos. No se puede decir cuán trastornada estaba la sociedad: cuando un obispo muere los diversos papas quieren darle sucesor, y la discordia estalla entre los ciudadanos; pretenden poder destronar á los reyes, y dan lugar á guerras intestinas. Nápoles se encuentra disputada entre Luis de Anjú y Cárlos de Hungria; la Castilla entre Juan, conde de Leon, y Juan de Gante, duque de Lancaster; la Hungria entre Cárlos de la Paz y Maria: no habia una voz que se pudiera alzar lo bastante para imponer la tranquilidad. A pesar de las protestas de ambos pontífices, se presentaron en el concilio de Pisa (1409) veinte y dos cardenales, cuatro patriarcas, veinte y seis arzobispos, ochenta obispos en persona, y ciento dos por representantes; ochenta y siete abades en persona, y doscientos dos por procuradores; cuarenta y un priores, los embajadores y diputados de más de cien metrópolis y catedrales: las universidades de Paris, Tolosa, Orleans, Angers, Mompeller, Bolonia, Florencia, Viena de Austria, Praga, Colonia, Oxford, Cambridge, Cracovia, enviaron alli trescientos doctores en teologia y en derecho canónico.

Juan Gerson, 1363-1429.—En primera línea entre estos últimos, se encontraban Juan Charlier, de Gerson, canciller de la universidad de Paris, hombre de carácter firme, que habia reprobado el asesinato del duque de Orleans y resistídose á las lisonjas de los príncipes como tambien á los furores de la muchedumbre. Superior á la mayor parte de las preocupaciones de su época, desaprobó las asociaciones de los disciplinantes, en contra de la opinion de san Vicente Ferrer; sometió á exámen las revelaciones con que muchos de ellos se pretendian favorecidos; trató de separar de la universidad de su tiempo las discusiones ociosas y las sutilezas escolásticas; combatió la astrologia y el sistema de la union pasiva del alma en el seno de Dios. No se desdeñaba de descender de sus elevadas contemplaciones para enseñar el domingo el catecismo á los niños. Habia emitido diferentes opiniones sobre el medio de dar fin al cisma, pidiendo primero la voluntaria abdicacion de Benedicto XIII, después su reconocimiento con ciertas restricciones favorables á la iglesia galicana; y en fin, le pareció luego la fuerza el último recurso. Segun él, los dos papas tenian los mismos derechos, por lo cual convenia deponer á entrambos y elegir un tercero. Sostenia siempre que la Iglesia puede reformarse por sí misma en su jefe y en sus miembros, cuando el poder se encuentra dividido; que puede conservarse sin jefe visible, mediante sus relaciones con su jefe invisible. Ahora bien, como cada sociedad libre (segun la opinion de Aristóteles) puede deponer á un príncipe incorregible, lo mismo acontece en la Iglesia: puede reunirse por sí misma si su jefe se niega obstinadamente á reunirla; y definia el concilio «una reunion de toda la Iglesia católica, comprendiéndose todo órden gerárquico, sin escluir á ningun fiel que tuviese la voluntad de hacerse oir.» En esta república los simples sacerdotes debian de tener derecho de sufragio en el concilio.

No habiéndose presentado ninguno de los dos papas, se les privó de la obediencia que se les debia por contumaces, y se les sustituyó conPedro Filargio, arzobispo de Milan, que bajo el nombre de Alejandro V cerró el concilio. Elevado á esta alta categoria por su saber y habilidad, habia sido recogido mendigando en Candia por un fraile menor. *Como obispo*, decia, *he sido rico, pobre como cardenal, miserable como papa.* Era, en efecto, pródigo en liberalidades, pero le faltaba firmeza, y se dejaba engañar por el cardenal.Cossa que no tardó en sucederle bajo el nombre de Juan XXIII (1410). La ocupacion del patrimonio de San Pedro por Ladislao, rey de Nápoles, impidió reunirse el concilio que habia convocado en Roma, y el emperador Segismundo le hizo á pesar suyo, que indicase á Constanza, ciudad imperial. Esta hermosa ciudad, situada en el punto en que el Rhin se separa del lago y sus verdes orillas forman un agradable contraste con las nieves de San Gall y de Apenzel, habia ya visto á los italianos reunirse una vez en ella para asegurar su libertad; el concilio que iba á abrirse no debia producir menos rumores y esperanzas que lo que produjo al fin del último siglo la asamblea nacional de Francia.

Además de tener que concluir el cisma, pedíase la reforma de otros muchísimos puntos. Las naciones se habian formado primero en rededor de los obispos, y de aquí procedió el poder absoluto de la autoridad eclesiástica, como la de un padre sobre los hijos que ha engendrado y educado. Una

vez que se constituyeron, que los territorios se reunieron y que nació el poder social, comenzaron á separarse de la tutela de la Iglesia para vivir con vida propia, y comprendieron que lo temporal podia estar separado de lo espiritual. Entonces se sustituyeron sociedades particulares y diferentes á la que no tiene límites en el espacio, y á la marcha general los destinos parciales.

Las tentativas de Bonifacio VIII para reintegrar al papado la supremacia pontificia, hicieron nacer en toda Europa la envidia que procede menos de las violencias reales que del temor. Los reyes de Francia se libraron de ella teniendo al pontífice bajo su dependencia; y después en la época del gran cisma, la Iglesia se encontró impotente para regenerarse por sí misma. Tuvo que recurrir á la ayuda secular, y los príncipes, adhiriéndose á quien querian, hicieron sentir al pontífice la necesidad de su proteccion. Con el objeto de procurarse partidarios los papas, prodigaron los privilegios, toleraron crímenes y usurpaciones, é injuriándose unos á otros, perdian aquello en que estaba su fundamento, la reputacion. Los símbolos perdieron su sentido una vez que la sociedad se hizo enteramente práctica, y los hombres observaron con disgusto aquella córte pontificia, que viviendo en el mundo, habia adoptado la licencia y las pasiones, y que adhiriéndose á la naturaleza de los gabinetes profanos, hacia de la religion un medio de gobierno, especulaba y traficaba con los títulos de reserva, las provisiones apostólicas, annatas, frutos intercalares, y otros semejantes. La depravacion de la córte de Aviñon, donde lo que era vicio en otra parte, parecia costumbre, y donde la impureza se asociaba á la perfidia y á la bajeza, habia hecho despreciar lo que en otro tiempo era venerado, y el espíritu de obediencia se perdia en los pueblos, al mismo tiempo que los pontífices abandonaban el espíritu de dominacion. Murmurábase contra la jurisdiccion eclesiástica, que se habia estendido de tal manera por la promulgacion de los libros VI y VII de las *Decretales*, después por la de los *Estravagantes*, constitucion que sentaba que toda clase de causas podia ser presentada al papa hasta en primera instancia. La disputa con los frailes menores habia privado á la Santa Sede de los que eran su firme apoyo; y cuando se vió condenar á personas piadosas cuya sola culpa era la pobreza, recordaron las doctrinas de Arnaldo de Brescia y de Wiclef contra las posesiones eclesiásticas, y la corrupcion que resultaba de ello.

Clero.—Es cierto que la depravacion era estremada. En el momento en que se trataba de abrir el concilio de Viena (1311), invitó el papa á los obispos á preparar memorias sobre los abusos que existian en la Iglesia, y sobre los medios de reformarlos. Nos quedan dos (6), la una del obispo de Menda, la otra, sin el nombre del autor. Quéjase este último, de que en Francia en los dias de fiesta habia mercados y ferias, de que los tribunales estaban abiertos, y de que el dia sagrado se pasaba en negocios, orgias y pecados. Los archidiáconos, los arciprestes, los deanes rurales, confian frecuentemente sus jurisdicciones á hombres despreciables é ignorantes, ó abusan de ellas para fulminar escomuniones por los más leves motivos; de lo que resulta que trescientas ó cuatrocientas personas en una parroquia están escluidas de la santa mesa, lo cual desacredita las censuras y provoca escandalosas declamaciones contra la Iglesia. Procede el mal de que se admiten al sacerdocio personas indignas por su ciencia y costumbres, por lo cual en muchas partes los eclesiásticos eran peor mirados que los seglares y los judios. Sacerdotes relajados llegan á Roma de todos los paises para solicitar beneficios que obtienen, y los ordinarios se ven precisados á recibirlos; después, cuando se deshonran por una vida escandalosa, está prohibido á los obispos proveer sus iglesias en sugetos estimables, instruidos y útiles. En una catedral de treinta prebendas ha habido treinta y cinco vacantes en veinte años, y no ha provisto el obispo más que dos, las demás se han dado por Roma á los *postulantes*; y ya varios aspirantes están en espectativa de las vacantes futuras. Así es, que muchas personas que se dedicaban á ser clérigos, vuelven al siglo y se dirigen á los tribunales, indispuestos contra la Iglesia que los ha despreciado. En su lugar tiene para servirla, á extranjeros que no conocen la lengua del pais, ó que residen en la córte de Roma; de lo que resulta que los bienes se disipan, los oficios son descuidados, y las intenciones del fundador eludidas. Acumúlanse sobre otros, beneficios, hasta doce en una sola persona, que bastarian para el sostenimiento de cincuenta ó sesenta clérigos instruidos. Después, cuando vaca una silla, con dificultad se encuentra un eclesiástico elegible en el clero de la diócesis; y si se hallara uno, los malos se opondrian á su nombramiento.

Después de todo esto el autor de la memoria habla contra la inconveniencia tanto de los trajes como el lujo de las mesas. Los canónigos, cuando están en el coro, hablan y se rien, ó se van á pasear, y no vuelven á su silla hasta el fin del oficio para recibir su retribucion. Los frailes abandonan tambien sus cláustros, para permanecer dos ó tres años en prioratos lejanos, otros frecuentan los mercados y las ferias, traficando como seculares y teniendo una conducta escandalosa; hay tambien algunos que reciben á los escomulgados en la Santa Mesa, bendicen los matrimonios ilícitos, niegan lo que deben á los obispos, que los dejan hacer más bien que recurrir continuamente á Roma.

Poco mejor es lo que espone el obispo de Menda. Exhorta á prodigar menos las exenciones que destruyen la necesaria subordinacion; á no-

(6) Ap. RAIN, 1311, núms. 55 y siguientes, y FLEURY libro XCI.

trasladar los sacerdotes de iglesia á iglesía, sino á dejarlos en la que han sido ordenados. Desea que el papa no confiera beneficios á estranjeros, mientras haya en la diócesis hombres capaces que no los hubiesen obtenido; que se asigne un diezmo á los estudiantes pobres para formar buenos sacerdotes, pero sobre todo insiste en que se reformen los estudios, instruyendo á los clérigos en la fe y en la salvacion de las almas, ocupándose menos de las glosas que de los testos originales, forzando á los estudiantes á aplicarse en las universidades para adquirir la doctrina, y no perder el tiempo en vanidades, banquetes, en luchas de partido, en sutilezas para volver á sus casas doctores á la vez que ignorantes. Reprueba la venta que se hace en Roma de todas las cosas á título de cancilleria y de espedicion, así como las prolongadas vacantes de los obispados, vacantes por las cuales atrae á sí la Santa Sede las cuestiones suscitadas con motivo de los nombramientos. Hace un grande elogio de los frailes mendicantes, religiosos de costumbres puras, austeros é instruidos; en su consecuencia querria que se escogiera á los más distinguidos de ellos para el gobierno de las almas, disminuyendo la variedad de sus estudios y de sus predicaciones, á fin de conducirles á la doctrina invariable.

Pero no todo el mundo concordaba de esta suerte en encomiar á las órdenes religiosas fundadas en el siglo precedente. Habian perdido ellas mismas aquel fervor sublime que las animaba en su nacimiento: divorciábanse las unas de la pobreza con quien se habia desposado su patriarca, y otras olvidaban el precepto de la caridad por exageracion de celo. San Buenaventura, general de la órden, con objeto de acallar las diatribas de los enemigos de los franciscanos, en 1257 se dirigió á los provinciales y á los guardianes, lamentándose de que á título de caridad se mezclaban los frailes en los asuntos públicos y privados, en los testamentos, en los secretos domésticos. Les llamaban las ciudades para negociar reconciliaciones. Encargábanles los papas el desempeño de ciertas comisiones, como á personas inofensivas y cuyos viajes costaban poco. Hacia de ellos la Inquisicion una especie de magistrados criminales, con bedeles, criados armados y cárceles, poniendo así un brazo secular á disposicion de aquellos que por su instituto debian guardar la más profunda humildad y la más entera pobreza. Hastiándoles el trabajo, habian caido en la holgazaneria; y aun cuando oraban de hinojos ó meditaban dentro de su celda, se entregaban á vanos estudios, bostezaban ó dormian ó tal vez sacaban de los libros una vanidad que no hubieran adquirido ciertamente tejiendo juncos ó estera, como los primeros ermitaños. Además, como andaban errantes de una á otra parte, eran para sus huéspedes un motivo de escándalo y de molestia. Para reponerse de su fatiga comian y dormian más de lo que estaba mandado en la regla: tan importunos eran en pedir, que se les temia como á ladrones; la grandeza de los edificios perturbaba la paz de los conventos, incomodaba á los amigos, esponia á siniestros juicios; por último, los párrocos veian con disgusto el celo desplegado por los franciscanos respecto de las sepulturas y de los testamentos.

Cuando posteriormente se suscitó la cuestion relativa á la propiedad de las cosas de uso, manifestaron un espíritu de sutileza muy contrario á los deseos de su fundador, agitando infinitas cuestiones, por lo menos ociosas, como si el quebrantar la regla era pecado mortal ó solamente venial; los consejos del Evangelio obligan tanto como los preceptos y las admoniciones como los mandamientos. De aquí pasaron los franciscanos á sofistiquear sobre el Decálogo y el Evangelio.

Sin embargo, causó asombro la persecucion dirigida contra las nuevas órdenes, cuyo celo por sostener la autoridad del papa era llevado algunas veces hasta el esceso, aun en las cosas temporales. Agustin Trionfe, de Ancona, fraile agustino, que habia sido profesor en París y en Nápoles, donde fué amadísimo por los reyes Cárlos y Roberto, dedicó á Juan XXII una *Suma del poder eclesiástico*, que puede ser considerada como el *nec plus ultra* de la omnipotencia papal. Segun este libro, el pontífice trae inmediatamente de Dios su jurisdiccion; es superior á cualquiera, porque juez de todos, no es juzgado por nadie. Este poder es sacerdotal y real en atencion á que Cristo, á quien reemplaza, posee el uno y el otro; no es menos temporal que espiritual, porque el que puede lo más, puede tambien lo ménos. No puede ser depuesto el papa mas que por el concilio general y á causa de herejía, pudiendo tambien ser juzgado después de muerto. Es inútil apelar al concilio, puesto que sólo tiene su poder del papa. A éste toca únicamente decidir lo que es de fe, y sin su órden nadie puede informar sobre una herejía. Como esposo de la Iglesia universal, tiene la jurisdiccion inmediata sobre cada diócesis, y puede ejercer en ella, ora personalmente, ora por delegados, lo que es de incumbencia de los párrocos y de los obispos. Deben obediencia al papa los cristianos, los judíos y los gentiles; puede castigar á los tiranos y á los herejes, hasta con castigos temporales, proclamando contra ellos una cruzada: sólo él puede escomulgar, y este poder está vedado á los obispos, salvo en virtud de la jurisdiccion que dentro de ciertos límites les está concedida: su autoridad se estiende hasta más allá de la tumba por medio de las indulgencias. Podria elegir al emperador sin el concurso de los electores, ó escogerlos fuera de Alemania, ó hacer el Imperio hereditario. Le corresponde confirmar al emperador elegido; á él debe jurar fidelidad éste, y por él puede ser depuesto. Como todos los reyes están obligados á obedecer al pontífice, de quien tienen el poder temporal, los pueblos ó los individuos que se sienten oprimidos por ellos, pueden apelar al papa, á quien corresponde corregirlos por sus pecados pú-

blicos, y hasta deponerlos del trono, é instituir otro rey en cualquier reino que sea.

Las nuevas órdenes mendicantes impidieron la entrada en las antiguas, cuyos miembros, habiéndose relajado de su disciplina primitiva, distaban mucho de la actividad y de la abstinencia de los frailes mendicantes. Bien vestidos, cómodamente alojados, teniendo su particular peculio, habia algunos de ellos que hasta recibian una prebenda de su convento, con la cual vivian en casas particulares. Avergonzados de este contraste, se vieron obligados á reformarse y á consagrarse al estudio; pero como les parecia que no podian instruirse convenientemente en otro punto que en las universidades, se les enviaba á ellas, y esto vino á ser una nueva causa de disipacion y de desórdenes peores que los precedentes.

El púlpito.—El púlpito era el triunfo de las órdenes nuevas: no llevaban á él una instruccion profunda, ni una precision dogmática, sino un celo ardiente, que sabiendo emplear las locuciones populares y hacer alusion á las circunstancias de cada dia, operaba prodigios. El que tenga la paciencia de leer los sermones que nos han quedado, no encontrará en ellos más que áridos tratados de escolástica y de moral, llenos confusamente de frases de autores sagrados y profanos con pinturas ridículas ó con un misticismo exagerado. De consiguiente no se pueden atribuir los mágicos efectos de aquellas estrañas concepciones más que á la voz, al gesto, al aparato desplegado, y algunas veces á la reputacion de santidad que adornaba al predicador.

Fray Bernardino de Sena «tuvo la reputacion de un hombre grande y maravilloso en la predicacion: donde quiera que iba atraia en pos á todo el pueblo: elocuente y vigoroso en el raciocinio, de una memoria prodigiosa, con tanta gracia en el decir, que nunca cansaba á su auditorio, con una voz tan fuerte y tan persistente, que nunca disminuia, y ¡cosa sorprendente en medio de una inmensa muchedumbre! era oido por el que se encontraba á mayor distancia del mismo modo que por el que se hallaba más cercano» (BARTH FAZIO). Sin embargo, su argumentacion tan breve y su escolástica nos parecen muy miserables (7).

Clemengis, Gerson, y d'Ally solicitaban para el púlpito la misma reforma que introducian en la disciplina; pero habian hablado en el desierto. Vicente Ferrer pareció restituirle un instante su austeridad primitiva; pero dirigiéndose al pueblo, tenia que hablarle de las cosas actuales, y entrar en pormenores de la vida privada, con lo que secularizó la predicacion, descendió á vanidades y ridiculeces indignas de los templos, y después de él se trató de cautivar la atencion mezclando alusiones políticas en sus sermones. Unos predicaron en favor de los armañacs, otros de los borgoñones: éstos por los Médicis, aquéllos por los Esforcias. A veces la libertad era llevada hasta la oposicion abierta contra los reyes y contra los papas. Juan de Schio y fray Jacobo Bussolari habian operado verdaderas revoluciones en Lombardia: Jacobo el Grande, predicando delante de Cárlos VI, habia dicho que los reyes estaban vestidos con la sangre y las lágrimas de los pueblos: Guillermo Pepin sustentaba que la monarquia era una invencion del diablo, y que sólo la libertad era de derecho divino: Juan Petit elogió los asesinatos ordenados por los reyes, preparando de este modo los ánimos á oir la apologia del regicidio: Maillard, predicador de Luis XI y de Cárlos el Temerario, apostrofaba lo mismo á los grandes que á los pequeños; remedaba á las personas en el púlpito, lloraba, cantaba y cuando maese Olivier le amenazó con tirarle al rio, le respondió: «Vé y dí á tu amo que mejor iré al paraiso por agua, que él con sus caballos de posta.»

Es singular ver en un gran número de aquellos predicadores una ingenuidad profunda y una piedad sincera unidas á una inclinacion pronunciada á lo teatral y á lo burlesco, lo cual producia composiciones estravagantes y sin gusto alguno. Roberto Caracciolo, de Lecci, considerado por sus contemporáneos como el *non plus ultra* de la elocuencia, pero de quien desgraciadamente nos quedan algunos sermones (8), subió un dia al púlpito para predicar la cruzada, y despojándose de repente de su túnica, se presentó vestido de general y pronto á guiar la espedicion personalmente. Pedro Attavanti cita á cada paso á Dante y á Petrarca, de lo cual se glorifica en su prefacio. Los sermones de fray Gabriel Barletta, tan celebrado en su tiempo que se decia: *Nescit prædicare qui nescit barlettare*, serian escelentes para provocar la risa, y la provocaban en efecto. En su sermon para el dia de Pascua cuenta que muchas personas se ofrecieron á Cristo para anunciar su resurreccion á su madre: no queria encargárselo á Adan, porque siendo goloso por los higos, se hubiera entretenido en el camino; ni á Abel porque hubiera po-

(7) La cuaresma de san Bernardino de Sena fué recopilada por Benedicto Barthelemy, maestro tundidor de paños, uno de los más antiguos taquígrafos de que hay memoria. Véase *Sopra un codice cartaceo del secolo* XV, etcétera, etc. Observaciones críticas del abate Luis, DE ANGELIS. Colle, 1820.

(8) «Decidme, señores, decidme, si os place, de donde nacen tantas y tan diversas enfermedades en los cuerpos humanos, gotas, dolores de costado, fiebres, catarros; pues no provienen de otra cosa que del esceso de alimento y de la demasiada delicadeza. Tienes pan, vino, carne, pescado, y esto no te basta, sino que buscas para tus convidados, vino blanco, tinto, malvasia, de Tiro, asados, guisados, ensaladas, fritos, buñuelos, alcaparras, almendras, higos, pasas, confituras, y llenas el bandullo de comida. Llenaos, atascaos, desabrochaos los botones, y, después de haber comido, echaos á dormir como un cerdo.» Sermon I, Venecia, 1830.

dido ser asesinado por Cain en despoblado; ni á Noé porque no dejaba de gustarle el vino; ni á Juan Bautista porque era demasiado conocido por su traje; ni al Buen ladron porque tenia las piernas rotas, sino que prefirió á las mujeres, por su popular locuacidad. Fray Mariano de Genezzano, ensalzado hasta las nubes por Policiano y por Pico de la Mirandola, «predicaba tan perfectamente, que atraia á una multitud de pueblo con su elocuencia; porque derramaba lágrimas siempre que queria, y algunas veces las recogia y se las arrojaba al pueblo» (BURLAMACHI).

Como éstos eran quizá tambien Tauler, el beato Alberto de Sarzana, el beato Miguel de Carnano, y Oresme. Goiler de Schaffouse mezcla lo sagrado y lo profano, el latin y el aleman, y toma por texto de sus sermones los versos de la *Barca de los locos*, de Sebastian Brandt; no se necesitó menos que la proteccion de Maximiliano para librarle de los enemigos que se habia formado por la libertad de sus discursos (9).

Dante clama contra esta profanacion del púlpito, diciendo:

Ora si va con motti e con iscede
A predicare, e pur che ben si rida
Gonfia il cappuccio e piú non si richiede.

«Ahora se predica con juegos de palabras y con insulceses, y con tal de que seria la muchedumbre, se hincha la capucha sin curarse de otra cosa.»

Benvenuto de Imola cita por ejemplo, comentando este pasaje del Dante, diferentes necedades de un obispo de Florencia, llamado Andrés, quien sacaba en el púlpito una simiente de nabo, y luego de debajo de su sobrepeliz un nabo enorme, esclamando: «Ved aquí cuán admirable es el poder de Dios, que de tan pequeña semilla saca tan grande fruto.» Otro dia dijo á los fieles congregados en el templo: «O domini et dominæ sit vobis raccommandata Monna Tessa, cognata mea, quæ vadit Romam; nam in veritate, si fecit per tempus ullum satis vaga et placibilis, nunc est bene emendata; ideo vadit ad indulgencia.» (10)

En este género sobresalió Miguel Menot (1518), considerado como un pico de oro, y que, á semejanza de Raulin, Maillard y otros, mezclaban el latin al francés, sirviendose de chistes y locuciones que han perdido toda su sal en el dia. Sin embargo, si se espurgan sus sermones de los conceptos indecentes, todavia se hallan rasgos buenos, agudas sutilezas, y especialmente un vivo sentimiento de las miserias del pueblo (11). Decia, dirigiéndose á los abogados: «Cuando estais en el palacio, parece que estais dispuestos á devoraros los unos á los otros, y que os deleitais en proteger al inocente; pero apenas salís de la audiencia, vais á beber juntos, para tragaros la sustancia de vuestros clientes, como las zorras, que al parecer quieren despedazarse, y se arrojan juntas sobre las gallinas.» Y á los jueces:

«¿De dónde os vienen esas casas, esas bolsas de oro, esas togas de seda, roja como la sangre de Jesucristo? Ella clama venganza contra vosotros... Sí, os lo repito, la sangre de Cristo clama misericordia para el pobre despojado... Pero vosotros respondeis: Tenemos necesidad de sal y de especias para que no se echen á perder nuestras provisiones. ¿Y para esto echais los impuestos? ¡Pues bien! esos impuestos serán la sal y las especias que darán sazon á vuestras cadenas en el infierno!» El mismo sentimiento era el que arrancaba esta esclamacion á Barletta: «¡Oh, vosotras, mujeres de esos señores y de esos usureros, si pusiera yo vuestros vestidos en prensa, destilarian la sangre del pueblo!»

Raulin es menos dramático y más severo (-1514); Oliverio Maillard (-1502), cuyos sermones llevan en el márgen *hem, hem*, en los puntos en que tosia, se manifiesta á veces sábio y grave en medio de sus chocarrerías, y sobre todo manifiesta gran seguridad en frente de los grandes, á los que apostrofa directamente. En uno de sus sermones pro-

---

(9) El que quiera ver estravagancias en este género puede leer G. B. PHLOMNESTE (esto es Peignot) *Predicatoriana, ou revelations singulières et amusantes sur les predicateurs, entremetres d'extracts piquants des sermons bizarres, burlesques, et facetieux prêchés tant en France qu'a l'étranger*, etc. Dijon, 1841.

(10) Véase tambien BARBERINO, Documentos de amor, parte VIII, d. II.

(11) «*Quando ille stultus puer et male consultus* (el hijo pródigo) *habuit suam partem de hereditate, non erat quæstio de portando eam secum; ideo statim* il en fait de la chiquaille, il la fait priser, il la vend, et ponit la vente *in sua bursa. Quando vidit tot pecias argenti simul, valde gavisus est, et dixi ad se: Oh! non manebitis sic semper. Incipit se respicere, et quomodo? Vos estis de tam bona domo, et estis* habillé comme un bélitre? *Super hoc habebitur pusio. Mittit ad quærendum pannarios, grossarios, mercatores setarios, et facit se indui de pede ad caput. Nihil erat quod deesset servitio. Quando vidit, emitit sibi pulchras caligas*, etcétera.

«La Magdalena *habebat suas domecellas juxta se in apparatu mundano, habebat aquas ad faciendum relucere faciem, ad attrahendum illum hominem, et dicebat: Vere habebit cor durum, nisi eum attraham ad meum amorem. Etsi deberem ipotecare meas hereditates, umquam redibo Jerusalem, nisi colloquio eum eo habito. Credatis quod, visa dominatione ejus et comitiva, facta est sibi* pluce *cum panno aureo, et venit se presentare facie ad faciem* (son beau museau) *ad nostrum Redemptorem, ad attrahendum eum* á son plaisir.»

Parece probado que esta mezcolanza macarrónica es debida á los compiladores, y principalmente á Enrique Estéban, que nos la refirió en la *Apologia de Herodoto*; por lo demás predicaban en el francés del tiempo, salpicado de textos latinos. Véase GERASER, *Hist. de la elocuencia política y religiosa en Francia*, 1837.

nunciado delante de la córte reunida de Brujas, establece un paralelo entre los deberes y la práctica, y divide la sociedad en dos partes, la de Dios y la del diablo; pregunta á los asistentes á cuál de los dos pertenecen, y se aprovecha de su silencio para mortificarlos (12). Es un medio menos digno, pero más eficaz, de seguro, que las generalidades de retórica, las perífrasis amaneradas y los sabios consejos de la edad de oro.

Debe no obstante confesarse que semejantes medios, en la mayor parte de los predicadores, conseguian más bien escandalizar que edificar; y que con frecuencia las exageraciones en que incurrian con facilidad, apoyaban igualmente acusaciones exageradas. El celo por ciertas nuevas devociones, tales como el rosario y el escapulario, las hacia proclamar como suficiente medio para todos los pecados, que por este medio perdian el horror destinado á preservar de ellos, desde el momento que era tan fácil repararlos. Estas prácticas inspiraban presuncion á aquellos que las observaban, y la engañosa esperanza de una buena muerte después de una vida culpable.

Se abusó tambien de la estimacion debida á la existencia contemplativa, la cual se reducia con frecuencia á una holgazaneria devota. Ciertas mujeres, sobre todo á quienes su sexo hacia más susceptibles de exaltacion, entretenian mucho tiempo al sacerdote en escuchar las relaciones de su vida interior; y éste, en admiracion de su pureza, tomaba á veces por revelaciones lo que no era más que un efecto de imaginacion. Después de santa Brígida, de santa Catalina de Sena y de la beata Angela de Joligno, vinieron otras muchas, muy distantes de su santidad, que desacreditaron la obra de la contemplacion.

Quisieron entonces aplicarse las sutilezas escolásticas, como se aplicaba á todo lo demás, á la oracion mental: buscóse en la Escritura el sentido oculto con preferencia al literal, lo que hizo crecer la teologia mística, pasando con facilidad al campo del error. De aquí procedieron los begardos en Lunel y los beguinos en Aviñon; de aquí tambien los pastorcillos, y los demás que bajo una apariencia de rigor, incurrieron en abusos reprobados por la Iglesia, y á veces en herejias declaradas. Algunos frailes menores se separaron de su órden tomando un hábito distinto, jefes diferentes y una clase de vida más austera en apariencia; pero tambien profesando diversos errores: titulábanse espirituales, y á la Iglesia visible, rica, carnal, pecadora, oponian una iglesia frugal, pobre, virtuosa. Se habian propagado especialmente en Sicilia, y Juan XXII publicó contra ellos una bula en la que mandaba que fuesen presos, remitidos á sus superiores y aun varios entregados á la hoguera.

Herejias.— La cuestion de la pobreza absoluta, que estuvo á punto de arrastrar al cisma á toda la órden de frailes menores, se complicó con las herejias de los hermanitos (13) que sostenian que la

(12) «Ahora bien, escuchad, atendedme. Santiago nos habla de ello en su canónica. Pues, decidme, Santiago, mi amigo, si el que quebranta alguno de los mandamientos será culpable en los otros. Ciertamente, señores, no basta decir: Yo no soy asesino, ni ladron, ni adúltero: si has quebrantado el menor de ellos, delinquiste en todos. Basta el más pequeño agujero para que se sumerja el mayor barco que cruza los mares: basta una pequeña poterna para tomar la más fuerte ciudad y el más fuerte castillo del mundo: basta una pequeña ventana abierta para robar la más grande y poderosa tienda de mercader que hay en Brujas. ¡Ay de mí! Si por faltar á un mandamiento delinquimos en todos, ¿quién de vosotros no los quebranta todos los dias? ¿Por quién comenzaré primero? Por los que se hallan en esa cortina, por el príncipe y su alteza la princesa. Os aseguro, señor, que no basta ser buen hombre, es necesario ser buen príncipe, hacer justicia, atender al buen gobierno de vuestros subditos. Y vos, señora princesa, no basta ser buena mujer, es necesario que atendais á que se gobierne vuestra familia segun razon y derecho. Lo mismo digo á todos los demás de las diferentes clases. A los que mantienen la justicia, que hagan justicia y ley á todos; á los caballeros de la órden que prestais los juramentos correspondientes, os digo, que segun se asegura, esos juramentos son muy grandes; pero antes habeis hecho otro que guardais estrictamente, y es no cumplir nada de lo que jurais. ¿Digo verdad? En buena fe, hermano, así es. Sigamos adelante. ¿Estais ahí, empleados de la panaderia, de la fruteria, de la reposteria? Aunque no hurtárais más que medio lote de vino ó una antorcha, bastaria para incurrir en pecado.—En buena fe, hermano, no aludís más que á lo ménos ¿dónde están los tesoreros, los plateros? ¿Estais ahí los que haceis los encargos de vuestro amo y mejor vuestro negocio? Escuchad; al buen entendedor media palabra le basta. Damas de la córte, jóvenes desenvueltas, ya es tiempo de que dejeis vuestras alianzas. Jóven libertino, el del gorro colorado, humilla tu altanera mirada. No hay que reirse, no, mujeres de estado, campesinas, ó lo que quiera que seais. Conviene sacudir la servidumbre del diablo y guardar todos los mandamientos de Dios. Guardándolos arrasareis y destruireis la ciudad de Iberico; y esto es lo que quiero inculcar en el tema citado *Sit civitas Iberico anatema et omnia quæ in ea sunt.*

»Ahora bien, elevad los espíritus. ¿Qué decis, señores? ¿Estais de parte de Dios? ¿Lo estais, príncipe y princesa? Bajad la frente. ¿Lo estais vosotros que os hallais opulentos de oro? Bajad la frente. ¿Lo estais los caballeros de la órden? Bajad la frente. ¿Lo estais vosotros hidalgos, jóvenes libertinos? Bajad la frente. ¿Lo estais vosotras, jóvenes desenvueltas, finas hembras de córte? Bajad la frente. Estais inscritos en el libro de los condenados. Vuestra habitacion está señalada entre los diablos. Decidme si os place, ¿no os habeis hoy acicalado mejor, lavado y engalanado? Bien conoceis que digo verdad. ¡Ojalá tuvierais tanto esmero en limpiar vuestras almas!—¿Y qué remedio, hermano?—Quiero decir que si en tiempo pasado *si pro quia, proh dolor* no ha habido más que culpas, dejemos nuestra mala vida; Dios se apiadará de nosotros: y si no lo haceis así, os convido con todos los diablos.»

(13) Los hermanitos, que aparecieron en tiempo de Bonifacio VIII, fueron tambien acusados de atroces desafueros (V. GENEBR, en *Bonifacio VIII*). Reuníanse de noche para cantar laudes; después se apagaban las luces y su sacerdote entonaba *Crescite et multiplicamini*. Entonces se

verdadera Iglesia habia perecido, que no se encontraba sino entre los franciscanos, y que el papa era el Anticristo. Como se creian destinados á convertir á los sarracenos, se difundian por ultramar, donde predicaban y propagaban sus errores entre los sencillos fieles. Tuvieron un ardiente defensor en Pedro Juan de la Oliva, cuyos escritos fueron quemados en 1326. Ulbertino, de Casal y Marsilio de Mainardino, de Pádua, sus discípulos, se refugiaron al lado de Luis de Baviera, á quien animaron en su resistencia al pontífice. Juan XXII fulminó una bula y mandó procesar á los frailes minoritas, cuyo jefe era Angelo, del valle de Espoleto, hombre plebeyo y sin estudios. La misma suerte sufrieron otros en la diócesis de Praga y los valdesios que habian quedado en el Piamonte, los cuales celebraron asambleas hasta de quinientos, y por último se armaron y sublevaron contra el inquisidor.

Presentáronse tambien en el distrito de Passau, en Austria, en 1313, otros herejes, cuyos errores procedian de los hermanitos. Segun ellos, Lucifer y los suyos habian sido arrojados injustamente del paraiso, donde debian volver algun dia. Si Maria hubiera quedado vírgen, no hubiera dado á luz un hombre, sino un ángel. Desechaban los sacramentos, diciendo que Dios no tiene conocimiento de los pecados de este mundo, ó que no los castiga. Doce de sus apóstoles marchaban todos los años á Jerusalen, á fin de confirmar á sus correligionarios en sus creencias; segun decian, cada año entraban tambien los dos principales en el paraiso, para recibir de Enoc y de Elias la facultad de perdonar los pecados, facultad que comunicaban á los demás. Confesaron en medio de los tormentos las enormidades de costumbre, y declararon que eran más de ochenta mil en los alrededores, sin contar los de Alemania é Italia. Muchos de ellos fueron quemados sin que uno solo se arrepintiese.

Los errores de Arnaldo de Villanueva (1317), médico de Valencia, muy querido del papa, fueron condenados en Tarragona. Sostenia que el demonio habia alejado enteramente el mundo de la religion, de la que no quedaba más que las apariencias; que no se debian tomar de la filosofia argumentos para la teologia; que las obras de misericordia son más agradables á Dios que el sacrificio del altar.

Con respecto á las imputaciones de obscenidades dirigidas contra tantos herejes, es muy difícil decir lo que hay de cierto. La opinion estaba en efecto horriblemente descarriada: además, la mania de los procesos, que hemos señalado en otra parte, hacia que se diese fé á absurdos, confirmados á los ojos del vulgo por los suplicios impuestos á los herejes y por las declamaciones de aquellos cuyo deber hubiera sido demostrar su insignificancia. Persuadidos como estamos de que con frecuencia los castigos engendran los delitos, nos sentimos dispuestos á creer que los procedimientos mandados por las instituciones civiles y eclesiásticas, multiplicaban los sortilegios. En Chateau-Landon se oyen bajo tierra horribles gritos; se cava y se encuentra un escondite del que se escapa un gato negro. Estiéndese el espanto por todas partes; detiénese á muchas personas para que den la esplicacion del hecho. En fin, á fuerza de interrogatorios y tormentos, descúbrese que un abad de la órden del Cister y de los canónigos, habia encerrado alli á aquel animal con víveres para tres dias, con objeto de emplearlo después en un encanto destinado á hacerles encontrar ciertos objetos robados. Dos de ellos fueron quemados vivos, otros degradados y condenados á perpétua prision. En el año 1322, Juan XXII decia que «ciertos hijos de perdicion, discípulos de iniquidad, entregándose á las criminales operaciones de sus detestables maleficios, habian fabricado imágenes de plomo ó piedra, representando al rey, para ejercer sobre ellas artes mágicas horribles y prohibidas.» Habiendo los acusados declinado la jurisdiccion de los tribunales franceses, encargó el papa á tres cardenales proceder al interrogatorio, y entregarlos á los jueces seculares. En el curso del mismo año, Juan XXII se admira de los progresos de las ciencias ocultas. «Queda conmovido hasta las entrañas de que muchos cristianos, sólo de nombre, abandonen la luz de la verdad para ocultarse en las tinieblas del error, hasta el punto de formar alianza con la muerte y pactos con el infierno; inmolando á los demonios, adorándolos, fabrican imágenes, anillos, espejos, redomas y otros objetos, para aliarse con el diablo; le hacen preguntas y reciben respuestas; le llaman en su ayuda para satisfacer sus depravados deseos, y los demonios en cambio de tan vergonzosa ayuda, les ofrecen una vergonzosa servidumbre. ¡Oh dolor! esta peste se estiende desmesuradamente en el mundo infestando todo el rebaño de Cristo.» El mismo papa Juan XXII escribe que ha descubierto tres de aquellas imágenes hechas por Juan de Amant, su médico barbero: en su cosecuencia la condesa de Foix mandó al encantado pontífice dos cuernos de dragon, talisman considerado como muy eficaz; no titubeó el papa en empeñar todo lo que poseia para recobrar semejante tesoro (14).

Con tales opiniones no podian menos de multiplicarse los suplicios. Gerardo, obispo de Cahors, convicto de haber acortado los dias del cardenal Santiago de la Voye, sobrino del papa, con opera-

mezclaban al acaso, se arrojaban unos á otros los recien nacidos hasta que muriesen, y aquel en cuya mano espiraba el niño era nombrado gran sacerdote. Quemaban después el cuerpo, y barrian las cenizas que echaban en el vino que daban á los neófitos. Son, como se ve, las inculpaciones de costumbre.

(14) *Regesta Johann*, ep. 55.

ciones de esta clase y atentado á los del mismo papa, fué entregado al mariscal de córte, que le hizo desollar, despedazar por cuatro caballos y arrojarlo á las llamas. Formáronse aun otros procesos en el tribunal de Aviñon por causa de sortilegio.

El mariscal de Retz fué perseguido y condenado en Paris en 1440, por haber muerto niños que ofrecia en sacrificio al diablo, después de haberlos hecho servir á sus infames deleites, y se contaron hasta ciento cuarenta de sus víctimas. El mismo año se quemó á un hombre del pueblo que á la vista de un niño en los brazos de su madre le cogia y arrojaba al fuego. Los pastorcillos eran ahorcados en cuadrillas en los campos, donde cargaban las ramas de los árboles; y *era un espectáculo singular*, dice un cronista, *ver una selva con tales frutos.*»

Hussitas.—Además de aquellos deplorables errores de opiniones, hemos visto surgir en Inglaterra (15) herejias verdaderas y peligrosas; pasaron de allí á Alemania, donde produjeron más funestos efectos. Juan Huss, predicador de la universidad de Praga, habia elevado ya la voz contra la depravacion del clero, cuando Gerónimo de Praga, su discípulo, le llevó al volver de Oxford los libros de Wiclef. Los ánimos atrevidos y los descontentos encontraron allí gérmenes republicanos, Juan Huss argumentos teológicos, y todos los recibieron con grande júbilo. Habiendo llegado después algunos frailes para distribuir indulgencias, y habiendo prohibido Segismundo el tráfico sacrílego que hacian con ellas, Juan de Huss se prevalió de esto para declararse primero contra los abusos, después contra las mismas indulgencias. Escuchóle el pueblo con satisfaccion, y los estudiantes de Bohemia se entusiasmaron por él. Pero la antipatia nacional le hizo encontrar contradictores en los profesores alemanes, y cuarenta y cinco proposiciones estractadas de las obras de Wiclef fueron condenadas (1403). En este estado, llegaron dos ingleses, grandes partidarios de aquellas doctrinas; reanimaron el ardor de Juan de Huss, á quien el apoyo de la reina habia hecho elevar al puesto de rector de la universidad, y que desde entonces se declaró defensor de las doctrinas de Wiclef, y en contra del clero y del papa. Entonces los alemanes nominalistas y los bohemios realistas renovaron las antiguas disputas escolásticas. De los argumentos pasaron á las injurias y de éstas á las vias de hecho; después veinte y cuatro mil estudiantes, otros dicen cuarenta mil, abandonaron la universidad de Praga por la de Leipzig (16).

Sbiuk, arzobispo de Praga, prohibió aquella predicacion; pero Juan de Huss no hizo caso de prohibicion semejante: redobló su ardor, cuando Juan XXIII publicó un perdon para todos los que le ayudasen contra Ladislao de Nápoles; y Gerónimo de Praga quemó la bula papal en la horca. La ciudad fué en su consecuencia puesta en entredicho, y Juan de Huss, obligado á salir de ella, fué á estender por otras partes sus doctrinas. No era por lo demás una gran herejia fundada, como la de Arnaldo de Brescia, sobre una filosofía que comprendia todo el conjunto de la fe; no afectaba más que á ciertos misterios y prácticas particulares. Creció porque encontró gérmenes de descontento prontos á desarrollarse, y porque no se pudo conseguir un pronto remedio, en un tiempo en que la Iglesia se encontraba miserablemente destrozada entre diversos papas.

Concilio de Constanza.—Tales eran las llagas que el concilio de Constanza era llamado á cicatrizar. El emperador, muchos príncipes, señores y condes asistieron á aquella asamblea, que fué estremadamente numerosa (1414); porque se contaban allí, segun dicen, ciento cincuenta mil estranjeros con treinta mil caballos. Habia diez y ocho mil eclesiásticos, y doscientos doctores de la universidad de Paris. Los forasteros rivalizaban en lujo, y en un tiempo como aquel en que las naciones se distinguian por el traje, era una cosa admirable la inmensa variedad de gentes que habian acudido allí desde los estremos de Europa, con trajes, armaduras y acompañamientos pomposos, especialmente los cardenales: iban unos á Costanza por curiosidad de ver aquel espectáculo, otros por divertirse, pues habia trescientos cuarenta y seis cómicos y juglares y setecientas cortesanas; los piadosos oraban, los doctos se preparaban para sostener disputas de dialéctica, en las cuales se veria consolidado el presente, elevando los sabios al lado de los grandes.

La naturaleza de nuestro trabajo no nos permite seguir paso á paso las discusiones de aquella importante asamblea. Manifestó desde luego tanta oposicion á los medios hábiles con cuya ayuda trataron de dominar los italianos y el papa (17), que perdiendo éste el ánimo, aceptó con una aparente serenidad la proposicion de abdicar; pero después se negó á cumplir su promesa. Se aprovechó hasta de un torneo dado en la llanura que separa ambos lagos, para huir disfrazado de postillon con ayuda de Federico de Austria (29 marzo). Entonces la alegria se tornó en consternacion; pero por sugestion de Juan Gerson, el concilio ecuménico fué declarado superior á los papas, en atencion á que sus poderes se derivaban inmediatamente de Dios: todos, incluso el papa, estaban obligados á obedecerle en lo concerniente á la fe, al cisma y á la reforma general de la Iglesia en su

(15) Véase antes, capít. XI.

(16) Lenfant. *Hist. de la guerra de los husitas.*

(17) «Se suscitó en el concilio de Constanza una violenta cuestion entre el arzobispo de Milan y el de Pisa; de las palabras llegaron á las manos queriendo ahogarse uno á otro, en atencion á que no tenian armas: tanto que muchos se precipitaron por las ventanas de la sala del concilio.» SANUTO en *T. Mocenigo.*

jefe y en sus miembros (18). Los italianos protestaron; pero como se decidió que se votaria por nacion, sucumbieron.

El concilio citó á Juan, para que se disculpase de los hechos enormes y escandalosos de que era acusado. Como no compareciese, se procedió á indagar su paradero. Después, cuando fué preso, el concilio le destituyó, rompió su sello y armas y lo tuvo en prision. Algunos años después se rescató, y fué cardenal de Frascati.

Gregorio XII abdicó tambien, y se contentó con ser cardenal de Oporto. Sólo Pedro de Luna se obstinaba en permanecer papa, escomulgaba á todo el que no estaba con él, declarando que la Iglesia estaba en Peñíscola, donde él se encontraba, como en otro tiempo todo el género humano en el arca. Pero cuando los españoles se reunieron á la nacion francesa, italiana, alemana é inglesa, que componian el concilio, fué depuesto.

Segismundo queria que antes de elegir el nuevo pontífice se procediese á la reforma de la Iglesia. Insistian los italianos en el pronto nombramiento del papa, y acusaban á Segismundo de herejia. Tuvo, pues, que ceder, y se eligió á Oton Colonna (11 noviembre de 1417), que tomó el nombre de Martin V. No se habia engañado Segismundo en sus previsiones. En efecto, Martin V encontró medio de dilatar de dia en dia las reformas pedidas, consumiendo el tiempo en conferencias, no haciendo más que insignificantes concesiones; protestó contra las apelaciones al concilio, y confirmó varios abusos, hasta el momento en que él declaró el concilio cerrado, y se volvió á Roma (1418).

Viendo los Padres que el pueblo desconfiaba de ellos por haberse separado del papa, quisieron manifestar su celo por la fé cebándose contra la herejia. Segismundo habia denunciado al concilio las doctrinas de los hussitas, y citado á comparecer á Juan de Huss, dándole un salvo-conducto y señores que le acompañasen, con el objeto de que nadie le ofendiese en el camino. Por lo demás, Juan de Huss se vanagloriaba, una vez llegado, de persuadir á los Padres; si, por el contrario, conseguian convencerle de un solo error de fe, consentia en sufrir las penas destinadas á los herejes.

El concilio de Constanza queria, pues, una reforma: Huss pretendia una revolucion y persistia en predicar sus doctrinas, que dejaron conocer entonces todo el veneno que contenian; tanto, que Juan XXIII le hizo prender. Reclamólo el emperador, pero débilmente; reconoció tambien en el concilio el derecho de juzgar á los herejes. Comenzó el proceso y se presentaron á Juan Huss treinta y nueve artículos, para que abjurase de ellos sometiéndose á la decision de los Padres. Pero él contestó que la mayor parte de aquellos artículos no habian sido nunca enseñados por él; que creia los demás verdaderos, y que si no esperaban convencerle de otra manera, estaba pronto á morir más bien que á renegar de su conciencia (19). Condenado en efecto y entregado al brazo secular (1415), subió con intrepidez á la hoguera que debia encender tan terrible incendio (20). Gerónimo de Praga, que habia ido con él, sobrecogido de espanto, retractó sus errores; avergonzado después de su debilidad, los adoptó de nuevo; y entonces, perseguido á su vez como hereje relapso, fué enviado á la hoguera (1416). En el momento en que estaba atado á ella, viendo á un campesino apresurarse á echar allí leña, esclamo: «Santa sencillez, el que le engañara pecaria mil veces.»

Es un triste remedio la violencia, y Segismundo ó más bien los pueblos, que expian constantemente los desafueros de los reyes, pagaron sus terribles consecuencias.

Concilio de Basilea.—Con objeto de cumplir la obra de la reforma que habia quedado sin concluir, el papa Martin V convocó un concilio en Basilea; pero apenas fué abierto, cuando murió (1431). Al dársele por sucesor al veneciano Eugenio IV (Gabriel Gondolmero), los conclavistas establecieron una especie de constitucion que, en ciertos puntos, concernia tambien al gobierno civil. Decidieron que el homenaje que debian los feudatarios y los empleados al papa no le atañia á él sólo, sino que atañia tambien al colegio de los cardenales, hasta en el caso de estar vacante la Santa Sede; que la mitad de las rentas de la Iglesia se reservaria á los cardenales. En su consecuencia, exigieron que el papa no pudiera permitirse ningun acto importante sin el consentimiento del sacro colegio, como hacer la guerra ó la paz, imponer contribuciones ó cambiar de residencia. El papa debia, además, reformar la Iglesia, y convocar los concilios perió-

(18) El mismo Gerson *(Tract. de potest. Eccles.*, cons. X y XII), dice que esta opinion hubiera sido tenida por herética antes de aquel momento, y que no fué adoptada sino en consideracion á los desórdenes y confusion causada por el cisma.

(19) Bzov. ann. 1414; Cochl. lib. II, ep. 6; J. Huss.

(20) Algunos han querido disculpar á Segismundo del asesinato de Juan de Huss; pero los hechos le acriminan. El interrogatorío sufrido en el concilio por el heresiarca existe ó existia en la biblioteca del senado de Hamburgo; terminábase de esta manera: *Eo vero* (Juan Huss) *recedente, rex cœpit loqui: Jam audistis quod ex centum novem ex illis quæ probata sunt in eum, et quæ confessus est, et quæ sunt in libro ejus, sufficerent sibi pro damnatione. Et imo si nollet revocare, ut dixistis, comburatur, vel vos faciatis secum sicut scitis, secundum jura vestra. Et sciatis quod quicumque promittent vobis quod velit revocare, non credatis sibi, quia ego tali non crederem. Et nec permittatis eum amplius prædicare, quamdiu vivit, nec ad regnum venire, quia veniens ad suos fautores faciet novissimos errores, pejores prioribus. Et si qui inventi fuerint ejus fautores, quod cum eis fiat justitia, ut rami cum radice evellantur. Et concilium scribat principibus, quod sin prælatis favorabiles, qui pro illorum errorum extirpatione hic laborarunt. Et faciatis finem cum aliis occultis ejus discipulis...* Ap. Eccard, II, 1862.

dicos. Eugenio se comprometió á ello. Fué, en sentir de uno de sus sucesores (21), pontífice de alma elevada, pero sin medida en nada, y que emprendió siempre lo que queria y no lo que podia. Convocó el concilio de Basilea, proponiéndose estirpar la herejia, establecer una paz perpétua entre las naciones cristianas, hacer cesar el largo cisma de los griegos y reformar la Iglesia. Pero los Padres comenzaron esta obra tan fervorosamente, que el papa, asustado, les suspendió, y aquéllos en vez de atemorizarse, citaron al pontífice, le acusaron de desobediente, y se declararon superior á él.

Aplicándose desde entonces á la reforma de la Iglesia, suprimieron muchos derechos curiales: determinaron la forma de la eleccion del papa, y el juramento que debia prestar; limitaron las concesiones que podia hacer á sus parientes; escluyeron á sus sobrinos del número de los cardenales, que restringieron á veinte y cuatro. Reprobando el papa el modo desordenado y tumultuoso con que habia procedido el concilio, le declaró disuelto y convocó otro en Ferrara, para mayor comodidad de los griegos que habian ido á reconciliarse. Pero los Padres, escepto dos y el legado, no se movieron, y continuaron restringiendo la jurisdiccion romana; hasta declararon al papa suspenso y á la asamblea de Ferrara cismática; y sin escuchar á los soberanos, que querian evitar un nuevo cisma, condenaron al papa como hereje, y le sustituyeron con Amadeo VIII, duque de Saboya, que después de haber renunciado á los negocios y retirándose á Ripaglia, no supo declinar el papel de antipapa bajo el nombre de Felix V.

Concilio de Florencia.—El concilio de Ferrara fué, pues, trasladado á Florencia (22), é insignes personajes asistieron á él: el cardenal Julian Cesarini, que habia dado pruebas de firmeza, dirigiendo cargos al papa para sostener el concilio, y que después defendia la causa de la verdad con una argumentacion de peso; Juan de Montenero, provincial de los dominicos de Lombardia, muy versado en la ciencia teológica; y entre los griegos Gemiscio Pleton, gran académico; Jorge de Trebizonda; Jorge Escolari, todavia lego, y poco después patriarca de Constantinopla; Marco Eugenio, obispo de Efeso, gran impugnador de las doctrinas cismáticas; y el más ilustre de todos, el cardenal Besarion, lleno de celo por la verdad. En aquella asamblea escomulgó el papa al concilio de Basilea, y después de varios debates con el patriarca de Constantinopla, declaró la reunion de la Iglesia de Oriente á la Iglesia latina.

La eleccion de Félix V hizo perder su crédito al concilio de Basilea, que al fin, por decision de su papa, suspendió sus sesiones. Entonces el nuevo emperador Federico III, que habia tratado de conciliar los ánimos, envió á Eugenio, su secretario particular, Eneas Silvio Piccolomini, de Siena, para hacer que hubiera un nuevo concilio en Alemania (1442). Después de largas negociaciones, accedió el papa en su lecho de muerte á su demanda, y á un concordato con Alemania, á condicion de que los derechos de la Santa Sede no sufririan ningun perjuicio. Nicolás V, que le sucedió (1447), confirmó el concordato, y se mostró dispuesto á entrar en arreglos; habíanse, pues, puesto de acuerdo la Francia y la Alemania, el concilio de Basilea no volvió ya á reunirse, Félix V abdicó y la paz fué restituida á la Iglesia (1449).

Si el concilio de Basilea se hubiera ocupado en reformar á la Iglesia con prudencia y caridad, hubiera podido conjurar las grandes desgracias que estallaron en el siglo siguiente. Pero guiado por la pasion, sólo pensó en limitar el poder papal, como lo habia hecho el de Constanza, para sustituir á él el suyo propio; y de esta manera preparó la abierta rebelion de la Alemania y la rebelion disimulada de la Francia. La superioridad de los concilios sobre el papa fué reconocida en Alemania y Francia; pero como se habia convenido en que sólo el papa podia reunirlos, nada fué innovado: y si las pragmáticas sanciones hechas entonces con aquellas dos naciones invalidaron algunas de las prerogativas de la Santa Sede, dejaron intactas las principales.

---

(21) *Oratio* ÆNÆ SILVII *de morte Eugenii papæ.*

(22) K. WALCHNER, *Politische Geschichte der Grossen Kirchenynode zu Florensy.* Constanza, 1825.

J. LENFANT, *Hist. del concilio de Constanza.* 1727.

CAPÍTULO XIV

HUSSITAS.—SEGISMUNDO Y SUS SUCESORES.—HUNGRIA.

Hussitas.— El fuego que quemó á Juan Huss y á Gerónimo de Praga en Constanza, encendió en Bohemia un formidable incendio. Sus sectarios que, sumisos hasta entonces á su voluntad y á la del rey, se habian contentado con pedir la libertad de conciencia, se precipitaron enfurecidos y vengaron sangre por sangre, con especialidad sobre los alemanes, á quienes imputaban aquel desman. Jacobel de Misa, profesor de Praga, predicó que privar á los seglares del cáliz era un sacrilegio. Como esta proposicion fué condenada por el concilio de Constanza, declararon los hussitas que la condena ofendia los derechos de un pueblo libre; y esta cuestion de competencia vino á ser el estandarte de una faccion feroz.

Ziske.—Nicolás Hussinetz, que habia sido protector de Juan Huss sostenia entonces á los innovadores quienes se congregaban para recibir la comunion bajo las dos especies. De un acto religioso pasaron á desórdenes políticos, y abandonando la ciudad se retiraron al monte inmediato. Juan Trosnowa, sobrenombrado Ziska *(el vizco)*, más resuelto que Hussinetz, ordenó que cada cual convirtiera en casa la tienda que habia levantado sobre aquella montaña, de donde resultó una ciudad llamada Tabor, es decir, campo, á la par que los insurgentes fueron designados del mismo modo con el nombre de taboritas, de calixtinos, de utraquistas, de hussitas. A su frente se arrojó Ziska sobre Praga y la ocupó, y segun la costumbre *(defenestration)* tiró por la ventana al burgomaestre y á trece senadores.

Murió Wenceslao VI probablemente de susto: Segismundo, su hermano, hubiera debido sucederle; pero ¿podian tolerar los hussitas como jefe al que habia hecho traicion á su maestro? De consiguiente, entraron á saco las iglesias, los conventos, las tierras de los católicos; éstos usaron de represalias de tal modo, segun se dice, que en un sólo dia fueron arrojados mil seiscientos hussitas en los pozos de las minas de Luttemberg.

Cuando Segismundo llega á Bohemia ejerce un rigor escesivo, que sólo consigue irritar, no corregir: manda dar muerte en Breslau á veinte y tres caudillos de rebeldes, al mismo tiempo que publica el papa una cruzada contra los herejes. Resueltos los hussitas á defender sus personas y sus creencias, reuniéndose bajo las órdenes de cuatro jefes, hacen de Tabor su plaza de armas. Segismundo, á quien persisten en rechazar como rey, llega á poner asedio á Praga con ochenta mil hombres; pero sufre una gran derrota y se ve obligado á entrar en negociaciones. Propusiéronle los vencedores cuatro artículos, á saber: que los sacerdotes podrian predicar libremente la palabra de Dios; que la comunion se administraria bajo las dos especies; que se despojaria al clero de sus posesiones; por último, que se impondria pena capital por los pecados mortales públicos, entre otros el concubinato de los sacerdotes, la simonia de los sacramentos, de los beneficios y de las indulgencias. Esto pareció demasiado poco á los fanáticos, quienes propusieron otros doce artículos llenos de intolerancia, en que se pedia la reparticion de los conventos, como tambien de las iglesias supérfluas. Entretanto Ziska habia empezado á derribarlos y á asesinar á los católicos: hizo destituir á Segismundo, y le batió nuevamente cuando volvió á aparecer á la cabeza de sesenta mil hombres, tanto húngaros como austríacos y moravios (1422). Posteriormente, entre los hussitas moderados y los fanáticos estalló una guerra intestina. Habiendo quedado Ziska ciego, de vizco que era, adquirió tal autoridad, que Segismundo le ofreció nombrarle su vicario general; pero atacado de la peste (1424), se acrecentó aun más la furia de los di-

ferentes matices de los insurgentes que componian otros tantos partidos. Concertáronse después para combatir al comun enemigo, y recorrieron indistintamente la Silesia, la Moravia, el Austria, á que llamaban pais de los filisteos, de los idumeos, de los moabitas. Martin V predicó de nuevo la cruzada contra ellos, y Federico el Belicoso, elector de Sajonia, llegó á atacarlos al frente de un poderoso ejército: tambien fué vencido; y de sus soldados, doce mil fueron asesinados por los terribles sectarios (1426). Poseida de espanto toda la Alemania, sale entonces de su inercia y hace un esfuerzo comun. Pero á la aproximacion de los taboritas, un terror pánico hace que se desbande el nuevo ejército (1427), y caen sobre la Sajonia, sobre la Franconia y sobre la Baviera, donde ejercen los más terribles destrozos que se han visto nunca. «Cuando toda la tierra sea devastada y las ciudades queden reducidas á cinco, decian, entonces comenzará el nuevo reinado del Maestro, porque ahora es la hora de la venganza, y el Señor es el Dios de la cólera.»

El cardenal Cesarini, legado pontificio, consiguió poner otra vez de acuerdo á toda la Alemania para la represion de los sectarios, y se adelantaron contra ellos ochenta mil hombres á las órdenes de Federico, elector de Brandeburgo. Procopio Holy, que habia sucedido á Ziska, se puso por su parte en marcha hácia el enemigo (1431), y apenas se vieron acometidos los alemanes, emprendieron la fuga en el mayor desórden, dejando once mil muertos en el campo de batalla, y ocho mil carros cargados de armas.

Pensóse á la sazon en entrar en acomodos, y el concilio de Basilea dirigió á los hussitas benévolas invitaciones, que les determinaron á enviar allí trescientos diputados, entre los cuales se contaban Juan Rokyczana, su predicador más elocuente, y Procopio el Esquilado. Estos diputados, cuya sola vista asustó á los Padres, presentaron los cuatro artículos al concilio (1433); pero como la discusion se prolongaba, se marcharon los bohemios. Convencidos después los Padres de que los hussitas no profesaban las treinta y cuatro proposiciones condenadas en los escritos de Wiclef, enviaron teólogos á Praga que modificaron los cuatro artículos, y permitieron el uso del cáliz. Diéronse los utraquistas por satisfechos de este convenio; pero los desaprobaron los taboritas y los huerfanitos, cada cual volvió á empuñar las armas, y los fanáticos fueron destruidos por el hierro y por el fuego.

Una vez vencidos los bohemios por las manos de los bohemios (1434), segun lo habia esperado Segismundo, entró como rey en Praga, confirmando los *pacta* y asegurando la libertad de cultos, los privilegios del reino y la esclusion de los extranjeros.

Después de veinte años de reinado (1431), quizá con el único objeto de reposar de las fatigas que le habia costado dirigir, como él decia, la máquina pesada y mohosa del imperio, Segismundo hizo el viaje á Italia. Fué coronado en Milan y en Roma (1433); pero siempre desprovisto de dinero, observado con desconfianza, obligado á cada paso á tratar ó á defenderse, tuvo que prolongar allí su residencia más de lo que hubiera querido, en un momento en que era de gran importancia para él apaciguar á la Bohemia y reprimir á los turcos, por lo cual volvió á Alemania.

Hungria.—Cárlos I Roberto.— Salió más airoso en la empresa de asegurar á su familia el trono de Hungria. Habíase estinguido la dinastia de Arpad con Andrés III (1301). El arzobispo de Estrigonia proclamó rey, y el papa sostuvo, á Cárlos Roberto, hijo de Cárlos Martel, en el cual empieza la línea de Anjú (1308). Pero este príncipe extranjero era tan poco grato al pais, que para protegerle contra las asechanzas á que se veia espuesto, fué necesario concederle el privilegio de clerecia. Ante todo hubo que emplear prodigiosos esfuerzos para obligar al vaivoda de Transilvania á la restitucion de la corona angélica: luego estallaron las revueltas, y Cárlos se vió obligado á resignarse á una guerra perpétua con sus súbditos, con los venecianos en la Croacia y en la Dalmacia, con los servios y los turcos, con el Austria y la Valaquia, y finalmente, hasta con los rusos. Atrajo á la corona el derecho sobre las minas, reservándose las dos terceras partes de su producto, tanto en oro como en plata; se abrogó el derecho de destituir á los funcionarios nobles; impuso cargas y servicios al clero; estableció annatas en favor del papa, embolsándose en su provecho la tercera parte. Estableció tambien la Inquisicion, aunque sin poder conseguir que echara raices: alteró las monedas, abolió los duelos judiciales, y casándose con Juana, heredera de Nápoles, adquirió para su segundo hijo Andrés la espectativa de este trono, que debia costarle tan caro.

Luis, su primogénito y sucesor, mereció el nombre de Grande por cuarenta años de espediciones belicosas, y la más memorable de ellas fué la conquista de Nápoles (1342), que narraremos en otra parte. Quitó á Venecia Espalatro, Zara, Trau, Ragusa; hasta fué encumbrado al trono de Polonia; y reuniendo en su mano la Bosnia, la Servia, la Bulgaria, la Moldavia y la Valaquia, estendió sus posesiones desde el Adriático hasta el Ponto Euxino y hásta la embocadura del Vístula. Trasladó de Visegrad á Buda la cámara del reino, expulsó á los judios y á los usureros, abolió los juicios de Dios; y después de haber hecho conocer á los suyos una civilizacion más avanzada en su espedicion á Italia, aspiró á trasplantarla entre ellos. Fundó la primera universidad en Fünfkirchen (Cinco Iglesias), plantó los viñedos de Tokay, determinó las obligaciones de los campesinos, y concedió á los grandes propietarios las prerogativas de la nobleza.

Después de él fué coronada Maria, su hija; pero los descontentos favorecieron á Cárlos III de Durazzo, rey de Nápoles, y cnando este príncipe creia haber vencido todos los obstáculos, la reina viuda

Isabel le hizo asesinar (1382): indignados los súbditos, se apoderaron inmediatamente de la madre y de la hija. Murió la primera, fué libertada la segunda por Segismundo, su esposo, quien quedó rey del pais á su muerte (1392). Sin embargo, ocupado como le hemos visto tanto en Bohemia como en el imperio, no podia tener á los húngaros á raya: así, sus súbditos, fingiendo creer que habia perecido en la famosa batalla de Nicópolis (1396), proclamaron á Ladislao, hijo de Cárlos de Durazzo y rey de Nápoles. Luego, cuando volvió á aparecer Segismundo, se apoderaron de él, y le tuvieron por largo tiempo prisionero.

Más tarde pudo pensar en repeler á Ladislao; y habiendo vendido este príncipe á Venecia sus derechos sobre la Dalmacia, Segismundo declaró la guerra á la república y devastó el Friul hasta Treviso: después obtuvo á Belgrado del déspota de Servia, quien desesperaba de poder defender esta plaza contra los turcos.

Entonces Segismundo indujo á los Estados á reconocer la sucesion en la línea austríaca, de donde resultó la coronacion de su hija Isabel y de su yerno Alberto de Austria. Segismundo era de gallarda apostura, elocuente y amigo de las letras. Habiendo hecho caballero á Jorge Fiscelin, el mejor abogado de su tiempo, y viendo que desdeñaban los antiguos caballeros á este advenedizo: *Sabed*, les dijo, *que puedo hacer á mil caballeros en un solo dia, y no un sabio en mil años.* Mas liberal de lo que soportaba la mediania de sus rentas, se hallaba siempre escaso de dinero y remitia los negocios de un dia á otro: de aquí resultó que las dietas germánicas, negligentes de suyo, no hicieron nada ó casi nada, por más urgentes que fueran las circunstancias.

Así bajo su reinado y el de su familia fué declinando el Imperio hasta el punto de verse sobrepujado por los Estados hereditarios. Tambien fué alterada la existencia interior de Segismundo por Bárbara de Cilley, su esposa, á quien nos pintan como una Mesalina, cuyos desordenados ardores no se apaciguaron con los años. No podia concebir á ciertas religiosas de Bohemia, que prefirieron que se las quitara la vida á ceder á la deshonra. Respondió á una dama que le habia citado el ejemplo de la tórtola, que permanece fiel al compañero que ha perdido. «¿Porqué en vez de hablarme de esa ave solitaria, no me hablais de los pichones y de los pajarillos, animales domésticos que nunca interrumpen sus voluptuosidades?»

Alberto de Austria.—Se la acusó de estar en inteligencias con los hussitas para privar de la sucesion al trono á su yerno Alberto de Austria, á quien aborrecian por su intolerancia, pues segun se dice, la llevó hasta el punto de entregar á las llamas á mil trescientos judios, que se habian negado á recibir el bautismo. De consiguiente, el príncipe esperimentó oposicion para obtener la corona de Bohemia á la muerte de Segismundo, aunque ya se habia hecho proclamar rey de Hungria y hasta de Alemania. Aspiró á restablecer la calma y á instituir un gobierno regular y fuerte; pero los príncipes tenian demasiado interés en perpetuar el desórden: así sólo consiguió tranquilizar el Austria, su patrimonio, donde demolió muchos castillos y donde acabó en breve sus dias (1439).

Federico III, emperador.—Ladislao V, llamado el Póstumo, porque nació después de la muerte de su padre, le sucedió en el trono de Austria, así como en el de Bohemia y en el de Hungria, á la par que Federico, de la línea austriaca de Estiria (1), era promovido al imperio (1440). Este príncipe reinó mucho más tiempo que sus antecesores, aunque de una manera abyecta. Perezoso y pusilánime, aunque ya habia llegado á la edad de veinte y cinco años, disimulaba bajo las apariencias de un profundo amor al estudio, su descuido respecto de los negocios públicos, y parte por pobreza, parte por su índole particular, manifestaba una avaricia vergonzosa. Ocupóse con bastante frialdad en restablecer la paz entre los príncipes y los papas, y en reprimir las bandas de malhechores: bajó á Italia con una comitiva brillante (1452), si bien inofensiva, ó por mejor decir, inerme, y al mismo tiempo que se hizo coronar, se casó en Roma. La Europa estaba espantada entonces á consecuencia de la caida de Constantinopla, y Pio II, que habia sido secretario de Federico bajo el nombre de Eneas Silvio Piccolomini, le escribió proclamándole jefe de la cruzada, como el príncipe más digno de esta honra por su carácter y categoria. Pero se limitó á reunir algunas dietas sin sacar ningun resultado, y ni aun sacudió su letargo cuando los turcos llegaron á hacer escursiones hasta en la Carniola.

Wladislao I de Hungria.—Comenzaba á hacerse importante la Hungria como baluarte contra los otomanos. Wladislao I, ya rey de Polonia, que se habia ceñido la corona húngara, la defendió con las armas hasta el momento en que se vió obligado á renunciar á ella, reservándose, no obstante, la regencia y la sucesion eventual al trono. Habiendo invadido Meschid-bey la Transilvania, Wladislao formó parte de la espedicion que Juan Huniade dirigió contra los otomanos (1442). Después de su derrota en Jalovaz, cedieron la Valaquia á los húngaros, guardándose la Bulgaria. Wladislao no tardó en violar la paz; pero la derrota de Varna, y su cabeza, que fué paseada de ciudad en ciudad, atestiguaron que el débil nunca falta impunemente á la fé prometida (1444).

Entonces el gran Juan Huniade, que se titulaba á sí propio el soldado de Cristo, al paso que los valaquios le llamaban el caballero blanco, y los

---

(1) J. CHMEL.—*Gesch Kaiser Friderichs's III, und seines shones Maximilians I*, Hamburgo 1840.

Regesta chronologico-diplomática Friderici III. Viena, 1840.

turcos, el diablo, habiendo sido electo regente de Hungria, continuó haciendo la guerra á los otomanos vencidos y vencedores, segun ya lo hemos narrado (2). Se decidió á reconocer á Ladislao el Póstumo; pero como este jóven príncipe se hallaba casi prisionero de Federico III, su tutor, Huniade taló el Austria y sublevó á los nobles, quienes retaron á Federico. Golzer, ciudadano de Viena, hizo que se levantara la ciudad, y asedió al emperador, que se vió obligado á poner en libertad á su pupilo. Ladislao Póstumo, rey de Hungria y de Bohemia, duque de Austria y de Estiria, murió cuando apenas habia cumplido diez y siete años, y á despecho de los austriacos, Matias Corvino, hijo del gran Huniade, obtuvo la corona de Hungria, y Jorge Podiebrado, la de Bohemia (1457). El último se habia mostrado en calidad de virey favorable á los utraquistas: en su consecuencia fué escomulgado y depuesto por el papa: Matias Corvino aspiraba tambien á la corona de Bohemia, pero fué dada á Ladislao II, hijo del rey de Polonia (1458).

Federico III, que se encontraba ya heredero de las tres ramas de Austria, de Estiria y del Tirol, se retiró á Viena, dejando agitarse al imperio en medio de incesantes guerras; y mientras la Alemania caia en ruinas, elevaba á su familia al colmo de la grandeza.

Descendiente la casa de Borgoña, segun hemos ya manifestado, de Felipe el Atrevido, hijo de Juan I, rey de Francia, habia reunido á su condado la mayor parte de los Paises Bajos, á los cuales Cárlos el Temerario agregó el Brisgau y las posesiones austriacas en la Alsacia, desde donde lanzaba una mirada codiciosa sobre la Lorena y la Suiza. Poseedor de estos Estados, ambicionaba Cárlos convertirlos en reino; y para este fin se dirigió al emperador, prometiéndole dar la mano de Maria, su hija única, á su hijo Maximiliano (1473). Cuando se avistaron en Tréveris, Cárlos llevó consigo ochenta mil caballos, seis mil infantes y una numerosa comitiva de señores, desplegando tanta magnificencia, que solo su manto valia más de doscientos mil zequies; singular contraste con la mezquina pompa del emperador. Pero como desconfiaban el uno del otro, no concluyeron nada, y hasta llegaron á hacerse la guerra: después se reconciliaron, habiendo abandonado Federico á los loreneses y á los suizos, sus aliados. Estos dos pueblos se ligaron entre sí, y cuando Cárlos entró en Suiza, fué vencido y poco después muerto en Nancy.

Acabando con él la casa de Borgoña, la de Francia pretendió volver á poseer la porcion de territorio cuya soberania feudal le correspondia, á saber: el Franco-Condado, el Artois, el Maconés, el Auxerrés, Salin y Bar sobre el Sena. Tenian los ganteses en sus manos á Maria, á quien su inclinacion indujo á casarse con Maximiliano. El rey de Francia hizo marchar ejércitos y poner en juego todos los resortes de la intriga. En esto murió Maria de una caida de caballo, dejando dos hijos, Felipe y Margarita. El primero, segun las estipulaciones acordadas, le sucedió, y los ganteses le designaron cuatro tutores, con esclusion de su padre: los Estados de Flandes ofrecieron la mano de la jóven princesa al delfin, dándole en dote los paises sobre que versaba la disputa. En breve Maximiliano vino á las manos con su yerno, ascendido á rey de Francia: rebeláronse los flamencos; los de Brujas encarcelaron al mismo Maximiliano, y no le dejaron en libertad hasta que les prometió renunciar á la regencia y retirar todas las tropas estranjeras de los Paises Bajos. Pero el emperador Federico hizo anular la promesa y emprender de nuevo las hostilidades: al fin, suya fué la ventaja, y los regidores de Gante, de Brujas, de Ipres se vieron en la necesidad de pedir perdon de rodillas á Maximiliano, quien tornó á encargarse de la administracion de los Paises Bajos.

Desde aquí comienza la grandeza de Austria, que pudo elevarse á la misma altura que la Francia y la España. Federico invistió á todos los de su casa con el título de archiduques, tomó por divisa, é hizo colocar en todas partes las letras A, E, I, O, U, es decir, *Austriæ Est Imperare Orbi Universo*(*Alles Erdreich Ist Osterreich Unterthan*). En seguida dejó el gobierno á Maximiliano, y retirado á Lintz, cultivó allí los jardines, la astrología, la alquimia, hasta el momento en que murió de una indigestion de melon (1493) (3).

Matias Corvino.—Maximiliano habia sido reconocido rey de romanos cuando Matías Corvino, para vengarse de Federico por haber dado la investidura de la Bohemia á Ladislao, entró en Austria y hasta se apoderó de Viena (1485). Matías, que conservaba el carácter de su padre, jamás cesó de hacer la guerra á los turcos, quienes desde la Bohemia llevaban sus escursiones hasta la Dalmacia, la Croacia, la Esclavonia, la Transilvania. Admirador de los antiguos, pensó en variar la organizacion militar, formando una buena infantería, arma desconocida de los húngaros; y opuso á los genízaros de Mahomet la *guardia negra*, inspirada por los sentimientos de honor completamente nuevos. Vivia familiarmente con sus soldados, á quienes conocia por su nombre. Cierto dia penetró en el campamento turco, y estuvo vendiendo de sol á sol comestibles delante de la tienda del bajá, á quien supo despues dar cuenta hasta de los manjares que se habian servido á su mesa. Tambien se deslizó en Viena sin ser conocido cuando la tenia bloqueada, y permaneció allí todo el tiempo

(2) Véase pág. 255.

(3) El águila de dos cabezas no se ve antes del año de 1459; pero se halla en una moneda de cobre de los turcomanos ortocidas hácia 1220. MARSDEN'S *Numismata Orientalia*.

que quiso: luego salió rodando una rueda. Después del asedio de Viena la Nueva, de que se apoderó, regaló en señal de estimacion su retrato á los habitantes. Leia todas las cartas que recibia, y escribia ó dictaba todas las respuestas en términos breves y resueltos. Así intimaba al papa: *Vuestra Santidad esté seguro de que la nacion húngara cambiará la doble cruz de su escudo de armas en cruz triple, antes que dejar conferir por la sede apostólica los beneficios de real prerogativa.* Y á los habitantes de Buda: *Matías, por la gracia de Dios, rey de Hungría. Buenos dias, ciudadanos. Si no llegais á presentaros al rey todos, perdereis la cabeza. Dado en Buda. El Rey.*

Reformó la justicia promulgando el *Decretum majus*, que es una transaccion entre los nobles y el pueblo. Manifestábanse los primeros celosos, como en todas partes, por conservar sus privilegios, sus justicias privadas, y por imponer respeto á un príncipe de su eleccion, á la par que el pueblo queria un poder central. Por eso al mismo tiempo que abolia las justicias palatinas, agregó al presidente de los tribunales reales ocho ó diez asesores escogidos entre los magnates; y entre los húngaros ha quedado este proverbio: *Desde Corvino ya no hay justicia.* Beatriz de Nápoles, su esposa, le hizo introducir en la córte más lujo y esmero, y rodeándose de literatos, hubiera querido hacer de la Hungría otra Italia (4). Estimaba mucho principalmente á Antonio Bonfinio de Ascoli, quien escribió una historia de este pais, que puede rivalizar con la de Tito Livio, es decir, que es elegante y mentiroso, y que, para evitar las palabras nuevas, desnaturaliza las ideas (5). Tambien la astrología, la arquitectura, la táctica, fueron protegidas por Corvino, quien fundó la universidad de Buda, donde se reunieron cuarenta mil estudiantes, con maestros y criados, en un inmenso recinto, encerrando graneros, un hospital y todas las dependencias necesarias. Igualmente creó una biblioteca con una dotacion de treinta mil ducados anuales. Hacia comprar todos los libros impresos y copias de manuscritos, lo cual le permitió dejarla rica con cincuenta y cinco mil volúmenes, número que no poseia ninguna otra en el mundo.

Sólo la muerte de Corvino permitió á Maximiliano recuperar su archiducado (1490). Marchando entonces contra la Hungría, hasta obtuvo el derecho eventual de suceder á esta corona, que sus sucesores reunieron más tarde á sus posesiones hereditarias.

---

(4) Bonfinio dice: *Rerum Hungaricarum*, Dec. IV: *Pannoniam Italiam alteram reddere conabatur... Varias quibus olim carebat artes eximiosque artifices ex Italia magno sumptu evocavit... Olitores, cultores hortorum, agriculturæque magistros, qui caseos etiam latino, siculo, græco more conficerent.*

(5) J. A. Fessler.—*Matthias Corvinus.* Breslau, 1806. —S. Horvath, *Verthiédigung Ludwigs I und Matthias Corvin's.* Pest, 1815.—*Gly. Spanyk. Hist. prag. reg. Hungariæ.* Pest, 1844.

CAPÍTULO XV

SUIZA.

Los paises de que era oriunda la casa de Austria, sacudieron el yugo y se constituyeron en una libertad duradera.

Las montañas de que bajan los rios al suelo italiano, y al de la Alemania occidental, habian sido visitadas por los ejércitos de Roma. Las riberas del Leman vieron á las águilas latinas huir delante de los cimbros. César llegó á impedir á los helvecios que penetrasen en la Galia, hácia la cual se iban ya adelantando, después de haber prendido fuego á sus aldeas: los venció, obligándoles á tornar á los hogares desamparados. Los retios y los vindelicios, que habitaban los actuales cantones de Uri, de Saint-Gall, de Apenzell y de los Grisones, se mostraron formidables enemigos para la imperial Roma: habiéndose calmado luego su ardor belicoso, parte de la Suiza permaneció unida á Italia, otra parte á la Galia y á la Alemania. A pesar de los numerosos castillos que la defendian contra las invasiones de los bárbaros, ocuparon diferentes distritos de ella. Estableciéronse los borgoñones al occidente de Berna, en el territorio de Friburgo, del Valais, en Saboya y en el Delfinado, á la par que los alemanes se fijaban en Argovia á las orillas del Reuss, del lago de Constanza y del Rhin hasta Colonia. Estos apacentaban sus rebaños, aquellos cultivaban sus campos; unos destruian ciudades, otros se civilizaban poco á poco. Habiendo recibido menos extranjeros la Retia, que pertenecia al gobierno de Italia, conservó en gran parte el idioma latino, al paso que en el Occidente se introdujo una variedad del francés, y la lengua alemana hácia el Oriente, en los valles de Aar y lago de Constanza. En la division que hizo Carlomagno, parte del pais pertenecia al ducado de Alemania y parte á la Borgoña de más allá del Jura.

Al hablar de la Francia hemos narrado las vicisitudes de Borgoña.

Si hay un pais en que la civilizacion aparezca obra de la religion, es sin duda en medio de esas montañas en que cada convento se hacia, no sólo un centro de santidad y de instruccion, sino tambien de comercio y de vida industrial, y de donde resultaba una ciudad muy en breve. Gall y Sigeberto iban hasta desde Irlanda y Escocia á fundar en las orillas del Rhin abadias, que venian á ser después San Gall y Dissentis, refugios del oprimido y al mismo tiempo del saber, y donde se debia escribir por primera vez la lengua alemana, y oirse los primeros poemas caballerescos. La ermita situada cerca del lago de Zurich, donde predicaba el piadoso Meinrad, fué después el magnífico monasterio de Einsiedeln; Ruprechat edificaba otro en el sitio donde el Limmat se convierte de arroyo en rio; Wickhard otro donde el Reuss sale del lago de los Cuatro Cantones; estos dos conventos son hoy las ciudades de Zurich y Lucerna. La celda de un abad (*Abt-zell*), dió origen á Apencell, y la de San Hilario á Glaris. En la Helvecia romana florecian las abadias de San Mauricio, de Payerne, de Romans-Moutiers, de San Ursino y de Lausanna.

Los pastores y cazadores de los alrededores, erigian sus cabañas cerca de la casa de los siervos de Dios, y como en todas partes, los monjes enseñaron á vivir moralmente, á desmontar los bosques, á regularizar los torrentes, á sanear los pantanos; crearon así la riqueza de un pais que en el dia les niega un asilo. Cuando los húngaros asolaron la Europa, las montañas no parecieron un baluarte suficiente contra su furia; y fué preciso rodear las aldeas de murallas y fosos para que los habitantes del campo pudiesen refugiarse á la primera voz de alerta. Entonces los castillejos donde no existia más que un fanal para dirigir á los caminantes, ó una ensenada para abrigarse las barcas, se cambiaron en ciudades (Lucerna, Schafthouse)

que rivalizaban con las antiguas de Ginebra y Lausanna, formándose en ellas comunidades de hombres libres gobernadas por patricios. Diversos condes obtuvieron su gobierno y después su dominio; y el sistema eclesiástico y feudal contribuyó á aumentar la poblacion, cuya historia se confunde con la de los reinos vecinos.

La parte alemana y la que está contigua á la Francia dependian igualmente del Imperio; la primera como parte del reino de Germania, la otra como provincia del reino de Arlés, gobernada por los *rectores de Borgoña*, dignidad hereditaria en la casa de Zaringen. Cuando se estinguió aquella familia en 1218, las familias aliadas con ella y dependientes inmediatamente del Imperio, ó bien los señores eclesiásticos investidos por el emperador, se repartieron sus dominios, las posesiones de Suabia tocaron á los condes de Friburgo y de Furstenberg, y parte de ellas en Suiza á los condes de Kiburgo; el conde de Saboya tomó el pais de Valdo y los nobles las ciudades de Suiza. Otro tanto aconteció cuando los Hoenstaufen cesaron de gobernar la Suiza alemana; encontróse el pais fraccionado en señoríos eclesiásticos ó seglares, y sólo existian los municipios en las ciudades dependientes del Imperio. Tampoco era muy poderoso el emperador, porque todo estaba en feudo, á escepcion de los cantones campestres, y el Hasli, que se gobernaba por leyes propias, y la Turgovia occidental, menos la parte que estaba sometida al obispo de Constanza. El abad de San Gall tenia el Rhintal y Apencell; la ciudad de Lausanna pertenecia á su obispo, y el de Basilea, tenia derechos soberanos, aunque no era un verdadero señor; Lucerna dependia de la abadia de Murbach en Alsacia, el cabildo de San Leger en Lucerna, dominaba en una parte del Unterwald; lo restante de éste y los cantones de Uri y Schwitz estaban sometidos al cabildo de Munster en el Ergau. En el siglo XIII se contaban en Suiza cincuenta condados, ciento cincuenta baronias, mil familias nobles. Lausanna, Friburgo, Ginebra, Berna, poseian privilegios y franquicias y especialmente Basilea. Schwitz, que dió después su nombre á todo el pais, gozaba oscuramente de su libertad á la sombra del monasterio de Einsiedeln, recibiendo enviados espedidos por el emperador, asociándose con Uri y Unterwalden para rechazar á todo el que quisiera atacarla, ó suscitase alguna cuestion sobre los pastos.

Las constituciones de estos Estados eran muy variadas, á la vez feudales y patriarcales. El movimiento contra el feudalismo se consumó allí como en otras partes; los bailío imperiales se esforzaban en quebrantar la tirania, aliándose con los pequeños contra los poderosos, con la muchedumbre contra los señores; y las fortalezas de las ciudades se levantaron contra los castillos aristocráticos. Los señores de Zaringen fueron de los que con más ánimo trataron de distribuir el feudalismo, y Bertoldo V, de aquella casa, fué el fundador de Berna, porque ciñó de murallas la ciudad primitiva en las orillas del Aar, cubiertas de sombrios abetos y cultivadas por pobres siervos. Berna dependió inmediatamente del Imperio. Todo noble que compraba allí una casa era ciudadano. Muchos artesanos de los alrededores fueron á establecerse en ella: el obispo de Lausanna construyó una iglesia, y aunque la ciudad no poseia más que algunos pastos y algun bosque, oponia una resistencia enérgica á todo el que atacaba sus franquicias. Veinte y siete años después de su fundacion murió el último de los Zaringen, y una carta de Federico II reconoció la libertad de Berna. Allí se declaraba á uno mayor de edad á los catorce años; el juramento de fidelidad al Imperio, á la ciudad, á los magistrados se prestaba á los quince, y todos se obligaban á socorrerse recíprocamente. En caso de homicidio de un ciudadano, cada uno podia provocar el juicio ya por el duelo, ya por los tribunales. Estaba uno en el derecho de hacerse justicia á sí mismo cuando era atacado en su casa, ó cuando entrase en la ciudad un forastero que les hubiera ofendido. En las disputas, sobre todo con los estranjeros, todos tomaban parte, sin atenerse á reconocer, no la razon, sino el honor y el interés de la ciudad. Elegíanse anualmente un preboste y consejeros; un oficial decidia de los negocios de guerra, de rentas, de tutela, de sucesion; y nadie más que el emperador podia invalidar sus sentencias. Segun los términos de un estatuto particular, el hijo que vivia con su mujer en la casa materna estaba obligado á cederle á su madre el primer lugar en el hogar.

Varios señores que habian llegado del Oberland, de Argovia y del Uchland á hacerse ciudadanos de Berna, habian conservado sus antiguos castillos, formando así una confederacion que se estendia desde Soleura hasta la cima de los Alpes, y que poderosa por las armas, como otras por el comercio y las artes, elevó esta ciudad á la categoria de las más importantes. De aquí el carácter particular de su poblacion, donde existen á un mismo tiempo sin fusion ni repulsion, los plebeyos libertos y los señores que, aunque dominando en los castillos, son vecinos en la ciudad. Era para ellos como una ciudadela en la que los artesanos formaban la guarnicion, y donde se refugiaban en tiempo de guerra, para encontrar fuerza en la union de todos: después se acostumbraron á las comodidades de la ciudad, y en la inquietud absorbieron todos los poderes, ó en la guerra hicieron á Berna más guerrera que cualquiera otra nacion.

Zurich, centro de las espediciones para la Italia, la Alemania, los Paises Bajos y una parte de la Francia, era gobernada en comun por un consul unido á jueces eclesiásticos. Todo el que juraba servir por lo menos diez años á la república, con sus consejos, su brazo y su dinero, comprar ó edificar una casa, era admitido en ella como ciudadano. Al sonido de la campana todos se reunian en una altura, para discutir sobre los intereses pú-

blicos, sobre la guerra, sobre el precio de los géneros, sobre el derecho de reconocer al emperador. Cada cuatro meses se renovaba el concejo, compuesto de doce caballeros y de veinte y cuatro plebeyos, que encargados del gobierno, ejercian el poder ejecutivo y administraban justicia. Los ciudadanos que se enriquecian, se convertian en caballeros, sin cambiar de nombre, ni renunciar al comercio; pero aunque viviendo de él, no descuidaban ni el estudio ni las musas. Los que formaban asociaciones ó hermandades nuevas, escepto las de artesanos, eran castigados. Si se enemistaban dos ciudadanos, ambos eran desterrados. El que daba muerte á otro perdia el derecho de ciudadania y sus bienes; perdia la vida si era extranjero. No habia instancia del ofendido para castigar la injuria. El abogado imperial no intervenia en el concejo sino cuando era llamado, y le pertenecian las causas en que habia efusion de sangre. No se podia invitar á las nupcias á más de veinte matronas, ni llamar á ellas á más de dos oboés, dos vtolines y dos cantantes.

Entre los condes inferiores prevalecian al Sudoeste los de Saboya, en el centro y septentrion los de Kiburgo, Tokenburgo y Habsburgo. Esta última familia se engrandeció más todavia cuando Rodolfo, que fué emperador posteriormente, añadió á los dominios de sus antepasados los de Kiburgo y los de Lenzburgo. Estos aumentos, que debia tanto á herencias como á compras, le sugirieron la idea de formar con ellos un nuevo ducado de Suabia, ó de resucitar el reino de Borgoña, que destinaba á su segundo hijo, cuando hubo dotado al primogénito con los bienes del Imperio. De consiguiente le miraron los suizos con temor por el peligro que corrian sus franquicias, y no respiraron sino cuando Adolfo de Nassau le sucedió en el trono imperial. Pero cuando sucumbió éste (1288), los cantones silvestres de Schwitz, de Uri y de Unterwald, que estaban sometidos inmediatamente al Imperio, renovaron la antigua liga y enviaron á pedir á Alberto la confirmacion de sus privilegios. Muy opuesto Alberto á las franquicias respondió que su constitucion no tardaria en ser cambiada. En efecto, meditaba el proyecto de obligarles como á los demás paises á que se pusieran bajo la proteccion, es decir, bajo la autoridad de la casa de Austria. Resueltamente manifestaron los tres cantones intenciones contrarias, pidiendo que se les enviase un abogado imperial con jurisdiccion de sangre. Pero en vez de este magistrado les envió Alberto dos comisarios austriacos, Gesler de Brunek y Beringer de Landenberg, no como en otro tiempo para visitar el pais dos veces al año y administrar justicia, sino para permanecer allí ejerciendo la autoridad con todo rigor, con la esperanza de que fatigados los habitantes de la administracion imperial, reclamaran la de Austria.

Para secundar estos proyectos ordenaron los baiíos á las gentes del pais que les construyeran residencias fortificadas, aumentaron los peajes, se mostraron implacables en los castigos, y maltrataron á las antiguas familias, cuyas sencillas costumbres no escluian la nobleza. Por su parte Alberto impuso gabelas á todo lo que pasaba desde sus Estados á los cantones, y prohibió entre ellos todo cambio de productos. Wolfenschiessen, hombre del pais, fautor de los extranjeros, aspiró á seducir á la mujer de Baumgartem, quien le dió muerte. Viendo Gessler la casa que los Stauffacher construian en Steinen, empezó á decir: «¿Qué oficio produce á estos nobles ordeña-vacas lo necesario para hacer estas habitaciones?» Mandó que le quitaran á Arnoldo de Melchtal, de Unterwald, sus bueyes, por una supuesta desobediencia, diciendo: «Estos villanos saben arrastrar por sí solos el arado.» Melchtal defendió sus yuntas, dió de palos al alguacil y huyó á Uri. Pero Gessler halló aquí pretesto para castigar al padre del delincuente, firme defensor de las franquicias de su patria, y mandó que le sacaran los ojos. Contando el hijo este hecho atroz, escitó la indignacion del baron Walter Furst de Altinghausen, muy venerado en Schwitz por su moderacion y su patriotismo: ambos conferenciaron con Werner de Stauffacher sobre los medios de resistir á la creciente tirania de los Habsburgos, y no vieron más que uno solo, el de consolidar su union. En su consecuencia, se reunieron una noche con sus amigos en Rutli (7 de noviembre de 1307), sitio aislado junto al lago de los Cuatro Cantones, y levantando la mano pronunciaron este juramento: «En el nombre de Dios que hizo al emperador y al campesino, y de quien se derivan los derechos de los hombres, no dañaremos á la casa de Habsburgo en sus bienes y en sus personas, economizaremos la sangre; pero protegeremos de comun acuerdo nuestros derechos.»

Guillermo Tell.—Entre los conjurados se hallaba Guillermo Tell, de Burglen, yerno de Walter Furst, conocido por su carácter osado, y por la seguridad de su punteria en el tiro del arco. Al entrar en Alfort, vió en lo alto de una estaca un gorro al que habia mandado Gessler que saludaran todos cuando pasaran por delante, quizá con la intencion de sondear los ánimos, pues habia entreoido algo de la conjuracion. Guillermo se negó á humillacion semejante. Gessler mandó que fuera preso: y odiándole por ser buen patriota le condenó á muerte: después, sabiendo su habilidad en el arco, le prometió la vida si atravesaba una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Tell acertó el tiro; pero declaró al tirano que la segunda flecha que llevaba le estaba destinada si hubiera errado el tiro. Gessler se aprovechó de esta declaracion para disponer que fuera encarcelado en Kussnacht, al otro lado del lago. El mismo quiso conducirle y se embarcó en su compañia; pero cuando se hallan cerca de Rutli, el terrible viento *Fohen* se desencadena desde las gargantas del San Gotardo, y alteró las ondas del lago con tanta violencia, que la barca está á punto de sumergirse. El peligro obliga á que se desate á Tell, á quien se confian dos remos:

llega á la escarpada orilla, salta á tierra y con su pié empuja la barca á merced de las ondas. Libre Gessler con trabajo de su furia, amenazaba al fugitivo con una terrible venganza, cuando la flecha de Tell le atravesó (1).

Emancipados los conjurados del tirano cuando menos lo pensaban, se mantuvieron tranquilos hasta el primer dia del año 1308, en que se apoderaron á viva fuerza, ó por astucia, de los castillos de los señores. Un jóven de Unterwald introdujo á sus camaradas en el de Rozberg, por medio de la cuerda que le habia echado una mujer á quien amaba. En Sarnen entraron en el patio como para llevar el aguinaldo de costumbre el primer dia del año: lo mismo sucedió en otras partes. Habiéndose reunido después en Brunnen, celebraron los tres cantones de las selvas una alianza por diez años.

Ya habia sido derrotado Alberto en la jornada de Donnerbuhl por los berneses, quienes destruyeron los castillos de los barones parciales suyos. Tratando entonces de rebelion lo que no era otra cosa que la defensa justa de derechos amenazados, se habia puesto en marcha animado de una violenta cólera, cuando su sobrino le hirió de un golpe mortal (2). La venganza de su viuda hizo correr torrentes de sangre, pero no sofocó ni acabó con la libertad. Leopoldo, hijo segundo de Alberto, pensó más sériamente en ello, y á la cabeza de la nobleza feudal del Austria asaltó á los montañeses, confiando de tal modo en la victoria, que habia hecho provision de cuerdas para ahorcarlos ó para llevarlos esclavos.

---

(1) En la crónica de Saxo Gramático, muerto un siglo antes que Guillermo Tell, se halla narrado el mismo hecho como acaecido á Toko, bajo Haroldo Blaatand, rey de Dinamarca en el siglo X. En 1760 apareció impreso en Berna, *El Guillermo Tell, fábula danesa*, libro en que se señalaba esta analogía para quitar todo crédito á la narracion nacional: levantose contra esta obra una reprobacion universal; el autor desconocido fué condenado á muerte por contumacia y refutado por muchos escritores, entre otros por Baltasar de Lucerna en la *Defensa de Guillermo Tell*, y por el hijo del célebre Haller en el *Rede über Wilhelm Tell*. Actualmente se cree que el autor del folleto anónimo era V. Freudenberger, ministro de Ligerz, y lo que en él pareció crímen de lesa nacionalidad, vino á ser casi una opinion comun, tanto más, cuanto que un hecho idéntico se halla atribuido á un Guillermo Tell respecto de un conde de Seedorf, del canton de Uri, familia estinguida en el siglo XII, y el nombre Gessler no figura en la série de los gobernadores de Kussnacht. Causa repugnancia negar una accion atestiguada tan solemnemente por las crónicas, por los cantos populares y por la tradicion constante; pero ¿quién ha calculado bien todavia el valor de la tradicion? Se ha supuesto que los suizos habian emigrado originariamente de la Escandinavia, y traido de allí esta leyenda; pero esta emigracion se remontaria mas allá de Toko y de Haroldo. Véanse las opiniones que hay sobre esto en L. IDELER, *Die Sage vom Schusse des Tell*, Berlin, 1826, y L. HŒUSSEL, *Die Sage vom Tell*. Heidelberg, 1840.

(2) Véase la pág. 344.

Batalla de Morgarten.—Después de haber invocado los confederados con la oracion al Dios protector de los pueblos, se apostaron cerca de Morgarten, en número de mil y trescientos, armados sólo de alabardas, para hacer frente á las pesadas armas caballerescas. Cincuenta desterrados llegaron á ofrecer sus brazos en defensa de la patria, si queria recibirlos en sus filas. Pero no habiendo sido admitidos tomaron posicion fuera de los límites de Schwitz, y descargaron sobre la caballeria enemiga tales moles de rocas que desbarataron sus filas. Aprovecháronse de esto los terribles pastores para poner á los enemigos en derrota: derogándose después la sentencia de destierro contra aquellos cincuenta generosos auxiliares, renovaron su confederacion á perpetuidad.

Otros cantones solicitaron entrar en la liga: primero Lucerna, á pesar de la oposicion de la nobleza (1332); luego Zurich, ciudad populosa y rica (1351); en seguida Glaris y Zug (1352). Todo lo habia puesto por obra el Austria para contener este engrandecimiento, ora sembrando la discordia, ora empleando la guerra abierta. Y Leopoldo sitiaba á Soleura, cuando saliendo de madre el Aar de repente, se llevó á una porcion de soldados austriacos. Olvidando entonces aquellos generosos ciudadanos que eran enemigos, acudieron para libertarles de la muerte, y después de hacerles entrar en calor y nutrirlos los enviaron á su campamento. En todas partes, en vez de matar y de oprimir, como hacian los invasores, salvaban la vida y daban la libertad, aumentando de esta suerte el número de sus amigos; y resplandeciendo en todas las alturas fuegos artificiales, anunciaban á lo lejos las victorias que aseguraban la independencia del pais y la incorporacion de nuevos hermanos.

Alberto II atribuia especialmente grande importancia á la sumision de Zurich. Llegó, pues, á atacarla con treinta mil infantes y cuatro mil caballos; pero se tuvo que dar por venturoso con obtener la paz. Sin embargo, tuvo cuidado de insertar en el tratado ciertas cláusulas, que indicaban un derecho de soberania feudal sobre los cantones de las selvas (1353). De aquí resultaron motivos de desavenencia.

En esto fué acusada Berna de alimentar la enemistad contra los barones y de escitar el descontento entre sus vasallos. De esto resultó que los señores de Uchtland y de Argovia se ligaron contra ella, y pretendian arrasarla con 700 señores, 1,200 caballeros, 3,000 hombres á caballo y 15,000 infantes. Reducida, empero, á sus propias fuerzas, no cayó en desaliento; los ancianos tomaron las armas con los demás, y á su cabeza el caballero Rodulfo de Herlach, á condicion de que se le jurase una obediencia absoluta, pudiendo sólo la disciplina ayudar á triunfar del número. Habiendo, pues, reunido á los habitantes útiles, y el pequeño número de auxiliares enviados por los cantones suizos, se puso en marcha para hacer levantar el sitio de Laupen, y ganó una célebre batalla. Después de

aquella victoria Berna entró en la liga, y pronto se encontró á la cabeza del más estenso y poderoso canton de la Suiza, que parece reune los diferentes climas y pueblos de la confederacion, desde los austeros valles del Grindelwald y de Lauterbrunnen hasta las arcádicas delicias del Oberland. De esta manera contó la Confederacion suiza ocho cantones (1355), número que permaneció el mismo durante ciento veinte y cinco años.

Alberto II pretendia obligar á Zug y Glaris á renunciar á su alianza con los cantones silvestres. Cárlos IV cuya intervencion reclamó, se adelantó con un ejército para obligarles á ello, pero fué en vano, y Alberto se vió precisado á consentir en una tregua (1358), que por espacio de veinte y cinco años dejó en una paz tan completa á los cantones que para nada suenan los suizos en este tiempo.

Hubieran podido unirse éstos á las ciudades de Suabia, que tenian los mismos enemigos é intereses; pero los cantones democráticos envidiaban las ciudades, y estos celos eran recíprocos; permanecieron, pues, aislados, y cuando cincuenta y una ciudades rhenanas de Suabia y de Franconia pidieron confederarse con ellos, los cuatro cantones se negaron, diciendo: *Nuestro brazo y la ayuda de Dios bastan á nuestra independencia.* Aun en el interior, las ciudades declararon la guerra al campo, y los campesinos á los señores queriendo verse libres, no solo de este ó de aquel baron, sino de todos ellos.

Guerra de Kiburgo.—Los señores de Kiburgo, aunque despojados por los Habsburgos, conservaban algunas posesiones disputadas por la ciudad de Soleura. Vuelto á sus hogares Rodolfo de Kiburgo, con mucha gloria y poco dinero, después de haber guerreado en Normandia como aventurero, quiso indemnizarse ocupando á Soleura; pero evitaron la sorpresa y tuvo que contentarse con asolar los huertos de las cercanias. Resultó de ello una guerra, donde se mostró el valor de los suizos, al mismo tiempo que la animosidad de los señores. Leopoldo de Austria, sobrino de aquel que habia sido derrotado en Morgarten, acudió á abatir el orgullo de los confederados, que no querian dejarse hacer esclavos por su vasallo, y que enviaron su declaracion de guerra á ciento sesenta y siete señores en el espacio de doce dias.

Batalla de Sampach.—Marchó Leopoldo sobre Sempach (9 de julio de 1386), y cuatro mil nobles caballeros que formaban la vanguardia, comenzaron el ataque. Pero siendo desfavorable el terreno para la caballeria, echaron pié á tierra ,y después de haber cortado los largos picos retorcidos de su calzado, se adelantaron en batallones en masa de cuatro filas, en las que las lanzas del cuarto estaban al nivel de las del primero, oponiendo de esta manera al enemigo una muralla erizada de hierro. En vano trataron los suizos de cortarla, hasta el momento en que Arnoldo Winkelried, caballero de Unterwald, resuelto á dar la vida por su patria, gritó á los suyos: *Os recomiendo mi mujer y mis hijos; os voy á abrir paso, seguidme*, se abrazó á tantas picas como pudo, apretándolas contra el pecho, mientras que sus compañeros, precipitándose por aquella brecha, introdujeron el desórden en la falange enemiga. Seiscientos cincuenta y seis barones, caballeros, abanderados, fueron derrotados, la bandera austriaca fué abatida, y el mismo Leopoldo fué herido y después muerto por un pastor; los demás emprendieron la fuga.

En la batalla de Laupen, un capellan no habia cesado de tener el Santísimo Sacramento á la cabeza del ejército. Antes de llegar á las manos en Sempach, los intrépidos montañeses se arrodillaron para rogar á Dios:—rogar á Dios es vencer á los tiranos. En un canto popular de Alberto Tschudi, zapatero de Lucerna, se encuentran estas palabras: «Los suizos religiosos se prosternan en tierra, y ruegan al cielo en alta voz: ¡Oh Jesucristo, poderoso Dios, en nombre de tu muerte y de tu pasion, concédenos tu apoyo, á nosotros pobres pecadores; libértanos de la angustia y del peligro! ¡Buen Dios, protege este país y los que le habitan; sosténle, consérvale la libertad!»

Después de un año de tregua (1388), habiendo reparado sus pérdidas los austriacos, atacaron á Glaris; pero de nuevo fueron batidos en Næfels. Entonces se decretó que todos los años, el primer jueves de abril, acudiria un hombre por vecino á Næfels para permanecer allí doce dias en rogativas y fiestas. Cuando la procesion llegaba á la bandera de Glaris, se recitaba la historia de las dos jornadas de Sempach y Næfels, mencionando los nombres de los ciudadanos que habian perecido allí; habíase dicho una misa por ellos y se tributaban acciones de gracias á Dios, á la Vírgen, á San Fridolino y á San Hilarion, patronos de la Suiza.

Aprovecháronse de su victoria los confederados para hacer nuevas adquisiciones, hasta el momento en que se concluyó la paz en Viena por siete años. En aquel intérvalo organizaron su confederacion, en la que crecia el elemento popular desde que tantos barones y condes habian perecido en las batallas anteriores. La fama de los valientes pastores que en cinco años habian conseguido cuatro grandes victorias sobre lo selecto de los caballeros alemanes, se estendió fuera; el nombre de los habitantes de Schwitz vino á ser el de todos los helvecios *(schwitzer)*; y ya por ambicion y con miras particulares, ya por amor al dinero, descendieron de los valles del Reuss y del Tesino para pelear en Lombardia, donde tuvieron que luchar contra las tropas de los Visconti, en los montuosos paises que debian después formar parte de sus bailiatos.

Grisones.—Por la otra parte de los Alpes, los restos de los antiguos etruscos, refugiados en la Retia, en medio de inaccesibles rocas, donde habian conservado la lengua *ladina*, habian formado tambien ligas. Los obispos de Coira eran allí poderosos; pero á la par de ellos habian crecido los

barones de Sax, de Räzuns, los condes de Werdenberg, de Monfort, de Tockemburgo, y los abades de Dissentis, que así como el arzobispo de Coira, eran príncipes del Imperio, y que todos fueron inmediatos cuando cayó la casa de Hohenstaufen. Varios de aquellos señores, que habian pactado con Glaris una liga que debia de durar tanto como la montaña y el valle, el obispo consideró en esto un acto de hostilidad, é hizo detener al paso los rebaños de Glaris. Los pastores tomaron las armas y saquearon el pais. Confederóse el obispo con otros señores; después, habiéndosele vuelto hostil la misma ciudad de su residencia, se unió al Austria, y la guerra incendió todo el pais. El hermoso valle de Schams *(sex amnes*, seis rios) estaba dominado por los castillos de Baremburgo y de Fardun, desde los cuales los condes de Werdenberg hacian continuas rapiñas, metian sus rebaños en las mieses, ó robaban á las mujeres.

Trataron los concejos de oponerse, uniéndose, á estas vejaciones y á estas ligas. Habiéndose, pues, reunido en Truns, secundados por el abad de Dissentis, suspendieron sus *capotes grises*, de sus ferrados bastones clavados en la roca, é hicieron el juramento de defender, contra todos, sus derechos. Muchos señores se unieron á ellos, otros fueron precisados por la fuerza; después, habiéndose reunido de nuevo todos en Truns (1424), juraron permanecer amigos y aliados, colocando cuerpos, bienes, tierras y soldados bajo la mútua garantia. «Nos ayudaremos con consejos y armas; la venta y la compra serán libres entre nosotros. Velaremos por la seguridad de los caminos y de la paz. Nadie podrá hacerse justicia á sí mismo, ni atentar á la libertad ó posesiones de otro, sino que todos deberán dirigirse á los tribunales competentes. Nobles y plebeyos, ricos y pobres, todos serán respetados en su persona y en sus bienes. No se pondrán trabas á la libre eleccion del abad de Dissentis; en caso de graves contiendas, este abad nombrará tres árbitros y tres los principales barones; y si su fallo no es observado, le hará valer de cualquiera manera que sea.»

Esta liga fué llamada *Superior*. Otra designada con el nombre de *Caddea* (Casa de Dios), se formó entre los habitantes de Räzuns, Tomiliasca, Heinzenberg y la llauura, para resistir á toda violencia, aun cuando fuese de parte del obispo y de los barones, que debieron acceder á ella. Recibieron además, en Ilantz, la adhesion de otros varios paises más silvestres. Cuando los condes de Tockemburgo se estinguieron, las diez jurisdicciones que dependian de ellos se unieron con los Plata y Engadina, y resultó la tercera liga, llamada de las *Diez derechuras ó iudicaturas*. Todas se unieron en Vaserol, formando la república de los Grisones (1471), que debia tener alternativamente sus asambleas en Cora, en Ilantz y Davos. Estas se encontraron pronto mezcladas á los negocios de Italia, como lo veremos después.

Apenzell habia sido adjudicada por los reyes de Francia á la abadia de San Gall, que habia desmontado estas soledades. Cuno de Stauffen, abad á fines del siglo XIV, aumentaba y renovaba los tributos con rigor; y despreciaba á los montañeses. Uno de sus empleados impuso una contribucion sobre la leche y sobre el queso, haciendo perseguir por perros al que no lo pagaba. Semejante tirania no podia subsistir con los ejemplos de libertad que ofrecian las cercanias. En efecto, las aldeas de Apenzell se entendieron secretamente, ocuparon los castillos, y se unieron á los cantones suizos. El abad llamó en su auxilio á las ciudades de Suabia, sus confederadas; pero su ejército fué derrotado por los campesinos junto á Speicher (1493). Entonces se dirigió á Federico de Austria, deseoso siempre de encontrar una ocasion de vengar la muerte de su padre, y de sostener á los nobles. Pero Apenzell fué sostenida por Rodolfo, conde de Werbenberg, que despojado de sus dominios por los austriacos, hizo causa comun contra los oprimidos; abandona la armadura por el cayado de los pastores, y moderando con su habilidad el valor de los montañeses, hizo sufrir una nueva derrota al enemigo (1405). Habiendo tratado en vano Federico de sorprender á Apenzell, se vió obligado á volver á pasar vergonzosamente el Rhin. Poco faltó para que los vencedores atrajesen á la confederacion, tambien el Tirol, lo que hubiera cerrado por esta parte la Italia al Austria. Pero habiéndose reunido los señores en seis asociaciones, tomaron á su sueldo á los mercenarios de la compañia de San Jorge, y libertaron á Bregenz sitiada por los republicanos. El orgulloso abad de San Gall se vió obligado á ceder y á ponerse bajo la proteccion de los de Apenzell, á quienes antes mandaba; y Rodolfo fué restablecido en las posesiones de sus antepasados.

Se continuó, sin embargo, peleando, hasta que el emperador Roberto citó á las partes contendientes á comparecer en Constanza (1408), donde se firmó una alianza de Apenzell con San Gall con las condiciones de que no se reedificaria ninguno de los castillos destruidos, y que el duque de Austria recobraria las posesiones que se le habian quitado, confirmando, sin embargo, los antiguos privilegios de las ciudades y del pais. Pero muy luego Apenzell fué admitido como aliado de los demás cantones (1411), aunque refrenando su ardor guerrero, impidiéndole tomar las armas sin el consentimiento de todos los suizos.

Agitábase entre tanto la Iglesia en el concilio de Constanza, y Segismundo desterró del imperio á Federico de Austria que habia favorecido la fuga de Juan XXIII, y escitó á los suizos á armarse contra el enemigo hereditario, animándolos con que les concederia cuanto quitasen á aquel príncipe. Efectivamente, invadieron sus dominios y derechos, y pudieron gloriarse de haber penetrado en el castillo de Baden, donde destruyeron los aposentos en que Alberto habia meditado la opresion de los Waldstetten y preparado Leopoldo las batallas de

Morgarten y de Sempach. Habiéndose reconciliado Federico con el emperador, cesaron las hostilidades, pero retuvieron sus conquistas como prenda del dinero suministrado.

Aquellos hombres tan sencillos en la formacion de sus ligas, tan intrépidos en sostenerlas, no sabian mantenerse en paz, á pesar de todo. Las elecciones, la comunidad de los pastos, la rivalidad y hasta la ambicion llegaban á desunirles en breve. Dividíanse tambien tomando partido por tal ó cual emperador, por tal ó cual papa, á la par que los barones atizaban los ódios para sacar provecho de ellos, y que los duques reservaban inevitablemente su apoyo á todo el que queria perjudicar á los confederados. La triste série de estas discordias fratricidas comenzó á la muerte del último conde de Tockemburgo, cuando una porcion de pretendientes alegaron sus derechos á la inmensa herencia que dejaba á las dos orillas del Rhin. Aspirando después Zurich á conquistas, suscitó la guerra civil (1439), y trató con arrogancia á los paises que queria ocupar en los dominios de Tockemburgo. Su burgomaestre se atrevió á decir á los de Usnach: «¿Ignorais por ventura, que nos perteneceis con vuestra ciudad, vuestro pais, vuestras haciendas y hasta vuestras entrañas?» Pero ellos contestaron: *Allá lo veremos*. Mientras que Zurich adoptaba este tono altanero con sus hermanos, se humillaba con los poderosos, protestando á Federico, que era inocente de la sangre derramada en Sempach y Morgarten; se alió con él y le prometió, mediante el abandono de algunas antiguas posesiones de Habsburgo, su ayuda contra los confederados. Sin embargo, su poca aptitud para la guerra y las pérdidas que habia esperimentado en los primeros choques, donde corrió á torrentes la sangre suiza, y á que siguieron ejecuciones atroces, le determinaron á pedir á Cárlos VII de Francia algunas de aquellas compañias que devastaban impunemente este pais, á la sazon en paz. Regocijóse de ello el monarca, y llevando consigo el delfin Luis cuarenta mil armañacs, se aproximó á Basilea donde se celebraba el concilio, quizá con la intencion de disolverle segun el deseo del papa. Algunos valerosos suizos que habian acudido á defenderle, rechazaron aquellas bandas aguerridas; no obstante, sorprendidos cerca de Basilea por el grueso de los armañacs, perecieron todos, á escepcion de diez y seis (1444), á quienes jamás perdonaron sus compatriotas haber apelado á la fuga.

Habia alcanzado el delfin la victoria; pero á tanta costa, que no se atrevió á continuar la guerra. Retiróse devastando el pais de tan horrible modo, que aun no se ha estinguido la memoria de los *desolladores*. Entonces supo apreciar este príncipe el valor de los suizos, y se perpetuó entre los dos paises la paz que celebró con ellos; no cesó la Suiza de suministrar á la Francia (3), tropas prontas á morir por ella ó por sus reyes con un valor y una fidelidad admirable en gente venal.

Entraron los suizos en acomodos con el Austria y se firmó la paz en Constanza entre ella y los confederados, entre ella y Basilea, entre Basilea y Friburgo, entre los confederados y Zurich, mediante mútuas concesiones. ¿Pero debia Zurich separarse de su liga con el Austria, renunciar á las conquistas hechas, indemnizar los gastos de la guerra? Estos puntos fueron ámpliamente debatidos, y poco faltó para que ocasionasen una nueva lucha; pero Enrique de Butemberg, elegido por árbrito supremo, declaró ilegítima la alianza de Zurich con el Austria, mal confundida con el imperio (1450); y aquel ducado, á pesar de sus reiteradas reclamaciones, vió desaparecer su influencia en la Suiza. Entonces los cantones de Zurich, Lucerna, Schwitz y Glaris concluyeron una liga, con el abad de San Gall, que fué el primer asociado de los cantones, con derecho de asiento en las dietas; la ciudad de San Gall, libre enteramente en adelante de la dependencia de los abades, se unió tambien á los confederados.

En tiempo del archiduque Segismundo, perdió el Austria sus últimas posesiones en Suiza en la guerra de Turgovia (1460); una tregua de quince años que la siguió, aseguró la propiedad del pais á los suizos. Habiendo acaecido después la guerra llamada de Mulhouse, el archiduque se obligó, en la paz de Waldshut, á pagar á los confederados diez mil florines en el término de diez meses (1468), ó á abandonarles la ciudad de Waldshut.

Con el objeto de procurarse aquella suma, empeñó por 80,000 florines á Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, sns posesiones de Alsacia, las cuatro ciudades forestales y la Selva Negra ó el Brisgau. Nada podia convenir mejor á este príncipe que estas porciones de terreno que le daban entrada á la Lorena, á Suiza y á Italia, paises en que pensaba en sus ambiciosos proyectos. Los suizos vieron el peligro, y se aliaron con la Francia contra este poderoso adversario (1474); uniéronse tambien al archiduque de Austria, á quien prometieron el dinero necesario para desempeñar su patrimonio. La Alsacia se hallaba gobernada á nombre de Cárlos, por Pedro de Hagenbach, gran bailío de Brisach, á quien el rumor público atribuia toda clase de desafueros. Los habitantes á quienes habia mandado trabajar en un puente el dia de Pascua, se sublevaron y le aprisionaron. Un tribunal insurreccional se reunió, y por las declaraciones de más de ocho mil personas le condenó á muerte. Ocho verdugos se presentaron para ejecutar la sentencia; y el de Colmar, ciudad donde aun se conserva su cabeza, obtuvo la preferencia.

Esto fué un nuevo aguijon para el enojo de Cárlos el Temerario, que declarando la guerra á los suizos, llevó contra ellos la terrible artilleria que habia hecho temblar á los Paises Bajos, á Lieja y la Lorena. El conde de Ferrette decia: *Desollaremos el oso de Berna y nos haremos un pellico*. De-

(3) La primera alianza con la Francia fué hecha en 1492.

trás de los soldados habia multitud de escuderos, mercaderes y jóvenes esclavas; de modo, que los montañeses, al ver tanto lujo, decian á Cárlos, que habia *más oro en las espuelas de sus caballeros, que aquel que podria hallarse en todos sus cantones.* Cárlos, sin embargo, se mostró casi siempre vestido sencillamente con un pobre traje ceniciento, como Napoleon en medio de sus brillantes mariscales. Tenia á sueldo guerreros ingleses, flamencos, y especialmente italianos. Se proponia después de haber destrozado á las suizos, rivalizar con Aníbal, entonces su héroe favorito, é ir á mostrar su poder y sus riquezas á la Italia. Tenia, en efecto, por amigo al duque de Saboya; y el de Milan que le era adicto y los soldados, que eran de este pais, le habian por todas partes procurado inteligencias.

Aquí principian combates, cuyo desenlace es diverso. En el Franco-Condado, en el pais de Valdo, en el Valés, los suizos dirigen sus armas contra los señores que se habian confederado con el enemigo de la patria. Pero habiendo abandonado el emperador á sus aliados, Cárlos se apoderó de la Lorena (4), y llevó contra los suizos (1475) sesenta mil guerreros feroces, saqueándolo todo á su paso, ahorcando, asesinando á los que le habian hecho frente en Granson con un valor digno de mejor suerte y se habian rendido á discrecion. Veinte mil suizos acuden entonces á vengar á sus hermanos, gritando *¡Granson!* El valle retumbó al son de dos trompetas que les habia dado Carlomagno y que se llamaban el toro de Uri y la vaca de Unterwald. Llegados á presencia del enemigo se pusieron de rodillas, no para pedir gracia como lo creyeron los borgoñones, sino para invocar al Dios de la venganza; Cárlos el Temerario fué derrotado por la primera vez, y dejó á los vencedores un numeroso botin: cuatrocientos veinte cañones, diez mil caballos, y tantas alhajas, que su valor no era menos de 1.000,000 de florines, sin contar lo que fué robado. Dícese que Cárlos fué el primero que hizo tallar diamantes, y que llevaba muchos de ellos con otras joyas de inmenso valor. Un paisano que habia encontrado un diamante del tamaño de media nuez, lo vendió á un sacerdote por tres libras; después pasó á muchas manos. En fin, Luis el Moro, le cedió á Julio II por 20,000 ducados, y en el dia brilla en la tiara. Otro, vendido más caro, tuvo asimismo muchos propietarios, hasta que vino á hallarse en el número de las joyas de la corona de Francia (5). Después de haber quedado por tres dias sobre el campo de batalla, segun costumbre, los confederados volvieron á sus casas, con banderas desplegadas, cantando himnos al Dios de la libertad.

Batalla de Morat.—Furioso Cárlos, hace nuevos preparativos, alistando un hombre por cada seis é imponiendo una contribucion de un sueldo por otros tantos. Galeas Esforcia deja pasar por el Milanesado á todos los hombres reclutados por el duque: el rey de Francia observa los acontecimientos prevenido (1476). Prepáranse los suizos á atacar al enemigo, y desde los hielos de Lausanna hasta las bocas del Aar, de cada dos hombres empuña uno las armas: luego cuando Cárlos pone sitio á Morat, caen sobre él y le hacen esperimentar una completa derrota. Veinte mil hombres quedaron sobre el campo de batalla, y reunidos sus cráneos en osario, quedaron por largo tiempo como aviso á los extranjeros para que no provocaran á hombres libres y unidos (6).

Muerte de Cárlos el Temerario.—Quedó Cárlos tan afligido de este descalabro, que se dejó crecer la barba y cayó enfermo de bilis. Viendo despues al duque de Lorena sacar provecho de la victoria de Morat, llegó á asediar á Nancy; pero, reunido el duque á los suizos, le derrotó y pereció en medio de la nieve (1477). Así fué como este último soberano de la Borgoña, afamado por su firmeza, su justicia, su buena administracion, si bien más todavia por su ambicion insaciable, dejó esta hermosa provincia espuesta á las picas de los suizos, que en tan pocos años habian ya *instruido* á muchos príncipes, y que quitándole entonces la vida, contribuyeron poderosamente al engrandecimiento de Austria, su enemiga. No podia persuadirse el pueblo de que hubiera muerto Cárlos, y dos años después vendian los mercaderes á condicion de que no se les pagara el objeto comprado hasta que el duque estuviese de vuelta. Maria, su heredera, se apresuró á celebrar con los suizos una tregua y alianza, en la que consintieron, mediante cincuenta mil florines. Luis XI, que sabia vencer con el oro á los que triunfaban con las armas, pensó en atraérselos ó en contemporizar con ellos, pero como no lo consiguiera, no quiso indisponerse con una nacion tan formidable, y renovó la alianza pagando veinte mil libras á cada uno de los cantones por diez años, y otro tanto á sus jefes.

Estas corruptoras riquezas sembraron un gérmen funesto entre hombres que ni el Austria ni la Borgoña habian podido domeñar, y aquellos toscos montañeses se dejaron engañar por títulos y cadenas de oro. Friburgo, que habia estado sometida al Austria, se habia encontrado de tal manera endeudada, que para libertarse, se habia empeñado,

---

(4) HUGUENIN.—*Hist. de la guerra de Lorena, y del sitio de Nancy... obra enriquecida con detalles inéditos, sacados de las crónicas de Metz y de los archivos de Lorena.* Metz, 1837.

(5) Es llamado el Sancy, por el nombre del Señor de Sancy que le compró. Estaba valuado, en el siglo pasado, en 1.800,000 libras tornesas. Enrique VIII compró otro que pasó después á manos de la reina Maria y de ella á los austriacos que le conservan en Viena.

(6) D. O. M. *Caroli inclyti et fortissime Burgundiæ ducis exercitus Moratum obsidens ab Helvetiis cæsus, hoc sui monumentum reliquit;* es decir, sus huesos. Los republicanos franceses destruyeron este *monumento*.

como un inmueble dado en hipoteca, con respecto al duque de Saboya, su principal acreedor. Rescatóse entonces de aquel príncipe por un tratado y formó un nuevo canton. Este con Berna, Zurich, Lucerna, Soleura, queriendo proveer á su comun defensa (1481), concluyeron un pacto de conciudadania, asociacion que debia prevalecer sobre cualquier otro lazo político, escepto el de la confederacion. Los tres cantones montañeses, que habian adquirido en Lombardia un renombre terrible por la batalla de Giornico, concibieron envidia, y se trató nada menos que de reducir á Lucerna á aldea; las dietas degeneraron en tumultuosas querellas, afilábanse las armas y la discordia estaba próxima á operar lo que la fuerza no habia podido hacer.

Nicolás de Flühe.—Vivia entonces en Unterwald Nicolás de Flühe, que después de haber cumplido cincuenta años los deberes de un buen ciudadano, y peleado en las guerras de la independencia, sin haber ambicionado ni rehusado los honores, habia abandonado su mujer é hijos para retirarse á Melchthal, en una piadosa soledad. Numerosos testigos manifestaban que habia vivido veinte años sin más alimento que la hostia: así fué venerado como un santo. Informado de las discordias que agitan á la confederacion se presenta en la asamblea de Stanz, y con sencillas palabras, pero llenas de sentimiento, induce á hacer la paz, á admitir los pactos de conciudadania particular, y á admitir en la confederacion á Friburgo y Soleura. Fué escuchado, y concluido un nuevo pacto general entre los diez cantones, determinó los confines, la defensa, el procedimiento, el comercio. Después de haber operado el mayor de los milagros, Nicolás Flühe volvió á su oscura santidad.

Habiendo tenido tambien los grisones diferencias con el Austria, hicieron á su vez alianza con los cantones suizos, y recibieron auxilio de ellos. El archiduque Maximiliano, que dijo á sus diputados: *Miembros indóciles del Imperio, yo iré á visitaros con el acero en la mano*, recibió de ellos esta respuesta: *Rogamos á vuestra Majestad que se abstenga, en atencion á que los suizos son gentes toscas que no conocen las consideracioues debidas á las testas coronadas*. Mandó, pues, á la confederacion suabia tratar á los suizos como enemigos; comenzó la guerra con vigor, y en ocho años, ocho batallas ensangrentaron las montañas, devastándolo todo y produciendo hambre y epidemias. El valor de los suizos y de los grisones causaba grandes estragos en los valles réticos, y hacia temblar á Maximiliano con impotente rabia. En fin, el rey de Francia Luis XII, y Luis el Moro, duque de Milan que deseaban reclutar soldados entre ellos, se interpusieron, y la paz de Basilea volvió las cosas á su primitivo estado (1498).

Basilea y Schaffouse, tan importantes para la Suiza, fueron unidas, en 1501, á la confederacion, que se encontró en fin completada en 1513, por la admision de Apenzell, lo cual formó los tres cantones. Tuvo la Suiza además diferentes asociados, tales como la ciudad de Mulhouse, la de Bienne, el Valés, Neufchatel, Ginebra. Duraron allí los derechos señoriales hasta la invasion francesa de 1798, época en que la batalla de Neueneck manifestó que aquel valor, que constituye casi el único carácter comun en la historia de aquel pais, tan estraordinario en los hechos y en las ideas, no habia degenerado. Sucesivas agregaciones redujeron á la unidad el cuerpo menos homogéneo sin destruir las diferencias originarias; y Neufchatel monárquica, los aristócratas grisones, la oligárquica Berna, los toscos Waldstetten, Ginebra la civilizada, católicos, protestantes, hombres libres de antigua fecha, siervos aun más antiguos, borgoñones, franceses, alemanes, ilalianos, sin centro ni límites estables ni lengua ni religion nacional, presentan una cohesion que es uno de los problemas más curiosos en el órden político.

Una vez constituida enteramente la Confederacion suiza, pronto quiso tener súbditos; y la Turgovia, la Valtelina, Bellinzona, Lugano, Livio, Mendrisio y Valmaggia manifestaron cuán duro y pesado es el yugo republicano. Fué aun más deplorable el tráfico que los suizos principiaron á hacer de su sangre, y al cual no han renunciado hasta ahora, aunque los cambios sufridos en la organizacion militar hayan disminuido mucho la importancia de tales auxiliares. Espiaron, por lo demás, cruelmente la culpa de vender su valor para la opresion de los pueblos con la corrupcion interior, con las cuestiones fratricidas, y con la costumbre de derramar, por causas extranjeras, aquella sangre generosamente empleada en fundar la libertad de su pais: perdieron el respeto á los magistrados, el gusto á la agricultura y á la industria y su primitiva sencillez.

CAPÍTULO XVI

ITALIA.—TIRANOS.—VISPERAS SICILIANAS.—DESCENSO DE ENRIQUE VII. —ROBERTO DE NÁPOLES.

Los paises de la antigua liga lombarda permanecieron setenta años sin tener emperadores; y apenas se acordaban estos monarcas del *jardin del Imperio* (1). Haciendo los papas á Rodolfo de Habsburgo que abandonase toda pretension al patrimonio de San Pedro, completaron la obra de la independencia italiana. El mismo Rodolfo cooperó á ella vendiendo por dinero los privilegios reales á todas las ciudades que tuvieron con que pagarlos. Era el momento para ellos de consolidar sus instituciones; pero en lugar de aprovecharse de circunstancias tan favorables, los italianos se abandonaron á sus envidiosas rivalidades, y prepararon, debilitándose unos á otros, su servilismo comun á la dominacion extranjera.

Los güelfos y gibelinos, nacidos de la lucha contra el Imperio y la Santa Sede, lejos de concluir con ella, se hicieron más encarnizados. Estos nombres no designaban ya, sin embargo, dos partidos diferentes, la fuerza y las ideas, la independencia y la unidad, la democracia y la aristocracia, sino una herencia de antiguos ódios, cuyos motivos ignoraban. Esto es tan cierto, que cuando les aconteció á los pontífices olvidar que eran los padres de todos, se colocaron á veces del lado de los gibelinos, y que éstos se volvieron tambien contra los emperadores: cambiando de esta manera de partido unos y otros, invocaron alternativamente la autoridad imperial, segun sus conveniencias á las ambiciones particulares y momentáneas. Los tiranuelos se inclinaban al partido gibelino; pero ¡desgraciado del emperador que contaba con su apoyo! Si iba de Alemania, le prodigaban caricias en recepciones, cuya pompa mortificaba su obligada parsimonia, le presentaban las llaves de las ciudades, le pagaban ciertos derechos reales; pero no le dejaban ningun poder, no le permitian siquiera detenerse mucho tiempo en su pais. Apenas habia marchado, cuando abjuraban de toda dependencia, y urdian ligas contra él.

Cualquiera que con nosotros haya observado como los Romanos, acérrimos republicanos, se sometieron á la destemplada tirania de los emperadores, no se admirará de que los inquietos italianos sufrieran nuevamente el despótico dominio de los tiranos. Aquella libertad carecia de justicia y de seguridad. Cayendo bajo el mando de un señor, sufrian las grandes pérdidas, consecuencia de sus arbitrariedades; pero la plebe se hallaba más contenta con tener que obedecer á uno solo que á muchos, y procuraba por sí, permaneciendo sometida á uno solo y distinto señor que no tenia interés ni pasion en ofenderla, mientras que en el gobierno de los concejos el individuo se hallaba expuesto á las iras de todo un partido, y cualquier émulo ó cualquier adversario podia dañarle.

Ferrara fué la primera que se sometió á un príncipe (1208), que fué Azzo de Este; pero poco á

(1) «Desde la muerte de Federico II, acaecida en el año 1250, hasta la invasion de Cárlos VIII en el 1494, media una época tan larga y confusa, que no se puede sujetar á una division natural; época que podemos llamar la edad de gloria resplandeciente, la edad de la poesia, de las letras, de las artes y del continuo progreso, y en que la Italia adquirió una preponderancia intelectual sobre los pueblos transalpinos, que por cierto no demostró después de la caida del imperio romano; pero su historia política presenta un cúmulo de hechos minuciosos *tan oscuros y de tan poca importancia*, que no merecen se fije la atencion en ellos, y tan intrincados y contrarios á un buen ordenamiento, que no sirven sino para causar confusion en la memoria.» HALLAM, *Europa en la Edad Media*, parte 2.ª Sin estar conformes con esta opinion, la presentamos como disculpa por si no nos es posible seguir el órden y encadenamiento de hechos que nos habíamos propuesto.

poco todas llegaron á este cambio político casi sin saberlo, del mismo modo que habian conseguido la libertad. La paz no venia, sin embargo, con la tirania; no apoyándose en efecto en una constitucion estable, no estando consolidada por la opinion y por el tiempo, no siguiendo un órden regular de sucesion, esta nueva autoridad abria un ancho campo á las ambiciones de los pretendientes, que podian exhibir el mismo título, el de la audacia, y la misma sancion, la del éxito. Un nuevo señor derribaba al antiguo, y éste refugiándose en alguna ciudad amiga, cerca del papa, cerca del emperador, conspiraba en secreto, se aliaba con los de su faccion, asalariaba partidas, producia discordias civiles que no podian apaciguarse con razonamientos, sino por la sola fuerza de las armas.

En el interior, los tiranos, aunque elegidos popularmente, trataban por desconfianza contra las antiguas libertades, de debilitar á los cuerpos que representaban el pais, en lugar de hacerse de ellos una defensa y un apoyo: pero los señores, aunque no tenian ninguna ley suficiente para templar su poder, poseian muchos medios de comprar, de buscar, de espantar á la muchedumbre (2); permanecian armados en medio de una poblacion pacífica; daban muerte ó desterraban, bajo pretesto de conjuracion á todo el que se les resistia. Siendo impotentes los mejores ciudadanos para reformar los abusos y las violencias, se abstenian de tomar parte en las asambleas, y se refugiaban en una tranquilidad forzada. Hasta la misma Iglesia, que en un principio habia dirigido sus oraciones á Dios para que salvara de tiranos el suelo italiano, le ofrecia á la sazon las súplicas en favor de ellos, y cubria con su connivencia los desafueros contra los cuales sus antiguos pontífices castigaban con la escomunion sin miramiento (3).

Desapareció posteriormente todo viso de eleccion popular cuando los tiranos obtuvieron el título de vicarios imperiales, que compraban á los emperadores, muy satisfechos de vender por dinero, una autoridad que no podian ejercer personalmente. Entonces el tirano se despojó de toda contemplacion, respecto de los privilegios y de las costumbres; no quedó á los concejos más que el derecho de nombrar para algunas magistraturas inferiores, de ocuparse en la veeduria y administracion de sus rentas.

Así como la servidumbre era el único remedio que se habia encontrado contra la licencia, no quedaba otro recurso contra la tirania que las conspiraciones. Pero aquellos príncipes de Estados pequeños con ambicion grande, conociendo que todo poder era precario, y acosados de enemigos tanto dentro como fuera, con objeto de sostenerse prescindian de toda moderacion y de toda generosidad; recurrian sin escrúpulo á la perfidia, á las traiciones, y á aquella política vergonzosa de que Italia soportó á la vez la pena y la deshonra. La historia de cada ciudad es un tejido de cotidianos vaivenes de fortuna, asesinatos, conjuraciones, suplicios, envenenamientos; desconocida la fe pública en la paz y en la guerra, y en cambio de algunos príncipes de mérito, una série de hombres perversos, funestos á las poblaciones que habian esperado encontrar en ellos salvadores; guerras producidas por una ambicion desenfrenada, alimentadas por el oro y por la sangre de la nacion, que no habia sido consultada y sobre la cual recaian todos los males. La elevacion ó la caida de una faccion ó de un jefe popular forman la historia aparente de aquellos tiempos; á los intereses generales y grandiosos se sustituyen hechos parciales, vicisitudes de familia, emulaciones domesticas, sin que aparezca un papa, ni un emperador, ni un señor, jefe de un pequeño Estado, animado de pensamientos magnánimos, dignos de fijar la atencion ó de escitar interés. Vióse surgir unicamente en uno ú otro partido, una série de hombres ocupados en dominar ó en infundir terror: tales fueron Ezzelino de Romano: el rey Roberto, Castruccio, Cane de la Escala, Bertran de Poggeto, Azzo Visconti, Martin de la Escala, Juan Galeazzo, Ladislao, y Francisco Esforcia (4).

---

(2) Laurin se hace jefe de su patria, y convierte en privados los derechos antes comunes á todos; destierra á unos, y á otros corta la cabeza. Empieza como zorra y luego á fuerza abierta aparece leon, cuando ha seducido á la muchedumbre con licencias, con regalos y con ofertas.

(3) Muratori *(Antiq. ital. LIV)* leia en algunos misales del siglo X misas contra los tiranos, en que se invocaba al padre de los huérfanos, al juez de las viudas, conjurándole para que viera las lágrimas de la Iglesia, y la libertara de tiranos renovando los antiguos prodigios. Al revés en tiempo del duque de Milan, Felipe Maria Visconti, se oraba en la misa por Inés de Maine, su concubina, y por Blanca Maria, su hija.

(4) Che le città d'Italia tutte piene
Son di tiranni, ed un Marcel diventa.
Ogni villan che parteggiando viene.
(Dante, Purg., VI).

«Que están llenas de tiranos todas las ciudades de Italia, y llega á ser un Marcelo cualquier villano que se forma banderia.»

Milan fué dominada por los Torriani, los Visconti, los Esforcia; Lodi por los Vestarini, los Fisiraga, los Vignati; Verona por Escaligeri; Pádua por los Carraza; Ferrara por los Salinguerra y los Estensi: Pisa y Luca por Castruchi ó Castruccio, Castracane; Rávena por Pablo Traversari y los Polenta; Cremona por los Pallavicino, los Cavalcabo, los Correggio y Cabrino Fondulo; Florencia por los Pitti y los Médicis; Mántua, por Passerino Bonacossi y los Gonzaga; Camerino por los Varanos; Fermo por los Migliorati, los Magliani, los Esforcias; Forli, por los Ordelaffi; Bolonia por los Bentivoglio y los Pepoli; Cesena por los Malatestas; Imola por los Aliddosi; Urbino por los Montefeltro; Foligno por los Trinci; Parma por los Rossi y los Correggeschi; Pavia por los Beccaria y los Langosco; Crema por Venturino Benzene; Cortona por los Casales, Faenza por los Manfredi; Novara por los Tornielli; Brescia por los Maggi y los Brussati; Alejandria por Facino Cane; Bérgamo por

Cárlos de Anjú.—El partido güelfo creyó asegurado el triunfo á la caida de la casa de Suabia, y al encumbramiento de Cárlos de Anjú á rey de las Dos Sicilias. Poco cambió el nuevo soberano la constitucion del reino, que dejó sometido á las mismas cargas que habian hecho imponer las necesidades de la guerra, y sin aflojar el freno á que se habia doblegado bajo la robusta mano de Federico II. Hermoseó á Nápoles de edificios, favoreció á la universidad, se granjeó el afecto de algunos ciudadanos de importancia haciéndolos caballeros, y para defenderla, en caso de necesidad, se rodeó de nobles franceses, entre los cuales habia distribuido los feudos arrancados á los parciales de los suabios. Pero la antigua nobleza miró de reojo á estos advenedizos: las desgracias de la dinastia caida habian convertido en compasion el ódio: temblaba el pueblo ante los suplicios de los que no habian sido bastante viles para renegar de sus antiguos bienhechores. El clero que, viendo en Cárlos una hechura suya, esperaba recuperar sus bienes invadidos por los suabios, se halló defraudado en sus esperanzas. A pesar del juramento que habia hecho á la Santa Sede de abolir las percepciones arbitrarias introducidas por los Federicos, y de restablecer las inmunidades eclesiásticas, como en tiempo de Guillermo el Bueno, Cárlos, para satisfacer su ambicion y su avaricia, como tambien para cumplimentar sus promesas respecto de su ejército, habia recurrido á todas las sutilezas fiscales, imponiendo contribuciones sobre los más mínimos objetos, alterando las monedas, tasando las tierras, distribuyendo las aguas, y haciendo encarcelar por la mas ligera morosidad como por la reclamacion más sencilla. Además, los suyos se portaban con respecto á una nacion acostumbrada hacia mucho tiempo á las franquicias normandas y á los corteses procedimientos de los suabios, con aquel atolondramiento insolente que siempre impidió á los franceses hacerse amar en Italia, escepto en su ausencia.

Juan de Prócida.—Tanto más descontenta estaba la Sicilia cuanto mas la habian favorecido los príncipes suabios. Despojada después de sus privilegios, dependiente de Nápoles, que tenia al menos en remuneracion la ventaja de haberse convertido en la capital del reino; abandonada á magistrados violentos ó avaros, no aguardaba más que una ocasion para que estallara su cólera. Refiere en este punto la leyenda que Juan de Prócida, noble salernitano privado de sus bienes, como hechura de los suabios, animado de las pasiones de su patria, asociándose á sus dolores y anatemas, fué por toda Europa en busca de enemigos á los Angevinos: se dice tambien que Conradino arrojó desde lo alto del cadalso su guante en señal de investidura, y que Prócida le llevó á Pedro de Aragon, que podia por Constanza, hija de Manfredo y prima del jóven príncipe, pretender la sucesion. Nada tiene de cierto el hecho; pero en lo que no cabe duda, es en el temor que Cárlos inspiraba entre los soberanos, y sus inteligencias en debilitar su amenazador poder.

Las ciudades del Piamonte, que se habian puesto bajo su señorío, sacudieron la obediencia con ayuda de Guillermo, marqués de Monferrato, y de los genoveses, que derrotaron varias veces en el Mediterráneo la flota provenzal. Gregorio X, amigo de la paz, y no atreviéndose á combatir al antiguo campeon de la Iglesia, se habia limitado á condolencias paternales, de que no se habia hecho caso. Los tres cortísimos pontificados que se sucedieron después de él, no intentaron nada de nuevo; pero Nicolás III, de la casa de Orsini, hombre orgulloso y violento, que deseaba la libertad de la Italia, con miras de engrandecimiento por su familia, habia tomado ódio ál altanero provenzal, desde que habiendo querido casar á uno de sus parientes con una princesa de Anjú, se le habia dado esta respuesta: «¿Tendrá la pretension porque lleva el calzado rojo, de mezclar la sangre de los Orsini con la de Francia?» Nicolás, que habia conseguido la amistad del emperador de Alemania, cuya condescendencia le habia asegurado la posesion del patrimonio de San Pedro, apoyado además por su familia que él elevó, hubiera podido ponerse á la cabeza de la Italia y derrocar á Cárlos, si no le hubiera faltado la vida. Miguel Paleólogo, que habia usurpado y cubierto de sangre el imperio de Oriente, observaba con inquietud los preparativos hechos contra él por Cárlos, quien habia obtenido de Balduino, desterrado, la cesion de sus derechos, y para hacerlos valer oprimia cada vez más á las Dos Sicilias. Especialmente Pedro III de Aragon, estimulado por su esposa, intrigaba activamente en secreto: habiendo tomado las debidas precauciones con alianzas y dinero para llevar á buen término la guerra, fingia apresrtarse á uno de aquellos desembarcos que de tiempo en tiempo hacian los españoles contra el Africa. Cuando habia quien pretendiera penetrar el verdadero objeto de su espedicion, respondia: «Soy tan celoso de mi secreto, que si lo supiera mi mano derecha, me la cortaria con la izquierda.»

Quizá es cierto que empleó en calidad de agente suyo al desterrado Prócida, y que éste, enemigo de los Angevinos, anudó inteligencias con los barones sicilianos, no para recuperar la libertad del pais, sino para darle un nuevo soberano. El pueblo fijaba más bien sus miradas en el pontífice, como al poder que, dándoles á Cárlos por soberano, habia impuesto á este príncipe obligaciones. Pero ha-

---

los Suardi; Como por los Ruscas; San Domino por los Pallavicino; Treviso, Feltro y Belluno por los Camino; Gubbio por los Gabrielli; Cingoli por los Cimas; Viterbo por los Vico; Orvieto por los Monaldeschi: Fabriano por los Chiavellii; Matelica por los Ottoni; Badicofani por los Salimbeni; Jesi por los Simonetta; Macerata por los Mulucci; Urbania por los Brancaleones; Sassoferrato por los Atti; Aquila por los Montorios, etc., etc.

biendo sucedido Martin IV, francés y hechura de Cárlos, á Nicolás III, este pontífice no correspondió á sus quejas más que encarcelando al obispo y al fraile que le habian diputado.

Vísperas sicilianas.—A este tiempo nuevos ultrajes determinaron al ímpetu popular á anticiparse á los cálculos ambiciosos de los reyes, y á las intrigas de los barones. Efectivamente, el tercer dia de Pascua del año 1282, en el momento en que los palermitanos se reunian para vísperas en la iglesia del Espíritu Santo, un soldado francés llamado Drouet, insultó á una doncella, cuyos padres lavaron la afrenta en su sangre, y su muerte vino á ser la señal de una matanza general en la isla entera.

El pueblo, que nada sabia de las tramas del rey de Aragon, habituado á asociar las ideas de Iglesia y de libertad, resolvió erigirse en república bajo la proteccion del papa y enarboló su bandera. Pero Martin V concibió por ello un furor estremado; y cuando otros frailes llegaron de Palermo á entonarle: *Agnus Dei qui tollis peccáta, miserere nobis*, les respondió igualmente con el Evangelio; *Dicebant: Ave, rex Judeorum, et dabant ei alapam.* Intimó en seguida «á las gentes pérfidas y crueles de la isla de Sicilia, violadores de la paz y asesinos de los cristianos» que obedecieran al papa, del mismo modo que á Cárlos, como á su señor legítimo; pues de lo contrario, «les declaraba escomulgados y en entredicho, segun derecho divino.»

Pedro de Aragon.—Perfectamente sabe hacer el pueblo revoluciones, si bien es inhábil para conducirlas. En aquellas graves circunstancias empuñaron los barones las riendas del gobierno; entonces se declararon los parciales del rey de Aragon y le invitaron á que fuese á ponerse á su cabeza (1282). En su consecuencia, Pedro desembarcó en Palermo, donde se ciñó la corona de los reyes normandos.

Cárlos, que tenia un fuerte ejército y provisiones dispuestas para la ejecucion de sus ambiciosos designios en la Grecia, hubiera podido someter fácilmente á una provincia sin tesoro, ni arsenales, ni capitanes; hasta los sicilianos ya desalentados se brindaron á prometerle lealtad y obediencia, con tal de que se contentara con percibir lo que pagaban al rey Guillermo y no diera empleos á franceses ni á provenzales; pero se negó á recibirlos en su gracia. Reunieron, pues, cuanto les fué posible de hombres y dinero; y un ódio profundo, el temor de los castigos, el ardor de una venganza nacional, les hicieron capaces de resistir y de vencer. Roger de Lauria, calabrés rebelde, que unia á un valor intrépido tanta fortuna como ferocidad, fué nombrado almirante de Aragon, y sorprendió á las tropas de Cárlos delante de Mesina, que se defendia con un valor obstinado, y le quemó su escuadra. Al saber Cárlos este desastre, esclamó mordiendo su cetro: «Señor Dios, mucho me habeis elevado, haced que no sea demasiado rápido el descenso.»

Habiendo sido contrariado este primer furor de venganza por el heroismo de Mesina, Cárlos, á fin de ganar tiempo, acusó á Pedro de traicion y le retó á combate con cien ginetes, á condicion de que el que sucumbiera perderia no solamente todo derecho á la Sicilia, sino tambien su patrimonio, y quedaria como mentidor de fe y traidor. Aceptó el de Aragon, jurando sobre el Evangelio, y á pesar de la oposicion del papa, el rey de Inglaterra concedió campo á los dos adversarios en Burdeos. Allí acudió Cárlos; pero el aragonés halló pretestos para no jugar á una estocada un hermoso reino ya adquirido. Entonces su rival le trató en alta voz de felonia. El papa le declaró escomulgado, perjuro, destituido del trono de sus abuelos y de toda honra; pero Pedro se hizo titular por broma, Pedro de Aragon, caballero padre de dos reyes y señor del mar. Por lo demás siguió peleando tanto en las costas de Italia como en las de España, y le fué propicia la fortuna hasta el punto de hacer prisionero al hijo de su enemigo. Terrible golpe fué éste para Cárlos, quien, desconsolado á causa de sus derrotas y del levantamiento de Nápoles, terminó sus dias después de haber «mandado ahorcar á más de ciento cincuenta napolitanos y perdonado á la ciudad.» (5)

En esto murió el papa Martin IV, y Honorio IV, que le sucedió, favoreció la guerra contra la Sicilia; pero al mismo tiempo promulgó dos decretos favorabilísimos á la libertad del reino. Por el uno consolidó los privilegios eclesiásticos; por el otro atribuia la rebelion de la Sicilia á los vejámenes é injusticias del gobierno; prohibia despojar á los náufragos, estendia el derecho de heredar feudos á los hermanos y á sus descendientes; limitaba el servicio militar á las guerras en los límites del territorio, y prohibia levantar impuestos fuera de cuatro casos feudales. Permitia á los concejos la apelacion á la Santa Sede, queriendo que si el rey llegaba á violar sus franquicias, quedara en entredicho su potestad. Esto no impidió que los reyes que se sucedieron, dejaran caer pronto aquellas franquicias en olvido.

Cárlos II.—Se queria sacrificar á Cárlos el Cojo, como se llamaba al hijo del rey difunto, en espiacion de la sangre de Manfredo y de Conradino; pero fué salvado por Constanza, reconocido rey y vuelto á la libertad, á condicion de que si no podia cumplir las estipulaciones del tratado intervenido, perderia la Provenza y volveria á constituirse prisionero. A fin de ganarse el afecto de los napolitanos, Cárlos les dió una constitucion, por la cual aseguró al clero sus privilegios, á los barones y á los caballeros el derecho de levantar impuestos y de ejercer la jurisdiccion; y prometió al pueblo no gravarle en más de lo que pagaba á Guillermo el Bueno; se ocupó además de monedas, de la justicia y de la reforma de los abusos. Luego, como no se vió en estado de cumplir todo

(5) JUAN VILLANI, VII, 93.

lo que bajo juramento habia prometido al príncipe aragonés, se entregó en sus manos. Por último, se conciliaron todas las diferencias; Cárlos se consolidó en el trono de Nápoles, cediendo el Maine y el Anjú, y remitiendo al papa la decision relativa á la Sicilia.

Esta isla habia sido segregada de Aragon á la muerte de Pedro (1285), en favor de Jaime su hijo; pero el papa Honorio renovó contra él las escomuniones, y el abuso que de ellas hizo en esta época, disminuyó mucho su fuerza. Sin asustarse Jaime demasiado, dió prudentes franquicias á los sicilianos, é hizo esperimentar más de una derrota á los Angevinos, así como á las tropas pontificias. Llamado después al trono de Aragon (1291), se dejó inducir á la paz, cediendo la Sicilia al papa, quien invistió con ella á Cárlos II, después de diez años de una guerra inútil y encarnizada.

Fácil era de comprender á los sicilianos cuánto peligro hay en confiar su libertad á estranjeros, cuando se vieron vendidos como un rebaño de corderos á los asesinos de Conradino; pero cuando cobraron nuevos brios en la desesperacion, proclamaron tambien á un estranjero, á Federico, hermano de Jaime (1296). Este príncipe tomó la corona, y creyó deber suyo defender la isla, á pesar de la oposicion de toda su familia, que se habia reconciliado y hasta aliado por matrimonios con los Angevinos: á pesar tambien de la desercion de Roger de Lauria, que, después de haber sido absuelto de la escomunion por el papa, habia hecho traicion á la causa italiana, como la hizo antes de él Juan de Prócida (6).

(6) «En tal estado dejaron la Sicilia ambos enemigos, y manchados de traicion, aquellos dos célebres estranjeros que tanto figuraron en la revolucion de las vísperas de Palermo. Nacido el uno probablemente en Calabria, criado desde su infancia en la corte de Pedro, estuvo dotado de imponderable denuedo y de suma pericia en las cosas de guerra, el primer almirante de aquel tiempo, gran capitan de ejércitos, si bien feroz y sanguinario, avaro, orgulloso, é insaciable de recompensas. Rehabilitó en Sicilia la reputacion de los ejércitos navales, enseñó á los sicilianos cómo se ganan las victorias, y fué para el nuevo Estado uno de los más poderosos sostenes. Volviose en contra cuando tuvo en el poder rivales. No sabemos decir á punto fijo si fué más envidiado que envidioso, y mancha todavia más su nombre la circunstancia de haber abandonado á Federico cuando le era adversa la fortuna. Llevó consigo la dominacion de los mares, sin conservar á pesar de todo léjos de nosotros su antigua gloria; porque si venció algunas veces á los sicilianos, sus antiguos camaradas, otras fué vencido por ellos; luego, apenas cerró la paz de Caltabellotta el sangriento palenque en que habia representado el principal papel, peleando tan pronto con la una como con la otra de las dos facciones beligerantes, como si este génio esterminador no hubiera tenido ya nada que hacer en el mundo, murió de enfermedad en España. Juan de Prócida fué muy inferior á él bajo todos aspectos, y sin embargo la caprichosa fortuna hace resonar hoy todavia este nombre mucho más alto que el otro. De ministro muy hábil que fué del rey de Aragon, corrompiéndose las tradicienes históricas, han hecho de él un libertador de pueblos, le han colocado al lado de los Timoleones y de los Brutos, han atribuido é él solo lo que fué efecto de las pasiones y de las necesidades imperiosas de todo el pueblo siciliano; al mérito que tuvo, á su sagacidad, atrevimiento, actividad, esperiencia en el manejo de los negocios, se han atribuido tambien las virtudes del ciudadano, que no tuvo, que hasta ultrajó, conspirando primero con los enemigos, después oponiéndose abiertamente á la revolucion siciliana, cuando restableció Federico sus principios. Murió oscuro en Roma á principios del año 1299, antes de haber recobrado, por precio de su infamia y por la clemencia del enemigo, sus posesiones en el territorio de Nápoles. AMARI.—*Un período de la Historia Siciliana*. Palermo, 1842.

Paz de Caltabellotta.—Bonifacio VIII escitó á los güelfos contra aquel rey que daba asilo á los patarinos y á los gibelinos, é invitó á Cárlos de Valois á ir á arrojarlos, prometiéndole el imperio de Oriente y Occidente. Llegó con gran estruendo; y después de haber sido coronado en Roma, desembarcó en Sicilia, á la cabeza de tropas pontificias y napolitanas. Pero como Federico se mantenia encerrado en sus plazas fuertes, dejando al ejército invasor disminuirse, Cárlos hizo proposiciones de paz, y fué concluida. Contentóse humildemente Federico con poseer la Sicilia durante su vida (1302), prometiendo no incomodar á los Angevinos en las posesiones de la Calabria: se declaró además vasallo de la Santa Sede; y se comprometió á no tomar más que el título de rey de Trinacria, dejando á Cárlos II el de rey de Sicilia.

Así, tras una revolucion determinada, no por intrigas, sino por el entusiasmo de la indignacion nacional, sostenida durante veinte años con un valor heróico; después de tres batallas campales, cuatro combates en el mar, ganados por la Sicilia, sin contar multitud de acciones parciales; después de haber arrojado de su seno no sólo á tres ejércitos, sino adquirido las Calabrias y el valle de Crasi, aunque tenian en su contra lo selecto de los caballeros y de los almirantes, y las armas de Roma, la Sicilia, que, durante este tempestuoso período, se habia dado buenas instituciones políticas, volvia á caer bajo el yugo estranjero, en peor situacion que estaba antes.

El rey Cárlos II, que fué apellidado el Justo, adquirió por Maria, su mujer, derechos al trono de Hungria, que no obstante, fué disputado á su hijo Cárlos Martel. Los derechos que Felipe, su otro hijo, habia adquirido al imperio de Oriente, casándose con una hija de Cárlos de Valois, eran aun más inciertos. Tuvo por sucesor en el trono de Nápoles á Roberto, apellidado el Bueno, por las cualidades de su corazon (1309-1343). Este príncipe tuvo frecuentes guerras con Federico de Sicilia, á quien apoyaban los gibelinos y los emperadores; de lo que resultó que nunca hubo paz entre los dos reinos. Hábil en política y en la guerra, dominó en Italia durante su largo reinado,

y pareció llegar á ser su soberano; aunque en definitiva no se encontró que hubiese añadido una pulgada de tierra á sus Estados. Muchas ciudades se pusieron bajo su patrocinio, y el papa le nombró vicario del imperio vacante, y mientras vivió fué considerado como jefe de la faccion güelfa, á la cual permanecian siempre unidas Florencia y Bolonia.

El Milanesado.—El partido gibelino tenia por adherentes á los pequeños señores que se habian erigido en tiranos, y principalmente á los de Lombardia, más desenfrenados desde que los pontífices habian abandonado el redil romano para hacerse humildes servidores de la Francia. En las luchas entre los nobles y los ciudadanos milaneses, Martin de la Torre de Valvassina se habia ganado de tal manera el afecto del pueblo, que fué puesto al frente de la ciudad (1257), y trasmitida á sus parientes su autoridad sin límites.

Los Visconti.—Habíanse ya acostumbrado los milaneses á la dominacion de uno solo, cuando el arzobispo Oton Visconti se apoderó de ella y la fortificó reuniendo á la autoridad civil el poder eclesiástico (1277). Bastante feliz para no tener necesidad de los suplicios á fin de consolidarse, poderoso por el apoyo de las ciudades gibelinas, que se unieron á él, sobre todo, después de la caida del marqués de Monferrato, hizo de manera, que trasmitió la autoridad á su sobrino Mateo Visconti. Fué éste elegido capitan por el pueblo de Milan, después por el de Novara y de Verceli, y vicario imperial de Lombardia en nombre de Adolfo Nassau. En fin, á la muerte de su tio, fué proclamado señor de Milan y de otras varias ciudades; después se alió por matrimonio con los Escalígero de Verona y los señores de Este, que dominaban en Ferrara (1295); los primeros marchaban á la cabeza del partido gibelino, los segundos no eran menos influyentes entre los güelfos.

Continuaba, sin embargo, subsistiendo la faccion de Torriani, y se reforzaba con muchos que se pasaban del partido contrario, que tenian recelos de la creciente autoridad de los Visconti. Alberto Escotto, señor de Plasencia, formó en su consecuencia una liga bajo la fe del juramento, con los Langoscos, tiranos de Pavia; los Fisiraga, de Lodi; los Ruscas, de Como, los Benzoni, de Crema; los Cavalcabó, de Cremona; los Brusati, de Novara; los Agovadri, de Verceli, y el marqués de Monferrato. Sostenido por estos aliados, Guido de la Torre recobró el poder en Milan, en medio de los aplausos del pueblo, mientras que Mateo se vió forzado á desrerrarse, después de haber procurado en vano, levantarse con ayuda de los gibelinos. Como le preguntasen los enviados de Guido, cuando pensaba volver á establecerse en Milan, les respondió: «Cuando los pecados de Torriani sobrepujen á aquellos con que estaba yo cargado al tiempo de mi espulsion.» En efecto, Guido pronto tuvo por enemigos á Alberto Escotto y á los demás tiranos que se habian declarado en su favor; el descontento fermentó entre el pueblo, y estallaron disensiones en su familia.

Enrique VII en Italia.— En aquel tiempo, «un justo juicio caia del cielo sobre la sangre del aleman Alberto,» que habia abandonado la Italia, y Enrique VII de Luxemburgo le sucedia (1308). Francisco de Garbargnate, noble milanés, del partido gibelino, desterrado de su patria á la caida de los Visconti, y viviendo en Parma de las lecciones que daba, vende sus libros, compra armas, y va al encuentro del nuevo César, á quien invita á bajar á Italia para levantar la influencia gibelina. Le asegura que encontrará ayuda no sólo por esta parte, sino por la de los güelfos, descontentos del rey Roberto. Con su carácter caballeresco se complació Enrique en la idea de ir á desplegar en Italia una autoridad á la cual, segun él pretendia, debia estar sometido todo el mundo por derecho divino y humano (7); fué, pues, sin armas ni tesoros, á este pais que habia resistido siglo y medio á sus poderosos predecesores. Pero por aquella época, las envidias republicanas se habian amortiguado; á las inspiraciones atrevidas de la libertad germánicas se habian sustituido las reminiscencias romanas. Además el odio jurado á la casa de Suabia no pesaba sobre él, y no tenia que sufrir la obligacion de hereditarias venganzas. Jefe de los gibelinos por su categoria, era, no obstante, llamado por el papa, que deseando hacer alguna oposicion á la Francia, de la que se reconocia prisionero en Aviñon, envió sus legados para escoltarle, hacerle acogida en las ciudades güelfas, y ceñir su frente con la corona de oro (8).

Fué aun más animado por los pequeños señores de la Italia que le prometian conducirle á través de su pais, sin que tuviese necesidad de soldados. Habiendo bajado á Turin por la Saboya y por Susa (1310), sustituyó sus vicarios á los de Roberto de Nápoles. En una entrevista que tuvo en Asti con los señores lombardos que habian ido á su encuentro, les prometió no hacer diferencia entre

---

(7) En el *Corpus juris civilis* se lee su constitucion en la que se espresa de esta manera: *Ad reprimendum multorum facinora, qui, ruptis totius fidelitatis habenis, adversus romanum imperium, in cuyus tranquilitate totius orbis regularitas requiescit, hostili animo armati, conantur nedum humana verum etiam divina præcepta, quibus* JUBETUR, QUOD OMNIS ANIMA ROMANORUM PRINCIPI SIT SUBJECTA, *demoliri...* ¡Esta estraña pretension no pertenece, pues, sólo á los papas! En 1313 se promulgó en Pisa una constitucion, en que se declaraban rebeldes y desleales al Imperio á todos los que abierta ú ocultamente obrasen contra su honor y fidelidad, ó contra sus oficiales. Debia procederse contra éstos por acusacion, inquisicion ó denuncia, sumaria y simplemente, sin ruido ó aspecto de juicio. V. DONIGES, *Acta Henrici*, VII, pág. 226.

(8) La espedicion de Enrique VII está muy bien narrada por un obispo *in partibus* de Butronto, aleman, amigo del emperador y tambien del papa, al cual da cuenta de la empresa con digna franqueza y sencillez.

los güelfos y los gibelinos, diciendo que iba á restablecer la paz, á hacer cesar el destierro de los desterrados, y á volver á las ciudades, que se habian convertido en señorios privados bajo su inmediata soberania. Este último proyecto no podia convenir á Guido, así es que trató de formar una liga de güelfos para oponerse á él por la fuerza, pero fué en vano; y cediendo á la voluntad del pueblo, salió desarmado al encuentro del emperador. Entró Enrique en Milan (6 enero 1311), donde se hizo coronar en San Ambrosio, en presencia de los diputados de todas las ciudades de Lombardia y de la Marca. A solicitud de Garbagnate, reconcilió á los Torriani con los Visconti; á los Fisiraga con los Langoscos, y así en otras partes; abrió á los desterrados las puertas de su pátria, y se vió proclamar restaurador de la justicia, de la paz y de la libertad.

No tardó en escitar el descontento de los milaneses, pretendiendo entrar en la ciudad con hombres armados, y exigiendo de ellos un donativo de cien mil florines para subvenir á su pobreza (9); habiendo tenido después revelacion ó sospecha de una union entre los Visconti y los Torriani para arrrojar á los extranjeros, mandó hacer una requisicion en sus casas, y desterró á estos últimos. Devolvió el mando al astuto Mateo, que consiguió disipar su desconfianza; y mediante cincuenta mil florines contantes, además de una renta anual de veinte y cinco mil, le instituyó su vicario. Pero los Toriani habian dado la señal á los güelfos de Lodi, Crema, Cremona, y Brescia, que espulsaron á los vicarios imperiales, y se sublevaron, lo que obligó á Enrique á recurrir á la fuerza para volverlos á la obediencia. En Brescia, refugio de los güelfos, empleó medio año y perdió las tres cuartas partes del ejército, sin conseguir nada más que sacar dinero y maldiciones, mientras que sus amigos pedian el entusiasmo y se reforzaban los enemigos, entre los cuales sobresalian Roberto de Nápoles y los florentinos.

Dirigióse entonces Enrique á Génova, que cansada de facciones, se entregó á él por veinte años, y estableció allí por vicario á Uguccione de la Faginola (octubre). Fué gran felicidad para él encontrar apoyo en Génova y en Pisa, cuando todos le abandonaban; pudo al menos con sus bajeles arribar á Toscana.

Florencia y Pisa.—Florencia era ya la Atenas de Italia, apasionada por las letras y por las bellas artes, llena de fiestas y entregada á la alegria, al mismo tiempo que se ocupaba actualmente en sus negocios; estaba envidiosa de su democracia, hasta el punto de convertirse en tiránica. Al verla resplandecer con tal escelso brillo, cuando era gobernada por magistrados que se renovaban cada dos meses, para no ser reelegibles sino tres años después, se puede juzgar, cuántos hombres encerraba capaces de regir la causa pública: así es que eran buscados, sobre todo para la diplomacia, hasta en el extranjero (10). Pero no teniendo los jefes del Estado tropas á su servicio, debian recurrir especialmente á los manejos de la política, y á falta de un código legal, de una constitucion fija, se sostenian por su clientela y por sus parientes. Aunque todavia estaba agitada Florencia en lo interior por las facciones de los blancos y de los negros, permanecia constantemente fiel á la causa italiana, y sin querer propagar la libertad donde no se conocia el precio de ella; pero persuadida de que la Italia debia su civilizacion á aquellas luchas independientes, velaba porque ninguna tirania extranjera é indígena se consolidase allí, y para este efecto sostenia la balanza entre los partidos, inclinándose generalmente á los güelfos, pero sin dejar de aproximarse en caso de necesidad á los gibelinos. A medida que se aumentaba Florencia, Pisa, que habia permanecido fiel al partido imperial, declinaba por haberse mezclado en las rivalidades continentales. No proporcionaba ya á Constantinopla y al Archipiélago los mejores negociantes, veia disminuirse sus bancos en la Siria. La batalla de Meloria (1284), otro resultado de sus relaciones con los emperadores, la habia hecho inferior á Génova, y la prohibicion que la fué preciso sufrir por algun tiempo, de sostener hombres sobre las armas, le hizo perder la costumbre de la guerra; entregó su juventud á otra carrera; dirigióse por otra parte su ambicion. Los pescadores de las costas, de Lerici, de Espezia, se pusieron al servicio de los genoveses, y tuvo que renunciar á la Córcega. En 1323 todos los pisanos que se encontraban en la isla de Cerdeña fueron asesinados por una trama del juez de Arborea y de Oristagni, que entregó el pais al príncipe de Aragon, á quien el papa habia hecho concesion de él. Fueron, pues, precisos quince mil hombres para vencer la intrépida resistencia de Manfredo de Gherardesca, y para arrojar á los pisanos de aquella isla, último

---

(9) *Hic etenim rex noster magnanimus erat et omnium virtutem dives, pecunia et auro nimium pauper, nihil nisi italicis adjutos propositi agere omnino valebat.* Jo de Cermenate, *Hist.*, cap. 20.

(10) En la coronacion de Bonifacio VIII, doce de los embajadores de las diferentes potencias eran florentinos.

Palla Strozzi, por la república de Florencia.
Cino Diotisalvi, por el señor de Camerino.
Lapo Uberti, por la república de Pisa.
Guido Talunca, por el rey de Sicilia.
Manno Adimari, por el rey de Nápoles.
Folco Benciveni, por el gran maestre de Rodas.
Vermiglio Alfani, por el emperador de Occidente.
Musciato Franzesi, por el rey de Francia.
Ugolino da Vecchio, por el rey de Inglaterra.
Rimeri, por el rey de Bohemia.
Simon de Rossi, por el emperador de Oriente.
Guicciardo Bastari, por el gran kan de los tártaros.

Al verlos, dijo el papa, que los florentinos eran el quinto elemento.

resto de su marítima grandeza (11). Entonces se les cerró el camino de Africa: no pudieron sostener en Sicilia la competencia de los catalanes: finalmente, les fué preciso dedicarse á la agricultura, á la industria manufacturera, y limitarse á las espediciones de tierra.

Cuando Enrique envió á anunciar á los florentinos su llegada y á pedirles alojamientos, respondieron que jamás habian creido digno de aprobacion á un emperador que llevaba á Italia un ejército de bárbaros, cuando su deber seria emancipar de bárbaros aquella nobilísima provincia (12); y se pusieron con preferencia al lado del rey Roberto. Entonces se lisonjearon los pisanos de recuperar la ventaja sobre su rival, y de ver á Enrique, que poco rico de dominios en Alemania, meditaba en establecerse en Italia, hacer de su ciudad su residencia y la capital del Imperio. En su consecuencia se adelantó Enrique, ayudado con el dinero de los pisanos y con los socorros de cuantos enemigos tenian los de Florencia, contra aquellos mercaderes que desafiaban su poderio; pero ellos decian en alta voz *qne jamás habian bajado los florentinos la cabeza delante de ningun, señor* é inscribian á la cabeza de sus proclamas: *En honor de la Santa Igleeia y á la muerte de rey de Alemania.* Hiciéronle frente con triples fuerzas que las suyas; y acosado Enrique entre las armas, el hambre y la peste, se vió obligado á emprender la retirada, poniendo á Florencia fuera de la ley del imperio, por «su desenfrenada locura y su indómito orgullo respecto de la majestad real:» luego se dirigió á Roma, donde con motivo de su coronacion, aspiraba á desplegar un gran boato.

Los favores de los papas Nicolás III y Nicolás IV habian engrandecido estraordinariamente á las dos familias rivales de los Colonnas y de los Orsini, hasta tal punto, que hacian en Roma lo que mejor les placia. Acogieron los Orsini á Enrique; pero los Colonnas y el rey Roberto guardaban á la ciudad con las armas en la mano, y como habia barricadas en las calles, se hizo coronar en la iglesia de San Juan de Letran, no sin que la ceremonia y el banquete fueran insultados por el enemigo (29 de junio de 1312). Los señores alemanes, cuyo término de servicio feudal habia espirado, abandonan á la sazon á Enrique, quien quedándose con poca gente y todavia menos dinero, vuelve á caer sobre Florencia sin haber sometido á Roma. No atreviéndose á atacar de nuevo á la ciudad güelfa, se venga talando su territorio. Poco acostumbrados los florentinos al manejo de las armas, aunque muy hábiles en política, dejan que el tiempo y el clima vayan mermando sus fuerzas, y durante este espacio sublevan contra él á todos los Estados de Italia.

En efecto, Enrique, careciendo de hombres y provisiones, apenas pudo pagar sus deudas, se volvió á Pisa (13) en bastante mal estado, tanto él como su gente, y queriendo á lo menos ostentar algun aparato imperial, erigió un tribunal al cual citó á las ciudades rebeldes: abstuviéronse de comparecer alli por supuesto, y entonces despojó á Florencia del mero y misto imperio y de todos sus privilegios (14), concediendo á los Espínola y

---

(11) Disputaron los genoveses la Cerdeña á los aragoneses en cuyo poder quedó, y donde introdujeron las córtes, con tres órdenes ó brazos: eclesiástico, militar y real, es decir, estado llano. Aquella asamblea intervenia en la legislacion, en la imposicion de contribuciones, al mismo tiempo que fallaba en las diferencias de los individuos y de los cuerpos. Algunos señores permanecieron independientes, como los marqueses de Arborea, entre los cuales se hizo célebre Leonor (1403). Todavia están vigentes las leyes que mandó coleccionar ella *(Carta de logu)*. Pertenecia tambien la Córcega á los aragoneses en cambio de la Sicilia; pero los pisanos y los genoveses seguian aspirando á poseerla, á pesar de los esfuerzos de Bonifacio VIII para disuadirles de su intento. Así se encontraba la isla desgarrada por los partidos que alternativamente se daban batalla, sin que los aragoneses pudieran echar allí raices. Alzanse muchos tiranuelos; después, cansado el pueblo de sus violencias, da muerte á los barones, les obliga á la fuga (1359): establece entonces una constitucion republicana y se pone bajo la proteccion de los genoveses, á condicion de no pagar anualmente mas de veinte sueldos por hogar, sin otras cargas. No por esto se apaciguaron las facciones, y la república de Génova no pudo reprimirlas. En su consecuencia cinco ciudadanos tomaron á su cargo la proteccion de la isla, y se la repartieron con este objeto; pero este pacto duró poco: y se agregaron á las facciones indígenas las de los Adorni y de los Fregosi, y los corsos se entregaron al banco de San Jorge en 1453; pero se cansaron de él en 1460.

(12) LUNIG, *Cod. dip.*, I, 1078.

(13) «Hubiera partido (de Poggibonzi), si hubiera tenido con qué, pues era muy pródigo y gastador; tenia una conciencia recta y muy buena fe. No queria partir porque no tenia para pagar lo que habia pedido... El rey Federico de Sicilia... le mandó veinte y cuatro mil florines, con los cuales pagó sus deudas y partió.» COPPO DI STEFANA, libro V.

(14) Sentencia de Enrique VII contra Florencia:

«A fin de que sirva de ejemplo, á fin de que no puedan gloriarse de su contumacia su Concejo y sus hombres, habiendo confesado, y estando legítimamente convictos por su contumacia, de todos y cada uno de los dichos escesos, despues de haber invocado el nombre de Cristo, juzgando en tribunal sentencialmente, privamos en este escrito al dicho Concejo y á todos los florentinos del mero y mixto imperio de toda autoridad de señoria, rectoria y capitania, y de toda jurisdiccion de los cuales usan ó han usado en la dicha ciudad y su distrito y territorio. Además, los castillos y las ciudades, las villas y los distritos de la misma ciudad de Florencia, y todos los bienes que la dicha ciudad y Concejo de Florencia tiene y posee dentro y fuera y en cualquier lugar, quedan confiscados por la Cámara nuestra y del Romano Imperio, y le privamos perpétuamente de los estatutos y leyes municipales, y de la autoridad de hacerlos en lo futuro, y de todos los feudos, franquicias, privilegios, libertades é inmunidades y honores, que los emperadores y reyes de Roma, predecesores nuestros, conce-

al marqués de Monferrato el derecho de acuñar florines con el busto de san Juan Bautista, declarando finalmente á Roberto de Nápoles depuesto del trono, y á sus súbditos relevados del juramento de fidelidad. A fin de que no quedaran en ridículo estas amenazas, Enrique estrechaba á la dieta germánica y á los gibelinos de Italia á enviarle un buén refuerzo de tropas, si bien con poquísimo suceso. Creyendo el papa invadidos sus derechos á consecuencia de la destitucion de Roberto, rey de Nápoles, intimó que desistiera de ello. Sólo Génova y Pisa, para satisfacer sus rivalidades, le equiparon sesenta galeras, á fin de que fuera á invadir el reino de Nápoles (1313): y Federico, rey de Trinacria, secundó su espedicion invadiendo al mismo tiempo la Calabria. De consiguiente la casa de Anjú se hallaba en gran peligro; y «una vez dueño del reino Enrique, le hubiera sido estremadamente fácil enseñorearse de toda la Italia y aun de otras provincias» (VILLANI); pero en esto murió de repente en Buonconvento (24 agosto) (15), dejando á la Italia mas agitada que nunca, envilecida la autoridad de los emperadores y despojada de su antiguo prestigio: además de que la estremada desproporcion entre sus fuerzas y sus pretensiones saltaban desde luego á la vista.

Pisa, que habia gastado por Enrique 2.000,000 de florines, los vió perdidos á causa de su muerte, y se halló espuesta á la cólera de todos los güelfos de Toscana. Creyó hallar el vacio de sus ofertas estableciendo un derecho sobre todas las mercancías que entraran en su puerto: é irritados los florentinos se dirigieron al de Telamon, donde se trasladaron los otros negociantes establecidos en Pisa, lo cual fué el último golpe dado á su comercio.

Agotada y amenazada por todas partes, eligió por señor á Uguccione de la Faginola, hijo de aquel Rinier de Corneto, «que hacia tan cruda guerra en los caminos reales» en el valle de Savio. Sentíanse poco dispuestos los señores toscanos á auxiliar al Estado, que les dañaba en todas sus resoluciones; el pueblo habia abandonado las armas para dedicarse al comercio; por lo cual Florencia Luca, Prato y Pistoya creyeron conveniente buscar su salvacion sometiéndose á Roberto de Nápoles. Pero esto no impidió á Uguccione, muy perito en el arte de la guerra, hacer triunfar á Pisa. Atacó á Luca (1314), ciudad rica y casi tan poderosa como Florencia, y que estaba defendida por una nobleza acostumbrada á lanzarse de sus castillos, para entregarse al saqueo tanto en tierra como en mar. Habiéndose hecho dueño de ella por traicion, la asoló á la cabeza de los soldados alemanes, y la tuvo bajo su dominio. Pidió Florencia generales á Roberto para reprimir á los gibelinos; pero éstos prevalecieron en la jornada de Montecalino (1315), donde hubo gran matanza de güelfos (16). Concluyó Roberto por conseguir que Pisa y Luca hiciesen la paz con Florencia, Siena y Pistoya.

No obstante, Uguccione gobernaba tiránicamente á Pisa y Luca, cebándose contra cualquiera que le era sospechoso. Resultó de ello que las dos ciudades se sublevaron de repente (1316), y después de espulsarle se unieron en una federacion

---

dieron á los florentinos, que se han hecho indignos de todo ello, y lo anulamos por nuestra segura ciencia y sentencia. Además condenamos al dicho Concejo y á sus hombres en cinco mil libras de oro que deben pagar á la cámara nuestra y del Romano Imperio. Condenamos tambien perpétuamente á la infamia y desterramos perpétuamente como cómplices y agentes de la dicha revolucion á los priores y cónsules de Florencia y á todos los demás funcionarios que desempeñan ahora ó sean elegidos para cargos públicos. Desterramos tambien á todos y á cada uno de los ciudadanos y habitantes del distrito de la dicha ciudad, mandando que ninguna ciudad, castillo ó baron, comunidad ó particular, acoja ó dé auxilio de cualquier modo que sea, pasado un mes. Después de esta sentencia, á ninguno de los dichos Concejos, ciudadanos y habitantes, bajo la pena, cada concejo de ciudad, de cincuenta libras de oro, y cada castillo ó baron de veinte libras de oro, y cada particular de una libra de oro, que deberán pagar á nuestra cámara, y más ó menos á nuestro arbitrio, considerando la calidad de la persona y circunstancias del delito; debiendo pagarse esta pena tantas veces como se faltare á esta sentencia. Declaramos que cualquiera puede personalmente apoderarse de los dichos florentinos desterrados y rebeldes contra nosotros y el Sacro Romano Imperio, pero sin ofender sus personas y entregarlas á nuestra autoridad, así como tambien apoderarse y tener sus bienes, prohibiendo además que ningun deudor de dicho Concejo ó de los habitantes de Florencia y su distrito piense en satisfacer su deuda. De todo lo anterior, exceptuamos sin embargo á aquellos que son de nuestra familia, y a los que están desterrados por las causas citadas de la misma ciudad y su distrito, y su familia y bienes; exceptuamos de las dichas penas y sentencias y destierro, á estas personas de nuestro séquito, y á los desterrados y á sus familias y bienes, y los ponemos bajo nuestra proteccion y la del Romano Imperio. Mandamos tambien que el podestá y el capitan de la ciudad y sus jueces y notarios, si en el término de veinte dias desde la publicacion de esta sentencia, no abandonan sus empleos y la ciudad, y los que en lo porvenir presuman ejercer estos empleos de podestá, capitan, jueces ó notarios, queden privados por esta ley inmediata y perpétuamente de la facultad de juzgar, de asistir y de otorgar instrumentos públicos, y de cualquier otro honor ó dignidad. Y queremos y declaramos que los mismos sean considerados infames, si los dichos Concejos y hombres en el espacio de veinte dias no comparecen ante nos por síndico legítimo, para obedecer nuestros mandatos sobre todas estas cosas.

Delicia de los Eruditos toscanos, tom. XI. pág. 105. Los recopiladores la reputan traduccion contemporánea.

(15) El hecho de su envenenamiento en una hostia es un cuento desmentido por el silencio de los contemporáneos.

(16) Los hijos de los dos jefes enemigos, Cárlos de Nápoles y Francisco de Uguccione, fueron enterrados en el mismo sepulcro, en la abadía de Buggiano. LELMI, *Cron. de San Miniato.*

de gobierno popular. Castruccio Castracane, de la familia Interminelli, uno de los principales gibelinos, que habia adquirido renombre militar en Francia, en Inglaterra y en Lombardia, se vió llevado, desde el calabozo donde le habia metido Uguccione, á la cabeza del gobierno de Luca y á ser capitan de los gibelinos en Toscana. Habia aprendido en las guerras y en sus numerosos viajes, tanto á pelear como á administrar; valiente, pérfido é ingrato, tanto como es preciso para elevarse á tanta altura. Los suplicios y tormentos castigaron á todo el que habia sido contrario ó bienhechor suyo. No contento con dominar en Luca, aspiró á someter las ciudades comarcanas; invadió la Garfagnana y la Lunigiana, pero Espineto Malaspini, que poseia allí sesenta y cuatro castillos, detuvo la marcha de las tropas, con ayuda de los florentinos. Entonces se adelantó Castruccio contra él, y asolando el valle de Nievola y el del Arno inferior, tomó á Prato y sorprendió á Pistoya. Avergonzados los florentinos, reunieron el mayor ejército que habian puesto en pié, y confiaron el mando á Raimundo de Cardona, aventurero catalan, llamado á Italia por el cardenal de Poggetto; pero no pensando este general sino en hacer dinero, eximiendo de la guerra á los mercaderes ricos, los condujo por las marismas insalubres de Fientina, y allí, acometidos de espanto ó de fiebre, pagaron por obtener el ser licenciados á sus casas. Resultó de esto, que atacando Castruccio al enemigo en Altopascio, le derrotó, cogió á Cardona y el caroccio, y entregó al saqueo el territorio para indemnizarse de los gastos de la guerra (13 setiembre de 1325) (17). Hasta intentó, para aprovecharse de los favores de la fortuna, sorprender á Florencia, y para mofarse de ella, hizo llevar el palio á sus puertas, mientras que los ciudadanos se mantenian encerrados dentro de sus murallas aun imperfectas. No se hubieran escapado de la afrenta que les amenazaba, si una Frescobaldi no hubiese disuadido á su hijo Guido de los Tarlati, obispo de Arezzo, reunir sus fuerzas á las de Castruccio.

Sitio de Génova.—El partido contrario secundaba el engrandecimiento de Roberto de Nápoles, que unia á su reino de la Pulla el señorio de varias ciudades del Piamonte, la Provenza, la alianza de los güelfos y la proteccion de Juan XXII. Aquel papa le habia nombrado vicario del imperio durante la vacante del trono. Una espedicion que le reportó entonces el mayor honor, fué la libertad de Génova (1318), que sitiaban los gibelinos. Agobiada esta ciudad por los Doria y los Espínola, gibelinos, los Grimaldi y los Fiescos, güelfos, habia convertido sus palacios en otras tantas fortalezas, desde las que se atacaban y defendian alternativamente. Los nobles no permanecian ya en sus almacenes para aguardar los compradores, sino que corriendo los mares como capitanes de barcos, acostumbraban los marinos á respetarlos y obedecerlos. Como á veces no habia un hijo de familia que no mandase un buque, millares de personas se encontraban á un sueldo de una casa, á la cual obedecian por costumbre, por necesidad, por reconocimiento. Habia, pues, grandes bandos de ambas partes, y las batallas eran sangrientas. Arrojados los gibelinos de Génova, la sitiaron por mar, mientras que Marco Visconti, hijo de Mateo, valiente capitan milanés, la cercaba por los valles de Bisagno y del Polcevera. Toda la Italia tomó partido en aquella ocasion. Pisa, Castruccio, el marqués de Monferrato, el rey de Sicilia, el mismo emperador de Constantinopla, se declararon en favor de los sitiadores, al paso que los florentinos y los boloñeses auxiliaban al rey Roberto. Este príncipe entró en el puerto con su flota, y obtuvo al mismo tiempo del papa la soberania de Génova, la que se proponia hacer centro de las operaciones de los güelfos en la Alta Italia. Después de diez meses de infructuosos ataques, los gibelinos se vieron obligados á retirarse, y los genoveses demolieron los palacios y las casas de campo de sus adversarios, sin olvidarse de dar gracias á san Juan Bautista por su victoria (1323). Viéndose despreciado el pueblo bajo, á pesar del abad que le representaba, habia instituido una liga llamada *Motta* del pueblo, con diez capitanes adjuntos al abad, con intencion de precisar al vicario á hacer justicia, y en caso de negativa, tocaban á rebato. Esta asociacion fué disuelta por Roberto, que conservó la suprema autoridad por espacio de doce años. Fué después espulsado, y entonces se crearon dos capitanes del pueblo, con un podestá además del abad.

Entre tanto los gibelinos se habian vuelto á unir, concluyeron una liga con Socino, eligiendo por jefe á Can de la Escala, y sostuvieron la guerra por diferentes partes (1325). El cardenal legado Bernardo del Poggetto marchó contra ellos; pero aunque reunió á las armas terrenales los anatemas espirituales, no pudo triunfar de su resistencia.

---

(17) «El 10 de noviembre (1325), Castruccio volvió á Luca para celebrar la fiesta de san Martin con gran triunfo y gloria. Todos los de la ciudad, hombres y mujeres, fueron á su encuentro en gran procesion, como para un rey; y para manifestar más desprecio á los florentinos, se hizo caminar delante el carro con la campana que los florentinos tenian en su ejército; los bueyes estaban cubiertos de ramas de olivo, con las armas de Florencia, y se hacia sonar la campana. Detrás del carro iban los mejores prisioneros de Florencia y monseñor Raimundo de Cardona, con cirios encendidos en la mano, para ofrecerlos á san Martin. Castruccio enseguida dió una comida á todos, que eran cincuenta personas de las más notables de Florencia; las insignias reales del Concejo de Florencia iban puestas en el respaldo del carro, después hizo poner en prision á los florentinos, exigiéndoles enormes rescates. Seguramente Castruccio sacó de nuestros prisioneros y de los franceses y forasteros cerca de cien mil florines de oro, con lo que pagó los gastos de la guerra.» J. VILLANI, IX, 319.

CAPÍTULO XVII

LUIS DE BAVIERA.—CÁRLOS DE BOHEMIA.—NICOLÁS RIENZI.

Las alternativas del Imperio, disputado en esta época por Luis de Baviera y por Federico de Austria, no permitieron al uno ni al otro ocuparse de Italia. Pero cuando el primero dominó á su rival, se apresto á trasladarse á la península. Llegado á Trento con un escaso número de hombres (1327), se avistó con los gibelinos principales, Marco Visconti, Passerino de Bonacossi, señor de Mántua, Obizzo de Este, Guido Tarlatti, Can de la Escala, y los embajadores de Castruccio, de Sicilia, de los pisanos, quienes le prometieron 150,000 florines de oro para sus gastos: escoltado después por ellos se dirigió á Milan, donde fué coronado.

Allí Mateo I sostenido por sus cuatro valientes hijos y por todos los gibelinos, habia puesto bajo su autoridad á Bérgamo, á Pavia, á Plasencia, á Tortona, á Alejandria, á Verceli, á Cremona y á Como. Habiéndose trabado una disputa entre él y el papa, que durante la vacante del imperio, pretendia nombrar los cardenales imperiales, el cardenal de Poggetto publicó contra él una cruzada imputándole enormes desmanes, tales como por ejemplo, haber puesto trabas á las condenas de la Santa Inquisicion. Asustado por la escomunion, reunió al pueblo en la catedral, hizo delante de él profesion pública de su fe, exhortó á sus hijos á que ingresaran de nuevo en el seno de la Iglesia, y se retiró á un claustro en Crescenzago (1322). Murió allí dejando la reputacion de un hábil capitan, de un político diestro, vacilando no obstante entre la ambicion gibelina y el respeto á las ideas religiosas.

Galeazo, su hijo, obtuvo, á pesar de las amenazas pontificias y de las tramas de los descontentos, el título de capitan general. Pero Versucio Lando, caballero de Plasencia, á cuya esposa quiso seducir, hizo que se rebelara contra él esta ciudad, á la cual siguieron otras y Milan luego, considerándolo como enemigo de la Iglesia; pero ayudado por los alemanes mercenarios y por el valor de su hermano Marcos, recuperó la capital. Fué asaltado allí por los güelfos, que tenian á su cabeza al cardenal y á Raimundo de Cardona; pero el enemigo se vió precisado á retirarse, cuando las enfermedades y las intimaciones del emperador Luis se unieron á las derrotas sufridas.

Irritóse el papa de aquella intervencion del emperador, y alegando contra él una serie de graves culpas, le mandó renunciase al Imperio bajo pena de escomunion; pero como éste apeló al concilio, tratado el papa por él en términos los más injuriosos, lanzó sobre su cabeza el anatema, le declaró destituido y puso en entredicho los paises que reconocieran su autoridad. No por eso dejó Luis de continuar su viaje, llevando á sus partidarios el entredicho papal, considerando á la Italia como un pais que esplotar y engañar. Aunque hubiese nombrado á Galeazo su vicario, le hizo poner preso, á instigacion de Marcos Visconti y de los gibelinos, con sus hermanos Lucas y Juan, su hijo Azzon, y meter en los hornos de Monza. Llamábanse asi ciertas prisiones preparadas por el mismo Galeazo, cuyo suelo era convexo, y la bóveda tan baja que no podian estar ni de pié ni acostados.

Esta primera traicion fué acompañada de otras muchas; mientras que proseguia su marcha con ayuda de Castruccio Castracane. Habíase cansado Pisa de favorecer con tan grandes gastos al partido gibelino, sin conseguir más que las escomuniones del papa y las traiciones de los emperadores. Persuadió Castruccio á Luis á que atacara á aquella ciudad, que se rindió pagando 150,000 florines. Confirió el emperador la soberania de ella á su mujer, así como erigió en ducado á Luca, Pistoya, Volterra y la Lunigiana, en favor de Castruccio. Encontró en Roma los ánimos muy mal dispuestos respecto

de los papas, que dejaban abandonada la ciudad. Los güelfos habian sido arrojados y Sciarra Colonna elegido capitan para gobernar en union de cincuenta y dos ciudadanos. Este presentó al príncipe bávaro una acusacion contra Juan XXII, que no habiendo comparecido á la citacion, fué declarado depuesto (1328); después se procedió á la eleccion del antipapa Pedro de Corbières, que tomó el nombre de Nicolás V. Hízose Luis coronar por Nicolás, y Castruccio asistió á la ceremonia como conde de palacio, vestido con un traje de seda carmesí, y escrito en el pecho: *Es como Dios quiere*, y por detrás: *Será lo que Dios quiera* (1).

Proponíase marchar sobre Nápoles, cuyo rey se habia opuesto sin cesar á sus proyectos; pero fuese que los gibelinos se cansasen de las pesadas cargas que les hacia soportar, ó que cediesen á su movilidad natural, ó porque los pueblos sufrian el entredicho, le abandonaron: Galeazo Visconti, que habia recuperado su libertad á precio de dinero, y que seguia á Luis, aunque contra su voluntad, murió en Pescia escomulgado y al servicio ajeno. Informado Castruccio de que los florentinos asolaban sus dominios, corrió á salvarlos, y volvió á recuperar á Pisa y Pistoya; pero las fatigas que habia sufrido le condujeron al sepulcro, y dejó la autoridad á su hijo Enrique (2). Privado Luis de su brazo derecho y de recursos rentísticos, no habiendo sabido más que ponerse en ridículo con su pomposo atavío y los virulentos cargos que oponia á los pontífices, alternados con bajas sumisiones, se vió obligado á abandonar á Roma apresuradamente, perseguido por la befa del pueblo enfurecido, que desentierra hasta los cadáveres de los alemanes muertos en aquellos últimos tiempos. Mientras que él se ocupaba en Pisa en instruir el proceso de los papas de Aviñon, los florentinos iban á insultarle hasta sus murallas. Las perfidias y violencias, con ayuda de las cuales se procuraba dinero, acabaron por deshonrarle. Olvidando los servicios que le habia prestado Castruccio, vendió Luca á Francisco Castracane, pariente y enemigo de los hijos de aquel capitan gibelino, que de esta manera se encontraron reducidos al oficio de jefes de bandas. Gran número de sajones de su comitiva, á quienes no pagaba, renunciaban á la obediencia y se retiraban á la montaña de Ceruglio, entre Luca y Pisa, donde vivian de rapiñas. Guiados después por Marcos Visconti, á quien tenian en rehenes por el pago de su sueldo, ocuparon á Luca, que adjudicaron al mejor postor para cobrar sus pagas.

Azzon Visconti, que habia sucedido á su padre, habia arrojado de Milan al magistrado imperial y comprado á Luis el vicariato, tambien imperial, mediante 125,000 florines; pero viendo no muy seguro al emperador, y queriendo ahorrarse lo que le quedaba que pagar, se volvió á favor del papa. Vióse, pues, Luis obligado á retirarse maldecido por los italianos, que habian permanecido mucho tiempo privados de sacramentos por su causa, y dejando envilecida la autoridad imperial que habia vendido á pedazos.

Llevaba entonces el partido güelfo la mejor par-

(1) «El y su mujer con toda su gente armada salieron por la mañana de Santa Maria la Mayor, que era adonde habitaba entonces, dirigiéndose á San Pedro; iban delante cuatro romanos, con banderas, llevando los caballos cubiertos de cendal, y mucha gente forastera; las calles estaban limpias y llenas de arrayan y laurel, y adornadas con las mejores joyas y telas de cada casa. Hé aquí el modo con que fué coronado y quiénes fueron los que le coronaron: Sciarra de la Colonna que habia sido capitan del pueblo, Buccio de Processo y Orsino de los Orsini, senadores, y Pedro de Monte-Nero, caballero romano, vestidos todos con telas de oro; además de éstos fueron á coronarle cincuenta y dos del pueblo, y el prefecto de Roma que siempre iba delante de él, como dice su nombre; á su lado iban los cuatro capitanes senadores y caballeros ya citados. Jacobo Savelli y Tibaldo de Santo Estazio y otros muchos barones de Roma; hacia que fuese siempre delante de él un juez de derecho, el cual tenia por cada cuartel de Roma el órden del Imperio, y en este órden llegaron al sitio de la coronacion; no faltó más que la bendicion y confirmacion del papa que no estaba allí; y el conde del palacio de Letran, el cual no se hallaba en Roma, y que segun el órden del Imperio, debia tener el crisma cuando se tomaba del altar mayor de San Pedro, y recibir la corona cuando se traia, á lo cual se proveyó, haciendo conde del palacio á Castruccio, que era duque de Luca. Antes con gran solicitud le armó caballero, ciñéndole la espada con sus manos y dándole el espaldarazo, y después hizo caballeros á otros muchos, tocándoles con la varita de oro, y Castruccio armó en su presencia á siete. Después de esto se hizo consagrar el dicho Bávaro como emperador, en lugar del papa ó de sus cardenales, por los cismáticos, el obispo que fué de Vinegia, sobrino del cardenal de Prato, y el obispo de Ellera; del mismo modo fué coronada su mujer como emperatriz, Así que estuvo coronado el Bávaro, se hizo leer tres decretos imperiales; el primero sobre la fe católica, el segundo sobre el honor y respeto que se merecen los clérigos, y el tercero mandando conservar las pensiones de las viudas y pupilos; este hipócrita disimulo agradó mucho á los romanos. Después de esto mandó decir la misa, y concluida la solemnidad salieron de San Pedro, y se dirigieron á la plaza de Santa Maria Araceli, adonde estaba preparada la comida, y á causa de la larguísima ceremonia se hizo de noche antes de comer, quedándose á dormir en el Capitolio.» J. VILLANI, X, 54.

(2) «Castruccio fué un valiente y magnánimo tirano; sabio, prudente, solícito é infatigable; valiente en las armas y muy prevenido en la guerra; aventurado en sus empresas, muy temido y formidable; en su tiempo hizo muchas y muy buenas cosas, y fué un azote para sus ciudadanos, los florentinos, los pisanos, los pistoleses y todos los toscanos por espacio de quince años, que dominó en Luca; fué bastante cruel en hacer morir y en atormentar á los hombres, ingrato á los servicios que recibió en sus apuros ó necesidades, aficionado á gentes y amigos nuevos, y muy orgulloso por su posicion y poder; y hasta se creyó señor de Florencia y rey en Toscana. Los florentinos se alegraron mucho de su muerte, y apenas podian creer que fuese verdad.» El mismo, X, 85.

te, Marcos Visconti es degollado por los que temen su ambicion. Cambia Azzon su título de vicario imperial por el de pontíficio. Consigue ventajas el rey Roberto en Lombardia; Brescia, que se habia entregado á él, arroja á los gibelinos, cuya influencia la dirigia. El cardenal de Poggetto, mal soldado y peor sacerdote, bajo pretesto de proteger los intereses del papa ausente, trata de formarse para sí mismo un hermoso Estado en medio de la Italia. Allí, aprovechándose las ciudades de la ausencia del pontífice, se agitaban en una tempestuosa independencia. Aseguraban los Polenta su autoridad en Rávena, los Malatesta en Rímini, los Montefeltro en Urbino, los Varani en Camerino, y una veintena de otros señores, se habian formado entre el Apenino, el Adriático y el principado de Benevento, reprimidos apenas de cuando en cuando por algun legado pontificio, que procuraba por alianzas, por las armas y por los entredichos reintegrar la autoridad papal. Situada Bolonia en el centro de Italia, populosa, comerciante, orgullosa con su universidad, disputaba á Florencia la suprema direccion de los güelfos, y conservaba su libertad, aunque estuvo con frecuencia dividida en sectas y facciones. Los Gozzadini y los Beccadelli, favorecian bajo el nombre de Maltraversi, el gobierno popular que combatian los Scacchesi. A la cabeza de aquella segunda faccion se encontraba Romeo Pépoli, á quien sus bienes heredados y los que habia adquirido personalmente, daban una renta de 120,000 florines (millon y medio del dia), que empleaba en dominar, corromper ó eludir la justicia.

Habiendo sido derrotados los boloñeses en Monteveglio por los gibelinos de Lombardia, Romeo Pépoli les persuadió se entregasen al cardenal de Poggetto, que estableció allí su residencia como centro de un grande y futuro principado; ya habia reducido á su ley á Parma, Reggio, Módena y otras ciudades de la Romaña. Pero apenas fué derrotado en Ferrara (1333), cuando los señores romañoles se insurreccionaron por todas partes, y él se vió precisado á volver á Aviñon, cargado de oro y de ignominias. A la muerte de su padre, perdió toda autoridad; la misma Bolonia se rebeló y pasó alternativamente del régimen de la libertad al dominio de Tadeo Pépoli, que acabó por hacerse señor de ella, bajo la soberania de la Iglesia, comprometiéndose á pagarle anualmente 8,000 libras boloñesas. Faenza, ordinaria residencia del conde de Romaña y del legado, fué la única que quedó fiel á los papas.

En los pasados peligros, los florentinos se habian sometido al duque de Calabria, Cárlos, hijo del rey Roberto. Aquel príncipe habia ido con un hermoso ejército de provenzales y catalanes, pero sin tener en cuenta las convenciones acordadas, les sacó 450,000 florines al año, en lugar de los 200,000 estipulados; quiso ejercer el derecho de paz y guerra, favorecido en esto por los nobles, que se avenian mejor á un principado que á la democracia, tanto más, cuanto que permitió toda licencia á sus amigos. Derrogando además las leyes para la represion del lujo de las mujeres, añadió á las desgracias públicas las querellas domésticas. Libertó su muerte á los florentinos, que dueños entonces de su casa reformaron su gobierno, instituyendo sólo dos concejos, el uno de trescientos vecinos baja la presidencia del capitan del pueblo, el otro de doscientos cincuenta vecinos y nobles, bajo la del podestá, asambleas que se renovaban alternativamente cada cuatro meses.

Juan de Luxemburgo.—Habiendo muerto todos los jefes de los gibelinos, Castruccio, Juan Galeazo, Can el Grande y Passerino de los Bonacossi, era importante para ellos tener alguno que oponer al cardenal de Poggetto. Como entonces aquel Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, á quien hemos visto desempeñar el papel de pacificador universal (1330), se encontraba en el Tirol, los brescianos enviaron á ofrecerle que fuera su soberano si queria socorrerlos contra sus desterrados gibelinos y contra Mastino de la Escala, que pretendia volverlos á su pátria. «Pobre de dinero y deseoso de señorio» llegó, apaciguó las facciones é indujo á Mastino á desistir de sus pretensiones. La fama de sus novelescas hazañas, su noble espíritu, su elocuencia, su generosidad, fascinaron á todo el mundo, tanto más, cuanto que no tenia derechos y que todo lo debia á la libre eleccion. Invitáronle los bergamascos á aceptar su señorio. Otro tanto hicieron Crema, Cremona, Pavia, Verceli, Novara, Parma, Reggio, Módena, Luca. Lo mismo hizo hasta Milan, donde constituyó como su vicario á Azzon, que aguardaba sin celos el fin de un reinado que preveia deber ser efímero.

Entonces Juan, que deseoso de ser agradable á todos, se mostró no menos amigo de los partidarios del pontífice que de los imperiales, entró en parlamentos con el legado (1331); por lo que los italianos concibieron desconfianza, temiendo que se entendiese con el papa para reducir el pais á la servidumbre. Los florentinos rompieron los primeros con él, y se aliaron con el rey de Nápoles; después, como los negocios de Alemania le llamaban, dejó la autoridad á su hijo Cárlos, que recomendó á los duques de Saboya. Pero éstos le abandonaron pronto. Uniéronse los gibelinos de Lombardia y los güelfos de Toscana para volverle á tomar las ciudades que se habian entregado á su padre, y se concluyó una liga en Orzinovi entre los señores gibelinos (1332), la república de Florencia y el rey Roberto, con el objeto de garantirse recíprocamente sus posesiones. Cárlos no opúso gran resistencia; le bastaba obtener dinero, y tener campo para otras empresas.

Juan volvió á presentarse en Italia con mil seiscientos caballeros levantados en Francia, y cien mil florines que le habia prestado Felipe VI: tenia además en su favor al papa, que queria humillar á los florentinos, hostiles al cardenal legado; pero conociendo que no podia sostenerse, pensó en ha-

cer al menos dinero. Vendió en su consecuencia Parma y Luca á los Rossi; Reggio á los Fogliano; Módena á los Pio; Cremona á Ponzino Ponzone, y abandonó aquel territorio; ¡pobres reyes y no menos pobres emperadores, que sin soldados y sin dinero, se mostraban un momento entre aquellos señores y republicanos, bien provistos de estos dos poderosos recursos! No teniendo otro objeto que llenar algo su bolsa, se hacian escarnecer ú odiar; y si obtenian alabanzas en Alemania, parecian bárbaros en medio de la civilizacion y del refinamiento de la Italia; tiranos en comparacion con aquellos derechos. Luis de Baviera lo vendió todo, y fué un pérfido; Juan de Luxemburgo fué más leal, sin mostrar menos venalidad; Cárlos, su hijo, después emperador, empeñó á Florencia por mil seiscientos veinte florines la corona imperial, que los sieneses se vieron después obligados á recobrar á sus espensas. No sabemos, pues, cuál era el pensamiento de Dante cuando llamaba la venganza de Dios sobre Rodolfo de Habsburgo y sobre Alberto su hijo, culpables de dejar devastar el jardin del Imperio, y no ir á ajustar el freno de la indomable yegua; no sabemos tampoco lo que deseaba Petrarca cuando dirigia á Cárlos aquellas pomposas apelaciones. ¿Qué podian esperar los italianos de los emperadores? ¿Qué tenian que aguardar de los papas? y no obstante no cesaban de deplorar su ausencia: sirviéndose del nombre de unos y otros para formar partidos, para cubrir sus ambiciones particulares y agitarse en medio de las tempestades de una libertad que no sabian ni establecer de un modo duradero, ni decidirse á perder.

Habiéndose hecho viejo el rey Roberto, no teniendo ya suficiente energia para mandar á los güelfos, la faccion opuesta tomó en todas partes la superioridad. Azzon Visconti, que por el esplendor de las artes, letras y el fausto, adormecia las poblaciones sobre la pérdida de su libertad, llegó á poseer, además de Milan, á Bérgamo, Cremona, Plasencia, Borgo Sandonnino, Triviglio, Vigevano, Pizzighettone, Como, Lodi, Crema, Brescia, Lecco. Al mismo tiempo, su tio Juan arrebataba á los Torricelli Novara, cuya silla episcopal ocupaba.

Los Escalígeros.—El poder de los Visconti se hallaba contrabalanceado por el de los Escalígeros, que desde Verona estendian su autoridad sobre la Marca de Treviso, favorecidos cual lo eran por los emperadores, como ardientes gibelinos. La grandeza de los segundos se acrecentó cuando llegaron á incorporar á Pádua á su territorio (1312-29). Esta ciudad, que se habia libertado del yugo de los Ezzelinos, habia después sometido á los Carrara su tumultuosa independencia, y para defenderse contra Can el Grande, armó diez mil caballos y cuarenta mil infantes. ¡Tan poderosa era! «Can el Grande fué el príncipe más espléndido de su tiempo, feliz en la guerra, sábio en el consejo, amigo de los literatos y artistas y fiel á sus promesas.» Mastino II, que le sucedió, juntó á Pádua y á Verona que ya poseia, Vicenza, Feltre, Belluno, Treviso; ocupó á Brescia, de donde arrojó al vicario Juan de Luxemburgo; después Parma se entregó á él por un tratado. Habiendo quedado Luca en poder de los alemanes de Ceruglio, Florencia la pidió negociar su adquisicion para sí; concluyó el ajuste, pero para su provecho propio (1335): así estendió su autoridad suprema sobre nueve ciudades que le rentaban anualmente setecientos mil florines, cuando apenas redituaba Francia tanto á su rey. Respondió á los florentinos, que le proponian trescientos mil si queria cederles Luca, que no necesitaba de una miseria semejante. En efecto, meditaba hacerse rey de Italia, y Luca le hubiera servido de puesto avanzado para someter á la Toscana. Habíase aliado á este fin con los pequeños señores de los Apeninos, y mantenia una corte de tal manera espléndida, que escitaba la admiracion aun en medio del lujo de aquel tiempo. El historiador Cartuzio (3) encontró á Mastino rodeado de veinte y tres príncipes desposeidos por las súbitas catástrofes, tan frecuentes entonces. Tenia en su palacio gran número de aposentos, adornados de diferente manera, y en relacion al estado de aquellos á quienes daba hospitalidad por los símbolos y adornos que tenian. Así es que los guerreros encontraban en ellos trofeos, los desterrados esperanza, las musas sonreian á los poetas, Mercurio á los artistas, los coros del paraiso á los predicadores. Durante la comida los músicos, juglares, y bufones divertian á los convidados. Las salas estaban cubiertas de cuadros que representaban las vicisitudes de la fortuna (4).

---

(3) *Historia*, lib. VI, cap. I.

(4) Muzio Gazata, ap. MURATORI. «Este señor Mastino (dice un autor contemporáneo) fué de los más grandes tiranos de la Lombardia, el que tuvo más ciudades, más poder, más castillos, más concejos y más almacenes. Tuvo á Verona, Treviso, Pádua, Civitate, Crema, Brescia, Reggio, Parma. En Toscana tuvo á Luca, la Lunigiana, y fué señor de quince grandes ciudades. Venció á Parma en una guerra tenaz. Cuando su ejército mantenia el sitio delante de una ciudad, le dirigian sobre cuarenta catapultas, y nunca se volvia sin que hubiese concluido por hacerse dueño de ella. Queria ser señor, fuera por fuerza ó por amor. Puso el pié en Toscana y adquirió á Luca engañando á los florentinos, por eso los florentinos urdieron contra él la trama que causó después su ruina. Amenazó después á Ferrara y Bolonia. Recompensó á los nobles que le entregaron las ciudades, reteniéndolos cerca de sí, concediéndoles gran proteccion. Tenia á su servicio muchos barones, muchos soldados de á pié y de á caballo, muchos bufones, muchos halconeros, muchos palafreneros, carros, caballos de justa; en los torneos manifestaba su grandeza. Se veia á los cortesanos despojarse de sus capuchones, tudescos inclinándose hasta la tierra, festines que nunca terminaban; mientras se oian trompetas, caramillos, zampoñas y timbales; de todas partes llegaban mulos cargados de tributos, y sucesivamente tenian lugar los torneos, cantos, danzas, saltos y toda recreativa y dulce diversion. Allí se recamaban paños franceses, tártaros... y terciopelos; se llevaban telas bordadas, esmaltadas y doradas. La ciudad entera de Verona

Pero los venecianos que hasta entonces no se habian mezclado en asuntos del continente sino como extranjeros, sin concebir alguna sospecha, mientras tuvieron por vecinos al obispo de Pádua, de Vicenza y de Aquilea, llegaron á recelar de las intenciones de los poderosos señores de la Escala. En efecto, Mastino habia meditado librar á los paises colocados bajo su dominacion de la servidumbre que les imponian los venecianos, suministrándoles la sal con la esclusion de otros cualesquiera (1337). Hizo construir fuertes sobre el Po con el fin de exigir gabelas á aquellos que cruzaban sus corrientes. De aquí provino una guerra, en la cual Venecia se alió con Florencia en daño de los Escalígeros. Azzon y los señores desposeidos se aprovecharon de esta circunstancia para ligarse *ad desolationem et ruinam dominorum Alberti et Mastini, fratum de la Scala*, ya en la mente se repartian las posesiones y hacian insurreccionarse contra ellos diferentes ciudades. Mastino se vió en último resultado obligado á ceder muchas á la paz. Padua volvió á los Carrara, celosos güelfos: apoderáronse los venecianos de Treviso, Castelfranco y Cenada, que fueron sus primeras posesiones en tierra firme. Viendo Mastino agotados sus recursos, ofreció Luca á los florentinos; pero mientras ajustaban el precio de la venta les anticipan los pisanos (1341), y se resisten con auxilio de los Visconti halagándoles por otra parte verse libres de una vecindad molesta.

No volvió á levantar cabeza la familia de la Escala, hasta perdió el resto de sus posesiones en tiempo de Juan Galeazo y dejó de ser familia reinante. Verona atestigua su grandeza en sus monumentos, y sus sepulcros son una brillante prueba del renacimiento de las artes, cuyo vigor no habia amortiguado una imitacion servil todavia (5).

En esto Mántua habia sido quitada á los Bonacossi por los Gonzaga (1328), de nuevo habian sido proclamados señores de Ferrara los marqueses de Este (1317). Añadieron á esta ciudad Módena: obtuvieron de Cárlos IV la confirmacion de los feudos imperiales de Rovigo, de Adria, de Aviano, de Lendinara, de Argenta, de San Alberto, de Comacchio, ciudad importante por sus salinas: se sostuvieron entre los papas, Venecia y Milan, y adquirieron además Parma y Reggio.

Saboya.—En las comarcas superiores de la Italia dominaban Juan Paleólogo, marqués de Monferrato; los condes de Saboya y sus vasallos; Jacobo, príncipe de Acaya, conde del Piamonte, y Tomás, marqués de Saluzzo. Amadeo V, tronco de la casa de Saboya en el Piamonte (1285-1323), fué creado príncipe del Imperio por Enrique VII, quien le dió tambien el condado de Asti. Amadeo VI, llamado el conde Verde, á causa de los colores con que se habia presentado en un torneo dado en Chambery, quitó á la condesa de Provenza, Chieri, Cherasco, Mondovi, Savigliano, Cuneo. La prosperidad de sus rentas, perfectamente administradas por Guillermo de la Beaume, su ministro, le permitió comprar la baronia de Vaud, con los señoríos de Bugey y de Valromey. Constituyóle vicario imperial Cárlos IV. Habiéndose trasladado á Constantinopla para socorrer á Juan I Paleólogo, su primo, conquistó á Galipoli de los turcos, y obligó á los búlgaros á la paz con aquel emperador. Instituyó la órden de la Anunciacion, ó collar de Saboya, con una cadena de plata sobredorada de tres nudos, y las letras F. E. R. T. en los eslabones. Se ha querido interpretar estas iniciales, que figuraban anteriormente en el escudo de armas de esta casa, por *Fortitudo Ejus Rhodum Tenuit*, haciendo alusion á la espedicion de Amadeo V á Rodas en el año de 1315. El número de los caballeros de esta órden era en un principio de catorce, y el príncipe formaba el décimo quinto: en lo sucesivo se elevó á veinte.

Amadeo VII el Rojo (1383), permaneció de la misma manera que su padre, amigo de la Francia,

---

parecia hundirse cuando montaba á caballo; cuando amenazaba, toda la Lombardia temblaba. Entre otras magnificencias, se cuenta que deseando comer un dia en su cámara, tenia ochenta criados de aparador que cada uno servia una mesita donde habia dos barones. En su residencia habia un numeroso séquito de jueces, médicos, literatos, y hombres versados en toda clase de conocimientos. Su fama llegaba á la corte de Roma, y en verdad no tenia semejante en Italia. Tan magnífico fué monseñor Mastino. De lo que más se gloriaba era de que á pesar de ser inmenso su poder, nunca conoció la fragilidad humana. Cuando llegó á tanta elevacion y grandeza, hizo construir el palacio que aun se admira en Verona, pero para ello derribó la iglesia de San Salvador, y le salió mal. Desde entonces comenzó á despreciar á los otros tiranos de Lombardia y no se presentó más en sus reuniones. Después mandó hacer una corona guarnecida de perlas, zafiros, rubies, carbunclos y esmeraldas, de valor de 20,000 florines, con la intencion de hacerse prontamente proclamar rey de Lombardia. La hizo en efecto por industria y sagacidad, para dar á entender que por el trascurso de los años, habia ganado aquel reino. Esto desagradó á los demás tiranos, que convinieron en no ser súbditos de uno de sus iguales. Monseñor Mastino fué caballero bávaro, hombre de mucha cabeza y señor amigo de la justicia. En sus Estados se viajaba con plena seguridad, con el oro en la mano y administraba cumplidamente justicia. Era moreno, velludo, tenia el vientre abultado, gran barba y mucha maestria en la guerra. Cincuenta palafreneros se hallaban en sus caballerizas. Se mudaba de vestido todos los dias, y cuando cabalgaba llevaba en su séquito dos mil hombres de á caballo y dos mil infantes, jóvenes escogidos, bien armados y siempre con espada en mano. Su persona mientras fué virtuoso era admirada, pero decayó tan pronto como la soberbia y el lujo llegaron á corromperle. Se vanagloriaba de haber violado cincuenta doncellas en una cuaresma. Estos vicios señalaron su decadencia. Comia carne el viernes, el sábado y la cuaresma, no haciendo caso de las escomuniones.» *Historia romana*, ap. MURATORI, *Ant. It.*

(5) En el suntuoso mausoleo de Mastino (1350) se lee:
Me dominum Verona suum, me Brixin vidit,
Parmaque cum Lucca, cum Feltro, Marchia tota.

y añadió á sus posesiones Niza, Vintimiglia, Villafranca, el valle de Barceloneta. El Ginebrino tocó á Amadeo VIII el Pacífico á causa de la estincion de los príncipes de Acaya; redujo á los marqueses de Saluzzo y de Monferrato á reconocerse vasallos suyos. Hallándose reunido bajo su autoridad todo el Piamonte, dominaba desde el lago de Ginebra hasta el Mediterráneo, y el emperador Segismundo le confirió el título de duque (1416). Después de haber representado un papel importante en las vicisitudes de Italia, se retiró á Rapalla, cerca de Tonon, á una soledad donde la devocion no escluia la magnificencia: le hemos visto salir de allí para representar el infeliz papel de antipapa.

Tal era la condicion del pais que confinaba con el Milanesado, al tiempo que murió Azzon Visconti, quien tuvo por sucesores á sus dos tios, Lucchino y el arzobispo Juan (1339): el uno, pérfido y severo, el otro conciliador y dulce, aunque propendiendo ambos á consolidar su casa, y á hacer prosperar el Estado por las artes, la industria, por la buena administracion de las rentas, por las letras y por nuevas adquisiciones. De este número fué Génova.

Génova.—Verdaderamente parecia que la guerra interior fuera su elemento, teniendo por insoportable el reposo. Durante largo tiempo habia estado dividido todo su territorio entre los güelfos y los gibelinos, y ejerciendo allí cada uno su actividad por su propia cuenta, tenia como de hombre á hombre, sus enemigos particulares. Las guerras empeñadas daban una apariencia de legalidad á las piraterias continuas, y los vecinos ó los nobles eran alternativamente vencedores ó vencidos. Por un momento habia llegado Roberto á conseguir la avenencia de unos y de otros, induciéndoles á repartirse los empleos en iguales proporciones; pero en breve prevalecieron los gibelinos y espulsaron á los Fiescos así como al capitan del rey de Nápoles.

Entonces se restableció el antiguo gobierno con dos capitanes del pueblo, un podestá, y además el abad antiguo. Pero los güelfos, refugiados en Monaco, tardaron en volver muy poco. Los nobles, que casi todos eran capitanes y pilotos, vejaban á las tripulaciones, renovando en el mar los escesos que se cometian en tierra. Habiendo sido maltratados los marinos de la escuadra enviados al servicio de Francia, porque se habian quejado de la malversacion de sus sueldos, apenas saltaron en tierra pidieron venganza.

Simon Bocanegra.—Los de Voltri, Polcevera, Bisagno, todos gentes de mar, se reunieron en Savona: hicieron causa comun con ellos los artesanos y nombraron dos cónsules; por su parte los habitantes de Génova se amotinaron (1339); y quisieron elegir su abad libremente. Se deliberó, y como no se acordara nada, gritó un batidor de oro. *¿Quereis creerme? Nombremos abad á Simon Bocanegra.* Al oir estas palabras hicieron todos memoria de los servicios de su casa, y repiten á coro: *Sí, sí, vamos á casa de Simon Bocanegra.* Como éste se hallaba entre la muchedumbre, sus vecinos le levantaron en sus brazos al son de aplausos estrepitosos. Luego que obtiene silencio les recuerda que es noble, que los de su familia han sido investidos con altas dignidades, y que aceptando, se degradaba. Entonces clamó el pueblo: *Pues bien, que sea nuestro soberano.* Torna á defenderse y dice: *Eso no es posible porque vosotros teneis vuestros capitanes.—Pues sé dux*; y le llevan en triunfo á San Siro, gritando: *¡Vivan los mercaderes, viva el pueblo, viva el dux!* Y en medio de estos gritos de júbilo desahogan su odio contra los Dorias y los Salvaggi (6). Esta resolucion tumultuosa, que hemos narrado como ejemplo, fué un grave atentado al ascendiente de la nobleza; porque habiendo nombrado una vez el pueblo, no ya magistrados subalternos, sino el jefe de la república se consolidó. Pero ¿le era posible tolerar un gobierno? La mayor parte de los nobles se retiraron á sus castillos, y ni Bocanegra ni Juan de Murta, su sucesor, consiguieron restablecer la paz.

A las agitaciones intestinas se mezclaban los desastres esteriores. El mar de Azof y la Propóntide estaban enrojecidos con sangre de los genoveses: además fueron derrotados delante de Alghero de Cerdeña, por los venecianos unidos á los catalanes, y cuatro mil quinientos prisioneros fueron arrojados al mar por los vencedores. Hallándose después reducidos los genoveses al hambre, por Juan Visconti, que habia prohibido que se les llevasen granos, tomaron la resolucion de entregársele (1353). En cambio de su libertad les dió el dinero necesario para armar una nueva escuadra, que bajo el mando de Paganino Doria se apoderó del almirante veneciano Nicolás Pisano, y de cinco mil ochocientos setenta hombres. Se celebró la paz por mediacion de Visconti; y pagando los venecianos trescientos mil florines de oro, renunciaron por espacio de tres años á comerciar en el mar Negro, á escepcion del puente de Caffa. Poco tiempo después Felipe Doria tomó y saqueó á Trípoli (1355), de donde se llevó siete mil esclavos y un millon ochocientos mil florines de oro: luego se la vendió á un sarraceno. El orgullo de la libertad se reanimó entre los genoveses con los triunfos: sacudieron el yugo de Visconti (1356) y restablecieron el gobierno popular con el dux Bocanegra, quien continuó humillando á la nobleza, y conservó el poder toda su vida. Forzoso fué que los Fiescos y sus adictos se resignaran al nuevo órden de cosas.

Bolonia.—Clemente VI intentó restaurar la autoridad pontificia en Bolonia, nombrando á Hector Durfort, conde de la Romaña: luego Inocencio VI envió allí en calidad de vicario pontificio al cardenal español Albornoz, quien peleando con-

(6) STELLA, *Ann. genuens* in Rer. ital. Script. XVII, página 1073.

tra los moros como arzobispo de Toledo, habia ganado las espuelas de oro. Con poca gente y todavia menos dinero, supo, gracias á su dignidad y á su mérito personal, ayudado especialmente por el descontento de las poblaciones, adquirir ascendiente y poderio: en su consecuencia, atrajo nuevamente á la Iglesia á muchas ciudades, y reanimó al partido güelfo. Viendo los Pépoli aniquilado su poder en Bolonia, se la vendieron á Juan Visconti (1350). Clamaban los boloñeses: *No queremos ser vendidos*, y el papa manifestaba intenciones de querer que volvieran á estar bajo su autoridad; pero Juan respondió que defenderia con la espada el báculo que llevaba: luego cuando Clemente VI le intimó que compareciera en Aviñon, despachó comisarios encargados de acompañar una porcion de géneros, y de preparar almacenes enteros de granos y forrajes para doce mil caballos y seis mil infantes. Asustado el papa de aquellas disposiciones, se resignó á hacerle cesion de Bolonia mediante 12,000 florines anuales.

Toscana.—De consiguiente, Juan Visconti la reunió á las otras diez y seis ciudades de importancia de Lombardia, que le prestaban obediencia (7): aumentándose su ambicion á medida de sus dominios, pensó en apoderarse de Florencia. A este fin se unió con los tiranuelos de Toscana y se ganó la voluntad de Pisa. Ya habia hecho una correria por todo el territorio florentino, cuando la guerra que tuvo necesidad de sostener en favor de Génova contra Venecia, le apartó de aquella empresa.

Fr. Bussolari.—Sus sucesores prosiguieron en el mismo pensamiento; pero les estorbó realizarlo la agitacion de las guerras renacientes de contínuo con los señores de Monferrato, de Este, de la Escala, de Gonzaga, de Carrara, únicos que habian quedado independientes en Lombardia. Fuertes los Beccarias con el apoyo de los Visconti y del marqués de Monferrato, tiranizaban en Pavia. Habiendo estallado la guerra entre estos dos príncipes, Pavia se declaró por el último de ellos. En su consecuencia fué asediada por los Visconti (1356), y se hallaba próxima á sucumbir cuando la llegó un inesperado socorro. Predicaba allí la cuaresma un fraile ermitaño, llamado Jacobo de los Bussolari; hombres y mujeres tenian en él grande confianza: ahora bien, exhortó a los ciudadanos á defender su independencia, imputando todos los males sobrevenidos á los deshonestos adornos de las damas, á la depravacion de las costumbres, al egoismo de los gobernantes y de los gobernados. Derramó lágrimas y se enmendó el pueblo: riéronse los señores en un principio, y después les infundió recelos el fraile: por último, cuando le vieron guiar á la juventud contra los sitiados y rechazarlos, intentaron desembarazarse de su persona quitándole la vida. No por eso fué menos ardiente el celo del valeroso fraile. Indujo á los habitantes de Pavia á toda clase de sacrificios en favor de la libertad, é hizo que fueran espulsados los Beccarias, quienes uniéndose á la sazon con Visconti, cargaron sobre la ciudad con ellos. En la imposibilidad de resistir á fuerzas tan superiores, capituló Bussolari, estipulando garantías en favor de los ciudadanos contra toda especie de venganza, sin pactar en favor de su persona cosa alguna. De consiguiente, fué preso y enviado á Verceli para acabar sus dias en el *vade in pace* de un monasterio.

Cárlos IV en Italia.—Cárlos de Luxemburgo, hijo de aquel rey Juan de Bohemia, de caballeresca memoria, habia ascendido al trono imperial. Fingiendo que sentia en estremo las divisiones de Italia, aunque en realidad pensaba sacar dinero de ellas, prestó oidos á las invitaciones que le dirigian los enemigos de los Visconti, así como los florentinos, é Inocencio VI consintió en que traspusiera los Alpes. Presentóse, pues, en medio de la general espectativa; pero grande fué el asombro de sus parciales llenos de esperanzas y de sus enemigos intimidados, cuando se le vió llegar con trescientos caballeros, «y cruzar la Italia sobre un rocin en medio de gentes sin armas, como un mercader á quien urge llegar pronto á la feria.» (8) No por eso dejaron de prodigar los literatos adulaciones latinas á este fantasma imperial: empezaron á recordar los juristas los derechos de la monarquia suprema. De buen grado recurrian á él los tiranuelos, y los gibelinos queriendo que fuera juez de las diferencias suscitadas, y afirmando que los gobiernos municipales sólo estaban instituidos para operar en su ausencia; pero que á su llegada toda autoridad, toda restriccion debia cesar de improviso.

Mientras los embajadores de todos los paises de Italia pronunciaban en su presencia sábios discursos, S. M. se divertia en pelar ramas de sauce con un cortaplumas. Disimulaba mal su susto cuando los Visconti hacian desfilar dos ó tres veces al dia por delante de su palacio, donde le habian recibidá desarmado, seis mil caballos y diez mil hombres de infanteria bien armados y equipados. No miraba muy de cerca sus derechos á la corona; pero los invocaba de buen grado, así como el título de emperador y de rey, á fin de tener algo que poner en venta y de hacer dinero destinado á hermosear su ciudad de Praga. Terminó algunas paces, confirmó á los Paleólogos los señorios de

(7) Milan Lodi, Placencia, Borgo Sandonnino, Parma, Crema, Brescia, Bérgamo, Novara, Como, Verceli, Alba, Alejandria, Tortona, Pontremoli, Asti.

(8) Mateo Villani, VI, 39.
Dondacio Malvini de Ferrara escribia á la señoria florentina el 27 de junio del 55, que el emperador llegó á Cremona y fué detenido más de 2 horas fuera de la ciudad, mientras se examinó su gente, de la cual solo dejó entrar un tercio y sin armas. Otro tanto escribió á Soncino y tambien á Bérgamo. *Arch. St.* app. número 21, p. 408.

Turin, Susa, Alejandria, Ivrea, Trino y más de cien castillos. Llegado á Pisa fué proclamado señor supremo y aceptó: después envió al suplicio por simples sospechas á la familia Gambacurti, que habia hecho por él enormes sacrificios. Pero no habiendo tardado los pisanos en arrepentirse, le restituyó el poder en un instante: llegó á lo mismo en Siena, determinada á ello como Pisa por miedo á los florentinos. Después de haberle llamado éstos, ya lo sentian, viéndole reunir en rededor la nobleza del partido contrario y prometer justicia. Aunque hubieran rescatado muchas veces su sumision al Imperio, pensaban que poco les importaba reconocer los derechos de un príncipe que no tardaria en alejarse, y que mediante algun dinero evitarian una guerra. De consiguiente, le prestaron juramento de vasallaje á condicion de que respetara sus leyes y los estatutos hechos ó que se hicieran en lo sucesivo, de tener por vicario imperial á los miembros de la señoria que en su nombre ejercerian sus derechos, de no poner los piés dentro de Florencia ni de ninguna ciudad murada, y de contentarse con 100,000 florines por rescate de todos los derechos reales, y además con 4,000 al año mientras viviera.

Petrarca, á quien sus reminiscencias clásicas inducian á qué anhelara ver el renacimiento de la dignidad de Augusto y de Constantino, escribia á Cárlos: «Vanamente opones á mi impaciencia la mudanza de los tiempos, y lo exageras en prolijas frases que me hacen admirar en tí más bien el talento del escritor que el corazon del emperador. ¿Qué hay ahora que no haya habido en otros tiempos? ¿Pueden compararse nuestros males á los de los antiguos, cuando Breno y Pirro y Anibal devastaban la Italia? No es la índole de las cosas, sino nuestra molicie, la que ha abierto las llagas que veo en el hermoso cuerpo de la Italia. El mundo es todavia el mismo, con el mismo sol y los mismos elementos; sólo el valor ha disminuido. Tú has sido designado para una gloriosa tarea: debes destruir las deformidades de la república, y restituir al mundo su antigua forma; sólo entonces serás á mis ojos un verdadero César y un verdadero emperador.» (9)

Cuando supo su llegada no cabia en sí de alborozo y escribia de este modo: «¿Qué diré? ¿Por dónde empezaré? Yo deseaba longanimidad y paciencia en mi espectativa: comienzo á desear ahora comprender á fondo toda mi ventura y no ser inferior á tanta alegria. Vos no sois el rey de Bohemia, sois el rey del mundo, el emperador romano, el verdadero César. Lo hallareis todo dispuesto segun os habia asegurado: la corona, el imperio, una gloria inmortal y abierto el camino del cielo. Me glorifico, triunfo por haberos animado con mis palabras. No iré yo solo á recibiros á vuestra bajada de los Alpes: conmigo una inmensa muchedumbre, toda la Italia nuestra madre, y Roma, cabeza de la Italia, os salen al encuentro cantando con Virgilio:

Venisti tandem, tuaque expectata parenti
Vicit iter durum pietas.» (10)

Pues bien, este rey glorioso habia prometido al papa no detenerse más que un solo dia en Roma. De consiguiente, llegado allí algun tiempo antes, entró como peregrino, de incógnito, sólo para visitar los monumentos; una vez coronado, salió el mismo dia de la ciudad para emprender su viaje. «Huye, esclamaba el Petrarca desengañado; huye sin que nadie le acompañe: le causan horror las delicias de Italia. Para justificarse, dice que ha jurado no permanecer más que un dia en Roma. ¡Oh, dia de oprobio! ¡Deplorable juramento! ¡El papa, que ha renunciado á Roma, ni aun siquiera permite que otro se detenga en su recinto!»

Cárlos fué insultado en el camino por Siena, Pisa, Cremona, y no hizo caso de ello: cerráronle los Visconti sus puertas y lo llevó con paciencia, consolándose con el pensamiento de retornar á Bohemia y de trasladar allí tesoros.

Pero entretanto, ¿quién sufria á consecuencia de todo esto? La pobre Italia, que recorrian gentes de todas las naciones, bohemios, esclavones, polacos, croatas, berneses, en pos de Cárlos; españoles, bretones, gascones, provenzales, con el papa: ingleses, alemanes, borgoñones, con los Visconti. Roma especialmente sufria en virtud de la ausencia de los papas, únicos que le comunicaban vida. Descuidada la justicia y la administracion, interceptadas las calles por montones de ruinas, destruidas las iglesias, despojados los altares, los sacerdotes sin los ornamentos necesarios al decoro del culto, y los señores romanos traficando con los monumentos antiguos, con los que se hermoseaban las ciudades vecinas y la *indolente* Nápoles (11). En medio de esta desolacion, las facciones de los Colonnas y de los Orsini, entre las cuales se elegia el senador comunmente, se encarnizaban más una contra otra. A fin de seguir los otros pequeños señores á uno de los dos partidos para no ser aniquilados, habian convertido los palacios en fortalezas, lo mismo que el Coliseo, y los demás vestigios de la magnificencia romana. Era saqueada y destruida la campiña por bandas; amenazadores y raptores los barones mancillaban hasta los santos retiros de las vírgenes del Señor; deshonraban á las doncellas, y bajo el techo conyugal robaban á las esposas: cuando los jornaleros salian de la ciu-

(9) *Ep. famil.* IX, 1.

(10) *Ep. famil.*, X, 1.

(11) *De vestris marmoreis columnis, de liminibus templorum... de imaginibus sepulcrorum sub quibus patrum vestrorum venerabilis cinis erat, ut reliquas sileam, desidiosa Neapolis adornatur.* Así se espresa Petrarca cuyas cartas nos suministran este cuadro.

dad para algun trabajo, eran robados hasta en las mismas puertas de Roma (12).

A la cabeza del pueblo, como comunidad poltíca, se hallaba el prefecto de Roma. El senador representaba la ley que era superior á los mismos nobles; y cuando era electo un nuevo papa, se le enviaban diputados á Aviñon para prestarle homenaje.

Nicolás Rienzi.—Entre el número de estos enviados y al tiempo de la eleccion de Clemente VI, se contó Nicolás Rienzi, hijo de Lorenzo (13). Su padre era uno de aquellos infelices que acarreaban agua á la ciudad sobre caballerias, antes de que Sixto V hubiera llevado alli el acqua *felice* y de que Roma hubiera llegado á ser la ciudad de las fuentes (14). Cola di Renzo (como le llamaban), con la lectura de los clásicos, y especialmente de las *magnificencias* de Julio César adquirió una admiracion entusiasta por la república romana. Afligido de ver á la antigua capital del mundo abandonada por los pontífices, y a merced de jefes de bandas, pensó en restituirla su esplendor antiguo, como suelen hacerlo los italianos, quienes convierten sus recuerdos en esperanzas. Se puso á hablar de las glorias pasadas con los hijos degenerados de los que habian oido la voz de los Gracos y de Ciceron. Les ponia delante de los ojos las inscripciones y los símbolos más adecuados para adular su vanidad y sondear su resolucion; y meditaba al mismo tiempo sobre los derechos del pueblo. La muerte de su hermano, ejecutada impunemente por los Colonnas, le hizo todavia más odiosa aquella nobleza no menos facciosa que la antigua, si bien era más poderosa y compacta: en su consecuencia, concibió el proyecto de restablecer los tribunos del pueblo, y asociando á sus recuerdos clásicos los de Crescencio y Arnaldo de Brescia, se proponia reprimir no sólo á los nobles, sino tambien á los pontífices desertores del redil.

El pueblo romano, cuyas ideas liberales son como el horizonte de su ciudad, circunscritas entre siete colinas, presta de buen grado oidos á todo el que le narra las grandezas de aquellos á quienes considera como sus antepasados. Los literatos, que entonces leian á Tito Livio y á Salustio, se complacian en oir repetir los antiguos nombres, y Rienzi, creció en crédito, como todo el que propone remedio á una enfermedad grave. Aprovechándose luego del instante en que los barones habian salido de la ciudad, invitó al pueblo á que le escuchase. Pasó la noche orando en una iglesia: después de haber oido misa se dirigió al Capitolio armado de punta en blanco, á escepcion de la cabeza, y rodeado de gentes entusiastas y de una porcion de banderas, de pendones, de emblemas y de aquella bulliciosa danza que en ninguna parte se conoce como en Roma. No discurrió desde las gradas como debe un reformador; pero declamó como suelen los demagogos, y prestándole autoridad el obispo de Orvieto, vicario del papa que estaba á su lado, leyó un reglamento para la reforma *del buen estado*, asegurando á los que le oian, y convencido quizá el mismo, de que el papa tendria á ventura sustraer á su ciudad de Roma á la tiranía de los barones.

Sus reformas consistian en asegurar las personas de los ciudadanos contra los actos arbitrarios de la nobleza; en organizar milicias urbanas dentro de Roma, y una fuerza naval en las costas: en mantener la libre circulacion y la seguridad en los puentes y en los caminos, derribando las fortalezas y baluartes de que se servian los barones para ejercer su prepotencia. Además queria que se administrara buena justicia; que hubiera almacenes para que el pobre pueblo no padeciera hambres, y establecimientos públicos para mantener á las viudas y á los huérfanos, con especialidad cuando los esposos y los padres hubieran muerto en el campo de batalla. Invitó á cada concejo á fin de que enviara sus síndicos al congreso general de Roma, lo cual es el primer ejemplo de una reunion representativa: ahora bien, con aquella asamblea y la confederacion italiana que proponia, podia abrirse una nueva era para la Italia, colocándose otra vez á la cabeza de Europa.

Estas últimas ventajas no las comprendia el pueblo; pero sí la seguridad, los buenos mercados, el subsidio y el regreso del papa. En su consecuencia encargó á Nicolás que formase aquella constitucion, con el título de tribuno, y le suminis-

---

(12) «Hallábase en grandísima afliccion la ciudad de Roma. No tenia gobierno. Habia nuevos desórdenes todos los dias. Dentro de sus mismos asilos eran mancilladas las religiosas. No habia ningun medio de seguridad. Se sorprendia á las doncellas y se las robaba para arrastrarlas á la deshonra. La mujer era arrebatada á su marido en su propio lecho: cuando salian á trabajar los jornaleros se les robaba ¿Dónde? Hasta en las puertas de Roma. Los peregrinos, que suelen acudir á las santas iglesias para bien de sus almas, no eran defendidos, sino atacados y saqueados. Ocupábanse los sacerdotes en malas obras. Todo libertinaje, todo mal; ninguna justicia, ningun freno. No habia remedio de ninguna ciase, perecian todos. Tenia más razon quien más podia con la espada. La única defensa de cada cual era defenderse en union de sus deudos y amigos. Allí todos los dias habia tumulto.» TOMÁS FORTIFIOCCA.—*Vida de Nicolás Rienzi, tribuno del pueblo romano, escrita en lengua vulgar romana del tiempo.* Bracciano, 1624.

(13) DU CERCEAU.—*Conjuracion de Nicolás Gabrini, llamado Rienzi, tirano de Roma.* Paris, 1773. PAPENCORDT.—*Cola de Rienzo und seine Zeit besonders nach ungerdruckten Quellen dargestell.* Hamburgo y Gotta, 1841. Los documentos inéditos son cartas de Rienzi á Cárlos IV y al arzobispo de Praga, á quienes cuenta en latin toda su historia: fueron descubiertas por Pezler, luego se perdió el original. La copia fué publicada por el antedicho Papencordt, á quien la muerte impidió concluir la historia de Roma desde la caida del Imperio hasta el siglo XVI.

(14) En las cartas anteriormente citadas, Rienzi pretende haber sido engendrado por Enrique VII, á quien su madre en una taberna de Roma, *ministrabat nec forsitan minus quam sancto Daviel et justo Abahe per dilectas extitit ministratum.*

tró brazos para reducir sus consejos á obras. El nuevo magistrado se enseñoreó de las puertas, y mandó ahorcar á algunos bandidos, á quienes se prendió en la ciudad. Después de haber roto Esteban Colonna en el primer momento la órden que le intimaba salir de Roma, informado de que Rienzi reunia las compañías del pueblo, tuvo á singular fortuna salvarse. Como era el más poderoso entre los nobles, se apoderó el desaliento de los otros, y partieron tambien abandonando á la justicia los sicarios asalariados por ellos.

Después de haber restablecido la tranquilidad en la ciudad, despachó Rienzi correos á los Colonnas, á los Orsini, á los Savelli en sus fortalezas inaccesibles para intimarles que acudieran á jurar la paz; lo cual hicieron prometiendo no inquietar los caminos, ni causar perjuicio al pueblo ni á los tribunos, y negar asilo á los malhechores. De aqui resultó que los cristianos, que de todas partes llegaban á visitar el umbral de los Santos Apóstoles, hallaban en todas partes una seguridad desusada, y que al volver á su patria celebraban la enérgica firmeza del tribuno.

Este primer movimiento habia llenado de susto á Aviñon, cuando llegaron allí cartas de «Nicolás Rienzi, severo y clemente tribuno de libertad, de paz y de justicia, libertador ilustre de la santa república romana,» en las que prometia fidelidad á la Santa Sede. Despachó otras á todos los potentados de Italia (15), de Francia, de Alemania, y su tentativa pareció laudable á la multitud de los que se nutrian de recuerdos, sin tener la oportunidad demasiado en cuenta. Los aplausos tributados por Petrarca al *caballero que honraba á la Italia entera*, le hicieron admirar segun su palabra por el mundo literario (16). Muchas ciudades se le

---

(15) GAYE, en la *Correspondencia de los artistas*, I, 395 y siguientes, ha publicado diez cartas de Rienzi á la señoria de Florencia. La primera dice así:

Anuntiamus vobis ad gaudium donum Spiritus Sancti, quod pius pater et dominus noster Jesus Christus in hac veneranda die festivitatis pasce pentecosten, per inspirationem Spiritus Sancti huic sancte urbi et populo ejus, ac vobis omnibus fidelibus Christi populis orthodossis, qui sua membra consistitis, dignatus est misericorditer elargiri. Sane cum status ipsius alme urbis, et populi ac totius romane provincie, culpa pravorum et crudelium rectorum, ymo destructorum ipsius, esset ex omni parte quassatus, in perditionem et in destructio miserabilem jam deductus adeo, quod in eadem alma urbe omnis erat mortificata justitia, pax expulsa, postrata libertas, ablata securitas, danpnata caritas, oppressa veritas, misericordia et devotio prophanate; quod, nedum extranei et peregrini, verum ipsi cives romani et karissimi comitatenses et provinciales nostri nullatenus eo venire poterant, nec ibidem manere securi. Quin ymo oppressiones undique, seditiones, hostilitates et guerre, homicidia, disrobationes, prædationes animalium, incendia intus et extra, terra marique continue effrenatissime patrabantur, cum magnis ipsius sancte urbis et totius sacre Ytalie periculis et jacturis et danpnis animarum, honorum et corporum, et detrimento non modico totius fidei christiane.

Vos etiam, et alii devotti et orthodossi populi, nullum ab ipsa urbe poteratis habere consilium, auxilium vel favorem. Quin ymo sub specie senatus, sub nomine capitaneatus, sub colore ficte militie, et ut breviter concludam, injusti regiminis injuste sepius eratis oppressi. Igitur præfatus pater et dominus noster Jesus Christus, ad preces, ut credimus, beatorum apostolorum Petri et Pauli, civium principum et custodum nostrorum, misericorditer excitatus, ad consolationem non solum romanorum civium, verum totius nostre provincie, universe quoque Ytalie, comitatensium et peregrinorum, omniumque fidelium christianorum, ipsum romanum populum inspiratione Spiritus Sancti ad unitatem et concordiam revocavit, ad desiderium libertatis, pacis et justitie inflammavit, et ad salutem et defensionem suam et nostram totaliter animavit. Et ad observationem bone voluntatis, sancte et juste deliberationis eorum, idem populus nobis, licet indignis, absolutam et liberam potestatem et auctoritatem reformandi, et conservandi statum pacificum dicte urbis et totius romane provincie, ac liberum prorsum arbitrium totaliter commisit et concessit in pleno, publico et solepnissimo parlamento, ac plena concordia totius populi prelibati...

Quapropter nobilitatem, prudentiam et sinceran vestre dilectionis affectionem presentibus exhortamur, quatenus nobis presentibus intellectis gratias reddatis altissimo Salvatori nostro, ac sanctissimis apostolis ejus, quum in tempore desolationis, afflictionis et desperationis propinaverunt romano populo, vobis ac omnibus Christi fidelibus consolationis remedium et salutis, suscipientes et participantes nobiscum hoc donum Dei cum magna letitia, et gaudiis manifestis, et ad domandam protinus et pessumdandam superbiam ac tirannicam potestatem quorumcumque rebellium, audentium hunc statum, nobis a Christo concessum, impedire quomodolibet vel turbare, in ultionem injurie Dei et beatorum apostolorum Petri et Pauli; solicitare placeat populum et comune ad exercitum preparandum in destructionem eorum et exterminium manifestum, ut sub protectione Dei et vexillo sancte justitie, cum manibus nostris pariter et vestris, superbia et pestis tiranpnicha confundatur, libertas, pax et justitia per totam sacram Ytaliam reformetur. Nihilominusque sub antiquate dilectionis affectu, libertatis justitie pacisque presta vos exhortamur instanter, quatenus infra octavam festivitatis beatorum apostolorum Petri et Pauli mictere placeat duos sindicos et ambaxatores ydoneos terre vestre ad consilium et parlamentum, que intendimus illo die pro salute et pace totius Ytalie solenpniter celebrare. Ceterum vos rogamus actentius, quatenus ad nos mictere placeat unum sapientem jurisperitum, vestre discretioni ut videbitur eligendum, quem ex nunc in numero judicum nostri consistorii cum muneribus, et gaggiis, et salario consuetis per sex menses deputamus; demum, nostri offitii debito suggerente, volentes nove forme monetam incidere, rogamus, ut mittere placeat zecherium peritum et instructum, ad sagiationem consuetum et expertum, et cudis forme scultorem. Quibus debito juris ordine solenpniter providebimus et decenter. Datum in Capitolio urbis septimo mensis junii ubi de celo remissa justitia corde vigemus.

Las otras cartas de Nicolás, revelan el mismo ardor, la misma veneracion. Propende en ellas á la «reconciliacion de toda la sagrada Italia; á la renovacion de la antigua amistad entre el sagrado pontífice romano y la sagrada Italia entera; á la estirpacion de toda tirania,» y se proclama SEVERUS ET CLEMENS, LIBERATOR URBIS, ZELATOR ITALIÆ, AMATOR ORBIS.

(16 Es singular que haya que discutir sobre aquel á quien se dirigia la más bella oda de Petrarca y las esperanzas de Dante. De Sade ha aspirado á demostrar que le

sometieron de buen grado; otras le prestaron su ayuda: al revés, algunas le trataron de loco. Juan de Vico, señor de Viterbo, y el de Orvieto fueron obligados á rendirle homenaje. Florencia, Siena, Perusa, le enviaron soldados: diputados las ciudades de la Umbria; Gaeta, 10,000 florines de oro; Venecia y el señor Luchino se declararon sus aliados; Juana de Nápoles recibió honoríficamente á sus enviados: no los recibió con menos distincion el emperador Luis; pero los Pépoli, la casa de Este, los Escala, los Gonzaga, los Carrara, los Ordelaffi, los Malatesta se mofaban de él.

Parecia como si quisiera justificar á estos últimos con las estravagancias que luego hizo. Como tenia en su carácter más vanidad que energía, á este modo de empezar tan leal, tan desinteresado, dejó suceder los ímpetus de una ambicion pueril. Se rodeó de fausto, quizá con el fin de halagar al pueblo, y vivió con un esplendor de los más dispendiosos. Habiéndose hecho armar caballero con una solemnidad á que todavia nada se habia aproximado, se bañó en esta ocasion en la tina de Constantino. Hasta se vistió la dalmática que al tiempo de su coronacion se ponian los antiguos emperadores; y con el baston de mando en la mano y con siete coronas en la cabeza, símbolo de las siete virtudes, dijo, blandiendo su espada hácia los cuatro puntos cardinales del cielo: «Juzgaré el globo de la tierra segun la justicia, y los pueblos segun la equidad.» En virtud de aquella autoridad que pretendia ejercer sobre el mundo, citó á Luis de Hungria y á Juana de Nápoles, al emperador Luis y al anticesar Cárlos para que presentaran en su tribunal los títulos de su eleccion, «que así como está escrito no pertenecen más que al pueblo romano.» Intimó al papa que volviera á ocupar su silla: declaró libres á todas las ciudades de Italia. Queriendo imitar la benignidad y la libertad romana (17), les concedió los derechos de ciudadania en Roma, con el de elegir á los emperadores. Intimaba al mismo tiempo á los Estados italianos, al papa, al emperador, la órden de enviar embajadores á Roma para tratar de la paz y del bien de toda Europa.

El papa, que primero le habia nombrado gobernador pontificio, se irritó al verle abrogarse semejantes poderes y tan exorbitantes pretensiones; el vicario que hasta entonces la habia secundado, protestó contra la intimacion hecha al pontífice y á los príncipes; la opinion, que le habia apoyado mientras se trató de hacer el bien del pueblo y de reformar abusos, le abandonó poco á poco; se le hizo un cargo de sus desordenados gastos, de los que eran consecuencia los tributos, que todo gobierno está obligado á imponer.

Entonces quiso Rienzi escitar el terror, y procurarse tesoros haciendo dar muerte á los principales barones; pero los gritos del pueblo le impidieron cometer aquel desafuero, y le precisaron á devolverles la libertad. No respirando entonces más que venganza, aquellos nobles se fortificaron en sus castillos, reunieron á los descontentos, é hicieron la guerra en los alrededores, talando las cosechas prontas á ser recolectadas. El buen literato, el pacífico tribuno, se vió obligado después de haberles intimado en vano ir á justificarse en juicio, á tomar él mismo las armas; y en los lugares mismos en que el viejo Colonna acababa de perecer peleando con uno de sus hijos y otros señores, armó á su propio hijo caballero de la Victoria.

¿Pero qué bienes producian al pueblo aquellos triunfos? El tribuno se encontraba exausto de dinero y rentas; los medios de procurárselo le irritaban: entonces volviendo á adquirir firmeza el cardenal legado, declaró á Rienzi traidor y hereje; después se unió á los barones para hacer morir de hambre á Roma. Rienzi hizo tocar á rebato, y trató con sus discursos de reanimar el entusiasmo del pueblo: pero le faltó el valor para soportar la pena más cruel, el abandono. Rogó, tembló, lloró, y al fin se decidió á resignar el poder, y corrió á encerrarse en el castillo de Santo Angelo con sus parientes y algunos fieles amigos, hasta el momento en que pudo huir (1348). Volvió entonces el valor á sus enemigos; los que se habian manifestado sus más ardientes partidarios, le hicieron

---

spirto gentile, il Cavalier che tutta Italia onora, no puede ser Nicolás Rienzi: Que el *veltro* alegórico sea Can de la Escala ó Uguccione de la Fagginola, es lo que importa menos á mi amigo Troya en el opúsculo en que discurre sobre ello. De Sade ha sido refutado, y recientemente por Ceferino del Rey, de quien Papencordt adopta el dictámen. Además, existen muchas cartas de Petrarca á Rienzi. «Tu magnífica declaracion anuncia el restablecimiento de la libertad, lo cual me consuela, me arroba, me encanta... Tus cartas corren en manos de todos los prelados: todos las quieren leer y copiar, parece que bajan del cielo, *ó proceden de los antípodas.* Apenas llega el correo, se agolpan todos á leerlas, y los oráculos de Apolo no tuvieron tan diversas interpretaciones. Tu conducta es admirable, porque te pone al abrigo de toda censura, mostrando á la vez la grandeza de tu valor y la majestad del pueblo romano, sin ofender el respeto debido al sumo pontífice. Pertenece á un hombre cuerdo y elocuente como tú lo eres, conciliar cosas opuestas en la apariencia... Nada indica en tí una bajeza tímida, ni una presuncion loca... No se sabe si admirar más tus acciones ó tu estilo; y se dice que obras como Bruto y procedes como Ciceron... No abandones tu magnánima empresa... Has echado escelentes cimientos; la verdad, la paz, la libertad, la justicia... Todos saben con cuánto ardor me desencadeno contra cualquiera que se atreve á suscitar dudas acerca de la justicia del verdadero tribuno y de la sinceridad de tus intenciones. No miro ni hácia adelante ni hácia atrás, y me he enajenado la voluntad de muchas personas. No me asombra porque he esperimentado, como dice Terencio, que *la condescendencia hace amigos, y la verdad enemigos.*»

(17) *Volentes benignitates et libertates antiquorum Romanorum pacifice, quantum á Deo nobis permittitur, imitari.*

ahorcar en estátua por el temor de ser inquietados, y todo lo que hobia hecho en siete meses fué destruido en un momento.

El tribuno, errante, pero no malvado, vivió varios años entre los eremitas franciscanos del monte Maella en los Apeninos. Como las ideas de los hermanitos, contrarias á la autoridad y al fausto de los pontífices, circulaban en aquellas comarcas, el entusiasmo de la soledad le hizo creer que era llamado á cooperar á una reforma universal que Dios se preparaba á efectuar para corregir la vida perversa del mundo. Con el objeto de apresurar la obra se presentó á Cárlos de Bohemia, diciéndole que tenia graves secretos que confiarle: le animó á libertar la Italia, á proporcionarle armas, sin las cuales la justicia no podia prevalecer; pero aquel príncipe le hizo poner preso, y le envió á Aviñon, donde fué perdonado; la intervencion del Petrarca le valió tambien ser absuelto de la excomunion y se le dejó vivir en paz.

Roma recuperó algunas costumbres de órden y tranquilidad bajo el gobierno del legado y de los dos senadores; el jubileo (1350) atrajo allí mucha gente y dinero (18). Pero para reprimir la audacia de la nobleza, Francisco Baroncelli habia sido nombrado tribuno del pueblo. Ahora bien, el legado Albornoz se extendió con el papa para forzar al prefecto Juan de Vico, á restituir las numerosas plazas que tenia ocupadas y renunció en sus manos la autoridad en Roma (1354). Pidióle entonces el pueblo por gobernador á Nicolás Rienzi, que habia ido con él; y en efecto, le nombró senador, con la idea de que su popularidad contribuiria al restablecimiento de la tranquilidad. No se engañó en su esperanza: habiendo hecho Rienzi prender y juzgar á fray Moriale que hacia varios años asolaba la Italia al frente de una banda, le envió al cadalso. Reconoció el papa á Rienzi por noble caballero, pero ejerciendo éste el poder en nombre del pontífice cesó de ser querido del pueblo.

---

(18) El dia de Navidad comenzó la santa Indulgencia para todos los que fueron en peregrinacion á Roma, haciendo las visitas ordenadas por la Santa Iglesia en la basílica de San Pedro, de San Juan de Letran y de San Pablo extramuros. Para conseguir el perdon, concurrió de toda la cristiandad una multitud maravillosa é increible de hombres y mujeres de todas condiciones y categorias, habiendo ocurrido poco tiempo antes la general mortandad, que todavia continuaba en diversos paises de Europa entre los fieles cristianos; seguian su romeria con tanta devocion y humildad, que soportaban con la mayor paciencia la inclemencia del tiempo, que estaba extraordinariamente frio, con nieves, hielos y aguaceros; los caminos por todas partes destrozados y cortados; las hospederias que en ellos habia se hallaban llenas de dia y de noche, y las casas contiguas á los caminos no eran suficientes para tener á cubierto los hombres y caballos; pero los alemanes y húngaros pasaban la noche en el campo en grandes pelotones y masas, apiñándose unos con otros por el frio y haciendo grandes hogueras. Los posaderos no sabian á quién contestar, ni á quién dar el pan, el vino y la cebada, ni de quién recibir el dinero, y muchas veces ocurria que deseando los romeros continuar su camino, dejaban el importe de los gastos que habian hecho sobre las mesas, y marchaban seguidamente sin que ningun viajero tocase aquel dinero hasta que el posadero venia á recogerlo.

En el camino no se oia ruido ni algazara, sino que al contrario, se comportaban bien unos con otros, ayudándose con paciencia y valor. Habiendo principiado algunos ladrones á robar y asesinar en el territorio de Roma, los mismos peregrinos, auxiliándose mútuamente, mataron á unos y prendieron á otros. Los labradores hacian custodiar los caminos, consiguiendo que los ladrones se alejasen de ellos, de modo que quedaron seguros todo aquel año. Era imposible enumerar la multitud de cristianos que iban á Roma, pero calculando los que residian en la ciudad el dia de Navidad, los solemnes que le siguen, y en la Cuaresma hasta la Pascua de la Santa Resurreccion, habia en Roma de un millon á un millon y doscientos mil peregrinos, y por la Ascension y Pentecostés más de ochocientos mil, estando los caminos llenos de dia y noche como se ha dicho. Pero aproximándose el verano, el extremado calor y las ocupaciones de la recoleccion, obligaron á las gentes á ausentarse de aquel pais, y aun así, cuando habia menos peregrinos, se contaban contínuamente más de doscientos mil forasteros. Las visitas de las tres iglesias desde que se salia de casa hasta que se regresaba á ella, componian una distancia de once millas. Las calles estaban tan llenas contínuamente, que todos se veian obligados, bien fuesen á pié ó á caballo, á seguir la muchedumbre, con lo que se adelantaba muy poco, y esto hacia más penoso el tránsito.

«Los peregrinos cada dia que visitaban las iglesias presentaban en cada una sus ofrendas en mayor ó menor cantidad, segun les parecia. Todos los domingos y fiestas solemnes se enseñaba el Santo Sudario de Cristo en la iglesia de San Pedro, para que pudiesen verlo la mayor parte. Las gentes se oprimian de un modo tan extraordinario é indiscreto, que muchas veces aconteció que se encontrasen dos, cuatro, seis, y hasta doce personas muertas por sofocacion ó pisoteadas por la muchedumbre. Todos los romanos se convirtieron en posaderos, albergando en sus casas á los peregrinos que hacian la romeria á caballo, exigiendo por cada uno de éstos una libra tornesa diaria, ó una y media, y algunas veces dos, segun el tiempo, y sin embargo, el peregrino tenia que comprar cuanto necesitaba para su alimento y el del caballo, pues no se les daba más que una mala cama. Deseosos los romanos de ganar desordenadamente, aunque podian tener un mercado surtido con abundancia de cuanto era necesario para la vida, mantuvieron la carestia de pan, vino y carne en todo el año, prohibiendo que los mercaderes llevasen vino forastero, trigo ni cebada, á fin de vender lo suyo más caro.

»La afluencia de gentes fué casi tan ahundante al fin como al principio del año; pero luego concurrieron mayor número de señores, nobles damas, elevados personajes y mujeres de paises ultramontanos, de otros más distantes y aun de la misma Italia, que al principio ó á mitad del término señalado, y á medida que se aproximaba el fin, se aumentaba la concesion de gracias, dispensando de visitar las iglesias. Después, con el objeto de que ninguna de las personas que habian ido á Roma, y no habian tenido tiempo de hacer la visita de las iglesias, quedase sin la gracia ó sin la indulgencia concedida por los méritos de la pasion de Cristo, se aplicó plenamente dicha indulgencia á todos los que se hallaban allí el último dia.» MATEO VILLANI, I, 56.

Los impuestos sobre la sal y el vino colmaron el descontento de los romanos; sublevároнse y asaltaron el palacio á los gritos de *¡Muera el traidor que ha impuesto la gabela!* No creyendo que el motin amenazase su vida, aguardó á aquellos furiosos vestido con el traje senatorial y el estandarte del pueblo en la mano. Pero cuando vió llover piedras y fuego, trató de librarse del peligro. Descubierto en su escondite fué degollado, y su cuerpo colgado de la horca (8 de octubre). De esta manera es como el pueblo destroza sus ídolos.

El cardenal y Rodolfo de Varano, señor de Camerino y comandante del ejército, restablecieron la tranquilidad en Roma; y despues continuaron sometiendo el patrimonio de San Pedro, el ducado de Espoleto, la Marca de Ancona y otros territorios. Bolonia, que se habia sustraido á la dominacion de los Visconti por Juan Oleggio, que de simple clérigo, habia ascendido por favor, hasta la categoria de capitan general de aquella ciudad, la vendió después al papa. Habiendo reunido el cardenal en Roma los diputados de todas las ciudades que dependian del pontífice, publicó para ellas las Constituciones Eugubinas (1357).

Francisco de los Ordelaffi, señor de Forli (19), Forlimpópoli, Cesena, Castrocaro, Bertinoro é Imola, se habian sostenido con ayuda de aquellas bandas mercenarias, que en aquella época era el nervio y el oprobio de la guerra; pero acabó por someterse y fué absuelto. La Romaña tambien, donde el cardenal Albornoz no habia encontrado súbditos sino en Montefalco y en Montefiascone, se puso toda entera bajo la obediencia del papa. Cuando el pontífice le pidió cuenta del dinero gastado durante estos catorce años, el legado le envió un carro cargado únicamente con las llaves de las ciudades avasalladas.

---

(19) La dama Cia, mujer del capitan Forli, encerrada en la ciudadela con Sinibaldo, su jóven hijo, dos sobrinos de corta edad, una jóven, dos hijas de Gentil de Mogliano y cinco señoritas, se encontró sitiada. Ocho máquinas de guerra batian la plaza, donde arrojaban contínuamente enormes piedras. No teniendo ninguna esperanza de socorro, y sabiendo que las murallas de la ciudadela y las torres estaban minadas por los enemigos, se sostenia con un valor admirable, ayudando á la defensa y animando á los suyos. Como se encontrase en esta difícil situacion, Vanni de Susinane de los Ubaldini, su padre, conociendo el peligro que amagaba á su hija, acudió al legado é impetró la gracia de ir á hablar con ella para inclinarla á que se rindiese, salvándose de este modo ella y toda su gente.

Cuando llegó al castillo, como padre, hombre de grande autoridad y muy versado en la guerra, le dijo: *Querida hija, debes creer que no he venido aquí á engañarte ni á hacer traicion á tu honor. Sé y veo que tú y los que te rodean estais en un peligro inevitable. No conozco otro remedio que tratar con las mejores condiciones para tí y los tuyos, y devolver la plaza al legado.* Añadió muchas razones para determinarla, manifestándole que no habia en ello nada de vergonzoso para el más valiente capitan del mundo, en circunstancias semejantes. La dama respondió á su padre: *Padre mio, cuando me habeis entregado á mi señor, me habeis encargado serle obediente en todas las cosas; así lo he hecho hasta aquí y espero hacerlo hasta la muerte. Me ha confiado esta plaza, encargándome no la abandonara por causa alguna, y no hacer nada fuera de su presencia ó sin ser avisada por cierto signo secreto que él me ha confiado. Poco me cuido de la muerte ó de otra cosa cuando obedezco sus mandatos.* Ni la autoridad paternal, ni la amenaza de peligros inminentes, ni ejemplo parecido que le citó un hombre tan notable, pudieron conmover la firmeza de la dama, y despidiéndose de su padre se dedicó con la mayor solicitud á preparar los medios de defensa y las guardias del castillo, cuya custodia se le habia confiado, no sin admiracion de su mismo padre y de cuantos presenciaron el temple varonil del alma de aquella mujer. Yo creo, que si esto hubiese ocurrido en tiempo de los romanos, los grandes autores no la hubiesen quitado el honor de que su esclarecida fama figurase entre las otras que encontraron dignas de singulares elogios por su constancia. *El mismo autor*, VII, 69.

CAPÍTULO XVIII

LOS GUERRILLEROS.—LOS VISCONTI.—LOS ESFORCIA.

Ya hemos visto que en la Edad Media se hacia la guerra con tropas feudales y con las milicias de los concejos. Las primeras desaparecieron al cesar el sistema, del cual se derivaban, y al aumentarse la necesidad de llevarlas á lejanas expediciones. Las milicias de los concejos se habian armado legítimamente, primero por la libertad de su patria, después para defenderla, y últimamente tomaron la ofensiva en los paises en que las repúblicas se consolidaron. Donde prevaleció la monarquia, los reyes procuraron formarse ejércitos con los hombres de los concejos, como en Francia y en Inglaterra, á despecho de los barones, que veian sustraerse tantos vasallos de su obediencia para pasar á la de los reyes. Por otro lado, estos barones, cuando tuvieron altercados con los concejos, fueron obligados á recurrir á brazos mercenarios, armados, no con el fin de dejar á los ciudadanos trabajar y traficar en paz, sino para tenerlos en la dependencia é impedirlos conocer su fuerza. Los mismos reyes cuando tuvieron que luchar con los barones, hallaron como más seguro emplear la fuerza brutal de indiferentes mercenarios, más bien que reclutar tropas entre hombres acostumbrados á obedecer hereditariamente á sus señores, y en quien la fidelidad podia ser quebrantada por la reflexion ó el sentimiento.

El uso de tropas mercenarias introdújose, pues, en todas partes, y las provincias suizas, así como los paises confederados de Alemania, donde el gobierno democrático habia dejado acrecentar la poblacion y ejercitarse en las armas, suministraron el número mayor de reclutas venales. Los armagnacs y los demás que por tanto tiempo causaron á la Francia más mal que al enemigo contra quien se habian alistado, nos han demostrado suficientemente cómo se comportaban con amigos y enemigos.

En Italia, los ciudadanos habian combatido por conquistar su independencia contra el primer Federico y defenderla contra el segundo; pero cuando las guerras se prolongaron y llegaron á ser querellas de partido, ó cuando un señor las decretó, sea por su propio interés, sea por capricho, tomaron las armas con tanta menos voluntad, cuanto ya se habian acostumbrado á las dulzuras de una existencia tranquila y entregada á las artes. Nada podia, pues, ser más apetecible á los señores que este disgusto en tomar las armas, que en manos de los ciudadanos es un freno temible á los abusos del poder. Así de muy buen grado les dispensaron de esta contribucion que cambiaron en un tributo, de que se sirvieron para pagar tropas llamadas de afuera. Venecia, que en su celosa desconfianza no habia concedido jamás á sus nobles los mandos militares, se sirvió de soldados mercenarios en todas las campañas de tierra firme. Florencia, aunque gozase de la libertad democrática, se acomodó á este sistema que dejaba á sus ciudadanos tiempo para dedicarse al negocio y á las diferentes industrias manufactureras é intelectuales.

Pronto se encontró quien especulase con este nuevo objeto de lucro, así como hombres dispuestos á perder su sangre por un precio convenido y guerrilleros ó jefes que los comprasen, alzando una bandera á la ventura, para hacer la guerra donde mejor les conviniese. Esta gente nueva sostuvo una parte principal, no sólo en las guerras, sino en las vicisitudes políticas de aquel período.

De tantos mercenarios bajados á Italia con Enrique VII, Federico de Austria, Luis de Baviera, el duque de Carintia y el rey de Bohemia, pocos habian vuelto á su pais. Mejor les convenia permanecer á sueldo de los señores italianos, que por su parte tenian más ventaja de servirse de personas extranjeras á las facciones interiores, y cuya alma

estaba enteramente cerrada á los sentimientos de la patria y casi de la humanidad; pero no formaban todavia verdaderas bandas. La más antigua fué la de los almogávares, cuyas vicisitudes novelescas hemos visto ya en Sicilia y en Oriente (1).

En 1322, algunos aventureros despedidos del servicio por los florentinos, se unieron á Deo Tolomei, desterrado de Siena, que después de haber formado una compañia, recorrió el territorio de aquella ciudad robando cuanto pudo (2). Otra banda de alemanes asalariada por Florencia y Venecia, que habia permanecido sin jefe, atormentaba el pais, cuando Lodrisio Visconti, primo de Galeazo, al cual le tenia envidia, les propuso seguirle contra este señor de Milan, prometiéndoles en lugar de sueldo, el saqueo de aquella rica comarca. Aceptaron é invadiendo la Lombardia bajo el nombre de banda de San Jorge, trataron de sorprender á Milan. Pero derrotados en Parabiago, en la batalla más sangrienta que se dió antes de Cárlos VIII, se dispersaron asolando la campiña, hasta que perecieron en atroces suplicios (1343).

El duque Guarniero de Urslingen, aleman, que habia ido con muchos hombres de armas á caballo, de su nacion, para servir á los pisanos contra Florencia, hizo después la guerra por su propia cuenta, asolando toda la Italia, titulándose enemigo de Dios, de la piedad, de la misericordia, y prestando ayuda á los rebeldes y vengativos hasta que con algunos restos de su banda abandonó la península lleno de oro. Cuando su gente hubo disipado en el libertinaje el botin hecho en Italia, volvió con Luis de Hungria, el cual lisonjeaba tanto á este aventurero, que hasta consiguió que él mismo le armase caballero (1348). Acordaron con el vaivoda de Transilvania y con otros jefes de banda, que Guarniero devastase la Capitanata y la Tierra de Labor con una tropa de diez mil armados. El botin que al fin se repartieron, se valuó en medio millon de florines (once millones), sin tomar en cuenta las armas, los caballos, las telas, las cosas de uso ó estraviadas, ni tampoco las miserables vejaciones y los nefandos estupros que cometió aquella gente, la cual llevándose prisioneros y mujeres robadas, atravesó la Italia, esparciendo el terror en toda ella.

Fr. Moriale.—Durante las guerras de Luis de Hungria en el reino de Nápoles, un hospitalario llamado fray Moriale (Monreal de Albano), se habia señalado por su bravura: habiéndose atraido algunos aventureros, les acostumbró á robar y á asesinar ordenadamente. Los servicios lucrativos que prestaba unas veces á un señor, otras á otro, le habian inspirado tal confianza, que nada le parecia imposible á la fuerza. En su consecuencia, envió invitaciones y promesas á cuantos mercenarios habia en Italia; y habiendo reunido mil quinientos de á caballo con dos mil infantes, saqueó á la Romaña. Tenia consejeros, secretarios y tesorero, con quienes discutia; jueces para administrar entre los soldados una justicia á su modo y para reprimir á los pillos. El botin debia ser repartido por igual entre los oficiales y los soldados, y luego vendido á mercaderes privilegiados: en suma, era una disciplinada república de bandoleros. Donde quiera se hablaba de ella, y muchos acudian á alistarse en sus filas, hasta barones y príncipes alemanes. Pagábanle los Estados enormes sumas para ahorrarse su visita. Las ciudades de Toscana, contra las cuales no se atrevian á dirigir el ataque, formaron una liga para defenderse; pero consiguió sembrar la desunion entre ellas, y sacó de cada una ricos rescates (3). Después de haber recorrido el campo por su cuenta, fué á servir en la liga formada contra los Visconti (1354), estipulando que se le abonarian 150,000 florines por cuatro meses de guerra. Espirado este plazo, cruzó la Italia tratado honoríficamente para ir á buscar á otro punto un compromiso de la misma clase para la nueva estacion; pero Nicolás Rienzi le prendió é hizo decapitar.

Gran compañia.—Sus hombres tuvieron después de él por jefe al conde Lando, aleman, bajo cuyas órdenes se hicieron más célebres y más formidables con el nombre de *Gran Compañia*. Bernardino de Polenta habia ultrajado á una alemana llegada en peregrinacion con motivo del jubileo, la cual no quiso sobrevivir á su deshonra. Dos de sus hermanos pasaron á Italia para vengarla, y aunque desprovistos completamente de dinero, comunicaron su cólera al conde Landau, quien condujo su compañia á devastar el territorio de Rávena. Aumentándose luego sus fuerzas con todos los que se acomodaban á aquella bandoleria fácil é impune, el mismo rey Luis trató vilmente con él, mediante 70,000 florines en dos plazos, y consintiendo en que hasta que espiraran fuera saqueado el reino. Cuando el conde salió de allí (1357), amenazó tan pronto á un Estado como á otro, hasta el momento en que se puso á sueldo de la liga formada contra los Visconti; pero en lugar de conformarse con los planes de los que le pagaban, donde encontraba más botin se detenia, saboreando el mejor vino, cortejando á las más hermosas mujeres, y reclutaba á los hombres de más fama por sus fechorias. Llamado en socorro de Siena contra Perusa, fué asaltado en Scalella, en las gargantas de los Apeninos por los campesinos ávidos de venganza (1358). Su banda fué destrozada, y él quedó herido y prisionero.

En su mayor parte procedian estos jefes de bandoleros de casas nobles de Alemania como Wer-

(1) Véase el capítulo II de este Libro.
(2) J. VILLANI, IX, 182.
(3) Siena, por ejemplo, le pagó diez y seis mil florines, Pisa otros tantos, veinte y cinco mil Florencia, á condicion de que se mantuviera distante de allí por espacio de dos años, sin contar los regalos hechos á los jefes.

ner *(Guarnieri)* Monfort, Wirtinger de Landava *(Lando)* y Anichino de Baumgartem *(Bongardo)*, quien rehizo los restos de la Gran Compañia. Lando sanó de sus heridas, y en breve reunió cinco mil ginetes, mil húngaros, dos mil hombres de tropa, y además doce mil criados y bagajeros con los cuales fué á caer contra los florentinos. Resueltos á poner un término á una tirania tan repugnante, apelaron éstos á los italianos, quienes así como temblaron por imitacion, tambien por imitacion recobraron su valor. Lando llegó hasta á ofrecer dinero á cuenta de los estragos que pudieran causar los suyos al atravesar el territorio de los florentinos; pero éstos lo rehusaron y salieron en contra suya, guiados por Pandolfo Malatesta, señor de Rímini. Llegaron trompetas del jefe aleman llevando un guante ensangrentado sobre ramas de espino, y provocaron á que lo recogiera aquel que se sintiera con valor para pelear contra el conde. Cogiólo Pandolfo, y dispuso su ejército de tal manera, que Lando no tuvo otro remedio que emprender intimidado la retirada después de haber incendiado su campamento. Desde este instante se dispersó la Gran Compañia, y los italianos supieron vanamente que es preciso combatir á esta clase de gentes y no asalariarla. Después fué muerto el conde Lando cerca de Novara en 1363. Entonces los hombres que le quedaban, siguieron á su hermano Lucio Lando, quien ocupó á Reggio, y en vez de dársela á los señores de Este que le pagaban, la vendió por 25,000 florines á Bernabé Visconti (1360).

Compañia blanca.—Cuando el tratado de Bretigny restableció la paz entre Francia é Inglaterra, atraidas otras bandas por las riquezas de cuya existencia tenian noticias al otro lado de los Alpes, llegaron á su vez á recolectarlas. Una de las principales fué la Compañia Blanca mandada por Juan Hawkwood *(Acuto)*. Primeramente se puso al servicio del marqués de Monferrato, luego al de Pisa contra Florencia; y durante treinta años siguió combatiendo por quien le pagaba. Los ejércitos entonces se componian de mílites y de barbutas. Estos tomaron su nombre del yelmo que llevaban sin cimera, pero con ventalla delante y crines en lo alto; se servian de armas sencillas, pequeños caballos y un solo *sargento* con su palafren; á diferencia del mílite, que usaba una armadura pesada, y le seguian dos ó tres caballos. Después se les unieron los húngaros, que llevaban dos pequeños caballos para cada caballero, grande arco, larga espada, peto de cobre, teniendo grande agilidad en la carrera y poco cuidado en su equipo. Hawkwood, superior en habilidad y en recursos á los jefes precedentes, se mostró consumado en el arte de la guerra. Fué el primero que enseñó en Italia á contar los ginetes por lanzas, comprendiendo cada una tres hombres (4) con cotas de malla, corazas de acero al pecho, grevas de hierro, yelmo, brazales, grande espada y daga, y una larga lanza que sostenian entre dos. Hacian sus marchas á caballo á causa de su pesada armadura, pero en el campo casi siempre combatian á pié, uniendo de este modo la prontitud de la caballeria á la solidez de la infanteria; tambien llevaban escalas formadas de varias piezas para los asaltos (5). Pero la armadura pesada, más bien dispuesta para la defensiva que para la ofensiva, no podia ser atravesada por los muchos arqueros ni por los pocos ballesteros que entonces habia en los ejércitos; en cambio eran muy incómodas para los paises cálidos, para vadear los rios, ó para levantarse cuando caian.

Ingleses, provenzales, gascones, bretones, fueron llevados á Italia por otros nuevos jefes, y por muchos años la península quedó bajo de su dominio. «¡Oh dolor, esclama Benvenuto de Imola! mi mala estrella me ha hecho nacer en este tiempo, cuando la Italia se ve inundada de bárbaros de todas clases, ingleses astutos, alemanes furiosos, húngaros molestos, que acuden todos á consumar la ruina del pais, no tanto por la fuerza como por la astucia y las traiciones, destrozando las provincias, y saqueando las más nobles ciudades.»

Compañias italianas.—No tardaron los italianos en adoptar este nuevo método de utilizar su actividad y el valor que les habia faltado en más nobles ocasiones (1379). Alberico de Barbiano, señor de los alrededores de Bolonia formó la compañia de San Jorge, toda de italianos, con la cual

---

(4) El magnífico caballero mosen Colluccio de Grisis, de Calabria, á quien Yolanda de Francia, duquesa de Saboya, alistó á su servicio el 6 de noviembre de 1475, por espacio de un año, tuvo que suministrar cuatro hombres por lanza, bajo las siguientes condiciones: «Primeramente que dicho señor caballero haya de llevar veinte y cinco armados, es decir, veinte y cinco lanzas á cuatro caballos por lanza, entre los cuales haya un hombre bien armado, con su caballo enjaezado, con testera bien ordenada y arreglada al uso italiano, con un asistente para llevar la ballesta, y además la celada, el coselete con la lanza, ó sea partesana, y otro asistente que vaya junto al caballo con la lanza en las manos. Item, por cada lanza y hombre que me ha de dar con cuatro caballos del modo antedicho, le será abonado el sueldo de veinte florines de Saboya, en cada mes; pagando este salario por trimestres sin la menor dificultad. Item, este contrato durará un año, contado desde que pase revista.

Tambien se pactó que tuviese la paga de treinta lanzas y no estuviese obligado á revistar mas de veinte y cinco, abonándole la señora las restantes para su persona y alimento. El prometió estar ó ir donde quisiese la señora en Italia ó fuera de ella, y ofender ó defender segun le fuese mandado. Si hiciese prisionero á algun hombre de Estado ó cabo de guerra, prometia dejarlo á disposicion de la *excelsa señora*, como asimismo las ciudades y castillos. *Conto d'Alessandro Richardon, tesorier generale*, fol. 383, ap. CIBRARIO, *Op.*

(5) Se lee en Juan Cavalcanti, lib. IV, c. I, que Guido Torello «mandó hacer un puente de piezas con tanto arte, que unas con otras encajaba perfectamente.»

atacó las bandas extranjeras, las venció en Marino, y mereció del papa una insignia en la que se se veia escrito: *Italia libertada de los bárbaros.* De su banda salieron después grandes capitanes, como Jacobo del Verme, Facino Cane, Ottobon Terzo, Braccio de Montone y Esforcia Attendolo. Tambien Hector de Manfredo reunió en el Parmesano seiscientas lanzas y dos mil infantes con el nombre de Compañia de la Estrella; pero fué esterminado en el valle del Bisaño, cuando se dirigia contra Cénova. Juan de Azzo de los Ubaldini reunió otra en los Apeninos; lo mismo hicieron Pandolfo Malatesta, Boldrino de Panigale y otros, acudiendo á donde habia necesidad de combatir ó algo que robar; de modo que cada partida guerrera tenia asalariadas tropas de muy diferentes naciones (6).

Algun noble aislado se armaba sólo con sus hombres, formando lo que se llamaba lanza suelta, sin unirse en compañias y sirviendo como voluntario tanto al uno como al otro. A veces se asalariaba una familia entera, así vemos que en 1395 el concejo de Florencia tuvo á sueldo el escuadron de los Tolomeos, compuesto de veinte lanzas de tres caballos cada una.

Reuniéndose de improviso aquellas bandas, y poniéndose á guerrear sin motivo, nadie estaba seguro de vivir en paz. Tenian la precaucion de no permanecer demasiado tiempo en un pais, por el temor de no provocar allí una defensa desesperada por parte de los habitantes, á quienes halagaban más bien con la esperanza de una pronta partida. Eran los extranjeros más terribles y más obstinados, en atencion á que no podian desertar, y á que para vivir necesitaban guerra.

Estas bandas arrastraban siempre en pos una turba de espías, de merodeadores, de asistentes, que atormentaban al pais, no cuidándose de paz ó de guerra, de amigos ó de enemigos. No moviéndoles á combatir el honor ni el sentimiento, no inspiraban siquiera confianza á los que compraban sus servicios, dispuestos como estaban á abandonarlos tan luego como encontraran mejores condiciones. Por cada expedicion coronada de buen exito exigian *doble salario y el mes completo.* Espirado el tiempo de su servicio, si no se les enganchaba de nuevo, ó la paz les hacia esperar demasiado, sus capitanes emprendian expediciones por su cuenta. Si salian vencedores tenian ciudades que entrar á saco y prisioneros á quienes exigir rescate, ó conquistas que poner en venta. Si se les vencia, se habia disminuido el número de bocas que exigian sustento (7).

---

(6) En 1386, cuando los paduanos hostilizaban á los veroneses, se componian los ejércitos, segun Gataro, del modo siguiente: el de Padua estaba dividido en ocho escuadrones: 1.° Juan Acuto con quinientos caballos y seiscientos arqueros todos ingleses: 2.° Juan de los Ubaldini con mil caballos; 3.° Juan de Pietramala con mil caballos; 4.° Ugolotto Blancardo con ochocientos; 5.° Francisco Novello con mil quinientos: 6.° Broglia y Brandolino con quinientos; 7.° Biordo y Balestrazzo con seiscientos; 8.° Felipe de Pisa con mil. Esta era la guardia de las banderas, con la cual estaban tambien los consejeros del campamento. Por último venian mil infantes equipados y distribuidos en dos bandas, bajo las órdenes de Cermisone de Parma. El ejército de Verona estaba dividido en doce escuadrones: 1.° Juan de Ordelaffi, capitan del campamento, con mil caballos; 2.° Ostasio de Polenta con mil quinientos; 3.° Ugolino del Verme con quinientos; 4.° el anciano Benito de Marcesana con ochocientos; 5.° El conde de Erre con ochocientos; 6.° Martin de Besuzuolo con cuatrocientos; 7.° Francisco de Sassuolo con ochocientos; 8.° Marcardo de la Roca con cuatrocientos; 9.° Francisco Visconti con trescientos; 10. Tadeo de Verme con seiscientos; 11. Ludovico Cantello y Juan del Garzo con quinientos; 12. Raimundo Resta y Friñano de Sesso, con mil ochocientos. Despues venian mil infantes armados de paveses y divididos en dos escuadrones, y mil seiscientos arqueros y ballesteros entre extranjeros y del pais. Marchaba á retaguardia la masa del pueblo, bajo el pendon de la Escala, calculada en diez y seis mil personas. Terminada la distribucion y formados los escuadrones, todos los guerrilleros se reunieron al rededor del capitan del campamento, que los exhortó á combatir valerosamente y á no dar cuartel.

En Sanuto (Vida de Foscari, *Rerum Italicar. Script.* XXII) tenemos el nombre de los jefes de banda y el número de sus soldados en la guerra de los venecianos y florentinos contra Milan en 1426. Carmañola 230 lanzas: Juan Francisco Gonzaga 400: Pedro Juan Pablo 196: el marqués Tadeo 100: Rufino de Mántua 88: Falza y Antonello 63: Rinieri de Perusa 60: Ludovico de Micalotti 70: Bautista Bevilacqua 50: otras tantas mosen Marino, Blanchin de Feltro y Buoso de Urbino: 40 Scariotto de Faenza: 30 Lombardo de Pietramala: 10 Jacobo de Venecia: 8 Cristóbal de Fuogo, y además 113 lanzas libres. Otros jefes estaban en las guarniciones. Bernardo Morosini con 60 lanzas; Jacobo de Castello con 26; Antonello de Roberto con 50; Testa de Moya con 20; Jacobo de Firminato con 13; Juan Tanguinazzo con 63; Antonio de los Ordelaffi con 10; Balachino de Caloña con 43; el conde de Ulenda con 45; Luis del Verme con 260; Orsino de los Orsini con 120; Pedro Pelacani con 100; Juan de Pomaro con 38. A éstos deben añadirse las compañias de infanteria. Cada uno de ellos tenia diferentes pactos con la república y diversos grados de obediencia y disciplina.

(7) Francisco Saccheti dice, que habiendo ido dos frailes menores á un castillo de Juan Acuto, le saludaron á su modo, diciendo: *Monseñor, Dios os dé paz.* Lo cual les valió de repente por respuesta: *Dios os quite vuestra limosna.* Como quedaran atónitos se esplicó de esta suerte: *¿No sabeis que vivo de la guerra como vosotros de la limosna, y que la paz me arruinaria?* A lo cual el autor, menos frívolo que de costumbre, añade: «Y ciertamente fué el hombre que duró con las armas en Italia más que otro alguno, porque se mantuvo allí sesenta años, y casi no habia territorio que no le pagara tributo, sabiendo componerse de modo que hubo muy poca paz en su tiempo; ¡desgraciados de aquellos hombres y pueblos que tienen demasiada fe en gentes semejantes! porque pueblos, concejos y ciudades se aumentan con la paz, á la par que ellos viven y se engrandecen con la guerra, que es la ruina de los Estados, pues con ella se debilitan y se destruyen. No hay en ellos amor ni buena fe; frecuentemente se portan peor con el que les da sueldo, que con los asalariados del otro partido, en

Este innoble sistema, que convertia la guerra en una especulacion ó en un oficio, quitándola aquel prestigio que la hace menos deplorable, convenia á los pequeños Estados dedicados al negocio. Efectivamente, con dinero se reclutaban cuantas tropas eran necesarias, lo cual restablecia el equilibrio roto á consecuencia del acrecentamiento de algunas potencias. Hallaban así los tiranos un medio de perturbar la paz pérfidamente: porque si en medio de una calma profunda querian arruinar á uno de sus enemigos, licenciaban á una banda, sugiriéndola en secreto la idea de ir al territorio designado. El jefe de banda convenia perfectamente á la recelosa desconfianza de Estados que no estaban fuertemente apoyados por instituciones: á la aristocracia por miedo á la popularidad que llegaria á adquirir un guerrero victorioso; á la democracia celosa, para no tener que confiar las fuerzas del pais á un ciudadano: á los príncipes que siempre se oponian á armar á la nobleza y á la plebe, en fin á todos era oportuno aquel héroe nómada que peleaba por dinero contante, que se marchaba cuando concluian los subsidios, y á quien en todo caso se podia humillar asalariando á uno de sus rivales.

Además, tenia su táctica particular cada caudillo. Alberico de Barbiano mejoró la armadura: Braccio fraccionó las bandas en pequeños cuerpos y á las órdenes de distintos oficiales, de modo que se batian renovándose escuadron por escuadron. Esforcia, tan constante y firme como el otro, era impetuoso en su valor, las mantuvo en masas que ganaban en solidez lo que perdian en agilidad; y hubo entre los Bracceschi y los Esforzeschi una emulacion continua en las guerras de aquel tiempo.

No excitándoles el odio, y batallando todos por oficio, no debian olvidar que acaso al dia siguiente servirian á las órdenes de aquel á quien hoy atacaban. De consiguiente, convenian en hacerse el menor daño posible, en hacer prisioneros más bien que en darles muerte, en cuidar especialmente de los caballos, menos fáciles de reemplazar que los hombres, y cuando hacian prisioneros los canjeaban con otros. Aconteció un dia á Francisco Piccinino, que se introdujo incautamente entre sus enemigos: inmediatamente que le reconocieron, tiraron sus armas y le saludaron respetuosamente, descubriéndose la cabeza. Todo el que se hallaba cerca de su persona le tocaba la mano con grande reverencia, porque le reputaban padre de la milicia y su más hermoso ornamento.» (Corio).

De consiguiente la guerra estaba reducida á una serie de marchas y contramarchas; las batallas á un choque que se empujaban más bien que se descargaban golpes, y en que sólo se derramaba sangre por inadvertencia; así una escaramuza en una ciudad, ofrecia más peligro que una batalla campal (8). El ingenio, la astucia, reemplazaron el valor, y los héroes envejecieron con las armas en la mano, sin haberse espuesto á un peligro real nunca. En los capitanes se requeria cierta habilidad personal, en razon á que las tropas, especialmente de infanteria, no defendian su bandera por honor, ni por vergüenza de sus compañeros, con quienes se hallaban reunidos sólo por un momento; así es, que se desbandaban apenas perdian la esperanza de la victoria ó del botin.

Hacíase la guerra más bien á los ciudadanos que á los ejércitos: se aspiraba á devastar y á hacer prisioneros en lo que se denominaba cabalgatas: ahora bien, á veces sólo á esto se limitaba la guerra, sin que se trabara una batalla. En su consecuencia, cada cual se retiraba á plazas muradas, como lo estaban entonces casi todas las ciudades y aldeas; luego se empleaban desde allí lo mejor que era posible las armas defensivas, hasta que se pactara con los guerrilleros, ó hasta que fatigados éstos se dirigieran á otro lugar fortificado, porque los encontraban á cada paso en su camino: habia veintiocho en rededor de San Miniato. Después de la victoria de Meleto (1349), el vaivoda de Transilvania, Lando y Guarnieri, adeudaban á las bandas doble paga, y como no encontrasen medio de satisfacerla porque ascendian á cincuenta mil florines, abandonaron el furor de sus soldados á los caballeros que tenian prisioneros,

---

atencion á que al mismo tiempo que manifiestan querer combatir el uno contra el otro, tienen más benevolencia el uno respecto del otro que respecto del que les paga, y parece como si dijeran: Roba por aquí, y yo robaré por allá. De esto no se aperciben las pobres ovejas que cotidianamente son llevadas por la malicia de estas gentes á hacer la guerra, cuando la guerra sólo puede dejar en peor condicion á los pueblos. En efecto, ¿de dónde procede que tantas ciudades de Italia antes libres están ahora sometidas á señores? ¿De dónde procede que la Pulla está en la situacion en que se encuentra, y tambien la Sicilia? ¿A dónde ha conducido la guerra á Padua, á Verona y á otras muchas ciudades que hoy solo son miserables aldeas? *Novela* 181.

(8) Maquiavelo dice que en la batalla de Sagonara (1424), en que Angel de la Pergola batió é hizo prisionero á Cárlos Malatesta, solo perecieron tres personas ahogadas en el lodo. Lo mismo aconteció en la de la Molinella (1467). Se peleó medio dia. Sin embargo, no murió nadie: solo hubo algunos caballos heridos y algunos prisioneros por una y otra parte. Creemos que hay exageracion en esto: sin embargo, hemos visto un diálogo manuscrito de Pablo Jove, en que dice que en la batalla ganada en Caravaggio el 15 de setiembre de 1448 en la que Esforcia puso á los venecianos en plena derrota, y se llevó diez mil quinientos prisioneros, era fama de que solo habian perecido siete soldados, de los cuales dos se habian ahogado en la refriega, pisoteándolos los caballos. Allí leemos que á consecuencia del terror que inspiraron las primeras armas de fuego, se cortaba la mano derecha á todos los arcabuceros á quienes se cogia: luego tambien Bartolomé Coleone, general de los venecianos, y Federico de Urbino, en la jornada de la Ricardina, en el territorio de Bolonia, habiendo cerrado la noche durante el combate, mandaron que encendieran teas los bagajeros, y á su luz continuaron la lucha.

los cuales fueron horrorosamente apaleados, hasta que se obligaron á abonar aquel tributo. La Compañía Blanca cuando se apoderó de Faenza (1376), encadenó trescientos señores, echó fuera de la ciudad á once mil ciudadanos y se arrojó con furia á robar ropas y mujeres. Dos condestables se disputaban una monja, cuando llegó Acuto de improviso y de un tajo la dividió en dos partes, diciendo al mismo tiempo: *tomad la mitad cada uno*, Otra banda hacia ir delante de ella á un aldeano á quien habia tostado por un lado sobre las parrillas, á fin de que con sus gritos anunciase la aproximacion de aquellos foragidos.

De este modo la mayor parte de la nacion italiana perdia el valor en medio de las armas. Un vil mercenario era á veces árbitro de la paz ó de la guerra, y nunca cesaban las hostilidades, porque la guerra no agotaba las fuerzas de los vencidos, quienes al dia siguiente de una gran derrota podian volver á aparecer con un ejército más formidable, por pocos medios que tuvieran de pagarle. Los mismos guerrilleros tenian interés en no dejar sucumbir á los pequeños Estados y á sus rivales, para no perder las ocasiones de nuevas ganancias que podian proporcionarles. Cuando los florentinos quisieron obligar al rey Ladislao á restituir sus bienes á la Santa Sede, les preguntó: *¿Qué tropas teneis que oponerme?* A lo cual le contestaron: *Las tuyas mismas*.

Fijaremos nuestra atencion en estos jefes de aventureros, á algunos de los cuales veremos ascender al trono, y la política nos aparecerá regida por el inmoral sistema del oro y del hierro. Efectivamente, no se contentaron los capitanes de las bandas italianas, como los alemanes, con despojar á amigos y enemigos: juntaron á la rapacidad las pasiones propias de su suelo, los odios de partido, las venganzas hereditarias, la ambicion de crearse una faccion en un pais donde cualquiera podia llegar al poder con tal de que tuviera audacia. Braccio de Montone, desterrado de Perusa, marchó contra su patria á mano armada y se hizo señor de ella. Pandolfo Malatesta dominó en Brescia; Facino Cane en Alejandria; Ottobon Terzo en Parma. Y lo que parece más indecoroso es que en batallas de especulacion se adquiriese gloria: que se levantasen estátuas, mausoleos á Gattamelata, á Coleone y á otros más, hasta cuando por haber cesado de vivir, no infundian ya miedo (9).

Los Visconti.—Liga de Viterbo.—Entre los que se sirvieron del valor venal de aquellos hombres, que «levantando el dedo jugaban con la muerte,» los Visconti principalmente supieron prevalerse de él para llegar á un poderío, que debia tocar en herencia á un venturoso jefe de banda. Habiendo sucedido Bernabé y Galeazo II á Juan su tio, no sólo perdieron el territorio de Bolonia, sino que tambien vieron á Génova emanciparse de su autoridad (1354), y al cardenal Albornoz hacer entrar en una liga contra ellos al papa, al emperador, al rey de Hungria, á los señores de Ferrara, de Padua, de Mantua, á Juana de Nápoles, al marqués de Este, los cuales tomaron á sueldo las bandas de Juan Acuto (1367). En este tiempo Urbano V prestaba oidos á los votos, por largo tiempo desatendidos, de los romanos, volviendo á residir entre ellos; y Cárlos IV, llegado á Italia para recrear á su esposa con el lujo y las fiestas de la coronacion, se vanagloriaba de hacer revivir los derechos del Imperio. A su entrada dentro de los muros de Roma, presenció esta ciudad el espectáculo de una procesion que reproducia las antiguas ceremonias. Cárlos tuvo allí, en union del emperador de Oriente, de la rienda al caballo que montaba el papa: sirvió en la misa como diácono, y los grandes que habian llevado en su comitiva, que eran el arzobispo de Salzburgo, los duques de Sajonia, de Austria, de Baviera, el marqués de Moravia y de Misnia, el conde de Goricia y otros más, rivalizaron en magnificencia.

Satisfecho Cárlos con aquellas pompas se dejó aplacar por dinero. Urbano, que se proponia restituir su dignidad á la Iglesia, espidió bulas de escomunion contra Bernabé Visconti, quien habiendo detenido á los legados en el puente del Lambro, les intimó que se comieran aquel pergamino, si no querian beber el agua que corria por debajo de ellos; y les fué preciso resignarse. Bernabé manifestó una enemistad particular respecto de los eclesiásticos. Otra vez hizo que se vistieran de blanco los embajadores del pontífice y que se pasearan por medio de la ciudad al compás de los silbidos de la muchedumbre. Habiéndose negado el arzobispo á ordenar á un fraile, le dijo después de haberle reprendido ásperamente: «¿No sabes que yo soy papa, emperador y rey en mi territorio, y que aquí ni el mismo Dios podria hacer lo que yo no quisiese?» Fulminada la escomunion contra su persona multiplicó los suplicios: mandó que se le sacasen los ojos á un monje y que fuera asado otro en unas parrillas. Sin embargo, supo conjurar la tormenta que contra él se preparaba, atrayendo á su lado al conde de Lando con su compañia; y lejos de perder terreno sublevó á muchas ciudades contra el papa, quien, viendo el mal éxito de sus tentativas, se volvió á morir en paz á Aviñon (1370).

Entonces Bernabé pudo continuar desembarazadamente su monstruosa tentativa, y encarnizarse contra sus súbditos por el rigor de sus órdenes, no menos que por sus suplicios: todo el que se habia apropiado una pieza de caza mayor, sufria la última pena, haciéndole pedazos, aunque fuera abad de un monasterio. Hizo perder un ojo y una mano á un jóven por haber soñado que habia cogido

(9) Valery, en su reciente *Viaje á Italia*, se queja de que los perusinos no hayan consagrado todavia á Braccio el monumento á que tiene derecho. J. B. Vermiglioli ha escrito una vida y casi un panegírico de Malatesta Baglione, el traidor que entregó á Florencia.

una liebre. Ningun juez recibia de él salario sino en tanto que habia cortado la cabeza á un cazador de perdices. Por su órden dos cancilleres suyos fueron encerrados con un jabalí en una jaula. Obligó al podestá á arrancar por su propia mano la lengua á un delincuente: prohibió salir de noche, bajo pena de perder un pié, cualquiera que fuese el motivo de la contravencion. Se cortaba la lengua á todo el que pronunciaba los nombres de güelfos ó de gibelinos. Quizá se han exagerado estos pormenores; pero de seguro consideraba sus insultantes crueldades como necesarias para constituir sólidamente un poder sin legítima base. Queria la justicia y la ejercia con ferocidad y sin mesura. Un sacerdote se negó á sepultar á un muerto porque no tenia dinero, y Bernabé le hizo enterrar vivo. Un campesino no paga dos capones que habia comprado á una mujer y manda que muera en la horca. Lejos de procurar dulcificarle Beatriz de la Escala, su esposa, le exasperaba, por el contrario; pero no supo fijarle bastante para impedirle que se consagrara á otros amores.

Galeazo II, su hermano, que residia en Pavia, no se diferenciaba de él en nada. Con un rasgo de pluma anuló todas las gracias concedidas por sus antecesores. Una vez mandó ahorcar á sesenta mercenarios, por haber manifestado lentitud en ejecutar una órden. Un asesino fué descuartizado por medio de caballos, é inventó para los reos de Estado el suplicio llamado *cuaresma*, porque duraba cuarenta dias. Consistia en cortar á un condenado en los dias impares un miembro ó un pedazo de carne, ó en hacerle andar sobre garbanzos después de haberle desollado las plantas de los pies: se le dejaba descansar los dias pares, á fin de que recobrara fuerzas para los tormentos del dia siguiente. Sin embargo favorecia las letras, trataba familiarmente al Petrarca y no gustaba de las lisonjas. Fundó la biblioteca y la universidad de Pavia, donde levantó notables construcciones y un palacio. «Si en lo demás, dice Petrarca, superó á los demás príncipes de Europa, en esto se superó á sí propio.» Gastaba anualmente en limosnas, por la salvacion de su alma y la de sus padres, 2,531 florines, doscientas diez fanegas de trigo y hasta doce carros de vino. Sostenia además diez capillas y ayunaba las dos terceras partes del año.

Su hijo Juan Galeazo tuvo tanta ambicion y fué más disimulado que él. Obtuvo del rey de Francia, Juan II, mediante la suma de trescientos mil florines, la mano de su hija Isabel y el título de conde de Vertus en Champaña; Wenceslao le nombró vicario imperial en Lombardia. Después de haber engañado á su tio Bernabé con aparentes devociones, Juan Galeazo le detuvo prisionero con ayuda de una fingida peregrinacion y le envió al castillo de Trezzo, donde murió de rabia ó de veneno (1385). Habiendo encontrado en su tesoro setecientos mil florines en dinero, y siete carros de vajilla y de oro en barras, reunió bajo su autoridad todos los dominios de los Visconti, donde encontró humillados á los señores, contribuyendo el clero á los cargos públicos, y el pueblo olvidado de sus franquicias. Vil en sus ideas, no tenia medida para sus caprichos, y elegia para realizarlos sugetos idóneos. Desde Federico II, no hubo en Italia príncipe más temido de los italianos, ni que amenazase de más cerca la independencia de los demás Estados. Se ligó primero con los Gonzaga, los Carrara y la casa de Este, para limpiar el pais de las bandas de aventureros que la infestaban. Bartolomé de San Severino fué enviado contra ellas con una bandera en que estaba inscrita la palabra *Paz*; pero esta tarea pacífica pronto fué abandonada por ambiciosos proyectos.

Los dos hijos menores de aquel Mastino, que aspiraba á reinar en toda Italia, habian asesinado á su hijo mayor. Habian llegado después á las hostilidades entre sí, y el más debil pereció degollado en su prision. Los hijos naturales del que sobrevivió llamado Can Signore, renovaron los mismos desafueros, y Antonio dió muerte á Bartolomé. Aquel Antonio fué incitado por los venecianos contra los Carrara, señores de Pádua (10), por su alianza con Génova y la Hungria: los Carrara, para defenderse, apelaron á Juan Galeazo, que pretendiendo ser heredero de los Escalígeros por los derechos de su segunda mujer, ganó á Verona y la conservó dejando consumirse en prision el último y culpable vástago de aquella familia (11). Ofreció después su amistad á Venecia contra los Carrara, y tomó de concierto con ella, Pádua, después á Iserico, y se encontró sobre las lagunas de Venecia, que arrepintiéndose demasiado tarde de aquella alianza, se veia amenazada de ser rebajada á una condicion más humilde que la de Pádua.

---

(10) Genealogia de los Carrara:

Jacobo de Carrara, príncipe del pueblo. .	1318—1324
Nicolás, su hermano.	1324—1226
Marsiglio, su sobrino..	1326—1338
Ubertino, sobrino de éste.	1338—1345
Marsiglietto Pappafaba.	1345
Jacobo II, hijo de Nicolás.	1345—1350
Giacomino, su hermano..	1350—1372
Francisco I, su sobrino.	1372—1393
Francisco II Novello, estrangulado en Venecia con sus dos hijos Francisco III y Jacobo.	1394—1406

(11) Genealogia de los Escalígeros.

Mastino de la Escala, señor de Verona. . .	1200—1277
Alberto, su hermano..	1277—1301
Bartolomé, hijo de éste..	1301—1304
Alboino, su hermano.	1304—1311
Can Grande I..	1312—1329
Alberto II, Mastin II, hijos..	1329—1332 1332—1351
Can Grande II, Can Signoré, Pablo Alboino, hijos de Martino II.. . .	1351 1351—1375 1374
Bartolomé II, Antonio, hijos naturales de Can Signoré.	1380
Guillermo, hijo de Antonio.	1390
Antonio Bruto, y sus hijos proscritos. . .	1404

Desembarazado de aquellas dos antiguas familias de los Escalígeros y de los Carrara, Juan Galeazo aspiraba á la corona de Italia; pero le precisó abatir primero á Florencia, la protectora de la libertad italiana. Las enemistades de las ciudades rivales de aquella república le proporcionaron la ocasion que deseaba. Habiéndose, pues, aliado con Siena, vió unirse á él Perusa, Urbino, Faenza, Rímini, Forli. Pero Florencia tenia en su favor á la poderosa Bolonia y esplotaba el odio del traidor Francisco Novello de Carrara (12), y asalariaba al inglés Juan Acuto, al aleman duque de Baviera, al conde de Armagnac, francés, cuyas bandas en su favor se componian de una multitud de hombres de todas las naciones pagados para asolar el pais. Las tropas extranjeras no habian sin embargo aprendido las maniobras diestras de los tácticos nacionales, así es que el conde de Armagnac que tenia su presuncion francesa, no veia en los italianos más que gentes sin valor; habiéndose adelantado con poca gente á Alejandria, Jacobo del Verme, salió de la plaza, le batió, le hirió mortalmente, haciendo prisioneros y despojando á todos los que les acompañaban de cuanto llevaban consigo. Rompió después los diques del Adige, y con ello dejó aislado á Juan de Acuto sobre un valladar, teniendo inundados los terrenos que lo circundaban. El inglés, á quien su adversario envió entonces para burlarse, una zorra enjaulada, respondió que la zorra encontraria medio de desenjaularse. En efecto, atravesó las aguas durante todo un dia, y sacó á su ejército sano y salvo.

Por el tratado de paz que se siguió fué conservada Pádua á Francisco Carrara que la habia recobrado (1392), se prohibió á Juan Galeazo mezclarse en los negocios de la Toscana, así como á los florentinos en los de la Lombardia. Pero como Visconti no observó las condiciones juradas, Francisco de Gonzaga organizó una liga güelfa, y resultó de ella una nueva guerra, en que los milaneses llevaron la peor parte. Aun después de la paz de Venecia, los florentinos continuaron poniendo obstáculos á los designios de Juan Galeazo (1398), quien al fin perdió la esperanza de dominar sobre toda la Italia, y sólo pensó en consolidarse en Milan.

Los Visconti.—La larga duracion y la sucesion repetida de los Visconti en las señorias, habian acostumbrado á los pueblos á considerarlas como príncipes hereditarios y dominaban como los demás tiranos, porque la asamblea popular les habia confiado el poder político, mientras que el judicial y el administrativo se ejercia por el podestá y el grande y pequeño consejo; pero el podestá, precisado como estaba á apoyarse en uno de los partidos para obtener influencia sobre otro, permanecia avasallado á aquel que predominaba, es decir, al príncipe. Este, bajo pretesto de levantar tropas, podia imponer cargas á su antojo: si obtenia el título de vicario imperial, ejercia derechos reales. Si después era jefe ó señor de diferentes ciudades, como éstas no tenian entre sí ningun lazo político, se encontraba independiente con respecto á todas, y no se veia reducido á acariciar á una faccion; hasta las empleaba unas con otras para sujetarlas. Si estallaba la guerra, su poder era ilimitado como jefe del ejército, y las ciudades conquistadas no tenian ningun derecho que pudiesen oponer á sus decisiones. Resultaba de ello una tirania que dejaba subsistir las formas republicanas, pero las hacia insignificantes.

Juan Galeazo, duque.—Los Visconti sacaban del rico pais que les obedecia un millon de ducados, es decir, doble que la Francia y la Inglaterra (13). Una buena administracion hacia prosperar las rentas, lo que les permitia comprar partidarios en las demás repúblicas, asalariar mercenarios, procurarse grandes alianzas de familia, y en su consecuencia obrar como señores en su pais. Juan Galeazo, esposo de una princesa francesa, dió su hija Valentina al hermano del rey de Francia (1389), con un dote de cuatrocientos mil florines de oro, además de la ciudad y del territorio de Asti, pedrerias y un ajuar tal como ningun rey hubiera podido darle (14); lo peor fué que estipuló en favor de su hija el derecho eventual de sucesion, á falta de herederos varones. Creyó entonces la ocasion oportuna, para libertar su dignidad de lo que la eleccion popular le daba de precario; y cien mil florines, que hizo brillar á los ojos del emperador Wenceslao, príncipe menesteroso, le hicieron conferir el título de duque (1395). La usurpacion se encontró de esta manera legitimada, y las ciudades de la antigua liga lombarda fueron vendidas por el emperador, aunque uno de sus predecesores habia asegurado su libertad por el tratado de Constanza.

Conociendo Juan Galeazo que las fiestas encadenarian al pueblo, mas bien que los *hornos* empleados por sus antecesores, las dió espléndidas en su coronacion: y al espectáculo de tantas solemnidades, concurrieron gentes de casi todas las naciones cristianas, y aun infieles, de tal manera que todos decian que era imposible ver nada que fuera más magnífico (15). Quedó encantado el buen pueblo milanés

(12) Son célebres sus viajes por Alemania é Italia para reunir enemigos contra los Visconti, acompañado siempre de la intrépida Tadea de Este.

(13) Véase la nota (A) al fin del presente libro.

(14) Puede verse el detalle en Corio, el año 1389. Solo la plata ascendia á 1667 marcos, peso de Paris.

(15) Corio. Esta solemnidad se explica extensamente en una carta escrita el 10 de setiembre del mismo año, por Jorge Azzanello y Andreolo Aresi, canciller ducal. De casi todas las partes del mundo se llamaron príncipes, señores y comunidades para que aumentasen la pompa en la coronacion del nuevo duque, honor de Italia. Apenas apuntaba el alba en la mañana del domingo, acompañaron al futuro duque desde la fortaleza de la puerta de Júpiter hasta San

con tener un duque, y un duque tan espléndido. La enajenacion de aquel ducado desagradó mucho á los alemanes, que hicieron de ello un crímen á Wenceslao cuando le depusieron (1400). El conde palatino Roberto, que le fué sustituido, se comprometió por este motivo á ir á Italia para destruir allí la soberania de los Visconti. Se alió en consecuencia con el señor de Pádua; y habiéndole adelantado Florencia doscientos mil florines, el nuevo César pasó los Alpes con un buen ejército (1401); pero fué derrotado cerca de Garda por las tropas de Visconti, que conducia Facino Cane, y después de algunas otras tentativas, se retiró vergonzosamente. Convertida la Lombardia en herencia de una familia, pasó después á aquel que tenia más fuerza para apoderarse de ella, ó más astucia ó feroz energia para mantenerla en la opresion.

Tenia cuidado Juan Galeazo de tomar á su servicio los mejores guerrilleros como Facino Cane de Biandrate, Cárlos Malatesta de Rímini, Antonio de Urbino, Pablo Savelli, Santiago del Verme, Ugolotto Biancardo, Ottobon Terzo, Galeazo de Mántua, Antonio y Galeazo Porro, Gabrino Fondulo, cremonés, y Alberico de Barbiano, autor de una nueva táctica militar y de la caballeria moderna. Con su ayuda recobró á Bolonia, que deseaba hacia mucho tiempo, y cuyo señor, Juan de Bentivoglio, pereció combatiendo; después que compró á Pisa á Gerardo de Appiano, y de haberse hecho proclamar señor de Siena, declaró la guerra á los florentinos, cuya ciudad sitió. La opulenta ciudad temblaba, sintiéndose envuelta en las roscas de la culebra, armas de los Visconti, cuando la peste, que se renovó varias veces en aquel siglo, puso fin á la ambicion y á la existencia de Juan Galeazo (1402). Fué uno de los más espléndidos señores de la Italia, tan fecundo en espedientes políticos, como pobre en valor personal: siempre pronto á sacrificar la justicia, la buena fe, el bienestar de las poblaciones, á la sed de poseer. Favoreció las letras, para echar un velo sobre sus vicios. Mejoró la administracion, y supo elegir igualmente bien á los hombres que empleaba en la paz ó en la guerra. La cartuja de Pavia, y aun más la catedral de Milan, ambas comenzadas por él, y que son los monumentos de estilo gótico más notables de Italia, manifiestan cuánto atrevimiento y poder tenia. No hubiera tardado en llegar á ser el dueño de la Italia, si no hubiese encontrado en su paso á los florentinos y á Francisco de Carrara, ó tal vez sufrió aquella fatalidad, que evitó constantemente los designios del mismo género en todas las épocas. Magistrados, caballeros, capitanes, afluyeron de todas partes á sus funerales, así como los embajadores de las cuarenta y seis ciudades que dependian de él (16), con sus banderas é in-

---

Ambrosio, precedidos de histriones y músicos. En la plaza de San Ambrosio se habia construido un alto tablado, cuadrado, defendido por empalizadas, cubiertos sus sitiales y gradas de paño de color de escarlata, y la parte superior de brocado de oro con fondo encarnado. Allí el magnífico caballero Benesio Cumsinich, lugarteniente cesáreo, esperaba al futuro duque para colocarle en el trono. Inmediatos al tablado y al lado izquierdo estaban Pablo de Savelli y el caballero Ugolotto de los Biancardi, príncipe romano, con un escuadron bien ordenado compuesto de quinientos caballos para guardar aquella plaza en que habia un inmenso concurso de gentes. El gran condestable se hallaba enfermo, por cuya causa no pudo mandar aquellas tropas. Apenas llegó el futuro duque y los que le acompañaban, Benesio lo recibió con benevolencia, y lo colocó á su izquierda en el lugar más elevado del sólio. Los prelados, señores y embajadores más calificados, se sentaron en el mismo tablado. Un caballero bohemio, compañero de Benesio, estaba á la derecha, teniendo la bandera imperial; á la izquierda el caballero Oton de Mondello tenia otra bandera acuartelada con las armas del duque. Allí mismo se leyó el privilegio concedido por el emperador Wenceslao en Praga á 1.° de mayo de 1395, nombrando duque de Milan al conde de Vertus, Juan Galeazo Visconti. Después el duque se puso de rodillas y prestó juramento de fidelidad al césar en manos del lugarteniente imperial, el cual le puso luego sobre los hombros el manto ducal aforrado de armiños de arriba abajo. Tomándole después por el brazo lo colocó en el trono, poniendo sobre su cabeza una corona adornada de pedreria y estimada en 200 florines. Sentados el duque y el lugarteniente, los prelados cantaron himnos en accion de gracias á Dios, acompañados del concierto de instrumentos músicos. Después Pedro Filargo pronunció un panegírico en elogio del duque. Cuando concluyó, se celebraron los Divinos Oficios y después el lugarteniente cesáreo y el duque montaron á caballo, y bajo un magnífico palio que llevaban ocho caballeros y ocho escuderos, marcharon acompañados de todos los prelados, señores y embajadores hasta el antiguo palacio, en cuyas puertas colocaron las dos banderas imperial y ducal. En el patio estaban preparadas las mesas servidas con riquísimas vajillas de plata, y cubiertas por arriba con pabellones de tapices entretejidos de oro. El duque se sentó en la cabecera de la mesa, teniendo á sus lados los dos lugartenientes cesáreos, á los cuales seguian por órden de dignidad los demás señores, etc. El lunes siguiente pasaron revista en el palacio ducal los que estaban dispuestos para la justa. El martes trescientos de éstos divididos en dos escuadrones, uno con divisa roja y otro con blanca, entraron en la liza con sus correspondientes banderas, teniendo destinados mil florines para premiar al que saliese victorioso. El miércoles hubo una nueva justa, cuyo premio era un broche del valor de mil florines, que lo obtuvo el marqués de Monferrato. El jueves terminaron las justas, en las cuales Bartolomé, hermano de Domingo de Bolonia, adquirió un caballo del precio de cien florines; y Juan Rubelo, escudero de dicho marqués, otro de doscientos.

(16) Valtellina, Valcamónica, Varesia, Leñago, Castello Arqua, Saló, Bassano, Castelnovo de Tortona, Riviera di Trento, Soresina, Lecco, Vigevano, Pontremoli, Voghera, Borgo Sandonino, Casales Sant-Evasio, Valenza, Crema, Monza, Grosseto, Massa, Lunigiana, Asis, Bobbio, Feltro, Cividale, Reggio, Tortona, Alejandria, Lodi, Vercelli, Novara, Vicenza, Bérgamo, Como, Cremona, Placencia, Parma, Brescia, Verona, Perusa, Siena, Pisa, Bolonia, Pavia, Milan. La ciudad de Pavia fué erigida en condado para el hijo secundogénito, como lo dice Anghiera; sin embargo, algunas soñadas genealogias quieren que la estirpe de los Visconti sea una familia descendiente del Hector troyano.

signias. Dos mil hombres con antorchas encendidas acompañaban el convoy, y la ceremonia fúnebre duró catorce horas.

El duque dejaba dos hijos de corta edad: Juan María, á quien dió el ducado desde el Tesino hasta el Mincio, y Felipe María, á quien hizo conde de Pavia con el resto del territorio, menos las ciudades de Pisa y Crema, separadas de su herencia para formar el patrimonio de Gabriel María, hijo natural. Pero podia decir como Pirro: *Lego mi trono á aquel cuya espada es más cortante.* Confió la tutela de sus hijos á Catalina Visconti, su viuda, asistida de diez y siete personas designadas entre los más célebres guerrilleros, con la esperanza de dar así un apoyo á la debilidad de sus hijos. Pero estos capitanes, tan valientes en el campo de batalla, como inhábiles para gobernar, sin ninguna fe, avaros sólo de dinero y de dominacion, se sometian con poca voluntad á las preeminencias de una mujer y á la de Barbavara su favorita. La discordia ponia, pues, trabas á las deliberaciones, al paso que los abatidos enemigos comenzaban á levantar la cabeza; los güelfos y los gibelinos, cuyo nombre hasta se habia prohibido pronunciar, reanimaron sus odios; el papa y los florentinos se entendieron para sustraer á los Visconti; Siena, Perusa, Pisa, Bolonia, y los guerrilleros se apresuraron á dividirse las posesiones que ellos mismos habian adquirido á aquella casa.

Para conjurar el peligro, desplegó Catalina destreza y firmeza, y sangrientas ejecuciones espantaron en Milan á los señores y vecinos; pero todas las ciudades sometidas habian sacudido la dependencia, y los tiranos dominaban allí sobre las familias y las antiguas facciones. Los güelfos habian vuelto á recuperar el dominio en Brescia, así como en Lodi con Juan de Vignate, en Plasencia con los Escoto, en Bobbio con los Landi: por su parte, los gibelinos tenian ventaja en Como con Branchino Rusca, en Bérgamo con los Suardi, en Cremona con Juan Ponzone, y después con Gabrino Fóndulo; los barones de Sax ocupaban á Bellinzona, y Vicenza no tardó en entregarse á los venecianos; Francisco II Carrara se estableció en Pádua, y adquirió á Verona, hasta que los venecianos le volvieron á arrebatar sus posesiones, se apoderaron de su persona y le enviaron vilmente al suplicio. Entre tanto Facino Cane desolaba todo el territorio comprendido desde Parma hasta Cremona y Alejandria: Alberico de Barbiano volvió al poder del pontífice las ciudades de Asis y de Bolonia; Pandolfo Malatesta se apoderó de Monza y después de Brescia; el pueblo á presencia del jóven duque despedazó al abad de san Ambrosio, y todo, en una palabra, era horror y sangre.

Juan María.—Uniéndose Juan María á los que se irritaban por el rigor de su madre, la hizo aprisionar (1404), y tal vez perecer; hasta él mismo pareció no haber aspirado al poder más que para imponer suplicios. Rodeado de soldados y cortesanos; que se habian hecho adictos tolerando sus escesos, mantenia perros enseñados á destrozar á aquellos á quienes él designase. Sublevároнse, pues, de todas partes contra él. Facino Cane y Pandolfo Malatesta batieron sus ejércitos; después le sitiaron en Milan para precisarle á cambiar sus consejeros. Aunque habia prohibido proferir la palabra paz, hasta en la misa, se vió forzado á pedirla, comprometiéndose á alejar á sus instigadores, á perdonar á los gibelinos y á recibir un gobernador de su faccion, en union de otro elegido entre los güelfos.

Facino Cane, que habia quitado ya á Felipe la regencia de Pavia, hizo entonces otro tanto con Juan Marír, después de haber ejecutado un horrible saqueo; pero luego que fué acometido de una enfermedad mortal, los milaneses, y sobre todo los gibelinos, se horrorizaron al pensar que se hallaban de nuevo á la merced del tirano; una conjuracion se formó contra el duque, y fué asesinado (1412).

Felipe María.—Facino espiraba el mismo dia. Al punto sus soldados ocupan á Pavia como garantia de su sueldo; el intrépido bastardo Hector Visconti domina en Milan. Los señores se insurreccionan por todas partes para recobrar sus antiguas posesiones. Pero Felipe María, que hasta entonces se habia mostrado negligente y mediano, despliega una actividad estraordinaria para recuperar los Estados paternales. Conociendo la necesidad de asegurarse el brazo de los soldados aventureros, se casó con Beatriz Tenda, viuda de Facino, que le llevó en dote inmensos dominios, el señorio de Tortona, Novara, Verceli, Alejandria, y el favor de los antiguos partidarios de su marido. Fuerte con su ayuda, arrancó Pavia y Milan á los usurpadores; y por su habilidad personal, en la feliz eleccion de sus capitanes, no solamente recobró, sino que acrecentó su patrimonio, estendiendo su autoridad desde el monte San Gotardo hasta el mar de Liguria, y desde las fronteras del Piamonte á las de los Estados del papa.

Sombrio y desconfiado, sin ser sanguinario como su hermano, sabia muy bien ocultar sus sentimientos y sondear los de los demás; apenas habia concluido un tratado de paz, cuando comunmente le violaba, para negociarle de nuevo poco tiempo después. Abatia por la mañana á aquellos que habia ensalzado la víspera, desconfiaba de todo el mundo, tenia recelo de todo, y no sabia perdonar los beneficios que habia recibido. Despreció primero por una querida á su mujer Beatriz, causa de su grandeza. Después quiso deshonrarla y desembarazarse de ella, acusándola de adulterio para enviarla al suplicio. Empleó sucesivamente, con sus mejores capitanes, la adulacion y las amenazas, las caricias y las asechanzas, entretanto que se confiaba ciegamente á miserables consejeros y á favoritos que fomentaban sus pasiones desprovistas de generosidad hacia su querida Inés de Magno y á Zannino Riccio, su astrólogo.

Francisco Busone, conocido bajo el nombre de

Carmañola, como uno de sus mejores guerrilleros, habíase elevado por su espada, de una humilde condicion á los primeros honores. Después de haber ayudado poderosamente á Juan Maria á recobrar sus Estados, hizo luego otro tanto por Felipe, bajo cuya ley puso bien pronto á Lodi, Crema y Plasencia. Llegó hasta á obligar á Malatesta á que le vendiese Brescia y Bérgamo; á Gabrino Fondulo Cremona, á Nicolás de Este, Parma, y arrojó de Como á los Ruscas que habian llegado á ser señores de ella.

En Génova, donde dominaba el partido popular, al que pertenecian las familias de los Fregosos, Guarcos, Fiescos, Montaldos y Adornos, habia escluido á la nobleza del empleo de dux, que ocupaban sucesivamente, sin que ninguna de ellas adquiriese suficiente poder para subyugar al pueblo. Continuamente en querellas, repeliéndose y procurando unirse sucesivamente, al mismo tiempo que los nobles de las dos riberas las incitaban, apelaban para triunfar á las bandas mercenarias, igualmente funestas á los dos partidos, ó bien habian recurrido á los extranjeros. Juan Gonzalo habia fomentado estas rivalidades intestinas, con la esperanza de que cansada de tantas luchas, la república se arrojaria en sus brazos. Pero al contrario, el dux Antonioto Adorno (1396), no pudiendo mantenerse en el poder, propuso á sus conciudadanos entregarse al rey de Francia, Cárlos VI. Esta fué la cuarta vez, en el trascurso de aquel siglo, que Génova sufrió la servidumbre voluntaria (17). La libertad poco tuvo que perder por las latas condiciones que fueron obtenidas; pero los gobernadores que fueron á dominarla, ni agradaban al público, ni le acusaban temor; así habia á cada instante querellas, invasiones, destierros é incendios. En fin, el mariscal Boucicault, hombre de un valor esperimentado, reprimió las facciones aboliendo sus nombres, así como las magistraturas populares; espulsó á los Fiescos de Monaco, á los Delcarettos de sus posesiones, desterró y mató á varios ciudadanos; luego habiendo repuesto la marina, fué á saquear las costas de Siria y de Egipto, y obtuvo del rey de Francia el señorio de Pisa. Pero como marchase contra Milan, Facino Cane, de concierto con el marqués de Monferrato, se adelantó hasta Génova que incitó á la libertad (1409). Los franceses acometidos, se vieron muertos y arrojados por la poblacion insurreccionada, que restableció el gobierno popular, á pesar de la oposicion de los güelfos eligiendo al marqués capitan por cinco años. Su modo de obrar hizo que á su vez fuese espulsado y se restableció la dignidad de dux. Pero con esta los partidos se reanimaron de tal modo, que por amor á la paz los genoveses concluyeron por entregarse á Felipe Maria (1421). El Visconti les envió para que los gobernase, á Carmañola, y les hizo llevar la guerra á Alfonso de Aragon, á quien hicieron prisionero en la victoria señalada de Ponza; luego, juzgando haber elevado su honor hasta el punto de no ceder en nada á sus rivales de Italia y de España, los genoveses se entusiasmaron; y con el fin de que Felipe no llegase á aprovecharse sólo de una victoria conseguida por ellos, sacudieron el yugo y recobraron su independencia (1435), mas no su tranquilidad.

Estendiendo Felipe María sus posesiones, llegó á chocar contra tres repúblicas: Suiza, Venecia y Florencia.

Los suizos, á quienes hemos visto echar sólidamente las bases de su libertad sencilla, dirigieron muy pronto sus miradas más allá de San Gotardo y de los Alpes Réticos. Desde el año 1331, para castigar á los levantinos, que dependian entonces del capítulo de la catedral de Milan, y molestaban á los habitantes del valle de Orsera, habian bajado hasta Giornico; pero fueron alli detenidos por las amistosas razones del señor del pais, Francisco Rusca. Más tarde los señores de Milan y los mismos Ruscas habian apelado de vez en cuando al socorro de sus armas; medio seguro de hacerles codiciar un pais, cuya riqueza podia proporcionar á su poblacion exuberante el alimento y la holgura de que carecian en su territorio. Habiendo quitado posteriormente los aduaneros de Juan Galeazo á algunos suizos los bueyes y caballos que llevaban al mercado de Varese, apelaron á los demás cantones, solicitando ayuda, los tres cantones montañeses. No obteniendo satisfaccion del duque, traspusieron los Alpes, ocuparon la Levantina á favor de las disensiones de los güelfos y de los gibelinos, y volvieron á sus montañas, después de haber hecho que prestaran juramento de fidelidad los habitantes. Pero habiendo sido asaltado este territorio por los Sax, señores de Bellinzona, volvieron á aparecer los suizos á la mitad del invierno (1406), y dictaron las condiciones de una paz que les valió la posesion de la misma Bellinzona.

Veian los Visconti con disgusto en manos de extranjeros aquella llave de la Italia, y aprovechando una ocasion propicia, sorprendieron la plaza y obligaron á los levantinos á la obediencia. Inmediatamente resonaron el cuerno de Unterwald, y los mugidos del toro de Uri en los valles del Tesino y del Moesa (1422), pero Angel de la Pergola y Carmañola atacaron á los suizos en la llanura de Arbedo. Esta fué una batalla muy distinta de la que solian darse en Italia. Manejando los suizos á dos manos sus largas espadas, sin respetos caballerescos, las sumergian en el vientre de los caballos, y no capitulaban nunca. De consiguiente se necesitaba desplegar un valor estremado con gentes acostumbradas á morir en su puesto, y á sostener el choque del enemigo en estrechadas filas tan incontrastables como sus rocas bajo el impulso de espumosos torrentes. Se

(17) Con Enrique VII, Roberto de Nápoles, el arzobispo de Milan y ésta.

peleó durante todo el dia; pero del arte militar fué la ventaja. Perecieron muchos suizos: otros clavaron en tierra la punta de sus alabardas, y algunos de ellos volvieron á pasar por los valles en donde poco antes habian resonado sus cánticos de ávida esperanza. Mantuviéronse tranquilos por el momento, si bien no tardaron en sobrevenir nuevas ocasiones de guerra, y los de Uri invadieron de nuevo la Levantina para no desprenderse ya de ella hasta las últimas revoluciones. Asi tuvieron abierto el paso para la Italia, y en lo sucesivo pudieron llegar á perder en estas tantas vidas que hubieran empleado más útilmente en consolidar su libertad.

Siempre atenta Florencia á defender la independencia italiana, acechaba con recelosa mirada los progresos de Felipe Maria. Se habia convenido con él en que el Magra y el Pánaro fuesen los confines, fuera de los cuales no pudiesen adquirir posesiones ni ejercer su influencia (1423). Pero como el duque se habia atribuido la tutela del príncipe de Forli, y como alegaba pretensiones á Sarzana, los florentinos le declararon la guerra (1424). En ella fueron derrotados seis veces por Agnolo de la Pergola, Oddon de Montone, Pandolfo y Cárlos Malatesta, y por último, Nicolás Piccinino que peleaban á su sueldo. Hiciérase para ellos grande el peligro, si el duque, fiel á sus costumbres de aborrecer á aquellos á quienes debia agradecimiento, no hubiera descontentado á Carmañola. Este valeroso capitan tenia el título de conde, y tanto en feudos como en retribuciones disfrutaba una renta de cuarenta mil florines. Quizá Felipe Maria aspiraba á arrebatarle donaciones que se habian hecho más bien por coaccion que por generosidad de corazon: quizá Carmañola por su parte se hallaba poco recompensado en comparacion de Esforcia, Attendolo y Braccio, que se habian hecho señores independientes Es lo cierto que el odio ocupó el lugar de la amistad. Viéndose desdeñado Carmañola, se alejó del duque para ponerse al servicio de Florencia con una gran reputacion y con numerosas fuerzas; y en breve para vengarse de un señor ingrato, negoció una alianza (1426), de la cual formaron parte Venecia, el marqués de Ferrara, el señor de Mántua, los sieneses, los suizos, el rey de Aragon, los duques de Saboya y de Monferrato.

Batalla de Maclodio.—Felipe supo conjurar el peligro sembrando la discordia entre los aliados: después celebró la paz en Ferrara por mediacion del papa, haciendo cesion de Brescia y de ocho aldeas fortificadas junto al Oglio. Como estas cobardes concesiones dejaban á Milan al descubierto, los nobles ofrecieron al duque diez mil caballos y otros tantos peones, si queria volver á empezar las hostilidades: de consiguiente, se dispuso á enganchar las bandas que habian licenciado los venecianos, pero fué batido en Maclodio por Carmañola (1427). Reanudóse la paz para ceder enseguida el puesto á la guerra: después hubo nuevos pactos seguidos de violaciones nuevas, segun la versatilidad de Felipe y la índole de los ejércitos de aquel tiempo.

A tales condiciones se hallaba sujeta Italia, que no obtenia gloria de la guerra, ni tranquilidad de la paz. Las tropas mercenarias eran las únicas que combatian, sin estar animadas por el amor de la patria, de la gloria, de la libertad; terminábanse de consiguiente las batallas sin gran efusion de sangre, en atencion á que tan luego como parecia adversa la fortuna, aquellos que llevaban la peor parte, rendian las armas, segurísimos de que habian de encontrar muy en breve un nuevo comprador. Por otra parte. los guerrilleros estaban de acuerdo entre sí para hacerse recíprocamente el menor daño posible. En Maclodio ocho mil soldados de Felipe Maria quedaron prisioneros de Carmañola, quien, tratándolos como á compañeros de armas, les envió libres: en su consecuencia, volvieron al duque sin haber perdido otra cosa que sus armas. Receloso el gobierno de Venecia, vió con disgusto aquella generosidad de Carmañola: sospechó que existian inteligencias entre él y Felipe. Así pues, en el momento en que la escuadra milanesa destruyó junto al Po la de los venecianos (1431), éstos le imputaron aquel descalabro, y resolvieron desembarazarse de su persona.

Muerte de Carmañola.—Pero no era cosa fácil prender á un capitan en medio de un ejército que le era adicto. Por eso fué invitado á dirigirse á Venecia bajo el pretesto de que la favoreciese con los consejos de su esperiencia: hiciéronsele todos los honores posibles; después, en virtud de órdenes de los Diez fué preso, juzgado secretamente y condenado á muerte (1432), y el pueblo tembló, pero aplaudió (18).

Pasando alternativamente Felipe de la amistad al odio, temblaba y oprimia á un mismo tiempo, se escondia y amenazaba. El emperador Segismundo, que se hallaba en completa ruptura con Venecia por la adquisicion de Zara (1413), invadió la Marca de Treviso, y tuvo intenciones de dirigirse á Lombardia sin armas. Hiciéronle los tiranuelos del pais la más benévola acogida. En Cremona subió en compañia del papa al torreon, desde donde paseó sus miradas por las llanuras de Lombardia, y Gabrino Fondulo confesó en los últimos instantes de su vida que la única cosa de que se arrepentia era de no haber arrojado al uno y al otro al suelo desde aquella altura (19). El em-

(18) Fray Pablo Sarpi, qne elogió todo lo que es tiránico, escribe: «que fué antigua alianza de la circunspeccion veneciana el haber tenido escrupulosamente oculta por ocho meses la resolucion de la muerte del conde Carmañola.» La publicacion de las actas de aquel proceso no asegura su crímen, pero se sospecha.

(19) Tambien en Roma cuando Cárlos V quiso subir en 1536 á la abertura de la cúpula del Panteon, un tal Crescenzi, que le habia acompañado, dijo á su padre que habia tenido intenciones de tirar abajo al emperador para

perador recibió en Cantú el homenaje de Felipe Maria, quien no quiso admitirle en Milan á pesar de todo. Instituyó vicarios imperiales á los jefes gibelinos para cohonestar su tirania.

Enojado de las incesantes querellas entre la Bohemia y la Alemania, pensó mucho después de esta primera escursion en volver á pasar al otro lado de los Alpes para hacer allí una aparicion solemne, segun la costumbre de sus antecesores; y llegó á Milan con dos mil hombres de á caballo más bien para servirle de comitiva que de defensa. A pesar de que Felipe Maria habia solicitado aquel viaje en odio á los venecianos, sintió de repente desconfianza, se encerró en el castillo de Abbiategrasso, sin avenirse siquiera á ver al emperador, quien se hizo coronar en San Ambrosio. Así, temido y temeroso en Milan, mal mirado en Toscana como amigo del duque, siempre escaso de dinero y de soldados, cruzó miserablemente la Italia para dirigirse á Roma, á fin de determinar al papa á que aceptase el concilio de Basilea; pero no habiendo conseguido siquiera esto, volvió á Alemania después de haberse hecho coronar.

Attendolo Esforcia.—Un jefe de bandas se habia conciliado el valimiento de Felipe Maria: era Francisco Esforcia. Unos hombres que iban reclutando soldados, ofrecen cierto dia á un campesino de Cotiñola, á quien encuentran cortando leña, que tome servicio con ellos. Titubea, y para decidirse, tira su azadon contra un árbol, resuelto á guardar su oficio si cae al suelo. Como queda entre las ramas acepta la proposicion, empuña las armas, y por su denuedo adquiere el sobrenombre de Esforcia. Avanza gradualmente y llega á ser jefe. Le toma á su servicio el rey Ladislao, le hace condestable del reino y le dona siete castillos en el patrimonio de San Pedro. Adquiere luego otros como tributario de la república de Siena, y llama á su lado á sus deudos, todos gentes sóbrias, acostumbradas al trabajo, é interesadas en sostenerle como á su único apoyo, y les da mandos en el ejército. Es encarcelado á la muerte de Ladislao; pero en breve se le reconoce como necesario, y recupera su privanza. Nombrado alferez de la Iglesia, pelea contra Braccio de Montone, y amenaza al papa con obligarle á decir cien misas por un dinero; pero no triunfa contra un valor más hábil y más prudente. Como se discutiese acerca de la fórmula del juramento cuando Juana II le confió el baston de mariscal, se puso á decir la reina: «Consultádselo á él mismo: tantos me ha prestado y tantos ha prestado á mis enemigos, que nadie mejor que él sabe el modo de comprometerse y de relevarse de un compromiso.»

Francisco Esforcia.—Después de haber representado el principal papel en las guerras de la Baja Italia, se ahoga en el vado de Pescara; y estaba á punto de desbandarse su ejército, única garantia de las posesiones que los príncipes le habian concedido por miedo, pero su hijo Francisco conservó unidas estas tropas y obedientes sus altaneros oficiales, dando muestras de aquella diestra política que debia luego elevarlo á la más hermosa soberania de Italia. Habiendo adquirido una gran reputacion en todos los hechos de armas que tuvieron lugar en aquel pais, y comprendiendo lo que valia una buena espada, no estaba ya contento con los dominios que habia heredado de su padre, y dirigia sus miras á mayor altura. Viendo que su importancia iba siempre en aumento, hizo que le prometiera Felipe la mano de su hija natural Blanca; pero apenas se vió el duque libre del peligro, sintió haber empeñado la promesa y rehusó cumplirla. De consiguiente se alejó Esforcia, y estableció en el territorio de Ancona un marquesado bajo la soberania feudal del pontífice; no bastándole después sus recursos para el sostenimiento de sus tropas, se comprometió al servicio de los florentinos. Habian continuado la guerra con varia suerte, hasta el momento en que Nicolás Piccinino, que habia tomado el mando de las tropas de Braccio de Montone, muerto en Aquila, poco después que Attendolo, se puso al servicio de los Visconti, y los derrotó á orillas del Serchio, quitándoles su artilleria, sus municiones y cuatro mil caballos. De consiguiente, los de Florencia después de haber asalariado siete ejércitos con admirable constancia, se hallaron reducidos á hacer cesion de Luca y á celebrar la paz.

El pérfido Felipe, fingió entonces licenciar á Piccinino, dándole por instruccion secreta que fuera á talar la Toscana (1433). Obligada con esto Florencia á hacer nuevos aprestos militares, tuvo á dicha poder atraer bajo su bandera al valeroso Francisco Esforcia. De esta suerte se hallaron uno frente á otro los dos capitanes más insignes de aquel tiempo, representantes de las dos antiguas escuelas de Attendolo y de Braccio. Pero la guerra se hizo en un principio con lentitud, por no querer Francisco Esforcia indisponerse por completo con el duque, ni deshacer un Estado de que esperaba ser soberano. Sin embargo, cuando se vió burlado por la doblez y la astucia de Felipe Maria, arrojó la máscara, y se resolvió á admitir de los venecianos y de los florentinos el baston de mando, con nueve mil florines al mes de los primeros, y ocho mil cuatrocientos de los segundos.

Desde este momento hubo competencia de valor y de destreza entre los dos generales, todo con gran perjuicio de Venecia, de Toscana, de la Marca de Ancona, donde sembraban alternativamente el estrago. Brescia tuvo que sostener de nuevo un sitio célebre, durante el cual Brígida de Avogrado se puso al frente de las mujeres de la ciudad para repeler á Piccinino. Los venecianos, á quienes las amenazas del marqués de Mántua impidieron enviar naves por el Pó al Mincio, y

---

vengar el saqueo de Roma; á lo que le respondió el padre: *Hijo, esas cosas se hacen y no se dicen. Relacion manuscrita del saqueo de Roma en la biblioteca del Vaticano.*

desde allí al lago de Garda, hicieron remontar el Adige á dos grandes galeras, á otras tres medianas y á veinte y cinco barcas; arrastrándolas luego á fuerza de caballos por la montaña intermedia las echaron al lago; pero Piccinino disipó el espanto causado por esta operacion maravillosa incendiando la escuadrilla.

¿Qué importan á la historia las ciudades tomadas y perdidas, las fortalezas arruinadas, asesinatos y traiciones, mezcladas de combates, y todos aquellos padecimientos de una muchedumbre sin nombre? No nos habla más que de los jefes y nos hace ver que en aquel género de lucha á precio convenido, un capitan, hoy vencido, volvia á aparecer orgullosamente mañana al frente de otro ejército no menos numeroso que el que tenia antes de la derrota. Así se eternizaban las guerras, agotando el tesoro, empobreciendo al pueblo sin proporcionar seguridad contra el enemigo; y las paces celebradas por necesidad se violan por capricho. Piccinino, aunque güelfo, no hace caso de escomuniones, comparándolas á las cosquillas que sólo las siente quien las teme. Después de haberse hecho soberano de Pontremoli y de Bolonia, es adoptado por las familias de Visconti y de Aragon. Entonces los otros capitanes asalariados por Felipe pretendieron tener soberanias. Ludovico San Severino queria á Novara; Luis del Veune á Tortona, Tailan Friulano á Bosco y á Frugarolo; de modo que el duque que habia despedido á Esforcia por no hacerle soberano, le volvió á llamar, escogiendo el menor entre dos males, y acabó por concederle la mano de su hija, dándole en dote el condado de Pontremoli y Cremona (1441). La paz de Cavriana reintegró en sus primeros límites al duque, á las repúblicas de Venecia, de Florencia, de Génova, al papa y al marqués de Mantua.

Deseoso Francisco Esforcia de vengarse de Alfonso rey de Nápoles, que habia ocupado sus feudos paternales, situados en el territorio napolitano, marchó entonces en contra de él; pero receloso Felipe de su yerno, se entendió con Eugenio IV para quitarle la Marca de Ancona y asedió personalmente á Pontremoli y Cremona. El gran general estaba espuesto de ser víctima de las intrigas de su suegro, cuando los venecianos, considerando como rota la paz de Cavriana, enviaron su ejército á talar el territorio de Milan hasta debajo de sus baluartes (1446). Asustado Visconti de la obstinacion con que veia á Venecia proseguir el proyecto de conquistar la Lombardia, se reconcilió con su yerno, prometiéndole doscientos mil florines de oro para mantener sus tropas y las de Piccinino, que habia muerto en 1444 con el pesar de no haber podido engrandecerse, ni obtener gratitud de aquellos á quienes habia servido.

Entre tanto los consejeros de Felipe Maria, á quien inspiraba recelos el engrandecimiento de Esforcia, habian hecho ya que le tomara odio (1447), cuando murió detestado de todo el mundo. Como no dejaba hijos legítimos, suscitó numerosos pretendientes tan rica herencia. Hasta esta época no se habia regulado en el territorio de Milan el método de sucesion al poder soberano: como en los demás Estados de Italia, poseian unas veces en comun los hermanos, otras se repartian el territorio, algunas un señor sucedia á otro, sin atender á la descendencia del difunto, hasta los hijos naturales obtenian alguna porcion de sus dominios. La casa de Orleans alegaba pretensiones por parte de Valentina Visconti, pero el ducado de Milan no era feudo femenino: ahora bien, todavia tenia menos derecho Francisco Esforcia, esposo de una bastarda de Felipe. No lo podia reclamar el Imperio como feudo vacante, en atencion á que el acto de investidura de Wenceslao no bastaba para hacerlo tal, repudiándolo por otra parte los señores alemanes. Alfonso V de Nápoles presentaba un testamento hecho en su favor por Felipe Maria, pero aunque aquella acta se hubiera considerado auténtica, no se trataba ciertamente de una propiedad que podia uno legar á su antojo. El Milanesado era un territorio libre, reconocido por el tratado de Constanza, y que habiendo confiado el gobierno político á los Visconti, al tiempo de su estincion recuperaba su independencia.

República ambrosiana.—Conocieron los milaneses que el derecho estaba en su favor, y desengañados del gobierno de uno solo, renunciaron á él como á una *detestable pestilencia*, para proclamar la *áurea república ambrosiana*, volviendo al antiguo régimen popular. Inmediatamente los capitanes llaman á los desterrados, prohiben blasfemar, dedicarse á ningun juego de azar y gastar armas: intiman á los tahoneros que impriman su sello en el pan, y se ocupan en restaurar las escuelas acudiendo á los mejores maestros (20). Al momento las demás ciudades sacuden el yugo de la metrópoli; Pavia, Como, Alejandria, Novara, Tortona se reforman bajo el régimen popular para gobernarse popularmente, ó eligen señores.

Tres repúblicas poderosas hubieran podido entonces constituirse en Italia, Florencia, Venecia y Milan; reunir de esta manera la rectitud política de la primera, el comercio de la segunda, la magnificencia de la tercera; asociarse la fuerza de los suizos, y oponer una confederacion de pueblos libres al acrecentamiento de las monarquias vecinas. Pero Florencia comenzaba con Cosme de Médicis á doblegarse á la dominacion de un príncipe. Venecia era impulsada á las conquistas por el dux Foscari, y esperando aquella union que mas

---

(20) Aquella república fué censurada por Corio para adular á los duques, y por Verri á causa del odio que tenia á la Cisalpina, pero creo más bien los documentos de Rosmini, que las irónicas declaraciones de Verri. Leo, entre los errores de que abunda su historia de Italia, dice que Rosmini «por vituperar la república, produce muchas ordenanzas sobre la religion, las ciencias y la policia.» Precisamente lo hace por lo contrario.

tarde efectuaron los austríacos, se aprovechó del momento para apoderarse de Brescia y Bérgamo, codiciando las demás. Milan perdia la costumbre de las armas, y la obediencia le era tan natural, que apenas sobresalia alguno lo proclamaban señor. El talento y el valor de Francisco Esforcia no podian menos de ser muy peligrosos en semejantes circunstancias. Encontrábanse los milaneses abandonados por las ciudades donde se despertaban las antiguas rivalidades, en guerra con los venecianos, con divisiones intestinas, faccionados en grandes partidos, y abrumados con las exigencias de los capitanes aventureros á quienes no se podia ni licenciar ni reducir á la obediencia. En tal conflicto los capitanes de la *aurea república* como si hubiesen olvidado las pretensiones de Esforcia, ó estrechados por los gibelinos, se decidieron á confiarle el mando de las tropas, para que los defendiese contra sus enemigos. Cumplió, en efecto, aquella mision, y triunfó en la guerra de la Marca; pero no era para ellos para quienes trabajaba; por que cuando con brillantes victorias hubo conseguido abatir á los venecianos, que se habian creido en el momento de ocupar el Milanesado y los redujo al mayor apuro, en lugar de aprovecharse de su mala situacion, convino con ellos en abandonarles el territorio de Crema y la Geradadda (1448), á condicion de que le ayudarian á asegurarse la sucesion de Felipe Maria.

No tenia escrúpulo de cometer una perfidia, y Cosme de Médicis, su amigo, le habia enseñado que era preciso pensar en su interés antes que en el de otro. Algunos generosos ciudadanos trataron de desbaratar esta union desleal, y escitar á los milaneses á resistir al traidor, al desertor; proclamas en que era disfamado fueron enviadas por todas partes, y el duque de Saboya que codiciaba aquella bella adquisicion, proporcionó socorros. Pero Esforcia, tan superior en el arte militar, sostenido además por los venecianos, que vendian á ciudadanos libres para entregarse al peligroso vecino, cercó la ciudad por hambre. Cuando se agotaron todos los recursos, la multitud se sublevó tumultuariamente, derribó á los magistrados populares, y les sustituyó gibelinos, á instigacion de los cuales se entregó á Esforcia para tener pan y tranquilidad.

Esforcia, duque.—«Mientras que estaba en Monza, gran número de milaneses iban todos los dias á visitarle, varios recitándole versos y arengas muy elegantes. Después cuando llegó el dia fijado para su entrada.... los milaneses habian preparado un carro triunfal, con un palio de tela blanca recamada de oro, y aguardaban de esta manera al príncipe en gran multitud cerca de la puerta del Tesino. Pero Francisco rehusó por modestia el carro y el palio, diciendo que tales cosas eran supersticiones de los reyes. Habiendo, pues, entrado, acudió al santo templo de la Vírgen Maria, y se detuvo delante de la puerta para vestirse de blanco desde la cabeza hasta los piés, porque era costumbre de los duques vestirse de aquella manera cuando tomaban posesion del señorio» (Corio). De esta manera fué acogido en la ciudad, en medio de las aclamaciones de los que dos meses antes habian prometido diez mil ducados de oro, con otro tanto en tierras, á aquel que le diese muerte, y la monarquia militar se restableció en el Milanesado (1430).

Conduciéndose con destreza, adormeció al pueblo con fiestas, no confió los cargos públicos á sus enemigos y entró en arreglo con los Estados beligerantes: las ciudades que preferian aun una tempestuosa libertad á una servidumbre tranquila fueron sujetadas una tras otra á la obediencia, hasta Como y Bellinzona, las últimas; y comenzó con una nueva politica una dinastia nueva, que en medio de los asesinatos y acontecimientos trágicos, debia con mucho trabajo llegar á la sexta generacion. Comprendiendo que *la plebe acostumbrada de nuevo á las armas, se acordaba de su libertad*, Esforcia pensó en construir una ciudadela, pero temiendo mostrar con esto desconfianza, encargó á sus adictos que persuadiesen al pueblo que era una construccion necesaria para el adorno y seguridad de la ciudad. Por más que los más cautos dijeron para oponerse á ello, los otros vencieron, y las parroquias suplicaron al duque edificara el castillo, más fuerte que ninguno que se construyó en llano en Italia.

Espedicion de Federico III.—Habia que temer algunos obstáculos de parte del emperador. Precisamente en estos momentos descendió Federico III á Italia (1452); pero vendia baratas las antiguas pretensiones imperiales. Iba al encuentro de Leonor de Portugal, su prometida; y el diario de aquellas fiestas manifiesta cuánto, á pesar de tantas desgracias, habian adelantado los italianos á los extranjeros en civilizacion. Nicolás Lanckman, capellan de Federico, se vió obligado, para llegar á Portugal, á disfrazarse de peregrino con su comitiva; y no obstante fueron varias veces despojados por bandas, ó por los comandantes de las ciudades por donde habia que pasar (21): felices cuando encontraban algun banquero florentino para proveer su bolsa. En Siena, Federico vió salir á su encuentro cuatrocientas damas de aquella ciudad; á su entrada en Florencia, Cárlos Marzuppini, secretario de la república, le pronunció una arenga latina llena de frases y vacia de sentido,

(21) *Historia desponsat. et coronat. Feder. III, et conjugis ipsius anctore Nicolao Lankmano de Falkenstein.* Ap. Pezium, II, 503-602. Los caminos no estaban más seguros en Italia. Cuando Petrarca hizo la primera vez su viaje á Roma, se vió obligado á refugiarse en el castillo de Capránica, hasta que el obispo de Lombes llegó á acompañarle con cien caballeros. Juan Barile, enviado por Roberto de Nápoles para asistir á la coronacion del poeta, fué desvalijado en el camino, y le fué preciso volverse. Juan Villani, III, 80, cita como un gran hecho la llegada á Paris en once dias, por correos de comerciantes, un despacho enviado por el cónclave de Perusa.

segun la costumbre de los eruditos de entonces. Pero Eneas Silvio Piccolomini respondió en nombre del emperador, su amo con frases positivas, añadiendo á ello algunas preguntas, á las cuales Marzuppini no supo contestar por no estar preparado.

Llevaba Federico consigo á su sobrino Ladislao el Póstumo, casi prisionero; los húngaros urdieron una trama para robarlo; pero los florentinos impidieron su ejecucion, aunque interponiéndose, si bien inútilmente, con el emperador en favor del príncipe. Casóse Federico y fué coronado en Roma (18 de marzo); visitó en Nápoles la espléndida corte de Alfonso; después á su vuelta, confirió mediante dinero, á Corso de Este, el título de duque de Módena y Reggio, de conde de Rovigo y Comacchio. Concedió además por dinero contante, títulos y prerogativas á aquellos que les daban importancia: creó nobles, notarios, condes palatinos, á todos á aquellos que quisieron pagarle el diploma. La isla de Murano era afamada por sus obras de vidrio, que se vendian muy caras, hasta el punto que una fuente de cristal con adornos de plata se compró en 3,500 ducados por un duque de Milan. Cuando Federico hizo, pues, su entrada en Venecia, el señorio le ofreció entre otros regalos, un magnífico servicio de cristal; ahora bien, el bufon de su majestad dió, á una seña del príncipe, un golpe con el hombro al aparador donde estaba el servicio puesto, y le hizo pedazos: como los asistentes se manifestasen muy afligidos, el emperador esclamó: «Si las piezas hubiesen sido de oro no se hubieran roto.»

Francisco Esforcia sabia cómo portarse con él; y cuando el emperador titubeó en reconocerle como duque, le bastó hacerle creer que queria defender con las armas en la mano la concesion de su predesor. Esforcia tuvo sujetos á sus nuevos súbditos: deshizo una liga que Venecia habia organizado contra él con el rey de Nápoles, el duque de Saboya, el marqués de Monferrato, los sieneses y los de Correggio; y supo mostrarse necesario á los diferentes potentados. Un doble enlace le unió á la familia real de Nápoles, otras uniones le ligaron en parentesco con el marqués de Mántua, con la casa de Saboya y con Francisco Piccinino, capitan digno de suceder á su padre, lo que reconcilió á los Esforzeschi y los Bracceschi. Esforcia ayudó tambien á los genoveses á arrojar á los franceses, y la señoria de la república le fué después conferida á él mismo.

En resúmen, fué uno de los más grandes príncipes, y fué atendiendo á la época, uno de los mejores. Conservó en el trono las maneras francas que habia contraido en los campos. Llegado al poder con ayuda de la espada, le abandonó y asoció su política á la del negociante Cosme de Médicis. Honró las artes, gobernó con prudencia, y devolvió al gobierno su energia, sin tener que recurrir á la crueldad de los Visconti.

Más feliz que los demás guerrilleros, puede decirse que fué el último; porque desde aquel momento pierden su importancia, y los príncipes tienen territorios bastante estensos para reclutar soldados en ellos con rentas suficientes para su manutencion (22). En medio de las interminables batallas que se daban hacia dos siglos, los políticos habian imaginado que el único medio de conservacion para la Italia, era mantener cierto equilibrio entre los Estados. A esto era á lo que se dirigian las alianzas alternadas y mucho más los guerrilleros, que se pasaban de uno á otro lado; de lo que resultaba que el más poderoso podia de la noche á la mañana encontrarse enteramente desprovisto. Florencia colocada en el centro, entre Venecia y Milan por la parte del Norte, y el patrimonio de san Pedro y Nápoles al Mediodia, se unia tan pronto á los unos como á los otros, segun juzgaba necesario impedir el predominio de éstos ó aquéllos.

Las ciudades de la antigua liga lombarda se encontraban todas entonces bajo el dominio de uno solo, escepto Bolonia que estaba entre la tirania y la libertad. La Sessia trazaba el limite entre el Milanesado y el Piamonte, donde los duques de Saboya no hicieron durante mucho tiempo otra adquisicion que la del condado de Asti. En la Toscana, Siena y Luca se mantenian en libertad; el resto obedecia á los florentinos; Ferrara y Módena sufrian la ley de la familia de Este; Mántua la de los Gonzagas; Urbino pasaba de los Montefeltros á la casa de Rovere; la Romaña estaba dividida en cien pequeños señorios. Pero el amor á las artes, al descanso y á las letras, ocupaban ya á los príncipes y á los pueblos, que ya no pensaban esclusivamente en la guerra. La consideracion que en un tiempo no se concedia mas que al capitan, lo fué tambien entonces al literato y al artista. Después, de repente, la atencion se dirigió sobre las conquistas de los turcos, que fueron el objeto de todas las conversaciones; y la toma de Constantinopla se consideró generalmente como un desastre doméstico, como un peligro comun.

Paz de fray Simoneto.—Francisco Esforcia concibió entonces el pensamiento de reunir toda la Italia en una misma confederacion, con el objeto

(22) En 1467 se publicó en Milan el siguiente edicto convocando á los ciudadanos para la guerra: «Se hace notorio y manifiesto á toda persona de cualquier grado y condicion que sea, de parte de nuestro señor el tercer duque de Milan, etc., en todos los territorios de su dominio, que cualquiera soldado que tenga práctica en el servicio de las armas, así de á caballo como de á pié, ya sea del pais, ya forastero, que al presente se encuentre habitando en los dominios ducales y que quiera ir al campo donde nuestro excelso señor duque allí se encontrará, vaya equipado y armado, pues que habrá buena y fuerte guerra en los paises del Piamonte, presentándose apenas llegue al campamento á Pedro Francisco Visconti, caudillo y mariscal del campo, y luego que se ponga la banda blanca, como lo hacen los demás.»

de rechazar á todos los extranjeros cualesquiera que fuesen, y conservar en ella la paz. Se estipuló en Lodi (1454) bajo los auspicios de fray Simoneto de Camerino, entre Francisco, Cosme de Médicis, los señores de Saboya, de Monferrato, de Módena, de Mántua, las repúblicas de Venecia, Siena, Luca, Bolonia, el rey Alfonso y el papa. Respiró, pues, la Italia un momento después de tantas guerras, y pudo esperar que esta confederacion salvase su independencia y libertad.

Galeazo María.—Galeazo Maria Esforcia, voluptuoso y sin piedad, se separó de las huellas de su padre, al cual sucedió (1466). La vigorosa administracion de Francisco y los consejos de Cicco Simoneta, secretario de Estado, hombre lleno de prudencia, y versado en negocios por una larga práctica, habia primero mantenido el pais en tranquilidad; pero animado Galeazo Maria con el apoyo de Luis XI de Francia, su suegro, y con la alianza de los florentinos, no tardó en desenmascararse. Privó á su madre Blanca, mujer prudente y esperimentada, de toda participacion en los negocios; se dice que hasta la envenenó. Queriendo hacer ostentacion de riquezas, se trasladó á Florencia con Bona de Saboya, su esposa, llevando por el inaccesible Apenino doce carros cubiertos de sarga de oro, cincuenta palafrenes para la duquesa y otros tantos para él, todos con arneses recamados de oro. Cien hombres de armas y quinientos infantes formaban su guardia; era además seguido por cincuenta escuderos vestidos de seda y plata, y quinientas traillas de perros de caza, con un enorme número de halcones; de tal manera, que contando á los cortesanos no habia menos de dos mil caballos, y que el viaje costó 200,000 florines de oro (23). No quisieron los Médicis ser inferiores en magnificencia, y pudieron añadir muchas preciosidades de las bellas artes; Florencia hizo enteramente el gasto de este numeroso séquito, y dió tres representaciones sagradas: la Anunciacion, en la iglesia de San Felix; la Ascension, en el convento de los carmelitas, y la Venida del Paracleto en la iglesia del Espíritu Santo, á la cual desgraciadamente se prendió fuego.

A la aficion al fausto y á las más escandalosas sensualidades, unia Galeazo Maria la de las crueldades: complaciéndose en los refinados tormentos, no estaba completamente satisfecho si á espantosos suplicios no mezclaba algunas bufonadas; si sus orgias no tenian como sazon un triunfo desvergonzado, y la desesperacion de los maridos y de los padres que habia deshonrado. Hizo poner un dia á su barbero en el tormento para probar su intrepidez, y cuando lo sacaron quiso que le afeitase. En el número de sus víctimas se encontró una hermana de Gerónimo Olgiato, que por vengarla se concertó con Andrés Lampugnani y Cárlos Visconti. Imbuidos por Nicolás Montano en las ideas de libertad romana y en la gloria de los tiranicidas, se comprometieron con juramento delante de los altares, como para una obra meritoria y santa, á dar muerte á Galeazo, y lo asesinaron (1476).

Juan Galeazo.—Enfurecido el pueblo los asesinó, y prestó homenaje á Juan Galeazo, hijo del difunto, de edad de seis años, cuya tutela se confió á Bona de Saboya, su madre, y á Cicco Simoneta, ministro no menos hábil que activo. Satisfacian al pueblo y tenian las provincias en la obediencia, pero los tios del duque, á quien el ejemplo de Francisco hacia creer que nada era imposible á su ambicion, introdujeron la turbacion en el Estado, pretendiendo con el apoyo de los gibelinos y del extranjero tener parte en la administracion; Luis el Moro especialmente trataba de elevarse sobre las ruinas de todos. La prudencia de Cicco desbarató sus maquinaciones; pero al mismo tiempo el rey de Nápoles y Sixto IV suscitaban por todas partes enemigos á la nueva dominacion.

Después de haberse entregado Génova de nuevo á los franceses (1458), y de haberlos arrojado luego con ayuda de Francisco Esforcia, que aunque manteniéndola en la sujecion habia observado las

---

(23) «Llevaba consigo á sus principales feudatarios y consejeros; todos iban vestidos de tela de oro y plata regalada por el liberalísimo duque; su comitiva estaba muy bien equipada con trajes nuevos; los cortesanos pensionados por el príncipe vestian de terciopelo y otras finísimas telas de seda, é igualmente sus camareros, que se distinguian por brillantes recamados; á cuarenta de ellos les habia dado un collar de oro, siendo el de menor precio de cien ducados; y Vircilino Visconte iba delante de él llevando su espada. Tenia cincuenta escuderos todos vestidos con dos trajes, uno de tela de plata y otro de seda; en fin, hasta los criados de cocina estaban vestidos con diversos terciopelos y rasos. Hacia que llevasen tras él cincuenta caballos con silla de tela de oro, látigos tejidos de seda, estribos dorados, y sobre poderosos caballos iban elegantes mancebos vestidos con jugon de tela de plata y una capa de seda á la *esforcesca*; para la guardia de su excelencia, habia cien hombres de armas, vestidos todos como capitanes, y cincuenta infantes escogidos, cada uno de los cuales estaba pensionado por el príncipe. Para la duquesa habia destinado cincuenta hacaneas todas con sus sillas y arneses de oro y plata, sobre las cuales iban sus pajes ricamente vestidos; tenia doce carruajes, todos cubiertos de tela de oro y plata y recamadas sobre ellas las insignias ducales. Los colchones y las cabeceras eran de tela de oro rizado, algunos de plata y otros de raso carmesí, y hasta los arreos de los caballos estaban cubiertos de seda. Para pasar los Alpes hizo poner estos carruajes sobre mulos. La comitiva se componia de dos mil caballos y doscientos mulos de tiro, todos enjaezados del mismo modo y con mantas de damasco blanco y de color más oscuro, llevando en medio recamadas de oro y plata las armas ducales, y los muleros vestidos de nuevo á la *esforcesca*. Tambien llevaba quinientas parejas de perros de diversas clases y grandísimo número de halcones y gavilanes. Iban asimismo cuarenta trompetas y pífanos, muchos bufones y otros con diversos instrumentos músicos. Se calcula que todo este aparato costaria doscientos mil ducados.» CORIO.

condiciones estipuladas, se ingenió entonces lo mejor que pudo en hacer una magnífica acogida á Galeazo Maria (1464)); pero él se presentó con un traje de una sencillez afectada, y medio amenazador, medio intimidado, se alojó en el castillo. Descontentos los genoveses hicieron, pues, ofrecer á Luis XI entregarse á él. *¡Pues bien! yo*, respondió, *los doy al diablo* (1478).

Reputados los suizos desde entonces por invencibles, se dejan echar á perder por el orgullo, por las lisonjas de los príncipes, por el oro y el lujo de los extranjeros. De aquí la corrupcion en los consejos, la mania de las espediciones y guerras, y que la bravura se hiciese venal; los magistrados alistaban á los acusados que se les entregaban para juzgar, y los mandaban después á pelear; en fin, el mismo gobierno vendió batallones á los extranjeros. Habiendo cortado los milaneses uno de sus bosques, una banda de hombres de Uri corrió á Bellinzona; pero apaciguados por Cicco, juraron no inquietar el ducado. Sixto IV los absolvió del juramento, y les envió el estandarte bendecido de San Pedro, para que fuesen á defender al padre comun de los fieles, y ayudar á los señores lombardos á devolver la libertad á Italia. Fueron en el rigor del invierno (1479), y derrotaron en Giornico las fuerzas ducales; después se concluyó la paz bajo condiciones estremadamente ventajosas.

Luis el Moro.—Los tios del duque, ayudados por los sacudimientos esteriores, volvieron á levantar cabeza, y de regreso en Milan, destituyeron de sus empleos á Simoneta, á quien hasta hicieron dar muerte (24). Arrojaron después á la duquesa, á pesar de que su debilidad le hacia poco temible, y Luis el Moro fué regente en nombre de su sobrino (1486). Pero alli no se detenian sus deseos; rodeado de sus hechuras, meditaba desembarazarse de Juan Galeazo para reinar en su lugar. Ahora bien, como tenia necesidad para ello de que la Italia se trastornase, apeló á Cárlos VIII, de cuya espedicion datan una serie de reveses para aquella Italia, cuya peor desgracia es tener siempre desgracias nuevas.

---

(24) El duque le creia inocente, y en una carta suya que existe en el archivo de Milan, escribe: «La causa principal de su muerte ha sido el señor Roberto (Sanseverino), el cual por su índole perversa y maligna, y por la enemistad y encarnizado odio con que habia perseguido siempre á M. Cicco, dedicó todo su cuidado y pensamiento á hacerle morir, no descansando hasta que vió cumplido su intento, como vos, M. Hugo, sabeis demasiado,» etc.

CAPÍTULO XIX

TOSCANA.—LOS MÉDICIS.

Hemos seguido las vicisitudes de la Toscana desde el momento en que los florentinos se dejaron adelantar por los pisanos en la adquisicion de Luca, y fueron derrotados en la Ghiaja, queriendo recobrar aquella ciudad (1). Los desastres públicos dan siempre vigor al partido popular, en atencion á que encontrándose cada uno precisado á contribuir con sus propias fuerzas á la reparacion, aprende á conocerlas y quiere ejercitarlas. Con objeto, pues, de abatir el poder de los nobles, habian facilitado á los siervos los medios de emanciparse, ora admitiéndolos en los concejos, ora sosteniéndolos en sus diferencias contra los ricos; después se instituyó un capitan de la guardia ó conservador del pueblo, con cien hombres de á caballo y doscientos de á pie; magistrado que sin estar obligado á obedecer las órdenes de justicia, no tenia que dar cuenta sino á los priores de las artes. El primero fué Jacobo Gabril, de Gubbio, que, severo y tiránico, oprimió á los nobles en interés de la plebe, procurando privarles de los castillos que poseian á veinte millas en contorno de la ciudad, proscribiendo á algunos de los Bardi y Frescobaldi, que intentaban hacer una revolucion, y haciéndose aborrecer de tal manera, que después de haber espirado su magistratura, fué decidido que ningun Gubbio seria en adelante elegido para los cargos públicos.

Duque de Atenas.—Descontentos de la lentitud de los magistrados y de la pérdida de Luca, los florentinos confirieron el señorio á Gualtero de Brienne, duque de Atenas, que se hallaba á sueldo suyo (1342). «Ni habilidad, ni mérito militar, ni larga amistad, ni el mérito de los servicios, ni sus afrentas vengadas, sino antes bien sus grandes discordias» (2), reducian á los florentinos á sufrir la dominacion de este extranjero. No menos avaro que ambicioso, procuró aprovecharse de las pasiones de todos los partidos y engañarlos á todos, mostrándose pérfido, obstinado, sin piedad y sin fe. Por un lado la antigua nobleza, escluida de los negocios y blanco de los cargos de un poder que no poseia ya, y por el otro ricos vecinos, dominadores orgullosos y detestados, para vengarse del aborrecimiento y del recelo que les inspiraba la plebe, escitaron á porfia al duque á usar del rigor; pero él lo descargó particularmente contra ellos, haciendo revisar los antiguos procesos de los que habian especialmente manejado las rentas del concejo. Obtuvo, halagando á los nobles y á la muchedumbre y favoreciendo á sus partidarios, el entero señorio sin límites de tiempo y sin restricciones (1343). El libro de las ordenanzas de justicia y los estandartes de los gremios fueron quemados; Arezzo, Pistoya, Colle, San Geminio, Volterra, siguieron el mismo ejemplo; y el duque rodeado de mercenarios franceses y borgoñones ejerció la tirania. Pesados impuestos, juicios inícuos, lujo en festejos y abusos del poder, esto fué lo que proporcionó Gualtero; rodeado de franceses deseosos de botin y de mujeres, exigia rescates á los deudores del Estado para llenar sus arcas, y castigaba sin piedad á cualquiera que vituperaba su gobierno; asi un cronista concluyó su relato diciendo: «Mis queridos ciudadanos, guardaos de entregaros á un tirano.» (3)

Gualtero se alió con los pisanos, con los Escalígeros, con la casa de Este y con los Pépoli, bajo la garantia recíproca de sus Estados; al mismo

(1) Véase antes, pág. 27.

(2) Carta del rey Roberto al duque de Atenas.

(3) *Ricordi de* FELIPE DE CINO RINUCCINI.

tiempo daba los empleos á gente de baja esfera, escluyendo á los hidalgos. Así obtuvo la reputacion vulgar de democrático, pero le duró poco, como sucede siempre con las reputaciones vulgares. Habiéndose aumentado su dominio, los grandes, los vecinos ricos y los artesanos formaron tres conjuraciones, ignorando los unos las de los otros y gritando: «¡Viva el gobierno popular, libertad! asaltaron el palacio del duque. Los partidos se reconciliaron, y el arzobispo interpuso su mediacion para verificar un acomodo, pero el duque se retiró. Guillermo de Assis, Cerrettieri Bisdomini y otros miserables, dispuestos siempre á prestar ayuda á los tiranos y á escitarlos contra su patria, fueron asesinados con una rabia tan furiosa, que se llegó hasta á devorar sus carnes. El dia de santa Ana fué declarado dia festivo como la Páscua, y aun hoy dia se ven flotar en la iglesia de San Miguel del Vergel, las veinte y una banderas de las artes en memoria de aquel acontecimiento.

Los florentinos recobraron por dinero muchas plazas fuertes, cedidas á otros por el duque de Atenas; pero Pistoya, mirada como aliada, aunque esclavizada en realidad, tomando ejemplo de aquella que la dominaba, arrojó al capitan y la guarnicion que la imponia. Arezzo, Colle y San Geminio, recobraron tambien su independencia; Volterra volvió á Octavio Belforti, y Siena, que conservaba su libertad, hacia entrar en razon á la nobleza campestre.

Para establecer nueva forma de gobierno en Florencia, se nombraron catorce diputados con el arzobispo y como todos habian contribuido á derrocar la tirania, decidieron que los grandes tendrian una tercera parte de los empleos: pero apenas levantados de su primitivo abatimiento, no pudieron conservar la moderacion civil, y no quisieron sufrir ni iguales entre los particulares, ni superiores en los magistrados: creciendo por una parte la insolencia, y por otra la irritacion del vulgo, se insurreccionó éste contra las familias ilustres, derribó sus palacios y se reorganizó el gobierno de la plebe. Fué dividida la ciudad en cuatro distritos en vez de seis que antes tenia (4). Los nobles quedaron excluidos de las magistraturas; pero después disminuyó este rigor, y admitieron entre los ciudadanos á muchas de aquellas familias, reformando las ordenanzas de justicia que les eran perjudiciales. «Y nota y recuerda, lector (dice el buen Villani), que nuestra ciudad, en poco más de un año, ha tenido bastantes trastornos, y que ella ha cambiado cuatro veces de régimen. En efecto, antes que el duque de Atenas fuese señor, era la clase rica la que gobernaba. Como se portase mal, llegaron por su falta á la tiránica señoria del duque. Cuando fué arrojado, los grandes y los vecinos gobernaron juntos, lo que duró poco tiempo y produjó una gran tempestad. En el dia estamos en el caso de ser regidos casi por los artesanos y el pueblo bajo. ¡Ojalá sea para la exaltacion y la salvacion de la república! Pero tengo temor de que suceda lo contrario por nuestros pecados y faltas, tanto porque los ciudadanos están desprovistos de todo amor y caridad entre sí, como porque tambien subsiste siempre aquella maldita costumbre entre los gobernantes de prometer bien y obrar mal.»

Durante aquel tiempo habian continuado las guerras parciales, y las asoladas campiñas habian sido precisadas á pedir socorros á la ciudad. Pronto volvió, sin embargo, la prosperidad; la industria en el interior y los bancos fuera, produjeron la opulencia, y el Estado, cuyas posesiones se habian acrecentado, y cuyas rentas florecian, se encontró bastante poderoso para tomar una parte activa en los acontecimientos con que se encontraba agitada toda la Italia. Florencia enviaba á Venecia para sostener la guerra contra Mastino de la Escala (1335-1338) veinte y cinco mil florines de oro al mes; sostenia además mil caballeros á su sueldo, y guarniciones en las plazas y castillos fuertes, de los cuales se contaban diez y nueve sólo en el único territorio de Luca, uno en Arezzo, en Pistoya y en Colle. Cuarenta y seis ciudades amuralladas le obedecian, sin contar las plazas abiertas y las que pertenecian á ciudadanos. Las rentas directas no eran considerables; pero los impuestos indirectos ascendian á 300,000 florines al año, es decir, más de lo que tenian los reyes de Sicilia, Nápoles y Aragon. Contentábanse sus magistrados con el honor y la satisfaccion de servir á la patria. El sueldo de los caballeros cesaba en la paz; el gasto no escedia entonces de 40,000 florines de oro, comprendiendo además de la totalidad de empleados, las limosnas hechas á los frailes y á los hospitales, las fiestas dadas al pueblo y á los extranjeros ilustres, así como el sostenimiento de los leones, animales no menos apreciados de los florentinos que de los venecianos.

Contaban veinte y cinco mil hombres en estado de llevar las armas, de quince á setenta años, entre los cuales no se encontraban más que mil quinientos nobles y grandes propietarios, y sesenta y cinco caballeros, equipados segun las instituciones democráticas. La ciudad encerraba habitualmente mil quinientos extranjeros, y el conde reunió ochenta mil habitantes. Como no existia entonces la costumbre de llevar en las iglesias registros de bautizados, se depositaba en el único baptisterio de San Juan una haba negra por cada niño varon, una blanca por las hembras; y se calculaban de esta manera los nacimientos de cinco mil ochocientos á seis mil al año. De ocho á diez mil niños seguian las escuelas de lectura; de mil á mil doscientos las de aritmética; cerca de seiscientos las de lógica y gramática. Aunque la industria deca-

(4) Instituyéronse en aquella época (1344) los *vigilantes*, para dar la voz de alerta en los casos de incendios. Uno de ellos estaba en vela y tocaba la campana cuando notaba señal de fuego.

yó un poco, en atencion á que la Inglaterra comenzaba á trabajar, doscientos talleres estaban en actividad para las telas de lana; fabricaban de setenta á ochenta mil piezas al año, de un valor de 1.200,000 florines, y hacia vivir á treinta mil personas. Veinte almacenes de telas extranjeras sacaban anualmente para lo esterior más de diez mil piezas, sin contar las que mandaban á las demás ciudades del territorio.

Mucho podria decirse de la magnificencia de sus edificios, así es que Juan Villani afirma «que un extranjero que llegase por primera vez, creeria, al ver los soberbios edificios que á distancia de tres millas rodeaban la ciudad, que formaban parte de ella como en Roma, sin hacer mencion de los elegantes palacios, torres con sus patios y jardines circuidos de murallas, situadas á mayor distancia y que en otros paises serian llamados castillos.» (5) En el mes de noviembre de 1333, él Arno salió de madre con tanta impetuosidad, que arrastró tres puentes y destruyó las pesquerias, murallas, habitaciones, causando un daño incalculable. Ocupóse Florencia después en poner remedio á ello. Ciento cincuenta mil florines de oro se gastaron sólo en las reparaciones, y casi al mismo tiempo construyó el magnífico palacio sobre las logias de San Miguel del Vergel; echó los cimientos de su admirable campanario, mientras que proseguia una desgraciada guerra para la adquisicion de Luca y otra contra Mastino de la Escala.

Aquel floreciente estado decayó luego con las discordias civiles, la tirania del duque de Atenas, la corrupcion de las costumbres libres (6), y en fin, por muchas quiebras. Los Bardi, ricos banqueros de Florencia, habian prestado en 1345 al rey de Inglaterra con interés 900,000 florines de oro, y 100,000 al rey de Sicilia; los Peruzzi 600,000 al monarca inglés, y 100,000 al príncipe siciliano. Como el rey de Inglaterra no pudo pagar ambas cosas, suspendieron sus pagos: los Bardi dieron setenta y ocho por ciento á sus acreedores y los Peruzzi mucho menos. A estos desastres, que causaron más mal que las derrotas sufridas (7), llegó á unirse una peste que quitó la vida á cien mil personas (1340), corrompió las costumbres acumulando la fortuna en un pequeño número de manos, y aumentó el precio de la mano de obra. Florencia buscó una compensacion á sus pérdidas instituyendo una universidad (1349), y poco después á instigacion de Boccacio, una cátedra de griego, la primera que se estableció en Occidente (1360). Pudo asegurar su dominacion en Prato; y para defender á Pistoya contra los Visconti, que dominaban en Bolonia, le dejó su independencia bajo la única condicion de recibir una guarnicion florentina.

En efecto, Juan Visconti de Oleggio, que se habia hecho señor de Bolonia, invadió los valles del Ombrone y del Bicentino, y se adelantó, favorecido en sus proyectos por los Ubaldini del Mugella, por los Pazzi del valle de Arno, por los Albertini del valle de Ambra, por los Tarlati de Arezzo; pero Siena, Perusa, Arezzo se unieron á Florencia para defenderse hasta que se concluyó la paz en Sarzana por la mediacion del arzobispo y señor de Milan.

La sumision de Florencia á Cárlos IV (1355) fué para aquella ciudad un accidente sin otra pérdida que la de los 100,000 florines con que pagó la confirmacion de sus privilegios; y para las demás ciudades, no hubo otro resultado que reanimar las disensiones interiores. Después de la marcha del príncipe, las rivalidades renacieron dentro

---

(5) Lib. XI, 91, 92, 93.

(6) «Los antiguos moderados y virtuosos, que acostumbraban regir y gobernar la república en una gran libertad, con actos juiciosos y providencias diligentes, administraban aquélla en tiempo de paz y de guerra, no perdonando las faltas que se cometian contra la patria, ni dejando sin recompensa las buenas acciones que se ejecutaban en beneficio y honor del concejo. Es, pues, de admirar cómo se conserva en nuestros tiempos la ciudadania, careciendo de las antiguas virtudes y régimen: y en lugar de aquellos patricios, que despreciaban sus comodidades por aumentar las del concejo, se encuentran usurpadores del gobierno con indebidas y deshonestas solicitudes y argumentos, hombres advenedizos, sin objeto ni virtud, y de ninguna autoridad en su mayor parte, los cuales, después de adoptar el régimen del concejo, trabajan tan asíduamente en su provecho y el de sus amigos, que se olvidan de lo que es ventajoso á la república. No hay quien piense en ésta, ni en su libertad, ni en su engrandecimiento, ni en su honor, ni en remediar el peligro que pueda sobrevenirle, sino en el último dia ó cuando el daño es ya inevitable. Este es el motivo de que ocurran á menudo graves casos al concejo, y nadie se avergüenza de haberle hecho mal, ni sufre por ello pena alguna, siendo de consiguiente admirable que se mantenga en pié la república Pero los discretos de nuestra época opinan que esto es debido á una gracia singular de Dios, pues en medio de tantos ciudadanos y religiosos, aunque los más sean malos, hay bastantes virtuosos y buenos, cuyas oraciones preservan la ciudad de muchos peligros. Por lo demás, la gente es preciso tenga algo de católica y limosnera, pues que Dios la conserva, fuera de que las ordenanzas dadas á la masa del concejo por nuestros mayores, y el régimen administrativo establecido por las leyes que se han conservado, contribuyen en gran manera al sostenimiento del Estado. Aunque los indignos usurpadores del poder sean muchos, aunque se encuentren mal dispuestos en favor del bien comun, y ocupen, solícitos de su propia ventaja, la libertad civil, sin embargo, el plazo de dos meses concedidos al supremo empleo del priorado es tan breve, que sirve de contrapeso á la arrogancia individual: ésta es reprimida tambien no poco por la compañia de nueve priores. Con todo, no pueden corregir la contínua falta de prevision y cuidados públicos.» M. VILLANI, IV, 69.

(7) Juan Villani, dice, hablando de la quiebra de cuatrocientos mil florines hecha por los Escali: «Fué para los florentinos mayor desastre, esceptuando la vida de las personas, que el de Altopacio.» X, 4.

y fuera empeoradas por la intervencion de las bandas mercenarias.

Florencia, que era el brazo derecho del partido güelfo y de la Iglesia, acreditó á veces una honrosa franqueza en las cosas eclesiásticas. El inquisidor fray Pedro de Aquila, soberbio y codicioso de dinero, habia recibido poderes del cardenal español Barros (1346), para encargarse del cobro de doce mil florines de oro que eran debidos á este prelado por la compañia Acciaioli, declarada en quiebra. Aunque con el beneplácito de la señoria se le dió una fianza suficiente para esta suma, mandó á los esbirros del Santo Oficio que prendieran á uno de los socios de la compañia. Siguióse á esto un tumulto: el preso fué arrancado de manos de los esbirros, que fueron desterrados por la señoria despues de habérseles cortado las manos. Furioso el inquisidor, se retiró á Siena, desde donde fulminó el entredicho sobre los priores y el capitan de Florencia. De resultas apelaron al papa denunciando además otros abusos del inquisidor, quien en el curso de dos años habia sacado á los ciudadanos 7,000 florines, dando el caracter de herejia á cada palabra grosera ó á cualquier espresion poco decorosa, y el pontífice, enterado de todo, anuló aquella censura. Entonces decidió el concejo, en conformidad de lo que ya se practicaba en Perusa y en España, que ningun inquisidor pudiera imponer pena alguna fuera de las de su oficio, ni pronunciar una condena pecuniaria, ni tener cárcel particular. Se prohibió á los magistrados que le proporcionaran alguaciles, y que prendiera á nadie sin el consentimiento de los priores. Luego, como Pedro de Aquila habia permitido el uso de las armas á mas de doscientos cincuenta ciudadanos, permiso del cual sacaba una renta anual de más de 1,000 florines, se estableció que el inquisidor no pudiera tener cerca de sí á más de seis familiares armados, ni dar á más de otros seis una autorizacion semejante: á doce fueron reducidos los del obispo de Florencia, y á seis los del obispo de Fiésola. El eclesiástico que ofendiera á un seglar criminalmente, quedase sujeto á la jurisdiccion del magistrado ordinario sin escepcion de dignidad, así como sin contemplaciones á los privilegios pontificios.

No habian cesado los florentinos de suministrar tropas al legado Albornoz para domeñar á la Romaña y poner freno á la Gran Compañia (1358); pero el legado concluyó por separado la paz con aquellos aventureros, y dejó á Florencia espuesta á los ataques de tan temibles contrarios. Afortunadamente la llegaron socorros de muchos señores fatigados de aquella tirania á mano armada, y obligó al conde Lando á la fuga. Esta guerra dió el último golpe á los feudatarios del Apenino, que de capitanes de los antiguos marqueses se habian hecho independientes, y quedaban como un vestigio de las antiguas costumbres de Germania. Entre ellos figuraba en primera línea Saccone de Tartari, quien desde la ciudadela de Pietramala, dirigió á los gibelinos de toda la Toscana, hasta el momento en que murió casi centenario en 1350. Los condes de Gherardesca se sometieron á Florencia, la cual les constituyó vicarios de Bibbona, y de catorce castillos en la marisma. Los Gambacorti pusieron bajo el dominio de ella á Bientina: los condes Alberti de Mangona Cerbaya: los Spineta á Fivizzano: los Ficasoli la recomendaron el castillo de Frollo: los condes de Fatifolle le rindieron los castillos de Felforte y de Gataya; ejemplo que fué seguido por los condes Dovadola. Los Ubaldini, ricos en tierras y castillos en el valle del Senio y en el vicariato de Firenzuola, desde donde habian descendido muchas veces armados contra Florencia, batidos á la sazon por fuerzas superiores, la abandonaron catorce castillos de que eran dueños todavia; y esto proporcionó una ocasion de triunfo á Tomás de Treviso, entonces capitan del pueblo. Ya no podian mantenerse los castellanos desde el momento en que descuidando la Italia los emperadores, dejaban que se fomentase allí la influencia popular, y á la ciudad que se desarrollara, pues no se habian sostenido hasta entonces mas que prestando asilo y ayuda á los desterrados.

La ocupacion de Volterra, á la cual libertaron los florentinos de la tirania de Focchino Belforti, les produjo una nueva guerra con Pisa. Quisieron quitarla su comercio, y para ello hicieron puerto á Talamon y establecieron el depósito principal en Siena para demostrarla que podian pasarse sin ella para su tráfico mercantil tanto por mar como por tierra. Entre tanto en Pisa estaban vacias las casas, los almacenes y las hospederias; los caminos sin viajeros, el puerto sin naves, la ciudad solitaria cual una miserable aldea, y de señora que era de los mares, pudo por mar ser combatida por su rival del Mediterráneo. En lo interior de sus muros se habian formado dos nuevas facciones, la de los Bergolini, compuesta de vecinos que tenian por jefes á los Gambacorti, y la de los Raspanti que gozaban de mal renombre por haber robado mientras tuvieron el gobierno. Envenenáronse los odios y produjeron la tirania que pasó alternativamente de uno á otro bando. Los Visconti de Milan, que no cesaban de aspirar á dominar en Toscana, á fin de arruinarla con las luchas intestinas, favorecieron á los Raspanti, instigadores de la medida que habia quitado á los florentinos sus prerogativas comerciales, é impulsadores á la sazon de la guerra. Los Visconti enviaron á Juan Acuto en socorro de Pisa (1362), pero la rapacidad de las tropas que mandaba, la peste que se declaró de nuevo y la derrota de San Sabino, festejada todavia en Florencia con el manto de san Victorio, redujeron á la situacion más crítica á los pisanos (8). No pudiendo pagar

(8) Aquí termina la relacion continuada por los tres

el último plazo debido á los aventureros, proclamaron por dux á Juan Agnello, su conciudadano, quien satisfizo su deuda con el dinero que le suministró Bernabé Visconti, de quien se titulaba lugarteniente. Como el dictador tenia interés en hacer la paz, fué celebrada bajo la condicion de que se restituirian á los florentinos sus franquicias en el territorio de los pisanos, las conquistas hechas en su propio territorio y los prisioneros, sin contar 100,000 florines de indemnizacion de guerra.

Liga de Viterbo.—A la vuelta de Cárlos IV intervino Florencia para apaciguar á los nobles y á los vecinos de Siena, y el emperador estuvo á punto de ser asesinado dentro de esta ciudad. Le indujeron los florentinos á que restituyera el gobierno de Pisa á Pedro Gambacorti, con la cual concluyó un tratado de paz. Tambien prestó 300,000 florines á Luca á fin de que se redimiera de este emperador, y así pudo oponer un dique á Bernabé Visconti, poniéndose á la cabeza de todos los güelfos de Toscana. Pero el francés Guillermo de Noellet, legado del papa, intentó á favor de la carestia que reinaba entonces, apoderarse de la Toscana, y empujó hácia ella á la banda blanca de Juan de Hawkwood. Indignada Florencia al verse vendida por aquellos á quienes habia auxiliado con tanta lealtad como constancia, compró la inaccion de este capitan mediante cincuenta mil florines, y atizó inmediatamente el incendio en la Romaña, prometiendo su apoyo á todo el que se rebelara contra la Santa Sede (1375). Siena, Luca, Pisa se reunieron á ella, así como Bernabé Visconti. Los *Ocho de la guerra*, á quienes se llamaba entonces los *Ocho santos patronos*, hicieron marchar el ejército bajo una bandera que tenia *libertad* por divisa, y le enviaron tanto á Roma como á los demás paises dependientes de ella. En menos de diez dias ochenta ciudades ó aldeas de la Romaña y de la Marca de Ancona, Espoleto y hasta Bolonia, sacudieron el yugo de los tiranos eclesiásticos para constituirse independientes, ó volver á llamar á las antiguas familias desposeidas por el cardenal Albornoz. El papa citó á los florentinos para que compareciesen en su presencia; y no queriendo ser religiosos en detrimento de la libertad (9), enviaron á Aviñon tres embajadores, quienes sostuvieron su causa con desusada firmeza.

De consiguiente fueron escomulgados (1376) y todos fueron invitados á apoderarse de sus haciendas y de sus personas. Pero volviéndose Donato Barbadori hácia la imágen de Cristo, apeló al Señor de esta sentencia injusta, esclamando con el salmista: *No me abandones, tú que eres mi apoyo, porque mi padre y mi madre me han desamparado.* Todos aquellos de sus compatriotas que se encontraban en Aviñon y en otras partes para asuntos de comercio, se vieron obligados á ausentarse: el rey de Inglaterra se aprovechó de esta coyuntura para apoderarse de los bienes de todos los florentinos que se hallaban en su reino, y para reducirlos á la condicion de siervos. Acuto entró á sangre y fuego en las ciudades rebeladas: Roberto de Ginebra, nuevo legado, hizo venir de Francia á una de las bandas más feroces, teniendo al breton Juan de Malestroit á su frente. Habiendo preguntado el papa á este capitan si creia poder penetrar en Florencia, le dijo: *Ciertamente: si es que el sol entra*: amenazaba á los boloñeses diciéndoles que se habia de lavar los piés y manos con su sangre, y en el saqueo de Cesena gritaba: *¡Sangre, quiero sangre; degolladlos á todos;* grito horrible y más horrible todavia en la boca de un legado del pontífice. En esta infeliz ciudad que estuvo tres dias abandonada al furor de aquellas tropas, se encontraron cinco mil cadáveres cuando se reedificó; debiendo tomarse en cuenta los que perecieron en el fuego y corridos por los perros; los demás fueron de pueblo en pueblo mendigando su sustento, viéndose entre ellos las viudas mancilladas y hambrientas que movieron á compasion hasta al feroz Acuto.

Santa Catalina, 1347-80.—Por ésta época Catalina, nacida en Siena de un padre pintor, después de haberse consagrado á las austeridades, habia empezado á tener revelaciones y comunicaciones con los espíritus celestiales; un dia Cristo la permitió chupar la llaga de su costado: otro dia la cambió su corazon por el de ella; hasta se desposó con ella de una manera solemne, entregándola el anillo que conservó de continuo en su dedo y que veia con las señales de la Pasion ella sola. Son narrados estos milagros y otros muchos por su confesor Raimundo de Cápua, quien creyó por largo tiempo que podian ser ilusiones de una imaginacion piadosa; pero adquirió pleno convencimiento cuando vió el juvenil rostro de Catalina trasformarse en el del Redentor (10). Recurrieron los florentinos á la santa á fin de que ablandara al

---

Villani, historiadores preciosos á quienes no podria suplir otro alguno.

Juan Calvacanti cuenta que cuando se pagaron á Acuto grandes cantidades, separó seis florines y los regaló á Spinello Alberto (natural de Luca) que era tesorero, en recompensa de sus servicios. Spinello le manifestó su gratitud, y volviendo á Florencia, se apeó á la puerta del palacio de la ciudad; contó á los señores cuanto creyó conveniente, y les entregó su repleta bolsa, diciendo: *Enviadla á la Cámara, acompañada de una cédula en que conste que la entrego al entrar en el concejo.* «Así se hizo, y Spinello envejeció en el destino de tesorero, y á su muerte no se encontró en su casa ni aun el lienzo necesario para envolver su cuerpo. *Estat. Flor.* t. II, app. pág. 491-93.

(9) Los florentinos *religionis timorem ponendum esse censebant, ubi is officeret libertatem.* POGGIO BRASCIOLINI, III, 223.

(10) BOLLAND, 30 de abril. AUG. HAGEN.—*Die wunder der h. Catharina von Siena.* Leipzig, 1840.

papa: con efecto, fue en busca del Padre Santo, amansó su cólera y le exhortó á que volviera á Roma. El nuevo papa Urbano VI, á quien disponia más á la paz el gran cisma, dió la absolucion á los florentinos, de quienes recibió doscientos treinta mil florines (1373).

En el mismo año cayeron las instituciones. Todos los nobles fueron escluidos de los empleos, á que fueron admisibles todos los plebeyos, bajo la única condicion de que no figurarian entre los jefes dos personas de un mismo apellido. Ahora bien, como las antiguas familias se estendian en numerosísimas ramas, celosas por la conservacion de sus nombres tradicionales, á la par que las nuevas apenas podian contar dos generaciones, acontecia que estas últimas obtenián la preferencia, á pesar de ser gente inesperta en los negocios públicos. Pero si esta disposicion segregaba al antiguo vecindario. otra ley se alzaba contra los advenedizos. Desde el año 1266 existia una administracion distinta, llamada de la Massa güelfa, con capitanes de este partido renovados cada dos meses, y cuyo arrogante poder habia ido siempre en aumento. Hugo de los Ricci, de una familia rival de la de los Albizzi, hizo decidir que en el caso de que ocupara un empleo público un gibelino, seria castigado con una multa que podria elevarse á quinientas libras, y hasta á la pena capital por declaracion de seis testigos, aprobada por los capitanes de partido y por los cónsules de las artes. Esta ley, nuevo testimonio del encono de las facciones, propendia á escluir á todo el que poseyera menos de quinientas libras, y á los que desagradaban á los capitanes de la Massa güelfa. Apercibiéronse de ello los *señores* y la enmendaron; pero pasó así modificada. Fueron elevados los capitanes á nueve, añadiendo dos artesanos, y elevando el número de los testigos requeridos á veinte y cuatro: luego fué introducida una disposicion para prescribir que se *amonestara* á aquel que, elegido para uno de los puestos de la señoria, fuera sospechoso de profesar opiniones gibelinas, á fin de que no se espusiera á incurrir en la multa. Aquello era para los magistrados una inquisicion terrible que ponia las elecciones en manos de los capitanes del partido güelfo.

Llevaron la mejor parte los Albizzi, y los Ricci se vieron escluidos por la ley que ellos mismos habian provocado. De resultas agitaron nuevas facciones el Estado hasta el momento en que una decision dictatorial de los Diez de la libertad, eliminó por cinco años de toda magistratura á cinco miembros de cada una de las dos familias. No perdonaban medio las autiguas casas de mantener la pureza güelfa, ejerciendo la *admonicion* severamente, á fin de segregar á los advenedizos, inclinándose de este modo al gobierno aristocrático. Por su parte las nuevas casas pretendian bacer suprimir la distincion nominal de güelfos y gibelinos, apoyando la opinion democrática. Tenian en su favor los Albizzi á los antiguos plebeyos güelfos, llamados nobleza ciudadana; los Ricci, titulados gibelinos, contaban en su partido á los Strozzi, á los Alberti, á los Médicis, familias de mucho dinero que habian desertado de los nobles ciudadanos. Los Ocho, encargados de la direccion de la guerra contra el papa, pertenecian todos á esta faccion como amigos de Bernabé Visconti; y combatiendo á la Santa Sede, pareció que daban la ventaja al partido gibelino. Defendíanse los Albizzi amonestando, y volvieron á tener la mejor parte cuando, fatigado el pueblo de la lucha y además escomulgado, deseó la paz. Promovido después Silvestre de Médicis al puesto de gonfalonero, propuso instituir una comision para la reforma del Estado (1378). Por los estatutos que fueron decretados entonces, se disminuyó la autoridad de los capitanes del partido güelfo, y se mitigó la severidad contra los amonestados y los sopechosos de gibelinismo.

El pueblo, que habia hecho pasar aquellos estatutos en un momento de furor contra la oligarquia, temió, una vez pasada la primera exageracion, que volvieran á empezar los castigos: de consiguiente, organizó á sugestion de los ciudadanos amonestados, ligas de tal fuerza, que la señoria no se atrevió á castigar á los jefes de las facciones, aun cuando los conocia.

Motin de los Ciompi.—Las pretensiones del ínfimo pueblo dieron más pábulo al incendio. Cuando la ciudad fué dividida en corporaciones de artes, cada una de las cuales era formada por sus jefes en materias civiles, algunas profesiones interiores, en vez de formar cuerpos, habian sido subordinadas á otras, como las de los tintoreros, tejedores, cardadores de lana, que se habian puesto con los pañeros. Resultaba de esto, que se encontraban á veces, cuando intentaban alguna demanda, tener por jueces ó á sus maestros ó los compañeros de sus adversarios. Llenos, pues, de cólera, y temiendo además ser castigados por los desórdenes pasados, los artesanos ó *ciompi* sublevándose de repente (20 de julio) saquearon á mano armada las casas sospechosas, y levantaron después cadalsos en las plazas para aquellos que robasen, con intencion de incendiar las habitaciones con todo lo que contenian. Confirieron entonces la caballeria á Silvestre de Médicis y á otros sesenta y cuatro ciudadanos que disfrutaban su afecto, y que aceptaron, por temor á la muerte, apuel peligroso honor.

Teniendo á la señoria sitiada en el palacio, los ciompi pidieron que los oficios que dependian de los fabricantes de paños formasen una corporacion particular con sus propios cónsules, como los tintoreros, los barberos, los sastres, los esquiladores, los sombrereros, los fabricantes de cardas; que todos los detenidos fuesen puestos en libertad, escepto los traidores y rebeldes; que nadie del pueblo bajo pudiese ser llamado á jnicio durante dos años por una deuda menor de 50 florines. Estas demandas y otras menos importantes les fueron concedidas; pero sus exigencias se aumentaron de

tal manera, que los priores dimitieron sus funciones no sabiendo qué partido adoptar. Los ciompi se apoderaron entonces de las puertas de la ciudad; Miguel Lando, pobre cardador de lana, que se encontraba en medio de aquella multitud, con los piés descalzos y casi desnudo (11), fué elegido por jefe. Precédelos con el estandarte de la justicia al palacio de la república, donde á voces es proclamado gonfalonero, y encargado de reformar el gobierno.

Aquel honrado y pobre hombre, á la vez valeroso, moderado y sensato, hizo cesar las violencias de los *Ocho* de la guerra, apaciguó á los partidos con su firmeza, nombró una nueva señoria compuesta de tres individuos de las artes mayores, de tres de las menores, y de tres de las nuevas corporaciones; reprimió á los ciompi hasta el punto de asaltarlos él mismo en los consejos, y arrojar un millar de los más tenaces: aquella desenfrenada muchedumbre se encontró de esta manera domeñada por su propia hechura. Habiendo espirado el año de sus funciones, Miguel Lando resignó la dignidad de que estaba revestido, y fué conducido en señal de homenaje á su alojamiento por los oficiales de la señoria con las armas del pueblo, llevando la tarja y la lanza, y montado en un palafren ricamente enjaezado. Pero pronto se disgustaron los gremios por los tres que se habian elegido de los ciompi, y la señoria se compuso de cuatro miembros, nombrados por las artes mayores, y de cinco elegidos por los menores, con nueva esclusion de los ciompi.

Vencido el partido güelfo (1379), pasó la autoridad á manos de los gibelinos, que condenaron á muerte á los principales Albizzi, acusados de conspiraciones con las tropas de Cárlos III de la familia real de Nápoles; degradaron tambien á varios vecinos relegándolos entre la nobleza; y tomando á su sueldo á Juan de Aculo, dominaron en Florencia. Pero en 1382, los güelfos recobraron el poder por la fuerza, aboliéronse las corporaciones del pueblo bajo, y Moro Albizzi, que habia permanecido al frente del gobierno, anuló las leyes procedentes de la revolucion de los ciompi, alejó á Lando con los demás jefes plebeyos, aseguró á los grandes en el poder, vigilando siempre las opiniones rivales, y contrariándolas sin tregua y tambien sin exasperarlas.

En aquella época (1381) la república se habia apoderado de Arezzo, á título de compra; pero habiendo ocurrido un rompimiento con Siena con motivo de Montepulciano, buscó esta ciudad la amistad de Juan Galeazo, que á instigacion de los desterrados en que hormigueaba la Lombardia, se comprometió á sostener en Toscana setecientas lanzas al servicio de Siena. Resultó de ello la guerra que ya hemos referido (1398), y que se continuó diplomáticamente después de la paz de Venecia, con el objeto de impedir á Juan Galeazo se acrecentase mucho hácia el Norte, y á Ladislao de Nápoles al Mediodia, siendo aquel príncipe tan pérfido como los Visconti, y tan valeroso como estos cobardes. No se encontraba ya entonces el patronato de la Italia en manos de los fuertes, como querian, sino en la de los florentinos, cuya previsora mirada vigilaba los acontecimientos generales, oponiendo la liga de los débiles á la arrogancia de un potentado ambicioso.

Impulsó Juan Galeazo á Benito Mangiadori á arrebatar á San Miniato á los florentinos; atrajo á sí á los que estaban á la cabeza del gobierno de Siena, ocupó á Perusa, y no pudiendo convertir en amigo á Pedro Gambacorti, señor de Pisa, incitó á Jacobo de Apiano, su secretario, á darle muerte para sucederle, y después á tratar de someter á Luca; luego obtuvo de Gerardo, hijo de este último, á Pisa con su territorio, reservándose la isla de Elba y de Piombino, que formaron un nuevo principado. Florencia, que en vano procuraba conjurar el peligro, organizando una liga güelfa, se encontraba en una de las más críticas posiciones, cuando fué salvada de ella por la muerte de Juan Galeazo. Viendo su hijo natural, Gabriel Maria, á quien Pisa habia cabido en suerte, que no podia conservarla, la vendió á los florentinos por 206,000 florines; pero los pisanos tomaron las armas, y sólo después de haber sostenido un largo sitio, fué cuando se resignaron á la servidumbre (1401).

Aquella guerra habia visto señalarse á Gino Capponi, ciudadano de perfecta integridad (12). La adquisicion de Liorna, que cedida por los genoveses mediante 100,000 florines (1421), aseguraba á su patria el territorio pisano, fué para él de gran alegria; porque aquel puerto estaba destinado á heredar la importancia que Pisa perdia poco á poco, y á procurar á los florentinos los medios de dedicarse á las operaciones lejanas de comercio, sin depender de Génova y de Venecia, y facilitando de este modo con el aumento de las fortunas privadas el de la fortuna pública. Se ocuparon al momento en proveer á la seguridad de aquel puerto, y allí se botó la primera galera armada para los viajes de Oriente; reglamentóse y se amplió la autoridad de los cónsules de mar, y pronto tuvo Florencia una flota capaz de hacer frente á Génova, y hasta de vencer á la escuadra genovesa.

Prosperaba en el interior, merced á las nuevas ordenanzas establecidas. Todo el que era admitido ciudadano, estaba obligado á construir en Floren-

(11) Estas son las espresiones de los historiadores: pero tambien resulta de los registros que en 1366, él era podestá en Mantiño, bajo el dominio de los Ubaldinos y en Firenzuola en 1377.

(12) Tenemos escritos por él, el *Tumulto de los ciompi* y los *Comentarios sobre la conquista de Luca*, que me parecen las más hermosas y nobles historias de nuestro idioma.

cia una casa que valiese al menos 100 florines. Las actas públicas se trascribieron á los libros de Reformaciones (*Riformagioni*); la coleccion de estatutos se convirtió en ley; mejoróse la moneda, creóse un nuevo monte para subvenir á los gastos; arreglóse el catastro de los bienes, de manera que cada propietario tuviese que pagar medio florin por ciento de capital (13). La nueva industria del hilo de oro hizo allí tales progresos, que ningun otro pais pudo rivalizar con ella; los brocados y telas de todas clases llegaron á su perfeccion; sólo los cambistas del Mercado Nuevo hacian al año 2.000,000 en oro de negocios. Embellecióse la ciudad con las obras de los más célebres artistas. Se decidió que cada gremio colocaria el escudo de sus armas y la estátua del santo, su patrono, en uno de los nichos esteriores de San Miguel del Vergel, donde el mármol y el bronce fueron modelados por las manos de Donatello, de Andrés de Verochio, de Baccio de Montelupo, de Nanni de Bianco, de Simon de Fiesole, de Lorenzo Ghiberti, á quien el gremio de Calimala encargó hacer las puertas de bronce de San Juan, en tanto que Brunelleschi era llamado para levantar la cúpula de Santa Reparata.

Tomás de los Albizzi después de haber vencido á los ciompi, continuó dirigiendo el Estado durante treinta y cinco años con habilidad y valor. Pero como el partido triunfante no se abstenia ni de la arrogancia respecto á los demás ni de la division en sus propias filas, á su muerte, las familias de los Alberti, Médicis, Ricci, Strozzi, Cavicciuli, á quienes la antigua clase media habia atacado muchas veces en sus miembros y en su fortuna, levantaron la cabeza de nuevo. Juan de Ricci de los Médicis (14) habia logrado beneficios considerables en las operaciones de banca, sobre todo durante el concilio de Constanza, estando entonces su caja al servicio del papa, lo cual le habia adquirido inmenso crédito y negocios en todo el mundo. Al mismo tiempo se mostró tan benigno y tan desprovisto de ambicion, que se cesó de escluirle de los empleos. Su aquiesciencia á ayudar con sus rentas á aquellos que lo necesitaban, sus modales cariñosos para con el pueblo, su moderacion en medio de los arrebatos de los partidos, le adquirieron la estimacion general; y su fama se acrecentó sobre todo cuando, asustado el pueblo por efecto de las cargas escesivas que ocasionaba la guerra con Felipe Visconti, su intervencion obligó á la señoria á aligerarlas. Los ricos y los de la clase media hicieron cuanto estuvo de su parte para atraérsele á su partido, hasta el punto de elevarle, á pesar de la oposicion de Nicolás de Uzzano, al empleo de gonfalonero, que desempeñó con el mayor decoro. Trasmitió su crédito y su importancia á sus dos hijos Cosme y Lorenzo, á quien recomendó al morir que obraran siempre bien, que no ofendieran á nadie, y que no buscaran en los negocios públicos nada más de lo que permitian las leyes y la voluntad de los ciudadanos.

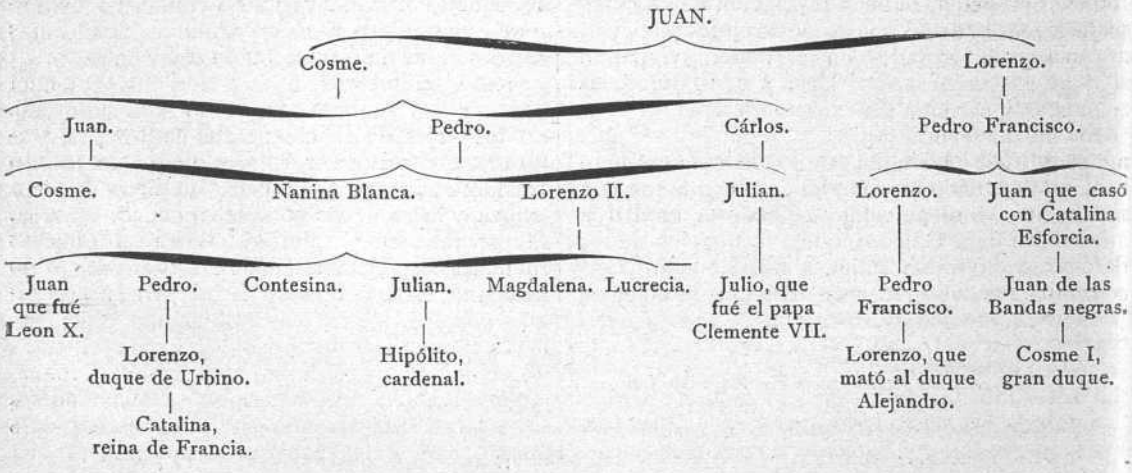
Cosme de Médicis. — Jefe de la faccion Cos-

---

(13) El catastro contenia el nombre de cada ciudadano, su edad y profesion, el importe de su fortuna en bienes inmuebles y muebles de toda especie.

(14) Cuando la familia de Médicis llegó á ser grande y poderosa se inventaron genealogias para añadir el esplendor de un antiguo orígen á la fortuna de una casa de la clase media. Pero ningun historiador italiano ha notado un hecho que se halla relatado en la *Historia de la anarquia de Polonia* por Rulhieres; es, que la familia de Mikali ó Yatrani, cabeza de los mainotas del Peloponeso, célebres aun en las últimas guerras, es el tronco de los Médicis de Florencia, cuyo nombre es traducido del griego. De Juan de Médicis, hijo de Averardo, provinieron dos líneas; la una que dió á Cosme, padre de la patria, á Pedro, Lorenzo el Magnífico, Leon X, Clemente VII; la otra al gran duque Cosme I, y su dinastia.

Para más claridad en el relato de los hechos posteriores, daremos aquí su árbol genealógico.



me (1429), con la habilidad y las vicisitudes de su padre, se consagró más fervorosamente á los negocios. Insinuante, sufrido, siempre dispuesto á recurrir á medios suaves, y á poner sus riquezas á disposicion de sus amigos, sabia, no obstante, adoptar medidas enérgicas si la necesidad lo requeria. Favoreciendo las letras y las artes, abria nuevas vias á la actividad siempre en aumento. La circulacion de las letras de cambio, por la cual los desterrados no debian ser ya reducidos á la miseria, les enlazaba por interés y por gratitud á la familia que hacia las mayores operaciones de comercio: los guerrilleros depositaban sus ahorros en su caja ó pedian anticipos de ella. La opulencia de Cosme se hizo mucho más considerable porque nunca dejó de vivir como simple particular, sin desplegar un fausto de casa que deslumbrara á sus conciudadanos, sin comprar á ministros extranjeros, sin asalariar tropas. Jamás escedió su gasto personal de 50,000 florines al año, á la par que Esforcia gastaba 300,000 aun antes de llegar á ser duque. Cabalmente, los medios que encumbraron al poder á los Médicis fueron sus virtudes privadas, su moderacion en los consejos, el sentimiento popular, una calma constante en medio de la efervescencia de los partidos, una beneficencia generosa.

La guerra de Luca, dirigida á la sazon con desgracia, aumentó la reputacion quitándola á los Albizzi y á sus parciales, de quienes era siempre instigador Nicolás de Uzzano, aun cuando era enemigo de medidas violentas. Pero á su muerte, y cuando la guerra estuvo terminada, fermentaron nuevamente los odios, y Reinaldo de Maso de los Albizzi empezó á maquinar activamente para derribar á Cosme y enseñorearse de la autoridad. Una vez tomadas sus medidas, tocó á rebato, y convocó una de aquellas asambleas que se celebraban en la plaza donde todos acudian en tropel y deliberaban tumultuariamente, y donde un corto número de demagogos, haciendo traspasar las vallas constitucionales, cual si fuese un caso de gravedad, arrastraban á la muchedumbre á decidir al gusto de la faccion que les habia congregado. Allí fué acusado y condenado Cosme; pero comprando éste á aquellos que se habian ya vendido á Reinaldo, obtuvo para sí que fuera desterrado en vez de ser condenado á muerte, y para su familia ser confinada entre los nobles.

Se retiró á Pádua (1434), y entonces apareció allí claramente su grandeza, siendo estimado en los lugares en que residia, y echado de menos en aquellos de que se ausentaba. La señoria de Venecia que envió diputados á cumplimentarle, reclamaba sus consejos: los que se encontraban menesterosos acudian al desterrado, y una recomendacion suya era omnipotente. Nombráronle los comerciantes jefe, de modo que parecia un pequeño soberano. Al revés, en Florencia los artistas, los pobres, los mercaderes, conocian que les faltaba su apoyo. De consiguiente, no habia trascurrido un año cuando se formaba un nuevo señorio favorablemente prevenido hácia su persona: se llamó otra vez á Cosme, y Reinaldo Albizzi fué desterrado con sus parciales. Este jefe de la faccion contraria, desprovisto de aquella virtud paciente que sabe esperar y obrar en silencio, no ocurriéndole mejor partido fué á solicitar contra su pátria la ayuda de Felipe Maria, y se adelantó hácia su territorio en compañia de Nicolás Piccinino; pero los florentinos le opusieron á Francisco Esforcia, quien los venció; después de haberse aventurado vanamente á otras tentativas para volver á sus hogares, fué á terminar sus dias á la Tierra Santa.

De vuelta Cosme en triunfo, proclamado bienhechor del pueblo y padre de la pátria, se vengó proscribiendo á gran número de sus adversarios, condenando á otros por actos sin ninguna importancia y oprimiéndoles á todos. Como se le hiciera presente que causaban gran daño á la ciudad tantos destierros, respondió: «Vale más ciudad dañada que perdida; por lo demás no hay que inquietarse, pues me bastan dos varas de paño fino para hacer un hombre de bien,» manifestando así la intencion de llenar los huecos con advenedizos. Conoció su poder, y al mismo tiempo comprendió que para consolidarlo le convenia dar importancia á su pátria en toda Italia, y tranquilidad á ésta equilibrando sus Estados. Al efecto, asoció á su dinero la espada de Francisco Esforcia, las dos potencias de aquella edad, el banquero y el jefe de bandas, y observando que en cada ciudad itálica dominaba siempre una familia, pensó hacer otro tanto con la suya en Florencia, no por medio de las armas, sino ofreciendo á los ingenios nuevos atractivos y distracciones en las artes y ciencias, impulsando el comercio y manejando diestramente las intrigas políticas.

De este modo, sin subvertir la constitucion ni las leyes, fundaba la tirania de la riqueza. Habia producido el comercio una inmensa desigualdad de fortuna entre los ciudadanos, y los ricos se proporcionaban fácilmente admiradores, clientes, lo cual restringia la autoridad en un corto número de manos, aunque el gobierno popular seguia vigente. Hasta llegó Cosme á atribuir á cinco ciudadanos solamente el derecho de elegir la señoria.

Cosme tenia en su apoyo á Neri Capponi, hombre más diestro que él en el consejo, poseyendo el valor militar de que estaba desprovisto, y teniendo, por consiguiente, la confianza de los soldados de que aquél carecia. Sin dejar de ser su amigo, conservó Neri su independencia y dirigió los negocios más espinosos. Merced á estos dos ciudadanos, fué restablecida la tranquilidad en Florencia; pero la libertad le fué arrebatada, porque siempre que les placia obligaban al pueblo á decretar un poder despótico, á imponer tributos á los ciudadanos y á desterrar á aquellos que les molestaban. Al mismo tiempo se hacian adictos sus amigos, satisfaciendo sus pasiones, dándoles los empleos y los gobiernos, haciendo la vista

gorda respecto de los manejos de que se valen los seres viles que siempre están ligados á los poderosos.

Parecia que á la muerte de Neri debia engrandecerse aun más Cosme, en atencion á que ya no habia nada que pudiera contenerle; pero sucedió lo contrario, porque realmente habia perdido un apoyo. Con la intencion de humillarle sus adversarios abolieron los poderes discrecionales, é hicieron que la suerte decidiera de nuevo los miembros de la señoria: abandonóse el pueblo á trasportes de júbilo, como si hubiera recuperado su libertad. Pero nada perdió Cosme del influjo que habia adquirido, porque siempre habia usado de él moderadamente, y tambien porque los advenedizos, cuyos nombres estaban metidos para la eleccion en la urna, eran hombres á él unidos por intereses y relaciones de comercio, ó sujetos por gratitud y por esperanzas: por otra parte, no hallándose reconcentrados los empleos en un corto número de individuos, sus enemigos venian á ser menos temibles. Apercibiéndose, en fin, de su error, solicitaron el restablecimiento de la balia. Antes de consentir en ello Cosme, quiso darles tiempo para que se penetraran á fondo de los resultados de su inesperiencia (1458). Pero cuando Lucas Pitti fué nombrado gonfalonero, Cosme les dejó intentar la reforma deseada. Pitti ejercia, con ayuda del terror, una autoridad adquirida por la fuerza; á él se dirigian todos los pretendientes, todos aquellos cuya posicion no era buena; su casa era el punto de reunion de todas las personas de mala vida. Con los donativos voluntarios que se le hicieron, construyó el palacio Rusciano, y otro en la ciudad que se elevó majestuosamente sobre el *monte*, á la par que los Médicis conservaban en el *llano*, junto á la calle Larga, su habitacion, cuya hermosura no escluia la sencillez.

Retirado Cosme á aquella morada, aparecia más grande desde que debia sólo á su mérito personal su lustre. Fray Angélico, Pippo y Masaccio trabajaban á fin de hermosearla con sus pinceles: Donatello le aconsejó que reuniera allí las obras maestras antiguas: sus corresponsales no recibian de él solamente pedidos de mercancias y de dinero, sino que les encargaba además que se proporcionaran manuscritos, y enviaba espresamente personas para que sacaran copias de ellos: acogia á los literatos, especialmente á los que habian huido de Constantinopla; y fué fundada con los libros que habia reunido la biblioteca Lauretana. Colocó otra en la abadia que hizo construir á la falda del monte de Fiésola, otra en San Marcos de los Dominicos, que fundó, así como San Gerónimo, en Fiésola, San Francisco del Bosque en Mugello y San Lorenzo, además de Santa Cruz, de la Anunciacion, y San Miniato en los Angeles, cuyos arquitectos eran Felipe de San Brunellesqui, Michelozzo y otros artistas de los más célebres (15). Cosme habia dejado en Venecia muchas fundaciones piadosas; habia dotado á Jerusalen con un hospital, y á Asis con un acueducto: no es, pues, sorprendente que haya sido considerado en el extranjero como un gran príncipe, á la par que vivia como un simple particular en su patria. Seria imposible calcular sus riquezas. Era propietario ó tenia en arrendamiento todas las minas de alumbre de Italia, y pagaba por una sola, situada en Romaña, 100,000 florines al año. Hacia el comercio con la India por Alejandria, y no habia ciudad donde no tuviese una casa de banca. Prestó sumas considerables á Eduardo de Inglaterra, y adelantó dinero al duque de Borgoña. Teniendo á su disposicion todos los guerrilleros, y sabiendo que *el mundo no se gobierna con padres nuestros*, mantuvo el equilibrio entre las potencias de Italia, y en los treinta años que fué jefe de su república, sin hacerse tirano, añadió al territorio florentino Borgo Sansepulcro, Montedoglio, el Casentino y el valle de Baño. Durante esta calma se amortiguó el celo por la libertad: los florentinos así como los demás italianos, se habituaron á ver grandeza fuera de la política; y el artista, el literato, el rico negociante se dieron el parabien por verse libres de cargas que en otro tiempo habian esperimentado (16).

Tal era la situacion de su patria cuando murió Cosme (1461) en su casa de campo de Careggi, llorado por sus amigos á causa del bien que les habia hecho, por sus enemigos á causa de los males que tenian tan luego como no existiera quien podia tener á raya á los hombres poderosos. Con efecto, Lucas Pitti ejerció entonces la tirania, no teniendo otros obstáculos que la débil autoridad de Pedro, hijo de Cosme, débil de alma é inútil de cuerpo por estar tullido. Habian estado interesadas las familias de Florencia en sostener á Cosme en razon de los préstamos que les hacia siempre que tenian necesidad de ellos, sin aguardar siquiera á que se los pidiesen. Ahora bien, Pedro con el pensamiento de remediar el trastorno ocasionado á sus intereses mercantiles á consecuencia de considerables gastos, de quiebras y de la imposibilidad en que se encontraba de atender personalmente á sus operaciones, exigió el reembolso de sus capitales para emplearlos en tierras. Fácil es formarse una idea de la crisis que trajo esto por resultado: se le imputaron las quiebras que produjo esta demanda, y naturalmente se formó una comparacion triste de su avaricia y de la liberalidad de su padre. De resultas se resolvió quitarle su reputacion y el gobierno, y restablecer la

(15) Si hemos de dar crédito á Lorenzo el Magnífico, la casa de Médicis habia gastado desde 1434 al 74 en edificios y limosnas, 663,755 florines de oro, equivalentes á 32.000,000 de pesetas.

(16) Rousseau, que tuvo la idea de escribir la historia de Cosme de Médicis, decia á Bernardino de Saint-Pierre, era un simple particular que llegó á ser soberano de sus conciudadanos con hacerlos felices; sólo se elevó y mantuvo por medio de los beneficios.

libertad. Las maquinaciones de Lucas Pitti hicieron anular la *balia*, y debió decidir la suerte de las elecciones. Entonces fué proclamado gonfalonero Nicolás Soderini con grande alegria del pueblo. Republicano leal, aunque débil hasta lo sumo, tenia necesidad de ser guiado, lejos de saber guiar á los demás, como correspondia á su destino. La faccion del *Paggio*, como se llamaba á la de los Pitti, cifrando toda su esperanza en el desórden, le puso embarazos cuando emprendió reformar el Estado por las vias legales, y le dejó su empleo sin haber salido airoso en ninguna tentativa.

En esto Francisco Esforcia, el mejor amigo de los Médicis, exhaló el último aliento (1461), y Galeazo Maria solicitó que Florencia continuara pagándole el subsidio que satisfacia á su padre, como general al servicio de la república. El partido del Paggio se negaba á esta pretension y conspiraba con Buoso, duque de Módena, á fin de arruinar á los Médicis, y tal vez á asesinar á Pedro y sus dos hijos Lorenzo y Juan: pero los Médicis quedaron vencedores: fueron desterrados sus adversarios y se reanimaron las enemistades. Reunidos á los desterrados de 1434, se aprestaron á la guerra; no queriendo ayudarles Venecia abiertamente, dejó á Bartolomé Coleone, quien mandaba sus tropas, que se pusiera al sueldo de ellos, y se le incorporaron muchos pequeños señores de la Romaña.

Ligados los florentinos con Galeazo Maria y el rey de Nápoles en 1468, marcharon contra ellos, mandados por Federico de Montefeltro, señor de Urbino, discípulo de Francisco Esforcia: los dos ejércitos vinieron á las manos en Molinella, donde se hizo uso por primera vez de la artilleria ligera; y llegando á faltar el dia, se encendieron antorchas para continuar batiéndose. Permaneció indecisa la jornada: costó á la república florentina un gasto de 1.300,000 florines de oro; pero los desterrados se vieron obligados por no tener dinero á renunciar á la lucha, y á sujetarse á la decision de Pablo II, que intimó á todos los señores de Italia concluir la paz para dirigir sus armas contra los turcos, sin hacer no obstante ninguna estipulacion en favor de los desterrados. Encontráronse éstos, pues, así como sus amigos y parientes, en una condicion peor que antes con respecto á sus personas y bienes. Pedro, durante aquel tiempo, sujeto por las enfermedades, ignoraba las crueldades ejercidas por los suyos: no cesaba de recomendar la moderacion; pensaba hasta en llamar á los desterrados cuando murió (1469).

Lorenzo y Julian.—Lorenzo y Julian, sus hijos, *príncipes del Estado*, nombraron *cinco adjuntos*, con el derecho de elegir el consejo de los Doscientos. No fué ya una *balia* temporal para circunstancias urgentes, sino una dictadura permanente, con poder de hacerlo todo: castigar, desterrar, levantar impuestos. Los Médicis se encontraron de esta manera dueños del Estado, pudieron aprovecharse de las rentas públicas, sin contar las sumas que se les adjudicaba para conservar su favor, ó para comprar la impunidad de las malversaciones. Gobernaban, pues, como tiranos, deslumbrando la vista con la proteccion que concedian á los artistas y literatos.

Conjuracion de los Pazzi.—Entre las antiguas familias feudales, la de los Pazzi, del valle de Arno, brillaba en primera línea por su opulencia y nobleza. Cosme habia tenido la destreza de no ponerse en pugna con ella, la habia dejado entre los plebeyos, lo que la hacia admisible á los empleos; y Guillermo de los Pazzi se habia casado con su hija Blanca. Sin embargo las riquezas y la numerosa clientela de aquella casa, sobre todo cuando se alió á los Borromeos, causaron recelos á los Médicis: Lorenzo hizo, pues, dar por la *balia* una ley, que cambiando el órden de sucesion, escluia á los Pazzi de la herencia de sus nuevos parientes. Irritáronse estremadamente, y Francisco Pazzi, abandonando á Florencia, trasladó su casa de banca á Roma, donde Sixto IV le tomó afecto, y le hizo banquero de la Santa Sede.

El ambicioso pontífice meditaba entonces formar en la Romaña un hermoso Estado para los Riarios, sus sobrinos, despojando á los pequeños señores del pais. Lorenzo, que penetró sus proyectos, interpuso obstáculos ligándose con Venecia y Milan. Entonces, irritado Sixto IV, no pensó más que en derribar á los Médicis y apoyar á los Pazzi. Pero, como una guerra parecia incierta y peligrosa, se prefirió la via del asesinato. Urdieron, pues, los Pazzi una conjuracion con Gerónimo Riario y Francisco Salviati, que los Médicis no habian querido recibir como arzobispo de Pisa. Ambos príncipes fueron atacados en la iglesia de Santa Reparata durante la misa. Julian sucumbió, pero Lorenzo pudo defenderse. Sus asesinos fueron presos y muertos vergonzosamente. El arzobispo fué ahorcado de una ventana del palacio de la señoria, donde habia acudido para hacerse dueño de ella.

Las frecuentes conjuraciones en aquel siglo, y sus malos resultados, son un asunto de graves consideraciones. Los ciudadanos no habian depuesto aun las armas; eran un ejercicio y una diversion para la juventud noble, que después iba á pelear al servicio de algun señor. No se tenia tanto horror á la sangre como en el dia, acostumbrado sobre todo como se estaba ver á los tiranos derramarla á torrentes. La novedad de los gobiernos despertaba las malas pasiones, y los recuerdos de la libertad existian aun en el pais; pero no sucedia lo mismo con las desgracias con que iba acompañada. La mayor parte del pueblo se habia fácilmente sujetado á la dominacion de un príncipe que le proporcionaba el descanso y mayor seguridad; pero las familias nobles echaban de menos su perdida autoridad, y no podian sufrir que otro ejerciese la tirania, que ellas mismas hubieran querido ejercer. Por otra parte, el príncipe no estaba constituido sino en virtud de hecho; no estaba determinado

el órden de sucesion, y la autoridad no estaba regulada por leyes. Los magistrados comunales continuaban subsistiendo; pero no se ocupaban sino de administrar la justicia bajo la presidencia de un podestá elegido por el príncipe, y lo cumplian con más severidad que éxito. Consistia la ciencia rentística en sacar el más dinero posible, imaginando nuevas cargas; por lo demás, una especie de derecho de conquista pesaba sobre el pais, y este derecho no estaba limitado sino por el poder ó el carácter del soberano.

Con semejantes condiciones habia muchos descontentos, muchos pretendientes, muchas personas que no podian resignarse ni á la injusticia, ni aun á la justicia; y no se encontraban sino pocas personas interesadas en defender el órden público. De aquí resultaban frecuentes tentativas mal secundadas y de ilusorio y vergonzoso desenlace. Hemos visto que las dos conjuraciones de Milan fracasaron, después de las muertes que en ellas ocurrieron; otro tanto sucedió con la de los Pazzi. Los Canedoli en Bolonia, émulos del tirano Aníbal Bentivoglio, que antes los habia favorecido, le invitan á tener un niño en las fuentes bautismales, y se aprovechan de la ocasion para asesinarle; pero ellos tambien asesinados por los boloñeses (1488). Algun tiempo después, los Malvezi, conspiraron contra Juan Bentivoglio, no menos poderoso en Romaña que Lorenzo de Médicis en Toscana; fué descubierta su trama y fueron ahorcados ó desterrados. Ya hemos visto la sublevacion de Nicolás Rienzi en Roma, imitado pronto por Porcari; un poco después, tocará la vez á los barones en el reino de Nápoles. El florentino Bernardo Nardi ocupa á Prato, para proporcionar una plaza fuerte á los republicanos (1470); pero por no ser secundado, es cogido y ejecutado con otros varios. Nicolas de Este entra en Ferrara para recobrar allí la autoridad paterna (1476): como el pueblo no se declara en su favor, Hércules de Este se apodera de los rebeldes, y los hace ahorcar con el prior, en número de veinte y cinco. El mismo año Gerónimo Gentil quiere sublevar á Génova contra Milan, y es decapitado. Odon Antonio de Montefeltro es degollado en Urbino (1444) por la trama de un médico; Galeoto Manfredi es muerto en Faenza por su mujer (1489). Gerónimo Riario, señor de Forli y de Imola, sobrino y favorito de Sixto IV, que habia sido el alma de la conjuracion de los Pazzi, es asesinado á puñaladas en su palacio (1488).

Estos frecuentes atentados mantenian á los tiranos en la desconfianza y los hacian aun peores. Los horribles suplicios que imponian á sus enemigos personales, adquirieron una apariencia de justicia, como resultado de una defensa necesaria. Lorenzo no recurrió á ella; pero sus enemigos parecieron querer castigarle de no haberse dejado degollar. El papa, clamando contra el sacrilegio de aquellos que se habian atrevido á ahorcar un ungido del Señor, hizo marchar al momento, de concierto con el rey de Nápoles y con Siena, las tropas que estaban prontas á secundar la empresa, de la que no habia resultado más que vergüenza, y declaró la guerra, no á la república, sino á Lorenzo, *hijo de iniquidad, discípulo de perdicion.* Sorprendido cuando no lo esperaba, en atencion á que sus enemigos habian acaparado á los jefes de las bandas, viendo Lorenzo á la ciudad cansada y á las gentes timoratas conmovidas por el entredicho del pontífice, al paso que los aliados adelantan rápidamente, toma el partido de esponerse solo, como si hubiese querido hacer resaltar por su generosidad la cobardia de sus adversarios; y como pretendian no haber tomado las armas sino contra él solo, acude en persona donde estaba Fernando de Nápoles (17). Afectado el rey con tal

---

(17) Véase la carta que Lorenzo de Médicis dirigió á la señoria al salir para Nápoles.

«Ilustres señores: si no he hecho conocer de otra manera á vuestras señorias ilustrísimas, el motivo de mi marcha, no ha sido por presuncion, sino porque me parece que en las penosas circunstancias en que se encuentra vuestra ciudad, importa más hacer que decir. Juzgando, pues, que esta ciudad desea, y con gran necesidad, la paz, y viendo todos los medios insuficientes, me ha parecido que valia más esponerme á cualquier peligro, que abandonar á él á toda la ciudad. He resuelto, pues, con permiso de V. E. señoria trasladarme libremente á Nápoles. Como yo soy, en efecto, aquel que persiguen principalmente nuestros enemigos, tal vez podré, yendo á ponerme en sus manos, ser la causa de que se devuelva la paz á vuestra ciudad. Porque considero que de ambas cosas, una de ellas debe necesariamente acontecer; ó la majestad del rey ama realmente esta ciudad, como lo ha proclamado y como algunos lo han creido, tratando más bien de reconquistar nuestra amistad por este ataque, que privarnos de nuestra libertad; ó su majestad desea verdaderamente la ruina de esta república. Si su intencion es buena, no hay mejor medio para probarlo que ir libremente á entregarme en sus manos; y para obtener la paz me atrevo á decir que es el último recurso, como tambien para hacer, si se puede, más honrosas las condiciones. Si, por el contrario, la majestad del rey tiene la idea de arrebatar nuestra libertad, me parece que es bueno saberlo pronto, y más bien con detrimento de uno solo que de todos; ahora bien, tengo gusto en ser éste por dos razones: la primera, porque siendo aquel que persiguen principalmente nuestros enemigos, pueda más fácilmente hacer que se descubra el ánimo del rey, porque podria acontecer que nuestros enemigos no tratasen de otra cosa que de lo que fuese en mi daño. La otra razon es, que habiendo obtenido en la ciudad más honores y una posicion mejor, que no sólo no me convenia á mí, sino tal vez á ningun ciudadano de la época actual, me considero obligado á hacer por mi patria más que ningun otro, hasta esponer mi vida. Con esta buena disposicion marcho, porque Dios quiere tal vez que esta guerra que ha comenzado con la sangre de mi hermano y la mia, acabe tambien por mis manos. Deseo solamente que mi vida ó mi muerte, lo que pueda acontecer en el órden del bien ó del mal, sea siempre en ventaja de la ciudad. Seguiré, pues, mi proyecto. Si sale segun mi deseo y esperanza, me consideraré feliz en haber hecho el bien de mi patria, y al mismo tiempo conservar la existencia. Si debe sucederme

confianza, entró en negociaciones de paz (1481), lo cual obligó á los aliados á cesar las hostilidades; y en fin, asustado el papa con la proximidad de los turcos, absolvió á Florencia del entredicho.

Así como acontece después de abortadas las tentativas, el poder de Lorenzo se aumentó, y aun mucho más cuando consiguió concluir una paz por la cual consejeros y embajadores habian hecho vanos esfuerzos mucho tiempo. Confirióselo, pues, una autoridad de príncipe que empleó en consolidar su familia, no violando la constitucion sino dándole fuerza. Creó en su consecuencia la última *balia* para instituir una magistratura legislativa, que habia faltado hasta entonces. Debia estar compuesta de setenta miembros, sin contar los alféreces á medida que salian de su empleo, y ser consultada sobre todos los negocios públicos antes que las demás asambleas pudiesen deliberar. Fué además encargada de nombrar para los empleos y administrar el tesoro del Estado. Lorenzo dejó subsistir así las formas republicanas, pero supo convertirlas en un instrumento de dominacion. Los setenta dirigieron el gobierno con tranquilidad y gloria; pero dependieron enteramente del príncipe, que no teniendo que gastar por las diferentes magistraturas, empleaba las rentas públicas en sus operaciones comerciales, en seducir, comprar ó debilitar los antiguos republicanos.

Sin embargo, las guerras y magnificencias de Lorenzo habian agotado el tesoro (1490); en su consecuencia, se eligieron diez y siete reformadores que redujeron á la mitad el tres por ciento de interés de la Deuda pública; único medio que pudo salvar á los Médicis de una quiebra. El mismo Lorenzo no encontró ya conveniente continuar en el comercio; retiró sus capitales y los empleó en comprar tierras, lo cual disminuyó sus rentas y le separó de los ciudadanos que habian sostenido á sus padres. Aunque el nuevo gobierno establecido fué todo material y de especulaciones, procuró á Florencia la paz de que tanta necesidad tenia.

Toda la vida de la Toscana se habia reconcentrado en aquella ciudad. San Miniato, Volterra, San Geminio, Colle, Cortona y Santo Sepulcro, le estaban sometidas. Liorna, que se habia entregado á los genoveses durante la tirania de Bocicault, fué vuelta á vender á los florentinos por 100,000 florines. Arezzo, sorprendida por Enguerrando de Coucy, les fué tambien vendida por 50,000 florines; y tambien compraron de los Campofregoso á Sarzana, puesto avanzado de los genoveses. En Perusa el encarnizamiento de las luchas republicanas continuó entre las facciones de los Odi y de los Baglioni, hasta el momento en que aquella ciudad se encontró á su vez disputada entre los toscanos y pontificios. La nobleza rural desapareció, escepto los Farnesios, en las marismas de Siena y los Malaspinas en la Luigiana. Al vender Pisa á Juan Galeazo, Gerardo de Apiano se habia reservado la isla de Elba, Piombino los castillos de Populonia, de Suvereto y de Escarlino; comenzando de esta manera el principado de Piombino que ha durado hasta nuestros dias, así como la república de Luca.

Los maestros de la política florentina decian proverbialmente que era preciso mantener á Pisa con ayuda de las fortalezas, á Pistoya con la de los partidos; revelacion de los medios atroces que un concejo se creia en derecho de emplear para oprimir á otro (18) (1506). Gemia Pisa bajo un pesado yugo. Como quisiese levantar la cabeza sitiáronla los florentinos, redujéronla á las últimas estremidades y le robaron su independencia, sus riquezas, su poblacion (19); pero no pudieron arrebatarle sus recuerdos y su indignacion; así es que para estar más seguros los vencedores trasladaron á Florencia los principales pisanos; otros pasaron á servir á los guerrilleros, y la señora de los mares perdió toda su importancia y actividad.

Siena tiene una historia muy distinta de la de Florencia; pero á no haber nacido en sus muros, se halla uno sobrecogido de disgusto al seguir las amenazas reiteradas de que fué blanco por parte de los poderosos vecinos ó de los condottieri, y sus luchas intestinas, en que los partidos triunfan alternativamente, se persiguen uno á otro y debilitan de este modo sus fuerzas. Siena conservó, sin embargo, su independencia hasta el momento en que pereció la libertad de Toscana (20).

---

alguna desgracia, me afligiré ménos, pues que será para provecho de mi ciudad, como es necesario que esto sea. En efecto, si nuestros adversarios sólo tratan de apoderarse de mí, me tendrán con libertad entre sus manos; si tienen otra idea, se sabrá; y creo estar cierto que todos nuestros ciudadanos se sacrificarán por la defensa de nuestra libertad. De esta manera será defendida por la gracia de Dios, como lo ha sido siempre por nuestros padres. Marcho con este buen pensamiento y sin otra consideracion que la del bien de la ciudad. Ruego á Dios que nos dé la gracia de hacer aquello á que todo ciudadano está obligado con respecto á su patria, recomendándome humildemente á V. E. S. San Miniato 7 de diciembre de MCCCCLXXIX.

De V. E. señoria, bueno y obediente hijo y servidor.»

Lorenzo de Médicis.

(18) Existe en los archivos de Médicis una carta dirigida por los diez de la *balia* al comisario de Pisa, el 14 de enero de 1431, carta que termina en estos términos: «Todos piensan aquí que el medio principal y más activo que se puede emplear para la seguridad de esta ciudad, es limpiarla de ciudadanos pisanos. Hemos escrito esto tantas veces al capitan del pueblo, que estamos ya cansados. El último promovido nos ha contestado que no puede ser por las tropas, porque no se encuentra en armonia con su capitan *(cotignola)* queremos que sea con él para que todo sea bien entendido y que hagais de manera de *usar toda crueldad y todo rigor*. Tenemos fe en tí, y te invitamos á poner en ejecucion este sistema con prontitud, porque nada se puede hacer que sea más agradable á este pueblo.»

(19) No se contó en tiempo del recenso de 1551 más que 8,571 almas.

(20) Ana Paleólogo, viuda del último emperador de Constantinopla, arribó fugitiva, después del desastre de su patria, á la marisma, con muchos señores griegos. Pidió á

Lorenzo de Médicis mereció el renombre de *Magnífico* por el esplendor con que tuvo su corte, pudiendo ser nombrada de este modo su morada. Príncipe del Estado como lo era, era tratado por los príncipes como su igual. ¿Cuánto su ambicion no debia ser halagada, cuando desde lo alto de su quinta contemplaba aquella ciudad, bella por sus grandezas antiguas y modernas; donde Arnolfo, Orcagna, Masacio, habian atestiguado con obras maestras el renacimiento de las artes, y donde Bruneleschi habia construido el Espíritu Santo, la más bella iglesia, preparando en el palacio Pitti la futura residencia de los soberanos y colocado la maravillosa cúpula de la catedral; donde apenas le cedia en mérito Santa Cruz; donde Santa Maria la Nueva aparecia adornada y encantadora cual una novia; donde San Lorenzo habia sido concluido por Cosme al precio de 40,000 florines, y en el de 36,000 el convento de San Marcos, en el que ya resonaba una voz poderosa destinada á ser temida prontamente? *Esta ciudad es mia*, podia decirse con orgullo. Es cierto que sordos temores, que las amenazas de los republicanos resonaban aun en su oido, pero él los sofocaba bajo el canto de las musas familiarizadas, favoreciendo las bellas artes y las industrias útiles. Entonces «los mancebos más relajados que de costumbre, gastaban más de lo regular en trajes, festines y orgias semejantes; la ociosidad les hacia consumir en el juego y con las mujeres su tiempo y fortuna. Toda su ocupacion consistia en mostrarse con espléndidos trajes, y espresarse con talento y finura; y el que criticaba á los demás con más destreza era el más sábio y estimado» (MAQUIAVELO). Ofrecia Lorenzo con las pomposas mascaradas que daba ocupacion á los pintores y poetas, á los músicos, á los artesanos procurando distraccion al vulgo. Componia himnos para las personas piadosas, y canciones licenciosas en la época de Carnaval para las gentes vividoras. Llamaba á los florentinos al teatro restaurado para aplaudir allí el *Orfeo*. Por sus cuidados se habian traido flores nuevas del Oriente á su quinta de Careggi. Los búfalos pastaban yerbas desusadas que habian venido de la India (21). Aunque ya se encontraban por todas partes maestros, escuelas, bibliotecas é instruccion para la juventud, lo cual no hacia tan necesaria y honorífica como en tiempo de Cosme el patrocinio de las letras, Lorenzo se rodeó de sábios que hicieron florecer la universidad de Pisa, y que ensalzaron á porfia á su protector, hasta el punto de hacerle pasar por un grande hombre, tanto á los ojos de sus contemporáneos como á los de la posteridad.

Obrando de esta manera, dispuso á los ciudadanos á que sufriesen una dominacion más dura que la suya, destruyendo la vida interior y la energia de la voluntad. Habiendo conseguido uniformar las opiniones, hacer secretos los concejos y disponer arbitrariamente del tesoro público, pudo dedicarse á la política esterior y mantener el equilibrio de Italia, de modo que no pudiesen prevalecer los extranjeros. Después enfermó y dejó el cuidado de los negocios á sus dos hijos Pedro y Julian, para buscar en los campos, en los baños, un consuelo á incomodidades y dolores, en las doctas reuniones donde Ficinio le hablaba de Platon, y Lardino, Merula, Leoniceno y Calderino, de Horacio, de Ovidio, de Virgilio; donde Pulci le divertia leyéndole las aventuras de sus héroes, y Policiano celebrando los torneos dados al pueblo para separar su atencion de los negocios del Estado.

Lorenzo aseguró á sus hijos una fortuna estraordinaria; vió á uno que debia llegar á ser un dia Leon X, revestido con la púrpura á los catorce años; abrió nuevos caminos, fortificó á Florencia contra sus enemigos, y fué honrado por todos los soberanos, hasta por el Gran Señor y por el sultan. «Nadie murió, no solo en Florencia, sino en toda Italia, con mayor reputacion de prudencia, ni fué tan sentido de su patria.» (22)

Siena la cediese la aldea ruinosa de Monteagudo con su distrito, con intencion de reedificarla en cinco años, para residir allí con cien familias por lo ménos. Se convino, pues, en que la nueva aldea dependeria con su distrito del concejo de Siena, que tendria la guardia de la ciudadela, á escepcion de una puerta para que la emperatriz pudiese refugiarse en caso de necesidad; que juraria con los suyos fidelidad á la república de Siena; que ofreceria cada año á la catedral un cirio de ocho libras, y que pagaria durante diez años un tributo de cinco libras á la cámara de Bicherna. Las personas de su séquito, fueron autorizadas para tomar en Orbitello la sal para su uso á razon de diez sueldos el modio; se la concedieron dos campos, el uno para plantas de viñas, y el otro para pastos que pudiesen bastar para cien pares de bueyes. La emperatriz nombró dos oficiales griegos, encargados de administrar durante treinta años la justicia en esta colonia, tanto en lo criminal cuanto en lo civil, segun las leyes de los emperadores griegos, conformándose solamente en cuanto á las penas, á los estatutos de Siena, lo mismo que á los pesos y medidas del concejo. Los emigrados debian gozar de la exencion de gabelas en todo el distrito; y si alguno de ellos abandonaba el territorio de Monteagudo, la república se comprometia á indemnizarle de los gastos de construccion y utensilios que dejase. Este convenio fué aprobado el 28 de abril de 1474; pero el escrito que refiere este hecho, omitido por los historiadores y contra el que se suscitan muchas dudas, no dice lo que impidió dar consecuencia á un establecimiento que hubiera mejorado tanto aquellos desiertos insalubres.

(21) *Atque aliud nigris missum, quis credat? ab Indis,*
Ruminat insuetas armentum discolor herbas.
POLIZIANO, *Rusticus.*

(22) MAQUIAVELO, Policiano, ep. 2, lib. IV, describe circunstanciadamente la muerte de Lorenzo completamente cristiana y sin que aparezca ningun indicio relativo á la anécdota vulgar que se encuentra en la vida de fray Gerónimo Savonarola, publicada por Mansi (BALUZ. *Miscell.* tomo I, edic. de Luca): en ella se afirma que llamando Savonarola para que confesase á Lorenzo, le intimó á que restituyese á Florencia su antigua libertad, y que habiéndose este negado se marchó sin absolverlo, y murió privado de sacramentos. Tambien se le atribuye esta falta en los *Recuerdos históricos* de FELIPE DE CINO RINUCCINO, obra muy contraria á los Médicis.

CAPÍTULO XX

LAS DOS SICILIAS.

Roberto.—Aquel rey Roberto que durante su larga vida capitaneó el partido güelfo, aumentando estensamente su autoridad y nada sus dominios, trató de conquistar la Sicilia (1309), y auxiliada por sus aliados y por tropas de Provenza y del Piamonte, le atacó con cuarenta mil hombres, setenta y cinco galeras, tres galeones, treinta barcos de trasporte, treinta sagitarios, y ciento sesenta buques con puentes; pero primero la tempestad, y despues el clima hicieron abortar aquella espedicion sin que se renovase otra vez, porque esto solo hubiera servido para arruinar el pais. Lleno de celo á imitacion de su tio san Luis, construyó aquel príncipe la iglesia de Santa Clara, donde fué enterrado, y en la que su inmenso mausoleo recibió un epitafio muy lacónico (1). Obtuvo del sultan de Egipto que doce franciscanos estuviesen empleados en el Santo Sepulcro, lo que no ha cesado de ser desde aquella época. Sabio y protector de los doctos, hizo él mismo sufrir un exámen á Petrarca, cuando se trató de coronarle poeta; y otorgósele el sobrenombre de sabio por las oportunas leyes que dió al reino de Nápoles.

Deprimido el clero por los príncipes suabios, se habia engrandecido en tiempo de los angevinos, hasta el punto de sustraerse á toda jurisdiccion real. Autorizó Roberto á los magistrados, en caso de injuria y violencia, á que procediesen sumariamente, sin distincion de personas. Fué el primer ejemplo de los *conservatorios*, como se llamaban á las comisiones para juzgar especialmente á los que invocaban la proteccion real. Promulgó tambien cuatro *cartas arbitrarias*, ó rescriptos á los jueces, por los cuales concedia temporalmente ciertos poderes extraordinarios; como el de proceder de oficio en caso de crímen capital, injurias á los sacerdotes, á las viudas, huérfanos, y el de omitir las formas de costumbre para proceder contra las bandas de asesinos. A veces tambien se concedian estas facultades á cualquier baron que solicitaba la autoridad judicial.

Iba aumentándose el poder de los barones, ya porque Roberto se encontraba ocupado en otra parte, ya por condescendencia suya ó por procurarse los medios de recobrar á Sicilia. Formáronse, pues, una clientela en rededor de sus castillos, que se convirtieron en guaridas de malhechores. Como los débiles no se atrevian á citarlos á juicio, se permitian todos sus caprichos, volviendo á comenzar á guerrear por su cuenta; y las arbitrarias leyes del rey, así como las amenazas de la córte de Roma, quedaban sin efecto.

Juana I.—El estado de aquel reino fué mucho peor después de la muerte de Roberto. Habia destinado por esposo de su heredera Juana, como nacida del hijo que habia perdido, á Andrés, hijo de su hermano mayor Caroberto, rey de Hungria, á quien hizo educar en Nápoles, con el objeto de que se modelase á las costumbres de sus futuros súbditos, y que pudiese conquistar su afecto. Vanas fueron sus precauciones. Cuando ambos esposos le sucedieron en el trono, Juana iba á cumplir diez y seis años (1343), su marido era más jóven que ella de algunos meses. La magnificencia de su palacio no tuvo igual en Europa. La reina Sancha de Mallorca, viuda de Roberto; Catalina emperatriz de Constantinopla; Margarita de Tarento, reina viuda de Escocia, tenian otras tantas córtes en Nápoles. Maria, hermana de Juana, casada secretamente con Cárlos Durazzo brillaba por su hermosura y talento; Inés de Perigord, madre de aquel señor, completaba el círculo real, en el que todos hacian ostentacion de lujo, fiestas, refinamientos

(1) *Suscipe Robertum regem virtute refortum.*

de galanteria, y donde todo, añadiremos, eran peligros para la hermosa y frágil Juana. Su esposo Andrés, no habia sabido despojarse de las groseras costumbres del madgyar, y pretendia reinar, no por los derechos de su mujer, sino por el suyo propio y en calidad de heredero del trono. Resultó de ello que la córte y el reino se dividieron en dos facciones (2).

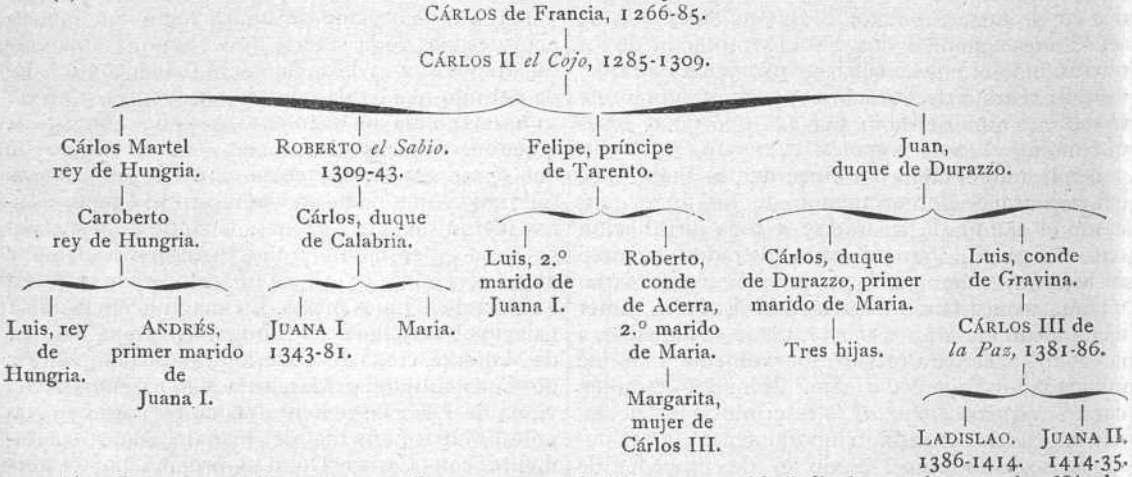
El partido húngaro se aumentó con el favor del papa y la indiferencia de Juana. Entregada enteramente á sus diversiones, de las que no queria la distrajesen los negocios, asoció lo esquisito de la civilizacion italiana, pulida y literata, á las pompas de Alemania y de la Provenza; haciendo alternar los sonetos de Petrarca y las novelas de Bocaccio con los juegos florales, los torneos y las córtes de amor. Fray Roberto, que habia sido el preceptor de Andrés, y ejercia gran influencia sobre la reina, engañaba á ambos partidos para permanecer árbitro del reino (3).

Andrés, que se encontraba incómodo en medio de las costumbres de la córte, irritado además por los amores de Juana con Luis de Tarento, quiso ser consagrado antes de cumplir los veinte y dos años fijados para ello por el rey Roberto; y en su coronacion hizo enarbolar horca y cuchilla, como para significar que usaria de ella contra sus adversarios. Cuando se quiere obrar, no se debe amenazar. Los que tenian motivo para temer su cólera, urdieron una conspiracion, á cuya cabeza se hallaba el conde Artusio, hijo natural del rey Roberto, y la catanesa Filipina, confidenta de la reina. Si Juana no consintió en la muerte de su esposo, al menos no puso obstáculo; y Andrés despues de haber sido estrangulado, fué arrojado por la ventana del palacio (20 agosto de 1345). Nadie trató seriamente de vengarle: sólo el papa intimó á Beltran de Balzo, gran justicia del reino, proceder contra los culpables; y la reina no pudo impedir que los cómplices del asesinato fuesen ahorcados y quemados. No por eso dejó de tener la desvergüenza de casarse con el duque de Tarento, y escribir á Luis el Grande de Hungria, su cuñado, para escusarse, protestando su inocencia. Su respuesta fué: «Tu modo de vivir sin pudor, el poder real que has conservado, tu negligencia en castigar el crímen, las escusas que te has apresurado á dar sin exigírtelas, prueban tu complicidad y participacion en el asesinato. Nadie puede escapar de la venganza de Dios y de la de los hombres.» Pidió al papa que la declarase indigna del trono, y darle él la investidura del reino de Nápoles, al paso que se preparaba á ir á hacer justicia al frente de un ejército.

Púsose en efecto en marcha seguido de tropas mercenarias (1347); aunque el papa habia tenido en las fuentes bautismales un hijo póstumo de Andrés, trató de persuadirle que dejase el litigio á su tribunal. Llegaron á las manos; para impedir Juana que los sicilianos hiciesen causa comun con los húngaros, celebró la paz con ellos garantizándoles una independencia absoluta; pero abandonada por los suyos, huyó á Provenza; Cárlos Durazzo, considerado como su cómplice, fué decapitado y otros varios con él. Después de haber colocado Luis á los húngaros en los diferentes gobiernos, y dejado por regente á Esteban Laszk, príncipe de Transilvania, volvió á sus Estados (1348).

Disgustados pronto los napolitanos con tener por señores á estranjeros, volvieron á llamar á Juana, que, declarada inocente por el papa, le vendió Aviñon por 80,000 florines. Asalarió tropas con el dinero que se procuró empeñando sus alhajas, y recobró sus Estados, escepto algunos castillos.

(2) GENEALOGIA DE LAS CASAS DE ANJÚ Y DE DURAZZO.



(3) Petrarca, que vió entonces aquella córte, ruega al cielo preservar á la Italia de semejantes males. Nápoles es á sus ojos una Meca, una Babel, donde Cristo es insultado, donde no hay fé, justicia, ni piedad; los que la dominan son Falaris, Dionisios y Agatocles. Habla particularmente en contra de fray Roberto, á quien trata de puerco, de fraile andrajoso, de intrigante y orgulloso.

Pero intrépidamente frívola en medio de tantos peligros, continuó entregándose á los placeres, al paso que se formaba la tormenta en su rededor. Volvió Luis á la carga con un numerosa tropa de húngaros todos á caballo, teniendo por única defensa una triple almilla de cordoban, sin más armas ofensivas que un arco y una larga espada; los caparazones de sus caballos servian por la noche de cama y de cobertor al ginete, cuyo alimento consistia en carne seca, triturada y cocida. De esta manera es como habian hecho la guerra á los búlgaros, á los rusos, á los tártaros y á los servios en las abiertas llanuras donde abundaban los pastos. Pero los italianos destruian todas las subsistencias, ó se encerraban en las plazas fuertes, y los hacian de esta manera consumirse por falta de forrajes. No por eso dejaron de asolar el reino, y se apoderaron casi enteramente de él, escepto de Gaeta, donde se habian refugiado Juana y su esposo. Pero viendo Luis sus tropas diezmadas por el hambre y la peste, y habiendo espirado el tiempo del servicio feudal se decidió á concluir una tregua á condicion de que el papa haria que se instruyese el proceso de Juana, y que el reino, en caso de ser reconocida culpable, volveria al rey de Hungria; en el caso contrario, le cederia éste las plazas de que era dueño, mediante 300,000 florines.

Con objeto de evitar un proceso, probó Juana con ayuda de declaraciones prestadas bajo la fe del juramento, que un filtro la habia apartado de amar á Andrés: en su consecuencia, declaróse que no se le podia imputar el asesinato de aquel príncipe (1352). Restablecióse de esta manera la paz; Juana volvió á Nápoles, y Luis de Tarento fué coronado. ¿Pero qué podian hacer en un reino destrozado por las facciones, donde los barones no querian deponer las armas que habian empuñado en el último conflicto? Hasta llegó el caso de que los descontentos atrajesen al pais la banda del conde Landau, que hizo temblar á amigos y enemigos. No se pudo licenciarla sino imponiendo contribuciones estraordinarias, y suspendiendo el tributo debido al papa, de lo cual se aprovechó para poner el reino en entredicho. Luis de Tarento, que no era más que un frívolo galante, murió á la edad de cuarenta y dos años (1362). Entonces Juana se casó á instancia de los barones con Jaime de Aragon, rey titular de Mallorca, pero manteniéndole separado de toda autoridad; hasta vivió la mayor parte del tiempo en España, y terminó sus dias sin haberla hecho madre.

Juana tenia entonces cincuenta años; todos sus hijos habian muerto; su hermana Maria, que á ejemplo suyo se habia desembarazado de su marido, no habia dejado más que tres hijas. Designando Juana á Margarita, una de ellas, para sucederle, la casó con Cárlos Durazzo, hijo de aquel que habia sido decapitado y que se atribuia algunos derechos á la corona angélica de Hungria. Intimas relaciones entre él y Luis el Grande causaron recelos á Juana, que resolvió al momento casarse con Oton de Brunswick (1376). Como después contribuyó favoreciendo á Clemente VII á hacer estallar el gran cisma de Occidente, Urbano VI la escomulgó é incitó contra ella á Carlos Durazzo, llamado de la Paz. Entonces instituyó la reina por su heredero á Luis de Anjú, hijo de Juan II de Francia (1380), y Clemente VII erigió en su favor el nuevo reino de Adria, compuesto del Estado eclesiástico, menos el patrimonio de San Pedro y la campiña de Roma.

Cárlos III.—La muerte de su padre le impidió pasar los Alpes (1381). Sin embargo, coronado Cárlos en Roma por Urbano VI, que no contento con prodigarle los tesoros de la Iglesia, habia enajenado por él hasta sus posesiones territoriales, entró en el reino. Irritado el pueblo con que Juana hubiese adoptado un príncipe francés, ó más bien sublevado por los manejos de Cárlos, se apoderó de la princesa; y á la noticia de que Luis de Anjú se adelantaba á libertarla, fué estrangulada (1382). Así pereció aquella reina, que después de una juventud vituperable, habia mostrado generoso carácter, franqueza y bondad.

Luis hubiera querido dominar en Provenza para recoger allí la porcion más sólida de la herencia; pero el papa le impulsó á Italia, donde tomando el título de rey, continuó durante dos años la guerra contra Cárlos de la Paz. Su adversario tenia cuidado de evitar los combates, con la esperanza de que las enfermedades acabarian por debilitar al ejército, los caballos y el tesoro de Luis. En efecto, los mejores caballeros tenian asnos por cabalgaduras. El duque, que después de haber vendido su vajilla, alhajas y hasta su corona, estaba reducido á ponerse un harapo desteñido encima de su coraza, murió de la fiebre en Bari; los que no perecieron se volvieron pidiendo limosna y robando. Libertado Cárlos de su principal enemigo, rompió las hostilidades con Urbano VI por haber negado al sobrino del pontífice el principado de Capua, y otras posesiones que le habia prometido en la época de su coronacion. De aquí procedió una guerra y escandalosas escomuniones que turbaron su reinado, hasta el momento en que llamado á Hungria por una faccion, fué muerto allí á traicion.

Ladislao.—Su hijo Ladislao, de edad de doce años, fué proclamado rey; el partido francés por su parte saludó con el mismo título á otro niño, Luis II, hijo del duque de Anjú; y Maria de Blois, su tutora, arrebató á Ladislao casi toda la Provenza. Descontentos los napolitanos con Margarita, viuda de Cárlos, que ejercia la regencia, y con la avaricia de sus favoritos, se sublevaron tambien en favor de Otton de Brunswick, viudo de Juana, y que hechura de Clemente VII, se apoderó de Nápoles en nombre del príncipe angevino. En medio de este conflicto, la mayor parte negaron la obediencia á los dos pretendientes, fueron escomulgados ambos por el papa, y el reino cayó en la anarquia. Coronado Luis II en Aviñon, fué acogido en

Nápoles entre aclamaciones (1391), pero no por eso dejó de verse en precision de abandonar el trono á Ladislao.

Este príncipe, que habia crecido en medio de los peligros y de las guerras civiles, se habia acostumbrado á las intrigas, al mismo tiempo que su valor se desarrollaba con la edad; tan pérfido en política y más ambicioso que Juan Galeazo, se habia propuesto por objeto renovar la gloria de Federico II, y decia: *O César ó nada*. Después de haber obtenido la corona de Hungria y domeñado á sus enemigos, se aprovechó de las turbulencias escitadas por el gran cisma para ocupar á Roma, de donde se declaró rey (1408). Atentos los florentinos á impedir á todo potentado el dominar en Italia, no quisieron reconocerle; asalariaron contra él á Braccio de Montone y favorecieron á Luis II, que coronado en Aviñon, pasó los Alpes con los socorros que le proporcionó el papa. Ondearon las flores de lis á la cabeza del ejército, y los florentinos reunidos á los sieneses se apoderaron de Roma. Venció Luis á Ladislao en Rocaseca; pero escaso de dinero vió al vencido comprar todos sus soldados, y se vió precisado á retirarse vergonzosamente (1411). Mediaron entonces los florentinos entre el rey y el papa para hacerle firmar la paz; pero Ladislao se aprovechó de la primera ocasion para invadir de nuevo á Roma. Disponíanse los florentinos á volverla á recobrar, cuando fué atacado de una terrible enfermedad atribuida al veneno ó á filtros; presa de tiempo en tiempo de accesos de rabia, durante los cuales se entregaba á atroces crueldades, concluyó por morir á la edad de cuarenta años en los trasportes de un verdadero frenesí (1414).

Juana II.—Mayor que él de tres años, su hermana Juana II le sucedió. Deforme y voluptuosa, fué el juguete de indignos favoritos. Jacobo II de Borbon, conde de la Marca, con quien contrajo matrimonio, queriendo ser rey de hecho y no en nombre, la puso en prision é hizo aplicar el tormento al gran senescal Pandolfello Alopo, su amante. Los barones y el pueblo, indignados al ver á su reina tratada como una esclava, la arrancaron de manos de sus carceleros, y Jacobo se vió reducido á sufrir humillantes condiciones: vióse á su vez aprisionado; después se fué, cuando estuvo libre, á morir en un convento. Con él fueron arrojados los franceses de todos los empleos que pasaron á los italianos; y el señor Giani Caracciolo fué investido con toda la confianza de la reina.

Lleno de habilidad y prevision, amado del pueblo que le agradecia proveyese á su subsistencia, hubiera dominado arbitrariamente si no hubiese encontrado la oposicion de Atendolo Esforcia, padre del que fué duque de Milan. Gran guerrero no menos que habil político, esperimentó diferentes alternativas en el favor de los reyes de Nápoles, pasando de la carcel al gobierno, del mando á las cadenas, hasta que se resolvió en union de su partido á hacer la guerra á Caracciolo; pero viendo que sucumbia en tal empresa, no vaciló en despertar las antiguas parcialidades de los Durazzo y los Angevinos, que debian ocasionar al pais tantos desastres y una servidumbre extranjera de tan larga duracion.

Dirigióse Esforcia á Luis III, sucesor de Luis II de Anjú, invitándole á reivindicar sus derechos, y nombrado virey por este príncipe, reunió un ejército, y Luis se presentó personalmente con una escuadra; pero tuvieron que combatir por tierra con Braccio de Montone, capitan de aventureros, y por mar con Alfonso, rey de Aragon y de Sicilia, á quien adoptó Juana. Luis, privado por su habil enemigo de la amistad del papa y del amor venal de Esforcia, se alejó después de sufrir una completa derrota; pero Alfonso, no pudiendo tolerar la arrogancia de Caracciolo ni las tramas que urdía para suplantarle, le mandó prender. Llena de susto Juana, se encerró en el castillo de Capuano (1423), desheredó á Alfonso en favor de Luis III y llamó en su ayuda á Esforcia, quien no la salvó sino con gran trabajo. Entretanto Alfonso se vió obligado á dirigirse á Aragon, y ella logró recuperar su capital, merced á los auxilios que la proporcionaron Génova y Felipe Maria Visconti, y Braccio, la mejor espada de aquel tiempo después que Esforcia, que se habia ahogado en el rio Péscaro, derrotado y herido se dejó morir. Juana, por caprichos amorosos que aparecian más ridículos á causa de su edad, se indispuso con Caracciolo, y los enemigos de éste, habiendo logrado prenderle, se apresuraron á darle muerte, no dejando á la reina otro consuelo que el de mandar que se le hicieran magníficos funerales.

Tambien Luis III habia terminado sus dias sin dejar hijos. De consiguiente, Juana designó por su heredero á Renato, hermano de este príncipe, y murió á la edad de sesenta y cuatro años (1435). Con ella se estinguió la primera casa de Anjú que duró en el trono ciento sesenta y ocho años. Las adopciones caprichosas de Juana costaron guerras sin cuento á la Francia y á Nápoles, quienes para disputarse aquella preciosa corona, se apoyaban en los versátiles antojos de una mujer. Entonces la Calabria fué reunida á la Sicilia, sin consideracion á los derechos de Renato.

Sicilia.—Hemos visto como esta isla habia tocado en el reparto á Federico I (ó II de Aragon), quien la defendió contra los Angevinos; pero desleal á los compromisos que habia adquirido respecto de la Sicilia, jurados al tiempo de coronarse (1296), no supo sostener la revolucion generosa de sus nuevos súbditos, y suscribió á una paz deshonrosa. Sin embargo, habia restablecido el órden en la isla, dándole ó permitiéndole que se diera sábias instituciones. A fin de restablecer la tranquilidad interior, licenció á las bandas de aventureros catalanes que fueron con Roger de Flor á buscar fortuna á Grecia (pág. 237), y para recompensar después á la nacion que le habia elegido en el acuerdo de una voluntad enérgica, res-

tringió voluntariamente los derechos de la monarquia.

Habia perdido el clero mucho de su crédito á consecuencia de la lucha que Sicilia se habia visto en la necesidad de sostener con la corte de Roma. Los Angevinos habian aspirado más bien á granjearse la voluntad de los barones que la de las ciudades, con las cuales no se podian estipular tratados secretos. Halagados con la idea de que sus fuerzas eran necesarias para apoyar la eleccion, se poseian los barones de arrogancia, desplegando una estraordinaria pompa en sus vestidos, en sus recepciones, en las ceremonias esteriores. Alentados por el ejemplo de la nobleza aragonesa, tan rica en privilegios, se rodeaban de clientes y *adictos*, que se obligaban por juramento á proteger sus intereses. No ya los méritos, sino el nacimiento, era el que conducia á las más altas dignidades. El gran justicia, el gran camarlengo, todos los comandantes de mar y tierra eran elegidos entre los barones. Anteriormente habian obtenido que no se sacara ningun género al mercado hasta haber vendido los suyos: además, se necesitaba que los vasallos se atuvieran á las medidas adoptadas por cada uno de ellos para el pago de sus censos. Poco contentos con estas ventajas, alegaban todos los dias nuevas pretensiones respecto del rey, de tal manera, que Federico, que juntaba la fuerza á la dulzura, apenas conseguia reprimirlos. A fin de refrenar la codicia de los magistrados en el campo, limitó su jurisdiccion y su autoridad. Fué dividida la isla en cuatro valles en lugar de dos, y nombró muchos jueces subalternos que dependian de cuatro grandes tribunales de justicia. Al mismo tiempo que ponia bajo la dependencia del director de rentas (*magister secretus regni*) secretarios especiales, instituidos en Palermo, en Mesina, en Catania y Siracusa, Federico redujo á una especie de magistratura comunal á los señores jurados, instituidos por Cárlos de Anjú, á razon de uno por ciudad para inspeccionar los actos de la justicia del rey, de los nobles y del clero. Tambien confió á los municipios el nombramiento y la inspeccion de muchas magistraturas de institucion real en otro tiempo, sobre las cuales era imposible fijar la vista desde lejos, no reservando á la corona más que el nombramiento de primer juez en cada localidad. Igualmente dividió, en cuanto le fué posible, las diferentes ciudades, de modo que formaran muchos cuerpos independientes, que hacia más débiles el aislamiento contra la real prerogativa.

Así llegó á desarrollarse la organizacion por municipios que los Staufen habian impedido en Sicilia, y pudo en lo sucesivo poner trabas á la autoridad del soberano. Un bailío, algunos jueces y jurados constituian el consejo municipal, que en ciertos casos convocaba un número mayor ó menor de consejeros mercaderes y ancianos. Fueron escluidos los nobles de los cargos municipales, á lo menos en las ciudades reales, y aconteció lo propio más tarde respecto de sus adictos; la corporacion vecinal y el cuerpo aristocrático se hallaban separados de esta suerte y opuestos el uno al otro. Federico permitió á los nobles vender é hipotecar sus feudos sin necesidad de obtener el real consentimiento, con tal de que no fuera en favor del clero, y á condicion de pagar la décima parte al fisco del valor en que fueran enajenados, y de sujetar al nuevo poseedor á las mismas obligaciones á que estaba sujeto él antes. Esta, que parece una concesion arrancada por la necesidad, era una de las medidas más oportunas que se podian adoptar para llegar á disminuir las propiedades y hacer que circulasen las riquezas, cuya acumulacion ponia trabas al ejercicio del poder.

En la necesidad en que se encontraba el rey Jaime de ganarse el afecto de los sicilianos, habia eximido de contribuciones á concejos enteros. De este modo habia empobrecido las rentas, cuando una interminable guerra hacia sentir más vivamente la necesidad de dinero. Mucho trabajo costó á Federico conseguir que rindieran más productos. Para este objeto hizo que votaran los parlamentos nuevas contribuciones, y llamó á ellos constantemente, en union de los prelados y de los barones, á los síndicos de las ciudades, representantes del pueblo que formaban un tercer *brazo;* así imitaba además del nombre algunas de las formas de la constitucion aragonesa. Revestido el rey con las insignias de su dignidad, abria la asamblea con un discurso dirigido á los tres brazos: los prelados y los barones estaban sentados á los dos lados del trono, los síndicos de las ciudades enfrente, y cada uno de los brazos deliberaba por separado. La primera asamblea celebrada en Catania, en que fué elegido Federico (1296), decidió la union perpétua del parlamento, y sujetó al clero á contribuir á las cargas públicas de todos aquellos bienes que no estuvieran especialmente afectos al culto.

No obstante, la renuncia hecha por Cárlos de Anjú á aquel derecho de la monarquia siciliana, en virtud del cual habia conferido Urbano II al rey Roger II la autoridad del legado pontificio, fué recuperado por los príncipes aragoneses (4).

De consiguiente, salió Sicilia en su revolucion con una organizacion monárquica, única en Italia; y hay que agradecer que mantuviera la tranquilidad y la justicia en tiempos tan borrascosos, sin recurrir á la opresion. Pero desde este instante empieza la decadencia de la isla y del interés de la aristocracia; el órden público no fué el objeto que se propusieron los estatutos parciales. Los nobles, á quienes los príncipes suabios habian tenido á raya, adquirieron tanta arrogancia en la guerra que sucedió á las Vísperas sicilianas, que pretendieron en tiempo de Pedro III hacer hereditarias las más altas funciones: cada casa se hizo en union de la

(4) GREGORIO.—*Consideraciones sobre la historia de Sicilia;* Palermo, 1816.

masa vecinal centro de las facciones, que llegaron á luchar en guerra abierta bajo las denominaciones de los Alagona y de los Chiaramonte, de los Palizzi y de los Ventimiglia, y cada uno de estos jefes tenia sus prosélitos y su bandera.

Federico el Simple.—Estas luchas se hicieron más encarnizadas en tiempo de Luis, que sucedió á su padre á la edad de cinco años, y en tiempo de su hermano Federico II ó III, que no tenia más que trece (1355). De aquí resultó desmoronarse todo el edificio, y no quedar gobierno central propiamente dicho. «Aumentóse de tal manera el furor de los partidos, que donde quiera que se encontraban, se mataban sin misericordia como fieras, en medio de asechanzas y de traiciones, empleando recíprocamente las facciones el hierro y el fuego para devastar los dominios de la contraria. Quedó en tanto abandono el cultivo de los campos, y se consumieron tan completamente los productos recolectados, que aquella isla que poco antes abundaba en toda clase de subsistencias, fué reducida por el hambre y la miseria á ver á gran número de sus habitantes emigrar por familias á otros paises.» (5) Pareció aquel momento favorable á los reyes de Nápoles, que habian disimulado sus pretensiones sin renunciar al propósito de hacerlas valer un dia: Juana I ocupó á Mesina con la promesa de declararla capital de Sicilia (1350); Chiaramonte y Ventimiglia se pusieron de acuerdo para recuperarla, y los reyes de Nápoles consintieron en la paz á condicion de que la isla se declarase tributaria suya.

Martin II.—Federico II habia establecido al estiló sálico el método de sucesion por agnados (1277) escluyendo á las hembras de la corona. Pero el papa autorizó á Maria, única heredera de Federico III, para ser su sucesora. En un principio se opuso Pedro de Aragon á este convenio: después consintió en que Martin su sobrino se casara con esta princesa, mas como ambos murieron sin dejar hijos, el padre del esposo, el anciano Martin, exrey de Aragon les sucedió en el trono. Así cayó Sicilia en la condicion desgraciada de una provincia (1391), lo cual se prolongó por espacio de tres siglos. Deplorables tiempos en que el papa y los reyes napolitanos no cesaban de fomentar discordias ya inevitables en la constitucion del reino, y que continuaban agitándole aun después que la libertad habia perecido.

Entre los barones se hallaban en primera línea las familias de los Chiaramonti y de Alagona, la primera inclinada á los italianos, y más popular de consiguiente; la segunda adicta á los españoles. Pero la faccion *latina* y el partido *catalan* tiranizaban el pais á porfia, apoderándose de las rentas del Estado, de la administracion, de la guerra, de la justicia. En vez de mejorar su organizacion municipal, se hallaban dominadas las ciudades por los nobles, que elegian los magistrados y colocaban en el puesto de capitan real, ó bien le espulsaban, á algun baron de su partido, y últimamente las convertian en alquerias de sus propiedades. Martin aspiró á restituir energia al poder monárquico. Pero, olvidando los nobles sus enemistades, se ligaron en Castronovo, estipulando prestarse recíprocamente ayuda, sin contar que estaban apoyados seguramente por el papa. Obligado entonces Martin á entrar en negociaciones con ellos, se esforzó por poner las cosas bajo el pié antiguo, por recuperar las rentas enajenadas, por proporcionar al pais alguna fuerza dándole un cuerpo armado permanente, de trescientos soldados con celadas y cascos, de los cuales ciento eran sicilianos y los demás estranjeros.

Apenas comenzaban estas mejoras á producir algun efecto (1412), cuando estallaron nuevas turbulencias. A la muerte del rey Martin II, levantaron los partidos la cabeza; y Mesina, recordando sus antiguos esfuerzos, sacudió el yugo estranjero para prometer fidelidad al papa Juan, que declaró depuestos á los aragoneses, por no haber pagado nunca el tributo á la Santa Sede. Pero lo que desagradaba al pueblo, convenia á los barones; ayudaron, pues, á los que le hacian la guerra, hasta el momento en que habiendo ascendido al trono de Aragon Fernando de Castilla, fué reconocido por todos como rey legítimo.

Alfonso el Magnánimo.—No fué siquiera á visitar la isla, y si Alfonso V (ó I), que le sucedió, acudió allí (1416), fué únicamente para disimular sus designios sobre la Córcega y el reino de Nápoles. Pretendíase heredero de aquella corona por adopcion de Juana II; pero Renato, hermano de Luis III, se apoyaba en el mismo título. Dividiéronse, pues, los naturales entre los dos pretendientes, que se dispusieron á merecer el trono, haciendo al pais el mayor daño posible. Sitió Alfonso á Gaeta, defendida por los genoveses, y la redujo á la última es-

(5) Villani, que se espresa en estos términos en el libro II, capítulo 61, añade este hecho en apoyo:

«Un catalan, que tenia un castillo, indujo á sus compañeros á entrar en negociaciones con un conde de Ventimiglia, que en su deseo de ser señor de aquella plaza, entró allí, sobradamente confiado en el pacto que se habia hecho, con ciento cuatro hombres, aunque creia le siguiese mayor número. Pero no bien estuvieron dentro, se cerraron las puertas por los traidores, quienes hicieron prisioneros al conde y á los suyos. Aun cuando entre aquel número se contaban hombres que hubieran querido rescatarse por dinero, y era bueno conservarlos para las eventualidades de la guerra, se entregó á toda su crueldad el alma feroz de aquellos catalanes. Despojando inmediatamente á los infelices prisioneros, les ataron así desnudos las manos á la espalda, les hicieron subir unos tras otros á las almenas de la torre más alta del castillo, y los arrojaron sin piedad desde aquella altura al fondo del precipicio, donde sus pobres cuerpos fueron despedazados por la violencia de la caida contra las fragosidades de las rocas. Solo al conde se le conservó la vida, no por un impulso de humanidad, sino por el deseo de obtener en cambio de salvarle la cabeza, un castillo que poseia en las inmediaciones del de sus bárbaros enemigos.»

tremidad; pero como acababan de hacer salir á los niños, mujeres y ancianos, respondió á los que le aconsejaban rechazarlos, con objeto de rendir la ciudad por hambre: *Prefiero no tomar á Gaeta que renegar de la humanidad!* Acogiólos, pués, y los sustentó. La flota de Génova, que obedecia entonces á Felipe Maria Visconti, derrotó la de Aragon, cerca de la isla de Ponza (6) (1435), é hizo prisionero al mismo rey, que fué enviado á Milan con dos de sus hermanos y un centenar de barones entre españoles y sicilianos. Este Alfonso habia leido catorce veces la Biblia con los comentarios y la citaba á cada paso; oia todos los dias tres misas, dos rezadas y una cantada, sin dejar de hacerlo por nada del mundo; asistia á las solemnidades religiosas de rodillas, con la cabeza descubierta y sin apartar los ojos del libro; el jueves Santo lavaba y besaba los piés de los pobres; todas las noches se levantaba para rezar el Oficio Divino; ayunaba todas las vigilias y todos los viernes, absteniéndose de comer pan, acompañaba al Viático á casa de los enfermos (7). Unia á un alma elevada maneras tan nobles y seductoras, que el mismo helado corazon de Felipe Maria fué seducido por esto. Persuadióle el príncipe aragonés que era importante para él no dejar á una casa francesa poner el pié en la Baja Italia; y no sólo le devolvió Visconti la libertad sin rescate, sino que le procuró tambien los medios de recuperar aquel reino.

El otro rey de Nápoles, Renato, se encontraba tambien prisionero del duque de Borgoña. Pero cuando recobró su libertad, los dos competidores comenzaron una guerra donde ostentaron valor y generosidad. Renato, señor de un corto pais, no hubiera podido, con solo el apoyo de un papa desterrado, sostenerse contra Alfonso, sin las bandas de Jacobo Caldora, duque de Bari, que habia reunido las tropas abandonadas por el rey Ladislao, y desde la muerte de Braccio y Esforcia, pasaba por el primer capitan de la época. Asi fué que cuando murió, y su hijo se indispuso con los Angevinos, la causa de los príncipes franceses se perdió. Alfonso, por medio de un conducto subterráneo, que descubrió, penetró en Nápoles por aquella salida. Renato, que se habia hecho amar en el pais, se retiró á Francia. Hizo Alfonso su entrada triunfal en Nápoles, con una corona en la cabeza y cinco á sus piés, aludiendo á sus demás reinos de Aragon, Sicilia, Córcega, Cerdeña y Mallorca. Los nobles españoles y los señores napolitanos de su partido fueron recompensados á espensas de sus adversarios. Aunque entregándose á los placeres en una córte voluptuosa, y al mismo tiempo al estudio, tomaba una parte muy activa en los acontecimientos que agitaban á la Italia. Tito Livio era su autor favorito, y tenia frecuente trato con Jorge de Trebizonda, Valla, Filelfo, el Panormitano, Manetti, Aretino, Decembrio, Aurispa y Pontano. Residia comunmente en Nápoles, donde instituyó el sagrado tribunal real de Santa Clara ó sea Capuano, justicia suprema que se estendia sobre todos sus Estados. Concedió á los barones napolitanos en sus investiduras, el derecho de justicia que no habian poseido nunca, enajenando tambien una de las más preciosas prerogativas de la corona, con el objeto de que Fernando, su hijo natural, no tuviese que experimentar para sucederle oposicion por su parte.

Fernando pasaba por haber nacido de Margarita de Hijar; y la mujer de Alfonso hizo estrangular á esta señorita, que segun dicen, sacrificó su honor para dejar cubierto el de una dama de más elevada cuna. Envió Alfonso su mujer á España, haciendo juramento de no volver él mismo; después nombró por su testamento á Fernando, rey de Nápoles, dejando á su hermano Juan la Sicilia, la Cerdeña y los demás Estados de Aragon. Numerosos competidores quisieron disputar á Fernando su herencia; pero se casó con la hija del más temible de ellos, que era su tio Juan. Fué sostenido contra los demás por Francisco Esforcia, y por Jorge Castrioto Escanderbeg, que pagó de esta manera á Alfonso la asistencia que éste le habia prestado contra Mahomet. Aseguróse su triunfo, cuando Jacobo Piccinino, el mayor capitan aventurero de aquella época, y yerno de Francisco Esforcia, abandonó el servicio de Juan de Anjú para pasar al suyo. Fernando le recompensó haciéndole dar muerte; y convenciones estipuladas no le impidieron cebarse contra los enemigos vencidos.

Contribuyó Fernando activamente á turbar la paz de que gozaba la Italia desde 1454, y se entendió con el papa y la república de Siena para derrocar el poder de los Médicis. Entonces reanimó Lorenzo, de acuerdo con los venecianos, la faccion angevina (8); después concluyó la paz di-

(6) Esta victoria, que Sismondi llama *la más importante y gloriosa que en todo el siglo se habia conseguido en el Mediterráneo*, se debió á una estratagema, que parece pueril en una época en que ya se conocia la artilleria. «Combatieron, dicen las crónicas napolitanas *(Rer. Ital. Script.*, XXI, 1101), con jabon, aceite, pequeñas vasijas de barro, piedras de cal, que arrojaban desde lo alto de las gavias sobre los buques enemigos, consiguiendo que las personas no se viesen una á otra, y á veces ofendian á los de su partido, creyendo que pertenecian al bando opuesto.» Juan Cavalcanti dice mas esplícitamente: «El medio empleado por los genoveses fué de maravillosa destreza; llevaron un infinito número de vasijas de barro, como cacerolas y cántaros, que llenaron de cal viva y de ceniza; después, en el principio de la batalla, se colocaron de manera que el viento les soplára por la popa y al enemigo de frente. Los genoveses no recurrieron menos á las vasijas que á las armas, y siendo heridos sus enemigos en el rostro con las cenizas encendidas ó inflamadas que el viento arrojaba, teniendo los poros abiertos por la traspiracion y la fatiga de la batalla, esta cal les causaba tal dolor, que abandonaban sus armas y nadie se ocupaba más que en frotarse los ojos.»

(7) VESPASIANO.

(8) Juan Pontano refiere *(Belli napolitani*, lib. V) que

rigiendo la tormenta sobre los venecianos, que viéndose vendidos, no titubearon en incitar á los turcos para recobrar las comarcas itálicas que antiguamente habian dependido del imperio de Oriente. El gran visir Acmet Breche-Dente, saliendo de Valona, desembarcó cerca de Otranto, del que se apoderó y de donde llevó diez mil habitantes en esclavitud, después de haber muerto á doce mil; dejó alli guarnicion, y se fué á reunir nuevas fuerzas. Se concibe el espanto de la Italia; disponíase el papa á huir allende los montes, escitando á los italianos á armarse, pero á la muerte de Mahomet II, la guarnicion turca perdió la esperanza de ser socorrida, y se decidió á restituir Otranto. Entonces Fernando, en lugar de reunirse á los demás potentados de Italia, para asegurar el pais contra los ataques de los turcos, se vengó de los venecianos, escitando á su yerno Hércules de Este, duque de Ferrara, á poner trabas á su comercio en el Pó. De esta manera es cómo malas y bajas pasiones contribuyen á formar alianzas ó á fomentar enemistades.

El valor con que Fernando refrenaba á los barones, su crueldad, la avaricia que le inducia á hacer innobles monopolios, le hacian odioso, y sobre todo los modales altaneros, la dureza de su hijo Alfonso, duque de Calabria. Este príncipe hace poner preso en Aquila, donde era poderoso, á Pedro Lallo, conde de Montorio, y ocupa la ciudad, que se gobernaba en república; furiosos los habitantes le arrojan de sus muros, y se entregan á Inocencio VIII. Los principales barones se ligan con el pontífice, de un carácter no obstante pacífico, y esponen sus agravios al rey. Resueltos después á no sufrir la dominacion de Alfonso, enarbolan la bandera de la Santa Sede y se declaran en abierta rebelion. Concluyóse, en fin, la paz, mediante el compromiso tomado por el rey de conceder entero perdon á las rebeldes, y entregar al papa Aquila, con los barones que le habian prestado homenaje. Era ésta una asechanza de Fernando: en efecto, apenas los barones depusieron las armas; cuando los hizo poner presos y dar muerte, ocupó á Aquila, y negó el tributo prometido. Indignado Inocencio, le declaró depuesto del trono, é invitó á ceñírsela al rey de Francia Cárlos VIII, lo cual fué para la Italia orígen de nuevos desastres.

Por su parte la Sicilia, pedia en vano, con instancia, ser considerada como reino diferente, y se convertia cada vez más en una provincia de Aragon. Cada tres años se enviaba á ella un virey del que dependian los jefes de la cancilleria, ó dicho de otra manera, los secretarios de Estado, los magistrados del Supremo Tribunal, y un gran consejo compuesto de los principales dignatarios, barones y prelados. Residiendo los vireyes tan pronto en una ciudad como en otra, y por último en Palermo, tenian facultades casi ilimitadas, pero frecuentes instrucciones secretas les ataban las manos, y no podian decidir nada importante sin la aprobacion del rey, al paso que ejercian sobre los súbditos y los funcionarios una autoridad arbitraria. Los empleos de justicia mayor, archivero, protonotario, el de gran senescal, de gran canciller, no eran más que títulos vanos, concedidos á las principales familias de Sicilia y Aragon; y como el virey desempeñaba además las funciones de capitan general, no habia necesidad de gran condestable, ni de gran almirante; además, casi siempre se confirió esta dignidad á un extranjero.

Todo lo que sobrevivia de existencia política residia en las asambleas nacionales, que contrabalanceando el poder del virey, de corta duracion, esponian las necesidades del público mejor que lo hubiesen podido hacer los mismos vireyes, cuya momentánea permanencia apenas les dejaba el tiempo de conocerla y empobrecerla. Para colmar la medida, estableciose alli la inquisicion española en 1513 por Fernando el Católico.

---

mientras que Fernando de Nápoles sitiaba en Mondragon, una ciudadela del partido angevino, que la falta de agua habia reducido á la última estremidad, ciertos sacerdotes impios hicieron caer la lluvia con conjuraciones mágicas. Encontraron algunos mancebos intrépidos que ganaron de noche la ribera por caminos muy difíciles, allí blasfemaron delante de un crucifijo, profiriendo las más horribles maldiciones; después le arrojaron en las olas, pidiendo la tempestad al cielo, al mar y á la tierra. En el mismo momento los sacerdotes habian tomado un asno, y le decian como á un moribundo las oraciones de los agonizantes; le hicieron comulgar y después de haber celebrado sus exequias, le enterraron vivo delante de las puertas de la iglesia. De repente el cielo se cubrió de nubes, rugió enfurecido el mar, esparcióse la oscuridad por los aires, los truenos, relámpagos y torbellinos surcaron las nubes, de donde se desprendieron torrentes de agua, y encontrándose ya la ciudadela provista de abundante agua, Fernando se vió obligado á retirarse.

En semejantes estremidades, la Roma sabia antigua enterraba á un hombre y á una mujer.

CAPÍTULO XXI

ESTADO PONTIFICIO.

Se habia suscitado en el concilio de Basilea la cuestion de saber si la Iglesia no recobraria mayor pureza separándose de las intrigas de una dominacion terrestre. Pero uno de los oradores dijo: «Hubo un tiempo en que pensé seria muy útil separar el poder temporal de la autoridad espiritual; actualmente estoy convencido de que la virtud sin fuerza es ridícula, y de que sin el patrimonio de la Iglesia, el pontífice romano no seria más que un servidor de los reyes y de los príncipes.» (1) En efecto, la servidumbre de Aviñon habia demostrado á los papas y á los príncipes cuán importante era asegurar á la Santa Sede una existencia independiente, con el objeto de que no se convirtiese en un instrumento pasivo de los caprichos de los reyes. Ocupáronse, pues, en consolidar su poder político, cuando declinaba la autoridad espiritual. Martin V, de la familia de los Colonna, que pudo hacer cesar el cisma, habia encontrado el patrimonio de la Iglesia enteramente trastornado; pero restableció en ella el órden y la dignidad. Hizo que Juana II le restituyese á Roma, que Ladislao habia ocupado; arrebató Perusa á Braccio de Montone (2), y las demás pequeñas plazas á los tiranos que se habian instalado en ellas. El cardenal Albergati, no menos santo en su modo de vivir que hábil diplomático, supo devolver á la Santa Sede su importancia política en los negocios de la Italia; y llegó á terminar varios tratados de paz con ayuda de su sola habilidad en negociaciones; habilidad que le valió mas que las armas.

Pero varias casas señoriales se habian establecido en el patrimonio de San Pedro. La de los Polenta habia perdido á Rávena en 1438; cuando los venecianos ocuparon aquella ciudad, que conservaron medio siglo, Faenza é Imola obedecian á los Manfredi; los Ordelaffi de Forli y los Varani de Camarino dominaban allí á su antojo, aun cuando eran considerados como vicarios del papa. Los Malatesta, capitanes afamados, se habian constituido un hermoso principado en Rimini, sometiendo á Fano, Pesaro, Camerino, San Severino, Macerata, Montesanto, Cingoli, Yesi, Fermo y Gubbio; pero todo lo perdieron en tiempo de Martin V, escepto Rimini, Fano y Cesena. Odon Antonio, de Montefeltro, obtuvo de Eugenio IV, en 1442, el título de duque de Urbino. Este papa, que vió al pais destrozado entre los Esforceschi y los Braceschi, y puesto sitio por ellos á Roma, de donde se vió precisado á huir, se decidió, para ganarse apoyos, á conceder dominios y títulos; pero Picanino venció á Fortebraccio, y devolvió á San Pedro sus antiguas posesiones.

Nicolás V (Tomás Parentucelli) fué uno de los papas más dignos de este nombre, y que, aun teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, contribuyó más que Leon X, al progreso de la civilizacion con su proteccion ilustrada. Restauró el panteon de Agripa, y fundó la biblioteca del Vaticano, donde reunió cinco mil volúmenes. Todos los hombres instruidos fueron acogidos por él. Sus cartas estaban escritas por Poggio de Florencia, Jorge de Trebizonda, Flavio Biondo, Leonardo de Arezzo, Gianotto Manetti, Francisco Filelfo; y

(1) SCHRÖCK, tomo XXXII, pág. 90.

(2) «En 1424 fué muerto Braccio de Montone... Hubo en esta ocasion gran festejo y algazara en Roma, donde se celebraron fuegos artificiales y bailes. Todo romano iba á caballo, con una antorcha en la mano, para acompañar á mesire Jordano Colonna, hermano del papa Martin, en vista de que habia muerto el enemigo del papa. Ahora bien, puesto que habian perecido sus enemigos, el papa Martin no encontró ningun otro impedimento; mantuvo en su tiempo la paz y la abundancia, y el trigo llegó á estar á cuarenta sueldos el *rubbio.*» INFESSURA.

todos á porfia le dedicaban sus obras. Tradujéronse entonces muchas del griego, principalmente la Iliada, la Ciropedia, Herodoto, Apiano de Alejandria, Aristóteles, Tolomeo, Platon, Teofrasto y varios santos Padres. Nicolás V se mostró liberal con respecto á Poggio por su version de Diodoro; Lorenzo Valla recibió de él 500 escudos de oro por la de Tucídides; y prometió á Francisco Filelfo, para comprometerle á traducir á Homero, una hermosa casa en Roma, una heredad y 10,000 escudos. Dió 1,500 á Guarino por Estrabon, 500 á Perotti por Polibio. Manetti recibia 600 anualmente por ocuparse de las obras sagradas, y el papa le hizo principiar una version de la Biblia del texto hebreo (3). Añádanse á esto los edificios que reedificó ó emprendió por todas partes; notables palacios en Orbieto y en Espoleto; baños para los enfermos en Viterbo, sin contar la construccion de las murallas de Roma, y las iglesias que, arruinadas durante su larga viudez, fueron reparadas por sus cuidados. Proponíase tambien reedificar á San Pedro como símbolo del restablecimiento de la Iglesia espiritual.

No dedicó tanto cuidado al bien de sus súbditos, ó mas bien quiso gobernarlos con aquel despotismo á que se inclinan fácilmente los que se sienten superiores á los otros y desean serles útiles. Hízose una nueva tentativa para resucitar la república romana por Esteban Porcari, noble romano, que se indignaba de ver el gobierno en manos de sacerdotes, extranjeros en su mayor parte, ninguno de los cuales era apto por su educacion para los negocios; animándose con estos versos de Petrarca: «Noble espíritu...» y persuadiéndose de que era aquel caballero á quien «imploraba Roma con húmedos ojos desde las siete colinas,» urdió tramas para hacerse soberano de ella á viva fuerza. Alistó aventureros y desterrados: luego se deslizó furtivamente en la ciudad, con el designio de ocupar el Capitolio, de tomar el castillo de Santo Angelo, y de prender al papa y á los cardenales. Pero ya habia columbrado el senador la trama y puso presos á los conjurados reunidos en una cena. Porcari fué ahorcado en union de nueve de sus cómplices en las almenas del castillo (4); y el pontífice, á quien se habia representado aquel lance como una tentativa de asesinato, quedó víctima de las sospechas, mandó perseguir á los que habian apelado á la fuga, y trató con sumo rigor á cuantos pudieron ser habidos. El resto de su vida la pasó en medio de terrores y de suplicios. Pero antes de exhalar el último aliento, decia á dos piadosos monges que se hallaban á su lado: «Nunca entra aqui nadie que me haga oir la verdad. Estoy tan confuso á causa de las ficciones de los que me rodean, que si no temiera un escándalo abdicaria el papado para volver á ser Tomás de Sarzano.»

Al tiempo de la eleccion del español Calixto III (Alfonso de Borgia), á quien hemos visto lleno de celo contra los turcos, se reanimaron las facciones de los Colonna y de los Orsini: hízose mayor todavia la irritacion cuando el pontífice, prescindiendo de todo miramiento, gratificó á sus sobrinos con los feudos de la Iglesia, haciendo á Pedro duque de Espoleto, y proyectando, si se hubiera prolongado su existencia, colocarle en el trono de Nápoles, á la sazon vacante. Estos designios obligaron al cónclave siguiente á determinar que sin el consentimiento de los cardenales, no podria el papa transferir la Santa Sede de Roma, ni conferir el capelo de cardenal ú obispados, ni hacer la paz y la guerra, ni enajenar las tierras eclesiásticas.

Pio II.—Aquel Eneas Silvio Picolomini, á quien se ha visto representar el principal papel en las cosas de aquel tiempo, uno de los hombres más instruidos en las letras y en el derecho canónico, á la vez historiador y poeta, sucedió á Calixto con el nombre de Pio II. Su juventud habia pasado en medio de los disturbios de Siena; habia asistido al concilio de Basilea como adjunto del cardenal Domingo Capránica. Habiendo mudado muy á menudo de soberano, fué embajador frecuentemente, luego secretario de Felix V, después del emperador Federico. Escribió la historia de Bohemia, el estado de Europa en tiempo de Federico III, un cuadro de Alemania y del concilio de Basilea, en el cual habia figurado en la oposicion. Estas obras son interesantísimas por emanar de un testigo ocular y prudente: hay que añadir una coleccion de cartas amistosas y de negocios (5). Su secretario, bajo

(3) *Los pontífices estendieron estas tinieblas, declarando la guerra á toda clase de erudicion pagana. Si se hicieron de cuando en cuando algunos esfuerzos para disipar esta oscuridad, fueron sofocados por los suplicios.* RAYNAL, libro XIX.

(4) «El mártes 19 de enero fué ahorcado un tal Estéban Porcari en el castillo, en aquel torreon que está cuando se va hácia allá, á mano derecha. Yo le ví vestido de negro, en almilla y con calzas negras. Perdimos aquel hombre honrado, amante del bien y de la libertad de Roma, el cual, viéndose desterrado de esta ciudad sin justo motivo, para libertar á su patria de la servidumbre, quiso dar su vida como habia dado su cuerpo... Y aquel dia fueron ahorcados en el Capitolio sin confesion ni comunion los infrascritos... Item con ellos lo fué el dicho Sao y otros muchos... Y en aquel dia fueron cogidos tambien M. Joanni... El 28 de enero fueron ahorcados Francisco Gabadio y un doctor, porque acompañaron á M. Estéban Porcari, y se dijo que tenian noticia del dicho tratado. Y después se publicó un bando para que los que supieran dónde estaba... lo descubriesen y ganaban mil ducados, y los que le entregasen muerto, quinientos. Y el papa mandó buscar por toda Italia á estos delincuentes... habiéndoseles cogido á unos en Padua, á otros en Venecia. A muchos se les cortó la cabeza en la ciudad de Castello. En 30 de enero fué decapitado Bautista de Persona.» INFESSURA.

El diario de éste no cesa de mencionar atroces suplicios, raptos de mujeres y de funcionarios públicos para dar soltura á presos de la peor nota.

(5) Véase *Eneæ Silvii Picolomini senensis, qui post*

el nombre de Juan Gobellini, nos narró su vida, continuada después por Jacobo de los Amanati. Fué trazada por el Pinturicchio en la antigua biblioteca de Siena con arreglo á los cartones de Rafael.

Pio II sostuvo enérgicamente, como papa, aquella autoridad que como diplomático habia combatido; y como se le echase en cara á menudo sus antiguas opiniones, espidió la bula *Retractationum*, en la cual aludiendo á muchas proposiciones que habia fulminado contra el poder pontificio, y especialmente contra Eugenio IV, declaraba que estaba en la índole humana engañarse; que habia sostenido, no por obstinacion, sino por error aquellas opiniones, y que le importaba retractarlas, á fin de que no se atribuyesen á Pio las opiniones de Eneas (6): de aquí tomó ocasion para esponer una parte de su vida.

A consecuencia de las agitaciones precedentes, sucedia que aquellos á quienes castigaba el papa apelaban al futuro concilio: además los reyes alegaban pretensiones de nombrar los obispos de sus Estados: en su consecuencia, Pio prohibió por la bula *Execrabilis* en el concilio de Mantua, bajo pena de excomunion, apelar de las decisiones del papa al futuro concilio, tribunal que no existe. Pero las sanciones que á propósito de esto habian tenido lugar durante las agitaciones pasadas, le opusieron graves embarazos. En el instante en que luchando con toda la energia de su conviccion contra la indiferencia del siglo egoista, preparaba la cruzada contra los turcos, espiró en Ancona (7).

Paulo II.—Pedro Barbo, veneciano, elegido papa después con el nombre de Paulo II (1464), era un buen hombre, habilísimo en insinuarse en el valimiento de cualquiera por pequeños servicios, así como por sus simpatias hácia los padecimientos ajenos, lo cual habia hecho que se le diera el sobrenombre de *Nuestra Señora de la Piedad*. Propendió continuamente á tres cosas: al engrandecimiento de sus sobrinos, en cuyo favor hizo anular la estipulacion impuesta por el cónclave; la cruzada contra los infieles; la derogacion de la pragmática sancion de Bourges, en la que le parecian mermadas las prerogativas pontificias por el clero galicano. Pero zozobró en cada una de estas tres tentativas. Informado de que los sesenta *abreviadores* (colegio instituido por Pio II á fin de que redactara los breves en estilo castizo) hacian tráfico de sus funciones, los destituyó con la idea de que era digno de Roma darlo todo gratuitamente. Aquellos sesenta letrados, sumidos de este modo en la miseria, le denigraron á porfia; y uno de ellos, Bartolomé Sacchi de Piadena (el Platina), le faltó al respeto hasta tal punto que fué condenado á encarcelamiento. Después se halló complicado en una conspiracion que fué descubierta, y se le aplicó de resultas el tormento; suplicio de que se vengó enérgicamente, calumniando al pontífice en sus *Vidas de los papas*.

Se acusa á Paulo II de haber perseguido la restauracion de la literatura clásica; nosotros nos inclinamos á ser indulgentes en este punto con su persona, si le asustó ver en ella la irrupcion del paganismo, no sólo en las bellas artes, sino tambien en las doctrinas y en la vida; á los eruditos sonrojarse de los nombres de santos que habian recibido en el bautismo, y cambiar el de Pedro en Pierio, el de Juan en Joviano, el de Marino en

---

adeptum pontificatum Pium ejus nominis secundus appellatus est, opera quæ existant omnia. Basilea, 1556. Poseemos una edicion mas preciosa de las cartas de Eneas Silvio hecha en Milan por maese Ulderico Scinzenceler. Allí se encuentra la muy célebre historia de Lucrecia de Siena, enamorada de un aleman llamado Eurialo, de la comitiva del emperador Sigismundo; aventura referida al estilo de Bocaccio. Otras muchas cartas difunden gran luz sobre las cosas de aquel tiempo. Sus obras capitales son: *De gestis concilii Basilensis Comm.—De ortu et historia Bohemorum. Europa, in qua sui temporis varias historias complectitur*. Escribe bien, aunque multiplica demasiado las frases y los hemistiquios. Véase aquí el prefacio del concilio de Basilea: «Yo no sé por qué desgracia ó por qué destino que sobre mí pesa, no puedo apartarme de la historia ni emplear el tiempo más útilmente. A menudo me propongo emanciparme de aquellas seducciones de los oradores y de los poetas, para seguir otro ejercicio de que pudiera sacar algo que me hiciera la vejez menos penosa, á fin de no vivir con el dia como las aves y las flores. No faltaban objetos de estudio que hubieran podido proporcionarme dinero y amigos, si hubiera querido reconcentrar en ellos mis fuerzas. Estos pensamientos no procedian de mí esclusivamente, sino que tenia en rededor amigos que me decian de contínuo: *Eneas, ¿qué haces? ¿Te ha de encadenar por siempre la literatura? ¿No te avergüenza no tener á tu edad hacienda ni dinero? ¿No sabes que es necesario ser grande á los veinte años, prudente á los treinta, rico á los cuarenta, y que pasado este tiempo es vana toda fatiga?* De consiguiente, cuando me hallaba cerca de los cuarenta años me aconsejaban que procurara asegurarme algo antes de llegar á ellos. Frecuentemente me puse á intentarlo y prometí seguir su consejo. Eché á un lado los libros de los oradores: arrinconé las historias y todos los escritos de esta clase, como enemigos de mi salud. Pero, así como ciertos insectos no saben huir de una bujia y acaban por quemarse en ella las alas, del mismo modo volví á mi mal en que es fuerza que muera, y, segun veo, nada más que la muerte me arrancará de este estudio. Mas, puesto que el destino me arrastra y no puedo hacer lo que quiero, me es necesario unir la voluntad al poder. Se me censura á causa de mi pobreza; pero el pobre y el rico deben vivir hasta la muerte. Si la pobreza es una desgracia para los viejos, todavia lo es mayor para los ignorantes. Tener un cuerpo sano y las facultades intelectuales completas, es dado al pobre no menos que al rico. Si obtengo esto, alcanzo cuanto pido. Concédame Dios disfrutar con buena salud de lo que tengo, y otórgueme una vejez con un espíritu sano, y no sin honor y sin lira. Puesto que así se halla decretado, volvamos á nuestros comentarios.»

(6) Hacia la misma distincion en esta célebre frase: «Cuando yo era Eneas, nadie me conocia; ahora que soy Pio, no hay quien no me llame su tio.»

(7) Véase antes pág. 262.

Glauco (8); celebrar fiestas á la antigua usanza, sacrificando un macho cabrio, y bajo pretesto de restaurar el crédito de Platon, profesar doctrinas impias ó teúrgicas. Todas estas cosas, frívolas bajo algunos conceptos, traen consigo muy sérios resultados. Es cierto que Paulo II gastó mucho para desenterrar antigüedades. Amó las artes y se mandó hacer una tara de valor de cincuenta mil marcos de plata (275,000 pesetas). Consiguió formar una liga de todos los potentados de Italia, para mantener la independencia de cada uno de ellos. Los príncipes de Este, que ya habian obtenido del emperador los ducados de Módena y Reggio, alcanzaron del papa el título de duques de Ferrara, é hizo que tomara asiento entre los cardenales Borso de Este, á quien regaló la Rosa de oro. Ya no se trataba de proyectos de reforma para la curia romana; y mientras se ahuyentaba cada vez más la idea de convocar un concilio, se prodigaban encomiendas, promesas y otros abusos lucrativos.

Sixto IV (Francisco d' Albescola de la Rovere), cuya política incierta y desleal hemos visto tanto en Nápoles como en Florencia, dejó todavia peor renombre que Paulo II. «El fué el primero que comenzó á demostrar á cuanto alcanzaba el poder de un pontífice, y de qué manera, mil cosas tratadas antes de errores, podian ocultarse bajo la autoridad pontificia (MAQUIAVELO).» Trató de armar á la cristiandad contra los turcos; pero solo consiguió quitarles Esmirna y espulsarles de Otranto. Los mancebos de quienes se rodeaba, hicieron que se hablara mal de sus costumbres. Manifestó estremado vigor en las guerras que se encendieron entre los Colonna y los Orsini, y pasó la ciudad á sangre y fuego. Beneficios, obispados, principados, dignidades, empleos, llovieron sobre los Riario y los Rovere, sus sobrinos. Rafael Sansoni, nombrado cardenal á los diez y siete años, llevaba en pos de sí una comitiva de diez y seis obispos: el inepto Pedro Riario, legado de toda la Italia, tenia una córte de más de quinientas personas. Para Gerónimo Riario fundó Sixto IV el señorio de Imola y preparaba otro más importante en la Romaña; pero hallando un obstáculo á este proyecto en los Médicis, se asoció á la conjuracion de los Pazzi, y castigó con escomuniones á Lorenzo, porque no habia dejado que le dieran muerte los conjurados. Sixto IV halagó á Venecia mientras tuvo esperanza de que le sirviera de instrumento para su nepotismo ambicioso: luego la abandonó para unirse al rey de Nápoles y al duque de Ferrara, que hacian la guerra á los venecianos, y fulminó contra ellos el entredicho. Sin inquietarse Venecia de la sentencia, citó al papa al futuro concilio, y recuperó después cuando la paz de Bañolo lo que habia perdido, con sus derechos de navegacion en el Pó y la Polesina de Rovigo. «Este ambicioso modo de obrar, dice Maquiavelo, le hizo estimar más de los príncipes de Italia y todos trataron de ganársele por amigo.» El hecho es que aquel nepotismo descarado deshonraba á la Iglesia. El abuso de las censuras les hacia perder todo crédito, y Luis XI envió á intimar al papa con altivez la órden de retirar las censuras fulminadas contra Florencia y convocar un concilio.

Apenas Sixto IV, á quien el mal éxito de sus designios habia llenado de amargura, dió el último suspiro, cuando el palacio de sus sobrinos fué demolido, los granos que habia acumulado fueron saqueados, y los Colonna volvieron á Roma, donde se sostuvieron con las armas en la mano. Esforzáronse los cardenales en prevenir nuevos desórdenes, estableciendo aun una capitulacion; pero en lugar de aquellos espedientes siempre eludidos, debieron pensar en hacer una nueva eleccion. Dinero y promesas la hicieron recaer en el genovés Juan Bautista Cibo que tomó el nombre de Inocencio VIII, á quien los pasquines declararon llamarse Padre con razon. Embelleció á Roma, castigó á algunos falsificadores de bulas, pero se dejó gobernar por su sobrino Francisco Cibo, que se enriquecia concediendo, mediante grandes primas, la impunidad á los bandidos de que Roma era una guarida. Creó Inocencio por sugestion suya varios empleos; y los que los compraban á alto precio se indemnizaban traficando con las gracias apostólicas.

Considerando Venecia al clero como dependiente del gobierno, habia hecho siempre los nombramientos para los beneficios y dignidades. Inocencio, que queria atraer á sí la eleccion de las sillas de Pádua y Aquilea, se opuso entonces á ello, así como á los derechos del diezmo exigidos sobre las fundaciones venecianas. Combatió con ayuda de una política tortuosa la perfidia de Fernando I de Nápoles, y descuidó los negocios eclesiásticos. El deseo de prolongar los dias que los antiguos pontífices prodigaban con santa generosidad, le hizo recurrir á todos los medios, hasta hacer pasar á sus venas la sangre de tres niños. De esta manera es como los papas, siendo cada vez menos dignos de la tiara, preparaban el azote que estaba ya próximo; pero nos detendremos antes de llegar á hablar de un pontífice cuya memoria está todavia más manchada.

---

(8) El nombre que te dieron de algun santo
O de un apóstol, al echarte el agua,
Lo mudas en Cosmico ó en Pomponio;
Otros convierten el de Pedro en Pierio,
El de Juan otros en Joviano ó Jano.
ARIOSTO, *Sat.* VI.

CAPÍTULO XXII

CONDICIONES DE LA ITALIA.—COSTUMBRES.

Las innumerables señorías en que se habia fraccionado la Italia se encontraban desde entonces reducidas á algunas que contrabalanceándose impiden á una prevalecer sobre las demás y reducir al pais á monarquía. Ya hemos visto formado varias veces este proyecto, y fracasar por la oposicion de los demás Estados, y sobre todo por la de los pontífices. Presentaban los papas un poderoso obstáculo, aunque no fué el único, á la reunion de aquella hermosa comarcá en un sólo Estado, porque no pudo operarse ni antes que dominasen allí, ni cuando se encontraron despojados de su patrimonio, como sucedió en tiempo de Ladislao y de Nápoleon I (1). La causa de la division de los italianos es, pues, más profunda que lo que se cree, y es de sentir que la península no haya sido subyugada entonces por algun príncipe para ser reducida por la fuerza á aquella unidad que se impuso á la Francia, á la Inglaterra, á la España; pero seria una injusticia acusar á los antiguos italianos de lo que tal vez era un imposible para ellos, y no era de seguro de ninguna manera apetecible. La idea de la unidad nacional es entre las teorías sociales la más difícil de concebir, y la última que reciben los pueblos; porque exige un trabajo grande de inteligencia, el sacrificio de toda prevencion, y la estirpacion de arraigadas injusticias. Además, la semejanza de raza no basta á determinar por su bien á un pueblo á permanecer unido á otro, y hechos recientes lo atestiguan.

Las fuerzas de los diferentes Estados se encontraban de tal manera equilibradas, que cada uno de ellos estaba imposibilitado de someter á los otros. Existian en la Lombardía la Romaña y el reino de Nápoles, multitud de nobles que «además de que tenian una vida ociosa, provistos de todo en abundancia, con los productos de sus propiedades, mandaban plazas fuertes y tenian súbditos á su obediencia,» (2) formando otras tantas soberanías dispuestas á unirse contra el que quisiera subyugarlas, y á suscitarle tantas guerras como castellanos habia.

De consiguiente, sólo hubiera podido realizarse esta unidad ideal por medio del despotismo, que aboliendo la diversidad de costumbres, usos, privilegios, y derribando cuanto sobresalia, hubiera hecho pasar por encima de todos el rígido nivel de la obediencia. Entre tanto los pueblos sufren, la esclavitud inspira indignacion y muestra más claramente las ventajas de la libertad, hasta el punto de parecer leyes calesquiera sacrificios con tal de obtenerla, y por último, á la igualdad ante un señor sucede la igualdad ante la ley.

Los diferentes Estados formaban diversas unidades, de manera que destruir á uno hubiera sido un homicidio, como abolir una vasta monarquía. ¿Qué dirian los publicistas si alguno propusiese en el dia someter Nápoles, á los reyes de Toscana? ¿No oimos todos los dias las quejas de Génova y Venecia? (3) El Portugal poblado con tres millones de habitantes, podia ser incorporado á España, cuyos naturales han tenido el mismo orígen que el suyo y sufrido las mismas vicisitudes.

---

(1) El poder temporal de los papas era entonces muy débil; y Maquiavelo dice que «comenzando desde Alejandro IV, los potentados italianos, no sólo los que se llamaban así, sino todo baron y señor, por pequeño que fuese, hacian poco caso de la Iglesia con respecto á lo temporal.» *Del príncipe*, XI.

(2) MAQUIAVELO, *Décadas*. I, 55.

(3) Yo no podia al escribir esto mencionar todavia las terribles pruebas de 1848.

ahora bien, cuando Napoleon preguntó al conde de Lima en la conferencia de Bayona, si los portugueses querrian convertirse en españoles, respondió orgullosamente: No: y fué colmado de elogios por su generoso patriotismo (4).

Esto es lo que debe considerarse para apreciar la oposicion de los florentinos ó venecianos á la ambicion de los Visconti ó de los príncipes angevinos. Hasta los hombres de Estado del siglo siguiente los proclamaron con elogio, defensores de la libertad itálica. Por otra parte, no habia motivos serios para inmolar su individualidad, cuando la subsistente division no arrastraba peligros para la independencia de la patria; peligros, que por lo demás, no se presentaron sino en tiempo de Cárlos Quinto. Sólo la conquista hubiera conseguido reducir el pais á la obediencia, pero hubiera hecho desgraciada la generacion que la hubiera sufrido, y tal vez estinguiera la vida que tan vigorosa se mostró en el pais mientras estuvo desunido (5). Sufrió tanto más la Italia, cuanto que la sociedad se encontraba subdividida, en cada ciudad, en multitud de hermandades y corporaciones, cada una con sus privilegios y una especie de soberanía; hasta el punto de que si Florencia avasallaba á Pisa y Venecia á Pádua, las industrias de la lana y de la seda en las ciudades vencidas se encontraban sacrificadas á los intereses y á la rivalidad de los que se dedicaban á ellas en la ciudad victoriosa.

Debe, pues, ciertamente sentirse que los italianos sufriesen demasiado en su sistema interior la influencia de los antiguos recuerdos, cuando hubiera sido necesario el sentimiento de la actualidad para organizarse, una vez estinguida la energía de los dos siglos anteriores; cuando hubiera sido preciso no aguardar, desunidos, el golpe mortal, con leyes, civilizaciones, constituciones y dialectos enteramente diferentes. Sin embargo, no pretendamos de ellos sacrificios á que los italianos del dia sólo se someterian por la fuerza. No traslademos a su época las ideas y deseos de la nuestra; no exijamos que previesen los males que procedentes de otras partes, debian trastornar los cálculos de los hombres de Estado, y engañar los esfuerzos del más valiente. En la vida democrática el hombre concibe una elevada idea de su pais y de sí mismo; se espresa sin cortedad en las reuniones, porque no supone que se le desprecie, cuando él no desprecia á los demás; y presta más atencion á las ideas y sentimientos de aquellos con quienes habla, que á su modo de espresarse, y al fondo de las cosas, que á la forma. Toda la literatura de aquel siglo lo atestigua; y se conoce en ella que los italianos tenian una patria, cuando los franceses no tenian ni aun el nombre (6). Para los que reflexionan, no parece consistir el mal en la falta de union entre todos, sino más bien en la tenacidad, en querer atraer toda la vida pública hácia un centro único, lo que se ha considerado como muy perjudicial entonces y después. En efecto, perdióse el pais cuando se suprimieron todos estos pequeños cuerpos, y se sustituyó su vigorosa existencia con una vida artificial y sin color. Mientras duró aquella vida diseminada, no se procuraba la libertad de algunos, sino la independencia de todos; no se trabajaba por señores, sino para sí mismo; la costumbre de las reuniones políticas daba á los ciudadanos la destreza en el manejo de los negocios, y la conciencia de la dignidad personal. El mercader y el cardador de lana podian llegar á ser gonfaloneros y duxes; y como no se admitian privilegios, se tenia cuidado de lo que proporcionaba la ventaja del pueblo, y las escuelas, los hospitales, los hermosos edificios se multiplicaban en todos los lugares.

La igualdad dió nacimiento á una elevada opinion de los privilegios del Estado, opinion que los hace muy superiores á los de los individuos; resultando de ello que se conceden voluntariamente al poder-director derechos hasta peligrosos á la libertad individual. De esta manera es cómo llegaron á establecerse las tiranias. Los príncipes que heredaron la tumultuosa libertad de los concejos, llegando después de haber abatido los privilegios feudales, se encontraron investidos con su poder despótico, así como Napoleon, que llegó después de que la Revolucion hizo desaparecer al clero, la nobleza y los ricos propietarios. Dominaron, pues, soberanamente, en nombre del pueblo ó por comision imperial, dos diferentes formas de un mismo despotismo. La incertidumbre en el órden de las sucesiones aumentaba aun el mal, porque no se podia invocar el principio de la legitimidad con respecto á dinastias recientes y que no estaban reconocidas sino de hecho. Precisados á mantenerse en medio de los enemigos, los tiranos no atendian á los medios, y así era que se podia, aun en las mejores córtes, tomar lecciones de desenfrenadas pasiones y tortuosa política. Los más grandes hombres no eran contenidos ni por el temor ni por la vergüenza, en atencion, dice Maquiavelo (7), á que «los grandes hombres se avergüenzan de perder, pero no de ganar con

(4) De Pradt le vió *crecerse diez pies, asegurándose en su posicion, llevando la mano á la empuñadora de su espada, y con una voz que conmovió las bóvedas del aposento responder:* No.

(5) El mismo Maquiavelo dice que el número de los grandes hombres depende del número de los Estados; á medida que éstos se estinguen los otros disminuyen, con la ocasion de ejercer su capacidad.

(6) Tocqueville *(De la Democracia,* II, 117) dice, que no se encuentra la palabra *patria* en ningun escritor francés antes del siglo XVI.

(7) Se comprende porqué citamos con tanta frecuencia á este escritor: se atreve á decir lo que los demás osaban hacer.

el engaño.» Resultaba algun bien; pero no habia instituciones para hacerle duradero: ahora bien, aquel terrible pintor de su época añade: «Los reinos que únicamente dependen de la virtud de un hombre no duran, porque esta virtud falta con su vida, y es raro que se reproduzca en su sucesor. La salvacion de una república, de un reino, no consiste en poseer á un príncipe que gobierne con prudencia mientras exista, sino á un soberano que la organice de modo que, muerto él, pueda el Estado sostenerse.»

Las repúblicas no se habian dado instituciones más liberales, y la que se constituyó de una manera más duradera, no lo consiguió sino por la vigorosa tirania de sus patricios. Pisa, Pistoya, Treviso, la Lunigiana... estaban tan oprimidas por una república como lo hubieran podido estar por un pequeño príncipe, porque las metrópolis, temiendo que se rebelasen, querian que se debilitasen y estuviesen vigiladas, hasta el punto de que la fuerza necesaria en el esterior estaba descuidada, para no pensar más que en la seguridad interior. Como tenian desde su orígen una política feudal que proclamaba el derecho de guerra privada y la esclusion del mayor número en favor del más pequeño, sabian acrecentarse por la conquista y no aumentar el número de los ciudadanos, que por el contrario disminuia con la estincion de las familias privilegiadas ó la espulsion de las vencidas; y la autoridad se encontraba de esta manera concentrada en menos manos, así como el interés de conservar el Estado.

Habia tambien varias á quien en el interior no les quedaba más que el nombre de república. Sin hablar de Venecia, Boloña obedecia á los Bentivoglio, Luca á los Petruci, Perusa á los Oddi y á los Baglioni, Siena á sus Monti, Florencia á los Pitti ó á los Médicis, Génova á señores siempre distintos. Más celosos de la igualdad que de la libertad, no titubeaban estas ciudades en conferir poderes absolutos á algun magistrado, como los florentinos lo hicieron á Lando de Gobbio: «Le pusieron un estandarte de justicia en la mano, y le dieron autoridad sobre cualquiera que atentase contra los güelfos y el estado presente de las cosas; y aquel barigel no estaba obligado á observar ninguna solemnidad, pudiendo proceder sin forma alguna de juicio contra los bienes y las personas.» (8).

Su debilidad les impedia además el obrar con un plan determinado y resolucion, y acudian á los espedientes antes por necesidad que por eleccion. Cuando el valor llegó á ser venal, los hombres de corazon noble renunciaron á las armas para entregarse á la política, en la que se mostraron en estremo hábiles. Estraños á los combates, miraron como una cosa absurda esperar de los percances de la guerra cuanto podian adquirir por prácticas bien dirigidas. Así, no fué, pues, sino en virtud de una deduccion lógica, como las repúblicas rivalizaron con los príncipes en fraudes, en asesinatos y en envenenamientos.

¿Divididas así entre ellas, y con intereses tan diferentes, cómo hubiera podido formarse el espíritu nacional?

El que no obstante dedujese de esta incesante agitacion las desdichas de los contemporáneos, probaria que no sabe discernir entre las declamaciones del retórico y la realidad de los hechos. Los infortunios de entonces parecian infinitos porque todos son narrados; pues no se habia aun caido en ese anonadamiento apático que hace considerar el sufrimiento como una necesidad, como una virtud la ausencia de la queja, y como paz una tirania que degrada sin atormentar. Habia en medio de este movimiento, ocasiones frecuentes de ejercer las fuerzas de su voluntad y de su inteligencia, que es una gran parte de la felicidad. No puede uno menos de asombrarse viendo á los florentinos ocupados en sus almacenes en pesar la lana, en medir telas; pasar desde allí al concejo para esperimentar todas las formas posibles de constitucion; darse en lo interior magistrados insignes, y fuera embajadores hábiles hasta lo sumo; recibir manuscritos con fardos de mercancias; espedir cartas al tendero y á las personas más doctas; escribir en el libro mayor al mismo tiempo que los créditos, la historia de la patria y del mundo; introducir la partida doble, los números árabes, el algebra.

Crearon los italianos antes que otro alguno la ciencia de la riqueza y de su distribucion: midieron el poder de su pais y los medios de hacerle prevalecer sobre sus rivales. Tambien antes que nadie concibieron el pensamiento de considerar á toda Europa como un sistema único en que estaban contrapesadas las fuerzas de cada una de sus partes. «Memorias hay de algun dux y de algun podestá de aquel tiempo, dice Blanqui (9), que pueden ponerse en parangon con los mensajes mejor concebidos de los presidentes américanos.» Los florentinos exigian á sus comisionados la formacion de detallados informes de los paises á donde eran enviados: los venecianos recibian de continuo de sus agentes diplomáticos noticias que todavia nos pueden colocar en disposicion de apreciar el poder y la civilizacion de los diferentes Estados. Segun Sanuto, el rey de Francia podia poner en pié de guerra en 1454 tres mil hombres de á caballo, y hasta enviar una mitad más fuera: Inglaterra y Castilla podian levantar igual número de tropas: el rey de Escocia y el de Noruega, diez mil; seis mil el de Portugal; ocho mil el duque de Saboya; diez mil Milan; igual número Venecia, mercenarios todos; cuatro mil Florencia; seis mil el papa; sesenta mil el emperador y ochenta mil el rey de Hungria. El rey de Francia, que en 1414 sacaba dos millones de ducados de sus dominios,

(8) MARCHIONNE DE COPPO, lib. V, año 1316.

(9) *Historia de la economia politica*, introduccion.

se hallaba entonces reducido á la mitad, y el de Inglaterra de igual número á setecientos mil. Este era el resultado de la guerra, que tambien habia reducido la renta de España de tres millones, á ochocientos mil florines; las de Borgoña, de tres millones á novecientos mil; las de Milan de un millon, á medio (10); las de Venecia de un millon y cien mil, á ochocientos mil; y las de Florencia de cuatrocientos mil á doscientos mil (11).

Cuando se decidió en 1463 que se armaria una escuadra contra los turcos, el duque de Módena se obligó á suministrar dos naves, otra Bolonia, otra Luca, cinco los cardenales y muchas el papa: Venecia prometió dar la chusma y los primeros comitres: además el pontífice, contando con las limosnas de la cristiandad, figuró para los gastos con cien mil florines, Venecia con igual súma, Nápoles con ochenta mil florines, Milan con setenta mil, Florencia con cincuenta mil, el duque de Módena con veinte mil, el de Mántua con diez mil, Siena con quince mil, el marqués de Monferrato con cinco mil, y con ocho mil Luca; total cuatrocientos ochenta mil florines.

¿Cuánto no anuncian la riqueza del pais hasta las mismas guerras? Sin hablar de Venecia y de Génova, donde llegaban á ser príncipes simples ciudadanos, donde los Lescari y los Giustiniani hacian frente al poder otomano, Federicó de Sicilia tuvo cincuenta y ocho galeras completamente armadas; Roberto de Nápoles le atacó con ciento trece, y perdida esta escuadra, fué renovada como por encanto. Podia suceder así en atencion á que los barones del reino tenian obligacion de suministrar cada uno la chusma de una galera; una vez concluida la guerra, entraba el buque en el arsenal y la tripulacion era licenciada, sin necesidad de proseguir en la paz los gastos de la guerra. Bilio refiere (12) que los nobles milaneses ofrecieron á Felipe Maria mantenerle diez mil caballos y otros tantos infantes si les dejaba administrar los caudales públicos sin que los cortesanos ni los favoritos se mezclaran en ello. Segun Cristóbal Landino (13) y Varchi (14), Florencia gastó sólo en guerras desde 1377 á 1406, once millones y medio de florines de oro, de á ciento cada libra, todos procedentes de tributos pagados por ciudadanos particulares, setenta y siete casas pagaron de 1430 á 1453 en clase de contribucion estraordinaria, 4.875,000 florines y la república de 1527 á 1530, recaudó tambien en el concepto de estraordinarios 1.419,500 florines de oro.

Hasta los mismos tiranos y oligárquicos se esforzaban á fin de que su pais prosperara, tanto por la ventaja que de esto les resultaba, como por rivalizar con sus vecinos y disimular su servidumbre. Francisco Esforcia hacia abrir el canal de la Martesana, y construir el hospital de Milan; Juan Galeazo se atrevia á comenzar la catedral así como la Cartuja de Pavia: los Médicis, los Pitti, los Strozzi se inmortalizaron por la elegante magnificencia de sus edificios. Génova y Venecia presentan por todas partes espaciosos palacios construidos en aquel tiempo. La comodidad pública se halla atestiguada más todavia que por estos grandes trabajos, por la elegancia general de las habitaciones. Con efecto, si al otro lado de los Alpes el palacio y la catedral son una escepcion en medio de innobles grupos de casas, en Italia las calles tiradas á cordel, los edificios levantados con sujecion á un plan fijo, los circos, los paseos, indican que habia allí por una parte las órdenes de un rey, y por otra el trabajo de una nacion.

El testimonio unánime de los cronistas y los reglamentos suntuarios dan fe de un acrecentamiento particular del lujo y de las comodidades de la vida (15). Fray Francisco Pippino se esplicaba de éste modo en el año 1313: «A la sazon la parsimonia se ha convertido en magnificencia: los vestidos son de una materia y de un trabajo esquisitos: donde quiera se vé el oro, la plata, las piedras preciosas, los bordados. No faltan los objetos que más halagan al paladar, hay vinos extranjeros, delicados manjares, escelentes cocineros: trasforma cada cual en dios su vientre.» Más tarde, es decir, el año de 1338, Juan Musso decia de los placentinos lo siguiente: «Se hacen grandes gastos para el

(10) Commines (L. VII, c. 3) dice: *Et de ce qui contient ceste duché* (de Milan), *je ne veiz jamais la plus belle piece de terre, ni de la grant valeur. Car quant le seigneur se contenteroit de* 500,000 *ducatz l'an les subjects ne seroient que trop riches, et vivroit le dict seigneur en bonne sureté, mais il ne leve* 650,000 *ou* 700,000 *qui est grant tgrannie.*

(11) Libro V hácia el fin.

(12) *Vida de los dux de Venecia*, pág. 963.

(13) *Apologia de los florentinos.*

(14) *Historia*, lib. IX.

(15) Se pueden consultar entre otros los *Statuti suntuarii circa il vestiario delle donne*, etc., dados por el concejo de Pistoya en los años 1532 y en los años sucesivos y publicados por Sebastian Campi, en Pisa, en 1815, con aclaraciones sobre el lujo y las costumbres de su patria en aquel tiempo.

Dos estatutos suntuarios acerca del vestido de los hombres y de las mujeres, dados antes del año 1322 *por el concejo de Perusa.* Perusa, 1821.

Un estatuto florentino del 24 de marzo de 1299 dice: *Si qua mulier voluerit portare in capite aliquod ornamentum auri vel argenti vel lapidum preciosorum, vel etiam contrafactorum vel perlarum teneatur solvere Comuni flor, pro quolibet anno* 50 *libr. f. p.; salvo, quod possit quelibet domina, si sibi placuerit, portare aurum filatum vel argentum filatum usque in valorem libr.* 3 *ad plus.—Et si qua mulier voluerit defferre ad mantellum fregiaturam auri vel argenti vel serici texti cum auro vel argento, vel scannellos aureos vel argenteos vel perlas, teneatur solvere Comuni flor, libr.* 50 *f. p. pro quolibet anno.—Et si qua mulier voluerit portare aliquod ornamentum perlarum in aliqua alia parte vestimentorum sui corporis, teneatur solvere dicto Comuni flor. libr.* 50 *p. f. pro quolibet anno.* En el archivo de las reformas.

alimento y los vestidos. Usan las damas largos y anchos ropajes de terciopelo, de seda dorada, de hoja de oro, de lana escarlata ó violeta, y por un manto con mangas de esta clase se dan 25 florines ó 70 ducados de oro. Las mangas tienen suficiente tela para cubrir la mitad de la mano, y tan largo es el manto que arrastra por el suelo, y encima tiene cinco onzas de perlas que valen 10 florines cada una: gástanse además grandes cintas de oro en figura de lazo, pequeñas capuchas guarnecidas de pedrería, grandes cinturones de plata y de perlas, y muchos anillos. Llevan tambien *ciprianas*, ropajes anchos por abajo y ajustados por arriba, que muestran el seno. En la cabeza usan coronas ó trenzas de perlas y de margaritas en el cuello, sartas de coral ó de ámbar y velos de seda. Hasta las viudas tienen tales adornos, sólo que son de color oscuro, sin oro ni perlas, y hacen uso de capuchas negras ó de velos blancos. Los jóvenes gastan gabanes largos con pieles de terciopelo, paño ó seda, del valor de 20 á 30 florines; á la par que otros los tienen tan cortos que apenas les cubren las caderas. Van calzados con zapatos blancos, cuyas puntas tienen de largo tres pulgadas: usan collares de plata sobredorada con coral y perlas; llevan afeitada la barba y formando círculo los cabellos. Los más ricos tienen caballos, algunos hasta cinco con sirvientes que les cuestan doce florines al año, además del alimento. Prodigan el dinero en festines nupciales, donde abundan especialmente los buenos vinos blancos y tintos y las golosinas de azúcar. Compónese el primer servicio de dos capones, ó de un capon y un buen trozo de vaca con almendras, azúcar y otras buenas especias; vienen después las carnes asadas, á saber: pollos, faisanes, perdices, liebres, luego tortas y leche cuajada con azúcar, y por último las frutas (*fluges*). Después de haberse lavado las manos en un aguamanil de bronce, empiezan á beber de nuevo; se sirven á continuacion dulces y otra vez se bebe. En invierno cenan con gelatinas de caza, y después con pollos, vaca, patos, segun el tiempo, y frutas. El segundo dia se sirven empanadas con azafran y queso, pasas y especias, después vaca y verduras. En cuaresma dan de beber, luego dulces, higos y almendras. Vienen enseguida los buenos pescados y la sopa de arroz con leche de almendras, azúcar y especias; anguilas, salsas, sollos sazonados con vinagre y especias, y especialmente con mostaza, nueces y otras frutas. Tienen hermosas casas con aposentos, galerias, patios, pozos, jardines, graneros y muchas chimeneas. Como antes no habia chimeneas se encendia la lumbre en medio de la casa. Al presente no sabrian pasarse sin vino.»

Los hombres públicos y los príncipes rivalizaban en magnificencia en las ocasiones solemnes, como fiestas, recepciones de reyes, regocijos para celebrar victorias. Entonces se tenian las mesas francas á donde llegaban los caballeros á romper lanzas y á merecer en recompensa de su valor los aplausos de los valientes y los suspiros de las hermosas. Acudian los hombres del pueblo á sentarse á las mesas, donde todos eran acogidos urbanamente y donde abundaba el vino, que hasta brotaba á veces de fuentes artificiales. Para el recibimiento de algun príncipe, se desplegaba una gran pompa de preciosos y variados trajes; habia danzas de mujeres, músicas, aparatos magníficos, alfombras y pieles riquísimas tendidas en las calles formando festones con profusion de brazaletes, anillos, broches, diademas, collares de pedrería, cortinajes de púrpura, manteles y otros lienzos tejidos de oro, velas de seda, palios dorados y competencias, tanto á pié como á caballo.

Ya hemos hecho mencion de alguna de estas fiestas y comparsas. En el matrimonio de Galeazo con Beatriz de Este, la mujer de Mateo Visconti mandó hacer vestidos nuevos á mil personas. Uno de los más espléndidos viajes fué el que hizo á Venecia Isabel Fieschi, mujer de Luchino Visconti, para cumplir allí un voto y asistir á la solemnidad de la Ascension. Fueron enviados diputados de todas las ciudades del territorio para felicitarla, sin contar las damas, los señores y los deudos, con una inmensa multitud de ayudas de cámara y de palafreneros. Pasó de ciudad en ciudad seguida de esta comitiva, recibida en todas partes á competencia en medio de brillantes regocijos. Pero el verdadero objeto de este viaje era entregarse libremente á sus amores; y como fué muy bien imitada por las damas que iban en su compañia, fué un escándalo en toda Italia, de tal manera, que llegó la noticia á oidos de su esposo. Amenazada por él con un severo castigo, tuvo ella buen cuidado de anticipársele.

Quejáronse los florentinos de que la llegada de Galeazo Maria Esforcia habia introducido allí un lujo inusitado. Cuando posteriormente Juan Galeazo se casó con Isabel de Aragon, un tal Bergonzo Botta recibió á los esposos en Tortona en magníficas habitaciones, y les sirvió una comida, durante la cual se presentaron haciendo movimientos y figuras, Jason con el vellocino de oro, Apolo de pastor, Diana de cazadora, Orfeo cantando, Atalanta con el jabalí de Caledonia, Iris, Teseo, Vertumno, en una palabra, todas las divinidades de la mitologia, cada cual ofreciendo los dones correspondientes á su clase: quitadas las mesas, se representó una novela, en que intervinieron personajes mixtos, históricos y alegóricos, y se acabó con un baile (16). Luego en Milan, Leonardo de Vinci dirigió las fiestas, y construyó una máquina, que figuraba el cielo con todos sus planetas, representados por divinidades, que giraba segun las leyes celestes; y en que cada uno habia un músico que entonaba las alabanzas de los nuevos esposos.

En Corio (1368) podrán verse las viandas de los diez y ocho servicios de que constó la comida

(16) TRIST. CALCHI, *Nuptiæ Med. Ducum.*

para las bodas de Violante, hija de Galeazo Visconti, con Lionel de Inglaterra, dispuesta en la plaza del Arengo en Milan, acompañaban á cada servicio ricos dones, como lebreles, bracos, armaduras, piezas de paño, toneles de vino, escudos, trajes, vajillas de plata, bueyes, caballos (17). Cuando el emperador Federico III visitó á Nápoles, el rey Alfonso gastó en obsequiarle ciento cincuenta mil florines, emprendió una caceria numerosísima, y dió un banquete que no habia tenido igual, en que se comieron viandas espléndidas en platos riquísimos, se arrojaron confites de todas clases, y brotaba de las fuentes el vino griego y el moscatel, pudiendo cada cual beberlo en copas de plata (18).

Seria imposible que narráramos todas aquellas fiestas; pero asombra cuando se ve á los cronistas hacer en una misma página la relacion de un incendio, de una derrota, de una muerte, y la de una solemnidad suntuosa, á la cual asistió medio mundo.

Desplegábase tambien gran lujo en las embajadas; cuando Luis XI se ciñó la corona de Francia, toda Italia le envió mensajes congratulatorios, y Florencia mandó para que la representase á Pedro de los Pazzi, con una riqueza no vista de trajes, joyas, sirvientes y caballos, tanto que se quiso que pasease por la ciudad á fin de que el pueblo viese aquella pompa sin igual. En la corte «se mudaba cada dia uno ó dos vestidos, todos suntuosísimos, y lo mismo ejecutaba su familia y los jóvenes que estaban con él... Hizo tantos regalos en nombre de la república y en el suyo á todos los individuos de la corte del rey, que no hubo ningun embajador que le igualase.» A su vuelta «salieron á recibirle todas las personas de distincion; las calles y ventanas estaban llenas de gente. Entró con su familia, adornada de vestidos nuevos y lujosos, con túnicas de seda y perlas en las mangas y en el cabello de gran valor.» (19)

Los funerales eran otra ocasion de fausto. Vestido el difunto como correspondia á la clase ó cubierto con el paño mortuorio ó con su ropa, era tendido sobre un féretro: precedíanle una porcion de cruces, así como los seglares convocados á son de trompeta: detrás iban los clérigos y los sacerdotes, y por último las mujeres, y entre ellas las parientas más cercanas, á quienes se sostenia por ambos lados (20). A los que habian sido asesinados se los sepultaba sin lavarles, á diferencia de los otros, á quienes se ungia, llenándolos á menudo de aromas. Era tambien costumbre enterrar á los muertos con sus armas, y con magníficos atavios de vestiduras, anillos, collares, lo cual incitaba fuertemente á profanar las sepulturas (21), después se introdujo, como devocion, la moda de hacerse enterrar con las túnicas de los disciplinantes y mendicantes. Se colocaba un libro sobre el cadáver de los médicos (22). Una multitud considerable, vestida de luto, asistia á los funerales de los príncipes y caballeros, yendo en pos caballos ensillados, sin ginetes, banderas, escudos, insignias, con profusion de cirios y alfombras; se decian tambien oraciones fúnebres, que en breve quiso tener cada vecino opulento, siendo necesario prohibirlas. Se renovaban las ceremonias el sétimo dia, el trigésimo y el aniversario. Para los particulares era costumbre que los deudos y los vecinos se reunieran en la casa mortuoria para llorar juntos. Por otra parte sus vecinos y otros muchos ciudadanos se congregaban con sus parientes delante de la casa, y el clero iba allí segun la calidad del difunto, que era llevado en hombros de sus iguales con una pompa funeral de cirios y de cantos, á la iglesia que antes de morir habia designado (23). Allí, su desconsolada madre y otras muchas mujeres, tanto parientas como vecinas, lanzaban gemidos y derramaban lágrimas por su muerte, mientras sus parientes permanecian sentados en esteras.

El podestá que moria en el ejercicio de sus funciones se enterraba á espensas del Estado, con grandes honores. En 1390 maese Juan Azzo de los Ubaldini, capitan de Siena, «fué enterrado en la catedral al lado de San Sebastian. Tuvo primero, cerca de su cuerpo, doscientos doce cirios puestos en el catafalco de madera, de los cuales doscientos cuatro pesaban tres libras cada uno, y permanecieron encendidos todo el tiempo de los oficios. El concejo adornó cuatro caballos con caparazones y banderas en que se veian las armas del pueblo, y vistió de negro setenta personas. Colocado

(17) Fuera de Italia, las fiestas más suntuosas se celebraban en la corte de Borgoña. Fué famosa la del Arbol de oro en 1468, donde el último dia apareció en la sala una ballena fingida, tan gruesa, que podia contener dentro de sí un hombre á caballo; la acompañaban dos gigantes, y salian de su boca sirenas cantando y doce caballeros marinos que bailaron primero, y después combatieron hasta que los gigantes les obligaron á entrar de nuevo en la ballena. V. BARANTE, *Historia de los duques de Borgoña*, libro XI hácia el fin. Citaremos por su extravagancia, el juicio de Páris, dado en Lille para festejar á Cárlos de Borgoña el mismo año. Figuraba á Vénus una mujerona que pesaria dos quintales, á Juno otra muy alta y seca, y á Palas una jorobada, á modo de facistol; todas tres desnudas y con riquísimas coronas.

(18) Véase á FACIO, lib. IX, y á PARNOMITA, lib. IV.

(19) VESPASIANO, *Vida de P. de los Pazzi*. Este iba desde Florencia á su quinta á pié, aprendiendo de memoria por el camino toda la Eneida, los triunfos del Petrarca y muchos discursos de Tito Livio.

(20) AUL. TICIN. *De laud Papiæ*, c. 13.

(21) La ley lombarda impone novecientos sueldos de multa al violador de los sepulcros, así como al homicida (ley 19 de Rotaris): la de Teodorico le castiga con la muerte (ed. 110). Así hallamos diferentes penas en los estatutos de los diversos Estados italianos; pero las crónicas y las novelas están llenas de esta clase de violaciones.

(22) SACCHETTI, *Nov* 155.

(23) BOCACCIO, *Introd.*

el difunto en un ataud elevado, cubierto de un hermoso paño de oro, con un pabellon de lo mismo, forrado de armiño, encima del cuerpo. Este pabellon fué llevado por los caballeros y los principales ciudadanos de Siena, que se relevaban. Veinte caballos estaban equipados de negro, con banderas con las armas del difunto, todas de seda; equipóse tambien á un hombre armado de piés á cabeza con la barba larga, la espada desnuda, las espuelas y las demás piezas de la armadura, que todas quedaron en la catedral. Hubo además en el gran catafalco de madera, gran cantidad de mujeres con los cabellos sueltos, pertenecientes á las primeras familias. Vióse, en fin, en aquel entierro á todos los priores del palacio, y tanto sacerdotes como frailes y monges, cerca de seiscientas personas, de las cuales cada uno tenia en la mano un cirio de una á dos libras, y los clérigos, de seis onzas. En memoria del difunto, se hizo un busto en la capilla de donde se colgaron todas sus veinte y tres banderas y sus armas.» (24)

En los funerales de Juan Galeazo Visconti, la procesion que se puso en marcha del castillo hácia la iglesia mayor, era tan larga, que apenas le bastaron catorce horas para desfilar toda ella. Delante de la cruz iban los condestables, los escuderos y los caballeros, con cuarenta personajes de la familia Visconti, de los cuales cada uno iba acompañado de dos embajadores de potencias extranjeras; después un gran número de otros embajadores y nobles extranjeros; diez diputados de cada una de las ciudades sumisas, y además multitud de sus principales ciudadanos ó nobles. Enseguida, se adelantaban todos los demás religiosos (y eran en gran número), los canónigos regulares, el clero secular, los abades de los monasterios y los obispos de todas las diócesis del Estado. Detrás de ellos iban las banderas de las ciudades llevadas por doscientos cuarenta hombres á caballo, á que seguian otros ocho tambien á caballo con las insignias ducales; después dos mil personas vestidas de luto teniendo sobre el pecho y la espalda las armas de los Visconti, del ducado de Pavia y del condado de Milan, cada una con una gran antorcha en la mano. Detrás del clero y los canónigos de la iglesia metropolitana, caminaba el arzobispo entre sus sufragáneos. El ataud era llevado por los principales señores y extranjeros de alta gerarquia, bajo un baldaquino de brocado de oro, forrado de armiño; cortesanos vestidos de luto le rodeaban, remudándose para llevar, doce á la vez, los escudos de armas y divisas adoptadas por el duque. Otras dos mil personas, de negro, cerraban la procesion. Cuando llegaron al templo y se hicieron ofrendas de todos los cirios, insignias ducales, armas y caballos que las llevaban, se celebró el oficio fúnebre en rededor de un mausoleo adornado de estandartes y banderas, sobre el cual estaba colocado el ataud. Una pomposa inscripcion referia las virtudes que el duque habia tenido ó que debió tener, sin olvidar el mencionar los pesares de sus súbditos privados de un padre, fraseologia para uso de todos los príncipes. Terminada la ceremonia, la comitiva acudió al palacio ducal, donde se pronunció una oracion fúnebre, no menos pomposa y tan verídica, en la que se hacia ascender á Hector y á Eneas la dinastia de los Visconti. Erigiósele un monumento de mármol blanco en la cartuja de Pavia, con su estátua sentada, y ricos bajo-relieves, entre los cuales figuran los escudos de todas las ciudades sometidas á su autoridad (25).

Las leyes suntuarias renovadas varias veces por oponerse á los escesos del lujo, no hacen más que demostrar el tamaño del mal y la inutilidad del remedio. Los estatutos de Mántua, en 1325, prohiben á cualquiera mujer de condicion inferior usar trajes que toquen al suelo, y ponerse en el cuello adornos de seda. Prohibicion á las mujeres, cualquiera que sea su clase, de tener vestidos cuya cola arrastre más de un codo, como tambien coronas de perlas ó pedrerias, cinturones que valiesen más de 10 libras, ni una bolsa que costase más de 15 sueldos (26). «En 1330, dice Villani, se trató en Florencia de contener el lujo de las mujeres, porque se entregaron con gran exceso á los adornos supérfluos, de coronas, guirnaldas de oro y plata, per-

(24) Manuscrito ap. MURATORI, *Antiq. ital.*, XLVI.

(25) Commines dice, que habiendo ido á la cartuja de Pavia, y viendo los restos de Juan Galeazo colocados más alto que el altar, oyó á un fraile que le trataba de santo. «Y yo le pregunté al oido por qué le llamaba santo, cuando se podian ver al rededor las armas de muchas ciudades usurpadas por él sin derecho. Ahora bien, me respondió en tono bajo: *Llamamos santos en este pais á todos los que nos hacen bien.*» *Memorias*, VII.

(26) Entre las diferentes formas de trajes, mencionaremos los *birri*, especie de casaca de color rojo, lo más comun de paño usual con un capuchon. Llamábase generalmente *robæ* ó *raubæ* á los vestidos más elegantes; y este nombre se ha conservado tanto en italiano como en francés. Tambien se hace mencion de los *supertotus*, y del *balandran* ó capisayo, que se diferenciaba de la capa en que era como el antiguo *palio*, sin mangas, con capucha. MURATORI, *Ant. Ital.*, XXX.—Los estatutos de Ferrara, dictados, como tantos otros, por un espíritu de sistema estrecho que queria mezclarse en los menores detalles, determinaron una tarifa para los sastres en 1279. El límite á que ha de sujetarse el pago de los sastres, será: por una almilla de hombre, ocho imperiales; por una basquiña con pliegues, tres sueldos ferrareses; por un vestido de paño sin las tres costuras, tres sueldos, y cuatro si tiene tres costuras y pliegues. Lo mismo deberá entenderse respecto de las garnachas forradas de pieles, y si de tafetan, seis sueldos. Se pagará por los vestidos de pieles destinados á los hombres, tres sueldos ferrareses; por las *guascappe* y capas cortas de tres costuras, cinco sueldos; por un guarnecido con vueltas plegadas y botones, ocho sueldos; diez, si están adornados por detrás y por delante; por una garnacha forrada de pieles y tafetan, con guarnicion, ocho sueldos ferrareses antiguos; por un vestido para encima forrado de pieles, seis sueldos, y siete si lo está de tafetan.

las, pedrerias y redecillas, como tambien para ciertos adornos de perlas y otros de cabeza, de gran coste; en trajes hechos de retazos de telas diferentes, de diversos paños, bordados de seda de varios modos, con franjas de perlas y pequeños botones, ya de plata, ya de oro, comunmente de cuatro hilos y de seis reunidos, en fin, en alfileres de perlas y piedras preciosas en el pecho, con signos y diversas letras. Se daban tambien festines de bodas desordenadas, y se hacian gastos en manjares, y otros más supérfluos y desarreglados. Se remedió, pues, esto. Dirigiéronse severas órdenes á ciertos oficiales, para que ninguna mujer pudiese adornarse la cabeza con una guirnalda ó corona de oro ni de plata, tampoco de perlas, pedrerias, cristal, seda ni nada que se pareciese á una corona ó guirnalda, ni aun de papel pintado, ni con redecilla ó trenza de ninguna clase, ni vestirse con telas bordadas ó pintadas de figuras ó listadas, ó que tuviesen más de dos colores, ó con guarniciones de oro, plata, pedrerias, seda, esmalte, y hasta cristal; ni llevar más de dos sortijas en el dedo, ó cinturones adornados de más de doce placas de plata ó guarnecidos de piedras preciosas. Ninguna podia usar trajes de *sciamito*, y las que los tenian debian marcarlos, para que no les fuese fácil hacer otros: todos los vestidos de seda, bordados de realce fueron quitados y prohibidos. Los trajes de mujeres no podian ser por detras más de dos brazos de largo, ni escotados por delante más de un brazo y tanto como el ancho de la pañoleta. Hasta se les quitó á los niños sus sobrevestas y cotillas, como tambien toda clase de cintas y pieles, que desde entonces sólo pertenecieron á los caballeros y á las damas. Se prohibió á los hombres usar cinturones de plata, jubones de paño, camelote ó tafetan. Se mandó tambien que en las comidas no habria más de tres manjares; en los festines de bodas más de veinte platos, y que acompañasen á la esposa sólo seis mujeres. En los banquetes para recepcion de un caballero, habian de limitarse á cien cubiertos de tres viandas, y no dar regalos á los bufones, que antes los obtenian en gran cantidad.»

Si el lector se sintiere fastidiado á la vista de semejantes trabas, tenga presente que éstas, como todas las leyes que imponen lazos inútiles, no eran observadas.

El abandono de las antiguas costumbres y la introduccion de tantas novedades, se debian en gran parte á los franceses que habian ido con los angevinos. Beatriz, mujer de Cárlos de Anjú, que hizo su entrada en Nápoles en un carro de terciopelo azul celeste sembrado de flores de lis de oro, admiró á todo el mundo; y su esposo llevaba la magnificencia hasta el exceso en sus banquetes y en las ceremonias públicas (27). El rey Roberto dió en Asti, una comida servida toda en vajilla de plata, lo cual fué considerado como una maravillosa innovacion.

Sustituyéronse entonces las carrozas á los caballos y demás cabalgaduras, hasta para los hombres. Hubo prodigalidad en el alimento, en los trajes, en los gastos nupciales. en los regalos. Aun entre el pueblo, dice el consejo áulico de Pavia, los artesanos tenian más variedad y lujo en las mesas, que en otro tiempo los mismos hidalgos; y las mujeres de condicion vulgar no cedian á las que eran ricas y nobles. «No debo descuidar, dice Villani, mencionar un cambio inmoderado en el modo de vestirse, que nos han traido últimamente los franceses llegados á Florencia. El traje y vestido eran en otro tiempo el más hermoso, el más noble, el más honesto que pudo tener ninguna otra nacion, como tenian los romanos envueltos en la toga: y ahora los jóvenes se han dedicado á llevar una cota ó jubon corto y estrecho, que no se puede poner sin ayuda de otro, con un cinturon como una cincha de caballo, con una desmesurada hebilla y clavilla, y una enorme escarcela á la alemana que daba en el empeine. Añádase á esto un capuchon colocado á la usanza de los juglares, con la parte que flotaba bajando hasta la cintura y aun más abajo: porque es á la vez una capucha y un manto con varios adornos y calados. El pico de la capucha llega hasta el suelo, para envolver la cabeza cuando hace frio, y se deja crecer su barba, para mostrarse más terrible con las armas. Los caballeros han adoptado una sobrevesta ó verdadera garnacha estrecha, con cinturon, como se ha dicho ya, forros de piel de ardilla y armiño, y las puntas de las mangas bajan hasta el suelo. Este estraño traje, que no es ni hermoso ni honesto, ha sido adoptado últimamente por los jóvenes de Florencia, y las mujeres ostentan desmesuradas mangas.» (28)

(27) Se encontrará la descripcion en Saba Malaspina.

(28) *Historias*, lib. XII, c. 4, an. 1342. El historiador Benito Varchi describe hermosa y elegantemente la manera con que se vestian los florentinos. «Pasada la edad de diez y ocho años, los florentinos usaban en la ciudad un traje de sarga ó de sayal negro, que bajaba casi hasta los talones; el de los doctores y otras personas respetables, forrado de tafetan, y algunas veces de armiño ó de tabi, casi siempre negro, abierto por delante y por los lados en el punto por donde salen los brazos, y plegado en la parte superior, donde se ata al cuello con uno ó dos broches puestos por la parte interior, algunas veces tambien con cintas y galones por la parte de fuera. Este traje se llama *lucco*. Los nobles y ricos le usan tambien en el invierno, pero guarnecido de pieles, ó forrado de terciopelo, y á veces de damasco. Debajo hay algunos que se ponen un sayo; otros una bata corta ú otro vestido por el estilo, de paño con su forro, al cual llaman casaca; en el verano se lleva sobre el jubon ó la camisola, y á veces sobre el sayo ú otro vestido de seda; para la cabeza usan un gorro de paño negro ó de sarga ligeramente forrado, con un repliegue atrás que se deja caer de modo que cubra el cuello, y se llama un gorro á la ciudadana. No se llevan ya sayos con solapas y con las mangas anchas, que daban á media pierna, ni los gorros que eran tres veces mayores que los del dia, con las

Galvano Flamma echa de menos tambien en 1340, que los jóvenes de Milan «hayan abandonado las huellas de sus padres, y se hayan trasformado en estrañas figuras; se han dedicado á usar vestidos estrechos y cortos á la española; los cabellos cortados á la francesa; dejar crecer la barba á la usanza bárbara; á cabalgar con enormes espuelas á la alemana, á hablar diferentes idiomas á lo tártaro. Las mujeres han cambiado tambien sus modas por otras más malas. Andan con trajes ajustados, dejando descubierta la garganta y el cuello, que rodean con hebillas doradas. Usan vestidos de seda, y á veces de tela de oro; se cubren la cabeza de rizos á la moda extranjera; ajustadas por cinturones de oro, parecen amazonas; llevan zapatos con punta, y se entregan al juego de dados; en fin, para decirlo todo eu una palabra, los caballos de batalla, las armaduras brillantes, y lo que es peor, los corazones viriles, la libertad de las almas, las ocupaciones de toda la juventud, los sudores de los padres, se gastan en adornos de mujeres.» (29)

El autor de la vida de Nicolás Rienzi prorumpe en las mismas quejas en el estilo que le es peculiar: «En aquel tiempo (1328), se comenzó á cambiar inmoderadamente de modas tanto en los trajes como en la persona; se dedicaron á alargar las puntas de las capuchas, empezaron á usar trajes estrechos á la catalana, y gorgueras; escarcelas suspendidas de correas, y en la cabeza sombrerillos sobre la capucha. Además, los jóvenes usaban barbas largas y espesas, como si hubiesen querido imitar los potros españoles. Semejantes cosas no se habian visto aun antes de aquel tiempo. Los hombres se afeitaban la barba y llevaban trajes anchos y honestos. El que se hubiese presentado con la barba hubiera pasado por un hombre falto de juicio, á menos que no hubiese sido un español, ó una persona dedicada á la penitencia. En la actualidad, condiciones, ideas, diversiones, todo ha cambiado. Llevan caperuzas en la cabeza en señal de gran autoridad, una barba larga á la manera de los ermitaños y una escarcela á la de los peregrinos. ¡Estraño atavio! Y lo que es más estraño aun, es que el que quisiera no usar el pequeño sombrero, la barba larga y la escarcela, se le consideraria como una persona de poco ó ningun valor. La barba es la reina: el que lleva barba es tenido en mucho.»

En otros escritores encontramos espresiones burlescas dirigidas contra las mujeres, á causa de la mania que les acosaba de parecer más altas, unas veces recogiéndose los cabellos en la coronilla, ya de encapuzarse, ya de llevar los cabellos flotantes por la espalda, ya de colgarse del pecho diversas figuras de animales. Empleábanse los alquimistas en ocultar las manchas que les afeaban el cutis, suministrándoles recetas con que desfiguraban éstas. Unas veces tenian abierta la gorguera, otras la levantaban de repente hasta los ojos: ahora llevaban el cinturon tan apretado que sus caderas y vientre se ensanchaban, cual si estuviesen en cinta; luego estiraban las basquiñas con ayuda de pequeños pedazos de plomo, á fin de cubrir el tacon que las hacia levantar no poco del suelo. Algunas veces usaban capas al estilo de los hombres. Los venecianos, los genoveses, los catalanes, que en un principio conservaban sus modas particulares, las confundieron después de tal manera, que se acabó por no distinguir á los unos de los otros. Se complacian los elegantes en superarse mútuamente en innovaciones. Así adoptaban un dia el gorro de noche; otro se apretaban la garganta casi hasta estrangularse, ó se ajustaban de tal modo, que parecian fardos, y no podian sentarse sin romper alguno de sus cordones. Siempre codiciosos de modas extranjeras, parecia que uno llegaba de Siria, otro de Arabia, otro de Armenia. Estos usaban el jubon á la húngara, aquéllos anchas mangas perdidas, y gabanes de diferentes clases, cuyas mangas flotaban por la espalda, como si no tuvieran brazos; por último, calzados con sus enormes puntas (30).

---

alas vueltas hácia arriba, ni zapatos hechos ridículamente con pequeños talones.

»El manto es un traje que baja las más veces hasta la garganta del pié, por lo comun negro, aunque los ricos, sobre todo los médicos, lo usaban de color de violeta ó rosa, abierto sólo por delante, y hecho pliegues en la parte superior. Se sujeta con broches como los *lucchi*; y los que pueden tener un *lucco* no se lo ponen sino en invierno con un forro, sobre un sayo de terciopelo ó de paño.

»La capucha tiene tres partes: el *mazzocchio*, círculo de pelote cubierto de paño y forrado de ratina, que da vueltas en rededor de la cabeza y la cubre por encima; la *faggia* ó la parte que, colgando sobre los hombros preserva la megilla izquierda; el *pico*, banda doble del mismo paño que llega hasta el suelo, se recoge sobre el hombro, y por lo comun se arrolla al cuello, ó en rededor de la cabeza, cuando se quiere estar más libre y desembarazado. (El *pappafico* era otra clase de capucha que cubria las megillas).

»Por la noche, que es costumbre en Florencia salir mucho por las calles, se llevan por lo comun en la cabeza *gorros*, y sobre los hombros capas llamadas á la española, es decir, con esclavina. Dentro de la casa se lleva comunmente un balandran ó un catalan, con un gran gorro en la cabeza; en el verano ciertas zamarras de algodon ó gavardinas de sarga, con un pequeño gorro. Para montar á caballo se lleva la capa ó el gaban de paño ó sarga, y para viajar, de fieltro. Las calzas hasta la rodilla, y faldares forrados de tafetan; muchas personas los usan calados de terciopelo, y con adornos de encajes. Se mudan todos los domingos la camisa, que está plegada en el cuello y en los puños, así como todas las demás prendas del vestido, hasta el cinturon, los guantes y la escarcela: cuando se saluda, no se acostumbra quitarse jamás la capucha, excepto si es al magistrado supremo, á un obispo ó á un cardenal; se levanta sólo algo por delante con dos dedos tratándose de caballeros, magistrados, doctores ó canónigos, inclinando ligeramente la cabeza en señal de humildad. *Stor, fior,* IX.

(29) *Cron.* lib. XVIII, 16.

(30) Véase SACHETTI, *Nov.* 178 y sus canciones, que

Me he detenido en estos pormenores para que cobren ánimo los jóvenes y las doncellas que adornan hoy la Italia con escasa virtud, si bien con abundancia de hechos, y que tienen tan grande inclinacion á cambiar todos los dias de vestidos, tratando de parecer hermosos antes que buenos, y deseando no tanto las alabanzas de las obras y del ingenio como la gloria más vana é insensata: el vicio no es de fecha reciente.

Por lo demás, nosotros vemos en estas quejas, además de la general costumbre de adular lo pasado con menoscabo de lo presente, un indicio del desarrollo de la democracia, que aspiraba á confundir las clases hasta en el vestido y las maneras. Dante se lamentaba de que en su tiempo no tenian límites la época del matrimonio de las doncellas ni su dote (*Páraiso*, X). Benvenuto de Imola, dice comentando este pasaje, que un padre muy opulento daba antes á su hija 200 ó 300 florines, á la par que se desembolsaban entonces 2,000 ó 1,500: se casaban las doncellas de veinte á veinte y cinco años, al paso que contraian entonces matrimonio de doce á quince. Landolfo el Viejo afirma, que á principios del siglo XIII no se contraian matrimonios hasta después de treinta años; pero esto cambió despues hasta tal punto, que las costumbres de Milan declararon nulo los contratos nupciales hechos antes de la edad de siete años (31).

Sin embargo, como se puede juzgar de las costumbres de una época por las mujeres, recordaremos á Marzia de Ubaldini, que encargada por su marido, Francisco de los Ordelaffi, de la defensa de Forli, se mantuvo tenazmente en aquella plaza, resistiendo fuera á las armas del enemigo, y dentro las traiciones de los suyos, y que gobernante y capitana á un mismo tiempo, era la primera en esponerse á las fatigas militares, la primera que se presentaba en la brecha. Sólo después de haber perdido toda esperanza de socorro, se decidió á rendir la ciudadela, que ya no era más que un monton de ruinas; pero fué con condiciones honrosas para sus soldados, contentándose ella con la proteccion que la generosidad está segura de encontrar siempre hasta por parte de enemigos.

Tambien se conoce por las tradiciones á aquella Blanca de Rossi, mujer de Juan Bautista de la Porta, gobernador de Bassano, que después de la muerte de su esposo continuó defendiendo la plaza contra el feroz Ezzelino. Presa con las armas en la mano, fué blanco de las violencias del tirano, y arrojándose desde una ventana, á fin de libertarse de la deshonra, se rompió una costilla. Luego que sanó, el infame Ezzelino consiguió deshonrarla por la violencia; pero apenas se vió libre corrió á donde estaba el sepulcro de su marido, y levantando la pesada losa que lo cubria, la dejó caer sobre la cabeza y se la aplastó.

Véase aquí el reverso de la medalla. A los catorce años la paduana Esperonella, hija de Delesmanno, estaba ya casada con Jacobo de Carrara, cuando el conde de Pagano, nombrado por Federico I para el gobierno de Pádua, se enamoró de ella, y habiéndola robado, la entregó su mano de esposo. Sus deudos y sus conciudadanos, irritados de verla en manos de un tirano extranjero, conspiraron en su contra, y sublevados los habitantes de comun acuerdo, le obligaron á que les cediera las fortalezas, restituyéndoles su libertad. Entonces Esperonella se casó con un Traversari, en cuya compañia estuvo poco: luego fué mujer de Pedro Zausanno, á quien abandonó al cabo de tres años para casarse con Ezzelino de Romano. Cierto dia que él habia ido á Monselice, donde Olderico de Fontana le habia hecho un urbano recibimiento, no pudo menos de encomiar á su vuelta los finos modales de su huésped y su varonil hermosura. Esto bastó para escitar los deseos de aquella mujer impúdica: cruzáronse mensajes entre ella y Fontana, y en breve dejó á Ezzelino para huir con su galan. Así pasó de marido en marido, sin cuidarse de si el anterior vivia todavia: luego hizo un largo testamento que no es más que un catálogo de iglesias y de hospitales, á los cuales legó cuanto poseia: veinte sueldos á éste, cuarenta a aquél, colchones, colchas, sábanas, cobertores de pieles: dejó á un hospicio el lecho de plumas en que dormia: manteles, servilletas para los peregrinos de ultramar; campos y dinero á los obispos para indemnizar á aquellos á quienes hubiera podido causar daño (32).

Por delito de infidelidad pudo el duque Felipe Maria Visconti enviar al patíbulo á su esposa Beatriz; el capitan Francisco Gonzaga á la suya, Inés Visconti; Nicolás, marqués de Ferrara, á su mujer Parisina Malatesti, juntamente con su hijo Hugo, y Hércules Bentivoglio procesó á Bárbara Torelli; quizás eran inocentes todas, pero sus maridos las hacian aparecer como culpadas.

Todo el que haya leido el Decameron, habrá debido formar una opinion, aun prescindiendo de los hechos aquí narrados, muy poco favorable de las mujeres que sufrian en su presencia relatos y discursos de aquella clase mientras que la peste asolaba su patria. Nos queda un acta singular, por la cual Galeazo Maria Esforcia, en atencion á las *costumbres puras, á la vida púdica y á la estremada belleza* de Lucia de Marliano, y del inmenso

---

han sido publicadas en el *Diario de los Arcades*, febrero de 1819. Petrarca deplora tambien la mania de imitar las modas y las locuciones extranjeras.

(31) Lib. II, cap. 36. Una constitucion del concilio de Nimes de 1090 declara, que las doncellas no son nubiles antes de doce años.

(32) Año de 1192, en el *Código Eccelinano* de VERCI.

ardor con que le ama, le hace por una parte, y la confirma á mayor abundamiento, donaciones considerables tanto para ella como para los hijos que le ha engendrado y le engendre. Después de haberla confirmado esta liberalidad por juramentos los más sagrados, puso esta condicion; «Vivirá á nuestra devocion, y nunca tendrá relaciones, no solo con otro hombre, sino tampoco con su marido, á menos que la demos licencia espresa por escrito.» (33) Vienen después amenazas terribles de Galeazo á Bonna, su mujer, si alguna vez causa el menor disgusto á su favorita. Esta acta, testimoniada por notarios, está firmada por el esposo de Lucia y por una multitud de grandes señores y de caballeros milaneses (34).

(33) *Dummodo prædicta Luccia marito suo per carnalem copulam se non commisceat, sine speciali licentia in scriptis; nec cum alio viro rem habeat, nobis exceptis, si forte cum ea coire libuerit aliquando.* Manuscritos de los archivos trivulcianos.

(34) No acontecian las cosas de un modo más ejemplar fuera de Italia. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, tuvo veinte y siete mujeres, legítimas tres de ellas. Juan de Borgoña, obispo de Cambray, oficiaba pontificalmente, servido por treinta y seis de sus bastardos é hijos de bastardos. REIFFENBERG *Historia del Toison de Oro*. Introduccion, p. XXV. Un conde de Cleves dejó treinta y seis hijos naturales. *Arte de comprobar las fechas* en la voz Cleveris.

CAPÍTULO XXIII

COMERCIO.—CIUDADES MARÍTIMAS.

Hemos acostumbrado á nuestros lectores á atribuir mucha parte á la declamacion en esas quejas contra el acrecentamiento del lujo, que descubren al economista la propagacion de las comodidades, no limitadas ya á un corto número de personas que se enriquecen con el sudor de un pueblo entero. Además, el lujo contribuyó en Italia al desarrollo del comercio y fué á su vez favorecido por éste, fuente de grandes riquezas para aquel pais, el cual no está destinado, como se ha supuesto, á encontrar su prosperidad únicamente en el cultivo de la agricultura. Lejos de considerar el comercio como una ocupacion deshonrosa, se dedicaban á él personalmente los primeros ciudadanos (1), y hasta el mismo Cosme continuó el tráfico cuando llegó á ser jefe de la república. Así contraian á la vez aquellas costumbres sencillas y pulidas á un mismo tiempo, cuyo contraste era sorprendente en comparacion de los modales fastuosos y groseros de la aristocracia extranjera; y con esto aumentaban á la vez sus riquezas y la poblacion.

Es peculiar de los toscanos que mientras en todos los demás paises no hay recuerdo de otra vida que de la señorial, entre ellos el notario y el mercader tienen su historia extendida en los prioratos y en los registros, donde se reseñaban los acontecimientos privados y los públicos, sin contar alguna que otra biografia redactada para perpetuar el honor de la familia. Muchísimos de aquellos documentos yacen sepultados en los archivos, muchos fueron publicados, y pudiera conocerse por ellos la vida doméstica de la época.

En el año 1298 Guido, de la Antella empezó á escribir sus recuerdos de familia, y en ellos refiere como principio á trabajar á las órdenes de negociantes, habiendo ido por cuenta de los mismos, á Provenza, Francia, Nápoles y San Juan de Acre; después nos dice que entró en compañia con ellos, y lleva nota de las varias escrituras relativas á sus negocios y propiedades, y á casamientos. Sus hijos continuaron estas notas; ya se trata de una cuya novia aportó el matrimonio entre dotes y regalos, setecientos florines de oro, ya de la compra de una casa en doscientos diez florines, ya del ajuste de una criada en seis florines al año; de una esclava en treinta libras, ó bien de una nodriza en diez y seis florines de oro, para permanecer en la casa; ó en cincuenta sueldos mensuales si iba á otros puntos, fuera del ajuar consistente en «una cuna, una manteleta con diez y seis botones de plata, otra azul celeste, un jubon de colores, cinco pedazos de lana, cinco fajas, catorce trozos de lienzo, una colcha y una almohada con dos fundas.» Cuando se alquilaba una tienda, se tenia cuidado de añadir al precio estipulado un ganso gordo para el dia de Todos los Santos ó para Navidad.

En las heredades existia ya entre los dueños y los labradores la sociedad llamada aparceria, que aseguraba proteccion al colono, y establecia con el amo cierta comunidad de intereses y de afectos, casi de familia. El dueño, además de poner el feudo, se obligaba á anticipar al aldeano el dinero necesario para comprar bueyes.

Cuando una persona salia de su casa para presentarse en las Asisas, iba á pié y llevaba consigo dos camisas, cuatro pares de calzones, una almilla vieja, un gorro encarnado viejo, tres grandes cofias viejas y malas, una toalla vieja, un pañuelo grande de mujer, un par de calzas pardas viejas, otro par negras, viejas y rotas, un par de botines

(1) «Su padre (Antonio Giacomini) le envió á Pisa para asuntos de comercio, en que se ocupa toda la nobleza de Florencia, como de la cosa más útil y estimada en el pais.» MAQUIAVELO.

nuevos, un vaso nuevo, un barrilete de cuero, un cuchillo, una navaja de muelle, una bolsa de estambre, un estuche de cuchillos con mango blanco al estilo aleman, y en metálico tres libras y diez y siete sueldos (2).

Gálgano Guidini á los veinte y ocho meses se quedó sin padre, el cual no le dejó más que deudas; pero su madre, para poder educarle, no se volvió á casar. El abuelo se le llevó á su casa, y le enseñó á leer y hasta el Donato; enseguida le envió á aprender gramática á Siena. No tardó en poder desempeñar el cargo de pasante, y por último llegó á ser notario. A la muerte del abuelo, que se habia dedicado un poco á la usura, su madre hizo algunas restituciones. Gálgano desempeñó, en calidad de notario, diferentes oficios, y empezó á ganar, economizar y comprar. Habiendo tratado á la bienaventurada Catalina, se sintió lleno de fervoroso celo hácia ella y hácia Dios, tanto que queria abandonar el mundo, y lo hubiera verificado á no intervenir su madre, que consiguió inducirle á contraer matrimonio. Conservó siempre devocion á Catalina viva y muerta; le pedia consejos y traducia al latin las obras que ella escribia en italiano, pues «el que sabe gramática ó es erudito, no lee con tanto gusto las cosas que han sido escritas para el vulgo.» Tuvo muchos hijos, y al primero le puso por nombre Francisco, como señal de respeto á san Francisco, á quien profesaba especial devocion, y porque pensaba en honor del mismo santo, hacerle entrar en su Orden, concluyendo con la frase «ASÍ QUIERO QUE SEA.» Los más de sus hijos fueron criados por nodrizas, y sólo algunos *mamaron la leche materna* (3).

Angel Acciajuoli, ciudadano ocupado en negocios de importancia con príncipes y papas, y que habiendo obtenido del rey Cárlos de Francia el regalo de un servicio completo de mesa, todo de plata y de un valor excesivo, adoptó únicamente dos frascos, que después regaló á Francisco Esforcia; pasaba toda la semana santa en la Cartuja, ayunando y comulgando: atribuia á milagro divino los malos pasos de que se libró, y terminó sus dias como un penitente (4).

El mercader Gerónimo de Empoli escribia la vida de Juan, su tio, tambien mercader é hijo de mercaderes. A los siete años leia ya el libro de los salmos, á los trece sabia el latin y algo de griego, y su padre le hacia repetir las lecciones y le habia formado un librito donde estaban copiadas muchas cosas de la Sagrada Escritura y «le obligaba á estudiar en él, á fin de que tuviese conocimiento y se prendase de las cosas de Dios;» el dia de fiesta iba siempre á una de las sociedades religiosas que habia instituido fray Gerónimo Savonarola. Llevado al mostrador de su padre, cambió monedas, de las cuales conoció muchas extranjeras cuando medio mundo iba al jubileo en 1500: luego salió para ocuparse en los negocios de los florentinos en Lyon, Brujas y Lisboa, y fué enviado por ellos á Calicut para verificar el paso del mar recientemente descubierto. Repitió tres veces aquel viaje, y enviaba relaciones á su padre, divirtiéndose de retorno en su patria, con las personas que entendian del mapamundi, en señalar los lugares y aplicar los nombres de los paises que habia visitado. Volvió muchas veces á Malacia, adelantándose hasta la China, y murió en Canton en 1518.

En el carácter de Nicomaco, descrito por Maquiavelo en una de sus comedias, vemos el tipo de un buen amo de casa florentino. «Nicomaco era generalmente un hombre grave, resuelto, circunspecto. Empleaba su tiempo de una manera honrosa. Se levantaba temprano; y después de oir misa, hacia las provisiones para el dia. Enseguida desempeñaba los negocios que tenia en la plaza, en el mercado ó con los magistrados, y si no, se reunia con algun ciudadano á discurrir sobre cosas sérias, ó se retiraba á su despacho para revisar sus escrituras y arreglar sus cuentas. Luego comia agradablemente con su familia, y de sobremesa hablaba con su hijo, le daba consejos, le instruia en el conocimiento de los hombres y le enseñaba á vivir, citándole algunos ejemplos antiguos y modernos. Hecho esto, salia y dedicaba el resto del dia á negocios, ó á diversiones graves y honestas. Al anochecer siempre le encontraba en casa el toque de oraciones. Si era en invierno, se sentaba á la lumbre con nosotros un poco tiempo, entraba luego en el escritorio á repasar sus asuntos, y al cabo de tres horas se cenaba agradablemente. Este método de vida servia de ejemplo para las demás personas de casa, y cada cual se avergonzaba de no imitarle, por cuya razon las cosas iban en órden y prosperaban.» (5)

Contaba Siena cien mil habitantes hasta el momento en que la peste la redujo apenas á trece mil almas. Se hicieron en un solo año, segun los registros de la época, ochenta matrimonios entre la nobleza, y ciento de la clase media acomodada. Los Salimbeni, cuya familia contaba diez y seis casas, se habian convenido en 1337 en tener un tesorero comun, encargado de administrar sus rentas; y durante varios años, cada casa recibió anualmente 100,000 florines ó zequíes. Un impuesto de 2 por 1,000, sobre aquella ciudad para

(2) En el *Archivo histórico* existen los recuerdos de otra familia de Siena, empezando desde el año 1233, allí están anotados hasta los gastos más menudos, las ganancias, las entradas y las pérdidas; un cirio ofrecido á san Nicolás, ó á la Vírgen de la Candelaria; dos capones enviados á las monjas cuando moria alguna persona de la casa, los manjares para celebrar la pascua de Navidad; las compras de cascos, sobrevestas, cuchillos, etc.

(3) *Archivo histórico*, tomo IV.

(4) VESPASIANO, *Vita*.

(5) *Clizia*, II, 4.

pagar al conde Lando (1357), produjo 40,000 florines, lo cual indica un valor de 20.000,000. Habiendo llevado de Siria un negociante muchas telas con oro y sin él (1338), Coluccio Balardi las compró en 115,000 florines, y las tuvo casi despachadas en un año. Tenia un almacen en París, así como Juan Vani, toscano como él, en las ciudades de Douvres y Cantorbery. Ya hemos visto además á los Bardi y Peruzzi de Florencia, acreedores del rey de Inglaterra por 1.000,000 y medio de florines, es decir, por 275.000,000 del dia; y del rey de Sicilia, por 100,000 florines cada uno. Ahora bien, se calculaba en 1422, que habia en circulacion en Florencia 4.000,000, de florines.

Francisco Balducci Pegolotti, que escribia á principios del siglo XIV sobre las costumbres comerciales y sobre las reglas que debian de seguir en viaje los mercaderes, nos enseña que estendian sus relaciones á Inglaterra, á Marruecos, á todo Levante, y hasta la China. La crónica de Benito Dei dá á los florentinos cincuenta y una casas de comercio en Levante, veinte y cuatro en Francia, treinta y siete en el reino de Nápoles, nueve en Roma, además de las que existian en Venecia, en España y Portugal. Arrendaban á veces la acuñacion de moneda. Eduardo I de Inglaterra la cedió á un Frescobaldi, y un Bardi tenia en 1329 la de las gabelas en toda la Inglaterra, á razon de 2 libras esterlinas diarias; y esto cuando habian producido 8,411 en 1282 (HALLAM). En Brujas, donde las naciones extranjeras no podian tener cada una más que un banco, los genoveses, los luqueses, los florentinos, los lombardos formaban otros tantos colegios distintos.

El fraccionamiento del pais era en lo interior un obstáculo al comercio recíproco, pero no tanto, sin embargo, como en el pais donde á cada paso se encontraba un castellano. Conociendo los diferentes Estados la importancia del comercio, le facilitaban por medio de convenciones, que si se les imitase en el dia, contribuirian poderosamente á la prosperidad de la península italiana. Génova, desde 1236, celebraba tratados con los berberiscos de la costa africana para garantir los naufragios y proteger su comercio; tenia además, una cancilleria de lengua árabe, á fin de facilitar las relaciones con aquel pais. Constantinopla, donde poseia el arrabal de Pera, Caffa, imágen de la metrópoli, y la Tana, eran los centros de su comercio con el Levante, ejercido mediante una série de escalas que llegaban hasta la China por una parte, y por la otra costeaban todo el golfo Arábigo hasta las Indias. Tenia otros puntos en la Romania, la Macedonia y el Archipiélago, especialmente en la isla de Chio, propiedad de los Giustiniani; habia más de cien mil personas gobernadas por un consejo de cien individuos, pertenecientes todos á las diversas familias de los Giustiniani, y la almáciga y las gabelas redituaban cien mil escudos de oro al año. En la Anatolia poseia á Esmirna y las dos Foceas, ricas en alumbre. Sacaba de Chipre madera, cáñamo, hierro, azúcar, algodon, aceite, sin contar los productos orientales. Otras compañias genovesas estaban establecidas en las costas del Océano, de los Paises-Bajos, de Inglaterra. En Italia tenian dos almacenes de Mutrone en el ducado de Luca, para depositar la sal y las lanas; minas de alumbre en Potercole, y casas en todas partes, además de dominar en Córcega, Cerdeña, Malta y Sicilia.

El comercio de banco que hizo sinónimas las palabras de prestamista y lombardos, habia recibido impulso de la corte de Roma, que recibiendo fondos de todo el mundo, podia con más facilidad que nadie hacer giros. Esta clase de operaciones fué después más fácil y extensa, en el curso de aquel siglo, por la introduccion de las letras de cambio (6). El comercio de frutos era importantísimo; se esportaban é importaban en gran cantidad; porque el pueblo, temiendo siempre el hambre, exigia que sus magistrados mantuviesen los graneros públicos constantemente llenos. Los milaneses sacaban sus provisiones de la Lomellina, del Cremonés, del Mantuano; los venecianos y genoveses de la Berberia y la Cerdeña.

Las manufacturas estaban en estremada actividad, sobre todo las de lana; y en la Lombardia, la órden de los Humillados se habia procurado inmensas riquezas con ayuda de aquella industria. En 1300 se fabricaban en Verona veinte mil piezas de paño sin contar las medias y gorras; allí era donde la señoria de Venecia compraba los paños superiores que regalaba al Gran Señor (7). En 1338 se confeccionaban anualmente en Florencia, ochenta mil piezas de paño por valor de 12,000 zequíes (8); no permitiéndose introducir allí paños extranjeros sino á los mercaderes de Calimala, que abastecian veinte almacenes con diez mil piezas al año, por valor de más de trescientos mil florines de oro.

En Siena, que esportaba mucho para Levante, la tasa de 4 libras, pagadas por cada pieza de paño esportada, fué arrendada en 600 zequíes. Los tejidos que llegaban del ducado de Milan á Venecia eran estimados en 900,000 ducados de oro al año, y las telas gruesas en 100,000. Los milaneses recibian en cambio algodones en rama é hilados, lanas catalanas y francesas, tejidos de oro y seda, pimienta, canela, gengibre, azúcares, maderas para tintes y otras materias colorantes, jabones y esclavos por valor de 2.000,000 (9).

Tambien floreció el arte de la seda, recomendándose, ó mejor dicho, imponiéndose el cultivo de la morera. En 1423, Florencia eximió del pago de contribuciones las hojas del moral; en 1440 ordenó que cada propietario plantase por lo menos

---

(6) Véase el libro siguiente, cap. II.
(7) ZAGATA.
(8) J. VILLANI, XI, 93.
(9) Véase la nota B al fin del libro.

cinco de estos árboles, y en 1443 prohibió su exportacion. En Milan se publicó un bando en 1470 disponiendo que por cada cien pérticas de terreno se plantasen á lo menos cinco moreras; proporcion escasísima sin duda: después se mandó publicar nota de todas las existentes y ceder la hoja al fabricante de seda á un precio equitativo, á no ser que los propietarios prefieran mantener por sí los gusanos (10). Al cabo de pocos años, Muralto, cronista comasco, comparaba la campiña de Milan y de Como, á un bosque de moreras (11), y á fines del siglo XV se contaban en Florencia ochenta fábricas de telas de seda.

Es tanto más de admirar semejante prosperidad comercial, cuando se consideran las trabas que resultaban de las medidas absurdas, de las multiplicadas aduanas, de la poca seguridad en los caminos. Aquella prosperidad está no obstante atestiguada por las escesivas usuras, ya manifiestas ya encubiertas. En 1116, Guido, conde de Biandrate, pagaba 4 dineros al mes, es decir, 20 por 100. En Verona un estatuto de 1228 fijó el interés en 12 y 1/2; otro para Módena en 1270 en 20. En el siglo siguiente se encuentra á 35 en ciertos puntos. Federico II prohibió en el reino de Nápoles los préstamos á más del 10 por 100; y en 1430 los florentinos con el fin de disminuir la usura, llamaron á los judios bajo condicion de no exigir más de 20 por 100. Sin embargo, habia más de ochenta casas de banca, además del Monte, que no descontaba sino desde el 12 al 20.

El Monte era uno de los medios con cuya ayuda las repúblicas italianas procuraban proveer á las necesidades urgentes, constituyendo una deuda sobre el Estado (12). La ciencia de las riquezas se hallaba en la infancia; se podia decir que aun no habia nacido; sin embargo, los primeros ensayos de este género son debidos á los italianos. Desde el año de 1156, hallándose agotado el tesoro veneciano, el dux Vital Michiel II propuso un empréstito forzoso sobre los ciudadanos más acomodados, asegurando un interés de 4 por 100 á los acreedores, lo cual fué el primer ejemplo de la deuda pública. Esto era más bien un mercado de depósito que no de emision. Los contratos eran hechos y los billetes librados por los magistrados, no segun el curso de la plaza, sino en moneda de banco, es decir, en ducados efectivos de la ley más fina. El establecimiento adquirió nueva fuerza cuando el gobierno tomó el partido de hacer sus pagos en billetes de este género. Después se abrió una cuenta de cargo y data, en virtud de la cual los fondos depositados pudieron pasar de un nombre á otro, como se practica hoy dia en el Banco nacional de Inglaterra. A este *antiguo Monte*, los venecianos añadieron el *nuevo* en 1580, para sostener la guerra de Ferrara, y en fin el *Monte novísimo* de 1810 después de la guerra con los turcos. Más tarde los restos de estos montes sirvieron para establecer en 1712 el *Banco de giro*, que continuó en sus operaciones hasta la ruina de esta república. Parece que éste banco desde su orígen podia disponer de quinientas mil pesetas, y pagó pronto letras de cambio por cuenta de particulares. Al principio no admitia capitales de extranjeros, hasta que en el empréstito de 1390 se dió un decreto especial sobre la materia para aceptar trescientos mil escudos prestados por Juan I de Portugal. Inspiraba tanto crédito, que se pudo sacar de la caja casi todo el dinero efectivo, sin inspirar ningun temor.

---

(10) MORBIO, *Codice Visconteo-esforcesca*, pág. 400.

(11) *In agro mediolanensi et comensi prædia convertuntur in nemora harum arborum Ad.* 1507.

(12) «Nuestro concejo, á causa de una guerra que tuvo con los pisanos por el hecho de Luca, encontró que habia pedido prestados á sus ciudadanos más de seiscientos mil florines de oro; y no teniendo de dónde restituirlos, moderó el débito, reduciéndolo á quinientos cuatro mil florines de oro y algunas centenas; enseguida formó un monte, haciendo escribir en cuatro libros, cada uno de los cuales componia la cuarta parte de un total, los nombres de los acreedores, por órden alfabético, y estableció ciertas leyes penales, sujetas á la cámara pontificia contra todo el que directa ó indirectamente atacase los privilegios é inmunidades de que gozaba el caudal del monte. Dispuso que en lo sucesivo cada acreedor debiera tener y tuviese mensualmente, como regalo de año é interés, un dinero por libra; que el caudal del monte no se pudiese tomar por ningun motivo, crímen, bando ó condena; que del expresado dinero no pudiera disponerse para pagar deudas ni dotes, ni tampoco se pudiera decretar ejecucion contra él; que á cada partícipe le estaba permitido vender y cambiar su porcion correspondiente, disfrutando el sucesor de los mismos privilegios, inmunidades y regalías que el principal. Esto tuvo principio hácia el año 1345 de Cristo, y á pesar de los graves reveses y excesivas necesidades que sobrevinieron al concejo, jamás faltó la fe, resultando que siempre halló entre sus ciudadanos quien gustoso le prestase, cuando sus apuros así lo exigian. En efecto, contraíanse muchos empréstitos bajo la responsabilidad del monte; se tomaban prestados cien florines en dinero contante, haciendo que el monte diese en pago otros ciento dentro de cierto plazo, y se consignaban doscientos sobre las gabelas del concejo; de modo que los ciudadanos ganaban con el concejo, lo ménos un quince por ciento al año... Sobre estos contratos de los compradores se suscitaron muchas disputas en Florencia por los años 1353 y 1354; tratóse de averiguar si la compra era lícita, sin obligacion de restituir, ó si no lo era, aunque el comprador la hiciese á fin de tener la utilidad que el concejo habia concedido á los acreedores, y comprando los cien florines prestados al concejo por el primer acreedor, en veinte y cinco florines de oro más ó menos, segun estaba el cambio. La opinion de los teólogos y de los legistas en muchos puntos fué varia; quién sostenia que era ilícita, y de consiguiente que debia haber restitucion, quién que no; y los religiosos predicaban acerca de ello de un modo distinto: los de la órden de Santo Domingo decian que semejante compra no podia verificarse lícitamente, y en lo mismo convenian los agustinos descalzos; pero los de la órden de San Francisco predicaban que era lícita, y esta diversidad de opiniones traia á la gente ofuscada.» MATEO VILLANI, III, 106.

El banco de San Jorge en Génova, es un monumento más insigne. Esta república tenia una deuda pública hasta el año de 1148 en que conquistó á Tortosa de España; aumentóse aquélla en las sucesivas vicisitudes, llegando á ser de cuatrocientos noventa y cinco mil florines de oro en la guerra de Chioggia, y subiendo aun más durante la administracion de Boucicault, de suerte que parecia deber declararse en quiebra si no hubiese hallado un recurso. Génova acostumbraba ceder á los acreedores del Estado el producto de algunos impuestos indirectos; pero como cada contribucion tenia un destino diferenle, los gastos absorbian las ganancias; así para que hubiese más sencillez, se redujo todo á un colegio de ocho asesores, bajo la denominacion de banco de San Jorge, nombrado por los acredores, y obligados á rendir cuentas tan solo á ciento de éstos (1409). Llamábnse cónsules á los administradores del banco de San Jorge, en el cual se convirtieron y consolidaron las deudas anteriores, de forma muy variada y al siete por ciento; *accion* á toda unidad de crédito consistente en cien francos, y que se podia vender y transferir; *columnas*, á un cierto número de créditos reunidos en un sólo *accionista* ó acreedor; *compras* ó *escrituras* á la suma total de las acciones que se denominaban *montes* en Florencia, Roma y Venecia. Las gabelas afectas al pago de las acciones producian el siete por ciento líquido. Estaban registrados en ocho *cartularios*, conforme á los ocho barrios de la ciudad, y se entregaban á los acreedores pequeñas cédulas con su nombre y la firma del notario. Ningun billete debia entrar en circulacion sin existir su valor en caja, y todos eran pagados á la vista, con el dinero conservado en las *sacristias*, donde muchas personas depositaban sus ahorros, como tambien las sumas destinadas á los actos de beneficencia pública. La suprema direccion se hallaba confiada á ocho protectores, que llamaban en su auxilio á otros empleados, y formaban cada año un gran consejo de cuatrocientos ochenta accionistas, la mitad elegidos á la suerte y la otra mitad por medio de bolas. Los magistrados superiores de la república debian jurar mantener la inviolabilidad del banco.

Contribuyó á su progreso la gran cantidad de dinero que se depositó en él, y los *multiplices*, nombre dado á ciertas disposiciones inter vivos ó por testamento, merced á las cuales los productos de algunas acciones se dejaban ir acumulando, para comprar otras, hasta cierto término, pasado el cual se aplicaban á instituciones piadosas ó á otros usos. Multiplicábanse en pro de la república acciones que excedian á la cantidad exigida por los intereses anuales de algun nuevo préstamo, y constituian el *código de redencion*, que hoy diríamos fondos de amortizacion, y esto era tan beneficioso, que no obstante haber hecho más de sesenta empréstitos á la república, las acciones del banco experimentaron una diminucion, bajando de 476,700 que se contaban en 1407 á 433,540, cifra á que ascendian en 1798, de las cuales una cuarta parte se empleaba en utilidad pública. Esta sociedad prosperó, como menos corrompida, amante de la paz y conservadora. Su crédito se aumentó, principalmente desde el momento en que la república, no pudiendo bastar á defender á Caffa contra los turcos y á la Córcega contra el rey Alfonso, cedió ambos puntos en 1452 á San Jorge (13).

La península de la Tauride, bañada por el mar Negro y por la laguna Meotide, unida por el istmo de Perecop, á los paises que riegan el Borístenes y el Bog, recibió por su favorable situacion colonias griegas. Estas colonias fueron vencidas por Mitrídates. Después por los romanos, y el pais fué sucesivamente ocupado por naciones bárbaras, sobre todo, por los eslavos gázaros, lo cual hizo que se la llamase Gazaria. Los tártaros la subyugaron en 1267, y los genoveses la compraron á uno de sus príncipes. Caffa, en otro tiempo colonia griega, situada al pié de las montañas que guarnecen la estremidad de la Gazaria, fué después célebre bajo el nombre de Teodosia. Arruinada en fin, fué reedificada y fortificada por sus nuevos señores, que estendieron el cultivo de las viñas sobre las alturas vecinas, y enseñaron á depurar la sosa sacada de la salgada, que abunda en los alrededores y dieron al comercio un desarrollo más vasto. Sobre la opuesta vertiente, el antiguo Crim, mercado de los tártaros, donde llevaban su botin, aumentó de tal manera por esta vecindad, que dió el nombre de Crimea á toda la península.

Encontrábanse allí los genoveses como en su patria, exentos de los caprichosos derechos á los cuales estaban espuestos en la Tana, y tenian á 1350 millas de ellos un puerto nacional para depositar en él sus mercaderias, y repararse en espera de la buena estacion. Segun la costumbre de los pueblos civilizados entre las poblaciones bárbaras, anudaron hábilmente relaciones comerciales y políticas: dieron á los ciudadanos magistrados propios, estatutos, moneda, y se estableció allí una mision para enseñar la religion de las naciones cultas.

Pronto se acrecentó Caffa de tal manera, que los turcos la llamaban la Constantinopla de la Crimea. La república la cedió después al banco de San Jorge, y los *estatutos de Gazaria* testifican la sabia administracion de aquella compañia. La colonia estaba organizada á ejemplo de la metrópoli. Un cónsul anual presidia asistido de un canciller; ambos eran nombrados por Génova y prestaban fianza. La colonia era representada por un consejo de veinte y cuatro personas, renovado cada año por la eleccion de los miembros que

---

(13) A. LOBERO.—*Mem. histor. de la banca de S. Jorge.* Génova, 1832. En 1340 se sustituyó en el puerto de Génova la asociacion de los mozos de cordel de Bérgamo, que conservó sus privilegios hasta hace poco.

salian, que no podian sostenerse en el ejercicio de sus asambleas. Esta asamblea elegia otra de su seno, llamada el pequeño consejo, y compuesta de seis miembros. No podian entrar en el primero más de cuatro de la clase media de Caffa, ni en el segundo más de dos. Por lo demás, tanto los nobles como los plebeyos tenian allí su puesto determinado. Reunia el cónsul á su llegada á los veinte y cuatro, en cuya presencia prestaba juramento; y hacia que se procediese á la renovacion del consejo y de los cargos. Dirigia toda la administracion con el concurso de los veinte y cuatro, sin el cual no podia ni cobrar impuestos ni hacer ningun gasto estraordinario. Debia abstenerse, además, de disponer nada en interés propio y de traficar por su propia cuenta, como tambien recibir regalos. El canciller, elegido por el gobierno entre los notarios de Génova, redactaba las actas y las sellaba.

De esta manera el establecimiento de San Jorge fué al mismo tiempo banco comercial, monte de rentas, recaudacion de contribuciones y señorio político.

Entre los infatigables rencores de las facciones que hacian imposibles tanto la libertad como la tirania y toda concepcion elevada, el comercio mantenia las ideas de órden. Cuando se aumentaron las deudas del Estado, la soberania de San Jorge en Génova, y de Justiniani en Chio, se dió en prenda al banco, y parece que se encaminaban á un gobierno de mercaderes. Continuó subsistiendo el banco de San Jorge, aun después de las variaciones introducidas en las costumbres y vias comerciales. Se repuso del saqueo que le hicieron sufrir los austríacos en 1746; pero sucumbió en 1800 al de los franceses.

Instituyéronse tambien en aquella época los montes de piedad para ofrecer á los particulares necesitados la comodidad de tomar prestado sin caer en manos de los usureros. El primer monte se fundó en Perusa en 1464, por influjo de Bernabé, médico de Terni y fraile franciscano, y los préstamos se hacian á tan corto interés, que apenas cubrian los gastos de administracion. Sixto IV aprobó el establecido en Viterbo en 1499, y creó uno en Savona, su patria; y pronto Cesena, Mántua, Florencia, Bolonia, Nápoles, Milan, Roma, siguieron su ejemplo, que imitaron las ciudades industriales de Flandes, y después los franceses (14). Rígidos moralistas veian en ello una usura en oposicion con *el préstamo sin esperanza* recomendado por el Evangelio; pero la utilidad que resultó de ellos hizo que se tratase de arreglarlos con órden y medida.

(14) Deben haber sido introducidos por los italianos en Rusia, puesto que se llaman lombardos. Es una de las más importantes instituciones del imperio. Prestan al seis por ciento, al paso que la tasa comun es al ocho, diez y hasta el doce.

No salian á emprender los comerciantes sus especulaciones sin ir bien armados, estando obligado todo buque á llevar á su bordo las provisiones de guerra necesarias. En Génova era multado en diez francos el mercader que zarpase de sus costas sin buenas armas para sí y sus servidores, y cincuenta flechas grandes en el carcaj (15). En Venecia cada marinero debia llevar yelmo de cuero ó de hierro, escudo, jaco de malla, cuchillo, espada y tres lanzas; si recibia más de cuarenta francos de estipendio, tenia obligacion de añadir la coraza, y el piloto además la ballesta y cien saetas (16). Por eso se ve á los mercaderes italianos tomar tanta parte en las Cruzadas y hacer conquistas, ó saciar en mares lejanos las iras fatricidas de la patria. Hasta las compañias de comercio terrestre proveian con las armas á su seguridad, y á veces las empleaban en la guerra. Así Alberto Scotto, famoso tirano de Placencia, era jefe de una numerosa *compañia de los Scottos*, que en 1299 obtuvo el permiso de negociar con los agentes del rey de Francia en las ferias de la Brie y de Champaña, cuya compañia, compuesta de cuatrocientos caballos y de mil quinientos infantes, militaba poco después al servicio de aquel mismo monarca (17).

Encontrábanse desde entonces las grandes operaciones de comercio circunscritas á Venecia y Génova. Pisa no se repuso de la derrota de la Meloria y de la pérdida de la Cerdeña; la Grecia habia perecido bajo la cimitarra turca; era raro que navios del Norte apareciesen en los puertos del Mediodia. Se necesitaba una flota en Nápoles y en Sicilia para sostener las comunicaciones con Aragon y la Provenza; las vemos, no obstante, recurrir de continuo ó las de Génova, lo cual hacian tambien Francia é Inglaterra. Sólo los genoveses podian hacer frente á Venecia. Tenian, segun dice Serra, el comercio de toda la Liguria marítima, donde dominaban desde Corvo hasta Mónaco, como igualmente en toda la isla de Córcega. Abastecian de sal á los luqueses: la parte occidental de la Cerdeña recibia sus leyes ó las de los príncipes sus amigos. Frecuentaban á Civita-Vecchia y á Corneto, mercados de subsistencias en el Estado eclesiástico. Después de Nápoles su principal residencia en el reino era Gaeta. Si no pudieron llegar al término de sus proyectos respecto de Sicilia, siempre se hallaron en gran número en Mesina, en Palermo, en Alciata. En el Adriático visitaban

(15) *Imposit. offic. Gazariæ*, pág. 326.

(16) *Capit. nautic.* c. 35.

(17) POGGIALI, *St. di Piacenza*. T. 6. p. 31. TIGRIMI, V. *di Castruccio*. Buonacorso Pitti traficaba en Picardia, cuando habiendo desembarcado allí los ingleses en 1388, se asoció con un ciudadano de Luca y otro de Siena, y los tres, costeándose de su propio peculio, con treinta y seis caballos y bien armados siguieron en aquel ejército, bajo la bandera y direccion del duque de Borgoña.» PITTI, *Cron.* pág. 34.

frecuentemente á Manfredonia, á Ancona y hasta á Venecia en los intérvalos de paz.

Hacian un gran comercio con Marsella, Aguas-Muertas y San Egidio: Mompeller primeramente y después Nimes fueron el centro de sus operaciones en el Languedoc. En la Francia occidental les proporcionó grandes ventajas la Rochela: Mallorca les dió una bolsa ó lonja nacional. En España los Berengueles, condes de Cataluña, partieron con ellos la ciudad de Tortosa; los reyes de Castilla, la de Almeria, y cuando hubieron perdido ó enajenado ambas, convenios honrosos con los reinos cristianos de España y con los moros, les abrieron en esta rica península los puertos marítimos y los mercados del interior. En los Paises Bajos, Brujas y después Ambères recibieron honoríficamente á sus compañias de negociantes, que no sólo acumulaban mercancias en aquellos grandes depósitos del comercio europeo, sino que las despachaban además á Dinamarca, á Alemania, á Suecia, á Rusia y á Inglaterra. Los barcos de estas compañias remontaban el curso del Rhin cargados con productos del Oriente.

Los reyes más felices y belicosos de Inglaterra, Eduardo III y Enrique V, les miraron con particular benevolencia, unas veces confiándoles funciones eminentes, otras poniéndoles á cubierto de los insultos de los corsarios, otras volviendo á anudar afanosamente estos vínculos de amistad antigua, que habian aflojado momentáneamente el choque con las facciones y las guerras con la Francia. En Africa las hostilidades de los mahometanos contra la república genovesa tornaban á empezar con tanta frecuencia, como las dinastias á las tribus dominantes eran reemplazadas por otras; pero una vez pasado el primer empuje, llamaban á porfia á los navegantes genoveses y les aseguraban privilegios. Egipto era frecuentado más comunmente por los venecianos: sin embargo, no dejaban de presentarse los genoveses en los mercados de Alejandria, de Roseta y de Damieta, y hasta de establecerse en el Gran Cairo y de concluir ventajosos tratados con los soldanes.

El centro principal de su comercio estaba en Levante, es decir, en los paises de Asia y de Europa, sometidos á príncipes griegos, búlgaros, tártaros y turcos. La colonia genovesa de Pera vigilaba por medio de sus magistrados las comarcas más cercanas y la de Caffa las más distantes. De la primera dependian la Marca de los Zacarias, la Fócide de los Gattilusi, la Acaya de los Centeri: la Canea en la isla de Candia, muchas islas y puertos en el Archipiélago, como Famagusta, Limisso y otros lugares en la isla de Chipre: Casandria, Ainos, Salónica, Cavalla en la Macedonia: Sofía, Nicópolis y otras ciudades en la Bulgaria: Suciava en Moldavia; Esmirna, la antigua y la nueva Foquia en el Asia Menor: Altoluogo y Setalia entre los turcos; Kars, Sis, Tarso, Layacio, en las dos Armenias: por último, Heraclea, Sinope, Castrice y Ackerman en el mar Negro. La autoridad de Caffa se estendia á las posesiones hechas en Gazaria, á Taman en la península de este nombre, á Copa en Circasia, á Totatis en Mingrelia, á Kubats-cha en el Daguestan, al castillo situado cerca de Trebizonda, á los almacenes de los residentes en Sebastópolis, al gran mercado de Tana, y á todas las caravanas que se dirigian tanto hácia el Norte como hácia el centro del Asia. El consulado de Tauris en Persia, independiente tal vez de los demás, debia animar y dirigir el comercio del Asia meridional; debia sobre todo impedir á los mercaderes genoveses formar sociedades con los mercaderes estranjeros (18).

En resúmen, Génova poseia las tres grandes vias del comercio del Asia Central y de la India: la primera desembocando en el mar Negro, por el Caspio y el Volga; la segunda en Pogolato y en Layaccio, por el golfo Pérsico, Alepo, y la Armenia; la tercera en Alejandria por el mar Rojo y el Egipto. Cambiaba las sederias de la China, las especies, la madera de tintes, el algodon, las pedrerias de la India, los perfumes de la Arabia, los tejidos de Damasco, los paños de Tarso, el azúcar, el cobre, los tintes de Levante, el oro y las plumas del Africa interior, la peleteria, el cáñamo, el alquitran, las maderas de construccion de la Europa Septentrional; los granos de Tunez, de Sicilia y de Lombardia, con los aceites, los vinos y frutas secas de ambas riberas, las armas de lujo, los corales trabajados en Génova, las telas de Champaña, la lana, el plomo y el estaño de Inglaterra, en una palabra, por todos los productos de la Europa. Sacaban tambien una considerable renta de la sal del mar Negro, el alumbre de Focea, la almáciga de Chio, que cada año les producia 120,000 escudos de oro, que equivalian á 6.000,000 del dia. Desgraciadamente siempre agitada Génova, acabó por sucumbir á la calculada obstinacion de la aristocracia veneciana.

Venecia.—En Venecia se redujo la libertad cada vez más á un vano nombre. La señoria y el gran consejo tenian la apariencia del poder, al paso que la autoridad violenta é irracional de los Diez, sofocaba las pasiones individuales y juntamente las facciones, abatiendo al que se alzaba más que los otros. Sólo un pequeño número de familias, inscritas en el libro de oro, participaban de la soberania; los demás habitantes de la laguna se persuadian no obstante de que les tocaba alguna porcion de ella, en atencion á que eran llamados señores; de aquí aquel respeto á la patria á sus jefes, que hacian considerar como idéntica á la ley la voluntad individual, y soportar todos los sacrificios en interés del Estado. Los súbditos de tierra firme habian estipulado en su favor ciertas prerogativas, cuando se habian entregado á la república. En su consecuencia, conservaban el nombramiento para los empleos municipales; pero

(18) SERRA, *Historia de la antigua Liguria.*

no tenian la pretension de tomar la menor parte en el ejercicio de la soberania. Con respecto á los súbditos de ultramar, eran tratados como poblaciones conquistadas, despreciadas, inmoladas al monopolio de la capital, rodeadas de fortificaciones tanto como era preciso para mantenerlas en respeto, pero no para preservarlas del enemigo. No se les dejaban siquiera los empleos municipales; se les enviaban dos senadores, uno como podestá, y otro como capitan del pueblo. Era un medio de ocupar á los nobles é indemnizarlos con empleos en el exterior, de la opresion que aumentaba en lo interior. Estas colonias alteraron la constitucion, introduciendo en Venecia otra nobleza; que en verdad no era extraña al gobierno, pero menos dependiente, y que hubiera podido emanciparse sin la vigilancia tiránica de los inquisidores de Estado. Ocupándose sobre todo en poner límites á la riqueza, orígen del poder, esclúia á los ciudadanos del mando de los ejércitos, que primero fué confiado, en tiempo de la guerra de Pádua, á Pedro de Rossi, antiguo señor de Parma, y que después no lo fué sino á generales mercenarios, rigurosamente vigilados por dos patricios. La antigua nobleza, que se habia asegurado la dominacion del pais, trataba cada vez más con altivez la clase media y la nobleza inferior. Escluida la nobleza del poder, trató de unirse á la clase media para adquirir privilegios; y en tal sentido se verificó la conjuracion de Bayamonte Tiepolo, que no tuvo otro resultado que derramar sangre y afirmar la inquisicion tiránica de los Diez (19).

Marino Faliero.—Intentóse otro esfuerzo por Marino Faliero (1355). Casado á la edad de setenta y seis años con una mujer muy hermosa, se creyó ultrajado por Miguel Esteno, uno de los tres jefes de los Cuarenta, y no pudiendo obtener satisfaccion de ello, urdió una trama con Bertuccio Israeli y Felipe Calendaro, ambos plebeyos y muy estimados del pueblo, de quien referian sus miserias, inspirándole el deseo de derrocar á la aristocracia. Denunciado á los Diez, Faliero fué decapitado en el paraje en que los duces pronunciaban su juramento; perecieron sus cómplices en el cadalso, y las cadenas del pueblo se vieron más remachadas.

Así las cosas, comenzó Venecia á mezclarse más en los negocios de Italia, no como potencia estranjera, sino como potencia italiana. Adquirió durante la guerra que sostuvo contra los Escaligeros, la libre navegacion del Pó con la posesion de Treviso, y trató de aumentar sus dominios en tierra firme. Sus posesiones marítimas disminuian, por el contrario, tanto por los progresos que hacian los turcos como por sus hostilidades con Génova que duraron hasta 1355. Las batallas eran más desastrosas para los genoveses, en atencion á que no empleaban tropas mercenarias, sino sólo ciudadanos; ahora bien, perecieron dos mil en la jornada de Loyera, y tres mil prisioneros murieron en los calabozos (20). Fueron los primeros que armaron de lombardas los barcos. Impacientes tambien los dálmatas y los croatas de la dominacion extranjera, apelaron á Luis el Grande de Hungria, quien arrojándose sobre las posesiones venecianas, hizo sufrir prolijos males á la Italia, obligó á los duces á renunciar al título de duques de Dalmacia y de Croacia, y á mucha parte del Imperio griego.

Los venecianos y genoveses se habian hecho ceder por los emperadores de Oriente la isla de Tenedos: la ocupacion de este punto dió nacimiento á la guerra de Chipre, que fomentaron las ligas de los Estados de tierra firme y especialmente el ódio de Francisco Carrara, á quien la señoria veneciana habia despojado de Pádua, donde ejercia dominio. Durante las guerras que la república sostenia en tierra, condujo por mar el leon de San Marcos á la victoria Victor Pisani; pero embarazado por las rivalidades de los gobernantes, fué derrotado en Pola y encarcelado á su regreso.

Pensó Génova descargar un golpe decisivo que redujese á su rival al recinto de sus lagunas. De consiguiente, habiendo equipado una escuadra mayor que de costumbre, y embarcando en ella á sus mejores marinos, dió el mando á Ambrosio Doria, el cual se estableció en Chioggia, y fijó su cuartel general en Malamocco, tan cerca de Venecia, que el gobierno de esta ciudad prohibió tocar la campana de San Marcos para convocar á los ciudadanos por temor de que el enemigo oyera la señal. Carrara se regocijaba al imaginar la humillacion de aquellos arrogantes patricios, y Doria despedia á sus embajadores, diciendo: *No prestaré oidos á ninguna proposicion hasta que haya puesto freno á los caballos de San Marcos;* y respondia á proposiciones de rescate respecto de algunos prisioneros genoveses: *Dentro de pocos dias los rescataré sin dinero.*

Reducido el pueblo á la desesperacion, pide entonces á su antiguo general, quien oyendo gritar desde el fondo de su calabozo: *¡Viva Victor Pisani!* se asoma á la reja y dice: *¡Amigos mios, no deis otro grito que el de viva San Marcos!* Llevado en brazos del pueblo, y después de jurar en el altar que olvidaria la persecucion de sus rivales, invita á todos á contribuir á la salvacion de la patria. Equipan los nobles treinta y cuatro galeras á su costa; se promete inscribir en el libro de oro á los treinta plebeyos que hagan mayores sacrificios pecuniarios; fortifícase Venecia con ayuda de estas ofrendas generosas, y no sólo es salvada por Victor Pisani, sino que tambien pone á los genoveses en derrota, los estrecha en Chioggia y les obliga á rendirse á discrecion.

Sin embargo, la paz de Turin celebrada bajo

(19) Véase el libro XII.

(20) M. SABELLICO, *Dec.* XI, lib. 47.

los auspicios de Amadeo de Saboya, privó á los venecianos de sus posesiones de tierra firme, además de las enormes riquezas que invirtieron en esta guerra, lo cual permitió á Génova empuñar el cetro de los mares; pero tambien ella se encontraba exhausta de dinero y escasa de naves: se hallaba arruinado su comercio y se agitaban en su seno las facciones. En cuatro años, desde 1390 hasta 1394, cambió diez veces de jefe á consecuencia de diez revoluciones; desde entonces no cesó de pasar alternativamente de las discordias intestinas á la servidumbre estranjera, perdiendo en medio de estos continuos vaivenes la colonia de Pera en Constantinopla, y toda su importancia en Italia. Su única proeza es la espedicion contra los berberiscos para poner término á sus piraterias; espedicion mandada por el duque de Borbon, tio del rey Cárlos VI, y en la que tomaron parte muchos señores franceses. Trescientos galeones y más de cien buques de trasporte abordaron á la costa de Africa; pero los berberiscos los hostigaron sin querer llegar nunca á trabar el combate, y la escuadra tuvo que volverse sin haber obtenido ningun resultado ventajoso.

Mientras Génova malbarataba su independencia, Venecia, por el contrario, se mostraba muy celosa por la suya. Después de haber recuperado muy en breve sus posesiones de la Dalmacia, se estendió por Hungria y Grecia; obtuvo á Corfú voluntariamente, conquistó á Nápoles de Romaña, á Argos, á Durazzo, antigua posesion de los Angevinos, y recuperó á Treviso. Leopoldo de Austria, á quien lo habia cedido, se lo vendió á Francisco Carrara. Bajo Miguel Esteno se apoderó después de Vicenza, de Verona, y por último de Pádua, lo cual le aseguró un poder predominante en Italia, poder adquirido con mala fe, conservado con perfidia y desconfianza. Añadió además á su territorio Bellune y Udine, quitadas á sus perpétuos enemigos los patriarcas de Aquilea.

Este fué el instante del mayor esplendor de Venecia. El tiempo habia consolidado el poder de la nobleza, que dedicándose completamente á la política, adquirió en ella tanta aptitud como sus feudatarios en el ejercicio de las armas, y supo atraerse la opinion, de modo que cesó toda lucha entre ella y la autoridad. Para indemnizarse tuvo la clase media el comercio que esplotaba desde la India hasta los Paises Bajos. Contenia la metrópoli ciento noventa mil habitantes: las casas eran estimadas en 7.000,000 de ducados ó 30.000,000 de pesetas, y los alquileres en 50,000 ducados. La casa de moneda acuñaba anualmente 1.000,000 de ducados de oro, 200,000 monedas de plata, y 800,000 sueldos, lo cual ponia cada año en circulacion diez y ocho millones efectivos de pesetas. Una deuda de 40.000,000 de ducados de oro fué estinguida en menos de diez años, además de 70,000 ducados prestados al marqués de Ferrara. Más de mil patricios gozaban de una renta de 4,000 á 70,000 ducados, y sin embargo, no se necesitaba más que una renta de 3,000 ducados para tener un magnífico palacio (21). A fines del siglo XIII ocupaban los venecianos en trescientos buques mercantes de doscientas toneladas y en trescientos barcos de alto bordo, á veinte y cinco mil marinos; á otros once mil en cuarenta y cinco galeras, siempre completamente armadas. A fines del siglo siguiente se habia aumentado el número de marinos hasta treinta y ocho mil, y á tres mil trescientos cuarenta y cinco los barcos. En el arsenal habia empleados mil operarios (22).

Estos buques esportaban cada año por valor de 10.000,000 de mercancias, que producian dos quintas partes de beneficio. Sólo á Lombardia se enviaba por valor de 2.799,000 ducados, 50,000 de ellos para los esclavos, y esto sin contar la sal. Venecia ganaba tambien anualmente 600,000 ducados en el pais de los lombardos, 400,000 de los florentinos, y sin embargo, entonces acababa de salir de guerras que la habian privado de posesiones importantes, y amenazado hasta en el corazon de sus lagunas. Más tarde, á pesar de las dos guerras contra los turcos y el duque de Ferrara, era tan próspero el estado de sus rentas, que en 1490 el tesoro recaudaba 1.200,000 ducados (5.200,000 pesetas), es decir, doble que el Estado milanés, la cuarta parte de lo que recaudaba el reino de Francia, muy engrandecido por Luis XI, y no obstante eran ligeras las contribuciones que pagaban sus súbditos. Se habian hecho tan necesarios los venecianos á los italianos, que el pueblo con quien interrumpian sus relaciones, quedaba reducido á la pobreza: esto sucedió á los napolitanos, cuyo rey Roberto se vió precisado á hacer la paz, porque no le pagaban sus súbditos, diciendo que no tenian dinero desde que los venecianos no se presentaban en sus puertos.

Además del litoral del Adriático desde las bocas del Po, la señoria tenia á su obediencia en tierra firme las provincias de Bérgamo, Brescia, Verona, Crema, Vicenza, Pádua, la Marca de Treviso, con Feltro, Bellune y Cadora, la Polesina de Rovigo y Rávena; poseia la soberania del condado de Goritz, del Friul, escepto Aquilea, y de la Istria menos Trieste; tenia además en la costa oriental del Adriático á Zara, que el rey Ladislao le habia vendido en 100,000 florines, á Espalatro y las islas situadas enfrente de la Dalmacia y la Albania; Veglia arrebatada á los Frangipani, Zante á un catalan; Corfú que se habia entregado espontáneamente; Lepanto y Patras en Grecia. En la Morea, Modon, Coron, Nápoles de Romaña, Argos, le habian sido cedidas por sus poseedores, in-

---

(21) Un edificio comprado por la señoria para regalárselo á Luis de Gonzaga, señor de Mántua, costó seis mil quinientos ducados; tres mil otro dado al vaivode de Albania. Véanse las pruebas en Daru, lib. XIII, y además la nota B al fin del presente Libro.

(22) *Rer. It. Script.* XXII, 959.

capaces de defenderlas contra los turcos. Tenia tambien varios islotes en el Archipiélago, posesiones en el litoral, y en fin, Candia y Chipre.

Desde Astracan hasta el interior del Africa tenian los venecianos por todas partes factorias desde donde distribuian sus mercaderias por toda Europa, aunque las comunicaciones se habian hecho muy difíciles por el fraccionamiento de los Estados y las violencias de los barones; pero para disminuir los obstáculos, los traficantes conducian en su comitiva charlatanes, músicos y animales raros. Habia además colonias y puntos de escala en el mar Negro, en la Prepóntide, en los Dardanelos, sin contar á Andrinópolis, y una buena parte del Peloponeso; algunos pequeños territorios en las costas de Siria, con gran parte de las islas y de los puertos, desde la Morea haste el fondo del Adriático. En fin, ciudadanos venecianos habian sido investidos, á título de feudos de la república, con las islas de Lemnos, Escópulo y casi todas las Cíclades.

Hasta la marina del Estado se ocupaba en el comercio, porque además de los tres mil barcos armados por particulares, el gobierno mandaba á los puertos principales, escuadras de *galeras del tráfico* para el servicio de los ciudadanos, teniéndolas dispuestas á obrar en caso de guerra y haciendo respetar al leon de San Marcos, aun durante la paz. De estas escuadras, la del mar Negro se dividia en tres: una costeaba el Peloponeso para trasladar á Constantinopla las mercaderias cargadas en Venecia ó en Grecia; la segunda se dirigia sobre Sinope y Trebisonda al Ponto Euxino, de donde sacaban los productos del Asia que se trasportaban por Faso; la tercera haciendo rumbo hácia el Norte, entraba en el mar de Azof, y cargaba en los puertos de Caffa, en la embocadura del Tanais, los pescados y géneros que los rusos y tártaros llevaban por el mar Caspio, el Volga y el Tanais.

Una segunda escuadra costeaba la Siria, haciendo escala en Alejandria, en Beyruth, en Famagusta y en Candia, que producia mucho azúcar, y en la Morea. Otra tercera proveia á Egipto con las mercancias del mar Negro, sobre todo de esclavos de Circasia y Georgia, que los venecianos cambiaban por los efectos del mar Rojo y de la Etiopia. Una cuarta destinada para Flandes se componia de bajeles de doscientos remeros por lo menos; después de arribar á Manfredonia, Brindis y Otranto y cargar en Sicilia de azúcar y otras producciones de la isla, visitaba los puertos africanos de Trípoli, Tunez, Argel, Oran y Tanger, haciendo cambios con los naturales, de quienes recibia trigo, frutas secas, sal, marfil, esclavos y oro en polvo; pasando después el estrecho de Gibraltar, proporcionaba á Marruecos hierro, armas, paños y utensilios domésticos; costeaba luego el Portugal, la España y la Francia, tocaba en Brujas y en Ambères, después en Lóndres, donde los venecianos compraban paños teñidos, lanas finas, y hacian cambios con los bajeles de las ciudades anseáticas. En retribucion de las drogas, aromas, vino, sedas, lanas, algodones hilados, pasas y frutas secas, aceites, borrax, cinabrio, minio, alcánfor, cremor tártaro, azúcar, espejos, cristaleria, tejidos de lana, seda y oro, tomaban hierro, estaño, plomo, maderas, resinas, peleterias; después á la vuelta hacian varias escalas en Francia, Lisboa, Cádiz; compraban en Alicante y Barcelona seda cruda, y de costa en costa volvian á su patria un año después de su marcha.

El gobierno, que no sacaba ningun provecho de aquellas espediciones, escepto el módico flete de los barcos, mandaba todos los años en redondo, veinte ó treinta galeras de cabida de mil ó dos mil toneladas, y de valor cada una de 100,000 zequies (1.700,000 pesetas) sin contar los buques de los particulares, que navegaban en las aguas no reservadas á las flotas del Estado.

Tenia cuidado Venecia en asegurarse ventajas y facilidades en los paises en que no dominaba; mantenia cónsules y bailios en el extranjero, con el objeto de que se respetase el Estado, y que los ciudadanos encontrasen á la vez proteccion y pronta justicia. El cónsul de Constantinopla, que era al mismo tiempo embajador de la república, juez de los venecianos é inspector del comercio, llevaba el calzado escarlata, á la manera de los emperadores, salia con guardias y ejercia sobre la colonia entera jurisdiccion. Aun cuando fué tomada esta capital por los turcos, se encargó tambien de proteger á otras naciones, principalmente los armenios y judios. A veces los reyes se dirigian á estos hábiles mercaderes para obtener consejos, ó para encargarlos de negociaciones difíciles.

Introdujéronse los venecianos hasta entre los armenios, que habian conservado alguna independencia en la estremidad del Asia Menor, donde vivian del comercio, y sobre todo con la fabricacion de camelotes con pelo de las cabras de Patagonia y Angola. No sólo esportaron estos tejidos, sino que los fabricaron por su propia cuenta, ó adquirieron la primera materia. Se encargaron además de acuñar la moneda del pais.

Todos los conatos debian, pues, dirigirse á conservar á la república las ventajas de que gozaba. Por esta razon es por la que los venecianos habian convertido el Adriático en un mar suyo, no dejando bajar ningun buque de los rios de Italia, de Dalmacia ó de Istria, sin visitarla, é impidiendo que otros dividiesen con ellos el comercio de Oriente. De aquí sus rivalidades con las demás repúblicas italianas; así es, que cuando Pedro Pascualigo, embajador de Lisboa, anunció que los portugueses habian encontrado un nuevo camino para las Indias, y ofrecido las drogas á mejor precio que los venecianos, este acontecimiento fué considerado como un desastre público. En su consecuencia los venecianos hicieron entender al soldan de Egipto que su pais y su religion estaban en peligro, y le ofrecieron armas y brazos para ester-

minar á los portugueses, lo que procuró de concierto con los reyes de Cambaya y de Calicut; pero un partido más generoso y á la vez más provechoso para la república, hubiera sido poner el Mediterráneo en comunicacion con el mar Rojo á través del istmo de Suez, como se propuso en aquella época.

La misma envidia los hacia duros con respecto á mercaderes extranjeros, á quienes imponian dobles contribuciones, haciéndoles esperar mucho tiempo justicia, y escluyéndoles de las comanditas. Hasta pretendieron prohibir á los súbditos de la república la facultad de establecer manufacturas de géneros sujetos á la aduana, y hacer uso de las mercancias que no hubieran pasado por Venecia. Conviene, sin embargo, decir que las ventajas fueron tantas, que los extranjeros no se arredraron por tales molestias, pues hallamos en Venecia corporaciones de todos los paises; en los Frari tenian un altar los milaneses y otro los florentinos; los luqueses una iglesia cerca de los servitas, y los moros y turcos tenian allí las tiendas que aun conservan su nombre, aconteciendo lo mismo á los armenios y alemanes.

El trabajo en el interior tenia por objeto aumentar el valor de las materias importadas; así era que se fabricaban allí paños, armas, cristales, y principalmente espejos. Se preparaba el cuero y se doraba para las tapicerias; el cáñamo se convertia en cordajes, el hilo en encajes; el borrax sacado de Egipto y China no se preparaba bien más que en Venecia, así como varios medicamentos, tomados quizá de los árabes. Habia tambien una fabricacion considerable de cera, de azúcar, licores, jabones, hilo de oro; y la invencion de la imprenta proporcionó aun ocupacion á muchos brazos: millares de mujeres pobres se ocupaban en hacer encajes. Desde 1000 se concentraron las fábricas de vidrio en Murano, y gozaban de tales privilegios, que el matrimonio de un noble con la hija de un vidriero no perjudicaba á su nobleza. Las diferentes artes estaban unidas allí tambien en cofradias, regularizadas por medio de matrículas escritas, y con magistrados de paz esclusivamente suyos; después estas maestranzas edificaban iglesias y fundaban escuelas que escitan aun la admiracion. Se hacian en Perasco cuerdas para los instrumentos de música, paños en el Vicentino, hilo en Salo, armas en Brescia; Bergamo, Basano, Verona proporcionaban seda, los dálmatas soldados, las islas marinos, y el dinero servia para asalariar los ejércitos, que tuvieran sujetas las colonias de donde se sacaba dinero.

Las manufacturas de Venecia estaban rodeadas de gran misterio; lo mismo acontecia con sus aceites y sales medicinales; sistema mezquino pero comun, que en lugar de buscar su superioridad en el progreso, descansaba en una perezosa confianza, en la prohibicion de la competencia.

Habia prohibido Clemente V todo comercio con los infieles, bajo pena de una multa que se pagaba á la cámara apostólica. No hacian caso los venecianos de aquella prohibicion, pero muchos de ellos, en su artículo de muerte, no obtenian la absolucion sino cancelando aquella deuda, y á veces absorbia toda su fortuna. Sin embargo, el gobierno no permitia salir el dinero, y cuando Juan XXII envió dos nuncios para recoger aquellas póstumas penitencias ó escomulgar á los que las retenian, la señoria les intimó salir del territorio. Fulminó el papa el entredicho contra los pertinaces, que citó á comparecer en Aviñon; pero sus disputas con Luis de Baviera no le permitieron llevar adelante este negocio, y Benedicto XII concedió dispensas para traficar con los infieles.

Venecia era tan celosa de la igualdad de sus familias patricias, que cuando un Cornaro fué elegido papa bajo el nombre de Gregorio XII, en la época del cisma, creyéndose peligroso que un pontífice tuviera vínculos de parentesco con los senadores, la señoria se negó á reconocerle. De esto tomó el emperador Segismundo un pretesto de ruptura, alegando pretensiones respecto de Zara como rey de Hungria, así como de las antiguas ciudades imperiales: entró en el territorio veneciano, donde sembró la rebelion y el estrago; pero Venecia celebró una liga defensiva con Nicolás de Este, los condes Porcia y Collalto, los Malatesta, los Polenta, los señores de Castelnuovo, Castelbarco, Caldonazzo, Savorgnano y Arco. El descontento escitado por la dominacion rigorosa de los vicarios de Segismundo, la inconstancia de los húngaros con que inundaba á Italia, el valor del capitan Felipe de Arcelli, hicieron triunfar á san Marcos en todo el Friul. El patriarca de Aquilea, vecino inquieto, conservó con trabajo los castillos de San Vito y San Daniel, y aceptó el estipendio de cinco mil ducados que le señaló la república, á la cual el conde de Goritz prestó el homenaje á que estaba obligado antes respecto de este prelado.

Después de la muerte de Tomás Mocénigo, que no habia cesado de disuadir á los venecianos de la adquisicion de posesiones en Grecia, Francisco Fóscari, hombre emprendedor é impetuoso, les impulsó á ocupar á Salónica (1429); pero la recuperó Amurates, atacó la Morea, y Venecia perdió en esta empresa setecientos mil ducados. Este mismo Fóscari secundaba á los que halagaban la vanidad de Venecia con el pensamiento de que podria adquirir en Italia tanto poderio como habia ostentado en otro tiempo Roma, y colocarse al frente de una liga capaz de contrabalancear la influencia de los Visconti. De aquí procedieron las guerras con Felipe Maria; guerras que si aumentaron su crédito en la península, la apartaban del comercio y la entregaban á merced de capitanes aventureros. Así empleando alternativamente el rigor y las caricias, unas veces conferia la nobleza á Gattamesala, á Miguel Atténdolo: otras enviaba al suplicio á Carmañola. Mejor inspirada estuviera la república, si hubiera dirigido su atencion á las cosas ultramarinas, haciendo prosperar sus colonias de Levante, y

admitiéndolas al goce del derecho de ciudadania; pero mientras ponia en campaña diez y ocho mil caballos y otros tantos infantes contra el duque de Milan, jamás mantuvo en Morea arriba de dos mil hombres de tropas regulares. Sin embargo, á fin de prolongar su grandeza amenazada por las conquistas otomanas y por la nueva direccion dada al comercio, hubiera debido hacerse potencia iliriana, ó á lo menos trasferir á alguna isla de la Dalmacia su puerto, harto mal situado en la ciudad, á la cual hubiera servido igualmente de puerto avanzado; y reuniendo allí á los fugitivos de la Grecia y á los albaneses tenaces en la resistencia, hubieran estado en disposicion de levantar un poder que sirviera de contrapeso al de los turcos (23). Pero estaban adheridos á la ciudad los nobles como asiento de su predominio, y el pueblo consagraba su patriotismo á encerrar toda su existencia dentro de las islas de la laguna: los mercaderes querian tener paises á quienes sacar dinero, y entre tanto los enemigos se aprovechaban de tales inclinaciones.

Aun cuando las guerras emprendidas á instigacion de Francisco Fóscari fueron contrarias á los intereses de Venecia, cubriéronla de gloria y la preservaron de los turcos durante treinta y cuatro años; pero la paz de Fray Simonetto y un tratado particular con Mahomet II restableció en lo esterior el sosiego, y entonces la faccion de Loredano, perpétuo enemigo del dux, volvió á levantar en lo interior la cabeza. A fin de herirle por el lado más sensible, habia hecho condenar á destierro á Jacobo, su único hijo, acusándole de inteligencia con el duque de Milan, crímen que confesó en las angustias del tormento. Otra vez fué acusado y atormentado á su vuelta. A este tiempo uno de sus jueces es muerto, y acusado Jacobo de este delito, es condenado á destierro; y aunque uno en su lecho de muerte se acusa del asesinato, no se le permite tornar á sus hogares. En alas del deseo de volver á ver el techo paterno, se dirige al duque de Milan á fin de que le alcance licencia para llevar á su patria sus quebrantados huesos. Es interceptada la carta y declara haberla escrito con objeto de trasladarse á sus queridas lagunas, aunque fuera á costa de un proceso. Un nuevo juicio le destierra á Candia. «El dux era de edad muy avanzada, y andaba apoyándose en un baston. Cuando fué á ver á Jacobo le habló con mucha firmeza como para hacer creer que no era su hijo, aunque no tenia otro. Jacobo le dijo: *Señor padre, os ruego que os empleeis en hacerme volver á casa.* A lo que le respondió el dux: *Anda, Jacobo, y obedece la voluntad de la ciudad sin meterte en otra cosa.* Pero se dice que á su vuelta á palacio cayó el dux sin sentido (Sanuto). Murió de pesadumbre el hijo: el padre que habia propuesto abdicar por dos veces, lo cual no se le admitió mientras le hizo necesario la guerra, fué entonces destituido por los Diez. De consiguiente, abandonó el palacio sin hijos, sin amigos, sin fuerzas, en medio de un pueblo, de quien era amado sin duda, pero que temia más á la inquisicion todavia. Cuando la campana de San Marcos anunció la eleccion del sucesor, Fóscari exhaló el último suspiro (24).

Por esta época se decidió que el dux no podria leer las cartas de los embajadores de la república ni de los príncipes extranjeros, sino en presencia de sus consejeros. Tambien se le quitó la policia y la justicia represiva, de que fueron encargados tres miembros elegidos por el consejo de los Diez. Uno de ellos podia ser tomado entre los consejeros del dux. Bajo el nombre de *inquisidores de Estado,* debian estender su vigilancia á todos, sin esceptuar á los Diez: podian castigar con la muerte en público y en secreto, y disponer de la caja de los Diez sin dar cuentas á nadie. El dux y el gondolero temian igualmente los misteriosos golpes de aquella autoridad. La ambicion no se atrevia á turbar la repúbliea, y por otro lado se lisonjeaba de llegar algun dia á aquel puesto. No eran lícitas las venganzas declaradas ni las vias de hecho; se aguardaba la ocasion de figurar como inquisidor de Estado, con la esperanza de espantar un dia á los demás, lo cual inspiraba la resignacion para temblar hasta que llegase este caso. Se decretó después al tiempo de la eleccion de Nicolás Marcelo (1473), que en vida del dux, sus hijos y sobrinos no podrian aceptar ningun empleo, beneficio ó dignidad, ora vitalicio, ora temporal, ni tomar asiento en ningun consejo, escepto en el grande y el de los *pregati* (*rogados*), sin tener, no obstante, voto: un hermano del dux podia entrar únicamente en los Diez.

Jacobo de Lusiñan, hijo natural de Juan III, rey de Chipre, pretendia heredar con perjuicio de su hermana, casada con Luis de Saboya, aquella isla que habia sido asignada á su familia para indemnizarla de la pérdida de Jerusalen. Consiguió ocuparla, y obtuvo la investidura del soldan de Egipto de quien era vasalla. Como le faltaba dinero para sostenerse allí, Marcos Cornaro, mercader veneciano, le ofreció 100,000 zequíes como dote de su sobrina Catalina, que con objeto de darle derechos

(23) Pablo Santini, que redactó á mediados del siglo XV un tratado sobre las cosas militares, nunca impreso, y que parece estuvo al servicio de los venecianos, se esplica de este modo:

Qui in Italiam vincere desiderat, ista instruet:
Primo, cum summo pontifice semper sit;
Secundo, dominetur Mediolanum;
Tertio, quod habeat astronomos bonos;
Quarto, habeat ingegneri qui scire plurima;
Quinto, quod tot navigia conducantur plena lapidibus in canalibus... impleantur canalia multitudine navium, navigiorum barcarumque suffondatarum, etc.

(24) Se inscribió este dístico en su sepulcro:
Post mare perdomitum, post urbes Marte subactas,
Florentem patriam longævus pace reliqui.

á aquel ilustre matrimonio, fué adoptada por la república de San Marcos. Esta vana ceremonia, puramente honorífica, fué después invocada como título de más importante adquisicion; porque después de la muerte de Jacobo (1475), la república se declaró heredera de Catalina, con los mismos derechos que la madre de su hija; y bajo pretesto de que estaba amenazada por los turcos, le persuadió ó precisó á renunciar á Chipre, cambiándole por el castillo de Asolo, en la marca de Treviso, donde los placeres y las letras le impidieron echar de menos el reino que habia perdido. Esta anticipada herencia proporcionó en abundancia á Venecia vinos, trigo, aceites y cobre. El que se hubiera permitido hablar mal de aquella adquisicion debia ser ahogado.

Ya hemos visto á cuantas guerras se vió arrastrada Venecia, por haber querido mezclarse en los negocios de Italia. Pero el consejo de los Diez, contando sobre las conquistas de tierra para procurar á la república tanta grandeza como le producian riqueza los bancos de Levante, despertó la envidia de los demás Estados, que se reunieron para romper su cetro.

CAPÍTULO XXIV

CIUDADES ANSEÁTICAS.

Lo que las ciudades italianas hacian en los mares meridionales, las ciudades anseáticas lo verificaban en el Norte. Las alemanas, en el Mediodia y en el Rhin, habian formado varias ligas para defenderse contra los tiranuelos. Pero nada semejante aparece en la Baja Germania, hasta el momento en que, á principios del siglo XIII, se encuentran algunas reunidas en confederacion, no se sabe cómo, ni en qué época (1). Situadas en la costa del mar ó en las cercanias de los grandes rios, estas ciudades estaban más en disposicion de enriquecerse que las del Mediodía; así es que se engrandecieron rápidamente, sobre todo cuando las cruzadas produjeron en Prusia y en Livonia, la fundacion de las ciudades que gozaban numerosos privilegios municipales. Entonces las ciudades anseáticas se dieron una organizacion regular, y en 1361 las deliberaciones de las dietas de sus diputados comenzaron á ser registradas; después cuando se reunieron á Colonia con motivo de la guerra contra Waldemaro III (1364), redactaron por escrito las cláusulas de la confederacion, que habian sido verbales hasta entonces.

Las primeras ciudades que se asociaron para formar parte de la hansa establecieron entre sí una igualdad recíproca; pero con respecto á las que sucesivamente se reunieron, las condiciones de la alianza variaron segun el carácter y posicion de cada una. Tenemos algunas de estas actas de confederacion, de las que resulta que la aspirante debia presentar su demanda; que esta demanda era discutida, y que en caso de aceptacion se avisaba á los paises donde la hansa gozaba privilegios. Los confederados trataban de no depender de ningun otro príncipe que del emperador. Las ciudades marítimas tenian el predominio sobre las del interior, obligadas á someterse á sus decisiones, y las ciudades vendas formaban una asociacion diferente. Toda la liga se dividia en tres (*tercios*), que fueron después ascendidos á cuatro, y á cuyo frente estaban Lubeck, Colonia, Brunswick y Dant-

(1) Se equivocan los que derivan aquella confederacion de la alianza de Hamburgo con Lubeck, en 1241. El nombre de *hansa teutónica* aparece por la primera vez en 1315. *Hans* significa sociedad de comercio ó peaje de una mercancia. Las ciudades que formaban parte en 1360, son: Lubeck, Hamburgo, Estade, Brema, Wismar, Rostock, Estralsund, Greiffswald, Anklam, Demmin, Estetin, Colberg, Kiel, Neustargard, Culm, Torn, Elbing, Dantzick, Königsberg, Braunsberg, Landsberg, Riga, Dorpat, Reval, Pernau, Colonia, Dortmund, Söst, Munster, Cosfeld, Osnabruck, Brunswick, Magdenburgo, Hidesheim, Hannover, Luneburgo, Utrecht, Zwoll, Hasselt, Deventer, Zutphen, Ziriksée, Brille, Midelburgo, Dordrecht, Amsterdam, Campen, Gröningen, Arnemuydem, Hardewick, Estavern, Wisby en la isla de Gothland. Las ciudades de Estolpe, Halle, Paderborn, Lemgo, Hóxter, Hameln, eran aliadas de la Hansa. En su más brillante época contaba de setenta y dos á ochenta diputados con voto, añadiendo los de Arnheim, Ascherisleben, Berlin, Bolswar, Breslau, Cracovia, Duisburgo, Eimbek, Emden, Emmerich, Francfort de Oder, Gottinga, Goslar, Halberstadt, Helmstad, Hervorden, Minden, Nimega, Nordheim, Quedlimburgo, Rugenwald, Roremund, Satzwedel, Estendal, Uelzen y Wesel.

Véase VERDENHAGEN, *De rebus publicis anseaticis.*

G. SARTORIUS.—*Gesch. des Hanseat. Bundes und Handels.* Gottinga, 1802-8, t. VIII.

HAGEMEYER, *De fœdere hanseatico.*

G. G. MALLET.—*Historia de la liga anseática.* Ginebra, 1805, 2 tomos.

J. M. LAPPENBERG.—*Urkundliche der deutschen Hans.* Hamburgo, 1830, 2 tomos.

THUMMAN, *Untersugchensgen uber die Gesch. des obsthichen europaischen Volker.*

zick. Cada tercio tenia una vez al año su asamblea particular en la cabeza de partido. Cada tres años, todos los diputados de la confederacion se reunian comunmente en Lubeck, independientemente de las sesiones estraordinarias. Cada ciudad proporcionaba su contingente militar tanto en hombres como en bajeles; y una ligera tasa, impuesta sobre toda especie de géneros á la entrada de la ciudad, subvenia á los gastos generales.

El gran maestre de la órden Teutónica tomaba asiento en las dietas donde tenia voto deliberativo. Casi todas las ciudades de Prusia eran miembros de ellas, y nunca se omitia en los tratados mencionar los paises de Prusia y Livonia. Los diputados de los cuatro bancos principales de Londres, Brujas, Bergen y Novogorod, eran admitidos en el congreso, pero sin sufragio, y sólo para proporcionar noticias sobre el estado de los negocios, así como sobre los medios propios para hacerlas prosperar. Hasta príncipes intervenian en ellas algunas veces, por sí mismos ó por embajadores, para sostener sus intereses particulares; pero no asistian á las deliberaciones. Las ciudades que no enviaban sus diputados á la dieta, pagaban una multa y quedaban escluidas de la confederacion hasta que era pagada. Aquellas cuyos diputados llegaban tarde, sufrian una multa, á proporcion de los dias de tardanza, y sus ciudadanos podian ser presos en garantia del pago. Frecuentemente las materias que debian tratarse eran preparadas por los diputados de las ciudades vándalas, es decir, de las ciudades situadas al Mediodia del Báltico. Como se hallaban los caminos infestados de bandidos, estaban los diputados bajo la salvaguardia de la liga, y la ciudad, cerca de la cual hubiesen caido en mano de aquéllos, debia hacer que se les restituyera la libertad.

No pensaron los confederados hasta más tarde en establecer un derecho marítimo uniforme. Preparado ya por los estatutos particulares, y con especialidad por los estatutos casi iguales de Hamburgo (1276) y de Lubeck (1299), este trabajo esperimentó á pesar de todo dificultades, no todas superables, porque el código de leyes náuticas y comerciales no fué publicado hasta 1614.

Propendian los confederados á un triple objeto: estender el comercio esterior y ejercer el monopolio en los mercados que frecuentaban: defenderse recíprocamente contra todos los agresores por mar y tierra, terminar sus diferencias por medio de árbitros. Obligábanse á mantener por espacio de diez años la paz y la seguridad contra todos, salvo los derechos del Emperador y la justicia debida á los legítimos soberanos; si una de las ciudades aliadas era atacada, debian interponerse las otras para obtener la paz, ó en el caso contrario prestarle ayuda en determinada medida. Ninguna podia declarar la guerra sin el consentimiento de las cuatro más inmediatas. Cuando se suscitaba entre ellas una diferencia, nunca se debia apelar á estranjeros, sino que habia que dar aviso á la regencia de Lubeck, que conferia á cuatro ciudades el poder de conciliarlas amigablemente, ó de resolver en virtud del juicio. Ninguna podia celebrar paces ni alianzas con los estranjeros sin conocimiento de la confederacion (2). Habia algunas que gozaban de todos los derechos de la liga; otras no tenian voto en el congreso, ora como simples aliadas, ora como súbditas de otras ciudades. La principal condicion era aprontar su cuota en la contribucion, en dinero y en hombres, establecida por el congreso.

Entre las causas que hacian escluir de la liga, era la primera la insurreccion de los ciudadanos contra los magistrados; tanto les asustaba la anarquia; y á fin de que los ciudadanos no tuvieran motivo para sublevarse, oia el congreso sus quejas, y administraba la justicia debida. Las connivencias con el enemigo, la desobediencia á los decretos de la asamblea general, el recurso á otros tribunales que los de la liga, arrastraban en pos el mismo castigo. La pesca, las minas, la agricultura la industria de todas las riberas del Báltico, se hallaban en manos de los confederados: las mercancias de Suecia, de Dinamarca, de Noruega pasaban por sus almacenes. Hacian esplotar las minas de la Bohemia y de la Hungría. Sacaban del norte de la Alemania la cerveza, la harina, los granos, las telas y los paños comunes: de la Prusia y de la Livonia, lino, cáñamo, maderas, trigos, alquitran, pez, potasa, miel y cera, traidas de Polonia y de Rusia. La Inglaterra les suministraba sus lanas, su estaño, sus cueros: las ciudades de Sajonia y del Rhin, vinos, telas, metales del Hartz, y todo se despachaba en Brujas, la principal factoria en los Paises Bajos (3).

Poseian en Bergen el mejor barrio, llamado el Puente que se componia de veinte y dos grupos de edificios y de jardines, divididos entre dos parroquias: cada grupo tenia un hombre distinto y una fachada al puerto, lo cual permitia que se acercaran allí los buques de más porte. Habia grandes plazas en los jardines para depositar allí las mercancías, con almacenes en cuyo primer piso vivian los factores, hallándose reservado el segundo para las cocinas y comedores. En el fondo del jardin se abrian cuevas destinadas á ciertos géneros, y habia encima un vasto salon comun, detrás del cual se hallaba el huerto. En cada jardin habitaban de quince á treinta familias llamadas *partidas*, compuestas todas de un jefe *(hausbonde)* de algunos empleados, sócios, discípulos, marinos. En verano cada una de ellas tenia cocina y mesa aparte: en invierno se reunian en el salon comun al rededor de una gran fogata, cuyo humo salia por una abertura practicada en el techo: sin embargo comian en mesas separadas.

---

(2) SARTORIUS, obr. cit.

(3) ALMEYER.—*Hist. de las relaciones comerciales y diplomáticas de los Paises Bajos con el norte de Europa.* Bruselas, 1840.

El *hausbonde* ejercia plena autoridad sobre sus subordinados hasta el punto de imponerles castigos corporales. Un consejo de dos alderman (jueces) y diez y ocho asesores, estaba encargado de mantener el órden y resolver las diferencias, segun las leyes de la *Sera*, escepto la apelacion á Lubeck y á la dieta. Ninguno de los *habitantes de la factoria* podia tener mujer, con objeto de conservar la paz y el secreto, que se juzgaba cosa indispensable; les estaba prohibido, bajo pena de la vida, visitar el barrio de la clase media; de noche, enormes perros y centinelas velaban para que nadie se acercase al recinto. Los habitantes de la factoria, escepto los asesores, no eran negociantes, sino sólo agentes comisionados por ellos; les estaba prohibido el hacer ninguna operacion por su propia cuenta; después de diez años de permanencia, volvian á Alemania. Sosteníase la factoria con un derecho ligero de entrada percibido sobre las mercancias, sin contar las multas, y un alquiler que pagaban las ciudades por la habitacion de los comisionados. Se puede, por este ejemplo, formarse una idea de lo que eran las tiendas de los *osterlinos*, como los llaman los italianos.

Las repúblicas anseáticas, así como las de Grecia y de la liga lombarda, tomaron consistencia con la guerra. Aumentóse, en efecto, su número, hasta el momento en que ciento diez y siete ciudades en el año 1369, se reunieron en congreso en Colonia, y declararon la guerra á Waldemaro IV rey de Dinamarca.

Hubieran podido, reuniendo sus fuerzas, intentar grandes empresas, y aprovecharse de las circunstancias para conquistar su independencia; es decir, constituir una república federativa, después de haber subyugado á los príncipes comarcanos. Pero su objeto era únicamente una asociacion para su mútua defensa y la participacion en los privilegios comerciales. Algunas no tenian más territorio que el recinto de las murallas; otras se encontraban separadas de sus aliados por Estados poderosos y envidiosos; varias de ellas no eran siquiera independientes. ¿Cómo combinar tan grandes variedades y conciliar tan diversos intereses? ¿Cómo conjurar la ambicion de los grandes, la envidia de los pequeños, y arrebatar á todos el derecho de hacer sus leyes?

No estando suficientemente unidas para forzar á sus aliados á someterse á las decisiones tomadas de comun acuerdo y en interés general, caian en la anarquia. Como cada una podia contraer alianzas con los Estados extranjeros, se ponian trabas recíprocamente, y la variedad de intereses hacian que los unos dañasen á los otros. Además, poco espertos en la política y movidos por el egoismo, como mercaderes, no sabian elevarse á ideas de cierta altura; así es, que en sus más brillantes tiempos, no mostraron la osadia que acomete las grandes empresas, ni la tenaz constancia que las da cima; y ningun príncipe de las primeras casas de Alemania pensó en ponerse á su cabeza para realizar vastos designios.

Por otra parte, estas repúblicas no descansaban en la actividad de una viva competencia, sino en privilegios, en la esclusion de los extranjeros, en las reglas de una economia sin esperiencia, que tenian cuidado de prescribir. Un espíritu minucioso y esclusivo domina tambien á menudo en su derecho privado; se encuentran decisiones hasta el infinito sobre la cabida de los toneles, la prohibicion de esportar ni oro ni plata para hacerlo trabajar fuera, de vender perfumes falsificados, de hacer teñir en otra parte los paños que en el mismo lugar de la fabricacion, de vender arenques antes de la pesca, grano antes de la cosecha, telas antes que se fabricasen; estaba prohibido tambien comerciar con el dinero, no se podia hacer sino por cambios.

Cuando después el comercio europeo, encaminándose á las Indias por otro rumbo, los privó del monopolio que constituia su fuerza, sin notar estas repúblicas que las ideas habian cambiado, se apegaron con más tenacidad á sus antiguos privilegios, mientras que los demás paises sacaban partido de sus nuevas posiciones. Aun antes de esto la liga habia declinado á medida que los reinos de Europa se consolidaban, y se sentian en estado de sustraerse á aquella opresion mercantil.

En Novogorod, las casas de la factoria anseática y la iglesia católica, estaban como de costumbre rodeadas de murallas, y guardadas de noche por centinelas y mastines. La confederacion mandaba principalmente allí paños, con esclusion de todos los demás negociantes, hasta prohibiendo á los rusos vender sus propias producciones de otra manera que en cambio con la factoria anseática. Estas exigencias engendraron celos y disensiones. Los rusos se quejaban de que los alemanes los engañaban sobre la calidad y medida; pero no se conocian en estado de pasarse sin ellos: así es, que no bien los anseáticos amenazaban abandonar á Novogorod, los rusos disimulaban su descontento, temiendo no tener sin ellos salida á sus géneros, y sin saber cómo procurarse telas para vestirse. Ocupóse Iwan IV en dar fin á aquella tirania. Ya cuando se apoderó de Novogorod, precisó á muchas gentes ricas á trasladarse al interior, y la ansa sufrió considerablemente. Poco después el czar por represalias de haber puesto preso y dado muerte á súbditos rusos por monederos falsos (1494), hizo prender á los alemanes y secuestrar sus bienes. La mayor parte pudo huir, los demás permanecieron prisioneros algunos años, y la factoria de Novogorod fué destruida.

Entonces los miembros de la ansa se dedicaron á hacer el contrabando entre la Rusia, Estokolmo y Wiburgo, sin renunciar á la esperanza de recobrar sus privilegios, y sobre todo la exencion del derecho de entrada. Pero mientras que Lubeck reclamaba estas ventajas para toda la liga, las ciudades de Livonia las querian para sí solas, lo que hizo hubiera discordia. Después, cuando descubrieron los ingleses un paso para ganar á Arcangel por el mar Blanco (1553), y cuando el czar

libertó de derechos los navios que llegaban por este nuevo rumbo, fué un gran descalabro para la ansa, tanto más, cuanto que estos barcos proporcionaban á los rusos armas, cuya introduccion estaba siempre prohibida por el Báltico. De esta manera cesó su monopolio, del que no le quedó más que algunas concesiones especiales, sobre todo á Lubeck.

A fines del siglo XIV, las ciudades anseáticas poseian en Suecia la totalidad del comercio, sin tener allí bancos, pero sí el insigne privilegio de entrar por mitad en la composicion de los consejos municipales de Estokolmo y demás ciudades marítimas. Les fué difícil sostenerse en medio de las agitaciones de aquel reino y segun el partido triunfante, se elevaban ó declinaban. Ascendido al trono Gustavo Wasa con ayuda de Lubeck (1523), concedió á esta ciudad, á Dantzick y á otras, segun su gusto, la exencion de derechos de entrada y salida, con un monopolio absoluto, hasta el punto de prohibir á sus propios súbditos navegar en el Sund y en el Belt; toda disputa con motivo de la interpretacion y ejecucion del tratado, debia juzgarse en Lubeck por cuatro senadores de la ciudad y cuatro de Suecia. Hubiera querido Gustavo restringir estas concesiones sin ejemplo, á las que habia sido impulsado por la gratitud ó tal vez por la necesidad; pero ¿cómo pensar en ello mientras que se encontraba ligado con Lubeck por una deuda considerable? Los de Lubeck, con objeto de obtener el pago con ventajas particulares, descuidaron los intereses generales; pero cuando prestaron ayuda á los turbulentos, abolió Gustavo las exenciones concedidas, y sostuvo la guerra contra la ansa, invitando á las demás naciones y á sus propios súbditos á hacer el comercio con Suecia. Al fundar Gustavo Adolfo más tarde una sociedad de comercio sueca, arrebató á los anseáticos la esperanza de recobrar su antiguo monopolio.

En Noruega, hicieron estos arruinar por un corsario la ciudad de Bergen, puerto muy favorable al comercio, que desde allí se adelantaba hasta Groenlandia, y entonces pereció esta colonia. Ofrecieron después subvenciones á los ciudadanos empobrecidos, de quienes recibieron en prenda casas y tierras, con lo que se enseñorearon de lo mejor de la ciudad. Habiéndola destruido un incendio, los alemanes la reconstruyeron bajo un plan y considerándose como del pais, escepto las exenciones, obraron como señores y se entregaron á toda clase de excesos. Trató el rey Cristobal III de introducir á los holandeses en el pais (1446), pero fracasó en esta tentativa, y le fué preciso confirmar los privilegios de las anseáticas; lo cual no le impidió, así como á sus sucesores, acechar sin cesar la ocasion de libertar el reino de aquellos tiranos mercaderes. Ofrecióse esta ocasion al gobernador Cristóbal Walkendorf, que les arrebató sus privilegios uno después de otro (1556-60), y sin dejarles más que la pesca del pejepalo, y el comercio anseático se alejó igualmente de aquella costa.

Encontraron en Dinamarca la competencia de los ingleses y holandeses, que gozaban tambien allí de muchas franquicias. Lubeck pudo hacer escluir más tarde á los holandeses, y hasta pensó en conquistar todo el reino; pero la nueva direccion tomada por el comercio convirtió en humo sus proyectos.

La importantísima factoria de Brujas padeció mucho cuando esta ciudad fué castigada severamente por Cárlos el Temerario; después decayó, aunque favorecida por Maximiliano I, á causa de la negativa que hicieron varias ciudades de la Holanda, del Rhin y de la Baja Sajonia, de participar más tiempo de los gastos considerables de su entretenimiento. En lugar, pues, de depositar las mercancias en los almacenes, muchos negociantes las colocaron en casa de los habitantes, resultando de ello el comercio de comision, con más buena fe y justicia.

A medida que los anseáticos perdian el monopolio del Norte, y que los holandeses é ingleses iban á presentarse en competencia, la prosperidad de Brujas disminuia; y como quince almacenes de las demás naciones se cerraron uno después de otro, los anseáticos permanecieron allí solos. Pero no estando sus estatutos en relacion con las ideas nuevas, se vieron entonces obligados todos á retirarse, y dieron la preferencia á Amberes. Negociaron con la lentitud alemana, desde 1510 hasta 1536, para hacer que los confederados construyesen allí un nuevo edificio; pero los trastornos que sobrevinieron hicieron abandonar aquel pensamiento.

Conocieron pronto los reyes en Inglaterra que debian hacer otra cosa que animar á los extranjeros, y que el acrecentamiento de la marina mercante nacional seria en ventaja suya; así es que más bien trataron de disgustarlos con frecuentes dificultades. Los anseáticos, que primero habian prohibido todas las mercancias inglesas, tuvieron que consentir en dejarles libre paso en el Báltico, en Prusia y hasta en las ciudades de la ansa (1474), para obtener que se confirmasen sus derechos en Inglaterra. No creyó de todos modos la isla el poder pasarse enteramente sin los alemanes hasta el momento en que Eduardo VI anuló (1592) todos estos privilegios, bajo el pretesto de que los anseáticos habian introducido, no sólo productos de sus manufacturas, sino tambien mercancias de otros paises, y que habian sacado en un año cuarenta y cuatro mil piezas de paños ingleses, cuando mil y ciento hubieran bastado á sus nacionales. De consiguiente, la economia de la época reputaba por culpa que se esportase una cantidad mayor de mercaderias indígenas. Para vengarse de ello, prohibieron los confederados toda relacion con Inglaterra, pero el resultado fué todo en ventaja suya. En tiempo de Isabel, convinieron en ser tratados bajo el mismo pié que los indígenas; pero cuando á pesar de la intimacion que habian recibido de

esta reina, trasportaron á España víveres y municiones, Isabel hizo coger sesenta de sus barcos cargados, que todas sus reclamaciones no pudieron hacerle restituir; golpe irreparable al cual no tuvieron que oponer sino vanas reclamaciones, como Napoleon que trataba de hurto la industria inglesa.

Por el contrario, la España acogia á los anseáticos al mismo tiempo que escluia á los holandeses que habian sacudido su yugo; pero el acrecentamiento de estos republicanos les suscitó nuevos y vigorosos competidores. La terrible liga anseática arrastraba de esta manera una existencia enfermiza, hasta que la guerra de los Treinta años acabó de romper aquella débil trama; y en la última dieta de 1669 no se vió figurar más que á los diputados de seis ciudades. Comenzaba á persuadirse el comercio de que su principal elemento es la libertad.

CAPÍTULO XXV

ESCANDINAVIA.

Modificados, no cambiados por la civilizacion los pueblos del Norte, aunque situados en medio de campos bien cultivados, se complacen todavia en los azares de la guerra. Fieles á su antigua aficion de lanzarse á correrias aventureras, anhelan ver cielos más dulces, tierras más risueñas, aunque para volver luego al suelo nativo. Era para ellos un grave insulto decirles: *No conoce otro pais que aquel en que ha nacido*: los sabios recomendaban aprender muchas lenguas, especialmente el latin y el italiano; porque se *entienden en paises lejanos*. En su consecuencia, muchos jóvenes iban á estudiar á las escuelas de Oxford, de Roma, de Paris, de Erfurth; otros vendian los servicios de su valor á Constantinopla; éstos se cruzaban para la Palestina, aquéllos iban en peregrinacion al sepulcro de los Santos Apóstoles; y nadie se presentaba en la corte si no podia hablar allí como testigo ocular de los usos de diferentes naciones.

El monge Thierry hizo una crónica de la Noruega á principios del siglo XII. Hácia el año 1200, Suenon Akeson y Saxo Gramático escribieron por órden del obispo Abslan, á quien servian de secretarios, una historia de Dinamarca. El primero da un árido compendio de los hechos; el otro, escritor hábil y esmerado, conserva tradiciones curiosas, aunque sin crítica ni cronologia. Menos ricos todavia los suecos, no tienen más que fábulas hasta el siglo XV. Por consiguiente, nada se puede buscar exacto en la historia de los tres reinos del Norte. Basta saber que cada uno de ellos tenia á su cabeza un rey desprovisto de la autoridad necesaria para hacer que le siguieran sus vasallos, frecuentemente en guerra con ellos y elevado ó abatido por el empuje de las facciones.

Dinamarca.—Los Estritidas.—En Dinamarca reinaban los descendientes de Estrit, sobrina de Harold Blaatand. Uno de los más notables entre ellos, fué Canuto IV (1080), quien, no menos riguroso respecto del pueblo que dócil respecto del clero, fué asesinado en la iglesia por sus súbditos sublevados, y canonizado por los sacerdotes como protomártir de Dinamarca. Erico III (1095), su hermano, el hombre más grande, el más robusto de su reino, y el príncipe más instruido de su tiempo, fué sobrenombrado el Mejor. Renunció al derecho de hacer la guerra sin el consentimiento de los Estados; hizo el viaje á Roma para obtener la canonizacion de Canuto, y alcanzó la ereccion de Lund en metrópoli y arzobispado de todo el Norte. Habiendo hecho voto de cruzarse, y aunque sus súbditos ofrecieron la tercera parte de su fortuna para obtenerle la dispensa, se empeñó en partir y murió en Chipre.

Después de una larga lucha entre muchos competidores, tocó el trono á Waldemaro el Grande (1157). La ocupacion de toda su vida fué dominar á los venedos idólatras, que tenian por santuario la isla de Rugen, y cuyas piraterias infestaban el Báltico y las costas de Dinamarca. Ya Eugenio IV (1147) habia publicado contra ellos una cruzada que produjo muy poco efecto. Esta vez Waldemaro se alió con diferentes príncipes de Alemania, y se reconoció vasallo de Federico Barbaroja, que prometió investirle con todos los paises venedos. Apoyado de este modo, conquistó á Rugen, y sobre las ruinas del ídolo de Svantovit, ingirió por la fuerza el cristianismo (1168). Desde entonces cesó Herta de salir cada año de las misteriosas selvas para bañarse en el lago sagrado.

Bajo Canuto VI, su hijo (1182), los daneses, merced á frecuentes viajes y á la educacion que sus jóvenes iban á recibir á Paris, alcanzaron una civilizacion igual á la de los demás pueblos de Europa. Permitió á los poseedores de feudos, que quisieron emanciparlos, hacerlos propiedades alo-

diales. Continuó haciendo la guerra á los venedos; sometió la Eslavonia y recibió el homenaje de las ciudades de Hamburgo y de Lubeck. Su sucesor Waldemaro II, pudo en su consecuencia tomar el título de rey de Dinamarca y de los eslavos, de duque de Jutlandia y de señor de la Nord-Albingia. Los cronistas no le dan menos de mil cuatrocientas naves, ciento sesenta mil guerreros, una renta de veinte y un mil novecientos *lastas* (cerca de cuatro mil libras) de trigo, cuatro mil setecientos cuarenta y cinco *schiffpfund* (unas doscientas ochenta libras) de manteca, tres mil doscientas ochenta y cinco de miel, nueve mil ochocientos cincuenta y cinco bueyes, ciento nueve mil quinientos noventa corderos, setenta y tres mil cerdos y trescientos diez y nueve mil marcos de plata acuñada. Hizo la guerra á los estonios, á quienes avasalló, y desplegó entonces por la vez primera la bandera con la cruz blanca en campo rojo, llamada bandera de Daneburg.

El condado de Schwerin debia tocarle por herencia de Gunzelin, su suegro; pero queriendo apoderarse de él Enrique, hermano de éste, y no pudiendo medirse con él á fuerza abierta, se dirigió á la corte, donde halló medio en una partida de caza de apoderarse por traicion de Waldemaro y de su hijo, á quien arrastró á uno de sus castillos (1223). Clamó el papa contra esta violacion del derecho de gentes; pero queriendo el emperador sacar partido de esto, estrechaba á Enrique á fin de que le entregara Waldemaro: á lo menos sacó la promesa de no soltarle más que bajo condiciones ventajosas para el Imperio. El gran maestre de la órden teutónica, Hermann de Salza, medió por órden del papa, pero no pudiendo avenirse, y habiendo recurrido á las armas los parciales de Waldemaro y de sus enemigos, Alberto de Orlemundo, jefe de los primeros y regente del reino, quedó prisionero (1225). Por último, se convino en que Waldemaro pagaria por su rescate 40,000 marcos de plata, en que restituiria al Imperio todo el territorio situado entre el Eider y el Elba con el pais de los venedos, á escepcion de la isla de Rugen, además de otros sacrificios para rescatar á Alberto. Lubeck dependió del Imperio, así como los príncipes de Mecklemburgo, y los daneses cesaron de tener autoridad sobre los eslavos.

Apenas estuvo Waldemaro en libertad, no respiró más que venganza. Absuelto por el papa de un juramento arrancado por la fuerza, reunió sus fuerzas y presentó batalla al enemigo; pero vencido y herido, se vió obligado á someterse á nuevas renuncias. Perdió, pues, el título de Victorioso que habia adquirido; pero obtuvo el más apreciable de Legislador, reformando el código de la Escania y de Seelandia y dando leyes á las demás provincias.

Erico VI, su hijo, pereció víctima de su hermano Abel; pero habiendo muerto este príncipe en una batalla á manos de los frisones (1241), no se quiso recibir su cuerpo en ninguna iglesia para darle sepultura; fué sumergido en un pantano, cuyas inflamadas exhalaciones se tuvieron en el pais por el alma del fratricida. Bajo Cristóbal I (1252), otro hermano de Erico VI, las disensiones con el clero aumentaron la confusion que ya se habia apoderado del pais.

Fiándose poco los reyes precedentes en las tropas feudales habian asalariado á extranjeros, lo cual habia hecho perder á los daneses la costumbre de las armas, y se les habia agobiado de impuestos. Jacobo Erlanodson, sabio prelado, vástago de una de las principales familias, no menos ambicioso en sus proyectos, que hábil en conducirlos, pensó que podria sacar partido de aquel estado de cosas. Antiguo capellan de Inocencio IV, habia sido promovido al arzobispado de Lund. Tomó posesion de su poder temporal sin solicitar la investidura; luego, como en el desórden del tiempo quedaban impunes muchos delitos, citó á su tribunal á los malhechores cualesquiera que fuesen (1241). Después construyó fortalezas, impuso peajes, cambió el código de la Escania sin consultar al rey, hizo quitar del coro el trono de este príncipe, hasta le acusó de violencia respecto del papa, se alió con el rey de Noruega, y habiendo convocado un concilio en Wedel, promulgó la constitucion llamada *Cum Ecclesia danica*, con cuyas palabras empieza. Allí se declara que estando espuesta á la persecucion la Iglesia de Dinamarca, sin ser protegida por el brazo secular, si algun obispo fuere preso, mutilado, ofendido por órden ó con conocimiento del rey, será puesto el reino en entredicho, y enseguida escomulgado, si en el término de un mes no queda reparado el crímen.

Esta fué una declaracion de guerra. El arzobispo intrigó para hacer cambiar el órden de sucesion al trono: el rey mandó que se le prendiera: pusieron los obispos el reino en entredicho, y Cristóbal fué envenenado (1259). Margarita de Pomerania, su viuda, supo conservar la corona á su hijo Erico VII, el Miope *(Glipping)*. Hizo la guerra á Abel, su sobrino, quien habia ocupado el ducado de Sleswig; pero cayó prisionera con su hijo. Libre del cautiverio por mediacion de otros señores, fué escomulgada, así como su hijo, por no haber querido comparecer en el tribunal del legado pontificio. Por último, se terminó la querella en el concilio de Lion (1274), á condicion de que el rey pagaria ciertas indemnizaciones, de que no investiria á los prelados, y de que no exigiria el servicio militar de ellos.

Rebeláronse, pues, los nobles contra el débil y disoluto Erico VII, á quien obligaron á firmar una capitulacion en que estaban determinados los derechos del trono (1286). Posteriormente fué asesinado por Estigo Anderson, mariscal del reino, para vengar á su esposa ultrajada, y habiéndose refugiado los asesinos en Noruega, Erico VIII declaró la guerra á este reino. Quiso obligar al arzobispo de Lund á escomulgarles, y al oir su negativa, mandó que le prendieran y llevaran á la cár-

cel, cubierto de andrajos y montado en una caña, mientras se quemaban las cartas de donacion que fueron encontradas en los archivos. Bonifacio VIII envió quien le informara de esta querella, y no pudiendo conciliarla fué puesto en entredicho el reino, lo cual produjo tales disturbios, que el rey se vió obligado á doblar la cabeza.

Pasaremos en silencio las guerras esteriores é interiores de Erico VIII, limitándonos á recordar que promulgó las *leyes feudales de Estonia,* adoptadas donde quiera que dominaban los señores teutónicos. Aunque su hermano Cristóbal II desmereció del pais á causa de una rebeldia, le fué dado por sucesor (1320), si bien con la obligacion de resignar muchas prerogativas reales, entre otras el derecho de establecer nuevos impuestos, de cuyo pago y de la jurisdiccion civil eximió al clero. Se comprometió á no dar ningun beneficio á extranjeros, á no hacer la guerra sin consultar antes á los Estados, á no promulgar leyes más que de acuerdo con las dietas, que debieron ser convocadas todos los años. Así quedó mutilada la monarquia por la aristocracia nobiliaria y eclesiástica, sin que la clase media ni los habitantes del campo tomaran parte en la confeccion de las leyes. Pero no bastaron las concesiones á conciliarle el afecto del clero y de los grandes, hasta se sublevaron y le despojaron de toda autoridad, y el reino fué dividido en seis ducados (1326), el Sleswig; la Jutlandia con la Fionia y los islotes que dependen de ella; las islas de Seeland y de Langeland; la Escania, el Halland, la isla de Laland y la Estonia.

Lucharon entre sí, hasta que Waldemaro IV, hijo de Cristóbal, fué proclamado rey. Hábil en la política y en los combates, de carácter firme y formado por el infortunio, recuperó las diferentes provincias, á escepcion de la Estonia, que vendió á los caballeros teutónicos (1340). Manifestó á las claras la voluntad de revindicar los derechos de la corona, introduciendo en el ejército una disciplina rigurosa y los usos extranjeros, y decretando contribuciones para redimir los dominios empeñados. Sublevóse la Jutlandia; pero cuando vió el rey que se tomaba por debilidad su condescendencia, recurrió á las armas y quedó vencedor. Disipó y aun venció la coalicion de las ciudades anseáticas, que miraban con envidia á la nobleza danesa entregarse al comercio, á ejemplo de los normandos, sus abuelos, y temieron el engrandecimiento de Valdemaro. Entonces formaron una liga más poderosa con el rey de Suecia, los condes de Holstein, los duques de Sleswig y Meklemburgo, y los nobles de la Jutlandia, liga cuyo objeto era dar muerte al rey, y recobrar las provincias de que se habia hecho amo. Vióse reducido Waldemaro á retirarse á Bohemia, cerca de Cárlos VI, que citó á los rebeldes ante su tribunal. Pero las ciudades anseáticas concluyeron, después de haber asolado á Dinamarca, por celebrar la paz, mediante grandes privilegios, y Waldemaro volvió á sus Estados. En medio de tantas conmociones se esforzó, no obstante, en garantizar las propiedades y animar el comercio. A él fué á quien debió el reino no ser destrozado. Su atencion se dirigió tambien sobre las letras, especialmente sobre la historia; é inventó un nuevo alfabeto rúnico, con el cual hizo trascribir las antiguas inscripciones en piedra, que después fueron borradas.

Con él concluyó la dinastia de los Estritidas (1375), su hija Margarita, hermosa y amada, se habia casado con Hacquin II, descendiente de la raza de los Folkunger, que reinaban en Suecia.

Noruega.—A Olao III, que introdujo la civilizacion en Noruega (1093), habia sucedido Magno III, que, después de haber conquistado las islas Hébridas, las Orcadas, las de Anglesey y de Man, las confió con el título de reino de las Islas, á su hijo Sigurd; trató tambien de apoderarse de Irlanda, y ya habia tomado á Dublin, cuando pereció en medio de los pantanos á donde le habian atraido los enemigos (1103). Dividiéronse sus hijos el reino. Pero Sigurd, á su vuelta de la Tierra Santa, le hizo volver á sus manos. Fué de nuevo dividido en tiempo de su hijo, Magno IV, después disputado por una sucesion de pretendientes que trastornaron el pais; en fin, fué elegido Magno VI á la edad de cinco años (1163); el primero de los reyes noruegos que fué coronado en presencia de un legado del pontífice, y el reino declarado electivo.

Tuvo este rey un terrible émulo en Esverrer, el hombre más insigne que ha producido la Noruega. Educado por un padre de una condicion oscura, que le destinaba á la Iglesia, su madre le declaró que lo habia concebido de Sigurd III. Entonces se puso á la cabeza de una fraccion de descontentos, llamados piés de abedul (*bir kibeins*), á causa del calzado que se habian fabricado, y vivió con ellos en los bosques (1183). Seguido de setenta de aquellos hombres, llegó á ser el terror de aquellas selvas y de las montañas de la Noruega; tomó el título de rey; y después de haber derrotado á los realistas (*heklung*) y muerto á Magno, ocupó el trono, en el que se sostuvo á despecho de los pretendientes y de las escomuniones. Cuando murió, dejando reputacion de las mejores virtudes de un rey, las guerras civiles se reanimaron; en fin, habiendo sido reconocido Hacquin V por todas las facciones (1261), sometió la Islanda y la Groenlandia. Gobernó con prudencia, y se hizo respetar de los demás príncipes (1261); así es que su reinado es considerado como la más brillante época de la Noruega. Murió durante la guerra con Escocia, que terminó su hijo Magno VII, mediante la cesion de las Hébridas en cambio de un tributo. Aquel príncipe dejó hereditaria la corona (1263), de electiva que era, y supo conciliarse el clero dejando las elecciones libres.

Los noruegos habian tenido diversas leyes parculares, de las que no han llegado hasta nosotros más que el *Gulaping* de Hacquin I del año 940, sacado de las costumbres anteriores, y al cual

Olao el Pacífico, San Olao y Magno el Bueno, hicieron varias adiciones. Estaba en tan gran reputacion, que Guillermo el Conquistador tomó de él varias disposiciones para la Inglaterra. En el siglo XII fué compilada y promulgada una coleccion de leyes municipales *(biarkeyadrett)*, especie de derecho comun que servia de base á los estatutos particulares de las ciudades, especialmente en lo concerniente al comercio, navegacion y pesca.

No contento Magno VII con pacificar su pais, quiso darle leyes corrigiendo y promulgando de nuevo el *hidrskraa* (*jus aulicum*) de San Olao, y la dieta nacional de 1274, aprobó las leyes anteriores revisadas y apropiadas á la época. Este código, llamado tambien *Gulaping*, fué la ley comun del reino, y permaneció en vigor hasta 1557. Segun sus disposiciones, todo el que poseia por valor de seis marcos debia tener un pequeño escudo rojo, rodeado de dos círculos de hierro, una hacha y una espada. Los que poseian más de doce marcos debian añadir un escudo largo y un casco de hierro: y los que llegaban á diez y ocho, una coraza. Estas armas se fabricaban con gran cuidado, y se inspeccionaban en la asamblea nacional. El primero que daba aviso de una invasion extranjera, recibia tres marcos del rey, y uno de cada tribu; si era desterrado volvia á su patria. Entonces se propagaba el aviso por medio de una flecha llevada noche y dia por tres hombres respetables; todo el que la veia, libre ó siervo, conocia que era llamado á la reunion general. Estaban recomendadas grandes precauciones para el caso en que se temiese una invasion. Tenian concedidos privilegios á aquellos que tomaban parte en las espediciones, y suspendido todo procedimiento intentado contra ellos. El clero estaba exento de las contribuciones que los demás pagaban, y cada distrito estaba obligado á mantener prontos cierto número de barcos.

Erico II, hijo de Magno (1280), fué apellidado el *Enemigo de los sacerdotes* por sus frecuentes querellas con el arzobispo y su desprecio á los entredichos; la diferencia se terminó, sin embargo, amigablemente. Habiendo declarado este príncipe buena presa todo buque de las ciudades anseáticas que se encontrase en el Báltico, en atencion á que estas ciudades sostenian á sus enemigos los daneses, le declararon la guerra, é interceptaron el comercio de los granos; vióse en su consecuencia obligado á aceptar la paz, á proporcionar una indemnizacion por los daños sufridos, y á entrar él mismo en la liga anseática. Cuando se estinguió la raza de los Inglins en Noruega. Margarita, heredera de Dinamarca, supo hacer preferir á sus competidores, su hijo Olao (1376), que reunió dos reinos, hacia tiempo enemigos; pero se declaró que no podian reunirse en atencion á que el de Dinamarca era electivo y el de Noruega hereditario. Margarita, regente del reino, se ocupó en granjearse amigos y en ahuyentar las eventualidades de guerra. Se alió con las ciudades anseáticas; y á la muerte de Olao, todavia niño (1367), fué elegida princesa y protectora de Dinamarca, cosa insólita al Norte, y cuya honra debió á su reputacion de habilidad y de virtud: sucedió por el mismo tiempo al trono de Noruega y designó para que la heradara á su sobrino segundo, Enrique, hijo de Vratislao VII de Pomerania (1369). Alberto, rey de Suecia, quiso disputarla estos dos reinos; pero no tardó en arrepentirse de ello, porque Margarita entró en sus Estados á instigacion de las principales familias, y fué proclamada reina en su puesto.

Suecia.—En Suecia, Ingo I, llamado el Bueno, venció á sus contendientes, y quemó el templo de Upsal, santuario de los suecos idólatras (1080); así desde entonces quedó en el pais el cristianismo dominante. Retirándose los idólatras á la Tawastenia, desde donde inquietaban las posesiones suecas. Pero se levantó contra ellos una cruzada que avasalló aquella provincia, donde se fundó la ciudad de Tawasteberg. Fueron arreglados los asuntos eclesiásticos en la dieta de Linkioping (1152), en que el reino fué dividido en cuatro diócesis: Upsal, Skara, Linkioping y Vesteræs, que así como los obispados daneses y noruegos, dependieron del arzobispo de Lund hasta el momento en que la silla de Upsal fué erigida en arzobispado. Todo sueco propietario estuvo obligado á pagar anualmente un dinero á San Pedro para el sostenimiento de un hospital en Roma. Las exhortaciones del legado hicieron renunciar al uso de andar siempre armado. Más tarde (1248) se impuso el celibato á los sacerdotes.

Erico IX, llamado el San Luis del Norte (1150), y como él canonizado, derrotó á los fineses, que no cesaban de inquietar su reino, y en el campo de batalla no pudo menos de verter lágrimas al pensar que habian muerto sin recibir el bautismo. Reconociendo después que nunca habria paz, interin no se ganara aquel pueblo á la civilizacion y al cristianismo, se empleó en ello con éxito y fundó la ciudad de Abo. Reformó los estatutos del reino, y el conjunto de la legislacion sueca es llamado *ley de San Erico*. Habiendo caido en las manos del pretendiente Magno Ericson, rey de Dinamarca, le cortó la cabeza: pero los suecos y los godos se levantaron para vengar al gran rey, y vencido Magno fué muerto por Cárlos, quien tomó entonces el título de rey de los suecos y de los godos (1161). Pero tan fieles eran éstos á su raza como adictos aquellos á la de San Erico. De consiguiente, Suerker II resolvió esterminarla de un golpe: sin embargo, consiguió escapársele un príncipe, y secundado por los noruegos, ascendió al trono con el nombre de Erico X (1240); segun parece, fué el primer príncipe coronado entre los reyes de Suecia.

Ya fuera efecto de la casualidad ó por convenio, los reyes habian sido elegidos alternativamente en las dos familias de San Erico y de Suerker: cuando

se estinguieron ambas, les sucedió la de los Folkunger en la persona de Waldemaro I. Como apenas tenia doce años (1250), Birger, su padre, gobernó con gran prudencia, fortificó las fronteras, construyó caminos y hospitales, reformó la justicia aboliendo las ordalias, limitó la esclavitud, fundó á Estokolmo para cerrar la entrada del Melar á los piratas rusos y estonios, y dió á esta ciudad estatutos que atrajeron á ella nuevos habitantes, y fueron el fundamento del derecho comunal en Suecia.

Pero se habian asignado á los tres hermanos del rey patrimonios muy considerables, ó más bien el reino se habia dividido entre ellos de modo que formase una especie de confederacion. Tuvo envidia Waldemaro, tanto más, que como herederos presuntivos, crecian en la opinion cuando se alejaba de él, tanto por la conducta orgullosa de Sofia de Dinamarca, su mujer, como por sus criminales amores con su cuñada Judith, que era religiosa. Creyó expiar sus culpas con la peregrinacion á Jerusalen (1272), y por su condescendencia con respecto al clero, que, á fuerza de inmunidades, se sustrajo á la jurisdiccion real (1276). Pero al fin, estalló la guerra entre los hermanos; sucumbió el inhabil Waldemaro, y prefirió al trono la oscura existencia de un particular con el amor de una danesa.

Su hermano Magno I reinó sin oposicion, y recibió el sobrenombre de *Ladulos* (cerradura) para indicar que bajo su dominacion no habia necesidad de cerrar la puerta; tan grande era la seguridad pública. Se hizo amar del clero y del pueblo. Con el objeto de balancear el poder de los grandes y estimular á los nacionales, llamó á multitud de extranjeros á las magistraturas, y para su tranquilidad personal, esterminó á los demás príncipes Folkunger. En el sínodo de Talga, el clero, en reconocimiento de los buenos oficios de Magno con respecto á la Iglesia, le concedió un impuesto sobre los bienes eclesiásticos para estinguir sus deudas, y declaró escomulgado á cualquiera que atentase á su vida ó á su corona (1282). Por su parte la dieta de Estokolmo le atribuyó todas las propiedades consideradas como del dominio público, tales como lagos, rios, minas, selvas; aumentó además sus rentas secando los pantanos, desmontando las landas, esplotando minas de hierro. Fué hermoseada Estokolmo con numerosos edificios, y Esteban Bomeil, arquitecto de Paris, fué llamado allí con maestros de albañileria y escultores, para adornar la catedral de Upsal, en el género de Nuestra Señora.

Habíanse retirado los paganos á la Ostrobothnia, desde donde comerciaban con la Tawastenia. Los suecos, cuyas riquezas escitaban la envidia, invadieron sus establecimientos; concedió Magno á todo particular la propiedad de lo que adquiriera en Laponia, y desde entonces dió principio la sujecion de aquel pais.

Disipóse esta prosperidad del reino en tiempo de su hijo Birger II (1290), que ascendió al trono á la edad de diez años, en una época en que la peste, el hambre y los rusos llegaron á asolar el pais.

Durante su reinado, el reino habia sido administrado con mano vigorosa por Torkel Cauntson; pero los hermanos del rey suscitaron una guerra civil, que tuvo por resultado reducir á este príncipe á hacer decapitar á su ministro, y á trasferirles toda la autoridad. Entonces aprisionaron al mismo rey, y se dividieron la Suecia; pero Birger los hizo asesinar, y á su vez espulsado, fué á morir á Dinamarca y las ciudades proclamaron á su sobrino Magno II.

Smeck (1319), príncipe incapaz, que se dejó gobernar por el senado, por Blanca de Namur, su mujer, y por Bengt, favorito de la reina. El lujo de esta extranjera y los vicios del rey, habiendo introducido el desórden en las rentas, creyó Magno remediar el mal percibiendo el dinero de San Pedro, con el pretesto de hacer la guerra á los rusos cismáticos. Sirvióle, en efecto, este dinero para pagar un ejército, con el cual sitió á Novogorod; pero fué vencido y obligado á comprar la paz, cediendo la Savolaxia. Tomáronle odio sus súbditos, y el papa le escomulgó por el dinero que se habia apropiado. Acaeció la peste negra en medio de estas turbulencias. Magno II habia, además, mostrado desprecio hácia santa Brígida, á quien sus visiones y revelaciones habian adquirido influencia, tanto sobre la opinion como sobre el gobierno, y que no temió reprender al rey sus vicios. Se vió, pues, precisado á abdicar en favor de Erico XII, su hijo (1350). Este príncipe murió después de un agitado reinado, y tuvo por sucesor á su hijo Magno III. Pero estando débil y empobrecido el pais, Hacquin, su hermano (1363), le arrebató su autoridad; fueron ambos desposeidos, y con ellos se estinguió la raza de los Folkunger.

Constitucion sueca.—La Suecia fué un reino electivo mientras estuvo dominada por los Folkunger, aunque la corona no salió nunca de una misma familia. El príncipe elegido debia dar vuelta al reino (1), y era coronado en Upsal. La primera dignidad del Estado era la del yarl de los suecos y de los godos, ministro general supremo, que á fines del siglo trece cedió la preeminencia al drost y al mariscal. El drost *(ropifer)* fué primer ministro, el mariscal era inspector de las caballerizas, gran maestre de ceremonias, sin ningun poder militar. Las funciones de canciller estaban desempeñadas por un eclesiástico. No habia feudos, todas las propiedades eran alodiales y sometidas á la contribucion. Sólo Magno Ladulos esceptuó á los

(1) Esto era lo que se llamaba la *vuelta de Erico*, probablemente en memoria de San Erico, á quien se atribuyen todas las antiguas costumbres y leyes queridas de la nacion, y cuya leyenda dice que recorrió sus Estados en un carro, para conocer á los que debia gobernar.

propietarios que quisieron obligarse al servicio militar. La nobleza no estaba, pues, afecta á tal ó cual tierra, sino que comprendia una clase de ciudadanos superior á las demás por ciertos privilegios, que resultaban del mérito personal y de las dignidades honoríficas. Introdújose otra nobleza con la caballeria, como tambien el uso de los escudos de armas y apellidos; porque hasta entonces el nombre del padre habia servido esclusivamente para designar los individuos. Debió la Suecia á este estado de cosas el estar exenta de guerras privadas, y sólo la política hizo que las facciones empuñasen las armas.

Formaron los nobles una asamblea nacional, diferente de la de los demás paises, en atencion á que eran llamados á ella individualmente. No se encuentra asamblea representativa sino en 1315. Además de las dos primeras órdenes y de los diputados del tercer estado ó de las ciudades, las de los campesinos se convocaron tambien á ella, y fué un derecho que conservaron desde aquella época. El clero, única salvaguardia hasta entonces contra las usurpaciones de la corona, no se abrogó, sin embargo, la jurisdiccion civil.

Estaba la Suecia dividida para la justicia en *härad*, cuyos tribunales se reunian tres veces al año, y compuestos de un juez asistido de doce prohombres, decidian en primera instancia, acudíase en apelacion á los lagman que tomaban asiento una vez al año en cada härad. Al rey pertenecian el conocimiento de los crímenes capitales y la revision de los procesos civiles. No se admitia la composicion en el asesinato. El robo hasta el valor de un marco se castigaba con pena de la vida; de menos, con azotes y perder las orejas. Todo delito contra la seguridad pública se consideraba como una violacion del juramento prestado al rey, y en su consecuencia se castigaba con el destierro y la confiscacion. Las penas capitales eran la rueda, la degollacion, la horca. Las mujeres se enterraban vivas.

No contribuia el clero á las necesidades públicas, sino con donativos voluntarios. Posteriormente á la union de los tres reinos se introdujo una nobleza, con todo el séquito de las ideas feudales. Todo noble estaba obligado á tener un caballo y una armadura completa. Todo plebeyo podia ser recibido noble, con tal de que estuviese en estado de cabalgar y manejar las armas. Para convocar al ejército, el rey enviaba á cada distrito un baston (*budkafle*), y acudia un hombre de cada ocho, con sus armas y víveres, al lugar designado.

Así como los suecos no tenian cuerpo de nobleza hereditario, no conocian la servidumbre, porque no habian sufrido recientes invasiones. Hombres libres habitaban en las ciudades y en los campos, aptos para ser nobles, como ya hemos dicho. Las ciudades se gobernaban popularmente á la manera de las ciudades alemanas: en las fundadas por la liga anseática, los alemanes tenian parte en los empleos municipales. Como no tenian buques, se servian de los daneses, y se encontraban por la falta de sal y lúpulo para hacer la cerveza, bajo la dependencia de las ciudades anseáticas, que eran las únicas que hacian este comercio.

Habia decaido la autoridad real durante este tiempo. Segun los términos de un código promulgado por Magno II (1347) para poner acordes la legislacion de las diferentes provincias, los nacionales no estaban obligados á seguir al rey en una guerra fuera del territorio. Toda enajenacion de dominios reales hecha por un príncipe, podia ser revocada por su sucesor. El rey debia jurar observar las prescripciones del código, honrar al senado, seguir sus consejos, no dejar tomar asiento en él á extranjeros, y no confiarles castillos ni provincias, ni tampoco la administracion de los bienes del Estado. Le estaba prohibido imponer nuevas contribuciones, escepto para la guerra, para los gastos de su coronacion y de la vuelta llamada de Erico, para casar un hijo, dotar una hija ó construir una mansion real. Cuando se trataba de percibir una contribucion legal, era llamado por cada provincia un obispo para determinar, en union de seis nobles y otros tantos de la clase media, la cuota de cada concejo. Sostuviéronse las leyes antiguas, y no se podian introducir otras nuevas sin el consentimiento de la nacion. Los doce consejeros seculares y algunos sacados del clero, que el rey nombraba después de su coronacion, tomaron el título de senadores del reino, y se constituyeron como poder intermedio entre el rey y los Estados, lo que fué un principio de aristocracia; además, las inmensas posesiones que la peste negra acumuló en manos de los que tuvieron la felicidad de escapar de ella, contribuyeron á su engrandecimiento.

Después de la caida de los Folkunger (1363), la dieta adjudicó la corona á Alberto, príncipe de Meklemburgo, pero además de la guerra que le hicieron los dos príncipes depuestos, su cualidad de aleman y el favor que concedió á los meklemburgueses para los matrimonios y los empleos, le produjeron el odio de sus súbditos. Se vió entonces precisado á asalariar tropas mercenarias, y las rentas se encontraron reducidas á tal anonadamiento, que el senado se vió obligado á conceder (tal vez por un año) la mitad de las rentas de todos los particulares.

Margarita.—Los descontentos volvieron los ojos á Margarita, viuda de Hacquin II, el último de los Folkunger, y que era ya regente de Dinamarca y reina de Noruega. Margarita dirigió un cartel de desafio á Alberto, que respondió á él, enviando á aquel *rey sin calzones* una piedra de tres piés de larga para que afilase las agujas. Ella le mandó en cambio una bandera formada con retazos de sus camisas, después le venció en Falköping, y le hizo prisionero (1389). Sus parientes y sus fautores, alemanes se sostuvieron en sus fortalezas; pero temiendo ser degollados por los suecos, organizaron entre ellos una confederacion armada llamada de

los *Hermanos del gorro*, que sembró el espanto con amenazas y suplicios.

Hermanos proveedores.—Al mismo tiempo las ciudades meklemburguesas de Wismar y Rostock, crearon otra asociacion de piratas, llamada de los *Hermanos proveedores*, porque proveian de víveres á Estokolmo. Como invitaban á formar parte de su sociedad á todo el que queria dar caza á las naves noruegas y anseáticas, todo el comercio se hallaba interrrumpido en el Báltico y en el mar del Norte, cuyas costas inquietaban. Secundados por ellos los alemanes, se mantuvieron en Suecia, hasta el momento en que se convino por el tratado de Lindolm en que Alberto y los demás prisioneros serian puestos en libertad por tres años (1395), y á condicion de que si pasado este término la paz no estaba concluida, se constituiria el rey nuevamente prisionero con sus hijos ó pagaria sesenta mil marcos de plata. Estokolmo fué dejada en fianza del tratado á las ciudades mediadoras, porque Margarita estaba persuadida de que trascurridos los tres años no cumpliria Alberto las capitulaciones, y recuperaria la capital de este modo, lo cual sucedió así efectivamente. Entonces las ciudades anseáticas declararon la guerra y espulsaron á los hermanos proveedores.

Union de Calmar.—Margarita, sobrenombrada la Semiramis del Norte, indujo tambien á Suecia á reconocer por rey á Erico de Pomerania su sobrino segundo, y se firmó en Calmar el *acta de union* de los tres reinos (1397); noble porque no los unia como propiedad de una familia, sino como reinos que conservaban sus derechos. Estipulóse en ella que á cada vacante del trono elegirian en comun por rey los Estados de los tres reinos á un hijo del difunto ó de su hija, ó en su defecto á un personaje de alta categoria; que no se separarian sino de comun acuerdo del soberano que se hubieran dado de este modo; que el rey gobernaria á cada reino segun sus costumbres particulares y con asistencia de sus propios senadores; que se sostendrian mútuamente contra el enemigo, si bien serian pagadas las tropas por el reino atacado, así como el rescate de los prisioneros; que las alianzas serian comunes, y que el destierro traeria la esclusion de todos los Estados.

Reunida así entonces la Escandinavia, hubiera podido con sus montañas ricas en hierro, en cobre, en plata, sus maderas de construccion, sus lagos, sus rios abundantes en pescados, sus escelentes pastos, su poblacion temida en lo esterior, celosa de su libertad en lo interior; dedicada al comercio, á la agricultura, y hablando dialectos de una misma lengua, que atestiguaban su comun orígen, fundirse en un vasto y poderoso Estado. Pero la idea de nacionalidad se desarrolla tarde entre los pueblos; y como sólo la ambicion de una mujer ilustre, secundada por las rivalidades de ciertas familias, habia conseguido aproximar estos reinos, no se podia esperar que permanecieran por largo tiempo avenidos. Dinamarca habia dado el cristianismo á la Suecia y á la Noruega, de consiguiente dominaba, favorecida como estaba por los obispos, y Margarita decia á sus hijos: *La Suecia os dará de comer, de vestir la Noruega; pero los daneses os defenderán.* Para conservar la primacia los reyes de Dinamarca (2) debian resignarse á concesiones continuas respecto de su nobleza, con detrimento de su propia autoridad y de las franquicias del estado llano. Este en Suecia habia conservado mucho de las antiguas libertades escandinavas, lo cual le indujo á rechazar á los daneses. Mostráronse más recalcitrantes los noruegos, ora porque temiesen el demasiado influjo del clero, ora porque los intimidase la Suecia. Pero los reyes de Dinamarca no habian pensado más que en hacerse absolutos, y los nobles de Suecia en sobreponerse á la monarquia, y no siendo reprimidos por vigorosas manos estos intereses divergentes, resultaron desgracias para todos, y acrecentamiento de rencores entre las naciones asociadas.

Margarita continuó toda su vida aumentando su autoridad y sus posesiones. Atribúyenla los daneses el honor de haber levantado al mayor grado de esplendor el reino. Detestan los suecos á esta extranjera, que los sujetó por conquista, sacrificó sus intereses á los de Dinamarca, los cargó de contribuciones, concedió feudos y los principales destinos á los daneses, á los italianos, á los ingleses, á los alemanes, que pertenecientes todos á naciones más civilizadas, miraban con arrogante desden la tosquedad sueca.

Después de la muerte de esta gran reina, Erico (3) sucumbió bajo un peso superior á sus fuerzas (1412). Margarita habia conferido el ducado de Sleswig á la casa de Holstein; pero cuando se sintió suficientemente poderosa, pensó en recuperarlo. Erico consumió tambien en ello veinte años de hostilidades, de dispendios, de disgustos y de decepciones. Durante este tiempo se enajenaba la voluntad de los daneses y de los suecos, mostrándose tan inhábil en la paz como en la guerra. Queria, segun su dicho, ser rey y no un simple señor; pero no sabia poner freno á los nobles ni á los campesinos. Engelbrecht, patriota sin ambicion, se puso á la cabeza del levantamiento de la Dalecarlia, y supo mantener el órden y la moderacion entre cien mil insurgentes. Avanzando de fortaleza en fortaleza, reemplazaba con indígenas á los comandantes extranjeros; y después de la deposicion de Erico, fué elegido administrador del reino (1439). Pero Cárlos Kanutson, mariscal del reino, que aspiraba al trono, alejó é hizo dar

---

(2) Hasta Gustavo Wasa ningun rey de Suecia supo escribir su nombre.

(3) Aquí se reproduce el embarazo que hemos encontrado en España. Erico es IX en Dinamarca:, III en Noruega, XIII en Suecia. Se le designa mejor con el nombre de Pomeranio.

muerte al leal Engelbrecht, y soltó enseguida la rienda á sus codiciosas y crueles pasiones. Fueron trastornados los tres reinos. Erico recurrió alternativamente á las armas y á las negociaciones; y fué tambien alternativamente depuesto y reelegido por diferentes méritos y faltas en los diversos paises de la Union. Por último, Cristóbal, conde palatino del Rhin, fué proclamado rey de Dinamarca (1440), y con posterioridad de la Suecia, é igualmente de la Noruega. No descuidando ningun medio de granjearse la voluntad de los pueblos, confirmó el código de Magno II, promulgó leyes municipales, favoreció el comercio, á fin de libertar á la Union del monopolio de los anseáticos; y después de haberse esforzado toda su vida por disolver aquella confederacion de mercaderes, murió recomendando el cumplimiento de esta tarea á los daneses. Erico, que se habia retirado á la isla de Gothland, ejercitaba la pirateria en sus costas, ó interceptaba el arribo de los granos, lo cual obligaba frecuentemente á la poblacion á amasar su pan mezclándolo con cortezas de árboles. Estas vicisitudes y otras circunstancias deplorables alejaron á Cristóbal de un pueblo, inconstante de suyo; la pesadumbre que tuvo de resultas le hizo darse al vino y á las mujeres, y murió sin dejar hijos (1448).

Cárlos VIII Kanutson.—Entonces se disolvió la Union (4), y el ambicioso Cárlos Kanutson logró ascender al trono de Suecia. Eligieron los daneses á Adolfo VIII, duque de Sleswig y conde de Holstein; pero este señor les propuso en su lugar á Cristian (ó Cristierno), conde de Oldemburgo, su sobrino y heredero. De este príncipe son vástagos los reyes de Dinamarca, contando desde 1448; los reyes de Suecia á partir desde 1751; los czares de Rusia desde 1762, y además las diferentes ramas de la casa de Holstein.

La Noruega y el Gothland fueron disputados entre Cárlos VIII y Cristian I, que no pudiendo avenirse tuvieron que recurrir á las lides. Tan grosero é ignorante como era éste, era el otro, culto, buen latino y sabio matemático y de cultivado talento; pero demasiado imprudente se hacia aborrecer de los suecos, reprimiendo á la aristocracia, especialmente á las dos poderosas familias de los Wasas y de los Oxenstiern. Cuando se vió obligado á huir á Dantzick (1457), Cristian fué reconocido por rey de Suecia: renovada de esta suerte la Union, fué confirmado luego por la eleccion de su hijo para sucederle en el trono. A la muerte de Adolfo VIII obtuvo Cristian sin efusion de sangre aquello á que no habia logrado llegar Erico en veinte años de guerra, á la reunion de Dinamarca y del Holstein (1459). Así vinieron á ser miembros de la confederacion germánica los soberanos de este reino. Pero una revolucion, cuyos motivos son imperfectamente conocidos, derribó á Cristian del trono, á donde fué llamado de nuevo Cárlos VIII (1470), quien en breve fué destituido y después restaurado; y hasta que murió, no pudo recuperar Cristian el poder en Suecia.

No pudiendo cumplir este príncipe el voto que habia hecho de ir en peregrinacion á Jerusalen, se dirigió á Roma (1474). Sixto IV, que le recibió allí honoríficamente, le otorgó muchos privilegios: confirmó una órden que habia instituido en defensa de la religion, la cual fué llamada Orden del Elefante, y le autorizó además para erigir la universidad de Copenhague.

Estenon I Esture.—Habia sido fundada otra universidad en Upsal por Estenon I Esture, administrador de la Suecia, sobrino de Cárlos VIII, quien contuvo el vuelo creciente de la aristocracia, convocando á los Estados á los diputados de las ciudades y de los campos, y disminuyendo el número de los senadores, así como su poderio Fundó, además, ciudades, abrió minas, reparó los abusos de la administracion, protegió el comercio, mantuvo la paz pública, y aspiró á refrenar el lujo con leyes suntuarias, á que unió su propio ejemplo. Juntaba á la sencillez septentrional la cortesania del mediodia, á la astucia política el valor militar, y era rey, menos en el nombre. Cuando á la muerte de Cristian cesaron los motivos por los cuales los suecos no querian reunirse á Dinamarca, contemporizó para proporcionarse los medios de desacreditar á Juan I (1481). Pero este príncipe, prudente á la vez y justo, se conquistó el afecto de los daneses así como de los noruegos, y fué proclamado rey de la Union, otorgando nuevos privilegios á la oligarquia sueca.

Mucho le costó á Estenon Esture resignarse; pero intimándole al fin le senado que diera cuenta de su administracion, fué destituido regularmente (1497). La dulzura y la condescendencia de Juan fueron impotentes para conservar la paz con los suyos y los extranjeros. Los ditmarsos (pequeño pueblo que adquirió celebridad cuando uno de sus compatriotas se propuso esplicar por su constitucion la de Roma) no podian plegarse á la obediencia respecto de Dinamarca y hasta prestaban ayuda á las ciudades anseáticas contra ella. Todas sus fuerzas consistian en seis mil hombres á que se unian otras tantas mujeres ejercitadas en el manejo de las armas; pero no necesitaban más para defenderse con ventaja en medio de sus pantanos nativos. Así cuando Juan invadió con treinta y cuatro mil guerreros la Ditmarsia, que no contaba tantos habitantes, rompieron un dique, y de resultas se anegaron los enemigos: salvóse el rey con mucho trabajo, y se vió obligado á celebrar la paz con los naturales. Esta derrota elevó otra vez á Estenon Esture, que nunca habia dejado de maquinar en la sombra: impulsó contra el rey á los anseáticos, le espulsó y volvió á ser administrador del reino (1501). A su muerte (1503), tuvo por sucesor á Esvante Nilson

(4) La renovacion de la Union es el objeto que prosigue la sociedad secreta de la *Jóven Escandinavia*.

Esture, pero Emingo Gadds, obispo de Linköping enemigo mortal de los daneses, adquirió un poder superior al suyo. Prolongóse la guerra á pesar de todos los resortes pacíficos que tocó Juan: es verdad que las ciudades anseáticas, sujetas á pequeños intereses mercantiles, favorecian á la Suecia, mas al fin reconocieron su verdadera ventaja y concluyeron la paz (1513). Tambien estaba próximo á terminarse un convenio con la Suecia, cuando murió Juan, que se habia hecho amar, aunque obligado á sostener guerras continuas con todas las consecuencias que traian consigo.

CAPÍTULO XXVI

POLONIA, LITUANIA Y PRUSIA.

Polonia.—Boleslao II el Atrevido, duque de Polonia, se hizo coronar rey mientras Enrique III estaba ocupado contra el papa (1077); pero voluptuoso é incredulo al mismo tiempo, se enajenó los ánimos de tal manera, que le escomulgó el obispo de Cracovia. Furioso envió hombres de armas para arrancarle del altar en que celebraba el santo sacrificio; pero como no se atrevian á cometer semejante sacrilegio, hirió mortalmente por su propia mano al prelado, á quien hizo descuartizar luego. Vengó el pueblo á su víctima, proclamando santo á San Estanislao, quien llegó á ser patrono de los polacos, y símbolo de su futuro destino. Alentados por la escomunion fulminada por Gregorio VII, se sublevaron contra Boleslao, que reducido á la fuga, sufrió el suplicio de los remordimientos, y acabó por suicidarse ó sepultarse en un monasterio (1081).

Fué ofrecida la autoridad suprema á su hermano Wladislao I, quien la ejerció con el título de duque. A semejanza de sus sucesores, hizo la guerra alternativamente al Imperio, á la Bohemia, á la Prusia ó á la Pomerania. Este último pais habitado por los lekos, de raza eslava como los polacos, no dependia probablemente de la Polonia más que por vínculo de vasallaje. Allí fué predicado el Evangelio por san Oton, obispo de Bamberg (1121). Bautizó é instruyó á muchas personas empezando por el duque Wratislao, quien despidió entonces á veinte y cuatro mujeres, y fué abolido entre el pueblo el horrible uso de dar muerte á los hijos endebles. Rechazaron el cristianismo los habitantes de Estettin, capital del ducado, porque se veian entre los cristianos hurtos, asesinatos, actos de enemistad desconocidos entre los pomeranios; pero Wratislao ayudó á su conversion, prometiendo no sacar de contribucion á todo el pais más que trescientos marcos de plata, y un hombre de cada diez para el servicio militar.

Demolió Oton los templos, y en el número de ellos, uno célebre por la efigie del Triglaf, dios triple del cielo, de la tierra y del infierno, escesivamente rico, porque depositaban allí la décima parte del botin. Rompió Oton el ídolo, y envió las tres cabezas al papa como un trofeo. Introdújose la viña en el pais, con el objeto de que pudiesen procurarse vino para el sacrificio de la misa. Habiéndose apercibido Oton de que los pomeranios despreciaban todo lo que tenia apariencia de pobreza, y hacian gran caso de lo que deslumbraba á la vista, volvió con la comitiva de un príncipe obispo, seguido de cincuenta carruajes cargados de telas preciosas, géneros y otros objetos de lujo. Todo unido á la magnificencia de los vestidos y porte del santo. al oro, á la plata, á los milagros, contribuyó no poco á su conversion.

Dividió Boleslao III imprudentemente sus Estados entre sus cinco hijos (1138); de aquí procedieron guerras civiles, en las que no sólo tomaron parte los ejércitos nacionales, sino tambien los del extranjero; derrocáronse los duques uno á otro, sin que por esto cesasen los combates y las diferencias con los indomables prusianos, con los rusos y con el Imperio. Añádase á esto, que los mongoles incendiaron á Cracovia y volvieron de nuevo á asolar todo el pais, donde sólo en una vez encontraron veinte y un mil doncellas que dividirse.

No por eso dejaron los polacos de matarse unos á otros hasta el momento en que Premislao II (1295-96) reunió bajo sus leyes una gran parte de pais y se hizo coronar rey, con consentimiento de Bonifacio VIII. Poco después fué asesinado por los suyos, Además, las facciones renacian á cada nueva eleccion de rey; entre los cuales el más memorable es

Casimiro III el Grande (1333-70), triunfador y organizador que apaciguó los disturbios, restableció la paz con la Bohemia y la órden Teutónica, ocupó el principado de Galitzia y el ducado de Mazovia, y tuvo largas guerras con los lituanios y los mogoles, que invadieron frecuentemente el reino. Sustituyó leyes fijas á las costumbres orales, y abolió los tribunales particulares de las colonias alemanas. No habia allí tercer Estado, por hallarse prohibido el comercio; pero Casimiro lo creó llamando á las dietas á los diputados de las ciudades vecinas para exponer los negocios de su peculiar interés: no permitió que las artes se reuniesen en maestranzas ni que fuesen ejercidas por los nobles; de donde resultó que prosperasen en sus Estados los judios, á los cuales concedió muchos privilegios, con objeto, segun dicen algunos, de favorecer á la hermosa Ester, una de tantas como obtuvieron sus prodigados amores. Los nobles le apellidaron el rey de los villanos por el cuidado que puso en sustraer á éstos del poder arbitrario de los señores, determinando los servicios que debian prestar, los modos de emanciparse y de adquirir propiedades, y consintiendo que enseñasen un oficio á sus hijos. Se le debe tambien la fundacion de la universidad de Cracovia.

La clase media no tenia privilegios, y los que la componian estaban sujetos, como los villanos, á servicios corporales. Boleslao V el Casto, concedió primero á Cracovia, y después á las demás ciudades, un gobierno municipal parecido al que existia en los pueblos de la Alemania, y jueces, de cuyas sentencias debia apelarse á Magdeburgo, y de aquí á los tribunales del Imperio. En su reinado (1252) se descubrieron las salinas de Bochnia, que fueron una gran riqueza para el pais y para la corona.

Aunque Strzegenski haya escrito una crónica polaca, y aunque Vicente Kadlubek, obispo de Cracovia, haya compuesto por órden del rey Casimiro II el Justo, una historia que alcanza hasta 1204, no se puede formar idea de la constitucion de la Polonia. La monarquia se presenta allí al principio de tal manera absoluta, que el rey podia dejar el reino á quien quisiera, como un patrimonio, y que si reunia á los nobles, era unicamente para manifestarles la voluntad real. Le debian el diezmo de sus rentas, obreros para sus reales habitaciones, víveres, forrajes para la corte cuando atravesaba sus dominios. No tenian, por lo demás, ninguna jurisdiccion sobre sus súbditos, no podian ni construir castillos, ni cazar, ni desmontar selvas, ni esplotar minas, y como á todos los demás, se les podian imponer penas aflictivas, inclusa la muerte. Los reyes recorrian el reino para administrar la justicia, recibiendo las apelaciones, examinando la conducta de los jueces ordinarios, y teniendo á su lado personas principales é instruidas para consultarlas en caso de necesidad.

Sin embargo, cuando la Polonia se fraccionó en principados independientes, comunmente en guerra con el que llevaba el título de jefe, estos príncipes trataron de ganarse los vasallos y el clero, concediéndoles ciertos privilegios, lo que produjo después en tiempo de Casimiro III el cambio de constitucion.

Este designó para sucederle, en lugar de su hija, á Luis de Anjú, su sobrino, hijo del rey de Hungria, y á fin de obtener el asentimiento de los nobles, limitó la absoluta autoridad de los reyes Piasts; porque sometió á los Estados la ratificacion de los tratados, y se comprometió á no gravar la nobleza con nuevos impuestos, á no obligarla á aprontar subsidios ofrecidos en algun apuro, á no viajar por sus tierras sin su permiso; no exigir víveres ni forrajes, y no precisarles á que le siguiesen á sus espensas fuera de las fronteras. Es el primer ejemplo de las *pacta conventa* que se establecieron después en cada nueva eleccion.

Vióse Luis (1370-81) obligado á mostrarse aun más liberal para asegurar la sucesion á sus hijas, en atencion á que los polacos miraban con malos ojos una dinastia que mostraba preferencia hácia los húngaros. Cuando murió declararon que no aceptarian por reina sino á la que prometiese residir siempre en Polonia. Segismundo de Bohemia, esposo de Maria, se encontró de esta manera escluido; y la guerra entre los diferentes pretendientes continuó hasta el momento en que Eduvigis, la segunda, renunció al que ella amaba para casarse con Jagellon, gran príncipe de Lituania, y determinar la conversion de aquel pais por el sacrificio de sus propios afectos.

Lituania.—Cuando se estinguió la raza de Uten en Lituania (1282-1315), Witen fué elegido gran príncipe, y fué el orígen oscuro de una familia ilustre en varios siglos de reinado. Este príncipe y Gedimin, su sucesor, tuvieron frecuentes guerras con los polacos y con los caballeros teutónicos de Prusia, primero para hacer esclavos y saquear, y después para conquistar: ocuparon hasta á Kief, antigua capital de los rusos. Gedimin dió gran importancia á su reino, que dominando la Rusia Meridional y Occidental, era considerado como el sólido baluarte contra los asiáticos. Batió varias veces á los mongoles; construyó á Wilna y á Troki; pero introdujo inconsideradamente el sistema de los heredamientos, lo que destruyó la unidad nacional. Sus siete hijos, entre quienes dividió el reino, continuaron sosteniendo encarnizadas guerras contra los mongoles, los prusianos y los rusos, á los cuales la Polonia se mostró enemiga desde su nacimiento, como si hubiera presentido sus futuros asesinos.

La Lituania habia permanecido en todo el fervor de la idolatria (1384), hasta el momento en que convertido por la hermosa Eduvigis, Jagellon llevó á los suyos por la persuasion y por el rigor, á recibir el bautismo. Entonces fueron abatidos los bosques sagrados; dieron muerte á las serpientes, que criadas en las casas, eran consideradas allí como divinidades domésticas; el ídolo del dios Perkun fué quemado, y el fuego inmortal arroja-

do al agua. Los pueblos que le creian infrangible y al otro inestinguible, se convirtieron al dios más poderoso de Jagellon. Aquel príncipe, que habia tomado en las fuentes sagradas el nombre de Wladislao, iba él mismo predicando á la redonda y enseñando las únicas cosas que tal vez supo, el *Pater* y el *Credo*: servia de intérprete á los misioneros; y todos los que iban á recibir el bautismo, que se administraba en masa, adquirian de él con un nombre cristiano una túnica blanca de tela de lana; ahora bien, era un motivo poderoso para hacer que se convirtiesen, no sólo los idólatras, sino tambien muchos griegos cismáticos. Se construyó una catedral en Wilna, en honor de San Estanislao, patron comun de los polacos y de los lituanios, y el altar mayor fué colocado en el mismo lugar donde poco antes ardia el fuego sagrado.

Prefiriendo los polacos un bárbaro á un aleman, aceptaron por rey á Jagellon, cuya descendencia reinó hasta 1572. A su advenimiento, se componia la Lituania de los palatinados de Wilna y de Troki, de la Podlesia, de la Rusia Negra y Blanca, de la Samogicia, de la Podlaquia, de la Kiovia, de la Severia, de una parte de la Polonia y de la Volinia; lo que daba una superficie de ocho mil ochocientas sesenta y siete millas geográficas cuadradas: cuando Jagellon reunió las cuatro mil cincuenta y siete millas de la Polonia, tuvo bajo sus leyes un Estado tan grande como lo es en el dia el imperio de Austria, añadiendo á él la Romania. Reuniéronse de una manera estable la Polonia y la Lituania en tiempo de Wladislao V (1), bajo la estipulacion que no habria ninguna diferencia entre la nobleza de ambos paises, y que se tendrian dietas comunes en Lublin ó en Pargof; que el clero gozase de iguales inmunidades en los dos reinos; que sólo los católicos obtendrian los empleos y la nobleza. Habiéndose visto obligado Wladislao, en tiempo de la guerra con los caballeros teutónicos, á reclamar un subsidio de 40,000 florines, los nobles, por la primera vez, se hicieron representar en la dieta de Korczyn, por diputados, al paso que anteriormente los senadores, los dignatarios de la corona y los representantes de las ciudades, eran los únicos que intervenian en ellas. Con objeto de acelerar los negocios en cada palatinado, reunida la nobleza en *pequeñas dietas*, deliberaba sobre los medios que debian adoptarse, y mandaba á las dietas á dos diputados llamadas nuncios *(landboten)*, para esponer en ellas el resultado de sus conferencias (2).

En la dieta de Brzesc, habiendo tratado Wladislao de hacer confirmar la sucesion al trono en su descendencia, accedieron los nobles á ello, mediante nuevos privilegios. Los empleos no debian darse sino á personas nacidas en la provincia á donde eran llamados á ejercer; el goce de los dominios reales (*starostia*) se reservó á solo los nobles polacos; tuvieron derecho á una indemnizacion cuando hacian la guerra fuera del reino; el rey no pudo acuñar moneda sin el consentimiento de los Estados, ni disponer un arresto, escepto en el caso de fragante delito ó en virtud de una condena; se prohibió introducir el derecho polaco en todas las provincias, y sobre todo en las comarcas rusas. Dirigió en persona Wladislao numerosas guerras; pero durante la paz, abandonó á otros el cuidado de los negocios. Grosero en sus costumbres, dormia entonces la mitad del dia, y pasaba lo restante en la caza y otros ejercicios laboriosos.

Su hijo Wladislao VI (Ladislao V de Hungria), es el que pereció en la batalla de Varna Después de un largo interregno causado por rivales pretensiones, Casimiro IV, su hermano, fué proclamado. Fué el primer rey de Polonia que ejerció el derecho de proponer un cardenal al nombramiento del pontífice, á ejemplo de los demás reyes de Europa, como consecuencia de un abuso tolerado. Se obligó á no dar ninguna ley y á no emprender ninguna guerra sin el asentimiento de la nobleza. La dieta añadió tambien al derecho de eleccion, que aseguraba cada vez más, el de hacer las leyes. Estando ya introducido el sistema representativo, tomó desde entonces un aspecto constitucional; adquirió el derecho de votar los subsidios, y convocar á la nobleza para el servicio militar, despojando cada vez más al rey de sus prerogativas. Estos nobles eran iguales en derechos; gozaban solos de la vida política, en atencion á que eran sólo los representados en la dieta, y que sólo poseian los honores, las dignidades eclesiásticas, ó seculares y todas las prerogativas, al paso que la clase media no era casi nada, y que al pueblo no le quedaba más que pagar y sufrir. Pero la Polonia no sufrió la revolucion de los demás paises, que acrecentó el poder de la corona con perjuicio de los grandes, dándole los medios de proveer á la defensa esterior, y favorecer después las libertades populares. Casimiro adquirió diversos

---

(1) SCHLÖZER, *Hist. de la Lituania* (aleman, 1785). Ha seguido á Matias Stryikowski, secretario de Segismundo Augusto y canónigo de Mjedniki, en Samogicia, que, en 1582 publicó en polaco una crónica polaca, lituania, rusa, prusiana, tártara; es la misma crónica de donde Alberto Wijuk Kojalowicz, jesuita de Wilna, sacó todo lo perteneciente á la Lituaria y formó su *Historia lituana* en latin, 1660-69. Schlözer ha dado tambien una edicion del Nestor.

THUMMANS, *Untersugchensgen über die Gesch. des ostlichen europaischen Volker.*

(2) *Placuit* (1467) *binos e palatinatibus legatos ad comitia Petricovientia mitti, qui dicernendi in commune cum cæteris tributi potestatem haberent, atque hoc tum primum fieri cæptum, sic inolevit posterioribus temporibus ut sine iis legatis, seu nunciis terrarum (sic vocantur), nulla comitia legitima haberentur, neque tributum decerni, ac ne lex quidem ulla ferri posse videretur; auctusque est, et sub inde etiamnum augetur eorum numerus.* MARTIN CROMER, *De reb. Polonorum*, lib. 27.

Estados, y contrajo amistad con Bayaceto; pero descontentó á los polacos que le hacian cargo de su preferencia en favor de los lituanios; hubieran resultado sangrientas disensiones, si no hubiese sido distraida la atencion por la larga guerra con la Prusia, de que tenemos ahora que hablar.

Prusia.—Ya se ha visto (pág. 137) que la órden teutónica habia conquistado la Prusia, escepto algunos distritos orientales que pertenecian á la Polonia. Cuando San Juan de Acre cayó en poder del soldan de Egipto (1293), el gran maestre se estableció en Venecia: habiéndose despues publicado un entredicho contra esta ciudad, trasladó á Marienburgo el capítulo de la órden. En lugar del maestre provincial, cuyo cargo habia cesado, se nombró un bailio, un hospitalario, un ecónomo (*frapier*), un tesorero y además un mariscal para la guerra. Los caballeros cambiaron el nombre de freires por el de señores teutónicos (*deutschherren*) ó señores de la cruz, y guiados menos por el espíritu religioso que por la ambicion, descuidaron la disciplina, y se corrompieron á medida que se enriquecieron, sin hacer caso de las represiones de ra corte pontificia. El gran capítulo reunido en el Mariemburgo (1329), para reformar la órden, estableció que el gran maestre no se elegiria sino en razon de sus méritos; que gobernaria con arreglo á justicia; que si violase sus deberes segun las intimaciones requeridas, el maestre provincial de Alemania acudiria á Prusia, y le degradaria en capítulo. Si esta decision se hubiera puesto en práctica, hubiera producido graves desórdenes.

Desde que esta orden habia acogido en su seno á los caballeros porta-espadas, poseia tambien la Livonia, y prolongáronse diferencias sin fin entre los caballeros y el arzobispo de Riga, hasta el momento en que este prelado entró tambien en la órden con su capítulo. Como las fuerzas estaban concentradas y el jefe presente, aquella corporacion aumentó de energia, y se dedicó principalmente á someter á los lituanios, que eran ya sus vecinos. Los caballeros y los idólatras se hicieron incesantes guerras, los unos para propagar el cristianismo, otros con el solo objeto de saquear. Pero si los caballeros invadieron la Lituania, no encontraron más que miserables chozas de madera; después lagos, rios que ponian sin cesar obstáculos á las marchas en medio de llanuras salvajes y selvas impracticables. Los lituanios, por el contrario, asolaban en sus correrias los campos cultivados y aldeas populosas. Los caballeros habian, en efecto, animado la agricultura, plantado viñas, y secado con ayuda de un admirable trabajo, los inmensos pantanos situados entre Elbing y Marienburgo. Los invasores arrebataban, pues, del pais hombres y riquezas; á veces hasta eran favorecidos por los indígenas, que soportaban con impaciencia la civilizacion y el cristianismo pagados al precio de su independencia. El nombre de península (*verder, verth*) conservado á tantas leguas de tierra como se adelantan en los rios y en el mar, manifiestan aun los beneficios de la órden, y el mérito es debido principalmente al maestre provincial Meinardo de Znerfurt.

El comercio estaba prohibido á los caballeros; pero ellos le estimulaban. Muchas de sus ciudades entraron en la liga anseática. Todas estaban obligadas á tener almacenes llenos de granos, á los cuales recurrieron con frecuencia los ingleses y flamencos: sus mercados recibian además los géneros de los polacos, de los rusos y de los lituanios. Todo el ámbar gris recogido en el pais pertenecia al gran maestre y era trabajado en el interior. Se adulaba á las colonias alemanas ó á los prisioneros que se establecian en ellas; abriéronse escuelas en Marienburgo y en Königsberg, á donde se llamaron jurisconsultos de Italia y Alemania.

Estendian entre tanto las conquistas de la civilizacion á los bárbaros, y las prescripciones del gran maestre prohibian bautizar á nadie por fuerza. Los dominicos se emplearon particularmente en aquellas comarcas. Los caballeros cuidaban á los pobres en los hospitales; tomaron bajo su proteccion á los convertidos, impidiendo que se les privase de la libertad civil, y que ningun cristiano se viese reducido á peor condicion que cuando era idólatra. La confraternidad espiritual inspiraba sentimientos humanos, aun después de la irritacion de una lucha sangrienta.

No seguiremos las interminables guerras en que se comprometió la órden, estendiendo sin cesar sus posesiones y adquiriendo la Pomerania con Dantzick, lo cual la puso en hostilidad con la Polonia.

Habia predicado el papa varias veces la cruzada contra los lituanios, y algunos señores fueron á hacer sus pruebas de valor en aquellos puntos. Principalmente en 1328, el famoso Juan de Luxemburgo (3) fué allá con trescientos caballeros, diez y ocho mil ginetes y una numerosa infanteria para someter la Samogicia. Pero como en aquel momento el rey de Polonia invadió á Culm, los cruzados se dirigieron por aquella parte, y precisaron al ducado de Masovia á reconocer á Juan por rey de Polonia. Bajo este aspecto, dió la Pomerania á la órden teutónica, y vendió el distrito de Dobrzyn, que habia sido adquirido por los cruzados. Pero sangrientas guerras continuaron entre los caballeros y la Polonia, hasta la paz de Visegrad que les aseguró la Pomerania. Habiéndose rebelado la Estonia contra los daneses, recurrió á la órden que la compró, después la volvió á vender á los teutónicos de Livonia.

Otros caballeros, que ya no tenian ocasion de señalarse en las guerras de Francia é Inglaterra, fueron á buscarlas á Prusia, lo cual permitió á la órden sostener la guerra contra los lituanios, cada vez más encarnizada. Cuando se calmó el ardor caballeresco, tomó la órden tropas á su sueldo;

(3) Véase antes pág. 346.

después cuando el duque Witoldo Alejandro reunió un numeroso ejército, el gran maestre Conrado de Wallenrod envió por todas partes á hacer llamamientos á los hombres de guerra, prometiendo un buen sueldo y ricas ventajas. Antes de ponerse en marcha, los doce caballeros más ilustres debian ser convidados y regalados, verificándose lo propio después de la batalla, con todos los que se hubiesen distinguido (4). Fué dado el banquete en una isla del Memel, donde los convidados, sentados bajo un pabellon de paño de oro, tuvieron treinta servicios, cambiándose de platos y cubiertos de plata en cada uno de ellos. Por espacio de cinco horas se continuó bebiendo en tazones tambien de plata que asimismo se cambiaban cada vez, y toda esta vajilla quedó para los convidados. Refiérese que el gasto ascendió á medio millon de marcos (veinte y dos millones de pesetas); pero el segundo banquete no pudo tener lugar, porque las enfermedades mataron á treinta mil hombres en Wilna y el resto se dispersó.

A principios del siglo XV comprendia la Prusia, sin contar la Livonia y la Estonia, cincuenta y cinco ciudades amuralladas, cuarenta y ocho fortalezas, diez y nueve mil aldeas y dos mil lugarejos, con dos millones de almas. Las rentas de la órden se elevaban á la enorme suma de ocho mil marcos de plata, sin contar el producto del ámbar y de las multas judiciales. Los caballeros pudieron con estos recursos adquirir, á título de prenda ó venta, otras posesiones, principalmente la Nueva Marca, que los puso en comunicacion con la Alemania y la Samogicia.

Batalla de Tannenberg.—Pero aquella adquisicion les produjo una guerra con Ladislao V Jagellon que continuó hasta la terrible batalla de Tannenberg. Condujo Jagellon á aquella provincia sesenta mil polacos, veinte y un mil soldados reclutados en Bohemia, Hungría y Silesia, cuarenta y dos mil rusos y lituanios, y cuarenta mil tártaros. Quedaron sesenta mil en el campo de batalla; pero los polacos mataron seiscientos caballos y cuarenta mil hombres del ejército teutónico, y le arrebataron la victoria. Nunca pudo la órden reponerse de este descalabro.

Pidio Ladislao á los prusianos le reconociesen como rey, prometiéndoles aumentar y confirmar sus privilegios, abolir las aduanas, conceder la libertad de comercio, el derecho de acuñar moneda, y no someterlos á la jurisdiccion de los tribunales polacos.

Concluíase la órden, si Enrique Reuss de Plauen no hubiese defendido á Marienburgo con tal constancia, que después de veinte y cinco dias de sitio se vió obligado Jagellon á retirarse, y volver á Polonia los restos de su ejército. Concluyóse la paz en Thorn (1411), mediante mútua restitucion de los prisioneros y de los territorios conquistados. Pero no era posible que fuera duradera, cuando la órden ocupaba la embocadura de los rios por donde salian los géneros polacos. Apenas pudo suspender las hostilidades la intervencion del concilio de Constanza, hasta el momento en que el gran maestre cedió á la Polonia la Samogicia, la Sudavia y el Vístula, desde la embocadura del Dreswenz hasta cerca de Bromberg.

Renováronse las hostilidades, y Ladislao escitó á los husitas, que para castigar á la órden por los socorros que habia proporcionado al rey de Bohemia, entraron en Prusia, asolando todo á su paso, y se adelantaron hasta el mar, ó como decian, hasta los últimos confines de la tierra. Enrique Plauen, proclamado gran maestre, trató de hacer que la Prusia volviese á la obediencia. Con el objeto de procurarse dinero, dejó vacantes las dignidades, cuyas atribuciones ejerció él mismo; vendió dominios, alteró las monedas, llamó á colonos extranjeros, toleró á los hussitas y á los wiclefitas (1413); pero se hizo odiar de tal manera por su severidad, que fué depuesto. Miguel Kuchenmeister, que le sucedió, no pudo apaciguar las facciones que habia fomentado. Tomando por emblema los rebeldes un bajel de oro y un toison de oro, desecharon toda disciplina. Convocó, pues, para concluir, el gran capítulo de la órden y la asamblea de los Estados en Braunsburgo, donde los oradores del pueblo, sostenidos por el bajel de oro, nobles y estrictos católicos, fautores de las libertades públicas, presentaron sus agravios por primera vez. Consiguieron hacer decretar de esta manera que el gran maestre no podia, sin el parecer de un consejo nacional, compuesto de diez nobles y diez senadores de las ciudades, promulgar prescripciones nuevas, ni establecer nuevos impuestos. Por lo demás, este consejo se convirtió en un instrumento para los ambiciosos, y cesaron de convocarlo, hasta el momento en que el gran maestre, Pablo de Rusdorf, pensó en un momento de penuria rentística, reanimarlo en interés del público, y al mismo tiempo para dar satisfaccion á los obispos ambiciosos y á los nobles, cuyos bienes estaban mal protegidos, á las ciudades que querian tomar parte en el gobierno, á los campesinos que deseaban algun alivio. En su consecuencia, se compuso de seis grandes oficiales de la órden, de seis prelados y otros tantos diputados de los nobles, así como de las ciudades. Se reunia todos los años para tratar

(4) De siete de los elegidos conocemos el nombre, y los méritos: Hinodio de Richardsdorf, austriaco, que habia muerto por su mano sesenta turcos, y hecho á pié la peregrinacion de Jerusalen; Federico, marqués de Misnia, cuya familia habia siempre ayudado á la órden; Hildermido, conde escocés, cuyo padre habia dado la vida por salvar al rey; Roberto, conde de Wurtemberg, que por humildad cristiana, habia rehusado la corona imperial; el mismo gran maestre Wallenrod, que por amor á la órden habia renunciado á la mano de una hermosa y rica condesa de Habsburgo; Degenhard, caballero de bandera, westfaliano, que por amor á la Vírgen, habia perdonado á los asesinos de su padre; Federico de Buchnald, que nunca negó lo que le fué pedido en nombre de San Jorge.

de las mejoras que convenian al pais, para sostener los privilegios, la seguridad pública, la buena calidad de la moneda. El príncipe que tenia la presidencia, no podia sin su concurso imponer ninguna contribucion. De monárquico que era, el gobierno se encontró cambiado de esta manera, en representativo; y para la misma ejecucion, el gran maestre debia ponerse de acuerdo con un consejo de veinte y cuatro personas.

Renováronse las divisiones en el seno mismo de la órden. Después, las ciudades, aspirando á una libertad más estensa, pidieron una asamblea general reformadora. Fueron apoyadas por los nobles, que guiados por Juan Baysen, trataban pareciendo proteger la libertad, de convertir sus feudos en tierras alodiales. No habiendo podido ponerse acordes los Estados en Elbing, las ciudades se estrecharon con los nobles, y formaron una confederacion para la defensa de sus recíprocos derechos, pidiéndoles que les fuese permitido dar queja de toda violacion de que fuesen objeto, ante un tribunal de justicia anual, y que los confederados fuesen convocados siempre que no se hubiese obrado en derecho. Fué de tal manera inundado de quejas el tribunal nacional, que hubo un verdadero motin, y que los caballeros irritados, arrojaron á los jueces que no volvieron á reunirse. Durante este tiempo, una inquieta agitacion aumentaba entre el pueblo y los nobles, alimentada probablemente por la compañia de los lagartos, que así como las demás sociedades de Alemania y Suecia, se habia formado para garantizar la seguridad personal y pública, pero sin duda con el objeto secreto de derrocar la órden.

El gran maestre Luis de Erlichshausen, considerando la union de los Estados como una rebelion, y no sintiéndose bastante fuerte para disolverla, recurrió al papa y al emperador para hacerla declarar ilegal, y arrebatar á las ciudades sus privilegios. Entonces se rebelaron los Estados: Juan de Baysen se puso á su cabeza, negaron la obediencia á la órden, sorprendieron á los grandes dignatarios, destruyeron los castillos fuertes. Con el objeto de ser sostenidos, se sometieron á Casimiro IV, rey de Polonia, que aseguró á las ciudades la libertad de comercio, y á los nobles el indigenato, con el derecho de tener parte en la eleccion del rey de Polonia (5). Este príncipe declaró la guerra al gran maestre, y durante tres años, soldados mercenarios asolaron el pais, arruinando sin piedad á amigos y enemigos. De veinte y una mil aldeas que existian en Prusia en 1454, apenas quedaron tres mil trece en 1466. Juan de Baysen, apellidado el *amigo de la libertad*, pero ambicioso, ó arrastrado por el impulso revolucionario, habia de esta manera sometido su patria á una dominacion más fuerte. Vióse precisada la órden para pagar á sus tropas mercenarias, de empeñar ó enajenar lo poco que le quedaba: vendió de aquella manera por 100,000 florines la Nueva Marca al elector de Brandeburgo.

Paz de Thorn.—La paz de Thorn puso fin á los estragos, y la órden cedió á la Polonia la Pomerania con Dantzick, los distritos de Culm y de Michelau, la Warmia, Marienburgo y Elbing, conservando la Sambia, la Natungia y la Pomerania ó Prusia Oriental, como feudos de la Polonia.

Prusia perdió, pues, su independencia. Su parte oriental fué gobernada aun por el gran maestre de la órden, en una odiosa dependencia de la Polonia, con quien no estaba asegurada la paz; pero la Prusia estaba destinada á ser con el tiempo un poderoso reino en Europa, y á engrandecerse sobre las ruinas de la potencia que á la sazon la dominaba.

---

(5) Este derecho fué llamado privilegio de incorporacion, porque se dice en él: *Terras et dominia prædicta, regno Poloniæ reintegramus, reunimus, invesceramus et incorporamus.*

CAPÍTULO XXVII

RUSIA Y CAPCHAK.

Los rusos no estendian su imperio hácia el Oriente más que hasta el Oka, afluente del Volga; se adelantaron hácia el Sur hasta el mar de Azof, y arrebataron á los genoveses á Sudac, centro del comercio del mar Negro. Hicieron tambien incursiones al pais de los búlgaros, con daño de la agricultura y del comercio de trasporte. Este imperio, que nació gigante (890-1015), decayó rápidamente, gracias al mal sistema de sucesion introducido por Wladimiro I el Grande; porque se encontraba dividido en multitud de principados, que, sometidos de nombre á la soberania del gran príncipe de Kief eran independientes de hecho, lo que produjo como consecuencia envidiosas rivalidades y todos los crímenes de que es capaz la ambicion. Varios warengos, fomentando tambien los antiguos celos y el amor á la independencia de las tribus eslavas, habian formado cierto número de principados, de tal manera, que no quedaba al gran príncipe de Kief más que una sombra de autoridad. Peleaban entre sí repúblicas, principados, dinastias, y la única enseñanza que puede sacarse de aquellos sangrientos choques, es averiguar hasta qué punto llega la perversidad del hombre, entregado á sus pasiones sin freno. Swiatopolk II (1093-1112) intentó remediar el mal algun tanto, estableciendo un congreso periódico á que fueron llamados los príncipes para tratar de sus intereses comunes y para transigir sus querellas. Pero apenas depusieron en el primero sus odios y se juraron amistad besando la cruz, nuevamente empezó á correr la sangre. Por lo demas, la religion que adoptaron los rusos fué entre ellos como en Constantinopla, no una autoridad libre y protectora de los derechos, sino un instrumento de política y de administracion, y hasta un fermento de guerra; y los príncipes deponian á su albedrio á los metropolitanos, que eran extranjeros en su mayor parte.

Esta falta de union en el pais allanaba el camino á la invasion extranjera. Atacados junto al Don los polowtsos por un ejército mongol, llamaron en su ayuda á los rusos, quienes resolvieron hacer causa comun contra los invasores. En su consecuencia marcharon en derechura contra ellos, y á pesar de su protesta de que no venian con intenciones hostiles, mataron á sus embajadores. Pero los rusos fueron derrotados en la batalla de Kaleza, y perseguidos hasta el Dnieper los restos de su gente: allí una órden de Gengis-kan llamó á los mongoles para acudir á otras empresas, y desaparecieron tan de repente como se habian presentado. Trece años permanecieron los rusos sin otro mal que el del miedo; pero en vez de aprestarse á la resistencia, continuaban sus guerras intestinas, cuando Batú cayó sobre ellos.

Este, con el título de kan de Capchak, se habia establecido cerca del Volga, por donde iban y venian todas las mercancias trocadas entre el Occidente y la Persia desde que los turcos interceptaban el paso del Asia Menor. Sarai fué construida por este príncipe á unas cincuenta millas de Astracan (1237). De repente apareció junto al Volga, en el principado de Riesan, prometiendo la paz á todos aquellos habitantes que le entregaran la décima parte de lo que poseian: habiéndose apoderado luego de la ciudad á viva fuerza, degolló allí á la familia reinante: derrotó tambien al gran príncipe Yaroslaf II; tomó é incendió á Moscou, esterminando á todos los habitantes, escepto á los religiosos, á quienes se llevó prisioneros; del mismo modo fueron tratados los demás paises (1240): por último, después de haber destruido á Kief, hizo dar muerte á uno de los dos grandes príncipes que se disputaban el Imperio, y concedió la investidura al otro como tributario: así cesó la desunion con la independencia.

No preservaron á la Siberia sus hielos de las armas de los mongoles; y Esleibani-kan, hermano de Batú, llevó quince mil familias á aquellos desiertos, y sus descendientes reinaron en Tobolsk por espacio de tres siglos: desde allí avanzaron hasta el pais de los samogedos. Sólo la Rusia Roja conservó su gobierno propio bajo el mando de Daniel Romanowitz, quien investido por Batú con las provincias á que damos el nombre de Galitzia y Lodomiria, intentó sacudir el yugo de los mongoles, y pidió socorros á Inocencio IV, incorporándose á la Iglesia latina; pero no tardó en segregarse de ella.

Alejandro I.—Desde este momento consistió la política de los príncipes rusos en conservar la amistad de la Horda de Oro. Alejandro, príncipe de Novogorod, sobrenombrado Newski, á causa de sus triunfos sobre la órden teutónica, inspiró á Batú el deseo de verle; y encantado el mongol de sus bellos modales (1257), le nombró gran príncipe de Wladimiro. En circunstancias difíciles supo hacer que no le aborrecieran los súbditos y que no se descontentaran los señores, y á su muerte fué proclamado santo (1263). Habia solicitado el arrendamiento general de los impuestos, y el príncipe mongol tuvo á dicha poder salir de este apuro, y del odio que llevaba consigo; pero esta tarea rentística fué desempeñada por los sucesores de Alejandro, y desarrolló la inteligencia de los rusos, habituándoles á los negocios y á las jurisdicciones. Estos sucesores continuaron tambien solicitando la confirmacion de su dignidad al kan de Capchak; pero cuando Berki, hijo de Batú, indujo á los mongoles á renunciar al lamismo por la fe de Mahoma, procedieron con intolerancia, é hicieron esperimentar nuevos males á la Rusia: lo propio sucedió cuando Andrés, hijo de Alejandro Newski, disputó el poder á su hermano Demetrio, y fué necesario recurrir á la intervencion peligrosa de los mongolos.

Este Andrés es execrado por los rusos, mientras que consideran (1294), como santo á Miguel II Yaroslawitz, su sucesor (1304), asesinado por el mongol Usbek, á instigacion de Jorge, su competidor, príncipe de Moscou. Pero después de haberle sucedido en Wladimiro y en Novogorod, Jorge fué muerto por un hijo de su antecesor (1318).

Así prosigue el reinado de estos príncipes, que ambiciosos con sus iguales, feroces respecto de sus súbditos, humildes con los mongoles, enviaban de vez en cuando por el pais ladrones disfrazados con el nombre de embajadores ó de recaudadores. Debiendo llegar en persona el príncipe de Rusia á ofrecer su tributo de pellizas, de dinero y de rebaños, delante del representante de la Horda de Oro, se prosternaba en su presencia y le ofrecia una copa llena de leche; y si caian algunas gotas sobre el cuello del caballo, debia lamerlas (1). Alejandro II intentó sacudir el yugo mongol (1327), y asesinó á la tropa enviada para exigirle el tributo (2). Fué castigado con la pérdida del título de gran príncipe, que pasó á Iwan Dantelowitz. Este último ayudó á Usbek, sobrino de Nogai (1328), á hacerse kan del Capchak, y se alió á él por un matrimonio: enseguida tomó bajo su proteccion al metropolitano, á los archimandritas, á los sacerdotes, á los abades, á las ciudades, á los distritos, las cazas y las abejas, dió predominio á su pais y preparó su independencia. Moscou habia sido construida en 1147 por Jorge de Suzdal; y como ningun príncipe se apoderó de ella, la habian visto los mongoles aumentarse y enriquecerse sin desconfianza. Entonces la eligió Iwan por su capital, la rodeó con una empalizada y mandó edificar la primera iglesia de piedra.

Usbek, príncipe justo sensato, y celoso por el islamismo, atacó con éxito á los restos de los mongoles en Persia; pero á su muerte se destrozaron mútuamente sus hijos hasta el momento en que Gianibeg mató á los demás. Aprovechándose Iwan de estas disensiones, empleó el dinero ruso contra los mongoles, no para restaurar su nacion, sino para prevalecer sobre sus rivales; á lo cual llegó uniéndose con muchos boyardos. Desde este momento el gran príncipe de Moscou fué considerado por los demás como un hermano mayor. Simeon, hijo de Iwan, y su nieto Demetrio Donski (1340), continuaron su obra, y tomando el título de grandes príncipes de toda la Rusia, introdujeron la sucesion directa. No miraron con malos ojos los kanes mongoles esta mudanza, en atencion á que les aseguraba la precepcion de los tributos, sin necesidad de recurrir de continuo á las armas; pero tuvo por efecto trasmitir á esta familia el pensamiento de la nacionalidad: sin contar que los boyardos hereditarios formaron una aristocracia en rededor del príncipe de Moscou, cerca del cual se imbuian en ideas de emancipacion.

Durante este tiempo los kanes del Capchak se debilitaban, y á la muerte de Gianibeg (1360), que mientras vivió tuvo que luchar contra pretendientes, hubo diez y ocho años más de guerras intestinas en el Imperio. Entonces se atrevió el príncipe de Moscou á negar el tributo; pero el terrible Mamaykan reunió la Horda de Oro á la suya y penetró en Rusia para esterminarlo todo. Poniendo entonces su confianza en Dios y en san Sergio, el cual bajó del cielo á colgarle del vestido la cruz, Demetrio Donski, que reinaba entonces, dió al enemi-

(1) *Moschorum dux amplum quidem principatum a patribus suis acceperat; verum Tattaris, qui trans Rha fluvium incolunt, obnoxium ac tributarium, usque adeo ut legatis Tattaricis tributum petentibus cum equis veherentur, dux ipse pedester obviam prodiret, et lactis equini (potus Tattaris gratissimus) poculum venerabundus porrigeret; si qua gutta in jubam equi distillasset, eam lamberet.* CROMER, *op. cit.* libro 29.

(2) El rublo consistia en placas de hierro de tres onzas y media á cuatro, con una marca, y de valor de veinte y cuatro libras.

go una batalla en Kulikof, junto al Don (8 setiembre de 1380), la más importante y sangrienta que hubo entre los rusos hasta la de Pultawa. Se dispersaron los mongoles, y si no se creó entonces la nacion, manifestó á lo menos que podia resistir y esperar.

Descontentos los tártaros abandonaron á Mamay para unirse al gengiskanida Toctamisc, quien ayudado por Jagellon, rey de Lituania, quedó vencedor de Mamay. Este huyó á Caffa, donde fué muerto por los genoveses. El nuevo kan intimó á los príncipes rusos que fueran á rendirle homenaje á la Horda, é invadió el pais tan luego como supo su negativa. Habiéndose apoderado por traicion de Moscou, hizo allí una horrible carniceria, tan luego como se vió obligado á alejarse para oponerse á Tamerlan. Demetrio se ocupó toda su vida en remediar los males de su patria y en emanciparla del yugo: construyó el Kremlim, trono futuro y altar de la Rusia. Bajo su mando empezaron á ser adjudicadas las sucesiones, no segun el grado de parentesco más cercano, sino por línea. Sin embargo, mientras Basilio II, su hijo, aspiró á reunir todos los principados de la Rusia (1389), Moscou fué presa de nuevos terrores al saber la aproximacion de Tamerlan, vencedor de Toctamisc: por dicha para ella Tamerlan se alejó espontáneamente para dirigirse contra los mongoles, y contribuyó así á la libertad de la Rusia.

En el curso de un reinado agitado por incesantes tempestades, en medio de las cuales Basilio III fué repelido y aun cegado, pudo reunir bajo su ley á toda la Rusia (1425), menos las provincias ocupadas por los lituanios: así allanó el camino á Iwan III, su hijo, verdadero fundador de la monarquia rusa. Acmet, kan de la Horda de Oro, le envió á pedir el tributo, y él encargó á un ejército que llevase la respuesta. Atacado por los rusos y por los Nogais (3), pereció Acmet en la refriega, y con él acabaron los kanes del Capchak.

Hasta entonces habia permanecido Rusia bárbara y envilecida: habia perdido todo sentimiento de dignidad, para atemperarse á las intrigas. Habiéndose multiplicado al propio tiempo los suplicios, y no habia seguridad en los caminos ni libertades nacionales. «Si dos siglos de servidumbre, dice el historiador ruso Haramsim, no destruyeron toda moralidad entre nuestros antepasados, todo amor á la virtud, todo patriotismo, sean dadas á la religion las gracias, pues ella les mantuvo á la altura de hombres y de ciudadanos, y no permitió que se endurecieran sus corazones, ni que sus conciencias quedaran mudas.» Exento el clero ruso de toda contribucion por los mongoles, no abusó del poder ni de la riqueza con miras ambiciosas: sostuvo lealmente á los duques que representaban á la nacion, sin que la constitucion de la Iglesia griega les suministrase los medios de llegar á su independencia. Los boyardos, es decir, los ciudadanos, que mandaban en tiempo de guerra y juzgaban en tiempo de paz, decayeron como cuerpo aristocrático al lado de los duques, á consecuencia del engrandecimiento de los grandes duques de Moscou. De consiguiente se hallaba preparado el terreno para constituir una monarquia nacional y despótica.

---

(3) Nogai, jefe de una tribu de turcomanos, establecida junto al mar Negro, se habia declarado independiente de los kanes de Capchak, sin duda á instigacion de Bibars y de Miguel Paleólogo, su suegro.

CAPÍTULO XXVIII

TRIUNVIRATO ITALIANO.

Las dos fuentes de la poesia, la religion y la caballeria habian producido una literatura comun á todo Europa, así como las empresas que celebraban y los sentimientos de que estaba animada; pero en el momento en que las naciones acababan de constituirse, adoptando legislaciones é idiomas particulares, se dieron tambien una literatura propia, que siguió en cada pueblo diferentes fases.

Dante, nac. 1265.—La Italia abrió aquella nueva era; justo seria, pues, que la gratitud del género humano, absteniéndose al menos de insultarla, la recompensase por haber dado el sér á los precursores de la ciencia moderna. Los Alighieri de Florencia, descendientes de un Cacciaguida, que habia seguido al emperador Conrado á la cruzada, habian pertenecido constantemente al partido güelfo. Dante, nieto de aquél, no tenia más que nueve años cuando asistiendo á la casa de Fulques Portinari, á las fiestas con que se celebraban las calendas de mayo, vió allí á la jóven Bice (abreviatura de Beatriz), hija de aquel rico vecino florentino. «No tenia más que ocho años, era muy graciosa, amable y noble en sus modales, bonita de rostro, y se espresaba con más gravedad que lo que su edad requeria. Fué herida de tal manera el alma de Dante, que ningun placer pudo después ni desterrar ni borrar aquella encantadora imágen (Boccacio).» Pronto se dedicó á hacer versos a la doncella á quien amaba, enviándolos, como era costumbre, á otros poetas toscanos, de los cuales unos trataron de separarle de una carrera en la que preveian un rival, y los demás le dirigieron esa clase de caritativos estimulos que son un insulto.

Beatriz se casó en la familia de los Bardi; pero poco después, dice el poeta, «el Señor de la justicia llamó á aquella noble persona al seno de su gloria, bajo la proteccion de la bendita reina Virgen Maria, cuyo nombre habia sido muy venerado en las palabras de aquella bienaventurada Beatriz.» Dante, á quien parecia, como acontece á todas las almas apasionadas, que todo el mundo debia tomar parte en su duelo, dió aviso de esta cruel pérdida, en una carta dirigida á los reyes y príncipes de la tierra; después se entregó, para distraerse de su dolor, á estudios solitarios, prometiéndose á sí mismo «no decir nada mas de aquella bendita alma, hasta que pudiese hablar más dignamente de ella,» era su esperanza decir «lo que nunca se habia dicho de una mujer.» Comenzó por contar los amores de su infancia, en la *Vida nueva*, el primero de aquellos libros íntimos, en que está analizado el sentimiento en sus detalles, y en el que se revelan los más secretos padecimientos del corazon. En aquel opúsculo escribió con el sencillo candor del hombre que se habla á sí mismo, y en el que respira una melancolia que nada tiene de morosa se muestra más poeta que en otras muchas poesias líricas. Cuando Beatriz no existia hacia mucho tiempo, la contempla en sus visiones, y habla de ella como si no la hubiese abandonado sino el dia antes. Se conoce en este profundo entusiasmo, que el que era inspirado por él, no podia ser un escritor vulgar. Pero si el amor le hizo sufrir tanto, ¿cuánto no debió padecer al ver unirse á él los sufrimientos políticos, un destierro inmerecido, y el despecho de caer en compañia de hombres indignos de él? (1)

---

(1) *Ma quel che piu ti graverà le spalle,*
Sará la compagnia malvagia e scempia
Con la qual in cadrai in questa valle.

«Pero pesará sobre tí más que nada la compañia inepta y sin virtudes, con la cual caerás en este valle.»

Y en otra parte dice por el contrario:

Cader coi buoni è pur di laude degno.

«Tambien es digno de alabanza caer con los buenos.»

Impulsado por esta fuerza de sentimiento á ceñir el cordon de san Francisco, pronto renunció á él para dedicar la actividad de su talento á las luchas políticas; porque sobre todo en las democracias, cuando están tan restringidas, los jovenes son arrastrados facilmente á los asuntos políticos; y considerando al gobierno de tan cerca, se imaginan conocerlo y creen que es facil dirigirlo. Dante siguió el partido que habian adoptado sus padres; sirvió á su patria en las magistraturas, en las embajadas y en el combate de Campaldino (1289). En la escuela de la política, con el contacto de los hombres, con la laboriosa enseñanza de las revoluciones, adquirió una verdadera esperiencia del infierno y del paraiso, y unió el testimonio de la realidad á la concepcion ideal. Pero la faccion aristócratica queria impedir á los hombres nuevos elevarse, y los vencedores güelfos se destrozaron pronto á sí mismos por su division en negros y blancos, que no tardaron en poder ser llamados güelfos y gibelinos. Apoyados los negros por Bonifacio VIII, se alentaron, y aun más cuando invitó aquel pontífice á Cárlos de Valois á acudir á Florencia; los blancos arrojaron al príncipe francés después (1300); enviaron á Dante á Roma con otros ciudadanos, para tranquilizar al papa, que permaneció inflexible. El partido contrario, á cuya cabeza se encontraba Corso Donati, consiguió la victoria, y el podestá Cante de Gubbio desterró á los más influyentes de los blancos, en cuyo número estaban Dante y el padre de Petrarca.

«Arrojado de mi patria, dice el poeta, he andado errante y casi mendigando, por todos los paises por donde se habla esta lengua, mostrando contra mi voluntad la llaga de la fortuna, que muchas veces se imputa injustamente al que sufre. Estaba verdaderamente como un navio sin velas ni timon, impulsado de puerto en puerto, de playa en playa, por el árido viento que exhala la dolorosa pobreza.» (2) Concibió tanta cólera contra la faccion de sus abuelos, que «toda mujer del pueblo, todo niño á quien hubiera oido discurrir de los negocios de partido y pronunciarse contra la opinion gibelina, le hubieran enfurecido, hasta el punto de apedrearlos, si no se hubiesen callado (3). Buscando alternativamente un refugio y una morada entre los señores güelfos y gibelinos, recorrió la Italia, y fué á estudiar la teologia y la filosofia á la universidad de Paris; después volvió, y no renunciando nunca á la eterna esperanza de los desterrados, trató de volver á su patria, tan pronto con súplicas como con las armas en la mano (1321). Esperaba que sus versos le abririan las puertas de ella; pero se negó á todo paso humillante; y antes de haber acudido «á la cuna de su hermoso san Juan,» murió en Rávena, cerca de Guido de Polenta. Pronto repararon sus conciudadanos el ultraje hecho al gran poeta, é instituyeron una cátedra para esplicar su obra en la catedral (4). Fué pintado allí por Domingo de Michelino (5) en traje de prior, y coronado con la *Comedia* abierta en la mano, mostrando á sus conciudadanos los abismos del infierno y la montaña del Paraiso.

La Divina Comedia.—El problema capital que Esquilo presintió en el *Prometeo*, que Shakespeare espuso en el Hamlet, que Fausto trató de resolver por la ciencia, don Juan por el pecado Werther por el amor, la lucha entre la nada y la inmortalidad, fué el objeto de las meditaciones de Dante. La irritacion contra los hombres, las miserias de la Italia, que habia tocado como con la mano, las pláticas con los artistas; que por las innovaciones introducidas entonces en la pintura, le daban el ejemplo de atrevidas tentativas, maduraron su vasta facultad poética; y el amor, la política, la teologia y la indignacion, le dictaron la *Divina Comedia*. Es la obra más lírica que cuenta la literatura italiana; porque exhala en sus cantos su inspiracion personal, el entusiasmo con que estaba animado por la religion, la patria, el imperio y sus inmortales resentimientos. Comprendió la naturaleza del estilo nuevo, que no tolera la dignidad perpétua de los antiguos; en su consecuencia, puso lo terrible al lado de lo ridiculo, como se presenta en la sociedad. De aquí el título de Comedia dado á su poema (6). «El autor en la época en que empezó este tratado, era pecador y vicioso, y estaba como en una selva de vicios y de ignorancia; pero cuando hubo llegado al monte, esto es, al conocimiento de la virtud, entonces la tribulacion, la inquietud y las varias pasiones procedentes de aquellos pecados y defectos, cesaron y se aquietaron.» (7) Esto aconteció *en medio del camino de la vida* de Dante, cuando el jubileo mandado por Bo-

(2) *Convivito*, I, 3.

(3) Boccacio, *Vida de Dante*, dió continuamente la prueba en su poema de aquellas profundas convicciones tan enérgicamente espresadas; y dice en el *Convivio*, hablando de una proposicion filosófica: «Con el cuchillo es como conviene contestar á quien habla así, y no con argumentos.»

(4) Esta cátedra duró largo tiempo. En 1412 la señoria pagaba ocho florines mensuales á Juan de Malpaghini, natural de Rávena, que habia comentado por muchos años á Dante, y que lo esplicaba aun todos los domingos. Seis años después desempeñaba esta tarea Juan Gherardi, de Pistoya, que tenia asignados seis florines al mes; y á éste sucedió Francisco Filelfo.

(5) Y no por Orgagna, como se dice comunmente. Véase á GAYE, *Correspondencia*, II, V.

(6) En la dedicatoria á Can de la Escala, Dante quiere que su obra tenga este título: *Incipit comædia Dantis Alligherii Florentini natione, non moribus.* Y añade: «Llamo á mi obra *Comedia*, porque está escrita en un estilo humilde, y porque he empleado en ella el lenguaje vulgar en el que se comunican sus ideas hasta las mujeres del pueblo.» Es bueno saber además que en el *Volgare eloquio*, diferencia tres estilos: tragedia, comedia y elegia.

(7) Jacobo, su hijo, en el comentario inédito.

nifacio VIII puso en alarma su conciencia, y el entusiasmo devoto de toda la cristiandad se concentró en el poeta para producir su inmortal viaje.

Los poemas antiguos abundan en descripciones de bajadas á los infiernos; después en la Edad Media estos viajes al otro mundo se reprodujeron en cien diversas leyendas. La cueva de san Patricio, Guerino Meschino. La vision de Alberico, el juglar en el infierno, de Rodolfo de Houdan, estaban en aquella época en manos de todos, como la espresion de creencias vulgarísimas y comunes á los pueblos más distantes (8). Brunetto Latini, maestro de Dante, habia sacado de ellas la idea de un viaje, en el cual decia haber sido salvado por Ovidio de los peligros de una selva en la que habia perdido el recto sendero.

La predileccion de Dante con respecto á las ideas simbolicas se conoce en todas sus obras. Conoció á Beatriz á los nueve años, la volvió á ver á los diez y ocho; ruega á la hora de nona; piensa en ella en la primera de las últimas nueve horas de la noche; la cantó á los diez y ocho años, la perdió á los veinte y siete, el noveno mes del año judáico; y esta repeticion de las potencias del número más augusto le indicaba alguna cosa divina (9), así como su nombre le parecia proceder del cielo, como reuniendo la ciencia y las más sublimes ideas. Por esto la divinizó, como el símbolo de la luz interpuesta entre la inteligencia y la verdad.

Dante no poetizaba, pues, por instinto, sino que todo es él calculo y raciocinio. Combina su poema uno y triple á la vez, en tres veces treinta y tres cantos, además de la introduccion, y cada uno de ellos en casi igual número de tercetos (10). Las distribuciones numéricas que ha adoptado en su primer verso (11) le acompañan á través de los abismos, de los precipicios, de los cielos siempre coordinados de nueve en nueve.

La mezcla de lo real y de lo ideal del hecho con el símbolo, de la historia con la alegoria, mezcla comun en la Edad Media (12), fué adoptada por Dante, para ingerir en su fábula mística la existencia real y material, los acontecimientos humanos de fecha reciente, de lo que resulta que los dos mundos son necesariamente reflejo el uno del otro. Beatriz es á la vez la dama de sus pensamientos y la ciencia de Dios, como las cuatro estrellas verdaderas figuran las virtudes cardinales, y las tres las teologales.

Así como todas las artes de la forma se habian reunido en el templo, en la catedral, tales como eran en su principio, antes de que su separacion hubiese refinado su espresion propia, con detrimento de la espresion general, asimismo Dante se apoderó de la epopeya verdadera, donde debian comprenderse los tres elementos, á saber: la narracion, la representacion, la inspiracion, los vuelos de la imaginacion, las especulaciones del raciocinio, y donde podia tratar del orígen y fin del mundo describiendo la tierra y el cielo, hombres, angeles, demonios, el dogma, la leyenda, lo inmenso, lo eterno, lo infinito; con todos los conocimientos de su inteligencia y del pueblo. Llegó, pues, la Divina Comedia á ser teológica, moral, histórica, filosófica, alegórica, enciclopédica, coordinando, sin embargo, todas las cosas de modo que pudiesen sacarse verdades saludables para la vida social. Estraviado en el bosque salvaje de las pasiones y de las turbulencias civiles, es conducido el poeta, con ayuda de la literatura y de la filosofia, personificadas en Virgilio, á conocer la verdad positiva de la teologia, representada por Beatriz, cuya vista no obtuvo, primera alegria de su paraiso, sino á través del castigo y de la espiacion.

A la puerta del infierno, muestra á los miserables que vivieron sin ignominia y sin gloria, raza

---

(8) Gran número de visiones del otro mundo, anteriores á las de Dante, están enumeradas en la *Revista de ambos Mundos*, setiembre 1842. Entre la multitud de cortejos que Ozanam trae en el *Correspondant* de 1843, *De las fuentes poeticas de la Divina Comedia*, merece notarse el siguiente, de una saga escandinava:

Catervatim ibant illi
Ad Plutonis arcem,
Et gestabant onera e plumbo.
Homines vidi illos
Qui multos pecunia et vita spoliarunt,
Pectora
Raptim pervadebant viris istis
Validi venenati dracones.

(Solar-Ciod, 63, 64.)

Véase aquí la ciudad de Dite, las capas de plomo de los hipócritas, y lo que es aun más particular, las serpientes que persiguen á los bandidos. En el *Alphabetum thibetanum*, el padre A. R. Giorgi publicó una imágen del infierno, segun los indios, que ofrece extraña semejanza con el de Dante (lám. II, pág. 489). El infierno del Corán supone siete puertas, cada una de las cuales conduce á un suplicio especial

(9) Dice, en términos propios, que Beatriz es un 9, es decir, un milagro cuya raiz es la Santísima Trinidad.

(10) El total de cien cantos dan 14,230 versos, repartidos de modo que el segundo apenas escede al primero en 30 versos, y el tercero en 24. Y el poeta contesta á los que vean en esto un efecto del acaso:

Ma perché piene son tutte le carte
Ordite a questa cantica seconda,
Non mi lascia più ir lo fren dell'arte.

«A causa de estar llenas todas las páginas destinadas á este segundo canto, no me permite ir mas adelante el *freno del arte*.»

(11) *En medio (nel mezzo).*

(12) En Ricardo de San Victor, *De preparatione ad contemplationem*, la familia de Jacob representa la alegoria de las facultades humanas; Raquel y Lia, la inteligencia y la voluntad; Josef y Benjamin, hijo de Raquel, la ciencia y la contemplacion, principales operaciones de la inteligencia; muere Raquel al dar á luz á Benjamin, como la inteligencia humana se desvanece en el éxtasis de la contemplacion.

imbécil, llamada prudente en los siglos, porque la única virtud es la vil moderacion, cuyos consejos disuaden de *tener vida*. Castigos menos severos están reservados á aquellos cuyos pecados son sólo de su persona; después, en la ciudad de Dite, la cólera del cielo pesa más rigurosamente sobre aquellos que han ofendido á otro. De esta manera es como en el segundo reino se expian los desafueros con penas proporcionadas al perjuicio que han causado á la sociedad. A este pensamiento social es al que se refieren tambien por poco que se fije la atencion, las cuestiones que el poeta prefiere, y que discute, como las enemistades políticas, el libre albedrio, los votos, la voluntad absoluta ó mixta, el punto de saber cómo un hijo perverso puede nacer de un padre virtuoso, la eleccion de un estado, que no debe hacerse contra el voto de la naturaleza.

Eran tiempos de fuerza, y de fuerza llevada al esceso. Dante nos los describe con su credulidad, sus odios, su moral, su sed de venganza. Se erige, como cumple al poeta, en consejero de las naciones, en juez de los acontecimientos y de los hombres, en rey de la opinion; pero la ira poco cristiana que da color á su trama religiosa, es en detrimento de la forma, dañando tambien á la belleza interior.

El mérito principal de la *Divina Comedia* consiste en la originalidad, que sin detenerse en hacer ostentacion de arte, de figurar retóricas, de descripciones, en repetir pensamientos ya espresados, marcha rectamente al objeto, y que en seis pinturas es siempre de tal fidelidad, que veis sus cuadros y ois á sus personajes. El poeta hiere, y de repente pasa á otra cosa. La fuerza y lo conciso no se han manifestado nunca tanto como en este poema, en el que cada palabra resume tantas cosas, en el que cada verso contiene todo un capítulo de moral (13), y un terceto un tratado de estilo (14). Las cuestiones más abstractas están resueltas en él, como la generacion del hombre, y la union de la presciencia de Dios con la libertad del hombre (15).

No pretendemos aprobar á Dante el haber introducido en su poema semejantes cuestiones escolásticas, pero si en el dia que ya no están en uuestras costumbres nos parecen estrañas, entonces se discutian diariamente, y toda persona instruida habia tomado partido en pro ó en contra. Es por otra parte de la naturaleza de los poemas primitivos reunir y repetir todo lo que se sabe cuando salen á luz.

Niéguelo quien quiera; pero el mayor defecto de Dante es la oscuridad (16). Locuciones forzadas é impropias, ripios de palabras y aun de frases, términos empleados en un sentido nuevo, alusiones violentas ó parciales, ó indicadas con demasiada ligereza; cosas efímeras y puramente municipales, puestas en relieve como conocidas generalmente y debiendo perpetuarse, le erizan de tantas dificultades, que Homero y Virgilio exigen menos comentarios: hasta un italiano se ve obligado á estudiarlo como un libro estraño, dirigiendo alternativamente sus miradas del texto á la glosa; se encuentran además en él tales ideas, que no se podrian comprender, aun después de haber leido tomos enteros de aclaraciones. Es cierto que aquella fraseologia está de tal manera identificada con su modo de concebir y versificar, que está uno tentado á creerla necesaria para que se revele el alma y las opiniones del poeta.

Pero no es nuestro ánimo, erigiéndonos en este momento en retóricos, señalar lo que ofrece de rigurosos defectos y de incomparables bellezas: sólo diremos que la grandeza de las ideas generales es el carácter de los espíritus elevados, y que sin razon atribuye Boccacio por único objeto á la Divina Comedia distribuir la alabanza y el vituperio sobre aquellos cuya política y costumbres eran reputadas por el poeta como honrosas ó indignas, como útiles ó funestas. Yerran, pues, segun nuestro parecer, los que no saben conocer allí más que una alegoria política, y encierran en los límites de Florencia la trama de un poema, en el cual pusieron la mano el cielo y la tierra. Por lo que á nosotros toca, permaneciendo fieles á la mision de historiadores, buscaremos los juicios del poeta acerca de los hombres y cosas que le rodeaban, y á los que pasa revista de una manera austera, sacando de ella pensamientos de esperanza ó venganza.

Segun la costumbre de los descontentos, Dante no deja escapar una ocasion de alabar los tiempos antiguos, cuando el valor y la cortesania se encontraban en las comarcas que riegan el Adige y el Pó; cuando Florencia, sóbria y púdica, se mantenia en paz con sus madres de familia ocupándose en sus asuntos domésticos, en hilar el copo y velar cerca de la cuna, contentándose sus hombres con un vestido de pieles que nada cubria, con sus fecundos matrimonios, sin que los padres tuviesen que asus-

(13) *...Chiede consiglio da persona*
Che vede e vuol dirittamente ed ama.
«Pide consejo al que ve y ama rectamente.»

(14) *...Io mi son un che quando*
Amore spira, noto, e in quel modo
Ch'ei detta ventro, vo'significando.
«Me limito á bosquejar lo que el amor me inspira y á escribir segun me va dictando interiormente.»

(15) *La contingenza che fuor del quaderno*
Della vostra memoria non si stende,
Tutta é dipinta nel cospetto eterno.
Necessitá peró quindi non prende
Se non come dal viso in che si specchia
Nave che per corrente giù discende.
«La contingencia que no se estiende fuera del cuaderno de vuestra memoria, se refleja completamente en la eterna mirada,» etc.

(16) Boccacio dice así en un soneto:
Dante Alighieri soy, Minerva oscura
De inteligencia y arte.

tarse del nacimiento de las hijas, pensando en la enormidad de los dotes (*Parai.*, XV). En el seno de esta pacífica y hermosa existencia, de esta sociedad de ciudadanos en la que reinaba una mútua confianza, de esta morada tan agradable de habitar, los florentinos prosperaban gloriosos y justos, guerreando en las cruzadas ó entregándose al comercio, nunca habia sido colocada al revés la flor de lis en la lanza; nunca habia sido enrojecida por la division de los ciudadanos; no se veian quedar desiertas casas por el destierro de sus amos, debido á la influencia de los franceses. Si aun quedan algunos hombres de bien del antiguo orígen, no sirven más que para causar vergüenza á aquel depravado siglo (*Purg.*, XVI), porque á la sazon la ciudad está entregada vergonzosamente á la gula, al orgullo, á la avaricia, á la envidia (*Inf.*, XV). Muéstrase hostil á las pocas personas honradas que aun se encuentran en ella; tan inconsiderada además, que cada momento cambia sus leyes, sus monedas, sus empleos, sus costumbres, y sus decisiones de octubre no duran hasta la mitad de noviembre.

La causa designada por el poeta de este estado vicioso de las cosas, es el haber admitido á disfrutar de los derechos de ciudadanos á los de Campi, de Certaldo y de Fighine (*Purg.*, XVI); al paso que convendria mejor á Florencia encontrarse aun restringida entre Galuzzo y Trespiano, y no haber acogido ni al infecto campesino de Aguglione ni al fullero de Signa (*Par.*, XVI) entre la verdadera nobleza romana, arraigada en el territorio por las primeras colonias, y ya mal rodeada por los que, descendientes de Fiesole, tienen algo de la roca natal (*Inf.*, XV).

Conócese aquí al intolerante patricio, que encolerizado contra su patria, no sólo escitaba con furor á Enrique VII á «que llegase á derrocar á aquel Goliath con la honda de su sabiduria y la piedra de su fortaleza,» sino que declaraba que aunque la fortuna le hubiese condenado á llevar el nombre de florentino, no queria que la posteridad pudiese pensar que tenia de Florencia otra cosa que el aire y el sol (*Ep. dedi*). *Y el idioma*, debiera al menos haber añadido, el idioma, sin el cual no se hubiera podido formar una gloria inmortal. Pero el que desde las más dulces ilusiones de la juventud se encuentra precipitado por la iniquidad de los hombres en las más amargas decepciones, y fuera del círculo de su actividad, de sus afectos, de sus primeras esperanzas; el que ha sentido profundamente como Dante y sufrido como él las persecuciones del siglo en que vivió, poco acostumbrado á perdonar á los que se le adelantan, éste sólo tendrá derecho á tirarle la primera piedra.

No se mostraba Dante menos áspero con respecto á las demás ciudades de Italia. Siena está poblada de gentes *más vanas* que los franceses; los habitantes de la Romaña *se han vuelto bastardos;* los genoveses son *una naciou llena de vicios;* en Luca *todo hombre es concusionario;* los boloñeses *son avaros y entremetidos;* los venecianos, *de obtusa ó bestial ignorancia, de costumbres pésimas y en extremo vituperables, sumergidos en el fango de la más desenfrenada licencia* (17); el Arno cuando apenas acaba de nacer pasa por entre *toscos cerdos más dignos de pacer bellotas que cualquiera otro alimento;* después llega entre los *ariscos gozquecillos*, que son los aretinos; de allí á los *lobos* de Florencia; en fin, á las *zorras llenas de astucia*, que son los habitantes de Pisa. Desea á esta ciudad, *verguenza de las naciones*, que todos se ahoguen en ella; á Pistoya, que sea reducida á cenizas, porque cada vez obra peor (18). Encuentra que las antiguas casas *han decaido* de sus antiguas virtudes; los Malatesta *convierten sus dientes en una barrena;* los Gallura son *receptáculo de todo género de fraudes;* Branca Doria aun vive, *aunque su alma sufra en el infierno, habiendo un diablo tomado su lugar para gobernar su cuerpo y el de un pariente suyo.* En Verona los Montecchi y los Capuleti, son, los *unos perversos y los otros inspiran sospechas.* Alberto de la Escala, es *malo en todo su cuerpo y aun más en su espíritu.* Guido de Montefeltro ha hecho *acciones, no de leon, sino de zorra*, y ha conocido *todos los espedientes y vias ocultas*, hasta que arrepentido pidió la absolucion al papa Bonifacio, y para merecerla, le sugirió *prometer mucho y cumplir poco.* Desea que Brettinoro pueda fugarse, para no tener que sufrir la *tirania* de los Calboli. Pronuncia la sentencia de Rinier de Corneto, que *hizo la guerra á los caminos;* de Provenzan Silvani, cuya *presuncion le hizo querer dominar á Siena;* y de los Santafiore, *que asolaron los alrededores de aquella ciudad.* No hay nadie, hasta los hombres más ilustres, á quienes no achaque horribles vicios; así el padre de su amigo, Guido Cavalcanti, el gran Farinata, y Brunetto su maestro, son tachados por él de eterna infamia. Prodiga, por el contrario, alabanzas á los Escalígeros y á los Malaspinas, *sus refugios hospitalarios;* á Uguccione de la Faggiuola, á quien se proponia dedicar su primer cántico. Ahora bien, á los que saben apreciar la historia, corresponde juzgar, si es posible, de otra manera que con ejercicios retóricos, sostener la equidad de Dante en la distribucion del elogio y del vituperio.

No se detienen sus venganzas en el límite de los Alpes; castiga tambien á Eduardo de Inglaterra y á Roberto de Escocia, que no saben mantenerse *en sus fronteras; al cobarde rey* de Bohemia, á Alfonso de España, príncipe afeminado; á Federico de Aragon, vástago degenerado; á Dionisio II de Portugal, usurero en el trono; á los holgazanes austríacos; hasta al rey de Noruega, y á un príncipe de Rascia (en Servia), que habia falsificado los ducados de Venecia. Fulmina principalmente su cólera contra los Capetos, que maldice desde su

(17) Carta á Guido Novello.
(18) *Infier.*, XVIII, 25.—*Purgatorio*, XIV, 21.

orígen, en *Hugo, hijo de un carnicero*, cuya descendencia *valia poco, pero sin embargo no hizo mal*, hasta que habiendo adquirido la Provenza, *comenzó sus rapiñas valiéndose de la fuerza y del engaño*. De aquí salió Cárlos de Valois sin más armas que la lanza con que combatió Judas; de aquí Felipe el Hermoso, el *mal de Francia*, que de nuevo crucifica á Cristo en su vicario: así es que el poeta dirige votos para regocijarse pronto con la venganza que Dios prepara en lo secreto de su pensamiento; como en otro lugar invoca al justo juicio divino contra la estirpe de Alberto de Austria, de modo que el mundo quede aterrado.

No podia dejar de cebarse tambien con los frailes, cuyas abadias se habian convertido en cavernas, la capucha en *un saco de mala harina;* y no obstante á santo Tomás, á san Francisco, y á santo Domingo, es á quienes el poema tributa más alabanzas. Fué, pues, un sueño ó un capricho por parte de dos escritores contemporáneos, querer convertir á Dante en un heresiarca (19); á Dante, que marcó con tanta precision la fórmula del catolicismo (20), que proclamaba su *respeto* á la *autoridad del papa*, y creia que el imperio de Roma habia sido ordenado por Dios para la futura grandeza de la ciudad donde tiene asiento el sucesor de san Pedro. Esto no lo impide, habiéndose hecho gibelino, y en su vengadora cólera contra Bonifacio VIII, maldecir el lujo de los prelados y los escesos del clero, *cubriendo sus palafrenes con sus mantos, tanto que dos animales caminaban bajo una misma piel*, como tambien á la corte de Roma, *donde todos los dias se traficaba con Cristo* (Paraiso, XXVII); ó *los rapaces lobos con vestido de pastores* (Par., XXVII), *que habiendo convertido el oro y la plata en un Dios* (Inf., XIX), *entristecian el mundo despreciando á los buenos y ensalzando á los perversos*. Aunque exalta á la condesa Matilde, se declara en contra de Constantino por haber dotado con tierras á los pontífices de Roma, y de Rodolfo de Habsburgo por haberles confirmado su posesion. Reprueba tambien los abusos de la escomunion, que privaban *tan pronto en una parte como en otra del pan que el padre misericordioso no niega á nadie*. En su consecuencia no las cree de tal manera mortales para el alma, que *el eterno amor no pueda volver á concederse al que se arrepiente* (Purg., III), coloca á Clemente V, pastor sin ley y manchado con las más odiosas acciones (*Inf.*, XIX) con Simon el Mago, aguardando á Bonifacio VIII. Desencadénase Dante nueve veces contra este papa, que *insaciable de los bienes no temió para procurárselos apoderarse de la santa Iglesia con engaño, para ultrajarla luego; que cambió el lugar donde descansaban los restos de Pedro, en cloaca donde se regocija el demonio entre sangre é impureza* (Par., XXVII); y esto porque los cristianos están sentados, parte á la derecha y parte á la izquierda; porque los estandartes donde ondean dos llaves se enarbolan contra las personas bautizadas, y porque sellos con la efigie de Pedro están grabados en privilegios vendidos y embusteros (*Par.*, XXVII).

De los emperadores era de quienes Dante esperaba un remedio á tantos males, y los invitaba á compartir y sostener sus odios y afectos. Hizo, pues, todo lo posible para que recobrasen la opinion de su autoridad. Colocó en lo más profundo de los abismos infernales á los asesinos del primer César, y al águila imperial en la cima del paraiso, y compuso un libro especial, *De monarchia*. No considerando más que las tribulaciones en que el desacuerdo de los dos poderes sumergia á la cristiandad, pensó que el único medio de llegar á un progreso apetecible era la paz, bajo la tutela de un monarca, único árbitro de las cosas de la tierra, dejando al pontífice dirigir las concernientes á la salvacion eterna. Una vez que hay un señor de todo, la avaricia, raiz de todos los males, es estirpada, y el mundo ve nacer la caridad y la libertad. Dante encuentra la realizacion de esta monarquia universal en el pueblo romano, cuyo fundador desciende á la vez de la Europa y del Atlas. En ventaja de este pueblo fué por quien obró Dios los milagros que se leen en Tito Livio, concediéndole la victoria en sus combates contra las demás naciones. Si se adquieren legítimamente derechos por el duelo, hay lugar á creer que el juicio de Dios no se manifiesta menos en las batallas generales, y de consiguiente que el imperio del mundo fué legítimamente obtenido por los romanos, por aquel pueblo que acreditó cuanto amaba á las demás naciones conquistándolas, y prefiriendo á sus propias comodidades la salvacion del género humano.

Aquí encontramos enunciada la teoria moderna, que sostiene que la causa mejor acaba siempre por alcanzar el triunfo. Allí se declara como la mejor prenda de la felicidad pública el poder supremo de una monarquia universal y dependiente de Dios solo, sin intervencion de ningun vicario; así se quebranta el único freno capaz de contener al emperador, con gran peligro de los pueblos: así queda usurpada á éstos la independencia nacional que forma su orgullo y su anhelo. Dante no descendia á esta bajeza por cobardia, sino por despecho: no deducia de su doctrina las consecuencias serviles que se sacan de ella, y deseaba, como acontece á menudo á los italianos, poseer aquello que no tenia, sin perjuicio de arrepentirse más tarde en el momento de la prueba.

---

(19) Graul, ministro protestante, que tradujo en aleman el *Infierno* (Leipzig, 1843) se empeña en demostrar que Dante disentia de doctrinas católicas, y en el *Veltro* (Gran Can) ve á Lutero, al cual corresponden hasta las letras del nombre.

(20) *Avete il Vechio e il Nuovo Testamento*
E'l pastor della chiesa che vi guida:
Questo vi basti a vostro salvamento.

«Vuestros guias son el Nuevo y el Viejo Testamento y la voz del pastor que rige la Iglesia; para vuestra salvacion esto os basta.» *Paraiso*, V.

No obstante él mismo habia invocado el justo juicio de Dios sobre la raza del aleman Rodolfo, y de Alberto, su hijo, que dejaron por *codicia* devastar el jardin del Imperio: habia maldecido á Wenceslao, *nutrido de ociosidad y de libertinaje*; pero preparaba al *divino y venturosísimo Enrique de Luxemburgo* un lugar en el paraiso, y le instaba á descender á Italia; cuando le vió detenerse bajo los muros de Brescia y de Milan, le escribió estrechándole para que llegara á cortar la cabeza de la hidra, á derribar á Florencia, «víbora que volvia su veneno contra el seno de su madre; oveja enferma que al aproximarse mancilla el rebaño de su señor: Mirra depravada é impia, inflamándose al fuego de los abrazos paternales.» De este modo escitaba al extranjero contra Florencia, ciudadela entonces y después de la libertad italiana... Cumpliéronse los votos del poeta: llegó el dia en que el extranjero *cabalgó* en Italia, en *aquella bestia orgullosa, pérfida y salvaje*, y los abrazos de los emperadores, cuando los papas se convirtieron de enemigos en aliados y conniventes suyos, prepararon una época de oprobiosa esclavitud, y la malhadada necesidad de acudir á terribles tentativas para emanciparse.

Apresurémonos á decir que en la mente del Dante aquel emperador debia residir en Italia, y que segun sus palabras los monarcas se habian hecho para el pueblo, y no el pueblo para los monarcas, que no son otra cosa que los primeros ministros del pueblo. Así el buen sentido natural del escritor recupera la ventaja cuando se amortigua la cólera del momento. Del mismo modo, á pesar de haberse mostrado celoso de los orígenes puros, ataca los privilegios de la cuna y el edificio feudal, hasta el punto de inclinarse á que se aboliese, no sólo la herencia de los honores, sino tambien la de los bienes. «El poder público, dice, no debe redundar en ventaja de un corto número, que invade con el título de nobleza los primeros puestos. A darle crédito, consiste la nobleza en una série de abuelos ricos. Pero, ¿qué estimacion merecen las riquezas, menospreciables por las miserias de la posesion, por los peligros de su acrecentamiento, por la iniquidad de su origen? Esta iniquidad parece provenir, ora de una ciega casualidad, ora de una industria astuta, ora de un trabajo interesado, y ajeno por consiguiente á toda idea generosa, ora del curso natural de las sucesiones. En realidad no es posible conciliar este último caso con el órden legítimo de la razon, que desearia que pasara la herencia de los bienes al heredero de las virtudes. Si el derecho de los nobles consiste en una larga série de generaciones, la razon y la fe les enlazan á los piés del padre comun, en quien todos los hombres fueron ennoblecidos ó declarados plebeyos. Suponiendo desigualdad, la aristocracia hereditaria, la multiplicidad primitiva de las razas repugna al dogma católico. La verdadera nobleza reside en la perfeccion á que puede llegar cada criatura dentro de los límites de su naturaleza. Para el hombre especialmente existe en la armonia de las felices disposiciones, cuyo gérmen deposita la mano de Dios en su seno, y que cultivadas por una voluntad diligente, se trasforman en ornamentos y virtudes.»

Además de la Divina Comedia, compuso Dante diferentes poesias, con especialidad canciones amorosas, de que hizo después un comentario en el *Convito*, obra mediana, en que llegado á la edad madura quiere señalar razones filosóficas á sentimientos que provienen directamente de su corazon en sus años juveniles.

Aquellos que nos leen saben que en la época en que vivia Alighieri, se empleaba la lengua italiana de mucho antes como idioma escrito: los que por mayor comodidad ó por ignorancia repiten las proposiciones ajenas dirán que la creó de un golpe, cuando sin hablar de otros, Guido Cavalcanti, su amigo, la manejaba ya con una elegancia completamente moderna (21). Dante la hizo tomar un vuelo más sublime; no la fijó, pero la determinó. Entre las palabras de que hizo uso, si se esceptúan las espresiones doctrinales y tolas que creaba por necesidad ó por capricho, casi das se usan en la actualidad como las del Petrarca. Es un delirio asegurar, á semejanza de ciertos escritores, que fué tomando de uno y otro dialecto las voces que le parecieron preferibles: no hubiera sido menos funesta esta mezcla al idioma italiano, que para el francés lo fueron los ensayos intentados por Ronsard y su pléyade. Además, desmienten esta alegacion sus versos y su prosa, donde se ve que las espresiones en nada se diferencian de las que fueron empleadas por sus contemporáneos y por los escritores anteriores. Habiendo tenido la felicidad de nacer toscano, no tuvo que poner por obra más que su dialecto nativo; y si tomó algunas palabras de otro, son seguramente menores en número que las espresiones latinas y provenzales, que por esto no se han connaturalizado en Italia. Se puso no obstante como consecuencia de su desdeñosa cólera

---

(21) Citaremos como único ejemplo, dos estrofas de su balada *Era in pensier d'amor* (Estaba enamorado).

Hallé en un bosquecillo una zagala
Más que la estrella hermosa;
Con rubia cabellera,
Ojos llenos de amor y tez de rosa:
A apacentar llevaba
Sus mansos corderillos;
Y el rocio bañaba
Sus piés desnudos; amoroso canto,
Contemplaba el encanto.
Saludé con amor á la pastora,
Le pregunté si acompañada iba;
Y con voz apacible
Dijo, que sola por el bosque andaba,
Y añadió luego: sabe
Que mi pecho sensible
Amar desea cuando trina el ave.

contra su patria, á profesar teorias contrarias á las que él mismo practicaba; y después de haber tratado en su libro *De vulgare eloquio* (escrito en latin por una estraña contradiccion), del orígen del lenguaje humano (22), de su division, y de los idiomas derivados del latin, que son la lengua de *oc*, la lengua de *oil* y la lengua de *si*, reconoce en esta última catorce dialectos de los que es preciso purgar, como de mala yerba, el suelo de la patria. Estirpa primero el romañol, el espoletano, el anconitano, después el ferrarés, el veneciano, el bergamasco, el genovés y el lombardo y otros dialectos del otro lado del Po, *ásperos y erizados*, así como los *crueles acentos* de los istriotas; después vitupera á los toscanos porque *arrogantemente se atribuyen el mérito de hablar al vulgo ilustre*, al paso que el lenguaje que llaman de esta manera, «es el que se presenta en cada ciudad y no reside en ninguna este lenguaje vulgar, cardinal, áulico, que existe en todas las ciudades de Italia, y parece no pertenecer á ninguna, con el cual todos los dialectos vulgares de todas las ciudades de Italia deben medirse, pesarse y compararse.»

Nunca hemos podido conocer, lo confesamos, el objeto preciso que se ha propuesto Dante en este escrito, tanto parece contradecirse con frecuencia. Leimos de todos modos, en él, que *no solo la opinion plebeya, sino muchos hombres célebres, se entregaban* entonces *á la locura*, atribuyendo al florentino el título de vulgar ilustre; que Dante creia necesario asignar un dialecto para fundamento de la lengua escrita, aunque su rencor político le hizo preferir el boloñés al florentino; que se debe observar la gramática para escribir en latin, pero que el *hermoso idioma vulgar segun la costumbre*. Además, él no trata de la lengua en general, sino la que conviene á las canciones. Esto es lo que deben tener presente los que pretenden hacer de Dante florentino un adversario de aquel dialecto florentino que ha entronizado para siempre.

Petrarca, nac. 1304.—Le ayudó en su obra Francisco Petrarca, nacido en Arezzo de un desterrado florentino, nombrado Petracco. Se inició sucesivamente en las ciencias en Pisa, en Aviñon, después en Mompeller y Bolonia; pero el jóven estudiante preferia á los áridos trabajos del derecho la lectura de Ciceron, y la compañia de Cino de Pistoya y de Cecco de Ascoli, que le inspiraron el gusto á la poesia italiana. No teniendo más que un corto patrimonio, se dedicó al estado eclesiástico; y sus modales corteses, su talento claro y despejado, le valieron una escelente acogida en la corte pontificia de Aviñon. La amistad de Jacobo Colonna, hijo de Esteban, que después fué obispo de Lombez, le facilitó el acceso para con los principales prelados. Se aplicó entonces enteramente á los estudios clásicos, é idólatra de la civilizacion antigua, su imaginacion le representaba sin cesar la ciudad de Rómulo y de Augusto con sus antiguos héroes, en la que los papas abandonaban á las bandas armadas de los Orsini y de los Colonna. Aplaudió, pues, sinceramente á los que intentaron una restauracion romana.

Aunque muy capaz de apreciar las bellezas clásicas, se figuró poder llegar á ellas, y compuso el *Africa*, poema sobre el motivo ya tratado por Silio Itálico; insertó tambien un largo fragmento de aquel autor, lo que ha hecho se le acuse de haber cometido un plágio, con el pensamiento de que poseyendo el único ejemplar que existia de Silio, nadie podria hacerle un cargo (23). Es una historia sin artificio poético, sin episodios nuevos, sin nada que suspenda la curiosidad. Pero no se habian oido tan hermosos versos desde Claudiano; tanto se habia apropiado Petrarca por la meditacion la sustancia misma de los clásicos. Alude en sus *Eglogas*, á acontecimientos del momento, bajo designaciones pastoriles, sin desdeñar la lisonja y mostrándose más poeta que en el *Africa*.

De los versos latinos es de los que se prometia la inmortalidad, cuando la consiguió, por el contrario, de un pequeño accidente de su existencia. Laura, hija de Odiberto de Noves, y mujer de Hugo de Sade, habiéndose ofrecido á su vista en Aviñon, se enamoró de ella (24); esta pasion no tuvo nada de novelesca, porque la que era objeto de ella, continuó viviendo en perfecta armonia con su marido, á quien dió doce hijos; por otra parte no desvió á Petrarca ni de sus estudios, ni de

---

(22) Segun él, la primera lengua, creada al mismo tiempo que el hombre, fué el hebreo. En el *Paraiso*, por el contrario, dice que tuvo un orígen natural, pero que habia perecido. Sostenia, como nosotros, que todas las ciencias se habian revelado al primer hombre.

Tu credi che nel petto, onde la costa
Si trasse per formar la bella guancia
Il cui palato tanto al mondo costa...
Qualunque alla natura umana lece
Aver di lume tutto fosse infuso.

«Tú crees que en el seno de cuya costilla fué engendrada la hermosa encantadora que tan cara hizo pagar su debilidad al mundo, se hallaba infundida cuanta luz es dado adquirir á la naturaleza humana.» Par. XIII.

(23) El conde Alberti posee en Roma un Silio Itálico cubierto de notas de mano de Petrarca. Sin embargo, Caluso y Baldelli se encolerizaron cuando se dijo que Petrarca debia haber tenido conocimiento de aquel autor, y haber tomado de él el asunto del Africa.

(24) «Ved que he llegado á la época más crítica de la vida de Petrarca. Quisiera poder cubrirla con un velo, y ocultar á la posteridad todas las locuras que le ha hecho hacer una pasion que le ha atormentado por espacio de mas de veinte años, y de la que se ha arrepentido todo el resto de su vida.» DE SADE, *Mem. para la vida de Petrarca*, lib. II. Sin embargo, no se ha demostrado que de Sade haya descubierto la verdad sobre lo que concierne á Laura. Véase *La Ilustre Castellana de los alrededores de Vaucluse, la Laura de Petrarca*, por HYAC D'OLIVIER VITALIS. Paris, 1843.

amores más positivos, ni de las intrigas de la corte, y pensar en su gloria. Solo componia para Laura de cuando en cuando ó traducia del provenzal algun soneto, alguna cancion que la fama del autor, asi como su propia suavidad, hacian buscar y repetir; de esta manera adquiria entre las bellas aquella celebridad que le habia hecho ya grande entre los doctos. Semejante publicidad tuvo por resultado imponerle en cierta manera el deber de perseverar en los mismos sentimientos con respecto á Laura, que parece no se espuso á entibiarlos satisfaciéndolos. Después cuando ella murió veinte años después, Petrarca se honró con su constancia ante sus cenizas, nutriéndose de recuerdos y dolor.

Lo que más le agradaba en la hermosa dama de Aviñon, eran las perfecciones de su persona, sus bellos cabellos de oro, sus manos blancas y finas, su gracioso brazo, su seno juvenil y hermoso (*Canc.* VIII) y sus demás atractivos que la hacian orgullosa (25), cansando á los espejos en admirarse (*soneto* XXXVII). La veia en las claras, frescas y dulces aguas, en las verdes praderas, en la blanca nube; y dibujaba con el pensamiento su encantador semblante en la piedra (*Cane* XVII). Estas y otras espresiones debieron desengañar á los que han querido convertir á Laura en un sér simbólico, cuando él siempre la muestra como un sér real. Esto mismo fué lo que le preservó de estraviarse, como sus secuaces, en vanas abstracciones. Amó, deseó (26), y en su *Diálogo* con san Agustin, confiesa sus agitaciones, trasportes, insomnios, las angustias que le causa su pasion; é implora su socorro para conseguir libertarse de ella. Es verdad que dirigia á Ciceron, á Virgilio, á Varron, á Séneca, á Tito Livio, cartas en que respiraba un ardor más verdadero tal vez, y espresado ciertamente con más vivacidad que el que le inspiró Laura. Después, en sus obras en prosa, habla de las mujeres, enteramente en otro tono, diciendo que el que se propone dedicarse al estudio debe huir del matrimonio, y lo más permitirse una concubina; que es una locura desconsolarse por la muerte de una esposa, cuando, por el contrario, debe uno regocijarse (27).

De todas maneras, su pasion ha producido un cancionero, que escepto doce sonetos y tres canciones, además de las dos que consisten en juegos de palabras, está consagrado únicamente á celebrar el amor. En la forma, se complació en las dificultades, como puede verse leyendo ya sus *sextinas*, disposicion provenzal donde la repeticion cansada de las mismas desinencias no se encuentra remunerada con ninguna armonia; ya sus sonetos que no giran en su mayor parte más que sobre cuatro rimas; ya en sus *canciones*, en las que obedece á leyes imprescriptibles. Une á estas poesias los *triunfos*, sueños alegóricos y eróticos, en los que celebra los triunfos del amor sobre su corazon, de la castidad de Laura en el amor, de la muerte de Laura, de Laura sobre la muerte, de la fama en el corazon del poeta, que divide con el amor: al fin, el tiempo anonadando los trofeos del amor, y la eternidad los del tiempo.

Estas son ideas y formas segun el gusto de la época. Pero en vano se esforzarán en probar que Petrarca ha tomado de otros, sobre todo de los provenzales, de los españoles y de escritores anteriores, muchos de sus pensamientos; en vano se le hará un cargo de exagerado, de alambicamiento y de falso; siempre le quedará el mérito de un lenguaje de estremada pureza, lleno de frescura, aun después de cinco siglos, de un estilo vivo y correcto, de inagotable variedad.

Compuso otras muchas obras: una coleccion de *Memorabilia* del género de Valerio Máximo; un libro de la verdadera *Sabiduria*, donde ataca la dialéctica de la época, tan frívola como inútil, tanto de corazon como de talento, poniendo en lucha uno de sus pretendidos sábios con un ignorante dotado de buen sentido natural. Como algunos jóvenes venecianos, que se permitian herir las reputaciones más sólidas, le declarasen hombre de bien, pero con poca elevacion de ingenio, les respondió en su libro: *De mi propia ignorancia y de la ajena*. Deben buscarse en aquella obra algunas buenas sentencias, entre multitud de sutilezas, anegadas en olas de erudicion fácil y presuntuosa. La conclusion es que «las letras son para muchos hombres un instrumento de locura, de orgullo para casi todos, si no recaen en una alma bien nacida y virtuosa. Después de haber dirigido sus ataques á un médico de Aviñon, se declaró contra todos los médicos, tratándolos de sectarios de una vana ciencia, de ambiciosos que van por todas partes envueltos en mantos de púrpura, con preciosos anillos y espuelas doradas, como si aspirasen al

---

(25) Que harto á mí me agradaba y á *ellamisma*
Volvila á ver más bella y menos fiera.

(26) *Con lei foss'io da che si parte il sole.*
E non ci vedess' altri che le stelle;
Solo una notte, e mai non fosse l'alba,
E non si trasformasse in verde selva,
Per uscirmi di braccia.
Pigmalion, quanto lodar ti dei
Dell'imagine tua, se mille volse
N'avesbi quel ch'io sol una vorrei.

«¡Oh! Si estuviese yo con ella á la hora en que el sol se pone y no nos viese más que las estrellas; nada más que una noche y que nunca asomara el alba, ni se trasformase en verde selva para escaparse de mis brazos. Pigmaleon, cuánto debes alabarte de tu imágen, tú que pudiste tener mil veces lo que yo me contentara con tener una.»

Y en el tercer diálogo, *De contemptu mundi: Nullis mota precibus, nullis victa blanditiis, muliebrem tenuit decerem, et adversus suam simul et meam ætatem, adversus multa et varia quæ adamantinum flectere licet spiritum debuissent, inexpugnabilis et firma permansit.*

(27) *De vita solitaria.—De remediis ult. for.*

triunfo, aunque pocos de ellos hubiesen muerto las cinco mil personas que exigia la ley romana.

El libro *De los deberes y virtudes de un general* haria sonreir á Anibal; el *Del gobierno de un Estado* está lleno de lugares comunes, que ni ilustran á los hombres sábios, ni sirven para corregir á los malos. Escribió para consolar á Azzo de Correggio, los *Remedios de la vana fortuna*, diálogos prolijos y descoloridos entre personajes ideales, en los que prodiga los argumentos y la erudicion para demostrar que los bienes de este mundo son fugitivos y engañosos; y que es posible, con ayuda de la razon, hacer perder á la desgracia su amargura y convertirla en bien. Dirigió á Felipe de Cabassole, obispo de Cavaillon, dos libros sobre *La vida solitaria*, oponiendo al fastidio del habitante de la ciudad la dulce existencia del que vive en el retiro; antítesis poco social, cuando nuestro deber es trabajar en la obra comun, aun en medio de la turba que nos pone obstáculos, nos desconoce y calumnia.

Petrarca asociaba al amor y á la filosofia la devocion, que fué para él el tercer manantial de inspiracion. Le remordia la conciencia á causa del amor, rogando á Dios *hacer entrar sus pensamientos errántes en mejor senda;* se componia de las bellezas de Laura *una escala para ascender hasta el Criador;* cuando no existe, espera volver á ver á su señor y á su dama, por quien «ha hecho tantas limosnas y mandado decir tantas misas y oraciones, con tal devocion, que si hubiera sido la mujer más mala del mundo, la hubiera sacado de las garras del diablos, aunque se asegura que murió pura y santa.» (28) Este pensamiento que le inspiró el *Desprecio del mundo*, especie de confesion libre de la ostentacion impudente de algunas obras análogas, y en la cual á imitacion de la *Vida nueva* de Dante. comenta sus propios cantos, analizando los sentimientos profundos y delicados que le animaban.

La coleccion de sus cartas *familiares*, *seniles*, *diversas y sin título* que contienen su correspondencia con los hombres más eminentes de su siglo, ofrece más interés. Siempre prolijo y afectado porque sabia que sus cartas eran leidas en círculos á veces de cien personas, antes de llegar á su direccion, trata de acontecimientos, costumbres, de sus misiones, sobre todo de los desórdenes de la corte de Aviñon y de ciertos manejos de su época que pertenecen tambien á la nuestra. Tan pronto vitupera á los *filósofos modernos*, de quienes le parece que á menos que no ladren contra Cristo y su doctrina, no podria haber éxito para ellos (29). Estos hombres, dice, «no se abstienen de atacar la fe, sino por el temor de los castigos temporales; pero fuera de esto, se rien, adoran á Aristóteles sin comprenderle, y profesan al discutir, su separacion de la fe.» Tan pronto se queja de aquellos «que se llaman sábios en las ciencias y no son más que un objeto de risa, especialmente por el eterno patrimonio de los ignorantes la desmesurada vanidad.» Tan pronto la emprende con los que «llamándose italianos y habiendo nacido en Italia, hacen todo lo posible por parecer bárbaros. Como si no bastase, dice, á estos desgraciados, haber perdido por su indolencia, la virtud, la gloria, las artes de la guerra y de la paz que hicieron divinos á nuestros antepasados, manchan hoy nuestra lengua y echan á perder nuestros vestidos (30).

Recorriendo estas cartas es curioso verle y seguirle en sus viajes á las *ciudades de los bárbaros*, cuyos usos describe algo superficialmente. Entrando en Paris compara la disposicion de su espíritu á la de Apuleyo la primera vez que vió á Hipato, ciudad de Tesalia, de la cual habia oido contar maravillas. Halló la ciudad verdaderamente grande hasta cierto punto, aunque no tanto como esperaba, y más sucia, más infecta que ciudad alguna, si se esceptúa á Aviñon. Invirtió bastante tiempo en discernir lo verdadero de lo falso en aquella universidad «semejante á una cesta, donde se han reunido los frutos más raros de cada pais.» Pareciéronle los franceses de humor alegre, amantes de la sociedad, espresándose en la conversacion fácil y amenamente, convidados amables, no desperdiciando ocasion ninguna de divertirse, y pasando el tiempo, á fin de desterrar la pesadumbre, en jugar, reir, cantar, beber y comer; de un carácter atrevido y pronto siempre al ataque, si bien flojo y poco capaz de resistir á las calamidades (31).

Vió en Flandes y en el Brabante, al pueblo únicamente ocupado en las tapicerias y en las obras de lana. Costóle mucho trabajo en Lieja proporcionarse tinta para copiar dos oraciones de Ciceron. Admiró en Colonia una urbanidad estremada en una ciudad bárbara, el modesto continente de los hombres, el esmerado aseo de las mujeres, y sino habia allí Virgilios, encontró copias de Ovidio. Le condujeron sus amigos á las orillas del Rhin, para admirar la puesta del sol en su compañia. Como era víspera de San Juan una infinidad de mujeres coronadas de flores cubrian la ribera sin tumulto. Iban con las mangas subidas hasta el codo para lavarse las manos y los brazos en la corriente, recitando versos en su idioma, y figurándose que aquella lustracion las preservaria de desgracias en el curso del año. Nadie se atrevia entonces á cruzar por la célebre *selva de las Ardenas*, sin una buena escolta, tanto á causa de los bandoleros, como de las hostilidades entre el conde de Flandes y el duque de Brabante. De consiguiente, volvió á ver con grande júbilo al salir de aquellas

(28) Un contemporáneo, citado por Tiraboschi.
(29) *Seniles*, I, 3.
(30) *Seniles*, 16.
(31) *Adv. contra Galli calumniam.*

montañas el *hermoso pais y el delicioso raudal* del Ródano, así como á Aviñon.

Sin embargo, nada de lo que encontró le indujo á sentir haber nacido italiano. Si la Francia recibió de Roma los dones de Baco y de Minerva, allí no se cultivan sino muy pocos olivos, y no se ve ningun naranjo; los carneros no dan buena lana, y la tierra no tiene minas ni aguas termales. En Flandes se bebe agua-miel, en Inglaterra cerveza y cidra. ¿Qué decir de los helados climas que bañan el Danubio, el Bog y el Tanais? Madrastra fué la naturaleza para estos paises. Unos se encuentran tan desprovistos de leña que con el estiércol se calientan solamente; otros no tienen agua que beber y les afligen las fétidas exhalaciones de los pantanos; éstos no poseen más que matorrales y una árida arena; aquellos hormiguean de serpientes, tigres, leones y leopardos (32). Sólo Italia fué objeto de la preferencia del cielo, que la concedió el imperio supremo, los genios, las artes, y especialmente la cítara con que los latinos triunfaron de los griegos, y nada le faltaria si Marte no le fuera funesto.

Le parece que con razon se creen superiores á todas las demás las mujeres de Roma, merced al pudor, á la modestia de su sexo, unida á una viril constancia. Por lo que hace á los hombres, son buenas gentes, afables respecto de aquellos que les tratan con dulzura, si bien no entendiendo burlas respecto de un solo punto, la virtud de las mujeres: lejos de ser condescendientes bajo este aspecto, como los aviñoneses, tienen siempre en la boca esta frase de un antiguo: *Pegadnos con tal de que la honestidad quede á salvo*. Le sorprendió hallar en esta ciudad tan pocos mercaderes y usureros, sin duda porque el comercio se habia alejado de allí á la partida de la corte pontificia.

En todas partes tributaban á porfia honores al poeta. «Los príncipes de Italia, dice, aspiraban á detenerme con súplicas ó á la fuerza: lamentáronse de mi partida y aguardan mi retorno con estremada impaciencia.» Retuviéronle los Visconti en Milan largo tiempo, y le hicieron ocupar un puesto entre los príncipes en la celebracion de las fiestas á que dió motivo el matrimonio de Violante con Lionel, hijo del rey de Inglaterra. En cambio les tributó muchas alabanzas (33). Pronunciaba la arenga para la inauguracion de los tres sobrinos del arzobispo Juan, cuando fué interrumpido por el astrólogo, que habia conocido en el cielo el punto más favorable para la ceremonia (34). Recibió frecuentes invitaciones de los Gonzagas: Azzo de Correggio le profesó el cariño de un hermano: el belicoso Pablo Malatesta, que no le conocia, envió á un pintor para que hiciera su retrato; cuando le encontró en Milan posteriormente, le costaba mucho trabajo dejar su conversacion ni apartarse de su lado. Habiendo estallado la guerra entre los carrareses y los venecianos, le envió una escolta para seguridad de su persona. El gran senescal Nicolás Acciajuoli iba á menudo en Milan á su casa, *como Pompeyo á la de Posidonio*, acercándosele con la cabeza descubierta é inclinándose por respeto, lo cual hacia que se le saltaran las lágrimas al poeta. Fué objeto de grandes demostraciones por parte de Cárlos IV, quien le regaló una copa de oro y le dió el título de conde palatino.

Este entusiasmo se propagaba entre las clases inferiores: un anciano ciego, maestro de gramática en Pontremoli, hizo el viaje á Nápoles sólo para oirle. No encontrándole allí volvió á partir en pos de su huella «decidido á buscarle hasta en las Indias.» Por fortuna le halló en Parma, donde le abrazó con indecible trasporte, no cesando de besar la mano que habia trazado tan bellas cosas. Enrique Capra, platero de Bérgamo, encantado de haber conocido en Milan á Petrarca, llenó su casa de imágenes suyas, hizo comprar sus obras, y abandonando su arte, empezó á comprar libros; sólo frecuentó el tratado de los sábios, y tanto hizo, que consiguió que el poeta fuera á su casa (1358). Le salió al encuentro con cuantos eruditos habia en el contorno, y á despecho del podestá y de los principales habitantes, que querian que se alojara

---

(32) Estas últimas á lo menos son figuras retóricas.

(33) A propósito de Luchino Visconti escribe *(Epist. fam.* VII, 13): *Reges terræ bellum literis indixerunt; aurum, credo; et geminas atramentis inguinare metuunt; animum ignorantiæ cæcum ac sordidum habere non metuunt. Unde illud regale ac decus? Videre plebem doctam, regesque asinos coronatos licet (sic enim eos vocat romani cujusdam imperatoris epistola ad Francorum regem). Tu ergo, hac ætate vir maxime, et cui ad regnum nihil præter nomen regium desit... meliora omnia de te spero.*

Y en otro lugar:

Maximus ille virûm quos suspicit ităla tellus
Ille, inquam, æviæ parent cui protinus Alpes,
Cui pater Apenninus erat, cui ditia rura
Rex Padus ingenti spumans intersecat amne,
Atque coronatos aliis in turribus angues.
Obstupet...
Adriaci quem stagna maris, tirrhena que late
Æquora permetuunt, quem transalpina verentur
Seu cupiunt sibi regna ducem, qui crimina duris
Nexibus illaqueat, legumque coercet habenis,
Justitiaque regit populos, quique aurea fessæ
Tertius Hesperiæ melioris secla metalli,
Et Mediolani romanas contuit artes,
Parcere subjectis et debellare superbos.
Epist. metr., lib. III.

Para el nacimiento de un hijo de Bernabé:

Te Padus expectat dominum, quem flumina regem
Nostra vocant, te purpureo Ticinus amictu...
Tu quoque tranquillo votivum pectore natum
Suscipe, magne parens, et per vestigia gentis
Ire doce, generisque sequi monumenta vetusti.
Invenient puer iste domi calcaria laudum
Plurima, magnanimos proavos imitetur avosque,
Mirarique patrem docili condiscat ab ævo.
(Ibidem).

(34) *Seniles*, III, 1.

en el palacio del consistorio, Capra quiso tenerle en su casa. Habia mandado disponer una sala colgada de púrpura, con un lecho adornado de oro, donde juró que no se habia acostado nadie ni se acostaria nunca. Después, en el momento de la partida, fué tanta su pesadumbre, que creyeron que se volvia loco.

Objeto de veneracion de los literatos y del vulgo, recibió á la vez una invitacion de las universidades de Paris y de Roma para ir á recibir la corona del poeta. Encantóle con especialidad la perspectiva de ser decorado con una guirnalda de *laurel*, á causa de la semejanza del nombre con el de su dama, y prefirió á la *ciudad del lodo*, aquella en que habián triunfado Pompeyo y Escipion, su héroe. De consiguiente, se dirigió cerca de Roberto de Nápoles encargado de juzgar de su mérito, y después de haberle examinado el rey por espacio de tres dias, le halló digno del laurel poético. El dia de Pascua de 1341, revestido Petrarca con un traje de púrpura que este príncipe le habia regalado, subió al Capitolio al son de trompetas y en medio de aclamaciones. Después de haberse arrodillado delante del senador, recibió de su mano la corona, mientras un pueblo inmenso clamaba *¡viva el poeta! ¡viva el Capitolio!* (35).

Petrarca vivia en Arqua, donde habia adquirido una casa de campo, á fin de estar en las inmediaciones de su canonicato de Pádua, cuando se le halló muerto sobre un manuscrito de Virgilio (18 de julio de 1374). En su testamento habia designado por heredero á Francisco de Brossano, su yerno. Legó al príncipe de Carrara una Vírgen Maria pintada por Giotto, *cuya belleza no es comprendida por los ignorantes, si bien causa la admiracion de los maestros del arte*, y cincuenta florines de oro á Boccacio, para hacerse una buena bata que le diera calor durante las veladas de invierno.

Paralelo de Dante y Petrarca.—La poesia del Dante y del Petrarca fué modificada por el carácter de la época y por el suyo propio. Alighieri vivió con los últimos héroes de la Edad Media, corazones enérgicos, consagrados enteramente á la pátria y celosos de su libertad, habiéndose engrandecido en medio de las luchas de partido, de los destierros, de las emigraciones, de las matanzas, cuando en aquellas repúblicas, ya próximas á degenerar en tiranias, no eran refrenadas las pasiones violentas por la opinion ni por las leyes; entonces bastaba mirar en torno para encontrar caractéres poéticos y para poder poblar con ellos los tres reinos. Otras miserias afligian la época del Petrarca, y las causaban los manejos de una política torcida. Ya no se consumaban las venganzas con la punta de la espada, sino con ayuda de embajadas insidiosas, de asechanzas, de venenos. A Federico II, á san Luis, á Sordello, á Giotto, á Farinata, á Bonifacio VIII, habian sucedido el rey Roberto, Esteban Colonna, Nicolás Rienzi, Clemente VI, Simon Memmi: á la unidad católica no contradicha por nadie, el miserable destierro de Aviñon y se preparaba la época de la culta inercia, de los viles desmanes, de las virtudes sin vigor y de las desgracias sin interés y sin gloria.

Dante lleno de ira al verse acosado por el infortunio, despreció la fama y *cuanto en la tierra se susurra* y proclamó que *honra al hombre sobremanera la venganza* (*Convivio*). A sus mismos amigos inspiró más bien respeto que cariño, lo cual constituye la gloria y la miseria de los caractéres enérgicos y de los ingenios singulares. Petrarca, dotado de un carácter benévolo, dispensaba y ambicionaba la alabanza: se apasionaba por un Mecenas, por un autor, por la familia rústica que le servia en Vaucluse. Mil veces queria huir de lugares funestos á su tranquilidad, y siempre volvia á ellos, á la par que el Dante, no concordando con Gemma, su esposa, se alejó de ella, y «después jamás quiso ir donde ella estaba, ni dejar que ella fuera donde él residia (Boccacio).»

Disgustado Petrarca de su tiempo, se retiraba á la soledad, ó se sumergia en el estudio de la antigüedad (36). Alighieri paseaba su penetrante mirada por el mundo entero, á fin de recoger lo que le convenia (37). Ni la noche, ni el sueño le ocultaban un *solo paso de los que daba el siglo en su camino*. Poco le importaban que sus palabras tuvieran al pronto la *aspereza de un fruto demasiado ácido*, con tal de que luego se hallara en ellas un vital alimento. Petrarca, hasta cuando censura, se apresura á declarar que lo hace por amor á la verdad, y no *por odio ó por desprecio á nadie*. Dante teme *deshonrarse* á los ojos de la posteridad más remota, mostrándose amigo tímido de la verdad.

Uno y otro, por eleccion, por fuerza ó por moda, fueron huéspedes de los pequeños señores de Italia; pero Petrarca les dispensó bajos y hasta viles elogios; Dante conservó cerca de ellos su altivez (38), y si alaba á alguno de ellos, es con la es-

(35) Véase aquí el acta de coronacion dada al Petrarca: «Nos, conde y senador, conde de Anguillara, en nuestro nombre y en el de nuestro colegio, declaramos gran poeta é historiador á Francisco Petrarca: y por indicio especial de su calidad de poeta, hemos ceñido por nuestra mano con una corona de laurel su frente, concediéndole la supremacia, segun el tenor de las presentes y por autoridad del rey Roberto, del senado y del pueblo de Roma, en el arte de la poesia y de la historia, y generalmente en todo lo que á estas artes corresponda, tanto en la santa ciudad como en cualquiera otra parte, libre y entero permiso de leer, criticar é interpretar todos los libros antiguos, hacerlos nuevos y componer poemas que, Dios mediante, vivirán de siglo en siglo.»

(36) *Incubui unice ad notitiam antiquitatis, quoniam mihi semper ætas ista displicuit.* Epist. ad Post.

(37) *Auctor venatus fuit ubique quidquid faciebat ad suum propositum.* Benvenuto de Imola, en el capítulo XIV del Purgatorio.

(38) Petrarca refiere que Can Grande reconvino á Dan-

peranza de que hundirá en el infierno á la loba que destroza á Italia. «¡Ah miserable y mal nacido! esclama, que desamparais á las viudas y á los huérfanos, y despojais á los débiles: que robais y os apropiais el bien ajeno para emplearlo en dar festines, en hacer regalos de armas, de vestidos, de caballos, de dinero; en adornaros con magníficos trajes, en construir admirables edificios y que creeis todavia mostraros generosos. ¿Es eso otra cosa que quitar el paño del altar para cubrir el ladron y su mesa? No se debe reir menos, tiranos, de vuestras habitaciones que del ladron que llevara á su casa convidados, y pusiera sobre la mesa un mantel robado en el altar, marcado todavia con los signos eclesiásticos con la creencia de que no serian conocidos.»

Ambos reprenden á los italianos sus odios fratricidas, pero Dante parece más bien atizarlos. Petrarca exhortó á fray Busolari á permanecer tranquilo; secundó á los Escalígeros, cuando enviaron á pedir á la corte de Aviñon la señoria de Parma, é iba gritando: *¡Paz, paz, paz!* sin recordar que vale menos que la guerra cuando no es honrosa, y cuando es necesario rechazar la astucia *bárbara*, y *el diluvio reunido en estraños desiertos para inundar las risueñas campiñas de la Italia.*

Descendientes ambos de padres güelfos, hablaron mal de la corte pontificia; pero por motivos diferentes: Dante por los males que causaba á la Italia y á la Iglesia; Petrarca por las disolutas costumbres, que producian su indignacion; de todos modos, aunque arrastrado por sus reminiscencias clásicas, aplaudió á Nicolás Rienzi, que restablecia el tribunado romano; aunque exhortó á Cárlos de Bohemia á humillar la frente de Babilonia, no dejó de ser amado de los prelados y murió en opinion de santo; al paso que Dante anduvo errante, sospechoso de impiedad, y poco faltó para que sus cansados huesos fuesen inquietados en la paz del sepulcro.

En conformidad de sus índoles respectivas, Dante se atrevió, á despecho de la desaprobacion de los doctos y de la novedad de la tentativa, á describir en idioma italiano, el *fundamento del universo entero* (39). Aunque llegado después de este gran ejemplo, creyó Petrarca que el idioma italiano convenia únicamente á las *inepcias* vulgares, que hubiera querido ver olvidadas tanto por los demás como por sí mismo (40). Petrarca cantó con una armonia llena de dulzura, la más tierna de las pasiones; Dante las pasiones fuertes, *dejando á un lado la elegancia y la dignidad*, de lo que le reprende Tasso. Juzgó conveniente hacer servir *versos ásperos y duros* de velo á la doctrina que queria tener oculta; y cuando habla de amor coloca en el paraiso á su dama. Petrarca versifica con aquella elegancia y delicadeza que usaba en su lenguaje, Dante, áspero y desdeñoso, sin dejarse nunca llevar por la rima, cambia, para usarla con más facilidad y ayudar al ritmo, el sentido ordinario de la palabra, ó las toma de otras lenguas (41).

---

te porque mostraba menos cortesia y urbanidad que los histriones y los bufones de su corte. *Memorab.*, 2. Habiéndole preguntado este señor: «¿Por qué me gusta más ese bufon que tú á quien elogian tanto?» Dante contestó: *No te sorprenderia eso si hicieras memoria de que la semejanza de costumbres engendra la amistad entre las almas.*

(39) Fray Hilario escribia á Huguccione de la Faggiuola: «Segun he oido decir, antes de la pubertad intentó ocuparse en cosas inauditas, y (lo que es muy admirable) aquellas materias que los hombres más instruidos apenas pueden expresar aun en latin, trató de ponerlas claras, valiéndose del lenguaje vulgar, y no sencillo, sino músico... Llegó aquí al pasar por la diócesis de Luni, fuese movido de la religion del lugar, ó de cualquier otro afecto. Cuando le ví, sin conocerle, como tampoco los demás hermanos, le pregunté qué queria y á quién buscaba. No respondió una palabra, y siguió contemplando en silencio las columnas y las vigas del claustro. Le pregunté de nuevo qué queria y á quién buscaba. Entonces, volviendo lentamente la cabeza, y mirando á los hermanos y á mí, respondió: *¡la paz!* Cada vez más deseoso de saber quién era, le llamé aparte, y habiendo hablado con él algunas palabras, le conocí, pues aunque no le habia visto nunca antes, su fama habia llegado á mis oidos hacia mucho tiempo. Cuando vió que clavaba en él los ojos, y que le oia con sumo interés, sacó un libro del seno, le abrió con aire de nobleza, y me lo presentó diciendo: *Hermano, esta es una parte de mi obra, que quizá no hayas visto; te dejo este recuerdo; no me olvides.* Estreché aquel libro contra mi pecho, y fijé en él la vista con gran cariño. Cuando ví que estaba en lengua vulgar, dejé ver en mi semblante la admiracion que experimentaba; me preguntó la causa. Respondí que me habia sorprendido que hubiese cantado en aquella lengua; tanto porque me parecia difícil y hasta increible que hubiese podido expresar con palabras vulgares tan elevados pensamientos, cuanto porque no me parecia conveniente vestir tanta y tan digna ciencia con un traje plebeyo. «Tienes razon, dijo: yo tambien he pensado así, y cuando empezaron á germinar en mí las semillas de estas cosas, infundidas quizá por el cielo, elegí el idioma que me pareció más digno. No sólo lo elegí, sino que en él me puse á versificar de esta manera:

Ultima regna canam fluido contermina mundo,
Spiritibus quæ lata patent, quæ præmia solvunt
Pro meritis cuicumque suis.

«Pero cuando pensé en la condicion del siglo presente; cuando ví que los cantos de los poetas ilustres estaban casi enteramente olvidados, y que los hombres generosos para quienes se escribian aquellas cosas en los buenos tiempos, habian ¡oh dolor! abandonado las artes liberales á manos plebeyas, entonces arrojé la humilde lira que habia empuñado, y templé otra más adaptada al oido de los modernos; porque en vano se dispone un alimento sólido para la boca de un niño de pecho.»

Luego que acabó de hablar de este modo, añadió afectuosamente que (si lo creia necesario) hiciese algunas pequeñas glosas sobre aquella obra, y os la trasmitiese después de anotada.

(40) *Ineptias, quas omnibus, et mihi quoque, si liceat, ignotas velim*, Senil, XIII, 10. *Cantica quorum hodie pudet ac pœnitet.* Famil. VIII, 3.

(41) Buena advertencia para no creerle una autoridad muy infalible, como ciertos comentadores, de una idolatria

Uno y otro tuvieron todos los conocimientos que era posible adquirir en su época; y son notorias las adivinaciones que alguno ha querido hallar de descubrimientos posteriores; pero Dante apenas conocia de nombre los clásicos griegos, y poco más á los latinos (42). Petrarca era el hombre más erudito de su época, y tomaba tanto de los extranjeros como de los nacionales, lo que le parecia mejor (43); sobre todo á Dante, de quien afectaba hacer poco caso (44). Tambien cuando creeis oir el lenguaje de la pasion, reconoceis una traduccion llena de elegancia; pero el arte está allí tan refinado, que los provenzales, los españoles ó los italianos á quienes ha puesto á contribucion, han perecido mientras que el cantor de Laura vivirá eternamente. Acontece á menudo al Petrarca ahogar el sentimiento bajo el lujo de ornamentos y detalles; Dante forma un todo compacto de los elementos que el otro desparrama, reune las bellezas diseminadas; sacándolas menos del sentido que del sentimiento, y no deteniéndose nunca en particularidades (45). Su lengua participa de la rudeza y de la libre osadia del republicano; en la de Petrarca se refleja la urbanidad encantadora y la ingeniosa cortesania de un hombre habituado á vivir en las cortes. En el primero hay doctrina, en el segundo un gracioso encanto; el uno es un genio, el otro un hábil artista; éste terminó sus cuadros como el Albano, aquél toca los suyos como Salvator Rosa. Petrarca encanta como la melodia del laud nocturno; Dante hiere como la saeta disparada.

La poesia fué para Petrarca una distraccion, un entretenimiento, y nunca hubiera *creido que fuesen tan queridas las voces de sus suspiros en rima* (46). Ella fué el estudio principal del Dante, y por *espa-*

---

pedantesca. «Yo que soy escritor (dice el comentador anónimo), oí decir á Dante, que jamás la rima le habia obligado á decir lo que no tenia en la mente, pero que él sí habia hecho decir muchas veces á las palabras en sus rimas otra cosa diferente de la que estaban acostumbradas á expresar en la pluma de los demás escritores.»

(42) Además del argumento que se puede sacar de su silencio, puede notarse la confusion que hace de ellos en el canto IV del *Inf.* Por otra parte, nombra como autores de *altísima prosa* á Tito Livio, Plinio, Frontino, Pablo Orosio. En el *Purgatorio*, VI, 49, hace ir á los árabes á Italia con Anibal, etc.

(43) Por ejemplo, Cino de Pistoya, se espresa de este modo dirigiéndose á los ojos de su dama:

Poiché veder voi stessi non potete,
Vedete in, altri almen quel che voi siete:

«Ya que por vosotros mismos no podeis veros, ved lo que sois en otros ojos.»

Y Petrarca dice:

Luci beate e liete:
Se non che il veder voi stesse v'e tolto;
Ma quante volte a me vi rivolgete,
Conescete in altrui quel che voi siete:

«Ojos bienaventurados y alegres, salvo que os está vedado veros por vosotros mismos: sin embargo, cada vez que os volveis hácia mí, conoceis en otro lo que sois.»

Se lee en un soneto de Cino:

Mille dubbii in un dì, mille querele,
Al tribunal dell'alta imperatrice, etc.

«Mil dudas en un dia, mil querellas en el tribunal de la alta emperatriz,» etc. Finge que el amor y él litigan ante la razon. Al final dice ésta que para sentenciar tan importante litigio necesita más tiempo. Ahora bien, Petrarca reproduce esta idea en la cancion:

Quell' antico mio dolce empio signore:

«Aquel mi antiguo dueño dulce á la vez é implacable.» Donde la razon falla de este modo, después de oidas las partes.

Piacemi aver vostre questioni udite,
Ma piu tempo bisogna a tanta lite:

«Me place haber oido vuestros argumentos; pero pleito tan complicado necesita más tiempo.»

(44) Dice que siempre se guardó de leer los versos del Dante, y escribe á Boccacio: «He oido cantar y estropear esos versos en las plazas. ¿Hé de envidiarle los aplausos de los trabajadores en lana, de los bodegoneros, de los carniceros y de gentes de este jaez?» Esto no impide á Jacobo Mazzoni *(Difesa di Dante,* VI, 29) afirmar que Petrarca adornó su Cancionero con tan gran número de flores de la Divina Comedia, que se puede decir que las derrama más bien de las cestas que de las manos. Véase la *Paradoja de Pietrópoli.* Tambien Galvani comparó á Petrarca con los provenzales en su obra titulada *Observaciones sobre la poesia de los Trovadores.* Acostumbran los detractores sin valor deprimir á un grande hombre, colocándole en la misma categoria que los hombres que le son inferiores. Ahora bien, Petrarca menciona dos veces á Dante como poeta de amor, poniéndole al nivel de fray Guido y de Cino de Pistoya. *Son.* 257: *Te ruego que en la tercera esfera saludes á Guido, á Maese Cino y á Dante. Tr. d'amore,* IV: *Allí están Dante y Beatriz, Selvaggia, Cino de Pistoya, y Guido de Arezzo.*

(45) Tomaremos por asunto de comparacion la descripcion de la tarde: DANTE. «Era la hora en que se despierta el deseo y se enternece el corazon de los navegantes, recordando el dia en que dijeron adios á sus amigos; la hora en que el nuevo peregrino se siente herido de amor si oye á lo lejos el sonido de la campana que parece llorar al moribundo dia. «PETRARCA: Cuando se oculta el sol, los navegantes se entregan al reposo en algun cerrado valle sobre la dura madera ó bajo las ásperas jarcias; pero yo, aunque el sol se sumerja en las olas, dejando atrás á España, á Granada, á Marruecos, y aunque hallen trégua á sus males, los hombres, las mujeres, el mundo, no consigo poner término á mi obstinado afan.»

(46) Soneto 25, II. Dice en el prefacio de las cartas familiares haber escrito ciertas cosas vulgares para deleitar los oidos del pueblo; y en otra parte, que compuso para alivio de sus males, «sus poesias juveniles en lengua vulgar, por lo cual esperimenta ahora arrepentimiento y sonrojo, aunque son muy saboreadas por los que padecen la misma dolencia.» *Famil.*, VIII, 3. Se espresa de este modo disculpándose cerca de aquellos qué le acusaban de tener envidia al Dante. «Ignoro hasta qué punto puede haber apariencia de verdad en pretender que tengo envidia á aquel que consumió toda su vida en cosas á que apenas he consagrado yo la primera flor de mis años; yo, que recurrí como una distraccion como reposo del alma, y refinamiento del espíritu á lo que fué para él un arte, si no el único, á lo menos el primero.» Después añade modestamente: «¿A quién podia tener envidia el que no se la tiene á Virgilio?» *Ep. fam.*, XI, 12.

cio de largos años le enflaqueció. Cuando le fueron devueltos en su destierro los primeros cantos de su poema divino, dijo: *Me hán restituidō un trabajo que me honrará eternamente* (47), y confiaba que aquel poema le permitiria ceñirse un dia la corona de poeta en el baptisterio de su *hermoso san Juan.*

Naturalmente las poesias de Petrarca debian cundir en todas las clases, porque son fáciles y tratan del sentimiento más general. El poema de Dante no era composision de un género popular (48). Pero apenas hubo muerto se instituyeron cátedras para la esplicacion de la Divina Comedia. Esta esplicacion se hacia en las iglesias, y allí, como una voz que esplicaba la doctrina, avivaba los entendimientos, escitaba á la emulacion á los buenos, hacia sonrojar á los malos, é insinuaba ideas de órden tan necesarias entonces. No ignoraba Petrarca que el Pó, el Tíber, el Arno aguardaban de él *enérgicos suspiros*; sin embargo, los exhaló lánguidos únicamente; y como el giro sentimental hace incurrir fácilmente en faltas contra el gusto, quizá consistió en su castigada elegancia la primera causa del estravio que se nota en los escritores del siglo XVI (49). Encontró, en efecto, multitud de imitadores que paliaron la necedad de las ideas y la frialdad del sentimiento bajo la forma acompasada del soneto, y que en el momento en que la patria reclamaba consuelos, ó al menos lágrimas, no supieron más que ensordecerla con fastidiosas lamentaciones sobre la vida y muerte. El estudio de Dante requeria serios conocimientos en filologia, con objeto de comparar, pesar las frases y palabras; después en historia, para encontrar los hechos anteriores á las catástrofes que refiere la genealogia de aquellos heroes; después en teologia para conocer el sistema del poeta, y ponerlo frente á frente con los padres, con los místicos, los escolásticos; en fin, en filosofia para apreciar su manera de argumentar, la precision del pensamiento, los elementos de la ciencia. Abrió, pues, la carrera á una crítica más estensa: así es que Benvenuto de Imola y Boccacio (50) elevan su vuelo, cuando viajan con el gran poeta. Fué, en efecto, el primer genio de los siglos modernos; él fué el que descubrió cuantos pensamientos profundos y cuan elevada poesia permanecian latentes

---

(47) BENVENUTO DE IMOLA en el cap. VIII del *Purgatorio.*

(48) Las anécdotas que se cuentan, en prueba de lo contrario, y el aserto del Petrarca, nos parece que no pueden referirse más que á sus versos amorosos ó á otros menos conocidos de forma completamente moderna y de una idea sencilla, como estos:

Quando il consiglio degli augei si tenne,
Di nicista convenne
Che ciascun comparisse á tal novella,
E la cornacchia maliziosa e fella
Penso mutar gonnella,
E da molt' altri augei accatto penne,
Ed adornossi e nel consiglio venne,
Ma poco si sostenne.
Perché pareva sopra gli altri bella.
Alcun domando l'altro: Chi e quella?
Sicché finalmente ella
Eu conosciuta. Or odi che n'avvenne.
Che tutti gli altri augei le fur d'intorno,
Sicché senza soggiorno
La pelar si, ch'ella rimase ignuda;
E l'un dicea: Or vedi bella druda!
Dicea l'altro: Ella muda;
E cosi la lasciaro in grande scorno.
Similemente divien tutto giorno
D'uom che si fa adorno
Di fama o di virtu, ch'altrui dischiuda,
Che spesse volte suda
Dell'altrui caldo tal, che poi agghiaccia;
Dunque beato chi per se procaccia.

«Cuando se celebró el consejo de las aves hubo necesidad de que todas comparecieran en su seno, y la corneja maliciosa y aviesa pensó en cambiar de vestidura, y quitó plumas á muchas aves, y adornándose con ellas se presentó en el consejo; no obstante sostúvose poco tiempo, porque como parecia más hermosa que todas, preguntó una á otra: ¿Quién es esa? Hasta que por último fué conocida. Ahora bien, sabed lo que sucedió.

»Cercáronla todas las demás aves, de tal manera que en un abrir y cerrar de ojos la pelaron y quedó desnuda. Una decia: *Mira el pimpollo:* Otra, *Está desnuda*, y así quedó espuesta al comun escarnio.

»Lo mismo sucede cotidianamente al hombre que se engalana con la fama y virtud ajenas; y bajo una vestidura no hecha para él, suda y luego tiembla de frio. De consiguiente bienaventurado aquel que por sí solo sobresale.»

(49) Por ejemplo, sus frecuentes retruécanos sobre el nombre de Laura; la *gloriosa columna sobre la cual se apoya la esperanza; el viento angustioso de los suspiros; el fuego de los mártires; las amorosas llaves; el laurel que conviene cultivar con el arado de la pluma, con suspiros de fuego; el torbellino interior que afloja el cordaje ya fatigado de su nave, hecho por el error y retorcido por la ignorancia.* Son del mismo género las analogias que halla entre cosas inconexas; por ejemplo, entre él y el águila, *cuya vista sostiene los rayos del sol;* y tambien el dolor que *de hombre vivo le convierte en verde laurel.* A veces no respeta en sus retruécanos las cosas sagradas; por ejemplo, cuando compara *la Judea que prefirió Cristo al bajar á la tierra para aclarar la Escritura, al pueblecillo donde nació la hermosa dama;* y cuando pone en parangon al *anciano de cabellos blancos que va á Roma á contemplar á aquel á quien esperó ver en el cielo*, consigo propio *buscando la forma real de Laura.* Bembo, el famoso admirador de Petrarca, confiesa haber leido cuarenta veces sus dos primeros sonetos sin llegar á entenderlos, y no haber encontrado nunca quien los entendiese á causa de las contradicciones que ofrecen. *Carta á Félix Trofino*, libro VI.

(50) La *Vida de Dante*, escrita por Boccacio, aunque llena de declamaciones y digresiones, nos ha conservado preciosas anécdotas relativas al gran poeta En sus comentarios á la Divina Comedia, explica paso á paso, primero el sentido literal, luego el alegórico, y si bien algunas cosas son triviales hasta lo sumo, pues se entretiene en decir quiénes fueron los primeros padres, y quiénes Abel y Cain, muestra, sin embargo, bastante inteligencia, tanto respecto de la gramática, como de la historia y las doctrinas. Se extiende sólo á diez y siete cantos.

bajo la aspera corteza de la Edad Media; quien reveló á las ideas populares su grandeza; y quien, precisando sin cesar á pensar, persuadió de que la poesia es una cosa mejor que formas vacias y combinaciones sonoras.

De aquí su gran influencia sobre las bellas artes, porque, aun admirando la antigüedad, Dante creia firmemente en los dogmas católicos. Ahora bien, formó de sus admiraciones y creencias una mitologia en parte original, que hizo olvidar las tradiciones conservadas entre los artistas. La manera con que habia dispuesto los reinos invisibles ofreció nuevos asuntos á los pintores, que imprimieron hasta en los mismos santos pensamientos más profundos, en lugar de aquel aire de beatitud satisfecha, bajo la cual se habian representado hasta entonces.

Dante es el intérprete del dogma y de la ley moral, como Orfeo y Museo; Petrarca es el intérprete del hombre y de su naturaleza íntima, como Alceo, Simónides y Anacreonte. El primero representa, como lo hace siempre la epopeya, una raza entera, una edad y el conjunto de las cosas de que se compone la vida; el segundo describe la existencia individual. Así es que éste es comprendido en toda época; la admiracion con respecto al otro sufrió interrupciones y crisis (51); pero sólo volviendo á él podrá la Italia vencer su adormecimiento ó separarse de los *turbios rios* de todo borron extranjero.

Otros escritores. -Cino de Pistoya, comentador del Código, merece algun recuerdo después de estos dos grandes escritores. Desterrado como gibelino, era llamado á porfia por las universidades. Los versos en los que cantó, en rima vulgar, la bella Selvaggia, pasan por ocupar el medio entre el vigor de Dante y la dulzura de Petrarca; pero nos parecen oscuros y llenos de alambicamientos platonicos. Dante asegura, no obstante, que las canciones de Cino y las suyas habian elevado el magisterio y el poder de la lengua italiana, que componiéndose antes de palabras ásperas, de construcciones dudosas con una pronunciaron defectuosa y acentos campesinos, habia sido trasformado por ellos en un idioma (52). Cecco Stabili de Ascoli, autor del *Acerbo*, poema filosófico en que no brillan ni la poesia ni la ciencia, ataca al gran Alighieri con el despecho del hombre que no puede ni con mucho alcanzar á su émulo. Fné quemado en Florencia como mago. Fazio de los Uberti describió en el *Dittamondo* un viaje tomando por modelo al geógrafo Solin. Es una obra mal concebida y peor ejecutada. Federico de Frezzi de Folillo describió en tercetos, en el *Quadriregio*, los cuatro reinos del Amor, del *Demonio*, de los Vicios, y de las Virtudes. Minerva conversa en él con los profetas Enoch y Elias. El legista Francisco Barberino trató en los *Documenti de Amore* de filosofia moral, política, urbanidad, y hasta táctica, en un metro variado, y en estilo puro. fácil y elegante; pero este poema no nos ayuda á conocer las costumbres de la época, como parece anunciar el título. Compuso tambien un tratado del *gobierno* y de las *costumbres de las mujeres*, que ha permanecido inédito hasta nuestros dias (Roma, 1815). Da en él reglas para las diferentes condiciones de las mujeres en las diversas edades, en versos sofisticos mezclados de prosa, ya que no parezca prosa todo (53). Es una obra prolija, fastidiosa, pero cuya intencion es buena y el lenguaje hermoso. El barbero Burchiello, cuyas ideas enteramente vulgares están espresadas en términos de callejuelas ó de lupanares, se lee aun por su naturalidad, tan rara entre los demás autores italianos. Justo de los Conti, débil imitador de Petrarca, ha cantado á la *Hermosa mano* de su dama. Estos escritores no han valido á su patria ni gloria, ni placer; y no se mencionan en este lugar más que por su antigüedad. Hubo tambien un preceptista: el veronés Guido de Sommacampagna escribió en 1360 el *Tratado y el arte de las rimas vulgareo*, donde inserta una série de composiciones suyas, como ejemplo de las varias formas que se usaban entonces (54).

Hemos visto cuánto debió la prosa italiana á Dante en ejemplos y preceptos. Las cartas de Guitton de Arezzo, menos despreciables que lo que hace creer la altanera reprobacion del poeta, le son anteriores. Tenemos de santa Catalina de Siena versos desgraciados y cartas en las que los que estudian las bellezas y riquezas del estilo encuentran mucho que aprovechar (55). El dominico Jacobo

---

(51) La *Divina Comedia* pareció á La Harpe *una rapsodia informe*: á Voltaire *una amplificacion estúpidamente bárbara*. Se hicieron de ella 42 ediciones en el siglo XVI, 4 en el XVII: en el nuestro lleva más de 100.

(52) *De Vulg. Eloq.*, lib. I, c. 17.

(53) Apelo á los primeros pretendidos versos, *si digito callemus et aure;*

Novellamente, Francesco, parlai
Coll'onestade;
Ed a preghiera di molte altre donne
Mi lamentarco lei, e dissi
Ch'erano molti, ch'avean scritti libri,
Costumi ornati d'uom, ma non di donna.
Sicch'io pregava lei
Che per per amor di sé,
E per amor di questa sua compagnia,
Ch' á nome cortesia;
Ed anco per vestir le'altre donne con meco
Di quello onesto manto, ch'ella hæ seco,
E ch'ella porge a quelle che vog ion camminare
Per la via d'costumi, degnasse di parlare
Con questa donna, che si appella Industria;
E seco insieme trovassono uno modo
Che l'altra donna, ch'ha nome Eloquenza,
Parlasse alquanto di questa materia,
E'l suo parlare si trovasse in scritto,

(54) Ms. existente en la biblioteca de Scipion Maffei. Véase *Verona illustrata*, P. II, I, 2.

(55) Además de la Pisani y de la siciliana Nina, cita-

Passavanti tradujo al idioma vulgar su *Espejo de la penitencia*, en el que, en medio de vulgaridades, hace conocer el corazon humano, y no se separa nunca de una claridad llena de encanto. El fraile predicador Cavalca, aunque más pálido y descuidado, recuerda siempre que habla al pueblo; y sus *Actas apostólicas* son un tesoro tal de sencillas bellezas, que yo le llamaria el perfeccionador de la prosa italiana. Los sermones de fray Giordano están llenos de celo contra los desórdenes públicos, pero ¡cuán ingénuo candor de lenguaje y *sencillez de paloma* tienen en las *Florecillas de san Francisco!* Con respecto de los *Hechos de Eneas*, por Guido de Pisa, diremos que no es la menor de las desgracias de la Italia, verse precisada ir á buscar en obras de mezquino alcance lo que la lengua ofrece mejor.

Los *Preceptos de los antiguos* coleccionados y esplicados por fray Bartolomé de San Concordio, son reputados como de un lenguaje muy correcto, aunque oscuros en algunos lugares por el caracter latino. Albertano, juez de Brescia, ha escrito tres tratados morales en latin, cuya traduccion por el notario Soffredi de Grazia, anterior al año 1278, es uno de los más antiguos monumentos de la lengua (56). Nos quedan de aquel tiempo muchas traducciones que en todos los paises representan gran parte de los principios de la lengua escrita; tales son el primer libro del Orador de Ciceron, por Brunetto Latini; las Vidas de los santos Padres del desierto, producciones llenas de encanto; el Salustio, atribuido sin razon á fray Bartolomé de San Concordio; las Epístolas de Séneca, las Adversidades de la fortuna de Arrigo de Settimello; el Guerrino llamado miserable; la Vida de Barlaam; la leyenda del jóven Tobias, etc., estimadas por su incomparable sencillez toscana.

Pedro Crescenzi, «que habia salido de Bolonia por las discordias civiles (1230), recorrió, en el espacio de treinta años, diferentes provincias, dando fieles y leales consejos á los gobernantes, y manteniendo á las ciudades, sujetas á su dominio, en tranquilo y pacífico estado. Estudió gran número de libros, tanto antiguos como modernos, vió y aprendió las diversas operaciones de los que cultivan la tierra. De vuelta después á su patria, escribió á la edad de setenta años, sobre la utilidad de los campos dedicándoselo al rey de Nápoles Cárlos II. Propone como los aristotélicos teorias extravagantes, pero sugiere buenas prácticas como hombre experimentado. Parece que escribió su obra en latin; pero al poco tiempo fué traducida por un florentino, cuya feliz circunstancia la hizo vivir y ser estudiada, y Linneo para honrarle, llamó Crescencio á una planta americana.

Aunque sea de sentir tener que buscar la lengua italiana en autores cuyas ideas nos son estrañas, el estudio de los escritores del siglo XIV será siempre muy provechoso; corrigiendo solamente, en efecto, algunas de sus espresiones y modificádolas, proporcionan un poderoso recurso contra el neologismo moderno y contra el arcaismo erudito, ofrecen la primitiva acepcion de las palabras, su sentido sencillo y verdadero, la gracia, que no tiene otro adorno que ella misma, y prestan al idioma italiano aquel sencillo caracter que es el patrimonio del genio.

Bocaccio.—Así escribian aquellos autores, principalmente los historiadores de que hablaremos después, cuando ignoraban el arte de los incidentes, de las suspensiones, y de lo que da á la frase fuerza y variedad, hasta que para introducir en la prosa el arte que le faltaba nació Juan Boccacio. Era hijo natural de un comerciante de Certaldo, que le llevó consigo á viajar; pero conociendo su inclinacion á las letras, le puso bajo la direccion de un excelente profesor. Sus mejores maestros fueron Virgilio, Horacio y particularmente Dante, *mi guia, mi antorcha* y por quien *tengo todo lo bueno, si algo hay en mí.* Buscó la amistad de los hombres más afanados, y tuvo la felicidad de obtener la de Petrarca; aprendió tambien el griego; é hizo constituir una cátedra de esta lengua en Florencia para Leoncio Pilato, se familiarizó con Homero, del que hizo llevar un ejemplar, como tambien de otros autores que no eran aun conocidos en las orillas del Arno.

Habia escrito en latin la *Genealogia de los Dioses*, vicisitudes de ilustres desgraciados, virtudes y vicios de las mujeres, y una obra sobre los montes, las selvas, las fuentes, los lagos y los rios, que bueno ó malo, fué el primer diccionario geográfico. En ellas así como en sus diez y seis églogas, el latin es bastante menos elegante que el que escribió Petrarca. Cuando vió los versos de éste, quemó todos los que habia compuesto de jóven en lengua vulgar. Siendo adulto, concluyó la *Teseida*, epopeya en doce cantos y en octavas, sobre los amores de Arquitas y Palemon por la amazona Emilia en los tiempos de Teseo, y el *Filostrato* sobre los de Troilo con Briseida. En la *Amorosa vision* finge que en el templo de la felicidad le acompaña el triunfo de la Sabiduria, de la Gloria, de la Ri-

---

remos entre las italianas literatas á Hortensia de Guglielmo, Leonor de la Genga, Livia de Chiavello, todas de Fabriano; é Isabel Trebani de Ascoli; á Juana Biachentti de Bolonia, que sabia de filosofia y de derecho, conocia el griego, el latin, el aleman, el bohemio, el polaco y el italiano; además Justina Levi-Perotti, que dirigió sonetos á Petrarca; y la Selvaggia celebrada en los versos de Cino de Pistoya.

(56) Véase la variedad de juicios. Cuando el P. Cesari, que pasa por un pedante, hizo reimprimir las *Fioretti* de San Francisco (Verona, 1822), suprimió las antiguas terminaciones, sustituyendo á ellas las modernas, «para quitar á las personas disgustadas la ocasion de morder y despreciar aquel lenguaje del siglo XIV que caminarán de esta manera, dice sin que nada las incomode.» Cuando Sebastian Ciampi volvió á imprimir la traduccion del juez Albertano (Florencia, 1833), conservó no sólo las cadencias, sino hasta todos los errores del manuscrito, é hizo atestiguar su integridad con acta de notario.

queza, del Amor y de la Fortuna, y el principio de los versos de cada terceto forman un soneto y una cancion. El *Ninfal fiesolano* versa sobre los tristes amores de Africo y Mensola; pero ni aun los trozos lascivos incitan á volverle á leer.

La prosa debia ser para Boccacio su título de gloria. Refiere primero en el *Filocopo* las aventuras caballerescas de Florio y de Blancaflor, relacion prolija sin sencillez. Es menos ampuloso en la *Amorosa Fiammetta*, nombre bajo el cual designaba á Maria, hija natural del Rey Roberto, de quien estaba enamorado. Habiéndose burlado de él una viuda, hizo para vengarse de ella una violenta diatriva contra las mujeres en el *Corbaccio* ó *Laberinto de amor*. Siete ninfas de la antigua Etruria refieren en el *Admeta* sus propios amores, acabando cada una con una égloga; es una mezcla de prosa y verso. Su carta á Pino de los Rossi, para animarlo contra las penas del destierro, es una obra de pura retórica.

El arte de Boccacio es enteramente pagano; comienza la *Teseida* invocando las *hermanas Castalias que habitan felices el monte Helicon*. Habiendo visto Pámfilo á Fiammetta en misa, es impulsado por Juno á amarla. En el *Filocopo* llama al papa gran sacerdote de Juno, y habla de la encarnacion del hijo de Júpiter. Los mismos sentimientos han presidido á la composicion del *Decameron*, su obra maestra, aunque no se encuentra en ella ni moral ni caridad. Finge que en el momento en que la peste diezma lo selecto de la poblacion de Florencia, cinco señoras, encontrándose en la iglesia con sus amantes, se convienen en ir á habitar el campo, donde para ahogar el temor y la compasion, pasarán una vida alegre y contarán aventuras y fábulas. La mayor parte de estas novelas son obscenas. Boccacio ha convertido en loca cortesana, ébria de placeres sensuales, la dama que Dante habia elegido para inspirarle y guiarle á través del *bosque salvaje* de la vida, en el camino de la verdad, que Petrarca habia cubierto con el velo del pudor y de la melancolía. A la vez crédula y supersticiosa, va á misa para enamorar, y cuando mueren mucho en su rededor, no encuentra mejor partido que adoptar que irse al campo á oir cuentos y divertirse. La fidelidad conyugal y la castidad monástica se encuentran de continuo atacadas en aquel libro; el autor, irreligioso en el Ciappelletto, deeista en el judío Melquisedec, alaba sin cesar el mal principio del egoismo; sus personajes ceden siempre á la pasion, sin aquél contraste que en el arte produce lo dramático, el sacrificio en la vida, y es la fuente del órden (57).

Tanto como agradó el Decameron á la sociedad bulliciosa, escandalizó á las personas honradas; y Pedro Petroni, cartujo de Siena, encargó en su lecho de muerte á Joaquin Ciani, su compañero, buscase á Boccacio para que apelara á su conciencia. Afectóse de ello Boccacio, y dió mejor direccion á su vida y á sus escritos. No contento con recomendar que no se leyesen sus cien novelas (58), escribió como en reparacion, versos sagrados; pero éstos se han olvidado, y las novelas quedan para escándalo y daño de los hombres. Se admira, sin embargo, la variedad de formas, prólogos, finales, caractéres, ó más bien de condiciones, pero en vano se quiere que en medio de aquella variada abundancia, busquemos una pintura del género de la vida y del carácter italiano: no se encuentra tampoco en él la rapidez de la relacion, ni el arte de sostener la curiosidad.

Ningun prosista habia pensado hasta entonces en pulimentar artificialmente su estilo, contentábanse con espresar sus sentimientos, sin otro adorno que la sencillez, hablando á los lectores tan familiarmente, como lo hubiera hecho con amigos. Esta forma era tanto más conveniente, cuanto que los libros de entonces eran menos alocuciones dirigidas al público en general, que confianzas domésticas y de pais. Boccacio quiso dotar el estilo con la magnificencia que no conocia antes, y despojándolo de lo que tenia de antiguo y tosco, emprendió dar al período el número, la gracia, variados movimientos, y una forma conveniente al objeto. El pensamiento era escelente, pero no supo distinguir la diferente naturaleza de los idiomas, y adhiriéndose al latin, se dedicó á redondear el período con un arte demasiado aparente y ambicioso. Obtuvo la riqueza, la abundancia, la armonía; pero en lugar de la nueva prosa, clara y lógica, como se encuentra en Dino y Vilani, introdujo la confusion en los miembros y las traposiciones, á las cuales repugnan las lenguas moder-

---

(57) Existen de cierto Adolfo, que vivia en 1315, diez novelas en dísticos latinos (ap. LEYSER), todas poniendo en ridículo el matrimonio y describiendo aventuras indecentes, á la manera de Boccacio. Por lo demás está demostrado, que la mayor parte de las novelas que contiene el Decameron no son inventadas por el autor. Se las ha querido libertar de las inconveniencias que se encuentran en ellas, y elegirlas para darlas á leer á los jóvenes; pero se ha tomado, como acontece comunmente, la inmoralidad por lascivia, y suprimiendo frases y narraciones repugnantes, se dejaron otras no ménos peligrosas. Se ha dicho tambien que no se debia permitir la lectura más que á aquellos que hubiesen hecho una buena accion por la patria; es decir, que poquísimos serian los que la leyesen.

(58) Escribia á Mainardo Cavalcanti: «Deja mis novelas á los que se entregan con impetuosidad á sus pasiones, que generalmente desean pasar por profanadores habituales del pudor de las matronas. Y si no quieres tener consideracion al honor de las mujeres, tenlo al mio, si me amas lo bastante para derramar lágrimas por mis sufrimientos. Los que las lean me reputarán por un vergonzoso entremetido, un viejo incestuoso, un hombre impuro y maldiciente, ávido de contar los desmanes ajenos. No se encontrarán en todas partes personas que me escusen diciendo: *Ha escrito siendo jóven, y se vió obligado á ello por órdenes que no podia desobedecer.*

nas, que libres de desinencias, se arreglan mejor á la sintaxis directa (59); enseñó á despreciar la sabia moderacion, de la familiaridad atrevida y digna, la noble cencillez. Un estilo rebuscado es siempre malo, decia Monti, pero la pompa del lenguaje se une tanto menos con la ligereza de las materias tratadas por Boccacio, que comunmente se ve en su Decameron, salir de los pliegues simétricos de la toga romana, el canto del trovador ó la vara del juglar. A riesgo de incurrir en la escomunion de los pedantes antiguos y nuevos, concluiremos con franqueza, como simple historiador, que Dante habia abierto los tiempos nuevos, que Petrarca y Boccacio rechazaron su época hácia la antigüedad, que fueron imitadores cuando él habia inventado, clásicos cuando él era bíblico, y que adormecieron su patria cuando él habia emprendido la tarea de despertarla.

Los imitadores de Boccacio desterraron la naturalidad de los pensamientos ó de la espresion, lo que fué una de las causas por las cuales la Italia es tan pobre en comedias y novelas; por esto es tambien por lo que los escritores modernos han tenido tanto trabajo en encontrar ejemplos de sencillez. ¡Feliz aun si el mal no hubiera sido más que gramatical! pero el ejemplo ha estimulado, disculpado á nuestros contemporáneos de fomentar un género de literatura esencialmente inmoral, como son los cuentos.

Las *Cien novelas antiguas*, de las cuales algunas fueron escritas poco después de la muerte de Ezzelino, refieren en un estilo sencillo la vida de aquella época. Se hace «mencion de ciertas maneras elegantes de hablar, bellas cortesanias, hermosas respuestas, graciosas agudezas, hermosos regalos y bellos amores, segun han hecho varios en los tiempos pasados.»

Franco Sachetti, florentino togado, que tambien se ocupaba del comercio, marchó por las hu ellas de Petrarca en las poesias amorosas y por las de Boccacio en las novelas. Su estilo es más corriente que el de Boccacio, las aventuras que describe son más originales y más pintorescas que las de su predecesor, pero le son inferiores en la intriga y vivacidad. Dejando á un lado las innobles inconveniencias y las reflexiones fuera de lugar, se encuentra en él un cuadro de la vida de entonces en aquellas chistosas palabras que dice de improviso; en aquellos hombres de corte que arrancan regalos por su importunidad; en aquellos posaderos risueños, que se divierten á espensas de los que no espresan la palabra propia; en los magistrados ignorantes ó avaros que son el blanco de los sarcasmos y de las burlas; en las fanfarronadas de los soldados alemanes con nombres revesados; en la ruindad de los emperadores que iban á Italia con la bolsa vacia, en que promoviesen pleitos los que habian estudiado derecho, por lo cual uno de Metz se admiraba de ver prosperar á Florencia aun con tantos jueces, cuando bastaba uno solo para arruinar á su patria. Estas relaciones dan, en una palabra una idea de aquella vida pública, activa, agitada, industriosa, de personas que aun no se veian contaminadas con los miasmas de una opresion pacífica.

El *Pecorone*, de Juan de Florencia, se aproxima á Boccacio en la propiedad de la espresion y en la gracia del estilo. Un tal Auretto, enamorado de la hermana Saturnina, se mete fraile; y siendo capellan del convento que ella habita, convienen en pasar el tiempo juntos y en contarse arternativamente una novela en el locutorio. Llegan de esta manera hasta la quincuagésima: históricas en su mayor parte, están espuestas con sencillez, y los escabrosos detalles están cubiertos con arte. Pero en general, falta la rapidez y precision á los narradores de aquel siglo, así como el caracter ingenioso que se adquiere con un largo trato con los hombres y una sociedad escogida.

Hay un mérito más real en el tratado de Angel Pandolfini de Florencia, titulado del *Gobierno de la familia*, que escribió para sus hijos en una edad avanzada, después de haber pasado gran parte de vida en los empleos y embajadas. Son preceptos de economia y moral apropiados á la clase de vida de la época, espresados con grandísima propiedad (60).

(59) Baretti, mostrando aversion á estos períodos que *toman tres millas de terreno*, concluyó diciendo que *el lenguaje empleado por Boccacio es con frecuencia escelente y su estilo es por lo regular detestable.*

(60) Ahora, sin embargo, le ha sido arrebatado aquel libro para atribuírselo al ilustre arquitecto Leon Bautista Alberti.

CAPÍTULO XXIX

ESTUDIOS CLÁSICOS.

Al ver tanta grandeza hasta en sus primeros principios, ¿quién no hubiera creido que la nueva literatura iba á lanzarse por una senda propia, esencialmente distinta de la antigua? Cabalmente aconteció lo contrario, y el prurito de la erudicion contuvo el vuelo del genio moderno. Petrarca y Boccacio, pero no Dante, que no conocia á la mayor parte de los clásicos más que de nombre, habian tomado grande empeño en resucitar la literatura antigua; pero si depuró su gusto, ella hizo que Petrarca aguardara la gloria de sus versos latinos, y que Boccacio introdujera aquellos períodos que rechazan las lenguas modernas. Boccacio fué uno de los primeros que cultivaron seriamente el griego, divulgado después por los que huian de la cimitarra de los turcos. Cuéstanos trabajo prestar crédito á Filelfo, cuando nos dice que aun hablaba el ínfimo pueblo de Constantinopla la aurea lengua de Aristófanes y de Eurípides; y las grandes señoras y los literatos, la de los oradores é historiadores (1). De seguro la pronunciacion estaba completamente alterada: él mismo hallaba en el Peloponeso «un modo de hablar corrompido que nada tenia del lenguage primitivo y elocuente de la antigua Grecia.» Además, Coluccio Salutato escribe que Plutarco habia sido traducido del griego antiguo al idioma moderno (2). Sin embargo, ¡cuán provechosamente podia ser aplicada al estudio de los clásicos una lengua todavia viva! y mucho más cuando el clero no se habia consagrado á los asuntos del gobierno, ni á las distracciones de la guerra, como los señores feudales, y podia emplear sus ocios en el estudio de las letras, en su instruccion, y cuando la sutileza de las cuestiones agitadas en Oriente inducia á prestar estremada atencion á las voces.

Pero ni del lenguaje ni de nada se cuidaron; las discusiones de escuela dejaban muy poco tiempo sobrante para consagrarlo á los autores profanos, y quizá entonces perecieron los líricos dorios y eolios, porque habian llegado á ser ininteligibles para los copistas. Además, en general aquellos sabios consideraban la literatura antigua como una ciencia muerta, y sólo dió frutos cuando fué trasladada á Italia.

Siempre habia habido en la península hombres versados en el conocimiento del griego, aunque no fuera más que como lengua litúrgica entre los monges de San Basilio; y vino á ser deliberadamente objeto de estudio cuando se trató de reunir la Iglesia de Oriente á la de Roma. El calabrés Barlaam, monge del monte Atos y gran fautor del cisma griego, vino como embajador de Constantinopla, y enseñó sin éxito notable esta lengua á Petrarca. Leoncio Pilatos, compatriota de este religioso y discípulo suyo, se alojó en Florencia en la misma casa de Boccacio, á quien indujo á traducir á Homero: para este efecto mandó traer con grandes gastos un ejemplar de Levante, é inspiró á los florentinos el pensamiento de instituir para él la primera cátedra de lengua griega. Manuel Crisolaras, llegado á Florencia en calidad de orador del emperador Manuel, enseñó con más éxito en esta ciudad, así como en otras partes: luego llegó una multitud de griegos á Italia á medida que su patria caia en manos de los musulmanes. Teodoro Gazza vino de Tesalónica: además, Jorge de Trebisonda, Juan Argiropulo, Demetrio Calcondilas, Juan Lascaris, vástago de real estirpe. No trayendo consigo otros bienes que el estudio de los clásicos, no dejaron de exagerar su importancia y de declarar bárbaro á todo el que no se dedicaba á ellos, desde-

(1) Epístola de 1451.
(2) MEHUS, pág. 294.

ñando hasta la lengua latina. De esta suerte el siglo de los creadores cedió el puesto al de los gramáticos y retóricos.

Hombres de mérito más efectivo se presentaron en el concilio de Florencia, donde se pusieron en debate cuestiones platónicas de la índole más séria. Besarion, nombrado cardenal, se fijó en Italia: allí acogió á los griegos emigrados y reanimó el amor hácia Platon, cuya doctrina fué esplicada en Florencia por Jorge Gemistio Pleton, y vino á ser objeto de los estudios de una academia El camaldulense Ambrosio encontró en Mantua, á principios del año 1400, niños y niñas que sabian el griego, y la hija del marqués, de edad de ocho años, conocia la gramática de esta lengua (3). La primera cátedra de literatura latina fué desempeñada (1397) por Juan de Rávena, discípulo de Petrarca.

Cuando se hubo refinado el gusto, los literatos italianos le emplearon ya en buscar autores perdidos, ya en imitarlos; puede por tanto decirse, que en Italia y por los italianos fueron descubiertos todos los clásicos. Petrarca encontró en Arezzo todos los de las Instituciones de Quintiliano, algunas oraciones de Ciceron, las tres primeras décadas de Tito Livio, y se consagró á buscar las demás, temeroso de que se perdiesen, así como Virgilio, á causa de la muelle indolencia de los hombres. Hacia memoria de haber visto en su infancia el libro *De las cosas divinas y humanas*, de Varron, las cartas y los epigramas de Augusto, obras que no han llegado hasta nosotros. Lo que pedia con más instancia á sus amigos era algun escrito de Ciceron; y con este fin enviaba dinero, acompañado de fervientes súplicas, á Italia, á Francia, á Alemania, á Grecia, y hasta á España y á Bretaña. Nada puede igualarse á su alegria cuando descubrió en Lieja, ciudad esencialmente ocupada en el negocio, dos oraciones del gran orador, y en Verona sus epístolas familiares. Crotto le envió después desde Bérgamo las *Tusculanas:* Raimundo Soranzo el tratado *De gloria:* se lo prestó á Convenévola; no lo recuperó y la posteridad tampoco. Nicolás Sigeros le envió desde Constantinopla un Homero en griego. Boccacio se arrastraba por las buhardillas de los conventos en busca de algunos libros: luego por economia ó en obsequio de la exactitud los copiaba por su propia mano. «Quiero contar, dice Benvenuto de Imola, lo que por chanza me referia mi venerable maestro Boccacio de Certaldo. Decia, pues, que hallándose en la Pulla, fué al noble monasterio del Monte Casino, y anhelante por ver la libreria, que, segun sus noticias, era importante en extremo, pidió rendidamente á un monje que hiciera el favor de abrirle la biblioteca; pero éste le respondió toscamente enseñándole una escalera: *Subid que abierto está.* Encaminóse alegre á ella y encontró el lugar que encerraba tan gran tesoro sin llave y hasta sin puerta. Habiendo entrado vió la yerba que habia invadido las ventanas, y los libros, así como los estantes cubiertos de un denso polvo. Pasmado, se puso á abrir uno y otro libro, y halló gran número de libros antiguos y raros echados á perder de diferentes maneras, con cuadernos arrancados de los unos, cortadas las márgenes de las páginas de los otros. Afectado al ver los trabajos y los estudios de tantos ilustres talentos caidos en manos de gente tan ignorante, se alejó de allí con las lágrimas en los ojos; habiendo encontrado después en el claustro á un monge, le preguntó por qué libros tan preciosos estaban mutilados tan indignamente. Le respondió que ciertos religiosos para ganar dos ó cuatro sueldos, arrancaban cuadernos de que hacian pequeños libros para vender á los niños, y con las recortaduras de los márgenes relicarios para vender á las mujeres. Ahora bien, hombre estudioso, rómpete la cabeza para escribir libros (4).

Habiendo asistido el florentino Poggio Bracciolini al concilio de Constanza, halló en el monasterio de San Galo abundancia de libros «dentro de una especie de calabozo húmedo y oscuro, donde se hubiera tenido reparo en arrojar á un condenado á muerte.» Contábanse entre el número ocho oraciones de Ciceron, las Instituciones de Quintiliano, Columela, una parte de Lucrecio, tres libros de Valerio Flacco, Silio Itálico, Ammiano Marcelino, Tertuliano, así como otros que no se han encontrado luego. Las noticias suministradas por Poggio, sirvieron para descubrir en Alemania doce comedias de Plauto (5). Después el *Orador* de Ciceron fué exhumado por Gasparino Barziza, las cartas á Atico por un desconocido; los libros de la *Invencion* y á Herennio, por Gerardo Landriano, en Lodi; se tuvieron de Paris las cartas de Plinio el Jóven; de Alemania las églogas de Calpurnio y de Nemesiano; Tomás Inghirami de Volterra descubrió en Bobbio el Viaje de Rutilio Namaciano.

Un manuscrito era considerado como una de las cosas más preciosas, y una biblioteca era una magnificencia. Melchiorre, librero de Milan, pedia diez ducados de oro por la copia de un manuscrito de las Epístolas familiares de Ciceron, y Antonio de Palermo gastó ciento veinte para procurarse una de Tito Livio, vendiendo para esto una casa de campo. Tomás de Sarzano, que después fué papa, compraba á crédito, y tomaba prestado para pagar copistas é iluminadores. Petrarca se desconsolaba de que no hubiese un Plinio en Aviñon. Su biblioteca, que debia ser selecta, fué cedida, mediante una pequeña retribucion, á la república de Venecia. La de San Marcos tuvo por núcleo los libros que el cardenal Besarion legó á Venecia, «ciudad regida por la justicia, en la que reinan las leyes, donde la sabiduria y la probidad gobiernan, en la

(3) *In Odepor.*

(4) *Comentario sobre el canto XXII del Paraiso.*

(5) STEPHERD, *Vida de Poggio* (inglés).

que tienen su asiento la virtud, la dignidad y la buena fe.» Al abandonar esta ciudad donde habia pasado el tiempo de su destierro, Cosme de Médicis, dejó la suya al convento de San Jorge, y la que tenia en Florencia fué el orígen de la biblioteca Lorenzana. Nicolás Nicoli de Florencia rivalizaba con Cosme, en proporcion de su fortuna, por su celo en reunir libros; y habia reunido ochocientos tomos, tanto griegos como latinos y orientales. Los copiaba él mismo, coordinando y corrigiendo los testos alterados por los copistas, lo cual hizo se le llamase el *padre de la crítica*. Legó estos libros para uso del público, y fueron depositados en el convento de dominicos de San Marcos, cuya biblioteca fué el modelo de las que se formaron después. Afligido Coluccio Salutato con la destruccion de los manuscritos, proponia establecer bibliotecas públicas, dirigidas por sabios encargados de reconocer las mejores lecturas. Hizo adquirir una á Roberto de Nápoles: diversos señores imitaron á aquel príncipe, y se cita un Andrés de Ochis, de Brescia, que hubiera vendido sus tierras, casas, mujer y hasta á sí mismo, para añadir nuevos libros á los que poseia ya en gran número. El siciliano Juan Aurispa, que fué secretario de Eugenio IV; Juan Malpaghino de Rávena, el escritor más correcto después de Petrarca; Guarino de Verona, que enseñó en varios puntos, comentó á los antiguos é hizo sin gran éxito varias traducciones del griego, fueron gramáticos de fama. El diccionario bibliográfico *(De originibus rerum)*, publicado por Guillermo de Pastrengo, veronés, amigo de Petrarca y embajador del papa, supone inmensas lecturas, aunque vaya errado sobre todo en el apéndice, en lo que corresponde á los fundadores de las ciudades y á los inventores de las cosas.

Ambrosio de los Angeles Traversari, general de los camaldulenses amigo de Eugenio IV, y su legado en Basilea, tradujo varios autores griegos, y escribió sus propios viajes (*Hodeporicon*), Francisco Bárbaro, desempeñó elevados empleos en Venecia, y embajadas cerca de otros varios príncipes: mandaba en Brescia, en tiempo del cerco de aquella ciudad por Piccinino, y encontró, sin embargo, algun tiempo que consagrar á las letras, y á una correspondencia seguida con los hombres más célebre de aquel tiempo. Hermolao Bárbaro dió una edicion de Plinio, en la cual habia corregido cinco mil faltas, y aun dejó gran número de ellas. Gasparino Barziza, de Bérgamo, llamado á Milan por Felipe Maria Visconti, para que enseñase, tuvo de Ciceron la perfeccion y un lenguaje siempre culto, períodos cultos, períodos rotundos, y buena disposicion de palabras.

Filelfo, 1398-1481.—Tuvo por discípulo á Francisco Filelfo de Tolentino, uno de los escritores más célebres y más atrabiliarios. Habia contraido matrimonio cuando ejercia en Constantinopla las funciones de secretario del bailio veneciano en aquella ciudad, con una hija de Juan Crisolaras. Antes de cumplir veinte años, fué llamado á Pádua para enseñar la elocuencia, después en Bolonia, en Milan, Florencia y Pavia; Manuel y Juan Paleólogo le enviaron en calidad de embajador al sultan Amurates II y al emperador Segismundo.

Escribió treinta y siete libros de cartas, sátiras y otras obras, que gracias á su presuncion, le valieron encarnizados enemigos. Tomó tambien parte en las disensiones políticas; cuando los demás sabios aceptaban los favores de los Médicis, él los despreció, llegando hasta á asalariar sicarios contra Cosme, como tambien se asalariaron para atentar á su vida. Después de haberse declarado del partido de Francisco Esforcia, con quien no supo sostener amistad mucho tiempo, fué en Roma el objeto de los favores de Nicolás V; después se dirigió á Nápoles, donde el rey Alfonso le hizo caballero y le condecoró con el título de poeta. Habiendo suspendido Pio II el pago de la pension que le habia sido asignada, maldijo al papa y al papado, dejando entrever la intencion de ir al encuentro de Mahomet II, que afectado con una oda suya, habia dado libertad a su suegra y sus dos hijas, hechas prisioneras en Constantinopla. Colmado de tantos honores y pensiones, no cesó de quejarse, y anduvo de una corte en otra, inquieto, insaciable, dedicando sus obras ya á uno ya á otro, mendigando dinero en sus cartas, é injuriando tanto por una dilacion como por una negativa; *porque*, decia, *no se puede tener en este siglo otro Filelfo; y sabeis que nadie puede compararse conmigo en mérito con respecto á mi facultad.*

Poggio, 1380-1459.—Hubo entre Poggio y Lorenzo Valla célebres luchas en aquella época. El primero desempeñó cerca del papa las funciones de secretario, durante medio siglo, con un pequeño sueldo. Compuso después una historia de Florencia, un libro de obscenidades repugnantes, y tratados, más bien morales que políticos, sobre la nobleza, la desgracia de los príncipes, la inconstancia de la fortuna, obras en las que se manifiesta escritor enérgico y juicioso. Criticado por Valla en cinco sátiras, lanzó contra él las injurias más groseras que puede pluma escribir. Valla le replicó en el mismo tono, dedicando ¡cosa estraña! sus *antídotos* á Nicolás V, que no hizo cesar esta querella de mal género. Poggio sostuvo tambien encarnizados combates contra los gramáticos de la época: ¡miserable ejemplo de aquellas vergonzosas diferencias, cuyo espectáculo renuevan de cuando en cuando la hez de los literatos!

Valla, con menos talento que su rival, pero con más erudicion gramatical, suscitó dudas muy raras en aquel tiempo. Declaró falsa la donacion de Constantino; así como la carta de Jesucristo al rey Abgar; sostuvo que los apóstoles no habian compuesto cada uno un artículo del Símbolo, puso en el Nuevo Testamento notas bastante severas contra la Vulgata, fundando sus esplicaciones en la lengua original. Disparaba dísticos y sarcasmos contra los cardenales y los grandes que tardaban en concederle algun favor, y no se libertó la am-

bicion de la corte de Roma. Así es que tuvo que abandonar las orillas del Tíber y refugiarse en Nápoles, donde abrió una escuela de elocuencia. Pero habiéndole vuelto á llamar Nicolás V, le dió por su propia mano 500 escudos de oro por haber traducido á Tucídides, añadiéndole el título de canónigo y de escritor apostólico. Su tratado de las *Bellezas de la lengua latina*, que fué reimpreso, traducido, resumido, comentado, y hasta puesto en verso, contiene reflexiones sobre la manera de escribir y buenas reglas con respecto á la sintaxis, las inversiones, y sobre todo la sinonimia. Se mostró en la práctica más hábil en conocer las palabras que en disponerlas en buen estilo; hasta desechó por escrúpulo de purismo, frases de perfecta construccion. Escribió otros cuatro libros de invectivas contra Bartolomé Fazio, que le respondió con otros tantos.

No nos detendremos en Pedro Pablo Vergerio de Capodistria, historiador de los carrareses, y maestro de Lionel de Este, ni en Cárlos Marsupini de Arezzo, secretario de la república de Florencia, ni tampoco en Antonio Panormita, poeta laureado del emperador Segismundo, y autor del *Hermaphroditus*, coleccion de epígramas estremadamente obscenos dedicados á Cosme de Médicis, vituperados por los frailes y buscados por los curiosos. Perroti, obispo de Siponto, esplicó muchas palabras latinas (*Cornucopia sive linguæ latinæ commentarii*) para lo cual estudió las obras de Marcial; Cristóbal Landino, secretario de la señoría de Florencia (1424-1504), escribió poesias y tratados de filosofía. Tradujo á Plinio, y la *Sforziada* de Juan Simonetta. Hizo además sobre Virgilio, Horacio y Dante, largos comentarios, coleccion tal vez de lecciones que daba públicamente sobre estos autores, en quienes, además del sentido material, buscaba otro oculto y moral. A imitacion de Platon y Ciceron compuso *Disquisizioni camaldolesi*, diálogos entre ilustres personajes, en los que hace amar la virtud, sin sutilizar demasiado sobre las teorías, pero abandonándose á sueños platónicos. La forma del diálogo era tambien adoptada por Valla para defender el epicurismo, por Bárbaro, Platina, Palmieri, Alberti, Pontano Mateo Bosso; é imitando el *De claris oratoribus*, Pablo Cortese, supo caracterizar bien á los sábios de su época.

Policiano, 1454-94.—Más celebridad estaba reservada á Angel Policiano de Monte Pulciano. Recogido mancebo por Lorenzo de Médicis, que conoció su talento, enseñó á los veinte y nueve años la elocuencia griega y latina. Sabia el hebreo, y con respecto al italiano está contado entre los que despertaron la dormida poesia, volviéndola á la antigua elegancia, y recibiendo de sus émulos honores é insultos de todas clases. Sus *Miscelánea*s, que eran una coleccion de cien reglas de gramática, de alusiones y de costumbres sacadas de los autores latinos, eran reputadas como una obra maestra, siendo una gloria ser mencionado en ella, y en su consecuencia una injuria ser olvidado. Policiano trata estos asuntos con una amenidad sólida y variada, muy rara entre los eruditos, y con una pureza superior á lo que se habia escrito antes de él. Conociendo vivamente las bellezas romanas, describe bien y emplea los clásicos en tiempo oportuno, aunque sea muy supérfluo en sus descripciones, aunque abusa de los diminutivos, é incurre en impropiedades de espresion (6).

Otros tambien hicieron versos latinos, y en su número se cita á Bautista de Mantua, honrado con una estátua al lado de la de Virgilio, á quien no le creia inferior Erasmo; ¿pero quién lo recuerda en el dia? Maffeo Veggio tuvo el atrevimiento de componer un libro XIII de la Eneida. Estos dos poetas fueron sobrepujados por Joviano Pontano, presidente de la academia de Nápoles, que fué la más célebre, cuando las de Roma y Florencia habian sucumbido.

La principal ocupacion de estos escritores era comentar los autores antiguos, para formar con ellos lecciones útiles, facilitar su conocimiento, y ayudar á escribir correctamente. Multitud de obras griegas fueron entonces traducidas; y la historia, la mitología, las antigüedades contribuyeron á esplicar los textos. Estos comentarios abundaban en frivolidades, ridiculces é interpretaciones erróneas, en atencion á que la fuerza de las espresiones no era bastante conocida y hasta se ignoraba á veces su significado; pero debe considerarse que no habia en aquella época, ni gramática ni diccionarios; que era necesario olvidar la jerga de la Edad Media, y buscar en los clásicos lo que se encontraba ó no; y aun así los textos eran muy raros. Se veian, pues, obligados á adivinar las lenguas, esplicar un autor por otro, ir en busca del oro, con riesgo de perecer en la mina. Enriquecidos con las laboriosas vigilias de aquellos escritores, los tratamos con ingrato desden, y nos glorificamos

(6) Como desprecia con todo su corazon á los *bárbaros*, los invita á admirar las bellezas y buenas cualidades de los italianos: pero él da la prueba de que conoce en qué consiste el mérito en general, mas bien que el verdadero mérito de los italianos. *Admirentur nos, sagaces in inquirendo, circumspectos in explorando, subtiles in contemplando, in judicando graves, implicitos in vinciendo, faciles in enodando. Admirentur in nobis brevitatem styli fœtam rerum multarum atque magnorum, sub expositis verbis remotissimas sententias, plenas quæstionem, plenas solutionum; quam apti sumus, quam bene instructi ambiguitates tollere, scrupulos diluere, involuta evolvere flexanimis syllogismis, et infirmare falsa, et vera confirmare. Viximus celebres, ó Hermolæ, et posthac vivemus, non in scholis grammaticorum et pædagogiis, sed in philosophorum coronis, in conventibus sapientium, ubi non de matee Andromaches, non de Niobes filiis, atque in genus levibus nugis, sed de humanarum divinarumque rerum rationibus agitur et disputatur. In quibus meditandis, inquirendis et enodandis, ita subtiles, acuti acresque fuimus, ut anxii, quandoque nimium et morosi fuisse forte videamur, si modo esse morosus quispiam aut curiosus nimio plus in indaganda veritate potest.* POLIT., *Epist.*, libro IX.

en poseer lo que ellos nos han adquirido, sin querer reconocer al mismo tiempo toda la gloria que les cupo en adquirirlo.

Diccionarios.—Sus encarnizadas querellas dieron vuelo á la filologia, obligados como estaban á dar cuenta de cada frase y de cada espresion. Después hubo los diccionarios, que fueron un gran socorro. Uguccione, obispo de Ferrara, compilo uno, á ejemplo de Papia; Buoncompagno escribió sobre la disposicion artificial y natural de un diccionario, El *Catolicon* de Juan de Génova, tomo grande impreso por Guttemberg en 1460, que comprende gramática y diccionario, es poco conocido, y no obstante aventajó á todo lo que se podia esperar. El autor menciona gran número de clásicos latinos, no ignora el griego (7), y como Papia y los demás lexicógrafos, no escluye á los santos Padres cuya inteligencia entraba en gran parte en los estudios de la época. El primer diccionario griego parece ser el de Creston, natural de Plasencia (8), después el *Etimológico* de Marcos Musuro (9), luego los de Roberto Constantino, de Scapula, y de Enrique Stefano.

Estos hombres laboriosos desempeñaron con honor otra tarea, la de educar á los grandes. No hubo hijo de príncipe que no fuese educado por ellos. Uno de los más célebres fué Victorino de Feltro, que educó á los hijos de Francisco de Gonzaga, señor de Mantua. Se manifestaba para con sus discípulos padre no menos afectuoso que hábil maestro; así es que acudieron de Francia, de Alemania, de Grecia, á su escuela; y se encontraban cerca de él todos los medios de instruirse tanto en las ciencias como en las bellas artes, en atencion á que habia tenido cuidado de reunir profesores en todos los ramos del saber. Exigia de sus discípulos una esposicion precisa, y de esta manera abrió el camino á la literatura correcta. No publicó nada, y, cosa admirable entre la clase irritable de los doctos, no encontró á nadie que dijese mal de él. Francisco Prendilaqua, uno de sus discípulos, escribió su vida en estilo elegante, y consiguió el resultado más apetecible, el de hacer amar á su héroe.

Es estraño ver á los príncipes que deben gobernar un dia los pueblos, confiados á gentes ignorantes de la ciencia del gobierno, y que no son capaces de educar más que al sacerdote ó al abogado. Pero la moda no cesó; y al paso que los antiguos enseñaban en las escuelas la historia y las ideas de su nacion, dejando á un pequeño número estudiar lo que concierne á los extranjeros, como asunto de curiosidad ó erudicion, en las escuelas modernas, por el contrario, se enseñó á los hijos una lengua diferente de la de sus padres, así como las leyes y la historia de las sociedades estrañas á las suyas; de lo que resultó que los sentimientos sacados del mundo en que ellos vivian no estaban acordes con los de la escuela.

Las lenguas nuevas se pulimentaron con el estudio de las antiguas; pero tal vez se desnaturalizaron; el gusto se refinó, pero la imitacion estinguió la originalidad. Se trató de conocer la civilizacion antigua más que perfeccionar la moderna, y entre aquellos hombres estudiosos, las imágenes, los pensamientos, las leyes poéticas, eran las de otro tiempo. Ni un solo destello de genio, ni un verdadero vuelo de elocuencia para llorar las desventuras de entonces y ensalzar dignamente la nueva civilizacion, y ocurrió un mal peor que el literario, es decir, se aprendió á separar el sentimiento de la palabra, la literatura de la accion, el estilo del pensamiento. Llamados estos gramáticos á las magistraturas y sobre todo á las funciones de secretarios, eran, escepto algunos, como Salutati y Piccolomini, incapaces de otra cosa que pronunciar ostentosos discursos, en los que no se circunscribian á tratar de los intereses positivos, sino que se estendian más voluntariamente sobre el que se espresaba mejor en latin. Preferian á las repúblicas regidas por sencillos magistrados, y animados del deseo del bien público, las cortes de los príncipes y de los señores, donde podian obtener la proteccion del amo y hacer alarde de hermosos discursos. Juzgaban el mundo, no segun lo que era en sí, sino segun el esterior, y á los autores más por su estilo que por sus ideas; disfrazaban la tirania con pomposas frases; justificaban la iniquidad, y acostumbraban á adulaciones que el más intrépido se hubiera avergonzado de espresar en la lengua de que se servia para hablar á sus amigos. No contentos, en las oraciones fúnebres de los príncipes, con adular y mentir, no retroceden ante las relaciones inconvenientes, y nada recuerda, en los asuntos tratados por ellos, que hablaban delante de los altares.

Estudios de semejante naturaleza no podian alimentarse sino con la proteccion de los grandes, y la obtuvieron: los tiranuelos italianos rivalizaron en proteger á los literatos, como si de esta manera hubieran esperado engañar á la posteridad. Roberto de Nápoles decia á Petrarca: *Me quedaria mejor sin diadema que sin letras* (10). Siguiendo el consejo del poeta, se dedicó á estudiar á Virgilio, y pronunció arengas en ceremonias eclesiásticas y doctrinales. Los Escalígeros acogian á todo el que tenia mérito; entre los de Carrara, Jacob envió doce mancebos á estudiar á las escuelas de Paris, y Francisco visitó con frecuencia en Arqua á Petrarca, que le dedicó el *Gobierno de la república*;

(7) *Mihi non bene scienti linguam græcam*, no quiere decir que la ignorase, como pretende Eichhorn.

(8) *Johannis Crestoni monaci placentini, leexicon seu vocabularium græcum cum interpretatione latina*, 1580.

(9) *Marci Musuri* Ετυμολογικὸν μέγα, *seu Dictionarium magnum etimologicum, græce cum præfactione græca*. Venecia, 1499.

(10) PETRARCA, op. tom. III. 1252.

los duques de Saboya fundaron la universidad de Turin; varios miembros de la familia de Este cultivaron las letras, principalmente Lionel, cuyas epístolas son las mejores de aquel tiempo. Entre los Visconti, Otton fundó á sus espensas cátedras en Milan; Luchino escribió en verso, y obtuvo la admiracion de Petrarca; Juan instituyó una cátedra para esplicar á Dante; hasta el sombrio Felipe Maria protegia los literatos, y aun más su yerno Esforcia que protegió al arquitecto florentino Francisco Filarete, á Bonino Mombrizio, Lodrisio Crivelli, Franchino Galfurio, que fué el primero que abrió una escuela de música, y á Constantino Lascaris, que hizo imprimir en Milan la primera gramática griega. Alfonso de Aragon se hacia leer constantemente algun clásico, mezclando eruditas preguntas; y aun en guerra no dejaba de hojear los *Comentarios* de César y la historia de Quinto Curcio. Aconteciole un dia hacer cesar la música para prestar atencion á una lectura de Tito Livio. Giannozzo Manetti, que Florencia le habia enviado como embajador, recibió de aquel príncipe una pension de novecientos escudos de oro. Iba á pié á escuchar á los profesores á la universidad; y Antonio llamado el Panormita, Juan Solerio, Luis Cardona, Fernando de Valencia, el cardenal Besarion, Teodoro Gaza, Filelfo, Nicolás de Sulmonas, Juan Aurispa, Juan Pontano y otros muchos, fueron honrosamente tratados en su corte, donde hallaron proteccion y favor. Cuando murió Julian de Mayano, hizo acompañar su ataud por cincuenta de sus vasallos, vestidos de luto. Es inútil volver á hablar de los Médicis, y ya nos hemos estendido bastante en lo que concierne á Nicolás V y Eugenio IV.

A porfia pensionaban á los literatos, les concedian honores y conferian embajadas. Su paso por las ciudades era un triunfo; príncipes asistian á sus exequias. Cárlos IV concedió á Bartolo el derecho de encuartelar en sus armas las de Bohemia, y este jurisconsulto sostuvo que un doctor es caballero *ipso facto*, después de haber enseñado diez años el derecho civil. Ya hemos referido los triunfos de Petrarca, y el modo con que daba sus consejos á los príncipes y papas. Juan Galeazo Visconti decia que temia más una carta de Coluccio Salutati que á mil caballeros florentinos.

Todo el mundo tomaba parte en esta gloria y en las discusiones de los literatos El descubrimiento de un manuscrito era un acontecimiento ruidoso, y en efecto, ¡cuán grande no debia ser el placer de leer los clásicos antes de que las escuelas tuviesen aversion á ellos desde la infancia! Dante era esplicado en la cátedra y hasta en las iglesias. La correspondencia de la época versa comunmente sobre la indagacion de manuscritos: el duque de Glocester da vivamente gracias á Decembrio por haberle enviado una traduccion de la *República*, de Platon. Las *Miscelánea*s de Policiano eran aguardadas como el Mesias, después devoradas en cuanto aparecieron. Si la envidia ó las facciones precisaban á un literato á espatriarse, estaba seguro de ser acogido con honor y pensionado en todas partes donde se presentase, con su mérito por patrimonio. Cuando el jurisconsulto Juan de Legnano murió, se cerraron las tiendas. Cuando Unico Accolti recitaba versos era una fiesta en toda la ciudad, se iluminaban las casas, y los sábios y prelados le interrumpian en medio de su relacion con sus aplausos. En fin, el mismo descubrimiento del Mundo Nuevo debia hacerse por la fe de la erudicion.

En suma, la literatura no era distraccion para los que se dedicaban á ella, era su vida; no era un medio sino un fin. El atractivo de la antigüedad ahogaba toda diferencia de sentimientos, de religion, de edades: el entusiasmo invadia hasta la crítica; ¡feliz el que habia rectificado un pasaje dificultoso, ó adivinado un error en un texto ó en un rival! Además la interpretacion de tal ó cual frase suscitaba ilimitadas discusiones: Traversari y Marsupini disputaron sobre un verso de Homero (11) tanto como los teólogos sobre el sentido de la Biblia; y las querellas de arrebatados pedantes interesaban, dividian á las ciudades y á las provincias.

Escuelas.—La universidad de Bolonia conservó su superioridad sobre las demás, é Inocencio VI la concedió una cátedra de teologia. Abrieron una los trevisanos con nueve doctores célebres, entre los cuales se contaba Pedro de Albano. Eximieron los pisanos de derechos los libros de ciencias y de derecho canónico. La universidad de Plasencia, fundada por Inocencio IV, se hallaba decadente y la restauró Juan Galeazzo. Habia en Milan cursos públicos de jurisprudencia, veinte y cinco maestros de gramática y de lógica, cuarenta copistas, más de setenta maestros elementales. más de ciento ochenta profesores de medicina, filósofos y químicos, de los cuales muchos recibian un salario para asistir á los menesterosos. La universidad de Pavia, fundada y engrandecida por los Visconti (segun dice Azario, pág. 406) no perjudicó á las escuelas de Milan, aunque en aquella ciudad habia abundancia de casas, vino, trigo y leña barata, porque los estatutos de éstas concedian á los naturales del pais y á los forasteros el derecho de estudiar leyes, decretales, física, cirujia, notariado y artes liberales (12). Deseosos los florentinos de restablecer el crédito de su universidad fundada en 1348, invitaron á Petrarca á que fuera á esplicar allí, como se decia entonces, el libro que más fuera de su agrado. La de Siena, abierta en 1320, fué declinando hasta el momento en que se reor-

(11) Se trataba de saber si aquel verso de Homero Βούλομ᾽ ἐγὼ λαὸν σόον ἔμμεναι, ἢ ἀπολέσθαι significa: «Yo quiero que el pueblo sea salvado ó perezca,» ó bien: «Yo quiero que el pueblo sea salvado ó perecer.» Filelfo se apercibió de que no tenian razon ni el uno ni el otro.

(12) GIULINI, Contin. II, 597.

ganizó bajo los auspicios de Cárlos IV, quien erigió igualmente una en Luca. Los papas instituyeron la de Fermo en 1303: Clemente IV la de Perusa en 1307: Bonifacio VII fundó una en Roma, donde no quedaban más que cátedras elementales; pero la hizo caer la traslacion á Aviñon de la Santa Sede: Juan XXII instituyó una en Córcega en 1331: Benedicto XII otra en Verona en 1339. El concilio ecuménico de Viena quiso que hubiese en las universidades de Roma, de Paris, de Oxford, de Bolonia, de Salamanca, dos maestros de lenguas para enseñar el hebreo, el árabe y el caldeo.

Hasta ahora no hemos hablado más que de Italia, porque allí se encontraba realmente el trono de la literatura clásica. Sin embargo, fué bien recibida y protegida fuera de la península. La Alemania, que en el siglo anterior habia bajado al último lugar en materia de saber (13), se prendó de la literatura antigua. Cárlos IV fundó la universidad de Praga, tomando por modelo la de Paris, con una biblioteca para el uso de los maestros y de los escolares; y esta universidad sirvió á su vez de modelo á las de Viena, de Heidelberg, de Colonia, de Erfurth, y después á las otras fundadas en Wurtzburgo, en Leipzig, en Ingolstadt en Rostok. Tubingen imitó á Bolonia y fué imitada por Wittemberg y Helmstadt (14).

Pero Eneas Silvio nos da una triste idea de estas escuelas y de esta civilizacion. «Hay en Viena, dice, una escuela de artes liberales, de teologia y de derecho pontificio, si bien es nueva y se dirigen allí muchos estudiantes de Hungria y de Alemania. Segun mis noticias, dos célebres teólogos empezaron allí desde la primera apertura de la universidad su enseñanza: Enrique de Asia, autor de obras notables, y el suabio Nicolás de Dinclespuhel, hombre recomendable, no menos por sus costumbres que por su sabiduria. A la sazon enseña allí Tomás Hasselbach, teólogo que no carece de fama, y que segun se asegura, escribe libros de historias útiles: yo elogiaria su ciencia si no hubiera consumido veinte y dos años de su vida en esplicar el primer capítulo de Isaias sin llegar al término. Lo peor que hay en esta escuela es que se consagra mucho tiempo á la dialéctica, cosa poco provechosa. Es de lo que se examina especialmente á los que aspiran al título de maestros en artes, descuidando la música, la retórica, la aritmética; y los candidatos, en su ignorancia, presentan algunos versos ó una epístola de otros. De consiguiente, todo el esfuerzo consiste en la argumentacion y en vanas discusiones. Muy pocos de ellos saben algo sólidamente, y en vez de estudiar á Aristóteles y á otros filósofos se contentan con leer á sus comentadores. Además los estudiantes prefieren al trabajo los placeres, el vino y pasar la vida alegremente; hay poquísimos que por la instruccion se distingan de la muchedumbre, lo cual proviene de la falta absoluta de vigilancia. Recorren las calles dia y noche molestando á los ciudadanos y siguiendo á las mujeres... Seria imposible enumerar las vituallas que entran en la ciudad; cuéntanse todos los dias enormes cargas de pan, de pescado, de caza, y por la noche no queda cosa alguna. Al tiempo de la vendimia hay cuarenta dias de vacaciones, y entran en Viena vinos en abundancia. No es mal visto en la opinion venderlos cada uno en su propia casa y casi todos los ciudadanos tienen taberna abierta. Calientan una sarten, disponen bien ó mal una cocina, convidan á hombres y mujeres, y los suministran gratuitamente algunos manjares á fin de que beban más, salvo el derecho de indemnizarse de una manera cumplida. El pueblo, sensual de suyo, devora en un dia el fruto de una semana entera. Tambien hay riñas cotidianas: unas veces llegan á las manos los artesanos con los estudiantes, otras se enredan los ciudadanos con los nobles, ó bien se baten entre sí los jornaleros... No pasa fiesta sin efusion de sangre, y no hay magistrados ni guardias que separen á los combatientes... El vulgo anda sucio y cubierto de harapos: abundan allí las gentes viciosas, y pocas mujeres se contentan sólo con su marido. Seducen los nobles á las mujeres de los ciudadanos, que salen de su casa por una vil y culpable connivencia: escogen las doncellas un novio sin consultar á sus padres: se casan las viudas mientras dura el luto...» Parécenos conveniente omitir lo demás (15).

Orden de Deventer.—Gerardo Groote, discípulo de la universidad de Paris, fundó una órden (1376) cuyos individuos se obligaban á hacer redundar en provecho de la sociedad los talentos que de Dios habia recibido, ganando para sí mismo y para los pobres. El que no era á propósito para los trabajos manuales se aplicaba á las ciencias y á la enseñanza. Sin embargo, estaba prohibido declamar delante de un numeroso auditorio, como cosa de vanidad, así como recibir un salario, como cosa que propende á envilecer la nobleza desinteresada de la enseñanza. Esta órden que asociaba las dos pasiones de aquel tiempo, la piedad y el

(13) Leibnitz dice que el siglo X fué una edad de oro en comparacion del siglo XIII: Heeren llama á éste uno de los más infecundos para el estudio de la literatura antigua: para Meiners es asunto de prolijo condolimiento: Eichhorn inscribe al frente del capítulo en que trata de este tiempo: *Die Wissenchaften vesfallen in Barbarey.*

(14) La universidad de Viena fué fundada en 1365, pero realmente no tomó vuelo hasta 1384; la de Heidelberg, en 1386; la de Colonia, en 1389; la de Erfurth, en 1392; la de Leipzig, en 1409; la de Wurtzburgo, en 1410; aunque se cerró en breve y se volvió á abrir en 1589; la de Rostock, en 1419; la de Lovaina en 1425; la de Dole, en 1426; la de Tréveris, en 1454; la de Greifswald, en 1456; las de Basilea y Friburgo de Brisgau, en 1460; la de Ingolstadt, en 1472; las de Tubingen y Maguncia, en 1477.

(15) Eneas Silvio, Ep. CLXV.

estudio, se estendia por toda la Alemania, y se enseñaban en los monasterios llamados de San Gerónimo, de San Gregorio, de los buenos hermanos, ó de la vida comun, los diferentes oficios y la caligrafía. Fuera se hallaban abiertas escuelas de lectura, de escritura, de mecánica para los niños pobres: se enseñaba á los demás el latin, el griego, las matemáticas, las bellas artes y tambien el hebreo. Esta órden contaba en 1433 cincuenta y cinco casas, triple en 1460: en 1424 estableció una imprenta en Bruselas. Tomás de Kempis trasladó este método á Santa Inés cerca de Zwoll, de donde salieron los apóstoles de la literatura clásica en Alemania (16): recomendaba á sus discípulos ir á estudiar á Italia, y en efecto, allí se formaron los mejores helenistas alemanes. Juan Dalberg (*Camerarios Dalbergius*), obispo de Worms, formó una biblioteca con lo mas escogido de la de Heidelberg, considerada la más rica del mundo antes de la guerra de Treinta años, y fundó la sociedad Renana, que asociaba los estudios á los placeres. Conrado Celtes, buen escritor y celoso propagador del buen gusto, formaba parte de ella, asi como Rodolfo Agrícola, que escribió mejor que ningun otro en lengua alemana (17); y Reuclin, que habiendo acompañado á Roma al duque de Wurtemberg, entró en relaciones con los sabios italianos. Añadiremos Wessel, de Groninga, que aplicó el arte á los libros sagrados; Langio, que revisó todos los clásicos impresos entonces en Alemania, y eliminó de las escuelas todos los libros fuera de uso. Gracias á ellos, marchó en primera línea la Alemania, despues de la Italia, en el renacimiento de la literatura.

La Francia, por el contrario, contribuyó á ello poco. Mateo Nicolás de Clemengis esplicó el primero la retórica de Aristóteles y de Ciceron delante de un numeroso auditorio; pero su ejemplo no se siguió: la Sorbona y la universidad de Paris fueron sobre todo afamadas por los estudios relativos á la política y á la ciencia. Algunos griegos y tambien italianos enseñaron allí las humanidades; pero los maestros de griego y de retórica eran escluidos del rectorado, como acontece aun en el dia con respecto á los profesores de literatura moderna. Cárlos V de Francia comenzó la biblioteca del Louvre, reuniendo allí novecientos tomos, misales ó salterios, en su mayor parte ricamente encuadernados, pocos autores profanos, muy pocos clásicos, ninguna obra de Ciceron, ni más de poetas que Ovidio y Lucano. Alejo Antonio de Nebrija (*Nebrissensis*) publicó á su vuelta de Bolonia á Andalucia, su patria, varios libros destinados á facilitar los estudios clásicos, mientras que florecian en Hungria, gracias á Matias Corvino. Otros sabios hicieron vanos esfuerzos para introducirlos en Inglaterra; así era que el mal latin de Oxford se habia hecho proverbial. Ricardo de Bury, canciller de Eduardo III, hizo donativo de su biblioteca á la universidad de Oxford, con órden espresa de ponerla á disposicion de los estudiantes; pero su catálogo (*Philobiblon*) manifiesta á la vez su buena voluntad y su ignorancia.

---

(16) Cinco eran westfalianos: Mauricio, conde de Spiegelberg y Rodolfo Langio, que llegaron á ser prelados; Antonio Liber, Luis Dringenberg, Alejandro Hegius y el frison Rodolfo Agrícola. Hegius tuvo por discípulos á Erasmo de Rotterdam, á Erminio von dem Busche, amigo de Lorenzo de Médicis, al papa Adriano VI, y á Cristóbal Longlio, el que mejor comprendió á Ciceron en su tiempo. Liber reformó los estudios en Kempen, en Alcmar, en Amsterdam. Langio fundó otra escuela en Munster: Dringenberg fundó otra en Selestadt de Alsacia, de la cual salieron Conrado Celtes *(Meissel)* Wimpheling, Beato Renane y Bilibalid Pirkheimer. Véase SCHÖLL.

(17) Para él fué para quien Ermolao Barbaro escribió este epitafio:

Invida clauserunt hoc marmore fata Rodulphum
Agricolam, frisii spemque decusque soli.
Scilicet hoc uno meruit Germania quidquid
Laudis habet Latium, Græcia quidquid habet.

CAPÍTULO XXX

CIENCIAS

Teologia.—La teologia permanecia siempre la reina de las ciencias; pero aunque los comentarios y disertaciones se multiplicasen por todas partes, nadie llegó á la altura de santo Tomás y san Buenaventura. Nicolás de Lira, el más afamado de los comentadores, que, de judio convertido, era el más vigoroso antagonista de sus antiguos correligionarios, pasó toda su vida estudiando las Sagradas Escrituras, amontonando argumentos á la manera de Aristoteles, é interpretaciones y esplicaciones contundentes (1). Raimundo de Sabunda ó Sebonda, profesor de medicina en Barcelona, sostuvo la revelacion en la *teologia natural*, demostrando que las verdades relativas á Dios y al hombre están ocultas en la naturaleza, con ayuda de la cual el hombre puede aprender lo que le es necesario, comprender la Escritura y asegurarse de su verdad; que este libro primitivo de la naturaleza no exige ciencia para ser leido, que no puede ser borrado ni falsificado, y que procede directamente de Dios. Siguió, pues, las huellas de santo Tomás, que tambien habia tratado de esplicar los misterios por las causas naturales, y anticipó la *Existencia de Dios* por Fenelon, así como los libros de Clarke y de Paley. Esta tentativa, incompleta y débil, como debia serlo necesariamente, adquirió á la vez celebridad, puesto que el sutil Montagne no desdeñó traducir todo el libro de Sebonda, homenaje sospechoso, es verdad, de parte de semejante escéptico. Adquirió de todos modos, así como Bacon, Pascal, Leibnitz, Bossuet, ideas elevadas sobre la filosofia y la religion (2).

La querella de los frailes menores proporcionó largo tiempo una amplia materia á las discusiones y sutilezas; pero cuestiones más serias y vitales se trataron en el concilio de Basilea y de Constanza, donde hemos visto figurar en primer lugar á Eneas Silvio y al canciller Gerson.

La imitacion de Cristo.—Hay algunos que quieren atribuir á este último el libro más célebre de la Edad Media, la *Imitacion de Jesucristo;* otros designan como autor á Juan Gersen, abad de Verceli, en el siglo XIII, y otros á Tomas Kempis, á quien hemos citado entre los hermanos asociados de Deventer. Por él es por quien se declaran los alemanes y flamencos, apoyándose en los antiguos manuscritos. Se leen en efecto en uno de ellos: *Finitus et completus per manum Thomas á Kempis*, y ofrece tachones y cambios en bastante número para que se le considere como el texto original. A él fué tambien á quien se le asignó la primera edicion de 1471. La tradicion vulgar y la Sorbona adoptaron tambien aquella opinion (3). Pero oponen que Tomás no fué más que un copista emplea-

(1) Se decia de él: *Si Lyranus non lyrasset, totus mundus delirasset.*

(2) Bacon ha tomado de él este paralelo: »Dios nos ha dado dos libros, el del órden universal de las cosas, ó la naturaleza y la Biblia. El primero es comun á todos, pero no el segundo; porque es preciso ser instruido para poder leer en él. Además, el libro de la naturaleza no puede ni falsificarse, ni borrarse, ni interpretarse con falsedad; otra cosa sucede con la Biblia. Uno y otro provienen del mismo autor; así que tanto uno como otro se combinan bien, y no se contradicen... Hay en ellos el mismo fin y el mismo asunto, contienen igual disciplina é igual instruccion. Difieren en que uno procede por la argumentacion y pruebas; el otro por la decision y la autoridad. El uno representa particularmente la obediencia, el otro el magisterio.»

(3) Una sentencia del parlamento, de 16 de febrero de 1652, prohibió á los benedictinos imprimir la *Imitacion* con el nombre del italiano Gerson, y permitió á los canónigos regulares hacerlo con el de Tomás Kempis.

do por el colegio de Deventer, que la crónica contemporánea de Santa Inés dice de él: *Scripsit Bibliam nostram totaliter et multos alios libros pro domo et pro pretio*, que ni esta crónica, ni una antigua lista de sus obras mencionan la *Imitacion*. Se observa además, que muchas frases pertenecen al francés y al italiano (4), lo cual indica que el autor hablaba una de estas lenguas y no el aleman. En su consecuencia, los franceses insisten en favor de su ilustre conciudadano Gerson, fundándose en otras ediciones de los siglos XV y XVI publicadas en Francia é Italia, entre otras una edicion hecha en Venecia en 1483; pero Gersen da el catálogo de sus escritos sin mencionar éste. Fué además un sacerdote secular, continuamente entregado á los negocios, al paso que el autor de la *Imitacion* parece haber sido un fraile, amigo del retiro y del silencio. Respecto del abad Gersen, somos de la opinion de Bellarmino, Mabillon y la mayor parte de los benedictinos que se la atribuyen, alegando un manuscrito muy antigno que lleva su nombre, y otros diferentes que parecen de una época anterior á Tomás Kempis y á Gerson. Un pasaje (lib. I, cap. 24), que parece alude á Dante, y ascenderia entonces el libro al siglo XIII, debe ser casual (5).

De esta manera es como estaba reservada la suerte de Homero á aquel pequeño libro, el que ha sido leido más, después de la Biblia, y del que se cuentan por lo menos mil ochocientas reimpresiones. Ha sido traducido á todas las lenguas, sin que ninguna version llegue á la enérgica concision del texto latino, aun incorrecto como es, y semejante á las figuras de los santos que se colocaban entonces sobre los sepulcros, hermosas y suaves, á pesar de su inmovilidad. No tuvo por apologistas á los profetas, á los doctores ni á la Iglesia, pero es un coloquio del alma con el Criador. Esta intimidad forma un atractivo, y como en él no hay discusiones ni opiniones particulares, sino impulsos del alma, nada de intrínseco ayuda á reconocer á su autor. Hasta esta incertidumbre sobre su autor no le es desfavorable, porque desapareciendo enteramente la individualidad, no queda más que el corazon y el sentimiento. Habiendo sido escrito en un tiempo en que tanto se disputaba, no se encuentra en él huella alguna de polémica; á lo más, se hallan algunas quejas sobre los infortunios de los tiempos, con el consejo de libertarse de ellos, retirándose á una profunda soledad, donde se pueda escuchar la palabra de Dios. Imitando á Cristo, es uno conducido por una senda progresiva para llegar por medio de la abstinencia y el ascetismo á la comunicacion, y en fin, á la union. El autor ha espuesto sucesivamente estos pasajes en la lengua del monasterio, y ha resultado que lo que era obra ascética de un fraile se ha convertido en un libro popular.

Filosofia.—Se continuaba, sin embargo, en las escuelas en combatir bajo las antiguas banderas de Aristóteles y Platon, el raciocinio y el entusiasmo, el silogismo y la inspiracion. Los griegos procedentes de Constantinopla imprimieron una nueva vida á la escuela platónica, aunque hizo renarcer los errores del neoplatonismo, y esparció opiniones fantásticas. Marsilio Ficino, hijo de un médico de Florencia, tradujo á Platon y á Plotino. El primero está en un latin claro, con admirable fidelidad para la época, hasta el punto de suplir algunos vacios en el original. La version de Plotino es más oscura, porque tambien lo es el mismo texto, y porque Ficinio se habia familiarizado con aquel misticismo hasta un grado muy raro entre los hombres de estudio. Compuso después, segun estos modelos, una teologia y una psicologia (6) defendiendo la afinidad de la ciencia con la religion. Hombre de imaginacion y de arranque más bien que razonador mesurado, confundia en su entusiasmo el saber con el arte y con la virtud. De imaginacion ardiente más bien que razonador, ecléctico sin originalidad ni verdadero espíritu filosófico, confundia en su entusiasmo el saber con el arte y con la virtud. En la cuestion del destino del hombre los peripatéticos se habian dividido entre Alejandro de Afrodisia, que creia que el alma es inseparable del cuerpo y que muere con él: y Averroes que la hacia volver á Dios y confundirse con él: Ficino los refuta, reputando al alma humana como emanacion de la divinidad, á la cual aquélla puede reunirse por medio de la vida ascética; prueba que es inmortal, porque de lo contrario seria el hombre el ser más desdichado, y rechaza la opinion del alma universal. De este modo querian aun aquellos filósofos volver pagana la ciencia, y separarla enteramente de la tradicion cristiana (7).

---

(4) *Scientia sine timore Dei quid importat?—Resiste in principio inclinationi tuæ—vigilia serotina—homo passionatus—vivere cum nobis contrariantibus—timoratior in cunctis actibus.*

(5) El manuscrito de Arona, que existe en la biblioteca de Turin, habia sido juzgado de cinco siglos de antigüedad por una asamblea de sábios; pero Daunon y Hase, hábiles paleógrafos, no lo creen anterior al siglo XV, Galeani Napione, después de Gregory *Memoria sobre el verdadero autor de la Imitacion*, 1827, é *Historia del libro de la Imitacion de Cristo, y de su verdadero autor*, Paris, 1843, sostuvieron los derechos de Gersen, de Verceli; Gence, los de Gerson, *Nuevas consideraciones históricas y críticas sobre el autor y el libro de la Imitacien de J. C.*, Paris, 1826. Cree que el manuscrito más antiguo es el de Moelec, de 1421. Onésimo Leroy pretendió en 1826 haber descubierto el texto primitivo francés de la *Imitacion* en Valenciennes.

(6) *Theologia platonica, de immortalitate videlicet animorum ac æterna felicitate*, libri XVIII.

(7) Frank encontró poco antes en los archivos de Florencia una carta de Ficino en que consolaba á una prima suya que habia perdido una hermana. Toda ella son ideas platónicas de órden universal, de prision del cuerpo, etc.,

Cosme de Médicis, que habia hecho estudiar á Ficino, quiso que formase una academia platónica compuesta de protectores, oyentes y discípulos, que celebraban los natalicios de Platon y Ciceron. A ella perteneció Pleton Gemistio, natural de Constantinopla, que indeciso entre Platon y Cristo, adoptó la escuela ecléctica de Alejandria, mitad cristiana y mitad gentil, erudita sin crítica supersticiosa, sin creencias fijas; proclamó la moral del Pórtico y de la Academia, la política de Esparta, y hasta la personificacion simbólica de los atributos de Dios en las divinidades del Olimpo. El libro *De platonicæ atque aristotelicæ philosophiæ differentia* puso á Pleton en guerra con los aristotélicos, principalmente con Teodoro Gaza y Genadio, el cual consideraba á los platónicos de entonces como antecristianos. Bessarion fué nombrado juez, y manifestó que Pleton emitia ideas exageradas; pero Jorge de Trebisonda, natural de Cretay autor de muy malas traducciones, les lanzó un asqueroso libraco.

Pico de la Mirandola, -1463 94.—Este platonismo de Alejandria se asociaba con la cábala, que encontró un poderoso apoyo en Juan Pico de la Mirandola. Fenix de los buenos talentos, aun joven, maravilló á la Italia con su prodigiosa memoria, deploró que se gastasen tantos años en aprender la filosofia escolástica; y persuadido de que Aristóteles y Platon se asemejan en el fondo (8), trató de acercar y reunir sus doctrinas. Se aplicó con la idea de que Platon habia tomado su ciencia de los orientales, en profundizar sus obras, sobre todo la de los cabalistas, y de ellas fué de las que sacó la mayor parte de las novecientas proposiciones que envió al papa sobre la lógica, la ética, la física y la metafísica, la teologia, la mágia, ofreciendo sostenerlas, salvo la autoridad de la Iglesia. A pesar de esta reserva, habia cosas que repugnaban de tal manera á la ortodoxia, que causaron gran rumor, y que fué preciso para salvarle nada menos que su clase, sus protestas de sumision, y el juramento que hizo de modificar sus proposiciones de la manera que el papa decidiese. Entonces comenzaron los escritos en pro y en contra, hasta el momento en que el papa Alejandro declaró que no habia culpa por su parte. En efecto, habia modificado en aquella época sus opiniones y su género de vida, renunciando á los amores en los cuales habia obtenido fáciles triunfos.

En el *Heptaplus*, Pico esplica la creacion como si el Génesis no debiese entenderse en el sentido literal, sino en una acepcion simbólica; como si fuese preciso interpretarlo segun los cuatro mundos, físico, celeste, intelectual y humano (9). Proyectaba una esposicion alegórica del Nuevo Testamento, una defensa de la Vulgata y de los Setenta contra los judios, una apologia del cristianismo contra todos los infieles y herejes; en fin, una armonia de la filosofia; pero terminó sus dias á los treinta y un años (1494). Su más importante libro es contra la astrologia, y no olvidó ninguno de los argumentos empleados después para combatirla. Pretendia, no obstante, esplicar con ayuda de la cábala la cosmogonia de Moisés y la Encarnacion del Verbo.

Combatió la teologia escolástica el cardenal Nicolás de Cusa, sabio matemático entregado al estudio de Pitágoras; por lo cual ponia los números como principios de la ciencia humana: Dios, unidad absoluta, es lo infinitamente grande ó lo infinitamente pequeño, que con su propia ciencia engendra la igualdad y lo que une á la igualdad con la unidad. Los místicos estaban tambien opuestos á la teologia escolástica. Fueron formuladas las doctrinas de éstos por Amalrico de Bene y por David de Dinan, y después, hácia el año de 1216, predicadas en Estrasburgo, por Ortlieb; pero los

---

nada de Cristo ni de religion. Predicaba en el púlpito la lectura del divino Platon, y hasta trató de introducir pasajes de éste en los oficios de la Iglesia.

(8) *Qui Aristotelem dissentire à Platone existimant, à me ipso dissentium qui concordem utriusque facio philosophiam.* De Ente et Uno, *præm.*

(9) «Puede juzgarse del método seguido por Pico en sus comentarios, por el modo con que esplica lo que Moisés dice de la creacion del hombre. El hombre se compone de un cuerpo, de un alma racional, y de una cosa intermedia que une las dos sustancias, llamada espíritu por los filósofos y médicos. Moisés da al cuerpo el nombre de barro, al espíritu el de luz, y al alma razonable el de cielo, porque el alma se mueve circularmente como el cielo. Las palabras de Moisés, *Deus creavit cælum et terram; factum est vespere et mane dies unus*, significan, pues, que Dios creó el alma y el cuerpo, y luego que el espíritu que los une se juntó á ellos, la mañana y la tarde, ó sea la naturaleza tenebrosa del cuerpo y la luminosa del alma, dieron orígen al hombre.

Pico esplica de una manera aun mas estraña las palabras siguientes de Moisés: *congregentur aquæ quæ sub cælo sunt in locum unum.* El agua es la imágen de la facultad de sentir que establece la analogia entre el hombre y los animales. La reunion de las aguas bajo el cielo indica, pues, la union de los sentidos corporales, en lo que Aristóteles llama *sensorium comun*, desde donde se estienden como un mar que sale de su centro, á todas las partes del cuerpo.»

Moisés coloca el sol, la luna y las estrellas en el cielo; ahora bien, segun Pico, el sol significa el alma elevándose al espíritu de Dios ó al espíritu intelectual; la luna, esta misma alma bajándose hasta las facultades de los sentidos: las estrellas, las diferentes formas del alma, las facultades de combinar, juzgar, deducir,» etc.

El bien supremo, al cual se dirigen todos los séres, al cual todos deben volver, es la felicidad. Lo que todos los hombres desean es igualmente el principio de todo; pero sólo los seres inmortales pueden moverse circularmente y volver á su principio. El espíritu de la palabra arrastra á las almas: si ellas le siguen, quedan abandonadas á su debilidad, á su demencia, y son infortunadas. De consiguiente, la felicidad suprema consiste en reunirse á Dios después de haberse despojado de todas las imperfecciones que son efecto de la pluralidad y de la complicacion.» BUHLE.

Hermanos del libre espíritu que las profesaban eran considerados como herejes y solian caer en el panteismo. Ekhart las adoptó y purificó en Alemania, presentándolas al pueblo en lengua vulgar, y formando una escuela respetable, tanto más concurrida cuanto que las desdichas del siglo habian predispuesto los ánimos á la meditacion y á la piedad y á reconocer en ellas la mano de Dios. Por tanto, sus predicaciones, las de los dominicos Tauler y Suso, y del agustino Ruysbroeck, eran fervorosamente escuchadas en las orillas del Rhin; se formaban asociaciones de *Amigos de Dios*, no sólo para entregarse á ejercicios ascéticos, sino para hacer investigaciones sobre el misticismo metafísico, haciendo los primeros esfuerzos para separar la barrera que existe entre la fe y la ciencia, y para conciliar enteramente lo finito con lo infinito (10).

Pedro Tomai de Rávena publicó en Venecia en 1491 un método de memoria artificial (11). Es la cosa más oscura y más difícil del mundo; pero debia parecer estremadamente fácil á su autor, dotado con una retentiva tan prodigiosa, que después de haber oido una leccion, la repetia toda entera, comenzando por la última palabra. Sabia el código de memoria, con infinidad de glosas, y reprodujo ciento ochenta textos citados por un fraile milanés para probar la inmortalidad del alma. Jugando al ajedrez, al paso que otro jugaba á los dados y que él mismo dictaba otras dos cartas, le fué posible decir todas las jugadas del ajedrez, todas las combinaciones de los dados, todas las palabras de las cartas, comenzando por la última.

Del año 1313 al 16, un tal fray Paulino de la órden de San Francisco, envió á Marin Badoaro, duque de Candia, un tratado italiano con el título *De recto regimine* que mereceria imprimirse. En él analiza con sencillez y claridad los deberes de un magistrado; está por el gobierno de uno solo como todos los que entonces escribian; pero quiere que el jefe se rodee de un consejo de sabios (12). Los dos primeros libros del *De regimine principum*, compuesto por el romano Egidio, maestro de Felipe el Hermoso y arzobispo de Bourges, son una direccion de conciencia para los reyes; el tercero es un tratado de derecho político en el que se encuentran examinadas las diferentes formas de gobierno y las leyes civiles que se refieren á él, y discutidas las opiniones de Aristóteles y Platon, como tambien el fragmento del pitagórico Hipodamo. Enemigo de la servidumbre personal, no reconoce Egidio imperio sino en tanto que se conforma á las eternas leyes de la justicia. Es partidario de la república, al menos en los pequeños Estados. Esta obra es un monumento singular de la elevada cultura que conservaron en la Edad Media algunos talentos elegidos. ¿Qué se sabe de Alonso el Tostado, obispo de Avila, sino que fué gran erudito, lumbrera del concilio de Basilea, que murió en 1454, y que se le sepultó con el epitafio: *Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne?*

Juan Reuclin sacó de Ficino y de Pico de la Mirandola las ideas platónicas que estendió por Alemania. De gran erudicion, al mismo tiempo que poseia la ciencia práctica de la vida exterior y política, es uno de aquellos que mejor hubieran podido dirigir una justa reforma religiosa.

Matemáticas.—Las matemáticas no dejaban de ser cultivadas en Italia, como auxiliares de la mágia y del comercio. El genovés Andalon de Nero, á quien hemos contado entre los astrólogos, y que fué maestro de Boccacio, multiplicó en sus numerosos viajes las observaciones astronómicas, con objeto de corregir las antiguas cartas geográficas. Los venecianos aplicaron á la náutica la trigonometria, en la que introdujeron los decimales; y si hemos de creer á Zaneti, marcaron desde 1317 los grados en las cartas marinas (13). Pablo Dagomari, llamado del Abaco, fué el primero que empleó la coma, para dividir en grupos de tres cifras los números demasiado largos, é introdujo los libros de memoria. Los grandes trabajos arquitectónicos é hidráulicos, los canales, las máquinas de guerra, los molinos de viento y de agua, una hilanderia en Bolonia en 1341, que movida por la fuerza del agua, trabajaba tanto como cuatro mil obreros, manifiestan que la geometria y la mecánica eran cultivadas con fruto. En 1455, Gaspar Nadi y Aristóteles de Feravane trasladaron con sus cimientos la torre de la Magione de Bolonia, que tenia ochenta pies de altura, sin gastar más que 150 libras, y enderezaron el campanario de Cento que tenia un desnivel de más de cinco pies (14).

Purbach.—Las matemáticas debieron mucho á dos contemporáneos de Federico III, Jorge de Purbach y Juan Muller. El primero, que enseñaba en Viena, y que es considerado como el restaurador de la ciencia, no poseia otros libros que la traduccion de Almagesto, por Jorge de Trebisonda; esplicó no obstante la astronomia física, como tambien el movimiento de los planetas, y construyó tablas trigonométricas. La division sexagesimal habia sido empleada por los griegos para el círculo y el radio, después calculaban las cuerdas, Esta graduacion se conservó en el siglo IX por los ára-

(10) SCHMIDT, *Mem. sobre el misticismo aleman en el siglo* XIV, 1845.

(11) *Phenix, sive ad artificialem memoriam comparandum brevis quidem et facilis, sed re ipsa et studio comprobata introductio.*

(12) *De monarchia*, V. SCLOPIS, 228.

(13) Véase LIBRI, *Historia de las ciencias matemáticas.* II, 202.

(14) ALIDOSI, *Instruttione*, etc. Tal vez estas tentativas habian animado á Leonardo de Vinci á hacer un modelo, con ayuda del cual «pretendia levantar el templo de San Juan en Florencia y añadir á él escalones debajo de la obra sin derribarlo.» VASARI, *Vida.*

bes, que introdujeron el seno en las tablas. Purbach dividió el radio en seiscientas mil partes, proporcionó reglas para calcular los senos de los arcos, y él mismo los calculó en partes de aquel mismo arco por cada minuto de cuarto de círculo, al paso que las tablas de Albategnio (que pasa por el inventor de los senos) no llegaban más que á cuartos de grado. Purbach hizo grandes progresos cuando Besarion le dió á conocer los autores griegos.

Regiomontano, 1436-76.—Tuvo por discípulo á Juan Muller, que llegado jóven á Italia con el cardenal Besarion, estudió el griego y los antiguos geómetras, enseñó después en Viena, Buda y Nuremberg, y adquirió gran reputacion bajo el nombre de Regiomontano, derivado del de su patria. Resolvió en el tratado del triángulo las principales dificultades de la trigonometria rectilínea y esférica, que después permaneció dos siglos sin adelantar un paso. Ignorando el trabajo hecho por su maestro, redactó una tabla de senos para un radio de seis millones de partes; reconociendo después la ventaja del sistema decimal, preparó otra calculando la razon de los senos por el radio de diez millones de partes, es decir, hasta siete decimales. Añadió al *canon fecundis*, tabla de tangentes solamente para grados enteros, y con un radio de cien mil partes. Fué el primero á quien ocurrió la idea de hacer un almanaque segun la posicion de los astros, los eclipses y los cálculos de la situacion del sol y de la luna, durante un espacio de treinta años. Llamado á Roma para la reforma del calendario, murió allí en el vigor de la edad.

Muchos tratados de álgebra, ó como entonces se decia de cabala sublime, se encuentran manuscritos en las bibliotecas; pero el primero impreso, fué el tratado italiano de Lucas Pacioli de Borgo, franciscano, natural de Luca y profesor de matemáticas en Milan; llama al álgebra *arte mayor, llamado por el vulgo regla de la cosa;* llega hasta la ecuacion de segundo grado, pero sin dar un paso más que Fibonacci (15); no obstante, observando que las reglas relativas á las raices incomensurables, pueden referirse á las grandes cantidades incomensurables, indicó que presentia la aplicacion del álgebra á la geometria (16). Trata en ella de la aritmética mercantil, y el primero que espuso la teneduria de libros en partida doble (17). Sus obras sirvieron de base á todos los trabajos de los matemáticos de siglo siguiente Gregorio Reisch, prior de la cartuja de Friburgo, con su *Epitome omnis philosophie, alias Margarita phiosophica, tractans de omni genere scibili*, impresa en Heidelberg en 1486, y reimpresa hasta dos veces antes del año 1535, estendió en gran manera los conocimientos matemáticos y físicos, y aun nos informa de muchos adelantos de éstas durante la Edad Media.

Todos los astrónomos estaban llenos de preocupaciones astrológicas, cuando apareció la obra de Pico de la Mirandola contra ellas, Lucio Bellanti sostuvo la tesis contraria en la *Astrologiæ defensio;* y el famoso *Libro del por qué*, de Manfredi, es tambien en favor de la astrologia. No obstante esto la ciencia adelantó. Juan Branchini de Bolonia publicó tablas astronómicas, en las cuales están combinados todos los movimientos de los planetas; el ferrarés Domingo Maria de Novara determinó la posicion de las estrellas que se encuentran en el Almagesto; concibió la idea de un cambio en el eje de rotacion de la tierra, y tuvo por discípulo á Copérnico, á quien tal vez dió la idea del sistema pitagórico; este sistema fué enseñado con claridad por Nicolás de Cusa (18), aunque lo presentó solo como una hipótesis. Pablo Toscanelli, de Florencia (1397-1482), trazó en la catedral de su patria el gnomon más elevado que existe en el mundo. Alfonso IV de Portugal y Cristóbal Colon le consultaron con respecto á la navegacion de las Indias.

Las ciencias naturales no se apoyaron en la esperiencia y en las matemáticas, sino en el siglo siguiente, sustituyendo las realidades á las quimeras, la evidencia á los sueños y á la autoridad.

Medicina.—La medicina alimentaba preocupaciones, y el libro de Ficino, *De la vida humana*, no se compone mas que de fórmulas para conservar la salud, y prolongar la existencia por medio de observaciones astrológicas. Refiere las enfermedades y la eficacia de los remedios por la influencia de las estrellas. A creerle los ancianos, podian rejuvenecerse bebiendo sangre de jóvenes. Estas locuras comunes á Arnaldo Bacaon, Arnaldo de Villanueva, y á los demás médicos más afamados de entonces, fueron combatidas por Pico y el canciller Gerson, gran enemigo de los remedios supersticiosos. La facultad de Paris los condenó como arte diabólico, y Benedicto XIII reprobó la mágia como herética. Como las pretendidas curaciones milagrosas se multiplicaban en los sepulcros de

---

(15) «Como seguimos en su mayor parte á Leonardo Pisano (Fibonacci), debemos declarar que cuando se siente alguna proposicion sin nombre de autor, sea considerada como de Leonardo.» Citamos este pasaje para evitar el cargo de plagio que se le ha hecho.

(16) Uno de sus pequeños tratados se titula, *Modus solvendi varios casus figurarum quadrilaterarum rectangularum per viam algebræ.*

(17) *N.°* es decir número, indica la cantidad conocida. *Co* es decir, *cosa*, la incógnita; el cuadrado *Cal* (cálculo); el cubo *cu*; *M* y *m* valian + y —. Lo que ahora escribimos $3x + 4x^2 + 5x^3 - 6$, se ponia entonces *3co. M. 4cal. M. 5cu M 2ce. m. 6. N.°*

Segun Libri, los signos + y — fueron inventados por Leonardo de Vinci, al paso que Chasles, en su importante *Nota histórica sobre el orígen y desarrollo de los métodos en geometria* (Bruselas, 1837), atribuye el mérito á Estifels.

(18) Véase nuestro libro XV.

san Roque, santa Catalina de Siena, de san Andrés Corsino y otros, intervino en ello la Iglesia, tomando prudentes medidas para que no se tuviese que atribuir á milagro, á menos que la enfermedad no estuviese declarada incurable y la curacion fuese instantánea. Después, las frecuentes pestes aumentaron la devocion á san Sebastian, á san Job, sobre todo á san Roque, que precisamente, en aquel tiempo (1315), habia abandonado á Mompeller, su patria, para ir á asistir por todas partes á los enfermos atacados del contagio. Con frecuencia se pintaban tambien, en las fachadas de las iglesias y en los tabernáculos, á lo largo de los caminos, enormes figuras de san Cristóbal, cuya vista, decian, preservaba de malos encuentros, y sobre todo de muertes repentinas. Como esta clase de muertes se repetia con frecuencia, segun parece, san Andrés Avelino era invocado frecuentemente contra ella, y se recurria á otras muchas devociones de esta clase para conjurarlas.

Aun cuando las obras de los griegos volvieron á aparecer, Hipócrates fué poco estudiado en el original, y se buscaban con preferencia las doctrinas de los árabes y de los judíos. Los sistemas de estos últimos se encuentran espuestos en Riolano; pero los judios fueron más felices en la práctica que en sus libros; así es, que continuaron gozando de más crédito que los demás médicos. Carlomagno y Cárlos el Calvo recurrieron á sus servicios; lo mismo aconteció á Cárlos V: este príncipe envió uno á Francisco I, que sospechándose fuese cristiano, no quiso darle cuenta de su enfermedad. Hasta 1400 no se permitió en Francia á los médicos el casarse, así es, que la mayor parte se ordenaban, con objeto de poder gozar de los beneficios eclesiásticos, á pesar de la desaprobacion del concilio de Letran.

Se hace mencion de gran número de médicos en la historia de los diferentes paises; nos limitaremos á recordar los más notables. Antonio Guainero de Pavia tuvo el talento de rechazar los encantamientos y otros procedimientos quiméricos. El paduano Miguel Savonarola, buen observador, se separó atrevidamente de Averroes; no por eso dejando de creer que Nicolás Piccinino habia engendrado á la edad de cien años; que después de la peste de 1348, se tenian veinte y dos ó veinte y cuatro dientes, en lugar de treinta y dos; que un animal podia á veces en el parto salir con el feto. Dino del Garbo, la gloria de su época, añadió nuevas sutilezas á las propagandas por los árabes. Marsilio de Santa Sofia, Gentil de Fuligno, Pedro de Tossignana, Guillermo de Farignana, Cristóbal Barziza, Juan de Concordezzo, Antonio Guernerio y otros italianos, ejercieron con aplauso la medicina y escribieron sobre ella, practicando tambien la cirujia.

Pero ésta, fuera de Italia, se hallaba abandonada con desprecio á barberos ignorantes. Matias Corvino envió á buscar quien le curase una herida prometiendo grandes regalos. Vicente Fianco de Maida, Branca y Bojani de Tropea introdujeron la union animal, colocando narices nuevas. Guido de Cauliac, oriundo de Auvernia y médico de Urbano V, superior á su época, desechó las sutilezas, y operó atrevidamente. El gobierno veneciano, que aventajaba á los demás en prevision, se adelantó tambien en esto, mandando en 7 de mayo de 1308 que se hiciese todos los años la diseccion de algun cadáver. En fin, Mondini de Luzzi, profesor en Bolonia, disecó públicamente cadáveres y publicó una descripcion del cuerpo humano hecha en virtud de sus observaciones y varias tablas anatómicas. Es verdad que no supo libertarse de su veneracion hácia los antiguos, y que hasta sacrifica la evidencia á la teoria de Galeno; de todos modos, no hizo caso de muchas aserciones imaginarias, declaró lo que realmente habia visto y esplicó con sencillez y precision. Así es que su libro fué por espacio de tres siglos el texto de todas las escuelas de Italia, que le aumentaban á medida que la ciencia hacia descubrimientos. Después de él se introdujo la costumbre de abrir cada año, como él lo verificaba, uno ó dos cadáveres en las universidades. Bartolomé de Montagnana, profesor de Padua, se gloria de haber hecho catorce autopsias. En Francia se principió á hacerlas en 1306; pero hasta 1556 no consiguió Cárlos V de los doctores de Salamanca permiso de que los católicos las pudieran verificar. La sangria no por eso dejaba de ser considerada como una operacion importante. Los médicos discutian seriamente sobre el paraje y momento en que convenia practicarla, y cuando se propinaba en alguna casa de príncipe, los caballeros de las cercanias se reunian en ella; después, en caso de buen éxito, se daba gracias á Dios, entregándose á fiestas durante varios dias.

Farmacéuticos.—En el curso de aquel siglo los farmacéuticos franceses se sometieron á un reglamento, como era costumbre entre los árabes. Los de Alemania sacaban de Italia los simples. La mayor parte de los farmacéuticos eran tambien droguistas; por esto es por lo que en ciertos puntos farmacéuticos significa confitero. Concediéndoles las ciudades su privilegio, les ponian por condicion enviar algunas confituras al ayuntamiento. Fundóse una sociedad de física en el Espíritu Santo de Florencia. Saladino de Ascoli publicó un *Compendium aromatarium* para uso de los farmacéuticos, de los cuales exige tantas cualidades, que seria una fortuna si poseyesen la mitad. San Arduin hizo otro tanto en Venecia, Ciriaco de Augustis de Tortona en Italia occidental, Pablo Stuardo en el Milanesado. Hermolao Barbaro y Nicolás Leoniceno, que comentaron á Plinio, hicieron mucho por la botánica.

Bastante tiempo después del renacimiento de los estudios, la medicina entró en el mejor camino, aquel con que se quiere sin motivo que lo determine, honrar á Hipócrates, y que consistia en comparar, en el hombre, el estado de salud con el de

enfermedad, ayudándose de las ciencias naturales meditadas con cuidado. Ciertas enfermedades nuevas hicieron que se atuvieran á la observacion en vez de la erudicion. Tales fueron el vómito negro (19) y la *tos ferina* que se presentó en Francia bajo forma epidémica, en 1414; la tarántula, epidemia física que se conoció entonces en Italia, y que se atribuia á la picadura de una araña, que hacia bailar á los mordidos y cometer mil extravagancias. Tambien el escorbuto tomó una fuerza nunca vista en los largos viajes por mar que se emprendian. El sudor inglés, que apareció en Inglaterra en 1446, y causó grandes estragos, reproduciéndose tambien muchas veces en otras partes, siendo fatal particularmente á las personas robustas, jóvenes y acomodadas. El terrible mal que existia en Polonia desde la irrupcion de los tártaros, se propagó tambien en Bohemia y en Austria. El estudio de tales enfermedades hizo distinguir las que dependen de un gérmen particular, de las que nacen por efecto de las mudanzas de la atmósfera, de las condiciones de los lugares ó de lo insalubre de los alimentos.

Sífilis.—Ya entonces se conocia la enfermedad, consecuencia y castigo del libertinaje, que posteriormente se difundió en los últimos años de Cárlos VIII, y que fué llamado allí mal francés, al paso que en Francia recibia el nombre de mal napolitano (20). La reina Juana formó unos estatutos, en los cuales permitia los lupanares en Aviñon, mandando que las prostitutas fuesen visitadas semanalmente para que no pudiesen infeccionar á nadie (21); pero se ha probado que aquellos estatutos no se cumplieron. Nos queda una carta de Pedro Mártir de Anghiera, con fecha de 1489, en la que habla del *gálico* (22). Pero este mismo nombre hace sospechar la exactitud de la fecha. Después de muchas discusiones sobre este punto, queda en duda si esta enfermedad fué traida de América. El primero que lo ha afirmado es Leonardo Schmauss, de Estrasburgo, en 1518, no muy digno de crédito por lo lejano que se hallaba del lugar y del tiempo en que se desarrolló la enfermedad. Su principal argumento consiste en decir que los males se producen ó nacen en el lugar en que se encuentra el remedio: ahora bien, el guayaco crece en América; luego el mal es oriundo de allí. Es cierto que Ladislao de Nápoles murió en 1414 de una enfermedad que tenia mucha afinidad con ésta, y de tal manera nueva, que se la creyó efecto de un sútil veneno que una querida le habia suministrado (23).

La verdadera sífilis se manifestó el año de 1493 con tanta violencia y en tan grande estension de pais, que es dificil creer cómo en tan poco tiempo se propagó á tanta distancia, por el pequeño número de personas que habian venido del Nuevo Mundo. Complicada acaso con la peste maldita esparcida entonces por los moros arrojados de España, causaba espanto aquella enfermedad, que atacando en su orígen á la especie humana, parecia querer aniquilarla. Se atribuia á los pecados de los hombres y á las blafemias que se pronunciaban, y se decretaron devociones para atajar la violencia del mal (24). Empleóse desde luego como remedio el uso interior del mercurio; habiendo después traido en 1527 el guayaco, los efectos curativos de esta madera hicieron se la diese el nombre de palo santo, y se abandonó el primer medicamento hasta Paracelso: después se abusó de él hasta el punto de hacerle más desastroso que la misma enfermedad.

Legistas.—Petrarca se mostró muy hostil á los médicos, pero aun más á los legistas cuyas escuelas abandonó, porque dice: «la iniquidad de los

---

(19) Se hace mencion de que hubo pestes en Dalmacia en el año 1416, 20, 22, 30, 37, 56, 64, 66 y 80; en Lombardia y el Genovesado en 1405 y 1406; en Nápoles, Milan y otros puntos de Italia en 1421 y 22; en el 23 en Bolonia y Brescia; en el 28 en Roma; en el 29 y 30 en Perusa y otras partes; en el 38 en Venecia y otros pueblos, en el 48 en la Alta Italia; luego en el 50, 56, 60, 65, 68, 73, 75, 76, 78, 85 y desde el 92 al 95 la peste maldita, que en realidad era un tífus naval, se desarrolló entre los judios arrojados de España contagiando á toda Europa.

(20) Véanse las pruebas en RIENZI, *Historiade la medicina*, II, 409, y otros autores.

(21) *La reina vol che toudos los samdis la baylouna et un barbier deputats das consouls visitoun toudas las filias debauchadas que seran aou bourdeou. Se sen trova qualuno qu'abia mal, vengut de paillardisa que sian separados, per evita lou mal, que la jouinesse pourie prendre.*

La revista medical (octubre de 1835) dice que Astruc escribió á un señor de Aviñon para rogarle que le diese medio de encontrar estos estatutos. No habiendo oido hablar nunca de ellos, se dirigió á M. de Garcin, en cuya casa se reunia una sociedad numerosa. Riéronse mucho del pedido, y resolvieron simular aquellos reglamentos; y Astruc los creyó dignos de fe. Mofáronse mucho de él, pero la chanza era bien miserable.

(22) *In peculiarem te nostræ tempestatis morbum qui appellatione hispana bubarum dicitur, ab Italis morbus gallicus, medicorum eliphantia alii, alii aliter appellant, incidisse precipitem, libero ad me scribis pede.* Ep. 68.

(23) GIANNONE, *Storia civile*, etc. XXIV, 28. Se halla nombrada esta enfermedad en la *Summa conversationis et curationis quæ Guhelmina dicitur*, porque esta obra fué concluida en Verona por el placentino Guillermo, en 1275. El capítulo 48 del primer libro se intitula *De postulis albis et sassuris, et corrupcionibus que fiant in virga et circa preputium propter coctum cum meretrice, vel fœda, vel alia causa.* Venecia, 1502.

(24) Un acuerdo tomado por el consejo de la ciudad de Paris en 16 de febrero de 1508, manda que los enfermos *(verolés)* extranjeros sean expulsados del hospital, y los nacionales llevados á casas particulares, para que no comuniquen su enfermedad á los pobres y á las hermanas religiosas; que se haga una peticion general en su favor, y que se ruegue al arzobispo conceda indulgencias á los que contribuyan á este fin. *Mem. de la Academia de ciencias morales*, volúmen IV, pág. 538.

hombres ha empeorado el uso de la jurisprudencia. Ahora bien, yo no podia sufrir aprender una ciencia que no queria ejercer de un modo infame, y apenas me hubiera sido posible hacerlo honradamente; si lo hubiese querido, mi honradez hubiera sido tachada de ignorancia,» (25) y muchas veces desaprueba sus discursos interminables, y su estilo duro y bárbaro. Tuvo, sin embargo, por amigo á Juan de Andrea, boloñés ó florentino, el mayor canonista de su tiempo, cuyas dos hijas, Novella y Bettina escribieron tambien. Paulo de Liazari, discípulo de Juan de Andrea, fué maestro de Juan de Legnano, tan célebre, que á su muerte se cerraron las tiendas en señal de luto. Andrés de Isernia fué llamado el Evangelista del derecho feudal, y el rey Roberto le llevó consigo para sostener en la corte de Aviñon los derechos que tenia al trono de Nápoles. Contando que Federico II habia impuesto ciertos tributos nuevos sin conceder un tercio á la Iglesia, añade que el alma de este príncipe, *requiescit in pice et non in pace.* Fué muerto por un oficial aleman, contra quien habia opinado en una causa feudal.

Aquí colocaremos entre los sabios á Dante Alighieri, que supo todo cuanto se conocia en su tiempo, y presintió algunos de los descubrimientos ulteriores. Indicó diaramente los antípodas y el centro de gravedad de la tierra (26). Hizo ingeniosas observaciones acerca del vuelo de los pájaros, sobre el resplandor de las estrellas, sobre el arco iris, sobre los vapores que se forman en la combustion (27). Antes de Newton, señaló á la luna la causa del flujo y reflujo (28); antes que Galileo, la maduracion de los frutos á la luz, que hace evaporar el oxígeno (29); antes que Linneo y observando á los vivientes, dedujo la clasificacion de tos vegetales de los órganos sensuales (30), afirmó que todas las plantas, aun las criptógamas y microscópicas, nacen de simiente (31); que las flores abren á la luz sus pétalos, descubren sus estambres y pístilos para fecundar sus gérmenes (32), y que los jugos nutritivos circulan en las plantas (33); antes que Leibnitz, señaló el principio de la razon suficiente (34); antes que Bacon, indicó la esperiencia como *fuente de donde corren los arroyos de vuestras artes* (35), hasta hace alusion á la atraccion universal (36).

---

(25) *Ep. ad posteros.*

(26) Se sabe que Aristóteles hizo tambien á ello alusion; y el cronista Rolandino dice liv. XII, cap. 9. *Tunc visa est gens Lombardorum, tota prompta ad locum concurrere ubi creditur Ecelinus, non aliter quam ad punctum terræ medium, quod philosophi centrum dicunt, ponderosa cuncta tendere naturaliter elaborant.* Los antípodas se hallan claramente indicados por Petrarca.

Nella stagion che il ciel rapido inchina
Verso occidente, e che il dì nostro vola
A gente che di la forse l'aspetta.

«En el momento en que, girando sobre el polo, rápidamente se inclina el cielo al occidente, y aquel en que nuestra luz pasa á alumbrar á otras gentes cuya mirada se espera.»

(*Canzone* V).

Quando la sera scuccia il chiaro giorno,
E le tenebre nostre altrui fan alba.

«Cuando la tarde disipa el dia que luce, y cuando nuestras tinieblas son para otros aurora.»

(*Sestino* I.)

(27) *Infierno*, XIII, 40; XXIII, 23.—*Purg.*, II, 14; XV, 16.—*Par.*, II, 8, 35; XII, 10, y en otras partes.

(28) *E comme il volger del ciel della luna*
Copre e discopre i lidi senza posa.

«Así como se mueve sin treguas el cielo de la luna, con sus olas hace cubrir y descubrir la orilla de los mares...»

(*Par.* XVI).

(29) *Guarda al calor del sol che si fa vino*
Giunto all' amor che dalla vite cola.

«Considera cuando se une con la fértil viña el ligero fluido que su vástago destila, si no se convierte en vino con el calor del sol.»

(*Purg.* XXV).

(30) *Ch'ogni erba si conoce per lo seme.*

«Sin trabajo se reconoce toda planta en la simiente...»

(*Purg.* XVI).

(31) *Cuando alcuna pranta*
Senza seme palese vi s'appiglia.

«No debe admirarte que á veces una planta surja de la tierra sin aparente semilla...»

(*Purg.* XXVIII).

(32) *Quali i floretti dal notturno gelo*
Clunati é clunsi proché il sol gl'imbranca
Si drizzan tutti aperti in loro stelo.

«Así como con el frio de la noche se inclina y cierra la delicada flor para volverse de repente á *abrir* enderezándose en su tallo á los rayos de la mañana...»

(*Inf.* II).

(33) *Comme d'un tizzo verde ch'arso sia.*
Dall'un de capi che dall'altro geme
E cigola per vento che va via.

«Así como el verde tizon que por un estremo se consume, al paso que fuera del fuego humea la otra estremidad y se libra del aire que despide rechinando.»

(*Inf.* XIII).

(34) *Intra due cibi distanti e moventi*
D'un modo, prima si morria di fame
Che liber nom l'un si recasse a denti.

«Un hombre entre dos manjares distantes é incitantes igualmente, se dejaria morir de hambre en el mismo lugar antes de satisfacerse con ninguno de ellos.

(*Par*, IV).

(35) *Da questa instanzia puo deliberarte*
Esperienza se giammai la provi,
Ch'esser suol fonte á rivi di vostr'arte.

«De esa idea puedes librarte por medio de la esperiencia, que suele ser la fuente de donde corren los arroyos de vuestras artes.»

(*Par.* II).

(36) *Questi ordini di su tutti riminano*
E di giú vincon si, che verso Dio
Tutti tirati sono e tutti tirano.

«Dirigiéndose todas estas diferentes órdenes hácia el centro, al mismo tiempo que allá arriba contemplan y admiran, obran en la tierra, á la manera que siendo todas atraidas hácia Dios, atraen tambien ellas mismas.»

(*Par.* XXVIII).

Maravíllanse los comentadores de que Dante conociera las constelaciones de los piés del Centauro y del Crucero (37); pero los frecuentes viajes de los mercaderes italianos al estrecho de Bab el-Mandeb y los planisferios árabes que les eran familiares, no permiten encontrar nada estraordinario. Segun la geografia de Dante, antes de que Lucifer cayese del cielo y fuese aprisionado en el *punto* de la tierra, *al cual son atraidos todos los cnerpos pesados*, el hemisferio boreal se encontraba bajo el agua, y un gran continente existia en el hemisferio austral opuesto al nuestro. Allí vivieron Adan y Eva, los primeros humanos que vieron las cuatro estrellas de que está *privado* el *desierto pais septentrional*. Cambiada la superficie del globo por una gran catástrofe que él señala en la caida de Lucifer, apareció en nuestro hemisferio un *gran banco*, es decir, un continente cuyo centro es Jerusalen, al paso que en los antípodas la masa árida fué devorada, formándose *con el mar un velo* el mismo Lucifer, y un cono que se eleva en forma de montaña del purgatorio, en cuya cima está el paraiso.

No callaremos que Dante abusa con frecuencia y fuera de propósito de su ciencia astronómica, de tal manera que aun cuando no yerra, obliga al lector á interminables razonamientos para apoderarse del sentido de las frases por las cuales entiende designar los dias y horas de las aventuras de que habla.

¿Pero acaso tenia fe en la astrologia como lo pretenden sus comentadores? Separándose en esto del *maestro de los que saben*, cuya opinion es que la vida activa no conviene á la perfeccion de los seres celestes, Dante se acercaba á Platon en la creencia de que los espíritus puros, ó vulgarmente los ángeles, no sólo tienen una vida contemplativa, sino tambien una existencia activa. Los convierte, pues, en motores y reguladores de las esferas, no por via de movimiento, sino por la inteligencia (38). Estas estrellas son á sus ojos otros tantos espíritus, ministros de la Providencia, movidos por el amor (39) que penetra el universo y resplandece en unas partes más que en otras. Este amor que envuelve el empíreo cielo, comunica de esfera en esfera hasta la tierra su movimiento, que ordenado necesariamente, dispensa á los mortales varios grados de las virtudes divinas de que están dotadas por la divinidad. Pero semejante influencia no supone necesidad, porque de otro modo no habria mérito ni demérito (40): sólo inician los movimientos sin impedir que la educacion, la razon y el libre albedrio los dirijan, y mucho más las vicisitudes, es decir, segun que la naturaleza encuentra favorable ó adversa la fortuna.

No concede, pues, el poeta á los astros más que una influencia sobre los temperamentos ó sobre el poder vegetativo, cuya union con las dos facultades sensitiva y racional, dice en el *Convivio*, forma y compone el alma del hombre. Enuncia más claramente en el *De vulgari eloquio*, que el hombre es vegetable, sensitivo y racional. Por lo vegetable tiende á su propia conservacion; por lo sensitivo, á los placeres, y por lo racional, á la virtud. Debe, en su consecuencia, ser dirigido de modo que adquiera la costumbre de obrar el bien é impedir el mal, bajo los tres puntos de vista señalados.

La opinion de que los planetas influyen en los temperamentos, ha sido profesada por hombres graves é instruidos, y aun no ha perdido todo su crédito. No sabemos que nadie niegue que el hombre es impulsado ó detenido en muchas de sus acciones por su temperamento. Así pues, cuando Dante se felicita reconociéndose deudor á la constelacion de Géminis de todo el talento que posee, cualquiera que sea, entiende tan solamente la influencia que esta constelacion tuvo sobre su nacimiento, en la conformacion de los órganos que por vias misteriosas á las que la inteligencia humana no podrá jamás descubrir, modifican poderosamente el pensamiento y la voluntad. Cuando después hace decir á Brunetto Latini que si sigue su estrella no puede dejar de llegar gloriosamente al puerto (41), se conforma á las costumbres de su maestro, dedicado á la astrologia, y que dicen habia sacado el horóscopo de Dante. Cuando además, dice: *si el bien me ha provenido de mi buena estrella* ó *de un orígen mejor* (42), anuncia suficientemente con esta forma dubitativa cuán distante estaba de atribuir una importancia absoluta á las estrellas; opinion que no hubiera estado acorde con sus doctrinas teológicas, filosóficas y poéticas (43).

---

(37) *Io mi volsi a man destra, e posi mente*
All'altro polo, e vidi quatro stelle
Non viste mai fuor ch'alla prima gente...
O settentrional vedovo sito,
Poiche privato sè di mirar quelle!

«Dirigiéndome entonces hácia la derecha al otro polo, fijé en él mis miradas y vi cuatro estrellas. Nadie hasta entonces más que los primeros hombres las habian visto... ¡oh tú, hemisferio boreal, permaneces triste y viudo, privado de su luz!»

Los editores milaneses de los clásicos le suponen profeta, mago ó amigo de Marco Polo.

(38) Vosotros que con la inteligencia moveis el tercer cielo.

(39) El Amor que mueve el sol y las otras estrellas.

(40) Si así fuese, en vosotros se destruiria, etc.

(41) *Inf.*, XV.

(42) *Inf.* XXVI.

(43) Cecco d'Ascoli cita en la *Acerba*, lib. III, capítulo 10, una carta que le fué dirigida por Dante contra la influencia de los planetas.

CAPÍTULO XXXI

HISTORIA.

No se nos culpará el habernos detenido en las doctrinas de los grandes genios, cuyos errores sirven tambien de materia de instruccion.

Puede decirse que no existe en Italia pais que no tenga sus crónicas; ya las hemos indicado en varios puntos; pero las mejores de ellas son las de Florencia, no sólo por el lenguaje, sino tambien por el buen juicio y prudente ingenuidad que en ellas se advierte. Ricordano Malaspina recopiló todo lo que encontró en las *historias de los antiguos libros de maestros de doctrina*, porque entonces las cosas escritas eran sinónimas de verdad; y añadió en ellas los acontecimientos de que fué testigo hasta 1280.

Dino Compagni.—Malaspina fué continuado hasta 1312 por Dino Compagni, que se propuso escribir la verdad de las cosas ciertas que habia visto y oido. Las que no vió con claridad, trató de escribirlas segun las habia oido referir, y como muchos cronistas á consecuencia de su mala intencion, callan ciertas cosas y alteran la verdad, se propuso escribir segun la opinion más admitida.» Reglas estrañas de lo que ha de creerse, y de donde podemos deducir que la verdadera historia no habia nacido aún, la historia cuya menor mision es referir los acontecimientos. Llamado Dino con frecuencia á las magistraturas por sus conciudadanos, se empleaba en persuadirles que viviesen en paz. «Encontrándome de nuevo en el dicho consejo, animado del deseo de ver la union y la paz entre los ciudadanos, dije, antes que se separasen: señores, «¿por qué quereis turbar y destruir tan buena ciudad? ¿Contra quién quereis pelear? ¿contra vuestros hermanos? ¿Cuál será el fruto de vuestra victoria? Ninguno más que pesares.» Respondieron que su determinacion no tenia otro objeto que apaciguar el desórden y mantener la paz. Cuando oí esto, me acerqué á Lapo de Guazza Ulivieri, bueno y leal ciudadano, y nos fuimos juntos á ver á los magistrados supremos, y llevamos á algunos que habian asistido á dicho consejo, y mediando entre los magistrados y ellos, calmamos á los señores con palabras dulces, y el señor Palmieri Altoviti, que entonces era de los nobles, los reprendió fuertemente sin amenazarlos. Su respuesta fué que de aquella reunion nada resultaria, y que á algunos hombres que habian ido en su busca, se les dejase marchar sin hacerles daño: y así lo mandaron los señores magistrados.»

En otro lugar se espresa en estos términos: «Estando las cosas en este estado (cuando la venida de Cárlos de Valois), se me ocurrió, á mí Dino, un santo y honrado pensamiento; me dije: «Este señor vendrá y encontrará todos los ciudadanos divididos, y de aquí nacerá un gran escándalo. Pensé, pues, por el empleo que tenia y por la buena voluntad que conocia en mis colegas, reunir un gran número de buenos ciudadanos en la iglesia de San Juan; así lo hice, y habiéndo entre ellos de todos los oficios y cuando lo creí oportuno, dije: «Queridos y valientes ciudadanos, que la mayor parte habeis recibido igualmente el bautismo en estas sagradas fuentes, la razon os precisa y obliga á amaros como hermanos queridos; y tambien porque poseeis la más noble ciudad del mundo. Han nacido entre vosotros algunos odios por las rivalidades de los oficios los cuales como sabeis hemos prometido con juramento reunirlos mis compañeros y yo. Ahora va á llegar ese señor y conviene honrarlo. Alejad vuestros odios y haced las paces para que no os encuentre divididos: alejad de vuestro ánimo las ofensas y malas voluntades, y cesad en vuestra conducta pasada: perdonaos por amor y bien de vuestra ciudad. Y sobre esta sagrada fuente donde recibisteis el bautismo, juraos mutuamente buena y perfecta armonia para que el

señor que va á venir encuentre unidos á todos los ciudadanos.» Al oir estas palabras se reconciliaron unos con otros y juraron poniendo la mano sobre los Evangelios que vivirian en paz y conservarian los honores y jurisdiccion de la ciudad; hecho lo cual salimos de aquel sitio. Los malos ¡ciudadanos que vertian lágrimas de ternura, besaban los Evangelios y mostraban mayor entusiasmo, fueron los que más contribuyeron á la destruccion de la ciudad, y callo sus nombres por decoro. Aquellos que tenian mala intencion decian que se habia adquirido por medio del engaño aquella caritativa paz; pero si en las palabras hubo alguno, yo debo sufrir la pena, aunque no se debe recibir una injuria en cambio de una buena intencion: he vertido muchas lágrimas pensando cuántas almas se habrán condenado por la malicia de aquéllos.

Este celo de que estaba animado por la paz da á veces vehemencia á su estilo; sirva de prueba este párrafo: «Levantaos, malos ciudadanos, llenos de infamia; tomad el hierro y el fuego y haced ver vuestra malicia. Manifestad vuestras inicuas voluntades y vuestros detestables designios; entregaos libremente á esta carrera; id á arruinar las bellezas de vuestra ciudad; derramad la sangre de vuestros hermanos; despojaos de todo sentimiento de fe y de amor; niéguese uno á otro servicio y asistencia, sembrad vuestras mentiras que llenarán los graneros de vuestros hijos. Haced como hizo Sila en la ciudad de Roma; Mario vengó en pocos dias todos los males que habia causado en diez años. ¿Creeis que la justicia de Dios no existe? Tambien la del mundo castiga todos los crímenes. Considerad si vuestros antepasados han conseguido méritos en sus discordias: cambiad los honores que adquirieron. No os detengais, miserables; que más se destruye en un dia de guerra, que se gana en muchos años de paz, y es pequeña aquella chispa que lleva la destruccion á un gran reino.»

Con nobles intenciones y recto juicio conduce su trabajo, el cual es muy extraño quedase desconocido á los Villani, sus contemporáneos, y á los posteriores casi hasta Muratori.

Los Villani.—Juan Villani, mercader florentino, promovido á los primeros puestos de la república, habiendo hecho el viaje á Roma para el jubileo de 1300, quedó admirado á la vista de tantos monumentos; y la lectura de Salustio, de Tito Livio, de Valerio Máximo, de Pablo Orosco, de Virgilio, de Lucano y *otros maestros en historia*, le inspiró la idea de escribir los acontecimientos de su patria. Se puso, pues, á la obra «para dar memoria y ejemplo á sus sucesores, en honor de Dios y del bienaventurado san Juan, y para gloria de la ciudad de Florencia.» Ha compuesto doce libros, en los cuales admite, sin discernimiento, las fábulas antiguas, y hasta copia grandes pasajes de Malaspina. Pero cuando llega á su época, espone los hechos de una manera muy instructiva, y esto sin limitarse á los acontecimientos en que su patria tuvo parte. Carece de pretensiones literarias y es rudo en la gramática (1), «la union de las palabras es en él sencilla y natural. El lector no puede descubrir nada supérfluo, ningun fárrago, nada forzado y artificial. Nótase, no obstante, la señalada gracia y belleza que nos encantan en la linda cara no acicalada de una noble dama ó de una jóven (Salviati).» Mercader, cual era, toma interés en las cosas positivas que descuidan los cronistas contemporáneos de los demás paises. Cuando éstos no tienen valor sino porque nos trasmiten sus impresiones personales, Villani procede con exactitud é inteligencia; examina, compara, juzga, y á la gravedad de los antiguos, á quienes no conoce ni de nombre, une la ciencia de la vida: cualidades que hubieran podido valer á la Italia una historia original, al paso que se contentó con imitar. Positivo como es, no por eso deja de creer en los prodigios y en la astrologia, debilidad que se le perdona fácilmente. Se inclina al partido güelfo, sin disimularlo; pero espresa con franqueza sentimientos sinceros, y se enardece cuando habla de la patria: su relato es siempre claro, á veces afectuoso y otras pintoresco.

Cuando murió en la peste de 1348, tuvo por continuador á su hermano Mateo, que describe con viveza los acontecimientos, inspirando respeto y amor. Versado en el conocimiento del corazon humano y en las intrigas de la política, se irrita contra el vicio, se inflama en favor de la libertad; y el sentimiento religioso de que se halla penetrado, no le impide revelar los estravios de los papas.

Mateo fué tambien arrebatado por la peste en 1363: su hijo Felipe prosiguió hasta 1365 una relacion de la que ya hemos tenido ocasion de copiar varios fragmentos. Hombre de estudio, llamado á comentar á Dante en la cátedra instituida á este efecto, escribió con más arte que su padre, y su tio, y se dedicó á dar unidad al texto contenido en cada libro. Añade á esta crónica de familia vidas de florentinos ilustres.

Marchione de Coppo Estefani continuó tambien, hasta 1385, la historia de los Villani. Los *Comentarios* de Neri, de Gino Capponi, que llegan hasta la paz de Lodi, tienen vigor y claridad, como convenia á la obra de un hombre de guerra y de negocios. Felipe de Cino Rinuccini dejó *Recuerdos históricos* de 1282 á 1460, que fueron continuados por sus hijos Alamanno y Neri. Era tambien bastante comun entre los florentinos tener ciertos libros que llamaban *prioristas*, porque apuntaban en ellos el nombre de los supremos magistrados de

(1) «Conviene comenzar el libro XII, pues que lo exige así el curso de nuestro tratado, porque nueva materia, grandes mudanzas y diversas revoluciones ocurrieron en aquellos tiempos en nuestra ciudad de Florencia por nuestras discordias entre los ciudadanos y la mala administracion de los Veinte, como ya hemos dicho, y fueron tantas, que yo, siendo autor y habiendo estado presente, dudo que nuestros sucesores las crean verdaderas, y fueron tales como diremos ahora.»

la república (priores); al mismo tiempo tambien llevaban un registro de los principales acontecimientos de su patria, y hasta de los de otros paises extranjeros; estos libros constituian la tradicion doméstica.

Albertino Mussato (1261 1329), magistrado paduano, escribió en latin diez y seis libros de *Historia Augusta*, sobre los hechos de Enrique VII; en otros ocho los acontecimientos hasta 1317; después en tres libros en verso, el sitio puesto á Padua por Can de la Scala; y últimamente las discordias que sometieron esta ciudad á los señores de Verona. Suya es la primera muestra que tenemos de la tragedia moderna, el *Aquiles* y el *Eccelino*. Los dos Cortusii que continuaron su trabajo son muy inferiores á él; pero Felix Osio escribió unos comentarios de todas las líneas de Mussato, haciendo ver lo que habia imitado de Símmaco, Macrobio, Sidonio y Lactancio, de tal modo, que diez y seis líneas de original le dan motivo para escribir ochenta y seis de notas. Quien se toma el ímprobo trabajo de leer las pruebas ve en primer lugar que los autores de la baja latinidad eran mejor estudiados que Livio y Ciceron, y en segundo que principiaban á cuidarse del estilo. Y en efecto; Mussato, Juan de Cermenate, notario de Milan y el vicentino Ferreto, se dedicaron á desembarazar la lengua latina, y si en su penoso trabajo de imitacion sofocaban la originalidad, merecen sin embargo gratitud.

Sanuto.—Marin Sanuto (Torsello), que señala la transicion de las ideas religiosas á las comerciales, estuvo cinco veces en Oriente, recorrió la Armenia, el Egipto, Chipre y Rodas, y habiendo adquirido práctica en las cosas de mar, de la milicia y en la geografia, y uniendo á los conocimientos políticos y militares de su tiempo un talento elevado, escribió *Secreta fidelium crucis*, que es el primer libro de economia. Le dividió en tres partes en honor de la Trinidad, y porque tres son los medios más eficaces de recobrar la salud, el jarabe preparatorio, el medicamento oportuno y el régimen. Trata de persuadir de la conveniencia de una cruzada, no considerándola religiosamente, sino mirándola bajo el punto de vista comercial, por lo cual á los textos que recomiendan al buen cristiano redimir á Jerusalen, añade la lista de los géneros que se traen por el camino de Tierra Santa, cuánto cuesta y á cuánto asciende su porte; propone como mejor el camino de Egipto, y dice que con diez galeras se puede bloquear este pais; fija los hombres, los víveres y el dinero que se necesitarian, siempre con el intento de engrandecer á Venecia, cuyos marineros solamente cree capaces de guiar las naves en los bajos canales del Nilo. Cerrado así el Egipto, dice que quedaria herido en el corazon el islamismo. Hubiera querido que el ejército de desembarco contase quince mil infantes y trescientos caballos, y que la escuadra fuese toda veneciana, designando la forma y estructura de las galeras de guerra y de las naves de transporte algunas armadas; describe minuciosamente las catapultas que él llama máquinas comunes y lontanarias, dando todas sus dimensiones y proporciones segun la varia distancia, la longitud de la pértiga y la carga, ó sea la caja; advirtiendo que consiste gran parte de su perfeccion en la redondez de la piedra y en su justa igualdad con el contrapeso y las dimensiones de la máquina, es decir, con el calibre de aquellos antiguos instrumentos. Hace las mismas observaciones acerca de las balistas, lo cual debe ser uno de los primeros pensamientos del general del ejército cruzado. En otra parte da reglas sobre los campamentos, sacadas de Vegecio y de César; manifiesta tener práctica en el arte de las fortalezas, segun su época, dando pruebas de ello en una graciosa parábola.

«Si vuestra Santidad (dice al papa) quisiera saber cuánto costarán todos los gastos, y qué debe hacerse para emprenderla con los tártaros, respondo que en tres años aquel gasto ascenderia á veintiuna veces cien mil florines, contando el florin á dos sueldos de *grosos* de Venecia, es decir, setecientos mil florines poco más ó ménos cada año para sueldos, municiones y conservar buenas relaciones con los tártaros, y para naves, armamento, castramentacion y pertrechos, trescientos mil florines en tres años; en todo setecientos mil florines al año (2).

Para conocer los valores de entonces estos datos no sirven. Calculemos que el soldado de á caballo cueste triple que el de á pié; si un ejército de quince mil infantes y trescientos caballos cuesta seiscientos mil florines anuales, otro de diez mil infantes y mil cuatrocientos caballos debe costar quinientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve; y añadiendo trescientos mil florines por los primeros gastos de la expedicion, serán ochocientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve florines. Sanuto dice que el florin es igual á dos sueldos de grosos de Venecia, por lo que aquella expedicion debia costar un millon seiscientos setenta y un mil setecientos ochenta y nueve sueldos de grosos. El sueldo era la vigésima parte de la libra y la libra valia diez ducados, los cuales debian ser equivalentes á diez y siete francos de los actuales. Aquel ejército, pues, debia costar catorce millones doscientos diez mil, doscientos ochenta y dos francos, es decir, mil pesetas anuales cada hombre.

Este cálculo puede comprobarse comparándole con los valores fijos de los víveres. Sanuto nos proporciona el medio de hacerlos diciendo: «La libra de bizcocho cuesta cuatro dineros y un tercio. La racion diaria de un hombre compuesta de libra y media costará seis dineros y medio; cuarenta y cinco libras que consume un hombre en treinta dias costarán diez y seis sueldos y tres dineros, moneda pequeña, y en doce meses quinientas cuarenta libras de bizcocho serán seis sueldos de gro-

(2) *Secreta-fidelium crucis*, II, parte 1.ª, cap. 4.

sos, un groso y cuatro dineros.» Esta última suma, pues, representaba en aquellos tiempos quinientas cuarenta libras de pan; un millon seiscientos setenta y un mil setecientos noventa sueldos debian representar ciento cuarenta y nueve millones doscientos diez y ocho mil trescientos treinta y cuatro. Esta cantidad equivalia á diez y siete millones ciento setenta y siete mil ciento cuarenta y cinco libras métricas. No podemos decir con seguridad cuánto valdria hoy la libra métrica de aquel pan, porque no sabemos qué pan daban los venecianos á sus marineros; pero suponiendo que la libra métrica se comprase por veinte centésimos, costaria aquella cantidad catorce millones doscientas treinta y cinco mil cuatrocientas nueve pesetas. Estos dos cálculos son tan completamente idénticos, que el uno es la prueba del otro.

Sanuto nos ayuda á formar el mismo cálculo sobre el vino, las carnes saladas, las legumbres y así de lo demás; pero la poca estabilidad de los valores de estos comestibles y la inseguridad en las medidas antiguas, harian completamente hipotética la valuacion. Sin embargo, al sumar las cuentas tendremos que para alimentar á un hombre con pan vino, carne salada, legumbres y queso por espacio de un año, se necesitaban doce sueldos de grosos, es decir, ciento dos pesetas. Esta cuenta está hecha por Michaud.

Desde este tiempo tenemos una nueva fuente histórica en las relaciones de los embajadores venecianos, los cuales estaban obligados desde 1296 á hacerlas al tribunal, y en 1425 se estableció que las estendiesen por escrito (3). Se conservaban en el archivo público, de donde acaso ilegalmente se sacaban copias que hoy se hallan en abundancia en los archivos particulares, y son muy importantes por el gran número de noticias que contienen, y por lo á propósito que son para conocer á los grandes.

Arte crítica.—En aquella época renacia el arte de la crítica, y Petrarca fué uno de los primeros què hizo uso de él, restituyendo algunas obras á sus verdaderos autores, aunque á veces engañe (4), y demostrando la falsedad de un diploma que le envió Cárlos IV, diploma por el cual Julio César y Neron hubieran libertado al Austria de la dependencia imperial (5). Quéjase de que los romanos ignoran lo que á ellos mismos les concierne, y destruyen por un miserable lucro los preciosos restos perdonados por los bárbaros (6). Alaba á Nicolás Rienzi por haberlos restaurado, y ser admirador de la antigüedad en ellos (7). Pastrengo recogió tambien antigüedades y copió inscripciones; y Nicolás Nicoli poseia una série de medallas de que se sirvió para comprobar la ortografia de ciertas palabras.

Los antiguos habian ya conocido que las inscripciones podian ayudar á la historia. Ahora bien, Nicolás V encargó á Pizzolcoli, llamado Ciriaco de Ancona, reunir el mayor número que pudiese. En su consecuencia visitó la Italia, la Grecia, la Hungria y los paises de Levante donde los turcos no habian aun penetrado, copiando todas las que encontraba (8). Fray Giocondo de Verona recogió tambien gran número de ellas, pero sin publicarlas. Se conserva en manuscrito, en Reggio, la coleccion de Miguel Ferravino. Nicolás Peretto, obispo de Manfredonia, formó tambien una coleccion de ellas; otros reunieron las de las provincias particulares. Gerónimo Bologni fué el primero que unió á los monumentos descubiertos esplicaciones y comentarios. Así es que la historia se presentó entonces apoyada en la erudicion. Biondo Flavio, secretario de Eugenio IV, tomó de los testimonios de la arqueologia para dar noticias sobre los edificios, el gobierno, las leyes, las ceremonias y la disciplina militar de Roma (*Romæ instauræ libri III.—Romæ triunfatis libri IX*); después describió en la *Italia ilustrata,* las catorce regiones de la Península. Pero era casi imposible que no incurriese en muchos errores. Se encuentran menos en la obra de Bernardo Rusellai *(De urbe Rom.)*, amigo generoso de los literatos, que gastó 37,000 florines en las fiestas de su matrimonio con una hija de Pedro de Médicis. En su magnífica habitacion era donde se reunia la academia platónica, á la cual los *jardines Rucellai* debieron su celebridad.

Pomponio Leto, 1424-97.—El florentino Domingo Fiocchi escribió sobre las magistraturas romanas. Pomponio Leto, natural de Calabria y bastardo de los San Severino, se afectaba hasta derramar lágrimas á vista de los antiguos monumentos; llegó hasta buscarlos en las orillas del Tanais y hasta pensó en visitar las Indias; pero fué separado de este intento por los hombres ilustrados que tenia por compañeros como presidente de la Academia romana. Habiendo sido saqueada su casa por una sublevacion en tiempo de Sixto IV (1484), se *fué con jubon y borceguies y una caña en la mano*

---

(3) *Referant suas legationes in illis consiliis, in quibus electi fuerunt* (1296).—*In scriptis relationes facere teneantur* (1425.)

(4) *Senil.*, XV, 5.

(5) *Fam.* II, 4, IV, 9.

(6) *Famil*, VI, 6. *Hort. ad Nicol. Laurent.*

(7) Hé aquí lo que dice de Rienzi, su cronista: «Fué desde su juventud nutrido con la leche de la elocuencia, buen gramático, mejor retórico, escelente escritor. ¡Ah! ¡cuán espeditivo lector era! Hojeaba mucho á Tito Livio, Séneca, Tulio y Valerio Máximo, y tenia gran gusto en contar las grandezas de Julio César. Todos los dias iba á examinar las esculturas de los mármoles que habia en derredor de Roma. Solo él sabia leer los antiguos epitafios para traducir todas estas inscripciones antiguas, para interpretar con verdad aquellas figuras en mármol.»

(8) Fueron publicadas en 1654 por Cárlos Moroni, y Tirabochi da larga cuenta de ellas en su tomo 7, pág. 292.

á quejarse á los jefes (INFESSURA); pero fué grandemente indemnizado por sus amigos, que le proporcionaron á porfia todo aquello de que tenia necesidad. Su admiracion por lo antiguo hacia que le pareciesen salvajes las costumbres y creencias de su época hasta el punto de ser acusado de impiedad.

Puede juzgarse, por lo demás, cuán en su infancia estaria la crítica, por el hecho de fray Annio de Viterbo. En el año de 1498 publicó unas historias originales muy antiguas (*Antiquitatum variarum libri XVII*), propias para ilustrar el orígen de los pueblos: eran fragmentos del caldeo Berosio, de Fabio Pictor, de Mirsilo de Lesbos, de Sempronio, de Arquiloco, de Canton, de Metastenès, de Marcelo y de otros muchos. La alegria fué inmensa entre los erudltos; el nombre de Annio fué ensalzado hasta las nubes, y los doctos adornaron á porfia sus escritos con preciosos descubrimientos del fraile. Esta mania dañó, por desgracia, todas las historias generales ó municipales escritas en aquella época, por la mezcla de tantas falsedades con tan pocas verdades. Estos fragmentos no eran en efecto más que una ficcion, ya emanasen de lo religioso, ya hubiese sido él mismo engañado por alguno de los que especulaban entonces con la mania de las antigüedades.

Una vez conocidos los modelos clásicos, el crédito y el número de las crónicas disminuyó, y de esta manera se perdieron noticias, á veces frívolas, siempre sin trabazon; pero, no obstante, interesantes como revelacion de la época y del sentimiento popular. El gusto, que se habia mejorado, exigia que la historia tuviese tambien su belleza: se dedicaron á escribirla con esta idea, comunmente en latin y á veces en lengua vulgar. Uno de los que mejor la escribieron fué Eneas Silvio Picolomini, de Siena, que espuso los acontecimientos de Italia desde el año de su nacimiento hasta el último de pontificado. Su obra fué impresa ciento veinte años después de su muerte bajo el nombre de Juan Gobelino, su secretario. Se encuentra en ella vigorosa elocuencia, y un estudio atento de los caractéres y de las costumbres. Una larga permanencia en Alemania le permitió contar los hechos de la Bohemia y los de Federico III, bajo el título de *Historia de Austria*. Compuso, además, la cosmografia ó descripcion de la Europa y del Asia Menor, así como otras obras de que ya hemos hablado. Su historia fué continuada hasta 1469, por Jacobo de los Ammanati, florentino, á quien el papa dió su propio apellido, el obispado de Pavia y el capelo de cardenal.

Durante su permanencia en Roma, en calidad de secretario apostólico, Leonardo Bruno de Arezzo, testigo de las miserables agitaciones de aquella época, bosquejó una descripcion de ellas. Habiendo notado en el concilio de Constanza que el partido papal perdia terreno, se refugió á Florencia, donde fué nombrado canciller, y escribió allí la historia de aquella republica hasta 1404. Escritor cuidadoso, se vió invitado por los príncipes y visitado por los extranjeros. Ha dejado tambien traducciones de griego, versos, vidas y cartas muy importantes para la historia literaria de su época.

Juan Cavalcanti contó los acontecimientos de la Toscana desde 1420 hasta 1452 sin tener ni la sencillez del siglo XIV, ni la pureza estudiada del XVII. Pedante, aunque toscano, corrompe la encantadora lengua de su pais con voces latinizadas, con adjetivos estudiados, frases contorneadas, arengas á su manera, y en medio de todo esto, locuciones vulgares dichas en tono magistral. Dice *latin* por *italiano*, *quirites* por *ciudadanos;* y con juegos de palabras es como describe los horrores de la toma de Brescia. Güelfo por conviccion, Cosme de Médicis fué su ídolo. Maquiavelo le ha puesto á contribucion sin nombrarle.

La historia de Florencia ha sido tambien escrita por Poggio, y Bartolomé de la Escala, á quien la muerte precisó á detenerse en el descenso de Cárlos VIII á Italia. La conjuracion de los Pazzi por Angel Policiano, elegantes episodios, es un tributo con que pagó la proteccion que le habian concedido los Médicis. Vespasiano de los Bisticci, librero muy erudito, dejó muchas vidas de sus contemporáneos, buenas por su contenido, pero de estilo descuidado.

El primero que trató la historia de Venecia, fué Andrés Dándolo (1316), narrador árido, sin crítica en lo concerniente á lo pasado, bastante imparcial en las cosas modernas, y abundante en documentos. Marco Antonio Coccio, llamado el Sabellico, escribió tambien los acontecimientos venecianos, señalándole como apto la opinion pública con el nuevo título de historiógrafo y bibliotecario de San Marcos, acompañado de un emolumento anual de doscientos cequies, pero desempeñó mal su cargo. Bernardo Justiniano habia adoptado mejor el punto de partida para examinar los tiempos primitivos; pero se detuvo en el año de 809. Daniel Chinazzo de Treviso ha dejado en italiano una descripcion de la guerra contra los genoveses.

Pedro Pablo Vergerio, uno de los mejores escritores del siglo (1428), escribió con elegancia la historia de los señores de Carrara. Benvenuto de San Giorgio, descendiente de los condes de Biandrate, insertó en la de Monferrato útiles documentos. Ya hemos hablado en otra parte de Platino, historiador de Mántua. Además de los continuadores de Caffáro, alaba Génova á Braceli de Sarzana, que sin ostentacion ni flores de retórica, escribió en buen latin los acontecimientos de 1412 á 1444, de que estaba tan informado como canciller de la república.

Los reyes de Nápoles tuvieron historiadores en abundancia entre sus protegidos. De este número fué Antonio Beccadelli (1471), llamado el Palermitano, poeta laureado por el emperador Segismundo, que recopiló en cuatro libros los dichos y hechos del rey Alfonso. Pandolfo Colennuccio de Pésaro compuso en italiano un compendio de la

historia de Nápoles hasta su época, después fué estrangulado en su prision por haber querido entregar su patria al duque de Valentinois (1500).

El primero que ocupó una cátedra de historia en Milan, es Julio Emilio Ferrario de Novara. Después de él, el agustino Andrés Biglia hizo una relacion fiel y bastante elegante de los fastos de aquella ciudad, de 1402 á 1431. Pedro Cándido Decembrio, después de haber vivido en la corte de Felipe Maria (1399 1477), fué un ardiente partidario de la república milanesa. Cuando sucumbió ésta se fué á Roma, donde desempeñó, como tambien en otras partes, el empleo de secretario. En fin, de vuelta á Milan, escribió las vidas de aquel mismo Felipe Maria, de Esforcia, de Nicolás Piccinino, y una crónica de los Visconti, llena de sencillos detalles á la manera de Suetonio. Juan Simonetta, hermano de Cicco, celebró las hazañas de Francisco Esforcia, á quien siempre habia acompañado; adula, pero con gracia, y se manifiesta siempre claro y elegante. Tristan Calco emprendió primero continuar la historia de los Visconti, comenzada por Jorge Merula; después, viéndola llena de fábulas tomadas de Annio de Viterbo, la rehizo adelantándola hasta 1323, no sin criticar los datos y con buen estilo. Su contemporáneo Bernardino Corio, ayuda de cámara de Luis el Moro, ha escrito la historia de Milan más conocida, en un italiano muy dudoso: ignorante cuando habla de las cosas antiguas, es exacto y rico en los hechos contemporáneos y apoya su relacion en cartas y documentos.

La vida de Bartolomé Coleone ha sido escrita en latin por Antonio de Cornazzano, que vivia con otros literatos y artistas en el castillo de aquel valiente aventurero; así es que le pinta con lisonjeros colores, que desmiente la historia (9). Lodrisio Crivelli y Juan Antonio Campano, escritores toscos é interesantes, han escrito la vida de otros dos capitanes aventureros, Esforcia y Braccio de Montone. La historia de Escaneerbeg en buen latin por el albanés Marino Barlezzio, está llena de interés; pero ha desfigurado los hechos, para imitar á los antiguos. Bonino Mambrizio, milanés, fué el primero que puso en coleccion las vidas de los santos, que sacó de las bibliotecas y de los archivos; compuso dos tomos con elegante estilo, pero copiando hasta los errores, y sin discernir lo que era apócrifo.

Antonio Bonfini de Ascoli, que vivió en la corte de Matias Corvino y de Ladislao hasta 1502, ha dejado tres decadas de la historia de Hungria, buena fuente cuando faltan las demás. Felipe Bonaccorsi ó Calimaco Esperiente, toscano, habiendo huido de Roma en la época de la dispersion de la academia, se detuvo después de haber andado errante largo tiempo en Polonia, donde fué acogido por una mesonera, y después por el rey Casimiro. Empleóle este príncipe con el historiador Dlugos, en calidad de instructor de sus hijos. Ha escrito los fastos del rey Ladislao y la relacion de la batalla de Varna, en la que aquel monarca perdió la vida.

Froissart, 1333-1400.—En Francia Juan Froissart figura noblemente despues de Joinville y Villehardouin, nacido en Valenciennes en el Hainaut, de un padre pintor de escudos de armas, sirvió á diferentes príncipes en calidad de secretario, fué en busca de aventuras y de instruccion, y en lugar de hacer la novela de su época, trazó la historia tan romancesca por sí misma. Redactó en un espacio de cuarenta años sus *Crónicas*, que comprenden desde el año 1326 hasta el de 1400, y en las que refiere los acontecimientos de todo el mundo, pero sobre todo los de Francia, Paises Bajos é Inglaterra. No se podia ser entonces historiador, en atencion á la escasez de comunicaciones y la falta de publicidad, sino recorriendo el mundo para observar é indagar; y á esto precisamente es á lo que Froissart estaba naturalmente inclinado por la índole de su talento. Cuando se presentaba en un palacio ó en un castillo, se anunciaba como historiador y con este título tomaba informes, se insinuaba en la confianza, trababa conocimiento con los personajes ilustres, buscaba testigos de los hechos recibiendo regalos de los que deseaban lisonjas en la historia, ó que temian su sinceridad. Cuando tenia que entretener á las señoras en los gabinetes ó en las comidas de los grandes, llevaba consigo para leerla su novela el *Meliados*. Escuchándolo todo de esta manera refiere sin discernimiento. Tanto el viajero que exagera sus aventuras, como el caballero que ensalza sus proezas, el ignorante que refiere tonterias absurdas, son para él datos igualmente auténticos. A veces él mismo se pone en escena. Siguiendo su opinion la historia, se encuentra diseminada en todo el mundo, como lo estaba aun entonces. Anda en busca de la caballeria sin advertir que iba concluyendo, ni que el pueblo empieza á figurar en la historia, y sin embargo la hace dimanar de ella. No razonando ni discutiendo, se limita á referir, pero cuenta admirablemente; y aunque manifiesta la intencion de ser leido por la posteridad, se ve que más bien destina su historia á entretener los ocios de los señores de su tiempo. De aquí procede aquel aire de novela con que la reviste y que conviene mucho á la pintura de aquella existencia caballeresca pronta á desaparecer, de aquellas guerras, de aquellos incendios, de aquellas bandas mercenarias que viven del pillaje, como tambien de las cortes, torneos, galanterias y brillantes y leales empresas. No se ocupa de política, ni tampoco de moral y de hu-

(9) Tenemos tambien de Cornazzano la vida de Francisco Esforcia en tercetos, y un tratado *De la integrita de la militare arte*, además de un poema sobre el mismo asunto, que se ha impreso muchas veces. *Opera nuova de Mr. Ant. Cornazzano, la quale tratta de modo regendi, de motu fortunæ, de integritate rei militaris, et qui in re militari imperatores excelluerint.*

manidad; el crímen no le espanta. Dice que Gaston, conde de Foix, es un *escelente príncipe*, aunque dió muerte á uno de sus hijos; refiere con la mayor calma los asesinatos de los ingleses en Francia. Du-Guesclin no pierde nada á sus ojos, cuando deja asesinar á don Pedro en su presencia; las más generosas acciones no le causan sorpresa. ¿Cómo tacharle de contradiccion si no tuvo opinion propia?

Froissart nos da á conocer la manera de vivir de los señores describiendo la corte de aquel conde Gaston de Foix en Orthez: «En la época en que me presenté delante de Gaston de Foix tenia éste cerca de cincuenta y nueve años de edad. He visto en mis tiempos muchos caballeros, reyes, príncipes y otros, pero nunca ninguno de tan bello cuerpo ni tan proporcionada estatura; era vivo, de buen color, risueño y de ojos verdes y amorosos cuando queria. Todo él era tan perfecto que no se le puede alabar demasiado... Mandaba dar diariamente en limosnas cinco florines, y además á todos los que llegaban á su puerta. Fué liberal y cortés en regalos. De todos los animales los que preferia eran los perros, y en los campos tanto en invierno como en verano asistia á las cacerias. Era muy accesible á todos, y á todos hablaba con dulzura. Era breve en sus consejos y respuestas. Tenia cuatro secretarios para escribir cartas y contestar... Cuando á media noche salia de sus habitaciones para ir á cenar á la sala, iban delante de él doce pages con antorchas encendidas, y se colgaban otras doce delante de la mesa, que daban gran claridad á la sala, la cual estaba llena de caballeros y escuderos, y siempre estaban las mesas puestas para cenar el que quisiera... Le causaba gran placer oir á los menestrales, pues era perito en su arte y hacia cantar canciones y árias á sus eruditos. Permanecia sentado á la mesa cerca de dos horas, y tenia gusto en que se le presentasen estraños manjares, los cuales una vez vistos, los hacia llevar á las mesas de los caballeros y escuderos..... Veíanse tanto en las salas y habitaciones como en el patio, ir de un lado á otro á caballeros y escuderos de honor. Y se les oia hablar de armas y de amor. Todo honor se encontraba allí dentro. Se adquirian noticias de cualquier reino ó pais que fuese; porque de todos los paises, por la fama del señor, iban allí gentes».

Froissart tuvo imitadores, entre otros á Enguerrando de Monstrelet, que le continuó hasta 1444: tambien se encuentra instruccion en él cuando no se deja vencer por el fastidio; después le siguió Mateo de Coucy, que llegó hasta 1461. Juan Leclerc, consejero de Felipe el Bueno de Borgoña, escribió tambien memorias, que comprenden desde el año 1448 hasta el de 1466; los hechos están contados allí confusamente en medio de prodigios y circunstancias pueriles, pero con muchos detalles concernientes á la clase media. Jorge Castelain, autor de una crónica de Borgoña, ha escrito como testigo presencial, dando pruebas de conocimientos y de gran franqueza. Pasaremos en silencio otros autores de memorias, en cuyo género sobresalian los franceses, y que agrada, por el gusto innato en el hombre á particularidades que le conducen á consecuencias un poco más generales. La malignidad encuentra donde ejercitarse, y nuestro amor propio se lisonjea al hallar en él semejanza con nosotros mismos y poder adivinar en los demás lo que hemos sentido en iguales circunstancias.

Citaremos aun aquí, para el interés histórico, á Oliverio de la Marche, page de Felipe el Bueno y capitan de Cárlos el Temerario. Describió minuciosamente de qué manera queria ver vestida la dama de sus pensamientos, y sus descripciones se han hecho más sorprendentes por las miniaturas que las acompañan en un manuscrito guardado en la Biblioteca Real. La dama la supone al levantarse. La primera cosa que Oliverio pone delante de ella es un par de chinelas puntiagudas de terciopelo negro, forradas de seda de color de rosa y zapatos de cúero de Córdoba; después medias largas de fina tela encarnada, atadas con ligas azules, una camisa de tela fina, un justillo de damasco blanco abierto por el pecho, por el que se deja entrever una tela carmesí; un cordon que oprime el talle, y encima un cinturon negro con hebilla de oro; de este cinturon pende un acerico de tela de oro bordado de lana, para clavar los alfileres, una pequeña bolsa de oro y perlas, un pañuelecito pendiente de una cinta; y en fin, una blanca y fina camisola que le cubre los hombres y el pecho. Su cabello peinado de tal manera que no se ve bajo el velo tejido de oro y seda que lo cubre; una cinta tambien de oro rodea su cabeza y baja hasta las sienes; lleva en el cuello un gran diamante. Después se pone un traje de tisú de oro de Venecia ó de Luca, forrado de armiño, ajustado con un cinturon esmaltado de blanco, negro y rojo, del que cuelgan rosarios de Calcedonia; en fin, con guantes de España perfumados con violeta, una capucha de terciopelo adornada con estrellitas y cadenitas de oro, y un espejo de acero muy brillante, con un cerco de oro para complacerse en el exámen de sus encantos.

Cristina, hija de Tomás de Pisano, astrólogo de Bolonia, llamado al servicio de Cárlos V, fué educada en la corte de Francia, entre los buenos modales y estudio de las letras: mujer y bonita, sus primeras poesias fueron aplaudidas (10). Animada con este principio, la necesidad la hizo cuando viuda buscar recursos en su talento: una obra histórica titulada *Cambio de fortuna* que escribió entonces, agradó de tal manera á Juan Sin Miedo, que le encargó que escribiese la historia de Cárlos V, y le abrió al efecto los archivos del Estado. Pero es bien difícil, sobre todo á una mujer, conservar una mirada segura, rodeada de los favores de los

(10) PETITOT, *Noticia sobre la vida y obras de Cristina de Pisano.*

príncipes; y Cristina hizo casi un panegírico, sin tener intencion de violar la verdad. No se podria leer en el dia sin cansarse lo que fué entonces tan admirado: muestra, no obstante, viveza poética unida á una razon fina, delicadeza de sentimientos y gran fuerza de talento. Parecerá estraño que haya tambien escrito sobre el arte militar, ayudada de Frontino y de Vegecio; pero aplicando sus preceptos á los sistemas nuevos. Lo que hizo «no por arrogancia ó loca presuncion. sino por verdadero afecto y buen deseo del bien de los nobles en el oficio de las armas.»

Commines, 1445-1509.—Todos estos historiadores fueron sobrepujados por Felipe de Commines, señor de Argenton y ministro de Cárlos el Temerario. Cuando Luis XI se encontró en poder de este último principe, Commines le ayudó á salir de él, persuadido de que el monarca francés repararia la falta que habia cometido, y de que el duque de Borgoña no sabria sacar partido de ella. Pasando entonces del servicio de un amo fogoso al de un rey calculador, fué el confidente de Luis, quien le encargó de negociaciones en Inglaterra, Saboya Florencia y Venecia: sabia con certeza en qué cantidad se podian comprar, ya los ministros de un rey, ya los magistrados de una república. A la muerte de Luis, se metió en algunas intrigas contra la reina madre Ana; y saliendo mal las cosas, fué puesto en la cárcel: tuvo entonces conocimiento de aquellas «jaulas de hierro y otras de madera, cubiertas de planchas lo mismo por dentro que por fuera, con terribles hierros de cerca de ocho piés de ancho y la altura de un hombre y un pié más. Muchos las han maldecido, dice, y yo tambien que las he esperimentado por ocho meses.» Sin embargo, no se indigna, y encuentra muy natural el ser castigado, no habiendo conseguido la victoria. En efecto, el buen éxito parece su ídolo; se complace en la habilidad, y una mala accion no le causaba despecho, con tal que sea medianamente dirigida. En una época en que la literatura era todo poderosa sobre la imaginacion, Comines la desterró enteramente de sus memorias, para sustituirla con la política y la razon. Juzga con rectitud y buen sentido; pero no es el moralista que aprueba ó condena las acciones segun la justicia, ni el filósofo que propone un sistema para probar sus asertos, sino el hombre de negocios positivos y calculador. No encuentra espresiones vivas, no se irrita, no reniega, no muestra ninguna pasion, ni la de la ambicion, y se abstiene de hablar de sí en el momento que tuvo grande importancia. Aunque era confidente de un déspota, comprendia la libertad y la amaba por la misma razon que Maquiavelo queria el despotismo, porque era útil. Piensa que en política debe seguirse el camino recto; pero que es preciso algunas veces preferir las vias oblícuas; aceptando por lo demás el vicio y la virtud con una indiferencia que es imposible alabar.

Esta frialdad de carácter le hace siempre conservar la balanza igual entre los tres grandes príncipes á quienes se acercó, Cárlos el Temerario, Luis XI y Cárlos VIII. Busca las causas, y á veces encuentra las verdaderas, como cuando su esperiencia habla sobre la decadencia de la casa de Borgoña; y en general considera la historia como un estudio (11). Si Froissart no hace mas que agradar y recrear, Commines os hace hombre colocándoos entre los hombres, y mostrándoos los resortes á veces muy miserables que hacen mover este pobre mundo.

Ayala, 1332 1407.—En España los progresos de la lengua y del pensamiento están atestiguados con la crónica de Pedro Lopez de Ayala, nacido en Murcia, gran camarlengo y canciller de Castilla al servicio de Pedro el Cruel, á quien abandonó por Enrique de Trastamara, sosteniéndole en su rebelion con sus escritos y armas. Aprisionado, compuso el *Rimado de palacio*, en el que enumera en mil seiscientas diez y nueve octavas, todas las crueldades de don Pedro, entregándose á digresiones sobre la religion, la política y la corte de Roma. Habia aprendido de Tito Livio, á quien tradujo, el arte de contar á la manera clásica. Prisionero como estaba, su obra lleva el sello de la melancolia y sombrias imágenes; tal vez se muestra en ella injusto con respecto á don Pedro, en quien no hiere al tirano, sino á un enemigo personal. Versado en los negocios, refiere con una sencillez y tranquila gravedad, que le acercan á Villani y Froissart. Si se quiere un ejemplo de la impasibilidad con la cual espone los sufrimientos que ha padecido, elegiremos la primera crueldad de don Pedro, llena de los rasgos característicos, que el arte se esfuerza en vano en reanimar.

.....E ese dia luego sábado, en la noche después que el rey era ya en Burgos, la reina doña Maria su madre, envió un Escudero á Garci Laso que le dijese que ella le enviaba decir que por ninguna manera del mundo otro dia domingo non viniese á palacio, e Garci-Laso no lo quiso creer. Antes otro dia, domingo de gran mañana, fué á palacio e estaban las puertas muy guardadas, e entró Garci Laso e con él Rui Gonzalez de Castañeda y Pero Ruiz Carrillo, sus cuñados casados con sus hermanas, e Gomez Carrillo, fijo de Pero Ruiz Carrillo, e otros Caballeros e Escuderos. E desque fueron entrados do el rey estaba, fuese la Reina para otra camara e fue con ella don Vasco, obispo de Palencia, su Chanciller mayor. E luego que la Reina fué partida de alli, prendieron á tres omes de la cibdad de Burgos, que decian al uno Pero Ferrandez de Medina, e al otro Alfonso Ferrandez, Escribano, e al otro Alfonso Garcia de Camargo e por sobre nombre le decian el Izquier-

(11) En realidad sus historias no eran más que notas dirigidas al arzobispo de Viena, y éste tenia la intencion de servirse de ellas para componer una historia en latin.

do. E despues que estos de la cibdad fueron presos e tirados á parte, dijo don Juan Alfonso de Alburquerque á un Alcalde del Rey que y estaba, que decian Domingo Juan de Salamanca: «Alcalde, vos sabeis lo que tenedes de facer.» E el alcalde entonces llegó se al rey y díjole quedo, oyéndolo don Juan Alfonso: «Señor, mandad esto, ca yo non lo diria.» E estonce dijo el Rey muy bajo, pero que lo oian los que alli e estaban: «Ballesteros, prended á Garci Laso.» E don Juan Alfonso tenia y ese dia tres Escuderos sus criados, de quien se fiaba, con otros omes suyos que estaban apercibidos e armados de fojas de yuso de paños e tenian espadas e bronchas, e decíanles Alfonso Ferrandez de Vargas que fué despues señor de Burguillos, e Rui Ferrandez de Escobar e Ferrando Garcia de Medina. E cuando el rey dijo aquellas palabras que prendiesen á Garci Laso, estos tres Escuderos de don Juan Alfonso travaron luego de Garci Laso muy denodadamente: e dijo estonce Garci Laso al rey: «Sea la vuestra merced de me mandar un clérigo con quien me confiese:» E dijo luego á Rui Ferrandez de Escobar: «Rui Ferrandez, amigo, ruego vos que vayades á doña Leonor, mi mujer, e traedme una carta del papa de absolucion que ella tiene.» E Rui Ferrandez se escusó dello diciendo que lo non podia facer. E estonce diéronle un clérigo que fallaron y por aventura; e apartóse Garci Laso á un pequeño portal que estaba en la posada sobre la calle, e alli comenzó á fablar con él de penitencia. E decia despues el clérigo, que cuando Garci Laso comenzó á fablar de penitencia, que elle catara por ver si tenia algun cuchillo e que non ge le falló. Ea aquella hora que Garci Laso fué preso, Rui Gonzalez de Castañeda y Pero Ruiz Carrillo e Gomez Carrillo, su hijo, e los que tenian la parte de Garci Laso, apartáronse á una parte del palacio e estovieron todos juntos. E don Juan Alfonso de Alburquerque dijo al rey: «Señor, mandad lo que se ha de facer:» e estonce mandó el Rey á Vasco Alfonso de Portogal e á Alvar Gonzalez Moran, que eran dos caballeros que guardaban á don Juan Alfonso, que dijesen á los ballesteros que tenian preso á Garci Laso que lo matasen. E ellos fueron al portal do Garci Laso estaba, e mandáronlo á los Ballesteros: e ellos no lo osaban facer: e eran los Ballesteros uno que decian Juan Ferrandez Chamorro; e otro Rodrigo Alfonso de Salamanca, e otro que decian Juan Ruiz de Oña. E este Juan Ruiz salió al Rey e díjole: «Señor, ¿qué mandades facer de Garci Laso?» E dijo el rey: «Mándo vos que lo matedes:» E estonce entró el Ballestero e dióle con una porra en la cabeza, e Juan Ferrandez Chamorro dióle con una broncha e le firieron de muchas feridas fasta que morió. E mandó el Rey que le echasen en la calle, e así se fizo. E ese dia domingo por cuanto el Rey era entrado nuevamente en la cibdad de Burgos, corrian toros en aquella plaza delante los palacios del obispo al Sacramental do Garci Laso yacia, e non le levantaron de allí. E el Rey vió como el cuerpo de Garci Laso yacia en tierra y pasaban los toros por en somo dél, e mandole poner en un escaño, e así estovo todo aquel dia allí; e despues fue puesto en un ataud sobre el muro de la cibdad en Comparanda, e allí estovo gran tiempo. E despues en esa semana comia el Rey con don Juan Alfonso en su posada: e estando comiendo pasaron por delante de la dicha posada do el Rey comia á San Esteban los tres omes vecinos de Burgos que fueron presos el dia que el Rey mandó prender á Garci Laso, e leváronlos á matar. E fuyeron otros muchos de la cibdad por miedo del Rey.» (12)

Otros fueron pensionados para continuar las crónicas recopiladas por Alfonso X. La biografia más antigua es la del conde Pero Niño, conde de Buelne, caballero de Enrique III, escrita por Gutierre Diaz de Gamez. Después la de Alvaro de Luna, compuesta por un desconocido, con intencion de disculpar á aquel ministro. Fernando del Pulgar escribió la biografia de veinte y seis baro-nes, y la de Fernando é Isabel, en un estilo correcto, pero sin elegancia, originalidad ni reflexiones. Las diferentes vidas de los reyes españoles, de que Buterweck hace el elogio por su precision y naturalidad, no nos parecen á nosotros más que pedantescas, floridas sin arte ni oportunidad, y con el sello de una falsa elegancia que desfigura los tiempos. La historia de los primeros reyes de Portugal ha sido contada por cronistas posteriores, entre los cuales domina Fernando Lopez, guardian de los archivos de la torre del Sepulcro, autor de la biografia de Juan I.

Y aquí nos parece oportuno observar que tanto los poemas como las historias de los extranjeros trataban muy poco de héroes, mientras que en Dante y en Juan Villani es héroe toda la nacion ó la humanidad, segun conviene á las ideas republicanas, en que el mérito es lo que constituye la importancia.

---

(12) *Crónica del rey don Pedro*, pág. 40. Narr. Tom. IV.

CAPÍTULO XXXII

LITERATURA EXTRANJERA.

Francesa.—Aunque los reyes de Francia protegian los estudios y fundaban bibliotecas, colegios, universidades, la literatura francesa no ofrece en esta época ningun hombre ilustre, y yacen olvidadas las producciones de este tiempo, á escepcion de las historias. La soledad de los castillos habia producido aficion á la literatura novelesca, cuyas producciones fueron en verso primeramente, á fin de que los trovadores tuvieran más facilidad en recitarlos de memoria, cuando casi nadie leia; luego fueron puestas en prosa para comodidad de los señores. Desde el año 1462 hasta el año de 1520 se imprimieron doscientos cuarenta y cinco libros de caballeria, de los cuales son alegóricos muchos con el mal gusto de la novela de la Rosa sin sus bellezas: demuestra cuán populares eran las alusiones continuas que se hacen en su texto y las mascaradas y representaciones que se sacaban de ellas.

Tambien los *fabliaux* se trasladaron á la prosa de donde han nacido tantas colecciones de cuentos. El delfin Luis mandó coleccionar las cien novelas, «que son muy divertidas de contar en todas las buenas compañias para estar alegres,» y donde figuran el mismo delfin, el duque de Borgoña y los grandes de la corte. Estas narraciones son siempre licenciosas, aunque se recitaban en presencia de damas.

Señalan las leyendas un paso dado por la lengua francesa, á la cual se empezaron á trasladar los giros de la lengua de oc y las formas líricas. Cárlos, duque de Orleans, descendia de Valentina de Milan, lo cual esplica la delicadeza de su gusto, tan superior á la de sus contemporáneos. Exhortado por su madre moribunda á vengar el asesinato de su padre, se ligó contra el duque de Borgoña con los duques de Borbon y de Berry; después, cuando la muerte del primero, habiéndose coaligado con el rey de Francia, peleó en Azincourt, y habiendo caido prisionero, se consoló durante veinte y cinco años de cautiverio, cantando sus composiciones, las más originales de aquel siglo (1). Ellas manifiestan el progreso de la lengua y del gusto; la esposicion es fácil, las rimas cuidadas y bien entendidas, evitadas las elisiones, así como las voces truncadas. Rinde tambien tributo á las alegorias y á las ideas de entonces; sus conceptos son débiles, pero graciosos; en vez de débiles lamentaciones ó quejas vulgares, templa el dolor con el brillo de la sonrisa (2). Llora á una hermosa abandonada en el continente; sin embargo, las de la isla le amaban, y en honor á la memoria de su madre dedicaron el dia de san Valentin á la fiesta de Amor.

Juan, duque de Borbon, su compañero de infortunio (3), Renato de Anjú, y Juan II de Lorena,

---

(1) *Poesias de Cárlos, duque de Orleans, publicadas de los manuscritos originales y auténticos*, por M. Champollion-Figeac, Paris, 1842.—*Poesias de Cárlos de Orleans*, por M. Guichard, Paris, 1842.

(2) *En regardant vers le pays de France,*
Ung jour m'advint adoure sur la mer:
Qu'il me souvient de la doulce plaisance
Que je soulois audit pays trouver!
Si commençai du cœur á souspirer,
Combien certes que grant bien me faisoit
De veoir France que mon cœur amer doit.
. . . . . .
Alors changeai en la nef d' esperance
Tous mes souhaits, en les prian d'aller
Oultre la mer, sans fair demourance,
Et á France de me recommander.

(3) Al marchar el duque de Borgoña para Francia, el de Orleans le dirigia el madrigal siguiente:
Puisqu'ainsi est que vous allez en France,
Duc de Bourbon, mon compagnon très-chier,
Où Dieu vous doint, selon la desirance
Que tous avons, bien povoir besougnier,

cultivaron tambien la poesia, pero con poca inspiracion (4). El normando Alano Chartier, secretario de la casa del rey, tuvo tanta reputacion en su época, que Margarita de Escocia, mujer de Luis XI, viéndole dormido, le dió un beso en aquella preciosa boca de donde habian salido tan bellas y virtuosas palabras. Pero si he de decir verdad, yo no he encontrado en ellas esa belleza; la moral es demasiado rebuscada en las poesias que nos quedan, y muy fastidiosa su crónica.

Francisco Villon (nac. 1431), libertino, crapuloso y escamoteador, contaba en verso sus picardías, que le condujeron dos veces al pié del cadalso. El rey le concedió su perdon; pero ni aun en frente del cadalso cesaba en sus burlas tan cínicas, que recibió elogios por su atrevimiento. Censuró en el *Testamento* á los embajadores burlones; pensamiento que fué imitado después muchas veces. Si no fijó con tanta propiedad las reglas de la lengua y de la versificacion que mereciese los elogios que recibió, mejoró la forma de la balada y de las letrillas, así que es una falta el no hallarse en ellas más que sardónico desprecio y malicia. El lenguaje de Carlos de Orleans es cortesano, el de Villon vulgar, y por consiguiente más original: es un verdadero poeta del vulgo, del cual y de sí mismo aprende su arte sin esforzarse en complacer á los barones.

Otros podria citar, pero explicado uno se conoce á todos los demás, porque en ellos no se halla

---

Mon fait vous veulx descouvir et chargier
De tout en tout, en sens et en folie:
Trouver ne puis nul meilleur messagier;
Il ne faut ja que plus je vous en die.

Premierement, si c'est votre plaisance,
Recomendez moi, sans point l'oublier.
A ma dame, ayez-en souvenance;
Et lui dites, je vous prie et requier,
Les maux que j'ai, quand me fault esloignier,
Maugré mon veuil, sa douce compagnie:
Vous savez bien que c'est de tel mestier,
Il ne faut ja que plus je vous en die.

Or y faites, comme j'ai la fiance;
Car un ami doit pour l'autre veiller.
Si vous dites: Je ne sais sans doutance
Qui est celle; veuillez la m'enseignier;
Je vous réprus que ne vous faut serchier
Fors que celle qui est la mieux garnie
De tous les biens qu'on sauroit souhaitier:
Il ne faut ja plus je vous en die.

Despedida.

Si ai chargé á Guillaume cadier
Que par de la bien souvent vous supplie,
Souvienne vous du fait du prisonnier:
Il ne faut pas que plus je vous en die.

(4) Las bellas poesias de Clotilde de Surville que nació en 1405, y fueron publicadas en tiempo de la Revolucion, están unidas con las de Ossian.

génio ni verdadera poesia; demuestran de vez en cuando imaginacion ingeniosa, y siempre se concretan á la exterioridad de la vida. Un poco más profundizó Juan Marot, el cual en algunos pequeños poemas que compuso como el del viaje á Génova y el de Venecia, se inspiró, no ya sólo con sus propias ideas, sino con las de la historia, oscureciéndola, sin embargo, con la alegoria. Froissart, á quien ya hemos mencionado como historiador, escribió los versos (5) como la prosa, con la originalidad propia del carácter francés, antes de que fuese alterada por la imitacion. Commines refiere perfectamente, sin cuidarse de la frase, y prueba que la prosa, reservada al buen sentido, estaba mucho más avanzada que la poesia cultivada por los buenos talentos.

Española.—La prosa empezaba á exigir graves trabajos en España. Juan Manuel, descendiente de sangre real, que gobernó en tiempo de Alfonso XI, las provincias fronterizas de los moros y sostuvo veinte años la guerra contra los reyes de Granada, ha escrito el *Conde Lucanor*. Es la primera obra en prosa en la lengua castellana. Describe á su héroe pasando por una continuacion de desgracias, á cuya descripcion le induce Petronio con sus apólogos y novelas, sencillas en el fondo y en la exposicion, sin afectada elegancia, y que á diferencia de Bocaccio se encaminan á instruir en la política y en la moral, si bien con poco artificio. Escribió tambien una *Crónica de España*, un libro *de los sabios* y sobre los deberes del buen caballero, además de algunos romances y versos de amor. Pedro Lopez de Ayala nos manifiesta cómo pasaron, de las aventuras cantadas antiguamente, al relato político y sério. Tal vez la desgracia tuvo para él esta ventaja, que hizo cediese á sus contemporáneos las frivolidades amorosas, al paso que él siempre se desdeñó de tocar esta cuerda para dedicarse á asuntos elevados y sérios. Tenemos de Vasco Lobeira el *Amadis de Gaula*, traducido acaso del francés, que estuvo en gran boga allende los Pirineos, donde ocupó los ratos ociosos y ejercitó el gusto español. Hiciéronse numerosas imitaciones, sin hablar de otros libros de caballeria, que tradu-

---

(5) Así se retrata él mismo:

Au boire je prends grant plaisir:
Aussi fui je en beaus draps vestir;
En viande fresche et nouvelle
Quant á table me voy servir,
Mon esperit se renouvelle
Violettes en leurs saisons
Et roses blanches y vermeilles
Voy volentiers, car c'est raisons,
Et chambres pleines de candeilles,
Jeux et danses et longues veilles,
Et beaux licts pour li rafreischir,
Et au couchier, pour mieux dormir,
Epices, clairet et rocelle:
Et toutes ces choses veir
Mon esperit se renouvelle.

cidos en gran número, dieron una nueva fisonomía á la literatura castellana.

Pareció que Juan II queria conservar á Castilla la gloria que se le escapaba, favoreciendo las letras y la poesia. Pero como se versificaba por moda y proteccion, la estremada sencillez de los romances pareció una falta y se dedicaron á refinar el arte, introduciendo en él el talento, la alegoría, el estilo difícil y el agudo carácter español. Sin embargo, la preponderancia de la poesia popular estaba asegurada hasta tal punto, que se sostuvo á despecho de la pedanteria é imitacion de las composiciones italianas; en efecto, los últimos romances que celebraron las aventuras de los Zegries y de los Abencerrajes, ó la conquista de Granada, son de los mejores, están llenos de ardiente poesia y teniendo mucho del estilo árabe.

Enrique, marqués de Villena, nacido de sangre real (1434), queriendo resucitar el gusto antiguo, instituyó una academia á imitacion de las de la *gaya ciencia*, en Tolosa y en otras partes. «No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morirse, dice el bachiller Fernan Gomez de Ciudad Real, ni tampoco le bastó ser tio del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al Rey el tanto de su muerte; e la conclusion que vos puedo dar que azaz don Enrique era sabio de lo que á los otros cumplia, e nada supo en lo que le cumplia á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dejó, que al rey le han traido: é porque diz que son mágicos y de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de fray Lope de Barrientos fuesen llevados: é fray Lope que más se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros que no los vió el mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el Dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos faciendo á otros insipientes e magos, e peor es que se fazan beatos faciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no habia gustado del hado este bueno e magnífico señor. Muchos otros libros de valia quedaron á fray Lope que no serán quemados ni tornados si vra. Mrd. me manda una epístola para mostrar al rey, para que yo pida á su señoria algunos libros de los de don Enrique para vos, sacaremos de pecado la ánima de fray Lope é la ánima de don Enrique habrá gloria que no sea su heredero aquel que le ha metido en fama de brujo y nigromante. Nuestro Señor,» etc.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, honrado por su virtud, su valor y su saber (1398-1458), daba trégua á sus proezas guerreras para componer cantos en los que los contemporáneos alababan una erudicion que nos parece pedanteria; el marquesado de Santillana fué creado para él. En el *Doctrinal de los Favoritos*, saca consecuencias morales de la muerte de don Alvaro de Luna. Además de ligeros versos y romances, hizo el *Centiloquio* para la educacion del príncipe real de Castilla; es una coleccion de cien máximas morales y políticas, de ocho versos cada una, seguidas de proverbios é historietas para contar en las veladas. Su epístola á don Pedro de Portugal, sobre el orígen de la poesia y los antiguos poetas, tiene más celebridad, Segun él, la poesia ó gaya ciencia es el arte de presentar útiles verdades bajo una agradable cubierta, ordenarlas, distinguirlas, revestirlas con ficciones, con un mero peso y medida. Era, pues, muy natural que en su enumeracion de los poetas, olvidase, como lo ha hecho, lo que era la verdadera poesia de los españoles, el romance.

Juan de Mena (1412-56), de Córdoba, su protegido y sucesor, viajó por Roma, y fué admirador de la poesia italiana, de la que no conocia más que á Dante, pero se limitó á imitarle en su gusto con respecto á la alegoría, escribiendo el *Laberinto*, poema moral en trescientas estrofas, muy alabado entonces. Se propone trazar en él el cuadro emblemático de la vida humana, ensalzando todas las virtudes, deprimiendo los vicios, y mostrando la irresistible fuerza del destino. Después de haber invocado á Caliope y á Apolo, y maldecido la fortuna, se estravia en el ideal laberinto de esta vida; pero aparécesele una dama de esquisita hermosura para servirle de guia: ahora bien, esta dama es la Providencia. Poniéndose en marcha bajo su conducta, ve á dos grandes ruedas inmóviles, y otra tercera en movimiento perpétuo; tienen escrito *pasado*, *presente* y *porvenir*. En la primera se ve á los hombres antiguos y sus hechos; la última está cubierta de nubes; la de lo presente da vueltas sin cesar, y con ella los hombres, llevando cada uno escrito en su frente su nombre y su destino. Cada rueda se compone de siete círculos dispuestos segun los siete planetas, cuya influencia obra sobre la suerte de los hombres. De aquí toma ocasion el autor para alabar con estension á sus contemporáneos y ostentar conocimientos, el patriotismo que le anima cuando habla de los grandes hombres de su pais, y algunas hermosas digresiones, son las únicas cosas que dan tregua al fastidio que produce este poema. El laberinto ofrece hermosas partes, pero en medio de una perpetua exageracion, que por lo demás parecia entonces un mérito, hasta tal punto, que Juan II era un apasionado admirador de ella; hasta quiso que Juan de Mena añadiese sesenta y cinco estrofas á su poema con el objeto de que fuesen iguales en número á los dias del año, lo cual fué un nuevo mérito. En cambio el poeta le prodigó el incienso del elogio; le llama «el poderoso don Juan, el amado de Júpiter, que le destinó la tierra, así como el cielo obedece á su suprema ley; gran rey de España, nuevo César favorecido por la fortuna, á quien pertenecen la virtud y el imperio.»

Los españoles adelantaron más en las poesias sencillas, espresion de sentimientos fugitivos y reales, cantos de devocion y de amor, aunque á veces artificiales y violentos; y en su consecuencia se ejercitaron más en este género. Juan de la Encina se distinguió en primer lugar en las *letrillas*, los

cantarcillos, é hizo un arte poética respetado mucho tiempo por aquellos para quienes la versificacion es un arte.

Otros poetas ensayaron el arte dramático, imitando los *misterios* que se representaban en las iglesias. La *Celestina* es anterior á todo cualquier otro drama de Europa. El primer acto fué compuesto á mediados del siglo XV por un desconocido; el resto fué añadido cincuenta años después, por Fernando de Rojas. Después de haber comenzado en un tono cómico por los amores de Calisto y Melibea, que favorece la hechicera *Celestina*, concluye la pieza con la falta de Melibea y los sangrientos castigos de sus parientes. Ha sido traducida á todas las lenguas.

Este no era más que el crepúsculo de aquella literatura destinada á brillar con tanto resplandor cuando la nacion desplegase todas sus fuerzas. Cuando Madrid se convirtió en la capital del reino, la lengua que se hablaba allí fué la dominante; y se dedicaron á cultivarla no sólo en la literatura sino en los negocios, abandonando el lemosin ó provenzal, al cual las musas españolas habian dado hasta entonces la preferencia. La crónica de Ramon Montaner y otras más escritas en dialecto catalan, celebran las aventureras proezas de los catalanes, cuya poesia no produjo nada después de los cantos en honor de Cárlos de Viana, último de los príncipes, objeto de su amor; su literatura propia se perdió después, confundiéndose con la de Castilla. Habiéndose fijado entonces la lengua, fué posible hacer gramáticas como la de Antonio de Nebrija, dedicada á la reina Isabel.

Alemana.—Los cantos de los minnesingers y las epopeyas alemanas dejaron de hacerse oir cuando los príncipes no tuvieron oidos para oirlos, ni manos para recompensarlos. Cuando por otra parte, los gremios de artes se estendieron, y las comunidades cobraron fuerza, unos y otras tuvieron sus poetas en los maestros cantores *(meistersinger)* que trasladaron la poesia de la corte al taller, y que, á las simples inspiraciones de sus predecesores, sustituyeron un arte acompasado y glacial, de suerte que no produjo ningun fruto. Los meistersingers se reunieron después en corporaciones, asociándose en las diferentes ciudades para cultivar el canto y la poesia. Tuvieron en consecuencia sus estatutos, sus leyes, sus insignias, y lo que es más extraño, teorias de las que no era permitido separarse, tanto para componer como para cantar. Su institucion se propagó á medida que las ciudades se enriquecieron; Cárlos IV les permitió tener escudos de armas particulares como los príncipes y caballeros, y continuaron de esta manera hasta el siglo XVII. Desprovistos de vigor é invencion, se aplicaron únicamente á las formas; pero después que admitieron á los cortesanos y mercaderes, exigiendo como primera condicion para su ingreso la probidad, se favoreció con ellas la educacion de una clase tan numerosa como desatendida.

Si las cortes y los gremios tenian sus poetas, el pueblo tenia tambien los suyos bien distantes tanto de la delicadeza de los minnesingers como de la afectacion de los maestros cantores. Los cantos propios de los pastores, zagales y aldeanos se trasmitian con la misma religiosidad que se conservan los privilegios, y particularmente los trabajadores de las minas exhalaban en verso sus rústicas y sencillas inspiraciones. Son frecuentes las melodias sublimes realzadas con formas robustas, y con aquella vitalidad que en vano se busca en las composiciones hechas en los gabinetes. Las inspiraban la guerra, un crímen, un suplicio, las creencias religiosas, casos alegres ó desgraciados de amor é historietas tristes. Tal seria la de una señora que, próxima á parir, fué acometida de un desmayo y enterrada como muerta. Algunos dias después, habiendo ido sus hijos á regar con lágrimas su sepulcro, volvieron asustados á contar á su padre que habian oido salir de aquel sitio un sonido semejante al que se hace cuando se arrulla á un niño: el padre acudió al punto, abrieron el sepulcro y vieron viva á la señora, estrechando en su seno á una inocente criatura, y ella cuenta que Dios, que mantiene á los pájaros del aire, tuvo cuidado de aquel sér débil, á quien ella habia dado allá dentro á la vida, no á la luz, y le predijo que viviria todavia tres años. En otra, la lívida imágen de la muerte se acerca á una niña que está divirtiéndose en un jardin, la toca y le avisa que ha llegado su hora; sin conmoverse por sus tiernos llantos la hiere, y después corona sus restos exánimes, diciendo: «La guirnalda que pongo sobre tu frente se llama la mortalidad: no serás tú la última que la lleve, y cuantos han nacido tienen qne bailar conmigo al rededor de este trofeo.

Danza de los muertos.—Esta última frase hace alusion á otra estraña tradicion de la Edad Media, las danzas de los muertos ó macabras. El vulgo adheria no sé qué ridicula idea á lo que hay más sério en este mundo. Segun se demuestra, tanto en muchas formas populares del lenguaje, como en la pintura de esqueletos que movian sus descarnadas piernas y brazos con aquel rechinamiento de cráneos desnudos que se asemeja á una risa sarcástica, parecian preparados para un baile, y llevaban detrás de sí individuos de todas clases arrastrándolos á la tumba. Frecuentemente las pintaban en las cavernas y en los cementerios, y son muy conocidas las que se hicieron en Basilea después de la terrible peste, y que reproducidas después por el buril de Wohlgemuth y de Alberto Durero, y por los pintores en los palacios, en los osarios y en las puertas, hicieron público aquel extraño espectáculo (6).

Y á la verdad, ¿qué es la vida sino una conti-

(6) *La danza de los muertos, dibujada por Hans Holbein, grabada en piedra por José Schothaner, esplicada y precedida de un ensayo sobre los poemas y las imágenes de la danza de los muertos*, por HIPP. FORTOUL. Paris, 1842.

nua aproximacion á la muerte? ¿Y quién sino la muerte guia á la vida en todas las condiciones y en todos los tiempos? Tanto como hoy se procura alejar la idea de la muerte, otro tanto agradaba en la Edad Media tenerla presente á cada momento: la primeru poesia elevada que se escribió en Italia, fué un viaje al reino de la muerte: la pintura se aventuraba á dar el primer vuelo pintando el campo santo de Pisa; uno de los espectáculos más grandiosos del siglo XIV, fué el que se presentó sobre el Arno figurando el paso de las almas á la mansion de la muerte. Tambien en Alemania estas ideas, así como animaban el pincel, del mismo modo daban argumento á las representaciones; se hacia temblar de miedo á los niños con cuentos horribles, y acaso conmovian á los pecadores por medio de un espanto saludable, ó detenian al borde del abismo á una mujer perdida, mientras que se oia cantar en coro por las calles «¡Eternidad! ¡Eternidad!»

El primer poema notable sobre la danza de los muertos, apareció en Lubeck en 1496, con ochenta y seis grabados en madera. Cada uno de ellos ofrece personas de diferente condicion, que en su espanto á la muerte confiesan sus pecados y piden tiempo para arrepentirse; á veces se ve un movimiento general, en el que alternativamente figuran ricos y pobres, vivos y esqueletos; cuando fueron restauradas las pinturas de Basilea á principios de la Reforma, se añadieron inscripciones en verso, en los que respira el cinismo de aquellos tiempos de orgullosa destruccion (7).

Un cronista de Limburgo conservó las canciones que se cantaban á mediados del siglo XIII, muchas de las cuales son invectivas amargas y desapiadadas sátiras contra la vida monástica. Rudiger de Manesse, caballero senador de Zurich, copió las producciones de aquel siglo con todo el lujo caligráfico que entonces se conocia. A la invencion de la imprenta se reprodujeron muchas baladas populares, y se vendian con el nombre de hojas volantes *(Fliegende Blätter)*, que después se encuadernaron. *El Maestro de escuela de Esling* satiriza á Rodolfo de Habsburgo, culpable á sus ojos de desatender el mérito. El teólogo Enrique de Meissen, apellidado *Frauenlob* por los elogios que continuamente prodigaba á las mujeres, adquirió tanto crédito con ellas, que cuando murió, le acompañaron en gran número á su última morada; pero la tumba lo encerró todo.

Muchos autores se divirtieron igualmente en burlarse de los curas forjadores de milagros, y de los rudos aldeanos, principalmente de los *Schild* de las aldeas, que encierran el sol en una caja, que van á pié por no fatigar su caballeria, que bajan á cuestas una piedra desde la cima de una montaña en vez de dejarla caer rodando, y que después á mitad de camino conocen su torpeza y las vuelven á subir á la cima para rodarlas desde lo más alto. Pero en el fondo de estas narraciones habia por lo comun una intencion moral y acaso noble.

Entre las composiciones satíricas, las principales son el poema del *Renardo* (el zorro) y la *Barca de los locos*. En el primero, los animales obran como séres dotados de razon, zahiriendo á la sociedad humana. Aparece Renardo libertino, chistoso, pasando el tiempo en dirigir punzantes chan-

---

(7) Véase el contenido de algunos:

La muerte al papa. Santo Padre, á tí te pertenece romper el baile, adelántate el primero. Ni tiara, ni pastoral, ni derecho de indulgencia te dispensan de este paso.

La muerte al emperador. Señor de barba gris, mucho habeis tardado en arrepentiros; vamos, despachaos ya mi desacorde pífano os invita á partir.

El emperador. Yo podia estender el imperio, proteger, vengar al pobre oprimido. Todo mi poder se desvanece en este momento. ¿Ya no soy emperador? ¡Ay! no soy más que un muerto.

La muerte á la emperatriz. Vuestros cortesanos han concluido; no veo á ninguno acercarse á presentaros la mano; aceptad la mia y bailemos juntos. Mi baile comienza, vos le animareis.

Al cardenal. Vuestro rojo capelo ha gozado privilegios en el mundo, pero donde yo os conduzco todos son vuestros iguales. Los que bendecíais con los dedos alzados, bailarán con vos, monseñor cardenal.

Al ermitaño. Buen ermitaño, ¿á dónde os dirigís tan tarde con el farol en la mano, y cómo abandonais vuestra celda? No ireis más lejos: apago vuestra luz, y os llevaré á donde no esperábais.

Al jóven. Alto, muchacho, detente. ¿A dónde vas con tanta presteza? ¿A reir, á cantar, á bailar y á cortejar á las hermosas? Deja que los vivos diviertan á las mujeres, y ven á distraerte á otra parte.

El jóven. He sido alegre, bebedor y querido de las muchachas, he tenido doble parte en todos los placeres; pero en medio de los festines y de los favores de las bellas, ¿quién piensa en el viaje?..

La obra dramática española mas antigua, citada por Moratin, es la *Danza general en que entran todos los estados de gente*, 1356: es un baile de espectros en que la muerte anuncia á los hombres su omnipotencia, y en que imploran su compasion. Hé aquí el principio:

Yo soy la muerte cierta á todas criaturas
que son y serán en el mundo durante,
demando y digo: ¡ó omel ¿por qué curas
de vida tan breve en punto pasante?
Pues non hay tan fuerte, nin recio gigante
que deste mi arco se pueda amparar,
conviene que mueras cuando lo tirar
con esta mi frecha cruel traspasante.

Uno de los monumentos mas antiguos de la poesia dramática francesa trata del mismo asunto: Hé aquí el principio:

Creature raisonnable
Qui desire vie eternelle
Tu as ci doctrine notable
Pour bien fuir vie mortelle:
La danse macabre l'apelle
Que chacum á danser apprent,
A l'homme et femme naturelle.
Mort no epargue petit ne grand.

zas á los otros animales, por el solo gusto de hacer mal, de las cuales sufrieron mucho el lobo Isengrino y su mujer, Ersanta. Las maldades de Renardo se hicieron tan insoportables, que fué desterrado á la corte del Leon y condenado á la horca, á cuyo punto acudieron todos á insultarle en merecida venganza. Pero él, temblando delante del suplicio, ruega le dejen ir como peregino á Roma, á cuyo efecto pidió al lobo Isengrino y su mujer, le prestasen la piel de sus patas para hacerse zapatos, y al oso un poco de pellejo para guantes. El rey se lo negó al principio, pero después accedió á su demanda, y el pícaro se marchó contento. Habiendo caido en poder de la justicia prometió hacerse fraile; pero le envian un confesor, le tapan los ojos y ya estaba el verdugo dispuesto á apretar el nudo, cuando se interpuso la reina, y Renardo se volvió á salvar. Después de tantas aventuras, este hábil diplomático ruega al buho que le confiese; este le dirige un discurso, parodia de los que pronunciaban los frailes, y en los que las creencias religiosas son ridiculizadas. Renardo pone de manifiesto el poema de sus maldades, pero reconvenido por el confesor, y mostrándose movido de color, se lanza á él y lo despedaza. Este poema fué traducido y arreglado en todas las lenguas de Europa, llegando á servir luego de estudio á los nuevos filólogos (8), que quisieron encontrar en él señales de orígen oriental y alusiones históricas. Jacobo Grimm no ha titubeado en decir que esta sátira de la sociedad es el mejor poema de la Edad Media, después de la Divina Comedia.

Después de chancearse en la *Barca de los locos*, Sebastian Brandt, doctor de Estrasburgo y catedrático de derecho en Basilea, ataca con virulencia á los que tienen la mania de los libros, del canto, del baile, del vino, de la mesa, de la coqueteria, del orgullo y de la ambicion, y á todos les mete en la *Barca de los locos*. No debe buscarse unidad en una composicion de este género; cada una de las ciento trece estrofas (9) de que se compone, es relativa á alguna materia particular, y va acompañada de caricaturas perfectamente grabadas. Los caractéres son completamente genéricos, y parece que el autor tomó por modelo á un mal poeta mantuano, Juan Bautista Spagnoli, que hizo en latin una série de retratos satíricos, la gastronomia, la holgazaneria y otros infunde. Brandt adquirió, no obstante, tal nombradía, que aun durante su vida, el célebre Gailer de Kaiserberg tomaba de él los testos para sus sermones. Fué traducido é imitado en muchas lenguas, especialmente por el escocés Barklay, que aplicó aquella idea á las costumbres de sus compatriotas y se dió de este modo cierto aire de originalidad.

El heróico suizo, tan amante de su patria que por estar separado de ella murió de una consuncion particular; que no envidia las glorias de otros, pero que nadie podrá llegar á la suya, celebró en cantos populares la reunion de Rutli, el orgullo abatido de los condes de Toggemburg y de Neufchatel, la victoria de Sempach, las derrotas de Carlos el Temerario y el osario de Morat; después la larga y desastrosa guerra de Suabia, las disensiones religiosas por las que Tomás Schmoucher decapitó con sangre fria á su hermano Leonardo como víctima expiatoria por los pecados del mundo. El sentimiento que predomina en estas composiciones, es la admiracion de los sublimes horrores de la naturaleza, y el amor ardiente de la libertad, que Boner de Berna canta en estos términos: «la libertad hermosea la vida, infunde la alegria y el valor; ennoblece al hombre y á la mujer y enriquece al pobre; la libertad es el tesoro del hombre, corona la palabra y la accion.»

Estas canciones del suizo antiguo empiezan con sencillez: su estilo es sencillo, grosero y falto de ideas y de erudicion. «Escuchad la nueva que voy á contaros.—Oid la terrible historia que circula

---

(8) Grimm, Saint-Marc Girardin, Mone, Raynouard, Willems, etc. El autor del poema aleman, que toma el nombre de Enrique de Alkmar, dice haberle traducido del francés del Brabante. Tambien existe en holandés con el título de *Rey nært de Voss*. Llegó á hacerse tan popular en Francia, que *renard* significa zorra, y se compusieron hasta treinta mil versos franceses sobre este asunto. Dejando á un lado los *Animales parlantes* de Casti, Goethe, que queria manifestarse hábil en todos los géneros compuso en elevado aleman un poema en que se esforzó para imitar al antiguo sin olvidar la elegancia moderna y el arte de descubrir con delicadeza las desgracias de la sociedad y poner en ridículo los grandes sufrimientos, arte en que tanto han adelantado los siglos de crisis y de transiciones.

(9) Hé aquí algunas de estas estrofas, conviniendo en que tienen de todo menos de buenas en el sentido literario y poético.

«Recomiéndese á Dios esta barca que bogará en su nombre y no tendrá que avergonzarse de que yo cante. Porque no todos tienen el don de retratar á los locos al natural, á no ser que tengan como yo el nombre de Sebastian Brandt el loco.»

«El que se pregunte á sí mismo con conciencia, comprende que no hay necesidad de estimarse mucho, de conceptuarse mas que lo que uno es efectivamente, y de llamarse sábio cuando es loco. Porque el que se tenga por tonto, será bien pronto colocado en la clase de los sábios.»

«El que mucho abarca poco aprieta: no se cazan dos liebres á un mismo tiempo, ni se acierta al blanco sino disparando muchos arcabuces. El que quiere ejercer muchos oficios, los desempeña todos mal: el que quiere agradar á todos, debe sufrirlo todo, comer un pan que sabe á sal y doblegarse á los caprichos de cada uno. Pero muchos honores lisonjean el amor propio, y cuando hace frio proporcionan con que tener buena lumbre. El que prueba muchos vinos no los encontrará todos de su gusto. Muchos hombres que toman el partido de su madre, ignoran si el padre que se los atribuye es el verdadero. Otros se figuran que tienen más derechos que sus semejantes, porque ven en sus escudos de armas más nobleza... el que no tiene virtudes, ni honor, ni delicadeza, aunque sea hijo de un príncipe, no es noble á mis ojos: la virtud únicamente constituye la nobleza, etc.

por el pais.—Voy á cantaros una cancion enteramente nueva.—En el nombre de Dios ¡así sea! En nombre de Maria comienzo mi cántico.—Os cantaré todo lo más curioso que he oido.—Cantaré con alegria, y ruego á la Vírgen Maria y su hijo me presten su ayuda.» Algunas veces estas canciones concluyen con el nombre del autor, ó implorando la generosidad de los oyentes: «Esta cancion ¡oh confederados! la canta libremente Juan Viol, en vuestro honor y gloria, para que sean conocidas vuestras alabanzas, en donde quiera que se piense en vosotros.—El que os canta esta cancioncilla ha tenido que andar mucho; el buen vino está caro y su bolsa se encuentra en mal estado; por esto os refiero su miseria, y os ruega que le concedais vuestro tributo.»

Después el poeta continúa ingénuamente la narracion del hecho, como un cronista crédulo y prolijo, sin olvidar ni aun la fecha. Así es que en la cancion de la batalla de Sempach, se dice: «Era en 1386 cuando la gracia de Dios se manifestó á nosotros de una manera milagrosa. El dia de San Cirilo protegió á los confederados como voy á deciros y cantaros.» En la batalla de Morat, el poeta se complace en referir las pérdidas del enemigo con un patriotismo que raya en crueldad. «La batalla se estendió á dos millas á la redonda; en dos millas á la redonda quedó vencido y humillado el poder del duque, y la muerte de nuestros camaradas degollados en Granson, quedó vengada por la sangre derramada en dos millas á la redonda. No puede señalarse con exactitud cuántos enemigos murieron; he oido decir que perecieron al filo de la espada sesenta mil, y se ahogaron veinte y seis mil. Los confederados no perdieron, á fe mia, más que veinte hombres; señal evidente de que Dios proteje noche y dia á los varones intrépidos y piadosos.»

Así como uno de los pasajes de la Iliada que más apreciaban los griegos, era el catálogo de los bajeles y la reseña del ejército, del mismo modo el canto en que se enumeraban las tropas confederadas que asistieron á la batalla de Hericourt en 1474, debia agradar sobremanera á los suizos. «Entonces se vió llegar á los valientes de Friburgo, y todos se complacian en verlos tan bien instruidos en el manejo del arma, porque era una tropa brillante, y por donde quiera que pasaban, el pueblo no se cansaba de admirarlos. Tambien se vió venir la vieja Willinga con sus colores azul y blanco, y á Waldshut con sus hombres morenos: después Lindau con colores verde y gris, y Basilea con muchos guerreros intrépidos. Allí se encontraban tambien los suevos y otras muchas ciudades como Mainsset y Rothwill que habian tomado las armas. El que miraba hácia Schaffousse, veia al punto á Constanza y Ravensbourg. Después seguian Zurich y Schwitz, Berna, Soleure, Frauensfeld, y los de Glaris y Lucerna: por cuantas ciudades y aldeas pasaban los confederados, no se saciaban de mirarlos.»

La mayor parte de estos poetas son desconocidos, pero hay uno cuyo nombre se ha conservado, Veit Weber, de Friburgo en Brisgovia, que cantó aquellas guerras, con la voz áspera y fuerte que les convenia, complaciéndose á vista de la carniceria de los enemigos, y de los lagos de su patria teñidos con la sangre del extranjero. «Se miraron bien (canta): era la flor de la juventud de la Suiza cubierta de armas: causaba júbilo verlos llegar robustos, dispuestos y ágiles. Jamás he visto uno en los ejércitos cuya estatura pudiese compararse á la suya.» Al describir la batalla de Morat, parece que alza el grito sin piedad de un pueblo embriagado con sus recientes triunfos, contra los que turbaban sus franquicias inofensivas. «Se sostuvieron algunos instantes; después emprendieron la fuga. Muchos de sus ginetes é infantes cayeron atravesados de heridas. El suelo estaba sembrado de las armas que se habian hecho pedazos sobre ellos. Huian por la derecha, por la izquierda, y por donde creian encontrar su salvacion; jamás se ha visto tan grande consternacion. Muchos fugitivos corrieron en tropel hácia el lago, aunque ninguna necesidad tenian de apagar la sed: entraron en él hasta el cuello, y se les persiguió como pudiera hacerse á las aves acuáticas. Las barcas bogaron hácia ellos y fueron muertos: el lago estaba ensangrentado, y se oian sus espantosos gemidos. Otros muchos treparon á los árboles, en donde fueron muertos como pájaros, y atravesados á lanzadas. Sus alas de nada les sirvieron, puesto que no hacia viento.»

De esta época datan las primeras composiciones dramáticas escritas por los dos maestros cantores (meistersinger) de Nuremberg, Hans Polz de Worms, barbero, y Hans Rosemblut, pintor de escudos. Tomaron tambien sus asuntos de la historia contemporánea, y no tienen más mérito que su descaro. Teodoro Schernberg hizo un misterio sobre la historia de la papisa Juana, que alcanza hasta el momento en que después de haber expiado sus pecados, sube desde el purgatorio al paraiso.

Los escritores místicos empleaban la prosa alemana, y queriendo hacerse entender principalmente de las señoras, vencieron la dificultad opuesta por la variedad de los dialectos, descubriendo de este modo las riquezas de su idioma. Juan Tauler, de Strasburgo, predicador famoso, exhalando su devocion en sermones llenos de uncion y de elocuente sencillez, elevó la lengua hasta expresar las ideas metafísicas.

Hugo de Trimberg, maestro de escuela en el pueblo de Thurstadt, cerca de Bamberg, escribió con posterioridad al año 1300, muchas obras, entre las que se distinguen el *Colector* y el *Mensajero*, observando tan maliciosamente las faltas de los hombres y las del mundo, describiendo los caractéres y aualizándolos á la manera de los modernos de tal suerte, que puede llamarse el antecesor de Adison, de Swift y de Sterne.

Poco poética la Holanda por naturaleza, y colocada entre dos grandes pueblos, se contentó con imitarles. Los poemas caballerescos, las novelas de Francia y Alemania fueron traducidas allí, y aun más algunos libros positivos de historia y religion. Tuvo no obstante una epopeya sobre los paladines (10).

Literatura septentrional.—La literatura de los escaldas, que hemos examinado en otra parte, continuó ejerciendo su influencia sobre las demás composiciones del Norte; pero tambien se trasformó en poesia caballeresca y se descompuso en canciones populares, como aconteció en Dinamarca, Inglaterra y Alemania, donde fueron cantadas hasta el momento en que la Reforma rompió los vínculos de lo presente con lo pasado.

Usando comunmeute los suecos una lengua estraña, no pudieron elevarse á gran altura. Adoptaron los daneses formas tudescas. Estando, en general, aislada la Escandinavia como la España del resto de Europa, conservó hasta la reforma, un carácter político é intelectual que le es propio.

La Rusia tuvo desde el principio una literatura nacional, ventaja notable é indicio de cultura; pero como era griega, no llegaron á ella los progresos del Occidente; después la invasion mongola interrumpió allí la tradicion civilizadora.

Los húngaros habian poseido antiguamente una poesia heróica particular, que celebraba á Atila, ó la conquista de aquel pais, hecha por los siete jefes de bandas. Tal vez estas tradiciones paganas constituyen el fondo de la historia primitiva sacada de la crónica del escritor del rey Bela. Alteróse la literatura en tiempo de Matias Corvino, que quizo hacerla italiana y latina. Después sobrevinieron los turcos que todo lo trastornaron.

Inglesa.—La llegada de los normandos, cuyos cantos eran á la vez incultos y sin la frescura que presta encanto á las literaturas nacientes, no pudo aprovechar á la de la Inglaterra. Los anglo-sajones, gracias á la agricultura y fraternidad política, tuvieron siempre aficion á describir la vida de los campos y dirigirse al pueblo. Roberto Manning, de Brunne, que en el siglo XIV compuso una crónica en verso, declara no haberla hecho para los doctos, sino para el vulgo. Los poetas estaban aun inclinados á adoptar este género, puesto que sólo se servian del inglés, que no era la lengua de los nobles, sino de la muchedumbre, que la conservaba con celoso cuidado, como carácter nacional que sobrevivia al anonadamiento de los demás derechos. Pero deseosos los literatos de obtener los favores del poder, empleos, beneficios, cultivaban el francés; y sólo cuando el gobierno renunció á él fué cuando se dedicaron á perfeccionar la lengua nativa. El fondo permaneció germánico, pero con gran mezcla de francés, que los normandos habian tratado de hacer prevalecer para romper este gran lazo de nacionalidad, ó al menos modificarlo segun su pronunciacion y sintáxis.

Chaucer, 1328-1400.—No merecen mencionarse los poetas ingleses antes de Godofredo Chaucer. Este vivió en la corte de Eduardo III, y siempre infiel á sus convicciones, fué preso como confidente de Glocester. Recobró la libertad revelando los secretos de sus compañeros de infortunio, y se deshonró. Era hombre de menos inventiva que apto para coordinar; descendiente de familia normanda, y criado con las delicadezas de los dominadores, perfeccionó el anglo-sajon con el anglo-normando, é introdujo en el lenguaje muchas palabras francesas haciéndole armonioso á los oidos de los conquistadores y disponiéndole de la manera que después se ha venido usando en la conversacion, prevaleciendo sobre el francés.

No tomó menos de los elementos italianos, que de los orígenes germánicos. Habiendo conocido á Petrarca en Pádua, oyó de su boca la novela de la *Griselda*, contada por Boccacio, y que él reprodujo. Se enriqueció con las reminiscencias clásicas, tales como las fábulas de los trovadores, y tradujo algunos libros latinos y el romance de la Rosa, conservando siempre la libertad política y religiosa que caracteriza á los escritores ingleses, atacando á la vez á la Iglesia, como partidario de Wicleff y de la mania caballeresca.

De estas diferentes fuentes fué de donde sacó los *Cuentos de Cantorbery*, su obra más estimada. Peregrinos que habian ido á aquella ciudad para visitar el sepulcro de Tomás Becket, refieren alternativamente novelas durante la ociosidad de la velada. Pero en lugar de personajes sin nombre ni fisonomia, como en Boccacio, reunidos por la casualidad para platicar juntos, Chaucer se proporciona un campo más gramático, poniendo en escena diferentes clases de la sociedad, un caballero, un campesino, un médico, una abadesa, un fraile, algunos jurisconsultos, un negociante, un mendigo, un vendedor de indulgencias, un cocinero, un marino, un molinero, y así sucesivamente. Bien puede decirse que fué el primero entre los modernos en marcar los caractéres, sin confundirlos apenas, y presentando á cada uno con verdad y con palabras adoptadas á su condicion. Reuniendo la lengua del mismo modo que las varias inspiraciones de los conquistados y los conquistadores, describe la naturaleza con detalle y pasion, segun el genio sajon, sin incurrir en la afectacion de los trovadores. No puede comparársele con Dante en cuanto á la elevacion de sus concepciones; pero tiene ligereza de imaginacion, maneras sueltas y fidelidad para pintar las costumbres. Aunque imitando, se conservó nacional. Aunque cortesano y erudito, obtuvo los aplausos del pueblo, y gozó durante su vida una reputacion que la muerte no le arrebató. En el dia, así como á todos los poetas de los primeros tiempos, se le admira más de lo que se le lee. Mejor éxito obtuvo en la comedia, en la que introdujo con su fina penetracion y vida

(10) La hemos citado en la nota 1 del libro IX.

agitada aquella mezcla de lo alegre con lo triste, de lo estravagante con lo grave, que ha sido después con el nombre de *humor* el distintivo de aquella literatura bella y cruel, donde se hace burla del hombre y se olvida á Dios, segun el cual vemos sobresalir el romance y la comedia; y no hace mucho que el sabio Tomás Carlyle espuso en estilo de polichinela el acontecimiento más grande de los tiempos modernos (11).

Gower.—Es uno de los primeros monumentos de la prosa el viaje de Juan Maudeville á Oriente reconocido como falso, segun diremos, pero muy alabado entonces por su gracia y buen juicio. Gower, 1325-1408, émulo de Chaucer, á quien Ricardo II habia llamado para que compusiese alguna cosa nueva, publicó una obra en tres partes: *Speculum meditantis; vox clamantis*, ó la Insurreccion de los concejos en tiempo de Ricardo: *Confessio amantis;* poema de treinta mil versos en francés, en latin y en inglés, en el cual un enamorado platica con su confesor, sacerdote de Venus disfrazado, que con el nombre de Genio desenvuelve á su interlocutor todas las teorias del amor á la manera de los escolásticos. Pero el análisis de esta pasion procede con tal lentitud, que el penitente envejece, y produciendo más efecto los años que las razones, declara en el momento de recibir la absolucion, que ya se le da poco del objeto de su amor. Escepto el desenlace, lo demás es muy fastidioso. Chateaubriand cita una encantadora balada suya en francés antiguo.

Después de él llega la esterilidad hasta el elegante y afeminado Surrey, porque la Inglaterra no puede comparar á los italianos los miserables versificadores apenas leidos en el dia por pacientes filólogos. La culpa es sin duda de las guerras civiles; porque en las grandes cuestiones empeñadas en aquella época por nombres y símbolos fútiles en la apariencia, pero preñados de importantes reformas, los talentos vigorosos se hicieron actores, antes que permanecer en la contemplacion. Antes no habia educacion sino entre los nobles, que perdian el tiempo en discusiones y estudios de erudicion sobre las lenguas muertas. El pueblo tuvo sus poetas, pero toscos como él, y todo el saber se encerraba en los conventos y en la magistratura. Sin embargo, la lengua llegaba poco á poco á su madurez, y al momento que la paz del primer Tudor preparó un glorioso reinado á Enrique VII, se instituyó una corte regular, y la clase media fué, no ya formada por él, como suele decirse, sino centralizada y unida á la constitucion del pais; de turbulenta que era se convirtió en un poder regular, y viéronse aparecer las dos poesias de la corte y del pueblo, que debian, fundidas juntas, dar tanta grandeza á aquella literatnra.

La poesia en Escocia, menos literaria, se complacia con preferencia en las baladas populares, y uno de los mejores poetas de este género es el primer Jacobo Estuardo. Su relacion burlesca de las bodas del campo, que comienzan con danzas y cantos, y acaban á puñetazos, de una manera sangrienta, es todavia popular. El *Libro del rey*, en cinco cantos, compuesto en honor de su dama, pasa por su obra maestra. Se complace en describir en él las escenas de su cautiverio, los principios de su amor, las perfecciones de su dama; después sucede un viaje al planeta de Venus, al palacio de Minerva, y refiere como yendo en busca de la Fortuna, cae en los brazos del Amor.

Otros poetas caminaron por sus huellas, y el gusto de estas baladas pasó á Inglaterra. Allí fueron imitadas, y celebraron las vicisitudes de una incesante guerra entre ambas naciones, con un sentimiento enteramente diferente en una y otra. El escocés Juan Barbour hizo el primer poema caballeresco sobre Roberto Bruce (1395), y sobre las proezas de Douglas y del conde de Murray, el héroe de la nacion. Por este motivo es por lo que aun no es olvidado. «¡Oh! es una noble cosa la libertad. La libertad hace que el hombre esté satisfecho de sí mismo; la libertad da al hombre todo consuelo. El que vive libre vive satisfecho, un corazon noble no puede ni gozar ni tener placer si la libertad le falta.»

(11) Su *The French Revolution*. Véase el libro XVIII.

CAPÍTULO XXXIII

BELLAS ARTES

Arquitectura.—Muchos edificios góticos que ya hemos mencionado en el siglo precedente, fueron terminados ó hasta comenzados en éste, entre otros la catedral de Milan, la cartuja de Pavia y San Petronio de Bolonia.

Pero así como las letras volvian á los autores clásicos, esta vuelta hácia el estilo antiguo se manifestó igualmente en las artes. Esto es lo que se ha llamado el *renacimiento*, cuando no fué más que una imitacion servil. Y ciertamente, si la originalidad fecunda que en el siglo anterior se habia elevado hasta inventar un arte nuevo, se hubiera adaptado sobre los ejemplos antiguos, para pensar mejor sobre el conjunto, á dar buenas proporciones á las partes, á corregir los adornos, á ayudarse con los progresos de la mecánica, hubiera podido resultar una buena arquitectura enteramente moderna, que no hubiera sacrificado al gusto del momento la esperiencia de varios siglos, los atrevimientos desconocidos á los antiguos, y las formas engendradas por ideas y costumbres nuevas.

La arquitectura gótica, nacida á la sombra del altar, se habia engrandecido construyendo iglesias y conventos. Habiéndose aumentado entonces el poder y riqueza de los seglares, resultaba la necesidad de edificios que ya no podian conservar el antiguo carácter sacerdotal. Cuando cada pais consolidó su nacionalidad, y los reyes se esforzaron en concentrar en ellos todo el poder, la sociedades masónicas los protegieron como ministros del terrible poder papal, cuyos privilegios estaban en contradiccion con las nuevas constituciones. En Inglaterra (1421), Enrique IV las declaró ilegales, amenazando con multas y prisiones las que tuviesen reuniones. No tardó la reforma religiosa en darles el último golpe, hasta el estremo de no quedar ya más que el nombre y los estatutos, conservados primero con la esperanza de que se repondrian, y después dirigidos hácia otros fines de política ó de filantropia. Encontráronse, pues, perdidas las tradiciones difíciles y complicadas del arte; desaparecieron los medios de asistencia recíproca, y el órden, la regularidad del estilo clásico parecieron convenientes para suplirlos. Resultó de ello que los nuevos medios no se adhirieron á las nuevas necesidades de la sociedad; no quedaron, pues, más que copias en relacion con el original, imitaciones sin vida, que no reproducian la obra antigua, pero en las que se adoptaban superficialmente las apariencias, incompatibles con el espíritu moderno.

Tal no fué el pensamiento de aquellos gloriosos talentos que fueron los primeros que se dedicaron á levantar de su postracion la arquitectura, obra comenzada en Italia, donde era facilitada por los restos de la antigüedad. El tránsito de una á otra época se manifestó primero en la parte ornamental, que desplegó guirnaldas y animales cuidadosamente imitados, mezclados con creaciones fantásticas, llamadas grotescas y arabescas, con modillones, candelabros, pedrerías y mármoles de colores. Vense obras de esta clase en Venecia, en la iglesia de los Milagros en Brescia, en el mausoleo de Bartolomé Coleone, en Bérgamo, en la catedral de Como y en la de Lugano, como tambien en la Cartuja de Pavia. Este siglo es tambien especialmente notable por los bellos adornos con que hermosea las puertas, ventanas, púlpitos, pilares, con esquisito gusto, aun cuando estos trabajos sean obra de artistas desconocidos. Con frecuencia se sustituyó el barro cocido al mármol, y ensalzaron la humildad del material con la elegancia de la ejecucion.

Brunelleschi, 1377-1444.—El nuevo género de arquitectura se debia principalmente á dos florentinos, Brunelleschi y Alberti. No manifestando

Felipe Brunelleschi disposiciones para la carrera de notario, ejercida de padre á hijo en su familia, fué puesto en casa de un platero, donde se preparó, como era generalmente costumbre, en trabajar de escultura, con intencion de llegar á ser émulo de Donatello. Pero pronto conoció su vocacion á la arquitectura y la posibilidad de aplicar á ella los estudios de geometria, óptica y mecánica, á que se dedicaba entonces. Conoció tambien la necesidad comun de recurrir á lo antiguo y renovarlo; y de seguro, la arquitectura romana le ofrecia, más que lo que podia ofrecerle la literatera, un testimonio de la grandeza y originalidad de aquel glorioso pueblo. Si la pintura y la escultura no podian tomar de los ejemplos clásicos más que una gran pureza de dibujo, la arquitectura encontraba en ellos formas y sistemas de construccion enteramente perdidos entonces. En efecto, mientras que el estilo gótico habia lisonjeado la imaginacion, y querido, por decirlo así, atestiguar el triunfo de la idea sobre la materia, los romanos estaban obligados á una imitacion intelectual de la naturaleza, imitacion que sacaba sus efectos de las necesidades materiales que hacia resaltar su sistema de construccion, y le hacia más sensible con ayuda de los adornos.

Volver de la imaginacion á la inteligencia ilustrada con el progreso de los siglos, éste era el paso que le quedaba que dar al arte; y Brunelleschi se preparó á él, estudiando al efecto los maravillosos restos de la antigüedad. «Observando en Roma la grandeza de los edificios, era tal su atencion, que parecia fuera de sí... Ejercitábase sin cesar en imitar aquellas construcciones y no dió treguas hasta que las hubo dibujado de todas clases... fragmentos de capiteles, columnas, cornisas» (VASARI). Calculó de nuevo la fuerza de los materiales, de los empujes, y de esta manera se formó una idea exacta del arte de construir, como tambien donde confinan el atrevimiento y la temeridad.

El pensamiento que sin cesar le atormentaba era conseguir lo que nadie habia emprendido, colocar una cúpula sobre Santa Maria del Fiore, que Arnolfo habia dejado descubierta. Para el efecto, los florentinos habian apelado á los arquitectos de todos los paises del mundo; y se duda en creer en los estraños espedientes sugeridos entonces con este objeto, como el de erigir en medio de la nave un pilar á manera de torre, en el cual se fijasen las arcadas, ó llenar de tierra el vaso, arrojando allí moneda, con objeto de que la avaricia de encontrarlas hiciese que la desocupasen prontamente cuando ya no fuese necesaria. Verdad ó fábula, el problema era difícil de resolver. Las cúpulas construidas hasta entonces no ofrecian proporciones suficientes para cubrir el vacío dejado por Arnolfo. La de San Marcos tenia cuarenta y un piés de diámetro, la de Siena cincuenta y tres, la de Pisa un poco menos; además, todas eran circulares, levantadas de manera que estuviese repartido el peso en puntos de apoyo dispuestos segun el cuadrado circunscrito en el círculo de su base. Por el contrario, los estribos dispuestos por Arnolfo formaban un octógono tal, que el círculo inscrito se agrandaba hasta un diámetro de ciento treinta y un piés. La cúpula hemisférica de San Vital, en Rávena, se elevaba sobre una base octógona, pero pequeña y de mal efecto, á causa de los arcos colocados en los ángulos para combinar el círculo con el octógono. Tampoco en la antigua Roma halló Brunelleschi ejemplos que imitar; pero sacó nuevos géneros é ideas atrevidas del Panteon, de la Minerva médica, de los baños imperiales y de la casa de campo llamada Adriana, si bien colocó inmediatamente la bóveda sobre los puntos de apoyo, sin veletas, y pensó servirse de ellos, no como el discípulo que imita, sino como el maestro que sabe sacar partido, sin renunciar por esto al arco agudo que la Edad Media conquistó para el arte, por el cual el impulso hácia arriba se modifica por medio de la linterna colocada encima, y exige la construccion de menores cimbras.

Con estas ideas fué con las que formó su plan; pero cuando habló de esto se le mofaron tanto más cuanto que afirmó que podia conseguir colocar su cúpula sin sostenes ó maderos. Se vió precisado á persuadir á los incrédulos uno por uno, de tal manera, que se aquietó la oposicion, y aun mucho más cuando mostró su modelo, que revelaba un género de construccion enteramenre nuevo, sirviéndose á sí mismo de apoyo y sosten. Una vez vencidas la envidia y la desconfianza, se puso á la obra, vigilándolo todo por sí mismo, simplificando las máquinas, haciendo labrar las piedras exactamente; y antes de morir, vió su obra terminada (1).

Construyó sobre los arcos de Arnolfo un tambor de veinte y cuatro piés de altura, con aberturas circulares, con el objeto de que el peso de la bóveda cayese sobre los estribos por un doble sistema de arcos. Hizo la bóveda doble para preservar la del interior de los estragos de la humedad, uniendo una con otra con fuertes cadenas, lo cual le dió la inmortal solidez que no consiguieron las otras cúpulas, aunque más pequeñas. Su forma artística debia, segun el pensamiento de Brunelleschi, resultar de la observacion científica, y esto es lo que se verificó; porque ella le dió la majestuosa elevacion que desde luego parecia el privilegio de los obeliscos góticos. Continuó de esta manera dominando la casa de Dios sobre la habitacion de los hombres, y formó el carácter de la ciudad.

La fama que esta creacion valió á su autor hizo que se le buscase de todas partes: Felipe Visconti le confió la construccion de muchas fortalezas: hizo otras en Pisa y Pésaro, y construyó tambien diques en Mántua. Vióse obligado á continuar á San Lo-

(1) La cúpula tiene cuarenta y tres piés de diámetro; está á cien metros del suelo, y se cuentan cuarenta y dos desde la cornisa del tambor á la abertura de la linterna

renzo de Florencia tal como habia sido comenzado, lo cual es causa de la timidez del plan; las columnas y bases corintias son de buen estilo, pero los intercolumnios son muy abiertos, las cornisas demasiado pequeñas, las ventanas son muy estrechas y los pilares del centro muy elevados. El contorno de las capillas se estiende hasta el suelo, circunstancia que pertenece á la arquitectura gótica, y que las hace distintas del resto del edificio. Habiéndose prendido fuego á la iglesia del Espíritu Santo mientras se presentaba un espectáculo de su invencion que figuraba el paraiso, se le encargó su reconstruccion; pero no se comenzó sino despues de su muerte. El plano ofrece felices distribuciones siguiendo el método de las antiguas basílicas; las columnas corintias están allí mejor separadas y las medias columnas reemplazadas con pilastras de escasos adornos, lo que le dá un carácter robusto, y el conjunto forma la más hermosa iglesia de Florencia.

No se manifiesta ninguna pretension en las construcciones de Brunelleschi: todas son muy propias para su destino; en su consecuencia ofrecen más severidad que gracia, más armonia en el conjunto que en los detalles; pero siempre llevan el sello del genio. Cosme de Médicis, que le habia confiado la construccion de la abadia de Fiésola, á la que destinó cien mil escudos romanos, le pidió el plano de un palacio; pero le encontró demasiado magnífico para un particular como queria parecerlo. Los Pitti fueron muy atrevidos, é hicieron construir por sus dibujos la magnífica morada que recuerda las construcciones ciclópeas, en las que todo es robusto sin gracia ni variedad, con piedras de una longitud de noventa toesas. Lucas Francelli le añadió el piso principal.

Michelozzo.—Esta escesiva austeridad que Brunelleschi habia conservado á la arquitectura civil, fué modificada por Michelozzo, su más aventajado discípulo. Presentó á Cosme el plano de un palacio (Ricardi), el primero que unió en Florencia la solidez al lujo de la construccion, porque conservó el almohadillado; pero varió su aspecto esterior, y distribuyó con mucho tacto las habitaciones en lo interior. Vió en Venecia, á donde acompañó á Cosme en su destierro, monumentos de otro género, y elevó varios en aquella ciudad, entre ellos la biblioteca de San Jorge. El palacio Cafagi, en Mugello, es tambien obra suya, como tambien un palacio en Fiésola, el de los Tornabuoni en Florencia, y la casa de recreo de los Careggi. Hizo para Cosme el plano de un hospital que queria construir en Constantinopla, un acueducto para Asis, la ciudadela de Perusa, y finalmente en la iglesia de los Servitas, el sepulcro de su protector.

Alberti.—Leon Bautista Alberti levantó igualmente el arte á gran altura en cuanto á la teoria (1398). Era bien formado, vigoroso, diestro en los juegos y cabalgatas, en la música y en la poesia, especialmente la latina, hasta el punto de componer una comedia titulada *Philodoxos*, que fué tenida como antigua. Versado en el derecho civil y canónico, se complacia en escuchar á los ignorantes, persuadido de que siempre puede aprenderse algo; recorria con un disfraz las tiendas de la ciudad, enterándose de los diversos procedimientos del arte, y sorprendiendo acá y allá secretos para mejorarlos. Sobresalió en la pintura, y buscaba en los retratos el dictámen de los niños, porque la semejanza era lo que á sus ojos constituia el principal mérito. Escribió además tres libros latinos sobre el arte de la pintura, é inventó el artificio óptico de los panoramas. Después de estudiar las obras de Vitrubio, como le viese maltratado por el tiempo y por los copiantes, reconoció que el mejor medio de comentarle, era el exámen detenido de los edificios antiguos: marchó, pues, á observarlos, dibujarlos y medirlos, por toda la Italia. Viajó con Lorenzo de Médicis, Bernardo Rucellai, y Donato Acciajuoli, y cuando hubo recogido los verdaderos principios del arte, rico con la esperiencia adquirida, escribió su tratado *De Re ædificatoria* (2), el primero que se publicó después del de Vitrubio. Después de discurrir acerca del orígen de la arquitectura y su utilidad, de la eleccion del pais y de su situacion, sobre el modo de preparar, medir y dividir el terreno, y de la colocacion de las columnas, pilastras, techos, ventanas, escaleras y alcantarillas, pasa en el segundo libro á la eleccion de materiales, á los planos y á los obreros: en el tercero, se ocupa de los modos de construccion, de las bases, cimientos, los pisos y las bóvedas. El cuarto está dedicado á consideraciones generales sobre la oportunidad de los sitios, y las ceremonias que se usaban entre los antiguos. En el quinto, da reglas para los castillos de los tiranos, y los palacios de los buenos príncipes, y para los templos, academias, escuelas, hospitales, y toda clase de edificios civiles, militares y rústicos. La historia del arte y la ciencia de las máquinas componen el sexto. El sétimo trata de los adornos arquitectónicos, particularmente para las iglesias; el octavo y noveno de los caminos, de los sepulcros, de las pirámides y de otras construcciones públicas, de la decoracion de los palacios reales, de las casas de ayuntamiento y de campo. El último libro está reservado á las aguas.

Habia aprendido de los antiguos la sencillez, la magnificencia, la variada invencion, la solidez de las construcciones y conveniente eleccion en los adornos; sin embargo, no pudo llegar á la pureza clásica, tanto más cuanto que después de dar los planos, no se cuidaba de su ejecucion. Nicolás V, á quien presentó su obra, le empleó en Roma, en la restauracion de Santa Maria la Mayor, y en los conductos del *Acqua Vergine*. Se preparaba para construir un hermoso puente para el castillo del Santo Angel, y un magnífico palacio, cuando la muerte del pontífice dejó sin ejecucion sus proyec-

(2) Impreso en Florencia en 1485.

tos. Alberti hizo en Florencia la puerta de Santa Maria la Nueva, el palacio Rucellai con la galeria al frente, cuyo estilo es bueno, pero de ejecucion descuidada. Consiguió mejor su objeto en el otro palacio Rucellai, calle de la Scala, en donde no encorvó el arco sobre las columnas, y en la capilla de aquella familia en la iglesia de San Pancracio. Se alaban mucho el coro y la tribuna de la Anunciata, que es redondo, á modo del Panteon, sin aberturas, con nueve capillas alderredor, distribuidas en los nueve arcos.

El duque de Mántua, Luis de Gonzaga, á quien se dió el dictado de Augusto, fué quien le encargó aquella obra y le llevó consigo para que estableciese en Mántua una escuela de arquitectura, y le mandó hacer el diseño del templo de San Andrés. Su plan es regular y está bien distribuido: la fachada recuerda el arco de Rímini, y otros de construccion romana que habia estudiado. El interior, de órden corintio, no debia recibir luz más que por la ventana colocada sobre la puerta principal y las aberturas de la cúpula, y por la del fondo del coro, como habia demostrado que era conveniente se hiciese en los edificios religiosos; pero este plan fué alterado y sobrecargado por sucesivas agregaciones. San Sebastian de Mántua, en forma de cruz griega, es otra de sus obras. Varios príncipes le dispensaron tambien favorable acogida, tanto por su nobleza como por su mérito; sin embargo, no los aduló, antes bien procuraba inspirarles el amor á lo bello.

Segismundo Malatesta queria reunir en Rímini la flor de los hombres y mujeres célebres y las grandes obras del arte, destinando á las cenizas de los hombres ilustres el templo de San Francisco, que era un edificio cuya construccion gótica estaba muy adelantada, con altísimas pilastras á las que servian de base ó de capitel cabezas de elefantes, y estaban divididas en tres separaciones con nichos, y otros adornos de delicado trabajo. Llamado Alberto para continuar la obra, no pudo suprimir lo hecho, pero sí dar al conjunto gran majestad, realzándole por medio de un pedestal y tirando las hermosas y largas líneas de un pórtico á la manera antigua, interrumpidas en los lados por sarcófagos, ejecutados segun el gusto clásico (3).

Una mezcla igual del estilo clásico, con los ejemplos de los últimos tiempos, se observa en otros edificios de la misma época. En Ancona, en el palacio del gobernador, las ojivas descansan sobre columnas compuestas. en el hospital de Milan, las ventanas góticas están adornadas con frisos romanos. Este edificio dirigido por Filaretes, con perfecta distribucion y escelentes proporciones, es un monumento notable de un género casi particular á la Lombardia, que se llama *bramantesco*, anillo entre el antiguo arte y el renacimiento, y ofrece la reunion de la ogiva ó arco gótico y del arco de bóveda, y muchos adornos, especialmente de ladrillo: en una palabra, asociando los dos modos, hubiera conducido al arte hácia un género original, si no hubiese entonces la obstinacion de llamar bárbaro á cuanto provenia de la Edad Media.

Bramante, 1444-1514.—Nada sabemos con certeza acerca de la familia y la patria de Bramante, que fué el inventor. Aunque se le conceptúa peculiar de los Lazari de Urbino, se atribuyen á uno solo las obras de los tres individuos, y era milanés de nacimiento ú orígen. Hasta que no se aclare la duda, debemos seguir la opinion vulgar y decir que después de haber trabajado en Romaña, Bramante fué llamado á Milan por Luis el Moro, en donde ha perpetuado su gloria la iglesia de San Ambrosio, cuyas columnas dóricas se elevan sobre un hermoso basamento; la cúpula de las Gracias, el peristilo de San Celso, el lazareto y la sacristia de San Satiro; y después en Roma en donde dirigió la construccion del edificio más insigne de los tiempos modernos como veremos después. El milanés César Cicerano se titula su discípulo, y fué el primero que tradujo é ilustró á Vitrubio, pretendiendo hallar las reglas de éste en los edificios góticos.

Benito de Majano trabajó en la corte de Matias Corvino, Julian levantó en Roma el palacio de Venecia por órden de Paulo II, que le cedió á la república de su patria. Es un edificio vastísimo, macizo y de grandiosas habitaciones. La costumbre de dar á los palacios el aspecto de una fortaleza, se hallaba en aquel tiempo muy generalizada, y continuó hasta el de Vignola, que construyó en este género, el palacio Caprarola para los Farnesios. El de Strozzi en Florencia, principiado por Benito Majano, le concluyó Simon Pallaiolo, llamado el Crónico, por la mania que habia contraido de referir incesantemente sus viajes. La cornisa con que le terminó se considera como un modelo é iguala á la que Miguel Angel hizo en el palacio Farnesio en Roma. Se le deben tambien la sacristia octógona del Espíritu Santo en Florencia, tan elegantemente adornada, el salon de los Quinientos y la iglesiá de San Francisco del Monte que Miguel Angel llamaba la *hermosa aldeana* (bella vitanella). Presúmese que Poggio Reale, cerca de Nápoles, fué construido con arreglo á los planos de Julian Majano, que reunió en ellos todo cuanto puede lisonjear en una morada régia; jardines, bosquecillos, juegos de aguas y pajareras. En esta ciudad existe la torre de Santa Clara, cuya obra se atribuye á Masuccio, quien si así fuese, habria vuelto á poner en uso los órdenes griegos un siglo antes que Bramante (4).

(3) Véase, por lo que hace á las ideas religiosas y morales de Alberti sobre los sepulcros, el capítulo segundo de su libro VIII.

(4) Antonio de Saint-Gall ejecutó el mismo pensamiento en el campanario de San Blas en Montepulciano. Valery comete muchos errores en su *Viaje histórico y literario de*

Pero constando que sus cimientos fueron hechos en 1310, y que pudo ser él quien levantó el primer órden que es tosco y severo, bastar fijar en ella la vista para notar la diversa manera con que fueron construidos el dórico y el jónico superiores, que aun están sin concluir.

Nápoles puede vanagloriarse de poseer, en el arco de triunfo construido en honor del rey Alfonso II (1443), el mejor que se ha levantado desde el tiempo de los romanos. Aunque colocado desgraciadamente entre las dos torres del Castillo Nuevo, no está copiado de ninguno de los antiguos monumentos de este género: sus partes y accesorios están muy bien dispuestos, y la decoracion general es de estremada riqueza. Cuatro columnas corintias estriadas, colocadas sobre un pedestal, todo de bajo relieve, que no puede mejorarse, sostienen el arco, el friso y la cornisa. El compartimiento superior figura la entrada triunfal de Alfonso: sobre él se eleva otro arco imitando los de los antiguos, y que lo mismo que el friso superpuesto, se encuentra en disonancia con lo demás. Es todo él de mármol blanco con buenas estatuas y mejores adornos. Parece haber sido ejecutado bajo la direccion del milanés Pedro Martino (5).

El palacio de la ciudad de Paris fué dibujado por Domingo Boccadoro de Cortona. Siena detuvo el rio Bruna para formar un lago que abasteciese de pescado á la ciudad, por medio de una muralla de seis mil canas y de catorce pasos de ancho, debiendo llevarse veinte mil libras de peces del lago de Perusa; pero «no se concluyó bien, sino que se hizo de mala manera para ganar mucho más de lo justo; por lo que á fines de 1492 se destruyó por un lado, inundando el pais circunvecino, y causando la muerte á algunos hombres y animales» (ALLEGRETTI). Con más libertad se construia en Venecia, tomando tambien de Levante muchas ideas, hermoseando el órden gótico y variándole de mil maneras originales, como puede verlo quien recorra el canal grande.

Tambien tuvieron los ingenios que dedicarse á la arquitectura militar, porque las antiguas fortalezas no podian resistir al cañon, de modo que los terraplenes de las cortinas tuvieron que ser más anchos, y las torres menos y más macizas; las murallas sin almenas y no elevadas, sino cimentadas en el foso, para ofrecer menos blanco al tiro enemigo; el foso cada vez más ancho y profundo, con la orilla exterior vertical más bien que escarpada; todo defendido con obras avanzadas, medias lunas, rebellines, casamatas y con las puertas fortificadas. Ya principiaban á verse algunas especies de baluartes, es decir, bastiones pentágonos, por medio de los cuales á las fortificaciones verticales se sustituyen las flanqueantes, á las perpendiculares las murallas á escarpa.

Estas mejoras se hicieron poco á poco; pero Italia tuvo una serie de ingenieros militares anteriores á Sanmicheli y á Marchi. Brunelleschi, Mariano Jacobo Taccolo de Siena, y Leon Bautista Alberti se dedicaron á esta ciencia; Lampo Biraghi, milanés, fué uno de los primeros que hablaron de la artilleria y de su uso para librar la Tierra Santa. Roberto Volturo escribió con erudicion á instancia de Segismundo Malatesti acerca de la milicia antigua, tratando tambien de las nuevas máquinas. Filarete enseña á fortificar las ciudades; pero en estas materias es mejor el sienés Francisco de Giorgio Martini, que nos ha dejado una obra de arquitectura civil y militar.

Escultura.—Al nombrar los arquitectos, hemos hecho ya mencion de los inteligentes en otras artes; porque en los simples maestros de obras se elevaban al rango de artistas, y no se consideraba perfecto, sino al que sobresalia en todas las partes del dibujo. Andrés Orcagna fué simultáneamente platero, pintor, escultor, arquitecto y poeta (6). El fué quien hizo en Florencia la galeria, llamada después de los Lanzi, por los soldados alemanes que se habian puesto en ella como espantajos de la libertad. Destinada á circuir toda la plaza, hubiera formado un pórtico sin igual en el mundo, si se hubiese continuado. Sus esculturas de Or San Miguel no revelan el estudio de los modelos clásicos, sino una riqueza majestuosa y fácil, y una manera desembarazada en los ropajes. Pintó en el Campo Santo de Pisa, los *Novísimos*, tomando del Dante las ideas severas; duro en los contornos ó perfiles esteriores, buscó la perspectiva, aunque no supo adaptarla á las partes superiores y laterales. Su Juicio universal sirvió de tipo á Lucas Signorelli para el que hizo en la catedral de Orvieto, y á Miguel Angel para su célebre cuadro de la capilla Sixtina.

La corporacion de comerciantes de Florencia quiso adornar á San Miguel del Huerto con una magnificencia que muchos príncipes no pudieron igualar después. Además de San Mateo de Ghiberti, se ven allí obras insignes de Nicolás de

---

Italia, cuando dice: *el campanario de Santa Clara por Masuccio II, es de un puro y hermoso órden gótico. En el tercer piso ó tramo se observa la feliz innovacion del capitel jónico, hecha por Miguel Angel, con quien el arquitecto napolitano debe compartir su honor.*

(5) En Santa Maria la Nueva se hallaba escrito lo siguiente: *Petrus de Martino mediolanensis, ad triumphalem aris novæ arcum solester structum, et multa statuariæ aris suæ munera huic ædi pie oblata, á divo Alphonso rege in equestrem adscribi ordinem et ab ecclesia sepulchro, pro se ac posteris suis donari meruit MCCCCLXX.* Vasari se equivoca cuando le atribuye á Julian de Majano, quien no obstante puede haber ejecutado las esculturas, que son obras de varios, especialmente de Isaias de Pisa, hijo de Felipe, segun un manuscrito de la biblioteca Vaticana, número 1670.

(6) Ponia en sus pinturas, *sculptor*, y en sus esculturas *pictor*.

Arezzo, que en su patria representó en un bajo-relieve á la Vírgen cubriendo y abrigando al pueblo con su manto, idea que se reprodujo con frecuencia en aquella época. El tabernáculo ejecutado por Orcagna en San Miguel, es la obra maestra del arte en aquel siglo. Existe otro magnífico en la catedral de Siena, hecho en 1492 por Lorenzo de Pietro de Vecchietta.

Juan de Nicolo de Pisa, de que hemos hecho mencion en el siglo anterior, continuó la buena escultura y dirigió, de acuerdo con Agustin y Agnolo de Siena, el sepulcro de Guido Tarlato, el más hermoso que hasta entonces se habia visto: con la urna rodeada de diez y seis cuadros de sus empresas. Se atribuye á uno de estos artistas la hermosa mesa, llena tambien de figuras (1330), que se admira en San Francisco de Bolonia: como asímismo, segun algunos, el monumento de San Agustin en Pavia, adornado con doscientas noventa figuras. Andrés Ugolino de Pisa comenzó á trabajar bajo la direccion de Juan, y fué empleado bien pronto en Florencia, en donde decoró la fachada de la catedral, que se destruyó después. No quedan de él más que algunos bajo-relieves en el campanario, y las puertas de San Juan eclipsadas luego por las de Ghiberti. Se le atribuye sin fundamento el monumento de Cino de Pistoya, y la hermosa estatua que se ve en el altar de Bigallo (7).

Juan Balducci fué tambien de Pisa á Milan, en donde hizo la mezquina puerta de la iglesia de Brera, y el monumento de San Pedro Mártir en San Eustorgio. Es de mármol de Carrara; ocho bajo-relieves adornan el sarcófago, sostenido por diversas estatuas, y terminado por una pirámide. Le añadió un templete en que está Cristo y varios santos. Esta obra es inferior, en cuanto al gusto, á los púlpitos de Pisa y de Siena, y al sepulcro de Santo Domingo, pero los iguala en magnificencia.

El ser llamados de todas partes los artistas de Toscana, prueba que nadie disputaba á aquel dichoso pais la primacia en las artes. Sin embargo, en aquel siglo se presentaban en Venecia muchas obras, principalmente las estatuas que Jacobo y Pedro Pablo de las Masegue pusieron en 1393 sobre el arquitrave de la bóveda de San Marcos, y los capiteles del palacio del dux, trabajo acaso del magnánimo Felipe Calendario (8), que no han sido superados por los mejores artistas, y que presentan una escuela distinta de la Toscana. La capilla Emiliana en Murano bastaria para colocar entre los más célebres á Guglielmo, natural de Bérgamo. Son obras de Alejandro Leopardo, arquitecto y escultor excelente el sepulcro de Andrés Vendramin en los servitas con los mejores bajo-relieves del arte veneciano; el magnífico monumento Coleoni en San Juan y Polo, y las pilas de bronce de la plaza de San Marcos; del veronés Antonio Rizzo el monumento Tron en los Frari, que no carece de magnificencia, y el Adan y Eva que ahora se hallan en el palacio ducal, junto á la escalera de los Gigantes, que el mismo construyó, así como formó el plano interior de aquel palacio y acaso el exterior de la parte del rio. Pedro Lombardo y sus descendientes trabajaron mucho en Venecia, tanto en obras de escultura como de arquitectura, el monumento Zeno de San Marcos, el palacio de Vendramin, y el plano interior del palacio ducal, del lado de San Marcos, «siendo un modelo de órden y de rica elegancia.» Basta decir, respecto de Martin Lombardo, que es obra suya la escuela de San Marcos, trabajo de bellísimo efecto. De Scarpagnino son las construcciones antiguas en Rialto, y la admirable fachada de la archicofradia de San Roque.

Los pisanos fundaron una escuela en Nápoles, la cual fué adquiriendo importancia al mismo tiempo que Masuccio, que habiendo estudiado en Roma, tuvo que concluir los trabajos de Nicolás y Juan de Pisa en la catedral y en las capillas de los Minutoli y Caraccioli. Le sobrepujó otro Masuccio, que reedificó las iglesias de Santa Clara, San Juan de Carbonara y otras. Hizo tambien el sepulcro de Catalina de Austria, de la reina Maria, madre de Roberto, detrás del altar de San Lorenzo; el de Cárlos de Calabria, en la tribuna lateral de Santa Clara, y el del rey Roberto, todos estremadamente recargados (9). Andrés Ciccione colocó el monumento de Ladislao en San Juan de Carbonara, y tiene tambien demasiados adornos para una urna tan pequeña, muchos planos y dibujos y figuras que se alabarian si fuesen del siglo XVI. Si no mejor, es mucho mejor acabado el otro sepulcro suyo de la capilla de Caracciolo (distinto del de los Caraccioli-Rossi, que pertenece al siglo XVI), y en la cual silla y el milanès Gianotto hicieron frisos y estatuas de guerreros vestidos al uso de aquel tiempo (10).

---

(7) CICOGNARA.—*Historia de la escultura desde su renacimiento en Italia hasta el siglo* XIX. Venecia, 1812-1818, vol. 13.

(8) Pero el arquitecto de aquel palacio no fué Calendario, sino Pedro Baseggio; ni la fachada ni la escalera ni los Gigantes son de Bregno, segun la tradicion, en caso de que Rizzo no tuviera tambien el mismo apellido. Del mismo modo Bartolomé Bon, autor de la portada de la Carta en 1443 y de los capiteles, es distinto de Buono que dirigió la construccion de las Procuradurias Viejas y la torre de San Márcos. Todo esto consta de documentos hallados recientemente.

(9) Los principios del arte en Nápoles han sido llenos de fábulas por Bernardo Dominichi, *Vite de pittori, scultori, é architetti napoletani,* á quien ha seguido Lanzi. Un prusiano, Enrique Guillelmo Schulz, que hace muchos años se ocupa en la historia de las bellas artes en la Italia Meridional, hará desaparecer tantos errores, y probablemente ese Masuccio II. Véase mientras tanto el *Discorso sui monumenti patrii del architettto Luigi Catalani*, Nápoles, 1842.

(10) La pintura de San Juan en Carbonara, nos revela otro artista milanés desconocido, por esta inscripcion: *Leo-*

No dejaremos de alabar la capilla de Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo, esculpida por Angel Aniello Fiore; pero las sobrecargadas composiciones de Antonio Bambucci, de Piperno, nos parecen poco felices, lo mismo que las puertas de bronce colocadas en el castillo Nuevo, en tiempo de Fernando I, por Guillermo Monaco, son muy inferiores al arco de triunfo, aunque no sean posteriores á él más que en veinte años.

Dió el ser la Lombardia á muchos artistas, cuya mayor parte no se conocieron fuera, sino bajo el nombre de lombardos, y cuya memoria ha perecido por la negligencia de su patria; es probable que muchas estátuas de la catedral de Milan y de la cartuja de Pavia sean de sus manos, en cuya fachada se colocaron, desde 1473, cuarenta y cuatro y sesenta medallones de personajes ilustres, sin contar los bajo-relieves y otras esculturas. Entre los escultores se cita como á los más célebres, á Andrés Fusina, Cristóbal Solaro, Agustin Busti, Juan Jacobo de la Porta y Marcos Agrato, autor de San Bartolomé en la catedral de Milan, estátua muy alabada aunque sin bello ideal, y á la que preferimos el Martin V, trabajado por Jacobino de Tradate.

Sobresalieron particularmente los lombardos en los trabajos de adorno; Gaspar y Cristóbal Pedoni, oriundos de Lugano, estuvieron muy ocupados en Cremona, é hicieron en Brescia el Vestíbulo de los Milagros. Los romanos hicieron delicadísimos trabajos en la catedral de Como, y probablemente en la colegiata de Lugano, y tambien estátuas bien concluidas, y sin embargo nadie los nombra. Hay en Venecia, como luego diremos, muchas obras de arquitectura y monumentos hechos por los lombardos. Varios arquitectos y escultores fueron de los al rededores de Como y Lugano; pero la historia no ha conservado con el nombre de su pais natal más que á los Bregni, los Campioni y otros del mismo género. Bonino de Campioni hizo en Verona el mausoleo de Cansignorio, una de las obras góticas más hermosas. Tiene seis frentes con seis columnas, sobrepuestas de elegantes capiteles; la verja de hierro que le rodea es tambiem muy hermosa.

Tomó incremento el arte cuando los florentinos resolvieron hacer la segunda puerta del baptisterio, compañera de la que construyó Andrés de Pisa. Habiéndose convocado un certámen, se presentaron á él Brunelleschi, Jacobo de Quercia, natural de Siena, y otros cuatro, entre los cuales se encontraba Lorenzo Ghiberti, que obtuvo la preferencia. La merecia; porque estudioso del arte en los antiguos, los adelantó en la perspectiva lineal y aérea. Habiéndose dedicado principalmente á la pintura, pretendió obtener sus efectos en el relieve. Si no lo consiguió, fué casi siempre feliz tanto en la eleccion y el arte de agrupar los hechos como en su ejecucion. Se atrevió á hacer por el mismo procedimiento varias figuras huecas, cosa desusada entre los antiguos, en el milagro de San Zanobi.

Donatello, 1386-1466.—Donatello tuvo la misma idea, como principalmente lo vemos en la Adoracion de los pastores, en el monte de Olivete de Nápoles. Pero sabia tambien esculpir el relieve de una manera bastante notable para escitar la admiracion de Miguel Angel, sobre todo en lo concerniente á la anatomia y á la fuerza. Habia hecho un Cristo con este sistema; pero cuando esperaba elogios de Brunelleschi, le oyó decir que parecia que habia querido hacer un cargador. Después el mismo Brunelleschi se dedicó á hacer el que está en Santa Maria la Nueva. Cuando lo vió Donatello, dijo: *Te ha dado por hacer Cristos y á mis campesinos.* Desde este momento estudió mejor la espresion, como se ve en su Magdalena, como tambien en su San Juan, aunque está muy descarnado y flaco, y en otras estátuas, entre las cuales se nota á San Jorge de Or de San Miguel, el *Zuccone* en el campanario, y la Judith. Tuvo siempre la destreza de adaptarlas á la altura en que debian ser colocadas. Recordaremos entre sus bajo-relieves el Descendimiento de la cruz en San Lorenzo, los de San Antonio de Pádua y de la capilla de los Brancacci de Nápoles: tiene sobre todo particular mérito en la figura de los niños. Su Gattmelata á caballo, que está en Padua, es la primera estátua ecuestre de los modernos (11). Aumentóse después la costumbre de erigir, como la de Nicolás de Este en Ferrara, de 1445, obra de Nicolás de Giovanni Baroncelli, discípulo de Brunelleschi; y en Venecia, el Coleoni, modelado por Andrés Verocchio y fundido por Alejandro Leopardi, que le puso una base de mucho gusto.

Siguiendo las huellas de Donatello, marcharon Antonio y Bernardo Rosellini; Desiderio de Settignano, autor del del sepulcro de Marzuppini en Santa Cruz de Florencia; Michelozzo, que adornó el palacio que hizo construir Cosme en la calle de Bossi en Milan. Se admira en Luca el San Sebastian de este último; el altar de San Régulo, con la estátua y los bajo-relieves de una ejecucion precisa y de mejor estilo que el de sus contemporáneos; el sepulcro de Pedro Noceto, secretario de Nicolás V, de grandiosa arquitectura y de acabados adornos, obras todas de Mateo Civitali. Su pequeño templo octógono tan elegante, donde está espuesto el *Santo Rostro* en la catedral, precedió en diez y siete años al de Bramante, que se admira en Roma en San Pedro de Montorio. Enriqueció además á Génova con otras obras (12).

---

nardus Bisuccio de Mediolano hanc capellam et hoc sepulchrum pinaxit. Estas pinturas habian sido atribuidas á Gennaro de Cola y Stefanone.

(11) El Oldrade de Trekena, en el Broletto de Milan, es de alto relieve.

(12) Véase sobre Civitali y las obras que sin razon se le atribuyen, cuando son de diferentes miembros de la misma familia, las *Memorias Luchesi*, tomo VIII, pág. 57 y siguientes, y dos lecciones del marqués Mazzarosa.

Se ve sobre Santa Maria del Fiore, enfrente del Cocomero, una hermosa Asuncion del año 1421, en medio de un grupo de ángeles y dentro de un nicho que se cree de Nanni de Antonio de Banco. Los que han dirigido sus miradas sobre este coro de niños cantando que se encuentra en la galeria de Florencia, no dudan en colocar el autor Lucas de la Robbia, en uno de los primeros lugares entre los artistas. Se cree que inventó el medio de cocer el barro, y existen en toda Toscana productos admirables de esta clase. Los mejores están en el hospital de Pistoya (13).

Jacobo de la Quercia, que adornó á Siena, Luca y San Petronio de Bolonia, estendió la escultura. Hay en Santa Bárbara de Nápoles una vírgen de Julian de Mayano con muy pequeños paños, cuando se pecaba entonces en sentido contrario; su hermano Benito, que le ayudaba en sus trabajos, hizo obras de marqueteria; y el manto de la Anunciacion, en Monte Olivete en la misma ciudad, es suyo. Antonio Pollajuolo, pintor y platero, que tenia facilidad y destreza en los dibujos, estudió la anatomia de los cadáveres, lo cual le enseñó á dar movimiento y conveniente aptitud á sus figuras, como se ve en los sepulcros de Inocencio VIII y de Sixto IV en el Vaticano; el primero más sencillo, el otro más cargado. Trabajó en las puertas de Ghiberti, y principalmente cinceló una codorniz muy admirada, y muchas obras de torno y medallas.

Pedro y Pablo Aretini, que habian aprendido el dibujo con Angel y Agustin de Siena, fueron los primeros que hicieron grandes obras de cincelado (1346), é hicieron de plata la cabeza de un arcipreste de Arezzo que parecia hallarse con vida. Poco después Cione construia el altar de plata de San Juan de Florencia con muchas figuras regulares hechas en una plancha de plata de medio relieve, adornado luego por Finiguerra, Pollajuolo y otros posteriores. Ugolino, hijo de maese Vieri de Siena, habia terminado un relicario para el Santo Corporal de Orvieto, del peso de seiscientas onzas, adornado de graciosas pinturas esmaltadas, monumento precioso del arte del platero. El altar de San Jacobo, en la catedral de Pistoya, en el cual trabajaron diferentes artistas desde 1314 á 1466, es tambien una obra notable.

Andrés Verocchio introdujo el uso de modelar al vivo los miembros humanos y los objetos naturales, asociando de esta manera el estudio de la naturaleza al de la antigüedad. No pudo trabajar, como se dice, con Ghiberti en las puertas de San Juan (1488); pero su amor estrechando al delfin, en la fuente del Pitty, el sepulcro de Juan y de Pedro, hijos de Cosme de Médicis, en San Lorenzo, rico en adornos, con flexibles y anchos festones, son obras maestras. Tuvo por discípulos á Pedro Perugino, Francisco Rustiel y Leonardo de Vinci.

(13) Si es que son de él.

Un pequeño altar de una inesplicable gracia, la cabeza del obispo Leonardo Salutato, que parece de verdadera carne, son composiciones acabadas, con que Mino de Fiésole ha enriquecido la catedral de su ciudad nativa. El monumento del marqués Hugo en la abadia de Florencia, además de la ligereza del conjunto, se hace notar por pequeños ángeles muy graciosos y por una vírgen que es muy hermosa, á pesar de alguna sequedad en los contornos. Andrés Ferrucci, conciudadano de Mino, rivalizó con él.

Los monumentos más propios para seguir los progresos de la escultura serian los mausoleos, compuestos en la mayor parte arquitectónicamente, con zócalo y fronton, la muerte estendida encima, ángeles sosteniendo una colgadura, muchos adornos, algunas veces bajo-relieves, y en la parte superior vírgenes y santos. No hay allí iglesia que no ofrezca otras semejantes. Los más notables, además de los que ya hemos mencionado, son el sepulcro de Coleone en Bérgamo, por Antonio Amadeo de Pavia; el del cardenal Consalvi, en Santa Maria la Mayor, por Juan Cosmate, así como el de Bonifacio VIII; el mausoleo de los Torriani en San Fermo en Verona, por Andrés Ricci, arquitecto de santa Justina de Pádua. El candelabro de bronce, consagrado á San Antonio, es tambien suyo; trabajado con la elegancia y sencillez durante diez años, es en este género la obra más rica y grandiosa de los modernos.

Pintura.—Si en el siglo anterior habia superado la escultura á la pintura, á su vez superó la pintura á la escultura; así Rosini no teme decir que «hay mayor distancia de las toscas pinturas de los griegos á las producciones de Masaccio, que de éstas á los trabajos de Rafael.»

Giotto, 1266-1334.—Giotto de Bondone se emancipó de la imitacion tímida de los antiguos para copiar á la naturaleza, que se habia habituado á bosquejar dibujando las cabras mientras apacentaba el rebaño de su padre. Cimabue le sacó de la oscuridad y le enseñó la pintura, en que adquirió muy pronto un colorido agradable y trasparente, el arte de disponer bien sus composiciones, la exactitud de las formas y la espresion del dibujo; pero quizá el estudio de los mármoles antiguos le hizo contraer aspereza y amaneramiento, con especialidad en las estremidades.

La primera, ó una de sus primeras obras fueron los retratos de Dante, de Brunetto, de Corso Donati y de otros ilustres ciudadanos en la capilla de Bargello. Pintó, por último, en la sala de los mercaderes, «con una invencion justa y verosímil, el concejo de Florencia robado por multitud de gentes con el objeto de inspirar espanto á los pueblos (Vasari).» La amistad de Dante debia inspirarle aquellos patrióticos conceptos, y él se sirvió del pincel para ilustrar las obras del autor de la Divina Comedia, y anduvo vagando por las ciudades de Italia, tomándolas como motivos de estudio. Bonifacio VIII le encomendó varias obras, y

queda aun su mosáico de la nave de San Pedro bajo el pórtico de la basílica del Vaticano (14); restauró el interior del antiguo pórtico de San Juan de Letran; en Padua en la capilla gótica de Scrovegno dentro del antiguo anfiteatro, hizo la vida de la Vírgen Maria, composicion muy estimada, además de un juicio final y de algunas figuras simbólicas de vicios y virtudes, más meditadas que estimables; á sus pinturas de Santa Clara de Nápoles se les dió de blanco en una época de bárbara elegancia, por aumentar la luz de la iglesia. Dejó trabajos y modelos en más de veinte ciudades, y los principales en Florencia, especialmente la Exaltacion en Santa Cruz.

Así como los demás artistas de su época, tambien se ocupó de arquitectura, y no hay un campanario superior al de la catedral de Florencia, construido por Giotto con la solidez que conviene á semejantes obras. Se eleva cuadrangularmente, sobre cuarenta y tres piés por cada costado, á doscientos cincuenta y dos piés de altura: está dividido en cinco pisos adornados con cornisas, estátuas, nichos, ventanas, todo mezclado con compartimentos de variados mármoles. Era su intencion sobreponerle una pirámide de ochenta pies, lo que hubiera producido un golpe de vista admirable (15).

Los discípulos de Giotto estudiaron además los colores, y suavizaron tanto los contornos que dieron en débiles; pero en sus juicios censuraban ó alababan con crítica sistemática la misma mano segun se veia la imitacion de la antigua pureza, ó la inspiracion del sentimiento cristiano. Estéban, sobrino de Giotto, mejoró la perspectiva é intentó los escorzos, sirviendo de maestro á Giottino que con la gravedad de la expresion y la union de los colores, se adelantó á los precedentes; pero su muerte precoz le impidió ponerse á la altura de su abuelo. Tadeo Gaddi, que habia trabajado con Giotto por espacio de veinte y cuatro años, compitió con él en la gran bóveda de Santa Maria la Nueva, pintando la religion triunfante por obra de Santo Domingo y Santo Tomás, con gran profusion de alusiones, retratos y grandiosas ideas.

En ella trabajó en competencia con él Simon Memmi de Siena, colorista lleno de vivacidad, y dado á las composiciones ingeniosas, inmortalizado por Petrarca, por complacer al cual hizo el retrato de Laura: Simon iluminó, además, un Virgilio conservado en la biblioteca Ambrosiana de Milan, pintó en varias ciudades de Italia y trabajó en Aviñon para los papas. Así caminaban de frente ambas escuelas toscanas, asegurando cada vez más la palma de las artes á la Italia por el sentimiento de lo bello, y lo conveniente de sus representaciones. La escuela de Siena tenia más delicadeza. Los Lorenzetti, y especialmente Ambrosio, unieron á la suavidad de la composicion el vigor del colorido. Berna reprodujo con éxito los animales. Las elevadas magistraturas ejercidas por Andrés de Vanni, no le hicieron abandonar el pincel. Duccio dió pruebas de un gran talento en la catedral de aquella ciudad; Tadeo de Bartolomé de Fredo, dedicándose más al espíritu que á la correccion esterior de los contornos, forma el tránsito de aquella escuela á la de Perusa. La peste exaltó las ideas religiosas sostenidas en la academia que se habia formado.

Jacobo de Casentino reunió en la Academia de Florencia á los principales artistas. Asis era siempre la liza donde se ejercitaban los pintores, así como Subiaco, Monte Casino y otros puntos. Esteban y Simon Memmi, Pedro de Lorenzo, Espinello de Arezzo, el veneciano Anton, y Bufalmacco Bonamico, célebre por sus estrañezas, rivalizaron en el Campo Santo de Pisa con Orcagna. Una perdonable vanidad multiplicó las capillas de familia en las iglesias, é hizo adornarlas por los más hábiles artistas que manejaban el cincel y el pincel (16). Luego principiaron á pintarse las habitaciones de las casas, las arcas y las cabeceras de la cama.

Miniaturas.—Las miniaturas conservaban su importancia, pero no queda nada de fray Oderisi de Agubio, y de aquel Franco de Bolonia cuyas páginas agradaban aun más á la vista (17). Se admiran, sin embargo, en los archivos del tribunal de Siena, miniaturas de la primera mitad del siglo XIV, sobre todo las de Nicolás de Sozzo, y, además algunos libros de iglesia. Otros existen en el Monte Casino y en Ferrara. Se conservan un breviario muy precioso en la biblioteca Laurenciana, resto de tantos otros como poseian los camaldulenses de los Angeles, y entre los cuales se distinguen los que se deben á don Silvestre de Florencia. Fray Lorenzo de los Angeles fué el jefe de una escuela de iluminadores, y sus hermanos religiosos conservaron su mano como una reliquia. Gherardo y Atavante, tambien de Florencia, fueron llamados con otros artistas por Matias Corvino para adornar sus manuscritos. Juan Fouquet, de Tours, pintor de Luis XI, hizo las miniaturas más bonitas que se pueden ver. Se conservan en casa de los Brentano, en Francfort. Todo el mundo ha

(14) Recibió por este trabajo dos mil doscientos florines de oro, y ochocientos por el cuadro del altar mayor. *Sacre grotte Vaticane*, c 5.

(15) Esta palabra de Cárlos V, repetida con tanta frecuencia, que deberian ponerla bajo un fanal, seria la peor crítica que pudiera hacerse de ella, si no fuera una tonteria.

(16) Se admiran principalmente en Florencia las de los Baroncelli y de los Rinuccini en Santa Cruz, de los Estrozzi en Santa Maria la Nueva; de los Brancacci en los Carmelitas.

(17) ¿Estás tú aquí, hermano Oderisi, honor de Agubio, honor de ese arte que se llama en Paris miniatura?—Hermano, contestó, mejores son los papeles que ilumina Franco Boloñés; á él le corresponde toda la gloria, á mí solo una pequeña parte.

(DANTE, *Purg.*)

oido hablar del famoso breviario de Ca-Grimani, que se encuentra en la biblioteca Marciana de Venecia y las miniaturas pertenecen á tres célebres artistas flamencos, Juan Hemmelinck, Gerardo de Gante (*Van der Meire*) y Vivieno *(de Mitte)* de Amberes.

B. Angélico, 1445.—El historiador del arte debe conceder mucha atencion á esta clase de obras, en las que la imitacion es la menor cosa, pero en las que es más viva la inspiracion religiosa. A este fué al primero que se dedicó el beato Angélico de Fiesole, que derramaba lágrimas cuando pintaba á Cristo. Instruido en los primeros ejercicios de la miniatura, imitó correctamente, y estudió lo íntimo del hombre, para traducirlo á la variedad de actos y fisonomias: así es, que aunque inferior á Masaccio en la parte mecánica del arte, la suavidad de sus cabezas hace amar al pintor de quienes son obra. Sus santos, en medio de las angustias del martirio, conservan una dignidad que revelan la paz que el mundo no puede arrebatar. Despues de haber cubierto con frescos el convento de San Marcos, se hace superior á sí mismo en la historia de san Esteban y san Lorenzo en el Vaticano. En recompensa de sus trabajos, el papa le ofreció el arzobispado de Florencia, que rehusó, para continuar viviendo en la pobreza del convento.

Estos cuidaban de espresar el sentimiento en la pintura, pero otros atendian, del mismo modo que en la escultura, al arte, á la anatomia, á la naturaleza. Pablo Ucello, llamado así porsu habilidad en reproducir los animales, se ocupó en buscar reglas, para conducir la perspectiva á un solo punto, para colocar las figuras en planos diferentes y escorzarlas. Sus principales obras se encuentran en el claustro de Santa Maria la Nueva. Masolino de Panicale de Valdesa tuvo más ingenio y fué más afortunado; pero murió á los treinta y siete años; pasó de la escuela de Giotto á otra de mayor dignidad en las figuras y mejor forma en los paños: aprendiendo de Ghiberti estas mejoras.

Massacio, 1401-43.—De él desciende Tomás Guido, llamado Masaccio, que abrió el camino á la manera moderna poniendo en los cuadros bellas actitudes, movimientos naturales, y felices combinaciones del claro oscuro; que dan á las formas realce y redondez. Las pinturas que su maestro habia comenzado en la capilla de los Brancacci, en las Carmelitas, escitaron en él una noble emulacion; llevó allí á cabo, auxiliado de las obras y consejos de Ghiberti y de Brunelleschi, el más grande monumento de la pintura italiana antes de Rafael. Mostró en él hasta qué punto entendia la representacion de los afectos del alma; asi es que Vasari dice: «que lo que se ha hecho antes de él puede decirse que se ha pintado, pero que sus obras son vivas, verdaderas, naturales.» No dejó menores bellezas en la capilla de San Clemente, en Roma, objeto de estudio para los grandes pintores que le sucedieron, y á quienes hubiera arrebatado la palma si no hubiese sido tan prematura su muerte (18).

Estaba, pues, abierta la senda para los grandes progresos, la ciencia acudia en auxilio de las artes. Brunelleschi, arquitecto y matemático, trazó las reglas de la perspectiva: las fisonomias llegaron á ser más variadas y dulces, las composiciones se estudiaron más. Ordinariamente se trabajaba en madera, eligiendo una plancha compacta y susceptible de gran pulimento: si el cuadro exigia que estuviese en muchos pedazos, se estendia sobre ellos una tela, y por encima de ella una capa muy delgada, ó algunas veces una hojilla de oro que llegaba á ser el fondo. Ghirlandajo fué el primero que dió estension á la perspectiva, y economizó el dorado (1495). Pero el descubrimiento del procedimiento para desleir los colores en el aceite, fué lo que con especialidad produjo una gran ventaja.

Pintura al óleo. — Este procedimiento era desconocido de los antiguos, como lo demuestra el silencio de Plinio; pero era ciertamente conocido en la Edad Media, porque en el siglo XII el sacerdote Teófilo, que probablemente seria italiano, y que seguramente vivió en Lombardia, enseña á desleir los colores con aceite de linaza, para pintar las paredes y las puertas, sólo que empleando el disolvente más difícil de secar, aquel religioso se encontraba muy embarazado, para pintar sobre las primeras capas. Ceninno dice en su tratado de pintura que es de 1437: «Quiero enseñarte á trabajar al óleo en la pared ó en madera, porque los alemanes lo usan mucho:» é indica el modo de hacer hervir el aceite de linaza, y de emplearle para desleir los colores y coagularlos.

Van Eyk, 1370-1450.—Todos sabemos que despues de pintada al óleo una tabla, es necesario ponerla al sol y dejarla mucho tiempo para que

---

(18) Baldinuci dice: «el principal objeto de sus trabajos, fué dar á sus figuras una gran vivacidad, y en cuanto era posible, ni más ni menos accion que si fuesen verdaderas. Se aplicó más que ningun maestro antecesor suyo á escorzar las partes desnudas más difíciles, y particularmente á colocar los piés, brazos y piernas en una posicion mirada de frente. Buscando las mayores dificultades en sus obras, adquirió la gran práctica y facilidad que se observa en sus pinturas, especialmente para las telas; y además tan hermoso colorido y un relieve tan bueno, que los mejores artistas han opinado siempre, que en cuanto al colorido y dibujo, algunas de sus obras pueden compararse á las mejores del dia.» Anibal Caro, compuso en honor suyo este hermoso epitafio:

Pinxi, é la mia pittura al ver fu pari:
L'atteggiai, l'awivai, le diedi il moto
Le diedi affetto: insegni il Buonarruoto,
A tutti gli altri é da me solo impari.

Pinté, y mi pintura fué semejante á la verdad;
la dí accion, vida y movimiento
y tambien sentimiento: que Buonarroti enseñe
á todos los demás, y aprenda de mí solo.

se seque, antes de estender en ella otro color. Y precisamente el poner un color sobre otro es indispensable en la pintura, tomada en el sentido más noble, y, sin embargo, á Juan de Brujas (Van Eyk) se atribuye precisamente el haber perfeccionado el barniz, sustituyendo aceite de nueces y de adormideras, ó mezclándole con un secante, por medio del cual se podia pasar de nuevo inmediatamente el pincel sobre el mismo color. Por esto fué considerado como inventor de este género de pintura, y se añade que habiendo contraido con él relaciones de amistad Antonello de Mesina, logró sorprender su secreto, que llevó á Italia, en donde se le enseñó á su discípulo Ruggeri; que éste le comunicó al veneciano Dominico, quien se descubrió al florentino Andrés del Castagno, y que éste le mató, para ser el único poseedor de *un procedimiento todavia desconocido* en Toscana (19), en donde reemplazó al uso del temple.

Flamencos.—No se conocen los principios de la escuela flamenca, pero lo que prueba que Juan de Brujas y su hermano Huberto deben contarse en el número de los buenos pintores, es su Adoracion del cordero, en Gante. Hugo Van der Goes, es el vástago más ilustre de aquella escuela, que concluyó con Quintin Messis, que murió en 1529. Sus discípulos se trasladaron á Italia, y admiradores entusiastas de Miguel Angel, perdieron toda su originalidad y exageraron el color y el dibujo. Los negociantes florentinos traian tambien de Brujas, cuadros, entre las demás mercaderias de aquel pais: uno llamado Portinari, trajo una que se atribuye á Hugo, para el hospital de Santa Maria la Nueva. Hubiera sido de desear que los artistas italianos aprendieran de los holandeses á no descuidar en sus buenas composiciones las partes accesorias.

Este descuido no impidió á la escuela florentina elevarse á una gran altura. Benozzo Gonzoli, discípulo de Angélico, dotado de una imaginacion fecunda, reunió al sentimiento que distinguia á su maestro lo bien acabado de Massaccio. Pintó en el Campo Santo de Pisa veinte y cuatro grandes cuadros con estremada variedad. Montefalco y San Geminiano poseyeron tambien obras suyas. A Gonzoli le escedió Felipe Lippi, que en la iglesia de los Carmelitas, no es inferior á Masaccio en cuanto á las figuras, y aun lo aventaja en el paisaje, y se mostró igual á él en la tribuna de Espoleto. Su vida fué de las más novelescas. Vistió el hábito monacal, pero no tardó en fugarse del convento, y cayó en manos de los berberiscos; un retrato que hizo de su amo, le valió la libertad. De regreso á su patria, se enamoró de una religiosa cuando pintaba en el monasterio de Santa Margarita: la robó y tuvo de ella un hijo, á quien dejó su nombre y su talento. Su turbulenta existencia no le permitió llegar á la sublimidad del arte.

Con ésta se reunió la bella escuela, de que fué principal adorno Cosme Roselli (1456), que en union de Ghirlandajo, Lucas Signorelli y Fr. Felipe hizo cuatro compartimentos en la capilla Sixtina, y mejor aun en San Ambrosio de Florencia, en donde se admiran grupos verdaderamente dignos de Rafael, pero decayó del buen estilo.

El estudio de lo antiguo, que se habia avivado tanto en las artes como en las letras, impulsaba á los pintores á buscar más bien la correccion de las formas que la espresion, y á mostrar más habilidad que concepcion. Los particulares les pedian para adornar sus casas, y los Médicis para embellecer sus palacios, asuntos mitológicos ó escenas tomadas de la naturaleza: dedicándose á este género, los artistas abandonaron los pensamientos tiernos y piadosos que hasta entonces tanto les agradaban.

Entre tanto nacian otras escuelas. Juan de Milan, que dejó muy buenas pinturas en Florencia, y Andrino de Edesia, llevaron á Lombardia la manera de Giotto; y Foppa, Crivelli, Nolfo de Monza, el Borgoñon, y Boltafio, adquirieron allí reputacion. Nada se encuentra en Génova hasta 1451, ni en el Piamonte hasta 1488. Ferrara está orgullosa con Galeazo Galassi, y Antonio, cuyos trabajos son más pastosos y variados; posteriormente tuvo á Vaccarini y otros. Además de Franco, Bolonia vió distinguirse á Simon *de los Crucifijos*, y Lippo Dalmasio *de las Virgenes*, así llamados, porque se ocuparon esclusivamente de aquellos asuntos. Lo mismo hizo tambien Jacobo Davanzi, quien se preparaba para pintar con el ayuno y la comunion. Casi siempre hacia vírgenes el buen pintor de frescos Francisco Raibolini, llamado el Francia, que después de estar ocupado en hacer nielados y medallas, tomó la paleta ya de edad de más de cuarenta años, y fué la admiracion de los boloñeses hasta que vieron la Santa Cecilia de Rafael. Es inexacto que el Francia muriese de envidia que aquella le causó. Contó hasta doscientos discípulos, entre los cuales Lorenzo Costa fué muy nombrado por el vigor y la riqueza del colorido.

El maestro Simon, napolitano, discípulo de Tesauro, apenas vió el modo de trabajar de Giotto, se aplicó á imitarle y á propagar su escuela; pero no existe nada cierto de él. Antonio Salario de Civita, en los Abruzzos (1455), ó más probablemente de Venecia, llamado el Zíngano, se enamoró de la hija del pintor Colantonio (20), y para conseguir su mano, dejó su oficio de alfarero, y se dedicó á la pintura, en la que llegó á distinguirse, como lo atestigua la vida de san Benito en el claustro de San Severino, cuyo colorido tiene mucha frescura y las posturas naturalidad. Los demás artistas de

(19) VASARI. Cicognara sostiene (libro III, cap. 2), como tambien Tambroni en la edicion de Cennino, que existen pinturas italianas al óleo, anteriores á Juan de Brujas.

(20) Parece que ha habido dos Colantonio.

esta escuela son poco conocidos, y apenas merecen que se les nombre.

En los Estados romanos, Pedro de la Francesca, di Borgo Sansepolcro, pintó para los señores de Feltro y Ferrara, y para algunos otros, con gracia y sencillez; era al mismo tiempo buen matemático. Fué el primero que introdujo el uso de hacer modelos de barro, y vestirlos con telas humedecidas para copiar los pliegues. Gentil de Fabriano aprendió del Beato Angélico su manera suave y plácida, y conservó sus piadosas tradiciones. Tuvo la gloria de dar impulso á la escuela veneciana.

En Venecia, el arte nacional tardó mucho en remontarse, aunque trabajaban allí continuamente artistas griegos, y podian verse con frecuencia sus obras en el continente; nueva prueba de que contribuyeron muy poco al renacimiento de la pintura. Desde el siglo VI, una colonia bizantina fué á adornar con mosáicos las iglesias de Grado y de Torcello. El dux Orseolo llamó en el siglo XI á otra más célebre para que decorase á San Marcos; después, la toma de Constantinopla, llenó á Venecia de artistas bizantinos que desde entonces no se estinguieron. Si algunas obras de mosáico de las de San Marcos son griegas, otras parecen nacionales; pero no se conoce ningun pintor natural de la misma ciudad, antes de Pablo el Veneciano y Lorenzo. Entre los que les siguieron, como Juan Antonio de Padua, Semitecolo, Guariento, Giusto, Alighieri y otros tantos de la poblacion como de tierra firme, especialmente de Padua, se siente la influencia de Giotto.

Los Bellini.—Jacobo Bellini, recibió las lecciones de Gentil de Fabriano, cuyo nombre pasó á uno de sus hijos; éstos, es decir, Juan y Gentil, encargados de pintar en catorce habitaciones del palacio del dux los fastos de su patria, utilizaron las tradiciones legadas por Fabriano, Juan de Brujas, y su discípulo Hemmelinck, el pintor místico más gracioso de aquel siglo, tres artistas que trabajaron mucho en Venecia. Francisco Negri, cuando escribia al dux Loredano sobre lo que contribuye á la gloria de un gobierno, decia que el senado veneciano podia orgullecerse de poseer dos hermanos intérpretes de la naturaleza, de los cuales era el uno admirable en la teoria, y el otro en la práctica. Gentil (1421-1501) marchó á Constantinopla llamado por Mahomet II, y se refiere que el sultan para proporcionarle un modelo sin cabeza, hizo cortarla á un esclavo. Dominan en él la espresion de sentimiento y la poesia religiosa (21), aunque creyó que podria asociar tambien el arte antiguo y la perspectiva. Juan (1426-1516), por el contrario, se inclinaba más al misticismo, ciñéndose á sencillos cuadros de piedad para familias patricias, escluyendo cuanto podia quitar de ellos la severidad patética y profunda espresion. Es necesario convenir en que entre el gran número de asuntos que le dieron aquellos patricios, no se encuentra ninguno mitológico. Los pintores eran á la vez arquitectos, miniaturistas y plateros, por lo cual adquirian una gran práctica, y hacian sus cuadros de manera que hiciesen juego con el órden de arquitectura de la iglesia donde habian de ponerse y con los marcos en que los colocaban. ¡Cuánto perderia el cuadro de Juan Bellini si se quitase de la iglesia de San Zacarias! Fué de los primeros en servirse de las pinturas al óleo, de lo cual resultó nueva fuerza en los cuadros que siguió pintando hasta una edad muy avanzada.

El paduano Francisco Squarcione (1494) le sobrepujó en la ciencia, la perspectiva y la espresion, tanto como habia sido eclipsado en el colorido, la dulzura de los contornos, la gracia de las fisonomias y el sentimiento religioso. Se formó tomando por modelos á los alemanes y griegos, de que vió en el Levante intactas muchas obras, mutiladas después ó destruidas, y ofreció á su patria la mejor coleccion de dibujos, estatuas y bajo-relieves. De este modo, y auxiliado por los profesores de la universidad, contribuyó á sustituir á las tradiciones cristianas, el culto de lo antiguo. Vióse el resultado en Andrés Mantegna, su discípulo é hijo adoptivo, que aborreció enseguida cuando observó que procuraba imitar á los Bellini. Mantegna, que algunas veces supo unir á la imitacion inanimada de los antiguos el sentimiento y la poesia, abrió una escuela en Mántua, á donde le habia llamado el duque Luis de Gonzaga (1505), para pintar el triunfo de César, que ha llegado á ser por el grabado su obra más célebre. Habia tomado de Squarcione su gusto por la perspectiva lineal, en la que aventajó á todos sus contemporáneos en cuanto á la hábil combinacion de las líneas, con respecto al punto de vista: y su escorzo de Jesucristo muerto, en la galeria de Brera, en Milan, marca el punto más elevado de esta parte del arte. Dió pruebas de poseer conocimientos teóricos muy extensos, escribiendo acerca de los gigantes pintados en claro oscuro por Pablo Ucello en el palacio Vitaliani de Pádua.

Los pintores alemanes que trabajaron en Venecia crearon allí imitadores: Jacobo Barberino fué á estudiarlos tambien en su patria, y tomó enteramente su gracioso y sencillo estilo, que se trasmitieron enseguida á la familia de los Vivarini.

Desde muy antiguo se introdujo la pintura en Alemania, gracias á los misioneros que para hacer más eficaz su palabra llevaban cuadros devotos. En Santa Isabel y Santa Bárbara de Breslau, se ven pinturas muy antiguas, y en los Bernardinos una en madera, todavia más célebre, en que están re-

(21) Debajo de dos de sus cuadros, en la academia de Venecia, se lee: *Gentilis Bellinus amore intensus crucis, 1496.*—*Gentilis Bellinus pio sanctissimæ crucis affectu habens fecit* 1500 —Juan escribió debajo de la Vírgen de la sacristia de los Franciscanos.

Janua certa poli, duc mentem, dirige vitam,
Quæ peragam, commissa tuæ sint omnia curæ.

presentados los treinta y dos hechos de la vida de Santa Eduvigis. Ya en 1450 habia en esta region una escuela de pintura muy notable. El claustro de Heisbronn fué decorado en tiempo de San Oton, obispo de Bamberg (1139), y puede decirse que cada abadia y cada monasterio ofrece felices ensayos del arte, especialmente en las vidrieras, miniaturas y bordados. Nuremberg, que se distinguió particularmente en la escultura en madera, cita una larga lista de pintores en miniatura y vidrio, madera y lienzo. Las vidrieras de Francfort pasan por obras maestras. Cárlos IV llamó artistas á Bohemia, en donde fundaron una cofradia ó hermandad. El gusto de las alegorias y el estudio de los pormenores, es el carácter de la escuela alemana, que Durer y Holbein, elevaron al más alto punto, de donde la reforma la hizo descender bien pronto. Las esculturas mejores se encuentran en la catedral de Estrasburgo, en donde se emplearon fragmentos antiguos, con los que quizá se educaron los artistas que trabajaron en ellas. Algunas son de Sabina, hija de Ervin de Steinbach. En el campanario se halla esculpida una composicion caprichosa con formas muy extrañas de diablos é indecencias. La hermosa fachada de la iglesia mayor de Berna es de aquella época, y son notables ade más de las esculturas, algunas pinturas que desgraciadamente se van destruyendo por un descuido anti-católico.

Los demás paises están mucho más atrasados. Claux de Wrene y Claux Sluter (1401), primeros escultores de que se hace mencion en Francia, hicieron el sepulcro de Felipe el Atrevido en Dijon, y otras obras insignificantes. Juan Justo trabajaba en Tours hácia fines del siglo: pero esperaban que fuese á Italia con Cárlos VIII para mejorar su estilo.

Los nuevos adelantos de la arquitectura no pasaron los Alpes hasta que Francisco I y Enrique II reformaron los castillos de Blois y de Chambord, y el patio del Louvre. Alemania y España apenas hicieron ningun ensayo. En Inglaterra se conservó el arco agudo hasta el reinado de Isabel, y los primeros ejemplos del estilo del renacimiento se vieron en Oxford en tiempo de Jacobo I. La casa de ayuntamiento de Bruselas, construida en 1401, por el estilo de la Edad Media, es de gran belleza, con una magnífica torre octógona que se eleva desde el medio del techo, toda llena de ventanas y de una valentia igual al gusto que en ella domina: en la fachada hay una galeria de diez y siete arcos góticos que sostiene una especie de balcon: cuarenta ventanas están colocadas en dos filas; corona el edificio una balaustrada, y ochenta claraboyas rompen la monotonia del techo de pizarra. La casa de ayuntamiento de Lovaina, que es de 1448, presenta tambien un gracioso aspecto.

En España no se habia abandonado el estilo morisco, que se empleaba en fabricar las catedrales que se levantaban conforme el pais era conquistado á la religion, como la de Orense construida en 1219, la de Burgos en 1221, la de Toledo en 1226, la de Osma en 1232, la de Valencia en 1262. Los españoles se servian de artistas árabes; se habia extendido en el pais el estilo gótico especialmente por los normandos, y se empleó en las iglesias de los templarios, derivándose de él el estilo mozárabe, el árabe-aleman y otras varias mezclas extrañas, Así pues, en el convento de las Huelgas, cerca de Burgos, del año 1180, se ven juntos el arco redondo, el agudo y el morisco, y en la sinagoga de Toledo construida en 1350 hay una rara mezcla de estilos. Fueron arquitectos entendidos del siglo XIV, Fabia, Franc, Martinez y Alonso, que edificaron las catedrales de Leon, Oviedo, Barcelona, Zaragoza y Guadalajara. Expulsados los moros, se inclinaron los artistas al estilo romano, y construyeron las grandiosas obras de la catedral de Sevilla (1401), el convento de Miraflores (1454), el Parral de Segovia (1457), San Pablo y San Gregorio de Valladolid (1464-88) y otras obras de Juan de Olózaga, Enrique de Egas, Pedro Lopez, Martin de Gainza, Guillermo Boffy. Pedro Blas, Juan de Arandia, además de los arquitectos que se llamaron de Alemania y de Flandes. San Juan de los Reyes, edificado en Toledo por una promesa que hicieron Fernando é Isabel, principia á presentar el estilo italiano; alrededor en esta iglesia están colgadas las cadenas de los prisioneros cristianos, encontradas en la época de la conquista. La arquitectura de sus sepulcros es magnífica y sus hermosas vidrieras fueron hechas desde el año 1418 al 1560 por extranjeros probablemente.

En los siglos pasados la arquitectura fué la que debió espresarlo todo, y los artistas habian escrito en ella como en un libro universal. Mas una vez encontrado en la imprenta un nuevo instrumento de espresion, aquélla llegó á ser menos necesaria: ya no hay más que trabajadores y artistas, que ejecutan el pensamiento de un solo arquitecto de quien reciben el plan de sus trabajos. La unidad gana mucho con este método, pero pierden todavia más el sentimiento y la inspiracion.

EPÍLOGO

Los astrónomos consideraban, hace pocos años, como fija una estrella de la constelacion del Cisne. Ahora bien, en el dia está demostrado que este astro varia de lugar, cada año, en línea recta, en más de cinco segundos, es decir, que recorre solamente en un año lo menos cuarenta millones de leguas.

Acabamos de describir la Edad Media; á los lectores pertenece el juzgar si el caso no seria el mismo. Los que se ocupan menos de las vicisitudes de los reyes que de los intereses de los pueblos, han debido comprender la importancia de este período; aquel cuya atencion se dirige no solo sobre los héroes homicidas, sino tambien sobre aquellos á quienes la humanidad es deudora de beneficios, no podria describirla como una perpétua escena de ignorancia, violencia y desórden (1). Esta confusion de que hemos partido, y que impedia á las deslumbradas miradas seguir la marcha de los acontecimientos ó prever el resultado, ha cesado; el feudalismo ha cumplido su destino, como tambien los concejos: y una nueva edad comienza bajo el nombre de Renacimiento, edad bien diferente de aquella en que la Europa fué sorprendida por los invasores septentrionales.

La disolucion de la sociedad romana habia sido su obra, y por ellos las familias habian sido superiores al Estado. Entre estas familias, las de los vencedores estaban separadas de los vencidos á título de dominadoras, formando las más poderosas una confederacion imperfecta, bajo la cual se escalonaban todas las demás clases como subordinadas. En su consecuencia, las leyes políticas contrajeron algunos caractéres de leyes civiles, y éstas adquirieron algunos del órden político, en atencion á que la soberania fué una consecuencia inmediata de la posesion de las tierras. No se hallaba entre ellas nacionalidad y sus relaciones estaban circunscritas á sus posesiones; perdian importancia las ciudades, centro de cultura y de accion; la existencia libre y la actividad meramente humana, no era absorbida en el movimiento de la vida pública, ni los grandes Estados arrastraban tras sí á los pueblos menos poderosos, ni á los ciudadanos aislados.

Sólo las leyes religiosas, independientes del poder civil, y que sobrevivieron á su estincion, se estendieron naturalmente, y ofrecieron un sistema racional, diferentes en esto del feudalismo, que no se fundaba sino en la conservacion de los vencedores con detrimento de los vencidos, y que media el grado del castigo, no segun las circunstancias y la intencion, sino segun la posicion social del delincuente.

Los concejos agrandaron estas familias haciendo tambien entrar en ellas á los que nada poseian, con tal que habitasen en la ciudad; á cuya obra ayudaron los gremios y sociedades de oficios. De aquí se pasó fácilmente á la idea de un poder público, y primero se redactaron estatutos, después códigos, que se derivan, no de un principio filosófico, sino de relaciones sociales. La legislacion canónica favorecia este resultado, realizando la centralizacion universal del mundo cristiano. Sustituyéndose los reyes á los feudatarios, estendieron la familia hasta hacer que comprendiese á todos los habitantes de los territorios cuyos límites habia determinado la naturaleza.

En adelante las naciones están fijas en un territorio, bien regidas y educadas; la individualidad de cada una es completa: pueblos y gobiernos se apiñan en derredor de un centro comun, supri-

(1) «Las ridículas bestias de la Edad Media.» BOTTA, XI, al fin.

miendo lo que tenia de muy local y particular en la sociedad. Las antiguas instituciones de la Europa perecen, y cuando antes de Carlomagno todo se fraccionaba, en adelante todo trata de unirse; los reinos son más estensos, las ideas más generales, los intereses más desarrollados, y hay más fuerza y estabilidad en los gobiernos. Las naciones toman un carácter diferente segun la diversa forma adoptada por cada pueblo en la época de la grande emigracion ó de la conquista, forma modificada después por las cruzadas, la caballeria y los concejos. Los godos y muzárabes se convierten en españoles, y la lucha sostenida durante tantos siglos en sus hogares, no para conquistar sino para defenderse, los hace graves y altivos. Los elementos anglo-sajones y normandos engendran á la vez chocándose en Inglaterra, el gobierno, la lengua y el carácter que se desarrollan en la guerra caballeresca contra la Francia, y en las sangrientas querellas de las dos Rosas. En Francia la civilizacion romana modifica las costumbres germánicas hasta el punto de hacer considerar á los franceses como la oposicion de los alemanes. Por el contrario, la Germania se descompone en soberanias sin fin, que rivalizando entre sí y negándose á toda tentativa en comun, disminuyen y hacen descender el poder supremo del primer lugar que ocupaba en la Edad Media, y le hacen servir para satisfacer ambiciones de familia é intrigas de gente astuta y dar preponderancia á los barones.

No tomó parte el Norte en las cruzadas, ni en la caballeria, lo cual permite que se desarrolle conforme á su originaria naturaleza, á sus relaciones con el Asia, y á la cultura intelectual que recibe, tanto de occidente como del mediodia de Europa. La liga anseática prevalece hasta el punto de anonadar casi los tres poderes escandinavos, que aun permanecen, se puede decir, estraños al sistema europeo. Hungria, Bohemia y Polonia se engrandecen y brillan con el poder de la gloria. Se borran de Europa las huellas de los mongoles, y sacudiendo la Rusia el yugo mongol da pruebas de sus fuerzas, que manifestó después avasallando tantas naciones é imponiendo á tantas otras la civilizacion.

Tamerlan es el último metéoro que salió del seno del Asia para trastornar la Europa; y su aparicion detiene el torrente otomano que podia ser funesto á la Europa antes de que las nacionalidades se consolidasen y cuando los feudatarios combatian aun entre sí, la Francia con la Inglaterra, los rusos con los polacos y los mongoles. El budismo, estendido entre los pueblos de las llanuras del Asia central, suaviza las costumbres; la nueva direccion tomada por el comercio, los reduce á buscar los medios de atender á sus necesidades de otra manera que con exacciones vagabundas, y los nuevos Estados organizados en la frontera occidental detienen sus incursiones. De esta manera se pierden mezclándose unos con la civilizacion occidental, otros con la de China. Si esceptuamos á los rusos, ya no hay bárbaros en Europa; la larga lucha de los héroes españoles es coronada por la victoria. La Hungria, para oponerse á los turcos se asocia á la república europea, y deja de ser oriental; recibe colonias alemanas y cultura italiana, hasta el punto de que en tiempo de Matias Corvino, se despoja demasiado de su carácter nacional.

Desgraciadamente los musulmanes se establecen en las más hermosas comarcas de Europa; pero no pueden ser llamados bárbaros sino comparándolos con naciones más civilizadas; porque han recogido los frutos de la civilizacion árabe y persa, y el gran poder comercial y marítimo que han desplegado no permite compararlos con las naciones que en otro tiempo invadieron el imperio romano. Es cierto que el orgullo sensual sobre que está fundada su religion, no les permite ningun progreso; como conquistadores que eran, asolaban el pais, hacian esclavos, imponian pesados tributos. El rápido acrecentamiento de esta potencia se esplica por la condicion de los pueblos limítrofes, como se esplica en nuestros dias su conservacion á pesar del anodadamiento de todos sus elementos de existencia. La Rusia se debilitaba esclava de los estranjeros, la Italia tenia envidia de sí misma, el Austria disminuia el poder de la Hungria con miras avaras de engrandecimiento. Si los musulmanes que poseian las costas del Mediterráneo y del Archipiélago hubiesen reducido á bajalatos la Polonia, la Hungria y la Alemania, hubieran circunscrito la civilizacion á muy estrechos límites.

La resisténcia que se opuso á estos nuevos invasores, devolvió por un momento á la república cristiana la unidad, al menos en deseos, que parecia haber olvidado con las cruzadas. De aquí procedió el poder de la casa de Austria, porque era preciso contra este torrente un fuerte dique, y sus posesiones se encontraban precisamente en primera línea. Después de haber convertido el imperio germánico en patrimonio suyo; le imprimió de tal manera un vigor nuevo, que la Alemania pareció prevalecer otra vez en Europa. El magnífico drama ofrecido por las rivalidades de los güelfos y gibelinos, es verdad que ha degenerado en luchas parciales entre las familias de Baviera, Bohemia y Austria; pero en el mismo envilecimiento de sus jefes, ¡cuánta grandeza en la nacion! Funda en Prusia una nueva soberania; hace tudesca á Silesia de eslava que era; descubre minas en Hungria y en Transilvania; cubre el Báltico de bajeles; resucita en las ligas de los suizos y de los anseáticos el espíritu de asociacion comun en otro tiempo á las tribus oriundas; en fin, estiende la civilizacion y el cristianismo hasta las orillas del Báltico.

En Italia, las mil pequeñas repúblicas, tan á propósito para propagar la luz y el movimiento, se reducen poco á poco á un pequeño número, que no piensan más que en equilibrarse entre sí, al paso

que á sus puertas crece una potencia que amenaza anonadarlas todas. En Francia el hecho más notable es la progresion continua que sin cesar acerca al rey al poder absoluto, éxito que le es más fácil por la posicion de la capital y por el oportuno establecimiento de los ejércitos permanentes. El último gran ducado se convierte en un nuevo floron de la corona francesa, y asegurada la unidad territorial, lleva tras sí la unidad de la lengua y de jurisdiccion, como tambien la de la administracion y de la Iglesia. Muéstrase la nacion inglesa, durante las guerras con Francia, valiente en el oficio de las armas, pero no tarda en volverlas contra sí misma en la cuestion de las dos Rosas; la aristocracia se sacrifica allí en favor del rey, y el desorden proporciona á Enrique VIII el medio de concentrar en sus manos los elementos propios para constituir bajo la apariencia de antiguas formas un poder sin límites. La misma Iglesia, en el momento en que su autoridad universal se debilita, se ve obligada á procurarse un poder temporal, que después de haber sido para ella en su orígen una cosa secundaria, se convierte entonces en la parte real de su poder político.

La alta nobleza se robustece al hacerse independiente y en su consecuencia tiránica. De aquí turbulencias, reacciones, desórdenes; y se conoce entonces mejor la necesidad del órden, de gobiernos fuertes, de constituciones estables, de autoridades represivas. En esta porfia por dominar, los reyes quieren la reunion de los reinos y los nobles su desmembracion; para obtener la libertad, los concejos se agrupan al rededor del trono, y los nobles se aislan. La invencion de las armas de fuego, que hace al campesino igual al héroe; la Santa Vehme de Alemania, que envia el puñal del plebeyo á herir al baron en el fondo de su castillo; los privilegios de los concejos; la imprenta que crea la opinion, son otras tantas máquinas dirigidas contra el antiguo órden de cosas. La Jacquerie en Francia, los partidarios de Wat-Tyler en Inglaterra, los Ciompi en Florencia, las compañías francas de Ruan, etc, son manifestaciones violentas de la reaccion que se produce por todas partes contra el poder hasta entonces dominante. La clase de los legistas, salida de la muchedumbre y cuya importancia se aumentó, ayuda á aquella revolucion. La obra de los concejos se cumplió de esta manera. La clase laboriosa quiere participar de las ventajas de la que posee, y asegurar una reparticion más igual de los bienes producidos por el sudor de su frente; artesanos y mercaderes aspiran á una existencia independiente del baron; los príncipes favorecen la emancipacion y procuran hacer dependientes tambien del trono á todos los habitantes de un territorio, esclavos ó nobles, ciudadanos ó aldeanos con el título de súbditos. La nobleza con suficientes fuerzas, para no confesarse vencida, pero no para derrocar las dinastías, recurre á las traiciones, á las perfidias, á las violencias, que revelan su debilidad y aceleran su ruina haciéndola odiosa. El entusiasmo caballeresco cesa cuando le faltan sus dos grandes alimentos, la cruzada en Oriente y la guerra con los moros, que aunque prolongada durante aquel siglo, no por eso dejó de recibir su inevitable decision en la batalla de las Navas. En fin, cuando las armas fueron venales, cuando el peon maneja el arcabuz, la caballeria no puede menos de sucumbir.

Entonces se diria que protegidos por leyes, tribunales, constituciones, conociéndose las naciones en estado de madurez, quieren sustraerse á la tutela de las ideas y de los hombres bajo los cuales se habian engrandecido. La clase inferior no siente ya la necesidad de acogerse bajo el manto pontificio, y parece á los reyes que importa á la unidad y á la independencia aflojar los vínculos religiosos. En su consecuencia, después de haber subyugado las facciones interiores y haberse emancipado de los grandes, empiezan á disputar con ayuda de una guerra menos abierta pero más eficaz, los derechos del pontífice, pretenden participar de las rentas de la Iglesia, como tambien en el nombramiento de los beneficios y dignidades. El pueblo, que se habia colocado siempre de parte de los papas contra los reyes, se unió entonces á Eduardo III para negar el tributo al papa, al concilio de Basilea para atacar su infalibilidad, á Felipe el Hermoso para abofetearle.

La doctrina del progreso era, pues, proclamada de hecho y tambien la posibilidad para ciertas instituciones de ser supérfluas y aun dañosas para un siglo, después de haber sido la salvacion de otra época. El mismo sentimiento hace que la Iglesia y los seglares se dirijan á la reforma, aun que pareciendo no querer más que volver el cristianismo á su primitiva pureza. La Iglesia se ocupa de ello en los concilios, los seglares fuera en libres doctrinas; esfuerzos diferentes para llegar á los mismos resultados, y que demostraban la necesidad de la reforma. Pero en lugar de convenirse se combaten, y el cisma todo lo trastorna. Las llagas del papado fueron espuestas, como el cadáver de Cesar, á los ojos de cada uno, envenenadas por la cólera de sus enemigos y las disensiones de los pontífices rivales: resultó de ello que la duda penetró en los corazones más sinceros, la indiferencia en las almas generosas, la desesperacion en las almas enérgicas. La burla encontró donde ejercitarse en las cosas más santas, al paso que la superstición se refugiaba con ciega conviccion en la desconsoladora creencia del próximo fin del mundo ó en la teosofía.

De consiguiente, la credulidad era una fuente de corrupcion no menos que la impiedad: y parecia que, encarnizándose los papas en sus recíprocas acusaciones, intentaban hacerse auxiliares del filósofo burlon. Atiza la Fraucia este fuego aspirando á volver al papado bajo la tutela de Aviñon; pero á este tiempo se halla sola y asaltada como cismática por la Inglaterra: falta poco para que

sufra la ignominia de una dominacion estranjera. Los concilios de Basilea y de Constanza, areopagos de Europa, restituyen su importancia al Imperio por la activa parte que Segismundo toma en ellos; y este emperador halla en las heregías un pretesto ó una ocasion de estirpar la nacionalidad de los pueblos disidentes.

Así, una vez consolidada la paz pública, empieza la guerra moral. Una vez asegurado el órden político, principia el desórden intelectual. Cuando el esfuerzo nacional ha obtenido en España el triunfo contra el comun enemigo, caen los caractéres de aquella altura poética á que se habian elevado. Francia, Inglaterra, Italia no obran ya de concierto en las guerras esteriores como durante las cruzadas, antes bien se atacan unas á otras, y aquel cálculo material de una balanza política que, sustituida á toda idea moral, ocasionara tantas guerras como estaba destinada á impedir en concepto de todos, empieza á propagarse en Europa. Particularmente en Italia nacia una política de guerras sordas, secretas, de mala ley, inspiradas por envidias, por pleitos, por egoismo, conducidas por la intriga más bien que por la fuerza. Consolida el poder despótico la decadencia de las antiguas costumbres, pero queda fraccionado, débil por consiguiente, y espuesto en un principio á los manejos interiores, á la rivalidad de los vecinos, después á la dominacion del extranjero; á la par que en Francia, por el contrario, y en Inglaterra y en España se consolida la nacionalidad con el gobierno real.

Esta refinada diplomacia ayuda mucho á la unidad porque requiere secreto y una direccion fija; pero modifica estos cálculos el poder inmoral del oro: el oro es el que determina las guerras, el que reune y dispersa los ejércitos, el que trastorna el heroismo sùizo, el que dá importancia á los banqueros, á los judíos, á los rentistas. Impulsa á los reyes á intentar procesos y á hacer confiscaciones, á los químicos á que den tormento á los crisoles, á los magos á recurrir á las artes ocultas, á los mercaderes á emprender largos viajes, y en breve obtendrá Cristóbal Colon los medios de llegar á su gran descubrimiento diciendo: «El oro es cosa escelente; con el oro se forman los tesoros, con el oro se alcanza todo lo que se puede apetecer en este mundo, con el oro se logra hasta que lleguen las almas al paraiso.»

Sin embargo, todavia no han osado los gobiernos profesar en alta voz el ateismo de la política y la soberania del interés: insinúan empresas que tienen por móvil un sentimiento, fingiendo meditar tan pronto una espedicion á Tierra Santa, como una guerra contra los turcos, y algunos pontífices se lisonjean aun de reunir la cristiandad; hasta se reservan ciertas perfecciones en las armas homicidas para las guerras contra los infieles. El nombre de cristiano, que los siglos siguientes tendrán á gloria borrar de los actos de la política, tenia, pues, aun un valor en aquella época.

Entre tanto á los peligros del desórden suceden los de la centralizacion. Los nobles humillados tratan de adquirir importancia ó alguna parte del poder, haciéndose aliados y súbditos del rey, el cual no teniendo ya necesidad de halagar al pueblo, empieza á odiar las libertades de éste. Los ejércitos permanentes destruyen el feudalismo, porque el esclavo se alista como soldado, y el rey tiene quien ejecute sus decretos sin acudir al brazo de los nobles. Las armas de fuego dan á los reyes las fortalezas y la preponderancia; los monarcas creen que el poder es la medida de sus actos, y en vez de los delitos contra la religion, se inventan otros contra la majestad; así que prevaleciera una torpe tirania, si no la detuviesen la imprenta y los progresos del pensamiento.

Auméntase el comercio, y con él las relaciones de los diferentes paises entre sí. Los tratados no se hacen ya de castillo á castillo, sino entre concejos y pueblos. La riqueza mobiliaria crece junto á la numeraria, pero ésta era nueva; así es que no hay que admirarse de los ensayos groseros hechos para organizarla. Se creen con derecho á reformar las monedas y alterarlas á su antojo; fijar el mayor precio de los géneros, como Felipe el Hermoso en 1304; imponer rigorosas leyes suntuarias, como en 1294, en Milan, y frecuentemente en el resto de Italia; limitar el interés del dinero por leyes que le aumenten; regularizar los derechos con perjuicio de los vecinos. Se multiplican las leyes acerca del comercio de los lombardos y judios; se forman sociedades mercantiles, algunas de las cuales llegan por fin á ser soberanas.

Los jurisconsultos se aseguran una importancia no menos grande: creados por el feudalismo y el catolicismo, obran contra estas dos potencias. No se deben confundir con los de la antigüedad, hombres de Estado, que se hacian letrados y oradores por ocupacion pasajera, al paso que éstos desempeñaban las funciones de jueces, sobre todo en ausencia de los barones. En adelante, nada se hace sin consultarles, ya se trate de paliar grandes injusticias, ó de reducir á una justa medida la autoridad de los reyes y de los pontífices. Cuando la bala del villano atravesó la coraza del señor; cuando los príncipes se vieron obligados á recurrir á los mercaderes para que les prestasen con que pagar sus tropas; cuando el legista ocupó el tribunal donde tomaba antes asiento el baron armado, y sustituyó los testimonios, el exámen de las pruebas y el texto de las leyes á los juicios de Dios, el pueblo pudo decir que comenzaba su era, en cuyo curso debia ser tan poderoso.

Ya las naciones no se unen sólo para saquearse y violentarse, sino para hacer cambios y unirse por tratados. El derecho de gentes es respetado; los abusos de la fuerza son al menos el objeto de protestas y de horror; el feudalismo no desdeña ya el trabajo, y la fuerza de la asociacion se deja sentir y conocer.

Lo que distingue particularmente aquella época

es precisamente que se encontró como arrojada en los confines de ambos mundos, entre el mundo feudal y el mundo popular, entre lo pasado y el porvenir; que en su consecuencia reunió tanto de positivo como de fantástico, tanto de cálculo como de imaginacion, y que ofreció caractéres grandiosos y almas poéticas al lado de los designios friamente combinados de los reyes, de las elucubraciones prosáicas de los letrados y de los jurisconsultos. En efecto, al lado de Bernabé Visconti, de Luis XI, de Enrique VIII, de Alberto de Austria, de Nicolás de Lira, se levantan en contraste, Dante, Rienzi, Du-Guesclin, Juana de Arco, Francisco Esforcia, Mahomet II, Bajaceto, Cárlos el Temerario, Gustavo Wasa, Isabel y Jimenez de Cisneros.

No se debe olvidar que la civilizacion se difundia entre los mayores pueblos y mayor número de clases, precisamente cuando ocurrian desastres que se hubieran creido suficientes para destruirla. Sin hablar de la peste negra, á la que hemos visto dar vuelta á Europa, y que diezmó tantas ilustres vidas en Italia, toda el Asia fué conmovida por horribles terremotos que en 1342 y los años siguientes asolaron tambien el Egipto y la Siria. Aquel mismo año se vieron los alrededores del Rhin y ciertas comarcas de la Francia súbitamente inundadas, no por grandes lluvias, sino por torrentes que se desencadenaron de repente; y tierras desprovistas en otro tiempo de agua, se encontraron repentinamente sumergidas. Tres años después, grandes diluvios, inundaciones, carestias causaron grandes estragos. En Italia cuatro meses de lluvias perdieron las simientes, lo cual obligó á Florencia á hacer confeccionar cada dia noventa y cuatro mil raciones de pan, de doce onzas cada una, para alimentar á los indigentes. La carestia fué estremada en los dos años que siguieron, y en su consecuencia la mortalidad considerable. Después, en 1348, aparecieron tambien en nuestras comarcas señales de algunas grandes convulsiones en el interior del globo que se habian manifestado en la China en los años anteriores. En 25 de enero, la Grecia y la Italia temblaron, las casas y los templos se arruinaron. Treinta concejos y todas las iglesias vinieron al suelo en la Carintia. Villac se hundió; muchas aldeas desaparecieron, sin que quedasen huellas; las montañas cambiaron de lugar, y cambió de faz la superficie de varios terrenos. Los temblores de tierra se prolongaron hasta 1360, y sin embargo los habitantes de la lejana Islandia se vieron exentos de ellos. La Dinamarca y la Noruega interrumpieron sus acostumbrados viajes á la Groenlandia, cuyos amontonados hielos obstruyeron las costas orientales, que ya no fueron visitadas hasta nuestros dias por ningun extranjero. Espantosos huracanes se renovaron en Italia en el mes de diciembre de 1456, arrancando árboles, derribando edificios, de tal manera, que segun san Antonio, más de sesenta mil personas perecieron, de las cuales la mitad en la sola ciudad de Nápoles (*Ep.* 207), y una isla toda llamas se alzó en el mar Egeo.

Los hombres sufrian males sin cuento y perecian á millares; pero así como al dia siguiente de una batalla, los que sobreviven marchan en triunfo, sin cuidarse de los que han sucumbido, así tambien las sociedades, diezmadas pero no debilitadas, volvian á emprender la senda trazada por la Providencia.

Cuando la Italia comenzó á perder la importancia que le habian dado la supremacia papal y sus repúblicas, adquirió otra por el desarrollo de las más nobles facultades del talento; y por esto ejèrció aun una inmensa accion sobre el resto del mundo, á quien enseñó las artes, la política y las letras. Ahora bien, las letras constituyeron entre las naciones aquel vínculo que la religion habia desde luego formado; y así como se habia dicho la república cristiana, se dijo la república literaria; república que, aunque se pudiese considerarla á primera vista, como cosa frívola y de pura diversion, debia adquirir fuerza con el tiempo, sentir su propia dignidad, y colocarse en la categoria de las demás potencias motoras del mundo, creando la opinion que un dia mandará á las bayonetas. El latin quita el modo de la Edad Media, el griego se estiende, el aleman sale mejorado de la fusion de los diferentes dialectos, el francés y el inglés progresan tambien, aunque lejos aun de su futura perfeccion. El italiano ha conseguido ya su magnificencia; y, lo que importa al pais, sus literatos son tambien hombres de accion. Desgraciadamente la literatura se desvia de la noble senda á la cual le habian lanzado los que hicieron dar sus primeros pasos en el seno de las repúblicas; y una vez reducida á mendigar en las cortes, ¿cuál habia de ser su influencia sobre la nacion?

Por su parte, las artes, que en la Edad Media no formaban más que un grupo en derredor del altar, se perfeccionan ahora dividiéndose. A las formas góticas se mezclan las griegas, el arco redondo á la ojiva, la correccion de los adornos clásicos á la variedad fantástica, hasta el momento en que el divorcio se consuma sacrificando el sentimiento á las formas y dirigiéndose, no al alma, sino á los sentidos.

¡Qué sacudimiento no debió producir en las inteligencias, la repentina difusion de quince mil obras impresas, más correctas que los manuscritos y más baratas! A lecturas raras, atentas, repetidas, sucedieron estudios rápidos y multiplicados; á las convicciones incontrastables porque no eran combatidas, la estension de los conocimientos y el deseo de adquirir otros nuevos. ¡Qué placer el leer los clásicos á medida que eran exhumados, sin aversion preventiva inspirada por las escuelas! Es, pues, un error muy escusable el de convertir en idolatria el culto á la antigüedad, culto que hizo nacer la mania de resucitarla, en lugar de pensar en rivalizar con ella.

El imperio del talento pasa entonces de los es-

critores originales á los eruditos, gente laboriosa, pero sin invencion; asi en metafísica y en moral, no escedieron del punto á que habian llegado los escolásticos; dejaron campo á la impostura en lo concerniente al conocimiento de la historia y de las antigüedades, y desnaturalizaron los pensamientos en la esposicion, sin conseguir la pureza que ambicionaban.

La erudicion es la forma general de todo estudio y de todo progreso en aquella época: los textos son una autoridad, y para convencer, basta citar la medicina que se dedica á esplicar ó combatir á Hipócrates y Galeno; la filosofía busca en Platon ó en Aristóteles el fundamento de sus argumentaciones, y hasta el velo con que cubre sus atrevimientos. La alquimia se apoya en antiguos nombres reverenciados. La estrategia, á despecho de las nuevas armas, se fatiga en estudiar á Onesandro y Vegecio, ó á volver á construir el puente de César sobre el Rhin. La arquitectura pide á Vitrubio, no solo los preceptos de la imitacion, sino tambien la justificacion de las innovaciones.

En esta liza inevitable los espíritus independientes no limitan la restauracion de los clásicos á una industria literaria, la estienden á la misma vida. Emperadores y repúblicas se dedican á buscar leyes é instituciones; los jurisconsultos tratan de estender, y á veces de poner trabas á los nuevos derechos: si Nicolás Montano, si Rienzi y Porcari meditan reformas en su patria, es bajo la inspiracion de recuerdos clásicos.

Sin embargo, en medio de sus estudios, que versaban todos sobre la antigüedad, estos valerosos pedantes sentian agitarse el mundo moderno; y mientras Colon, llevado de la erudicion, se obstinaba en su glorioso error, Pedro Martin de Anghiera, escribia á Pomponio Leto (*Ep.* 152): «No pasa un dia sin que se nos digan prodigios nuevos de este nuevo mundo, de los antípodas del Occidente, que un cierto genovés llamado Cristóbal ha descubierto. Creo que te has estremecido de alegria y no has podido sino con esfuerzos detener tus lágrimas, cuando te he avisado por cartas de este universo anteriormente ignorado, ¿qué alimento más suave para sublimes talentos? Puedo juzgar segun por mí mismo; estoy encantado cuando puedo hablar con algunas personas venidas de allá. Hagan consistir los miserables avaros sus delicias en acumular riquezas; para nosotros consiste en la contemplacion de semejantes maravillas el alborozo de nuestros talentos. ¿Qué más hicieron los fenicios, cuando, en regiones lejanas, reunieron pueblos errantes, y fundaron tantas ciudades? Estaba reservado á nuestros tiempos ver nuestros conocimientos, y nuestras ideas aumentarse de una manera no menos admirable, y tantas cosas nuevas aparecer de improviso en el horizonte.»

NOTAS AL LIBRO XIII

(A) PÁG. 414.

ESTADÍSTICA EUROPEA

Marin Sanuto presenta, el año 1450, este antiquísimo cuadro de estadística:

Rentas de todas las potencias cristianas, y lo que pueden hacer.

El rey de Francia con el total de sus rentas y las contribuciones de los príncipes, duques, marqueses, condes, barones, caballeros, obispos, abades, canónigos, sacerdotes, ciudadanos, pueden reunir en lo interior, como hombres peritos en el manejo de las armas, 30,000 ginetes. Si los quiere enviar fuera, siendo dobles los gastos, no puede contar más que con 15,000 caballos. La guerra ha arruinado anteriormente las iglesias y rentas. Total de caballos. 15,000

El rey de Inglaterra, con todas sus rentas y las contribuciones de los príncipes y demás *ut supra*, en lo interior, como hombres peritos en las armas, pagados mensualmente, reune 30,000 ginetes. Estas dos potencias son iguales para medirse en la guerra. Han sostenido siempre sus luchas con vigor, y á haber sido una de las fuerzas mayor que la otra, la menor habria quedado aniquilada. Los ingleses fueron vencidos cuando la division se introdujo en Inglaterra, y no pudieron hacer sus provisiones. Antes de 1414 esta fuerza era de 40,000 caballos. Las guerras han debilitado aquellos paises y disminuido los hombres y las rentas, de suerte que en caso de querer enviar dicha fuerza al extranjero queda reducida á la mitad, lo que suma en caballos. 15,000

El rey de Escocia, que es señor de grandes paises y de pueblos muy pobres, no podrá sostener en lo interior con sus rentas y los impuestos sobre clérigos y seglares, más de 10,000 ginetes, pagados cada mes; en el extranjero, por los grandes gastos, caballos. . 5,000

El rey de España, con todas sus rentas y las contribuciones de clérigos y seglares, reune en lo interior, como hombres peritos en las armas, 30,000 ginetes; en 1414 sostenia 20,000; pero si quiere llevar fuerzas al extranjero, deberá disminuirse aquel número por los gastos dobles, y serán caballos. 15,000

El rey de Portugal, con todas sus rentas de clérigos y seglares, pudiera mantener en lo interior, pagándoles mensualmente, 6,000 caballos, y fuera. 3,000

El rey de Bretaña, con todas sus rentas y contribuciones de clérigos y seglares, podria sostener en lo interior, pagándolos mensualmente, 8,000 ginetes ejercitados en las armas, y fuera, caballos.. 4,000

El maestre de Santiago, con todas sus rentas, sostendria en lo interior 4,000 caballos, y fuera. 2,000

El duque de Borgoña, con todas sus rentas, *ut supra*, reune en lo interior, 1,000 caballos; en 1414 sostenia 3,000; pero las guerras han arruinado el pais. Puede mantener fuera. 1,500

El rey Renato, con todas sus rentas, sostendria en lo interior 6,000 caballos, fuera. . . 3,000

El duque de Saboya, con todas sus rentas, sostendria en lo interior 8,000 caballos, en el extranjero. 4,000

El marqués de Monferrato, en lo interior, 2,000 caballos, en el extranjero. 1,000

El conde Francisco Esforcia, duque de Milan, 10,000 caballos en el interior, fuera con bastante dificultad. 5,000

El marqués de Ferrara, 2,000 caballos en lo interior, fuera. 1,000

El marqués de Mantua, en lo interior, 2,000 caballos, en el extranjero. 1,000

La comunidad de Bolonia, dentro 2,000 caballos, fuera. 1,000

La de Siena, dentro 2,000, fuera. 1,000

La señoria de Florencia, con todas sus rentas, hubiera puesto en pié de guerra en 1414, 10,000 caballos; al presente sostiene en lo interior 4,000, fuera. 2,000

El papa, con todas sus rentas de las tierras de la Iglesia y sus obvenciones del clero, en 1414 puso en pié de guerra 8,000 ginetes; hoy sólo puede mantener en lo interior 6,000, fuera. 3,000

El rey de Aragon, en el reino de Nápoles, con todas sus rentas, dentro 12,000 caballos, fuera. 6,000

Los príncipes del reino, que son poderosos, en lo interior. 2,000

La comunidad de Génova en 1414 hubiera podido reunir 5,000 caballos; pero después de las discordias intestinas y la guerra, mantiene 4,000 dentro, fuera. 2,000

Los barceloneses, con todas las comunidades y con los señores de Cataluña, en hombres y ginetes, pagados mensualmente, dentro 12,000, fuera. 6,000

Toda la Alemania, con los señores espirituales y temporales, con las ciudades libres, ó no libres, la Alemania Superior é Inferior, y el emperador, que es aleman, dentro 60,000, fuera. 30,000

El rey de Hungria, con todos los duques, señores, barones, príncipes, prelados, clérigos y seglares, dentro 80,000, fuera. 40,000

El gran maestre de Rusia, con todas sus rentas, puede reunir en lo interior 30,000 caballos. En 1414 hubiera reunido 50,000; pero la guerra le ha reducido á la cifra antes expresada. Fuera puede llevar. 15,000

El rey de Polonia, con todas sus rentas, y con sus duques, marqueses, barones, ciudadanos y comunidades, dentro 50,000 y fuera. 25,000

La Valaquia, con todas sus rentas y contribuciones, dentro 20,000, fuera. 10,000

La Morea, en 1414 con todas sus rentas, solia reunir 50,000 caballos; después de los destrozos causados por la guerra, mantiene dentro 20,000, fuera. 10,000

La Albania, la Croacia, la Esclavonia, la Servia, la Rusia y la Bosnia, con todas sus rentas, en lo interior 30,000 caballos, fuera. 15,000

El Rey de Chipre, con todas sus rentas, en la isla 2,000, fuera. 1,000

El duque de Naxos, en el Archipiélago, podrá pagar, en lo interior 2,000, fuera. . . . 1,000

El gran maestre de Rodas, con todas sus rentas, contribuciones de sus encomiendas y con los eclesiásticos y seglares, en la isla 4,000, fuera. 2,000

El señor de Metelin, dentro 2,000, fuera. 1,000

El emperador de Trebisonda, dentro 25,000, fuera. 15,000

El rey de Georgia, en 1400, con todas sus rentas, ponia en pié de guerra 30,000 caballos; al presente, sólo mantiene dentro 10,000, fuera. 5,000

El emperador de Constantinopla. . . . . ***

Poder de los señores infieles.

El gran Turco puede reunir en todos sus dominios 400,000 valientes ginetes para defenderse de los cristianos; para llevar al extranjero. 200,000

El príncipe de Caramania, dentro 60,000, fuera. 30,000

Ussum Cassan, con todo su poder, pondrá el servicio de Mahoma, dentro 200,000, fuera. 100,000

El Caraissam, con todas sus fuerzas, dentro 20,000, fuera. 10,000

Zausa, con todas sus fuerzas, dentro 200,000, fuera. 100,000

Tamerlan con todo su poder, en lo interior 1.000,000 de ginetes tártaros, fuera. . . . 500,000

El rey de Túnez, de Granada y las demas ciudades de Berberia, arman galeras y fustas contra los cristianos; en lo interior reunen 100,000 caballos, para llevar al extranjero. 50,000

Rentas de algunos príncipes cristianos en 1423.

El rey de Francia en 1414, tenia de renta 2.000,000 de ducados; pero después de cuarenta años (1) de contínuas guerras, su renta ordinaria ha quedado reducida á 1.000,000. . 1.000,000
El rey de Inglaterra tenia de renta dos millones de ducados; pero después de las guerras que han asolado la isla, sólo tiene de renta ordinaria. 700,000
El rey de España tenia en 1410 de renta 3.000,000 de ducados, pero después de las contínuas guerras ha quedado aquélla reducida á. 800,000
El rey de Portugal tenia 200,000 ducados en 1410; ahora á causa de las guerras. . . . 140,000
El rey de Bretaña 200,000 ducados en 1414; actualmente á causa de las guerras. . . . 140,000
El duque de Borgoña, en 1400, tenia de renta 3.000,000, que las guerras han reducido á 900,000
El duque de Saboya, por ser pais libre, tiene en ducados una renta de. 150,000
El marqués de Monferrato, por ser pais libre, tiene. 100,000
El conde Francisco, duque de Milan (en 1423 el duque Felipe Maria tenia de renta ducados 1.000,000), á causa de las guerras sólo cobra. 500,000
La Señoria de Venecia en 1423 tenia de renta 1.100,000 ducados; actualmente, á causa de las grandes guerras que han destruido las mercancias. 800,000
El marqués de Ferrara, en 1423, tenia 700,000 ducados, y después de las guerras de Italia. 150,000
El marqués de Mántua, en 1423 tenia 150,000 ducados; ahora. 100,000
Bolonia en 1423 tenia 400,000 ducados; actualmente, á causa de las guerras. 200,000
Florencia en 1423 tenia 400,000; ahora. 200,000
El papa, que tenia mucho más, cobra en el dia. 400,000
Los genoveses, á causa de sus discordias intestinas, se ven reducidos á. 180,000
El rey de Aragon, en todo el reino de Nápoles con la Sicilia, aunque anteriormente percibiese mucho más, tiene en el dia. 310,000

Rentas que producen las posesiones de tierra firme á nuestra Señoria (Venecia) *y sus gastos.*

	Ingresos.	Gastos.	Resíduo.
El Friul, nuestra patria, rinde anualmente. ducados.	7,500 duc.	6,330 duc.	1,170
Treviso y el Trevisano.	40,000	10,100	29,900
Pádua y el Paduano.	65,500	14,000	51,500
Vicenza y el Vicentino.	34,500	7,600	26,900
Verona y el Veronesado.	52,500	18,800	34,500
Brescia y el Bresciano..	75,500	16,000	59,500
Bérgamo y el Bergamasco.	25,500	9,500	16,000
Cremona y el Cremasco.	7,400	3,900	3,500
Rávena y el Ravenasco.	9,000	2,770	6,230
Total. . .	317,400	88,200	229,200

Rentas de Venecia

Los gobernadores recaudan anualmente. . . . . ducados. .		150,000
Las oficinas de la sal recaudan.		165,000
Las ocho oficinas de la junta de préstamos.		233,500
Las oficinas del arsenal.		73,280
Por el interés anual de la junta de préstamos.		150,000
	ducados. .	771,780
Gastos ordinarios (2).	133,680	
Sueldos.	26,500	160,180
Líquido, ducados.		611,600
Producto anual de las ciudades marítimas.		180,000
Suma y sigue. . . .		791,600

(1) Esta lista debió, pues, de escribirse en 1455, y la fecha de 1423 que lleva por lo comun está equivocada.
(2) Esta cifra falta en el original: la he puesto presuntivamente. En 1490 la renta total ascendió á 1.149,400 ducados; los gastos ordinarios á 211,400, y los sueldos á 37,570.

Otras rentas extraordinarias.

Suma anterior. . . .		791,600
Diezmos de casas y otras posesiones en el territorio de la república.		25,000
Intereses de préstamos que se pagan al contado, la mitad corespondiente á los diezmos y la otra mitad al tesoro.		15,000
Posesiones exteriores y casas de alquiler.		5,000
Los sacerdotes por sus rentas.		22,000
Los judios de mar, por dos décimas al año.		600
Los judios de tierra por dos décimas al año.		1,000
Diezmos de las mercancias.		16,000
Por fletes y piedras preciosas.		6,000
Cambios é impuestos.		20,000
		902,200
Debe deducirse del total, á causa de las personas imposibilitadas de pagar su cuota como incobrable, la cantidad de.	6,000	
Por la mitad del diezmo de los productos de la junta de empréstitos.	7,500	
Por el descuento que se hace á los sacerdotes para el patriarca.	2,000	37,500
Por los ingresos sobre mercancias.	6,000	
Por joyas..	4,000	
Por tasas y cambios.	12,000	
Restan ducados.		864,700

(B) PÁG. 464

ARENGAS DEL DUX MOCÉNIGO.

Cuando se discutió si Venecia debia unirse á los florentinos en 1421 contra el duque de Milan, el dux Tomás Mocénigo estuvo constantemente por la negativa, y Francisco Foscari, procurador jóven, por la afirmativa: éste con el ardor de la juventud, y Mocénigo con la prudencia de la edad madura, sostuvieron su opinion en el gran consejo. Sanuto inserta la arenga del dux, y dice que la tomó del mismo manuscrito de aquel príncipe.

Después de haber sacado varios ejemplos de la Biblia, Atila, Jerusalen, Roma antigua, continúa de este modo:

«Grande, rica y poblada fué Pisa con la paz y un buen gobierno. Desde que deseó los bienes ajenos se empobreció con la guerra, y la division estalló entre los ciudadanos, que se convertian en señores. Los unos expulsaban á los otros, tanto, que fué sometida por la ciudad más cobarde de la Italia, por Florencia. Esto acontecerá á los florentinos, y ya se ve que están empobrecidos y divididos; esto nos sucederá á nosotros si obramos como nos propone nuestro procurador jóven. Lo que he dicho de esta ciudad se puede decir de todas las demás.

»Así pues, maese Francisco Foscari, nuestro procurador jóven, no volvais á hablar en la tribuna como acabais de hacerlo, si antes no conoceis bien y por experiencia la materia, porque Florencia no es el puerto de Venecia, ni por mar ni por tierra, estando su mar á distancia de cinco jornadas de nuestras fronteras. Nuestros pasos son el Veronesado. El duque de Milan es el que confina con nosotros, y debemos mantener su amistad, en atencion á que en menos de un dia se llega á una gran ciudad de su dependencia, que es Brescia, la cual confina con Verona y Cremona. Génova, que es poderosa en el mar, bajo el mando del duque, podria dañarnos. Es preciso permanecer en paz con éste. Pero en el caso de que los genoveses quieran innovar, tenemos la justicia de nuestra parte. Nos defenderemos con valor y derecho, tanto contra los genoveses, como contra el duque. La montaña del Veronesado es nuestra defensa contra el duque, la cual se ha defendido ya por sí misma. Además, defienden nuestro pais los pantanos y el Adige, tres mil caballos, tres mil peones y dos mil ballesteros. Tal es la gente que tenemos, y si fuere preciso más, resistiremos á todo el poder del duque con otros tres mil hombres. Gozad, pues, de la paz. Si el duque se apodera de Florencia, los florentinos, que están acostumbrados á vivir en república, abandonarán á Florencia, y vendrán á vivir á Venecia, donde introducirán la fábrica de los paños de seda y lana, de modo que aquella ciudad perderá su industria, y Venecia la multiplicará, como sucedió á Luca, cuando aquel ciudadano se apoderó de ella: entonces sus oficios y riquezas se trasladaron á Venecia, y Luca quedó pobre. Permaneced, pues, en paz.

»Maese Francisco Foscari, procurador jóven, si sabeis contestar á estas preguntas, invitaremos al consejo á que adopte lo que proponeis. Si encontráseis en Venecia un jardin que os diese trigo todos los años para quinientas personas, y además os quedase bastante para vender; si dicho jardin os suministrase suficiente vino para quinientas personas sobrándoos varios carros para la venta; si os produjese toda clase de granos y legumbres por valor de mucho dinero, y además toda clase de frutos para el sostenimiento de quinientas personas cada año, quedando tambien para vender; si la referida posesion os diese anualmente bueyes, corderos, cabras y volateria de toda especie para quinientas personas, sobrando tambien para la venta, y otro tanto queso, uvas y pescado, sin que irrogase ningun gasto su conversion, seria preciso decir que semejante posesion era excelente, pues que producia tantas cosas. Ahora bien, si una mañana llegaran y os dijeran: *Maese Francisco, vuestros enemigos han reclutado trescientos marinos, les han pagado para entrar en vuestro jardin, y estos hombres llevan consigo quinientas podaderas para cortar los árboles y las viñas; en fin, van con ellos tambien cien campesinos con cien bueyes y cien rastrillos para arrancar todas las plantas y causar daño á todo ganado mayor y menor;* si fuérais sabio no lo sufriríais, sino iríais á vuestra casa y tomaríais el dinero necesario para pagar mil hombres y oponerlos á los que querian haceros daño. Pero si pagáseis, maese Francisco, á aquellos quinientos hombres con podaderas y á los cien campesinos para que destrozasen la posesion con sus rastrillos, se diria que erais un loco. Probemos que nos hallamos en la cuestion. Hemos decidido mostrar todo el comercio que hace hoy Venecia, y con quién. Hablaremos primero de los mercaderes milaneses, y después lo haremos de los registros de los bancos, que confirman este aserto, á saber: que cada semana llegan de Milan de 17 á 18,000 ducados, lo cual da una suma anual de 900,000 ducados, que entran en nuestra ciudad:

		A la semana.	Al año.
De Monza.	ducados	1,000	52,000
— Como..	»	2,000	104,000
— Alejandria.	»	1,000	52,000
— Tortona y Novara.. . .	»	2,000	104,000
— Cremona..	»	2,000	104,000
— Bérgamo..	»	1,500	78,000
— Parma.	»	2,000	104,000
— Plasencia.	»	1,000	52,000

Todos los bancos manifiestan que es así, que las mercancias introducidas en los Estados del duque de Milan ascienden á 1.612,000 ducados de oro al año. ¿No os parece que éste es para Venecia un hermoso y excelente jardin, sin coste ninguno?

Alejandria, Tortona y Novara, ponen allí por piezas de paño al año.. . . .	6,000	á ducados	15	la pieza,	ducados	90,000
Pavia por piezas.	3,000	»	15	»	»	45,000
Milan »	4,000	»	30	»	»	120,000
Como »	12,000	»	15	»	»	180,000
Monza »	6,000	»	15	»	»	90,000
Brescia »	5,000	»	15	»	»	75,000
Bérgamo »	10,000	»	7	»	»	70.000
Cremona »	40,000 bombací	»	4 1/4	»	»	170,000
Parma »	4,000 paño	»	15	»	»	60,000
Total de piezas. . .	90,000			Ducados. . .		900,000

Además, tenemos por la entrada, almacenaje y salida de los géneros lombardos á razon de un ducado por pieza 200,000 ducados. ¿No os parece hermosísima esta posesion para Venecia?

Hay tambien otras telas por valor de 100,000 ducados al año. Los lombardos sacan de vuestros establecimientos todos los años los objetos siguientes:

Algodones, millares 5,000 por ducado.	250,000
Hilados » 20,000 de 15 á 20 ducados el ciento.	30,000
Lanas catalanas, á 60 ducados el millar por 4,000 millares.	240,000
Lana francesa á 30 ducados el millar por 4,000 millares.	120,000
Telas de oro y seda al año.	250,000

Pimienta, 3,000 cargas á 100 ducados la carga.	300,000
Canela, 400 fardos á 160 » el fardo.	64,000
Jengibre, 200 millares á 400 » el millar.	80,000
Azúcares de primera, segunda y tercera calidad, á 15 ducados el ciento.	95,000
Jengibre verde por varios millares de ducados.	
Todas las cosas necesarias para coser y bordar.	30,000
Palo del Brasil, 4.000 millares á 30 ducados el millar.	120,000
Añil y grana.	50,000
Jabon por ducados.	250,000
Esclavos.	30,000

De modo que valuado todo, ascenderá á 2.800,000 ducados (1). ¿No creeis que éste sea para Venecia un hermoso jardin sin gasto alguno?

Añádanse las sales que se venden anualmente. Los frutos que saca la Lombardia de este pais son causa de que naveguen tantas naves en los mares de la Siria, tantas galeras en los de Romania, Cataluña, Flandes, Chipre, Sicilia y otras comarcas, de tal manera, que Venecia recibe, entre provisiones y fletes, dos y medio y tres por ciento. Los corredores, los tintoreros, los fletes de los barcos y de las galeras, los pesadores, los embaladores, las barcas, los marineros, los remeros, los contramaestres, con el beneficio de los mercaderes, todo produce otra suma de 600,000 ducados á nuestros venecianos sin ningun gasto. Muchos miles de individuos viven perfectamente con estas utilidades. ¿Os parece que debemos deshacernos de semejante jardin? No; debemos, sí, defenderlo contra el que quiera destruirlo.

Si emprendiésemos la guerra, como dice ó propone nuestro procurador jóven, contra el duque de Milan, daríamos ocasion para asalariar hombres con podaderas, para cortar los árboles que producen á Venecia tan buenos y útiles frutos, para pagar villanos con rastrillos que asolasen las plantas de tantos frutos útiles como vienen á Venecia todos los años de Lombardia. Nos seria preciso reclutar gente armada que cayesen sobre dicho pais, destruyendo árboles y quintas, quemando casas y aldeas, robando animales, derribando murallas de ciudades y castillos, matando hombres, imponiendo contribuciones, tanto á nuestros ciudadanos, como á nuestros campesinos, y estableciendo en esta ciudad impuestos sobre las casas, empréstitos sobre las mercancias, barcos y galeras. Dios sabe lo que haríamos en el pais del duque; pero podria suceder que el duque salvase el suyo y hallase remedio al mal, mientras que nosotros habríamos causado la ruina de nuestra comarca. ¿De qué valdrian entonces tantas especias y telas de oro y seda? Nadie las compraria por falta de medios. Con el objeto de que tengais, señores, algunos datos sobre este punto, sabed que

Verona toma todos los años, de brocados de oro, plata y seda, piezas.	200
Vicencia.	120
Padua.	200
Treviso.	120
Friul.	50
Feltri y Cividad de Belluno.	12

Especias en todos estos lugares.

Pimienta, cargas.	400
Canela, fardos.	120
Jengibre de todas clases, millares.	100

Y otras muchas especias.

Azúcar, millares.	100
Cera, panes.	200

Si asolásemos sus cosechas, nada tendrian que gastar con gran perjuicio de todas las mercancias y de toda Venecia. No debemos pues, creer á nuestro procurador jóven.

Por el contrario, al duque de Milan convendria para defenderse, asalariar hombres de armas, imponer contribuciones á los campesinos, ciudadanos y nobles, de modo que no tendria dinero para

(3) Algunas partidas embrolladas en la edicion de Sanuto, dada por Muratori, se han rectificado lo mejor posible.

comprar las referidas cosas, con gran daño y ruina de nuestra ciudad y ciudadanos. Permitid, pues, señores, que contestemos á los embajadores florentinos diciéndoles que escriban á su concejo para que les dé poder, á fin de tratar de la paz, de quebrantar su ley de modo que les sea posible tener paz.

«Así hemos visto en nuestros dias á Galeazo Maria de Milan, que conquistó toda la Lombardia y la Toscana, excepto Florencia, la Romaña y la campiña de Roma, con tantos gastos que no pudo soportarlos, y le convenia forzosamente permanecer en paz: cinco años antes de que declarase la guerra, tenia que estar pagando mal sus tropas. Lo mismo sucede á todos. Si permaneceis en paz, reunireis tanto oro que todo el mundo os temerá por él, y sobre todo, Dios estará de nuestra parte. Lo que decíamos hace un año, lo repetimos de nuevo. Si quereis la paz esperemos que Dios, Señor de todas las cosas, con la intervencion de Nuestra Señora y de san Marcos, os deje establecerla, pues la paz es nuestro bien.»

Renovando los florentinos en el mes de enero de 1422 sus instancias, y diciendo que si Venecia no les ayudaba, deberian hacer como Sanson, que se dió muerte á sí mismo con todos sus enemigos, y que si eran vencidos, su servidumbre acarrearia la de toda Italia, el dux convocó al consejo y habló de esta manera:

«Señores: todos los años veis, que como consecuencia de los acontecimientos ocurridos en Italia, muchas familias vienen á Venecia con mujeres, hijos y bienes, que llenan nuestro pais. Asimismo acuden anualmente ciudadanos de Vicencia, Verona, Pádua y Treviso á vivir aquí con sus familias, lo que es muy ventajoso para nuestra ciudad. Vienen tambien de todas partes campesinos y familias honradas de nuestro territorio para habitar y vivir pacíficamente ejerciendo su profesion, tanto ellos como sus hijos. Si adoptais la guerra, todas estas familias huirán, vuestra ciudad y todas las demás se arruinarán, y se separarán de nosotros. Amad, pues, la paz. Si los florentinos se entregaran al duque, peor para ellos: ¿quién puede impedírselo? La justicia está de nuestra parte. Ellos han gastado, consumido y están adeudados; nosotros estamos bien, y poseemos un capital que asciende á cerca de diez millones de ducados. Os rogamos que vivais en paz, que no temais nada, que no os fieis de los florentinos, los cuales ya otra vez nos pusieron en guerra con los señores de la Scala, y nos pidieron un préstamo de medio millon de ducados, siendo de advertir que cuando consentimos en dárselos se unieron con los de la Scala en nuestro daño. Esto pasó en 1333.

En 1412 hicieron bajar contra nosotros al florentino Pippo, capitan de los húngaros, el cual nos causó grandes males. Os aconsejamos que obreis con ellos como la vez primera. Señores, no debe sorprenderos el dictámen de nuestro procurador jóven. Sus relaciones amistosas con los florentinos le hace desconocer la justicia y la verdad de lo que concierne á Felipe Maria, pues la guerra procede de la iniquidad de los florentinos que pueden tener paz y no la quieren, y esto porque desean comprometernos para abandonarnos luego, coger nuestro dinero, disiparlo, y conquistar con nuestros ducados el territorio ajeno, como lo ejecutaron en 1333. Señores, no nos admiremos de la conducta de nuestro procurador jóven y de su benevolencia en favor de los florentinos, por varios motivos y muchas otras cosas que ha querido decir. Vuestro colegio ha deseado conocer todas las rentas que percibimos desde Verona hasta Mestre, las cuales ascienden á 464,000 ducados, y en contraposicion ha deseado conocer los gastos. Los ingresos son en plena paz muy superiores á los gastos. En caso de guerra, nos seria preciso atender á todo con nuestro dinero. Si pasásemos más allá de Verona, nos convendria hacer grandes gastos, y conseguiríamos arruinar á los nobles, á los ciudadanos, á los artesanos y á la junta de préstamos. Es, pues, mejor conservar lo que tenemos y permanecer en paz.

Señores, no os lo decimos por vanagloria, sino sólo por expresar en la tribuna la verdad y las ventajas de la paz. Veis por nuestros capitanes de Aguas-Muertas, de Flandes, por nuestros embajadores que van á otras partes, por nuestros cónsules y negociantes; todos os dicen á una voz: Señores venecianos, teneis un príncipe lleno de virtud y de bondad que os ha mantenido y mantiene en paz, de tal manera, que sois los únicos que navegais por el mar, y andais libremente por tierra como manantial de todas las mercancias que proporcionais á todo el mundo, y todo el mundo os ama y considera. Cuanto oro hay en el mundo entra en vuestra ciudad. Sereis felices mientras exista ese príncipe y conserve el mismo propósito. Toda la Italia está en guerra, en fuego, en tribulacion, así como tambien toda la Francia, la España, la Cataluña, la Inglaterra, la Borgoña, la Persia, la Rusia y la Hungria. No estais en guerra más que con los infieles, que son los turcos, con grande alabanza y honor vuestro. Seguiremos, pues, así, señores, mientras vivamos. Por tanto, os suplicamos que vivais en paz, y que contesteis á los florentinos como hace un año, con parecer de todo el consejo.»

Marin Sanuto inserta otro discurso de Mocénigo á Foscari, dirigido á probar por medio de una larga parábola, que no son de ningun provecho aquellas conquistas en que los gastos absorben la renta. La autoridad del dux utogenario inutilizó los esfuerzos de los partidarios de la guerra; pero en abril de 1423, sintiendo que se acercaba su muerte, hizo llamar á algunos senadores, y les habló en estos términos:

«Señores, os hemos enviado á buscar en vista de esta enfermedad que Dios ha querido darnos, y que será la última de nuestro viaje por este mundo. Os notifico que en nuestro tiempo hemos rebajado

cuatro millones de empréstitos, esta deuda fué contraida para la guerra de Pádua, Vicencia y Verona. Nuestro monte posee seis millones de ducados, y nos hemos visto precisados en cierta manera á pagar cada seis meses dos plazos de los empréstitos, como tambien todos los empleos y cargas de administracion, todos los gastos del arsenal, y cuanto podíamos deber á otro, bajo cualquier título que fuese: de esta manera hemos obrado.

Igualmente por razon de la paz de que gozamos, nuestra ciudad de Venecia envia todos los años diez millones de capital por todo el mundo con naves y galeras, de modo que gana entre la importacion y exportacion, cuatro millones. Habeis visto que las barcas que navegan ascienden á tres mil, desde diez hasta doscientas toneladas, con diez y nueve mil marineros; que trescientos están tripulados por ocho mil hombres; que entre galeras grandes y pequeñas, contamos cada año cuarenta y cinco, con once mil marineros. Tenemos diez y seis mil carpinteros; el valor de las casas asciende á siete millones, el de los inquilinatos á quinientos mil. Hay mil nobles, que tienen una renta anual de cuatro mil á setenta mil ducados. Habeis visto de qué manera viven nuestros nobles, ciudadanos y campesinos. En su consecuencia os invitamos á rogar á Dios Omnipotente, que nos ha inspirado la conducta que hemos seguido, y el deseo de continuar del mismo modo. Si lo haceis así, sereis los dueños del oro de los cristianos, y todo el mundo os temerá. Guardaos, como del fuego, de apoderaros de lo que sea de otros, y de emprender una guerra injusta, porque Dios os destruirá. Con objeto de que sepamos á quién elegireis dux después de nuestra muerte, me lo direis al oido, para que pueda invitaros á elegir al que lo merezca y valga más para nuestra ciudad.

Señores, veo á muchos de vosotros dispuestos á elegir al que yo designe aquí. Maese Martin Casallo, es un hombre digno y que lo merece, tanto por su inteligencia como por su bondad. Lo mismo á maese Francisco Bembo, á maese Pedro Loderano, á maese Jacobo Trevisano, á maese Antonio Contarani, á maese Faustino Micheli y á maese Albano Badoero. Todos éstos son prudentes, capaces y merecedores. Pero los que dicen que quieren elegir á Francisco Foscari, se chancean, quieren cosas sin fundamento. Si le haceis dux, pronto estareis en guerra. Al que tenga diez mil ducados no le quedarán más que mil; el que posee diez casas no conservará sino una, y así de todo lo demás, de suerte que perdereis vuestro oro, vuestro dinero, vuestro honor y la reputacion de que gozais. De señores os convertireis en siervos y vasallos de hombres de armas, de soldados de á pié, de pillos y de criados de bagajes. Por esto os he mandado llamar. ¡Quiera Dios que os conduzcais bien y os conserveis! Os declaro, que como consecuencia de la guerra que los turcos os han hecho, teneis hombres muy valientes para emplearlos en cualquiera circunstancia, tanto en el gobierno como en las armas. Al mismo tiempo os digo que teneis ocho capitanes para mandar sesenta galeras y aun más, como tambien otras naves. Existen entre los ballesteros, nobles capaces de ser patrones de galeras y de naves, y que sabrian dirigirlas. Teneis cien hombres acostumbrados á mandar escuadras, á propósito para una expedicion; camaradas bastantes para cien galeras, remeros experimentados y prudentes para otras ciento. Tal ha sido el resultado de la guerra con los turcos, de modo que todos dicen que los venecianos son señores de los capitanes, de los patrones y de los camaradas. Asimismo teneis diez hombres probados en los grandes negocios, que han dado á menudo sus consejos al Estado, exponiendo sus razones en la tribuna; muchos doctores instruidos en la ciencia y hábiles en los asuntos del tribunal. Sabeis por experiencia cuán voluntariamente se sujetan los extranjeros al fallo de nuestros jueces. Continuad como os encontrais, y sereis felices vosotros y vuestros hijos.

Habeis visto nuestra fábrica de moneda acuñar todos los años un millon de ducados de oro, doscientos mile ntre *grosetos* y *mezaninos* de plata, y ochocientos mil sueldos al año. Van anualmente á Siria y Egipto quinientos mil ducados de *grosetos* y cien mil ducados, entre *mezaninos* y sueldos á vuestras posesiones y á los paises de tierra firme. Salen todos los años para vuestras posesiones marítimas, cien mil ducados entre grosetos y sueldos; para Inglaterra cien mil ducados en sueldos; lo demás queda en Venecia.

Habeis visto que los florentinos introducen en este pais cada año diez y seis mil piezas de paños finos, medianos y superiores; nosotros los trasladamos á Pulla, al reino de Sicilia, á Berberia, Siria, Chipre, Rodas, Egipto, Romania, Gandia, la Morea é Istria. Todas las semanas traen aquí los florentinos siete mil ducados en todas clases, lo que asciende á trescientos noventa y tres mil al año. Compran lanas francesas, catalanas, de color carmesí y escarlata, sedas, objetos de oro y plata hilados, cera, azúcar y joyas con beneficio de nuestro pais. Todas las naciones ejecutan otro tanto. Ahora bien, manteneos en la posicion en que os encontrais y sereis superiores á todos. ¡Quiera Dios que os conserveis, rijais y goberneis, teniendo al bien por norma.»

FIN DEL TOMO SEXTO

ÍNDICE DEL TOMO VI

CONTINUACION DEL LIBRO DUODÉCIMO.

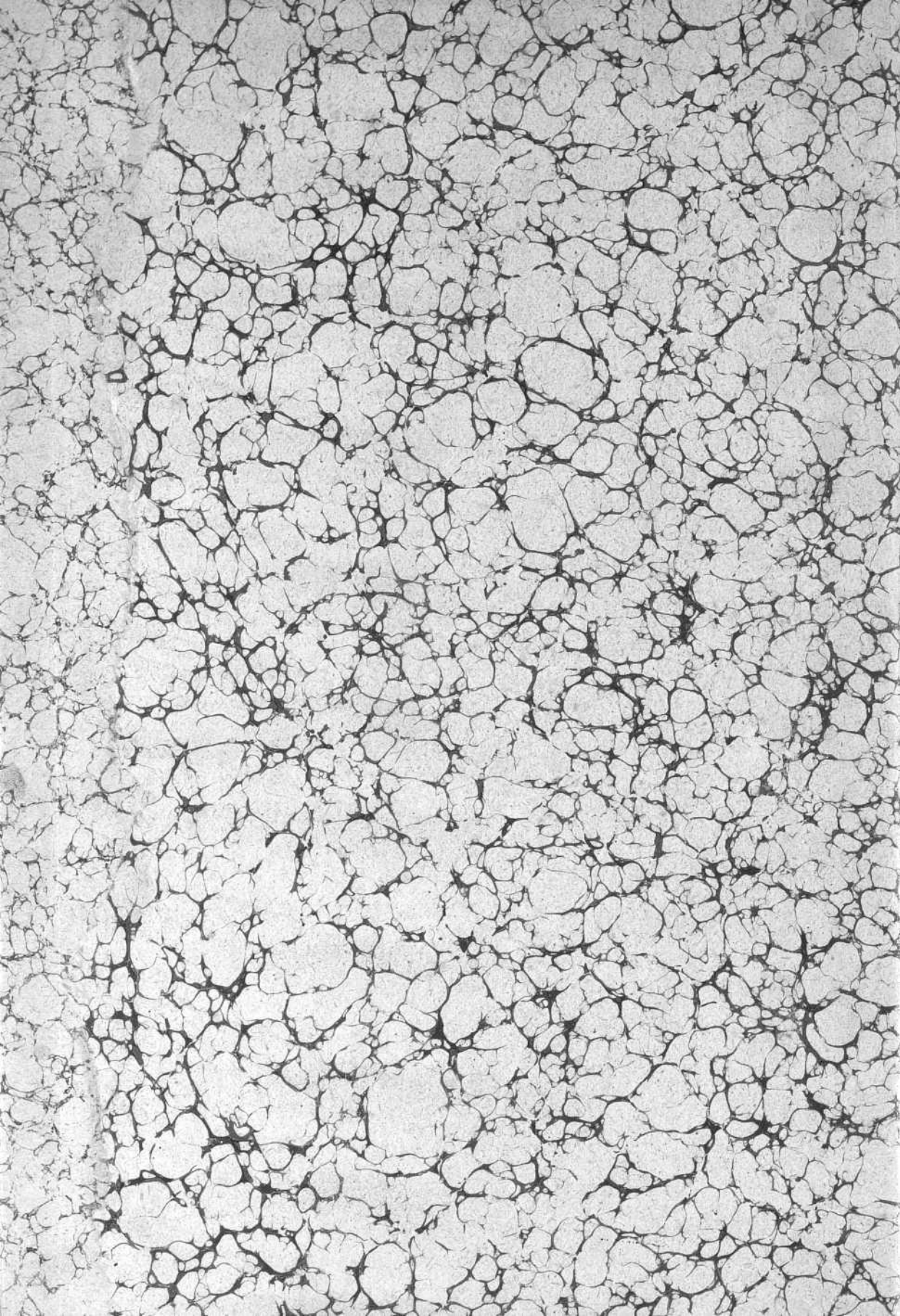
Capítulos.		Págs.
VIII.	Grande interregno.—Fin de los suevos y de la guerra de las investiduras.. .	5
IX.	La Italia después de la caida de los Staufen.—Repúblicas.—Tiranos. . .	14
X.	Costumbres.	34
XI.	FRANCIA.—San Luis.	40
XII.	Tártaros y mongoles.—Gengis-kan.. .	51
XIII.	Los Gengiskánidas.	60
XIV.	CHINA.—Dinastias XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX.—Marco Polo. . .	65
XV.	Mongoles en Persia y en Siria. . . .	74
XVI.	Relaciones de los mongoles con los cristianos.	79
XVII.	Séptima y octava cruzada, 1248-70.. .	94
XVIII.	Consideraciones sobre las cruzadas .. .	106
XIX.	España, Magreb y Portugal.	118
XX.	Prusia, Livonia, caballeros teutónicos. .	135
XXI.	Hungria.	141
XXII.	Inglaterra y Escocia.	146
XXIII.	Literatura.	158
XXIV.	Historia.—Elocuencia.	175
XXV.	Bellas artes.	181
Epílogo.	. . . . .	203

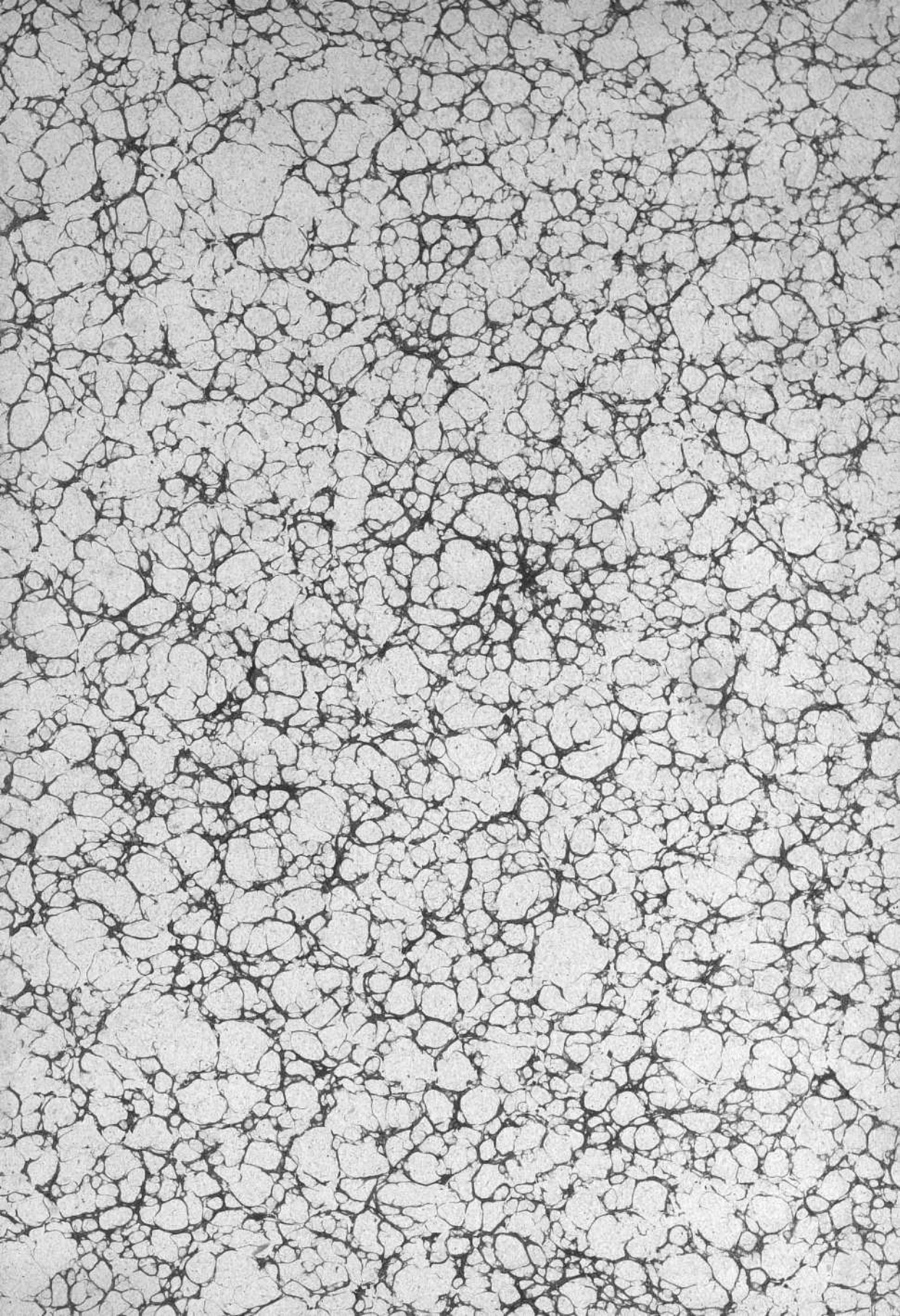
LIBRO XIII

Inventos capitales.—Caida del imperio de Oriente.—Constitucion de los reinos de Europa.—El gran cisma.—Desarróllo del comercio.—Renacimiento de las letras y de las artes.

Capítulos.		Págs.
I.	La imprenta, la pólvora y otros inventos.	211
II.	Imperio de Oriente.	236
III.	Tamerlan.	244
IV.	Fin del imperio de Oriente.—Mahomet II.	253
V.	España.—Espulsion de los moros. . .	266
VI.	Francia.—Felipe el Hermoso.—Bonifacio VIII.—Los templarios.. . . .	284
VII.	Casa de Valois.—Guerras de Francia con Inglaterra.	297
VIII.	Cárlos VII.—Juana de Arco.. . . .	312
IX.	Luis XI.	319
X.	Constitucion de la Francia.	323
XI.	Inglaterra y Escocia.	331
XII.	Imperio de Occidente.	341
XIII.	Asuntos eclesiásticos.—Gran cisma.—Concilios de Constanza y de Basilea.	356
XIV.	Hussitas.—Segismundo y sus sucesores. —Hungria.	370

Capítulos.		Págs.
XV.	Suiza.	375
XVI.	Italia.—Tiranos.—Vísperas sicilianas.—Descenso de Enrique VII.—Roberto de Nápoles.	384
XVII.	Luis de Baviera.—Cárlos de Bohemia.—Nicolás Rienzi.	394
XVIII.	Los guerrilleros.—Los Visconti.—Los Esforcia.	407
XIX.	Toscana.—Los Médicis.	425
XX.	Las Dos Sicilias.	439
XXI.	Estado Pontificio.	447
XXII.	Condiciones de la Italia.—Costumbres.	451
XXIII.	Comercio.—Ciudades marítimas.	462
XXIV.	Ciudades anseáticas.	475
XXV.	Escandinavia.	480
XXVI.	Polonia, Lituania y Prusia.	489
XXVII.	Rusia y Capchak.	495
XXVIII.	Triunvirato italiano.	498
XXIX.	Estudios clásicos.	517
XXX.	Ciencias.	525
XXXI.	Historia.	534
XXXII.	Literatura extranjera.	543
XXXIII.	Bellas artes.	552
Epílogo.		565
NOTAS AL LIBRO XIII.—(A) PÁG. 414.—Estadística europea.		571
(B) PÁG. 464.—Arengas del dux Mocénigo.		574





Cantù

HISTORIA

UNIVERSAL

6

D-1
921